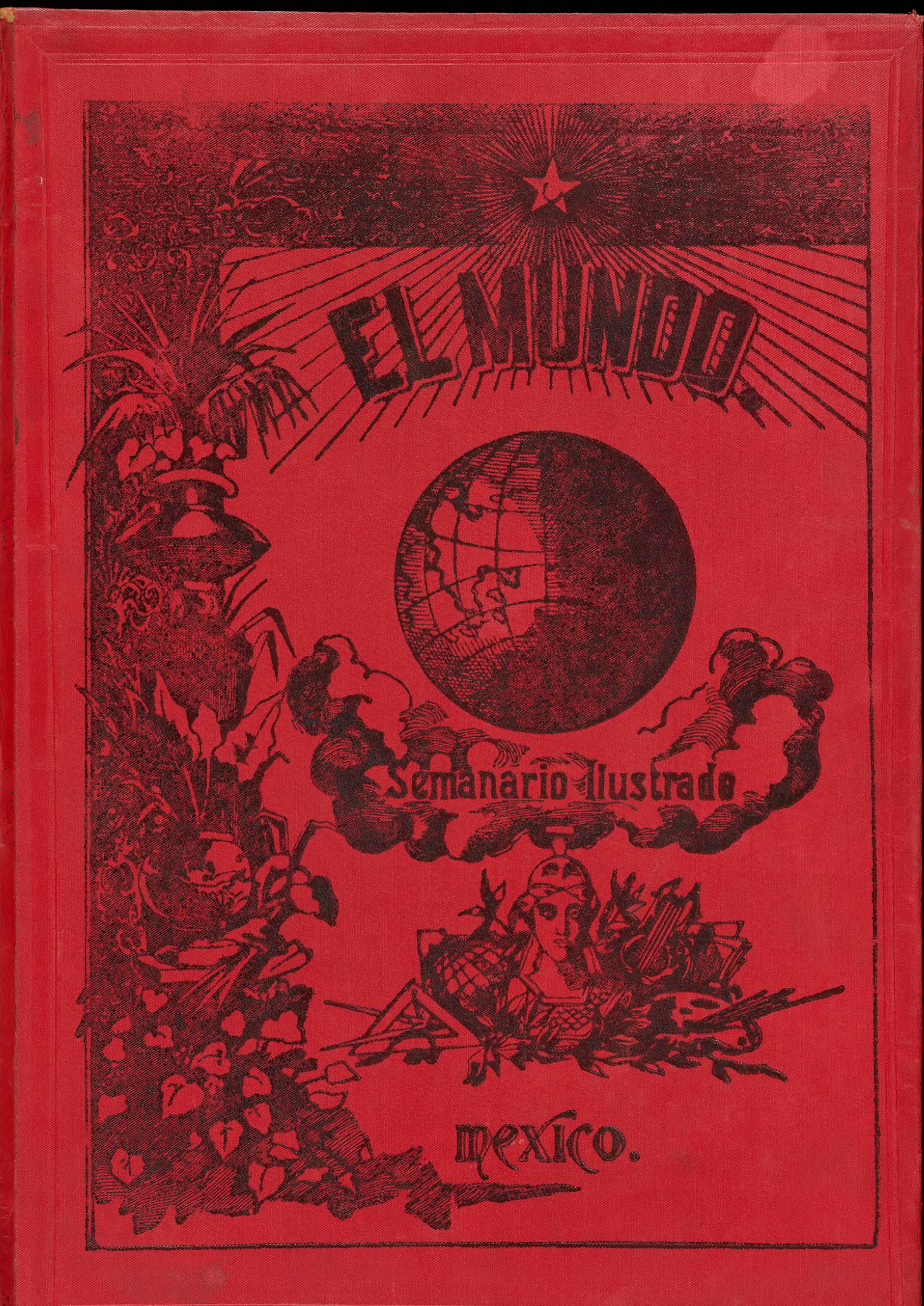
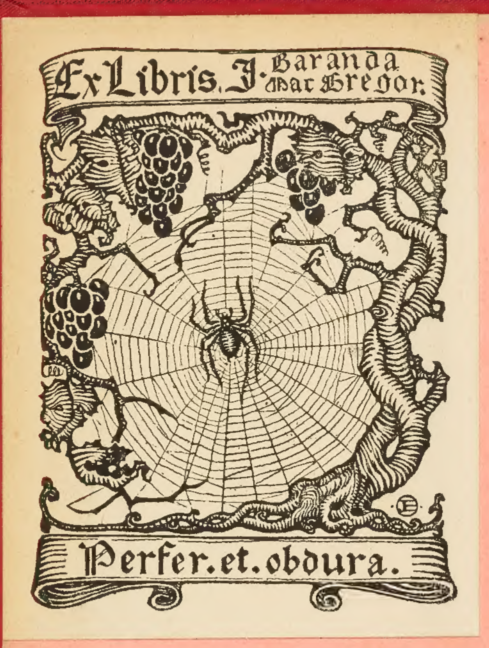

EL MUNDO.
Semanario Ilustrado
MEXICO.


Ex Libris. J. Baranda Mac Gregor.
Perfer. et. obdura.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO X—TOMO II—NUM. 1 | MEXICO, JULIO 5 DE 1903. | Subscripción mensual foránea $1.50 Idem, idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA | Gerente: LUIS REYES SPINDOLA

BELLAS ARTES.



CUADRO DE FUSTER.

El Origen de la Superstición

Todos los hombres son supersticiosos en mayor ó menor escala. Los hay para quienes la superstición es, por decirlo así, su medio ambiente, el «prímum móbile» de su conducta, el guía indefectible de su pensamiento. Estas gentes «no se casan ni se embarcan» en martes, ni se sientan á una mesa en que han de comer trece personas; cierran sus puertas y ventanas por miedo á las mariposas negras; si hay tres luces en un cuarto, apagan una ó encienden otra. Viven en constante aprensión, llenas de terrores y de recelos, desconfiando de los gatos prietos, de los tecolotes que cantan, de los perros que aúllan.

Para ellas una cifra no es una cifra, sino un presagio; todo á su rededor, hombres, cosas, sucesos, son anuncios misteriosos, revelaciones de lo ignoto, anticipaciones del porvenir.

Huyen de poner en cruz el tenedor con el cuchillo por temor á las iras de lo ignorado, tocan con fruición las corcovas de los contrahechos para propiciarse el destino, procuran el primero del año no ver nada feo ni triste, para asegurarse doce meses de dicha y bienandanza.

Llegado el momento de tomar una determinación, en vez de calcular y razonar, de pesar y medir, de prever y precaver, preguntan al oráculo, echan las cartas ó consultan el caso con la adivinadora. Nada las decide á tomar un billete de lotería como saber que es «ahorcadito» ó que suma doce ó diez y nueve; ponen la escoba tras de la puerta para que se vayan los importunos; usan dijes que representan jorobados, patas de cabra y camaleones; creen en los signos cabalísticos y se indignan si se les tiende la mano izquierda. Su literatura favorita es espírita, quiromántica y de espantos. «La Llorona,» los duendes, los muertos que «echan la postema,» las damas blancas, las almas en pena, son los héroes de su epopeya, héroes que desfilan en sus imaginaciones calenturientas á la luz de los fuegos fatuos, al tañido de los «dobles» y á los ruidos de cadenas y huesos.

En los tiempos que corren y en las clases ilustradas de la socidad, este tipo del supersticioso «pur sang,» cuadrado por la base, no es ya la regla, como en otros tiempos y en otras categorías sociales, sino la excepción; pero á la vez apenas habrá hombre, y sobre todo mujer, que por ilustrado y emancipado que se le suponga, deje de practicar algún género de superstición y de pagar tributo á alguna patraña de ese género.

Si el fenómeno es universal, universal debe ser su causa; y puesto que nadie deja de ofrecerlo en mayor ó menor proporción, fuerza es que tenga su origen en leyes del espíritu ineludibles ó en necesidades mentales irrefrenables, y así es la verdad.

Para probarlo y para inquirir qué leyes ó necesidades del espíritu nos inclinan á la superstición, basta estudiar qué personas y en qué circunstancias presentan mejores y más abundantes ejemplos de ella.

Desde luego, es evidente que nadie es supersticioso en materias que conoce á fondo y ha estudiado en conciencia. No hay geómetra que crea en los atributos cabalísticos ni en las propiedades inefables y misteriosas del triángulo isósceles, ni que atribuya significación mística al coseno de un ángulo; las cifras para el aritmético y las letras para el algebrista tienen valor y significación científica; pero nunca les sugieren ideas supersticiosas. El gato prieto, la mariposa negra, el perro que aúlla, hablan muy alto al espíritu del naturalista, sin despertarle temores ni aprensiones supersticiosas. Para el astrónomo ni el eclipse ni la aparición del cometa auguran peste, ni guerra, ni dinastías derrocadas, ni invasiones devastadoras.

Por este concepto, pues, es indudable que la ignorancia es el origen ó parte del origen de la superstición; pero que ni es todo ni es el único, es fácil de probar.

En efecto, la superstición es particularmente intensa y frecuente, no tanto en el campo de nuestra ignorancia, cuanto en la esfera de nuestras necesidades de previsión y acción. No saber y no conocer son cosas indiferentes para el hombre, mientras no se ve obligado á prever y proveer. Cuando el hombre, obligado á tomar una determinación y, por consiguiente, á formular una previsión, no encuentra en su ciencia ó en su experiencia los datos indispensables y la sugestiones razonadas, toma por el atajo, inventa lo que no puede averiguar, imagina lo que no puede inferir y, como el náufrago, echa mano lo mismo de un popote que de una ascua ardiendo y se aferra á una superstición á falta de un conocimiento.

El ejemplo característico y demostrativo nos lo suministra el jugador. Frente al albur, urgido á la vez que imposibilitado de prever, finge axiomas, formula apotegmas, emite teoremas, crea, en suma, supersticiones y fía su fortuna á máximas como: «De dos de un color, á la mayor;» «Sota de patas, dos seguro;» «Nunca viene el as pal rey,» y coqueteando con el metro y pisoteándolo, hace superstición en verso.

Tal es el doble origen de la superstición: ignorancia y necesidad de prever, que se resuelve en necesidad de creer. Por eso la superstición, que es omnisciya y de mal humor en los ignorantes, acaba por refugiarse, en los espíritus superiores, en las regiones eternamente misteriosas del más allá, del destino humano, del alma, etc., etc.

Pero nada ni nadie podrá quitarle su carácter de «patada de ahogado» del que ignora y está obligado á prever, á creer y á proceder.

DR. M. FLORES.

"LOS PARIAS"

(NOVELA DE VARGAS VILA)

CAPITULO FINAL

Los leones se cazan á la hora del crepúsculo, cuando bajan hacia la fuente, vencidos por la sed.

Era la hora crepuscular del heroísmo......

El gran león bélico descendía en silencio por la montaña sombría.

Iba hacia lejanos abrevaderos, á apagar su sed inextinguible de batallas y de triunfos.

Claudio Franco había roto el círculo de hierro en que lo habían encerrado sus contrarios, y ganando los montes vírgenes, intentaba llegar á los llanos orientales, donde al frente de focos dispersos que aún resistían, pensaba resucitar la rebelión.

Hacía diez días que, con dos ordenanzas y un guía, atravesaba la montaña bravía, abriéndose camino por entre sus laberintos inextricables, tallando senderos en las rocas, vadeando ríos profundos, combatiendo con las fieras del desierto.

Y esa tarde habían llegado á la grande altura, á un pico de cerro que se inclinaba sobre un torrente tormentoso que se precipitaba en cascada hacia un abismo. Habían hecho alto allí.

Por entre los claros de la arboleda gigantesca y la vegetación opulenta, se alcanzaba á ver, allá abajo, como una mar oleaginosa, verde y gris, la llanura oriental, donde los partidarios de Claudio Franco, dispersos en guerrillas, lo aclamaban y lo esperaban, para ir con él á nuevas batallas, á cortar nuevos laureles en las florestas del triunfo.

Y la visión de la victoria, con sus decoraciones magnificentes, volvió á alzarse á los ojos del héroe extenuado y vencido, llamándolo con sus mirajes, allá en el llano infinito que silueteaba bajo ondas de oro, en el esplendor de un cielo tropical que se extendía sin límites, como una superposición de firmamentos.

Y el alma del héroe se llenó de una infinita tristeza, rememorando las injusticias, las calumnias, las infamias de que había sido víctima en esa ascensión penosa en busca de la victoria y de la libertad.........

Y tuvo vergüenza de los hombres por quienes se había sacrificado; vergüenza de su patria, vergüenza de todo......

La multitud había corrido á prosternarse de nuevo ante sus amos, temblorosa, queriendo hacer olvidar por nuevas bajezas el instante de rebelión que había tenido.

En medio del gran silencio, todas las frentes se inclinaban ante el hacha del verdugo, que se alzaba en el horizonte como una grande hostia pálida y caía cercenando cabezas de vencidos.........

El cadalso proyectaba su sombra, como un terrible monstruo de leyenda, sobre la tierra roja de sangre.

La muerte aleteaba y descendía, como un siniestro pájaro de presa, sobre las cabezas más altas.

Icaro, monstruoso y terrificante, se mostraba desde su palacio á la muchedumbre adoratriz y á las turbas de mercenarios que merodeaban en las ciudades con un fracaso de borrasca. Su cabeza, empenachada de orgullo imbécil, se alzaba con un inmenso gesto de cólera sobre la faz sombría. El chacal no se dulcificaba con el deslumbramiento de la apoteosis. Quería nuevas víctimas. En el alba engrandeciente de sus triunfos, era inconsolable, porque sus venganzas aún no estaban satisfechas......

Nuevos turiferarios habían venido á aumentar la estallante sinfonía de adulación que cosquilleaba los oídos del César...... Eran los traidores escapados á los ejércitos vencidos, los delatores urbanos, los enemigos personales de la gloria, los «héroes de la paz,» como ellos se llamaban. Alejandros de la venalidad, legionarios del hartazgo, eran los delatores patentados del nuevo Diocleciano. Sus bocas eran inagotables de adulaciones y de denunciaciones; incansables en su viaje vertiginoso hacia la infamia, el vientre contra la tierra, los labios contra las gradas del trono, pedían con voces suplicatorias el honor de ser aplastados, de ser ungidos por la planta del amo, que los honraba con la limosna de un desdén misericordioso, inagotable. Ellos eran los perseguidores y delatores de los héroes......

¿Por qué rara combinación, por qué extraño espíritu de presciencia, Claudio Franco pensaba en ellos en ese momento?

Buitres majestuosos y cuervos lúgubres ennegrecieron el horizonte con vuelos asustados......

Un rumor confuso llenó la selva.

Una descarga se abatió sobre Claudio Franco y sus tres compañeros.

El guía y un soldado escaparon hacia la montaña, otro cayó muerto al pie del jefe.

Cuando Claudio se puso en pie, se vió rodeado por todas partes. Eran los mercenarios de César que llegaban. Hizo uso de su revólver.

Le hicieron una nueva descarga, casi á quema ropa, y herido por dos balas, cayó al suelo.

Entonces los legionarios, enviados para eso, lo despedazaron á machetazos.

Vivo aún, lo amarraron á un árbol y á bayonetazos le vaciaron las entrañas......

Tardo en morir, él los apostrofaba irreductible, desamparado de los hombres en la montaña trágica.

El sacrilegio se unió al crimen. Le desnudaron y ejercieron sobre él la más impura y cobarde mutilación......

Retorciéndose en la agonía, el héroe ya no hablaba, agonizaba torturado en el gran silencio de la selva.

Lo desataron entonces, le ciñeron la soga al cuello, le prendieron á la rama de un grande árbol, para inclinarlo, ataron la soga á esta rama y la soltaron......

Al erguirse de nuevo, el árbol levantó el cuerpo del ahorcado, que dió uno como vuelo, girando en el aire y levantando los pies hacia el cielo. Después, cayó sobre las ramas nudosas y quedó oscilando como la péndula de un reloj tocada con furia.

Los asesinos se divirtieron en tirar al blanco sobre ese cuerpo, y lo acribillaron á balazos......



Sapho ante la Pitonisa.—(Cuadro de Fuster.

Después se alejaron, riendo y cantando, por la montaña estremecida, donde caía la noche, llenando el bosque de deslumbrantes reverberaciones de oro........................... ....

....

El cuerpo del ahorcado se agitó largo tiempo, como en una convulsión desesperada; luego, fué gradualmente regulando la oscilación, que después de cierto tiempo se hizo casi imperceptible.

La lengua afuera, cuasi despedazada por la contracción de los dientes, los ojos salidos de las órbitas, el cuerpo chorreando sangre, desnudo, en el horror de sus vergonzosas mutilaciones, aquel cadáver pendía lamentable y siniestro, en la luz lívida que flotaba aún sobre la gran selva, venida de una última irradiación del sol, que había muerto bajo pórticos de ónix, en una marea creciente de nubes incendiadas.

Los cuervos, que habían volado asustados con los giros y estremecimientos de ese cuerpo, lo miraban ahora sin miedo, revoloteando en torno á su quietud.

Abajo, era una charca de sangre y materias viscosas que rodaban del cuerpo lacerado.

Los cuervos miraban al ahorcado desde las ramas más vecinas, á veces volaban sobre él, tocándole con el ala la cabeza. Pero lo que los detenía para devorarlo, eran los ojos, los espantosos ojos del muerto, que parecían mirarlos......

Uno, más audaz, se le posó en el hombro, el cadáver se movió al peso y el pájaro voló asustado.

Otro repite el ensayo, y quedó quieto sobre el hombro, en la actitud heráldica del pájaro de Minerva, enarcado el cuello, vuelto el pico voraz hacia el rostro del muerto. Y, desafiando la mirada fija de aquel rostro, le picó uno de los ojos protuberantes. El ojo se reventó. Entonces el pájaro, abriendo las alas, apoyando las patas en el cuello de Claudio. introdujo el pico todo en la cavidad y quedó allí aleteando feliz en el hartazgo. Otro lo imitó, y bien pronto los ojos del muerto fueron dos agujeros negros, que parecían llorar dos ríos de sangre.

Los cuervos todos se lanzaron graznando y el cadáver desapareció bajo aquella mortaja negra......

El festín fué largo.

Cuando los cuervos hubieron partido, no quedó sino una masa informe y sanguinolenta, un amas de piltrafas y de huesos de aquel que había sido el soberbio y sublime triunfador.

El silencio en derredor era profundo, turbado sólo por el frotamiento de las ramas y el canto agorero de los pájaros nocturnos.

El cadáver se había hecho quieto y parecía con sus ojos sin pupilas mirar al cielo, donde á la luz intermitente de una luna triste, se agrupaban nubes negras en el horizonte tempestuoso, formando extrañas cuadrigas, corceles alados, en que parecían cabalgar guerreros conquistadores y caprichosos, terribles carros de Visión, que semejaban carros de conquistas......

....

De súbito, un gran soplo de viento agitó el árbol donde pendía el ahorcado. La rama en que estaba el cuerpo, crujió, se resquebrajó, se rompió...... El muerto cayó sobre unas ramas, de ellas contra la roca, y de la roca rebotó al precipicio donde el torrente mugidor se desplomaba también, como un león con melenas de espuma, pronto á devorarlo.

Y el cadáver del Gran Paria desapareció en el abismo, bajo el sudario de encajes que le hacían las aguas en tumulto, y el cántico apasionado de la selva y los himnos gloriosos de la Noche.

....

¡Espartaco había desaparecido!

¡Alarico tardaba en aparecer!

El escritor que lanza sus ideas á la publicidad, procede como el agricultor que esparce el grano, para que fructifique según el terreno en que cae. —Eduardo Rod.

Aplaudo todos esports que nos enseñan el desprecio de la vida, pero no los que nos enseñan el desprecio de la vida del prójimo.—G. M. Valtour.

***

Frecuentar el mundo, corrompe el corazón y perfecciona el espíritu.—Lassay.

***

La vida es un cálculo: es feliz aquel cuyo cálculo resulta exacto.—Mauricio Choppy.



Damas mexicanas.—Srita. Julieta Fernández. (De Orizaba.)

La Nueva Organización del Distrito.

El día primero del corriente comenzó á regir la nueva ley sobre organización del Distrito Federal expedida por el Ejecutivo en virtud de las facultades que para ello le concedió el Congreso General.

Conforme á esa ley, el Distrito queda dividido en trece municipalidades, que son: México, Guadalupe Hidalgo, Atzcapotzalco, Tacuba, Tacubaya, Mixcoac, San Angel, Coyoacán, Cuajimalpa, Tlálpam, Xochimilco, Milpa Alta é Ixtapalapa, quedando, tanto el Gobierno político, como la Administración municipal, á cargo del Ejecutivo, por intermedio de tres funcionarios: el Gobernador del Distrito Federal, el Presidente del Consejo Superior de Salubridad, y un Director de Obras Públicas. Estos tres funcionarios dependen directamente del Ministerio de Gobernación y forman un cuerpo que se llamará Consejo Superior de Gobierno.

Por lo toca al carácter que en lo sucesivo tendrán los Ayuntamientos y á las atribuciones que les correspondan, su papel, en los asuntos del orden administrativo, será el de cuerpos concejiles, conservando, además, sus funciones políticas y los derechos de iniciativa, vigilancia y veto en la forma que prescribe la ley. La personalidad legal de las corporaciones municipales ha dejado de existir y, en consecuencia, el Gobierno General tiene ya á su cargo así los bienes, derechos y obligaciones de las mismas, como los gastos que demanda la nueva organización.

***

Por último, diremos que los Ayuntamientos se formarán por personas designadas por elección popular indirecta en primer grado, y que deben durar en el ejercicio de sus funciones cuatro años.

En este número publicamos los retratos de los señores Gobernador del Distrito Federal, Presidente del Consejo Superior de Salubridad y Director de Obras Públicas, así como una fotografía del último cabildo celebrado el 30 del pasado, á las seis y media de la tarde.



SR. D. GUILLERMO DE LANDA Y ESCANDON, Gobernador del Distrito.

PENSAMIENTO

Consuelo para el alma que recibe
una pena, es sentir:
mientras duele la herida, el alma vive.
Olvidar es morir!

G. NUÑEZ DE ARCE.

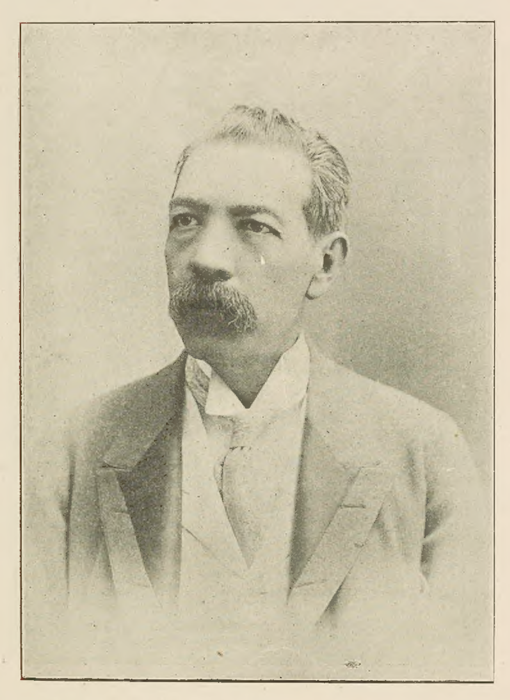
LO QUE NUNCA MORIRÁ.

Cada vez que desaparece uno de esos viejos gloriosos, uno de esos insustituíbles—y España acaba de perder á uno de ellos,—surge la misma desoladora duda: ¿Morirá la Poesía? y cada vez también, una voz muy honda, muy profunda, que viene de todas las esperanzas y de todos los desalientos, de todos los sufrimientos y de todos los consuelos, viene á decirnos que no morirá nunca esa amada compañera de la vida.

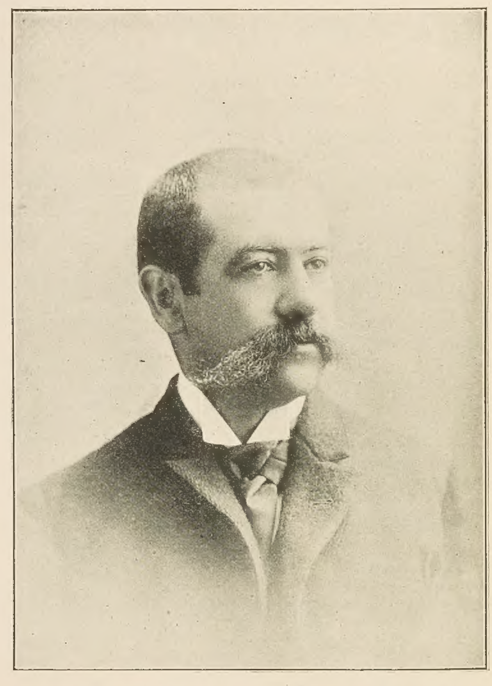
La poesía está enferma, eso sí; padece una extraña dolencia: no ha amplificado sus horizontes, no ha ensanchado sus dominios, no ha seguido la propia ruta que las demás manifestaciones de la existencia universal. Hase quedado rezagada esa viajera sublime, ha hecho un alto, en mitad del camino, vislumbrando tenuemente, allá lejos, la Tierra Prometida, que se pierde en el ocaso en un atardecer triste y pálido. Llora amargamente porque no encuentra el sondero que la guíe, porque siente que le faltan fuerzas, porque no acierta á hallar todavía ese molde divino del pensamiento contemporáneo. Son lentos los vehículos que la conducen, se arrastran pesadamente, y presa de dolor se debate en la impotencia para encontrar la forma excelsa que ha de comunicar aliento á la nueva idea.

Dolorosa crisis que pesa sobre la vida del Arte, y lo hace aparecer como el espectro convulso de un sueño rosado. Por eso aparece el poeta como «un príncipe de las nubes cuyas alas le impiden andar;» por eso, por el elevado lugar desde donde preside á la obra evolutiva de la Creación, por la altitud de sus tendencias, por la violencia de su empuje, se siente como adolorido de no haberse anticipado al despertar de las almas.

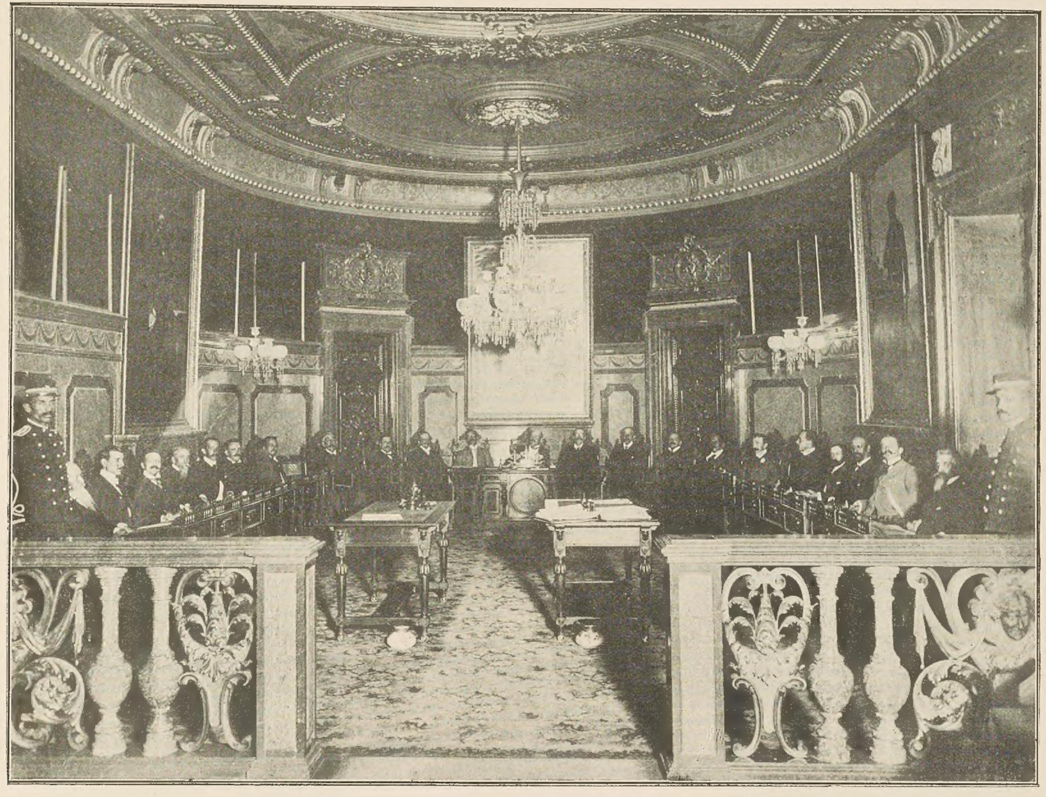
Triste es llegar tarde á la misteriosa cita que se han dado los espíritus, recoger las mi-



SR. DR. D. EDUARDO LICEAGA, Presidente del Consejo Superior de Salubridad.



SR. ING. D. ROBERTO GAYOL, Director de Obras Públicas.



EL ULTIMO CABILDO.—(30 de Junio de 1903).

gajas del festín; no penetrar al alcázar por marmóreas escalinatas, sino por ocultos reductos; recoger las flores dispersas, las que han caído de tejidas guirnaldas, para formar con ellas empolvados ramilletes y glorias incoloras.

Ha sido avara la Poesía de sus tesoros; los ha encerrado en dorados camarines, y ahora, al descorrer la empalidecida tapicería que los guardó, las piedras preciosas y las brillantes monedas han perdido sus destellos de otros días. ¿Qué hará este prócer arruinado? ¿Ir de puerta en puerta y de alma en alma en peregrinación humilde, pidiendo á las demás manifestaciones del espíritu la pieza de cobre, él, que á todos ha socorrido por igual?

¡No! La Poesía tiene el orgullo de todos los grandes héroes caídos, de los soberanos destronados: podrá morir de miseria, pero nunca tenderá la mano para que la socorran.

Mas ¡ay! que sin este socorro, sin este auxilio de la Ciencia, sin esta limosna, la bella cautiva enamorada del ideal, llorará por mucho tiempo su bien perdido; en sus jardines no aparecerán flores nuevas y el universo permanecerá siendo una esfinge. Hay que ensanchar el vaso. ¿Qué importa de dónde viene el licor, si el licor es bueno? El molde nuevo es amplio y en él entran gigantescos problemas, análisis profundos, palpitaciones inmensas: razas y pueblos arrastran todavía su cadena y alzan su himno de dolor eterno.

Lucha la Humanidad y la lucha es progreso; desaparecen los viejos gérmenes y brotan otros nuevos; el ansia de persistir canta en todos los organismos su hosanna triunfal, la estrofa de la vida vibra en el astro y en el pantano, y al beso de la existencia las larvas se convierten en mariposas, y la savia palpita bajo la corteza de los árboles.

¡Hermosa resurrección de cuerpos muertos, de cosas idas, que emprenden su inacabable peregrinación á través de lo creado!......

¡No! No morirá la Poesía: inspirada en el pensamiento actual, se alzará un día de la extraña somnolencia en que se halla sumergida. No importa que tome la pieza de cobre que manos ajenas le entregan: tiene la facultad de convertir en oro cuanto toca. Cantará entonces esa estrofa inmortal que irradia de la Creación y que en ella se difunde y palpita.

Carlos Díaz Dufóo

CUENTOS RAPIDOS

El abanico de Urganda.

La hada Urganda, la más bella y poderosa de las hadas, murió porque se destruyó su abanico; y en libro de los Destinos estaba escrito que la hada moriría, cuando hubiera un poseedor del irresistible y mágico amuleto que llegara á pedir á éste lo único para él imposible, petición que haría convertirse en polvo al abanico.

Era éste un precioso talismán formado con plumas del pecho del pavo de Juno y de las alas del cisne de Leda, montadas en varillas de oro de Ofir: cada uno de los dioses inmortales, de los genios y de los Encantadores habían venido por siglos concediendo virtudes al abanico, y así, las tenía sin cuento; pero por la Voluntad del que todo lo puede, tenía que haber una cosa, una sola que el talismán no podría realizar, y el día en que le fuera pedida, se destruiría y la hada Urganda moriría...

Muchos miles de años pasó el abanico de mano en mano derramando beneficios, hasta llegar á las de un mendiguillo que, en una noche de Navidad, cuando el frío le atería y el hambre le mataba, exclamó en la hora precisa del Nacimiento del Niño Dios, con toda la fe de una alma pura:

—Bendito el Mesías, que El ha de dar abrigo y alimento á mi cuerpo y á mi alma!

Urganda se apareció al mendigo, lo dió el abanico y le explicó sus virtudes. Bastaba abrirlo, soplarse y pedir... Loco de contento el mendiguillo, dijo:

—Quiero casa, comida y ropa.

Y tuvo incontinenti un palacio, manjares suculentos y vestiduras regias.

—Quiero oro y joyas.

Y nadie fué más rico que él en la tierra.

Llegó á hombre y pidió:

—Quiero talento y virtud.

Y por el talento no hubo genio que pudiera comparársele, ni por la virtud quien le igualara.

—Quiero la mujer más hermosa.

Y la tuvo.

—Quiero ser rey.

Y lo fué de un imperio portentoso.

Nada pedía al abanico que éste no le otorgara luego; llegó á viejo, pidió ser joven y rejuveneció, cosa increíble; siendo dichoso, quiso la felicidad absoluta y la pudo sentir, cosa imposible. Salud la tenía ilimitada; en vida, podía ser inmortal; pero en una ocasión se sintió odiado y envidiado, siendo justo y bueno, y pidió al talismán:

—Quiero no tener enemigos.

El abanico se hizo polvo, y la hada Urganda murió...

E. MAQUEO CASTELLANOS.






Tarjetas Postales

Cuando, hace dos decenios, el conocido Postmeister del Imperio alemán, von Stephan, ideó y llevó á cabo la adopción de la tarjeta postal, no pudo imaginarse, sin duda, que daba existencia á un artículo de comercio que el capricho de los desocupados habría de convertir en filón de remunerativa industria.

El objeto de la tarjeta postal fué eminentemente práctico: se trató de establecer un medio de correspondencia barato, que estuviese al alcance de todo el mundo. Al principio la tarjeta postal sólo se uso en el servicio interior del Imperio, pero la extraordinaria aceptación que obtuvo de parte del público, indujo á la administración á proponerla en el servicio de la Unión Postal Universal, y en breve los cuadriláteros de papel, humildes y baratos, inundaron el mundo llevando saludos y noticias, gérmenes de alegría y sombras de luto.






Sin embargo, la tarjeta postal conservó por mucho tiempo un puesto por demás humilde en la jerarquía epistolar, pues únicamente la usaban los pobres ó la llamada gente práctica, apartándose de ella los elegantes y refinados y no usándola sino para correspondencia de última banalidad.

Mas he aquí que la moda y el capricho modificaron de un solo golpe y universalmente el humilde oficio de la tarjeta postal y cuando los industriales idearon exornarla con grabados, el reinado de la tarjeta postal quedó establecido en todo el orbe.

Hoy en día la tarjeta postal se divide en dos clases: existe la tarjeta simple, la primitiva, la que sigue sirviendo como medio de correspondencia barata y cada día más aceptada; y junto á esa pobre plebeya, ha surgido la tarjeta artística, la aristocrática, que más señaladamente se emplea para formar colecciones.

Al principio fueron los paisajes, las vistas regionales, los edificios públicos lo que sirvió de tema para los grabados de las tarjetas postales; pero más tarde el repertorio fué ensanchándose y en nuestros días las tarjetas postales ostentan los más variados asuntos: retratos de personajes, retratos de mujeres, reproducciones de cuadros, historietas gráficas por series, etc.

La manía de los coleccionadores ha recibido gran incremento merced á la adopción de la nueva tarjeta postal, y las secciones de anuncios de los diarios europeos y americanos, se ven henchidas de demandas de coleccionadores que desean entablar relaciones de cambio con sus congéneres.





La industria, por su parte, ha aprovechado ese capricho y en Francia, Alemania, Suiza y Estados Unidos, se han establecido grandes empresas con fuertes capitales, que no explotan más que la tarjeta postal artística y de cuyas prensas salen anualmente millones de cartulinas que van á hacer la delicia de los colecciona dores.

Felicitaciones de año nuevo y de onomástico, participaciones de domicilio y simples saludos afectuosos, se hacen hoy de preferencia en tarjetas postales artísticas, y así la















moda y el capricho han hecho un objeto caro y de lujo de lo que Stephan ideó sólo con fines prácticos y económicos.

¡Quién sabe qué modificaciones experimente todavía en lo sucesivo la tarjeta postal!... Mas, de todos modos, su imperio está asegurado.

MINIATURA

Es la mentira insensata
que siempre en tu labio apunta
y mi corazón maltrata,
golpe de acero sin punta
que martiriza y no mata.

Y mi corazón se inclina
al blando ó al duro pago,
porque es, según se encamina,
de cera para el halago,
de bronce para la espina.

MANUEL S. PICHARDO.













La Vejez Virgiliana.

Quiero gozar en horas de sosiego
la rústica vejez del buen labriego,
que, al abrigo sentado de sus frondas,
oye de la ciudad el ruido vano,
como estruendo de ejército lejano
ó voz opaca de confusas ondas....
Si el marino que cruza el océano
sin dejar una huella en su camino,
siente amor hacia el mar, yo que, hoy anciano,
veo huellas de mí, más que el marino
feliz me siento.
Atravesé la tierra,
pero el rastro en su faz dejé grabado;
y amo por eso el campo y cuanto encierra,
ya que en su corazón hundí mi arado.
Lejos de la banal y fausta pompa,
que es engaño y no más de los sentidos,
antes que á su contacto se corrompa
mi sano corazón, quiero el amparo
de verdes hojas y calientes nidos,
para morir en paz.... Seré cual faro
solitario y feliz, que, entre la bruma,
sobre aislado peñón, rumbo señala,
mientras el mar lo besa con su espuma
y el viento lo acaricia con el ala......
Cuando imprevisto mal, siempre vecino,
ó mi propia vejez me ate en sus lazos,
apague mi vigor, ciegue mi tino,
entorpezca mis pies, rinda mis brazos;
cuando no pueda ver cómo chispea,
sobre el arado de bruñido acero,
el rojo sol de los alegres lampos;
cuando mi eterno afán inútil sea
de saltar ágil al corcel ligero,
y cabalgando así, correr los campos;
cuando, atado con fuertes ligaduras
al lecho del dolor, sienta el anhelo
de pararme y andar, y por la abierta
ventana de floridas colgaduras
vea sólo un jirón de campo y cielo,
sin poder ¡ay! ni traspasar la puerta;
cuando, enfermo y anciano,
tender los ojos á mis campos quiera,
y ver sembrar y recoger el grano,
con altivez de emperador romano
recorreré los campos.... en litera!
Y así en litera sobre firmes hombros,
los campos cruzaré como otros días:
será la procesión de mis escombros
sobre la alfombra de las tierras mías!....
Y ya pronto á morir, del postrer lampo
á la luz que ilumine mis montañas,
decirle quiero en mi agonía al campo:
—Deja acabar en ti, ya que concluyo;
deja hundirme yo mismo en tus entrañas.
Tú fuiste mío ayer.... ¡hoy seré tuyo!

La Vejez Anacreóntica.

¡Oh jóvenes amigas! el anciano
os ama y os requiere.
Mi alma evoca
aquel tiempo feliz, en que la mano
firme acercaba el ánfora á mi boca,
y en que, tras los festines ya deshechos,
y entre el revoloteo de Cupido,
improvisaba pecadores lechos
cual ave que hace en cualquier rama un nido....
Ya que infausta vejez ha quebrantado
las alas de mi amor, sólo me resta
herir la lira con el plectro mío;
y arrullar con acento regalado,
el abandono, tras alegre fiesta,
con que duerme el placer sueños de hastío.
Débil mi diestra ya, su licor vierte
la vacilante copa: entre el sombrío
follaje de mi barba, así se advierte
la gota de licor, que al fin se abruma
y cae como gota de rocío
resbalando por cálices de espuma....
Pero aún puedo refrescar en vino
el caluroso labio, aún atino
á libar el licor que se derrama
por mis débiles nervios, á manera
que por las fibras de vetusta rama
un soplo animador de primavera!
¡Ay de mí, que no alcanzo mayor gloria,
por más que el fuego del licor me exalta
á disputarle á Venus la victoria:
yo tengo vino, pero amor me falta!....
¡Oh jóvenes amigas! Vuestro encanto
se diría el tapiz de una pradera,
que, cual piadosa máscara, cubriera
la macilenta faz de mi quebranto....
Derramad la flotante cabellera
sobre mis limpias canas; dad al aire
el beso del amor; tañed la flauta
de arrulladores tonos; tejed luego
la viva danza de sensual donaire;
y ya veréis que de mi lira incauta
se escaparán las cláusulas de fuego....
Y os hablaré de amor: vuestros oídos
se habrán de regalar con mis acentos,
que, sumando el ardor de mis sentidos,
inflamarán el alma de los vientos.
Cantando así, me dormiré en mi canto
y soñaré cantar vuestra hermosura:
¡y me amaréis! Por misterioso encanto,
el poeta al hablar se transfigura.
Bajo la palidez de mis cabellos,
simulará mi frente luminosa
nieve que bese el sol con sus destellos,
cual si fuera con ósculos de rosa....
¡Ay de mí, que perdidos los vigores
siento el dolor de las marchitas flores,
que ayer, engalanadas de alegría,
dieron al aire sus perfumes vanos,
y hoy son desprecio hasta de aquellas manos
que las ajaron sin piedad un día!....
Mas ¿qué he de hacer? ¡Oh jóvenes amadas!
dejas al fin acariciar siquiera....
Tal el avaro que cegó, ya á solas
no goza recreando sus miradas
en el tesoro que á su vista era
un mar inmenso de lucientes olas;
pero sí goza con el tacto, hundiendo
sus temblorosas manos entre el oro,
y goza del metal entre el estruendo
con el alegre retintín sonoro....
¡Oh jóvenes amigas! Pronta muerte
ha de torcer el uso de mi suerte:
mas ha de ser en el festín risueño,
cuando sobre la boca del abismo
bate sus alas fementido ensueño:
así veréis, al uno y otro lado,
rodar súbitamente, á un tiempo mismo,
el vaso roto, el cuerpo inanimado!
Nada en la muerte repulsión me inspira.
Cuando yo muera, el canto de mi lira
ha de turbar, con música de besos,
la soledad de vuestra paz nocturna;
y, hechos ceniza, mis dolientes huesos
recinto buscarán que los merezca,
para dormir el sueño del arcano:
así tal vez la cineraria ürna,
por sus gentiles fórmas, os parezca
la copa del festín que alza mi mano....
¡Oh jóvenes amigas! Ya que inerme,
tras riente embriaguez, halla el anciano
plácido sueño de profunda calma,
la ürna es copa en que la carne duerme,
la copa es urna en que reposa el alma!....



GENESIACA.

No hay duda: está chiflado.

Lo repiten allí, y pueden afirmarlo quienes le hayan oído. A la mejor sale con dichos y ocurrencias que no le acreditan de cuerdo, sino de persona desequilibrada,—como se dice ahora,—lo cual es tanto como asegurar que tiene flojo alguno de los tornillos más importantes del celebro. Cervantes el insigne manco, que no lo era para escribir de locos en libros inmortales, diría de don Aristeo que va en camino de parar en la Casa del Nuncio.

¡Qué viejo tan afable y simpático! Dióle el Señor ingenio, viveza, voladora fantasía, fácil palabra y cierta maliciosa intención, muy alegre y donosa, para contar y referir. A cada momento da muestras de ser discretísimo, de que posee criterio muy sólido, y de que, cuando se mete en filosofías, no es brillo de oropeles su palabra conceptuosa. Padece de cuando en cuando tristezas y mutismos, y nublos de la mente le tornan, aunque por breves horas, huraño y desabrido.

Parlero y locuaz, si está de vena, es un gusto el oirle. De aquella boca desdentada salen á porrillo anécdotas, cuentos, chascarrillos y coplas, como guindas de cesta, enredados los unos en las otras.

No falta quien diga que el espiritismo le trastornó la casa. ¡Mentira y calumnia! Lo cierto, lo que nadie ignora, es que don Aristeo no tiene vacíos los mejores aposentos del piso alto, y que, cuerdo ó no cuerdo, chiflado ó no chiflado, el buen señor no es bobo; que tiene trastienda, y que le sobra pesquis para manejar sus dinerillos, y para discurrir con acierto, y largo y tendido, en muchas materias diferentes.

Todos le quieren, le llaman, le buscan, y no hay en el pueblo mentidero ni corrillo que no le cuente suyo, ni comilona, merienda, jira, boda ó bateo en los cuales no esté.

Lleva treinta y pico de años de haberse retirado á Torre-Blanca, deseoso de vivir allí vida silenciosa y modesta. Parece que, allá en sus verdes mocedades, fué muy dado á lujos y aventuras galantes.

Ni por un día ha dejado su traje característico, único en el pueblo: levita negra, de mangas muy ceñidas; chaleco de piqué; pantalón angosto, que cae sobre unos botines de gamuza con punteras de cuello charolado; camisa albeante, sin brillo ni almidones, que asoma en puntas y tirilla, de entre las vueltas de la corbata sofocante. Prendas secundarias: pañuelo monacal; chistera que suele ir despeluzada, y...... capa española.

Ni por las nueve cosas soltaría su capa. En lo más ardiente del estío,—¡y aquellos son calores!—cuando hierbas y frondas languidecen, y los ganados buscan la sombra de los mangueros, y en valles y montes extiende sus velos la colina, ahí va don Aristeo calle arriba y calle abajo, abrigadillo y sudoroso. Decidle media palabra acerca de esto, y responderá:—«¡Contra solazo...... capotazo!»

¡Singular personita! Cabeza vivaracha y esférica; nariz roma; barbihecho siempre; rugosos la frente y los carrillos, ojuelos vivísimos y maleantes.

Ha leído mucho, sabe mucho, y entiende y habla de todo; pero la erudición y el saber de don Aristeo tienen su dejo volteriano.

La tema del buen hombre no es, como pudiera pensarse por lo que dicen, el espiritismo ó el perfeccionismo absoluto, quia, nó: es el talento. Que sepa de alguno que le tiene, y desde luego contará el tal con la simpatía cariñosa de tan excelente caballero.

—En eso del talento...—nos platicaba cierta noche en la botica, que es el casino de Torre-Blanca —...en eso del talento miro patente el origen divino de la especie humanal! «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza»......

El viejecillo es baltronero, nunca deja meter baza, y si atrapa la hebra no pára hasta deshacer el ovillo.

—Vamos al asunto, amigo y señor don Aristeo!—Si eso piensa usted, ¿cómo se explica, entonces, la existencia de los tontos? Porque... ¡Vaya si los hay!

—¡De que los hay, los hay, y la desgracia es dar entre ellos!—exclamó con suma vehemencia.

—Ahí tiene usted,—prosiguió diciendo el interruptor—ahí tiene usted al hijo de don Bonifacio, á Saturnino, ese pedazo de atún, que se ha jugado, donde yo me sé, hasta la santa memoria de sus padres; ahí está Juanito Peteneras, el chico ese cuya sangre es tan densa que apenas le corre, y que pretende meterse á tenor cómico para dedicarse á lo flamenco; ahí está Paulita, la viuda del doctor Fioraventi, que casó con el Perico Vela, quien le tiró en parrandas cuanto achocó el difunto; no lejos de aquí vive y perdura doña Robustiana, que cuando lee en las cubiertas de la «Revista Melódica» nombres de valses, nocturnos, danzas, «chotises» y «tustepes», como los títulos suelen ser poéticos, dice que son versos los rengloncitos de la lista!

—¡Hola! ¡Murmurador y maldiciente! ¡Guárdeme Cristo de tratar con tontos! Huyo de ellos; pero los compadezco de todo corazón! ¡Qué culpa tienen de haber sido... de los últimos!

—¿De los últimos?—preguntéle. — ¿Qué quiere usted decir con eso?

—A explicarlo voy. Sépanse ustedes, señores míos, que me tengo muy bien estudiado. Huarte, el ilustre Huarte, en su «Examen de Ingenios»......

—Ha dicho usted que las personas escasas de aquello con lo cual se hacen los buenos sermones, fueron de los últimos... y...

—¡Poco á poco, amiguito! Poco á poco hilaba la vieja el copo—dijo don Aristeo, arrebatándome la palabra.—¡Tate! No se ganó Zamora en media hora.

Sentóse el anciano, cruzó la pierna, se afirmó la chistera, y, levantando, por cada lado, y al mismo tiempo, los chafados embozos, dijo sentenciosamente:

—Hay muchas clases de tontos. Los tengo así clasificados; tontitos: los pobres de espíritu que no merecen ni pena ni gloria; semitontos: la mayor parte de las gentes; los tontos públicamente reconocidos tales; tontos de tontos: los de capirote; tontos cultos; y... tontos cultísimos. Estos suelen ser, muy nocivos á pueblos y naciones. Pues bien: así como los

mandamientos del Decálogo se encierran en un par de preceptos, los tontos se dividen en dos grandes grupos: tontos soportables, unos; insufribles, otros.

—¡Bravo! Pero, sepamos: cuáles de ellos fueron... de los últimos?

—¡Todos! Escuchadme y no me interrumpáis.

Nos dispusimos á oir atentamente.

—Habéis de saber, señores, que si damos crédito á viejas tradiciones masoréticas y cierta leyenda rabínica, faltan en el Génesis algunos importantes versículos, los cuales, [así lo reza un alfarrabio que yo tengo y que guardo como preciosa margarita,] encajan en el capítulo primero, ó en el segundo, del sagrado libro. Esos versículos tratan de la creación de... los tontos.

—Oigamos—dijimos en coro.

—¡Silencio! Es de creerse que ese pasaje fué quitado del sagrado texto, por mano de alguno que se creyó aludido. E hízolo por tal manera, con habilidad tan peregrina, que no han valido cuentas de masoretas para comprobar el horrendo sacrílego atentado.

La infusión del espíritu divino por el soplo del Señor no fué hecha sino cuando todos los cuerpos humanos estuvieron concluidos. Jeovah formó de lodo, y con sus propias manos el modelo: Adán. La formación de Eva, como tenéis sabido, fué posterior. «En cierto modo,» también la «buena» esposa del primer hombre fué... última. ¿No hay aquí feministas? ¿No? Pues... ¡adelante!

Como para Jeovah no hay nada oculto, y, por ser quien es, conoce lo presente, lo pasado y lo futuro, y era sabedor de la ingratitud de aquellas criaturas... [en proyecto].... las cuales habían de vivir empeñadas en quebrantar, á más y mejor, la ley divina, y en revolverse, olvidando el origen de su linaje, en el lodo y en el fango de la concupiscencia, no quiso ocuparse en plasmar tantos y tantos millones de millones de muñecos, y dijo á los ángeles:

—¡Ea! ¡Venid acá, señoritos y siervos míos! ¡Voy á daros quehacer! ¡Dejaos, por ahora de cantar mis altezas! ¡A Dios alabando... y con el mazo dando!

Entonces.... Esto acaecía en las llanuras arias, en las orillas del Oxo, á los rayos de un sol flamante, acabadito de estrenar; de un sol sin lunares ni manchas ni desconchaduras, sin nada de todo eso que trae tan ocupados á los astrónomos de ambos hemisferios.

Entonces... se abrió el dombo cerúleo, [que diría un poeta,] abrióse de pronto, dejando ver espacios infinitos y misteriosas lejanías, tan luminosas que parecía el sol como luz de cerilla. Y bajaban, y bajaron, y siguieron bajando legiones y legiones de ángeles, radiosos, níveos, de luenga, flotante y vaporosa veste. Venían en ringlas paralelas, interminables, que se movían y undulaban en los piélagos del espacio como cintas de tul, como jirones de gasa sueltos y entregados al viento.

Eran los ángeles garridos mancebos, de alas corvas y largas; unos pelinegros, otros pelirrubios, de ojos negros ó azules, ebúrnea la cutis, con un lucero flamante sobre la frente; gentiles y etéreos. Como solamente ha sabido pintarlos Bouguereau.

Por célere que fuese aquel descenso de las tropas angélicas, falanges del Dios de los ejércitos, tardó las horas y las horas.

Unos traían peroles de platino, limpidísimos, resplandecientes; ótros cucharones y trébedes; éstos tridentes de hierro damasquinado; aquéllos cucharillas de oro: prodigio de la celeste orfebrería.

¡Y qué guapos que eran los ángeles! ¡Qué sangre tan ligera! ¡Qué alegres y decidores! ¡Qué risueños y gárrulos! ¡Gente joven! ¡Gente joven que con todo y en todas partes se divierte!

Esparciéronse pronto en la llanura. Mientras unos amasaban limo, otros acopiaron leña, armaron hogueras, plantaron trébedes y asentaron peroles. ¡Cómo ardían y con qué fragancia el sándalo y el cinamomo!

En tanto vinieron, venían y seguían viniendo ángeles y más ángeles, portadores de saquillos de tisú, (regiamente broslados dice mi libro) y de esbeltas anforillas de cristal, cerradas y selladas también.

Y vaciaban en los peroles el misterioso polvo que había en los saquillos, y cierta materia humeante y de olor peculiar contenida en los vasos.

Los demás ángeles atizaban el fuego y removían la mezcla, muy diligentes y afanosos.

Entre bromas y charla se pusieron á la obra los plasmadores. Reían de buena gana, como turba de malévolos estudiantes. No se estaban quedos ni un segundo. ¡Bonita diversión la de hacer muñecos! ¿Salía uno deforme? Silbidos y vaya. ¿Un tuerto? ¿Un narigón? Carcajadas y gritos. ¿Un cojo? Luego le renedaban y decían: «-Uno... dos... tres...» ¿Un





La Paz.—(Cuadro de Fuster.)

lindo palmito? Vítores y aplausos. Hicieron de todo: beldades gentilísimas y gallardos varones; jibosos grotescos y lindísimas pollas; corpazos hercúleos y monicacos enclenques y risibles.

Era tanta la bulla, que vino Miguel con sus tenientes,—unos mancebos muy guapos—y recorrieron los grupos, luciendo la flamígera. Reprendieron aquí, amenazaron allá, recomendaron en todas partes discreción y juicio, y dictaron severísimas órdenes. ¿Ordencitas? ¡Buenos estaban ellos para ordencitas! Los muy tunantes siguieron haciendo de las suyas.

El guiso, (llamémosle así) estaba en punto. Los plasmadores habían terminado su tarea, y, sólo faltaba llenar cabezas, pues todos los muñecos tenían el cráneo huero.

La manipulación no era difícil: una cucharada de almodrote por cabeza, una palmadita en cada frente y... luego ¡que viniera Dios á animar peleles, cuando lo creyese oportuno!

Era el guiso, ó el «preparado,» [¿no dicen así los químicos, señor farmacéutico?] á modo de papilla espesa, con grumos y nubarrones grises, no toda ella bien batida, ó bien... emulsionada.

¡Manos á la obra! Apercibiéronse los ángeles con sendas cucharillas, y principiaron á rellenar cabezas.

Al principio se hizo todo en orden, á las mil maravillas, como estaba ordenado: depositaban cuidadosamente en la cavidad craneana una porción del bien mezclado almodrote. De esa tanda fueron Newton y Laplace, Copérnico y Leverrier, Aristóteles y Santo Tomás de Aquino, Rafael y Miguel Angel, Beethoven y Wagner, Virgilio y Horacio, Dante y Shakespeare, Lope de Vega y Cervantes, Calderón de la Barca y Quevedo, Velásquez y Murillo, Sor Juana y Ruiz de Alarcón. Al llegar á éste, Uriel, que es compasivo y muy afecto á poetas, exclamó, al ver las corcovas del muñeco:—«¡Pobre de tí! ¡Qué feo! ¡Pierde cuidado!» Y, diciendo y haciendo, abrióle el ventanillo frontal, y echóle por allí tres ó cuatro cucharadas de lo gris, y otra más por si faltaba, de lo fino, de lo que necesitan muchos dramáticos y muchos amantes ó cultivadores del «género chico.»

Llegóse á Napoleón, y no pudo contener la risa.—«¡Qué chirriquitín! ¡Vamos! Para que hagas mil cosas... ¡hasta versos! Y Uriel la dió de pródigo y despilfarrado. Supongo, amigos míos, que así se portó con otros muchos, y debemos esperar que cualquier día se nos aparezca alguno de ellos. ¡Se cuenta que vienen de siglo en siglo!

Un grupo simpático modelaba en silencio. ¡Qué lindo muñeco! ¡El tipo supremo de la belleza máscula!

Alguien que pasaba le derribó, le estropeó un pie, y le dejó lisiado. El ángel quiso corregir el defecto, pero el barro se había endurecido. Entonces entreabrió suavemente la frente apolínea de la estatua, y llenóla. Ese muñeco fué Lord Byron.

Un grito alarmante resonó en la llanura.

—¡Se acabó el almodrote!

Quedaban por llenar muchas cabezas, muchas. ¡Tantas! Fueron revisadas las pailas. ¡Vacías! En algunas quedaba algo, empedernecido. Y lo aprovecharon en algunos; en los que son duros de seso.

¿Qué hacer? Después de mucho hablar y mucho discutir, (de la discusión brota la luz) gritó un angelito:

—¡Eureka!

Habló con éstos, con aquéllos y con los de más allá, y, en un santiamén, fuéronse y regresaron. Volvieron muy cargados con sacos de harina. De cuanto hubo en la despensa y en las alhóndigas del Empíreo.

Harina de todas clases, desde la que próceres, magnates y reyes consumen todos los días en bollos, emparedados y hojaldres, hasta el moreno y vil acemite, que hace pan bazo, y que sirve de alimento á mendigos, braceros, tropa, y... demás gente ordinaria.

Y... ¡á vaciar sacos de harina en los peroles! ¡Y á sacudir en ellos saquillos vacíos para juntar algo del gastado condimento! ¡Y á renovar el fuego! ¡Y á escurrir ánforas! ¡Y... á preparar engrudo! No faltó el agua. Diéronla los remansos del Oxo. Alguna trajo su poquito de fango... [Esta circunstancia explica muchas cosas: calumnias, infamias, traiciones, dolos, ingratitudes, etc., etc.]

Hicieron el engrudo y... con engrudo llenaron la cabeza de los últimos muñecos. Los tales fueron... los tontos.

—Diga usted, don Aristeo:—saltó diciendo el boticario cuando cesaron las risas—¿y todo eso está contenido en los trozos quitados al texto mosaico?

—No,—respondió, concomiéndose, el viejecillo—En mi alfarrabio.

—Y diga usted...—me atreví yo á preguntar—Nosotros, los presentes, somos de los primeros ó de los últimos?

—¡Sábelo Dios!

—¿Y usted?—preguntó en seguida el doctor Pérez, que no había chistado ni mistado.

—¡De los últimos! ¿No dicen ustedes, en ausencia mía, que mi cerebro no anda bien?

Callamos confundidos. No faltó quien rompiera el silencio:

—¿Cuáles son los tontos... insufribles?

—No es difícil responder— contestó don Aristeo, levantándose. — ¿Quiénes? Pues... aquellos que presumen de tener talento, y... NO LE HAN.

RAFAEL DELGADO.

1903.

MÉXICO Y AUSTRIA

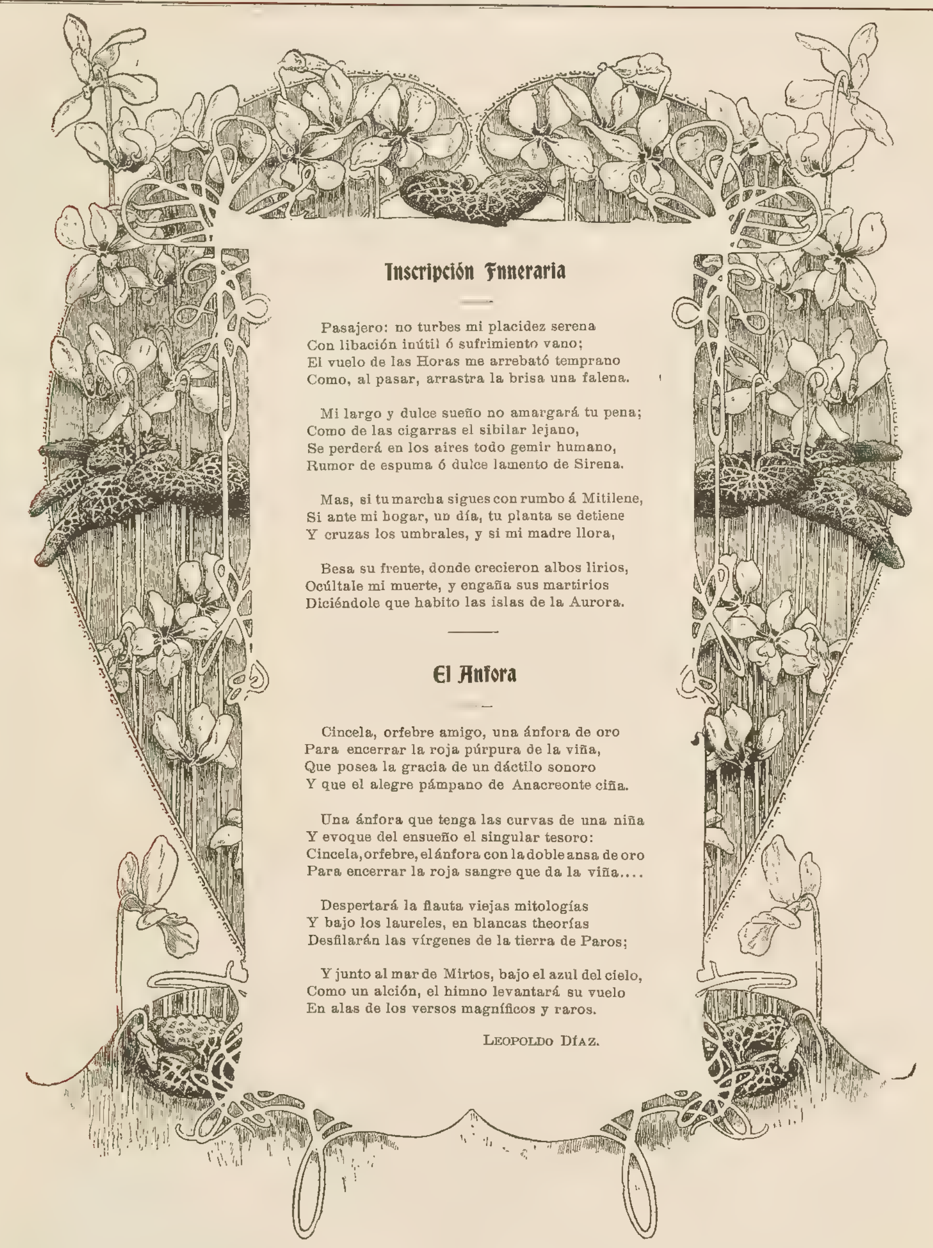
Con el objeto de visitar algunas casas exportadoras de efectos mexicanos que fácilmente pueden colocarse en los mercados de Austria-Hungría, estuvo en la capital, días pasados, el señor José Smerdou, Cónsul de México en Trieste.

El señor Smerdou, durante su permanencia en el país, recorrió los establecimientos industriales más importantes de la población, recogiendo con este motivo informes y datos de sumo interés acerca de las condiciones en que se desarrolla nuestra industria y de las ventajas que las empresas nacionales pueden ofrecer para la importación de sus productos á los mercados austro-húngaros. Una poderosa Compañía que opera en Budapest celebró ya un contrato para la compra de raíz de zacatón en nuestros puertos.



Sr. José Smerdou.

Autorizado por la Secretaría de Fomento, el señor Smerdou establecerá, anexo al Consulado de Trieste, un Museo Comercial donde los importadores de efectos mexicanos puedan encontrar siempre las muestras que soliciten.



Inscripción Funeraria

Pasajero: no turbes mi placidez serena
Con libación inútil ó sufrimiento vano;
El vuelo de las Horas me arrebató temprano
Como, al pasar, arrastra la brisa una falena.

Mi largo y dulce sueño no amargará tu pena;
Como de las cigarras el sibilar lejano,
Se perderá en los aires todo gemir humano,
Rumor de espuma ó dulce lamento de Sirena.

Mas, si tu marcha sigues con rumbo á Mitilene,
Si ante mi hogar, un día, tu planta se detiene
Y cruzas los umbrales, y si mi madre llora,

Besa su frente, donde crecieron albos lirios,
Ocúltale mi muerte, y engaña sus martirios
Diciéndole que habito las islas de la Aurora.

El Anfora

Cincela, orfebre amigo, una ánfora de oro
Para encerrar la roja púrpura de la viña,
Que posea la gracia de un dáctilo sonoro
Y que el alegre pámpano de Anacreonte ciña.

Una ánfora que tenga las curvas de una niña
Y evoque del ensueño el singular tesoro:
Cincela, orfebre, el ánfora con la doble ansa de oro
Para encerrar la roja sangre que da la viña....

Despertará la flauta viejas mitologías
Y bajo los laureles, en blancas theorías
Desfilarán las vírgenes de la tierra de Paros;

Y junto al mar de Mirtos, bajo el azul del cielo,
Como un alción, el himno levantará su vuelo
En alas de los versos magníficos y raros.

Leopoldo Díaz.

Cabellera Negra.

Déjame aspirar largo tiempo el olor de tus cabellos y hundir todo mi rostro en ellos, como un hombre sediento en el agua de una fuente, y agitarlos con mi mano como un pañuelo oloroso para sacudir los recuerdos en el aire. ¡Si pudieses saber todo lo que veo, todo lo que siento, todo lo que oigo en tus cabellos! Mi alma viaja sobre el perfume como el alma de los otros hombres sobre la música.

Tus cabellos contienen todo un sueño de velámenes y arboladuras; contienen grandes mares cuyas olas me llevan hacia climas encantadores, donde el espacio es más azul y más profundo, donde la atmósfera está perfumada por los frutos, por las hojas y por la piel humana.

En el océano de tu cabellera yo entreveo un puerto lleno de cantos melancólicos, de hombres vigorosos de todas las naciones, y navíos de todas las formas diseñando sus arquitecturas finas y complicadas sobre un cielo inmenso donde se expende el eternal calor.

En las caricias de tu cabellera encuentro las languideces de largas horas pasadas sobre un diván en el camarote de un navío, mecido por el balanceo imperceptible del puerto, entre las flores y las bebidas refrescantes.

En la ardiente hoguera de tu cabellera respiro el olor del tabaco mezclado de opio y de azúcar; en la noche de tu cabellera veo resplandecer el infinito del azul tropical; en las costas vellosas de tu cabellera me embriago con los colores combinados del alquitrán, el almizcle y el aceite de coco.

Déjame morder largo tiempo tus trenzas pesadas y negras. Cuando muerdo tus cabellos elásticos y rebeldes, me parece que devoro recuerdos.

Charles Baudelaire.

UN CABECILLA

De aquel molinero viejo y silencioso que me sirvió de guía para visitar las piedras célicas del monte Rouriz, guardo un recuerdo duro, frío y cortante como la nieve que coronaba la cumbre. Quizá más que sus facciones, que parecían talladas en durísimo granito, su historia trágica hizo que con tal energía hubiéseme quedado en el pensamiento aquella cara tabacosa, que apenas se distinguía del paño de la montera. Si cierro los ojos, creo verle. Era nudoso, seco y fuerte, como el tronco de una vid patriarcal; los mechones grises y desmedrados de su barba recordaban esas manchas de musgo que ostentaban en las ocacidades de los pómulos las estatuas de los claustros desmantelados; sus labios de corcho se plegaban con austera indiferencia; tenía un

perfil inmóvil y pensativo, una cabeza inexpresiva de relieve egipcio. ¡No, no lo olvidaré nunca!

***

Había sido un terrible guerrillero. Cuando la primera guerra civil, echóse al campo con sus cinco hijos, y en pocos días logró levantar una facción de gente aguerrida y dispuesta á batir el cobre. Algunas veces fiaba el mando de la partida á su hijo Juan María y se internaba en la montaña, seguro, como lobo que tiene en ella su cubil. Cuando menos se le esperaba, reaparecía cargado con su escopeta llena de ataduras y remiendos, trayendo en su compañía algún mozo aldeano de aspecto torpe y asustadizo que, de fuerza ó de grado, venía á engrosar las filas. A la ida y á la vuelta, solía recaer por el molino para enterarse de cómo iban «las familias», que eran los nietos, y de las piedras que molían.

Cierta tarde de verano llegó y hallólo todo en desorden. Atada á un poste de la parra, la molinera desdichábase y llamaba inútilmente á sus nietos, que habían huído á la aldea; el galgo aullaba, con una pata maltrecha en el aire; la puerta estaba rota á culatazos, el grano y la harina alfombraban el suelo; sobre la artesa se veían aún residuos del «yantar» interrumpido, y en el corral la vieja hucha de castaño revuelta y destripada.... El cabecilla contemplaba aquel desastre sin proferir una queja. Después de bien enterarse, acercóse á su mujer murmurando con aquella voz desentonada y caótica de viejo sordo:

—¿A qué hora vinieron los civiles? ¿Cuántos eran? ¿Qué les has dicho?

La molinera sollozó más fuerte. En vez de contestar, desatóse en denuestos contra aquellos enemigos malos que tan gran destrozo hacían en la casa de un pobre que con nadie del mundo se metía. El marido la miró con sus ojos cobrizos de gallego desconfiado.

—¡Ay demonio! ¡No eres tú la gran condenada que á mí me engaña! Tú has dicho dónde está la partida.

Ella seguía llorando sin consuelo.



—¡Arrepara, hombre, de qué hechura esos verdugos de Jerusalén me pusieron! ¡Atada mismamente como Nuestro Señor!

El guerrillero repitió, blandiendo furioso la escopeta:

—¡A ver cómo respondes, puñela! ¿Qué les has dicho?

—¡Pero, considera, hombre!......

Calló, dando un gran suspiro, sin atreverse á continuar: tanto la imponía la faz arrugada del viejo. El no volvió á insistir. Sacó el cuchillo, y cuando ella creía que iba á matarla, cortó las ligaduras, y sin proferir una palabra, la empujó obligándola á que le siguiese. La molinera no cesaba de gimotear.

—¡Ay! ¡Hijos de mis entrañas! ¿Por qué no había de dejarme quemar en unas parrillas antes de decir en dónde estábades? Vos, como soles. Yo, una vieja con los pies para la cueva. Precisaba de andar mil años peregrinando por caminos y veredas para tener perdón de Dios. ¡Ay, mis hijos! ¡Mis hijos!

La pobre mujer caminaba angustiada, enredados los toscos dedos de labradora en la mata cenicienta de sus cabellos. Si se detenía mesándoselos y gimiendo, el marido, cada vez más sombrío, la empujaba con la culata de la escopeta, pero sin brusquedad, sin ira, como á vaca mansísima nacida en la propia cuadra, que por acaso cerdea. Salieron de la era, abrasada por el sol de un día de agosto, y después de atravesar los prados del Pazo de Melías, se internaron en el hondo caminejo de la montaña, tan fresco con sus humedades de gruta, tan fragante con sus setos de florido saúco, tan lleno de alegres sustos con sus pasaderas bailarinas, tan amenazador con sus revueltas y encrucijadas, tan trágico con sus cruces negras, que recuerdan algún sangriento suceso, y tan viejo, tan viejo que hasta en las lajas tiene impresas las huellas de los carros, surcos llenos de agua turbia, que semejan arrugas de la edad, labradas siglo tras siglo en la trocha sombría, granítica y salvaje.

Anduvieron sin detenerse hasta llegar á una revuelta donde se alzaba un retablo de ánimas. El cabecilla encaramóse sobre un bardal y ojeó receloso cuanto de allí alcanzaba á verse del camino. Amartilló la escopeta, y tras de asegurar el pistón, se santiguó con lentitud respetuosa de cristiano viejo.

—Sabela, arrodíllate junto al retablo de las benditas.

La mujer obedeció temblando.

—Encomiéndate á Dios, Sabela.

—¡Ay hombre, no me mates! ¡Espera tan siquiera á saber si aquellas prendas padecieron mal alguno!

El guerrillero se pasó la mano por los ojos, luego descolgó del cinto el clásico rosario de cuentas de madera, con engaste de alambrillo dorado, y dióle á la vieja, que lo recibió sollozando. Asegúrose mejor sobre el bardal, y murmuró austero:

—Está bendito por el señor obispo de Orense, con indulgencia para la hora de la muerte.

El mismo se puso á rezar con monótono y frío visviseo. De tiempo en tiempo echaba una inquieta ojeada al camino. La molinera se fué poco á poco serenando. En el venerable surco de sus arrugas quedaban trémulas las lágrimas; sus manos, agitadas por temblequeteo senil, hacían oscilar la cruz y las medallas del rosario: inclinóse golpeando el pecho y besó la tierra con unción.

—¿Has acabado?

Ella juntó las manos con exaltación cristiana.

—¡Hágase, Jesús, tu divina voluntad!

Pero cuando vió al terrible viejo echarse la escopeta á la cara y apuntar, se levantó despavorida y corrió hacia él con los brazos abiertos.

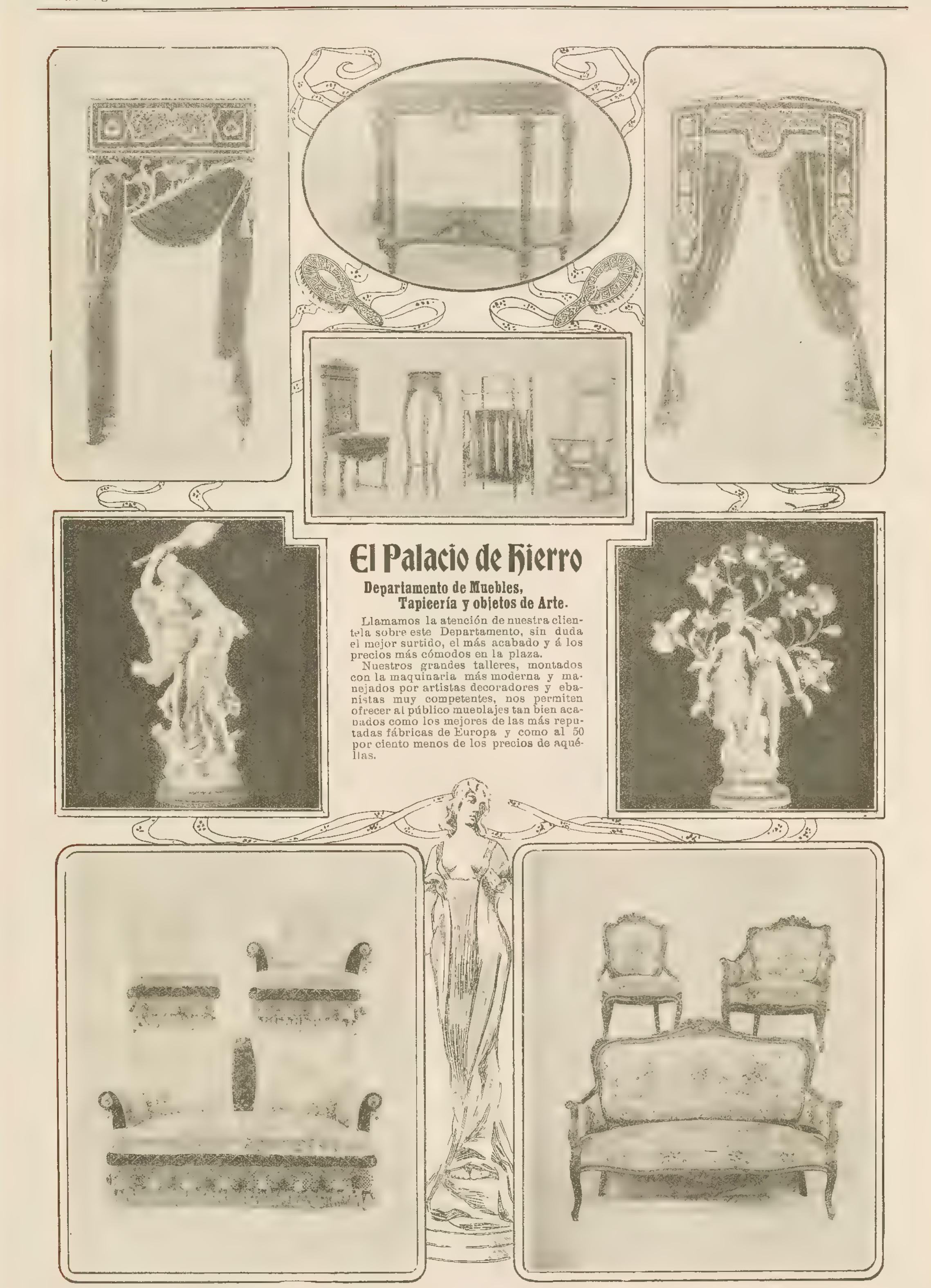
—¡No me mates! ¡No me mates, por el alma de......

Sonó el tiro, y cayó en medio del camino con la frente agujereada. El cabecilla alzó de la arena ensangrentada su rosario de faccioso, besó el crucifijo de bronce, y sin detenerse á cargar la escopeta, huyó en dirección de la montaña. Había columbrado hacía un momento, en lo alto de la trocha, los tricornios enfundados de dos guardias civiles.

Confieso que cuando el buen Urbino Pimentel me contó esta historia terrible, temblé recordando la manera asaz expresiva con que despedí en la Venta de Brandoso al antiguo faccioso, harto de acatar la voluntad solapada y granítica de aquella esfinge tallada en viejo y lustroso roble.

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN.




El Palacio de Hierro
Departamento de Muebles,
Tapicería y objetos de Arte.
Llamamos la atención de nuestra clientela sobre este Departamento, sin duda el mejor surtido, el más acabado y á los precios más cómodos en la plaza.
Nuestros grandes talleres, montados con la maquinaria más moderna y manejados por artistas decoradores y ebanistas muy competentes, nos permiten ofrecer al público mueblajes tan bien acabados como los mejores de las más reputadas fábricas de Europa y como al 50 por ciento menos de los precios de aquéllas.



LA "FOSFATINA FALIERES" es el alimento más grande y el más recomendado paralos niños desde la edad de seis á siete meses, y particularmente en el momento del destete y durante el período del crecimiento. Facilita mucho la dentición; asegura la buena formación de los huesos; previene y neutraliza los defectos que suelen presentarse al crecer, é impide la diarrea, que es tan frecuente en los niños.—PARIS, 6 AVENUE VICTORIA, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

Gran Joyería y Relojería

1a. Plateros 12 y 14



ARTICULOS "ART NOVEAU"
AGENCIA DEL RELOJ OMEGA
Pídase Catálogo, Apartado 271.

Frasco: 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTEPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie Bd St-Denis, 16

TODO LO QUE AGRADA



El remedio del Dr. Munyon para la dispepsia pone en condiciones de poder tomar lo que agrada, todo lo que gusta y cuando uno quiere. Cura el estreñimiento, la nerviosidad, la somnolencia, quita el mal humor, vigoriza y rejuvenece los estómagos gastados. Produce sangre rica y reconstituye el organismo. Precio 60 centavos. Especial para casos obstinados $2.40.

El Remedio del Dr. Munyon para el Reumatismo se garantiza que cura el 95 por 100 de los pacientes de Reumatismo en cualquiera de sus formas y períodos. Precio 60 centavos. Especial para casos obstinados, $1.20.

El Dr. Munyon tiene 57 remedios famosos y acreditados en América y en Europa. Casi todos á 60 centavos.

Botiquines y estuches para familias á precios económicos.

Pídase la Guía de la Salud, gratis. Consultas por correspondencia, libre de todo gasto.

Dr. Munyon, num. 1,505., Arch. St., Filadelfia, E. U. de A.

Agentes generales en la República Mexicana: J. LABADIE, y Cía.

Depósitos en México:

Señores J. Wihlen, Sucrs.—Carlos Félix y Comp.—Droguería del Elefante.—Droguería del Refugio.—En Monterrey, señores E. Bremer y Cía.—En Puebla, señor Joaquín Ibáñez.—En Oaxaca, señores Folis y Romero. etc., etc., etc.

PETROL

DEL DR. TORREL, DE PARÍS.

Unica preparación que evita la caída prematura del pelo, lo aumenta, suaviza y hermosea, á la vez que le comunica un aroma agradable.

EL USO DEL PETROL DEL DR. TORREL, DE PARIS. evita la calvicie pematura, que tanto afea y comunica al hombre el repulsivo aspecto de un joven viejo y ganado.

Píldoras Digestivas y Antisépticas

Del Dr. B. Fuchard,

DE PARIS.

Doradas, para los casos con diarrea. Plateadas, para los casos sin diarrea.

Muy experimentadas en las enfermedades del Aparato digestivo. Contiene la materia activa de los fermentos digestivos, y los antisépticos más poderosos combinados en una forma nueva y asociados con otras substancias medicinales. Es el mejor remedio para la dispepsia, mala digestión estomacal é intestinal, para la diarrea, disentería, enfermedades del hígado, gastralgias, jaquecas y en todos los casos en que la digestión es torpe y la nutrición imperfecta, ó cuando hay inflamación ó infección del Aparato digestivo ó de los órganos anexos.

De venta en todas las Droguerías y Boticas.

TOMEN VINO DE S. GERMAN

EL MUNDO ILUSTRADO

ANO X—TOMO II—NUM. 2

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA

MEXICO, JULIO 12 DE 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem, en la capital $1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



LEÓN XIII

(Del famoso retrato por Chartran.)

RECUERDOS.

Malamente puedo tener de la Intervención Francesa recuerdos heróicos y reminiscencias épicas, ni menos aún puedo narrar batallas campales, triunfos gloriosos, heroísmos sublimes que no son reminiscencias en mi espíritu, sino cosas aprendidas más tarde ú oídas entonces, pero no presenciadas ni vistas. De aquella época, gloriosa al par que dolorosa, mis recuerdos propiamente tales, son recuerdos de niño, y como tales, poco interesantes en principio; pero he encontrado en ocasiones en ese «cuarto de trebejos» que se llama mi memoria, impresiones delicadas, cuadros vivos y animados, hechos sugestivos, y de cuando en cuando hasta verdaderas enseñanzas morales, sociales y políticas que acaso merezcan ser conservadas y divulgadas. Esas impresiones, esos hechos, esas enseñanzas pueden ser una contribución al estudio de lo que fuimos, de lo que pensamos y de lo que sentimos, en contraposición de lo que somos, pensamos y sentimos, y pueden acaso ayudar á definir lo que debemos y podemos ser, sentir y pensar.

***

Las épocas de Ayutla, la Constitución, el Golpe de Estado y la Reforma, son para mí enteramente crepusculares é indistintas. Apenas entre la bruma de un recuerdo borroso se destacan algunos lineamientos más perceptibles.

Todas las mañanas, Petra la cocinera, al regresar del mercado, traía las noticias más auténticas de aquellas luchas y de aquellos conflictos. Mientras distribuía armoniosamente, en la mesa de la cocina, sus manojos de cebollas y sus «cuartillas» de jitomate (entonces se vendían cuartillas de jitomate), y procedía bajo el «contrôle» severo de mi madre, á hacer las cuentas con garbancitos, despepitaba todas las noticias recogidas en los puestos de las herbolarias y de las regatonas.

—Niña, no más le digo que ahí están ya.

—¿Quienes?

—Los puros. Ya le pegaron á don Miguel en Calpulálpam y toda la chinaca se echa encima de México.—Son cuatro y cuartilla.

—No; son cuatro cerrados.

—No, niña, si éstos son los medios y éstos los «clacos.»

—No; éstos son los tlacos y éstos otros los medios.

—Y vienen colgando á la gente por todo el camino, y robando y «saquiando,» y don Miguel se va á largar, y ya el comercio va á poner patrullas.

—¡Válgame Dios! y Sabino que no parece. Sabino era mi padre.

A poco, galope de dragones; portazos de los tenderos cerrando sus comercios, y El Cojo, legendario y tradicional, gritando á toda voz y al rítmico compás de su muleta:

—¡La rrredota completa de los faisiosos!

Este cojo era un papelero que, en los tiempos de paz, vendía «Las décimas del ahorcado» y «El hijo que mató á su madre,» de Sixto Casillas, y en tiempo de guerra, hacía veces de Agencia Havas distribuyendo á «tlaco» boletines de la Campaña, y calificando, invariablemente, de faisiosos á todos los derrotados.

Al contingente noticiero de Petra se agregaba el de Papá Pepito. Papá Pepito, mi abuelo paterno, era un mocho desorejado, recalcitrante, irreconciliable, á la vez que Papá Sabinito, mi padre, era un liberal mondo y lirondo, «puro,» cuadrado por la base, de hermosa lámina y de exquisita y fina vitola.

Papá Pepito, á la hora de la mesa, desempacaba sus noticias, todas favorables á los conservadores, todas optimistas para su partido. Para él no existían los hechos consumados, ni la evidencia ni nada que no fuera una no interrumpida cadena de victorias, una indefinida sucesión de triunfos de «los suyos.» Mi padre lo dejaba decir y solía contestarle irónicamente.

—¡Ya sabes que les «dimos!»—decía Papá Pepito transportado.

—Sí, papá, las espaldas.

—¡Ya tomamos Veracruz!

—¿En píldoras?

—Don Miguel le pegó á Zaragoza.

—Sí, pero con las costillas y en la puntera del zapato.

En ocasiones mi padre lo provocaba.

—Ya sabes que don Benito exclaustró á las monjas de Veracruz?

—De seguro, ¿qué se puede esperar de ese impío? El diablo se lo ha de llevar con todo y botas.

—Pero, papá—decía mamá,—si en Veracruz no hay monjas!

Otro juego que nos hacía felices, era el siguiente: cuando Papá Pepito recibía á última hora alguna noticia favorable á los suyos, solía callársela, y al día siguiente, al alba, afinaba su bandolón y venía de puntillas á dar mañanitas á papá con la noticia puesta en verso y con música de las mismas. Ejemplo:

Ya perdieron esos «puros,»
Los hemos de aniquilar;
Vivan Márquez y los suyos
Por toda una eternidad.

Mi padre se mordía un codo; pero tomaba en la primera oportunidad su revancha. Como quiera que no «poseía» el bandolón ni ningún otro instrumento de música, llegado el caso, organizaba una cencerrada. Se colgaba al cuello con cordeles, á guisa de tambor, una tabla que golpeaba con unos palillos; Berna, mi madre, empuñaba una sartén y un cucharón; Juan el Tiñoso, el criado, tenía á su cargo el caso de la conserva y el molinillo; las criadas y nosotros, seis criaturas, nos armábamos de cacerolas, y á los acordes del Himno Nacional, íbamos á dar cencerrada á Papá Pepito entonando estos ó semejantes versos:

Libertad, libertad sacrosanta
Tus conquistas celebra la gloria,
Lucha aún, lucha aún y la historia
Letras de oro en su libro pondrá.

Mi padre hacía mejores versos que éstos; pero la colaboración de mi hermano Carlos solía extraviar su literatura.

Esto es lo que hoy llamaríamos el género chico; pero había también episodios del género épico. Uno de ellos, periódico, regular, cronométrico, consistía en que, cuando «entraban» los mochos, metían á la cárcel á mi padre; pero en cambio, si «ganaban» los puros, lo metían también á la cárcel. Lágrimas de Berna, chillidos nuestros, consternación de la servidumbre cuando los cuerudos de Lagarde—eran los más asiduos y eran mochos—se presentaban á catear la casa. Papá se resignaba, requería una capa española, hacía aprestar unas tablillas de chocolate y unos bizcochos duros y salía rumbo á Santiago ó á la Acordada «arrastrando su alfange por la arena.»

Lo que había que ver era la actitud de Papá Pepito, hidrófobo, furibundo, implacable. Había que encerrarlo en el cuarto del baño para que no exterminara á los aprehensores, puros ó mochos, de su hijo. Su fanatismo conservador ofrecía un vacío, una laguna. Todo lo toleraba, lo permitía y lo sancionaba de «los suyos», menos que molestaran á Sabinito. Así es que cuando, partido mi padre rumbo al ostracismo, le dábamos suelta, se armaba de una bayoneta despuntada y de un martillo para hacerla entrar, y disfrazado de «sospechoso,» se iba á rondar por la prisión, resuelto á cualquier cosa con tal de que Sabinito no fuera víctima de una arbitrariedad. Felizmente no lo fué nunca. Con «usted dispense,» mataban á uno; con «usted dispense,» daban suelta á mi padre con la misma regularidad que lo encerraban.

Dr. M. Flores.

LEON XIII

La vida del Pontífice romano está—nos han dicho los cablegramas—pendiente de un hilo tenue, próximo á romperse. Quizá en los momentos en que este semanario circule, el Cardenal Camarlengo haya tocado por tres veces la frente lívida del Papa, llamándole por su nombre: «¡Joachim! ¡Joachim! ¡Joachim!», y los labios transparentes y delgados hayan permanecido silenciosos, y no se hayan abierto ya los ojos profundos, reverberos de la potente luz de esa inteligencia privilegiada; y ante esa rigidez y ese silencio, los hilos eléctricos que atan unos con otros los pueblos de la cristiandad, hayan transmitido, como un sollozo, la noticia: ¡León XIII ha muerto!

La Iglesia nunca lloraría bastante la pérdida. Jamás podría consolarse de la desaparición de uno de sus pontífices más amados, más respetados, y que, por su prestigio personal, por su propio valimiento, han llevado más alta la insignia de la cruz.

Como los papas de los primeros tiempos, León XIII fué un apóstol de la fe cristiana; como el monje Hildebrando, fué un reorganizador; y como ninguno de sus antecesores, fué el lazo de unión entre las conquistas modernas y las tradiciones del Papado.

***

La vida de León XIII es la de un político, un hábil hombre de gobierno, perspicaz diplomático, que sabe ponerse á la altura de las circunstancias; que cede precisamente lo que es necesario ceder para bien de la Sede, pero sosteniendo siempre las prerrogativas sin las cuales el poder espiritual de la misma Sede sufriría considerable quebranto.

Siendo joven, rechaza las primeras insinuaciones para seguir la carrera eclesiástica; se manifiesta sin vocación para tomar los hábitos sacerdotales, y se afilia en la Compañía de Jesús, plenamente convencido de que sus talentos le permitirán prestar grandes servicios á la Iglesia, fuera del estado eclesiástico, y alcanzar un nombre glorioso para su familia. He aquí, sobre todo, su más grande preocupación, manifestada en correspondencias escolares, en confidencias íntimas á sus parientes y á sus protectores.

De esta manera llegó á la dignidad de Monseñor, y á ocupar lugar distinguido en la Corte pontificia, aun antes de haber recibido las órdenes sacerdotales. De esta manera también, antes de los treinta años, era nombrado gobernador de uno de los estados pontificios, y más tarde Nuncio papal en Bruselas, y en ambos puestos dió pruebas de su gran talento político, su inquebrantable energía y sus dotes de mando.

La muerte de Pío IX encontró al entonces Cardenal Pecci en el puesto de Camarlengo, y, por lo tanto, encargado de manejar los negocios temporales de la Iglesia y de preparar la elección de nuevo pontífice. Desde luego se le vió desplegar sus grandes dotes de gobierno, asumir la actitud de amo y señor que rompe sin vacilar con algunas tradiciones, que impone su voluntad á todo el Sacro Colegio, que abrevia las ceremonias y precipita la elección de nuevo pontífice, y ante la estupefacción de todos, va recto á su fin, seguro de que sólo así se resolverían las dificultades creadas por la reciente agitación política de Italia.

Se murmura en torno suyo; se susurra que quizá quede en peligro la validez de la elección; pero nadie se atreve á oponerse contra esa voluntad invencible y esa formidable actividad de acción. Dice uno de los biógrafos de León XIII: «los hombres destinados para mandar á los otros hombres, tienen primero una tendencia natural á no ver en ellos sino instrumentos de su propia voluntad y que, absorbidos por la obra que persiguen, sacrifican al mismo obrero al fin que se proponen conseguir.»

Al mismo tiempo, la propaganda en favor del Cardenal Pecci se hace con gran ardor: es

una obra maestra, parecida á las que preceden á las elecciones en la gran República americana. En la prensa, en los círculos políticos, en los diplomáticos, se hace atmósfera en favor de la elección de Monseñor Pecci, de cuyas energías aguardan todos la reconquista de los antiguos privilegios.

Así, en el seno mismo del cónclave reunido á toda prisa, cuando uno de los adversarios más notables de esta candidatura, apoyaba la de otro Cardenal, diciendo que éste era un santo, contestaba el Cardenal Bartolini, ardiente sostenedor del que después fué León XIII:

—Si Martinelli es un santo, que ruegue por nosotros; pero ahora, no es un santo lo que se necesita para el gobierno de la Iglesia.

***

No fué, sin embargo, una reñida lucha de reconquista, ni se caracterizó por la intransigencia que todos aguardaban de él. Sus veinticinco años de pontificado transcurrieron en completa calma, y las protestas que el Pontífice formuló en contra del actual estado de cosas en Italia, fueron protestas débiles, platónicas, fueron las de un convencido de que la fuerza de los acontecimientos es inmensa, y de que el único recurso para el Papado era emprender una gran obra de adaptación, de acomodamiento á las exigencias de la vida moderna.



Casa donde nació León XIII, en Carpinetto.

Y su reinado fué un reinado de paz. Desde la cárcel voluntaria en que vivió por tantos años, seguía con atención el movimiento político de Europa; espiaba los movimientos de esta sociedad moderna que á veces parece haber perdido el norte y marchar sin rumbo fijo hacia las obscuridades del porvenir. Y cuando vió surgir nubes de tempestad de esos horizontes, cuando percibió en el silencio de su claustro el rumor de tormenta, cuando vislumbró las dificultades del tremendo problema social, entonces dejó oír su voz para interceder por los débiles, para defender con su palabra elocuente los derechos lel pueblo, y al mismo tiempo para exhortarle, con la dulzura de un apóstol, al orden, al trabajo y al amor.

Y quién sabe si esa voz blanca, trémula, no haya contribuído á extinguir muchos odios, á desarmar, á veces, el brazo homicida del anarquismo!



Vaticano.—Entrada á los Jardines privados de Su Santidad.

***

Cuando la autoridad espiritual está apoyada por el poder físico, es muy fácil hacerse oír y hacerse obedecer. Cuando la primera existe sólo para hacerse oír y obedecer y respetar del pueblo, es preciso hablar á éste en su propio idioma, y hablarle de aquello que ama, hablar á sus sentimientos, conmoverle, sacudirle, exaltarle. ¿No es así como León XIII se hizo



Trono Pontifical.

amar? ¿No es á la persona venerable del pontífice amante del pueblo y defensor del débil, y proclamador de la justicia, más bien que á la Sede misma, á quien el mundo cristiano ó no, ha rendido homenaje?

León XIII predicó la obediencia á los gobiernos republicanos; reconoció los derechos del poder civil; respetó las libertades del pueblo, conquistadas por éste á costa de luchas



Oratorio privado de León XIII.

formidables, de heroicidades y de martirios. ¿Cómo no había de recibir los tributos del pueblo? ¿Cómo no había de ser respetado por los gobiernos republicanos en cuyo auxilio acudió para allanarles el camino?

El condenó las persecuciones, que en otros tiempos fueron el arma poderosa del Pontificado. No rehusó entrar en relaciones con los hombres de distinta fe; proclamó, hasta donde es posible esperarlo de un jefe de iglesia, la libertad de conciencias, é hizo compatibles la vida moderna y la vida religiosa. Sin duda esta tolerancia le permitió, no solamente evitar el cisma inminente de la iglesia americana, sino ensanchar de un modo considerable la influencia del romanismo en los Estados Unidos.

Su política no ha sido aceptada de grado



La cama de León XIII.

por todos. Lejos de esto, ha sido tachada de débil, de demasiado tolerante, y le ha valido contrariedades y oposiciones que á veces han rayado en rebeldías. El viejo clericalismo, el que nosotros conocemos en toda su intolerancia, jamás transigirá con la política liberal de León XIII. Ese clericalismo suicida no perdonará las complacencias del Pontífice de la Paz. Pero, en cambio, la humanidad conservará su nombre con sagrado respeto, como el de uno de aquellos que se han esforzado por la concordia humana.

Accesible siempre que se trata de asuntos trascendentales, León XIII, como es bien sabido, recibió á una célebre escritora francesa y consintió en darle su opinión respecto á las persecuciones á los judíos.

—La tarea de la Iglesia—dijo León XIII en aquella ocasión—no es sino de dulzura y fraternidad. Debe combatirse el error y esforzarse en derribarlo; pero cualquiera violencia contra las personas, es contraria á la voluntad de Dios, á sus enseñanzas, al carácter de que esto y investido y al poder de que dispongo.



La torre leonina.

—¿Entonces—preguntó la escritora—la guerra de religión?......

—¡Estas dos palabras no pueden ir juntas!

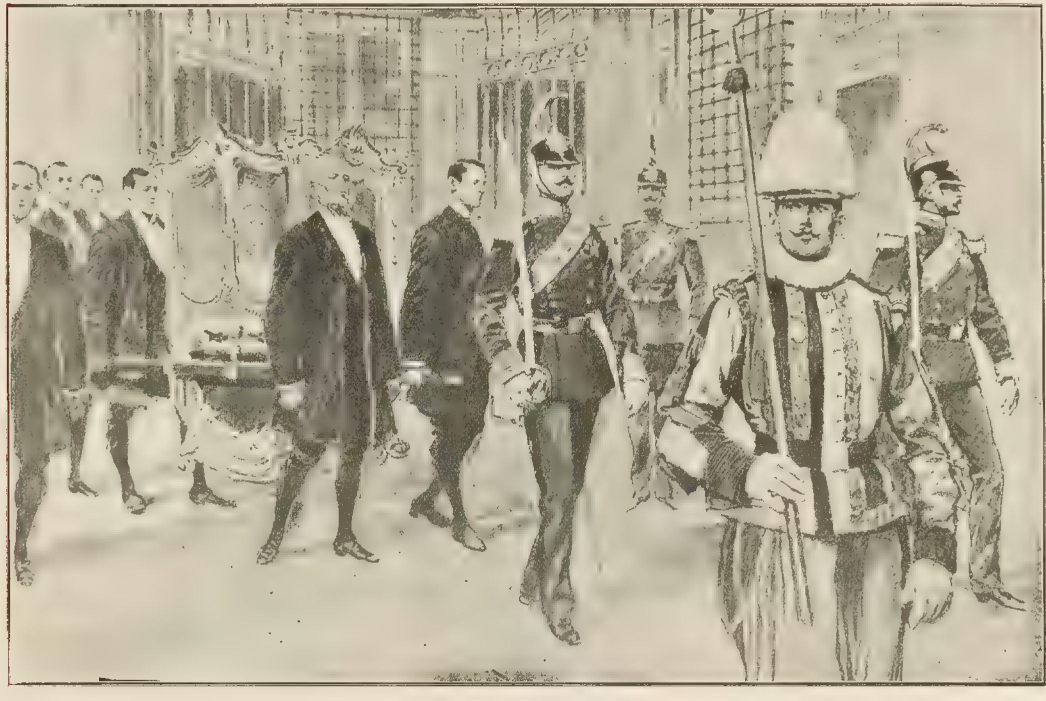
Frases que, desde tiempos remotísimos, habían sido dichas pocas veces y nunca practicadas. ¿Cómo no habían de resonar en el corazón de los pueblos, y rodear al Pontífice que las pronunció de una aureola mística, de la cual se destacara su rostro, blanco como una hostia, de rasgos firmes, inundada de luz?...

Dr. L. Lara y Pardo.

Julio 9 de 1903.

NUESTROS GRABADOS

Intercalados en el texto del artículo anterior, publicamos unos grabados que representan la casa en que nació Su Santidad, el 2 de marzo de 1810, en Carpinetto; la entrada á los jardines privados del Vaticano, el Oratorio y la cama de León XIII, y la torre, llamada «leonina,» que corresponde á las habitaciones particulares del Sumo Pontífice.



S. S. León XIII en la "portantina."

EN LA ESCUELA DE TIRO DE SAN LAZARO

Hoy, según está anunciado, se efectuarán en la Escuela de Tiro de San Lázaro, las pruebas de preparación de explosivos y voladura de algunas obras militares, como puentes y vías férreas, construídas ex profeso para las experiencias por individuos de la clase de tropa, pertenecientes á distintos batallones.

El puente que representa nuestro grabado, se volará por medio de petardos provisionales, formados con frascos de vidrio que contendrán dinamita, y con cargas alojadas en los macizos que sostienen la construcción. Las pruebas de resistencia de la obra se verificaron en días pasados, haciendo que formara sobre ella un numeroso personal.

Conforme al programa aprobado por la Secretaría de Guerra, habrá también ejercicios de tiro de precision con fusil y carabina Maüsser.

El placer producido por una obra artística, es, para cada quien, la medida de su mérito: de ahí la eterna diversidad de nuestros juicios.

A. France.

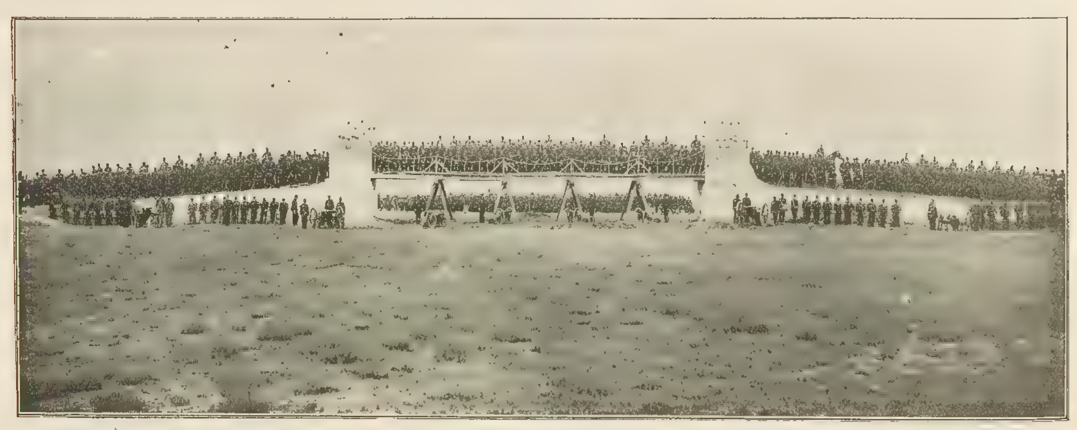
Las fiestas del 4 de julio.

Con un brillante festival efectuado en el Tívoli del Elíseo, conmemoró la Colonia americana, el cuatro del corriente, el 127º aniversario de la Independencia de los Estados Unidos.

El programa de las fiestas comprendía, además de la ceremonia cívica, consistente en un discurso pronunciado por el señor Embajador Clayton y en la lectura de la «declaración de Independencia,» la celebración de distintos juegos atléticos y la de un gran baile, que se verificó por la noche en el salón principal del mismo Tívoli.

En el fondo del parque, y á los lados de la pista arreglada para las carreras, se levantaron dos tribunas: una adornada vistosamente con banderas mexicanas y americanas, que se destinó al señor Presidente de la República y á los señores ministros extranjeros y á sus familias, y otra, dotada de una amplia gradería, en que tomaron asiento las personas deseosas de escuchar á los oradores.

El discurso del señor Embajador, lleno de frases que revelan la alta estima en que la Colonia tiene al Primer Magistrado de la Nación y la franca amistad que une á la República del Norte con nuestro país, fué varias veces interrumpido por los aplausos de la concurrencia. Al concluir el señor General Clayton su corta, pero entusiasta alocución, el señor W. W. Blacke dió lectura al acta de Independencia de los Estados Unidos, pronunciando después un discurso, cuyo tema fué el «Gingoísmo.» En la tribuna de honor, además del se-



Pruebas de resistencia del puente militar en San Lázaro.

ñor Presidente y del señor Embajador, se encontraban los señores Licenciado don Ignacio Mariscal, Secretario de Relaciones; Mc. Ceery, segundo Secretario de la Embajada americana; Guillermo Heimcke y señora; Grand Duff, Encargado de Negocios de Inglaterra; W. Conley, Vicecónsul de los Estados Unidos; Conde de Vinci, Ministro de Italia; General García Vélez, Ministro de Cuba; Herr Floecker, Encargado de Negocios de Alemania; Conde de Kielmanseg, Secretario de la Legación de Austria; Ingeniero don Leandro Fernández, Secretario de Comunicaciones; Francisco Coronado, Secretario de la Legación de Cuba; Evers, Encargado de Negocios de Bélgica; Vizconde De la Tour, Encargado de Negocios de Francia; Emilio Morthz, Cónsul de Chile; Capitán Haliwell, Vicecónsul de Inglaterra; Soughimura, Ministro del Japón y su primer Secretario, Shinovo; Marcial Martínez, Encargado de Negocios de Chile, y su señora.

Terminada la ceremonia cívica, se jugaron algunas carreras á pie, anotándose entre las más notables las de hombres gordos y las de niños. Los vencedores recibieron, como premios, trajes, paraguas, zapatos y otros objetos de utilidad. A medio día se efectuó una ascensión aerostática por don Joaquín de la Cantolla, siendo este acto del programa, de los más llamativos. El globo se elevó á considerable altura, y el aeronauta fué á caer en un edificio de Bucareli.

Repartidos en el Tívoli había puestos de cerveza, helados y confetti.

Antes de retirarse el señor Presidente de la República, se sirvió á los invitados un «lunch» en el salón de patinar. El señor General Díaz ocupó el lugar de honor, tomando asiento á su derecha el señor Embajador y á su izquierda el señor General Frisbie, Presidente de la Junta organizadora de las fiestas. Los demás asientos fueron ocupados por los miembros del Cuerpo Diplomático y los señores que integraban la Junta mencionada. Los brindis cambiados entre el señor General Clayton y el señor Presidente de la República causaron la más grata impresión y fueron ruidosamente aplaudidos.

El Sr. Gral. Díaz recorriendo el Tívoli.
Ejercicios de fuerza.
El Sr. Gral. Díaz presenciando una carrera de niños.

La animación que reinó durante el día en el Tívoli, fué muy grande, y la concurrencia escogida y muy numerosa. En cuanto al baile, diremos únicamente que tanto por el buen gusto que se advertía en el adorno del local, como por la elegancia desplegada por las damas en sus trajes y tocados, constituyó, sin duda, la nota más saliente del programa.





La ascensión aerostática en el Tívoli.—Grupos de curiosos presenciando el acto.



Ejercicios de fuerza.—El paseo por el Tívoli.—Carrera de hombres gordos.

Romeo y Julieta.

I

Renovaban las dos familias— Pasqualis y Dericas—las muy antiguas y ardientes luchas de los Capuletos y Montegos, con la sola diferencia que no se vertía la sangre, pero derrochaban dinero; entre sí no se daban aquellas muertes atroces de otros tiempos, pero por daca las pajas, allá va un pleito, cuyo término era imposible prever. Pleiteaban con aquella voluptuosidad «procesal» propia de la gente provinciana; enemistad entre los Pasqualis y los Dericas. Eran vecinos en la ciudad y en el campo; pero cuando se encontraban, veíanse—y aun tratábanse—como unos perros de presa. Iban las mujeres á misa, pero á distintas iglesias. Si las señoritas Pasqualis usaban trajes azules, era evidente que en el acto se presentarían las Dericas con vestidos color de rosa. En el Concejo Municipal, los Pasqualis eran siempre conservadores; los Dericas oposicionistas siempre, y, naturalmente, jamás estaban de acuerdo. Hay que agregar á todo forma el amor sentimientos conocidos, vigilados, establecidos, anotados y protegidos por las abuelas indulgentes; estimulados por las madres, sabidos por todo el mundo; en una palabra: son sentimientos sin fuego, sin lágrimas, sin ternura, sin caprichos, muy tranquilos, muy lentos y muy fríos....

Pero Carlos Pasquali había tenido la buena suerte de pasar una vez quince días en Nápoles, circunstancia ésta que le hacía tratar con cierto desdén las costumbres de provincia; y María Derica, por su parte, pasaba íntegras las noches llorando á moco tendido por las heroínas de novelas, y envidiando sus desgracias, sus lágrimas ó su muerte.

Bien habrá de comprenderse que necesitaban estos seres un amor excepcional. Hubo primero miradas furtivas, palabras murmuradas muy quedas, claveles caídos de un balcón, sorpresas y satisfacciones fortuitas.... En seguida, ayudados por la complicidad de una obrera que iba á ganar el día de su labor casa de la madre de María, corrieron entre las manos de los jóvenes unos veinte renglones y la consiguiente respuesta; mas luego llegó una diminuta cartica, después una muy larga, y finalmente, diéronse á escribir epístolas de ocho y diez páginas, que muestran en el más alto grado la insensatez de los que están enamorados.

Mas ah! tan cortas fueron las dichas de estos amantes, como pronto los alcanzaron las lágrimas y los dolores! Todo el mundo los acechaba, los expiaba; tenían placer los vecinos en sorprenderlos, en denunciarlos, y todas las iras paternas—avivadas por once voluminosos procesos—caían sobre las cabezas de aquellos desventurados como un manojo de rayos. Se dispu-



como que fuera ésta una de sus más gratas aspiraciones, uno de sus más hermosos deseos. Así se explica que pleitearan, ó por despecho, ó por ira ó por disgusto. Desde luego (y fácilmente se comprende), eran fútiles y de ninguna significación los motivos de aquellas litis incesantes: un arroyo que cambiaba de dirección; una cabra que saltaba por encima de un vallado, ó un arbusto que dañaba un cercadito, etc., etc. Y llovía el papel sellado; y los secretarios escribían en su estilo bárbaro providencias amenazadoras; y los juicios se seguían, los gastos aumentaban y los abogados pedían su licencia ó su retiro, seguros como lo estaban, y según la marcha de los sucesos, de trasmitir estas querellas—como herencia—á sus hijos. Nadie podía darse cuenta de cómo se había formado tan grande eso, los cuentos, las maledicencias, los dichos mordaces, las alusiones malignas, las palabras de doble sentido; en una sola frase: las chismografías más bajas, y tendremos la medida de todas las suciedades y ofensas que pueden lanzarse, en provincia, dos familias rivales.

Pero en medio de éstas y aquéllas, Carlos, el mayor de los Pasqualis, y María, la segunda génita de las Dericas, se enamoraron ciegamente; fué aquélla una pasión violenta, y tanto, como había sido la enemistad de las familias.

Salvo que en los pueblos no tiene variedad ni accidentes el amor. Las relaciones comienzan, por lo general, desde la infancia; siguen su marcha en los juegos del «escondite,» continúan en las fiestas de familia, y van á terminar ante el prefecto y el cura. Con muy pocas excepciones, so condenar las ventanas; se cerró con candado la puerta de la azotea; se contaron los claveles, prohibiéronse los paseos, y se cambiaron cada domingo las horas de ir á misa.... mas á pesar de todo esto, amábanse ellos siempre lo mismo. Los regaños, sermones, prohibiciones y el cúmulo de dificultades, sólo servían para levantar más la llama de aquella hoguera. Aun en las más rigurosas noches de invierno, levantábase María, se vestía, envolvíase en un chal, calzábase sus anchos pantuflos, y conteniendo la respiración, temblorosa y llena de miedo, bajaba la escalera para mirar por la ventana del primer piso á Carlos, que esperaba en la calle, apoyado en la pared. Así conversaban por dos ó tres largas horas, sin darse razón ni cuenta del frío, de la lluvia, ni del sueño perdido; hablaban sin verse,

á cinco metros de distancia, callándose al menor ruido y temiendo por instantes que los interrumpieran en su coloquio aéreo. Pero ¿qué les importaba? De seguro que no cambiaban ellos su situación por ninguno de los imperios de la tierra.

Mas, la noche menos pensada, el hermano de María, que no podía dormir, se levantó, encontró que la puerta estaba abierta, oyó ruido de voces y sorprendió á su hermana. Tiró la ventana á Carlos en la cara, dió un solemne bofetón á María, y la encerró en su cuarto por muchos meses....

Al día siguiente se tapiaron las ventanas. ¡Oh vosotros todos, fieles amantes, que sufrís por un amor desgraciado: imaginaos los tormentos de aquellas dos criaturas infelices! Eran ilegibles sus cartas, borradas las letras por las lágrimas. Largos renglones de signos de exclamación se alineaban como una hilera de soldados prusianos que están bajo las armas, y prorrumpían en imprecaciones contra la suerte, contra el destino, contra la fatalidad y demás seres impersonales que son sordos y mudos, y que como se sabe, ni oyen ni responden. Mil y mil proyectos, fantásticos muchos, irrealizables todos, se elaboraban y discutían; pero horas después ya no satisfacían, y relegábanlos al olvido. Muchas veces había querido Carlos huir con María; pero su padre lo tenía sin blanca en el bolsillo, y no podía el pobre joven reunir un par de duros con que pagar dos puestos hasta Nápoles. Por un momento llegaron á pensar en el suicidio!!.... pero muy pronto pudieron apreciar que no era el suicidio solución de aquel estado....

Al fin y á la postre, su amor tomó el tipo de todos lo amores regulares: las imprecaciones siguieron siendo las mismas, y ni una noche pudieron conciliar el sueño, «sin antes haber vertido sobre el papel amigo el exceso de su dolor!!»

De no otra cosa se trataba en el pueblo que de la constante, de la firme pasión é indecibles tormentos de aquellas pobres criaturas. Despertaban el interés general; y si un extranjero, por casualidad, acertaba á permanecer allí unas horas, en el acto hacíanle visitar las ruinas del anfiteatro romano, y de seguida, como necesidad impretermitible, contábanle la historia de Carlos y María. Estos, á su vez, halagados, y si se quiere, henchidos de vanidad, tomaban actitudes circunstanciales, muy del caso; ella, por ejemplo, estaba pálida, triste, extenuada, sin risas jamás. Sólo hablaba de «sus días sin luz y sin amor,» rechazaba toda distracción, y se esforzaba de mañana á tarde por parecerse á una heroína de Jorge Ohnet. Y Carlos dábase largos y solitarios paseos; melancólico el carácter, aire pensativo, cerrado todo de negro, y considerándose feliz si lograba inspirar piedad.... Nada; por todas partes no hacía más la gente que conversar de estas pobres víctimas y pensar en ellas; siendo agraciados, y muy bien y especialmente recibidos, todos los que tuvieran noticias últimas y buenas. No tenemos para qué decir, después de escrito lo anterior, que Carlos y María llevaban dignamente el peso, no muy liviano, de su absoluta popularidad.

II

Pero como todo tiene término, he aquí que al cabo de tres á cuatro años de continuas luchas, de llantos cuotidianos, de quejas y gemidos, cambiaron de aspecto los acontecimientos. Una mujer de mucho corazón—pues todavía las hay,—haciendo lujo de persuasiva elocuencia, convenció á los padres de que los pleitos costaban mucho; que lejos de dejar utilidad personal, sólo convenían á los abogados, los que de los expedientes hacían su agosto. Decíales aquella buena mujer que con toda seguridad aquellos jóvenes morirían, sintiéndose tan contrariados en su amor, y que no podíamos ni debíamos ser más severos é intolerantes que Jesús, el Cristo, que había tenido perdón para sus mismos enemigos. Para ser concisos, diremos que hizo aquella mujer tanto, tan bien y con tanto acierto, que llegaron las dos familias á pactar una transacción, en la que figuraba como primer capítulo el matrimonio de Carlos y María.

Todo el mundo pensará—es natural—que fueron dichosos aquellos jóvenes con semejante afortunado desenlace: ciertamente.... Sólo que para ser verídica, véome obligada á confesar que fué su primera entrevista embarazosa y molestísima. Tenían ellos costumbre de verse desde lejos, á hurtadillas, y de hablarse en la obscuridad, muy por lo bajo. El cambio de la situación los desagradó, y al desagradarse, se encontraron un tanto ridículos. No encontraban tema de conver-



sación; no sabían qué decirse, y esperaban con impaciencia febril el momento de separarse. Como ya no había más lágrimas que mezclar con las gotas de su tinta, dejaron de escribirse. Como la vida se había hecho fácil para ellos, no había tampoco padres suspicaces que engañar, ni palabritas voladas al oído, ni mucho menos proyectos audaces formados para el porvenir... Iban á casarse estos jóvenes enamorados, tan prosaicamente como todos los novios se casan. Y como en la ley común habían entrado, nadie les prestaba la más ligera atención, ni mucho menos se les mostraba como un ejemplo de singular fidelidad. Ahora, la curiosidad del lugarejo ó pueblito se había despertado por la mujer del prefecto, que parecía tener una culpable simpatía por el substituto.... Un caso muy grave.

Halláronse abandonados los dos prometidos, y una frialdad glacial los separaba. Juzgaba Carlos que la virtud de su María, aquella virtud que él tanto había exaltado en sus cartas, venía muy á menos en el hogar. Y á María se le representaba su bien amado como un joven muy trivial en sus gustos; dándose por otra parte á pensar que concluir por un matrimonio estúpido un amor como el que ella antes había experimentado, era totalmente indigno de una admiradora de Jorge Ohnet.

Dijéronse algunas palabras intencionadas sobre las «ilusiones rotas por la realidad,» sobre esperanzas que eran como «mirajes engañosos del desierto;» sobre las «decepciones de la vida,» y otras frases románticas y alusivas. En esto, sobrevino una disputa, á poco, otra.... hasta que el día más claro, dijo María con irritado acento:

—Carlos, separémonos ...

—Bueno, separémonos, respondió tranquilamente.

Temprano, al siguiente día, despedíase Carlos para un viaje de negocios, y María para Nápoles, á casa de una de sus primas, á donde soñaba encontrar un héroe digno de ella.

Quebraron de nuevo las relaciones de ambas familias. El padre de María abrió una ventana que daba ó caía sobre el patio de su vecino, y éste, para vengarse, construyó un palomar sobre una pared medianera. En el acto, como del cielo caída, llegó la primera citación, «incontinenti» la segunda, una tercera, etc. Por último, recomenzaron los procesos, y por esta vez, al decir de los abogados, sin esperanzas ningunas de transacción posible.

MATILDE SERAO.

Del libro "Corazón de Mujer."

LIED.

I

En pueblos en que hace ley
el derecho de las almas,
las mujeres
se declaran.
Y entre las ardientes hijas
de Moravia,
á los gitanos hermosos
dicen su amor las gitanas:
cuecen una dulce torta,
con su marca,
y la dejan á la puerta
del que aman.
Y en otro pueblo romántico,
en Birmania,
cuelgan al venir la noche,
las muchachas,
la "lámpara del amor"
de su florida ventana,
y en el rayo de un espejo
va la luz á la cabaña
del hombre por quien deliran,
como si fuera una carta.

II

Con las gitanas aprende
de Moravia,
Y á las muchachas imita
de Birmania:
¡y pon la torta en mi puerta
y el reflejo en mi ventana!

MANUEL S. PICHARDO.

Junio, 1903.

Es la expresión de la bondad en los ojos, una belleza que transfigura aun los rostros más feos.

JULES LEMAITRE.

***

Una de dos: ó abate la Democracia al Arte, ó eleva el Arte á la Democracia.

G. M. VALTOUR.

***

No condenó Dios al hombre á trabajar; le condenó á vivir, concediéndole el trabajo como circunstancia atenuante.

ERNEST LEGOUVÉ



SONETOS.

I

EN EL BOSQUE

En el landó soberbio reclinada
Con indolente y lánguida altiveza,
Envuelta en blondas de oriental riqueza,
Hoy la he visto en el bosque.... ¡Cuán turbada

Pasó, volviendo á mí su azul mirada,
E inclinó levemente la cabeza!....
En sus ojos, tan bellos, la Tristeza
Ha fijado inclemente su morada.

No es ya la blanca virgen pudorosa
Por quien causó el Amor eternos daños
En la edad fugitiva de la rosa:

Han pasado por ella luengos años
Y sucumbe, infeliz víctima hermosa,
En el seno de amargos desengaños!....

II

¡CRUDELIS AMOR!

Dijo la muerte ¡venceré! y, traidora,
Rauda saeta disparó al amante
Que al punto en tierra dió, y agonizante,
Auxilio, en vano, de la Vida implora.

Amor conduce á la que el triste adora;
Y, pálido al mirarlo, vacilante
Se arroja al lecho y clama, y sollozante
Le oprime y besa y sin consuelo llora.

De pronto calla, se estremece, fría
Mira en sus brazos la materia inerte
Y el alma en garras de la Parca impía....

Y entonces ¡loca! sin temer su suerte,
Hiérese el albo seno y á la umbría
Región se lanza y triunfa de la Muerte!

III

LUZ Y SOMBRA

Era el momento en que el rubor divino
De la pálida aurora el cielo baña,
Gime la alondra tímida y huraña
Y se oye alegre del clarín el trino.

El sendero seguí, y en el camino,
Al trasponer la húmeda montaña,
Descubrí en el boscaje una cabaña
Unida al tronco de robusto encino.

Y llevé hacia el umbral mi planta incierta.
De la cabaña en el rincón yacía
Miserable mujer lívida y yerta.

Junto su seno un niño sostenía
Yerto también.... Entrecerré la puerta.
¡Oh, cuánta sombra ante la luz del día!

E. FERNÁNDEZ GRANADOS.

DIRECTOR DE LA ESCUELA DE AGRICULTURA

En substitución del señor Ingeniero José C. Segura, que por mucho tiempo estuvo al frente de la Escuela de Agricultura y Veterinaria, ha sido nombrado Director de este importante establecimiento el señor don Manuel de Ibarrola.

El nombramiento hecho á favor del señor Ibarrola, hombre dotado de un espíritu práctico poco común y de conocimientos que lo hacen muy á propósito para el cargo que va á desempeñar, fué recibido con aplauso en los círculos agrícolas, considerándolo muy acertado.

El nuevo Director tomó ya posesión de su empleo.

GRÁCIL Y FRÁGIL

¿Os gustan los periódicos de modas? Yo, los adoro.

Sus dibujos, sus consejos, sus indicaciones, su jerga misma, me divierten en grande. Su lectura hace descansar y ejercita la imaginación, puesto que permite soñar y combinar adornos que no es fácil llegar á poseer... También son moralizadores. Cuando la serpiente de la coquetería nos silba al oído: «Seda... batista.... encajes de Valenciennes.... irlanda... etc.,» el buen periódico de modas nos induce á contestar: «Algodón... rasillo... percal... tira bordada... etc.,» y nos consuela de nuestra forzada prudencia al afirmarnos que en una mujer bonita «todo produce el mismo buen efecto.»

Aun tiene otra ventaja el periódico de modas: contiene los más seguros, indiscretos é íntimos datos acerca de la mujer contemporánea.

Para quien sabe observar un número de periódico de modas, es un documento psicológico de lo más interesante y vale tanto como una novela y aun más que varios libros de crítica. Semana por semana tales publicaciones me ofrecen un sincero y tornadizo reflejo



Sr. Manuel de Ibarrola.

de la figura femenina en 1903... Y á través del aspecto se adivina el alma.

Dime cómo vistes, hermosa señora, y te diré quién eres. El color de tu enagua, la tela de tus trajes, la forma de tu sombrero y hasta la hebilla de tu zapatito me referirán cuanto te concierne, aun lo que á nadie confesarías y lo que tú misma ignoras; porque si es pueril decir que una inglesa no se viste como una española, ni una burguesa como una actriz, se puede añadir que el traje expresa tintes del carácter infinitamente más delicados.

Una mujer descuidada no llevará jamás esos vestidos de millares de pliegues y volantes que exigen pruebas minuciosas y prolongadas conferencias con la modista. No «tendrá corazón» para ocuparse de todo eso por puro placer.

Por el contrario, la alegría de un amor reciente se revela en su vecina por su recrudecimiento de coquetería y por la necesidad de modificar su guardarropa, que no se encuentra en harmonía con el color de sus pensamientos.

La esperanza de gustar, el contento de haber agradado, conducen irremisiblemente á las mujeres á los almacenes.

Si nuestras biznietas, dentro de cien años, hojean alguna colección de periódicos de modas, les recomiendo ciertos números de la primavera de 1903, donde, en fotografías del natural, pueden verse las distintas prendas del traje «Reforma,» holandés y alemán. Comparando tales fotografías con algunas de parisienses á quienes nuestras modistas envuelven en «guipure» y linón, nuestras descendientes comprenderán la doble tendencia, la doble corriente que atraviesa el mundo femenino actual.

Hay mujeres que viven para las demás (y en verdad que su altruísmo no es siempre una virtud); mujeres que se han impuesto la misión de ser bonitas y hacerse amar, de ser el ornato del mundo, la alegría de los ojos, y, algunas veces, la desesperación del corazón.

No son por eso las esposas menos fieles ni las peores madres, y aun pueden llegar á merecer el cielo por sus secretos sacrificios y por su abnegación; pero aun en el potro del martirio, pensarían en arreglar su peinado y mo-

El coro de Catedral.

rir de una manera graciosa. Aún se acomodan á la protección masculina y á su dependencia secular y son mujeres, mujeres y nada más que mujeres.

Son las fervientes adoradoras de las modas gráciles y frágiles. Han inventado las ropas que se abren en flor, el sombrero absurdo y delicioso que aureola la cabeza sin abrigarla, los chales que flotan, la muselina que cae en mil pliegues nacarados, las faldas que dibujan zigzags, los entredoses en forma de losanges, los listones que se fruncen, se tienden, se adornan... todo lo que es sutil, costoso y complicado. Parece que sus vestidos reemplazan á las nubes que velaban á los diosas antiguas y que les prestan una especie de majestad, de gracia, de divina irrealidad...

Hay otras mujeres menos bellas, menos felices ó sencillamente de diversa condición, inteligencia ó humor, que quieren para sí la vida activa. No renuncian, por cierto, á ser encantadoras, pero tratan de realizar un nuevo ideal de encanto femenino, más grave, más sobrio, más franco; no renuncian á la elegancia, pero la transforman ó la transportan. Como las necesidades del trabajo las obligan á caminar largos trechos, á trepar en los trenes, á disminuir los instantes destinados al tocador, suprimen toda complicación, toda «fioritura.» Son las enemigas de lo grácil y lo frágil y han criado el vestido sastre.

El vestido sastre es á menudo una obra maestra de artística simplicidad, cuyas líneas harmoniosas revelan los más bellos contornos del cuerpo femenino; la saya recta, la chaqueta corta, tienen una gracia fácil y caballeresca. Es el uniforme de las mujeres que desean guardar sus encantos invirtiendo el mínimum de tiempo y de dinero. No quiero hablar mal de él... todo lo contrario...

Pero cuando de reformas se trata, pronto se llega á los extremos. Las holandesas y las alemanas no se contentan con suprimir los abusos, predican la gran Reforma, el protestantismo de «la toilette». No más encajes, no más telas suaves y delicadas, no más bajos ruidosos, ni corsés, ni broches ni alfileres!

Ved una señorita reformista, de finos y bellos rasgos, vestida con la combinación, la espantosa y clownesca combinación, con jersey de lana, de algodón ó de seda. Encima se coloca una camiseta almidonada, un calzón de seda ó de tejido de lana, sostenido con... tirantes! (¡Una mujer con tirantes! ¿No es cosa de hacer retroceder al propio don Juan?) Nada de corsé; un «portagarganta» y un cinturón de cuero no muy oprimido. Las holandesas se colocan encima un traje, no del todo desagradable, que se abrocha con botones de presión. Las otras reformistas... pero dejemos hablar á un periódico de modas: «Según la señorita quiera ser más ó menos elegante, se pondrá, como el señor su hermano (¡oh!), ya sea un casaquín, un vestón ó una chaqueta, la enagua será corta para el taller y el paseo, y larga para visitas ú otra ceremonia...»

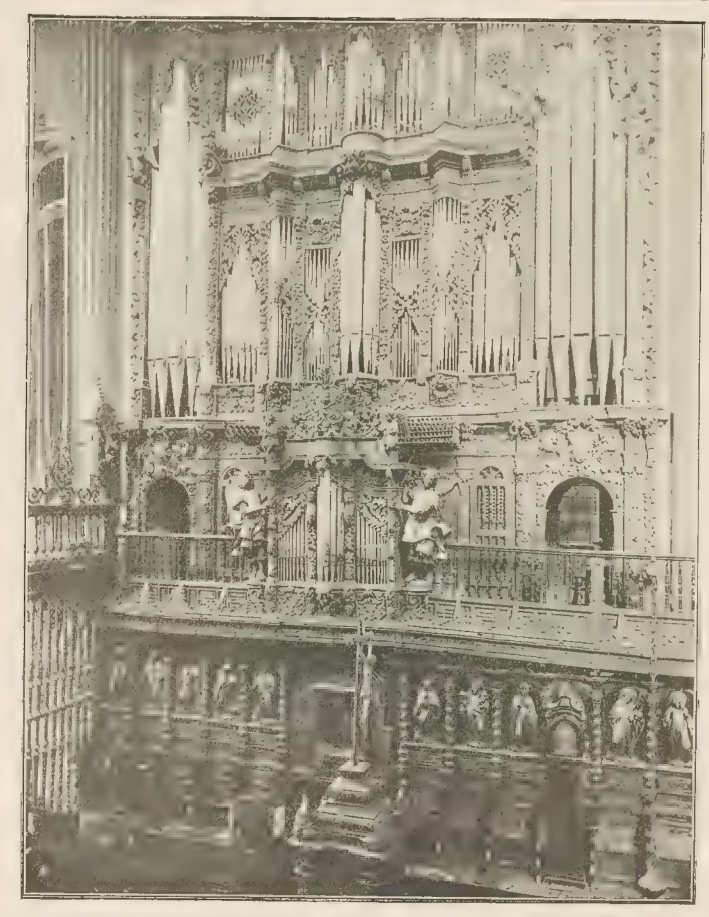
¡Hay que ver el aspecto de la señorita vestida como el señor su hermano!... Lleva una enagua de paño negro que le presta un aire así como de pastor protestante. Una mujer vestida así parece dispuesta á comentar la Biblia. En su vida, á francés alguno le pasará por las mientes cortejarla. Parece demasiado respetable...

Su aspecto sugiere los más serios pensamientos... y un deseo irrestible de contemplar las mujercitas de Willette, risueñas y vestidas de corto.

Esos horrores, tirantes, cinturón, calzones, casaca, pueden no afear mucho á una mujer joven y bonita... figuraos una buena señora de cincuenta años, maciza y arrugada, con semejante aparato!!...

¡Ah, si yo defiendo, si elogio el honesto, el cómodo, el gracioso vestir de sastre, soy, en cambio, enemiga encarnizada del traje «Reforma»! No lo necesitamos entre nosotras! conservemos, al menos, bajo el exterior estricto y simple del paño inmutable, la picante y fresca elegancia de los bajos, la finura de las ropas interiores.

Salvemos de la antigua y deliciosa elegancia todo lo que pueda salvarse.



Un Organo del coro.

...Correrá mucha agua bajo los puentes del Rin antes que las parisienses se decidan á llevar tirantes y renuncien á vestirse en la mañana como una flor que abre sus pétalos, y á desvestirse por la noche, pétalo blanco tras pétalo blanco y batista tras linón, como una flor que se deshoja.

MARCELA SINAYRE.

EL CORO DE CATEDRAL

Con unas fotografías del coro de Catedral damos principio á la publicación de una serie que representa, en detalle, el interior de la Basílica.

El coro, considerado justamente como una joya del arte cristiano, ocupa el espacio que cubren las bóvedas tercera y cuarta de la nave central. La sillería es de maderas preciosas, tallada primorosamente, y la reja, que lo limita por uno de sus lados, de metal. Tanto ésta como la crujía, fueron hechas conforme á los dibujos que se enviaron de México, en Macao del Japón.

En otro de nuestros grabados aparece la fachada de uno de los órganos del coro, notable por la delicadeza que se observa en sus detalles y por la hermosura del conjunto.



ABISMOS.

Dios puso en los abismos del espacio
esos vapores tenues,
que, en nube convertidos, se coloran
con tinta suave cuando el alba viene.

La nube engendra el rayo
que esparce por doquier estrago y muerte:
¡Culpad á Dios, que derramó en la altura
del huracán el germen!

Dios puso en el cerebro esas ideas
que poderosas crecen
y, comprimidas sin piedad. estallan
soberbias, indomables y rebeldes.

La rebelión engendra
brisas de fuego y ráfagas de muerte:
¡culpad á Dios que puso en el cerebro
del huracán el germen!

LUISA MUÑOZ.

La guerra no es una solución: engendra solamente represalias.

D'ESTOURNELLES DE CONSTANT.

*

Comprendemos todavía el heroísmo, ya que no para practicarlo, por lo menos para aplaudirlo.

EMILE FAGET.

*

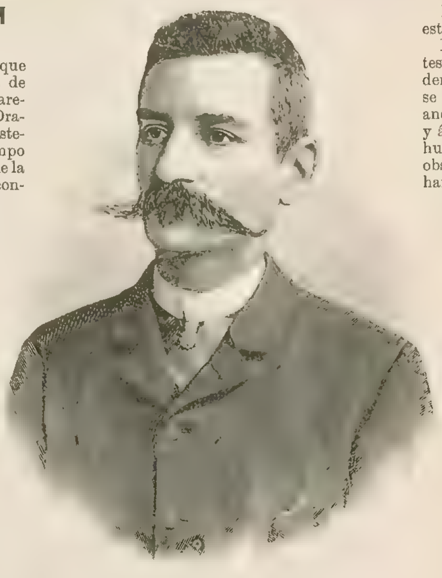
La Iglesia es el hospital de las almas.

JORIS KARL HUISMANS.

LOS ASESINATOS DE SERVIA

Como complemento de la información que dimos hace poco acerca de los asesinatos de Servia, publicamos un grabado en que aparecen reunidos el Rey Alejandro y la Reina Draga, el General Zinzar, Presidente del Ministerio, la Princesa Elena, el Ayudante de Campo del Rey y Nicodié Lunievicza, hermano de la soberana, así como otros personajes que á consecuencia de la sublevación de Belgrado resultaron muertos. El Coronel Naumovitch, muerto también en el motín, aparece á un lado, en primer término, y en segunda fila algunos de los servidores del monarca que fueron asesinados ó que emigraron á raíz de los sucesos.

Publicamos, además, el retrato del Rey Pedro I, que substituyó á Alejandro en el trono de Servia.



El Rey Pedro I. de Servia.

En la India Hambrienta.

HACIA JIDERABAD

Ya no más verduras, no más palmas.

La tierra ya no está roja. Casi hace frío.

Ahora, los asombros del primer despertar, en el mes de Nizam, después de haber dejado ayer la región tan verde de Pondichery y de Madrás.

En la mañana alcanzamos la planicie central de la India, en medio de estepas de piedra, y todo ha cambiado—salvo el graznido de los eternos cuervos.

Landas ardidas, llanuras grises, alternan con campos de mijo, vastos como lagos.

En vez de los soberbios cocoteros, raros aloes y datileros flacos agotados por la sequía, aparecen en torno de las ciudades, que también han cambiado de aspecto para tomar un falso aire árabe.

El Islam pone su impresión sobre todas las cosas, el Islam, que se apodera siempre de las regiones tristes, del chispear de los desiertos.

Cambian también los trajes.

Ya no van los hombres con el torso desnudo, sino envueltos en túnicas blancas, ni llevan largas cabelleras, sino que se cubren la cabeza con turbantes.

La sequía aumenta de hora en hora, á medida que se avanza en la monotonía de las llanuras.

Los arrozales, cuyos surcos se ven todavía, están como destruídos por el fuego.

Los campos de mijo, aunque más resistentes, amarillentos en su mayor parte, están condenados sin esperanza; en los que aún viven, se ven por todas partes veladores trepados en andamiajes de ramas para arrojar á las ratas y á los pájaros que devorarían todo: ¡pobre humanidad espiada por el hambre y que se obstina en defender algunos granos contra el hambre exasperada de los animales!

Después del frío de la noche, sobre la tierra derrama el sol implacable un calor de hornaza.

El cielo se tiende límpido y azul como un zafiro.

Al final de la jornada, el paisaje se vuelve enteramente extraño.

Hasta lo infinito, mijos y cañaverales quemados, masas de monstruosas piedras obscuras, blocs erráticos, flancos lustrosos y fantásticas siluetas, los cuales parecen haber sido hacinados con un continuo deseo de lo raro y de lo inestimable; unos de pie, otros inclinados, de manera que los grupos, en ocasiones tan altos como montañas, tienen siempre la más completa inverosimilitud.

En los momentos en que el Sol se pone, aparece Jiderabad muy blanca, en medio del polvo blanco, y muy musulmana con sus techos en forma de terrados y sus minaretes ligeros.

Los árboles del contorno se deshojan, sedientos y moribundos, trayendo á esta noche tórrida un matiz anormal de estación pasada, una tristeza de otoño.

*

El arroyo que pasa al pie de la ciudad, en un lecho tan amplio como el de un río, no está lejos de secarse; sus aguas se arrastran tan bajas que apenas se las ve, y los rebaños de elefantes, grises como el légamo de las orillas, descienden lentamente, tratando de bañarse y de beber.



Coronel Naumovitch. El Presidente del Ministerio. La Reina Draga. El Rey Alejandro. La Princesa Elena. Nicodie Lunievicza. El Ayudante de Campo del Rey.



FUSTER.—Retrato á la manera de Chaplin.

FUSTER.—Cabeza de estudio.

Acaba el día entre las llamaradas rojas del Occidente, tras de la ciudad cuyas blancuras se apagan en un azul ceniciento.

Entonces, y sobre el cielo magníficamente hermoso, se esparcen callados los murciélagos gigantescos.

PIERRE LOTI.

CUENTOS RÁPIDOS

LA PERLA DEL REY DE INAM

Inam era un reino rico y poderoso, no sólo por la fertilidad de su suelo y la laboriosidad de sus habitantes, sino muy principalmente por el gobierno sabio, justo y eficaz de su rey, que se consagraba todo á la felicidad de su país; pero el pobre rey sabía que, no obstante su rectitud y su honradez, su bondad y su prudencia, sus súbditos no le querían, dando por razón cualquier pretexto: que era viejo, que no emprendía guerras ó que no dispensaba el cumplimiento de la ley.

El rey de Inam languidecía atacado de una extraña enfermedad; sus noches eran de insomnio y sus días de tristeza; en vano había apurado los brebajes de todos los médicos y brujas del reino; en vano también había buscado la salud en distracciones y viajes; se moría irremisiblemente......

Un día llegó á sus oídos la fama de un viejo y sabio hechicero, poseedor de innumerables secretos para la salud; saberlo y enviarle una embajada, todo fué uno; pero el mago se resistía para ir á la Corte, sin que bastaran á decidirlo promesas de inmensos honores y dádivas; hubo al fin de ceder á la fuerza, y marchó, y al hallarse en presencia del rey, le dijo:

—Conozco, señor, tus males, pero para curarlos no tienen poder mis filtros ni mis sortilegios; acaso podré sanarte con un recurso supremo. Tú tienes en tus tesoros muchas perlas y muy valiosas; pues bien, ponlas sueltas todas, quítalas de sus engastes y ven conmigo al mar; allí las arrojarás á puñados, y si hay entre todas una que flote, esa será tu panacea si la tomas disuelta en vinagre......

No vaciló el monarca; reunió todas las perlas de su tesoro, quitándolas de ajorcas y collares, y llevándolas en sendos canastos, se fué á la próxima playa con el octegenario mago, se puso de pie en una roca que el mar rodeaba profundo, y comenzó á arrojar las perlas en puñados; y las perlas se hundían pausadamente, sin sobrenadar ninguna. Así llegó su turno al último canasto y al último puñado, que el rey arrojó tristemente al mar...... ¡Por fin! una perla flotó hermosa, esférica, como una burbuja nacarada. Los marineros la trajeron al rey, y al ir éste á ponerla en la copa de oro que contenía el vinagre llevado á prevención, pudo convencerse de que la perla aquélla, entre los millares arrojados al mar, era la única falsa y por eso había flotado. Interrogó al viejo, y éste, confesando su delito (él había puesto la perla falsa), le dijo:

—Señor, tú estás enfermo por el pago que de tu pueblo recibes, á trueque de los beneficios que le haces. Esa perla representaba la gratitud de aquél y, ya lo ves, era falsa, y así, ninguna virtud curativa tiene. He querido demostrarte que el mal que te aflige, sólo se puede curar de un modo: por tu propio esfuerzo, no preocupándote más de querer hacer que la humanidad cambie de índole......

El rey de Inam, con ser tan sabio y tan justo, en demostración de lo que es la gratitud, mandó ahorcar incontinenti al hechicero.

E. MAQUEO CASTELLANOS.

YO LA VI MUERTA...

Yo la vi muerta: coroné sus sienes
de rosas frescas y azucenas blancas,
y fué infinita, eterna y misteriosa
aquella noche que pasé velándola!

Yo vi también en sus pupilas negras
la luz de las antorchas reflejada,
y aquel fulgor extraño de sus ojos
me pareció, en la sombra, una esperanza.

Yo la vi en hombros, por la vez postrera
descender la marmórea escalinata,
y perderse después, como una estrella
que en un cielo de luz brilla y se apaga!

Después... oí del reluciente féretro
el crujir de los clavos de oro y plata,
y aquel sonido misterioso y triste
me hizo verter desoladoras lágrimas!

....
....

Cuando cubrieron la profunda fosa,
sentí que de mi ser algo enterraban...
pero jamás sufrí como he sufrido
en esta noche en que su amor me falta!

DULCE MARÍA BORRERO.

1903.

El arrepentimiento: he ahí el más inútil de los sentimientos virtuosos.—J. Mantignon.

***

Los diplómaticos sacan más partido de escuchar que de hablar, aun cuando hablen bien.—Gabriel Hanotaux.



REALIDAD

(Historia de un Heroismo Romántico.)

—¿Rico?..... No mucho; pero sí lo bastante para no ambicionar más.... He sufrido y he gozado, y sé lo que puedo esperar de la vida.... He sido tenaz hasta lo increíble.... es el secreto de mi actual riqueza... ¡tenaz!.... ¡hasta en el amor, señores!

Y nuestro simpático anfitrión, el rico hacendado que después de un paseo á caballo por su quinta nos sentaba á su mesa, rió irónicamente al pronunciar la última frase.

—¿Hasta en el amor?—preguntó alguien con acento de duda.

—¡Oh! sí.... un solo amor tuve en mi vida, fué una pasión romántica, intensa, que me hizo vivir muchos años una existencia de imbécil.... hasta que súbitamente fulguró ante mí el rayo de la verdad.... pudo matarme, es cierto..... estuve á punto de morir.... ¡pero qué nueva existencia después!

Nuestro extraño amigo se animaba. Sus ojos relampaguearon ante recuerdos lejanos.... Calló un instante.

—Veo—continuó—que ustedes se interesan.... Es, en efecto, muy curiosa la historia de ese amor romántico que fué mi vida primera y de donde arranca toda la fuerza de mi carácter, mi alto modo de considerar el mundo. No tengo inconveniente en referirla; por el contrario, ello halaga mi orgullo.

Concluida mi instrucción primaria, niño todavía y ya huérfano, pude entrar á la Escuela de San Ildefonso, gracias á las gestiones de mi padrino. Allí tuve un amigo íntimo, Aurelio, un muchacho de mi edad, todo pasión y arrebato, pendenciero y tan amigo de divertirse como enemigo del trabajo y del estudio.

Era rico. Yo le hacía sus dibujos; le «soplaba» en las clases y en los exámenes; le escribía las cartas de sus novias y le aconsejaba en sus pequeños conflictos. El me obsequiaba dulces y libros.... ¡Novelas, muchas novelas! Fernández y González y Alejandro Dumás poblaron mi pobre cerebro de visiones pomposas, de imaginarios amores, de terribles aventuras, toda una vida quimérica se desarrollaba en mi imaginación desenfrenadamente. Espronceda fué mi poeta favorito, y mi única aspiración «¡amar!» Era preciso que yo me enamorara con pasión furibunda.... ¿pero de quién? Yo hubiera deseado una reina—una duquesa, por lo menos;—alguna artista de alma de fuego, una bellísima mujer que viviese llorando la vileza del mundo—pecadora de amor,—

«¡Pobre mujer para sufrir criada!»,

como decía Acuña, cuyos versos sabía de memoria, ó cualquiera pastora con quien fuese yo á vivir en las soledades de las montañas....

Pero no, señor, la soñada mujer que me había de adorar instantáneamente, apenas me viera, y á quien yo había de inmortalizar; la ideal prometida no aparecía y yo estaba desesperado, pero seguro de que tendría que aparecer como una aurora en el camino de mi vida.

Pronto apareció, en efecto, aunque no precisamente como me la imaginaba. Fué la hermana de mi amigo Aurelio. Me llevó un domingo á su casa, una magnífica finca en Tacubaya.

Era Julia una soberana criatura en el delicioso despertar de su adolescencia. Más qué hermosa era atractiva; imponente y dulce á un tiempo. El esplendor de su rostro estaba en los ojos... unos ojos soberanos, con pupilas de un verde de acero que causaba miedo.

La vi rodeada de cierto lujo que á mí me pareció asiático, y su orgulloso ademán de niña mimada me hizo convencer de que ella era la princesa de mis sueños.

Julia me vió al principio con repugnancia, acaso por mi traje raído y mis zapatos deslustrados; después con suma indiferencia, cual si yo no existiese.



Damas Mexicanas.—Srita. Leonor Ferrer. (De Orizaba).

Su anciano padre, que adoraba á sus dos hijos, me trató con altanera benevolencia, complacido en el fondo de que fuese yo algo como un secretario de su hijo....

El tiempo fué transcurriendo, y diariamente y á toda hora me encontraba en aquella casa como en la mía, si alguna tuviera entonces!

Llegué á amar verdaderamente á Julia con un amor solitario, exaltadísimo como un culto.... Y en mi alma fué creciendo la adoración, lentamente, divinamente, ilustrada por éxtasis que me hacían feliz y por delirios que me enloquecían.... Y yo cultivaba solitario y dichoso aquel amor inédito, como á una planta maravillosamente rica y delicada en el huerto de mi corazón....

No pensaba en el porvenir. No bajaba nunca á la realidad de la vida.... Me encastillaba en el torreón de cristal de mi ensueño y allí adoraba á mi ídolo.... No necesitaba ni pedía más.

Mis contemplaciones al ser amado eran raras, profundas, místicas. Cosa extraña, no sufría yo cuando ella estaba ausente. Mi memoria, fiel, la colocaba en el altar y mi alma se entregaba al éxtasis como si estuviera presente el dios.

No me daba cuenta, ni tampoco me importaba entonces, si Julia notaba mis adorantes contemplaciones....

Después supe por ella misma que al fin reconoció mi amor, primero con ira—por el atrevimiento,—después con indiferencia y al fin con cierto halago, con la voluptuosa complacencia que le producía la intensidad y la constancia de mi pasión.

¡Como que habían transcurrido ya cuatro años desde el día en que la conocí!

En su casa me trataban como á un pariente pobre, como á uno de esos «arrimados», como se dice vulgarmente. Sin embargo, aparte de que se me tenía cariño, comprendían que yo era útil.

Llevaba la correspondencia del padre y del hijo; vigilaba en sus negocios y visitaba sus haciendas, y todo esto sin dejar mis estudios y sin abandonarme en horas de aislamiento á mis ensueños....

Aurelio entonces empezó á llevar una vida de calavera desenfrenado.... Las mujeres fáciles, el juego y las orgías le fueron alejando de la casa paterna, donde el padre lo defendía cariñosamente, diciendo cuando las tías hablaban de ello: —¡Eh!.... Son cosas de la juventud.... Así era yo á su edad.

—¿Cómo Luis no es así?—preguntaban refiriéndose á mí.

—¡Oh!.... Es muy diferente.

***

Pasó un año. Mi amor crecía, cada vez más profundo, más ideal, más extraordinariamente puro. Sin embargo, era ya complicado. Empezaba á sufrir.

Y era, en verdad, encantadora mi rubia Julia, con sus magníficos ojos verdes impregnados de fiereza y dulzura!....

Y mi constancia desarmó su esquivez. Su vanidad femenina, acariciada por la extraordinaria potencia de mi romántica pasión, la hizo serme adicta. Tuvo piedad y anheló ser generosa conmigo.

Una tarde en que por casualidad nos encontramos en el amplio corredor, me dijo, alzando la frente y mirándome con dulce ternura:

—No quiero que usted sufra por mí.... ¡Olvídeme!

Esta frase llovió sobre mi alma una felicidad infinita.... Vi abrirse de par en par las puertas del cielo.... No contesté.... Permanecí absorto bajo la caricia de seda de sus palabras.

—Vamos.... no sea usted tonto.... Yo lo quiero como á un buen hermano.... Vaya, más que á mi mismo hermano.... Pero ese amor suyo es imposible. Para que no sufra más, necesito decírselo: «Mi padre»—y subrayó enérgicamente estas palabras—«sólo me casará con el que traiga un tesoro de dote....» Sea usted mi hermano. ¡Nada más!

***

¿Creerán ustedes que en mi obcecación, lejos de afligirme, su sentencia me hizo soñar y exaltar aún más?

Sí.... pensé: «¿Por qué no podría conquistar yo por cualquier prodigio de heroísmo ó de fortuna aquel tesoro?....»

Y esperé, confiado en que la suerte y mi perseverancia lograrían tan alta conquista.

Y la ocasión se presentó como deparada por benigno genio tutelar. Fué una noche en que nos encontrábamos Julia, su padre y yo discutiendo el proyecto de mejoras á su casa de Tacubaya. El plano presentado por el ingeniero aquel mismo día, estaba sobre una mesa. Yo les explicaba los detalles de la ampliación del jardín.

Repentinamente la puerta de la sala se abrió con estrépito.... Los tres lanzamos un grito de espanto. Aurelio, lleno de lodo y de sangre el paletó, se precipita, jadeante y lívido, y dejándose caer en el sofá, exclama:

—¡Que cierren el zaguán! ¡He matado á un hombre!.... ¡Ya vienen por mí!....

Renuncio á detallar el horror y la desesperación de la escena. Baste decir que, en efecto, Aurelio, en una casa de crápula en que bebían y jugaban toreros y mujerzuelas, había matado á uno de aquéllos, atravesándole el vientre con el verduguillo de su bastón. Escapó aprovechando



Damas Mexicanas.—Srita. Guadalupe Couto. (De Orizaba).

la confusión general y el pánico en que se transformara la orgía. Tomó un coche y acababa de llegar á Tacubaya.

***

—¡Desgraciado!.... ¡Desgraciado!.... ¡Cien veces desgraciado!—exclamaba el anciano mesándose los cabellos, sin poder pronunciar otra palabra.

—¡Esto es la muerte de todos nosotros, Dios mío!—lamentábase Julia, anegada en llanto.—¡Que no lo sepa mamá!..... ¡Oh Señor! ¿por qué nos has abandonado?....

Y mientras los dos se lamentaban en el colmo de la desesperación que los fulminaba, yo oía el relato que de la tragedia me hacía Aurelio, convulsamente lívido, con los ojos agrandados por el terror....

A medida que me daba cuenta de la terrible escena que me refería y de la que ante mí se desarrollaba, una idea heroica se levantaba en mi espíritu al par que me sentía dichoso, considerándome así un salvador épico.

—¡Señor—exclamé sin poderme contener,—no hay por qué afligirse; Julia, cálmese usted.... Aurelio, yo te salvo! ¡Yo soy el que maté á ese hombre!.... Préstame ese paletó.... Que vengan por mí!.... ¡Yo lo maté!....

Todos callaron estupefactos. No comprendían. Pero envolví en tal mirada de amor y de súplica á Julia, que al fin comprendieron todo: mi amor y mi sacrificio.

—¡Gracias, Luis!.... Al que salva la vida de mis padres, ¿con qué se le podría pagar?

¡Y por sus divinos ojos pasó como un relámpago la soñada promesa de su amor!

***

Y fuí un gran héroe, señores; ni más ni menos. Me sacrifiqué románticamente.... La policía me encontró aún con el paletó ensangrentado.... Confesé haber matado al torero.... con las circunstancias enumeradas por Aurelio.... En «la casa» se pagó bien á la turba que presenció la riña y que estuvo de acuerdo conmigo en sus declaraciones.

Yo en la cárcel de Belén fuí dichoso, admirándome á mí mismo, seguro de que algún día, después de años y años, una vez extinguida mi condena, obtendría como esposa á Julia, ya que ella, agradecida profundamente, me amaba al fin, con el amor con que las antiguas doncellas premiaban las maravillosas proezas de sus paladines, á la vuelta de la Cruzada (así lo creía yo).

Ella iba á verme á la cárcel, de incógnito, vestida de negro, cubierta el rostro por un tejido velo, acompañada de un criado nuevo en su casa, llegando en coche de sitio.

—¡Tu acción es el tesoro más grande que pudiera imaginar mi padre como dote que me traes!.... Yo te amo, Luis, con toda el alma...Dios velará por ti...... y cuando salgas de esta inmunda cárcel, seremos felices, allá muy lejos, en cualquier país del mundo que no sea éste!....

¡Por nadie me hubiera yo cambiado entonces!.... Tan feliz me sentía....

No existían para mí las amarguras de la abominable prisión de Belén, ni me daba cuenta de la marcha del proceso, hábilmente conducido por un abogado pagado á precio de oro.... Yo seguía viviendo en el país de los sueños... Mi abnegación me enamoraba de mí mismo.

***

Fuí sentenciado á diez años de prisión, por el delito de homicidio en riña, siendo yo el agredido.

A partir del día de mi jurado, ella dejó de ir á verme.

El criado iba, como siempre, y me decía:

—Está enferma, señor. Llora mucho; está inconocible.

¡Y qué cartas le escribía yo! Le suplicaba que no se abatiera, que esperara cinco años tan sólo, para cuando saliera yo, obteniendo la libertad preparatoria....

Tuve remordimientos: ¡yo era causa de su enfermedad! Estuve triste.... y ella seguía más y más enferma del corazón, según me decían.

Hasta que una tarde me dijo el criado:

—¡Ha muerto!.... Rece usted por su alma....

Le cavé un sepulcro en mi corazón. Fuí desgraciado como nunca; llorando con tremendo dolor el remordimiento de haberla matado con mi pasión.... Fué una locura de tristeza la que me acometió en mi bartolina, llorando á mi adorada muerta....

A nadie de su familia veía yo desde la noche aquella, aunque el anciano hacía que nada me faltara. Aurelio había marchado á Europa....

En la cárcel me llamaban «El Santurrón» al verme tan pálido, tan triste y tan imbécil....

***

...Y una mañana, cierto antiguo camarada de colegio que fué á visitarme, me contó su muerte.... ¡Se había casado con un rico comerciante en Nueva York!

Tras el choque brutal que me produjo fiebre y delirio, pasé, muy débil del cerebro, á San Hipólito.... Allí tuve la noción de la vida. Al volver á la cárcel, comprendí el mundo....Encaucé la tenacidad de mi carácter por la vía del trabajo.... Estudié mucho.... Salí con ahorros.... trabajé la tierra, y la tierra no ha sido ingrata conmigo.... Soy rico ya....

...A «ella» la encuentro á veces en su carruaje en Chapultepec.... Al verme palidece atrozmente, yo sonrío, y picando espuelas á mi retinto, sigo mi paseo......

H. F.

RELIEVES

El soberbio palacio se destaca soberbio y dominador, como si tuviera la conciencia completa de su ofensiva superioridad sobre las pobres casucas que lo rodean; sus mármoles de alba brillantez, esplenden regiamente como si de sus poros surgieran argentados hilillos de luz.

Agoniza el sol.

En la pentélica escalinata, digna del palacio de un Dux, se ven dos figuras de contraste: ella lleva en sí cantando estos rotundos poemas: Belleza, Soberbia, Riqueza. En él cantan estos exilios: Hambre, Pobreza, Humildad. Este se inclina como endeble arbusto azotado por Bóreas; aquélla se irgue como flor acariciada por Favonio.

Son dos símbolos.—Dos símbolos de la vida; un poeta diría: «Son la Vida y el Tiempo... ¡No! son dos hijos de la sociedad. El hombre de los harapos tiende la mano y balbute:

«¡Muero de hambre! Una limosna......»

Pero la hembra no escucha; el frufrú de la seda de su falda apaga la voz del desgraciado. Y su mano queda vacía mientras ella desciende seguida de su lacayo.

Llega el coche.

La mano y el gesto del hambriento siguen implorando.

La luz desfallece.

Suena la portezuela. Entonces ella arroja una pieza blanca que brilla como un astro maldito á los ojos del andrajoso que fallece de hambre y de odio.

Y la señora dice al lacayo:

¡Para la cena de Bobí!

Bobí es el perrillo mimado de la señora.

JOSÉ M. SIERRA.

Los avaros, en suma, se privan de todo para los otros: son altruístas sin sentirlo.

REVEILLIELE.

*

Lo que en un pobre se llama vicio, en un rico lleva el nombre de capricho.

PAUL Y VÍCTOR MARGARITE.

*

El dolor es una advertencia necesaria, un estímulo para la actividad del hombre. El dolor es la vía del perfeccionamiento

*

El mal, en una palabra, no es sino la ausencia del bien.



EL MUNDO ILUSTRADO

ANO X—TOMO II—NUM 3

MEXICO, JULIO 19 DE 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Cardenal Oreglia di Santo Stéfano,

CAMARLENGO DE LA SANTA SEDE.

LEÓN XIII

En Faenza, á seis horas de la Ciudad Eterna, mi compañera de viaje me dijo, con sus suaves entonaciones venecianas:

—¿Va usted á Roma?

—No.

—«¡Pecatto!»—agregó. —Vería usted algo que le impresionaría profundamente.

—Claro—le contesté.—El Coliseo, San Pedro.... .

—No—repuso ella.—Vería usted al Papa.

Cruzábamos, en una noche obscura de verano, los removidos campos boloñeses, en un modesto vagón de los modestos ferrocarriles italianos. Mi compañera, profesora de Venecia, iba á pasar en Roma unos días. Habíamos desenredado la charla poco á poco, y al irse las horas, podía observar que mi nueva amiga era un espíritu amplio y sereno, perseguidora infatigable de las ideas modernas.

La creía tan lejos, en aquel momento sobre todo, en el que habíamos loqueado imaginativamente á través del «modernismo» literario y filosófico, de impresiones religiosas, que me sorprendieron sus palabras.

—Sí—agregó ella seriamente.—Es preciso ver este noble anciano blanco, cuyo amor ha vencido en todas las luchas. Detrás del viejecito cogiendo una flor, viñeta que ilustra el «Cosmopolis» de Bourget, existe una alma poderosa, frente á los combates más fieros. ¿No ha pensado en esto, usted que acaso no sea católico?

Sí, había pensado en este niño de corazón de acero, en la obra robusta de este cuerpecito frágil y quebradizo, en el gran resurgimiento, por la Bondad, de este Poder encerrado en la vacilante armazón de un nonagenario diáfano.

Fué un día de expectación aquel en que Joaquín Pecci, Cardenal Camarlengo, antiguo obispo de Perusa, quedó designado por el Sacro Colegio para ocupar el solio que dejó Pío IX. Vientos de tempestad soplaban sobre el agrietado edificio de la Iglesia. No había en perspectiva sino Reacción y Revolución. Era un supremo momento de crisis.

Pío IX había querido, á semejanza de Josué, detener el sol en su carrera. El sol era la Ciencia, contra la que el intransigente Pontífice enarboló su famosa encíclica. Por oponerse al triunfo de la investigación, que golpeaba tenazmente las conciencias, el jefe de la Iglesia perdía las almas. Se amuralló en sus viejos castillos desmantelados y cerró las puertas á las claridades que irradiaban los horizontes. ¡Ceder ó sucumbir! he ahí lo que esperaba á la Iglesia. La intolerancia cegó á Pío IX y no cedió. Y en este torreón solitario, que amenazaba ruina, murió sin comulgar en la Nueva Fe que conmovía el mundo.

Cuando León XIII penetró en aquel antro, lo primero que hizo fué dejar entrar la luz á grandes bocanadas. Era preciso iluminar aquellos rincones obscuros, que el aire arrebatara aquel polvillo amarillento de los siglos. El nuevo Papa traía ya una antorcha en la diestra: su voto contra la infalibilidad, sostenido vigorosamente en el Concilio de 1870. Era mucho: había que hacer más todavía. Y comenzó aquella política de tolerancia, que lentamente, fué apuntalando el nuevo edificio. La Iglesia se modernizó, se hizo humana, aceptó las triunfantes verdades que Pío IX había anatematizado, y en vano el excursionista peregrino, después de la visita del Emperador germano al sucesor de Hildebrando, buscaría hoy la losa color de sangre en donde la pantufla papal pisoteó á Barba-Roja.

Ha sido una labor de todos los días, de todos los minutos; una lucha cuerpo á cuerpo contra los enemigos, cada vez más osados, que avanzaban en agitada turba. Eran voces de sufrimiento y eran voces de cólera: faltaba pan y fe á los rebeldes, y la Iglesia, tal como la concibió Pío IX, no se los ofrecía. Penetrábase á ella como se entrara en un sepulcro. Un sepulcro era, que en lo profundo guardaba las cenizas de los fieles. Y sobre este campo de la irreconciliación y del odio, tendió sus manos suplicantes este anciano blanco.

Si quisiera buscar una impresión libresca de esta figura, no iría á buscarla en las páginas de la «Roma» de Zolá, sino que acudiría siempre á otro gran viejo, y recorrería, como á los quince años, aquel primer capítulo de «Los Miserables,» para encararme con Monseñor Bienvenido. ¿No tiene el combate de León XIII con el espíritu profundamente demoledor y analítico de la época, los mismos rasgos que la lucha de Bienvenido con el alma de Valjeán? ¿Y no ha podido decir con él á las conciencias ganadas por el amor: «Lo que yo os compro, es vuestra alma; la aparto de las ideas negras, de los malos pensamientos, la arrebato al espíritu de perdición y se la entrego á Dios?»

León XIII, espíritu intensamente femenino por la sensibilidad, ha guardado bajo su apariencia de éxtasis, un perfecto conocimiento de la época. Su ternura, su misericordia, ocultaba una primera necesidad: la de conservación. Para que la Iglesia fuera fuerte, era preciso que viviera, y todo organismo que lucha contra un medio hostil, está condenado á desaparecer. Y la tarea fué cumplida, la gran tarea de un anciano trémulo que ha extendido piadosamente sus manos sobre todos los dolores humanos.

¡He ahí una gran existencia cumplida! Tiene ya derecho al descanso.

Carlos Díaz Dufóo

EL CARDENAL OREGLIA

En nuestra primera plana damos á conocer el retrato del Cardenal Oreglia di Santo Stéfano, Camarlengo de la Santa Sede.

El Cardenal Oreglia, que cuenta actualmente setenta y cinco años de edad, será, á la muerte de Su Santidad León XIII, el que rija los destinos de la Iglesia católica, durante los días que transcurran entre el fallecimiento del ilustre anciano y la elección del nuevo Pontífice por el Conclave.

Además, el Cardenal Oreglia está considerado en los altos círculos eclesiásticos, como uno de los candidatos que tienen más probabilidadesde suceder en la silla de San Pedro al Santo Padre.

EL IDEAL DE GLAFIRA

Recostada en el lecho de marfil, que mullían pieles raras y tejidos primorosos de pluma de avestruz africano, Glafira acariciaba distraídamente la cítara de concha que sostenía en las manos, y no se resolvía á pulsar sus cuerdas. La música la entristecía sin saber por qué; verdad es que otras muchas cosas—entre ellas la puesta del sol en el mar, espectáculo mágico que en aquel mismo instante encuadraban las altas columnas jonias de la balconada, toda tupida por la hojarasca de los rosales trepadores—la entristecían también. Y como los lánguidos ojos de Glafira se fijasen en la olas, dulcemente estremecidas bajo la caricia de fuego del astro medio hundido en ellas, suspiró y dijo casi en voz alta: «Es que necesito amor.»

No había acabado de decirlo, cuando entró en la estancia Sulpicio el filósofo. Antes de saludar, se dejó caer en un sillón de alerce bajo y guarnecido de cojines de estofa persa. Respiraba jadeando y una tos seca y viva le desgarraba la garganta. Al fin se rehizo, y murmuró:

—La escalinata... Cada vez que la subo.... Perdona, divina Glafira, á un hombre á quien el estudio ha debilitado y fatigado antes de tiempo. Este achaque me lo alivia la curandera Eugrafia con unas dosis de zumo de digital. Hoy he olvidado tomar mis dosis por el afán de verte y escuchar tu deliciosa conversación.

—Descansa, sabio Sulpicio—respondió Glafira cortésmente. —¿Si deseas beber leche pura de oveja? ¿un dedo de vino de Chíos? ¿una infusión de manzanilla ó de salvática?

—No, tu vista es mejor que la leche y el vino—exclamó el filósofo trasportado.—Seguro estoy de que mis males se curarían si me permitieses, oh Glafira, enredar los brazos á tu cuello, como enredan esos rosales blancos tu balconada marmórea.

—Sulpicio, aunque no he practicado los misterios y mi cuello jamás ha sufrido cadenas, ni aun de rosas, no ignoro que el remedio que solicitas sería ponzoña para ti. Mírate en la placa de pulimentado estaño y comprenderás que toda tu sabiduría no te exime de querer cometer una locura.

—¿Tan feo soy?—preguntó ofendido el sabio.

—¡No eres feo! En tu frente brilla el pensamiento; tu cabeza resplandece, tus ojos expresan alta inteligencia, y en ellos las ideas se reflejan como estrellas en profundos lagos. Cuando explicas las doctrinas de Tales y del gran Heráclito, que enseña la continua trasformación de las cosas, su eterna mudanza, paréceme que un hilo de oro sale de tu boca y que á tus labios se asoma el alma del mundo. Yo te admiro y te deseo á mi lado... pero, sin embargo, no eres mi ideal, no eres el ser que yo amaría. Mírate en la placa. Eres endeble; tus piernas mal desarrolladas, canijas, descubren que nunca surcaste á nado ese mar salobre, ni salvaste corriendo alegremente ese azul montecillo de solana á umbría; tus biceps no han recibido la unción de aceite para resbalar, en la lucha, de las manos del enemigo; tu pie no se apodera del terreno al pisarlo.

—Vamos—articuló irónicamente Sulpicio,—ya sabemos cuál es tu ideal, Glafira; sobran las explicaciones. ¡Qué casualidad! Ahí viene el que, de seguro, lo encarna; ahí llega Aurencio, que en materia de biceps, no dejará qué desear. Una puñada suya hace añicos á una piedra. Todavía ayer jugó al cesto y á la correa, y barrió el palenque de adversarios. Cuéntanos, Aurencio, cuéntanos tus hazañas de hoy!—añadió mofándose.

Aurencio, ágil y gallardo, llevando airosamente la túnica de lino, ceñida la cabeza con doble galón de lana teñida en púrpura y que mal comprimía los rizos alborotados de los obscuros cabellos, se adelantaba y se quedaba en pie á corta distancia de Glafira. La tela de la vestidura era tan sutil, que dejaba transparentar la magnífica escultura del cuerpo, semejante al del Baco joven de Prasiteles, sin afeminadas redondeces, musculoso ya, gracioso todavía en medio de su atlética robustez. Las carnes, color de trigo maduro, relucían como bruñidas por un lapidario.

—Hoy—declaró contestando á la indicación de Sulpicio—traían un novillo bravo, amarrado, al sacrificio, y se les huyó á los sacrificadores. Fuí tras él: me hizo cara; le agarré de las astas y le torcí el testuz, hasta que besó el polvo. Cayó á mis pies con las vértebras rotas. He mandado dorarle los cuernos, y te traeré la cabeza, divina Glafira, á ver si obtengo que una noche me permitas subir por esa balconada, á ejemplo de los rosales.

—Aurencio—declaró sin turbarse la hermosa,—esa noche no llegará nunca.

—¿Hay otro mortal más feliz á quien prefieres?—interrogó Aurencio.—¿Otro más forzudo, más recio, más infatigable? ¿Otro por cuyas venas corra una sangre más rica y ardiente? ¿Lo hay, Glafira?

Ella, pensativa, antes de responder, arrancó de la cítara un melodioso arpegio. Después, con lentitud, pronunció:

—Tu torso, Aurencio, ha sido forjado por Vulcano. Tu ancho pecho, que cubre un vellón rojizo, es el arca de la salud. Tu aliento es una brisa juvenil, de primavera; huele á miel temprana. Tus plantas, al andar, se incrustan en el suelo; tus dientes, si ríes, te alumbran el rostro. Pero tu frente es estrecha y cerrada; tu faz inexpresiva; tus ojos opacos; tu hablar insípido; tu imaginación pobre. No eres mi ideal.

Aurencio, atontado, no se movió; Sulpicio,

complacido, sonreía ocultando el semblante, por precaución, en el embozo del manto. Oyéronse pasos; Glafira holeó al que llegaba:

—Hola, bien venido, ilustre Sidonio. Ya esperaba yo tu visita; sé que á cada obra maestra que sale de tus manos vienes aquí solicitando la aprobación de esta profana, de esta ignorante. ¿Qué has terminado ahora?

—Vas á verlo. Es un juguete que te ofrezco, y lo he dejado en el vestíbulo.

—Venga sin tardanza—ordenó Glafira imperiosamente.—Un deseo no satisfecho es una avispa enconada sobre el corazón.

Sidonio salió y volvió á aparecer trayendo un objeto cubierto con un paño. Glafira lo desenvolvió impaciente, y se vió una estatuita de mármol que, todavía crudo y brillante, mostraba las últimas mordeduras del cincel. La estatuita representaba un centauro en reposo.

—Glafira, inquieta amiga—dijo el artista colocando su regalo sobre una mesa de jaspe y dorado bronce,—un día te pedí amor, y, al negármelo, me explicaste tu ideal. Creyendo que no lo encontrarás en Atenas, ni en Corinto, ni aun en las misteriosas tierras orientales, te lo he modelado en barro samnita y te lo he esculpido en mármol vertélico, á fin de que lo tengas ante tu vista constantemente. Aspiras á un ser que reúna las excelencias más altas de la naturaleza humana y la animal; á la fusión de la fuerza y la inteligencia, el vigor y el pensamiento... Helo aquí.—Mira estas formas valientes, enjutas, nerviosas, de caballo; mira esta noble testa de hombre, de sabio, de profeta—ya sabes que Chirón el centauro fué tan docto como Apolo mismo.... Mira estos cascos firmes que subyugan la tierra al hollarla, y mira esta cara severa, reflexiva, majestuosa, donde se trasluce la conciencia y la contemplación de las cosas extramateriales.—¡Es tu ideal!

—¿Dónde habita la raza de los centauros, sabio Sulpicio?—preguntó Glafira.—Allá iré, aunque me ensangriente los pies en el camino y tenga que cruzar los desiertos sin agua y los mares sin límite.

—Los centauros no han existido jamás, caprichosa mujer—gritó enojado el filósofo.—Si existiesen, monstruos serían.

—Serían semidioses—repuso Glafira, que arrancando del balcón la más florida rama, enguirnaldó con ella el regalo del escultor Sidonio.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ministro de Nicaragua en México.

Procedente de Nicaragua, llegó á esta Capital, hace pocos días, el señor Dr. don Fernando Sánchez, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de aquella República cerca del Gobierno mexicano.

El señor Dr. Sánchez, cuyo retrato publicamos en este número, se muestra un admirador entusiasta de México y de su Administración pública, haciendo grandes elogios de los progresos que durante los últimos años ha realizado el país, y de la obra llevada á cabo por el señor General Díaz. En Nicaragua, el nuevo Ministro ha desempeñado puestos tan importantes como el de Secretario de Relaciones Exteriores é Instrucción Pública, que tuvo que renunciar para aceptar la honrosa misión que le fué últimamente encomendada.

La recepción del señor Doctor Sánchez, como Ministro de Nicaragua, por el señor Presidente de la República, se efectuó el jueves 9 del corriente á las doce del día.



Sr. Dr. D. Fernando Sánchez, Ministro de Nicaragua.

OBISPO DE SINALOA.

Para cubrir la vacante que al hacerse cargo de la Diócesis de Chilapa dejó en Sinaloa el Illmo. señor Doctor don José Hombono Anaya, ha sido designado en Roma el señor Canónigo don Francisco Uranga, de la Catedral de Durango.

El nuevo obispo nació en Santa Cruz de Rosales (Chihuahua), en 1864; hizo sus estudios con notable aprovechamiento, y recibió las primeras órdenes cuando apenas contaba veintidós años de edad. Su vasta ilustración y su ejemplar conducta, le han conquistado entre el clero duranguense generales simpatías, y la noticia de su promoción al episcopado, ha sido recibida con beneplácito. El señor Uranga, además, está reputado como uno de los principales oradores sagrados de la Arquidiócesis.

La consagración del prelado se efectuará próximamente, con toda solemnidad, en la Catedral de Durango.



Sr. Canónigo D. Francisco Uranga, Obispo electo de Sinaloa.

LOS VIOLINES

Me encantan los sollozos de los violines.
A lo lejos semejan áureos clarines
que en la guerra sonoran los paladines.
Tienen el ritmo agudo de las cigarras,
ó en las tardes alegres, bajo las parras,
el sonoro lamento de las guitarras.

Las almas de los violines son cariñosas;
saben cosas amables y misteriosas:
tienen alas ligeras y luminosas.
Conocen el idioma de las neblinas
y remedan las verdes ondas marinas
con sus voces vibrantes y cristalinas.

Con sus extrañas notas el alma oprimen;
y cuando en amargas horas dolientes gimen,
evocan las visiones de un negro crimen,
ó de una remembranza dulce y lejana
que surgió con las luces de la mañana
y extinguió en su misterio la sombra arcana.

Ramilletes de ritmos son sus canciones:
cuando entre los silencios vibran sus sones,
se estremecen de angustia los corazones.
Ellos hablan de amores vagos é ignotos,
trayendo á la memoria nombres remotos
de ídolos adorados há tiempo rotos.

Los violines alegres gritan, retozan,
cantan el claro cielo, ríen y gozan;
mas los violines tristes ¡cuánto sollozan!
Es á veces monótono su sonido
y otras tiene el acento de un gran gemido
que viene de un lejano bosque de olvido.

¿Qué sollozante ensueño lleno de abrojos
dió vida á los dolientes violines rojos
que de lágrimas tristes llenan los ojos?
Símbolo de un sentimiento dulce y vibrante,
su espíritu quejoso va suspirante
con el rumor del vuelo de una alma errante.

FROILÁN TURCIOS.

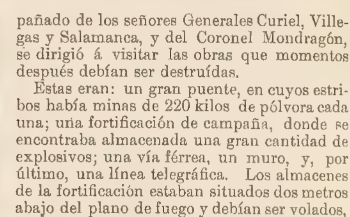
Honduras.

LAS PRUEBAS MILITARES
EN SAN LÁZARO.

Con asistencia del señor Presidente de la República y de un gran número de jefes y oficiales del Ejército, se efectuaron el domingo anterior por la mañana, en la Escuela de Tiro de San Lázaro, las pruebas militares dispuestas para ese día por el señor Coronel Enrique Mondragón. Director del establecimiento.

Las pruebas á que nos referimos resultaron muy interesantes, pues aparte de que pusieron de manifiesto la solicitud con que el Gobierno atiende á todo lo que se relaciona con la buena instrucción de la clase militar, demuestran, por sí solas, los adelantos que en un ramo tan importante como es el de la preparación de explosivos y su empleo en la destrucción de obras materiales, han realizado los alumnos de la Escuela.

El acto dió principio con una disertación que, acerca de los cuerpos explosivos, de la manera de fabricarlos y de su aplicación en campaña, hizo el Subteniente de Caballería José Rincón Gallardo, puntualizando las propiedades que deben caracterizarlos. Los oficiales Manuel Corona, Gabriel Rivera, Alberto Salas, Carlos Martínez y Enrique Pérez, hablaron en seguida, para exponer: el primero, la teoría relativa á la clasificación de los explosivos en su completo desarrollo; el segundo, la que corresponde á la fabricación de petardos reglamentarios y provisionales; el tercero, las ventajas que ofrecen las pólvoras modernas sin humo, sobre las pólvoras negras antiguas, en campaña, y, el último, los principales puntos concernientes al empleo de los mismos petardos reglamentarios en la destrucción de puentes, vías férreas, líneas telegráficas, apertura de brechas é inutilización del material de artillería. Los cinco oficiales substentantes prepararon en seguida algunos petardos, y el señor Presidente de la Repúbl.ca, acompañado de los señores Generales Curiel, Villegas y Salamanca, y del Coronel Mondragón, se dirigió á visitar las obras que momentos después debían ser destruídas.



Estas eran: un gran puente, en cuyos estribos había minas de 220 kilos de pólvora cada una; una fortificación de campaña, donde se encontraba almacenada una gran cantidad de explosivos; una vía férrea, un muro, y, por último, una línea telegráfica. Los almacenes de la fortificación estaban situados dos metros abajo del plano de fuego y debían ser volados, produciéndose la inflamación de los explosivos en ellos contenidos, por la ruptura de un frasco de ácido sulfúrico, mediante la conmoción producida por un proyectil disparado sobre un blanco determinado. Concluída la visita, se dió principio á las voladuras, des-



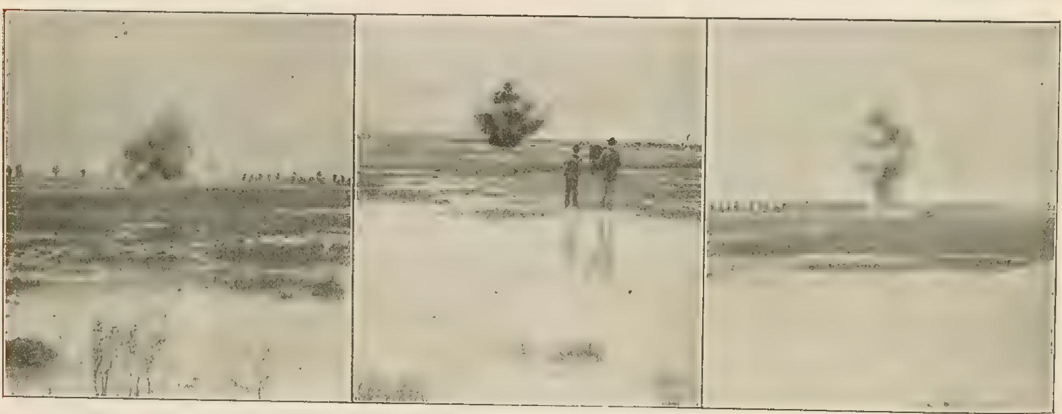
El Sr. General Díaz en el campo de operaciones.



Paso de la infantería por el puente.



Paso de la caballería por el puente.



Voladura de la fortificación.—(Instantáneas tomadas á 300 metros.)



Voladura del puente y del muro.—(Instantáneas tomadas á 300 metros.)

truyendo primero la línea telegráfica y la vía férrea. Esta tarea estuvo encomendada al Capitán Guillermo Rubio, á siete oficiales, alumnos de la Escuela, y á igual número de cadetes. Los postes y los rieles, tras una fortísima detonación, quedaron reducidos á pequeños fragmentos diseminados en el campo.

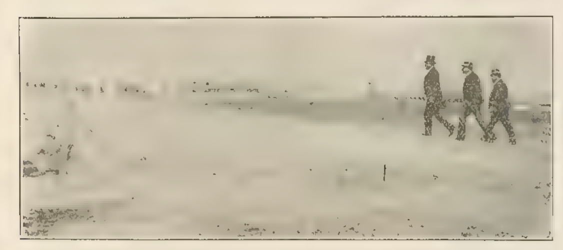
Con siete cargas concentradas, de 10 petardos cada una, se destruyó después un muro de piedra de 1 metro 50 centímetros de espesor, 3 de altura y 10.50 de longitud. El efecto producido por la explosión de los petardos fué terrible: una enorme nube de polvo y de humo cubrió el lugar en que se hallaba la construcción, que fué totalmente destruída.

Más notable sin duda que las experiencias anteriores, fué la de apertura de brechas en los parapetos de la fortificación. Un grupo de oficiales rompió el fuego de Artillería sobre los puntos en que estaban localizados los almacenes de pólvora, y al cabo de algunos disparos, logró el impacto, produciéndose la voladura de los mismos almacenes. La remoción de tierra, piedras, etc., ocasionada por la voladura, fué enorme, y la brecha abierta muy grande.

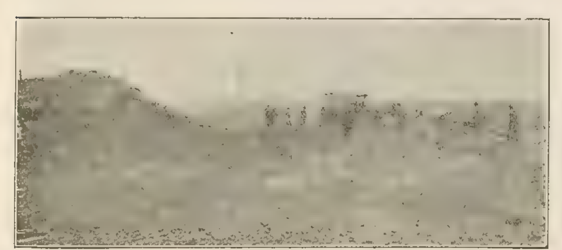
Por lo que toca al puente, tenía una resistencia de cincuenta toneladas; su longitud era de veinte metros, la anchura del tablero de 4.95, y la de



El señor General Díaz y un grupo de jefes y oficiales sobre los escombros.



El señor Presidente recorriendo el campo.



Aspecto del campo después de la voladura de las obras.



Oficiales y cadetes que tomaron parte en las pruebas.

las rampas de siete. En las extremidades de éstas se construyeron torreones aspillerados y almenados, que simulaban la defensa de los «apoyos», empleándose en toda la obra 650 metros cúbicos de tierra. En la construcción tomó parte el Capitán Guillermo Rubio, el Batallón de Zapadores, y algunas faginas de diferentes cuerpos de infantería.

En la destrucción de esta obra se emplearon ocho kilos de dinamita y cuatrocientos cuarenta de pólvora, volándose primeramente el tablero y después los estribos. En el lugar en que se había levantado el puente, quedaron las profundas oquedades producidas por la acción de la enorme cantidad de explosivos empleados en la voladura. Antes de ser volado, el puente fué sometido á una prueba de resistencia haciendo que desfilaran por él la infantería y la caballería.

Además de las pruebas á que nos hemos referido, se efectuó otra: la de voladura de una caja de dinamita por medio de tiros de precisión con carabina.

***

Antes de retirarse de San Lázaro el señor General Díaz, recorrió el campo para visitar los puntos en que se encontraban momentos antes las obras y cerciorarse del buen resultado de los experimentos.

El Sr. Presidente regresó á la ciudad después de medio día.



Sra. Gertrudis Martínez Arredondo de Combaluzier.

NUPCIAL

En la capilla particular del señor Arzobispo se efectuó el día 11 del corriente el matrimonio canónico de la señorita Gertrudis Martínez de Arredondo con el señor don Rafael Combaluzier.

Las simpatías con que los contrayentes cuentan en la buena sociedad mexicana, hicieron que la ceremonia se viera concurrida por multitud de familias y caballeros distinguidos.

Terminado el acto, se sirvió una comida íntima en la casa del señor Licenciado don Francisco Martínez de Arredondo, padre de la desposada, y por la tarde los recién casados emprendieron su viaje de bodas rumbo á Chapala.

PENSAMIENTOS.

Es locura creer que todo se sabe, y es sabiduría estudiar siempre.

*

¿Cuál es el peor de los engaños? Engañarse á sí mismo.

*

La firmeza de carácter de los grandes hombres es un ideal de moralidad vivo y luminoso, que la historia recoge en sus páginas y que obra siempre en la vida de los pueblos.

*

La naturaleza no ha dicho ni dirá su última palabra.

Las fiestas de la Colonia Francesa

Publicamos en este número algunas fotografías de la kermesse organizada por la Coloni afrancesa en celebración del aniversario de la toma de la Bastilla, y que se efectuó el día 14 en el Tívoli del Elíseo.

La fiesta á que nos referimos, no obstante el fuerte aguacero que se desató por la tarde sobre la ciudad, se vió concurrida por innumerables personas y tuvo un lucimiento extraor-



Adorno de la fachada del Tívoli.—Busto de la Guerra, colocado á la entrada.



El Encargado de Negocios de Francia y un grupo de invitados á la recepción.

dinario. El adorno del local era sencillo, pero de buen gusto: en la fachada había grandes piezas florales, dominando en la combinación de sus colores el rojo, el blanco y el azul, y en el interior, frente á la puerta de entrada, un hermoso busto de mujer que representaba á la Guerra, destacándose entre musgos y palmas. Banderas francesas y mexicanas, profusamente distribuídas en el parque, completaban el adorno del Tívoli.

En cuanto á los puestos, los que más llamaron la atención por su originalidad y elegancia de su decorado, fueron los de la señora de Grendop y el de las señoras Sallet y Wileim. El primero simulaba un kiosco «renacimiento,» sobre cuya cúpula se veía un monstruo marino arrojando por la enorme boca confetti y cigarrillos; y el segundo, un pabellón «art nouveau,» notable por la pureza del estilo.

***

Con relación á los demás números del programa á que se ajustó, en esta vez, la celebración del glorioso aniversario, diremos que tanto el concierto que se dió el lunes en la tienda de Villamil, como el baile efectuado el 14 en el Círculo Francés, fueron indudablemente las notas salientes de los festejos. En el Orrin, lleno de una concurrencia tan distinguida como numerosa, se puso en escena «Philemon et Baucis,» ópera de Gounod desconocida en México, cubriéndose los demás números del programa con la Marsellesa y el Himno Nacional mexicano, que ejecutó la banda de Artillería, y con un arreglo de «Mignón» tocado magistralmente por la orquesta que dirige el maestro Polacco. El señor General Díaz y su distinguida esposa concurrieron á la hermosa velada, así como los miembros del Cuerpo Diplomático y sus familias. El señor Presidente fué ovacionado, tanto á su llegada como al retirarse del salón, por la multitud que llenaba el local.

El baile en el Círculo francés estuvo animadísimo y se prolongó hasta las primeras horas de la mañana del quince.

Además de las fotografías relativas á la kermesse, ofrecemos una en que aparecen el señor Encargado de Negocios de Francia y algunos caballeros concurrentes á la recepción por él ofrecida el día 14.



De paseo por el Tívoli.

EN LA PLAYA

Cuando descendimos del tren, teníamos el mar ya enfrente.

Ella no se imaginaba que ese mar de que tanto yo le hablaba en mis versos, fuese tan grande y tan azul. Loca de emoción, admiraba y admiraba cómo iban y venían las olas, cantando siempre su monótona canción. En tanto que ella corría sobre la arena, yo la miraba y me parecía más bella que todo cuanto encerraban mis extensos horizontes.

De pronto y con un gracioso mohín, se volvió á mí:

—¿Quiere usted que me quede aquí quietecita, esperando aquella ola, aquella grande que viene allá?

Y la ola enroscada, formidable, que parecía que venía á envolverla y arrebatármela, fué disminuyendo su tamaño, y como una onda de níveo encaje, saltó sobre su falda, deshaciéndose en muchas gotas que la besaron.

¿Desde dónde vendría aquella ola y cuántos años pasaría surcando la inmensidad para venir á besarte?

Rafael Angel Troyo





Grupos de concurrentes á la Kermesse

PLEGARIA Á LA NOCHE

I

Inclina ¡oh Noche! tu faz de sombra bañada en llanto
de claridades, y da á mi mente todas las calmas
que das al mundo cuando al besarlo tiendes, cual manto,
tu cabellera, llena de sueño, sobre las almas.

II

Tú que cerniste tu gran silencio sobre el suplicio
del Cristo exangüe, que contemplaba vagar con pena,
sueltos los bucles y en torno al ara del sacrificio,
como incensario de carne blanca, la Magdalena;

Tú que desciendes vaga y enorme, como una mano
que el Orbe errante pusiera sobre sus sienes frías,
para en la sombra buscar al fondo del cielo arcano
su senda eterna que casi esfuman las lejanías,

Dame en tu copa las aguas negras del Aqueronte,
aguas de muerte, que recorría de extremo á extremo,
aquel esquife cargado de almas, que el horizonte
iba rompiendo con las cadencias de su amplio remo.

Porque mi mente, más que la tierra, más que los mares
te necesita, vaso de olvido, cáliz de brumas:
la tierra sueña bajo las rosas crepusculares,
los mares cantan bajo los lirios de las espumas;



Y hasta las cumbres parece que oran á la esperanza
cuando tú vienes y que la luna, rasgando tules,
surge desnuda como una virgen en lontananza
y da á la espalda sus vaporosas trenzas azules....

Porque ya vengas ó te retires, todo en los orbes,
todo lo riges con tus compases vastos, profundos,
y, en el gran ritmo que altiva marcas, todo lo absorbes,
y das la norma que en lo infinito siguen los mundos.

¿Por qué yo quedo mudo é impasible, cuando te elevas
como si fueras de los abismos un alto ensueño,
y no comulgo las negras hostias que al éter llevas,
pan de sepulcro, nota de arcanos, óleo de sueño?

¿Tan sólo bajo las losas blancas y sepulcrales
tendré tu calma, tendré tus sombras, tendré tus velos
tendido al fondo del pebetero que, en espirales,
eternamente su incienso de almas tiende á los cielos?



Inclina ¡oh Noche! tu faz de sombra, bañada en llanto
de claridades, y da á mi mente todas las calmas
que das al mundo, cuando al besarlo tiendes, cual manto,
tu cabellera, llena de sueño, sobre las almas!

MIGUEL LUIS ROCUANT.





EL CUMPLIDO

El veintiuno de enero la población de Arras estaba de fiesta. Sonaban las campanas; desde Saint Waast hasta San Nicolás, dialogaban desde el alba, y las notas de bronce, cayendo sobre la ciudad, hacían temblar la nieve al borde de los techos. Las estrechas calles obscuras, empavesadas de banderas y banderolas, decoradas con tapices, enguirnaldadas de flores, esforzábanse bajo el cielo gris en resplandecer de alegría. Toda la ciudad estaba en pie, endomingada; los burgueses habían calzado sus zapatos con hebillas de plata; y las burguesas, con trajes de seda Pompadour, se estudiaban delante de sus espejos para asemejarse á las marquesas; las niñas, para estar mejor rizadas, guardaban sus papelillos en la cabeza hasta el minuto supremo; y los niños, listos todos é impacientes, deslizaban sus caritas por las puertas entreabiertas y se interpelaban de un umbral al otro:

—¿Ya llegó?

—Todavía no, pero ya viene.

—Entonces, ¿es seguro?

—¡Seguro! Vaya si es es seguro. Los correos que preceden están ya aquí. Tienen grandes botas.

—Mamá, los correos ya están aquí.

¡Gran acontecimiento! Monseñor el Delfín de Francia es esperado desde hace tres días. Pasa y se detendrá. Debe oír la misa en Saint Waast, el cura lo ha dicho; el confesor del Delfín lo ha prometido al abate. Y la hermosa Delfina vendrá también con el Delfín. Es tan bella, según se dice! Esto constituye un gran honor para la ciudad, porque muy pronto, sin duda, la joven pareja estará en el trono de Francia, puesto que Luis XV se halla tan enfermo.

—¿Cómo se llamará cuando sea rey?

—¡Luis XVI, pardiez!

—María Antonieta tiene dieciocho años.

—¡Y él que no tiene más que veinte! Es bonito ser rey tan joven.

—¡Ah! el muchacho hará carrera.

Todo el mundo es feliz, se precipita, se agrupa en las calles. Los rostros flamencos se ensanchan con risas bonachonas. Ya el pueblo menudo se aprieta frente á las viejas casas consistoriales. Todos conversan. Los hombres bien informados, que fingen tener lazos con la nobleza y mantener relaciones en Versalles, refieren cosas del príncipe y la princesa, sus caracteres, casi su vida.

«¿La ha visto usted?...... —¡Tiene una tez! —¡Y una piel! Se diría que la luz pasa á través de ella......—¡Y tan alegre! Ríe siempre. —Sobre todo con Monseñor de Artois.—Los dos se pasean en burro por el parque.—¿En burro? Usted quiere tomarnos el pelo; las reinas van á caballo, no en burro; usted comprende que pueden elegir monturas......—¿Es cierto que ella le engaña?—¡Chitón! Si la oyeran á usted.—A mí me han asegurado que sale por la noche......—¡Cuentos! ¿Había él de permitir eso?—Ella le dice que es la moda en Austria. —Entonces...... ¡qué! ¿no es él el amo?.... —Según se dice, la adora.—Pues bien, yo, si fuese siquiera hijo del rey, os aseguro que haría respetar mi hogar...... —Es un buen hombre......—Un buen rey, lo será sin duda y nada orgulloso. —Trabaja en cerrajería en su pieza.—¡Eso te cuentan, pero anda á ver! Hace eso para adelgazar.—Trabaja con un verdadero obrero que, es del pueblo y que le enseña su oficio...—Pues lo que es á mí me gusta eso, es preciso que los reyes sepan hacer alguna cosa......»

A lo lejos sonaron tambores y los pífanos resonaron alegremente bajo el cielo que se había aclarado y que, sin una nube, mostraba su azul pálido, casi malva. De muy lejos, una voz sorda que crecía llegó por la calle Vinocq y muy pronto se convirtió en un grito:

—¡La carroza!

En la plaza todas las voces repitieron:

—¡La carroza!

Inmediatamente, como salen de una caja los juguetes nuevos, los altos personajes, en traje de gala, salieron de las casas consistoriales por el agujero de la puerta principal y se alinearon entre las columnas del pórtico; el obispo encontrábase en medio, teniendo á su derecha al cura de Saint Waast, y detrás de ellos, á su alrededor, dondequiera, las sedas de colores vivos palpitaban, buscaban su sitio y se detenían; encima, los siete arcos formaban coronas de sombra; en el fondo del cuadro, un grupo de niñitas vestidas de blanco, semejaba un gran bouquet de margaritas oculto en una cueva.

De pronto, la música de la ciudad, agrupada en un rincón, toca un aire de danza. Casi inmediatamente unos dragones desembocan en la plaza al galope. Detrás, entre las cabezas de los caballos, se distingue una placa que brilla reflejando el cielo; es el techo de la carroza. Las gentes se paran sobre las puntas de los pies. La doble fila de dragones despliéga-

se en abanico y el coche real avanza hasta los tapices; los gentileshombres á caballo se inclinan hacia las dos portezuelas.

La Delfina es la primera que desciende. Hela ahí al pie de las gradas sonriendo ya. Inmediatamente aparece el Delfín con un casacón avellana. Un gran grito estalla al rededor y surge de la plaza, de las ventanas.

Los pavimentos y los muros retiemblan con un alegre viva, un conmovido grito de amor, de reconocimiento, de alegría filial que va hacia aquella pareja llena de esperanzas, la reinecita y el reyecito de mañana.

A la sazón se les ve bien. El es grave, un poco pálido, un poco cansado, con ojos á flor de epidermis; ella, al contrario, levanta la cabeza, para provocar la vida que aspira con su blanca nariz y que mira frente á frente bajo el arco altivo de sus cejas; su boca tiene el aspecto de un beso; las plumas y las agujas tiemblan sobre su cabello, que se estremece todo con vibraciones rojas; todo en ella vive, hasta sus ropas; el pueblo ya no ve más que á ella, y el hurra que constituye el saludo popular, se extingue dulcemente en un murmullo de ternura.........

La mujer ha sentido el amor, se vuelve sonriente hacia una tercera que se desliza fuera de la carroza, criatura menuda, temblorosa, deslumbrada, cuyos ojos se llenan de lágrimas al ver el triunfo de la amiga adorada: es madame de Lamballe, la más turbada de los tres, quien dice á la Delfina:

—Inmediatamente que se os ve, se os ama.

Al decir estas palabras, un dulce recuerdo tiembla en el fondo de su memoria y la princesa continúa sonriendo:

—¿Estarías celosa por ventura?

—¡Oh, no! Yo soy feliz cuando se os ama.

Entre tanto, la carroza, al mandato de un gentilhombre, se mueve dejando libre el sitio, y Monseñor de Arras avanza hacia los príncipes; la reinecita ha hecho una graciosa reverencia y ahora se ve al prelado, cuyos labios se mueven y que habla sin duda, inclinarse, erguirse, después hacer de nuevo ceremonias, inclinar la cabeza hacia uno de los hombros, hacia el otro, en una serie de pequeños saludos amables y rápidos. A cada movimiento de su jefe, sus dos manos abiertas sobre su pecho se alejan y se aproximan como si arrojasen follajes y flores invisibles.

En seguida el blanco cortejo de las niñitas encamínase militarmente con pasos rígidos; las dos más pequeñas, guiadas por el obispo, dan aún tres pasos, y de golpe se detienen presentando á la Delfina un enorme ramo y una bombonera de porcelana de Arras donde hay unas palmas pintadas sobre azul. María Antonieta se inclina y besa en la frente á las niñas. Los vivas estallan como un trueno. Luis vuelve la cabeza y se descubre gravemente; pero la reina futura, con un coqueto gesto, envía con la punta de los dedos un saludo amistoso y alegre, y dice á la Lamballe:

—El amor del pueblo calienta.

Después:

—Toma este ramo, que pesa mucho.

De pronto ríe, añadiendo en voz baja:

—Mira cómo sufre el Delfín con su cuello tan apretado.

Luis, en efecto, parece muy molesto y á veces levanta su mentón estirando la cabeza hacia el hombro para despegarse el cuello. Pero pronto ya no se le ve más; ha penetrado bajo la bóveda y la escolta se cierra detrás de él.

La gran sala del viejo castillo es obscura; dos sillones sobre una estrada esperan á los ilustres huéspedes. Apenas sentado el príncipe, con un signo de la mano ha permitido al obispo que le presente á los notables. Proferidos con una unción sacerdotal, los nombres flamencos caen en el silencio y cada uno de ellos va acompañado de un saludo profundo, hecho en la sombra por el personaje á quien se nombra.

Después, á otro signo, un jovencito avanza zurda y torpemente; entre sus manos tiembla un papel.

—¡Oh, dice la princesa, versos!

Pero los versos son latinos; con una voz débil, traviesa y semiagria, el adolescente dice su poema, y el cura de Saint Waast sigue el ritmo con su nariz, asesorada por sus párpados, señalando las insípidas bellezas; se regocija del aprovechamiento del discípulo y mira al Delfín, el cual continúa estrangulándose con su cuello.

Los versos corren diciendo la majestad del trono y la ventura de los pueblos bajo el cetro de un rey sabio y las promesas de luminoso porvenir. Poco á poco el orador se tranquiliza; á veces un epíteto salta con vehemencia.

María Antonieta, para desaburrirse, porque no entiende, examina al jovencito flaco y seco con gesticulaciones de madera.

—Va á quebrarse, dice á la Lamballe.

El colegial ha comprendido que se burlan de él y se turba, pero se yergue, dejando ver su cara biliosa, de frente fugitiva, de nariz puntiaguda, de ojos glaucos, y su mirada, durante un segundo, se encuentra con la de los príncipes. María Antonieta, sorprendida en su broma, ha cesado de reír, y Luis, descontento, frunce las cejas, y acaso para adquirir de nuevo compostura, se lleva un dedo á su cuello que le estrangula.

La homilía continúa lenta. El Delfín se esfuerza en comprender algunas palabras para adivinar el resto. Por fin el poema concluye.

—Os agradecemos, señor cura, estas hermosas palabras que nos habéis hecho oír á la Delfina y á mí. Este joven es sin duda uno de vuestros discípulos.

—Y de los más enérgicos, Monseñor. Huérfano recogido por mí, me recompensa con sus virtudes y su empeño, porque lo educo para ofrecer más tarde á vuestra alteza un devoto servidor del trono.

—Es preciso, señor cura, que le enviéis á París, donde sus talentos se desarrollarán.

—Nosotros le proveeremos de una bolsa.

—Y haremos bien.

El príncipe, para recibir el poema que se le tiende, vuélvese hacia el jovencito, y las azules miradas de uno y otro se encuentran por segunda vez.

—¿Cómo os llamáis, señor?

—Maximiliano de Robespierre.

—¡Está bien! acaso nos volveremos á ver.

El adolescente se inclina. Y de nuevo Luis pasa su dedo alrededor de su cuello.

EDMOND HARACOURT.

La gloria en los combates tiene dos coronas, una para el vencedor y otra para el vencido.



LA DIRECCIÓN DE BENEFICENCIA

En los primeros días de este mes quedó establecida en México la Dirección General de Beneficencia del Distrito, á cuya vigilancia estarán encomendados en lo sucesivo los hospitales y demás establecimientos del ramo que dependen de la Secretaría de Gobernación.



Sr Dr. Prisciliano Figueroa.

Con el carácter de Director se ha hecho cargo de la nueva oficina el señor Doctor don Prisciliano Figueroa, hombre que cuenta para el buen desempeño de su cargo con energías y conocimientos muy poco comunes.

La Dirección ha quedado por ahora instalada en el local que ocupa la Secretaría referida.

CANCIÓN

(DE ARMAND SILVESTRE)

Corre el año, corre el año
Como corre el arroyuelo,
Reflejando en sus cristales
La celeste claridad;
Y, cual ave gemidora,
El recuerdo tiende el vuelo
Y se borra del espacio
En la vaga inmensidad.....
Corre el año, corre el año
Como corre el arroyuelo.

Algo vive y algo alienta
En las flores casi mustias
Del jazmín y los rosales
Que incensaron al verjel;
Y, buscando en las alturas
Lenitivo á sus angustias,
Vuela el alma de las flores
Entre aromas de clavel......
Algo vive y algo alienta
En las flores casi mustias.

Una cántiga amorosa
Finge el arpa de la fuente;
Entonemos en el bosque
La dulcísima canción
Y, cogidos de las manos,
Repitamos dulcemente
La canción que en nuestro pecho
Rima tierno el corazón......
Una cántiga amorosa
Finge el arpa de la fuente.

Una cántiga amorosa
Rima el alma enamorada:
¡Juventud!......dice la endecha
Que jamás se ha de extinguir;
Si se va la primavera
O si llega la invernada,
El amor es sol que enciende
La alegría de vivir......
Una cántiga amorosa
Rima el alma enamorada.

Una cántiga amorosa
Hoy dirijo á tu belleza,
¡Oh mujer! fecundo estío,
¡Oh mujer! eterno abril......
Dulce hermana del lucero
Que al llorar llora rocío,
Siempreviva de pureza
Que al desierto haces pensil!......
Una cántiga amorosa
Hoy dirijo á tu belleza,
¡Oh mujer! fecundo estío......
¡Oh mujer! eterno abril.

M. R. Blanco-Belmonte.

NOTA TEATRAL.

La soprano Amalia de Roma, que tantos aplausos se ha conquistado durante la actual temporada de ópera, celebró el jueves, en Orrin, su función de gracia.

La obra escogida por la beneficiada, fué "Tosca." El púbico, que aprecia debidamente el mérito de la notable artista, le tributó una ovación.



A Núñez de Arce.

Como gigante sol que, aun extinguido,
el mundo deja de esplendores lleno,
en nuestras almas, el fulgor sereno
de tu genio inmortal queda encendido.

Alzan tus «Gritos del Combate» el ruido
de las victorias líricas, el trueno
de la Fama; venciste, de Arte pleno,
la eternidad de tantos: ¡el olvido!

La Musa de dos patrias queda sola
sin tu aliento: la Cítara Española
el plectro desentierra de Quintana

para llorar el duelo que le asedia,
y tras ella, ¡la Lira Americana
gime en la cuerda funeral de Heredia!

Manuel S. Pichardo.



Sra. Amalia de Roma, soprano de la compañía de Opera que actúa en Orrin.

CROOUIS

El pórtico del teatro estaba en silencio... Llovía desde por la tarde. El agua incesante caía á hilos. Parecía como si nada interrumpiera el chapoteo monótono de la lluvia, que el viento estrellaba contra las paredes, ó que chocaba furiosa contra las aceras, para deslizarse suavemente por las calles después.

Goteaba sin cesar. Las líneas del horizonte se borraban, esfumándose en la lejana bruma. Espesos celajes cubrían el espacio inmenso, y la tristeza de la noche parecía reflejarse en la obscuridad del cielo.

En pie, á lo lejos del pórtico, estaba un viejo de figura venerable, pobremente vestido, de larga barba blanca, que se doblegaba al peso de los años.

***

Habían sonado las doce.

Por el pórtico del teatro salían en desorden, ó formando parejas, hombres y mujeres bellas que ostentaban lujosos trajes y primorosas joyas. El anciano parecía reconocerlas. Quizás fueran las mismas que vió desfilar, el mismo día por la mañana, por la puerta de una iglesia. Pensó que serían almas caritativas. Con el sombrero en la mano, dejando al descubierto su cabeza blanca, imploraba una limosna volviendo hacia ellas sus ojos empañados. Temblaba al hablar, por el frío. Pero nadie escuchaba su voz. Pasaba inadvertido por entre los hombres y las mujeres, que andaban sin volver la vista, con pasos acompasados. Llegaban á la calle y se detenían. Los coches, al trote insolente de los briosos caballos, llegaban hasta allí, para tomar su carga. Después partían. Poco á poco la gente se retiraba. Ellos, sintiéndose orgullosos, con el recuerdo de los triunfos obtenidos; ellas, recordando las palabras ardientes con que sellaron sus amorosos compromisos.

***

Cansado de pedir, marchóse el anciano también, con pasos desiguales, hundiendo de vez en cuando sus zapatos rotos en el agua que corría aún por las calles. En sus ojos humedecidos por el llanto resplandecía el dolor. El hambre lo asediaba. Tenía que resignarse á vivir de la caridad. Ya él no podía trabajar; le faltaban las fuerzas. Pero nadie, pensaba, se compadecía de él; de nada le habían servido su fe en sus creencias, la honradez para con los hombres, la moralidad de sus actos, la constancia en el trabajo, y en un espasmo de desesperación maldijo de la existencia al sentir el corazón aterido y arrugado por el escepticismo......

E. S. CASTAÑEDA.

El mal, en una palabra, no es sino la ausencia del bien.

*

Lo sobrenatural no existe ni puede existir; todo en el universo está arreglado por leyes.

*

La utopía de la víspera se convierte en realidad al día siguiente.



CATEDRAL DE MEXICO.—Crugía y reja del coro.

Un alma sobre un hilo.

Sobre el último hilo de abajo de un telégrafo se ha posado un golondrina.

Hay cinco hilos. Se ha posado en el que toca las ramas en flor de una acacia joven.

Su túnica de rizadas plumas se balancea á compás de las mecidas del hilo. De pronto su alma palpita. Es que pasa un despacho.

¿Qué clase de despacho? Nada, una invitación á comer. Sin embargo, la golondrina salta á otro hilo. Empieza de nuevo á piar. ¡El hilo la sacude!

Es otro despacho que pasa. El avecilla se estremece toda.

Nada grave, empero; acaso algo triste, una cita que se aplaza ó se rehusa. ¿Quién sabe si hace sufrir un corazón? La golondrina sube un hilo más; sus patas pueden apenas posarse á causa de una nueva sacudida. Es un despacho anunciando la quiebra de una casa bancaria.

Otro saltito y ahora el hilo tiembla suavemente. El telégrafo transmite la dulce nueva de unas nupcias.

La golondrina canta, canta, toda alegre! y sube más arriba. El último hilo se estremece lentamente, prolongadamente, languideciendo. Es alguien que ha muerto.

La golondrina emprende el vuelo, como una pequeña alma blanca y negra!

CATULLE MENDES.

VENUS CAFRE

Afrodita en el ébano esculpida,
Surgió de las cavernas de la hullera
Con los ímpetus locos de la fiera
Por los venablos del amor herida.

Despertóse en su alma adolorida
Como un crótalo insano la Quimera,
Y corrió por el bosque y la ribera
Con la erótica mente enardecida.

Hundió su negra efigie triunfadora,
En el cristal de agua tembladora,
Sintiendo una mortal melancolía.

Mientras oculto en las tupidas frondas,
La miró desposarse con las ondas
Un negro caballero de Etiopía.

JUAN GUERRA NÚÑEZ.

1903.

SOBRE ARTE CRISTIANO

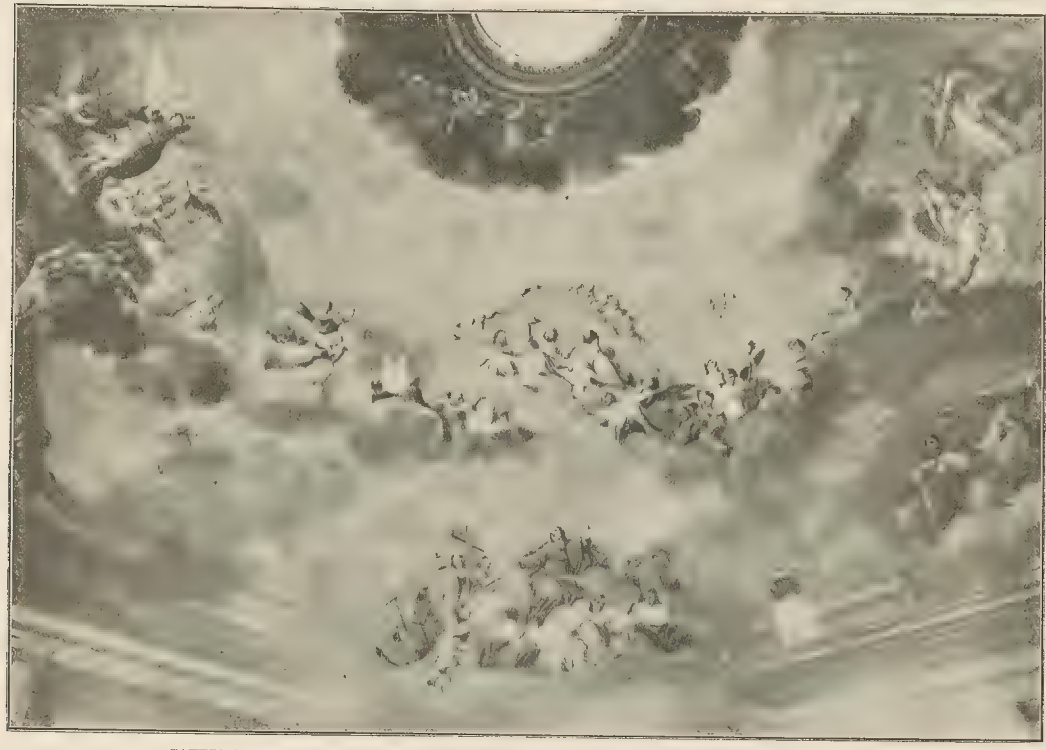
La época más artísticamente hermosa para la religión cristiana, fué aquella en que la doctrina pura comenzó á ensombrecerse con los pavores del fanatismo.

Entonces levantáronse soberbias las catedrales góticas, enormes y delicadas; gigantescas masas de filigrana de piedra que perforaban con sus caladas torrecillas el azul de los cielos cruzado por el vuelo luminoso de los arcángeles, y en cuyos rincones tenebrosos y enfangados acechaba el diablo rojo y cojo, deforme, maligno y jorobado.

Los artistas cristianos, con el espíritu alumbrado por celestiales claridades, y amagado por los sombríos terrores del infierno, supieron entonces amar y sentir como criaturas arrulladas en el regazo materno por un maravilloso cuento de hadas, mientras la rojiza penumbra del crepúsculo invade la estancia, poblando de fantasmas sus rincones. Fueron tiernos y grandes.

La madre de Dios tomó, bajo la sabiduría de sus pinceles y el raer inspirado de su cincel, formas deliciosas y purísimas de mujeres como sólo las ven en sueños los devotos adolescentes.

Los santos, los beatos, toda esa admirable legión de seres austeros que se consumieron incendiados por una idea y por un amor, perduraron por el sortilegio de su genio, en figuras graves y austeras ó deliciosas y sonrientes.



CATEDRAL DE MEXICO.—La Asunción. Pintura principal de la cúpula, obra de Ximeno.

Pero donde el impulso de su pasión se manifestó más vivo é imperecedero, fué en las basílicas, en las catedrales, en los monumentos levantados por la fe sobre la tierra, altos, majestuosos y serenos, montañas transladadas á la llanura por la fe y cuya grandiosidad de líneas principales, sabe trocarse en gracia y sonreír en los frisos y en los tímpanos, ó en horror, y gesticular en las gárgolas y en los capiteles.

El arte gótico, florido y sombrío como una selva, pobló el continente viejo de sueños de piedra. Esencialmente cristiano, aprovechó los símbolos y los elementos decorativos engendrados y crecidos en la húmeda obscuridad de las catacumbas; se enamoró de los ensueños, de las visiones, de los deliquios y de las pesadillas de los creyentes y creó esas gigantescas construcciones, cuyos trazos generales informa una solemnidad meditabunda y en cuyos detalles las líneas ríen y gesticulan, se retuercen desesperadas, se enlazan graciosas ó surten erectas como tallos de lirio; en cuyos ángulos las luces y las sombras entablan el eterno combate del ángel y el endriago, ó se funden en penumbras melancólicas como un perdón, una reconciliación ó una desesperanza......

La catedral antigua es el palacio de Dios, pero también el refugio del diablo que, torvo y zurdo, se esconde en las tinieblas más recónditas de la nave, esquivando la mirada del Amo, y desde allí acecha, con cóleras grotescas, la albura gloriosa de la hostia que elevan las manos purificadas del sacerdote; el oro ardiente del rayo de sol que penetra vigoroso por la ojiva; el trozo de cielo, de un azul vibrante, que deja ver la calada claraboya; las tristes miradas de los pálidos santos; la muerte dulce y horrible de Dios pendiente de la cruz; el chisporroteo de los cirios votivos; la nube blanca y aromada de incienso que sube al cielo......

El sentimiento religioso que elevó las catedrales y los monasterios es tan profundo, que aún ahora, el que penetra en ellos, se siente sobrecogido de religioso miedo.

De aquellos monumentos de la fe, salieron los religiosos de frente pálida y burdo sayal, aguerridos á las inclemencias de la Naturaleza, que cruzaron bosques, atravesaron montañas y surcaron océanos, para ir á llevar un fuego y una luz á los corazones obscuros y desabrigados de los hombres de luengas tierras.

Y cuando la cosecha de almas fué fecunda, cuando el fuego y la luz se propagaron, alumbrando y calentando á los desvalidos, á los desheredados del reino de Dios, los religiosos pensaron en levantar monumentos semejantes á aquellos que fueron su cuna y su origen.

***

El arte cristiano en México raras veces lle-gó á manifestarse por manera netamente estética, y los monumentos elevados por el catolicis mo en nuestra Nación aparecen, por lo general, amplios, bastos casi y á veces austeros, sin presentar nunca las gracias atrevidas



CATEDRAL DE MEXICO.—Madona, atribuída á Murillo.

ni la belleza de detalles de los templos europeos.

La Catedral de México es uno de esos edificios levantados por la fe conquistadora, sobre los escombros de la idolatría.

Edificada por orden del sombrío monarca español Felipe II, tal parece como que recuerda y trae al ánimo la pesadez ceremoniosa del Escorial. Majestuosa y sin gracia, más que obra de un impulso religioso, parece un símbolo de dominio, una masa pesada y vencedora cuyos cimientos aplastasen implacables los «cúes» y «adoratorios» de que habla Bernal Díaz.

Sus torres, mudas, con la mudez de la piedra no animada por el arquitecto; sus puertas, que nada dicen al ánimo; la seca austeridad de sus naves y de sus arcadas interiores, más recuerdan las épocas malignas y dolorosas de la Inquisición, que los sencillos tiempos del cristianismo primitivo.

En sus entrañas atesora, sin embargo, obras deliciosas de artistas cristianos, ricas piezas de madera tallada, cuadros de maestros, retablos dignos de admiración; pero todo esto permanece ignorado para el vulgo, que si acaso se abisma ante el grandor del templo, la groseza de sus muros y otras nimiedades aún más deplorables, pasa impasible ante un Murillo y no se detiene ante una obra de Berruguete.

A veces, algún extraviado extranjero es quien da una voz de admiración ante tal obra de arte; pero su exclamación se pierde entre la general indiferencia de la multitud, más preocupada de sedas y faraláes que de objetos que aviven sus sentimientos y ennoblezcan sus ideas.

C. T.



Cúpula y torres de Catedral.



CATEDRAL DE MEXICO.—Un detalle del ciprés.

EL MAHLSTROM

Ekko, un viejo Froll * que habita en uno de los fiords * de la costa occidental escandinava y que desde su gruta socavada por las olas en los peñones verdinegros, húmedos y engalanados con fantásticas florescencias marinas, ha oído por muchos siglos, y cada veinticuatro horas, el estruendo formidable del Máhlstrom cuando abre sus fauces asesinas, me contaba lo que sigue:

«—¿Me preguntas qué es el Máhlstrom? Los marinos que se remontan al Bóreas para cazar ballenatos, como ignoran lo que es el miedo y el carácter se les endurece en la brega, se mofan del abismo llamándole «el ombligo de la tierra»... Yo, que le conozco mejor, te diré que es el «Padre de la Muerte.»

Hubo un día en la historia del mundo en el que el vórtice tremendo donde las aguas del Océano se arremolinan, giran velocísimas y se abren formando un embudo gigantesco, una gigante flor de líquidos pétalos y cáliz, por lo profundo, negro, por lo insondable, espantoso, se abrió por vez primera y de él salió la Muerte empuñando su guadaña...

¡La vida es un Máhlstrom y la vida es la fuente de la Muerte!

Allá viene el guerrero romano en su barcaza trirreme; vuelve victorioso de las tierras Hébridas, trayendo muchos esclavos y un rey cautivo; simboliza la gloria, el triunfo y la conquista, y ebrio de ellos, no ve que la vorágine está á proa, tremenda y fatal, y desapare-

* Froll, personaje de la mitología escandinava, comparable á los gnomos ó duendes.

* Fiords' pequeños y numerosos golfos de la costa de Suecia.



NUESTRO PAIS.—Vista de Tlacotalpam.


NUESTRO PAIS.—Riveras del Río Alvarado.

MARMOL ROTO

En níveo mármol cincelar quería
un cuerpo de querub; seguro estaba
de que si su escultura terminaba,
de la gloria el laurel conquistaría!

Entró al taller que en sombras se envolvía...
el artista con fiebre trabajaba,
y junto al cuerpo, á quien hablar faltaba,
le sorprendió la claridad del día.

Creyó ver al querub alzar el vuelo,
y al abrazar su cuello, cual un loto
la escultural cabeza rodó al suelo.

Y «él,» abstraído en su ideal remoto,
con los ojos clavados en el cielo,
cayó sin vida junto al mármol roto!

JUAN DUZAN.

1903.

*

Lo más triste en el presente, es el porvenir.

G. M. VALTOUR.

*

La vida á la moda y la literatura excitista, no son sino imitaciones la una de la otra.

VALTOUR.

*

El amor es la alegría de los jóvenes y el tirano de los viejos.

ce en ella cuando se creía invencible... ¡Adiós victorias, fuerza y mérito! ¡Ya están sepultos en el seno terrible!

De los verjeles de Occidente viene con las entrañas henchidas de oro, pedrería y esencias, el velero que avanza confiado para abordar las tierras del Norte y dejar en ellas su valiosa carga. Lo llenó el Trabajo, lo enriqueció la Constancia y lo impulsó la Industria. A su bordo trae hombres que sueñan con el descanso después de la honrada lucha: en el hogar la esposa espera y los niños sueñan que «Santa Claüss» se acerca cargado de juguetes... Y el velero, sorprendido por el abismo, cae y se hunde para siempre. ¡Pobres tesoros y pobres esperanzas! Un instante para desaparecer, y muchos años para reunirse...

El genio audaz avanza en el vapor, gigante de los mares; la hulla quemada en los intestinos de las máquinas, arroja por las chimeneas densas volutas de humo negro; el talento es el propulsor de la hélice que rebana las aguas; la mole trepida toda, dejando en su pos un camino de espumas blancas sobre el piélago azul. El genio vencerá al peligro; es fuerte, es denodado, es audaz... ¡La lucha es corta y el abismo triunfa siempre!

Bregando en las olas y asidos de un madero que flota, náufragos de infasta catástrofe, desesperados por vivir, se acercan un hombre y una niña: son el Sentimiento y la Virtud. El es quien la protege, ella quien le anima; por él, los corazones saben oír las voces de la fraternidad, de la fe, del amor; por ella, las almas saben ser buenas. El turbión cruel, que no sabe distinguir, que no tiene ojos de piedad, atrae al madero, lo encadena en las aguas, lo remolca y lo precipita al fondo... ¡También «ellos» sucumben!

¡La vida es un Máhlstrom y éste es el «Padre de la Muerte!» En él perece todo.»

Calló el anciano Ekko, y en la noche de la tristeza de sus palabras, reverberó para mí un astro imperturbable; uno solo, pero inmenso; uno solo, pero radioso. El abismo devora todo, sí, todo menos la Idea. Del vaho mismo de su vórtice, se levantará infinita aquélla y se cernerá «sobre él,» sutil, ligera y luminosa, para ir á dejar gérmenes doquiera, como del sepulcro donde yace el cuerpo en descomposición, se levanta la nueva vida en la oruga y se cierne en la mariposa...

E. MAQUEO CASTELLANOS.




CATEDRAL DE MEXICO.—Perspectiva de las naves.



LA "FOSFATINA FALIERES" es el alimento más grande y el más recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses, y particularmente en el momento del destete y durante el período del crecimiento. Facilita mucho la dentición; asegura la buena formación de los huesos; previene y neutraliza los defectos que suelen presentarse al crecer, é impide la diarrea, que es tan frecuente en los niños.—PARIS, 6 AVENUE VICTORIA, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

OPINIÓN

DE UNA GRAN DAMA

Agradar es el deseo de todos; pero ¿cómo causar buena impresión si tenemos el cutis manchado, cubierto de granos y con mal olor?

El Agua Tropical

es el perfume más admirable que se conoce; sus efectos sobre la piel son inapreciables; limpia, cura las erupciones, suaviza y blanquea el cutis más áspero y obscuro y destierra los malos olores del cuerpo.

Con el

AGUA TROPICAL

el rostro adquiere y conserva la frescura y nitidez de la juventud.

Mll. A. FLEDERS.

Véndese en el Coliseo Nuevo 5 y en la Droguería de Uihlein.
Los pedidos á E. Betancourt.

MAGGI

PARA SAZONAR

CALDO,
SOPA,
Y SALSA.

En Frascos.

DIOS



formó á la mujer con el mismo fin que ha creado las flores con sus colores y sus perfumes, las fuentes, los pájaros y mariposas, para embellecer la Naturaleza é impregnar de poesía á la humanidad. El tiempo no destruiría los encantos seductores del bello sexo, si estos fuesen atendidos debidamente para conservarlos. El "Jabón Munyon" suaviza el cutis, le da lozanía, lo pone terso como la felpa, mejora cualquiera complexión por hermosa que sea; sin igual para curar las escaldaduras y sufrimientos cutáneos de los bebés; perfuma con delicado aroma de rosas de primavera, el cual se conserva por mucho tiempo y jamás cansa. -Precio, 60 centavos.

Procure conservar la digestión en perfectas condiciones, mediante el uso del remedio de Munyon para la Dispepsia. Regulariza, reconstituye y rejuvenece los estómagos cansados. El "Jabón de Avellano de la Bruja" vivifica el cutis y lo conserva saludable. "La Medicina para la Dispepsia cura los desarreglos internos y el Jabón obra maravillosamente sobre el cutis. El Remedio para la Dispepsia pone en condiciones de tomar lo que guste, todo lo que agrade y cuando uno quiere. Da sangre, vigoriza, anima y hermosea el organismo entero.

¡¡57 Remedios para 57 enfermedades distintas!!. Casi todos á 60 cets

Pídase "Guía de la Salud," libre de todo gasto. Si desea curarse con medicinas eficaces, agradables, inofensivas, escríbame usted para recetarle. No cobraré un sólo céntimo.

Dr. Munyon, núm. 1,505., Arch St., Filadelfia, E. U. de A.

Depósitos en México:

Sres. J. Uihlein Sucs.—Carlos Félix y Co..—Droguería del Elefante.—Droguería del Refugio.—En Monterrey: Sres. E. Bremer y Cía.—En Puebla: Sr. Joaquín Ibáñez.—En Oaxaca. Señores Tolis y Romero., etc., etc.. etc.

"Temporalmente hemos subido nuestros precios 20 por ciento hasta normalizarse el cambio."

PETROL

DEL DR, TORREL, DE PARÍS

Unica preparación que evita la caída prematura del pelo, lo aumenta, suaviza y hermosea, á la vez que le comunica un aroma agradable.

EL USO DEL PETROL DEL DR. TORREL, DE PARIS.

evita la calvicie prematura, que tanto afea y comunica al hombre el repulsivo aspecto de un joven viejo y gastado.

Píldoras Digestivas y Antisépticas

Del Dr. B. Fuchard,

DE PARIS.

Doradas, para los casos con diarrea. Plateadas, para los casos sin diarrea.

Muy experimentadas en las enfermedades del Aparato digestivo. Contiene la materia activa de los fermentos digestivos, y los antisépticos más poderosos combinados en una forma nueva y asociados con otras substancias medicinales. Es el mejor remedio para la dispepsia, mala digestión estomacal é intestinal, para la diarrea, disentería, enfermedades del hígado, gastralgias, jaquecas y en todos los casos en que la digestión es torpe y la nutrición imperfecta, ó cuando hay inflamación ó infección del Aparato digestivo ó de los órganos anexos.

De venta en todas las Droguerías y Boticas.

TOMEN VINO DE S. GERMAN

EL MUNDO ILUSTRADO

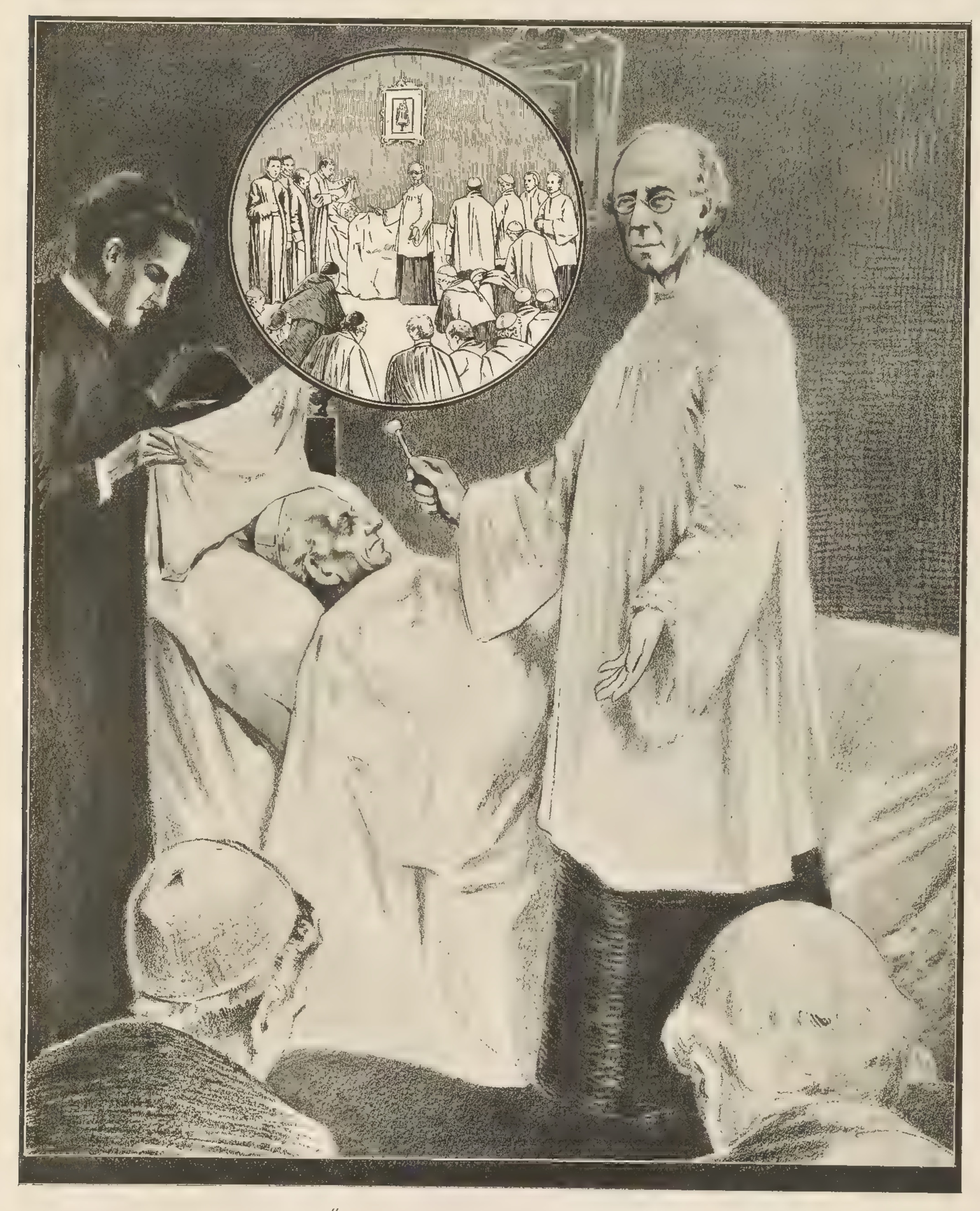
Año X— Tomo II— núm. 4

México Julio 26 de 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



"PAPA VERE MORTUS EST."

EL CARDENAL CAMARLENGO DA FE DE QUE S. S. LEÓN XIII HA MUERTO.

EL PAPA

LOS JARDINES DEL VATICANO.—DOS PÁGINAS DE «COSMÓPOLIS.»

......Tal vez ambos, el creyente y el escéptico, se dejaban invadir por la melancólica atmósfera del lugar donde habían evocado el cruel desenlace de la tragedia en que habían intervenido como actores más ó menos directos.

Los grupos de obscuras encinas verdes, circundados por setos recortados de una manera uniforme, se estremecían al rededor de ellos. Ningún otro rumor más que el de su follaje, unido á la queja monótona de una fuente cercana, se oía en este cercado que, de la una parte, dominan los muros de la antigua Roma, y de la otra, la inmóvil y majestuosa cúpula de San Pedro.

Fuera de los dos paseantes, parecía como que los únicos huéspedes del jardín pontificio fuesen los dioses de mármol, restos del arte pagano esparcidos en los bosquecillos y colocados allí, á la sombra de la gran Basílica, por el capricho de los Papas de la época del Renacimiento; quién sabe si por orden del propio León X, á quien siguió por estos jardines su corte de gloriosos artistas y poetas delicados.

Bajo el tórrido é implacable cielo azul de una siesta de junio, ese pueblo de blancas estatuas prestaba á aquellas soledades la solemnidad que se desprende de las ruinas de un pasado glorioso.

¿Tales simulacros de dioses no habían asistido acaso al derrumbe de su Olimpo y de su culto, para asistir ahora, como mudos testigos, á la deposición del Vicario de Aquel que fuera causa de su ruina?

En los ángulos de las avenidas, urnas gigantescas, de mármol también, perfilaban la esbeltez elegante de sus líneas.

La vegetación desbordante y enmarañada por el soplo de los vientos, aparecía de un verdor más vivo sobre el fondo mortecino de la verdura imperecedera de los setos y las carrascas. Las plantas nuevas parecían palpitantes y doloridas de verse aprisionadas en este cercado, que es, en realidad, una prisión voluntaria, es cierto; pero por lo mismo más estrecha y definitiva: el último fragmento de tierra y de Naturaleza abandonado al vencido augusto del Vaticano.

Jamás Montfanón había sentido, como en ese instante, la intensa poesía de esos jardines, únicos en el mundo, ni la opresora tristeza que exhalan sus mudos matorrales, sus estrechos parterres, sus fuentes mismas y sus terrazas, desde las cuales no se divisa más que la muralla de ronda y, tras de ella, innumerables chimeneas de fábricas, brutal símbolo de la victoriosa actividad moderna......

***

......El personaje que acaba de aparecer súbitamente en el cuadro melancólico del desierto jardín, de una manera que parecía sobrenatural, de tal manera su presencia comentaba al vivo el discurso del apasionado gentilhombre, era el propio Padre Santo, que se dirigía á su carruaje para ir á su acostumbrado paseo.

Dorsena, que sólo conocía á León XIII en retrato, miró un anciano encorvado, quebrantado, cuya blanca sotana brillaba bajo la capa roja y que se apoyaba con un brazo en un prelado de su Corte, y con el otro, en uno de sus oficiales. Apartándose, como se lo recomendara Montfanón, para no atraerse una reprimenda de los guardianes del jardín, pudo estudiar á gusto el fino perfil del Soberano Pontífice, que se detuvo ante un macizo de rosas, á hablar familiarmente con un jardinero que le escuchaba arrodillado. Vió la sonrisa de infinita indulgencia de su boca de corte espiritual; vió el relampagueo de sus ojos radiantes, que justificaban el dictado de «lumen in cœlo,» aplicada al sucesor de Pío IX por una célebre profecía. Vió la mano venerable, la mano pálida, diáfana, que se eleva para dar la bendición solemne con tanta majestad, levantarse hasta una espléndida rosa, y vió los dedos, desprendidos del blanco mitón, inclinar la flor sin cortarla, como para no lastimar á una frágil creatura de Dios.

El anciano Papa aspiró un segundo el perfume de la rosa recién abierta y prosiguió su marcha hacia el carruaje, cuya silueta se divisaba vagamente entre los troncos de las encinas verdes.

Los negros corceles arrancaron con un trote sumamente rápido, y Dorsena, volviéndose á Montfanón, miró gruesas lágrimas al borde de los párpados del viejo zuavo, que, olvidando el resto de su conversación, exclamó suspirando:

«—He ahí el único placer del que es, sin embargo, el sucesor del primer apóstol, oler las flores y caminar leguas y leguas en carruaje, lo más de prisa que pueden correr sus caballos...... Se han arreglado cuatro tristes kilómetros de camino de rueda que se cruza en forma de madeja sobre sí mismo, al pie de la terraza donde nos hallábamos hace un momento...... Y por allí va él y camina y camina, haciéndose la ilusión del vasto espacio que le está prohibido recorrer......

Espectáculos muy trágicos he visto en mi vida, ¡vaya! He combatido y he pasado una noche entera herido en un campo de batalla, entre dos muertos y sintiendo que me rozaban al paso las ruedas de la artillería de los vencedores, que desfilaban cantando...... Y, sin embargo, nada me ha conmovido tanto como el paseo de este anciano, que jamás ha proferido una queja y que no posee nada suyo, más que esa fanega de tierra, para moverse libremente......

Pero hay una palabra magnífica que este santo anciano escribió en una ocasión, de su puño y letra, abajo de este retrato, destinado á un misionero. Es de Tertuliano y explica por sí sola la vida de León XIII: «Debitricem martyrii fidem, la fe está obligada al martirio......»

PAUL BOURGET.

NUESTRA PRIMERA PLANA

Conforme á los ritos de la Iglesia Católica, antes de ser embalsamado el cadáver de un Papa y conducido al sitio en que han de celebrarse las honras fúnebres, el Camarlengo de la Santa Sede debe convocar á todos los cardenales residentes en la Ciudad Eterna, á fin de que, reunidos en la cámara mortuoria, asistan á la declaración hecha por aquel dignatario, de que el Pontífice está «verdaderamente muerto.»

Esta ceremonia es muy imponente y conmovedora. El Camarlengo se despoja de su traje ordinario para revestirse con las ropas violeta, que simbolizan el duelo, y tomando un pequeño martillo de plata, se encamina hacia el lecho en que yace el Pontífice. Ora un momento hincado sobre un cojín que se encuentra cerca del lecho; se pone luego en pie, aparta el velo que cubre el cadáver, y golpeando por tres veces la frente del Papa, á quien llama en alta voz por su nombre, pronuncia estas palabras, que todos los concurrentes al acto escuchan con religioso recogimiento: «Papa vere mortuus est»........ En seguida el Camarlengo rocía el cadáver con agua bendita, y los cardenales, que permanecen de rodillas, recitan el «De Profundis.»

El anillo del «Pescador» es recogido por el mismo dignatario de la mano del Papa y destruído después en presencia de los cardenales.

El dibujo que aparece en nuestra primera plana, representa la escena de declaración de la muerte de Su Santidad León XIII.

VERSOS DE LEÓN XIII.

Reproducimos en italiano y en español, la poesía que León XIII envió al célebre historiador milanés César Cantú, con motivo de la felicitación que éste le dirigió en vísperas de las fiestas de Navidad y del Año Nuevo.

Dice así:

LA MORTE

Del sol cadente che si nasconde emai
Splenden, Leon, su te, gl'ultimi rai;
Nelle riarse vene inardita
Lenta, lenta si spegne omai la vita.

Vibra morte lo stral, le fredde spoglio,
Chiuse in funereo vel, la tomba acoglie;
Ma fuor di sua prisione lo spirito anelo
Ratto dispiega il vol, ricerca il cielo.

D'aspre lunga cammino questa meta;
Beh! Signor mio, la santa voglia acqueta,
E se di tanto, tua mercé, son degno,
Lo spirito accoglie nel beato regno.

LEON XIII.

LA MUERTE

Ya al extinguirse tardo el sol poniente,
Brillan, León, sus rayos en tu frente;
En las exhaustas y cansadas venas,
El ritmo de la vida late apenas.

Vibra, muerte, tu dardo; el cuerpo inerte
Será frío despojo de la muerte.
Mas, rota su pasión, con santo anhelo
Rápida vuela el alma y busca el cielo.

Acaba el largo y áspero camino,
¡Y al fin, Señor, descansa el peregrino!
Si tu gracia merezco, Dios clemente,
Repose en ti mi alma eternamente.

LEÓN XIII.

EL FIN DEL POEMA

Allá, en el lejano barrio de torcidas callejuelas, vivía en su destartalado cuartucho el pobre «Mirlo de París.» Su pequeño cuarto era un nido de hambre y de poesía á donde llegaban los ecos distantes y alegres de la gran ciudad. Allí, en su apartado rincón, el poeta cantaba el himno á la luz y creaba la rima bella y potente.

Hacía ya algún tiempo soñaba con el pujante vuelo de las aves. ¡Oh! Amaba las alas, las alas que cruzan la gran inmensidad y condu-



SALINA CRUZ. Rompeolas del Este, en construcción.



SALINA CRUZ.—Muros de la dárcena.

ALMA RAZA.

I

Ya estaba la sangre seca
Del Ultimo Emperador,
Cuando en tierra tecpaneca
Halláronse el Rey Azteca
Y el Bravo Conquistador.

II

«A la hoguera me arrojaste,
Hernán Cortés; y después,
De un madero me colgaste.
Dime, empero:—¿qué ganaste
Con ahorcarme, Hernán Cortés?

«En la hoguera sonreía
Y en la horca sonreí;
Porque un día llegaría
En que muerto vencería:
Y muerto, Cortés, vencí!

«Mi espíritu, entre fulgores,
Fué aquel bello luminar
Que al esplender en Dolores,
Cambió el color de las flores
Del jardín de Miramar.

«No así el tuyo.—Prisionero
De la ingratitud quedó.
¿Recuerdas, bravo guerrero,
Lo que el rey Carlos Primero
En Madrid te preguntó?»

III

Guardó silencio el Hispano
Conquistador.—Y después,
Como si fuese á un hermano,
Extendió su noble mano
Guatimoc á Hernán Cortés.

ANDRÉS MATA.

Caracas, 1903.

BIENVENIDA

—¿Oyes? la lluvia cae, tengo frío!
La noche tiembla; el cierzo hace pedazos
Las ramas de los árboles, el río
Muge rabioso; estréchame en tus brazos,
Posa tu labio en el semblante mío;
¿Ya no me quieres? abre, tengo frío!

—¡Te esperaba, has tardado, tengo sueño!
Sufro, la vida me atormenta, agudas
Me hinca las uñas con brutal empeño
La zarpa del dolor, mas tú me escudas;
Entra! oh muerte adorada! sé mi dueño;
Quiero dormir contigo, tengo sueño.

JULIO FLÓREZ.

La paciencia no es de todos; ella es virtud que pertenece solamente á los que saben vencerse á sí mismos.—SAVELLI.

Crepuscular.

Una de esas tardes grises, serenas, en que el sol marcha al ocaso sin púrpuras, despacioso, lento y como abrumado de cansancio, enfilé la calle donde vives, sin rumbo fijo, hostigado por el hastío de todas las cosas, casi inconsciente en la oquedad de mi alma pesarosa y triste. Subía la calle indiferente, cuando súbito surgió á mi vista la silueta airosa del templo que proyecta su sombra de coloso casi enfrente de tu casa.

Me detuve á contemplar sus viejos muros agrietados por el tiempo, y pensando acaso en que tal vez allí estarías y podría admirarte de hinojos, recortando tu silueta en algún ángulo misterioso, subí la escalinata y penetré en sus naves. En aquella hora los fieles habían desertado del lugar de sus rezos, y el sagrado recinto, silencioso, envuelto en la opaca claridad del crepúsculo que filtraba su luz á través de las altas vidrieras policromas, semejaba un baño etéreo de paz y de quietud.

Nadie había; los ruidos de la calle, sordamente repetidos por el eco de las bóvedas, hacían trepidar el pavimento.

En el alto presbiterio, rodeado de una pobre y vieja reja, lucían cirios encendidos, marcando en la penumbra flameantes manchas.

A un lado, en la nave izquierda, suspendida del techo, oscilaba rítmicamente una lámpara de plata. En aquel sitio la sombra era más intensa, y la luz de la lámpara se destacaba en el fondo negro de las tinieblas brumosas.

La lucecita vacilaba, languidecía. A veces parecía próxima á extinguirse.



SALINA CRUZ.—Excavación para el dique seco.



SALINA CRUZ.—La grúa "Titán."

Yo miraba con tristeza aquella lengüecita violácea revolverse casi exánime dentro del estrecho recipiente de cristal. En sus contorsiones espasmódicas, ora se extiende abatida sobre la fina pared del vaso, ora se esconde fugitiva y aparece de nuevo fulgurante, titánica en su esfuerzo, fugaz en su esplendor; el abismo la atrae, la fascina, y sólo se ve allá en el fondo lleno de sombras, un punto luminoso, semejante á una estrella perdida en un horizonte de tormenta..................................

Así en la noche de mi vida hay también una luz tenue que brilla débilmente y oscila incesante, extinguiéndose día á día.

¡Es la luz funeral de mi esperanza!

ALBERTO DE IBÁÑEZ.

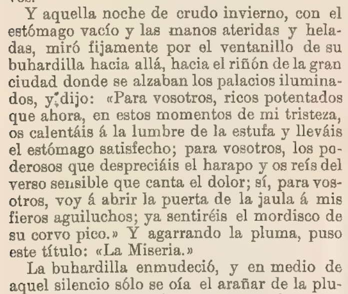




León XIII y su familia en 1867.

cen hasta el azul. Su sueño, en el que también se mezclaban los horrores de la miseria, era un poema, y ese poema, con su parvada de versos locos y sublimes, le llenaba el cerebro á manera de pájaros bravos y cautivos.

Y aquella noche de crudo invierno, con el estómago vacío y las manos ateridas y heladas, miró fijamente por el ventanillo de su buhardilla hacia allá, hacia el riñón de la gran ciudad donde se alzaban los palacios iluminados, y dijo: «Para vosotros, ricos potentados que ahora, en estos momentos de mi tristeza, os calentáis á la lumbre de la estufa y lleváis el estómago satisfecho; para vosotros, los poderosos que despreciáis el harapo y os reís del verso sensible que canta el dolor; sí, para vosotros, voy á abrir la puerta de la jaula á mis fieros aguiluchos; ya sentiréis el mordisco de su corvo pico.» Y agarrando la pluma, puso este título: «La Miseria.»



La buhardilla enmudeció, y en medio de aquel silencio sólo se oía el arañar de la pluma sobre el papel y á veces un nervioso castañetear de dientes.

Las cuartillas se amontonaban una tras otra, garrapateadas á la ligera por el rasgueo incesante de la pluma. Las horas pasaban y pasaban.

Fuera, la nieve, con su monótona canción, y dentro. la loca fiera olvidada del hambre y del sufrimiento. Ya el poema iba á concluirse, cuando de pronto un grito desesperado: «¡No hay tinta!», y el poeta se irguió como un loco. Y aquel eco, que resonó en las tinieblas como un gemido, era el grito del luchador que quiebra su espada en el combate, la maldición del mendigo á quien se le arrebatase el último pedazo de pan que come; y entonces, como un león que se vengara á sí mismo, se hundió la pluma en un brazo, y empapándola repetidas veces en la roja tinta de sus venas, escribió, triunfante, sus últimas estrofas, bellas y atrevidas como banda de soberbias águilas!

RAFAEL ANGEL TROYO.

Es más difícil aceptar un consejo que rehusar un regalo.—TOMMASEO.

A JALAPA

Cesto de lises donde Amor anida,
Vellón de armiño, columbina pluma,
En el collado tu beldad se esfuma
Mientras menos visible más querida.

De níveo raso y de crespón vestida,
Velo nupcial á tu esplendor la bruma,
Eres flor de la niebla, flor de espuma,
Por el viento del trópico mecida.

Brillas en la serena lontananza
Con prestigiosa irradiación suprema,
De fuegos en munífico derroche,

Y, saga de ilusiones y añoranza,
Pareces en la sombra una diadema
Caída de la frente de la Noche.

RAFAEL DELGADO.

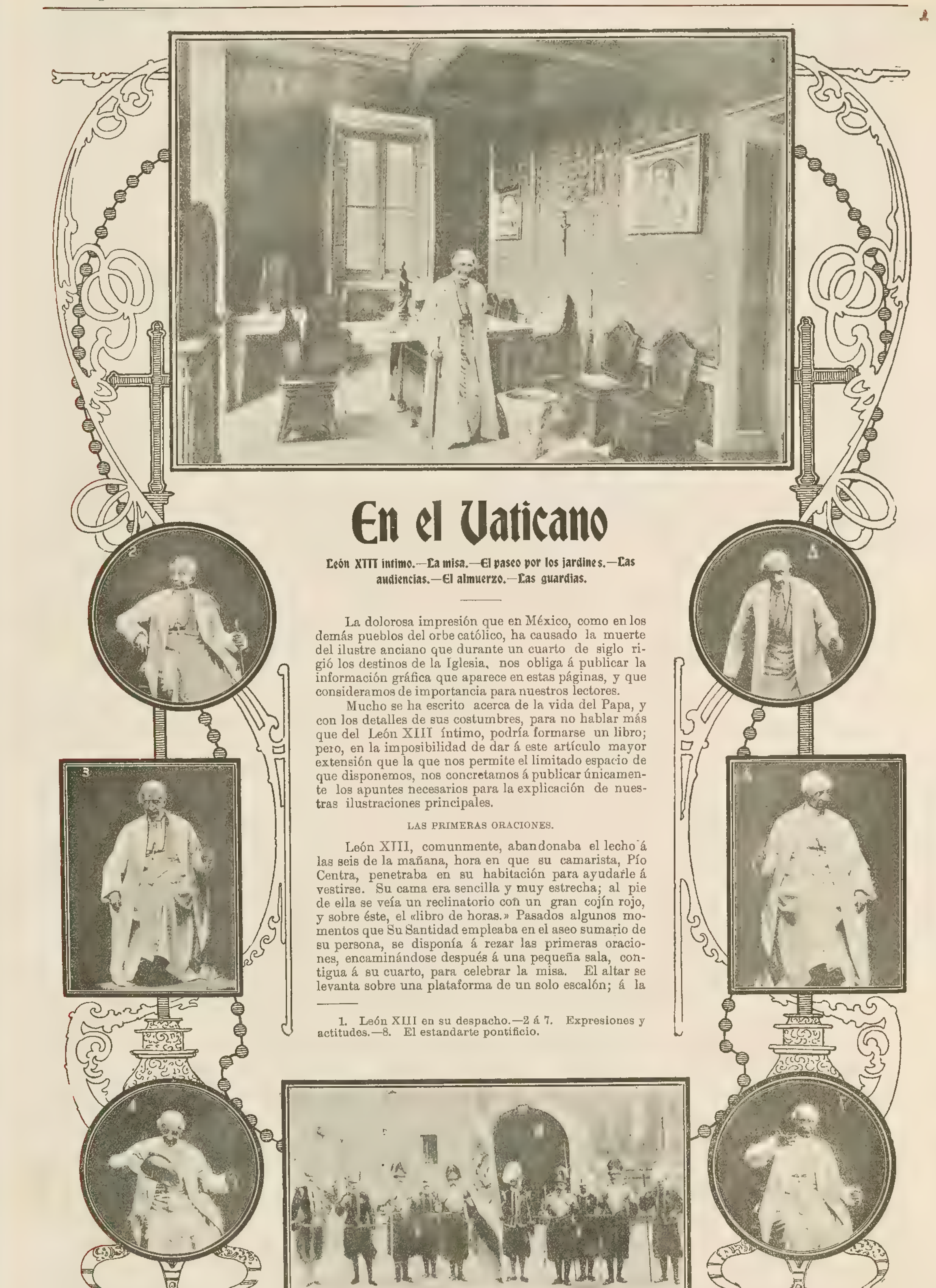
Hay dos cosas á las cuales es preciso acostumbrarse, so pena de encontrar insoportable la vida: son las injurias del tiempo y las injusticias de los hombres.—CHAMFORT.

*

Suelen las nubes hacer sombra al sol: así las pasiones se la hacen al raciocinio.—PLUTARCO.



El interior de la Basílica de San Pedro, donde estuvo expuesto el cadáver de León XIII.



En el Vaticano

León XIII íntimo.—La misa.—El paseo por los jardines.—Las audiencias.—El almuerzo.—Las guardias.

La dolorosa impresión que en México, como en los demás pueblos del orbe católico, ha causado la muerte del ilustre anciano que durante un cuarto de siglo rigió los destinos de la Iglesia, nos obliga á publicar la información gráfica que aparece en estas páginas, y que consideramos de importancia para nuestros lectores.

Mucho se ha escrito acerca de la vida del Papa, y con los detalles de sus costumbres, para no hablar más que del León XIII íntimo, podría formarse un libro; pero, en la imposibilidad de dar á este artículo mayor extensión que la que nos permite el limitado espacio de que disponemos, nos concretamos á publicar únicamente los apuntes necesarios para la explicación de nuestras ilustraciones principales.

LAS PRIMERAS ORACIONES.

León XIII, comunmente, abandonaba el lecho á las seis de la mañana, hora en que su camarista, Pío Centra, penetraba en su habitación para ayudarle á vestirse. Su cama era sencilla y muy estrecha; al pie de ella se veía un reclinatorio con un gran cojín rojo, y sobre éste, el «libro de horas.» Pasados algunos momentos que Su Santidad empleaba en el aseo sumario de su persona, se disponía á rezar las primeras oraciones, encaminándose después á una pequeña sala, contigua á su cuarto, para celebrar la misa. El altar se levanta sobre una plataforma de un solo escalón; á la

1. León XIII en su despacho.—2 á 7. Expresiones y actitudes.—8. El estandarte pontificio.

Mariscal y don Justino Fernández. Presidente activo, Sr. Lic. don Félix Romero. Vicepresidentes, Sres. Generales Francisco O. Arce y Jesús Lalanne. Tesorero, Sr. don Gabriel Mancera. Primeros Secretarios, Sres. Gabriel González Mier é Ignacio de la Peña. Segundos Secretarios, Sres. Juan Dublán y Rodolfo Reyes.

Las primeras lágrimas.

—¡Pues yo no he llorado nunca, gracias á Dios!

—¿Nunca?

—Es decir, eso no es así tan absoluto, lloré una vez, hace ya algunos años, pero fué por una simpleza. ¡Si supierais! Os digo que fué una simpleza.

—¿Por qué? ¿Se puede saber?

—¡Jamás! ¡Es un secreto!

Bastó que Conchita se manifestara poseedora de un secreto, para que la curiosidad femenil se desesperara por arrebatarle á la preciosa Concha la misteriosa perla que llevaba escondida en el pensamiento.

¡A contar ese secreto!

—¡Sí, que lo cuente!

—¡Entre amigos no debe haber secretos!

—Y entre amigas no puede haberlos—dijo inocentemente la más íntima confidente de Conchita.

Era en mayo. Llovía una lluvia menuda y pertinaz. La tertulia íntima de Conchita había sido alegre y chispeante, pero el mal tiempo, la lluvia monótona y constante había influído melancólicamente en los espíritus, y todos hablamos de nuestras primeras lágrimas espontáneamente.

Cada cual refirió cómo había hecho su ofrenda de llanto en el altar del dolor, y todos resultábamos con una vieja cicatriz en el alma, más ó menos grande.

Hasta Conchita tenía la suya. Ella tan joven, tan bella, tan pura, tan feliz, también había vertido las perlas de sus negros ojos en la inmensa y sombría copa del dolor.

¿Por qué?

Acorralada cariñosamente por sus amistades, la dulce niña nos reveló el secreto diciendo:

—¡Si es una tontería! Imaginaos que papá, para celebrar el décimoquinto aniversario de mi nacimiento, como dicen los periodistas, proyectó un pic-nic que debía verificarse en su hacienda, á plena luz, bajo los árboles, sobre el mullido césped, bajo el cielo azul.

Desde que nos dió la fausta nueva, podéis figuraros mi entusiasmo.

Faltaban veinticuatro días no más para la fiesta. ¡Y qué lejos me parecía aquello! Yo quería empujar el tiempo, abreviar las horas, suprimir algunos días para que llegara más pronto la fecha de mi cumpleaños.

¿Creéis que volví á comer regularmente? ¡Pues no! Mamá se alarmó. Papá me amenazó con no hacer nada si yo seguía así; y á fuerza de reconvenciones me sentaba á la mesa. ¡Perdí cinco libras!

Cuando faltaba apenas una semana, mi entusiasmo no conocía límites.

Haciendo las invitaciones, me dolía no ver en mis invitadas el regocijo que me poseía, el cual creció más cuando mamá le dijo á mi modista que me tomara las medidas para un traje largo.

¡El traje largo, Dios mío! ¡Aquello era el colmo de la felicidad!

Iba á volverme loca. Si tú supieras chica—decíale Conchita á su amiga inmediata,—si tú supieras los besos feroces que le dí á mamá aquel día!

No comí nada; en cambio, para halagar á papá, recibí la lección de piano correctamente, y en la clase de inglés, en que siempre estuve pésima, resulté admirable. Mr. Hácker se sonrió entonces por primera vez conmigo.

En la noche no pude dormir; y pasé seis días insomne, pero el peor fué el sábado, la víspera del festival.

¡Qué noche, Dios mío! Nunca la olvidaré.



La Escuela Industrial Mexicana.



Llegada del Sr. Presidente á San Fernando.



Las Tribunas.

Después de probarme muchas veces mi nuevo vestido, me acosté sumamente fatigada.

Mamá estaba de lo más inquieta.

Aunque yo no lo creía necesario, puse el despertador en las seis de la mañana.

Recé locamente. No sabía lo que estaba rezando.

Dejé todo arregladito para el amanecer, y ya en la cama, me puse á pensar si faltaba algo. Pero no, todo estaba listo: los guantes, la sombrilla, el «nécessaire,» todo.

Muy tarde me dormí.

¡Y entonces! No quisiera decirlo, pero estamos en confianza. Entonces, yo estaba dormida, pero pensaba en sueños.

Me veía en aquel hermoso campo lleno de luz, de flores, de música, de pájaros, ya perdida en el voluptuoso vértigo del baile, ya bajo la sombra de un árbol, en amable charloteo, reposando de la fatiga del último vals, y perdonadme, eran fantasías del sueño: me sentía cortejada, me veía hasta bonita, me oía llamar elegante, mis amigas me felicitaban por mi traje largo.

¿Y él .....?

Él, tan tímido, tan respetuoso. Federico, que nunca me había hablado, pero que yo sabía bien que me amaba. ¿Se acercaría á mí? ¿Bailaría conmigo? ¿Se enamoraría de otra en el pic-nic?

Hice un esfuerzo para no soñar más, sobre todo en lo último, y desperté.

El reloj del comedor dió las dos.

¡Qué triste suena un reloj en el silencio de la noche! ¡Parece que una voz sombría y misteriosa de otro mundo, nos dice que una hora de nuestra vida ha caído por siempre en el abismo de la eternidad!

Seguí pensando despierta en lo que soñaba dormida.

Sentía calor. Me levanté y abrí un postigo de la ventana de mi alcoba.

Un rayo de luna cayó sobre mi frente como una suave guedeja de oro. Todo estaba en silencio.

Una frescura inefable entraba por el postigo abierto.

Me envolví bien, y al fin me dormí profundamente.

A las seis en punto el despertador estalló en un furioso repiqueteo vibrante y agudo. ¡Por fin!

Al ruido argentino del reloj se unía otro ruido ronco y monótono.

Al principio no me daba razón de lo que pasaba. Creía que estaba soñando todavía. Me asomé al postigo, y entonces fué cuando me dí cuenta de que llovía torrencialmente! ¡Mas nunca ha llovido como aquella mañana! Parecía que todas las cataratas del cielo se habían roto. El golpe del agua hacía un ruido unísono, ronco y formidable. ¿Cómo os diría mis tristeza?



El sepulcro de Juárez, el día 18, después de la manifestación.

Profundamente abatida, me arrebujé en mi lecho, me envolví fuertemente la cabeza para no oír aquel aguacero desesperante, y lloré, largamente, inconsolablemente!

RAFAEL SILVA.

Caracas.

El sol y la muerte no se pueden mirar fijos.—LAROCHEFOUCAULD.

Las obras de Salina Cruz.



En otra ocasión nos hemos referido á las obras de defensa y saneamiento del puerto de Salina Cruz que se llevan á cabo por la Compañía Pearson, y que tienden, como se sabe, á hacer del mismo puerto uno de los mejores en las costas del Pacífico.

Los trabajos emprendidos con este propósito, se encuentran muy adelantados, pudiendo asegurarse que dentro de tres años, á lo sumo, habrán quedado concluídos.

Dos de las fotografías que ahora publicamos, representan el rompeolas del Oeste, visto desde el cerro del Faro y desde el muelle de madera. En otro de nuestros grabados, aparece el rompeolas del Este, cuya construcción se comenzó hace poco tiempo, tal como se encuentra en la actualidad.

Además, damos á conocer fotografías de la grúa «Titán» y de la excavación que se está haciendo para cimentar el dique seco. La grúa fué traída expresamente de Gibraltar para substituir á otra conocida con el mismo nombre, que se fué á pique á consecuencia de los fuertes temporales habidos en el Pacífico durante el mes de febrero próximo pasado.

En cuanto á la «Dársena,» llamada de «Monolitos,» que forma parte del proyecto general de las obras, está á la fecha casi terminada.

El bien y el mal, arrojados al mundo, germinan y dan, tarde ó temprano, sus frutos. Muchas veces la generación siguiente es la que viene á recogerlos.

*

La taberna es, para los pobres diablos, lo que suelen ser los salones á la moda para algunos literatos: salones y tabernas empujan igualmente á sus asiduos á la perdición.

*

La política es como las mujeres: se la ama en la juventud porque no se la conoce.

*

La moda es el más activo de los contagios: no necesita de microbios.

*

En la obra de arte lo particular y lo general se confunden; la acción y la idea se compenetran; la vida se trueca en inmortalidad.

*

Todas las causas necesitan mártires.





SALINA CRUZ.—El rompeolas del Oeste, visto desde el Cerro del Faro y desde el muelle de madera.



derecha y á la izquierda del tabernáculo, se encuentran dos candelabros, considerados como verdaderas joyas del arte, y dos estatuas de santos. Pío Centra, invariablemente, asistía á Su Santidad en la ceremonia. Los domingos y los días de fiesta, el Papa, si se encontraba bueno de salud, ofrecía la misa en la capilla que precede al salón del trono, permitiéndose á algunas personas, como una gracia especialísima, que concurrieran á ella oyéndola desde una sala vecina, cuyas puertas permanecían abiertas.

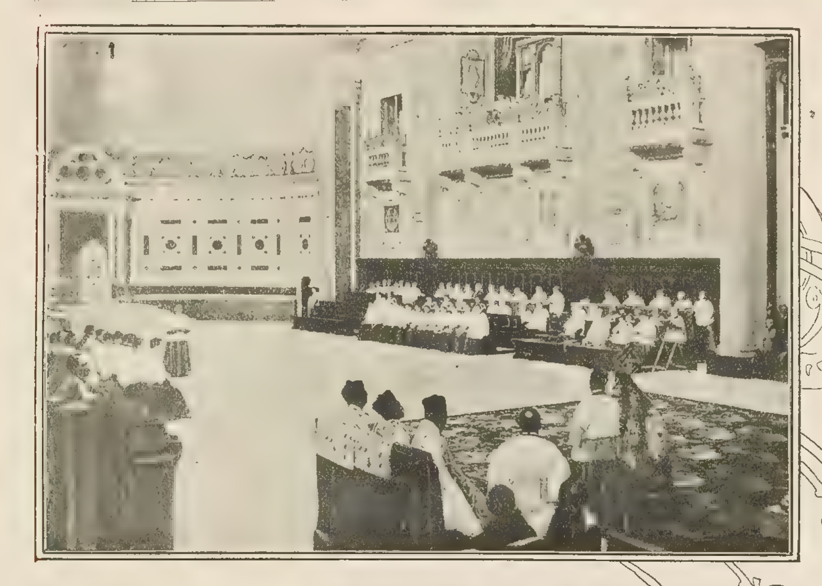
«León XIII, asienta el autor de la obra á que nos referíamos, decía la misa muy lentamente, con profunda piedad y conciencia muy exacta de la grandeza de esta función «temible para los mismos ángeles,» como revela la Iglesia.»

Después de haber celebrado el santo sacrificio, el Papa asistía á otra misa, dicha por un capellán de servicio. Era su acción de gracias.

EL DESAYUNO.

El desayuno de Su Santidad consistía en una taza de chocolate ó café con leche. En los jardines del Vaticano, desde 1888, había constantemente algunas cabras que los carpinetenses regalaron á su ilustre conterráneo, y que proporcionaban la leche necesaria para el alimento del Pontífice. Muchas veces, durante su paseo de cos-

1 á 8. El Papa de paseo: llegada á los jardines; el descanso; entrevista con su sobrino.—9 y10. En la «portentina.»—11. Su Santidad en coche.



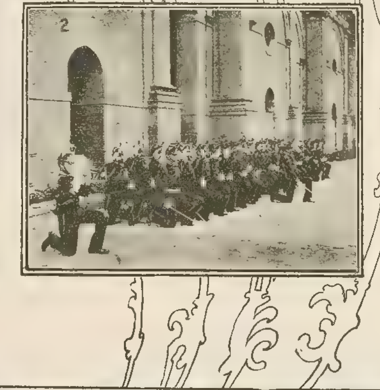
tumbre, León XIII acarició aquellas cabras, y conversó alegremente con el pastor encargado de cuidarlas.

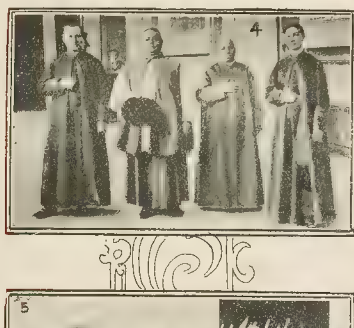
LAS AUDIENCIAS.

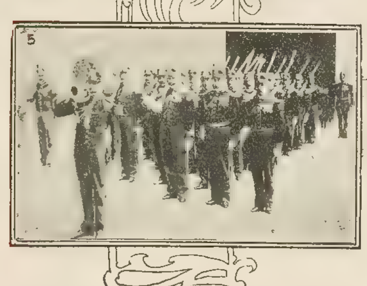
Todos los días, á las ocho de la mañana, el Cardenal Rampolla era recibido por Su Santidad, y después de la entrevista, que duraba más ó menos tiempo, según la importancia de los asuntos tratados, el augusto anciano hacía la corta jira, que tan grata era para él, por los jardines. Hablaba, á veces, con su jardinero, para darle «buenos consejos» en punto á botánica, y, tras un momento de descanso, se dirigía al salón donde regularmente daba audiencia á los dignatarios de la Iglesia y á los particulares que previamente lo hubieran solicitado.

El ceremonial de costumbre en estos casos, es muy curioso: primero, el triple saludo, ó sea uno á la puerta de entrada, otro en medio de la sala y el último á los pies del Papa, á quien se besa la sandalia. Durante la audiencia, el Pontífice permanece sentado y el visitante de pie. Concluída la entrevista, éste, para no dar la espalda al Padre Santo, sale andando hacia atrás, y una vez que desaparece, el Papa ordena la entrada de otra de las personas que esperan verlo, y así sucesivamente hasta que todas ó algunas de ellas, según el caso, han logrado su objeto. Los no católicos, están dispensados de la observancia del ceremonial.

¿Cómo he de hacer?—preguntaba una ocasión al Mayordomo un norteamericano protestante, á quien Su Santidad había concedido una audiencia. El Mayordomo ocurrió al Padre Santo para resolver el punto, y León XIII le dijo: «Decidle que haga como si fuese recibido por el Presidente de la República de los Estados Unidos.»



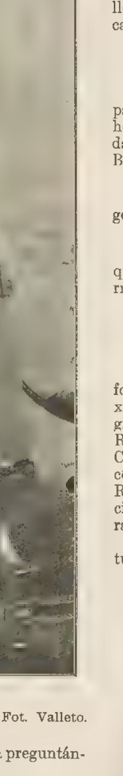




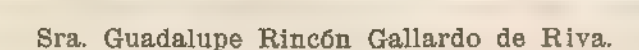


1. Una función pontifical.—2. La guardia palatina al pasar S. S.—3. Oficiales de la Guardia Noble.—4. Maestros de ceremonias del Papa. 5. La escolta del Papa.

Una hora después (eso pasaba en la pesebrera, en donde Silvestre, mi criado, que venía de comprar el cloroformo, le había decidido á acostarse sobre el heno caliente, en el fondo de un gran cajón que iba á ser cámara mortuoria) hacíamos nuestros preparativos que en nada lo inquietaban.



Sra. Guadalupe Rincón Gallardo de Riva.



Fot. Valleto.

Habíamos enrollado una tarjeta de visita en forma de cartucho, como había yo visto hacer á los cirujanos en las ambulancias. El infeliz gato nos miraba con aire confiado y contento, creyendo haber encontrado al fin una cama y una persona que le tuvieran compasión, nuevos amos que lo recogieran.

Yo me había inclinado á hacerle cariños, á pesar del horror á su enfermedad, y había recibido de manos de Silvestre el cartucho de cartón empapado en sustancia mortal. Acariciándolo siempre, traté de hacerlo permacer allí quieto, y de introducirle poco á poco la punta de las narices entre ese cartón adormecedor.

Algo sorprendido al principio, rechazaba con cierto espanto ese olor desconocido; sin embargo, acabó por someterse, de modo tan sumiso, que vacilé en continuar mi obra. El anonadamiento de un ser viviente, tanto como el de un hombre, tiene por qué impresionarnos; cuando pensamos en ello, encontramos siempre el terrible misterio. La muerte trae consigo tanta majestad, que es capaz de engrandecer por un instante, de inesperado modo, las insignificantes escenas, desde que su sombra se halla próxima á aparecer. En aquellos momentos me parecía ser uno de esos magos fúnebres que se abrrogan el derecho de dar á los que sufren lo que ellos juzgan ser la paz suprema, el derecho de abrir á aquellos que no lo han pedido todavía, las puertas de la eterna noche.

Por una vez levantó, para mirarme fijamente, su pobre cabeza, pronto muerta; nuestras miradas se cruzaron; la suya interrogadora, expresiva, con intensidad extrema preguntándome:

—¿Qué me estás haciendo? Tú, en quien he confiado y á quien apenas conozco, ¿qué me estás haciendo?

Yo vacilaba, pero su cuello se dobllegó, su pobre repugnante cabeza se apoyó ahora en mi mano, que no retiré; el aniquilamiento le sobrevino á pesar suyo, y yo esperé á que ya no volviera á mirar.

¡Y, sin embargo, aún me miró una vez! Los gatos, como dice la gente sencilla, tienen siete vidas. En un postrer sobresalto de la vida, se fijó en mí de nuevo, á pesar de su sueño mortal, y parecía haber comprendido ahora todo:

—¡Luego es para matarme decididamente... Y tú lo ves, y yo me dejo ... Es demasiado tarde.... en fin, me duermo....!

En verdad, tuve miedo de haber cometido un error. En este mundo, en donde no sabemos nada de nada, no nos es siquiera permitido tener piedad de una manera inteligente. Su mirada, infinitamente triste, cristalizándose en la muerte, me perseguía como un reproche:

—¿Por qué has llegado á intervenir en mi destino? Sin ti, yo hubiera podido rodar algún tiempo más, vivir, aunque sólo hubiera sido por una semana más. Aún me quedaban bastantes fuerzas para permanecer sobre el poyo de tu ventana, en donde los perros no me atormentaban mucho, en donde no sentía mucho frío. Por las mañanas, sobre todo cuando el sol daba allí, pasaba algunas horas casi soportables, mirando en torno mío el movimiento de la vida, interesándome en las idas y venidas de los otros gatos, en tener aún conciencia de las algunas cosas, mientras que ahora voy á descomponerme para siempre, en qué sé yo que otra cosa que no tendrá recuerdos: ahora «yo no seré más nada.»

Yo he debido pensar, en efecto, que en el último estado de aniquilamiento se desea prolongar la vida por todos los medios, hasta los límites más miserables, prefiriendo cualquier cosa al terror de no ser nada, «de no ser ya!»...

Cuando volví por la tarde á verlo, lo encontré rígido y frío, en la postura del sueño en que lo había dejado. Entonces ordené á Silvestre que cargara el canasto mortuorio y lo llevara lejos de la ciudad, á botarlo en el campo.

PIERRE LOTI.

Todos aman su patria y muy pocos tienen patriotismo. Para amar á la patria basta ser hombre; para ser patriota es preciso ser ciudadano, es decir, tener las virtudes de tal.—BERNARDO DE MONTEAGUDO.

*

El hombre económico tiene tantos enemigos cuanto son los derrochadores.—BENTHAM.

*

Tomad el amor de la misma manera con que el hombre sobrio toma el vino. No emborracharos.—D. MUSOETS.

Nota de Sociedad.

El día 15 del actual, ante una concurrencia formada por lo más selecto de la sociedad mexicana, se efectuó en el templo de Santa Brígida el matrimonio de la señorita Guadalupe Rincón Gallardo con el señor Enrique Riva y Cervantes. El señor General Don Pedro Rincón Gallardo y la señora Dolores Barron de Rincón Gallardo fueron los padrinos de velación, y el señor Don Antonio Riva y la señora Dolores Cervantes de Riva, los de manos.

Concluída la ceremonia, que fué muy suntuosa, los desposados recibieron en el salón anexo al templo, las felicitaciones de sus parientes y de sus amistades. A las seis de la tarde, en la casa del señor General Rincón Gallardo, se verificó el enlace civil.



Sr. Enrique Riva y Cervantes.

Fot. Valleto.

Los regalos hechos á la novia son valiosísimos y muy numerosos.



Las primeras coronas.



La comisión de la Escuela Normal de Señoritas.



Los representantes de los Estados.

En Honor de Juárez.

Solemne Manifestación.

La manifestación que año por año organizan los liberales para honrar la memoria del insigne reformador Benito Juárez, revistió en esta ocasión un lucimiento muy notable, pues aparte de que la concurrencia á la ceremonia oficial que se verificó en San Fernando, era numerosísima, muchos fueron los establecimientos comerciales y particulares que cerraron el 18 sus puertas en señal de duelo.

Antes de las ocho de la mañana comenzaron á reunirse en el portal de la Diputación, las distintas comisiones que debían formar la comitiva: el Comité Patriótico Liberal; los representantes de las Secretarías de Estado y de las Escuelas Profesionales; de la Suprema Corte y del Ayuntamiento; de las Sociedades científicas y mutualistas; de los Estados de la Federación; de los Establecimientos de enseñanza primaria y de otras corporaciones y oficinas que sería largo enumerar.

A esa hora las calles que tenían que recorrer los manifestantes para dirigirse á San Fernando, se encontraban ya henchidas de una multitud ansiosa de presenciar el desfile, siendo muchas las casas que aparecían adornadas con banderas y escudos de diferentes naciones. La comitiva, sujetándose al itinerario previamente acordado, tomó el frente del portal de Mercaderes para seguir por Plateros hasta la glorieta de Carlos IV, y de allí hasta el lugar en que se levantaban las tribunas destinadas al Sr. Presidente de la República, á sus Secretarios, á la familia del Sr. Juárez y á las demás personas invitadas. Apoyando la cabeza en la glorieta referida, se encontraba una brigada de las tres armas, dispuesta para hacer los honores al Sr. General Díaz.

Al llegar á San Fernando los últimos grupos que formaban en la comitiva, se escuchó un toque de atención, y la marcha de honor que batían las bandas, y el Himno Nacional, anunciaron la presencia en aquel sitio, del Sr. Presidente. Acto continuo el Primer Magistrado tomó asiento en el lugar de honor, dando principio la ceremonia con una pieza de música que ejecutó la banda de Zapadores.

La parte literaria estuvo encomendada á los Sres. Lic. Rodolfo Reyes, José Pallares y Manuel H. San Juan. El primero pronunció un discurso que fué aplaudido por los concurrentes, y el último recitó una poesía llena de valientes arranques y muy inspirada.

Seguido de los Sres Secretarios de Relaciones, Gobernación, Guerra, Comunicaciones, Justicia y Fomento, el Sr. General Díaz se dirigió después al interior del Panteón para depositar ante la tumba del Benemérito, una hermosa corona de flores naturales. Los Sres. Ministros depositaron en seguida las suyas, y poco á poco las ofrendas que las diversas agrupaciones y los particulares llevaron á la capilla, fueron cubriendo el monumento y la columnata, hasta hacer que éstos desaparecieran bajo una capa de palmas y de flores.

Entre las coronas que llamaron la atención, se contaban la de la Colonia Francesa, formada con gardenias, azaleas y crisántemos; la de la Colonia Española, atada con grandes lazos rojo y gualda; la de las Zonas Militares; la de la Dirección General de Correos; las de los Gobiernos de los Estados; la del Colegio Militar y la del Casino Nacional. Hubo, además, otras muy artísticas y valiosas.

Poco antes de mediodía se permitió al público la entrada al Panteón, y de esa hora en adelante, fué incalculable el número de personas que visitaron el lugar. La guardia de honor, por turnos, quedó á cargo de un grupo de jefes de alta graduación del ejército.

Por la noche, en la Cámara de Diputados, se efectuó la instalación de la Delegación Nacional, reunida con objeto de preparar las fiestas con que deba celebrarse en 1906, el centenario del natalicio del ilustre hijo de Guelatao. La Mesa Directiva quedó formada así: Presidentes honorarios, Sr. General don Porfirio Díaz y Sres. Licenciados don Ignacio

EL ALMUERZO

Poco después de medio día, Su Santidad almorzaba caldo, huevos y carne; esto era todo. Solía tomar, además, una copa de burdeos y un poco de ensalada, que ordenaba se le condimentara burlando la vigilancia del Doctor Lapponi, que se la tenía prohibida. Ultimamente, el Papa almorzaba siempre solo, pues raras veces lo acompañaba á la mesa su Secretario particular ú otra persona. La costumbre que en otras épocas existió de servir un almuerzo para doce de los dignatarios más notables, después de servir el del Papa, quedó no hace mucho tiempo suprimida.

EL PASEO EN COCHE

Tras una corta siesta, los «sediarii» conducían á León XIII en una silla de manos («portentina») hasta las rejas del Vaticano ó la puerta de Pablo V, donde, por lo regular, lo esperaba su coche.

El cortejo pontifical que acompañaba á Su Santidad, se componía de dos guardias suizos, con la alabarda en el hombro; dos guardias nobles y un camarero. El Papa, con su séquito, atravesaba generalmente las salas de Rafael, las galerías de los mapas geográficos, el salón de las tapicerías y el de los candelabros, para bajar por la gran escalera del Museo hasta la entrada de los jardines. Durante su paseo en coche, iba siempre escoltado por guardias nobles á caballo. Este paseo, ordinariamente, duraba dos horas que el Padre Santo empleaba en leer su breviario ó en conversar con las personas de su séquito. La hermosa calle cercada con plátanos y con encinas que va de la puerta angélica á la puerta «cavalleggeri,» fué la preferida del Papa para su paseo ordinario.

EL GABINETE DE TRABAJO

El despachode Su Santidad era sencillísimo: un cuarto amueblado con algunas sillas forradas de tela roja, y un escritorio «ministro.» Al frente de éste un sillón y una pequeña mesa con cubierta de terciopelo verde. En el despacho, casi siempre, se veía una jaula con pájaros cuyo canto constituía la única nota alegre de aquel severo cuadro.

LAS GUARDIAS.—LA FAMILIA PONTIFICIA

Para terminar, agregaremos algunos apuntes relativos á los guardias del Vaticano y á la familia pontificia.

La Guardia Noble se compone de un coronel, un teniente, un subteniente, ocho «exentos,» un «exento» con función de Ayudante, ocho «segundos,» un «segundo» con función de ayudante, cuarenta y ocho guardias, un furriel, un escudero, cuatro clarines, un maestro de armas y un almacenista. Para pertenecer á esta guardia, es preciso, además de poseer un capital de 20,000 francos, como mínimum, presentar un título de nobleza reconocido de setenta años atrás por la Corte pontificia.

La guardia suiza reside en un cuartel anexo al Vaticano y está especialmente encargada de vigilar las salidas y corredores del Palacio Pontificio. Su institución data del Papa Julio II, y el dibujo de los uniformes que lleva, es obra de Rafael. El personal consta, aproximadamente, de cien hombres.

Completan el «Ejército Pontificio,» los individuos de la Guardia Palatina y los Gendarmes del Vaticano.

***

La familia pontificia la componen: 1º Los Cardenales Palatinos, llamados así porque habitan en el Palacio Pontifical.—2º Los Prelados Palatinos.—3º Nueve camareros secretos de Su Santidad.—4º Un sacristán, confesor del Papa.—5º Un Secretario de la Congregación del Ceremonial.—6º Los Prelados de la Casa de Su Santidad. Esta comprende diversos colegios; entre otros, el de Prelados asistentes al trono y el de los protonotarios apostólicos.

Además, figuran como miembros de la Familia Pontificia un gran número de camareros, el Estado Mayor y los Oficiales Superiores de la Guardia Noble y de la Palatina y los familiares.

Por separado, publicamos un grupo que representa á los miembros de la familia Pecci que vivían en 1867, y una vista del interior de la Basílica de San Pedro, donde estuvo expuesto el cadáver de Su Santidad el jueves último.



1. Interior de la Capilla Sixtina.—2. Ayuda de cámara del Papa.—3. Un secretario.—4. Caballerizo de S. S. 5. León XIII y su Corte íntima.



DIAS DE ROMA.

El Coliseo.—Las Catacumbas.

Cuando iba á escribir su Ifigenia, Gœthe estuvo largo tiempo estudiando en estampas las obras maestras de la escultura griega; es buena receta ésta y lo prueba que vista á distancia la tragedia del maestro de Wéimar, se antoja hecha por Eurípides, sin parecer, sin embargo, un remedo (¿cómo se dice «pastiche» en castellano?). Pero es muy difícil, imposible quizás, substituir ese promedio de estados de alma que se llama «el espíritu moderno» con el equivalente antiguo; hundirse á fondo en la literatura de una época, aproxima algo, ¿pero quién se hunde así? Yo creo que el caso es rarísimo, sobre todo cuando se trata de poetas, ¿quién que no sea francés, inglés ó español, puede creer que de veras penetra en el alma de la poesía española, francesa ó inglesa? Los poetas no se traducirán nunca, por eso; un elemento irreductible, intraducible se escapará eternamente á la versión. En cuanto á explicarlos, ya es otra cosa; no hablo de Víctor Hugo ó Emilio Castelar explicando á Shakespeare y á Byron, porque aunque los poetas poseen intuiciones maravillosas para comprender á los poetas, por regla general tienden á identificarse con ellos y los deforman espléndidamente, y es el caso de Hugo y Castelar. Taine, Menéndez y Pelayo, que son artistas, pero que son estudiantes, que sienten, pero que conocen el método, analizan mejor á los poetas exóticos. Pero no se trata de eso, se trata de convertirse en ellos; y para la empresa que apuntaba al principio, de substituir á nuestra alma individual la colectiva de un tiempo lejano, valen más las artes de forma visible, palpable, transformable, las plásticas: pinturas, estatuas, relieves, monumentos.... Yo habría querido sentir como los romanos sentían; ¿pero cómo, sin preparación bastante, sin tiempo suficiente? Lo que hacía era graduar un poco para prevenirme mejor, sin atender á cronologías, sino á la importancia creciente de obras de carácter determinado.

Por supuesto que estoy contando una fábula: no hice esto; el primer día que estuve en Roma me fuí á ver el Coliseo, me harté de él los ojos; pero cuando volví, la última vez, sobre todo, puse en planta mi sistema: lentamente me dirigí á él desde el Foro: Araluce me acompañaba y quise que tuviese conciencia de la conciencia que tenían los romanos de su grandeza y su fuerza: éste es el fondo del alma romana; el romano luchó por ser fuerte, se sintió fuerte luego y trasmutó su fuerza en grandeza al cabo; y no sólo la fuerza física que depende del ejercicio, sino la que dimana de la voluntad y se trasmuta en fuerza moral («virtus»), ésta, sobre todo, la que tiene al carácter por músculo y por arma. Esta fuerza moral romana, fué su don de mando, cada vez más penetrado de razón; el «jus» transformado en jurisprudencia... Y me callo á tiempo, esto va volviéndose disertación de escuela de derecho....

El Coliseo es el sello de la grandeza romana; el alma romana se sintió traducida en aquel monumento imperial: grande, dura, orgullosa, profundamente despreciadora del dolor ajeno: cuando se hizo humana, cuando se hizo cristiana, se disolvió y se trasmutó; fué cuando el «Forum» se convirtió en el «campo vaccino» y el Capitolium en «campidoglio»: mejor para el mundo, pero su alma histórica había muerto....

***

Vagar y divagar en las ruinas del Foro, dejar venir lentamente del fondo de los siglos bajo la triple nave de la formidable basílica que Constantino le robó á Macencio, un sentimiento inexpresable de admiración y sumisión; poner nuestra alma en contacto con la penumbra de los tiempos muertos, subiendo por el borde de la hondonada del Foro al arco de Tito, acorazado hasta hace un siglo con los restos de la fortificación que en él habían apoyado los terribles señores bandidos medioevales y ahí detenerse, para recibir un baño de suprema melancolía, no sé qué bocanada de tristezas y nostalgias que vienen de muy lejos, de muchas tumbas sin cruz, sin nombre, sin muertos.... Es el mismo efecto, en el orden subjetivo, que produce el acercar al oído un caracol para percibir el ruido lejano de la mar, el caracol es un fonógrafo del océano; así, aquí, se oyen las tumbas del mar de las edades. [Este cliché viene también del fondo de la retórica.]

Luego se baja al arco triple de Constantino, tan censurado y tan hermoso, y se desciende al salir, á un sitio centrado por un cono medio deshecho, ruina de la gran fuente en que se lavaban los gladiadores sudorosos «meta sudans»....

Largo rato hace que venimos viendo el Coliseo; siempre produce la misma impresión aplastante, lo mismo cuando se le ve de golpe viniendo en «vettura», entrando en la depresión en que se yergue y corriendo á todo galope de los incansables jamelgos romanos en torno de la circunferencia exterior del edificio (más de medio kilómetro) que bajando á él á pie y lentamente para enfocarlo bien.

Está en una depresión; parece que con su masa ha hundido el suelo.... Más allá de los bordes de tierra, se ven jardines, casas, templos, el arco de Constantino.... Sabemos bien lo que allí hubo: las termas de Trajano, el doble templo de Roma y Venus, unidos por los ábsides (por el lado del Coliseo se entraba al de Venus, allí estaba frente á él, el coloso de Nerón.... nieto de la dama. Nerón, como sabéis, era descendiente de Venus; porque la familia de Julio César descendía de Eneas, hijo de Venus, y Nerón descendía de Augusto, sobrino de César, por su madre Agripina (hermana de Calígula, y.... no leáis á Suetonio) por su abuela Agripina [la mujer de Germánico, era éste un excelente muchacho, ¡pero qué sangre, Dios mío, qué sangre!] y por su bisabuela Iulia: una verdadera sacerdotisa de Venus la señora esta....

El Coliseo tiene un color singular; tiene color de olla puesta frecuentemente á la lumbre; alguna vez, al sol pleno, parece color de sangre lavada y restregada; por una gran porción de su circunferencia, el Coliseo es elíptico, pero á primera vista parece redondo; perdió ha tiempo su parte superior que al derrumbarse ha irregularizado artísticamente las líneas del contorno. Pero hay un lado, donde los restauradores han realizado una no escasa labor, en que se puede medir completo en altura el edificio, tal como ra. Cuatro pisos, de arcos superpuestos, excepto el más alto en donde los claros son cuadrilongos entre pilastras; los tres inferiores ornados de columnas un poco empotradas en los muros; en ellas del dórico al jónico y al corintio, se asciende por los tres órdenes clásicos; un arquitecto griego se habría escandalizado, por supuesto, de esta triple serie de columnas puramente ornamentales, que no sostienen nada. La ventaja de no ser arquitecto griego es inmensa, la comprendo en este instante en que me encanta tamaña heregía académica... Inútil decir que las estatuas que brillaban bajo las arcadas, brillan ahora por su ausencia; ó sirvieron para romper las cabezas de los bárbaros, ó los bárbaros les rompieron las cabezas, ó ya en tiempos más cultos fueron destinadas á los hornos de cal, por otros bárbaros más bárbaros que toda la barbarie junta.

Porque habréis de saber que esta enorme mole, varias ocasiones incendiada y quebrantada profundamente por los terremotos, una vez que las luchas de gladiadores cesaron y luego terminaron las de fieras, sirvió en parte de fortaleza como todos los monumentos romanos á los terribles nobles que se disputaban los jirones de la ciudad eterna para ser dueños de los papas, y

casi todas las graderías interiores y parte del exterior, quedaron convertidas en una masa de escombros, en un gigantesco escombro el edificio entero; se llegó á olvidar su objeto preciso, algunos supusieron que estaba cubierto por una techumbre cónica.

Y empezó su explotación secular como cantera; hasta que por fortuna, un gran papa culto, Benedicto XIV, después de mediar el siglo XVIII, lo consagró como un templo á los mártires y poco á poco quedó limpio, en parte restaurado y sus fragmentos sostenidos con altísimos taludes de ladrillo que, feos como son, serán perdonados en gracia de la intención.

***

Entramos después de besar yo piadosamente la lápida de consagración (con ese beso se obtienen largas indulgencias, largos perdones:—lo que es imperdonable, me decía Deffis, es que bese usted esa piedra en que han dejado sus microbios los labios de dos millones de peregrinos; es verdad, pero yo soy en el fondo muy pueblo, muy peregrino). Un sol débil, un sol de decadencia, un sol sin color, nos entibiaba á través de los espesos sobretodos.... Nada se nos figuró, nada pudimos evocar, no vimos ni á los mártires, ni á las fieras, ni á los grupos de orantes rodeados de muerte, ni á los gladiadores, desnudos ó vestidos de hierro, luchando con lanzas, con espadas, con tridentes... No vimos nada: allí estaba la «logia» imperial, no nos fué dado reconstruirla, allí, la de las Vestales, imposible de figurárnosla. En ese cráter que parecía destrozado por verdaderos ciclones de delirio homicida, no acertamos á figurarnos la lava en ebullición de las multitudes....

Bajamos á la arena, el guía nos explicó cómo se convertía aquel recinto en estanque para las naumaquias sin inundar todas las oficinas bajas del anfiteatro, los cubiles de las fieras formados de enormes bloques comunicados ingeniosamente con las bocas de salida al nivel de la arena, y los espoliarios, y todo ello sin estar herméticamente cerrado, y no lo entendimos. Vimos el suelo surcado por varias fosas de donde surgían las máquinas y las decoraciones para los espectáculos, formidables tramoyas para farsas generalmente trágicas, que hacían la delicia de sesenta mil espectadores, enfurecidos por la tensión nerviosa, por el olor de la carne humana revuelta con la animal, por el olor de la sangre. [Y azorémonos ahora de los emperadores aztecas sacrificando millares de víctimas, monótona y ritualmente, hasta apestar una ciudad entera de vapor de sangre y enfermarse y morir cansados de arrancar corazones: claro que eran animales feroces y claro que lo era también el cantor de las rapsodias homéricas que á través de su lente de esmeralda, atisbaba la agonía de las víctimas y las victorias frenéticas de los leones sobre las frágiles y dulces muchachas arrancadas á las catacumbas.]

***

No vi nada; vi allá arriba, en el piso más alto del Coliseo, á unos peregrinos mejicanos (oajaqueños), que me reconocieron, me saludaron, me abrazaron y yo les he de haber recordado á Chilam-Balam, sacerdote maya, y ellos me trajeron á la memoria á Ahuizotl, emperador azteca. No, ni ellos ni yo, agregábamos líneas estéticas á aquel cuadro grandioso y que nos parecía mudo porque no entendíamos su lengua.... Como que hablaba latín....

Cuando vino el crepúsculo, la sombra, la noche, sin estrellas, sin luz azul y misteriosa, aquello tomó, toma forzosamente aun á los ojos menos habituados al sortilegio de las evocaciones, que no son más que la objetivación (!) de la visión interior, un aspecto fantástico y temeroso por extremo; dan ganas de marcharse. El guía retiene explicando las líneas de arcadas sosteniendo las graderías, las zonas de graderías separadas por muros exuberantemente decorados; el sitio de los emperadores y las Vestales y los senadores y la guardia, el de los empleados y gentes distinguidas, y allá arriba, junto al muro hoy parado y vacío, al pie de los marinos que cuidaban de tender los velarios, el pueblo, la plebe, los «pelados,» «pilluti,» que decían los romanos, y entonces sí hierven y viven todos aquellos huecos carcomidos, desquebrajados, rotos, rellenos de sombra y de sombras ... El Dante que, busto de náufrago entre las olas negras ó barquero siniestro en el mar del dolor, dibuja su figura en todas las tragedias de las cosas ó de las almas, Dante debe de haber visto aquí en escorzo sus círculos infernales; no les falta ni la gran brecha trazada por el paso del Cristo que vino del sepulcro para libertar las almas de los que en él habían creído antes de él.... Una lava más negra que lo negro, más obscura que la muerte, subía á borbollones del fondo de esas fosas.... De sus olas espesas emergían las escalas de luz por donde subían y bajaban los ángeles ante los ojos estáticos de horror y de fe, de los mártires cuyo fanatismo fué la levadura del mundo nuevo...

***

Las catacumbas se pueden visitar de tarde, muy tarde, no importa, allí siempre es de noche. Cuando hice mi primera visita, el frío, la lluvia, la bruma, hacían de la Vía Appia, á cuya vera existen las minas sepulcrales, un vestíbulo admirablemente acorde con el dédalo nocturno en que íbamos á hundirnos. Nuestros coches abrían un verdadero túnel en la glacial densidad de la lluvia de átomos de nieve, de la niebla crepuscular; los mármoles de la Vía Appia que desfilaban á nuestro lado, esfumados los contornos, adquirían vaguedades fantásticas de ensueño. Paró el carruaje, bajó el guía, sacamos con trabajo la cabeza y en pos de las narices congeladas, la vista empañada y acertamos á ver á nuestra izquierda la silueta borrosa de una capilla, triste, desnuda, cualquiera, sola. En el friso leímos: «Quo vadis Dómine.» Bajamos llenos de sorpresa, de emoción; estuvimos allí algunos minutos parados, silenciosos, ¿qué era? ¿qué veíamos? nada ó casi nada. Todo el poema de Sinkiewicz, que era ya popular, que todos habíamos leído y releído, invadió nuestros recuerdos y sentíamos su vida, su pasión y su color girar en torno nuestro: el apóstol fugitivo, el fantasma del Maestro, la aterradora dulzura del reproche... Todo lo revimos en un relámpago y con la certeza de esa visión seguimos nuestro camino, más silenciosos, más ateridos, más tristes...

Yo tengo una porción de certezas absurdas que forman una especie de decoración obligada de mi poca filosofía y de mi escasa ciencia; son bastidores pálidos, borrados, raídos de mi teatro interior, un teatro incendiado varias veces; pero los vetustos y carcomidos telones allí están, ni modo de evitarlos, ni modo de destruirlos, ni modo de retocarlos... Esto lo he intentado varias veces, han resultado pintarrajeados, ridículos... Uno de estos forillos, como dicen los escenógrafos, es la convicción de que he visto, de que he vivido ciertas épocas históricas, me son familiares; cuando he leído narraciones y descripciones de algunos de los episodios que constituyen su trama, no me parece que me informo, sino que recuerdo, recuerdo los detalles que leo y otros que no leo, sino que evoco; naturalmente el tino con que he escogido involuntariamente mis reencarnaciones retrospectivas, revelan mi temperamento psicológico [¡si no habré dicho una tontería!]: yo he navegado con los fenicios en busca de la Atlántida; he visto cantar á Sófocles, blondo adolescente desnudo y bello, el peán de la victoria de Salamina; he asistido á las tragedias del cristianismo naciente ¿era yo cristiano? ¡Ay! no; estaba entre los de Nerón y Domiciano, por miedoso; he sido un monje español, y he sido reformista en Alemania y revolucionario en Francia, pero ya estos avatares son un poco escogidos por mí desde ahora, son actitudes, no respondo de ellos. Creo que á todos sucedería lo mismo y no me explico de otro modo por qué estudiando ciertos períodos históricos se sufre tanto, tanto, ó se goza tan apasionadamente....

***

Habíamos llegado á las catacumbas de San Sebastián. Las catacumbas [este nombre se comenzó á usar en los siglos del cristianismo triunfante, el nombre genérico de «cementerio» es el usado por los cristianos primitivos] son excavaciones hechas en el subsuelo de la campiña romana, principalmente por los cristianos de los tres primeros siglos. El terreno se prestaba; el culto de los muertos, forma de toda religión naciente, expresión genuina del sentimiento religioso primordial en la humanidad de las edades prehistóricas, exigía á los adeptos del Cristo conservar sus muertos y más cuando éstos en sus lechos de tierra, debían esperar, según la creencia, en la resurrección de la carne, el supremo día de la justicia; esta fe, este dogma, bastaba para obligar á los cristianos á no incinerar, sino á inhumar. Y los inhumados solían ser las víctimas de la intermitente, pero á veces feroz persecución de las autoridades imperiales; los restos recogidos al apagarse las antorchas vivas, ó desatados de las cruces, ó extraídos al pie del tajo de los sacos de los verdugos ó piadosamente reclamados en los espoliarios de los circos y de los anfiteatros, allí, en las paredes de aquellas minas fúnebres, se depositaban en nichos, no profundos, para esconder los cuerpos como en los camposantos de los tiempos posteriores, sino á lo largo de los muros, sino superficiales, para tenerlos más cerca, para hacer más material, digámoslo así, la perpetua comunión de los vivos y los muertos, que fué la prodigiosa fuerza moral de la religión naciente.

Creyóse antes que éstas eran inmensas canteras abandonadas, utilizadas luego por los cristianos; los trabajos estupendos de Rossi han demostrado hasta la evidencia que esto no era cierto: un cristiano ó cristiana rica compraba al borde de la Vía un cementerio, erigía su mausoleo rodeado de un jardín, le pertenecía el subsuelo; en él daba abrigo á sus correligionarios que cavaban, cavaban... Luego los subterráneos se unían y á éstos otros, los que se abrían bajo los terrenos adquiridos por las asociaciones de pobres para enterrar sus muertos [únicas que el imperio permitía], y así se iba formando esta estupenda ciudad de la muerte, de donde, como en los mitos eleusinos, iba á brotar la flor de la vida nueva. Cuando un subterráneo no podía contener más muertos, se rellenaba de nuevo con la tierra que se extraía de otros; algunas veces, cuando contenía sepulturas de los grandes mártires confesores, se convertía en templo; en salas hondísimas á veces, porque las catacumbas son pisos superpuestos de pasadizos, se erigía el altar de las tumbas, allí oficiaba el más viejo, el presbítero, como decían los griegos, ó el inspector, el jefe de la comunidad, el epíscopos, el papa, como decían también los griegos; él presidía las ágapas, los banquetes frugales del pan y el vino, en memoria de la última cena, y generalmente aquélla era también la cena postrera; en la noche perenne de las catacumbas se decían todos adiós, se daban el beso de paz, el anciano dirigía al cielo sus preces pidiendo fe y valor para aquellas almas ardientes y trémulas; luego extendía sobre ellos las manos y luego, á la luz de las lámparas de arcilla, todos se separaban, el santuario de sombra quedaba solo.... Al día siguiente la reunión se renovaba en torno del hermano, de los hermanos envueltos en sus sudarios y piadosamente reclamados en los espoliarios de los circos....

La policía imperial conocía perfectamente bien estos antros, y á ciencia y paciencia suya se hicieron; generalmente el respeto profundo del romano á la muerte, los alejaba de ellos; alguna vez, como en los tiempos cruelísimos de Decio, bajaron allí los esbirros, mataron, emparedaron, arrancaron á los fieles de sus tumbas. La planta no podía arrancarse ya; sus raíces llenaban el mundo.

***

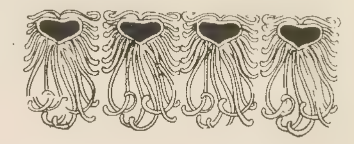
Visitamos la iglesia de este santo, el más popular quizás en la leyenda de oro y púrpura de los primeros martirologios, que los pintores y escultores cuatro ó cinco artistas convirtieron en un tema obligado, en una academia. (He visto muchos San Sebastianes en Italia; ninguno me ha gustado tanto como el del Sódoma en los Uffizi, es la expresión más patética del dolor físico que nos ha dejado el pincel del Renacimiento). El monjecillo sacristán nos repartió unas cuantas cerillas, las encendió y bajamos; cada negro pasadizo de sombra y humedad parecía un peldaño de una escalera de laberintos que iba á parar al centro de la tierra; todo estrecho, sofocante y triste con una tristeza inmensa; parece que se ha dejado una vida para entrar en otra. Nichos vacíos, ménsulas en que se colocaban las lámparas de arcilla, poca cosa en conjunto.

Y, sin embargo, ésta fué la verdadera catacumba primitiva, aquí, una vez triunfante el cristianismo, se aglomeraban los peregrinos; pero tras las invasiones que destruyeron á Roma y cercenaron terriblemente su población, vino el abandono y el empantanamiento de la campiña romana; las bandas de forajidos eligieron las catacumbas por madrigueras y las habrían despojado por completo, si los papas no se hubieran apresurado á sacar los restos de los santos venerados ya, y de muchos anónimos para repartirlos en los templos de Roma y de Italia. Ya nada queda aquí, nada más que un recuerdo inmenso.... Hace esto la impresión de un viaje al cristianismo naciente, penetra uno en sus entrañas, se acerca á las palpitaciones de su corazón, á las que ya se extinguieron también, y aquí reviven: cuántas sombras, cuántas naves se perciben aquí, cuántas cabezas inclinadas ante las tumbas convertidas en aras santas, cuánto murmurio de cánticos furtivos, de oraciones en que aleteaba una esperanza infinita.... ¡Cuántos luchadores por el Ideal! Esto es lo que hace sagradas y benditas las catacumbas, por esto se besan con tan profunda emoción las reliquias de las lámparas de arcilla......

***

En San Calixto, el gran cementerio descubierto y estudiado por Rossi, abundan las inscripciones, los vestigios del primitivo arte cristiano, que es el arte pagano purificado por el aliento de las almas renovadas; todo está aquí lleno de símbolos, de jeroglíficos, de inscripciones y los mismos caminos, los mismos laberintos, las mismas sombras, á pesar de las lumbreras ó claraboyas que tragan un poco de luz exterior.... A mi compañero y á mí, nuestro guía nos hablaba mal de San Calixto, un papa singular, banquero y de malas costumbres el guardián de este cementerio, nos decía. Yo no lo escuchaba, á mí no me importaba que no hubiese en las catacumbas ni cruces (sólo dos me parece) ni mucho menos crucifijos. Aquí la imagen de Cristo simbolizada por los Orfeos y los Buenpastores es la del Cristo triunfante; estos mártires, estos supliciados, no tenían ante los ojos el dolor, sino la resurrección y la gloria; por eso vencieron. El alma cristiana, el grano de sal que había de sanificar la tierra, esta aquí representada frecuentemente en esa mujer que reza, «la orante.»

JUSTO SIERRA.





Excmo. Sr. D. Joaquín Walker Martínez.

NUEVO MINISTRO DE CHILE.

En días pasados se recibió en los círculos diplomáticos la noticia de que el Gobierno de Chile había nombrado al Excelentísimo señor Don Joaquín Wálker Martínez, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de aquel país en nuestra República.

El señor Wálker Martínez, que desempeña actualmente el mismo elevado cargo ante el Gobierno de la Casa Blanca, es ya conocido en México, pues con la investidura de Delegado á la 2ª Conferencia Internacional Americana, permaneció entre nosotros durante algunos meses. En su país natal, el señor Martínez ha ocupado puestos tan importantes como el de Ministro del Gabinete y el de Diputado á la Asamblea General Legislativa.

La recepción del nuevo Representante de Chile por el señor Presidente de la República, se efectuó el jueves último, á las doce del día, con el ceremonial acostumbrado.

La muerte de "Juvenal."

De una manera repentina murió en México, el 16 del corriente, el señor Profesor Enrique Chávarri, periodista que, bajo el seudónimo de «Juvenal,» colaboró durante su larga vida de escritor, en las principales publicaciones de la Metrópoli.

«Juvenal» comenzó su carrera en «El Monitor Republicano,» dándose allí á conocer con sus famosas «Charlas dominicales,» como uno de los primeros escritores festivos del país. Sus artículos se leyeron siempre con gusto, y la serie de ellos, que formaría, si se coleccionaran, un grueso volumen, constituye indudablemente su obra mejor y más celebrada.

En los últimos años, el señor Chávarri escribió para el «Méxican Hérald,» primero, y después para «El Imparcial.»

La muerte del viejo periodista ha sido generalmente sentida.

UN GATO SARNOSO.

Un gato viejo, sarnoso, echado de la casa por sus dueños, se había establecido en la calle, en la acera de nuestra casa, en donde un rayo de sol de noviembre podía calentarlo aún. Es costumbre de algunas personas de piedad egoísta, de enviar así á perder, lo más lejos posible, á los animales á quienes no quieren ni cuidar ni ver sufrir.

Todo el día lo pasaba lastimosamente sentado en el marco de alguna ventana, con el aspecto más desgraciado y humilde. Objeto de disgusto para los que pasaban, amenazado por los muchachos, por los perros, en peligro perpetuo, más enfermo hora por hora, viviendo sabe Dios con qué despojos recogidos penosamente en el caño, arrastraba allí solo su vida, prolongándola como podía, esforzándose para retardar la muerte. Su pobre cabeza estaba corroída de sarna, llena de costras y casi sin pelo; pero sus ojos, todavía hermosos, parecían pensar profundamente.

Debía sentir en toda su espantosa amargura el sufrimiento, el último de todos, de no poder hacerse su «toilette,» alisarse la piel ni peinarse, como hacen los gatos con tanto cuidado.

¡Hacerse su «toilette!» Yo creo que para los animales, así como para los hombres, es ésa una de las distracciones más necesarias de la vida. Los muy pobres, los muy enfermos, los muy decrépitos, que á ciertas horas se componen un poco, y tratan de arreglarse todavía, no lo han perdido todo en la vida. Pero no cuidar más de su finura, porque ya no hay verdaderamente nada más que hacer antes de la podredumbre final, me ha parecido siempre el último grado de todo, la miseria suprema. ¡Ah de los viejos mendigos que ya tienen, antes de la muerte, tierra é inmundicias en la cara, de los seres carcomidos por lepra visible que ya no pueden lavarse, de los animales sarnosos que no inspiran ya ni piedad!

Me daba tanta lástima ver ese gato abandonado, que después de haberle mandado de comer á la calle, llegué un día á aproximármele y á hablarle cariñosamente. Yo sé que los animales llegan muy bien á comprender las buenas palabras, y encuentran en ellas consuelo y esperanza. Por la experiencia de ser siempre maltratado, tuvo al principio miedo de verme detener cerca de él; su primera mirada fué de desconfianza, llena de reproches y de súplicas.

—¿También usted viene á echarme de este último rincón de sol?

Pero comprendiendo pronto que yo me le había acercado por simpatía, y sorprendido de tan buena fortuna, me dió su buena y cordial respuesta de gato.

Trrr! Trrr! Trrr!, levantándose por cortesía y aun tratando de hacer todavía el arco, á pesar de sus úlceras, en la esperanza de que quizás yo llegaría á hacerle alguna caricia.

No, mi piedad, única en el mundo que existía para él, no llegaba hasta allá. El placer de ser acariciado no volvería á experimentarlo jamás. En compensación, se me ocurrió quitarle la vida inmediatamente, con mi propia mano y de una manera casi agradable.



Sr. Enrique Chávarri (Juvenal).

El Mundo Ilustrado

Año X—Tomo II—Núm. 5 | México, Agosto 2 de 1903. | Subscripción mensual foránea $1.50 Idem, Idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. | Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Funerales de León XIII.

CONDUCCIÓN DEL CADÁVER AL LÓCULO EN QUE FUÉ DEPOSITADO.

Dibujo de Alcalde.

EL SUICIDIO SUPREMO.

MANUSCRITO ENCONTRADO EN LA CALLE.

Puedo asegurarlo: no he sido un favorito de la suerte; pero, con todo, no puedo decir que ésta me haya desheredado por completo. Es triste haber perdido el padre á los siete años; es triste que la madre de uno esté internada en una casa de salud. Esto es lo que menoscaba la vida mía. Pero, por otra parte, es cosa agradable y buena poseer bastante fortuna para no tener que hacer nada, bastante independencia para ir adonde uno quiera y en el momento que quiera.... Me parece que nunca habría yo podido trabajar, ganar dinero. Es cierto que tengo suficiente inteligencia; así lo creo, por lo menos, porque siempre he comprendido rápidamente lo que oía enunciar ó explicar, y porque percibo, inmediatamente también, el vicio de los razonamientos, la imperfección de las combinaciones. Sólo que nunca he podido hacer el menor esfuerzo intelectual continuo, nunca he podido decidirme á profundizar alguna ciencia, á aprender algún arte. Todo esto me ha sido siempre indiferente, en un grado increíble; hasta cuando era niño, cuando estaba en la escuela, la aplicación de mis camaradas estudiosos me parecía una cosa risible, trivial.... Siempre estaban ellos antes que yo en los concursos, aunque no se ocultaba á mis ojos que ellos eran mucho más torpes que yo, como se lo probaba siempre que era oportuno.

Como mi padre me ha dejado catorce mil francos de renta, estoy á cubierto de necesidades, y dispensado de la obligación de trabajar. El placer de no hacer nada, en medio de la agitación ridícula de mis contemporáneos, bastó para hacerme distraída la vida hasta los veinticinco años. Todas las mañanas me despertaba pensando: «Un día más que voy á poder perder á mi gusto. Mientras todo el mundo se agite y se afane á mi alrededor, yo seré un ser privilegiado, para el cual trabaja todo el mundo.» Y pasaba el día ocupado en probarme á mí mismo mi inutilidad y mi independencia, haciendo cosas sin objeto, viajes á lugares donde nadie me llamaba; me divertía también el trabajo ajeno, y pasaba horas enteras observando á los peones qué cargan los botes á lo largo del Sena. A fuerza de mirarlos, mi inactividad me causaba un goce agudo....

Un día, recuerdo exactamente la fecha: era el 5 de mayo de 1890, al despertar de mi corta siesta, sentí que algo se había roto dentro de mí; era, sin duda alguna, el débil resorte que hasta entonces me había hecho andar, obrar en medio de los hombres. Me asaltó un intenso hastío por ese poco de movimiento, de acción, que subsistían aún en mi vida, por el solo hecho de que yo vivía; me consideré tan ridículo, tan digno de lástima, como todas las hormigas humanas cuyo atosigamiento provocaba, el día antes, mi compasión ó mi risa. Comer, dormir, andar, vestirse, desvestirse, tomar coches, comprar objetos y pagarlos.... ¿qué diferencia había, en resumidas cuentas, entre esta agitación cuotidiana y la del empleadillo de oficina que está copiando despachos todo el día, ó la del descargador de leña en los muelles del Sena?.... Al pensar esto, el horror de vivir cayó sobre mí como un sudario húmedo. Y deseé vehementemente el aniquilamiento completo de acción, la detención de mi máquina animada, la muerte.

***

En cuanto hube puesto bien en claro, en mi fuero interno, este deseo de morir, experimenté un gran alivio. Por primera vez en mi vida quería alguna cosa, y esta contradicción conmigo mismo me encantaba, como un desafío lanzado al destino. Me pareció que, por fin, acababa de descubrir mi verdadera vocación, que era matarme, parar la péndola humana encerrada dentro de mí. Y, sin detenerme un momento, me puse á pensar en la manera como me mataría.

Como es natural, los procedimientos habituales del suicidio fueron los primeros que se presentaron á mi mente. En nuestros tiempos, la gente se mata con un brasero, con un revólver ó tirándose al agua desde lo alto de un puente. Hay también quienes se tienden á través de una vía férrea, á la espera de un tren que los decapite, que los descuartice. Consideré todos estos medios como bárbaros y odiosos. Ante todo, requieren un aparato exterior que me repugna; luego, ninguno de ellos es seguro. La sociedad se ha coligado contra el suicidio, como se ha coligado contra el silencio, contra la inacción, contra todo lo que yo amo. Necesitaba una muerte contra la cual la sociedad no pudiera hacer nada. Era menester también que fuera una muerte que no me hiciese sufrir. Si la muerte me atrae, el dolor me espanta; el dolor es la agitación exasperada, lo contrario de la muerte, que es el reposo perfecto. No quería, pues, dolores.

Pues bien... ¿lo creerán ustedes? La ciencia, que, según parece, tantos progresos ha hecho, sobre todo la ciencia del cuerpo humano y de las relaciones de éste con las substancias orgánicas ó inorgánicas, la medicina, en una palabra, no ha suministrado todavía al hombre un medio de matarse verdaderamente práctico, y también seguro, nada doloroso, y (cosa que deseaba yo partiaularmente) de tal naturaleza que el que lo empleara, «tuviera conciencia de que se moría.» He consultado al respecto á los más célebres médicos. Me presentaba á ellos como un escritor, como un novelista en busca de un desenlace original para un libro que estaba escribiendo. Todos ellos acababan aconsejándome que matara á mi héroe por medio de estupefactivos, como la morfina ó la antipirina en grandes dosis, ó por medio de hilarantes, como el protóxido de ázoe. Pero, cuando yo insistía en saber si realmente podía morir así un organismo cualquiera, me confesaban que lo más frecuente es que el paciente muera de una enfermedad paralela, de lesiones cerebrales provocadas por el abuso de la droga química....

Todos los médicos son unos asnos; Macbeth tenía razón cuando quería «tirar la medicina á los perros.»

***

A falta de cosa mejor, me decidí por el protóxido de ázoe. Compré una máscara anestésica, conseguí el gas necesario; y, ayudado por un joven estudiante de medicina que, por dinero, consintió en secundar mis propósitos, me hice adormecer dos veces. Experimenté una sensación en extremo agradable, una especie de frescor lúcido, aguzado por la expectativa de algo voluptuoso. Pronto aprendí á manejar yo mismo el aparato; la cosa no podía ser más sencilla, mediante una llave que, al sentarme con la máscara puesta, tenía al alcance de la mano. Cuando lo hube preparado así todo, fijé la fecha de mi muerte: el 21 de septiembre á la una de la mañana. Hice también unas cuantas visitas á aquellos amigos míos que menos habían tratado de perjudicarme. Y, la víspera de mi suicidio, fuí á la casa de salud donde se atendía mi madre, para abrazarla por última vez.

Hacía dos años que no la veía. Y al verla me alegré, porque no me reconoció. Hasta el último resto de memoria había desaparecido de su cerebro. Me encontré con una especie de idiota, sentada en un sillón bajo, jugando con una botella en la que bailaban tres piedritas. No había ya comunión alguna entre esa idiota y yo; no había ya comunión alguna entre ella y la encantadora joven que ella había sido en otro tiempo, y cuyo rostro, voz y maneras vivían todavía en el fondo de mis recuerdos.

Antes de retirarme, el médico que me acompañaba, me propuso que visitara el establecimiento. Acepté. Los locos no me causan miedo, porque tengo el cerebro bastante sólido. Me mostraron los furiosos, atados á sus banquillos, en celdas con enrejados, y que rugían como fieras. Me mostraron las empalagosas, que venían á tirarme de los faldones de la levita por detrás, con risitas pueriles. Durante más de media hora estuve paseándome por el espacioso patio donde andaban en libertad las locas no peligrosas, las monomaniacas, las melancólicas. Casi todas se acercaban á conversar con el médico ó conmigo; y casi todas hablaban de dinero, de fuertes sumas de dinero que ofrecían ó que reclamaban. Sólo dos de ellas lloraron, diciendo que querían ser libres. Pero una me interesó particularmente.

Era una mujer de cuarenta años apenas, muy hermosa todavía. Acurrucada en un rincón del patio, tenía un reloj en una mano y un espejito en la otra. Alternativamente se miraba en el espejo y consultaba el reloj. Sus labios se agitaban sin cesar: parecía estar contando, sumando números.

Interrogué á mi guía.

—Es una loca de amor—me dijo. —Parece que un amante joven que tenía, la encontró un día demasiado vieja, y la plantó por otra. Desde entonces, la idea de que está envejeciendo se ha paralizado, puede decirse, en su pobre cerebro. A veces se imagina que ve un gran agujero descubierto, un gran agujero negro, hacia el cual corre, dice ella, sin poder detenerse; entonces sufre crisis terribles. Y, en sus horas tranquilas, se pone á contar los minutos y á seguir en el espejo la huella que va dejando en su rostro cada uno de los minutos que pasan....

En este mismo instante interrumpí al médico.

—Muchas gracias, doctor—le dije.—Todo lo que me ha hecho ver usted, es en extremo curioso. Adiós.

Me separé de él bruscamente, y salí á escape de la casa; el hombre ha debido creerme tan enfermo como cualquiera de sus pensionistas. La verdad es que yo necesitaba á todo trance estar solo y poder reconcentrarme, para examinar una idea que me había asaltado de repente, sugerida por la monotonía de esa amorosa de cuarenta años que computaba la marcha de las horas.

¡Un gran agujero negro hacia el cual corre uno sin poder detenerse!.... ¡La huella que deja en el rostro cada minuto que pasa!.... ¡Pero, sí, tenía razón esa loca! ¡Cada minuto desorganiza realmente, lógicamente, alguna parte de nuestro yo, desde que acerca cada vez más nuestro organismo á su descomposición final! ¡Cada minuto que pasa, es una etapa en el camino que lleva al gran agujero negro, á la Muerte! La mayor parte de los seres humanos, frívolos y de cortos alcances como son, no se dan cuenta de esta desorganización incesante, de esta carrera al aniquilamiento, que no tiene remisión, que no tiene alto. Pero, si se pusiera á pensar en ello firmemente, si paralizara su espíritu, como decía el médico en su lenguaje pedantesco, en esa verdad tan incontestable, ¿no podría un hombre muy inteligente—yo, por ejemplo,—llegar á estar sintiendo constantemente esa carrera hacia la Muerte, como se tiene la sensación constante de la velocidad cuando se anda en bote ó en tren?... Y si lo conseguía, ¿no sería esta muerte infinitesimal, administrada con tanta regularidad y lentitud, el más seguro, el más prolongado, el más deleitoso de los suicidios?

He hecho á un lado el protóxito de ázoe, y me he ejercitado en la tarea de sentir incesantemente este roce de la Muerte, disimulado bajo las vanas vestiduras de la Vida.

¡Oh!.... Durante mucho tiempo no he sido más que un neófito imbécil: no podía percibir la velocidad del tiempo, el desgaste progresivo de mi cerebro, sino haciendo un esfuerzo violento, y estas sensaciones estaban entrecortadas por largos intervalos, en el curso de los cuales se me hacía, por el contrario, una ilusión estúpida de actividad orgánica, de crecimiento vital.

Pero ni por un momento llegué nunca á desistir de mi empresa. Ahora me he rodeado de todo lo que mide y simboliza la fuga de los minutos; he investigado todo lo que acusa el lento é inevitable decaimiento de los seres vivientes. He vuelto á la casa de salud en que vive mi madre; he conversado con esa cuadragenaria amorosa que ellos llaman loca y á la que yo considero con todo el respeto que siente el indiano por los santos é inmóviles derviches. Ella me ha comunicado su sensibilidad exasperada, y ahora, á mi lado, no es más que una discípula, porque esa carrera hacia la muerte, que ella teme, es para mí preciosa; yo la amo, yo la saboreo. Ahora, ni por la fracción más infinitamente corta de un segundo dejo yo de percibir que me estoy muriendo; y con el microscopio de mi conciencia, puedo seguir, no sólo los estragos de una hora en mi rostro, sino hasta el desgaste de un minuto en mis pulmones, en mis riñones, en mi corazón......

El cuerpo es una gran ampolleta cuya arena estoy viendo correr continuamente.

¡Qué vengan á hablarme ahora de esos tan ponderados suicidios de los latinos del Imperio, que, metidos en el baño, se abrían la vena del brazo, y en los que, al vaciárseles lentamente la vida á través del agua tibia, iba infiltrándose, en lugar de la sangre extravasada, el dulce y mortal veneno! El baño en que yo estoy metido, es la muerte misma, que, gota á gota, va reemplazando en mí á la vida que huye..... Yo soy un filósofo más grande que Léibnitz, y un inventor más sublime que Newton. Yo he descubierto el suicidio supremo.... que es la vida.

MARCEL PREVOST.

CAMAFEOS

De Alice Gray Cowan.

I

HYPNOS

En la cimeria obscuridad que el rayo
Nunca penetra del brillante día;
En el silencio que jamás perturba
Sonido alguno, ni la voz humana,
Ni el gorjeo de un pájaro, la honda
Caverna se halla en cuyo fondo horrendo
El pesado Leteo se desliza
Lento, con un rumor sordo y profundo.
La pavorosa boca entretejidas
Cubren las delicadas amapolas
Que con su mano pródiga despliega
La Madre Noche. Sobre el amplio mundo
Morfeo arroja las semillas, cuando
Tras su jornada el sol se hunde en Oeste.
Del antro aquel en el recinto frío,
Obscuro lecho de ébano se oculta
Donde, oprimiendo en su hoyuelada mano
Un haz de adormideras sobre el pecho,
Rodeado de ensueños Hypnos duerme:
Dulce y risueño el infantil semblante.

II

ENDYMION

Caminan lentamente las estrellas
Por el combado cielo obscuro y frío;
Una tranquila irradiación envuelve
Valle y montaña. En el lejano monte
Se acalla el aire vagaroso; Céfiro
Solo suspira en los esbeltos pinos.
Allí, en el ensueño sumergido, yace
El pastorcillo que en el verde llano
Solícito guardaba sus cabritas
É inspiraba su flauta. Fué su crimen
Herir de amor el corazón de Juno.
Jove le dijo: dormirás por siempre.
Y en la olorosa tierra reclinada
La sien sobre sus brazos encogidos,
Sereno, inmóvil, para siempre duerme.
La blanca Febe apareciendo en lo alto
Del cielo, enamorada, con su beso
Los mudos labios del pastor calienta;
Y una ligera nube, en ese instante
Ante ella interponiéndose, le encubre
La dulce faz, y el ruboroso encanto
De un amor ignorado al orbe oculta.

E. Fernández Granados.

Los Funerales del Papa.

En nuestra primera plana verán nuestros lectores un dibujo que representa la conducción del cadáver de Su Santidad León XIII al lóculo en que provisionalmente quedó depositado, en la Basílica de San Pedro.

La ceremonia, á juzgar por los detalles que contiene la crónica trasmitida por el cable, fué verdaderamente solemne y muy conmovedora. La multitud que llenaba la Basílica el día del entierro, se dispersó al caer de la tarde, y con asistencia únicamente de los altos dignatarios eclesiásticos, de los miembros de las órdenes religiosas, del Cuerpo Diplomático y de los invitados, que se contaban en esta vez por millares, dieron principio las honras fúnebres. Los cañones de St. Angelo anunciaron que los restos mortales del Pontífice quedaban para siempre ocultos á los fieles, y presidido por el Camarlengo de la Santa Sede, comenzó el imponente desfile por las naves del templo más grande y suntuoso del mundo, mientras los coros entonaban el Miserere.

El féretro, que no pudieron llevar en hombros los «sediari» por ser muy pesado, se colocó en un pequeño carro de r uedas silenciosas. Las luces de los cirios que llevaban los concurrentes, apenas rompían la obscuridad del recinto, dando á la procesión un tinte de profunda tristeza.

El cortejo pasó frente á la estatua de San Pedro, se detuvo al llegar al coro, y al penetrar en éste el cadáver—con la cabeza hacia adelante, según los ritos,—se encendieron de improviso millares de luces eléctricas, que derramaron sobre la multitud una claridad meridiana. La música dejó escapar entonces las alegres notas del «Paradísum,» y las campanas de San Pedro se dejaron oír en toda Roma.

Mientras se encendía un hornillo para preparar los sellos destinados á las cerraduras del ataúd, uno de los más notables oradores sagrados hizo el elogio del difunto Papa. Después, el cadáver fué envuelto en una tela de seda blanca con bordados de oro, que representaban las armas del Pontífice; se cubrió, en seguida, con el paño rojo que lo envolviera durante las horas que estuvo expuesto al público en la Basílica, y, colocado en un primer ataúd—de madera,—se cerró éste, sellándolo en presencia de los cardenales y de los príncipes del Vaticano, habiendo guradado en él, antes, las monedas de plata, de oro y de bronce que se acuñaron durante el Pontificado del Papa León. El ataúd fué encerrado en otro, cuyas aberturas selláronse también, y éste, finalmente, en una caja que tenía en la tapa, por la parte de adentro, esta inscripción: «Corpus Pont. Max. Leo XIII. Vixit an MDCCCLXIII eccles. univ. prefuit. Obit die XX Julii MCMIII.»

Con ayuda de unas poleas fueron levantados los restos, cubriéndose el lóculo en que se depositaron con una lápida de mármol blanco en que se leen únicamente estas palabras: «Leo XIII. P. Max.» Una multitud de personas ha visitado el sitio en que yacen los restos del Pontífice. El lóculo está abierto sobre la puerta que comunica la Basílica con la capilla del Sacramento.

***

En otro lugar publicamos un hermoso grabado que representa una gran función pontifical efectuada en San Pedro con asistencia del Papa, de los altos dignatarios de la Iglesia, de los Ministros acreditados cerca del Vaticano, y de un público numerosísimo.

LA FLOR DE EROS

Ana sentíase desfallecer de amor. Con el brillo de sus ojos negros, tan negros como la duda que anidaba en ellos, creciendo con el insomnio de tantas noches y la inquietud de tantos días, cual si las sombras de las unas y las claridades de los otros, tuviesen fuerza tan sólo para arrebatarla toda esperanza, íbase también el delicioso carmín de sus mejillas, debilitábase lentamente, palidecía, hasta dejar en ellas el tinte sonrosado de un crepúsculo expirante, desvanecido por las caricias del céfiro, el anémico tono de los pétalos de una rosa que agoniza en la sombra.

Recordaba con angustia cada vez mayor, repitiéndola á todas horas acometida por un loco deseo de martirio, por un infinito anhelo de tortura, cual si quisiera cuanto antes llegar á la muerte, la frase que el prometido á quien tanto adoraba dejó escapar en un arranque de apasionado erotismo:

—Tú no podrías mentirme amor: lo veo en tus labios. Mira: son rojos y queman al besar... El amor está hecho de sangre y de fuego: así lo hizo Dios...... ¡Oh, que nunca palidezcan, bien mío; que siempre abrasen como ahora para que nuestro amor sea eterno!

Aquellas palabras fueron para ella como la amenaza de un mal remoto, como el anuncio de una pena grande, muy grande, que desde lejos le enviaba su helado soplo de muerte.

La proximidad de una entrevista con el amado, esos momentos de ansiedad dulcísima que antes llenaban su alma de regocijo, causábanle ahora sobresaltos tremendos. La sola idea de que su amor pudiese alguna vez despertar desconfianzas, llenábala de inauditos temores; ni el sentirlo tan intenso, ni el saberlo tan grande, alejaba de sí las amargas y sombrías cavilaciones del presentimiento, y en la tranquila superficie de las aguas, y en las lunas biseladas de los salones, contemplaba presa de malestar infinito la palidez creciente de sus labios exangües.

«—...¡Oh, que no palidezcan nunca, bien mío; que abrasen siempre como ahora para que nuestro amor sea eterno!......

Buscaba en sus largos paseos por el campo los colores que su boca mostrara en otro tiempo, y en más de una vez cayó, debilitada por el andar excesivo, sobre un lecho de hojas marchitas, allá, en lo más apartado del bosque, sintiéndose sin fuerzas para seguir más adelante, pensando en palideces cadavéricas que la hacían sollozar de pena.

Fué en la más hermosa mañana de una primavera cuando, después de fervorosa plegaria al Buen Dios, sintióse tan fuerte, que sin experimentar la menor fatiga en sus delicados miembros de virgen, pudo llegar hasta el sitio anhelado, hasta aquel jardín en donde crecían las flores más grandes y más rojas. Cayó de rodillas transfigurada por un súbito despertar de su esperanza.

—Tener los labios tan rojos como los pétalos de aquellas rosas!... ¡Dios mío! ¡Si tú quisieras!......

Sus manecitas temblorosas tendiéronse con avidez hacia la más bella y fragante, la más grande y la más roja, acariciándola con sus miradas cual si fuese la encarnación de aquel Dios que invocaba.

Acercó sus labios palpitantes de amor á la rosa de fuego, estremecida por el deseo de entregar su alma en aquel beso prolongado, infinitamente voluptuoso. La rosa de fuego palidecía, palidecía... Inclinó su cáliz y se deshizo en silenciosa lluvia de blancos pétalos.

Ana envió hacia el cielo el más ardiente beso de sus labios rojos, las primicias de aquella floración eterna consagrada per entero al prometido.

Enrique Villarreal.



Sr. Gral. D. Pedro Rincón Gallardo.

NOTA DIPLOMÁTICA

En substitución del señor Lic. Don Alfonso Lancáster Jones, fué nombrado Ministro de México en Inglaterra el señor Gral. Don Pedro Rincón Gallardo.

El señor Gral. Rincón Gallardo, cuyo retrato publicamos en esta página, ha desempeñado en nuestro país cargos muy importantes, como los de Diputado al Congreso de la Unión, Presidente del Ayuntamiento, Gobernador del Distrito y Jefe de la Junta Directora del Desagüe del Valle de México. En el extranjero ha servido con atingencia poco común, el delicado puesto de Representante de nuestro país ante los Gobiernos de Rusia y de Alemania.

El nuevo Ministro partió ya rumbo á Londres, y próximamente será recibido por Su Majestad Eduardo VII.

MATRIMONIO

En la capilla arzobispal se unieron en matrimonio, el día 23, el señor José Sánchez Juárez, hijo del caballeroso español Don José Sánchez Ramos, y la distinguida señorita Blanca Romero.

El oratorio, artísticamente adornado con margaritas, gardenias y crisántemos, fué casi insuficiente para dar cabida á la selecta y numerosa concurrencia que asistió á la ceremonia. Pasada la lectura de la «admonición,» acto al que estuvieron presentes como testigos el señor Sánchez Ramos y la señora Consuelo Romero de Reyes, el señor Arzobispo bendijo el enlace, conforme al ritual, siguiendo después la misa acostumbrada, en que ofició el señor Cura Don Lino Laguna. Los padrinos de velación fueron el señor Lic. Don Audomaro Reyes, hermano de la desposada, y la señora María de Jesús Juárez de Sánchez.

El matrimonio de la distinguida pareja ha sido uno de los más suntuosos.



Sra. Blanca Romero de Sánchez Juárez.

CUENTOS RÁPIDOS

EL TOLOACHE

Allá, en las feraces tierras istmianas, mi patria adoptiva, donde crece el resedá en arbustos, despliega el cocotero su penacho verde sobre el fondo azul del cielo y el guacamayo multicolor horada para hacer nido el tronco del árbol seco que se yergue en el bosque como un atleta desnudo, en las jugosas tierras de «chahuite» que los ríos abonan con sus aluviones, crece una planta de dentadas hojas verdinegras, la cual florea cuando la luna llena sube por el espacio como una rodela de luz. Es el Toloache; los botánicos creo que la llaman «Datura stramonium,» y los boticarios belladona.

¿Sabes tú las virtudes de esa yerba? Su jugo, untado en los párpados, los ensombrece, y dilatando las pupilas, las hace hermosas, pero de mirar tan fijo y vago, que la mirada parece la de un loco; tomada en infusión la yerba, tanto puede calmar y adormecer, como dormir y matar; y aplicada á la piel, amortigua los dolores.

¿Sabes por qué el toloache tiene esas virtudes? ¿Por qué sólo en las noches de plenilunio abre sus hermosas flores blancas?

Hace muchos siglos, antes de que nos conquistara el español y aun antes que el rey zapoteca Cosijoeza llevara sus huestes triunfantes á Tehuantepec, vivía allá, en mitad de las selvas de esa tierra, un emperador padre de siete príncipes. Una noche, mientras dormía en su «tapextli» de flexibles juncos, cubierto de pieles de garzas reales, le despertaron quejidos y lamentos; levantóse y halló á una niña que, sin darse nadie cuenta de ello, había llegado desnudita, fatigada y hambrienta hasta la real alcoba, y que no pudo explicar de dónde venía. El buen emperador la recogió compadecido, la dió alimentos y ropas y la dió cariño; y la niña á su lado creció tan bella, con esa belleza no cantada aún de las vírgenes zapotecas, que los príncipes, enamorados de ella, comenzaron á odiarse como rivales; todos eran solteros y, como hijos del serrallo, casi de la misma edad. La discordia substituyó á la paz, el rencor al amor, y á la fraternidad el celo; y la niña inocente lloraba de angustia porque los quería á todos y no podía amar á ninguno.

Un día, al anochecer, supo el emperador que, para dirimir el caso, los príncipes se habían citado para una lucha fratricida en la que habían de sucumbir seis, siendo la beldad premio del superviviente. Loco de dolor, tuvo una idea salvadora; cesando la causa, cesaría el efecto. Mandó arrojar á la bella del palacio, ordenando á sus sayones que la llevasen al monte y la mataran. Sin compasión se cumplió la orden en ausencia de los príncipes, y los verdugos regresaron al palacio, dejando por muerta á la víctima........ Pero no fué así; al volver de su desmayo, la niña se dió á correr por selva y montaña, dilatando sus pupilas para querer ver en la sombra y ennegreciéndose sus párpados por el terror, con lo que sus ojos parecían los de una loca; despavorida bajó al río á lavar sus heridas, y allí lloró su desventura y su soledad. ¿Qué haría?

Del horizonte se levantó entonces la luna como una rodela de luz, el toloache abrió sus flores, y una de éstas dijo á la niña:

—¡Ven! Yo te ocultaré en mi cáliz, yo curaré tus heridas, yo aliviaré los dolores de tu alma!

Y la niña, por un prodigio, cupo en el seno de la flor, y allí vive en la noche y duerme en el día como en un camarín de blanco raso, ignorada y feliz. Y el toloache adquirió sus virtudes y floreó ya sólo en el plenilunio.

Los príncipes se dieron á buscar á la beldad transformados en mariposas, y los más suspicaces, en cucuyos luminosos, para sorprenderla en la noche; pero de día el toloache tiene cerradas sus flores, y de noche los insectos no se acercan á ellas, porque saben que el aroma que secretan aquéllas es mortal...... El taloache sabe guardar bien á su protegida.....

E. MAQUEO CASTELLANOS.



Sr. José Sánchez Juárez.

Si no se quiere escuchar la razón, ésta, de por sí sola, no tardará en hacerse oír.—FRANKLIN.

*

La ciencia es útil, la virtud es necesaria.—BYRON.





En honor de León XIII.—Túmulo levantado al pie del altar mayor.



Aspecto del templo durante la ceremonia.

EN HONOR DE LEÓN XIII

Las más suntuosas honras fúnebres efectuadas en México en memoria de Su Santidad León XIII, han sido las que un grupo de católicos de la colonia americana, organizó para el jueves 30 del pasado.

El templo de Lourdes, que fué el local en que se verificaron las honras mencionadas, ostentaba grandes colgaduras de gasa negra, que pendían de las bóvedas rematando en los muros, y hermosas piezas florales en cuya composición entraban las violetas y las rosas blancas en profusión. Guías de heno artísticamente prendidas á los muros, completaban el severo adorno del recinto.

La ceremonia dió principio á las once de la mañana, con asistencia de algunos miembros del Cuerpo Diplomático, y de numerosas damas y caballeros de la mejor sociedad.

La parte musical fué muy notable, llamando particularmente la atención de los invitados el «Réquiem» de Casciolini y el «Agnus Dei» de Perossi, que ejecutó la orquesta de Grecco con maestría.

El padre Súllivan, uno de los oradores sagrados más famosos de los Estados Unidos, pronunció la oración fúnebre.

EL TREBBIA

Siniestra aurora esparce sus lívidos fulgores.
Despierta el campo. El río sus ondas rueda fiero,
y bebe de Numidas el escuadrón ligero.
Se escucha el toque claro de los bocinadores.

Pues contrariando á todos, augures impostores,
al desbordado Trebbia, y hasta Escipión Severo,
Sempronio, el nuevo Cónsul, audaz como altanero,
ordena al punto mismo que marchen los lictores.

Con lúgubre reflejos el cielo enrojecían
las aldeas Insubres que al horizonte ardían;
oíanse lejanos berridos de elefante.

Y allá, de pie, adosado contra un arco del puente,
de las legiones que huyen, la marcha sordamente
Aníbal escuchaba, pensativo y triunfante.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.



Salida de la concurrencia.

EL DUENDE-BESO

I

Notabilísimo huésped había llegado al convento de capuchinos de la villa allá por los años de 1672. Famoso era el huésped en todas partes por la agudeza de su ingenio, por el profundo saber que había adquirido y por las obras científicas en que le divulgaba. Baste decir, y está todo dicho, que el huésped era el reverendísimo padre fray Antonio de Fuente la Peña, exprovincial de la orden.

Después de comer con excelente apetito y de dormir una buena siesta, para reposar de las fatigas del viaje, fray Antonio recibió en su celda al padre guardián, fray Domingo, y habló á solas con él sobre el importante asunto que le había impulsado á ir á aquella santa casa.

—Sé por fama—le dijo—el extraño caso de mi señora Doña Eulalia, hija única del ilustre caballero Don César del Robledal. Y considerado bien y ponderado todo, me atrevo á sostener que la joven no está posesa ni obsesa.

—Vuestra reverencia me ha de perdonar si le contradigo. No veo prueba en contra de la posesión ó de la obsesión de la joven. Aunque me esté mal el decirlo, sabido es que, á Dios gracias, ejerzo bastante imperio sobre los espíritus malignos, y que he expulsado á no pocos de los cuerpos que atormentaban. Si los que atormentan á la joven Doña Eulalia no me obedecen, no es porque no estén en ella ó en torno de ella, sino porque son muy ladinos y marrajos. Si están en ella, se esconden, se recatan y se parapetan de tal suerte, que se hacen sordos á mis conjuros; y si la cercan, para atormentarla, andan sobrado listos para escapar cuando yo llego, y no volver á las andadas sino después que me voy. Los síntomas del mal son, sin embargo, evidentes. Sobre lo único que estoy indeciso y no disputo, es sobre si el mal es posesión ú obsesión.

—Pues bien—replicó fray Antonio,—mi conclusión es enteramente contraria, y mientras más lo reflexiono, más me afirmo en ella. Doña Eulalia no habla nunca en latín ni en ningún otro idioma que no sea nuestro castellano puro y castizo; sus pies se apoyan siempre en el suelo cuando no está sentada ó tendida; en vez de estar desmedrada, pálida y ojerosa, sé que está muy guapa y de tan buen color, que parece una rosa de mayo; y el que ella repugne casarse con ninguno de los novios que su señor padre le ha buscado, y el que ande melancólica y retraída, y el que tenga por las noches y á solas, en su retirada estancia, coloquios misteriosos con seres invisibles, no prueba que esté endemoniada ni mucho menos. Los demonios jamás son tan benignos y apacibles con una criatura. Ser, por consiguiente, de menos perversa y dañina condición que los ángeles precitos, es quien tiene trato y coloquios con mi señora Doña Eulalia. «Ergo,» no es demonio, sino duende quien la visita y habla con ella. Y conocedor yo de este suceso, y empleándome como me empleo en el estudio de los duendes, según lo testifica mi ya celebérrimo libro «El ente dilucidado», he venido por aquí á ver si me pongo en relación con el duende que visita á Doña Eulalia y logro arrojarle de su lado, valiéndome de los medios que me suministra la ciencia.

—Extraño es—dijo fray Domingo—que afirme todo esto vuestra reverencia por meras conjeturas.

—No son meras conjeturas—repuso fray Antonio.—Aunque por mis pecados nunca he sido digno de tener revelaciones sobrenaturales, lo que es naturales las tengo con frecuencia, y tal es el caso de ahora. Aquí estamos solos y puedo hablar con libertad, confiando en el indispensable sigilo.

Fray Domingo hizo señal de que no descubriría lo que se dijese y fray Antonio continuó en voz misteriosa y baja:

—El duende que visita á Doña Eulalia se ha franqueado conmigo y me lo ha explicado todo. Harto se comprende que sea yo estimado, querido y familiar entre los duendes, á quienes he defendido de las injurias y calumnias que propala contra ellos el vulgo ignorante. Yo he demostrado que no son diablos, ni almas en pena, sino criaturas sutilísimas é invisibles, casi siempre traviesas y alegres, que se engendran en lo más delgado del aire. Agradecidos los duendes, ¿qué tiene de particular que acudan á conversar conmigo? Además, que mis estudios y meditaciones sobre todos los secretos de la madre naturaleza y mi asidua investigación acerca de los seres más menudos y casi incorpóreos, han aguzado de tal suerte mis sentidos, que veo, toco y oigo lo que por ingénita y grosera rudeza de sentir no notan ni descubren los otros mortales. Perdóneseme la jactancia; yo descubro al tender mi penetrante mirada por el universo, cien veces más vida y más inteligencia que la que ve la inmensa mayoría de los hombres. En suma, y contrayéndonos al presente singular caso, el duende, hará cerca de diez años, desde que Doña Eulalia cumplió quince, hasta dentro de tres días que cumplirá veinticinco, se entiende con ella, la aparta de la convivencia de la gente y la hace arisca y zahareña; pero me ha predicho que desaparecerá dentro de los indicados tres días, y hasta que antes se dejará ver bajo la figura de un gallardo mancebo. Doña Eulalia quedará libre entonces de toda molestia, y aunque siempre recatada, honestísima y decorosa, depondrá sus desdenes, dejará de ser huraña y se hará para todo el mundo conversable y mansa.

Con acento irónico, aunque templado ó velado por el respeto, exclamó entonces fray Domingo:

—Sin duda que á fin de que la revelación no haya sido á medias, el duende habrá pronosticado á vuestra reverencia el punto y la hora de su desaparición y de la aparición del mancebo.

—Sí que me lo ha pronosticado—respondió fray Antonio.—Ello ha de ser á media noche, en la propia habitación de Doña Eulalia, á donde hemos de acudir, recatadamente y sin que Doña Eulalia ni nadie se entere, el padre de ella, desarmado para evitar un funesto rapto de ira, vuestra reverencia con sus exorcismos y yo, pertrechado de mi ciencia «duendina.» Tengo la más perfecta seguridad de que todo tendrá allí desenlace dichoso.

II

En la noche y hora prefijadas, de concierto ya Don César con los dos reverendos, acudieron en misterioso silencio y de puntillas á la puerta de la habitación de Doña Eulalia, armado fray Domingo del libro de los exorcismos y de un hisopo; armado fray Antonio de un turíbulo donde quemaba hierbas mágicas, esparciendo el humo; y armado Don César de paciencia, después de haberse comprometido solemnemente á no perderla y á no enfurecerse, ocurriera lo que ocurriera.

Celebrados ya sus ritos y evocaciones, fray Antonio y fray Domingo prescribieron á Don César que llamase con brío á la puerta de la habitación de Doña Eulalia, cerrada con llave, y que ordenara que se abriera de par en par inmediatamente, sin excusas ni pretexto alguno.

No hubo modo de evitarlo ni de retardarle, y la puerta se abrió de par en par y de súbito. En medio de ella, como magnífico retrato de Claudio Coello, encerrado en su marco, apareció un galán muy bizarro y apuesto, con traje é insignias de capitán, larga espada al cinto, airosas plumas en el sombrero que llevaba en la diestra, rica cadena de oro y veneras que en su pecho brillaban y espuelas de oro, también asidas á sus amplias botas de camino.

Don César, que era muy violento y celoso de su honra, no hubiera sabido contenerse y hubiera caído sobre el forastero, si ambos frailes, cada uno de un lado, no le contienen.

El galán, con voz reposada y serena dijo entonces:

—Sosiéguese mi señor Don César y no tome á mal que me presente á tan deshora. Yo soy el capitán Don Pedro González de la Rivera, de cuya renta y condiciones ha escrito á su señoría mi amigo el banquero genovés Jusepe Salvago, y de cuyos altos hechos de armas en Portugal, en Flandes, en Italia y en el remoto Oriente, le han dado noticias otras varias personas muy respetables. Aspiro á la mano de Doña Eulalia; ella me ha dado prueba de que me quiere para esposo, y sólo nos falta el consentimiento paterno y después la bendición del reverendo padre fray Antonio, que está presente y que espero no ha de negarse á bendecirnos.

—Todo eso estaría bien—respondió Don César con mal reprimida cólera—si vuestra merced no lo pidiese después de ofender mis canas, hollar mi casa y atropellar todo respeto.

—Yo, señor Don César—replicó el capitán sonriendo,—tenía que vengar con esta aparente injuria otra nada aparente que vuestra merced me hizo hace diez años, cuando me sorprendió en este mismo sitio en dulces coloquios con mi señora Doña Eulalia, que aún no había cumplido quince años. Yo era entonces un rapazuelo de dieciséis, y vuesa merced me arrojó de aquí á empellones nada paternales. Por amor de Doña Eulalia lo sufrí todo, y mayor afrenta hubiera sufrido, á ser posible mayor afrenta. Harto he demostrado después mi valor. Acrisolada está mi honra. La fortuna, además, me ha favorecido. La satisfacción que espero y pido para los pasados agravios, es que vuesa merced me acepte como yerno.

En este punto, apareció Doña Eulalia al lado del galán. Estaba linda en extremo, muy elegante y ricamente engalanada con magníficas joyas, y manifestando en el rostro juvenil y ruboroso gran satisfacción y contento. ¿Qué había de hacer Don César? Consintió en todo y abrazó cariñosamente á sus hijos, no sin exclamar, mirando al capitán detenidamente:

—¡Válgame Dios, muchacho, y cómo has crecido y embarnecido en este decenio! ¿Quién al pronto había de reconocer en ti al rubio y travieso monaguillo de capuchinos que repicaba tan bien las campanas?

III

No bastó la respetuosa consideración que fray Antonio inspiraba al padre guardián, para que éste se callase y no dijese claro que si no había habido demonio, tampoco había habido duende, y que todo había sido farsa.

Fray Antonio quiso entonces justificarse, y antes de volver á Madrid, donde habitual-

mente residía, habló al padre guardián como sigue:

—No sólo ha habido duende, sino uno de los duendes más poéticos que en este mundo sublunar puede darse. Era ella tan pura, tan cándida y tan ignorante de lo malo, que á los quince años parecía ángel y no mujer. El era bueno y sencillo como ella. Ambos se amaban con la más ardiente efusión de las almas, sin la menor malicia, sin que la dormida sensualidad en ellos despertase. Anhelaban unirse en estrecho y santo lazo; vivir unidos hasta la muerte, como en unión castísima habían vivido desde la infancia. A esto se oponía el desnivel de posición social. Menester era que Periquito ganase posición, nombre, gloria y bienes de fortuna. Al separarse para irse él á dar cima á su empresa, sin estímulo vicioso, con inocencia de niños y con fervoroso amor del cielo, se unieron sus bocas en un beso prolongadísimo. Sin duda se interpuso entre labios y labios una levísima chispa de éter, átomo indivisible, germen de inteligencia y de vida. El fuego abrasador de ambas almas enamoradas penetró en el átomo, le dió brillantez y tersura, y cuanto hay de hermoso y de noble en el mundo, vino á reflejarse en él como en espejo encantado que lo purifica y lo sublima todo. Los santos anhelos de amor de él y de ella, se fundieron en uno; y, sin desprenderse enteramente de ambas almas, tuvieron en la misteriosa unión ser singular y substancial suyo y algo á modo de vaga, indecisa y propia conciencia. Se separaron los amantes. El fué muy lejos; peregrinó y combatió. Durante diez años, no supieron ella de él, ni él de ella, por los medios ordinarios y vulgares. Pero el unificado deseo de ambos, el duende que nació del beso, con pintadas alas de mariposa y con la rapidez del rayo, volaba de un extremo á otro de la tierra; y ya se posaba en ella, ya en él, y hacía que se estrechasen como presentes, y renovaba el casto beso de que había nacido, no como recuerdo vano, sino como si nuevamente y con la misma ó con mayor vehemencia ellos se besaran. No dude, pues, vuestra reverencia de que el tal duende existe ó ha existido. ¿Cómo explicar sin él la tenaz resistencia, durante diez años, de los mismos amores? El deseo no era sólo de ella. El deseo no era sólo de él. En ambos estaba, pero, al unirse, se separó de ambos, creando la unión un ser distinto. Este ser no tiene ya razón de ser: desaparece, pero no muere. No debe decirse que ha muerto ó que va á morir la chispa inteligente, enriquecida con la viva representación de toda la hermosura de la tierra ó del cielo, cuando, cumplida la misión para que fué creada, se diluye en el inmenso mar de la inteligencia y del sentimiento, que presta vigor armónico, y crea la luz y hace palpitar la vida en la indefinida multitud de mundos que llenan la amplitud del éter.

Fray Domingo oyó con atención todo esto y mucho más que dijo fray Antonio, y acabó por convencerse de que había duendes; unos prosaicos, otros poéticos como el de Don Pedro y Doña Eulalia, sin que la teoría de fray Antonio pugnase en manera alguna con la verdad católica, pues redundaba en mayor gloria de Dios, hasta donde alcanza á concebirla el limitado entendimiento humano.

JUAN VALERA.

PARA MAÑANA

¡Obstinación estéril! Al adverso
golpe me yergo más. Soy como el sándalo:
perfumo si me hieren... ¿No es el verso
aroma del laúd?... Zumbe el escándalo
en torno mío: voluntad entera
y amor sin fin opongo á tanta furia.
¡Canto mientras el odio desespera!
¡Canto! Como el arbusto en primavera,
doy mis flores al viento que me injuria.

*

La calumnia me acecha, no lo ignoro,
pero la venceré; como Atenea
colocaré sobre mi escudo de oro
la cabeza del monstruo hirsuta y fea.
Me atisba la calumnia, mas confío
en la victoria y al peligro acudo;
mi corazón no tiembla, ídolo mío,
porque es mi corazón firme, bravío,
é intáctil como el oro de mi escudo.

*

Y cuando queden en la lucha prava
mi afán y mis anhelos vencedores,
sobre tu seno mi cabeza esclava
colocaré: corónala de flores!......
Mañana, vencedor, serás mi dueño
y mandarás en mí, y Hércules niño,
realizaré mi venturoso empeño
enhebrando los hilos de mi ensueño
en la rueca, mujer, de tu cariño.

VÍCTOR M. RACAMONDE.

1903.

La extracción de la idea.

I

El sol, y el aire y la lengua callada de las cosas dicen al buen minero: es un buen día.

El trabajador, ágil y desnudo, siente cantar su sangre y correr por su médula un impulso de labor. Como si un invisible aceite lustral le hubiese puesto en sus miembros fuerza y ligereza, se juzga listo para todas las luchas y capaz de llegar con su pico al corazón de la tierra.

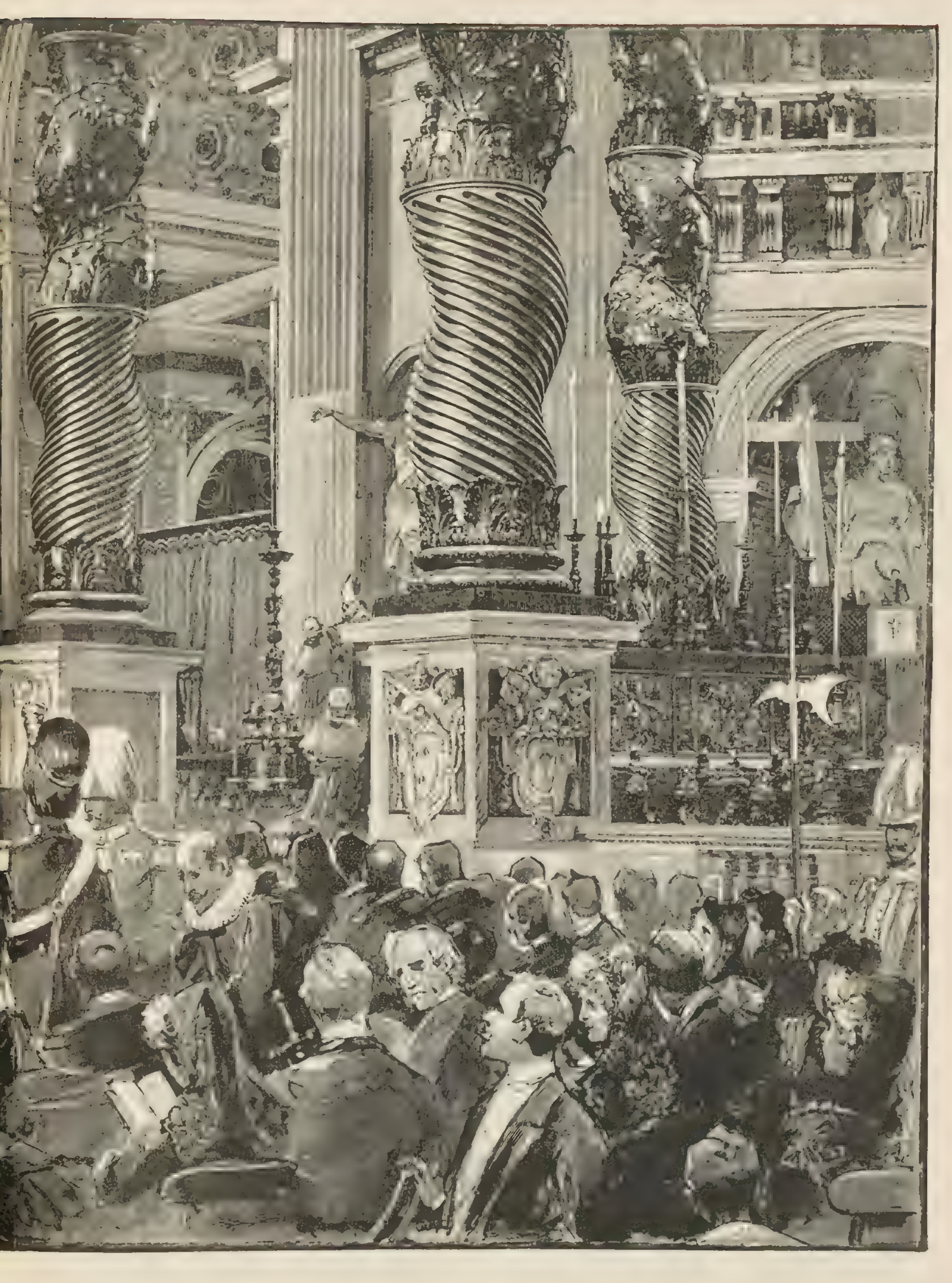
La boca del pozo le llama: el hondo pozo cerebral le invita al descenso. El buen trabajador se asoma, y en el fondo ve brillar las piedras preciosas.

La naturaleza, como una maternal nodriza,





ROMA.—Una gran ceremonia pon



ntifical en la Basílica de San Pedro.

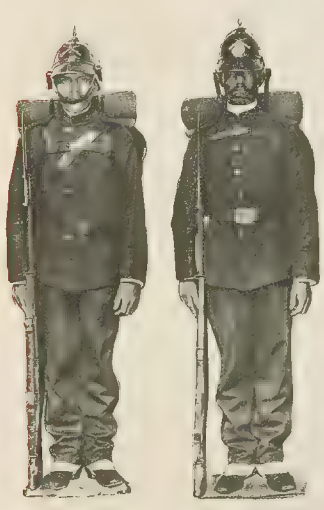
va á darle la mano, á ayudarle á bajar á la entrada de la mina. Y él desciende en el hoyo sombrío. A poco se oye, con un son armónico, cómo está hiriendo la roca el pico metálico.

Cuando el minero sale de su tarea, la luz del cielo ilumina sobre el haz de la tierra un tesoro nuevo. Son los diamantes, el oro, los rubíes, las calcedonias, las esmeraldas, las gemas variadas y ricas que ha extraído el buen trabajador.

Feliz descansa de la fatiga, mientras la vieja Nodriza le sonríe misteriosa.

II

¿Está el sol acaso enfermo? Tiene sobre los ojos un velo obscuro. El aire salta bruscamente y va húmedo, cual si saliese de un baño de hielo. Todas las cosas dicen al buen trabajador: es un mal día.



El nuevo uniforme del Ejército.—Traje de gala para la infantería.

El mismo siente en su cuerpo un morboso escalofrío, sus brazos no pueden alzar el pico de labor. Creería que al dar un paso va á caer. El ambiente le hace daño: sus miradas se fatigan queriendo horadar la bruma.

El pozo negro y mudo, parece serle hostil. El buen trabajador se asoma y mira obscuridad tan sólo; abajo, en el profundo, cree escuchar la voz de un funesto grillo.

Pero hay que descender; y sin ayuda, débil, sin voluntad, desciende al hoyo de sombra.

Se oye apenas un sordo golpe del pico, de cuando en cuando. En los intervalos de silencio, rechina el grillo de la mina.

*

Al llegar la noche, sale como una hormiga por el borde de un vaso, el minero. Viene con las manos y los pies destrozados. No ha podido extraer nada. No podrá mañana esperar el paso de los mercaderes. Agotado, casi desfalleciente á la entrada del pozo, se refugia en el sueño.

Entonces, cuando está dormido, viene la vieja Nodriza, con una linterna sorda, en silencio. Le ilumina el rostro y le contempla, misteriosa.

Rubén Darío.

NOTAS MILITARES.

NUEVOS UNIFORMES.

La Comisión nombrada por la Secretaría de Guerra para proponer las reformas que, según acuerdo de la misma Secretaría, debe hacerse



Un infante con su equipo completo.—Espalda y perfil.

á los modelos conforme á los cuales se construyen los uniformes del Ejército, ha terminado ya sus trabajos, presentando al señor General Mena las distintas piezas que corresponden á las tres armas.

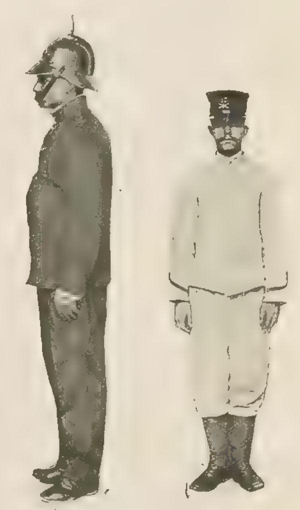
El uniforme de gala para la tropa es de paño azul como el que se usa actualmente; pero tanto el chaquetín como el pantalón, se diferencian de los que ahora lleva el soldado, en algunos detalles que los hacen, no sólo más vistosos, sino también más elegantes. El chaquetín es cerrado, con puños, cuello y «vivos» rojos, y el pantalón tiene, en vez de un «vivo,» una franja del mismo color, á lo largo de cada pierna. Para la infantería, la Comisión ha propuesto se adopten, además, las polainas.

En lugar del chacó, los soldados portarán un casco con amarres y adornos de metal, siendo éste blanco para los dragones y amarillo para los infantes. El distintivo que se pondrá en los cascos, consiste en una corneta y dos fusiles, para la infantería; en dos sables para la caballería, y en dos cañones y una granada para la artillería. Sobre el escudo, un poco arriba, se fijará el número del batallón ó regimiento respectivo.

En cuanto al uniforme de cuartel, la tropa llevará un kepí de paño con visera de uña, muy ligero, y chaquetín y pantalón de dril.

El señor Presidente de la República pasó revista el martes á un grupo de individuos de las tres armas que vestían el nuevo uniforme, aprobando, en lo general, los modelos, y haciendo con respecto á sus detalles algunas indicaciones que anotó la Comisión para tomarlas desde luego en cuenta.

Damos en este número fotografías de algunos soldados de infantería y caballería. Próximamente publicaremos las correspondientes á los oficiales y á los artilleros.



Soldado de infantería. Artillero en traje de cuartel.

EL 17º BATALLÓN.

Por separado publicamos dos grabados que representan al 17º Batallón haciendo ejercicios en San Lázaro, al mando del señor Coronel Joaquín Maass.

El orden que se advierte en la formación de la tropa, simula el ataque y la defensa de una fortificación.



Un grupo de dragones en traje de gala.

La constancia de la fortuna es la esperanza de los desgraciados.

*

Sin creer en una vida futura, la presente sería inexplicable.

*

La igualdad repugna tanto á los hombres, que el mayor empeño de cada uno es distinguirse de los demás.

*

Quien no desconfía de sí mismo, no merece la confianza de los demás.

*

Los buenos tiemblan cuando los malos no temen.



En San Lázaro.—El 17 Batallón en orden de batalla.



CONCURSO LITERARIO

Con el fin de honrar la memoria del Benemérito Don Benito Juárez, el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca convocó á un



Sr. Prisciliano R. Maldonado.

concurso literario á los estudiantes, señalando como plazo improrrogable para la admisión de los trabajos que se presentaran, el período comprendido entre el 2 de abril y el 1º de junio del corriente año.

Los temas escogidos fueron los siguientes: 1º Composición en verso.—2º Composición en prosa: «El Obrero Mexicano, sus defectos y sus cualidades, su pasado y su porvenir.»—3º Composición en prosa: «Enseñanza que encierra para la juventud la vida del Benemérito Juárez.»

El total de composiciones remitidas al Instituto, que se elevó á diecisiete, comprendía nueve trabajos relativos al primer tema, dos al segundo y seis al tercero. Hecho por el Jurado calificador el examen de las distintas piezas literarias, se acordó conferir el premio correspondiente del primer tema, al autor de una poesía titulada «El Alma de las Cosas,» adjudicándose el accéssit al señor Prisciliano R. Maldonado, que presentó una composición llamada «La Partida.» Por haberse declarado que ninguna de las composiciones relativas al 2º tema era digna de recompensa, se resolvió, por último, abjudicar al mismo señor Maldonado el premio correspondiente al tercer tema, otorgándose el accéssit al señor Enrique E. Vasconcelos.

Posteriormente, el Jurado revocó su resolución en lo relativo á la recompensa otorgada al autor de «El Alma de las Cosas,» por haberse comprobado que la composición no era —contra todo lo establecido en las bases del concurso—inédita.

***

La distribución de premios se efectuó el día 20, concurriendo al acto las principales familias de Oaxaca. Los estudiantes laureados fueron muy aplaudidos, así como el mantenedor del torneo, Dr. Adalberto Carriedo, que pro-



Sr. Enrique Vasconcelos.

nunció un hermoso discurso relativo á la fecha que se conmemoraba.

En este número publicamos los retratos de los señores Carriedo, Vasconcelos y Maldonado.

Los escritores moralistas son para la juventud lo que los faros para el navegante, advierten el peligro y salvan al amigo del naufragio.

*

El reloj de las pasiones nunca marcha exactamente.

CONVENTUAL

Hermana contemplativa
que, elevando el pensamiento,
escrutas el firmamento
en actitud pensativa;
hermana caritativa
que alivias todas las penas
con tus sonrisas serenas
de paz, de dulzura y calma,
¡dichosa tú, que en el alma
tienes tantas cosas buenas!

Dichosa tú, hermana mía,
la del semblante risueño,
que hiciste el más puro sueño
de tu honda melancolía;
dichosa tú, que en un día
de voluntad y de anhelo,
alzaste el alma hasta el cielo;
y aspiraciones intensas
te dieron alas inmensas
para remontar el vuelo!

Dulce hermana que en el seno
de una sociedad menguada
floreciste inmaculada,
tal como un lirio en el cieno,
yo también, también fuí bueno;
pero mi bondad nativa
fué después hecha cautiva
en red de pasiones malas...
¡y me cortaron las alas,
hermana contemplativa!

ALFONSO IBERRI.



S.r Dr. Adalberto Carriedo.

La razón se turba con las pasiones, como el agua se enturbia si es agitada por el viento.

*

El amor ciega á muchos. La fortuna deslumbra á todos.

*

El amor es como los niños, empieza riendo y termina llorando.

Las fiestas de San Angel.

Con motivo de las fiestas del Carmen que año por año se celebran en San Angel, quedó abierta hace ocho días, en el pintoresco pueblecillo, la Exposición á que fueron convocados los floricultores del Distrito.

Debido á circunstancias especiales, el contingente de flores, plantas y frutas, no fué en esta ocasión tan notable como ha sido otras veces; pero, en cambio, la concurrencia fué numerosísima durante el día, y la animación tan grande como nunca.

Algunas casas se veían engalanadas con hermosos adornos florales, y tanto la alameda, como el mercado, donde se efectuó la ce-



Puesta de sol.





remonia de apertura, lucían un vistosísimo adorno consistente en guías de heno y haces de banderas que presentaban, por su artística combinación, un aspecto verdaderamente agradable.

En el mercado se colocó una plataforma destinada á los asientos de honor, y hacia el fondo una gran cortina en cuyo centro se destacaba una alegoría de la diosa Flora. Las señoritas Guadalupe Roig, Guadalupe Bandera, Guadalupe Peón, Asunción Bértiz, Luz Zepeda, María Elena Ope, Luz María Ibáñez, Herlinda Silver y Elena Zamora y Plowes, como reinas de la fiesta, ocuparon en la plataforma el lugar preferente, tomando asiento á los lados el señor Prefecto Político, Coronel García Martínez, el Presidente del Ayuntamiento y los miembros de la Comisión de festividades.

El acto dió principio con una pieza de música que ejecutó la orquesta de la Escuela Nacional de Ciegos. La señorita Leonor Piña pronunció en seguida una entusiasta alocución que le valió muchos aplausos, y tras otro número musical, el señor Luis G. Urbina recitó una inspirada poesía que los concurrentes escucharon con sumo agrado. Una salva de aplausos acogió las últimas palabras del poeta.

Hecha la declaración de apertura, el público se dispersó para visitar la exposición y recorrer las barracas, repletas de golosinas, de la feria. La verbena popular estuvo, como siempre, animadísima.

Hoy, según está anunciado, quedará clausurado el certamen. Por la noche se dará un baile de invitación en la Prefectura Política.



La imaginación exagera, la razón descuenta y el juicio regula.

*

Hay un dulce amargo en la felicidad que deleita y contrista; este sentimiento mixto de placer y dolor nos encanta y entristece al mismo tiempo.

EL JARDÍN DE PROPAGACIÓN

En terrenos de Mixcoac há quedado establecido el jardín de propagación que debe suministrar, en lo sucesivo, los árboles necesarios para las calzadas vecinales y las diversas plantas que se empleen en la repoblación de los jardines de la ciudad.

El área que ocupa el jardín es muy extensa y está dividida en lotes que contienen distintos ejemplares, contándose entre éstos las plantas florales más á propósito para los parques, y una variada colección de fresnos y otros árboles de sombra. En la actualidad se encuentran en los lotes más de seiscientas mil plantas que se destinan,







San Angel.—Instantáneas de la verbena del Cármen.

en su mayoría, al embellecimiento del Paseo de la Reforma.

En el mismo terreno hay instalados tres grandes invernaderos, y algunas «cajoneras,» para el cultivo de determinados ejemplares, levantándose, en el centro, un gracioso «chalet» que sirve de habitación al encargado del jardín.

La instalación del jardín se hizo por orden de la Secretaría de Comunicaciones.



Jardín de propagación.—Casa del jardinero y calle central.



Vista general del jardín.



Vista de las "cajoneras."

EL PAÍS DEL SILENCIO

Huérfano y soltero, vivía con mi hermana, una adorable niña de quince años, que era el deleite de mi corazón, el sol de mi casa. La amaba fuera de toda comparación. Y ¿cómo no amar ese delicioso ser, turbulento y hermoso, espiritual y tierno, entusiasta y generoso, que con la risa asomada siempre á sus labios, vibraba á todo lo bello, á todo lo grande? En esa frágil envoltura de riente niña, se sentía latir un alma ardiente, profunda y libre. Esas eclosiones del heroísmo nacional no son raras entre nosotros. En el silencio sofocante que pesa sobre nuestro país, en la inmensa sospecha policial que lo encierra, el genio elige á veces para abrigarse, para disimular su nidada, el inolvidable asilo que debe ser en el corazón de un niño ó de una niña. Mi hermana era verdaderamente una de esas elegidas. Sólo una cosa me inquietaba en ella: la extrema franqueza de su palabra y la independencia ruidosa de su espíritu, que no sabía callar y ocultar ante nadie, aun ante aquellos en cuya presencia es preciso quedar con la boca bien muda y el alma bien cerrada. Pero me tranquilizaba al pensar que en su edad esos pequeños desvíos son sin consecuencia alguna, á pesar de que, en nuestro país, no hay edad para la justicia y para la desgracia.

Un día, volviendo de Moscou, donde había ido á dar algunas funciones, encontré la casa vacía. Mis dos viejos servidores se lamentaban, sobre un banquito en la antecámara.

—¿Dónde está mi hermana?—pregunté.

—¡Ay!—dijo uno de ellos, pues el otro no hablaba nunca, —ellos han venido..... y la han llevado junto con la nodriza...... ¡Dios tenga piedad de ella!

—¿Estás loco?—grité—¿ó has bebido demasiado?...... ¿ó qué?...... ¿Sabes siquiera lo que dices?...... Vamos, dime, ¿dónde está mi hermana?

El viejo levantó hacia el techo su triste rostro barbudo:

—Te lo he dicho—murmuró.—Ellos han venido...... y la han llevado...... ¡el diablo sabe á dónde!

Creí que me iba á desmayar por el dolor. Sin embargo, tuve la fuerza de asirme de una puerta y violentamente articulé:

—¿Pero por qué?...... Veamos, ¿por qué?... ¿Ellos han dicho algo?...... ¿No la han llevado sin motivo?...... ¿Han dicho por qué?......

Y el viejo, habiendo sacudido la cabeza, replicó:

—No han dicho nada...... nunca dicen nada...... Vienen, como demonios, no se sabe de dónde...... Y después, cuando se han marchado, no hay más que golpearse la cabeza contra las paredes y llorar......

—¿Pero ella?—insistí—¿ella?...... ¿Han dicho algo? Vamos...... ¿ha protestado?..... ¿Los ha amenazado de mí, del emperador, que es mi amigo?...... ¿Ha dicho algo?......

—¿Qué quieres que haya dicho esa querida alma?...... ¿Y qué habría podido decir?...... Ha juntado sus pequeñas manos, como ante las santas imágenes...... Y he ahí todo...... Ahora, tú y nosotros dos, para quienes ella era como la vida...... no nos queda otro recurso sino llorar mientras vivamos...... Porque no se vuelve nunca de donde ella ha ido...... ¡Benditos sean Dios y nuestro padre el Czar!

Comprendí que no obtendría otros datos de esos resignados y fieles brutos y salí corriendo á informarme. Fuí mandado de una administración á otra, de unas á otras oficinas, de unas á otras ventanillas, y en todas partes tropecé con rostros mudos, con almas encerrojadas, con ojos cerrados como puertas de cárcel. No se sabía...... no se sabía nada...... no podía decírseme nada...... Algunos me aconsejaban hablar muy bajo, ó no hablar nada, y volver á mi casa alegremente...... En mi desesperación pensé solicitar una audiencia del emperador...... El era bueno, él me amaba. Me echaría á sus pies, imploraría su clemencia..... Y además, ¿quién sabe?...... Esa sombría justicia cumplida en su nombre, la ignoraba quizás, la ignoraba seguramente.

Algunos oficiales, amigos míos, á quienes





Jardín de propagación.—Interior del invernadero principal.—Una calle.

pedí consejo, me hicieron desistir vivamente de mi idea.

—No hay que hablar de eso...... no hay que hablar de eso...... Ello ocurre á todo el mundo. Nosotros también tenemos hermanas, amigos que están allá...... No hay que hablar de eso......

Con el fin de distraerme de mi dolor, me invitaban á cenar, por la noche...... Nos embriagaríamos con champaña, echaríamos mozos de restaurant por las ventanas......

—Venid, pues... mi querido, venid, pues... ¡Buenos amigos!......

Sólo dos días después pude hablar con el director de la policía. Le conocía mucho. A menudo me hacía el honor de visitarme, en el teatro, en mi camarín. Era un hombre encantador, cuyas maneras afables y conversación espiritual admiraba yo. A mis primeras palabras:

—¡Chitón! —me dijo con un tono contrariado,—no penséis más en eso..... Hay cosas en que no se puede, en que no se debe nunca pensar.

Y, bruscamente, me pidió una multitud de detalles íntimos respecto á una cantante francesa, aclamada la víspera, en la ópera, y que él encontraba muy bonita.

En fin, ocho días después de esos terribles acontecimientos, un siglo, os aseguro...... ¡ay! sí, un siglo de angustias, de mortales sufrimientos, de inexpresables torturas en que pensé volverme loco, el teatro daba una función de gala. El emperador me hizo llamar por un oficial de su séquito. Estaba como de costumbre, estaba como siempre, grave y un poco triste, con una majestad un poco cansada y una benevolencia un poco helada. No sé por qué, de ver así á ese coloso—fuese respeto, miedo, la noción precisa, en fin, de su tremendo poder,—me fué imposible articular una palabra, una sola palabra, esa sencilla palabra de «¡gracia!» que un instante antes llenaba mi pecho de esperanzas, se estremecía en mi garganta, quemaba mis labios. Estaba verdaderamente paralizado, y como vacío y como muerto.

—Mis felicitaciones, señor..... Me dijo..... habéis desempeñado vuestro papel esta noche como M. Guitry......

Después de esto, habiéndome tendido la mano para besarla, me despidió graciosamente.

Termino ..... ya es tiempo y esos recuerdos me devoran el corazón...... Dos años pasaron. No sabía nunca nada; no había podido aprender nada de ese horroroso misterio que me había, de repente, llevado lo que más quería en el mundo. Cada vez que interrogaba á un funcionario, no obtenía otra cosa que ese «¡chitón!» verdaderamente terrorífico, con que, en el mismo momento del acontecimiento, en todas partes, se habían acogido mis súplicas, las más apremiantes. Todas las influencias que hice poner en campaña no sirvieron sino para hacer más pesadas mis angustias y más espesas las tinieblas por donde se había tan trágicamente desmoronado la vida de la pobre y adorable niña que yo lloraba. Debéis pensar si tenía el corazón en el teatro, en mis papeles, en esa existencia emocionante á la cual me apasionaba tanto antes. Pero no pensé un instante, por penosa que fuese, en dejarla.... Gracias á mi profesión, estaba en relaciones cuotidianas con importantes personajes del imperio á quienes quizá algún día podría interesar útilmente en mi horrorosa desgracia. Y me encarnicé por causa de esperanzas posibles, lejanas, de las cuales, por su intermedio, entreveía la luz turbia y confusa. En cuanto al emperador, me conservaba la misma benevolencia glacial. El también sufría visiblemente de un mal desconocido, con un admirable valor silencioso. Al examinar sus ojos, lo sentía...... ¡ah! sentía fraternalmente que no sabía nada, él tampoco, que estaba triste de toda la tristeza infinita de su pueblo, y que la muerte venía, inclinaba poco á poco, hacia la tierra, sus poderosos hombros de imperial y melancólico gigante. Y una inmensa piedad subía desde mi corazón hacia el suyo...... Entonces, ¿por qué no me atreví á lanzar el grito que tal vez hubiese salvado á mi hermana?... ¿Por qué?...... ¡Ay! no lo sé.

Después de días y noches de indecibles sufrimientos, no pudiendo más vivir así y decidido á arriesgar el todo por el todo, me fuí á ver al director de la policía.

—Escuchad—declaré firmemente, —no vengo á traeros inútiles palabras...... no os pido el perdón de mi hermana, no os pregunto siquiera dónde está...... Quiero saber solamente si vive ó si ha muerto......

El director tuvo un ademán de hastío.

—¿Todavía?—dijo.—¿Y para qué pensar siempre en eso, mi querido?...... No sois muy razonable, en verdad...... os dais mucho mal inútilmente...... Vamos...... todo está ya lejos...... Haced como si hubiera muerto......

—Es precisamente lo que quiero saber—insistí.—Esa duda me mata...... ¿Ha muerto ó vive aún?...... Decídmelo......

—Sois sorprendente, mi querido...... Pero no sé nada...... ¿Cómo queréis que lo sepa?...

—Informaos...... Después de todo, es mi derecho......

—¿Lo queréis?

—Sí, sí, sí, lo quiero - grité.

—¡Pues bien, sea!...... me informaré, os lo prometo......

Y añadió indolentemente, jugando con un lapicero de oro:

—Solamente os aconsejo, para el porvenir, concebir de vuestros derechos, mi querido, una idea un poco menos familiar......

Seis meses después de esa conversación, una noche, en el teatro, en mi camarín, mientras me vestía para entrar en escena, un hombre de policía me entregó un sobre lacrado... Lo rompí febrilmente. No llevaba fecha ni firma, y contenía estas palabras escritas con lápiz rojo:

»Vuestra hermana existe; pero tiene todos sus cabellos blancos.»

Vi las paredes del camarín, y las luces y el espejo, girar, girar y desaparecer...... y me desplomé, como una masa inerte, sobre la alfombra.

OCTAVIO MIRBEAU.





Jardín de propagación.—Las "cajoneras" y los invernaderos.—Frente del invernadero principal.

ELIXIR ESTOMACAL DE SAIZ DE CARLOS.

Lo recetan los médicos de todas las naciones; es tónico digestivo y antigastrálgico cura el 98 por 100 de los enfermos del **estómago é intestinos**, aunque sus dolencias sean de más de 30 años de antigüedad y hayan fracasado todos los demás medicamentos. **Cura** el dolor de estómago, las acedías, aguas de boca, vómitos, la indigestión, las dispepsias, estreñimiento, diarrea disentería, dilatación del estómago, úlcera del estómago, neurostenia gástrica, hiperclorídria, anemia y clorosis con dispepsia; las **cura** porque aumenta el apetito, auxilia la acción digestiva, el enfermo come más, digiere mejor y hay mayor asimilación y nutrición completa. **Cura** el mareo del mar. Una comida abundante se digiere sin dificultad con una cucharada de **Elixir de Saiz de Carlos**, de agradable sabor inofensivo lo mismo para el enfermo que para el que está sano, pudiéndose tomar á la vez que las aguas mineromedicinales y en sustitución de ellas y de los licores de mesa. Es de éxito seguro en las diarreas de los niños en todas sus edades. No sólo **cura**, sino que obra como preventivo, impidiendo con su uso las enfermedades del tubo digestivo. Diez años de éxito constante. Exíjase en las etiquetas de las botellas le palabra **STOMACALIX** marca de fábrica registrada. De venta; Serrano, 30, farmacia, Madrid y principales de España, Europa y América.



Píldoras Digestivas y Antisépticas

Del Dr. B. Huchard,

DE PARIS.

☞ Doradas, para los casos con diarrea. Plateadas, para los casos sin diarrea. ☜

Muy experimentadas en las enfermedades del Aparato digestivo. Contiene la materia activa de los fermentos digestivos, y los antisépticos más poderosos combinados en una forma nueva y asociados con otras substancias medicinales. Es el mejor remedio para la dispepsia, mala digestión estomacal é intestinal, para la diarrea, disentería, enfermedades del hígado, gastralgias, jaquecas y en todos los casos en que la digestión es torpe y la nutrición imperfecta, ó cuando hay inflamación ó infección del Aparato digestivo ó de los órganos anexos.

De venta en todas las Droguerías y Boticas.

Gran Joyería y Relojería
1a. Plateros 12 y 14



ARTICULOS "ART NOVEAU"
AGENCIA DEL RELOJ OMEGA
Pídase Catálogo, Apartado 271.

ASMA OPRESION CATARRO

CURACION pronta y asegurada con los polvos antiasmaticos y los CIGARROS **GAMBIER**

COQUELUCHE

Tratamiento racional é infalible por Fumigaciones con los

POLVOS FUMIGATORIOS GAMBIER

PARIS – 208 bis, Fg St-Denis

México: J. LABADIE, Sucs. y Cía. – J. NIELEID

HIERRO QUEVENNE

Aprobado por la ACAD. de MEDICINA de PARIS
El más activo y económico, el único Hierro inalterable en los países cálidos.
Cura: **Anemia, Clorosis, Debilidad**

Exigir el *Sello de la "Union des Fabricants"*
14, Rue des Beaux-Arts, PARIS

PETROL

DEL DR. TORREL, DE PARÍS.

Unica preparación que evita la caída prematura del pelo, lo aumenta, suaviza y hermosea, á la vez que le comunica un aroma agradable.

EL USO DEL PETROL DEL DR. TORREL, DE PARIS.

evita la calvicie pematura, que tanto afea y comunica al hombre el repulsivo aspecto de un joven viejo y ganado.



MAGGI

PARA SAZONAR

CALDO,

SOPA

Y SALSA.

En Frascos.

El Mundo Ilustrado

Año X—Tomo II - Núm. 6

México, Agosto 9 de 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



PIO X

ELECTO PONTIFICE DE LA IGLESIA CATOLICA EL 4 DEL ACTUAL Y CORONADO HOY SOLEMNEMENTE.

Las matanzas de frailes.

Las «posaditas» de 1860 empezaron en casa como suelen empezar en todas partes, es decir, entre muchachos y con créditos limitados. Las noches las distribuimos entre criados y niños por orden alfabético, como decía el mozo, ó sea la primera á Rosa, la segunda á Petra, la tercera á Juan, etc., etc. Se comenzó con un presupuesto módico: peregrinos, medio; olla, un real; alcartaces y colación, una peseta; velitas y cohetitos, medio y cuartilla; imprevistos, cuartilla.

Desde la primera noche mi padre comenzó á meter el desorden, comprando y lanzando buscapiés y cohetes de bomba á la hora de la letanía. La segunda posada costó ya veinte reales; en la tercera tomaron «participio» las señoras del entresuelo, y no sólo participio, sino también una posada. Aquel presupuesto corrió la suerte de todos, creció y creció sin cesar, y á vuelta de correo ya había música, pasteles y vino, bailecito é invitados foráneos.

Dentro de esta rápida evolución, á nadie debe sorprender que la Noche Buena fuera un baile en toda forma, con cena, es decir, con bacalao á la vizcaína, tortitas de robalo, revoltijo, ensalada de la noche ya citada, chongos, etc., etc.

No se omitió esfuerzo ni se economizó gasto, para que la fiesta fuera digna de su objeto, y los festones, las guirnaldas, los farolitos, los candelabros cargados de estearina daban á los patios, corredores y salones un aspecto mágico que se reflejaba graciosamente en las grandes esferas de cristal, tan de moda entonces, como un palacio encantado de Liliput.

Mi padre había lanzado gran número de invitaciones y todos contábamos con una noche deliciosa.

Desde por la tarde comenzamos á recibir recados y esquelas de excusa. Sabe Dios qué epidemia se estaba cebando en nuestros parientes y amigos. Todo el mundo decía estar enfermo y suplicaba se le dispensase de no asistir á la reunión. Mamá, que había preparado todo en previsión de una gran afluencia de invitados, estaba contrariadísima y temerosa de que la fiesta resultase deslucida por falta de «quórum.»

Al caer la tarde, llegó mi padre un sí es no es inquieto y desazonado. Circulaban noticias alarmantes, el ejército liberal se acercaba á marchas forzadas á la capital desguarnecida; los restos de la guarnición se habían desbandado; el comercio hacía rondas; bandas de «blusas» y de guerrilleros, se acercaban á gran prisa y se las veía en las goteras de la ciudad caracoleando en sus caballos enflaquecidos y lanzando ¡vivas! á la libertad y tiros al aire.

Las noticias de mi abuelo fueron aún más alarmantes y estaban impregnadas de un pesimismo profundo.

—Esta noche los «blusas» saquearán la ciudad, incendiarán los templos y fusilarán á las monjas. Zaragoza ha dado orden terminante de no dejar piedra sobre piedra de los conventos, ni títere con cabeza del clero secular y regular. Quiere, sobre todo, apoderarse de los tesoros de Catedral y de los fondos disponibles en el comercio. ¡Qué Noche Buena ni qué calabazas! Cierren y apaguen; y tú, Sabino, á ver cómo te disfrazas y dónde te escondes, porque si te agarran, te fusilan con todo y tu liberalismo y á nosotros nos pasan á cuchillo.

Mamá, alarmadísima, lloraba como una Magdalena, nosotros chillábamos de lo lindo, la servidumbre rezaba y se santiguaba y todo era confusión en la casa.

Mi padre, que al llegar había manifestado inquietud, no bien oyó á mi abuelo, reaccionó como por encanto.

—¡Ah padre! conque sigues creyendo que el ejército liberal es una horda de bandoleros! ¡Conque lo crees capaz de deshonrarse con el saqueo, el incendio y la matanza! Pues bien, esta noche sabremos quién tiene razón, si tú ó yo. Pero como yo sé que no habrá tales atropellos y como tengo fe ciega en «los míos», esta noche bailaremos y cenaremos como si tal cosa y tendré la casa abierta de par en par y hecha una ascua de oro.

—¡Pero, Sabino, estás loco! ¿y si atraídos por la fiesta, se meten á la casa?

—¡Qué le hace! Hay cena bastante para una guerrilla; los invitaremos y verás qué divertida nos damos.

Papá Pepito no quiso oír más y se fué á su habitación á aprestar su bayoneta, por si acaso......

Mamá, sugerida por mi abuelo, dijo, no bien quedamos solos:

—Sabino, no harás semejante locura. Suspendamos el baile y no tentemos á Dios de paciencia.

—No, hija, no suspendemos nada. ¡Qué! ¿no tienes ganas de bailar con un blusa?

Lejos de levantar el campo, mi padre y todos nosotros nos pusimos á activar los preparativos. Se reforzó el alumbrado, se pidió un pistón suplementario para la música; se abrió el zaguán de par en par, comenzaron á llegar las familias invitadas, y á las nueve de la noche comenzó el baile en medio de la mayor animación.

En el transcurso de la noche entraron los blusas. Cada vez que oíamos tropel de caballos y gritos desaforados salpicados de tal cual mosquetazo disparado al aire, mi padre mandaba tocar dianas ó el Himno Nacional y salíamos á los balcones, las señoras especialmente, y aquellas hordas de Atila, aquellas chusmas salvajes sedientas de rapiña y de sangre, pasaban haciendo bailar y rayando sus caballos, y saludaban diciendo:

—Buenas noches, niñas; que se diviertan. ¡Viva la libertad!

—¡Viva la libertad!—respondíamos en coro y transportados de entusiasmo.

Al amanecer de aquella noche que se decía había de ser de saqueo, de incendio y de matanza, amanecieron fusilados y colgados de los faroles de la Plaza de Armas, dos...... ¿qué? ¿canónigos? ¿monjas? No, dos «blusas,» cada uno con un letrero en el pecho que decía:

«Por ladrón.»

Dr. M. Flores.

PIO X

El nuevo Pontífice de la Iglesia Romana.

El martes último, en la mañana, se recibió en México la noticia de que había sido electo para ocupar la Sede vacante á la muerte de León XIII, el Cardenal Giuseppe Sarto, uno de los miembros del Sacro Colegio más prestigiados en el orbe católico, por sus virtudes evangélicas, su vasta ilustración y su espíritu eminentemente liberal y cristiano.

La crónica que acerca de la elección del nuevo Pontífice ha trasmitido el cable, nos da á entender que las opiniones de los cardenales en el caso particular que nos ocupa, se encontraban profundamente divididas, inclinándose unos á favor de Rampolla, el Secretario de Estado del Papa León XIII, y otros á la candidatura de Serafín Vannutelli, que contaba en su apoyo, según se decía, con muchas probabilidades de éxito.

En la primera votación, recogida el primero del actual, Sarto obtuvo únicamente cuatro votos; pero á partir de ese momento, el candidato fué ganando en simpatía lo que los demás «papábiles» perdían en popularidad, y tanto los «rampollistas» como los «vannutellistas,» acabaron por inclinarse resueltamente al lado del hombre que en las votaciones subsecuentes obtuvo la mayoría completa.

El lunes en la tarde, las cédulas depositadas con el nombre de Sarto, eran ya 37, seis menos de las requeridas para el triunfo. En esos momentos—dicen los cablegramas,—la emoción que experimentó el Cardenal fué muy profunda; se vió incapacitado para sostenerse en pie, y conmovido con el resultado del escrutinio, declaró que tal honor no estaba reservado para él y que renunciaría su exaltación al Trono Pontificio. Los cardenales hubieron de convencerlo de que aquéllos eran los designios de la Providencia, y pocas horas después, el martes á las doce del día, Sarto levantaba su mano para bendecir desde una de las ventanas de San Pedro á todo el mundo católico. Sesenta votos, dieciocho más de los que eran estrictamente necesarios, lo colocaban al frente de los destinos de la Iglesia!

***

La multitud que llenaba la «Piazza» aclamó al Vicario de Jesucristo, y el telégrafo llevó la buena nueva á todos los pueblos y á todos los corazones unidos en la religión del Crucificado. Un alegre repique se dejó oír en toda Roma, mientras el Pontífice regresaba á su celda del Cónclave. Pío X—éste es el nombre que llevará en lo sucesivo Giuseppe Sarto—aceptó ocupar, conforme á los cánones, la silla de San Pedro, en presencia de todos los cardenales reunidos en la Capilla Sixtina.

***

Inmediatamente después de la elección, y mientras el Príncipe Chigi, como Maestro del Cónclave, redactaba el acta de costumbre, Pío X penetró á una pieza contigua á la sala de votaciones, para revestirse con los ornamentos que el rito prescribe. De manos del Secretario de la Congregación recibió el solideo papal, y poco después volvió á la sala para tomar asiento en el Trono y recibir la manifestación de obediencia que debían prestarle los miembros del Cónclave. Todos los cardenales besaron la mano y el pie del Pontífice, besándoles éste, á su vez, la mejilla en señal de paz. En esta imponente escena está inspirado el dibujo que en otro lugar damos á conocer: el dibujante ha procurado presentar los retratos de los cardenales más notables, ajustándose hasta donde es posible, en la composición del cuadro, á lo que ha dicho el cable con relación á la ceremonia y á los detalles que son, en el caso, de costumbre. Concluído este acto, el Sacro Colegio entonó el «Te Deum,» y levantándose el Papa, pronunció con voz entrecortada la fórmula de la bendición, que todos los presentes escucharon con la cabeza inclinada y descubierta.

***

Pío X, que cuenta en la actualidad 68 años, nació en Riesi, de la Diócesi de Treviso, en Italia, el 2 de junio de 1835, y fué elevado á la dignidad cardenalicia en junio de 1893, recibiendo el nombramiento de Patriarca de Venecia y Obispo de Mantua, donde ha sido generalmente estimado por la pureza de sus costumbres y por sus ideas progresistas.

El hecho de ser elegido contra todo lo que se esperaba, puesto que era uno de los «papábiles» menos avocados á ocupar la Silla, causó en Europa una sorpresa general; pero también un regocijo que comienza á traducirse en una corriente de simpatía hacia su persona. Se considera, en efecto, que Pío X sabrá conciliar los intereses de la Iglesia con las necesidades de los pueblos y con los fueros de la moderna civilización, y mucho esperan de su espíritu bien orientado y libre de preocupaciones vulgares, los que anhelan encontrar en él un continuador de la sabia política del Papa cuya tumba acaba de cerrarse.

Si así es, la Iglesia católica ensanchará sus dominios y el Pontificado se verá libre de las tremendas conmociones á que pudieran arrastrarlo la intransigencia y la estrechez de miras de otro Papa que no tuviera en su abono, como el décimo Pío, los méritos del hombre juicioso, sabio y conciliador.



El señor Lic. Don Protasio Tagle.

Víctima de una terrible enfermedad intestinal, falleció el día último del pasado, en su residencia de la calle de Santa Catarina, el señor Lic. Don Protasio Tagle, uno de los miembros más prominentes del Foro mexicano.

El señor Tagle figuró en la política del país hace algunos años, desempeñando puestos muy importantes en la Administración Pública.

Fué Diputado al Congreso de la Unión, bajo el Gobierno del Presidente Lerdo de Tejada; Gobernador del Distrito Federal á la caída de aquel gobernante, y, á partir de esa época, Ministro de Gobernación, primero, y de Justicia é Instrucción Pública después. La cátedra de Derecho Romano, en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, estuvo á su cargo durante algún tiempo.

Al tener noticia del fallecimiento del notable jurisconsulto, multitud de personas visitaron su casa, contándose entre éstas muchos caballeros de representación. Las coronas depositadas en la capilla ardiente por los amigos del finado, fueron numerosísimas.

El sépelio se efectuó en el Panteón del Tepeyac.

Cuentos de manicomio.

Los que no llegan á S. Hipólito

EL CUENTISTA

Llegó el día; estaba harto de cantinas y harto de amistades de cantina, de hombres que se le acercaban en tono dulzón: «Yo conozco á usted ya mucho; lo he leído, y tenía deseos de ofrecerme á sus órdenes, siempre, incondicionalmente á sus órdenes.... etc., etc.»

Resolvió que era mejor conocer á los hombres, sin que ellos le conocieran, y que era mejor hablar á los hombres sin tener la necesidad—¡penosa necesidad!—de contestarles, y se encerró en el pobre cuarto, del cual para nada volvió á salir, solo entre sus libros y solo con su pensamiento. Amante de la noche, enamorado como la Luna del Planeta, al que no cesa de perseguir, abotonó las aldabas de las ventanas y encendió la luz de su quinqué de pantalla verde.

Todas las noches renovaba el gas del quinqué y el alcohol de su lámpara (ésta la llevaba en el cerebro), y á la luz de las dos flamas, vivía ignorando si allá, en la calle, había luz del regio sol ó de los plebeyos focos eléctricos.

Pretextó para los amigos que lo buscaran: siempre en los momentos precisos en que llamaban á su puerta los escasos amigos que se acordaban de él, «acababa de dormirse,» y el doctor había recomendado que durmiera mucho y que durmiera tranquilamente. (Se pasaba la noche leyendo y dormía algo cuando el sol asomaba y lo saludaban alegremente los felices!) Había que llamar á la puerta de su recámara para llevarle las pruebas de sus artículos, y el sirviente que las llevaba le entregaba también todos los días el salario para su sostén, y él seguía trabajando, leyendo y escribiendo........ y bebiendo para vivir.



Sr. Lic. Don Protasio Tagle.

Decía la cocinera—¡mentira!—que el médico había prohibido al enfermo que viera la luz solar y que conversara con visitas, y que—¡verdad!—hacía mucho tiempo que no necesitaba cocinar, porque cuando su amo tomaba alimento, eran huevos crudos y sangre de res. El médico no había podido prohibirle que trabajara intelectualmente, porque de ese género de trabajo vivía, pero sí trabajaba poco (quería decir la mujer que escribía poco; él no dejaba de trabajar, cerebralmente, ni en sueños, porque los ensueños le azotaban la cabeza contra la almohada y le magullaban el cuerpo contra el duro colchón del raquítico lecho.)

En la calle preguntaban: «¿dónde está el autor de los cuentos raros?»......

Nadie supo, hasta que un día, en lugar del cuento de Luis, apareció la noticia de que aquel autor había muerto.

¿Fué un suicidio?

¡Quién sabe!

Él ingería mucho alcohol, tomaba pocos alimentos, y luego escribía en una forma tan rara, y se le ocurrían unas cosas tan locas!......

FRANCISCO ZÁRATE RUIZ.

RONDELES

El soñador bizantino
de la blonda cabellera,
boga triste y peregrino
en su góndola ligera;

Una trova en su camino
va cantando, lastimera,
el soñador bizantino
de la blonda cabellera.

En alas de su destino,
persiguiendo una quimera,
caerá envuelto en sol divino
el soñador bizantino
de la blonda cabellera.

***

Tétrica y desencantada
llena de melancolías,
mi alma muere fatigada
en la aurora de sus días.

Al despuntar la alborada
de las ilusiones mías,
mi alma muere fatigada
en la aurora de sus días.

¡Ay dolor! Tu mano helada
marchitó mis alegrías;
por eso triste y cansada
mi alma muere fatigada
en la aurora de sus días......

JOSÉ M. CARBONELL.

La vida sin amor es jardín sin flores.—J. SAND.

*

Mejor es temer que confiar demasiado.—SHAKESPEARE.

*

El genio concentra en sí sus aspiraciones.—BYRON.

*

La virtud no es otra cosa que la hermosura del alma.—BACON.

*

La fe en la idea ultraterrena es el consuelo de los pobres.—VICTOR HUGO.

*

Los grandes filósofos son los genios de la razón.—CICERON.

El deseo apresura y crea el porvenir.—TOMMASEO.

*

Los hombres sin carácter son monedas sin efigie.—A. TURNIER.

*

Pide á los dioses la felicidad, á ti mismo la prudencia.—SOCRATES.

*

La templanza y la moderación en la juventud son una garantía para tener una vejez feliz.—PLUTARCO.



TIPOS NACIONALES.—Mujeres yaquis.

LOS NUEVOS UNIFORMES DEL EJÉRCITO

En nuestra edición anterior dimos cuenta de que el señor Presidente de la República había aprobado, en lo general, el proyecto de reforma del uniforme del Ejército, presentado á la Secretaría de Guerra por una Comisión especialmente encargada de estudiar el mismo proyecto.

Ampliando la información que publicamos, diremos que esta Comisión está integrada por los señores General Victoriano Huerta, Presidente; Coroneles Joaquín Maass y Manuel Blásquez, y Teniente Coronel Eustaquio Durán, vocales; y Capitán de Artillería Luis G. Gamboa, Secretario. En cuanto al uniforme, nos parece oportuno dar á conocer los siguientes datos:

El dormán quedará suprimido, constando el traje de gala para los jefes y oficiales, de estas prendas únicamente: casco, levita cerrada al frente con una hilera de botones, siendo las vueltas de las mangas, el cuello y la



Oficiales de infantería.—Trajes de campaña y de gala.

cartera del color del distintivo del arma ó servicio correspondiente en cada caso; pantalón con una y dos franjas.

El uniforme para el servicio de guarnición y de campaña, se compondrá de: un saco cerrado al frente con una hilera de botones, tres bolsas al lado derecho y dos al izquierdo —las dos superiores, con tapa de cartera—y vueltas iguales á las de la levita. Pantalón idéntico al de gala; kepí con visera de uña y un cincho que sea distintivo del arma.

Para el traje de gala se prescriben las caponeras de metal, en los hombros, teniendo en el centro tres estrellas para los coroneles, dos para los tenientes coroneles, una para los mayores, y una, dos ó tres barras, respectivamente, para los subtenientes, tenientes y capitanes. Los generales Brigadieres llevarán en el casco una águila al frente.

El distintivo particular de cada arma ó servicio lo constituirán: el cincho del kepí, el cuello de la levita ó saco, las vueltas de las mangas y las carteras posteriores, que serán: rojos para los jefes y oficiales de caballería é infantería, Gendarmes del Ejército y servicio de transportes; carmesí para los cuerpos de Estado Mayor y artillería; negros, de terciopelo, para el Colegio Militar; guinda para el servicio de Sanidad y tren de ambulancia; azules para el de telégrafos y ferrocarriles, siendo gris el color de los uniformes; amarillos para los inválidos, y gris para el servicio de Administración Militar. La mojarra de los cascos para regimientos y servicios en las grandes formaciones, llevará un chorro de seda encarnada.

Por lo que ve á las prendas que constituyen el equipo del soldado, han sido también reformadas, á fin de que ofrezcan mejores condiciones de sencillez y comodidad.



Artilleros en traje de campaña.



Caballería.—Trajes de campaña y de gala

¡Piedad, señora!

¡Estoy enamorado de tus ojos!
Líricos, turbadores y arcanos,
abrasan y fulguran con los rojos
incendios de los soles africanos.
A tu santuario acércome de hinojos
con anhelos divinos y humanos.
¡Ten piedad de mis férvidos antojos!
¡Estoy enamorado de tus manos!
Ya no hay para mis pies ruta de abrojos,
ni para mi pasión duelos tiranos.
Ya se fueron del alma los enojos;
ya sueño con los mártires cristianos.
¡Acércame á la hoguera de tus ojos
con el suave contacto de tus manos!

ANDRÉS MATA.

Las Campanillas.

Se estremece, agitada por el viento,
La cortina de azules campanillas;
Flores madrugadoras y sencillas
Que se abren con gentil despertamiento.

Las columpia, al pasar, con manso aliento
El céfiro al venir de otras orillas,
Y en su balcón de verdes redecillas
Hacen visajes al gorrión sediento.

Triunfantes las ha visto la mañana,
Mas morirán al declinar el día...
Es de esas flores mi esperanza hermana.

Como ellas ¡ay! en soledad sombría
Las ilusiones, con su pompa vana,
Nacen y mueren en el alma mía.

VICENTE ACOSTA.

Muy poco deseo y lo poco que deseo, lo deseo poco.—ELIANO.

*

El honor es el más noble estímulo del valor. --VICO.



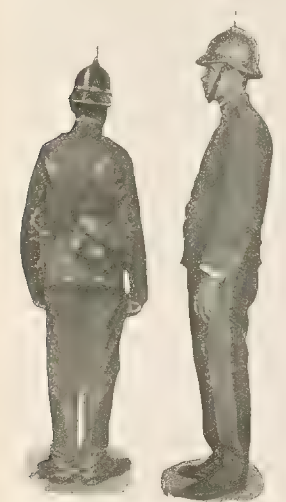
Caballería.—Un oficial y un soldado, en traje de gala.

LA JAULA VACIA

Erase un amiguito muy leal, melancólico, tierno, apasionado, que lloraba y reía para contarme las cuitas de su alma encarcelada y triste.

Hacía tres años que vivíamos juntos. Yo tocaba en el piano mis rapsodias, y en la cárcel estrecha de su jaula poníase á gorjear.

Cuántas cositas dulces, cuántos halagos tiernos modulaba con su garganta, nido de harmonías. A ratos, apasionado, triste, improvisaba una elegía del alma. A ratos, con su nervioso aleteo, saltaba inquieto, rápido, del uno al otro lado de la jaula, intentando con pruebas la fuga, asomando á intervalos por entre la verja su bella cabecita rubia.



Soldados de caballería y artillería en traje de gala.

Qué bien seguía las frases de mi piano. Era un himno al amor y á la naturaleza; eran suspiros hondos de su alma, pidiendo libertad.

Un día le busqué compañera y se alegró muchísimo. Ya no estaba como antes, ya tenía con quien compartir su triste suerte; pero no cantó más.

¡Pobre canario! En fatal hora yo mismo quise que aquella compañera del infortunio lo abandonase; porque era necesario que él cantara, dejando de amar en el sacro silencio de su pasión de artista, y que sus trinos triunfasen en la alcoba lo mismo que antes; sonando como torrente de harmonías, como lamentos y sollozos, como raudal de lágrimas eternas para sus esperanzas de libertad y amor perdidas para siempre.

Abrir la puertecilla para que volase era privarme de su canto, renunciar á su amor y compañía, olvidarlo, quitarle mi cariño. Dejarlo allí, tan triste, tan esclavo y solo, era crueldad. Y pasaban los días.....

¡Pobre canario mío! Una mañana lo encontré muerto. Y con él en la mano, mirando su plumaje de seda, descolorido y mustio, la boquita sonora sin aliento, muda y sombría, y los ojillos entreabiertos, empañados con el hálito infame de la muerte, me acordé de su canto. Y pensé mucho rato, mucho rato...... en la cruel desventura de las almas que, cual mi canario, lloran cantando su esclavitud y en vano claman por el amor y la felicidad ante el egoísmo injusto de sus amos......

F. Pérez Fuentes.



Artilleros en traje de gala.

LA ESPIGA DE ORO

(HOJA DE ÁLBUM)

Símbolo de la vida y de la abundancia, altiva se alza en el campo la espiga, coronada de oro.

*

Cargada de armonías y de fragancias, baja de los pinares de la montaña, que suenan como liras, la brisa de la mañana, á mecerla y arrullarla con primor y delicia.

*

Y el sol, con ósculo de fuego, besa á la dorada espiga, ufano del triunfo de su pasión fecundadora y eterna.

*

Compendio eres tú de la vida y de la belleza, y altiva te alzas con la corona de tu juventud y de tus gracias.

*

Desde el sacro Olimpo, de la lira de los poetas se desprenden, como aves mensajeras, los más suaves versos, que á ti llegan para decirte con primor y delicia las más dulces cosas; y al roce de sus alas en tus labios, se ahoga la armonía en el perfume de tu aliento.

*

Y el Amor, en la plenitud del ensueño y en el éxtasis del deseo, te besa, ufano de encontrar en ti el germen fecundo de la belleza y de la vida.

R. Mayorga Rivas.



Comisión que presentó el proyecto de los nuevos uniformes.



Artilleros, de gala, en formación.

LA OLA

Sobre el trémulo mar dulce resbala
y á la gracia triunfal con que aparece,
el céfiro errabundo un canto exhala
y el palmeral distante se estremece.

Avanza, y un momento resplandece
al sol que se hunde en la insondable sala;
túrgido seno virginal parece,
su espuma, el ampo de la nieve iguala.

Luégo en purpúrea claridad se tiñe
bajo el raro crepúsculo que ciñe
la comba azul de palmas llameantes;

y en beso atronador donde la vida,
rueda sobre la playa convertida
en lluvia de zafiros y diamantes.

Augusto Méndez Loynaz.

EL LOCO

I

«¡El loco, el loco!,» gritó una voz, y al instante, como movidas por un resorte, todas las caras se volvieron hacia el mismo punto. Oyéronse chanzonetas, risas burlescas, risas de esos criminales civilizados que hacen mofa de la desgracia ajena, miradas de indiferencia y frases de compasión. Alguien dijo «¡pobre!»; otros, «¡desgraciado!» Y todas las miradas continuaron fijas en la delgada figura de un hombre que seguía su camino, calle arriba, impávido, ignorante de la alharaca que su presencia producía.

Pregunté quién era el que lograba atraer de esa manera la atención de todos los transeúntes, y se me contestó: «Un infeliz, un hombre que tiene la manía de reconocer á su esposa en todas las mujeres hermosas que encuentra al paso. Las persigue, las molesta y ha llegado á llamar á alguna casa, diciendo que en ella habían escondido á su esposa.»

Al oír esto, por un afán de curiosidad que á menudo se despierta en mí y me hace, inconscientemente, recorrer calles y calles siguiendo á un anciano, á un niño, á un joven ó á un matrimonio que yo creo feliz, apresuré el paso, y casi corriendo por en medio del arroyo, causando la extrañeza de la gente que iba y venía, llegué á dar alcance á un hombre que, lentamente, serio, circunspecto, seguía su camino, volviendo la cara solamente cuando á su lado pasaba alguna mujer bella y bien vestida. Adelantéme un poco, hasta rozar mi cuerpo con el suyo, pues mi maldita miopía sólo á esa distancia me permitía verlo, como deseaba, á todo mi sabor. Era de una regular estatura, pero tan flaco, seco y enjuto, de una delgadez tan extremosa, que lo hacía parecer enormemente alto. Vestía pantalones grises, angostos, pegados á la pierna como la funda de un paraguas; saco negro, excesivamente corto y que apenas le llegaba á la cintura; suplía la falta de camisa con un pañuelo de seda, negro también, anudado al cuello y sujeto con un prendedor de plata, en el que estaban grabadas unas iniciales; cubría su cabeza un sombrero de copa, pringoso y quebrado, y, para completar aquella estrambótica figura, mi hombre lucía un hermoso ramillete de violetas que se balanceaba en el ojal del saco, como las cabezas de un puñado de ahorcados.

El blanco mate de su cuello y de su rostro, resaltaba doblemente sobre el color negro del pañuelo de seda. Era la suya una palidez de neurótico, de enfermo, y tal parecía que la sangre de su cuerpo se había ahuyentado de las venas que entrecruzaban su cara para cargarse toda en los ojos, en esos ojos de grandes pupilas de un azul profundo, ojos hundidos en sus oquedades, circuídos de grandes ojeras amoratadas, pero en los que se advertía un brillo, un resplandor extraño, llameante, que infundía á la vez miedo y respeto.

Como no me separaba de su lado y juntos seguíamos caminando, llegó á fijarse en esto y clavó en mí una mirada que me dejó perplejo y me hizo volver la vista hacia otro lado. Nunca ha caído sobre mí una mirada como la de los ojos del loco. Odio, rencor, desprecio; todos los sentimientos y todas las pasiones malas estaban amalgamadas, por decirlo así, en el veneno de aquella mirada que brotó de sus ojos y se clavó en los míos. No fué, sin embargo, bastante á amedrentarme y seguí caminando cerca de él.

II

Anochecía. Comenzaban á chirriar los carbones encendidos de la luz eléctrica, cuando, ¡al fin! salimos de las calles populosas para internarnos en las silenciosas de los barrios.

Era todo lo que yo esperaba. Me acerqué al loco y le toqué la espalda, resuelto á decirle algo. No me dió tiempo para ello. Volvióse hacia mí, se detuvo un momento, miróme de nuevo fijamente, con su horrible mirada, y echó á andar apresurando el paso. Le seguí también, y al poco rato, sin tocarle:

—Dispénseme usted, amigo mío, le dije dando á mi voz una entonación dulce y cariñosa.

—Déjeme en paz—exclamó con voz débil, apagada, que parecía salirle de las concavidades del estómago.

Insistí, rogué, juré que no era yo un enemigo; que no quería burlarme de él; que viera en mí á un amigo; sí, á un amigo que quería consolarle si sufría. ¿No sabía él, acaso, que las penas, por grandes que sean, disminuyen si podemos confiarlas á una persona que se interese por nosotros?

Hablé mucho; supliqué más, acariciándolo, consolándolo, y, por último, logré meterlo en el cuartucho que servía de cantina en una taberna del barrio.

Pedí al dependiente una botella y dos vasos, é hícele seña de que nos dejara solos. El loco llenó los vasos de un alcohol amarillento; apuró el suyo, aprovechándose de los momentos en que yo encendía un cigarro para repetir la operación con el vaso que me pertenecía; coloreósele el rostro, arrojó una bocanada de humo, y, con voz de ventrílocuo, dijo:

—No, no, señor, yo no soy loco como el vulgo cree. Usted que parece ser un hombre honrado, usted que se interesa por mí, usted que es... que quiere ser mi amigo, usted, ¡el único!, sabrá la causa de mis desgracias.

¡Al fin hablaba! ¡Al fin triunfaba mi curiosidad!

Bebió de un solo trago la tercera copa de aguardiente, y comenzó á contar, con infantil sinceridad, la historia de su infortunio.

Poco á poco fué animándose; temblábanle las manos, y conforme iba adelantando en su relato, notaba yo en su voz esas inflexiones, esos «trémolos» que sólo produce el dolor verdadero cuando hace vibrar las cuerdas del sentimiento......

III

Sí, sólo después de seis años, seis años horribles de humillaciones, de vejámenes y de sufrimientos, de verdaderos fuetazos dados en su orgullo de hombre y en su amor propio de desheredado, consiguió ver realizada su única ambición: hacer suya aquella mujer á quien adoraba.

Ella le quería, le quería mucho, supuesto que por él dejaba todas sus opulencias y comodidades de niña mimada y rica, por la humilde casita de bohemio enamorado que él la ofrecía. ¡Qué feliz era y cuánto le agradecía la felicidad que con su amor le había dado! Todavía recordaba las muchas veces que, ya unidos, en su hogar, de rodillas ante ella y empapándole las manos con sus lágrimas, entre promesas de eterno amor, le renovaba su agradecimiento....



Una noche, una noche de Diciembre, fría, lluviosa, llegaba tarde del Circo, donde, contra su costumbre, á instancias de sus amigos, había bebido un poco. Iba exaltado, nervioso, algo trastornado de la cabeza. Al acercarse á su casa, vió que la puerta del zaguán estaba abierta, y que un hombre salía por ella y entraba en un coche apostado cerca de la banqueta, á tiempo que una figura blanca desde el balcón saludaba y decía: «Adiós.»

¿Fué un sueño? ¿Fué realidad? No lo supo, no lo sabe todavía. Frenético, delirante, loco —¡y en esos momentos sí que estaba loco!— se lanzó por la escalera arriba y llegó hasta la alcoba.

¡Ahí, en la cama, estaba ella, dormida ó fingiendo que dormía!

Ciego de ira y de odio, de ese odio que sólo se siente por las personas á quienes más se quiere, á quienes se quiere mucho, la cogió por las muñecas, la estrujó, sin hacer caso de sus gritos, la sacudió, la escupió en el rostro su delito con frases burdas, groseras, frases que había aprendido en cantinas y en otros sitios de igual jaez, y... ¡maldita memoria!... tal vez llegó hasta pegarla, hasta amenazarla con el revólver que nerviosamente oprimía su mano!

¡Qué noche tan horrible! Ella, en su cuarto, llorando, loca y desesperada; él, en la sala, febril, nervioso, paseándose agitadamente, hasta que ya muy tarde, el sueño lo venció y cayó pesadamente sobre un sofá......

IV

¿Se enteraron los criados?...... ¿Comunicaron á los padres de su amada la terrible escena de la noche anterior?...... Lo ignoraba también. Ya muy tarde, despertó, recordó lo acontecido; y temeroso de haber sufrido una ofuscación, deseando suplicar, pedir perdón, arrepentirse y besar una vez más, siquiera fuese la última, aquellos labios que le habían brindado las mieles de la dicha, corrió hacia la alcoba, jadeante, trémulo, temiendo una locura, y...... ¡nadie! vacía la estancia, vacío también el guardarropa, revueltas las mantas del lecho, y allá, sobre el mármol del lavamanos, un ramo de violetas; entre las flores, frescas y olorosas, un papel rugoso y en él escritas, de prisa, con lápiz y con caracteres temblorosos, estas palabras:

«Te has engañado. El hombre á quien sorprendiste anoche ., era mi padre. Todo lo ha



sabido... No me voy; me arrancan de tu lado. Todo te lo perdono.... Búscame.... ¡y no me olvides!»

¡Infame! ¡Asesino! ¡Ladrón de su vida, sí, de su vida, porque se la habían arrebatado con ella, con su mujercita, para llevársela... ¿á dónde, Dios mío, á dónde?

—Pero yo la encontraré, concluyó el loco, iracundo, transformado, desconocido, dando en la mesa un sonoro puñetazo. ¡Yo la encontraré, pese al mismo cielo! ¡Oh, y entonces!...

No pudo decir más. Una ola de sangre le subió al rostro; centelleáronle los ojos con más fulgor que nunca, y entre grandes sollozos, trémulo el cuerpo como el de un azogado, cayó de bruces sobre la mesa, deshecho en lágrimas.

Permanecí callado, respetando aquel dolor infinito que logró también humedecer mis ojos; y pasado un largo rato, cuando comprendí que ya se había desahogado, me acerqué á él, le alcé la cabeza, sequé sus lágrimas con mis propias manos, lo obligué á recostarse sobre mi pecho y acariciándolo como pudiera hacerlo con un chiquillo, tuve para él frases de consuelo que no he podido repetir jamás.

Tomó mis manos entre las suyas, las besó muchas veces y fijó en mí sus ojos, sus grandes ojos de un azul profundo, empañados por las lágrimas. Pero ya no había en ellos esa mirada horrible que me hacía daño: de esos ojos parecía partir, suave, acariciadoramente, una mirada impregnada de cariño, de un agradecimiento tan grande, que me impulsó á arrojarme entre sus brazos.

El loco sonrió levemente.

—¡Gracias! me dijo entre sollozos.

¡El loco estaba curado! ¡Habíase realizado el milagro de las lágrimas! ¡Las lágrimas... el supremo remedio para los grandes dolores de las almas buenas!

MANUEL M. PANES.





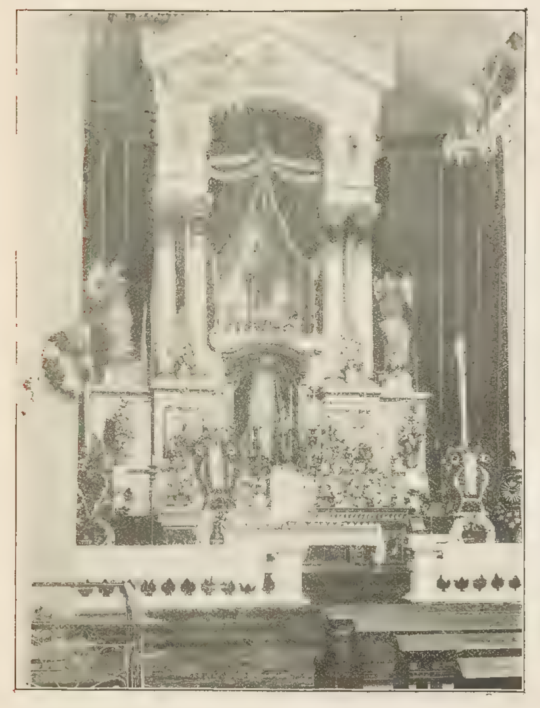
EL NUEV

PIO X RECIBE DE LOS CAR! _A PRIMERA



O PONTIFICE

DEMOSTRACION DE EDIENCIA EN LA SALA DEL VOTO.





SANTUARIO DE LOS ANGELES.—Altar mayor y detalle del interior.

El Santuario de los Angeles.

Verbena popular.

Año por año se celebra en la plazuela de los Angeles una verbena que atrae á multitud de paseantes y que, desde tiempos muy remotos, está considerada como una de las más populares. Las calles que conducen á aquel apartado barrio aparecen engalanadas, desde las primeras horas del día, con los múltiples adornos que son de rigor en las fiestas del pueblo: gallardetes y flores de papel de China, guías de follaje, cortinas de gancho prendidas á las puertas y ventanas, estampas toscamente dibujadas, esferas de cristal y lazos que, tendidos á lo ancho de la calle, de azotea á azotea, simulan una techumbre policroma que el viento agita sin cesar y que la lluvia desmenuza. El gentío que llena la vía pública aumenta por momentos, se extiende á lo largo de las aceras una hilera de puestos cargados de frutas que la multitud entre vaso y vaso de pulque devora, y de chucherías que los niños reclaman á gritos, y las murgas callejeras, encaramadas en el entablado que amenaza desplomarse, «regalan» los oídos de aquella muchedumbre en que se codean el ebrio escandaloso y la mujer de malas costumbres, el artesano y la doméstica, el rapazuelo y el hombre de mundo.

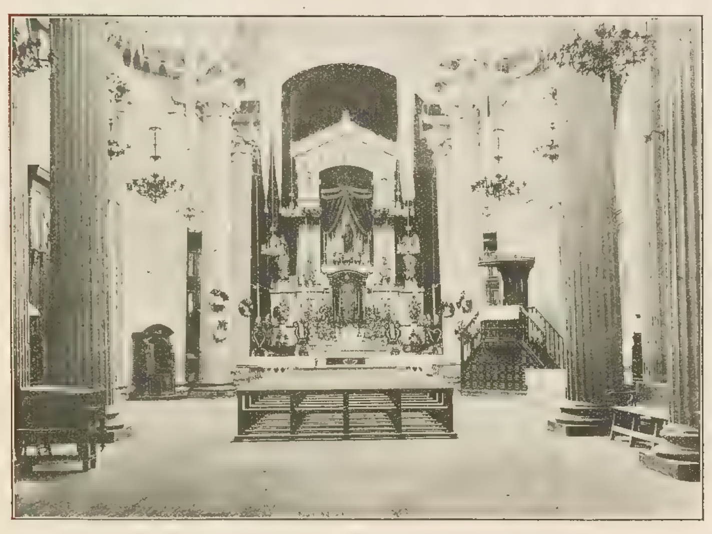
Las «luces» son uno de los mayores atractivos de la fiesta y lo que más concurrencia ha llevado siempre á los Angeles. Las bocacalles se ven henchidas de espectadores y el tráfico tiene, necesariamente, que interrumpirse mientras la diversión es celebrada con gritos y silbidos. En este año, la verbena, que más de una ocasión ha dado margen á serios escándalos, resultó muy lucida, no sólo por lo numeroso de la concurrencia que durante el día de la función religiosa visitó el templo y la plazuela, sino también por la infinidad de «vendimias» que había instaladas al aire libre, con gran regocijo de los paseantes.



Acerca de la devoción que nuestro pueblo bajo tiene por la Virgen de los Angeles y del Santuario en que esta imagen se venera, nos parece del caso extractar algunos apuntes que corren impresos en un libro publicado en 1781.

En 1580 hubo en la capital de Nueva España una terrible inundación que causó á los habitantes de México muy serios perjuicios: se suspendieron las fiestas religiosas y civiles, escasearon los víveres, cerró sus puertas el comercio, y muchas casas, particularmente las del rumbo de los Angeles, vinieron por tierra á consecuencia de los deslaves de los techos y de los muros. Los muebles de las habitaciones fueron arrastrados por las corrientes, y, sin que nadie supiera de dónde había salido—dice el autor de la obra á que hacemos referencia,—se vió entre los distintos objetos que flotaban sobre las aguas, una «hermosa imagen de María Santísima, pintada en lienzo, que conducida en las ondas enfurecidas y agitada con su muchedumbre y con los vientos, fué llevada al barrio de «Coatlán,» ó Lugar del Salitre, hasta parar en el mismo sitio en que hoy se venera.»

Atribuído á milagro, como era común y corriente en aquellos tiempos, el hallazgo de la imagen, un cacique noble mandó construir á sus expensas una capilla de adobe en donde estuvo expuesta á la veneración de los fieles; mas como la pintura se destruyera en parte, debido á la «humedad y traqueo de las olas,»



SANTUARIO DE LOS ANGELES.—Interior





el mismo cacique mandó reproducirla en la pared principal del «oratorio,» encargando á los pintores que «imitaran y copiaran fielmente la imagen de la Reina de los Cielos.»

La imagen fué venerada primero bajo la advocación de la Asunción y después bajo la de la Purísima, sin que se sepa á punto fijo por qué ha venido á llamársela «de los Angeles.»

La capilla, casi destruída por el abandono en que estuvo durante largo tiempo, fué reedificada en 1737, según asienta el señor González Obregón en su libro «México Viejo.» Al año siguiente un particular comenzó á construir un nuevo edificio, y como no le fuera posible terminarlo, dejó hechos únicamente los cimientos y parte de los muros.

Por último, diremos que el terrible temblor ocurrido en abril de 1776, hizo que la devoción del pueblo por la Virgen de los Angeles, aumentara extraordinariamente, pues fué incontable el número de los que acudieron al sitio en que se conservaba la imagen para implorar su auxilio contra el terremoto.

El templo actual, uno de los más hermosos de México, se comenzó á construir en 1808.

Siento que hay un Dios, y no siento que no lo haya. —LA BRUYERE.

*

El más rico de los hombres es el económico, y el más pobre el avariento.—CHAMFORT.

*

El curso de la vida de un gran hombre, queda como un monumento imperecedero de la humana energía.—SMILES.

*

A quien más sabe, le desagrada perder el tiempo.—DANTE.

Primaveral moderna

Obligado á transladarme á una capital de provincia, al Noroeste de España —de esta España que los extranjeros se imaginan siempre achicharrada por un sol de justicia,—hice mis maletas sin olvidar mi ropa de abrigo, aunque esto sucedía á principios de mayo, y al subir al tren, me instalé en el departamento de «no fumadores,» aspirando á fumar en él á todo mi talante, sin que me incomodase el humo de los cigarros ajenos pues ese departamento suele ir completamente vacío.

En efecto, hasta el amanecer, hora en que nos cruzábamos con el expreso de Francia, nadie vino á turbar mi soledad. Dormía yo profundamente, envuelto en mi manta, cuando se realizó el cruce. No sé si á los demás les sucede lo que á mí; si también notan, dormidos y todo, la sensación extraña y obscura de no estar ya solos, de la presencia de «alguien.» Yo percibí esa sensación durante mi sueño, y poco á poco me desperté. A la luz blanquecina del amanecer vi en el asiento fronterizo á un viajero. Era un mozo como de unos diez y nueve á veinte años, de cara fina é imberbe. Su obscura gorrilla de camino, parecida á la prolongada toca con que representan á Luis XI, acentuaba la expresión indiferente y cansada de su fisonomía y la languidez febril de sus ojos, rodeados de ojeras profundas. Sus manos enflaquecidas se cruzaban sobre el velludo «plaid» que le abrigaba las rodillas y le tapaba los pies; caído sobre el «plaid,» había un volumen de amarilla cubierta.

Mi imaginación, activa tejedora, sobreexcitada además por el movimiento del tren, se dedicó al punto á girar en torno del viajerito enfermo. Discurrí la manera de entrar en conversación con él, y la encontré en el socorrido tema del cigarro.

—¿Sin duda le incomoda á usted el humo, cuando se ha venido á este departamento?—pregunté, haciendo ademán de embolsar la petaca después de haberla sacado por una inadvertencia.

—No, señor—contestó el mozo en voz opaca y mate, como si realizase un esfuerzo penoso.—Puede usted fumar. Yo también fumaría si no me lo hubiesen impedido.

—¿Está usted indispuesto? preguntó demostrando interés; y la respuesta afirmativa me dió hecha la plática que deseaba entablar. Nadie se resiste á hablar de sus padecimientos, sean reales ó imaginarios. Mi compañero, dengosamente al principio, animándose gradualmente después, me enteró de cuanto quería: era venezolano, hijo de un español: venía de París, adonde le había enviado su familia para que se instruyese y formase, y atacado de un mal indefinible, tal vez neurosis complicada con anemia profunda, se dirigía, por consejo de los médicos, á pasar el verano al Noroeste de España, en casa de un hermano de su padre, rico propietario, dueño de una quinta en el Valle de la Rosa.

Al oír este nombre dulce y sugestivo, batí palmas; el Valle de la Rosa estaba cerca de la ciudad á que me encaminaba yo.

—¿Conoce ese sitio?—preguntóme con el peculiar acento de su país mi compañero de viaje, que se endere-







Instantáneas de la verbena de los Angeles.

zó, echando á un lado la manta con desenfado.

—¡Sí lo conozco!—respondí.—He vivido más de tres años en Urbígena, adonde voy ahora otra vez, y el Valle de la Rosa, en que veraneábamos, lo tengo tan presente como si lo estuviese viendo, como lo veremos á medio día desde esa ventanilla. No cabe soñar nada más divino. Vamos á pasar una serie de montañas abruptas, hasta áridas y peladas, por lo menos en esta estación, pues en junio se cubren de terciopelo verde; pero el Valle, que recoge todo el sol y toda el agua de las arroyadas del invierno, ¡es un verjel, un paraíso! Le sorprenderá á usted el cuadro que presenta. En este tiempo del año, los árboles están igual que si hubiese nevado copiosamente, de tanta flor como los reviste; los albaricoqueros y los pavíos son plumajes rosa pálido; las fresas rojean y huelen á gloria; los senderos están llenos de violetas tardías, y las camelias, que allí son árboles corpulentos, tienen al pie una alfombra de hojas encarnadas de una cuarta de espesor. Verá usted qué verde tan delicado el de los praditos, qué de agua cristalina en las fuentes; y por los setos, cuánta rosa silvestre, que han dado nombre al Valle. ¡Y las aldeanitas! ¡El día que se cuelgan los aretes de filigrana y se atan el «dengue» con las cintas de seda! No sé si ellas son realmente tan guapas, ó es que las hermosea la naturaleza, que lo embellece todo.

El mozo guardó silencio, con el ceño fruncido y una chispa de descontento en las negras pupilas; y de pronto, mirándome fríamente, murmuró:

—¡La Naturaleza! Para mí no hay cosa más antipática.

La extrañeza me impidió hasta protestar. Me quedé turulato, como solemos quedarnos cuando oímos una heregía muy gorda, algo que echa por tierra afirmaciones que creemos indiscutibles y evidentes. El enfermo, sonriendo con sarcasmo, continuó:

—Ya ve usted si he nacido en un Continente de naturaleza espléndida ... Supongo que por lo mismo la detesto doble. Todo lo natural me parece estúpido, bueno sólo para la gente rutinaria y mansa... Para los especieros, como decimos en París.... ¡El agua!, ¡los bosques!, ¡los prados!, ¡las florecitas del campo! ¡Beéee!—é imitó el balido de la oveja.—¿Qué sentido puede encontrarse en nada de eso? ¿Dónde existe función más mecánica, menos intelectual que la de la Naturaleza? Llueve, brota la vegetación; hace sol, se agosta; llega el otoño, las hojas caen; viene la primavera, vuelta á salir.... Es puramente animal; fisiología ruin. No sé por qué la manía de conservar la vida ha de hacernos transigir con las cosas más opuestas á nuestros gustos y á nuestras convicciones.... Yo preferiría morirme en París, en el bulevar, sobre su asfalto, que vivir ahí en ese Valle de la Rosa, que por su descripción de usted debe ser el arquetipo de la vulgaridad, el oasis de un paisajista cursi.

Al decir estas amenidades, matices de carmín tiñeron las mejillas demacradas del joven enfermo, y sus labios, que apenas sombreaba una dedada de bozo obscuro, se contrajeron irónicamente.

—La belleza—prosiguió, notando que yo me escandalizaba, y encantado de ello,—la belleza no es lo natural, sino al contrario, lo artificial, obra del hombre, creación de su inteligencia emancipada del ciego instinto. No me dé el racimo, sino el licor; no la tez virginal y lavada en agua pura, sino la que ha curtido é impregnado el amor y adobado la perfumería; no el bloque de mármol, sino la estatua de Carpeux; no la rosa rústica de los setos, sino la orquídea monstruosa criada en estufa; no el animal viviente, sino la sierpe de esmalte y pedrería ó el pájaro que canta por el mecanismo. La obra del hombre civilizado va en sentido contrario á la Naturaleza. La Naturaleza se acuesta temprano y nosotros tarde, haciendo de la noche día; la Naturaleza es sencilla, y nosotros somos complicados; la Naturaleza no aspira sino á perpetuar la especie, y nosotros, ¡qué diablo! ¡si la pudiésemos suprimir!

Estas y otras teorías análogas desarrolló exaltadamente mi interlocutor, mientras nos acercábamos al Valle de la Rosa, que por fin avistamos cuando el sol ascendía á su zenit. Viva fragancia de madreselvas, en ráfagas de esencia arrancadas por el airecillo juguetón, penetraba en el departamento; y en un prado de un verdegay ideal, una gran vaca roja, acostada, parecía inmóvil esfinge de cobre. Allá abajo se posaban, como grupo de palomas torcaces, las casitas, y cerca de nosotros una fuente sombreada por sauces pálidos, se desataba murmuradora, dándome envidia de beber un trago en el hueco de la mano, á manera primitiva. Confieso que olvidé enteramente á mi compañero de viaje para recrearme en aquellos pormenores, y sólo le recordé al notar que el tren se detenía y escuchar que el artificialista me decía con frialdad:

—Feliz viaje, adiós; he tenido gusto en conocerle. ¡A su servicio!

Saludé y tendí la mano, declarando mi nombre y profesión: Félix Llaguna, Magistrado....

—Aristeo Abigail Fierro, poeta—respondió no sin algo de sequedad altanera el enfermo, volviéndose para recoger su pulcro maletón de cuero inglés y su sombrerera, que le entregó al criado que le esperaba con un birlocho.

Y como yo hiciese un movimiento al oír lo de «poeta,» añadió sin perder la seriedad:

Poeta decadente.

EMILIA PARDO BAZÁN.

DAMAS MEXICANAS.—Srita. María de la Encarnación Espinosa, (de Orizaba).

MUSA ANTIGUA

En el álbum de la señorita Carmen Fortuño.

Yo un poeta no soy; que los poetas
Pulsan su propia lira;
Y yo tan sólo soy una arpa muda
A quien su dueño en el salón olvida;

Y si no hay una mano que la pulse,
El arpa núnca vibra;
Y si hay notas que viven en sus cuerdas,
En sus cuerdas están como cautivas.

¡Ah, cuántas notas que brotar no pueden
Hay en las cuerdas mías!
Son aves mil, de un bosque habitadoras,
Por la nieve invernal entumecidas.

Alguna vez de príncipes ya muertos
De la Musa Latina
Vienen á mí las almas, y ellas solas
Mis cuerdas pulsan y á cantar me obligan.

Pero es porque lamento que la Muerte
Acallara sus liras,
Y anhelo que sus himnos sonorosos
En mis cuerdas encuentren otra vida.

Y así canta Catulo sus amores,
Su amarga hiel destila,
Y maldice de Lesbia, de esa Lesbia
A quien él amó tanto, la perfidia.

Y Horacio canta el vino y los placeres,
Las gracias de Barina,
Y entona con dulcísima ternura
Su diálogo de amor de Horacio y Lidia.

Y así Virgilio, ocioso bajo una haya,
Del Mincio á las orillas,
Con su zampoña pastoril celebra
Del predio readquirido las delicias.

Mas de esos cantos, apagados ecos
Son los que en mi arpa vibran;
E imitar nunca pueden la belleza
De aquella incomparable poesía.

¿Serás tú acaso espíritu errabundo
De la Musa Latina,
Y por eso pretendes tú de mi arpa
Las notas arrancar hasta hoy cautivas?

¡Ah! si es así, ¡oh Musa inspiradora!
Sé tú la bienvenida;
Haz el arpa vibrar y en honor tuyo
Desatará torrentes de armonía.

Mas ya lo ves; sus cuerdas están mudas;
Y aves entumecidas
Sus notas son; las hielan en sus nidos
Las nieves del invierno de mi vida.

JOAQUÍN D. CASASÚS.

Julio 30.



El cañón Bange, de tiro rápido.

Un triunfo del señor Coronel Mondragón.

Con éxito verdaderamente satisfactorio, se efectuaron en París, ha-



Attachés militares que concurrieron á las pruebas.

ce poco, las pruebas del cañón Bange de tiro lento y afuste rígido, transformado por el señor Coronel Manuel Mondragón en cañón de tiro rápido y afuste deformable.

A las experiencias estuvieron presentes los attachés militares de las Legaciones de Inglaterra, Estados Unidos y otros países, así como algunos oficiales del Ejército francés y multitud de particulares.

Al hacerse los primeros disparos, la concurrencia quedó sorprendida al ver la inmovilidad del montaje de la boca de fuego y el perfecto funcionamiento de su mecanismo. Veintitrés disparos en un minuto, fueron suficientes para demostrar el éxito alcanzado por el inventor, y las ventajas que para la artillería ofrece la nueva pieza.



El Coronel Mondragón explicando el mecanismo de la pieza.

Para que nuestros lectores se formen una idea de la importancia que reviste la modificación hecha á los cañones Bange de 80 milímetros, por el Coronel Mondragón, diremos que en la actualidad esas piezas se consideran casi inútiles para el combate por ser, ante todo, de tiro lento, y que, transformándolas conforme al mecanismo ideado por aquel distinguido militar, pueden tenerse como unas de las más eficaces y sencillas para el manejo. La transformación, por otra parte, resulta muy poco costosa.

El Coronel Mondragón recibió numerosas felicitaciones por los brillantes resultados obtenidos en las pruebas.



Amor de Amores

Decid una sola palabra, y un ejército de esclavos, negros como el fondo del precipicio de Geb-Elvira, se pondrán á vuestras órdenes; decidla, y de la Circasia y de la Armenia, doncellas vendrán á quemar perfumes en vuestro camarín.

Amadme, noble Alicia, y en los treinta y dos remates de vuestra condal corona engarzaré joyas tan valiosas que los soberanos más ricos envidiarán vuestra riqueza.

—Esperad, rico Don Nuño.

***

—Por vos, mi hermosa dueña, he vencido en cien combates, y los cascos de mi corcel de batalla han machacado más cráneos enemigos que hebras de oro tenéis en vuestras blondas trenzas.

Guerrero y rudo soy, oídme.

Dadme vuestro amor, y en cambio seréis señora de cuantas tierras se divisan desde el más alto pico de Sierra Bermeja; dadme vuestro amor, y en cambio alfombraré vuestra estancia con banderas enemigas; dadme vuestro amor, y en cambio derribaré con mi lanza cien tronos para hacer uno digno de vos.

—Esperad, esperad, valiente Don Gonzalo.

***

—Señora: mi bien, mi luz, mi cielo; no aspira á vuestro amor el pobre bardo; pero si le permitís que os ame, si le permitís que bese humilde el borde de vuestra túnica, él vendrá todas las mañanas cuando el alba sonría, y os despertará cantando amores, y pondrá en su lira notas dulces, como el gorjear de los pájaros ecos suaves como el murmullo del arroyuelo; permitidme que os ame, condesa Alicia, y de mi arpa brotarán himnos á vuestra soberana hermosura, cantos á vuestros ojos azules como la flor de los acianos; y cuando surja la noche del fondo del lago, el trovador arrullará vuestro sueño entonando cántigas misteriosas y refiriéndoos, entre los arpegios de su laúd, las baladas fantásticas que endechan las náyades en sus palacios de cristal, y los coros que canturrean los gnomos martillando en las entrañas de la tierra.

—Espera, espera, espera..., mi buen trovador Fernán.

***

—Riquezas, poder y amores te brindan, mi hija querida; si los aceptas, sola, muy sola quedará tu madre, vieja y sola como la vieja torre feudal de Aguilares.

Para ti tu madre anciana sólo tiene cariño.

Alicia, mi hermosa hija, no te apartes de mí, yo te amo más que el rico Don Nuño, más que el guerreador Don Gonzalo, más que el buen trovador Fernán.

***

....

El ábrego gemía estrellándose en la cruz del camino; en la cruz que velaba el inacabable dolor de una anciana.

Sonriente de gozo, acompañando á una gran dama, pasó ante la cruz y alejóse el rico Don Nuño.

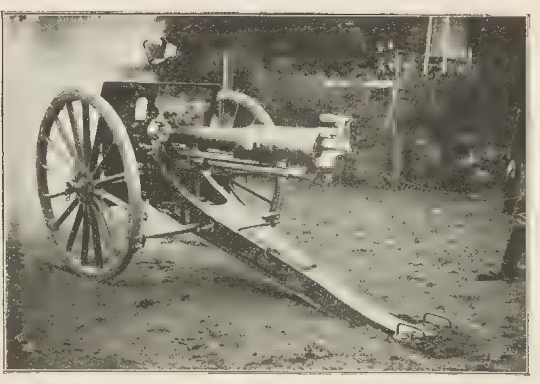
Refrenando el corcel, el Alférez de Don Gonzalo depositó al pie de la cruz el último trofeo arrancado por su señor al enemigo.

Arrodillado ante la cruz el trovador Fernán, entonó una endecha triste como el ¡ay! de un agonizante, y, rompiendo las cuerdas de su lira, se marchó para nunca más volver.

Sola, sola, velando día y noche sobre la tumba de su hija, quedó la anciana Condesa de los Aguilares, y cuando Fernán alejábase, la infortunada señora, sollozando, exclamó:

—¡Alicia, mi hermosa hija, la muerte de mí te apartó; pide á la muerte que me lleve pronto á ti; porque yo te amé y te amo más que el rico Don Nuño, más que el guerreador Don Gonzalo, más que el buen trovador Fernán!...

M. R. Blanco.



Un disparo con el Bange reformado.



TIPOS NACIONALES.—India yaqui.

LIED

I

La tez ruborosa
y humildes los ojos,
mi amada sonríe, sonríe como ángel,
y escucha á mi lado mi canto amoroso.

—Oye, platero!
Afila el cincel, y pronto
para el dedo de mi novia
hazme un anillo de oro.

II

«Adiós, mi adorado»
me dijo llorando......
Qué triste es la ausencia! Qué tristes mis noches,
y en vano la espero, y en vano la llamo!

—Oh tapicero!
Para guardar su retrato
y las cartas que me escriba,
hazme una caja de raso.

III

Mi alma solloza,
mi vida es martirio......
¡Qué triste que canta la brisa de invierno!
¡Qué triste mi alma se muere de olvido!

—Sepulturero!
Mi ataúd está ya listo......
hazme una huesa muy honda,
que quiero dormir tranquilo!

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

El canto de la esclava.

Sentada sobre sus muelles cojines, los pies desnudos y ungidos con oliente sándalo; el pebetero exhalando vahos de resinas que embriagan con su aroma; el arpa apoyada en el hombro, los dedos prestos á herir las cuerdas, así está la bella esclava, así se prepara á cantar el triste salmo de su servidumbre, que el señor, hastiado y desdeñoso, escuchará somnoliento allá en su diván riquísimo.

«Yo soy el «hanum,» dichosa, dice cantando la bella sierva; yo soy la «vencedora de los corazones,» y el de mi Señor, «el hermano del Sol,» lo tengo á mis pies.

«Yo soy una de las cuatro «cadinas,» para quienes el Gran Señor guarda sus calientes besos y su primer abrazo cuando el sol deja de dorar los ajimeces del Serrallo. Yo tengo mi kiosco primoroso y mi corte de reina, mis altos funcionarios, mis eunucos negros, mis esclavas blancas, mi carroza de oro, mi góndola forrada de raso, y tengo «mi dinero de las pantuflas,» que es la renta de una provincia del reino inmenso de mi dueño y siervo.

«Yo canto y él se conmueve; bailo y él se alegra; río y se desarruga su frente, como el ceño del cielo desaparece ante el rayo del sol; suspiro y entristece, lloro y quiere morir.

«Mas, detrás de estos muros altos y espléndidos que limitan mi reino, dejé un país vasto, y en él un hogar pobre, con dos ancianos que acaso han muerto ya del dolor de mi ausencia.

«Toma, Señor, los brocados con que me cubres, las joyas con que me adornas; y toma tu carroza y tu góndola; y la corte con que me honras, y las esclavas con que me sirves, y el dinero con que me envileces; toma tu corazón con que me engañas, y déjame tan sólo un par de sandalias con que atravesar el desierto, para ir á encontrar á mis padres y besar el suelo en que libre nací, pobre é inocente.»

Eso canta la esclava hermosa, y una lágrima brota de sus ojos grandes y negros.

Riquezas, honores, voluptuosa molicie, nada llena el alma del esclavo que no ha nacido para serlo. ¡El aire libre, el suelo propio, el techo humilde, pero sin guardas, el cuerpo fatigado, pero sin cadenas, el pensamiento rey, la conciencia soberana; y sobre la frente tan sólo la mirada de Dios!—N. BOLET PERAZA.

La canción de las naranjas.

Con los golosos labios, irritados
por el ardiente zumo, amada mía,
y á plena luz, atravesando huertos,
cantemos la canción de las naranjas!
Falsamente modestas, han ceñido
su roja piel con el ramaje obscuro,
como mejillas de mujer, brotando
de entre el desorden de cabellos negros,
como rosas en medio de las ruinas.
¡Son las hijas del Sol, las encargadas
de esparcir su alegría por el mundo!
—Muerde ésta, amada, con tus blancos dientes
y entorna las pupilas, recordando
la gloria de los árabes!—Sus fiestas
llenas de luz; los patios y las cañas,
los húmedos jardines y los baños
desbordantes de vida, estremecidos
por el largo reír de las Sultanas
y el dulce suspirar de las cautivas:
recuerda, amada mía, las Huríes
que están, como naranjas luminosas,
tentando el apetito de los buenos
en el gran paraíso de las almas!
¡Muerde, mujer traviesa, el fruto ardiente
y que el zumo abundante, al escaparse
por el labio entreabierto, corra en hilos
por tu sedosa piel, y cuello y manos
huelan como naranjas al besarte!
—Así resbala el agua entre los labios
abiertos de las piedras; así el Día,
como triunfante risa, se desprende
de la siniestra boca de la Noche,
cuando sus labios gigantescos—cielo
y tierra—se entreabren. ¡Muerde, amiga!
¡muerde los frutos de color de fuego
y sorbe ufana el abundante zumo!
¡Las lluvias tristes, las neblinas densas,
las nieves del invierno se detienen
ante el azul país de las naranjas!
Triunfan las favoritas de la Vida
junto á la espuma de las playas rojas,
y el pueblo, recibiéndolas alegre,
las imagina dones misteriosos
que cultivan las manos de las hadas
para bien de los dioses. Y, al gustarlas
las niñas atrevidas, á su hermano
cuentan la historia de las tres menudas
naranjas del Amor! ¡Muerde, adorada!
¡Muerde los frutos del amor, que tienen
la corteza de fuego y la piel suave
como un ala de blanca mariposa!
¡Muerde, esperando el triunfo del Verano,
los deliciosos frutos del Invierno!
Sí, cuando todo pase, en los lejanos
tiempos de la vejez contemplativa,
cuando á la cumbre de los montes llegues
donde todo son témpanos y rocas,
todavía con gusto las cansadas
pupilas volverás hacia los valles;
todavía los frutos encarnados
como labios alegres, desde lejos,
te dirán maliciosas expresiones;
y con risa benévola -ya anciana,
ya flor medio caída en lo infinito—
bendecirás tu juventud de amores!
—Aquel azul país de las naranjas.

E. MARQUINA.



NUESTRO PAIS.—Plaza de la Constitución en Sayula, (Jalisco).

Bellas Artes.-IDILIO ORIENTAL



EL MUNDO ILUSTRADO

Año X—Tomo II—Núm. 7 | México, Agosto 16 de 1903. | Subscripción mensual foránea $1.50 Idem. Idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. | Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



LA CORONACIÓN DE PÍO X.

Una lección de moral.

(Véase el artículo "Las matanzas de frailes.")

No bien mi abuelo «tuvo viento,» como dicen los franceses, de que había «dos colgados» en la Plaza de Armas, debe haberse dicho: «ésta es la mía,» y tomándonos de la mano á Carlos mi hermano y á mí, nos condujo al pie del patíbulo para darnos una lección «objetiva» de moral.

Es sorprendente que en aquella época, ya remota, en la que ni Pestalozzi ni Froébel eran conocidos entre nosotros y en que las reformas pedagógicas no eran ni sospechadas en México, se aplicaran ya las lecciones de cosas á la educación moral.

En efecto, cada vez que había fusilado, y nada más frecuente que el que lo hubiera, los padres y tutores madrugaban y hacían madrugar á sus hijos ó pupilos, para llevarlos á presenciar la ejecución, hacerles palpar á dónde conducen el vicio y el crimen, y demostrarles prácticamente que por descuidar el silabario ó el catecismo, puede llegar un hombre á la deshonra y á la muerte.

En aquella sazón, tenía yo un miedo cerval á los muertos, y los espectáculos cruentos me horripilaban y causaban vértigos. Bien hubiera querido quedarme en casa y dejar en paz los restos de los que fueron; pero mi abuelo no cejó, y hube de acompañarlo, pálido y trémulo, como si me fueran también á fusilar.

Llegamos. No olvidaré jamás aquel espectáculo. Los bandoleros pendían de dos de los faroles de la plaza, frente á Palacio. ¡Qué cabelleras hirsutas! ¡Qué barbas incultas, crecidas y ralas! Un lodo sanguinolento manchaba sus caras y sus ropas; en las blusas rojas se dibujaban y destacaban coágulos renegridos. Colgados de las arcas, con unas cuerdas, sus cabezas pendían como abatidas y meditabundas y sus ojos entreabiertos parecían mirarnos al soslayo. De tiempo en tiempo, por entre aquel «aguacero de mechas» y «de hilachas,» que diría Guillermo Prieto, se deslizaba por una hebra de harapo ó un hilo de cabellera ó de barba, una gota de sangre, rubí en el basurero, y caía al suelo.

Yo no tenía para aquel espectáculo más que estupor y náusea, y no podía desviar los ojos de tanta miseria y de tanta ignominia. Por la primera vez de mi vida la muerte se me ofrecía en cínica y triunfal apoteosis, tinta en sangre, erizada la melena de Euménide y alzando en alto un padrón de infamia: «¡Por ladrón!»

Mi abuelo hablaba entre tanto. Yo casi no oía de su discurso más que palabras sueltas: virtud, trabajo, honor....... Era la lección de moral dada al oído, con voz anegada en lágrimas é impregnada de profunda y sincera emoción. Poco á poco, y arrebatado por su propia elocuencia, la voz de mi abuelo se hizo más vibrante, se formó un corro al rededor nuestro, círculo atento, curioso y creciente, que nos estrechaba y oprimía, para ver lo que pasaba y oír lo que se decía, y la plática se convirtió en disertación. Papá Pepito se dirigía ya al pueblo, le predicaba virtud y honor; confiaba en que, como se había ya dicho antes y había de decirse después, la sangre de aquellos bandoleros sería la última que se derramara por la odiosa causa del crimen, y creía ver al México de mañana próspero y feliz por el trabajo honesto, gracias á aquellos terribles, pero necesarios escarmientos.

En ese momento sintió que le sacaban el reloj. Con un movimiento súbito, se apoderó de la mano que le registraba el bolsillo, el ratero quiso desasirse sin lograrlo; una breve lucha seguida de la completa victoria de mi abuelo, nos dejó en el centro de un claro de la multitud antes apiñada y atenta. Mi abuelo tenía sujeto de la mano á un joven, casi un adolescente, vestido de camisa y calzón de manta, chilapeño y calzado con huaraches.

La peroración se enderezó entonces al ratero:

—¿Cómo, ¡infeliz!, ante estos cadáveres, frente á esta picota, cuando corre ante ti sangre de ladrones, y la infamia de su crimen horroriza á todas estas gentes honradas; mientras los padres de familia traen aquí á sus hijos para que vean palpablemente á dónde los podrá conducir la mala conducta; cuando estás seguro de que mañana tu cadáver vendrá á substituir á alguno de éstos, todavía te atreves á robar?

—«¡Pa que viasté, siñor, lo que nos cuesta!» —dijo el ratero, y aprovechando el estupor de mi abuelo ante su cinismo, logró desasirse, se abrió paso á través de la gente y desapareció por entre las cureñas y cajuelas de una batería tendida junto á Palacio.

***

Años después, he reflexionado en aquel suceso. Dos escarmientos bastaron á impedir el saqueo y el incendio de la ciudad; pero el raterismo no resintió poco ni mucho la influencia de aquellas ejecuciones sumarias y sin forma de proceso. Miles de hechos más ó menos análogos, han venido después á probarme que más puede el rigor contra los crímenes que sugiere la violencia, que sobre los que consuma la habilidad; que la sociedad está mejor armada contra el bandido, que contra el ratero ó el estafador, y que vence más fácilmente á Muzzolino que á «Chucho el Roto.»

Dr. M. Flores.

ENCUENTRO DE GATOS

Un gato amarillo y blanco, recostado á la orilla de un elevado techo. No duerme ni tampoco tiene intención de dormir. Obedeciendo á los instintos contemplativos de su raza, está ahí para soñar, observando al mismo tiempo las lejanías circundantes. De improviso, junto al ángulo de una pared vecina aparecen dos orejas, saliendo detrás de una chimenea, dos ojos emboscados, una cabeza de ademán resuelto: otro gato!

Negro enteramente y silencioso, con precauciones de apache, al descubrir al primero, vuelto de espaldas, se detiene un momento para reflexionar; después, por una serie de contramarchas muy estudiadas, poco á poco avanza sus patas sedosas.

El soñador, sin embargo, siente la aproximación del visitante y vuelve bruscamente la cara: orejas bajadas al momento, ligero mohín en los labios, imperceptible movimiento de las garras dentro de su estuche aterciopelado.

Con una calma en extremo afectada y alto el lomo, el recién llegado se aproxima mientras que el primer ocupante, sin moverse, lo foca con el fuego de sus ojos verdes.

Es evidente que ya se conocen un poco y se tienen cierta estimación; sin eso, el duelo sería inevitable.

Con sus mismos sesgos y altos prolongados llega el gato negro, al fin, y deteniéndose á dos pasos del amarillo, siéntase erguido un momento mirando al cielo, como diciendo: «Ya ves que mis intenciones son pacíficas; vengo yo también para admirar este hermoso panorama.»

Entonces el otro vuelve la mirada, ya tranquila, hacia los lejanos horizontes, en señal de que ha comprendido y no siente desconfianza alguna; al ver este ademán el gato negro, se echa á su vez, pero ¡con qué acompasada lentitud va doblando en varios tiempos y movimientos una por una sus patas sedosas! Algunas miradas cambiadas aún, medio cerrando los ojos en forma de sonrisa amistosa. Y, en fin, sellado el pacto de confianza, los dos, sin ocuparse el uno del otro, quedan absortos, en una honda contemplación, en un largo ensueño.

Pierre Loti.



LA MUERTE DEL PAPA

A propósito de nuestros grabados.

En el presente número completamos nuestra información relativa á la muerte del Papa León XIII, dando á conocer algunos grabados —reproducidos de periódicos europeos—que representan, entre otros asuntos, la confesión del Sumo Pontífice y el aspecto de la Basílica de San Pedro á la hora en que el público desfilaba frente á la capilla donde el cadáver estuvo expuesto.

A algunos de nuestros lectores les habrá sorprendido, indudablemente, que mucho antes de que se recibieran en México aquellos periócos, hayamos publicado nosotros un grabado en que aparecía el Camarlengo de la Sede dando fe del fallecimiento del Papa, y otro que reproducía, tal como la describió el cable, la escena de sus funerales.

Esto, que aparentemente nos acusaría de ligereza, tiene, sin embargo, su explicación muy clara: á nadie, por ejemplo—ya sea fotógrafo ó dibujante,—pudo permitírsele la entrada á la recámara de León XIII, en los momentos en que Su Santidad se confesaba, ni tampoco en el instante preciso en que Oreglia, golpeando con el martillo de plata la frente del Pontífice muerto, declaraba la vacancia de la Sede Romana. La «Illustration» francesa, no obstante, ha ofrecido á sus lectores dos dibujos que reproducen aquellos actos solemnes.

¿Cómo ha sido esto posible? Es claro que para reconstruir ambas escenas y presentarlas al público con el sello de verdad que puede exigerse del periodismo moderno, el dibujante contó solamente con retratos y fotografías del lugar, y con los datos que con respecto á esas ceremonias, proporciona el conocimiento de costumbres seguidas de largos años atrás. La composición del cuadro, más ó menos artística ó más ó menos llamativa, quedó por completo á su arbitrio, y no por ser, en parte, los trabajos de esa índole, producto de la imaginación, dejará de descubrirse en ellos un fondo de verdad que interese al público, siempre ávido de noticias y de ilustraciones oportunas. A mayor abundamiento, diremos que entre los diversos dibujos relativos á una misma escena y publicados por los mejores periódicos de Europa, no hay dos, de distinta firma, acordes en los detalles; pues mientras en «L'Illustration» aparece el Papa tendido en una cama de latón en el momento en que Oreglia declara que ha muerto el Pontífice, en el «London News» aparece tendido en la cama de madera que usó siempre.

Siguiendo nosotros el procedimiento aceptado ya en todas partes por el público y que siguen unos periódicos tan prestigiados como son «L'Illustration» y el «London News,» nos resolvimos, en obsequio de la oportunidad, á publicar los grabados á que antes hicimos referencia, aprovechando para la ejecución de los dibujos correspondientes, los retratos de los cardenales y las fotografías del Vaticano que eran necesarias para reconstruir, conforme á las noticias ministradas por el cable, las escenas respectivas. Por lo que ve á los trajes, tuvimos á la mano las obras que los describen y presentan con más fidelidad.

El éxito que hemos alcanzado nos indica que éste es el camino que debemos seguir, y así lo haremos: el público, en su mayoría, acepta con gusto nuestras ilustraciones, y tanto este semanario, como «El Imparcial» y «El Mundo,» han tenido que aumentar, en los últimos días, su tiro ordinario.

***

En primera plana ofrecemos hoy un dibujo de la coronación del nuevo Papa, hecho según la información que contienen los cablegramas y conforme á los datos que acerca de la ceremonia hemos recogido de fuentes muy dignas de crédito.

Muerte del señor Lic. Lancáster Jones.

En la ciudad de Cuernavaca, á donde había ido en busca de salud, falleció el domingo anterior, por la tarde, el señor Lic. Don Alfonso Lancáster Jones, caballero muy conocido en México y generalmente estimado en los círculos sociales y políticos.

El señor Lic. Lancáster Jones, que durante más de un año desempeñó en Inglaterra el cargo de Ministro Plenipotenciario de nuestro país cerca del Gobierno de Eduardo VII, venía padeciendo, hace algún tiempo, una afección pulmonar. Para atender á su curación, solicitó y obtuvo del señor Presidente de la República ser relevado de su alto puesto, y después de una larga travesía, que mucho contribuyó á exacerbar sus males, vino á la capital con el propósito de dirigirse de aquí al punto que los facultativos le señalaran como más á propósito para su restablecimiento.

La enfermedad, por desgracia, había adquirido caracteres muy graves, y el terrible desenlace sobrevino á los pocos días. Los deudos del paciente, que se encontraban en México, fueron llamados á Cuernavaca —donde se hallaba ya su esposa,—y poco después de su llegada, el señor Lancáster Jones entró en agonía, muriendo á las cinco y cuarenta de la tarde.

En el Hotel de Cuernavaca donde residía el distinguido jurisconsulto, se improvisó una capilla ardiente, depositándose en ella el cadáver durante algunas horas. El señor Gobernador del Estado, Coronel Alarcón, y otros funcionarios, enviaron coronas, haciendo presente á la familia del finado su condolencia por tan sensible pérdida.

El cadáver del señor Lic. Lancáster Jones fué embalsamado y traído á México, para inhumarlo en el Panteón Francés. A los funerales concurrieron numerosas personas de representación.

La Naturaleza

Entré en una inmensa sala subterránea de altas bóvedas.

Todo ella estaba iluminada por un resplandor que parecía surgir del suelo.

En el centro estaba sentada una mujer de majestuoso aspecto, vestida de un amplio traje verde.

Apoyaba en la mano su cabeza y parecía meditar profundamente.

Comprendí que estaba ante la Naturaleza y al punto nació en mi alma algo como un temor sagrado, ó reverencia silenciosa.

Acerquéme á la mujer sentada y, después de saludarla con respeto, la dije:

—¡Oh madre común! ¿En que estás pensando? ¿Acaso en los futuros destinos de la humanidad? ¿En las condiciones necesarias para que alcance toda la perfección y dicha posibles?

Lentamente volvió la mujer hacia mí sus ojos sombríos, penetrantes y temibles; entreabriéronse sus labios, y oí su voz resonante, como de hierro que chocara con hierro.

—Pensando estoy en el modo de dar mayor fuerza á los músculos de la pata de la pulga, para que más fácil le sea evitar las persecuciones de sus enemigos. El equilibrio entre el ataque y la defensa se ha roto. Es necesario restablecerlo.

—¡Cómo!—exclamé balbuceando,—¿en eso estás pensando? ¿Y nosotros los hombres no somos tus hijos predilectos?

Ella frunció un poco el entrecejo.

—Todos los animales—dijo— son mis hijos. De todos me preocupo igualmente y á todos por igual los extermino.

—Pero...... el bien...... la razón...... la justicia......—murmuré.

—Esas son palabras humanas—repuso la voz de hierro;—yo no conozco ni el bien ni el mal. Vuestra razón es mi ley. Y, ¿qué es la justicia? Yo te dí mi vida, yo te la quitaré para dársela á otros seres, sean gusanos ú hombres, indistintamente. Tú, mientras no te llegue la hora, sigue en la lucha, procura defenderte y no me importunes más.

Quise replicar, pero toda la tierra en torno mío mugió sordamente; yo me estremecí de espanto.

¡Entonces desperté!

IVAN TOURGUENEFF.





Sr. Lic. D. Alfonso Lancaster Jones.

EN HONOR DE PIO X

Misa y «Te Deum» en Catedral.

Muy justificado era el entusiasmo con que los católicos esperaban la celebración de la Misa que el Cabildo Eclesiástico dispuso en honor del Papa Pío X, pues pocas veces, como el domingo último, se habrá efectuado en la Basílica una festividad mejor organizada y más solemne.

El templo, literalmente henchido por una concurrencia en que se veían representadas todas las clases sociales, lucía sus más ricos adornos: grandes lienzos de felpa roja, franjeados de oro, que cubrían las columnas, y multitud de luces distribuídas en los candiles de las bóvedas, en el ciprés y en los altares. Los candelabros, floreros y demás paramentos que decoraban estos últimos, ofrecían, en conjunto, un soberbio golpe de vista.

A uno y otro lado de la crujía, y cerca del ciprés, se levantaron dos amplias tribunas: una, destinada al Cuerpo Diplomático, y otra, á las familias de los señores Ministros y á las damas de la mejor sociedad mexicana, que habían ofrecido concurrir.

El señor Arzobispo Alarcón se presentó en Catedral poco antes de la hora fijada para la ceremonia, y á las nueve y media dió principio la Misa, oficiando en ella de pontifical el mismo Prelado. Los señores Canónigos Herrera, Jainaga, Cruz y de los Cobos, asistieron al oficiante.

La Misa cantada, que fué la de Gounod, llamó verdaderamente la atención del público, pues tanto la orquesta como el coro, desempeñaron con maestría los hermosos, pero difíciles números que componen la obra.

***

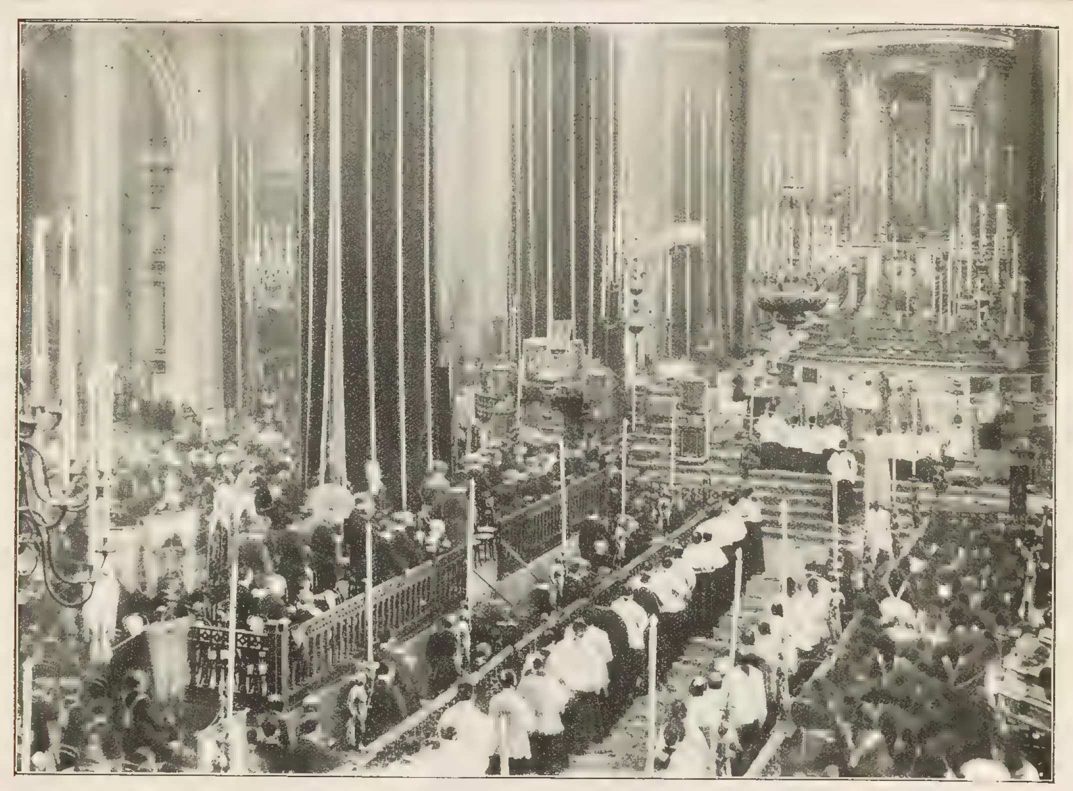
Concluída la Misa, el señor Alarcón entonó el «Te Deum,» echándose entonces á vuelo todas las campanas del templo.

Entre la concurrencia, que era numerosísima, se encontraban casi todos los miembros del Cuerpo Diplomático y algunas damas de las más distinguidas en los mejores círculos sociales.

Afligida

¿Qué culpa tuve, si con ser tu amante,
A la cita no fuí, tierno amor mío,
Si la noche era obscura, intenso el frío,
Y vino el sueño y me venció al instante?
Si tuve culpa, vuelve á mí el semblante
Blando, amoroso; no con ceño impío
Mi voz desoigas, tú perdón ansío,
Torna por mí, te seguiré anhelante......
Mira con qué ansiedad te espero y llamo;
Soy débil, soy mujer, no me acongojes;
Dímelo y presto volaré al reclamo. . .
¡No, de tu corazón ¡ay! no me arrojes!
Que con toda mi alma yo te amo
Y me duele en el alma que te enojes......

ENRIQUE FERNANDEZ GRANADOS.



Misa solemne en Catedral, en acción de gracias por la elección de Pío X. (Fot. de "El Mundo Ilustrado.")



Salida de la concurrencia por la puerta del Seminario. (Fot. de "El Mundo Ilustrado.")



LA MUERTE DE LEON XIII.—El Camarlengo de la Santa Sede da fe del fallecimiento.



León XIII confesándose con el sacristán del Vaticano.

POESÍAS INDOSTÁNICAS

EL LOTO

El Loto, especie de gran lirio asiático, es flor sagrada y simbólica entre egipcios é indostánicos. En Egipto, en la religión de Hermes, significaba inmortalidad y adornaba las estancias de los Dioses; en la India se representa á Lackmi, esposa de Krisna, teniendo por trono el loto. Aplicadas al corazón las hojas de loto, curan las pasiones desgraciadas.

Loto, trono de dioses y de diosas,
mágica, suave y poderosa flor,
de encantadoras ninfas predilecta,
del Indostán florón.
¡Sálvame! En lo escondido de mi pecho
un veneno me mata roedor:
calma por tu virtud el fuego vivo
que arde en mi corazón.

En las fiestas de Krisna, en las que el pueblo
á la divinidad alza su voz,
vi... un extranjero entre las verdes palmas,
más hermoso que el dios;
sí, más gentil que los divinos genios
que pululan de Brahama en la mansión.
Su dulce acento penetró en mi alma
como flecha veloz.

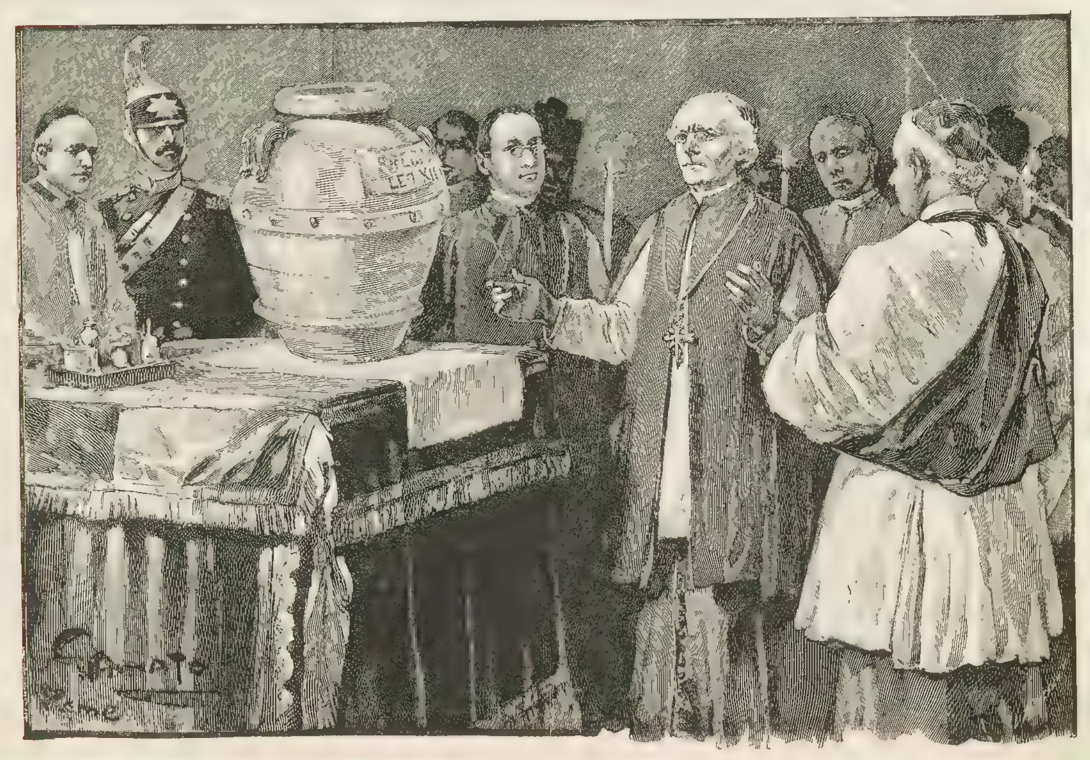
En vano á todo sacerdote imploro:
no hallo filtro que alivie mi dolor;
en tus hojas, ¡oh Loto!, solamente
fundo mi salvación;
que ellas sean mi bálsamo suave......
En su bajel el extranjero huyó .....
Devuélveme la paz .. porque me abraso:
porque muero de amor!

(Traducción de MARTÍ MIQUEL.)

Para saber algo, sería necesario saberlo todo. —GOETHE.

*

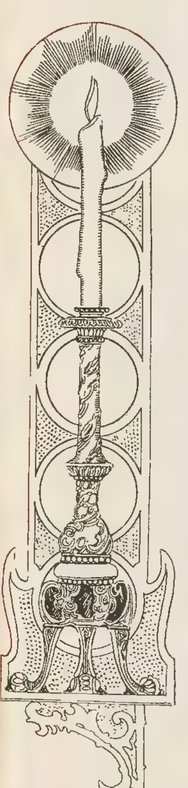
El honor es como la juventud, una vez perdido, no se halla más. — CANTU.



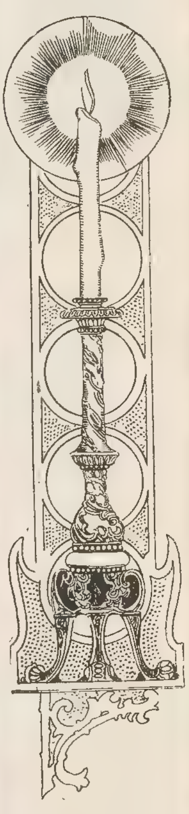
El Camarlengo recita las preces de ritual ante la urna en que fueron depositadas las vísceras de León XIII, después de embalsamado el cadáver.



Desfile del público ante la capilla en que estuvo expuesto en San Pedro el cadáver del Papa.



MISA SOLEMNE EN CATEDRAL EN ACCION DE GRACIAS POR LA ELECCION



DE PIO X.—ASPECTO DEL CIPRÉS, DE LA CRUGÍA Y DE LAS TRIBUNAS DE LOS INVITADOS. (Fot. de "El Mundo Ilustrado.")



Sr. General Francisco O. Arce.

NECROLOGIA

El lunes por la tarde murió en México el señor General Don Francisco O. Arce.

La muerte del señor General Arce ha sido muy sentida en los círculos militares, pues aparte de que el finado era uno de los jefes más antiguos del Ejército, contaba en su abono con antecedentes muy honrosos.

Comenzó su carrera por los años de 1845 á 1846, concurriendo, como cabo, á la batalla de Churubusco. Al iniciarse la guerra de la Reforma y de la Intervención, el General Arce se mostró un partidario decidido de las intituciones liberales, luchando al lado de Comonfort contra los franceses, en calidad de Teniente Coronel. Estuvo, después, en la batalla de San Lorenzo y en muchos de los innumerables hechos de armas que, á partir de esa época, se sucedieron sin interrupción, hasta 1867. En este año, el señor General asistió como Jefe de la 2ª División del Norte al sitio y toma de Querétaro, que determinó la caída del llamado Imperio y el triunfo definitivo de la República.

Restablecida ésta, el señor General Arce fué, sucesivamente, Comandante de la Plaza, Gobernador de Sinaloa y de Guerrero, Diputado y Senador al Congreso de la Unión, en diversos períodos. Al morir, desempeñaba el cargo de Presidente de la 2ª Sala del Tribunal Superior Militar.

A los funerales, que se efectuaron el miércoles con los honores de ordenanza, concurrieron la mayor parte de los jefes de alta graduación en el Ejército y muchos particulares.

Por buena que sea la cabeza, no puede casi nada contra el corazón. —SCUDERY.

*

Las pasiones son los únicos oradores que siempre persuaden.—LA ROCHEFOUCAULD.

*

Si el talento es una piedra preciosa el tacto es la montura.

EL RAYO

Madre harapiosa: tú que á las puertas
vas con las manos siempre tendidas,
y hallas las bolsas siempre desiertas
y las conciencias siempre dormidas;

tú que en la alforja de tu miseria
vas recogiendo los desperdicios,
que en el naufragio de cada feria
sobre las playas echan los vicios;

tú eres la hija del que en la guerra
se armó soldado, vibró su acero,
rodó en las luchas, se hundió en la tierra...
¡y hoy nadie sabe si fué guerrero!

Tú eres la hermana del que en los dientes
del engranaje cayera un día:
las ruedas fueron indiferentes;
pero los hombres más todavía!

Tú eres la viuda del que, al abrigo
del Sol, muriera sobre el arado:
hoy todos comen pan de su trigo;
tú no lo comes... ¡y él lo ha sembrado!

Tú eres la hija, tú eres la hermana,
tú eres la viuda, siempre en trabajo;
tú eres la madre que hará mañana
una bandera de cada andrajo!

En las entrañas, como un consuelo,
guardas un hijo del muerto esposo......
Nube de harapos: piensa en el cielo;
pero en el cielo más tempestuoso!

No será tu hijo tierno querube,
copa de mieles, ni flor de mayo......
Madre harapiosa: tú eres la nube;
¡y en las entrañas tienes el rayo!

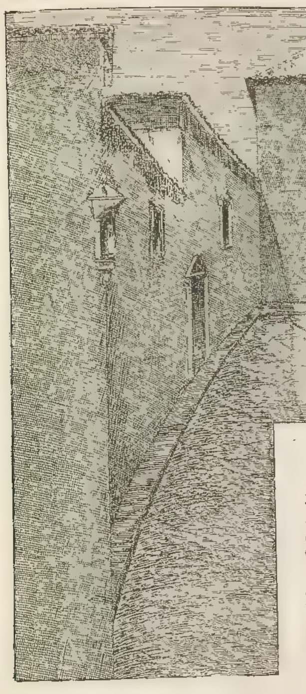
JOSÉ SANTOS CHOCANO.

1901



ESTUDIO FOTOGRAFICO (Mora.)

POR EL BRILLO DE UNA ESTRELLA.....



I

Media noche de por filo
y en calleja solitaria,
recatado entre las sombras
como siniestro fantasma,
por la cólera turbado
está don Luis de Moncada,
que le han robado la honra
y quiere tomar venganza.
Y ha de tomarla cumplida,
y completa ha de tomarla,
que ¡por Cristo! que otra igual
el rey mismo no tomara.
No en vano su pecho alienta;
no en vano de alta prosapia
es don Luis vástago altivo,
y tal dice su arrogancia;
no en vano ganó laureles
en Portugal y en Italia,
y conservó de su abuelo
blasón, empresa y espada.
Cuando de la vil deshonra
cae en el rostro la mancha,
y quien la lleva no siente
que sus iras se desatan
como el huracán bravío,
como tempestad que estalla,
como el trueno que retumba
en llanuras y montañas,
no merece, por menguado,
el honor de la venganza,
y el deshonor le mancilla
y la deshonra le infama;
pues tanto el temor le ofusca
que olvida que tales manchas
sólo el acero las borra,
sólo con sangre se lavan.
Por eso entre las tinieblas,—
misteriosas enlutadas
que si al traidor dan ayuda
le traicionan por la espalda,—
como sombra pavorosa,
como siniestro fantasma,
en el corazón prendidas
de tal afrenta las llamas,
reprimiendo su coraje
y conteniendo la saña,
por la cólera turbado
está don Luis de Moncada.
Y habrá de quedar memoria
en la gente castellana
de cómo lava su afrenta
quien tuvo en tanto su fama.

II

¡Las doce! Sonó la hora.
¡Cuál se despierta la rabia
y cuál vacilan los celos
entre dudas y esperanzas!
Por fin llegó; que si el toque
de la sonora campana
con su lúgubre tañido
no le despertara el alma,
que estaba soñando sueño
de horripilantes patrañas
¡por el Cielo y por la Virgen!
juraría el de Moncada.
En la torcida calleja
una sombra se adelanta
que arrimándose á los muros
cautelosa se recata.
Ya se acerca sigilosa,
y, aunque lentas las pisadas,
en las baldosas resuenan
más distintas y más claras.
Ya se adivina el embozo
al fulgor de pobre lámpara
que enciende piadosa mano
para cumplir una manda.
¡Con que es cierta su deshonra!
¡Cierto que Beatriz le engaña!
El rondador se detiene....
y está en la reja una dama.
¡Es ella! ¡Viven los cielos!
¡El único amor de su alma!
¡El amor de sus amores!
¿Ella? ¡Beatriz! ¡Ira y rabia!
¡Ah! No mintió quien le dijo:—
«Conde: celad vuestra casa,
«que el honor alguien os roba
«de noche por la ventana.
«Y es oprobio y es vergüenza
«en tal hembra tal infamia,
«y es villano quien la sufre
«si no busca la cobranza.»

III

—Perdonad, señora mía,
si más rápido que el viento
y en alas de mi alegría
no he venido.... Que lo siento
en el alma juraría.
—Si sois puntual á la cita,
por qué me habláis de perdón?
¿Perdón? Quien le solicita
de tal manera acredita
que está muy puesto en razón.
—¡Qué mucho si en raudo vuelo
tendió sus alas mi endecha!
¡Qué mucho si amor acecha
y pertinaz en su anhelo
me atravesó con su flecha!
—Amando el hombre procura
unir la dicha y la suerte....
—Y en su delirio no advierte
que si el amor es locura
le lleva á encontrar la muerte.
—Esclavo soy del Amor,
y Amor, señora, es abeja
que al volar de flor en flor,
en una sola se deja
la vida con el honor.
—Sois galán....
¿Y quién, señora,
si acertó á veros la cara,
que es envidia de la Aurora,—
al hablaros no os hablara
como estoy hablando ahora?
—¡Ay, Diego! Que estoy dormida
al oiros me parece....
Si fuese pasión mentida
la que en nuestro pecho crece,
no me robara la vida.
—¿La vida? ¡Plácido sueño
que, al són de música suave,
hasta nosotros risueño
llega de Amor en la nave
como buscando á su dueño!
¿No supisteis de una flor
que, al despuntar la mañana,
rompió en pétalos de grana
la cárcel de su rubor?
¿Y nunca triste rumor
de alguna canción lejana
os contó, por la ventana,
pesares de un trovador?
¿Jamás, delirante y loca,
tocó en ardiente embeleso
una boca vuestra boca?
—Amor en las redes preso
de otro amor que amor invoca
es flor y es canto y es beso!
¿No supisteis de una estrella
prendada de un ruiseñor,
que en los sauces del alcor
noche á noche se querella?
¿Y vos no sabéis si ella,
temerosa del azor,
tiembla mirando al cantor
cuando se avecina á vella?
—¡Vano afán!
—¡Triste querella!
—¡Una historia de dolor
tan sentida como bella!
Un cuento de trovador:
POR EL BRILLO DE UNA ESTRELLA
GERIFALTE Y RUISEÑOR.
—¡Cuánto vuestra voz conmueve!
—¡Atrás, villano y aleve
que así en la nocturna calma....
—Fuego de Dios! Quién se atreve?
—¡Sálvanos, Virgen del alma!
—¿Quién sois vos?—el uno dice;
—Vos quién sois?—el otro clama;
—¡Diego Núñez de Albornoz!
—El Conde Luis de Moncada.
Paso á paso y en silencio
apareados avanzan,
se detienen frente al Cristo
y se miran cara á cara.
A combatir se aperciben,
tiran sombreros y capas,
y las manos de ira trémulas
requieren fuerza y espada.
Ya con la vista se miden,
calculando la distancia;
ya con recelo se acercan,
ya cautelosos se atacan.



¡Cómo brillan los estoques!
¡Cómo se cruzan y enlazan
á los fulgores rojizos
de la mortecina lámpara!
Trémula chisporrotea
del farolillo la llama,
y es muy oscura la noche
y la claridad escasa.
Y los rivales no ceden;
en las tinieblas batallan;
entre la sombra se buscan,
y de la sombra se amparan.
Redoblan vigor y brío,
ebrios de cólera y rabia,
y son dos tigres que luchan,
y son dos hombres que matan.
Mano firme, mano artera,
esquiva un bote con maña,
y mortífera se hunde
hasta la cruz una espada.
....
Un cuerpo que se desploma,
una vida que se apaga,
y unos pasos que de prisa
se alejan.... y luego.... nada!

IV

Llena de horrible congoja,
presa de mortales ansias,
por saber quién era el muerto
aguardó Beatriz el alba.
¡Qué tarde que llega el día!
¡Las horas qué lentas pasan
cuando las cuenta entre dudas
por sus temores el alma!
Alzó un cadáver la ronda,
llevóle envuelto en la capa,
y recogieron del sitio
un sombrero y una espada.
Del farolillo apagóse
trémula y roja la llama,
y al fin,—consuelo del triste—
vino la luz deseada.
....
....

Beatriz partióse de Burgos,
y don Luis partióse á Italia,
ella buscando retiro,
el Conde buscando hazañas.
Pero en Burgos y en Toledo
y en la torre de Moncada,
donde con tocas de viuda
cubre su afrenta la dama,
saben que el Conde ofendido
tomó de su honor venganza,
y logróla muy completa,
muy á tiempo y muy callada;
que la deshonra sabida
ni es vergüenza ni es infamia,
si la castiga el acero
y si con sangre se lava.

MIGUEL HERNÁNDEZ JÁUREGUI
Jalapa.—1903.

POR LEÓN XIII

En la Catedral de Puebla.

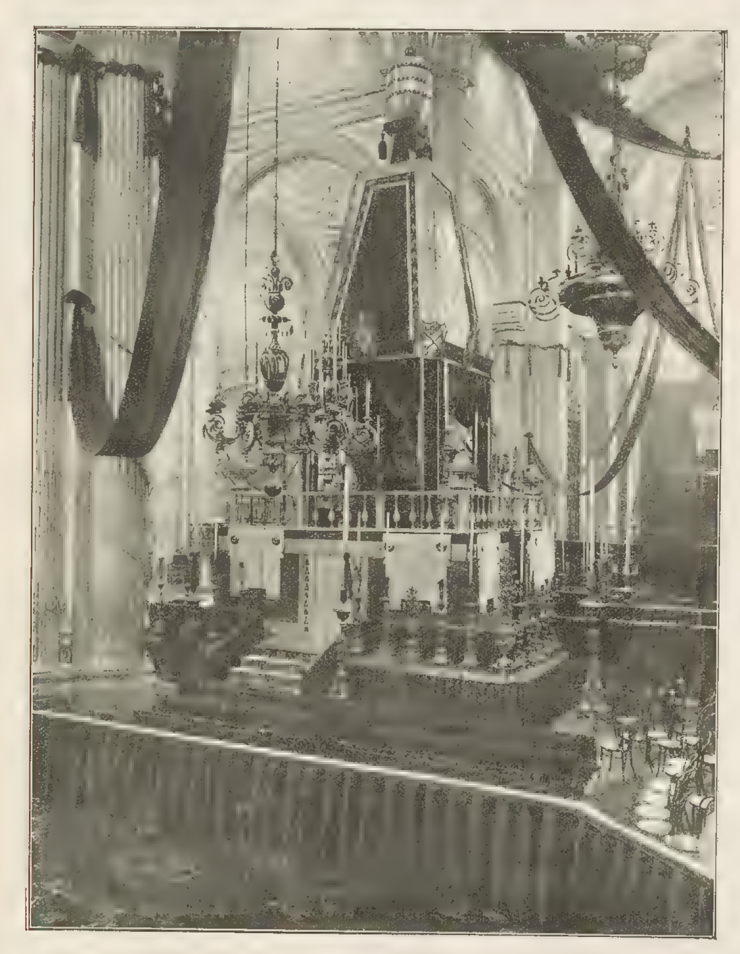
Publicamos en el presente número dos fotografías de la Catedral de Puebla, que representan el interior del templo, decorado para las honras fúnebres allí celebradas en memoria de León XIII, y el túmulo que conforme al ritual, se levantó con este motivo en la nave del centro.

Las honras, á juzgar por lo que acerca de ellas han dicho los periódicos de información, resultaron muy solemnes, pues tanto el «Nocturno,» que se efectuó el día 4 por la tarde, como la misa celebrada al siguiente día, superaron en lucimiento á lo que era de esperarse.

El adorno de la Catedral, severo á la vez que sencillo, consistía en grandes tiras de gasa que partían de la cúpula y de las bóvedas, rematando en los muros, y en abullonados negros sujetos á los barandales de la crujía y á los capiteles de las columnas, con grandes lazos que realzaban notablemente la belleza del conjunto. El túmulo, instalado en el centro, fué el mismo que sirvió para las honras del Papa Gregorio XVI y consta de cuatro cuerpos: el primero, que rodea una barandilla, sustentaba una serie de lujosos ramilletes de metal y de gruesos cirios; el segundo, revestido de negro y oro, lucía unos artísticos medallones con las armas del Pontífice León XIII, y sobre el tercero, que afecta la forma de una pirámide truncada, se veían la figura de la tiara y las armas pontificales. El túmulo ostentaba, además, dísticos y frases alusivas á la solemnidad.

Por lo que hace al «Nocturno» y á la misa, tanto en una como en otra ceremonia ofició el señor Obispo Ibarra, estando encomendado el panegírico del Papa León á los Canónigos Don Florencio M. Alvarez y Don Joaquín Vargas.

La concurrencia fué numerosa, y la parte musical de lo más escogido.



CATEDRAL DE PUEBLA.—El túmulo.

(Fot. Bustamante.)

Fernández.

Nos habíamos reunido aquella noche en un gabinete de uno de los mejores restaurants de la ciudad, á previa invitación de Pablo Vélez, un amigo nuestro que contraería matrimonio dos días más tarde y que deseaba despedirse de su vida de soltero, invitándonos á una cena entre alegres camaradas.

Creo que no pasábamos de ocho ó diez, todos, ó casi todos, de magnífico espíritu, formada la mayoría de hombres célibes, un tanto juerguistas, pero buenos chicos en el fondo y capaces de reconocer que, á veces, el matrimonio es, además de higiénico y natural, un buen generador de energías en ciertos caracteres.

Pablo, que era un habilísimo agente comercial, conocido del uno al otro extremo de la República, por donde viajaba constantemente, llevando á cabo, y casi siempre con lisonjero éxito, infinidad de transacciones comerciales, sentíase verdaderamente contento; el apetito no faltaba, ni los buenos platos, ni el buen humor; bebíamos fuerte, y la charla no cesaba un punto.

Cuando los mozos servían el café, Enrique San Román, que tenía la peculiaridad de no ser oportuno jamás, preguntó de improviso á Pablo:

—Y has pensado en que tu futura se avendrá fácilmente á seguir la misma vida errante que tú?

—Seguramente que no —respondió el interpelado,—esto sería un absurdo.

—¡Psé!—añadió Enrique.—Cada uno obra á su manera. Sin embargo....... ¡En fin!......

Nadie de los amigos de Pablo atrevióse á demandar la explicación de aquellas vagas frases; temíamos, y con razón, que viniese á enfriar nuestros momentos de gozo; pero la impaciencia de Vélez asomó; quiso saber el significado de aquel enigma, é insistió con Enrique para que éste diese término á su pensamiento.

—No, no es nada; un recuerdo que me vino á las mientes. Si ustedes quieren, lo referiré, pero.........

Y como Pablo se empeñara en ello, San Román prorrumpió, después de breves instantes de silencio:

—El hombre que figura en mi relato, existió y se extinguió sin dejar huella de su paso por el mundo. Acompañado siempre y tutoreado, digámoslo así, por nuestro común enemigo el Fracaso, la cadena de años que arrastró sobre la tierra formó un cúmulo inmenso de desgracias y sufrimientos, sin que la Dicha asomara más que por fugaces destellos, que sólo servían para hacerle ver más espantosa la profunda obscuridad de su destino.

Se contemplaba solo, amargamente solo, á la edad en que el hombre achacoso, enfermo, siente como el viejo tronco la imprescindible necesidad de un apoyo, de algo que alegre la tristeza del ocaso.

Acordábase de haber sido feliz. Este tiempo existió en verdad, pero muy breve, y de ello tenía de vez en cuando sus visiones confusas, especie de alucinaciones momentáneas que parecían vivificar por segundos aquel espíritu abatido, y que al borrarse dejaban algo como la influencia física de un dolor.

Y cuando aquellas alucinaciones aparecían en su cerebro, carcomido por el pesar y flagelado por el recuerdo, se podía verle dilatando sus ojos mortecinos, pugnando por retener más tiempo aquella suerte de vaga somnolencia que pasaba rápida, sin detenerse y sin dejar más huella que la del pájaro en el viento.

Recordaba haber amado como se ama una sola vez en la vida, con ese amor que parece llevar consigo el alma, aún después de emancipada de la materia. Aquello había sucedido en un tiempo en que su imaginación se movía ardientemente, haciéndole creer y esperar en la felicidad completa de poseer para sí, y para sí solamente, el cariño de la mujer que formaba su encanto.

Duró esto un invierno justo. Caricias y suspiros cambiados en la honesta calma de un hogar para los dos....... Hallaba placer en pasear por los sitios frecuentados con su mujercita colgada á su brazo, ó en pasar la velada al dulce calor del nido instalado por él con sus economías de campaña. En ella había cifrado todas sus necesidades de afecto de pobre abandonado, soñando en eternos días de bienestar que le hacían tornarse dulce y tímido como un niño.

Un día vino la orden de marcha. ¡Dos años y medio combatiendo con los indios rebeldes! A su regreso, un buen amigo dióle noticias acerca de su mujercita. Después de vivir con un viejo ricacho, ostentando carruajes y brillantes, había descendido á la pasión desenfrenada, muriendo más tarde.

El había tenido una hija. Fué una niña que le hacía olvidar casi sus anteriores sufrimientos. Cuando la madre faltó á sus deberes, la

había dejado á cargo de unos vecinos compasivos de quienes él la recogió á su vuelta.

La niña era el retrato de la madre: de ésta eran sus grandes ojos de mirar apasionado, los rojos labios, ligeramente entreabiertos, el pelo castaño obscuro y las manos rosadas y finas. La emoción embargaba á Fernández cuando contemplaba un pequeño cuadro de peluche azul, que encerraba su retrato en tarjeta imperial. Entonces, de sus ojos mortecinos, brotaban dos lágrimas y resbalaban á intermitencias por su rostro arrugado, que se contraía en una dolorosa mueca que partía el alma.

Durante algunos años, desvivióse con la ambición de hacer de ella una señorita instruída y exquisita, que contrastaría con la rudeza del pobre soldado. El, mientras duraban las largas excursiones por el territorio, recorrido en dirección de todos los vientos, había llevado imborrablemente impreso el recuerdo de su chiquilla, que pasaba su infancia en el internado de un liceo; y economizaba, economizaba hasta el extremo, para poder llenar las exigencias de aquel establecimiento á la moda.

A su regreso, la traía cosas raras de los lugares por donde cruzaba: objetos y chucherías desconocidos para ella, macetas y pájaros que cuidaba con gran solicitud y que ella le pagaba con alegres exclamaciones de gozo y de sorpresa.

Una noche volvió después de un año de ausencia pasado en las costas del Océano Pacífico. Fué el primero que salió después del toque de retreta, dirigiéndose al liceo que guardaba á su adorada chiquilla. ¡Qué alegría iba á experimentar ella al verle, después de doce meses de ausencia! Pero la puerta del colegio no se abrió á su llamada; las horas de visita eran otras, y él, en su impaciencia, lo había olvidado. Dió media vuelta y se perdió entre las calles de la población, en busca de lecho.

Pasó la noche en continua zozobra, despertando á cada instante, soñando que ella, sentada á su cabecera, le relataba su vida durante aquel año de encierro. No, ahora no se separarían; había pensado en solicitar su licencia, bastante merecida después de sus largos servicios; ella no volvería á la escuela, arrendaría una casita en los alrededores, donde ella quisiera, y se transformaría en solícita acompañante de su padre, que tanto la adoraba.

A la mañana siguiente saltó de su catre, que sólo había sido un potro de tormento; quitó el paño de sol á su kepí, acepilló y vistióse, acaso por última vez, el viejo uniforme, y se encaminó al cabo al instituto.

Cuando la «madre» directora penetró á la sala de espera en que se hallaba Fernández, no pudo disimular la turbación que la embargaba. Mirábale con ojos aterrados, balbuciente, sin fuerzas para contestarle.

La actitud de aquella mujer le dejó helado de espanto. «¿Qué era lo que pasaba? ¿Dónde estaba su hija? ¿Se hallaba enferma? ¿Había muerto quizá?» El desgraciado hombre presentía algo terrible que no podía adivinar. «No, no había muerto. ¿Enferma acaso? Eso es. Pero no...... tampoco. ¿Qué era entonces?» Y apuraba, apuraba á la directora á que le contase inmediatamente la verdad.

Las demás preceptoras vinieron, uniendo sus disculpas: «Sí, se la había cuidado mucho, demasiado quizá; nunca había dado grandes muestras de rebeldía; pero.........»

Al fin supo todo; tuvo como una intuición de su desgracia, y dijo la frase bruscamente.

Un joven, un petimetre había emprendido el asedio de la fortaleza, hasta lograr su rendición, y ésta se había efectuado la noche precedente. La misma noche en que él llegaba, ella huía.

Este fué el último golpe. Desde entonces se hizo uno de esos hombres bruscos que vagan al azar, sin objeto en la vida y sin deseo de detenerse en ninguna parte. Sus voces de mando se hicieron más duras cuanto más breves, y de día y de noche sólo se ocupaba de sus obligaciones en el servicio, del cual no llegó á separarse. Jamás volvió á reír, y cuando para ello acosábanle los compañeros, en su tostado rostro manchado por todos los soles y todos los vientos, se acentuaba una nube de tristeza que fingía en su semblante algo como los pucheros que hacen los niños al llorar.

Y pensaba sin cesar en aquella virgencita de labios rojos y entreabiertos, que le había hecho creer en una nueva felicidad posible. ¿Por qué había huído? ¿Qué importaba que hubiese amado á aquel hombre? Y si le amaba, ¿por qué no habérselo dicho á quien hubiese sido feliz contemplándose en la felicidad de ella?

Por mucho tiempo permaneció viva y lacerante esta escena en su memoria, en el sueño como en la vigilia.



CATEDRAL DE PUEBLA.—Una de las naves laterales.

(Fot Bustamante.)

Brillaron tantos soles desde que esto ocurrió, como hojas secas arrastra el viento en los bosques. Sus campañas, sus tristezas, sus noches de insomnio fueron acumulándose en él, bajo todos los climas. Padeció la fiebre amarilla en el Golfo, calenturas en el Pacífico y recaídas, y fríos, y heridas y disenterías. Estaba muy gastado ya, cuando llegó la orden de su retiro. La recibió con el talante del enfermo que soporta los medicamentos, seguro de que son inútiles, y tomó un cuartucho frío y destartalado; que para recibir á la muerte, no precisa el traje de ceremonia.

Un día, los curiosos vecinos advirtieron que la puerta del viejo permanecía cerrada durante mucho tiempo. La autoridad se encargó de abrirla, y le encontró rígido sobre su lecho de campaña, en el descanso eterno de una vida llena tan sólo de pesares y de fatigas.

***

Enrique San Román guardó silencio; los demás permanecíamos también mudos, inclinada la cabeza, como si mirásemos algo en el negro fondo de nuestras tazas de café; hasta que alguien que se hallaba cerca de mí, exclamó:

—Bah! Eso no pasa de ser un cuento de Enrique, más ó menos mal urdido. La felicidad no depende más que de nosotros mismos.

Entonces, como en un solo movimiento, levantamos nuestras copas, y la algazara continuó más ruidosa que en un principio, acaso con el ánimo de ahuyentar aquellas aves negras á que había dado suelta el más inoportuno de nuestros amigos.

Tacubaya, 1903.

A. Gonzalez Carrasco.







VALLE NACIONAL.—Una calzada de cafetos y un árbol notable. (Fots. F. Torres.)

EL VALLE NACIONAL

Los principales cosecheros del Valle Nacional han determinado exhibir en la próxima Exposición de San Luis Missouri, una interesante serie de vistas estereoscópicas de los grandes plantíos de tabaco y de cafetos que explotan actualmente.

Dada la importancia que en los últimos años ha alcanzado la explotación de los feracísimos terrenos que forman el Valle, es indudable que la exhibición será observada con interés por todos aquellos que estén en aptitud de entablar relaciones comerciales con nuestros centros productores.

Entre las ilustraciones que publicamos, pueden verse una hermosísima calzada de cafetos, un manantial y una casa de estilo moderno que sirve de habitación á uno de los cosecheros.

Los toros de Covadonga.

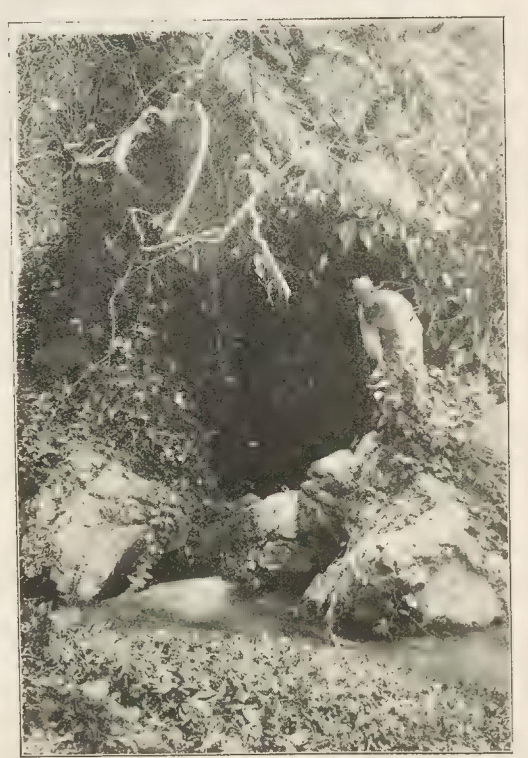
Grande es el entusiasmo que reina entre los taurófilos por asistir á la corrida que la Junta de Covadonga está organizando para dar mayor realce á las fiestas españolas del mes entrante.

Se sabe que la comisión que tiene á su cargo el arreglo de ese número del programa, desea contratar á los mejores espadas de la Península, y que, con este objeto, ha dado ya al apoderado respectivo instrucciones para que los diestros no dejen de escriturarse por falta de dinero.

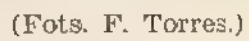
Los toros que se lidiarán son ocho y pertenecen á la magnífica ganadería de Carriquiri, que tanta celebridad ha alcanzado por la bravura y hermosa lámina de sus reses. Los toros se encuentran actualmente en la hacienda de Coamatla, poco distante de la Capital, y de allí serán transladados á los corrales de la plaza.

La cuadrilla, según se dice, se compondrá de cuatro matadores, diez banderilleros y ocho picadores, y el correspondiente personal de ayuda.

En este número publicamos unas fotografías que representan al ganado en el campo de Coamatla.



VALLE NACIONAL.—Un manantial. (Fot. F. Torres.)



Crepúsculo de vida.

Conducido en el sillón rodante, Don Andrés de la Huerta daba su paseo habitual por la gran sala de pintura. Después de una vuelta apacible, quieto ya, piadosamente quieto, recorría sus hermosas telas, repitiéndose la historia de cada una. Tras esa historia, en misteriosa asociación de ideas, le asediaban enjambres de recuerdos, como si estuvieran escritos en los lienzos.

Alto, enjuto, combado, por el dolor. El tiempo, en surcos melancólicos, marcaba en aquel rostro su desdén por una vida más. Barba y cabellos encanecidos; la frente diáfana, traslucía pensamientos austeros. Y allá, en el fondo de sus pupilas, llenas de azul, brillaba toda la vida que una parálisis quitara á sus miembros.........

En su rincón favorito, aquella vez, con sonrisa triste, el anciano de cuerpo rígido, que venciendo su atonía,

conservaba su espíritu radioso, renovaba sus cuotidianas libaciones al arte, disipando así las brumas de su filosofía.

En silenciosa distracción, uno por uno, examinaba sus cuadros. Aquí un Hellen en el rigor de su línea, á la vez vaporoso como un Chaplín. Le seguía un Benjamín Constant: el glauco Oriente, Homero, el alma entera del genial aeda. Después, el Vesubio, agitado, rojo, contrastando con la bahía de Nápoles, risueñamente azul, iluminada por el sol que ahuyenta la tenue gasa matinal...... Pero con más orgullo se deleitaba en un valioso Corot—«Ninfas danzantes»—que no pudo arrancarle el gobierno de Francia. Completaban su colección francesa otros autores, gracia unos, encanto otros, armonías triunfantes todos; reflejos, muchos de ellos, de un genio que sobrepasó á su época: Puvís de Chavannes. Entre los italianos destacábase, esfumando graciosas reminiscencias de la Gioconda, una florentina del tiempo de los Médicis. Los españoles estaban vigorosamente representados por Villegas, Domingo, Sorolla y otros abigarrados coloristas. Además, Barbudos para mirar con lente, y los eternos Galofres.

En toda la sala, en profusión, muebles antiguos, mármoles, bronces —el clasicismo salpicado en hermosas reproducciones destinadas al pobre artista que no puede salir de la tierra.—Entre esas reproducciones descollaba una magnífica Venus de Milo.

Lacerada por el dolor, aquella alma de escepticismos suaves, encontraba en ese baño para su espíritu la paz anhelada. Así, siguiendo la visita de su museo, llególe el turno á un hermoso retrato de su padre, y el pasado, en una onda de ternuras, llenó su alma.

Niño todavía, bien lo recordaba, fué enviado á estudiar á Europa. Cruzaba su adolescencia llena de facilidades, cuando murió su padre. Grabado en su espíritu estaba aún el desgarramiento producido por la noticia, tan cruel á la distancia, que le hizo salir de la casa, inconsciente, anonadado por el golpe. Rodó así por las calles hasta llegar á un puente donde se detuvo. Era en otoño. El día moría silencioso, y al desvanecerse su luz, esfumábase ya el azul nocturno; el frío, ese primer frío de la estación, que hiela hasta el alma, se hacía sentir. Las hojas caían en miriadas tristes, vagarosas, como si despidieran al tiempo germinador. Las aguas del Sena, resignadas, escarceando apenas, corrían, corrían sin cesar, semejantes á las horas fugitivas. Y el adolescente de entonces, la cabeza apoyada en su mano, miraba la vida que se le aparecía inexorable. Amarrado á su existencia, bajo la égida cariñosa de su padre, todo fué dulzura, sin encarar jamás el problema del hombre. ¡Qué lejos estaba ya todo eso!....

Después revivió, fugazmente, los años pasados más tarde en París; las páginas voluptuosas que, como buen habitante del Barrio Latino, conservaba en su historia; las fiebres de la juventud adormeciendo sus inclinaciones artísticas, lo cual no le impidió, sin aparente consagración, educar su gusto, ya delicado de suyo. Entonces empezó á comprar esos cuadros.

Y los acontecimientos se siguieron en su memoria: la vuelta á la tierra, tras larga ausencia, haciendo de su casa un centro de artistas, lo más refinado de la sociabilidad de entonces; recordó también su paso por los salones—las crónicas de la época rememoraban sus gallardías, su ágil conversación impregnada de amable ironía,—la vivienda solariega, su casamiento, el hogar nacido al calor de risueños sentimientos, el hogar hoy entristecido por su cruel enfermedad.........







Fotografías de los toros españoles, tomadas en Coamatla.

***

En aquel momento sintió que un frío sutil le subía al corazón. El eco distante de unas notas de piano llegaba á su oído, evocándole el cuadro famoso de la agonía de Chopín, acariciada por la música, la música mitigadora de su dolor...... El frío subía, subía siempre. Sonaron, con lúgubre tañido, las campanas de la Buena Muerte despidiendo á los que se van. Por una ventana, abierta en lo alto del salón, se veían las copas corpulentas y serenas de los árboles, en la Avenida. El frío le invadía ya el corazón. La muerte flotaba imperiosa en aquella vaga sombra; y al descender, le daba tiempo para abrazar el Arte todo en su eterna despedida. Un rayo de luna, filtrado furtivamente, se reflejó en el alma del anciano, iluminándola. Fijó la mirada en la Venus de Milo. Y llevó de la vida la más pura imagen de la belleza.........

JORGE LAVALLE COBO.



VALLE NACIONAL. Casa de un cosechero de tabaco.  (Fot. F. Torres.)

DEL TRÓPICO

I

PRIMAVERA

Dice el viento sutil su melodía,
constelado de pólenes de plata,
y en la ancha fuente luminosa y fría
el infinito su esplendor retrata.

Del áspero peñón la catarata,
bajo la intensa claridad del día,
su cabellera líquida desata
en rizos de fulgente pedrería.

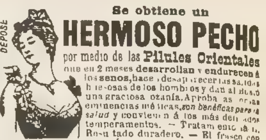
Resurgen emociones misteriosas......
La tierra exhala un hálito fecundo
y el cáliz perfumado abren las rosas.

Una dulce harmonía llena el mundo...
Y en un espasmo insólito y profundo
vibran de amor las almas de las cosas.

FROILAN TURCIOS.

ESTOMAGO

ELIXIR ESTOMAGAL de Saiz de Carlos
CURA POSITIVA Y RADICAL DEL 98% DE LOS ENFERMOS
VENTA: DROGUERIAS Y FARMACIAS



Se obtiene un

HERMOSO PECHO

por medio de las **Pilules Orientales** que en 2 meses **desarrollan** y **endurecen** los **senos**, hacen desaparecer las salidas huesosas de los hombros y dan al busto una graciosa ozanía. Aprobadas por eminencias médicas, *son benéficas para la salud* y convienen á los más delicados temperamentos. — Tratamiento fácil. Resultado duradero. — El frasco con noticia fr. 6.35. J. RATIÉ, Ph[ien], 5, Pass. Verdeau, Paris, 9e
En *Mexico* : J. LABADIE Suc[res] y C[a].

Cárlos Manuel Durán.

FARMACEUTICO.

Fabricante del excelente y más acreditado vino mezcal.

HACIENDA DE

"LA ESTANCITA"

Ahualulco, Jal.

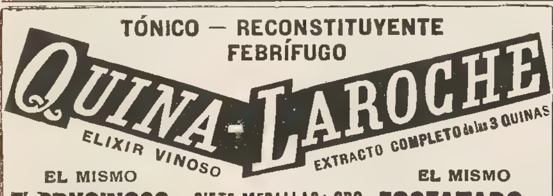


LA "FOSFATINA FALIERES" es el alimento más grande y el más recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses, y particularmente en el momento del destete y durante el período del crecimiento. Facilita mucho la dentición; asegura la buena formación de los huesos; previene y neutraliza los defectos que suelen presentarse al crecer, é impide la diarrea, que es tan frecuente en los niños. —PARIS, 6 AVENUE VICTORIA, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

Gran Joyería y Relojería
1a. Plateros 12 y 14



ARTICULOS "ART NOVEAU"
AGENCIA DEL RELOJ OMEGA
Pídase Catálogo, Apartado 271.



Frasco: 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTEPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cútis limpio y terso

CANDÈS et C[ie] B[d] St-Denis, 18

LAS VARICES

El **Elixir de Virginia** cura las várices cuando son recientes; las mejora y las vuelve inofensivas cuando son inveteradas. Suprime la debilidad de las piernas, la pesadez, el entumecimiento, los dolores, las hinchazones. Previene las úlceras varicosas ó las cura é impide sus frecuentes reproducciones. Tratamiento fácil y poco costoso. Envío gratuito del folleto explicativo escribiendo á : Pharmacie MORIDE, 2, Rue de la Tacherie, Paris.
Venta en todas las Droguerías y Farmacias.

Mme. A. Lafage

MODAS Y CONFECCIONES. Avenida Juárez, 10.

Tiene el gusto de participar á su numerosa clientela que para poder atenderla con mayor eficacia y esmero, ha adquirido para sus talleres á

una Sta. Modista de París.

Le participa también que por los últimos vapores ha recibido un gran surtido de

Novedades del mejor gusto.



CURACION pronta y asegurada con los polvos antiasmaticos y los CIGARROS GAMBIER
COQUELUCHE
Tratamiento racional é infalible por Fumigaciones con los
POLVOS FUMIGATORIOS GAMBIER
PARIS — 208 bis, Fg St-Denis
Méxoo: J. LABADIE, Suc[res] y C[ia] - J. HIRLEIN.

RECOLORACIÓN
DE LAS
BARBAS y del PELO
CON EL
EXTRAIT des SIRÈNES
de GUESQUIN, Químico en *Paris*
En *Mexico* : J. LABADIE Suc[es] y C[ia].

El Mundo Ilustrado

Año X—Tomo II—Núm. 8
Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

México, Agosto 23 de 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
ídem, ídem, en la capital $1.25
Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



UN FUMADOR

(Fot. M. Ramos.)

El destino de la Humanidad.

Muy joven es todavía la humanidad y, según todas las apariencias de verdad, tiene ante sí millones de años. Poco es eso para las almas sedientas de infinito; pero no es, no, de ninguna manera, despreciable cantidad, porque, apenas si podemos darnos de ella idea imperfecta. Empero, por distante que esté ese día, al fin vendrá, y vendrá con él la extinción de nuestra especie. Apagará el sol su luz, y antes, quizá, habrá la tierra absorbido sus mares, su atmósfera habráse hecho incapaz para la vida; y después de haber progresado en proporciones que no podemos imaginarnos, regresará la humanidad, degenerará, desaparecerá!......

«¡Y nada quedará de nosotros, que hemos pensado; de nosotros, que hemos amado; de nosotros, que tanto hemos sufrido! No es posible. Sentimos algo en nosotros que no puede perecer!»

....

«Es imposible—decimos—que nuestro deseo no implique una realidad.» Al contrario; es perfectamente posible. ¿Quién de vosotros, por ejemplo, no ha deseado ardientemente remontar el curso de las edades, y vivir—aun cuando no fuera más que un día ó una hora—en tal ó cual de los tiempos que ya pasaron? Desde luego, no es admisible en esto ilusión ninguna; y bien sabemos, pero sin duda ninguna, que jamás hemos de ver á Pericles ó á Cleopatra. Creer lo que deseamos, es natural; mas esta creencia no ejerce ninguna acción sobre los hechos.

—Pero entonces, ¿dónde está el término?

—¿El término?

No lo hay.

Nada en la naturaleza tiende á un término ó á un fin; ó más bien cada fin ó cada término es á su vez un punto de partida; y la naturaleza, en su obra, preséntanos á diario el espectáculo de un perpetuo círculo vicioso. Véase la planta: germina y se compone de una raíz, de un tallo y de hojas que van naciendo. Crece rápidamente, y nuevas hojas y nuevos tallos aparecen. La raíz nutre el tallo que carga las hojas; pero éstas nutren también al tallo, y el tallo da vida á la raíz. Hay reciprocidad. No se ha llegado aún al término definido. ¡El término es la flor! El botón engruesa, se hiende, se efectúa el milagro y la flor se abre! Empero, la efímera flor no es más que el templo de la fecundación; realizada ésta, la flor se marchita y cae; pero el fruto se desarrolla y madura. ¿Es éste por ventura el término? Su función es la de contener el grano; y si no vemos más que la apariencia, es un objeto completo y terminal. ¡Error! El grano no es otra cosa que el embrión de la planta futura, y de este modo, el ciclo recomienza.

....

Siglos hace, la Francia era la luz del mundo; y esta luz amenaza empañarse. Traídas sobre las olas de las Walkyries, las brumas del Norte invaden nuestro cielo, trayéndonos los dioses escandinavos que combaten contra los dioses del Olimpo; en tanto que de las ardientes regiones de la India vienen hacia nosotros las divinidades orientales con sus brazos múltiples y sus trompas de elefantes. El Evangelio, sabiamente dulcificado por la Iglesia, cede el puesto á un Evangelio extranjero del que no comprenderían los santos, una palabra si volvieran á este mundo. En verdad, nadie lo comprende ni se cuida de comprenderlo, porque eso de comprender es para el rústico, y la necesidad de entender bien las cosas, es como un vicio del que tratáramos de desasirnos. Abandonamos la fe, no por la razón, sino por la credulidad; dejamos el dogma por el milagro, á Nuestra Señora de París por Nuestra Señora de Lourdes. El espiritismo, el esoterismo, aumentan todos los días en órganos de publicidad, sin que contemos esos baturrillos tan mal coordinados de palabras sin sentido, que exigen, no obstante, nuestra atención y respetos.

Todo eso sube, todo eso asciende, triunfa de nosotros y nos cubre de tinieblas.

Acuérdome de los tiempos en que la Italia, como el Fénix, renacía á nueva vida. La Ristori, reina de la escena, dominaba á la juventud parisiense, á la que ya pertenecía, y arrancaba la admiración de todos mujer tan eminente. Y entre mis recuerdos veo, como si fuera hoy, el ademán soberbio de la gran trágica, cuando ataviada con el traje de una Musa, arrojaba lejos de sí la lira, exclamando: que no cantaría más la Italia, mientras no hubiera reconquistado su libertad perdida!

Y hoy, pregúntome si es bastante solamente hacer vibrar cuerdas sonoras, cuando la noche amenaza ahogarnos entre sus sombras densas!

De cierto que es mi voz muy poca cosa; empero, por pobre y débil que sea, ¿no podrá despertar acaso una voz más poderosa? ¿Quién sabe si la semilla llevada por el viento, á la ventura, no vaya á germinar en el corazón de uno de esos hombres de voz de fuego, cuyo ministerio es la propagación de las ideas!

CAMILO SAINT-SAENZ.

Sobre Arte.

Un artista es un creador de cosas hermosas.

Revelar el Arte, ocultando al artista, tal es el objeto del Arte.

El crítico es aquel que puede traducir en otra forma ó con nuevos procedimientos la impresión que le dejan las cosas hermosas.

La autobiografía es la más alta y la más baja de las formas de la crítica.

Los que encuentran feas intenciones en las cosas hermosas, son corrompidos sin ser seductores. Es una falta.

Los que encuentran hermosas intenciones en las cosas hermosas, son los cultivados. A éstos les queda la esperanza.

Son los elegidos, para quienes las cosas hermosas significan sencillamente la Belleza.

Un libro no es moral ó inmoral. Está bien ó mal escrito. Es todo.

El desdén del siglo XIX hacia el realismo, es semejante á la rabia que se apodera de Calibán al contemplar su rostro en un espejo.

El desdén del siglo XIX hacia el romanticismo, se parece á la rabia de Calibán al no contemplar su rostro en un espejo.

La vida moral del hombre forma una parte del objeto del artista, pero la moralidad del arte consiste en el uso perfecto de un medio imperfecto.

El artista no desea probar cosa alguna. Pero las cosas verdaderas pueden ser probadas.

El artista no tiene simpatías éticas. Una simpatía moral en un artista, trae consigo un amaneramiento imperdonable del estilo.

El artista no debe caer nunca en la imprevisión. Puede expresar todo.

Para el ártista, la idea y el lenguaje son los instrumentos de un arte.

El vicio y la virtud son los materiales. Desde el punto de vista de la forma, el tipo de todas las artes es la música. Desde el punto de vista de la sensación, el comediante.

Todo arte es á la vez superficie y símbolo. Los que buscan bajo la superficie, lo hacen por su cuenta y riesgo.

Lo propio los que intentan penetrar el símbolo.

Es el espectador y no la vida lo que el Arte refleja realmente.

La diversidad de opiniones acerca de una obra de arte, demuestra que esta obra es nueva, complexa y viable.

Cuando las críticas difieren, el artista está de acuerdo consigo mismo.

Podemos perdonar á un hombre que haya hecho algo útil, con tal de que no lo admire. La única excusa de haber hecho algo inútil, es admirarlo intensamente.

OSCAR WILDE.



La dama del abanico blanco.

(CUENTO CHINO.)

Tchouang-Tsen, del país de Seung, era un letrado que llevaba la sabiduría hasta el desprendimiento de todas las cosas perecederas, y como buen chino, no creía en las cosas eternas, y no le quedaba para contener su alma sino la conciencia de escapar á los errores comunes de los hombres, que se agitan para adquirir inútiles riquezas ú honores vanos.

Pero era necesario que esa satisfacción fuese profunda, porque después de su muerte fué proclamado feliz y digno de envidia.

Durante los días que los genios desconocidos del mundo le concedieron pasar bajo un cielo verde, entre arbustos en flor, sauces y bambúes, Tchouang-Tsen tenía la costumbre de pasear soñando en esos países en que él vivía sin saber cómo ni por qué.

Una mañana que erraba á la ventura en las pendientes floridas de la montaña Nam-Hoa, se encontró impensadamente en un cementerio, en el cual los muertos reposaban, según el uso del país, bajo montículos de tierra batida. A la vista de esas innumerables tumbas que se perdían en el horizonte, el letrado meditó sobre los destinos de los hombres.

¡Ay, se dijo, mirad la encrucijada en que se confunden todos los caminos de la vida! ¡Cuando una toma sitio en la mansión de los muertos, nunca se vuelve al día!

No es singular esta idea, pero resume en sí bastante bien la filosofía de Tchouang-Tsen y la de los chinos, que no conocen sino una sola vida, aquella en que uno ve al sol florecer á las peonías. La igualdad de los hermanos en la tumba los consuela ó los desespera, según que estén inclinados á la serenidad ó á la melancolía. Tienen para distraerse una multitud de dioses verdes ó rojos, que algunas veces resucitan los muertos y ejercen la magia divertidora.

Pero Tchouang-Tsen, que pertenecía á la secta orgullosa de los filósofos, no pedía consuelo á los dragones de porcelana. Como paseaba así su pensamiento á través de las tumbas, encontró súbitamente á una joven señora que llevaba traje de luto, es decir, un largo vestido blanco de tela grosera y sin costuras. Sentada cerca de una tumba, agitaba un abanico blanco sobre la tierra, aún fresca, del túmulo funerario.

Deseando conocer el motivo de acción tan extraña, Tchouang-Tsen saludó á la joven con política y le dijo:—Me atreveré, señora, á preguntaros: ¿quién está en esa tumba y por qué os tomáis el trabajo de abanicar la tierra que le recubre? Soy filósofo, busco las causas, y he aquí una causa que se me escapa.

La joven señora continuó abanicando, enrojeció, bajó la cabeza y murmuró algunas palabras que el sabio no oyó. Renovó muchas veces su pregunta inútilmente. La señora no se cuidaba de él y parecía que su alma hubiese pasado toda entera á la mano que movía el abanico.

Tchouang-Tsen se alejó tristemente. Aunque conocía que todo no era sino vanidad, era naturalmente inclinado á buscar el móvil de las acciones humanas y particularmente de las mujeres; esa pequeña especie de criatura le inspiraba una especie de curiosidad malévola, pero muy viva. Prosiguió lentamente su paseo, volviendo la cabeza para ver el abanico que batía el aire como el ala de una gran mariposa, cuando súbitamente una vieja, que él no había visto, le hizo señas para que la siguiera.

Lo llevó á la sombra de un sepulcro más alto que los demás, y le dijo: «Os oí hacer á mi ama una pregunta que ella no respondió. Pero yo satisfaré vuestra curiosidad por un sentimiento material de cortesía, y en la esperanza de que me daréis, en justa reciprocidad, un papel mágico que prolongue mi vida.»

Tchouang-Tsen sacó de su bolsa una moneda, y la vieja habló en estos términos: La señora que visteis en la tumba, es la señora, la viuda de un letrado llamado Tao, que mu-



Estudio fotográfico — Valleto.

rió hace quince días, después de una larga enfermedad, y esa tumba es la de su marido. Se amaban tiernamente. Al expirar el señor Tao, no podía resolverse á dejar á su esposa en el mundo, en la flor de la edad y la belleza. Se resignó sin embargo, porque era de un carácter muy dulce, y su alma se sometía voluntariamente á la necesidad. Llorando en la cabecera del señor Tao, que no había dejado durante su enfermedad, la señora ponía por testigos á los dioses de que no sobreviviría á su esposo, y que compartiría su tumba como había compartido su lecho.

Pero Tao le dijo: «Señora, no juréis eso.»

«Al menos, replicó ella, si debo sobrevivirlos y estar condenada á ver la luz del día cuando vos no la veréis más, sabed que no consentiré jamás en hacerme la mujer de otro, y no tendré sino un esposo como no tengo sino una alma.»

Pero Tao le dijo: «Señora, no juréis eso.»

—¡Oh, señor Tao! señor Tao! dejadme jurar, al menos, que no me casaré en cinco años!

Pero Tao le dijo: «Señora, no juréis eso, jurad tan sólo guardar fielmente mi memoria en tanto que la tierra no se seque sobre mi tumba.''

La señora Lu hizo un gran juramento, y el buen Tao cerró los ojos para no volverlos á abrir!

La desesperación de la señora Lu fué inmensa; sus ojos brotaban un mar de lágrimas. Rompió los juegos de porcelana; pero todo pasó, y el torrente del dolor se agotó. Tres días después de la muerte de Tao, la tristeza de la señora Lu se había hecho más humana; supo que un joven discípulo de Tao deseaba atestiguarle la parte que había tomado en su duelo, y juzgó con razón que no podía dispensarse de recibirlo, y lo recibió suspirando. El joven era muy elegante y de una bella figura; le habló un poco de Tao y mucho de ella: le dijo que era encantadora y que la amaba; ella le dejó decir. El joven prometió volver y la señora Lu lo espera cerca de la tumba de su marido, donde la habéis visto pasar todo el día secando la tierra con su abanico.

***

Cuando la vieja terminó su narración, el sabio Tchouang-Tsen dijo: la juventud es corta; el aguijón del deseo da alas á los hombres y mujeres jóvenes. Después de todo, la señora Lu es una buena persona y quiere cumplir su juramento.

Es un ejemplo para las mujeres blancas de Europa.

Anatole France.



NEGRA DAMA

EN UN ALBUM.

A los efectos mágicos que vuestra faz inspira
Resuenen armoniosas las cuerdas de mi lira;
Y en sus galantes rimas el verso triunfador,
Salude reverente las opulentas galas
Que la rosada Venus y la severa Palas
Os dieron como ofrenda de olímpico esplendor!

La noche tenebrosa prestó á vuestros cabellos
Su negro más profundo; y á vuestros ojos bellos
El almo sol empíreo su lumbre celestial;
La flor os dió perfumes; y soberano porte
La herencia peregrina de alguna regia corte...
Herencia que revive de vuestro chic triunfal.

El negro hermoso y puro de vuestro negro traje,
Luciente como un ave de espléndido plumaje;
El negro intacto y ágil, el negro brillador
De un ojo circuído de nácares y rosas;
El negro de unas trenzas crespadas y sedosas,
Es negro que ilumina la ruta del amor!

En negro tan radiante mi musa ya se inspira,
Y vibran armoniosas las cuerdas de mi lira;
Y en sus galantes rimas el verso triunfador,
Saluda reverente las opulentas galas
Que la rosada Venus y la severa Palas
Os dieron como ofrenda de olímpico esplendor!

J. M. Galindez.



A LA COPLA

Tiene la mariposa cuatro alas,
tú tienes cuatro versos voladores;
ella, al girar, resbala por las flores;
tú por los labios, al girar, resbalas.

Como luces su túnica, tú exhalas
de tus versos divinos resplandores;
y fingen ocho vuelos tembladores
tus cuatro remos y sus cuatro palas.

Ya te enredas del alma en una queja,
ya en azul campanilla de una reja,
ya de un mantón en el airoso fleco.

En el suelo andaluz, copla, has nacido,
y tienes—ave musical—tu nido
¡de la guitarra en el sonoro hueco!

Salvador Rueda.



Una jota



LA VISITA

La campana del convento sonó primero tres, después siete veces, anunciando la llegada de una visita y previniendo á la hermana Leocadia que alguien reclamaba su presencia en la sala de recibo.

A pasos menuditos y recogido pulcramente el hábito azul, bajó la religiosa los peldaños de la escalera, santiguóse al cruzar frente á una imagen de Santa Teresa que decoraba el muro, y tras de toser con discreción monjil, empujó la puerta del locutorio.

Dos ó tres mujeres se lanzaron al locutorio, abrazándose á ella y besando su rostro.

—¡Carmela! ¡Carmela! ¿No nos esperabas, verdad? ¿no nos esperabas? Sabíamos que hoy llegarías aquí, de paso para Barcelona. ¡Qué alegría, poderte dar un abrazo! Eustaquio no pudo venir. ¡Ya lo sentirá el pobre!

Atropellábanse por hablar, quitándose unas á otras la palabra, sin permitir que la monja les respondiese más que con monosílabos.

Eran tres mujeres. La primera gorda, descuidada, satisfecha de vivir, luciendo restos de un parecer agradable. La segunda, moza, delgada, pendiente del traje y de la compostura. La tercera, niña, con grandes ojos rodeados de obscuros círculos que hacían vivir un rostro mate y atormentado.

La monja se dejaba palpar; veía con agrado á aquella familia de quien viviera separada tantos años, recordaba palabras, gestos, sentimientos. Extrañábase de novedades, de mudanzas, de exageraciones.

—¿No sabes? Chonchito se nos casa. Sí, se nos casa con un chico de aquí, muy bueno y muy trabajador. Si te quedas unos días, ya te lo traeremos.

Y la moza sonreía, sonreía seria, plácidamente, contemplando las fotografías de la pared, descubriendo los paseos del jardín que se veían desde las ventanas, mientras la niña, jugueteando con el gran rosario que la monja llevaba colgado á la cintura, murmuraba muy quedo:

—¡Qué bonito es ser monja! ¡Llamarla todos á una la tía monja!.... ¡Qué bonito es ser santa!... ¡Ser la santa de la familia!.... ¡Y yo que no te conocía! Si vieras, tía Carmela, qué ganas tenía de besarte y de abrazarte!....

—Loquilla, loquilla —respondía dulcemente sor Leocadia con su voz monótona de antigua profesora. ¿Crees que el ser santa es fácil? ¿Quieres serlo porque te parece bonito? Como que no hay más que decir: ¡vaya, voy á ser una santa!

En esto la moza dió un grito de sorpresa, y su voz dulce de enamorada exclamó melancólicamente:

—¡Qué jardín! ¡qué paz! ¡qué tranquilidad! ¡Si me encerrasen en él, me moriría! Aborrezco los cipreses, que cuando se mueven con el viento, parece que dicen: No, no creas en nada, todo pasa. ¡Qué mérito tan grande el renunciar á todo, tía Carmela, cuando todo es tan bonito y Dios lo ha creado para que, admirándolo, le admiremos á El por comparación!

—No hagas caso de estas dos chifladas —concluyó la madre cogiendo las manos de la monja y besándoselas una después de otra.—La mayor va á casarse. Todo lo que no es su novio, le parece mal. Cásese en buen hora. Será esposa modelo, madre perfecta. Nació para el mundo. Tiene en sí sobra de vida. La pequeña aún no sabe nada. Todo le choca, hay que vigilarla: se parece á ti, pero con menos cabeza.

La monja paseaba su mirada alternativamente de la moza á la niña. La madre prosiguió:

—Nuestros proyectos son gloriosos. Al novio de ésta le ofrecen una plaza muy buena en Málaga. A Eustaquio le recomiendan un clima más templado, y yo, con tal de no separarme de ellos, estoy bien en todas partes; de modo que nos iremos. Los hombres piensan establecer un gran negocio nuevo, con la representación de una casa inglesa, que, según aseguran, nos hará ricos. Para Mariucha tampoco me disgusta el cambio. En fin, seremos muy felices. Te aburro, ¿verdad?, con estos proyectos tan vulgares y mediocres. ¡Qué quieres! Yo ya no soy más que eso, madre; renuncié á todas mis pretensiones. Tú, si estuvieras en mi caso, harías lo mismo; pero, amiga, te dedicaste á otra cosa mejor: nos chafaste á todos eligiendo estado.

«Era cierto—pensaba la monja.—Ella, ella solita, sin el consejo de nadie, había elegido estado; mas.... ¿era razón el haberlo elegido para prescindir en adelante de su persona, para no contar en los planes de familia con su proximidad ó su presencia, para no haber hecho nada por verla en tantos años?.... Sí, sí—concluía al fin, era razón.... era justo ... ella fué la que se separó primero, la que rompió primero el lazo con que la naturaleza los uniera.»

En tanto seguía la madre refiriendo gracias, historias, sin orden ni concierto, todas referentes á sus hijas. Por fin, y no obstante las súplicas de la interesada, empeñóse en contar á sor Leocadia los pormenores de sus amoríos con el que pronto iba á ser su esposo.

—Nada más tonto: una noche habían ido al teatro á ver una actriz extranjera, de paso en la población. La comedia representada fué tan verde que, roja de vergüenza la niña, y sin atreverse á mirar al escenario, dedicóse á registrar las butacas; reparó en un muchacho..... y nada, porque al segundo acto se marchó..... y en el paseo concluyeron de arreglarse. ¿Verdad que era muy tonto? En su tiempo, en el tiempo de Carmela y de su hermana, se hacían las cosas de otra manera. Ella se enamoró de Eustaquio en un baile de máscaras del Real, cuando vivían en Madrid. Aún le parecía estarlo viendo. ¡Qué sueño! ¡Y pensar que Carmela asistía también al baile con un dominó negro y rosa! ¡Sor Leocadia! ¡Cómo variaban los tiempos! Pero había cosas que no se olvidaban nunca. El vals, el vals por ejemplo, que tocaban aquella noche, lo tenía siempre en la memoria. ¿Qué cuál era? ¿Pero sería posible? ¿No lo recordaba? Aquel de lalá, lalá, la, lari.... ¿Tampoco? ¡Qué lástima no haber allí un piano para....

Mariucha, encantada, señaló uno arrimado al muro, y la madre, presa de súbita inspiración, sin hacer caso de la risa burlona de la monja, lanzóse hacia él, levantó la tapa, recorrió con los gruesos dedos el amarillento teclado, y tras algunas vanas tentativas, primero torpe, después armonioso, por fin completo, elevóse por los aires el ritmo de un vals antiguo, antiguo como los amores que recordaba.

—¡Bravo! ¡bravo, mamá! ¡Sigue, sigue!—vociferó, contentísima, la chicuela, al mismo tiempo que agarraba por la cintura á su hermana y comenzaban ambas á dar vueltas airosísimas por el cuarto, renovando con su juventud, con

su vida, con su inexperiencia, el perdido encanto de la vieja composición, que poco á poco resurgía bajo los inhábiles dedos de la madre.

Sor Leocadia ya no reía. Miraba atentamente á la risueña pareja. Alta, bien proporcionada, dejando adivinar en ella á la futura matrona, la mayor. Nerviosa, indecisa, manejando á su hermana como pudiera hacerlo un hombre, la pequeña. En ambas estaba simbolizado un mundo nuevo, un mundo de ilusiones, de esperanzas, de dudas, de desalientos.

El piano cesó de pronto. Las jóvenes corrieron hacia la madre, y, uniéndose con ella, estrecháronla junto á sus corazones. Sor Leocadia se puso en pie y entonces las tres se levantaron para despedirse. Era muy tarde. Ya no había sol.

Las confidencias y las manifestaciones cariñosas, se repitieron con mayor desorden aún que antes.

—Nada, nada; la mayor estaba contentísima de casarse, y como no la consultaran más que á ella, ¡muchos hijos! ¡muchísimos! ¡Los adoraba! ¡Había nacido para batallar con veinte chiquillos!

—Y tú, ¿qué quieres ser? ¿Te gustaría quedarte aquí conmigo?—preguntó la religiosa á la niña.

—Aún no sé—repuso la interrogada abriendo sus inquietos ojos; más que santa.... me gustaría ser reina.... y si no, me gustaría ser una gran artista, una cantante que hiciera muchos gorgoritos. Lo que á mí me gustaría es que hablasen mucho de mí.

—Dios te conceda lo que más te convenga—concluyó la monja, poniendo su blanquísima mano sobre la revuelta cabellera de la ambiciosa.

—¡Qué pena separarnos!—gimió la madre estrechando á Sor Leocadia. El consuelo que me queda es verte tan buena, tan robusta. Tú, que fuiste siempre tan delicaducha y tan expuesta á.... ¿Te acuerdas? ¡Qué predicciones! ¡Jesús! Los médicos no saben lo que dicen. ¡Pues nunca estuviste tan sana!

—Adiós, adiós. El os bendiga.

—Adiós, Carmela de mi alma. ¿Hasta cuándo, mujer, hasta cuándo?

—¡Quién sabe! ¡Nuestros caminos son distintos; pero.... ya veis.... cuando menos se piensa.... quizá pronto.... Adios. ¡Que se haga su voluntad, así en la tierra como en el cielo! ¡Yo siempre rezo por que seáis muy felices!

¡Muy felices! ¡Lo deseaba con toda su alma! ¡Era lo único de material, de vivo, de agradable y de doloroso que la unía al mundo! ¡Qué poco había cambiado su hermana! ¡Siempre la misma! Su hija mayor se le parecía. Su porvenir estaba, indudablemente, en crear una familia, en pelear cara á cara con la vida. En cambio la menor.... la menor, como había dicho la madre, se parecía más á ella, á Carmela. La misma viveza, la misma resolución, las mismas... ¡Qué sueño, qué sueño era la existencia! ¡Cómo la niña de ayer podía convertirse en la mujer enérgica, activa, en la fundadora de hoy! ¡Qué hermosa labor! Encargada por los superiores, marchaba á otra provincia para organizar un nuevo convento; con aquél serían tres los fundados por ella.... Quizá fundaría más.... aún era joven, aún.... ¿Qué diferencia podía caber entre la existencia de.... No, ella no había sido tampoco estéril para el mundo. Su labor estaba visible. No había sido de las que cobardemente se refugian en un claustro para vivir sin preocupaciones ni cuidados ajenos. No; había luchado, había sufrido... había.... La frente de Leocadia se apoyó sobre los fríos cristales de la ventana. A sus pies se extendían el desierto jardín, adornado aquí y allá por varios santos de piedra. La sombra invadía los paseos más alejados. Las hojas secas rodaban por las praderas. Los cipreses agitaban blandamente sus copas, dándose paz unos á otros. Las palabras de la enamorada resonaron en los oídos de la esposa del Señor:

—Parece que al moverlos el viento, dicen: «¡No, no creas en nada.... Todo pasa!»

Algo se apretó en la garganta de la monja, y molesta por una opresión desconocida, alejóse de los cristales para sentarse frente al abierto piano, cuyas amarillentas teclas interrumpían la obscuridad tristona que comenzaba á invadir el cuarto.

Una vez allí, sus manos exangües levantáronse para aflojar el cordón que sujetaba la toca, mortificando la carne, y poco á poco descendieron hasta posarse sobre la superficie de marfil, arrancando un débil quejido á las fatigadas cuerdas.

La sombra iba creciendo por momentos y la angustia, una angustia indescriptible, se apoderaba de la monja hasta dejarla paralizada, inmóvil sobre el asiento. Los retratos de los santos patronos de la comunidad cesaron de distinguirse en los muros para confundirse dentro del círculo negro. Las sillas se borraron también. Las ventanas sólo reflejaron opacas siluetas. Cuando la obscuridad fué completa, interrumpióse de pronto el silencio del cuarto por un acorde tímido, vacilante, que procedía del piano. Al primero siguieron otros más resueltos, ligeros, desenfadados, hasta constituir la melodía, el tema del vals, del pobre vals antiguo, soso, vulgar, que horas antes se escuchara en la misma habitación. Aquella alegre música, mal medida, y recordada apenas, mejor que danza acariciadora y rítmica, semejaba el confuso y trabajoso esfuerzo practicado por una niña de ocho años para vencer las dificultades de su lección.

¡Niños! ¡Niños! ¡Cuándo se deja de serlo! ¡Cuándo se ha sido verdaderamente en la vida!

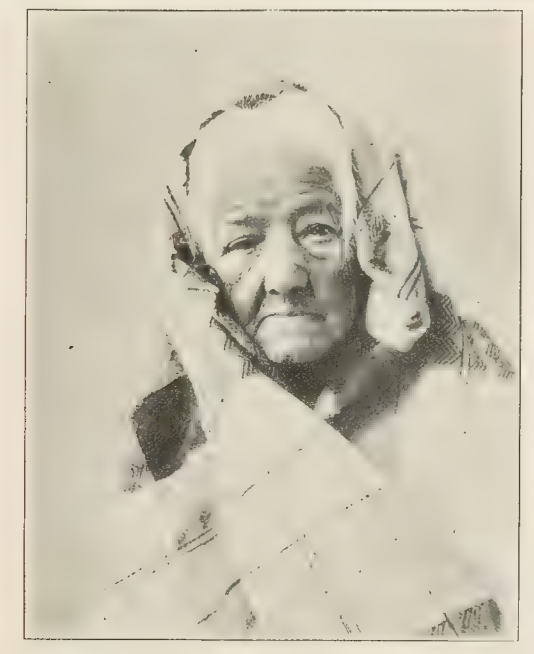
De pronto, el piano cesó.... de nuevo volvió á empezar, al mismo tiempo que se escuchaba un murmullo continuado, quejumbroso. La música seguía y el murmullo también.... No, no podía dudarse.... Eran sollozos.... A la mitad de un arpegio, interrumpióse de nuevo la música, oyóse un grito ahogado.... grito de dolor, de socorro.... al que siguió la caída de un cuerpo pesado; después varios gemidos, algo más débiles; después un ronquido.... una especie de estertor.... después nada.... La vibración de las cuerdas del piano extinguióse.... las siluetas opacas de la ventana se borraron por completo. El silencio se enseñoreó con majestuosa pavura de cuanto alcanzaba la vista.

....

Al cabo, resonaron unos pasos precipitados, después otros, después más. Se oyó el cuchicheo de voces femeninas. Entreabrióse la puerta. Adelantaron la cabeza varias religiosas, y al penetrar la luz en el cuarto, lanzaron á coro un grito de horror y de compasión.

Sobre el piano, en violenta postura, desceñidas las tocas y alborotado el ceniciento cabello, yacía el cuerpo de sor Leocadia. Los ojos, abiertos aún, miraban con espantosa fijeza algo que no se podía determinar. Por sus narices deslizábase, casi imperceptible, un hilillo de roja san-







ASILO DE MENDIGOS.—María Viñas y Ambrosia Rodríguez.

gre que venía á caer sobre los morados labios.

—¡Pobre sor Leocadia!—exclamó al fin una de las religiosas.—¡Ya decía el doctor que podía ocurrir una desgracia el día menos pensado! ¡Pobre hermana nuestra! ¡Y lo que pierde con ella la orden! El corazón, el corazón hermosísimo que tenía es lo que la ha matado. Avisad, avisad en seguida á todo el mundo, y nosotras de rodillas; un Padrenuestro por su alma.

«¡Paternóster!....»

ALFONSO DANVILA.

EL ASILO DE MENDIGOS

LOS MAS VIEJOS

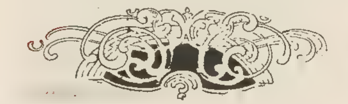
En este número damos á conocer los retratos de los mendigos más viejos que existen actualmente en el asilo fundado hace algunos años en la calle del Sur, y sostenido hasta la fecha con fondos de particulares.

Los mendigos á que nos referimos, son: María Viñas, de 102 años de edad; Ambrosia Rodríguez, de 99; Gabriel Rendón, de 80, y José E. Matus, de 65. Este último, según dice, nació en Peten, Guatemala, y fué durante sus mejores años uno de los más famosos cabecillas revolucionarios de aquel país. Pobre y abandonado de sus partidarios, vino á México con el propósito de buscar aquí trabajo, pero urgido por la miseria, y ciego, se vió obligado á ingresar al Asilo acogiéndose á la benéfica institución.

En cuanto á Rendón, cuenta que fué jornalero y que no sabe en qué año le arrebataron el azadón para hacerlo abrazar el fusil. «Me llevaron de chinaco—dice—y peleé contra los mochos en Querétaro.»

María Viñas y Ambrosio Rodríguez, no obstante su avanzada edad, conservan todavía el recuerdo de algunos acontecimientos notables de la Historia de México.

En general, los mendigos se encuentran satisfechos y muy agradecidos á la institución que les proporciona los medios indispensables para la subsistencia.



TEP-TA

LEYENDA INDIANA

No había otro como él para manejar el arco. «Tepescuintle» que veía, era presa segura: la saeta no se separaba un punto de la dirección que le imprimía su certera mano.

Era un indio corpulento, de fuerza admirable, ágil como un venado que ha escapado muchas veces de la persecución de tenaces cazadores.

Salvaba hondonadas y atravesaba ríos con rapidez pasmosa, y siempre se le vió aparecer al lado opuesto, ileso del todo y sin demostrar fatiga.

Ninguno de los súbditos de Atlacatl gozó, como él, de tan señaladas consideraciones: era el compañero inseparable del cacique y, casi siempre, el único responsable de cuanta arriesgada empresa se realizaba en el reino.

Tep-Ta obedecía ciegamente á su señor, y por él hubiera hecho con gusto el sacrificio de su vida.

***

En los dominios del famoso Lempira conoció á Milia, una india pequeñita, pero bien formada, ardiente y encantadora como no la había encontrado entre las mujeres de Cuscatlán.

Tep-Ta se prendó de sus gracias, y como encontrara resistencia de su parte, la arrebató de en medio de una fiesta, y huyó con ella, hasta obligarla á llegar en su compañía á la tierra cuscatleca.

***

—Entrégame á tu mujer—le dijo el rey Atlacatl. Dámela para no quitártela á la fuerza. Milia es de mi agrado, y debe ser mía, con



ASILO DE MENDIGOS.—De charla.

tu voluntad ó sin ella. Tu siempre has obedecido á tu señor; pues bien, sé sumiso ahora.

—Todo, menos eso: pide y seré obediente como siempre; pero no me exijas la entrega de mi mujer.

—Si es así, dame tu vida. Me la has ofrecido muchas veces, y ahora necesito que se cumpla tal promesa.

—Se cumplirá, pero con una condición: debo matar antes á Milia, é inmediatamente mi sangre se juntará á su sangre.

—¡Ingrato, perverso!—gritó Atlacatl, lleno de coraje.

—¡Ni ingrato ni perverso! Si falta mía ha sido unirme á una mujer, más ingrato y más perverso es quien arrebatar pretende una mujer que tiene dueño.

Atlacatl, ciego de ira, tomó con presteza su maza de roble y se lanzó sobre Tep-Ta.

En ese instante llegó Milia y se colocó entre ambos.

Tep-Ta aprovechó esa circunstancia para apoderarse de la maza del cacique, y de un solo golpe en la cabeza dejó exánime á la inocente Milia.

Y huyó rápidamente.

***

Las aves de rapiña, pocos días después de este suceso, condujeron á los que buscaban á Tep-Ta á una hondonada muy profunda: allí estaba el cadáver del indio que tanta fama llegó á dar al país de estos guerreros.

CARLOS A. IMENDIA.

Una pobreza relativa es compatible con lo que hay de más noble en el carácter.

*

El carácter es una propiedad. Es el más noble de todos los bienes; es un derecho á la aprobación general y al respeto de los hombres.

*

Ninguno está obligado á ser rico ó grande, no, ni á ser sabio; pero todo hombre está obligado á ser honrado.

*

Sin principios, el hombre es como un buque sin timón y sin brújula, abandonado para ser impelido de aquí para allá por cualquier viento que sople.



ASILO DE MENDIGOS.—José E. Matus

JAMAICA.—Una vista del canal (Fot. VALLETO.)



Chapultepec desde la Verónica.

(Fot. Carmichael).



Camino de México á Cuernavaca.—Una curva. (Fot. Carmichael).

UN ÁRBOL NOTABLE

Muy conocidos son en la Huasteca Veracruzana unos árboles gigantescos cuyo tronco tiene, por lo regular, el aspecto de una serie de columnas, más ó menos gruesas y elevadas.

Estos notables ejemplares, como es sabido, tienen su origen en una especie de parásito vegetal que nace en las ramas de algún árbol de una semilla depositada en ellas, ya sea por los pájaros ó por la acción del viento. Una vez que el parásito comienza á desarrollarse, echa nuevas raíces, que crecen y se alargan hasta penetrar en el suelo y que se transforman, con el transcurso del tiempo, en troncos que dan á su vez origen á otras muchas raíces que se enredan al árbol entrelazándose hasta cubrirlo con una verdadera red. Las raíces se engruesan y se unen cada vez más, y el árbol que dió albergue al parásito, acaba por desaparecer.

La fotografía que publicamos representa un curioso ejemplar de esta clase de árboles.

CUENTOS RÁPIDOS

LA FIORAJA

A Mademoiselle Romanticisme.

Estoy intrigado porque ha muchos días que no veo á Odette, la floristilla del Odeón; la última vez que la vi, Odette estaba trágica por lo triste, y ha desaparecido desde entonces misteriosamente.

Tú la conociste: ¿te acuerdas de ella? Era una napolitana que vagabundeando probablemente con algún «pifferari,» había llegado desde el golfo azul turquesa que cuida el Vesubio, hasta las orillas del Sena en pleno París. Era fea... ¡qué fea! con su cabello cobrizo, sus ojos indolentes y grandes de ovino, su boca ancha de belfos carnosos, su cuello grueso y sus manos con reminiscencias de manos de simio. Pero era buena y casta—¡qué prodigio en una niña callejera!—casta y buena como esas florecillas que se abren prendidas de los festones que verdean nacidos en las grietas de las ojivas de las catedrales, místicas y sencillas como una ofrenda de la piedra á la Divinidad. Odette era buena, honrada y casta... ¡por eso soñaba en Lohengrin!

La última vez que la vi, llevaba su cesta cuajada de flores. Camelias que por lo blancas parecían espolvoreadas con nieve; otras con estrías rojas como si estuvieran heridas; rosadas unas como mejillas de sana colegiala, y otras carmesíes como cuajarones de sangre. Violetas púdicas y dalias hijas del invernadero, con ropajes pomposos y opulentos como de princesitas de minuet; crisántemos que parecían explosiones de rayos de oro, como en una pirotecnia; rosas inglesas de pétalos sedosos y colores mates, y en mitad del cesto un humilde ramito de hamamélidas tempranas, aromosas, destilando la esencia de sus cálices, parecidos á una gota de oro fundido que resaltara sobre la albura de un estrellado copo de nieve. Y Odette corría de aquí para allá vendiendo sus flores y regalando sus sonrisas deformes, empeñadísima en vender aquel



Huasteca Veracruzana.—Un árbol notable.



"Herodías". Cuadro de Veronés.—(De la colección Chavero)

ramito de hamamélidas que se habían abierto caprichosamente en mitad del otoño. Rosas, crisántemos y camelias se iban prendidos de las solapas de los jaquets, ó acariciadas en las manos de coquetuelas «boulevardieres;» sólo las hamamélidas se quedaban rezagadas...... ¿por qué? Al verlo, Odette las dió muchos besos de ternura, como si la niña huérfana sintiera con las flores huérfanas, y las flores desdeñadas comprendieran á la niña desdeñada del amor, de la fortuna y de la dicha!

—Caballero, estas hamamélidas...... huelen mucho, más que las otras flores..... no serán tan bonitas, pero tienen aroma.... ....

El caballero miraba despectivamente á las florecillas y tomaba una camelia.

—Las hamamélidas, señorita, no son tan bonitas como las dalias, pero tienen aroma......

La grisetilla tomaba una dalia de hojas abullonadas y dejaban las hamamélidas. De qué les servía el aroma sin la forma, lo atrayente, lo sugestivo, lo aparente?

Por fin, al caer el sol, el cesto se vació, quedando en él sólo las hamamélidas, casi marchitas, pero siempre olorosas; se sabían morir noblemente, sedientas por la falta de agua de un búcaro, pero destilando perfume y con muchos besos de Odette. La floristilla fué á reclinarse en uno de los bordes del Puente Nuevo, y tomando del cesto en el suelo las hamamélidas, se puso á verlas y á cavilar. Como ellas era ella: pura, llena su alma de aroma; la gota de oro de los cálices, era la gota de oro de sus sentimientos; la albura de los pétalos, lo inmaculado de sus sentimientos; cualquier transeúnte aceptaría regaladas las florecillas, pero no con cariño; ella podía entregarse también con sus quince años á cualquier hombre que no la tomaría por amor...... y así como para las hamamélidas no había un afecto, tampoco para ella lo había; y así como para ellas no venía un dueño, para ella no venía Lohengrin; y al día siguiente las florecillas amanecerían muertas y manchadas en el montón de la basura callejera, y ella...... ¡podía amanecer en el montón de lo humano que rueda al lodo! ¡Sola...... sola...... qué tristeza!

¡Pobres flores! Se morían de sed, querían agua...... Y viéndolas y dándoles el último beso, las arrojó al Sena, pudiendo ver, á la luz crepuscular, cómo se iban, navegando muellemente balanceadas, despacito y como diciéndola: «¡Adiós, hermana! «A Bientôt!»

Odette, con los codos en el antepecho del puente y la barba entre las manos, absorta y ensimismada, miraba con sugestión el agua que corría y las hamamélidas que se iban en las ondas recostadas...... La campana del cercano convento de...... llamó, como si llamara á alguien, y Odette, volviéndose al sonido, como si respondiera, dijo: «¡No! ¡No puedo....!»

Odette ha desaparecido desde esa vez, que la vi trágica en su tristeza, y esto me tiene intrigado.

E. Maqueo Castellanos.

PARA UN AMIGO

Hasta tu hogar tranquilo, franco y hospitalario
Que cobijó mil veces mi ensueño solitario,
Que como un oasis fresco se alzara en mi camino
Y donde me brindaste de tu pan y tu vino,
Donde abrieron sus rosas mis raras alegrías
Y plegaron las alas mis tristezas sombrías,
Lleven estas estrofas un puñado de flores
Con mi afecto muy hondo y mis votos mejores.

Cuando la vida negra nos envuelve en su ola
De amargura y de duelo, y el alma está muy sola;
Cuando la frente punza la corona de espinas,
Y el spleen nos arropa con sus vagas neblinas;
Cuando el amor divino extinguió sus reflejos,
Y la noche se acerca y la dicha está lejos;
Cuando llora el espíritu y de luto se viste
Y se apaga el recuerdo como un astro muy triste,
Si encontramos de pronto en la intrincada senda
Un cariño sincero que la mano nos tienda,
Que para nuestras penas tenga en los ojos llanto,
Y para nuestros júbilos en los labios un canto;
Que cure las heridas y calme los hastíos,
Y nos diga: tus goces y tus duelos son míos,
Sentimos que regresa radiante la ilusión
Y á la nueva esperanza se entreabre el corazón.

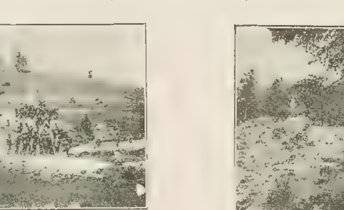
Tal hiciste... Yo estaba solo y desfallecido,
Mi vacilante paso guiaba hacia el olvido
Y enervada por una letal melancolía,
En tierra y sin aliento mi juventud yacía.
Abrumado por torvas y rudas decepciones
Iba bajando, lento, los duros escalones
Que en espiral funesto llevan al precipicio
Del tedio, el abandono, la enfermedad y el vicio
Cuando tú te acercaste, me tendiste la mano,
Y me abriste los brazos y me llamaste hermano;
Y mi fe tuvo entonces con tu palabra una ala,
Y vi que la existencia no era en verdad tan mala;
Y entonces vinculamos, con un afecto igual,
Nuestros dos corazones con lazo fraternal.

Más tarde, cuando el odio te disparó su flecha,
Rugió sobre tu frente la tempestad deshecha,
Y la pálida envidia, la vil calumnia, todo
Lo que es rastrero, abyecto y sucio de algún modo,
Amargó tu existencia y emponzoñó tus horas;
Cuando te lastimaron infidencias traidoras,
Y la amistad vendida te negó con sus dudas,
Y te manchó el engaño con el beso de Judas,
Yo te vi perseguido, inmutable y sereno,
Y me puse á tu lado porque sé que eres bueno;
Y porque estabas solo, siempre estuve contigo;
Y porque eras odiado, yo siempre fuí tu amigo!

Entre nubes del cielo y lodo de la tierra,
Con pacíficas auras y huracanes de guerra,
Nuestra amistad es árbol que levanta sus frondas
Y que á través del tiempo echó raíces hondas.
A ella mi cariño sin esfuerzo le arranca
Estos versos, que dejo en la página blanca,
Y que quiero que lleven á tu hogar, que es el mío,
El abrazo de hermano que de lejos te envío.

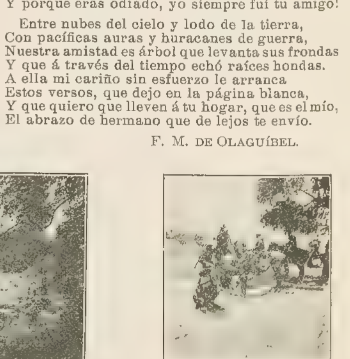
F. M. de Olaguíbel.







Excursión escolar.—Los alumnos de la Preparatoria en el Monte de las Cruces.



Una instantánea.

Una excursión escolar.

Con muy buen éxito han comenzado á efectuarse las excursiones científicas que previene el plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria, contándose entre las más interesantes la que emprendieron á la Cima y el Monte de las Cruces los alumnos de la clases de Química y Mineralogía.

Los Profesores Andrés Almaraz, Guillermo B. Puga y Julián Sierra fueron los que acompañaron á los alumnos en esta ocasión, concurriendo también, como preparadores, los señores Adolfo Castañares, Joaquín Peralta y Nicolás Rojano. Los excursionistas salieron por el Ferrocarril Nacional el día 11 del corriente, dirigiéndose á unas canteras situadas en las Cruces, con el fin de hacer en aquel sitio algunas experiencias sobre voladuras de rocas.

Con las precauciones del caso, se abrieron seis taladros en distintos puntos, cargándolos con dinamita de 40 por ciento, para hacerlos estallar por medio de una chispa eléctrica. Los alumnos, que presenciaron con todo detenimiento las pruebas, recibieron de los profesores las explicaciones necesarias con respecto al método empleado. Después les fueron explicados los efectos del agua sobre las substancias solubles de las rocas, haciéndose, para el mejor resultado de la conferencia, algunos experimentos prácticos.

En cuanto al ramo de Mineralogía, el profesor dió una lección sobre la configuración y constitución del terreno.

Durante el viaje, se tomaron fotografías de distintos puntos, siendo algunas de ellas instantáneas muy bien logradas. La que publicamos representa á un soldado en el momento en que se le encabrita el caballo que monta.

INVIERNO

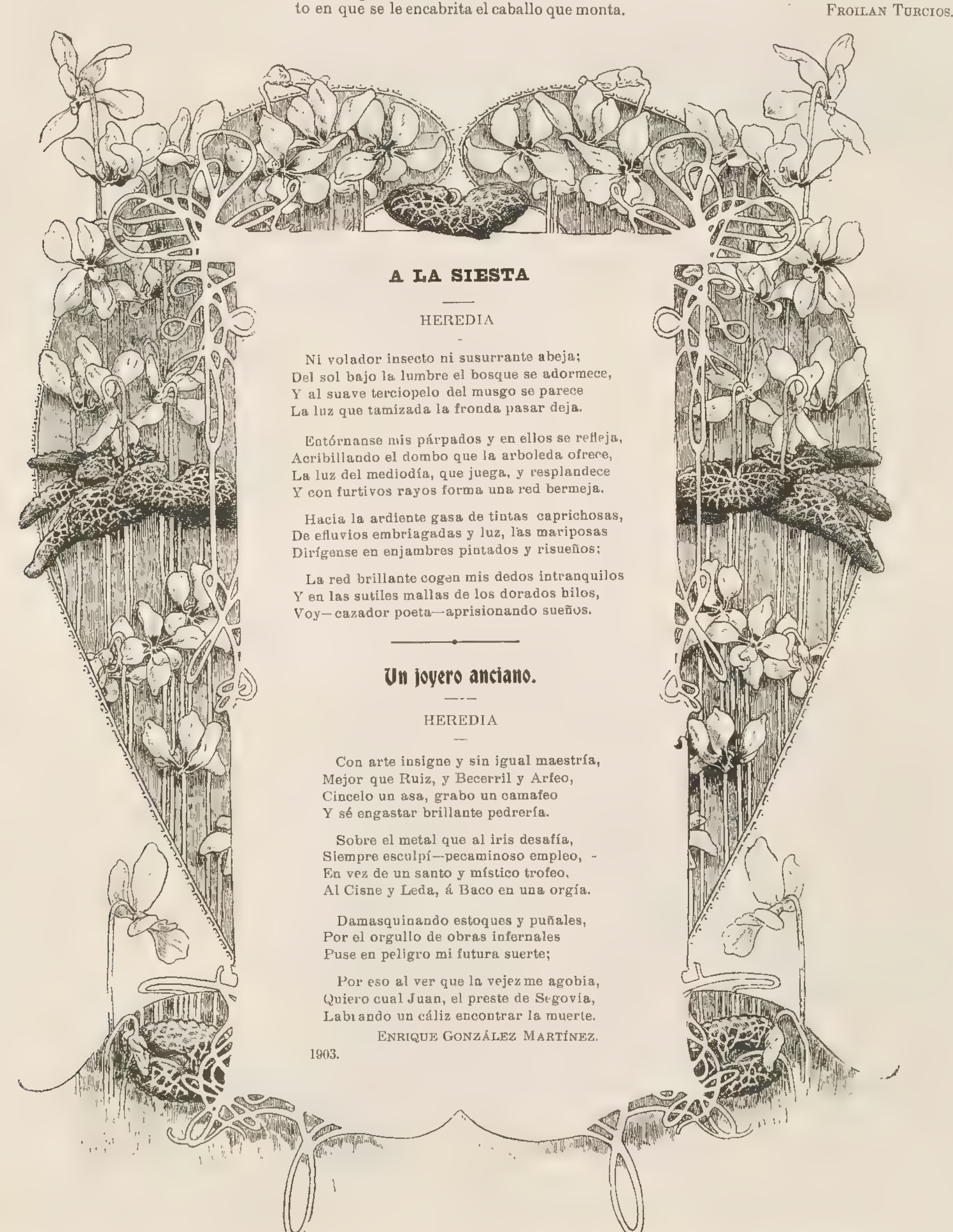
En el pálido cielo las neblinas
erraban como sombras espectrales
y la lluvia ponía en los sauzales
sus collares de perlas argentinas.

Un lienzo gris las húmedas colinas
arropó con sus túnicas glaciales,
y las trémulas lumbres matinales
doraban á las brumas opalinas.

El río rumoreaba en la espesura
y á lo lejos fingía la llanura
jardines de esmeraldas refulgentes.

Y grandes gotas, con un ritmo vario,
resbalaban de un roble milenario
como si fueran lágrimas dolientes.

Froilan Turcios.



A LA SIESTA

HEREDIA

Ni volador insecto ni susurrante abeja;
Del sol bajo la lumbre el bosque se adormece,
Y al suave terciopelo del musgo se parece
La luz que tamizada la fronda pasar deja.

Entórnanse mis párpados y en ellos se refleja,
Acribillando el dombo que la arboleda ofrece,
La luz del mediodía, que juega, y resplandece
Y con furtivos rayos forma una red bermeja.

Hacia la ardiente gasa de tintas caprichosas,
De efluvios embriagadas y luz, las mariposas
Dirígense en enjambres pintados y risueños;

La red brillante cogen mis dedos intranquilos
Y en las sutiles mallas de los dorados hilos,
Voy—cazador poeta—aprisionando sueños.

Un joyero anciano.

HEREDIA

Con arte insigne y sin igual maestría,
Mejor que Ruiz, y Becerril y Arfeo,
Cincelo un asa, grabo un camafeo
Y sé engastar brillante pedrería.

Sobre el metal que al iris desafía,
Siempre esculpí—pecaminoso empleo, -
En vez de un santo y místico trofeo,
Al Cisne y Leda, á Baco en una orgía.

Damasquinando estoques y puñales,
Por el orgullo de obras infernales
Puse en peligro mi futura suerte;

Por eso al ver que la vejez me agobia,
Quiero cual Juan, el preste de Segovia,
Labrando un cáliz encontrar la muerte.

Enrique González Martínez.

1903.



LA INOCENTE

—¿Y te gusta esto, Marieta?

—¡Estarás bella con este lindo vestido!

—¿Te gusta el celeste?

—¡Ya lo creo! ¡como ella es rubia!

Marieta Laroudet se puso á reír; una risa infantil que prolongaba, acompañándola con un balanceo de cuerpo. Ora sobre un pie, ora sobre el otro, inclinada hacia las costureras, las miraba trabajar con aire encantado.

Teresa, Mariana, Irma, las tres más hábiles obreras de la aldea, desde una semana no salían de la granja de los Laroudet. Tenían que apresurarse; sólo faltaban cinco días para la boda, y el vestido de la novia no estaba terminado.

La boda debía ser hermosa.

El novio, Hilarión Larroque, era muy rico y era, además, un mozo de excelentes prendas físicas y morales: no había otro como él para colocarse la boina cual si fuera una aureola, al lanzarse en aturdidores «caballero solo,» traídos del regimiento. Tenía, además, otra virtud: cantaba. Había que oírle, cuando, para romper la monotonía de una larga comida de bodas, subía sobre su silla, con el chaleco abierto sobre su faja roja, y con voz sonora desgranaba su repertorio, importado también del regimiento.

Así es que, cuando los Larroque hicieron su pedido, los Laroudet no vacilaron. Bien sabían que desde tiempo atrás, su hija iba pensando en Hilarión. El casamiento fué fijado para la semana que precedía al carnaval.

Como se dice en el Bearn, los Laroudet «tenían su cruz,» es decir, su desgracia; esta cruz, de veinte años, ojos azules y cabellos rubios, se llamaba Marieta.

Era una «inocente.» Se hablaba de ella suspirando, aunque se la quería, pues Marieta no era mala, sino algo rezongona, cuando se la contrariaba.

Al presentarse Hilarión á hacer su corte á la novia, la hermosa morena Justina, hermana mayor de Marieta, alguien, sin pensar en mal, se dirigió diciendo á la «Inocente»:

—Marieta, aquí está tu novio: eres tú la novia.

Marieta se había puesto á reír: había comprendido. Miró á Hilarión, volvió á reír y vino á sentarse á su lado. Justina se divertía con esa comedia: su novio, para complacerla, se divertía también, y en toda la casa, ese día y los siguientes, se continuó el juego:

—¿Te casas, Marieta?

Ella contestaba:

—Sí, sí, ó se reía.

La madre intervino:

—No quiero que se burlen de mi pobre «Inocente» —y trató de desengañarla; pero ésta se enojó y quedó mohina durante muchas horas.

—Déjala, mamá—dijo Justina;—el día de la boda, Marieta verá que se ha engañado, y mientras tanto, más vale que esté contenta.

Y las tres costureras, cuando fueron á coser el ajuar, continuaron meciendo la ilusión de la «Inocente.»

—¿Te gusta esto, Marieta?

Y Marieta se inclinaba sobre todas las bellas cosas que preparaban para ella, las admiraba feliz y reía.

La víspera del día fijado para la boda, el frío aumentó y el cielo se puso gris. Todos se dosolaban. Justina é Hilarión se amaban con el magnífico egoísmo de las ternuras felices.

Aquella noche, como Hilarión por última vez dejara á su novia, Justina sorprendió la mirada de éxtasis con que la «Inocente» seguía al joven y de repente aquello la irritó.

—Oye—dijo á Marieta, apretándole el brazo,—es necesario que esa comedia termine.... ha durado bastante. No es contigo que se casa Hilarión... es conmigo, ¿entiendes?

Y como Marieta tomara un aire testarudo, su hermana agregó para convencerla mejor:

—¿Cómo podrías ser tú la novia?... ¿Tienes acaso un velo blanco?... ¿Tienes corona? Mientras que yo, tengo todo eso... Mira.

Se envolvió en su tul blanco, colocó sobre su cabeza la corona de azahares y dijo:

—¿Ves? Soy yo la novia. Se han querido reír de ti... Ve á dormir, Marieta, y consuélate. La próxima vez te tocará á ti.

Marieta no se fué á dormir.

Su cama estaba en la misma cocina, debajo de una escalera que formaba una especie de alcoba cerrada con cortinas. La «Inocente» se sentó en el borde de su cama, cruzó las manos sobre las rodillas y trató de comprender lo que le había dicho su hermana. Quedó así largo tiempo. La lámpara se apagó.

Sin embargo, la obscuridad en la pieza no era completa; un reflejo blanquizco caía de las ventanas y se alargaba sobre el suelo... Se habría dicho que la sombra se hacía blanca. Marieta se levantó, se acercó á la ventana y, de repente, distraída de sus pensamientos demasiado pesados, miró.

Empujados por áspera brisa, copos, primero ligeros, luego más apretados, caían lentamente, revoloteaban. La nieve poco á poco cubría los techos de las granjas, el muro del patio, el patio mismo. Y de toda esa blancura parecía surgir una luz confusa.

Marieta abrió la ventana. Un copo vino á posarse sobre su mano, otros siguieron, se prendieron á sus hombros, á su cabello... Entonces batió las manos y se puso á reír; ya no debía tener pesar. Ya que Hilarión, para casarse con ella, quería que fuera velada de blanco, con blancas flores en el cabello, iba á adornarse para él.



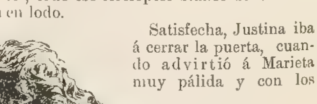
De un salto ligero Marieta pasó la ventana, que era muy baja. El frío era intenso. Pero el hermoso velo blanco que iba á envolverla la calentaría.

Allí había un banco. Marieta se sentó, juntó las manos y tuvo buen cuidado de no moverse más, para no deshojar las flores delicadas ni rasgar el velo frágil que lentamente la revestía.

«La Inocente» había tenido razón; el velo le daba calor... Ya casi no sentía el viento... Se adormecía, el alma en éxtasis. Ya creía oír la música alegre del cortejo que venía á buscar á la novia.

Al alba, Justina se levantó. Bajó, todavía medio dormida, y fué á abrir la puerta para ver el tiempo. Los copos ya no caían, pero la helada había endurecido la nieve, salpicándola de cristales lucientes, donde se miraba el sol levante. Miró al cielo: estaba claro. La nieve, como se dice allá, lo había limpiado. La única molestia sería el deshielo. Al primer rayo de sol, todo ese terciopelo blanco se cambiaría en lodo.

Satisfecha, Justina iba á cerrar la puerta, cuando advirtió á Marieta muy pálida y con los



ojos cerrados recostada sobre el banco........ Flores maravillosas, con pétalos de escarcha, adornaban su cabello, un velo inmaculado la cubría.

—¡Marieta!...... ¡Ah Dios mío!

Al grito de Justina, todos acudieron con ayes, lloros y sollozos. En vano la llamaron... «La Inocente» ya no oía las voces de la tierra. Había ido con su vestido de desposada á terminar su ensueño en el paraíso.

María Thiery.

"LAGUNA VERDE"

A título de información curiosa, publicamos una fotografía de la «Laguna Verde,» situada á corta distancia de Acámbaro, en el Estado de Michoacán. La laguna, notable por la gran cantidad de substancias sulfurosas y ferruginosas que contiene, aparece á la simple vista completamente verde, y despide un olor desagradable. Inmediata á esta laguna, se encuentra otra, que los campesinos designan con el nombre de «Larga», y que, sin embargo de estar ubicada en los mismos terrenos, es de agua potable.

Los hervideros de Marítaro, situados en comprensiones de la misma hacienda á que pertenecen las lagunas, son también muy notables. La formación del terreno es volcánica, y el ruido que producen se oye á tres kilómetros de distancia. En distintos puntos, los hervideros producen vapores que forman una especie de columnas de humo, como puede verse en uno de nuestros grabados.

LA CIENCIA

Una visión de Dante

Lo que persiste invariable en cantidad, pero siempre modificándose "en su forma bajo esas apariencias "sensibles que nos presenta el universo, excede á la concepción y al conocimiento humanos; ése es un poder desconocido é incognoscible "que estamos obligados á reconocer "como sin límites en el espacio, y "sin principio ni fin en el tiempo."

Herbert Spéncer.

I

Dejaba Dante la mansión del cielo,
donde ninguna luz proyecta sombra,
y se detuvo, preso de un anhelo
que por jamás sentido, más le asombra
y hace arrugar su frente, antes serena....
Pisa una nube que le brinda alfombra
de plata azul como de luna llena;
y su figura roja ahí se agita,
entre el cielo y el mundo, en grande escena,
como una lengua enorme que palpita;
é irguiendo majestuoso ante el abismo,
tres veces "¡Beatriz!" su boca grita......

II

Pero el misterio sigue en su mutismo;
y aquel vidente que en los siglos mira,
ya nada entiende, y duda de sí mismo;
pues la Creación enorme que ante él gira,
le estrecha el corazón, y lo anonada,
y no puede saber si teme ó admira!......

III

Recorre los abismos su mirada,
y aunque ve como un caos que derrumba
entre la confusión, siente ordenada,
como vió la armonía de ultratumba,
la máquina sin fin del universo
que una gloria separa de una tumba!....
Sus ojos, con afanes de converso,
escudriñan el fondo y periferia,
y descubren la unión en lo disperso;
y ven que con la fuerza y la materia
se forman desde el átomo invisible
hasta el dolor humano y la miseria;
y que en transformación indestructible,
se disuelve la fuerza concentrada,
ó se concentra agitación movible;
y es todo evolución, fuerza heredera,
movimiento que queda trasmitido,
sin que nada se forme de la nada!....

IV

Pero entonces, ¿el mundo que ha vivido
hace poco, el vidente, es fantasía?....
«¡No!... » —le responde el eco de algún ruido:
«Tú viste la verdad!.... La Teología
«ha guiado tus pasos en su imperio
«que explica lo que yo nunca podría;
«pues mi imperio es el mundo y no el misterio;
«yo explico lo visible y no lo arcano:
«la nota más vibrante del salterio,
«ella la da con Dios, y yo en lo humano;
«ella dice la cosa que me escapa
«donde no puede penetrar mi mano;
«yo descubro las leyes de una etapa
«en el curso de siglos......Donde habito,
«siempre la realidad mi sien empapa....
»Del espacio que miras infinito,
«digo la ley; del astro que se inflama,
«que es como voz de luminoso grito;
«del combate del agua con la llama,
«que construye titánicos volcanes;
«de la materia inerte que una escama
«cubre como un ropaje, y tiene afanes
«de célula, el origen de la vida!....
«¡Ah!, yo conozco los cien mil engranes
«de la materia á la materia asida!
«¡Conozco que el amor, que es harmonioso,
«á la Creación entera tiene unida! . .
«Amor es el enganche misterioso
«de los astros sin fin en el vacío;
«amor es en la flor, conjunto hermoso
«de pétalos y polen; en bravío
«animal, es amor lo que lo agita;
«y amor la Patria: como la onda al río,
«las almas se unen en la Patria!.. ...
Grita
«amor en cada sueño; en la creencia,
«en la unión fraternal, en la bendita
«unión humanitaria!......
Y yo, la Ciencia;
«soy amor que las leyes armonizo,
«y la ley es amor, es coexistencia!......»



"Laguna Verde". (Michoacán).

V

Dante dudaba si era algún hechizo
lo que en su asombro deslizar oía......
Mas de pronto una luz mirar le hizo
que una mujer grandiosa aparecía
y la Creación abarca entre sus brazos;
pero ¡las manos en la sombra hundía!....
¿Era separación, y hechas pedazos
fueron sus manos, penetrar queriendo
en el misterio aquel? ó ¿quizás lazos
que detrás de la sombra estánse uniendo?....
—«La mano de la Ciencia es una mano
—dijo la misma voz que estuvo oyendo—
«que se hunde á cada instante en el arcano,
«y mientras más ahonda, más lo aumenta;
«que haciendo más vidente al ser humano,
«lo incognoscible, al par, más le acrecienta,
«y así prolonga su vivir alterno!......

VI

Dante, extasiado, caminar intenta .....
Pero aunque firme atravesó el infierno,
no puede soportar las maravillas
con que se oculta aquel Poder Eterno;
los brazos abre, y dobla las rodillas!......

México, 1903.

Roberto A. Esteva Ruiz



"Laguna Larga."—(Michoacán).

EL GEMELO

La condesa de Noroña, al recibir y leer la apremiante esquela de invitación, hizo un movimiento de contrariedad. ¡Tanto tiempo que no asistía á fiestas! Desde la muerte de su esposo: dos años y medio, entre luto y alivio. Parte por tristeza verdadera, parte por comodidad, se había habituado á no salir de noche, á recogerse temprano, á no vestirse y á prescindir del mundo y sus pompas, concentrándose en el amor maternal—en Diego, su adorado hijo único.—Sin embargo, no hay regla sin excepción; se trataba de la boda de Carlota, la sobrina predilecta, la ahijada....... No cabía negarse.

—Y lo peor es que han adelantado el día... —pensó.—Se casan el 16.... Estamos á 10.... Veremos si madama Pastiche me saca de este apuro. En una semana bien puede armar sobre raso gris ó violeta mis encajes. Yo no exijo muchos perifollos. Con los encajes y mis joyas......

—¿Es posible que yo lo dejase así?—murmuró casi en voz alta.

Era el primer cajón de la izquierda. La condesa creía haber colocado en él su gran rama de eglantinas de diamantes. Sólo encerraba chucherías sin gran valor, un par de relojes de esmalte, papeles de seda arrugados. La señora, desazonada, turbada, pasó á reconocer los restantes cajones. Abiertos estaban todos; dos de ellos astillados y destrozada la cerradura. Las manos de la dama temblaban; frío sudor humedecía sus sienes. Ya no cabía duda; faltaban de allí todas las joyas, las hereditarias y las nupciales. Rama de diamantes, sartas de perlas, collar de chatones, broche de rubíes y brillantes... ¡Robada! ¡Robada!

Una impresión extraña, conocida de cuantos se han visto en caso análogo, dominó á la condesa. Por un instante dudó de su memoria, dudó de la existencia real de los objetos que no veía. Inmediatamente se le impuso el recuerdo preciso, categórico. ¡Si hasta tenía presente que al envolver en papeles de seda y algodones en rama el broche de rubíes, había advertido que estaba sucio y que era necesario llevarlo al joyero á que lo limpiase!—El muelle estaba bien cerrado por fuera...—calculó la señora, en cuyo espíritu se iniciaba ese trabajo de indagatoria que hasta sin querer verificamos ante un delito.—Ladrón de casa. Alguien que entra aquí con libertad á cualquier hora; que aprovecha un descuido mío para apoderarse de mis llaves; que puede pasarse aquí un rato probándolas... Alguien que sabe como yo misma el sitio en que guardo mis joyas, su valor, mi costumbre de no usarlas en estos últimos años......



Hervideros de Marítaro. (Michoacán)

Tocó un golpe en el timbre y, pasados algunos minutos, acudió la doncella.

—¿Qué estabas haciendo?—preguntó la condesa impaciente.

—Ayudaba á Gregorio á buscar una cosa que se le ha perdido al señorito.

—¿Y qué cosa es ésa?

—Un gemelo de los puños. Uno de los de granate, que la señora condesa le regaló hace un mes.

—¡Válgame Dios! ¡Qué chico! Perder ya ese gemelo, tan precioso y original como era! No los hay así en Madrid. ¡Bueno! ya seguiréis buscando: ahora tráete del armario mayor mis chantillíes, los volantes y la berta. No sé en qué estante los habré colocado. Registra........

La sirvienta obedeció, no sin hacer á su vez ese involuntario mohín de sorpresa que producen en los criados ya antiguos en las casas las órdenes inesperadas que indican variación en el género de vida. Al retirarse la doncella, la dama pasó al amplio dormitorio y tomó de un secreter un llavero, de llaves menudas; se dirigió á otro mueble, un escritoriocómoda Imperio, de esos que al bajar la tapa forman mesa y tienen dentro sólida cajonería, y lo abrió, diciendo entre sí:

—Suerte que las he retirado del Banco este invierno...... Ya me temía yo que saltase algún compromiso.

Al introducir la llavecita en uno de los cajones, notó con extrañeza que estaba abierto.

Como rayos de luz dispersos que se reúnen y forman intenso foco, estas observaciones confluyeron en un nombre:

—¡Lucía!

¡Era ella! No podía ser nadie más. Las sugestiones de la duda y del bien pensar no contrarrestaban la abrumadora evidencia. Cierto que Lucía llevaba en la casa ocho años de excelente servicio. Hija de honrados arrendadores de la condesa; criada á la sombra de la familia de Noroña, probada estaba su lealtad por asistencia en enfermedades graves de los amos, en que había pasado semanas enteras sin acostarse, velando, entregando su juventud y su salud con la generosidad fácil de la gente humilde. Pero—discurría la condesa—cabe ser muy leal, muy dócil, hasta desinteresado... y ceder un día á la tentación de la codicia, dominadora de los demás instintos. Por algo hay en el mundo llaves, cerrojos, cofres recios; por algo se vigila siempre al pobre, cuando la casualidad ó las circunstancias le ponen en contacto con los tesoros del rico.... En el cerebro de la condesa, bajo la fuerte impresión del descubrimiento, la imagen de Lucía se transformaba—fenómeno psíquico de los más curiosos.—Borrábanse los rasgos de la criatura buena, sencilla, llena de abnegación, y aparecía una mujer artera, astuta, codiciosa, que aguardaba, acorazada de hipocresía, el momento de extender sus largas uñas y arramblar con cuanto existía en el guardajoyas de su ama.........

«Por eso se sobresaltó la bribona cuando le mandé traer los encajes—pensó la señora, obedeciendo al instinto humano de explicar en el sentido de la preocupación dominante cualquier hecho.—Temió que al necesitar los encajes, necesitase las joyas también. ¡Ya, ya! Espera, que tendrás tu merecido. No quiero ponerme con ella en dimes y diretes: si la veo llorar, es fácil que me entre lástima, y si la doy tiempo á pedirme perdón, puedo cometer la tontería de otorgárselo. Antes de que se me pase la indignación, el parte.»

La dama, sobre la misma tabla de la cómodaescritorio, trazó con lápiz algunas palabras en una tarjeta, la puso sobre y dirección, hirió el timbre dos veces, y cuando Gregorio, el ayuda de cámara, apareció en la puerta, se la entregó:

-Esto, á la delegación, ahora mismo.

Sola otra vez, la condesa volvió á fijarse en los cajones.

—Tiene fuerza la ladrona—pensó al ver los dos que habían sido abiertos violentamente.—Sin duda, en la prisa, no acertó con la llavecita propia de cada uno y los forzó. Como yo salgo tan poco de casa y me paso la vida en ese gabinete......

Al sentir los pasos de Lucía que se acercaba, la indignación de la condesa precipitó el curso de su sangre, que dió, como suele decirse, un vuelco. Entró la muchacha trayendo una caja chata de cartón.

—Trabajo me ha costado hallarlos, señora. Estaban en lo más alto, entre las colchas de raso y las mantillas.

La señora no respondió al pronto. Respiraba, para que su voz no saliese de la garganta demasiado alterada y ronca. En la boca revolvía hieles, en la lengua la hormigueaban insultos. Tenía impulsos de coger por un brazo á la sirvienta y arrojarla contra la pared. Si la hubieran quitado el dinero que las joyas valían, no sentiría tanta cólera; pero es que eran joyas de familia, el esplendor y el decoro de la estirpe... y el tocarlas, un atentado, un ultraje......

Se domina la voz, se sujeta la lengua, se inmovilizan las manos... los ojos no. La mirada de la condesa buscó, terrible y acusadora, la de Lucía, y la encontró fija, como hipnotizada en el mueble escritorio, abierto aún, con los cajones fuera. En tono de asombro, de asombro alegre, impremeditado, la doncella exclamó acercándose:

—¡Señora! ¡Señora! Ahí... en ese cajoncito del escritorio.... ¡El gemelo que faltaba! ¡El gemelo del señorito Diego!

La condesa abrió la boca, extendió los brazos, comprendió... sin comprender, y, rígida, de golpe, cayó hacia atrás, perdido el conocimiento, casi roto el corazón.

Emilia Pardo Bazán.

SOMBRAS

Como esas nocturnas tinieblas falaces
Que envuelven la tumba gigante del sol,
Así mis recuerdos se posan fugaces
En tu alma, sepulcro glacial de mi amor.

Por eso no importa que cantes y rías;
Yo sé que mi penas á ti llegarán,
Cual llegan inmensas las noches sombrías
Allá do se cuajan las olas del mar.

Julio Flores.

Bogotá.



PRESO.

Cuadro de J. H. Sylvestre.

EL MUNDO ILUSTRADO

Año X—Tomo II—Núm. 9

México, Agosto 30 de 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



LORD SALISBURY, Eminente Estadista Inglés.

† el 22 del actual.

Las fábulas y los niños.

Paula Lombroso dedica en la «Revista Moderna» un interesante artículo al estudio de esta curiosa cuestión: ¿Por qué los niños toman con tanto interés esas historias fantásticas de árboles que bailan, piedras que cantan, botas de siete leguas, anillos que hacen invisibles á sus poseedores, y tantos y tantos otros cuentos extraordinarios é inverosímiles?

Muchos creen que esto depende del desarrollo de la imaginación; pero no debe ser así, porque yo—dice la escritora—he tenido á la vista mucho tiempo gran número de niños, y estoy persuadida de que tienen poquísima fantasía y de que los relatos maravillosos son interpretados por ellos de un modo que ni siquiera sospechamos ni menos podemos imaginar. Este mundo supranatural no tiene para ellos nada de mágico ni de increíble, sino que les parece sencillo y «natural,» ya que lo que ven y oyen, realmente es tan maravilloso como aquello para ellos.

Yo he visto, por ejemplo, á mi hijo, de diez á catorce meses, preocupado por un hecho que debía parecerle portentoso: las campanas. Vivíamos cerca de una iglesia, y cuando las campanas sonaban, llenando el aire con sus alegres tañidos, el niño se maravillaba, buscando la causa de aquel ruido. Otro hecho no menos curioso es la pasión de los niños, entre los nueve y los diez y ocho meses, por los zapatos. Nada les entretiene tanto como sus zapatitos. Y es porque los estiman como parte de la propia persona, debiendo sucederles lo mismo con los anteojos, pues las personas que los gastan llaman extraordinariamente la atención de los niños.

También creía el niño de la Lombroso que las ovejas balan con la cola, porque cuando tiraba de la cola á una oveja que le habían regalado, balaba. Un niño de dos años tenía grandísimo miedo de los árboles, y esto era muy natural: si un bastón no se tiene en pie por sí solo, ¿cómo los árboles pueden sostenerse? De aquí el temor de que se cayeran y le hicieran daño. Otra niña, de tres años, no quería mirar las estrellas, porque queman; y es que las asimilaba á las chispas, que sin duda la habían quemado.

En el curso de la vida ven los niños cosas maravillosas: un día de invierno se asoman á la ventana, y ven el paisaje transformado, todo vestido de blanco; unos creen que es azúcar, otros que es sal, otros que es el Señor, que envía migajitas de pan á los pájaros; ¿por qué no han de creer en lluvias de confites y bombones, ó de monedas, después de haber visto una nevada?

Me acuerdo—dice la Lombroso—de una niña de cuatro años, que ayudando á su madre á llevar un cesto, donde había un trozo de carne cruda, vió dos ó tres perros acudir y girar en torno del cesto.—Sienten la carne, dijo la madre.—Pero ¿cómo, si el cesto está tapado? ¿cómo saben que llevamos carne si no la ven?, decía la niña, maravillada.

Esta misma niña, viendo poner al sol ropa mojada, que á la media hora estaba seca, preguntaba: «Pero ¿dónde va el agua, quién se la lleva?» ¿Cómo esta niña, antes de ver seco lo húmedo, ha de sorprenderse de que lo dulce se vuelva amargo, y lo blanco negro? ¿Y el eco? Se oye el grito que repite la palabra, se busca de dónde sale, y no se encuentra nada. ¿Qué puede ser eso? Una voz del aire, un espíritu, una persona invisible que se esconde.

Hay otro grupo de cuestiones que los niños se plantean y que demuestran que lo que es imposible para nosotros, es para ellos cosa natural y corriente. Un niño de Egger decía á su abuelo: —Cuando yo sea grande y tú pequeño, yo te llevaré. Otra niña no comprendía cómo se hace para crecer, y creía que bastaba añadir un pocoá laspiernas, los brazos y el cuello. Otra niña, hermana de la Lombroso, creía que los personas nacían como son: unos como niños, otros como hombres hechos, y otros como viejos. Otra niña creía que, así como los niños son hijos de los hombres, las piedras pequeñas son hijas de las grandes, y los bastoncitos de los bastones.

Gran número de niños creen que los recién nacidos se encuentran dentro de los huertos ó en las flores. Una amiga mía—dice—me ha confesado que hasta los nueve años andaba buscando en las plantas del huerto un niño á punto de nacer. En realidad, esto no es más maravilloso que ver salir un pollo de un huevo.

Para el niño no existe la distinción entre el reino mineral, vegetal y animal; el antropomorfismo es innato en él. Así, la niña de Taine cree que la luna juega al escondite, y el niño de Paula Lombroso, de dos años, cree que el tren va á Turín para hablar con el abuelo; así, los niños que oyen un fonógrafo, creen que hay dentro un hombre escondido. Nada, pues, tiene de extraño que les parezca corriente que los animales hablen.

Es, pues, muy probable que las fábulas agraden á los niños por la realidad que ellos les dan. Creemos transportarlos á un mundo fantástico, cuando la realidad es para ellos tan fantástica como nuestros cuentos. Al niño le sucede con las fábulas lo que á los jóvenes con la poesía y á los adultos con la ciencia.

FERNANDO ARAUJO.

Caracas.

LORD SALISBURY.

Acaba de morir uno de los más grandes estadistas del mundo, y que por mucho tiempo dirigió la política del Imperio Británico: Lord Sálisbury.

Roberto Arturo Tálbot de Gascogne, Marqués de Sálisbury, ex-primer Ministro de la Reina Victoria, murió á los setenta y tres años de edad, después de haber dedicado todas sus actividades al servicio de su país, excepto en los dos últimos años, en que se retiró á la vida privada, cediendo á la fatiga y á la enfermedad.

Era el Marqués de Sálisbury un estadista por temperamento. Desde muy joven ocupó un asiento en el parlamento, y debido á sus energías y á sus aptitudes, no tardó en ser proclamado jefe de uno de los partidos políticos militantes.

Por varias ocasiones fué miembro jefe del Gabinete inglés, y tuvo que estudiar y resolver importantísimos problemas.

La muerte del célebre estadista ha conmovido hondamente al Imperio Británico, y el Rey Eduardo ha manifestado su profunda pena por la pérdida de un hombre que era insustituíble.

El puesto que ocupó como Primer Ministro, está ahora ocupado por su sobrino Mr. Bálfour. Se cree que, aunque retirado de la política, Sálisbury prestaba ayuda eficaz á su sobrino, en los asuntos más dificultosos.

La Montaña de las Rosas.

Tal es el nombre encantador que lleva, en Buda, la colina de jardines floridos, limitada por altas murallas, cuyo recinto domina, desde el fondo de un pasado de leyenda, el ancho Danubio y Prest.

Y también es hermoso el cuento que, en el mismo sitio, se nos narró, con sus cándidas versiones populares, en que se manifiesta el alma abigarrada de Hungría, caballeresca y bárbara.

En aquel tiempo reinaba en Buda Alí, Pachá de Turquía. En la antigua monarquía, donde, desde mucho tiempo, se habían extinguido los reyes cristianos de la raza de Arpad, sobre las iglesias blasonadas de las flores de lis de Anjou, se levantaba la torre cuadrada de los minaretes.

Y en ese mismo tiempo vivía un sabio llamado Gul-Babá. Era un hombre muy viejo, cuyos pies se habían gastado en todos los caminos del mundo. Marchaba encorvado, con su larga barba blanca flotante al viento.

Apoyado en un bastón hueco, le habían visto pasar así los senderos del Asia, y esos desiertos que sólo surcan huellas lejanas de camellos, hacia santas peregrinaciones, en comarcas misteriosas.

Y porque regresaba de la Meca, el humilde y mísero mendigo, hadjí muy venerable, llevaba en su frente descarnada el turbante verde, que revelaba su sabiduría.

Así, pues, Gul-Babá, que tenía la misión de traer al pachá de Buda los bienes más preciosos de la tierra —lo que en su vida errante, á través de diversas naciones, le hubiera parecido digno de envidia,—Gul-Babá, después de haber enumerado todo lo que excita la admiración de los hombres, después de haber contemplado sin alegría muchos tesoros, Gul-Babá, el sabio, volvía con las manos vacías.

En ese momento, después de tantos mares franqueados, tantas llanuras y ríos cruzados, el hadjí llegó al pie de montañas muy altas.

Las cimas cubiertas de nieve tocaban el firmamento, pero un país tibio se extendía abajo, todo perfumado por un penetrante olor.

Gul-Babá se maravilló de no ver sino campos de rosas. Eran de tres colores: blancas, encarnadas y amarillas, y de cien mil matices.

Y Gul-Babá conoció que esas montañas eran los Balkanes, y ese país era resguardado por la vertiente Kazanlik. No estaba, pues, muy lejos de Hungría. Entonces, cansado del viaje, aturdido por el aire embalsamado, Gul-Babá se durmió cerca de las rosas.

Al despedirse, cuando iba á emprender de nuevo la marcha, se acordó, inquieto, de su misión. Muy pronto se presentaría delante del palacio de Buda.

¿Qué rara maravilla le traería, después de tantas miserias humanas comparadas? ¿Qué tesoro supremo, en el hueco de la mano?

Silenciosamente, Gul-Babá meneaba la cabeza: había tocado la vanidad de las cosas. Pero cuando sus miradas iban de una á otra superficie florida, de pronto se preguntó, conmovido por el perfume vigoroso:

—¿Y qué más rara maravilla que esta que he encontrado aquí? ¿Qué tesoro puede compararse con éste?

Alegre, entró en el campo. Nada igualaba la belleza de esas rosas.

Vaciló largamente, inclinado sobre los cálices embriagadores; surgían de todas partes, deslumbrantes como una seda mágica, y suaves como carne de mujer.

Concluyó por tomar la más blanca de todas las rosas, que es la rosa de la inocencia, y la már encarnada, que es la del amor.

Las ocultó, tembloroso, en su bastón hueco, y luego continuó su marcha á toda prisa.

Al alejarse, con goce en el corazón, satisfecho de su robo, se acordó de que no había tomado la última de las rosas.

Y, volviendo á pasos precipitados, se apoderó aprisa de la rosa cuyo color es amarillo y que aparta los malos deseos.

Entonces, llevando las tres rosas en su bastón hueco, el peregrino de barba blanca se fué por la montaña ligero como un niño.

Marchó días y más días.

Bajó por ríos rápidos, sobre balsas de árboles; dirigía de paso una mirada á los castillos fuertes, construídos en las alturas, como negros nidos de águila.

Por último, conoció, en la extensión de la llanura, que entraba en el Alfold. Reconoció las ciudades húngaras con sus casas bajas, de calles alineadas, como estaban antes las tiendas en los campamentos bárbaros.

Y muy pronto anduvo á lo largo del gran río, dirigiendo un saludo amistoso á los mil barquitosmolinos, anclados en medio de la corriente, cuyas ruedas de anchas paletas muelen el trigo de las mieses y cuya linterna doméstica oscila por la noche sobre el agua profunda.

Ya Buda erguía sobre el Danubio sus minaretes y torres. Y Gul-Babá se regocijó, apretando en su mano el bastón hueco, que contenía las rosas.

Por último, después de tantos años de ciencia y de marcha, el hadjí llegaba al término.

Se difunde la noticia de que un sabio con turbante verde ha llegado. Los chaouchs de Alí Pachá forman hileras. En el fondo de la casa blanca donde el señor otomano vive retirado, entra Gul-Babá.

—¡Y bien! ¿Dónde están las maravillas esperadas? ¿Qué asombroso tesoro trae?

Gul-Babá abre su bastón y saca los tres tallos marchitos.

—¿Eso es todo? ¿Simiente de rosas?

Y Gul-Babá se sonríe, mientras el Pachá de Oriente, pensativo, se interroga...... El hadjí tiene razón. ¿Qué cosa más hermosa que las flores? Alí, satisfecho, ordenará, pues, que se den al viejo jardines sobre la colina. Que plante allí y cultive sus rosas, para que Buda sea adornada por su brillo y regocijada por su olor.

Toda la estación, en la colina, Gul-Babá, con regadera y azada en mano, trabajó infatigablemente. Y muy pronto, de las tres rosas de Kazanlik nacieron miles y miles de rosas que, á diez leguas á la redonda, embalsamaban el aire. Se veían de lejos sus manchas blancas, púrpuras y amarillas, semejantes á grandes estandartes inmóviles.

Entonces se agitó la codicia de las damas de Buda. A la curiosidad de los primeros días, sucedió un frenesí de deseos. Todas apetecían la posesión de una de esas rosas.

Pero ninguna pensaba en su deseo en la rosa blanca, que es la de la inocencia, ni en la amarilla, que aleja los malos pensamientos. Cada una soñaba con la encarnada, quería la rosa del amor.

Muy pronto, saqueados de noche, los jardines de Gul-Babá, solamente floridos de blanco y amarillo, no tuvieron ya una sola de las purpúreas rosas mágicas.

El hadjí exclamaba que aquello era un asesinato, un sacrilegio. Más apasionado por sus queridas hijas que todos los amantes de Buda á la vez, consiguió del Pachá que se levantaran alrededor altas murallas erizadas de puntas de hierro.

Pero una tarde que en las plazas públicas habían danzado osos, llevados por domadores de Transilvania, con gorros puntiagudos, unos jóvenes de la ciudad, impulsados por sus novias, dieron muerte á esos animales, y, vestidos con pesadas pieles peludas, escalaron la pared, sin hacer caso de las puntas de hierro ni del sueño inquieto de Gul-Babá; ni una rosa encarnada quedó por la mañana.

Entonces los chaouchs á caballo recorrieron la ciudad y proclamaron en todas las encrucijadas:

«¡Quien viole de aquí en adelante el jardín de las rosas, será degollado!»

Y el deseo de las mujeres de Buda se acrecentó.

Una semana no había transcurrido y la hija del joyero impuso á un joven húngaro esta condición: ¡la rosa encarnada!; y al mismo tiempo, la hija de un rico musulmán impuso á un joven turco la misma condición: ¡la rosa encarnada!

Llegó la noche. El húngaro y el turco, sin saber uno de otro, resolvieron intentar la suerte. El húngaro se disfrazó de turco, y el turco se vistió de húngaro.

Quizá frustrarían así la mala suerte.

Y los dos llegaron en la sombra á un punto diferente de la muralla; se alzaron conteniendo la respiración y llegaron al fin, con las manos ensangrentadas, hasta las rosas color de sangre.

Pero los chaouchs vigilaban bien. El húngaro vestido de turco se escapó, y el turco vestido de húngaro quedó preso.

Y toda la ciudad sabe á la mañana siguiente la desgraciada tentativa. Se cortará la cabeza á un hombre de raza magiar. En ese mismo momento está delante del Pachá Alí. Intenta en vano excusar su crimen.

Un remordimiento domina, atormenta al enamorado salvo; ¿no es él, magiar, el que ha robado la rosa? ¿No le obliga su deber á entregarse y revelar todo al Pachá? Salvará, al menos, al inocente.

Así, pues, en el patio de la casa del comandante, donde un chorro de agua murmura en el centro de las arcadas llenas de sombra, el húngaro está de pie, al lado del turco.

Alí Pachá, medio desnudo, á quien da masaje un esclavo negro, tiene detrás de él á Gul-Babá.

—¡Yo he robado la rosa!—exclama el húngaro.

—¡He sido yo!—grita el turco.

Gul-Babá mira, más tranquilo, la disputa. El rostro del húngaro manifiesta en rasgos de fuego el orgullo de su conciencia; el del turco el ardor de un fanatismo resignado.

Y el viejo piensa en la belleza, en la virtud despótica de las rosas.

—Señor, dice al fin al Pachá, que alarga la espada, impasible, bajo las manos ágiles del negro: dígnate dejarme á mí el cuidado de la venganza. Entrégame estos enamorados.

Alí Pachá hace una señal. El viejo Gul se lleva sus prisioneros. Los acompaña hasta el jardín de las rosas.

Pero ¿qué es lo que le pasa al santo hadjí? Se inclina sobre las rosas encarnadas y hace dos grandes ramos. Los jóvenes, atónitos, le contemplan. Sin decir una palabra, con un ademán lleno de mansedumbre, Gul-Babá les alarga los ramos, y, después, como tiene rencor aún, los despide enojado.

Tal fué la última lección de la vida de Gul-Babá, que, desde hace trescientos años, duerme en la montaña de las rosas, y cuya tumba ve, cada primavera, florecer los campos blancos, purpúreos y amarillos, los campos divinos de Kazanlik.

PAUL Y VICTOR MARGUERITTE.



SR. MIGUEL COVARRUBIAS, Ministro de México en las Repúblicas Sudamericanas del Pacífico.

Ministro de México en Sudamérica.

La Comisión Permanente del Congreso General, ha aprobado el nombramiento que el Ejecutivo hizo á favor del señor Miguel Covarrubias para cubrir el puesto de Ministro Plenipotenciario de México en las Repúblicas Sudamericanas del Pacífico.

El señor Covarrubias se inició en la carrera diplomática el año de 1880 como tercer Secretario de la Legación Mexicana en Wáshington; en 1885 pasó á Italia con la categoría de segundo, y cinco años después á la Gran Bretaña, donde permaneció hasta el mes de octubre de 1891, para volver á los Estados Unidos, con el mismo carácter. Nombrado primer Secretario, tuvo á su cargo interinamente la Legación de nuestro país en aquella República, desempeñando, á partir de 1896 y en diversos períodos, iguales funciones en Alemania, por ausencia del Ministro.

El nombramiento extendido al señor Covarrubias ha causado muy buena impresión en los círculos diplomáticos. Próximamente saldrá de Alemania el nuevo Ministro, para dirigirse á Santiago de Chile y establecer allí su residencia.

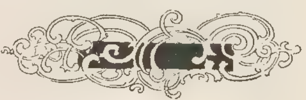
¿Qué es un poeta?

¿Qué es un poeta? Un temperamento delicado que vibra hasta ciertos leves impulsos de que muchos seres no se dan cuenta, y que sabe traducir esas vibraciones en encanto. Así, pues, mientras los impulsos, las causas externas, sean las mismas, mientras el mundo no cambie, los poetas conservarán cierto aire de semejanza entre sí, llegando en ocasiones hasta la coincidencia. Y como el mundo apenas se transforma poco á poco, poco á poco también se transforma el arte, aunque pueda tener múltiples manifestaciones en una época dada. El triunfo de la juventud, del vino y de las rosas, puede inspirar, como ha inspirado, poetas de Grecia y poetas de Persia. Pero el temperamento de cada poeta cuenta por algo. Así, las mujeres que hacen reír á Quevedo, amargan á Musset, desesperan á Heine y matan á Acuña.

Un poeta, Baudelaire, se pasma de voluptuosidad al olor de un viejo frasco donde hubo un perfume; y otro poeta, Víctor Hugo, se desata en lírica indignación cuando en el remoto é ignorado rincón de un país ignorado y remoto, alguna mano de César oprime ó apuñalea el seno de la Libertad. Cervantes y Rabeláis mueven á risa; Esquilo y Shákespeare á espanto. Luciano ríe de los dioses de Homero, y Voltaire de la fe religiosa de Calderón. Pero no es fácil que un poeta de ahora se parezca á Hesiodo, por ejemplo, poeta que corresponde á otra modalidad de civilización; y sí puede coincidir, aun sin propósito deliberado, con Shelley, Hugo Fóscolo, Verlaine, Uhland, Casal ó Campoamor.

Sólo que siempre será el mayor poeta el más original. Mientras no se logre obtener una originalidad, aunque sea relativa, no se debe escribir. Más vale emplear el sentimiento artístico que se posea en comprender y gustar á los maestros. Pero eso yo preconizo el placer, raro y generoso, de la contemplación, de la comprensión, de la admiración.

RUFINO BLANCO FOMBONA.



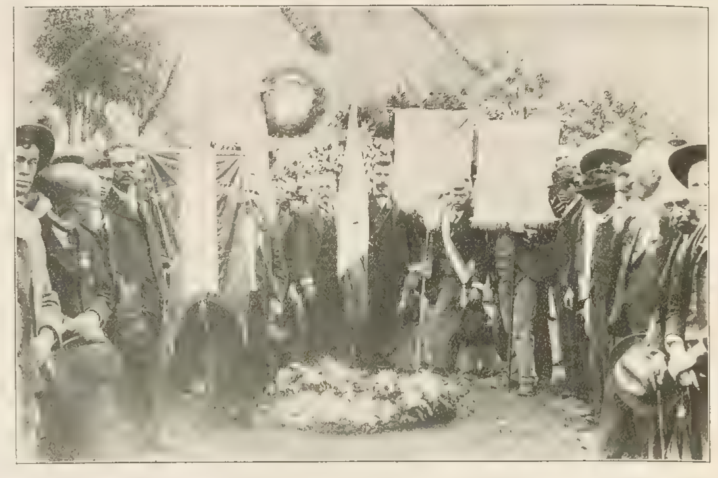
CHURUBUSCO

EL ANIVERSARIO DEL 20 DE AGOSTO

La agrupación obrera «Gratitud» organizó para el día 20 del actual una sencilla ceremonia en recuerdo de los mexicanos que murieron gloriosamente por la Patria en la defensa del Convento de Churubusco, atacado en 1847 por las tropas norteamericanas invasoras.

La agrupación invitó para que tomaran parte en aquel acto, á las diversas sociedades y corporaciones mutualistas de la capital, y muchas fueron las que, atendiendo á la invitación, enviaron á Churubusco delegaciones especiales que las representaran.

A la llegada de los invitados, el histórico pueblecillo ofrecía un risueño aspecto: multitud de personas tomaron los primeros trenes de la mañana para dirigirse á él, y momentos antes de que diera principio la ceremonia, era ya imposible abrirse paso entre el gentío que, después de visitar el convento, se agrupaba ante la plataforma destinada á la Mesa Directiva de la agrupación de obreros y á los oradores. En las cercanías del convento se instalaron numerosos puestos de golosinas, improvisándose así una animada verbena.



Los delegados de las agrupaciones mutualistas.



La Junta Organizadora y los oradores.

El programa, que se componía de algunas piezas de música y de poesías y discursos alusivos á la solemnidad, se cumplió en todas sus partes, siendo uno de los números que más impresionaron á la concurrencia, la alocución pronunciada por el señor José V. Monsuri, veterano del 47. Las frases del señor Monsuri, desnudas de pompa, pero llenas de sinceridad, le conquistaron un aplauso entusiasta del público.

En cuanto á la parte musical, estuvo á cargo de una orquesta típica y de la banda del Estado Mayor, que envió la Comandancia Militar.

Al pie del monumento erigido á los defensores de Churubusco, los delegados de las sociedades obreras y algunos particulares depositaron hermosas coronas.

Antes del mediodía terminó la manifestación.



DEL VASO DE PLATA.

Lábrame ya, platero,
la copa del verano;
y antes que todo, en ella
pondrás al róseo Mayo;

Y luego has de imitarme
el néctar delicado,
con el mayor esmero
la plata cincelando.

Pero no junto al vino
me grabes los extraños
misterios, ni del mundo
ningún terrible caso.

Grábame á Baco, el hijo
de Jove soberano,
y á la Diosa de amores,
Himeneos fraguando.

Bajo un parral frondoso
de racimos cargado,
pon Gracias, y Amorcillos
sin flechas y sin arco.

Y grábame una turba
de jóvenes gallardos;
y en medio de ellos Febo
diviértase jugando.

ANACREONTE.



Grupos de la gente del pueblo que concurrió á la manifestación.

El botón de rosa.

Hace muchos días que miro en mi jardín un botón pálido, cuyos pétalos semejan alitas de pájaro que tiene frío, y que espera el momento de marchitarse como las hojas del salvaje rosal en que nació; hojas que caen como lluvia helada sobre él.

Desde que le vi, me vi tentado también á arrancarlo para ofrecerlo á la que amo. Después pensé que esa flor moribunda, agonizando en la melancolía del otoño, era muy poco digna de su triunfadora belleza.

Sin embargo, ese botón pálido le hubiera dicho, mejor que yo, que á sus pies ha de deshojarse mi último pensamiento y que una rosa inmortal florece siempre en el jardín de mis sueños. Un rosal cuyas raíces están en el doloroso fondo de mi alma.

Y algo íntimamente fraternal llora en mí al contemplar la desesperada agonía de las flores moribundas, brotadas muy tarde para gozar de la gloria de las esplendideces primaverales, y semejante al amor tardío que cuenta menos las felicidades venideras que el inútil tesoro de los placeres perdidos.

ARMAND SILVESTRE.

CONTINENTALES

[Sonetos Indianos]

LOS COCUYOS.

Parpadeos de luces vacilantes
bordan la selva cuando muere el día,
á manera de extraña pedrería
que relumbra y se apaga por instantes......

En desatados círculos errantes,
brotan cocuyos en la selva umbría,
cual si alguien, con la fiebre de la orgía,
arrojara puñados de diamantes......

De día ocultos en la verde alfombra,
sólo en las horas de nocturna calma
divagan á través de la espesura;

y á fuerza de brillar entre la sombra,
acrecientan su brillo, como el alma
que á fuerza de sufrir se hace más pura!

LA PIEL DEL PUMA.

Rasga el puñal con acerado diente
la pintoresca piel; brotan raudales
de sangrientos rubíes y corales;
y el puma rinde la achatada frente.

Dobla, sobre su cuello airosamente,
la rodilla Nemrod; himnos triunfales
pugnan entre los ásperos breñales;
y se tiñe de púrpura el torrente......

La piel envuelve, con abrazo estrecho,
la desnudez del cazador fornido:
¡qué orgullo siente cuando cubre un pecho;

mas su orgullo es mayor cuando reposa,
á la manera de un tapiz tendido,
bajo los pies de una mujer hermosa!

EL PASEO DE AGUAS.

(Asunto limeño.)

Dijo al virrey la Perricholi un día:
--Si te seducen mi morena frente,
mi boca de granate y la elocuente
luz de los ojos que mi amor te envía;

si mi busto provoca tu ardentía,
dame un espejo, asombro de la gente,
donde pueda mirarme dignamente
cada vez que me llames: ¡alma mía!

Y respondió el virrey: Toma esta mano.
Te prometo un cristal digno de un hada,
con profundos y límpidos reflejos.

Haré un «Paseo de Aguas» veneciano,
para que te contemples retratada,
no en uno solo, sino en mil espejos!

JOSÉ S. CHOCANO.



Vista de la ciudad hacia el N. E. (Tomada desde nuestras oficinas).



La cabaña de Zorim era la más pobre, pero la más limpia y aseada de toda aquella ribera. Y es que Zorim, como acostumbrado desde muy joven á vivir junto al agua, tenía por ella verdadera devoción, adorándola con mayor fervor quizás que á los ídolos de la pagoda cuyas cúpulas se columbraban á lo lejos. Por todos los tesoros que el rajá Ranjee ocultaba en su palacio de Kalimul, no hubiera consentido Zorim en llevar manchadas sus ropas, descosidas sus sandalias ó enmarañados sus cabellos; fuera para él tal desaseo y desidia una ofensa irreparable á las límpidas aguas del lago, que amorosas besaban su cabaña y pródigas le ofrecían aves y peces para su sustento, ya que no para su regalo.

Sabía Zorim, por haberlo pregonado unos heraldos en toda aquella ribera, que el rajá Ranjee andaba muy desasosegado é inquieto en busca de un ave extremadamente rara, la única que le faltaba en la colección del jardín de su palacio, y por cuya posesión diera, de buen grado, subidísimo premio á quien se la presentase. Todos los pescadores de la ribera se pusieron al acecho en los parajes del lago donde solían acudir las aves acuáticas, y quién más, quién menos, ninguno quedó sin esperanzas de lograr el galardón ofrecido por Ranjee. Solo Zorim, satisfecho y contento en su pobreza, decía: «¿Para qué he de afanarme? ¿No me dan las aguas el continuo sustento? Si tuviera mujer é hijos, de seguro que su amor despertara en mí el ansia de riquezas; pero mi esposa es el agua, mis hijas las redes, mi hacienda la barca, y no ambiciono otros bienes, que tal vez me acarrearan más aflicción que gozo. Lejos del trato de mis semejantes, no conozco la doblez ni el engaño, ni temo que mis amigos me traicionen. Las estrellas me cuentan las glorias de Brahma y mi conciencia me prohibe dañar al prójimo. Esto me basta para gobernar mi vida y no echar de menos, en esta apacible soledad, la falaz y bulliciosa compañía de las ciudades.»

Así decía en filosófico soliloquio el pescador Zorim, sin tener noticias de Diógenes, cuando á orillas del lago y á la misma puerta de su cabaña vino á posarse un ave cuyo magnífico plumaje deslumbraba la vista, y cuyas esbeltas proporciones correspondían á las galas de que la proveyó la naturaleza. Era aquel hermoso pájaro una maravillosa muestra de la potencia creadora de Brahma. Matices y colores, luces y sombras, disfumes y tornasoles; gamas jamás concebidas por el arte y armonías nunca logradas por humanos pinceles, se aunaban portentosamente en aquellas alas, que plegadas parecían incrustados estuches, y abiertas semejaban lluvia de no imaginada pedrería. El penacho que adornaba airosamente la elegante cabeza del ave, las plumas que en línea circular ceñían su cuello, formando como un medallón de topacios y zafiros en su garganta; el largo plumaje de la cola, cuyos tornasoles reflejaban los rayos del sol en inquietos cambiantes, y que por lo tenue resplandecía como la cabellera de un cometa, todo era magnífico, majestuoso, paradisíaco y peregrino. Era el ave que faltaba en la colección del rajá Ranjee y en cuya busca andaba éste tan desasosegado é inquieto.

Posóse el ave en una levísima prominencia de la orilla del lago; mas, desgraciadamente para ella, cedió á su peso el montículo arenoso, cual si fuese una trampa puesta adrede, y vino á dar con su cuerpo en tierra. Forcejeaba el ave por servirse de las alas, cuya longitud y delgadez más bien le eran estorbo que auxilio, cuando salió Zorim de su cabaña y no tuvo más que alargar la mano para coger el gracioso bípedo, en el instante en que había logrado por fin arrancar el vuelo.

—Bien dicen—exclamó Zorim—que la suerte es ciega y la fortuna loca. Por la ribera andan azorados los otros pescadores en busca de este magnífico animal, sin poder dar ni con su rastro siquiera, y á mí, que ni lo buscaba ni lo quería, se me posa en la puerta de la cabaña y en la palma de la mano como si dijéramos.

Y dirigiéndose al ave que entre sus brazos aprisionaba, prosiguió de esta manera:

—¡Infeliz de ti porque naciste hermosa! Si Brahma no pusiera en tus plumas los arreboles de la aurora, los cambiantes del iris, los matices de las flores y los reflejos de las piedras que ambiciona el hombre, rozaras descuidada y juguetona las aguas del lago, rizándolas con el suave soplo de tus alas. Pero Ranjee te codicia y no es bien que príncipe tan magnánimo y justiciero se desasosiegue por tu posesión. Se te acabó la libertad, y en el estrecho espacio de un jardín has de alegrar la vista de tu dueño.

Encaminóse Zorim con su valiosa presa hacia el palacio del rajá, donde llegó cuando ya el sol estaba en la última etapa de su cotidiano camino. En la puerta de la principal morada estaba apostado un centinela que, cumpliendo la consigna, detuvo á Zorim en los umbrales con estas palabras amenazadoras:

—¿Dónde vas, buen hombre? ¿Acaso no sabes que está prohibida la entrada en el recinto del palacio, ó es que no temes las iras de Ranjee? Hazte atras y lárgate de aquí, si no quieres que tu cabeza sirva de presente al rajá.

—A verle venía—respondió el pescador.

—¿Tú, con ese pelaje, querías ver á Ranjee? A buen seguro que por tus hermosos ojos iba á divertirse de los graves asuntos en que en estos momentos ocupa su atención. Márchate y no me apures la paciencia. No está el rajá para perder el tiempo oyendo pedigüeñerías.

Volvió Zorim las espaldas sin despegar los labios, y se disponía á tomar la vuelta de su cabaña con el ave oculta bajo el brazo, cuando apercibiéndose el centinela de aquella especie de matute, exclamó:

—Escucha, buen hombre, ¿qué es lo que ahí escondes? ¿Trajiste acaso malas intenciones? Ven acá y no te apresures, pues al servicio del príncipe conviene descubrir ese misterio.

—Ni traje malas intenciones—replicó Zorim,—ni es un misterio, sino un ave hermosa y rara, lo que bajo mi brazo oculto. Es el ave por cuya posesión anda Ranjee desasosegado é inquieto. Quería ofrecérsela sin esperanza de premio, pues aunque pobre y menesteroso, me satisfago con el placer de contentar á nuestro príncipe.

—¡Oh, qué maravilla!—exclamó el centinela al ver el magnífico plumaje del ave acuática que Zorim le mostraba.—¡Pero si por ella te van á dar un tesoro! Mira, sé discreto y cerremos un trato. Te dejaré pasar libremente, con tal de que al salir me des la mitad de lo que por el ave pidas ó te ofrezcan. Si no te conviene, lo perderás todo, pues me será muy fácil decir que te proponías asesinar al príncipe.





Quedóse Zorim pensativo por un momento, y al cabo aceptó el trato del centinela. Entróse, pues, en el palacio y fué conducido á la presencia de Ranjee, que ya desconfiaba de completar su colección; pero al ver el ave que Zorim traía, admiróse sobremanera y se alegró grandemente en su corazón, por ser aquel raro ejemplar el único que le faltaba.

—Señor—dijo Zorim,—aunque pescador, no soy rudo, pues letras y libros alimentaron la infancia de mi espíritu, por más que desengañado del mundo, haya escogido la soledad y la pobreza como únicos consejeros de mi vida. Sé la fidelidad que te debo y el ansia con que deseabas la posesión de este alado ramillete de joyas y flores. Tuyo es sin que te haya de atormentar el agradecimiento.

—En verdad—dijo Ranjee, dirigiéndose á los personajes de su corte,—nunca creí que las cabañas pudiesen albergar letrados y filósofos bajo apariencia de pescadores. Pero juro por mi fe que no te has de marchar sin el galardón debido á tu generosidad. Pide cuanto quieras, que pronto estoy á concedértelo.

—Desairarte fuera, ¡oh príncipe!, no corresponder á tus deseos—contestó impasible el pescador,—y así pido que, en recompensa, ordenes me sean administrados cien azotes por manos del verdugo.

Miráronse asombrados los circunstantes, con aire de sospecha sobre el buen juicio de quien de tan extraña suerte se expresaba, y el mismo Ranjee quedó sorprendido de las palabras del pescador; pero recelando que algún misterio encubrían, le preguntó:

—¿Y qué te mueve á pedir tal premio, cuando otro en tu lugar no sabría poner medidas en su boca?

—Señor—respondió Zorim,—el centinela que custodia las puertas de tu palacio y vela por tu sosiego, no quiso abrirme paso si antes no le prometía partir con él lo que por mi regalo me dieras. Pídote cien azotes para que caigan cincuenta en sus espaldas; así tendrá el castigo de su felonía.

Alabó el rajá la ocurrencia del pescador, y en el acto mandó llamar al centinela para que, en presencia de la corte toda, recibiera los prometidos azotes. En cuanto á Zorim, no quiso Ranjee dejarle marchar sin recompensar espléndidamente su acción, y ordenó que se le entregara una talega de oro, con la que el ya rico pescador volvióse ufano y satisfecho á las soledades de su cabaña.

Los hombres prometen según sus esperanzas, y cumplen según sus temores.

*

En las revoluciones, los revolucionarios hacen el gasto, y el pueblo pacífico paga la cuenta.

*

La ociosidad del espíritu y del cuerpo se parece al moho: gasta más que el trabajo.

*

Luchar con las dificultades es el medio más seguro de vencerlas.

Es preferible que la maldad quede impune, á que una buena acción quede sin recompensa.

*

Entre un adulador pérfido y un amigo, hay la misma diferencia que entre una cortesana y una mujer honrada.

*

Después de la palabra, el silencio es el poder más grande que hay en el mundo.

JUNTO A LA FUENTE

(DE M. J. GUYAU.)

Se desgranaba el agua dulcemente,
Y, escuchando la música sonora,
Una niña arrogante y seductora
Llenaba un jarro en escondida fuente.

Doraba la campiña el sol poniente,
Y sobre el jarro la gentil pastora
Inclinaba su frente soñadora
Viendo subir el agua lentamente.

El chorro brillador y cristalino,
Rizado por el viento vespertino,
Rima en el jarro cántiga serena.

Como el agua que corre, así es mi vida,
Y si doblo la frente dolorida,
Es por ver si mi copa al fin se llena!

Traducción de M. R. Blanco-Belmonte.





Ante la estatua de Cuauhtemoc. La Comisión del Ayuntamiento.



Grupo de niños vestidos á la usanza de los aztecas



Aspecto de una parte de la glorieta durante la cermonia.

Ante la estatua de Cuauhtemoc

Entusiasta manifestación.

Siguiendo la costumbre establecida de algún tiempo á esta parte, el día 21 del actual, por la mañana, se efectuó la manifestación que en memoria del último Emperador azteca, organiza anualmente el Ayuntamiento de México.

La glorieta donde se levanta la estatua del heroico Cuauhtemoc, se vió con este motivo muy concurrida. Grupos de personas de todas las clases sociales se dieron cita en aquel lugar, distinguiéndose entre los concurrentes algunos niños que vestían el traje de los antiguos mexicanos, y un numeroso grupo de extranjeros.

A las nueve y media dió principio la ceremonia con un discurso en nahuatl, que pronunció el señor Presbítero Don José Pilar Sandoval, traduciéndolo después al castellano. En seguida, un coro formado por cincuenta niños cantó el Himno Nacional, que el público escucho con recogimiento.

Tanto la glorieta como el tramo de la calzada comprendido entre aquel sitio y la estatua de Carlos IV, estaban adornados con mástiles y gallardetes de los colores nacionales. El monumento ostentaba grandes guías de flores y musgos, artíscamente distribuídas.

Las autoridades de los pueblos cercanos enviaron algunas coronas, llamando la atención entre todas las recibidas, la de Milpa Alta. Era de forma oval, estaba formada de crisántemos, pensamientos, nomeolvides y violetas, y atada con cintas blancas en que se leía esta inscripción: «Descendientes aztecas, á su Emperador Cuauhtemoc. Milpa Alta, D. F., agosto 21 de 1903.»

Además de los señores Regidores Montaño Ramiro, Ordóñez, Mariscal, Fernández Castelló y Priani, que representaban en la ceremonia al Ayuntamiento, concurrieron todos los prefectos políticos de las municipalidades del Distrito.

La banda de Artillería amenizó el acto con piezas escogidas.

LOS DOS AVAROS

En aquel tiempo vivía en una pequeña ciudad, á orillas del Eufrates, un hombre que era el avaro más conocido y refinado. Con mucho gusto habría soportado ese hombre el sufrimiento más atroz con tal de obtener la ganancia más diminuta, y por mucho tiempo se consideró como el más avaro de toda Arabia. Mucha felicidad inocente le causaba la idea de que en toda la comarca no hubiese quien le igualara en el arte de atesorar. Así fué que un día, cuando unos comerciantes que acababan de desembarcar vinieron á decirle: «Quita allá, en Basora hay ahora un hombre que es más avaro que tú,» sintió que sus entrañas se retorcían y su razón se nublaba. Sin embargo, pudo contestar: «¿Es mucho más que yo?», y le contestaron: «Es mucho más que tú, como la vaca es mayor que la ternera.» Con esto el avaro se retiró á su casa y se encerró tristemente, hasta que de la misma tristeza brotó el consuelo.

Porque siendo un hombre sensible y piadoso, se dijo á sí mismo: «Es la voluntad de Aquel que todo lo puede, que yo sea humillado en mi orgullo. Así sea, y no me desespero; pero iré á buscar á ese que es más que yo, me arrojaré á sus pies, y aprenderé algo de él. «Porque puedo ir á Basora á poco costo si emprendo el camino á pie, aunque tarde más que embarcándome.»

En seguida emprendió la marcha, é hizo andando todo el camino hasta Basora, proporcionándose la subsistencia por la limosna de los que encontraba á su paso. Así llegó á su destino con algunas monedas en la bolsa, fuera de que obtuvo gratuitamente buena cantidad de víveres. Preguntó por el gran maestro avaro y, habiéndole encontrado, le dijo:

«Oh tú, el más admirable de los avarientos, tu fama ha traspuesto las distancias, como los rayos del sol llegan hasta las profundidades de un pozo, y yo vengo á arrojarme á tus gloriosos pies y á aprender las maravillas que realizas, si es que tu bondad me lo permite.»

El maestro avaro estaba sentado á la puerta de su tienda, y metido en sus harapos desgarrados por todas partes, parecía un pez en una red. Miró con ojos indiferentes al avaro de Kufa, y le vió cansado y hambriento, imposibilitado de imponérsele. Le habló así: «Oh hermano mío, bienvenido seas; tengo la lección más preciosa que impartirte; pero soy muy pobre y no puedo dártela sin paga.» Y señaló la cantidad que sería el precio del secreto.

A esto el avaro de Kufa gimió, lloró, gruñó y suplicó, y el maestro avaro sonrió y dijo: «Bien lo haces, verdaderamente, ¡oh perla de la avaricia!, pero trato es trato: si no pagas, no hay secreto.» Y así fué que recogió del de Kufa, no solamente las monedas que había obtenido mendigando por el camino, sino también las ropas exteriores, dejándolo nada más que con las interiores. El avaro de Kufa quiso entonces que el de Basora le alimentara, puesto que le había despojado de cuanto tenía, y el maestro le besó y le dijo: «Bendito seas, hermano; tu alimento está incluído en el convenio, y vamos inmediatamente al mercado á comprar algo que comer.» A esto, el avaro de Kufa olvidó su disgusto, y siguió al maestro á la tienda del panadero, con el ánimo dispuesto á recibir la lección, á causa del hambre que sentía.


E. monumento de Cuauhtemoc adornado para la ceremonia.

Llegaron y el maestro preguntó: «¿Tienes buen pan?» Y el panadero respondió: «Sí; por cierto que tengo el mejor pan posible, tan fresco y suave como la mantequilla.»

Entonces el avaro de Kufa se alegró, porque creyó que iba ya á comer. Pero el maestro le dijo: «¡Nota bien esto, hermano!» Se compara la mantequilla con el pan, y se la declara mejor, y esto por un panadero que sabe bien de panadería. Y como consumimos tan poco, nos será más barato, y creo que es juicioso y económico conformarnos con mantequilla.»

Marcháronse á buscar la mantequilla en casa del tendero, y le preguntaron si la tenía buena. Y él respondió: «Sí; por cierto que la tengo, señores míos, de la mejor posible; tan aromática y fresca como el aceite de olivo!» Y otra vez el avaro de Kufa se lamió los labios, excitado su apetito por las palabras del tendero. Pero de nuevo le interrumpió el maestro, diciendo: «Observa también esto, ¡oh tú que vienes en busca de sabiduría! El aceite de olivo es comparado con la mejor mantequilla. Por tanto, es preferible el buen aceite, como es mejor que las estrellas la luna. Pasemos á casa del vendedor de aceite.»

Y habiendo llegado, el maestro preguntó: «¿Tienes buen aceite?» Y el vendedor contestó: «Tengo del mejor posible, tan fresco y transparente como el agua.»


NUESTRO PAIS.—Barranca y puente de Metlac, en el camino de Veracruz.

A esto, el avaro de Kufa no sintió despertarse su apetito, aunque estaba más hambriento y débil después de esa correría. Pero el maestro hizo advertir ese último descubrimiento y dijo: «Observa esto también, ¡oh tú el más ardiente de los discípulos! Por esta regla hemos probado todas las cosas que un hombre busca para su alimento. Y por esta regla hemos descubierto que el agua es lo supremo. En casa tengo una gran fuente de ese regalo, el más precioso de todos, y con él he de obsequiarte en prueba de hospitalidad.»

Y, por supuesto, al regresar, sólo puso agua en la mesa ante su huésped, porque habían descubierto que el agua era mejor que el aceite, el aceite mejor que la mantequilla y la mantequilla mejor que el pan.

Y el hombre de Kufa no pudo contener un rugido de cólera. Pero le venció el entusiasmo y le hizo exclamar: «¡Alá sea loado! Al menos no he hecho en vano tan larga jornada!"

L. Lusk.

Una artista americana

Para los que creen que en medio del gran industrialismo americano no puede florecer el arte; para los que sostienen que la mujer es incapaz de sobresalir en las ciencias y en las artes, aquí está, como un ejemplo notable, el de la afamada escultora Miss Sybil U. Easterday, que actualmente visita México.

La artista es joven aún, pues no pasa de los veintidós años. De hermosa presencia, impresiona agradablemente desde luego por su cultura y por lo refinado de sus gustos artísticos. Nacida y educada en California, en la perla del Pacífico, en el romántico país del ensueño, legendario por sus riquezas fabulosas, por sus jardines encantados, la joven escultora ha pasado sus mejores años entregada al cultivo del arte, y sus obras son celebradas por los críticos de su país.

California parece ser, después de Boston, el centro artístico más importante de los Estados Unidos. Quién sabe si el color local del paisaje, con las montañas casi inaccesibles, con los huertos surgidos, á fuerza de labor, del antiguo desierto; el mar que baña uno de los puertos más hermosos del pacífico; las vigorosas masas de granito de la Golden Gate; el cielo límpido; el clima semejante al del sur de Europa, no influyan de manera decisiva para ello.

De una ó de otra manera, de California viene ahora una artista distinguida, que ha encontrado la mejor acogida en nuestros círculos artísticos y cuyos trabajos han sido admirados. En este número reproducimos algunos de los principales.

El niño y el anciano son dos poetas encerrados en su impotencia: el primero no puede todavía; el segundo no puede ya.



Miss Sybil U. Easterday, escultora americana.



"Flower-girl."

EN EL TRANVIA

¡Aire, mucho aire puro!—había dicho el Doctor.—Y, pues el Doctor lo decía, necesario era obedecerle.

Y á buscar aire puro, aire del campo para mis pobres pulmones enfermos, salí aquella tarde, después de descabezar una siestecita que de buena gana hubiera prolongado por media hora más.

Era la tarde de un domingo de primavera. El sol, hermosísimo, caía como lluvia de oro sobre el asfalto, húmedo aún, de las calles. Los zaguanes de las casas vomitaban gentes alegres, gentes del pueblo, que, luciendo el traje dominguero, bien limpio y aplanchado, salían en busca de diversiones, de golosinas, de sitio donde dar rienda suelta á su alegría; dispuestas á gastarse en ello los últimos centavos que sobraban de la raya.

Por la bocacalle hasta donde llegué, pasaban y volvían á pasar los tranvías eléctricos, rebosando pasajeros. Era media ciudad que emigraba momentáneamente, deseosa de otro ambiente y de otros panoramas.

Y ahí eran de verse, asomando por las ventanillas, los rostros alegres de las mujeres, rostros bronceíneos, bien fregoteados y limpios con las abluciones de la mañana, y de los que el sol sacaba chispas; ojos brillantes, inquietos, curiosos de verlo todo, que iban leyendo los letreros de los establecimientos. Y por fuera, por no caber ya adentro, colgando como miembros mutilados, algunos brazos carnosos, rollizos, mal cubiertos con las mangas del «saco» almidonado.

Luego venían los tranvías especiales y los de Mixcoac y San Angel, convertidos en lucientes jaulas donde, aprisionadas, parloteaban como pajarillos y formando grupos, las muchachas, vestidas con telas claras de colores alegres, tan alegres como sus caritas empolvadas.

El ruido del silbato del tranvía confundíase con el de las risas, éste con las armonías de la banda que venía en el coche siguiente, formando todos ellos una algarabía entusiasta que convidaba á subir al coche y saturarse de placer, de perfumes de flores, de esencias de mujeres elegantes, y á darse un baño de alegría juvenil.

¡De buena gana hubiéralo yo hecho! Tentado estuve de ello varias veces...... Quizás era eso lo que necesitaba...... Pero......¿á dónde ir con mis tristezas y mis enfermedades?

Pensaba en esto, cuando se llegó un tranvía silencioso y casi vacío. Me fijé en el rótulo: «A Dolores.» ¡Ese era el que me convenía, y y á él subí tan apresuradamente como me lo permitieron mis débiles piernas.

Tenía el tranvía, en su interior, algo de fúnebre, de melancólico. Las persianas hacían que la luz se filtrase á hurtadillas, serpenteando aquí y allá, como temerosas de ir á turbar la semiobscuridad que ahí reinaba. Las correas del llamador se balanceaban acompasadamente, el silencio era sólo interrumpido por el ruido que al rodar producía el coche, pues los dos únicos pasajeros que en él me hacían compañía, permanecían callados é inmóviles como estatuas.

Al entrar al tranvía, sólo pude advertir dos manchas negras, alta la una, diminuta la otra, que se parecía á la primera.

Cuando mis ojos hubiéronse acostumbrado á aquella obscuridad de nicho mortuorio, pude distinguir las facciones de mis compañeros de viaje. Eran un caballero como de sesenta años, alto y delgado, y una niñita de cuatro ó cinco, aproximadamente, un querubín de cabellos rubios como los chorros del oro.

De la niña, cubierta con su vestidito negro que le bajaba hasta los tobillos, sólo podían distinguirse sus bucles dorados y el óvalo delicado de su rostro, que resaltaba como una mancha clara sobre el brazo del anciano, donde se reclinaba.

Inconscientemente clavé en ella mis ojos. Había algo que me atraía en aquella carita de correcto perfil. La tez, de niña enferma, tenía las tonalidades del marfil viejo; los labios simulaban una pequeña herida próxima á cicatrizarse; pero en los ojos, que por su mismo color, profundamente negros, parecían más hundidos, estaba aglomerada toda la vida que faltaba al resto de la cara. Esos brillaban como ascuas y tenían, á ratos, parpadeos semejantes á los de ciertos luceros cuya luz parece que va á extinguirse para siempre y vuelve á brillar con más fulgor.

Al verla, fijos mis ojos en los de ella; al contemplarla con tal tenacidad que obligó á la niña á acurrucarse en los brazos del anciano, mi imaginación exaltada me hizo recordar á alguien para quien habían sido todas mis caricias, todas mis energías de hombre tenaz y emprendedor, agotado ahora por el sufrimiento.

La niña enlutada desaparecía y ante mis ojos se presentaba...... mi hija, mi «Mari,» como yo la llamaba, aquel ángel adorado que con toda su inocencia no pudo purificar las entrañas de la pérfida que la había concebido!......

En mi alucinación, la veía ahí, delante, bailoteando para entretenerme, riendo con argentina risa, encaramándose dificultosamente sobre mis rodillas, y, con sus deditos de muñeca, arrancando traviesamente los bigotes á su padre.

La veía, como cuando por la noche llegaba del trabajo, un trabajo de muchas horas, y la encontraba dormida sobre sus almohadones de pluma, iluminada suavemente por la luz de la veladora. ¡Cómo me desquitaba entonces de las horas de separación! ¡Cómo cambiaba cada instante de angustia diaria por un centenar de besos dados en aquella boquilla fresca que se entreabría como una rosa en capullo! ¡Qué placer tan grande experimentaba cuando sentía inundado todo mi rostro por el aliento, esencia de pureza, que se escapaba sosegadamente por los labios de la niña dormida!...... Y al fin, cuando recostaba la cabeza sobre el mismo almohadón en que reposaba la de mi hija, ¡cómo y cuánto lloraba, de alegría al ver de cerca ese pedazo de mi alma, de tristeza al pensar en la madre, muerta para mí, ya que para otros no!

La alucinación no me abandonaba. No; ¡si era ella, mi hija, mi «Mari» la que tenía yo delante! ¡No era cierto que hubiera muerto de crup entre mis brazos! ¡Mentira que por aquel mismo camino que ahora recorría la hubiese llevado á enterrar! ¡No; ahí estaba, ante mi vista, al alcance de mis manos, mirándome mucho con sus ojazos preciosos, abiertos, muy abiertos......!

Temblaba, sentía que el corazón me dolía como si dieran sobre él como sobre un yunque; mis ojos estaban inmóviles como los de los muertos, fijos en aquel cuerpecito que yo creía el de mi hija. Quería contenerme; me afianzaba á la banqueta encajando en ella las uñas de crispados dedos...... Y no pude contenerme; sentí que algo, como un enorme sollozo, se me agolpaba á la garganta, que el corazón se me asomaba á los labios, y dí un salto, un salto de loba que arrebata á su cachorro; llegué hasta la niña, la tomé entre mis manos, la besé en la boca con un beso largo y febril como besaba á mi hija, beso que ahogó el grito de estupor de la pequeñuela; y cuando el padre, el verdadero padre, me la quitó de los brazos, salí á escape del tranvía, salté, á riesgo de matarme, el escalón, y tembloroso, jadeante, volviendo á todos lados mis miradas extraviadas, me quedé solo...... solo en mitad del camino......!

MANUEL M. PANES.



"Meditación."



"La memoria descorriendo el velo del pasado."

NOTA DE SOCIEDAD

En la ciudad de Jalapa se efectuó en días pasados el matrimonio del señor Lic. Enrique Torres Torija, con la distinguida y hermosa señorita Laura Muñoz y Landero.

La ceremonia religiosa, que fué muy solemne, se vió concurrida por las principales familias de la población y por caballeros de la mejor sociedad. El señor Obispo de Veracruz, Don Joaquín Arcadio Pagaza, dió la bendición á los desposados, dirigiéndoles antes una sencilla alocución escrita por él mismo.

El matrimonio civil se verificó momentos después en la casa de la señora María Luisa Muñoz de Reboul, concurriendo al acto como testigos los señores Don Teodoro A. Dehesa, Don Antonio Torres Torija, Don Francisco Javier Muñoz, Don Víctor Manuel Castillo. Don Manuel Torres Torija, Don Javier Muñoz Landero, Don Ignacio Muñoz, Don Raúl Dehesa y Don Luis Caraza.

Los obsequios ofrecidos á la novia fueron muchos, contándose entre ellos algunos muy valiosos.



Sra. Laura M. Landero de Torres Torija.

Labio herido.

Sobre un pétalo de rosa
una abeja se adurmió;
y la abeja milagrosa,
sobre el pétalo de rosa
en rubí se transformó.

La leyenda de la abeja
que en rubí se convirtió,
no es patraña ni conseja:
la leyenda de la abeja
en tus labios revivió.

Versos de álbum.

De las fúlgidas estrellas
no te extrañen los enojos;
aunque fúlgidas y bellas,
tienen celos las estrellas
del encanto de tus ojos.

Alguien dice del coral,
que te oprime cuando toca
tu garganta escultural.
Es, ¡oh niña!, que el coral
tiene celos de tu boca.

La nieve que en la montaña
colora el alba esplendente,
contra tu frente se ensaña.
¡La nieve de la montaña
celosa está de tu frente!

También la rosa, celosa
de tu belleza ideal,
se imagina más hermosa.
¡Así piensa la celosa
porque envidia á su rival!

ANDRÉS MATA.

1903.



Sr. Lic. Enrique Torres Torija.

EL PECADO

Era Elisa muy niña, yo muy niño;
jugábamos los dos alegremente,
y si ella me besaba con cariño,
yo le besaba con amor la frente.
Elisa fué creciendo, yo fuí mozo
y aún siguieron los besos con el juego;
Elisa fué mujer, hombre yo luego:
y aún ella me besaba sin rebozo.
Un día mi tutor y su madrina,
los besos y los juegos prohibieron;
y esta amorosa usanza peregrina,
que era «grave pecado» nos dijeron.
Mas desde entonces, siempre que nos vemos
y solos en su casa nos hallamos,
yo la digo muy triste: «¿No pecamos?»
Y ella me dice con rubor: «¡Pequemos!»

O. CURTERO.

Máximas de Goethe.

Quien no sabe lenguas extranjeras, no sabe nada de la propia. Cada quien, por el solo hecho de poder hablar, cree también poder discurrir respecto de lenguaje.

*

La superstición es la poesía de la vida; por eso no les daña á los poetas el ser supersticiosos.

*

Puedo prometer ser sincero, mas no ser imparcial.

*

La ingratitud es siempre una especie de flaqueza. No he conocido nunca hombres de mérito malagradecidos.

*

Los hombres han pensado ya todo cuanto es juicioso; ahora lo que debemos procurar nosotros, es seguir pensando en ello.

*

En numerosos casos guardo silencio porque no gusto de desconcertar á los hombres, y me complace mucho el que para ellos sea motivo de alegría lo que para mí lo es de enojo.

*

No es la piedad un fin, sino un medio de llegar al más alto grado de cultura con la tranquilidad de espíritu más pura. Por esto es de notar que quienes se proponen la piedad como un fin, las más veces acaban por convertirse en hipócritas.

La Sorpresa.

Durante la noche del 24 al 25 vendimiario de 1794, una compañía elegida, destacada en los puestos avanzados del ejército de los Pirineos Occidentales, ocupaba el famoso valle de Ronceveaux, ese paso salvaje, que evoca todavía la antigua epopeya, que servía de extraño marco al modernismo del vivac republicano, débilmente alumbrado en medio de las tinieblas por la llama de un fuego rústico.

El reflejo de las brasas moribundas brillaba en los cilindros de los tambores, encendía las pirámides de los pabellones de armas y hacía destacar sobre la seda nueva de la bandera, en el centro de una guirnalda de laurel y de roble, la inscripción: «Semibrigada de los cazadores vascos.»

Solo, sentado en un montón de mochilas, las botas ante el fuego, los codos en las rodillas, el ayudante general velaba.

Bruscamente sacó su reloj, é interpelando á un centinela próximo, le dijo:

—Ve á avisar al hombre de guardia para relevar el puesto de Burguete. Es ya la hora.

El hombre se fué hacia una carpa, entró para salir luego con un niño de larga cabellera rizada que le cubría el cuello.

Llevaba el traje de los aldeanos vascos, pues el Estado carecía de dinero para el equipo de sus soldados: boina azul, blusa roja, pantalón corto negro y alpargatas blancas con cintas, pero todo descolorido por el sol y las lluvias, hecho jirones en los combates, soberbiamente ajado. Su persona acusaba el tipo tradicional del montañés de esa región, mirada franca y resuelta, rostro enérgico y delgado, cuerpo vigoroso, elástico.

A cinco pasos del ayudante general, el pequeño cazador vasco se paró, saludó, y con los ojos fijos, esperó militarmente.

—Acércate, muchacho—dijo el oficial, saludándole con gesto á la vez marcial y paterno. Luego, después de arrugar la frente, como para recordar algo:

—¿Tu nombre?

—Joannes Echeparre.

Ah, sí recuerdo. Sois tres Echeparre en los cazadores vascos, toda la familia, el abuelo, el padre y el hijo.

—Mi padre ha muerto.

—¡Pobre niño! ¿Y el abuelo?

—Vive y continúo la campaña con él.

—¡Pero me pareces muy joven!

—Ya tengo diecisiete años.

—¿Diecisiete años, y has sido designado para esa guardia de noche?

—Sí, señor.

—Es inconcebible. ¡Elegir un muchacho de diecisiete años! ¿Quién ha podido mandarte para ese servicio?

—Es...... que......

—Vamos, habla sin temor.

—Hace un momento Echebarne entró en la carpa para avisar á mi abuelo, que dormía: «Vamos, de pie, es tu turno, es la hora.» Yo estaba despierto. Entonces contesté: «Presente.» Tomé mi fusil y vine en lugar del viejo. Vea, señor, hay que dejarle dormir: con sus sesenta años pasados está muy cansado; y mi padre, al morir, me ha recomendado tener cuidado de él. Yo soy fuerte, podéis contar conmigo. ¿Qué hay que hacer?

Se trata de relevar al camarada que guarda el paso de Burguete. El puesto es muy peligroso y la consigna sencilla. Si el español quiere forzar el desfiladero, el centinela debe hacerse matar para dar á los refuerzos el tiempo de acudir.

—Está bien; estoy pronto.

—¿Me has comprendido bien? Tendrás que resistir hasta la muerte.

—Hasta la muerte.

—¿Y si al ver al enemigo tienes miedo?

—La gente de mi país no conoce el miedo.

—Bien contestado. Pero ¿qué dirá tu abuelo cuando sepa que le has tomado el turno? Vete á pedirle permiso.

—Eso no, no quiero que lo sepa.

—¿Pero si te sucede alguna desgracia?

—Ocurra lo que ocurra, os juro que el viejo estará satisfecho de mí.

Vamos, pues, cazadorcito—concluyó el general acariciando la cara del niño,—ponte en camino. Eres de buena semilla, digno de los tuyos y de tu brigada.

***

Mientras que la noche volvía á cerrarse sobre el imberbe montañés, el oficial secó su párpado con gesto furtivo, pues la admiración y el respeto eran unánimes hacia esa pareja tan desigual formada por el viejo y el joven Echeparre, soldados de la misma compañía, que combatían bajo la misma bandera para vengar respectivamente la memoria del hijo y del padre, de su querido desaparecido.

Despunta el día. El viejo Echeparre, dominado por un imperioso sueño, continúa durmiendo bajo la carpa; toda la fatiga de la campaña parece reunirse en su pobre carne, arruinada por las privaciones y las veladas.

De repente un tiro de fusil le hace sobresaltar. Tiende el brazo para buscar á su nieto, pero no encuentra á nadie y llama:

—¡Joannes! ¡Joannes!

Ninguna respuesta.

Mientras tanto continúa el tiroteo, amplificado por los ecos de las montañas.

Una espantosa y fulgurante idea atraviesa entonces el cerebro del abuelo. Sí, recuerda ahora. A él se le había designado de servicio para el paso de Burguete. ¡Joannes ha debido ir en su lugar! ¡Oh, maldito sueño!

Febrilmente, entre el tumulto del vivac, que se deshace apuradamente, pues el enemigo emprende la batalla por un ataque simultáneo de todos los puestos avanzados, el anciano va de grupo en grupo, siempre con la misma pregunta en los labios:

—¿Dónde está Joannes?

—Nadie sabe, nadie ha visto ni puede decirle nada. ¡Oh! ¿Cómo quitarse esa duda angustiosa?

De repente, dominando el rumor, oye la voz fuerte del ayudante general:

—Una sección va á correr al desfiladero de Burguete. Espero que el chico Echeparre podrá resistir hasta la llegada del refuerzo.

Olvidando la disciplina, el abuelo interpeló al jefe:

—¿Es acaso mi Joannes? Solito, allá arriba? Me lo van á matar y por mi culpa. ¡Oh! miserable, qué he hecho!

—Vamos, valiente. No pierdas tu tiempo en lloriqueos. Unete á esos hombres. Llegarás á tiempo para salvar al niño.

Por una senda abrupta, la pequeña tropa empieza una ascensión vertiginosa. Horriblemente pálido, la frente arrugada por la angustia, las pupilas engrandecidas por el terror, el sexagenario, que parece haber recobrado su prodigiosa agilidad de antaño, corre





á la cabeza de la sección, siempre más ligero, repitiendo con voz uniforme:

—¡Me lo van á matar y por mi culpa!

Cado tiro le hace estremecer y correr más aprisa. Un cuarto de hora después llega al paso crítico, donde, según la consigna, el centinela debe hacerse matar. Es un largo corredor rocalloso que une dos valles. Desde allí Joannes, al abrigo de un trozo de granito, apunta cuidadosamente, y cada tiro lleva la muerte á todo enemigo que aparece al otro extremo.

En cuanto el viejo le percibe, lanza este grito triunfal, donde vibra toda la felicidad de volverle á ver:

—¡Valor, Joannes, estoy aquí!

Pero, aprovechando el momento en que el niño se da vuelta para contestar el saludo, un enemigo le envía una bala. El joven cazador deja su fusil y cae en los brazos del viejo, llegado á tiempo para recibirle.

Mientras que los camaradas se lanzan sobre la plataforma, desde luego cerrada á los españoles, el abuelo aleja un poco al joven héroe que ha salvado el puesto, le tiende sobre musgos y le lleva la cantimplora á los labios.

En el nimbo oscuro de sus cabellos, el delicado rostro del niño tiene ya la blanca huella de la agonía. Poco á poco, sin embargo, su boca exangüe se crispa, sus párpados baten; reconoce al anciano. Entonces, con voz entrecortada, pronuncia delirando:

—¡Abuelo, perdóname! Dormías tan bien esta noche bajo la carpa.......... Llamaron ¡Echeparre! Es mi nombre, después de todo, y he contestado: «presente» ... Figúrate que el general me encontraba demasiado joven para la tarea. Le dirás que he cumplido con mi deber como uno grande. ¡Oh, dormías tan bien! ¡No, no podía despertarte!

Las gotas rojas continuaban rodando por su pecho. Con voz apagada, el niño agregó:

—Había pensado: voy á hacerle esta sorpresa. Mañana su turno de servicio habrá pasado y su nieto estará de regreso...... abuelo, háblame. ¿No estás contento con mi sorpresa?.........

Esta fué su última palabra.

Poco después, un cazador, al aproximarse á los dos Echeparre, encontró al abuelo que tenía estrechamente abrazado el cuerpo de su nieto. Pero cuando quiso separarlos, se dió cuenta de que el viejo también era cadáver. La sorpresa de Joannes le había muerto.

H. Peyre de Bétouzet.

ROMANZA.

Sus pestañas cargadas de sombra
Velaban sus ojos profundos y negros;
El amor, como luz de una estrella,
Cintilaba lánguido rompiendo ese velo.

Era aquélla una noche de luna:
La luz de la luna que alegra los sueños,
Dilataba con vaga tristeza
Mi cansado espíritu en los firmamentos.

Yo le dije:—«La noche se mece
Llevada en los hombros del vasto silencio;
Allá arriba en los cielos azules
Hay estrellas pálidas que ven lo que hacemos.

En la selva los aires dormidos,
En el largo río las aguas gimiendo,
Y la espiga temblando en el llano,
Y el alta montaña callada á lo lejos,

Y los ruidos ahogados del bosque,
Y la roca informe que orilla el sendero,
Y la sombra del árbol que canta,
Trovador inmóvil mirando á los cielos.

Son, le dije, son cosas muy tristes,
Son cosas que dejan una ansia en mi pecho,
Que despiertan los hondos suspiros,
Soplos de esperanzas, sombras de recuerdos.»

Respondióme:—«¡Qué bella es la luna!
Yo siento y no puedo decir lo que siento.
En las noches como ésta, ¿no sabes
Cuál es la palabra que agrada al silencio?»

—«En las noches como ésta, le dije,
Se siente en el alma murmullos de versos;
Los que dicen «yo te amo» esta noche,
Dicen lo que dicen la tierra y los cielos.»

Francisco Gavidia.

*

El sentimiento del deber cumplido, es para nosotros una música á media noche.

EN EL PAVÉS.

Lo que observé, en mi lira he reflejado,
y en mis versos grabé lo que he sentido;
cuando gocé venturas, he reído;
cuando sufrí pesares, he llorado.

Nací para guerrear como el soldado,
y á los humanos golpes advertido,
prefiero en liza sucumbir vencido
á morir en el lecho asesinado.

No me rindo jamás. Mi interna llama,
siempre que llega la borrasca, acrece
y con su luz mi corazón inflama.

¡Mi corazón! Al árbol se parece:
si á cada vendaval pierde una rama,
con más flores en mayo reverdece.

Manuel S. Pichardo.



LA ELECCIÓN DEL NUEVO PONTÍFICE.

El Cardenal Rampolla depositando su voto.

El Mundo Ilustrado

Año X—Tomo II—Núm. 10

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

México, Septiembre 6 de 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem, en la capital $1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Gral. D. Nicolás Bravo

HÉROE DE LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO, CUYOS RESTOS SERÁN TRAÍDOS HOY Á LA CAPITAL.

EN LA INDIA

Con los teósofos de Madrás.

«Un cielo sin Dios personal, una inmortalidad sin alma precisa, una purificación sin plegaria»......

La fórmula enunciada, como una conclusión suprema, continúa resonando para mí lúgubremente, en medio del silencio, después de la conversación. La tristeza del crepúsculo impregna la vivienda, solitaria en el campo, al borde del río, entre palmeras y grandes flores extrañas.

En las vidrieras, esclareciendo aún la fría biblioteca donde estamos, extínguense poco á poco diminutas imágenes transparentes, que representan en partículas de vidrio colorido todos los emblemas de la fe humana, reunidos allí como en un museo mortuorio: la cruz del Cristo, el sello de Salomón, el triángulo de Jehová, el loto de Cakya-Mouni, la orquilla de Vichnou, los símbolos de Dios.

Es ésta la casa de los teósofos de Madrás, de los cuales me habían narrado cosas maravillosas. Aunque no creyendo nada de ellas, he venido, sin embargo, como último recurso, á demandarles un poco de esperanza. Y he aquí lo que me ofrecen: ¡el método glacial de un budismo ya conocido, la luz sola de mi propia razón!......

—¿La oración?—me dicen.—¿Quién la escucharía?...... El hombre se halla solo frente á su responsabilidad. Evocad en vuestra memoria las leyes de Manón: «El hombre nace solo, vive solo, muere solo; solamente la justicia le sigue»...... ¿Quién, pues, oiría la plegaria? ¿A quién rogaríais, «puesto que sois Dios?» Preciso que os «recéis á vos mismo», vuestras obras.

Así, hay un silencio entre nosotros, uno de los más desolados silencios que hayan jamás atravesado mi vida. Y en medio de aquel silencio, una por una, con imperceptible rumor de caída en el vacío, paréceme que mis postreras vagas creencias, se deshojan al soplo de mis interlocutores, implacables en su razonamiento, satisfechos en sus conclusiones.

No obstante, son hospitalarios aquellos dos hombres que me escuchan. El primero, un europeo, cansado de nuestras agitaciones y nuestras incertidumbres, refugiado en aquel desligamiento que antes predicara el gran Buda, y convertido aquí en jefe de la Sociedad Teosófica; el otro, un indostánico que conquistó los más altos certificados de condición en nuestras universidades de Europa, regresando luego á las Indias, no sin desdén por nuestros filósofos occidentales.

—Afirmáis—replicó—tener la prueba absoluta de que algo de nosotros, un poco de nuestra individualidad transitoria, resiste «por un tiempo» al choque de la muerte. ¿Podéis, al menos, darme esa prueba absoluta? ¿Podéis mostrarme, suministrarme una evidencia?....

—Os lo probaremos—responden—por medio del razonamiento; pero pruebas visibles, delante de vos, evidencias, no...... Para mirar aparecer á los que se llaman muertos—pues no hay muertos,—se requieren sentidos especiales, circunstancias, temperamentos particulares. Pero creed, por nuestro honor y de otros tantos esencialmente dignos de fe, que hemos visto apariciones y hemos consignado los detalles. Mirad: poseemos aquí, en esta biblioteca, libros que lo relatan...... Cuando mañana os establezcáis entre nosotros, los leeréis......

¿Valía la pena de venir á las Indias, al viejo hogar inicial de las religiones humanas, para encontrar tan solamente esto? En los templos, un brahamanismo entenebrecido de idolatría; aquí, una especie de positivismo reeditado de Cakya-Mouni, y los libros de espiritistas que han recorrido el mundo entero!.....

Después de otro silencio, pido, desorientado, con la conciencia de que voy á descender á curiosidades infantiles; pido, casi tímidamente, me indiquen á los fakires, esos fakires de la India, reputados de prodigiosos, que tienen «poderes»y hacen semimilagros, para obtener algo extraordinario, algo suprafísico, extrahumano.

El indostánico, sentado frente á mí, alza al techo sus ojos de asceta, un gesto contrae su rostro, fino y duro, su máscara dantesca, encuadrada por un turbante blanco:

—¿Fakires?—contesta.—¿Fakires?....... Ya no hay fakires......

Oigo así, de boca de un hombre de alta competencia en esta materia especial, la condenación sin recurso de toda esperanza de hablar algo maravilloso sobre la tierra.

—¿Ni en Benarés?—dije con temor.—Creía que en Benarés...... Me afirmaron.....

Vacilo al pronunciar el nombre de Benarés, pues es mi última jugada, y si allí tampoco encuentro nada......

—Entendámonos. Fakires mendicantes, fakires contorsionistas ó anestesiados, quedan muchos y no tenéis necesidad de nosotros para hallarlos. Pero «videntes,» fakires «con poderes,» yo conocí los últimos...... A este respecto, también creed en nuestra palabra: han existido. Pero el siglo que acaba de extinguirse los ha visto desaparecer. El viejo espíritu fakíreo de la India ha muerto. Somos una raza que declina al contacto de las razas más materialmente activas del occidente, las cuales á su turno declinarán. Nos resignamos á esta decadencia, pues es la ley.... Sí, hemos tenido fakires, y ved, precisamente, delante de vos, manuscritos consagrados á ellos......

En las vidrieras, todos los símbolos muertos de las religiones humanas se imprecisan. Cae la noche, envolviendo la severa biblioteca, donde ya flota la tristeza de lo negro.

Vine á Madrás con la intención de detenerme largo tiempo entre estos teósofos; debía instalarme en la mañana del día siguiente en su casa, y ahora he resuelto abandonarlos la misma noche, para no volver más. ¿Para qué encerrarme en ese austero asilo de la nada y del vacío? Mejor proseguir, como toda mi vida, alegrando mis ojos con cosas de este mundo, las cuales, aunque pasajeras, son siquiera reales por un instante.

Y luego, ¿qué beneficio puede traerme su prueba, su prueba de inmortalidad, como ellos la conciben? Para los que han amado verdaderamente, la idea de la destrucción de la carne es ya una tortura. ¿Qué haríamos, pues, yo y mis semejantes, de esa inmortalidad que á éstos les satisface? No, me es necesario, como en el sueño de los cristianos, la continuación de mi ser, integral, intensa, consciente y separada; capaz de encontrar á los que amo y de seguir amándolos. Sin ello, ¿para qué otra cosa?.........

Cuando emprendo el camino de la ciudad, es la hora del gran alboroto de los cuervos, que cantan al unísono á la muerte, en el momento de agruparse en las ramas para dormir. La doctrina de los que acabo de dejar, paréceme tan pueril y vana como las estatuítas del dios de cabeza de elefante, puestas á lo largo de la ruta, y que contemplo en el crepúsculo, bajo los plátanos y las palmeras.

Por la noche envío á los teósofos mi carta de excusa, de agradecimiento desencantado, diciéndoles que volveré al día siguiente, pero para una visita de adiós definitivo, por haber decidido ausentarme cuanto antes de Madrás.

Y al dormirme, veo en sueños, en medio de siniestras deformaciones de viejas viviendas, caras á mi infancia, las imágines pálidas, descompuestas, «por siempre muertas,» de los seres que más he amado. Como en otra noche, en Jerusalén, cuando se derrumbaron irremisiblemente mis creencias primeras, sueños de una tristeza sin límites, de un indecible horror, se suceden hasta la mañana, hasta el momento en que un cuervo me despierta, cantando á la muerte, sobre mi ventana, ante el sol naciente.

Pero, al medio día, cuando regreso á despedirme, el jefe de los teósofos, que ha leído y comprendido mi carta, me recibe con una dulzura afectuosa, por mí no esperada.

—¡Cristiano!—me dice, apretándome un rato la mano.—¡Y yo que os creía ateo! Me equivoqué al ofreceros la interpretación más materialista de los preceptos que Buda nos ha legado. Es por allí por donde de ordinario se principia...... A una alma como la vuestra, le es menester el brahamanismo exotérico, y nuestros amigos de Benarés lo poseen mejor que nosotros. Allá, en cierta forma, encontraréis la oración y el «volverse á ver;» pero no basta orar; se os enseñará que es preciso merecer también. «Buscad y encontraréis.» Yo he buscado durante cuarenta años; tened vos valor y buscad aún. Tratar de reteneros entre nosotros, ¡oh! ¡no! Id. La enseñanza de nuestra casa no es la que os conviene. Y además —agregó sonriendo,—no ha llegado vuestra hora; la tierra todavía os retiene con lazos terribles.

—Quizá.

—Buscáis; pero tenéis miedo de encontrar.

—Quizá.

—¡Os hablamos de renunciamiento, y queréis vivir!...... Continuad, pues, vuestro viaje; id á ver á Delhi y á Agra, á todo lo que anheléis, á todo lo que os llama y divierte. ¡Prometedme tan sólo que, antes de abandonar la India, reposaréis en casa de nuestros amigos de Benarés. Estarán por nosotros prevenidos y «os esperarán»......

El indostánico que vi ayer ha entrado en silencio. También él me mira con una sonrisa de compasión muy dulce. Y de pronto, paréceme que se agigantan misteriosamente dúctiles é impenetrables estos dos ascetas extranjeros de tan distinto origen. Por lo demás, la bondad y la paz radian en sus ojos, y sin comprender bien su cambio súbito, me inclino con un confiado agradecimiento......

Detenerme antes de abandonar la India en casa de sus amigos de Benarés: ¡oh! sí, consiento gustoso, con no sé qué presentimiento de que la atmósfera psíquica, allá será para mí mejor.

Lo dejaré para el fin; haré retardarse así lo más posible, la prueba decisiva, un tanto cobarde, en la alternativa de estos dos miedos: quedar decepcionado para siempre, ó «encontrar», y entonces, quizá, aquella será la vía nueva, el término de todos los mirajes, aún deliciosos......

Pierre Loti.

ESCAMELA.

I

Esplende Ocaso en púrpura radiante,
Incendia el sol pradera y caserío,
Y en el césped cuajado de rocío
Es cada gota trémulo diamante.

Raudo, al través del cafetal sonante
Huye el turbión con ímpetu bravío,
Y en los cantiles, desbordado el río,
Se despeña rugiendo amenazante.

En los espinos pródigos de aroma,
Querellosa la tórtola zurea,
Iris risueña en el Oriente asoma,

Céfiro blando la campiña orea,
Y, airón gentil de la cercana loma,
El bambú sus penachos balancea!

OJO DE AGUA.

II

Circuída de glaucos carrizales,
A la sombra de lánguida sauceda,
Límpida y mansa tu corriente leda
Desata silenciosa sus raudales.

¡Qué muelles en tu margen los gramales,
Qué vívida y fecunda tu arboleda,
Y qué sonora la joyante seda
Del suntuoso brial de tus maizales!

En tu retiro que al amor convida,
Qué gratos el ensueño y el reposo
Al borde de tu linfa adormecida,

Cuando en los picos de tu monte umbroso
Rasga la tarde de carmín vestida
La fimbria de su peplo luminoso.

Rafael Delgado.

El Gral. D. Nicolás Bravo

Traslación de los restos del héroe á la Capital.

Hoy por la tarde, según está anunciado, serán recibidos en la estación de Buenavista los restos del patriota insurgente Don Nicolás Bravo, que el Gobierno mandó exhumar del templo parroquial de Chilpancingo, donde se encontraban, para depositarlos en la capilla en que, juntamente con los de Hidalgo, se conservan los de otros héroes de la Independencia de México.

La translación de los restos de Bravo á la capital, y los honores que á su llegada van á tributarse al ilustre insurgente, son de estricta justicia, pues nadie ignora la fe inquebrantable con que el caudillo abrazó la causa del pueblo, ni los eminentes servicios prestados por él á una revolución llamada á producir en lo futuro tantos y tan benéficos frutos para el país.

Al lado de su padre, Don Leonardo Bravo, y de sus tíos Don Miguel, Don Víctor y Don Máximo, Don Nicolás aparece por primera vez en nuestra Historia, combatiendo en la hacienda de Chichihualco—propiedad de su familia,—contra un comandante realista; se pone á las órdenes de Morelos muy poco después de haberse levantado contra el Gobierno español, y tal es el brío que despliega en el campo de batalla y tales sus hazañas, que en agosto de 1811, el mismo Morelos lo coloca, con Don Hermenegildo Galeana, alfrente de la guarnición de Tixtla.

Al terminar la famosa expedición de Morelos por el Valle de Toluca, que dió por resultado la toma de Tenancingo, Bravo marchó á Cuautla, donde comenzaban á reunirse los distintos jefes que durante setenta y dos días defendieron la plaza con una heroicidad sin ejemplo, y allí, al lado de aquel genio de la guerra que tanto pavor infundía á los realistas, supo hacerse notable por su arrojo á toda prueba y su pericia indiscutible.

***

Sería imposible para nosotros, que no disponemos del espacio suficiente para ello, narrar uno por uno los hechos de armas en que Bravo se cubrió de gloria. Bástenos decir que poco tiempo después de dispersarse los defensores de Cuautla por distintos rumbos, volvió á unirse á Morelos, que había establecido su cuartel general en Tehuacán, y que á la cabeza de una importante expedición marchó á San Agustín del Palmar, en agosto de 1812, como jefe de las fuerzas que debían operar contra el enemigo en la provincia de Veracruz.

Durante esta expedición, Don Nicolás dió pruebas de las excepcionales dotes que lo distinguían como soldado generoso é intrépido. Con seiscientos hombres ocupó el cerro del Calvario inmediato al Palmar, el 19 del mismo mes y año, para atacar desde allí al realista Labaqui, que conducía un convoy á Puebla y que, al notar la presencia de los insurgentes, se había fortificado en las calles del pueblo. El combate que se trabó entre ambas fuerzas fué reñidísimo, y muerto el jefe de los realistas, Bravo consumó la derrota del enemigo, haciendo doscientos prisioneros, que remitió á un lugar seguro, para marchar á Tehuacán en persona, y ofrecer á Morelos, como prueba de su victoria, la espada que Labaqui portaba aquel día.

A su regreso de Tehuacán, el vencedor del Palmar recibió en Medellín la noticia de que su padre, hecho prisionero en la hacienda de San Gabriel, á raíz del sitio de Cuautla, había sido villanamente ejecutado por los realistas [13 de septiembre de 1812], después de intentar inútilmente que él depusiera las armas á cambio del indulto ofrecido, con esta condición, á Don Leonardo.

Morelos comunicó á Bravo la infausta noticia de la ejecución, ordenándole que en justa represalia pasara á cuchillo á los prisioneros que tuviese en su poder, y en obsequio de esta orden mandó ponerlos inmediatamente en capilla.

«En la noche dice el magnánimo insurgen« te en una carta que años después dirigió á « Don Lucas Alamán,—no pudiendo tomar el « sueño en toda ella, me ocupé en reflexionar « que las represalias que iba yo á ejecutar dis« minuirian mucho el crédito de la causa que « defendia, y que observando una conducta « contraria á la del virrey, podria yo conseguir « mejores resultados, cosa que me halagaba « mas que mi primera resolucion; pero se me « presentaba para llevarla á efecto, la dificul« tad de no poder cubrir mi responsabilidad « de la órden que habia recibido, en cuyo « asunto me ocupé toda la noche, hasta las « cuatro de la mañana que me resolví á perdo« narlos, de una manera que se hiciera públi« ca y surtiera todos los efectos en favor de la « causa de la Independencia: con este fin— « continúa—me reservé esta disposicion hasta « las ocho de la mañana que mandé formar la « tropa con todo el aparato que se requiere en « estos casos para una ejecucion: salieron los « presos, que hice colocar en el centro, en don« les manifesté quel virrey Venegas los habia « expuesto á perder la vida aquel mismo dia, « por no haber admitido la propuesta que se le « hizo en favor de todos por la existencia de « mi padre, á quien habia mandado dar garro« te en la capital; que yo, no queriendo corres« ponder á semejante conducta, habia dispues« to, no sólo el perdonarles la vida en aquel « momento, sino darles una entera libertad « para que marchasen á donde les conviniera: « á esto—agrega—respondieron llenos de gozo « que nadie se queria ir, que todos quedaban « al servicio de mi division, lo que verificaron « á excepcion de cinco comerciantes de Vera« cruz, que por las atenciones de sus intereses « se les extendieron pasaportes para aquella « ciudad.»

La nobilísima acción de Don Nicolás Bravo, que elogiaron hasta sus mismos enemigos, le ha conquistado un nombre imperecedero en la historia.

Después de este episodio, verdaderamente sublime, Bravo siguió luchando sin descanso por la libertad de la patria, hasta que el 22 de diciembre de 1817, en que cayó prisionero en manos del realista Armijo. Trasladado primero á Cuernavaca, y después á México, se le puso en la cárcel de Corte, y en ella permaneció hasta 1820, sin quejarse nunca del inhumano tratamiento á que se le sujetaba por sus verdugos.

«Bravo en la cárcel de Corte por más de dos años—dice Alamán, -con una barra de grillos en los pies, sacándole del calabozo en hombros algún rato á tomar el sol en el patio, confiscada su hacienda de Chichihualco, teniendo su familia que subsistir á expensas de la liberalidad de un español, D. Antonio Zubieta, se ocupaba en hacer cigarreras, que adornaba curiosamente con papeles de colores, para sacar de su venta un pequeño auxilio para comprar tabaco y chocolate: en las visitas de presos que el virey hacía con la Audiencia en las pascuas y Semana Santa, nunca pidió nada, y el virey, que una de estas ocasiones lo socorrió con una onza de oro, solía decir que siempre que veía á Bravo le parecía ver á un monarca destronado. ¡Tanta fué la dignidad con que supo sufrir la desgracia!» El regalo de una onza de oro á aquel hombre cuya hacienda tenía confiscada el mismo Virrey—como observa otro historiador,—más que como un rasgo de desprendimiento, aparece como una sangrienta burla.

Puesto en libertad, Bravo volvió á empuñar las armas en pro de la Independencia, y con-

Monumento erigido á la memoria del Gral Bravo en Chilpancingo.

sumada ésta, siguió tomando una parte muy activa en los sucesos que se desarrollaron en el país hasta el año de 1847, en que, como jefe del Colegio Militar, luchó contra los invasores norteamericanos. Siete años después, el 22 de abril de 1854, murió en Chilpancingo, su ciudad natal, donde era generalmente estimado.

***

Los restos de Bravo serán llevados de Buenavista al Palacio Municipal; de allí á Chapultepec, donde se expondrán en una capilla ardiente, y, por último, á Catedral. Durante la ceremonia cívica del día 8, la urna que guarda las cenizas del héroe, estará colocada en un túmulo, en la gran tribuna donde debe efectuarse la citada ceremonia.

En este número publicamos un retrato de la Sra. Adelaida Bravo, única descendiente directa de Don Nicolás, que vive; un dibujo del monumento erigido al patriota en Chilpancingo, y fotografías de objetos que pertenecieron al héroe y que conserva la misma señora.



Sra. Adelaida Bravo.

El beso de Juan.

En su sillón Imperio, en que dos cisnes de cobre dorado se miraban hacía cien años, Catalina pensaba, con las manos juntas sobre las rodillas.

¿En qué podría pensar la vieja Catalina, tan vieja, quizás, como su sillón Imperio, el de los cisnes de cobre dorado?

En Pedrito, su último nieto, un hermoso adolescente de rizos castaños, cuyo contacto comunicaba á su corazón todo el antaño lleno de sol.

Sin duda, la vieja Catalina pensaba también en su hijo Juan, en su nieta Anita, en otros, salidos de ella, y cuyos cabellos se ponían grises ya bajo la escarcha de otoño; pero el roble que va á morir debe inclinarse especialmente sobre la última bellota que germina entre sus raíces; y por esto toda el alma de Catalina se inclinaba sobre el último retoño, sobre ese Pedro tan mimado, tan adorado, en quien ella sentía aún vagamente cantar su juventud, como un pájaro fiel que no hubiera cambiado sino de rama.

Cada vez más, á medida que ella se acercaba á ese muro negro ante el cual todos tropiezan, Catalina pensaba en el muchacho; para él su cerebro haría mover su último pensamiento, como un fuego fatuo fosforescente; y en él pensaría otra vez, allá arriba, con una sonrisa que Dios enviaría al querido Pedro, transformada en dicha, en esperanza, en toda clase de prosperidades.

¿Qué sería de Pedrito? ¿Sería general, como su tío Francisco, ó bien obispo, como su padrino?

Muy bajo, Catalina oraba para que Pedro entrara en el Seminario. El pobrecillo no tenía un centavo. ¿Qué sería de él en el mundo, con un nombre como el suyo?

Pero, siendo sacerdote... ¿Y tendría vocación religiosa? ¿Se inclinaban los hermosos ojos de él hacia las alturas celestes?

Aquella mañana, Catalina estaba muy triste, en su sillón Imperio. Con su ojo derecho, el único que veía aún algo—pues el otro estaba inutilizado,—miraba por los vidrios, con una expresión de angustia afligida: la de no reconocer nunca á Pedro entre las personas que entraban á la casa.



Ropón, "fajero" y tirantes con fué bautizado el Gral. Bravo.

¿Por qué no volvía? ¿Dónde había ido? ¡Cuántos días habían pasado sin poderle besar los ojos con sus temblorosos é insensibles labios!

A su alrededor se cuchicheaba, su suspiraba, todos estaban tristes al parecer. ¿Por qué? Diez veces por hora Catalina lo preguntaba tímidamente, con su voz gastada:

Pero, ¿quién hace caso de las viejas?

—¿Y Pedrito? continuaba preguntando cada vez que su nieta ponía carbón en el calentador.

Al fin, Anita le dijo, apartando un poco los ojos:

—Pedro está en la ciudad. No se atormente usted. Ha ido á ver á su padrino.

—¿A monseñor?

—Sí.

—¿Para qué? ¿Para entrar en el Seminario? Así, pues, ¿consiente en ser sacerdote?

—Creo que sí.

En el ojo derecho de Catalina, el que estaba todavía útil, apareció una lágrima de placer.

—¡Tanto mejor! murmuró con su voz débil.

Y todo el día soñó con un hermoso obispo, con mitra dorada, en alguna catedral sonora.

¡Qué magnífico prelado! ¿Sólo obispo? ¡No! ¡Arzobispo! ¡cardenal! ¿A qué no llegaría? Y quizás cuando fuera cardenal, se dignaría aún hablar de ella á Dios en sus oraciones omnipotentes.

Aquella tarde de invierno, á las cinco, cuando comenzaba á aletargarse en su sillón, Catalina creyó oír el ruido de un coche que se detenía delante de la casa.

Quiso mirar por los vidrios, pero sólo vió dos grandes fanales amarillos. Entonces alargó el oído derecho, el único que era aún sensible á los ruidos de este mundo, y maquinalmente se movió algo su mandíbula, como si escuchara con la boca.

¿Qué oyó entonces? Un ruido de palabras, gritos, sollozos... Y todo el mundo salió corriendo. ¿Qué pasaba? ¡Si hubiera podido levantarse! Pero sus piernas estaban muertas ya. No había dado un paso hacía cinco años.

—¡Anita! ¡Juan! llamó asustada. ¿Qué hay? ¿Ha tenido algo Pedro?

Ninguna respuesta. Todos la habían abandonado y estaban fuera.

Y la gran puerta se cerró violentamente; el cerrojo rechinó; unos golpes vigorosos sacudieron las hojas, como si alguien intentara entrar á viva fuerza.

Juan se presentó, seguido de Anita y de todos los miembros de la familia. Su rostro estaba descompuesto. Miró á la abuela y los demás también. Y sus ojos parecían llenarse de terror.

En efecto, Pedro había llegado recientemente, pero entre dos gendarmes. Había jugado y robado veinte mil francos en casa de un banquero unos días antes, y la justicia venía á registrar la casa.

¿Es Pedro? repetía Catalina, cuyas manos temblaban algo más que de costumbre sobre los brazos del sillón.

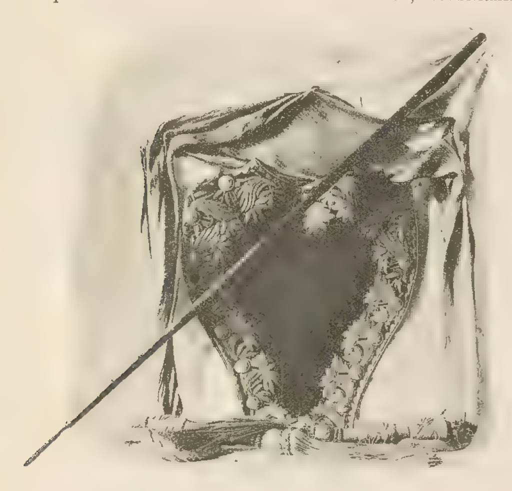
Juan vaciló. ¿Podía decir la verdad? ¡No! La confesión equivaldría á la muerte para la vieja Catalina; sería cien veces más doloroso

que la muerte. ¡Estaba tan orgullosa de su Pedro!

—Es él, ¿no es verdad? preguntó ella, otra vez, obstinada. ¿Le ha pasado algo?

—¡No! respondió Juan acercándose.

—Entonces..... ese coche..... ¿Quizás es, el obispo?



Peto, bastón y banda de General, pertenecientes á D. Nicolás Bravo.

—Es verdad: el obispo le acompaña. Y como usted está vestida de casa... Venga usted pronto. Le pondremos su hermoso traje de terciopelo negro.

*

Los golpes redoblaban en la puerta, porque se había corrido efectivamente el cerrojo para retardar en lo posible la entrada de los magistrados en la casa.

Juan tomó á su madre en brazos y se dirigió rápidamente al cuarto cercano.

—¿Conque es el obispo? murmuraba la vieja, conmovida. ¿Y Pedro consiente? ¿Quiere ser sacerdote?

—Sí, respondió Juan con voz contenida.

Y, lleno de compasión por la abuela, le besó el cuello mientras la llevaba, ese pobre cuello arrugado en que cada año parecía haber dejado un golpe de uña.

—¡Cuidado, Juan! ¡no tan fuerte! ¡Me.... ahogas!

¿Qué pasó entonces en el cerebro del hijo? ¿Qué idea sombría, desesperada, misericordiosa, brotó en él de pronto?

No retiró sus labios; no interrumpió el beso insistente. Al contrario, besó más fuerte.

—¡Ah! creyó oír aún, confusamente.

Y cuando hubo colocado á la abuela en el lecho, notó que estaba muerta.

—¡Padre! dijo Anita palideciendo... Usted la ha ax......

-Tal vez, respondió él con los ojos llenos de lágrimas. ¡La quería yo tanto!

Y entonces creyó poder dejar entrar á los magistrados.

JUAN FAMEAU.

El lirio de las aguas.

Mira lo que te trae mi mensajero: es una flor de blancos pétalos, una flor brotada en el silencio del agua, donde perdida en el ensueño, flota solitaria.

Ponla sobre tu pecho: pero préndela bien, pues sus pétalos tienen aún encerrados en sus corolas las vaguedades del abismo, del misterio, del silencio.........

Cuídate de los engaños del agua, no te dejes turbar por el ensueño.

Las sirenas parecen dormir......

Los lirios se balancean sobre el abismo.

Niña, sabes ocultar mal tus deseos. Cuídate de las vaguedades del misterio ...... Las sirenas parecen dormir...... Los lirios se balancean sobre el abismo.

ENRIQUE IBSEN.

Es una pregunta curiosa la de si una nación puede llegar á la madurez. Por mi parte, la contestaría afirmativamente si fuera posible que todos los hombres naciesen de treinta años. Mas como la juventud ha de ser eternamente inconsiderada, y medrosa la vejez, nace de ahí que el hombre propiamente maduro se ve en aprietos entre ellas, y tiene que contentarse con avanzar ingeniándose de un modo singular para conseguirlo.

GOETHE.

FLOR NEGRA

Yo tengo como el mar horas serenas
en que pierde mi espíritu su brío
y se aduerme en la carne como el río
sobre su luengo tálamo de arenas;

Horas en que la sangre de mi venas
blandamente circula, en que el Hastío,
como siniestro cárabo sombrío,
huye de la guarida de mis penas!

¡Ah!... si entonces, acaso venturoso,
un instante me ves y una sonrisa
desarruga mi labio casi inerte,

Es porque aquellas horas de reposo,
que pasan para mí siempre de prisa,
tienen algo del sueño de la muerte!

JULIO FLÓREZ.

EL COLLAR

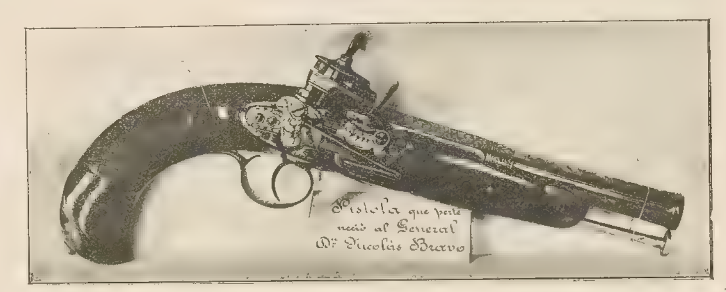
Contemplaba el orfebre con fijeza,
Los rubíes del collar, que parecían
Rojas constelaciones que esparcían
La flamescente luz de la riqueza.

Viéndolos, meditaba en la tristeza
De los pobres que de hambre se morían;
Y en las que á trueque de un collar, darían
Su honor, su juventud y su belleza.

Acercóse á la fragua crepitante,
Y al avivar el fuego, su semblante
Se tiñó de arreboles carmesíes.

Sus dedos el collar despedazaron,
Y al caer en la lumbre, se trocaron
En lágrimas de sangre los rubíes.

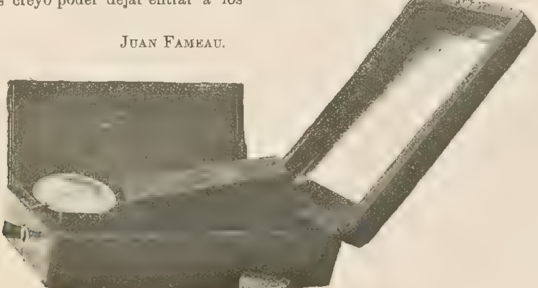
JUAN DUZAN.



Por bien que haya sido vestida una mentira, concluye siempre por ser descubierta.

*

Un golpe de lengua es peor que un golpe de lanza.



Caja de navajas de barba del Gral. Bravo

¡HAS VENCIDO!

Si es verdad, si es verdad, si no lo niego!...
La culpa de ese ayer fué toda mía,
y mi locura me arrojó aquel día
al proceloso mar donde navego.

¡No llegué á comprenderte! ¡Estaba ciego!
Besé la mano infame que me hería,
y el amor que tu pecho me ofrecía
lo acaricié para olvidarlo luego.

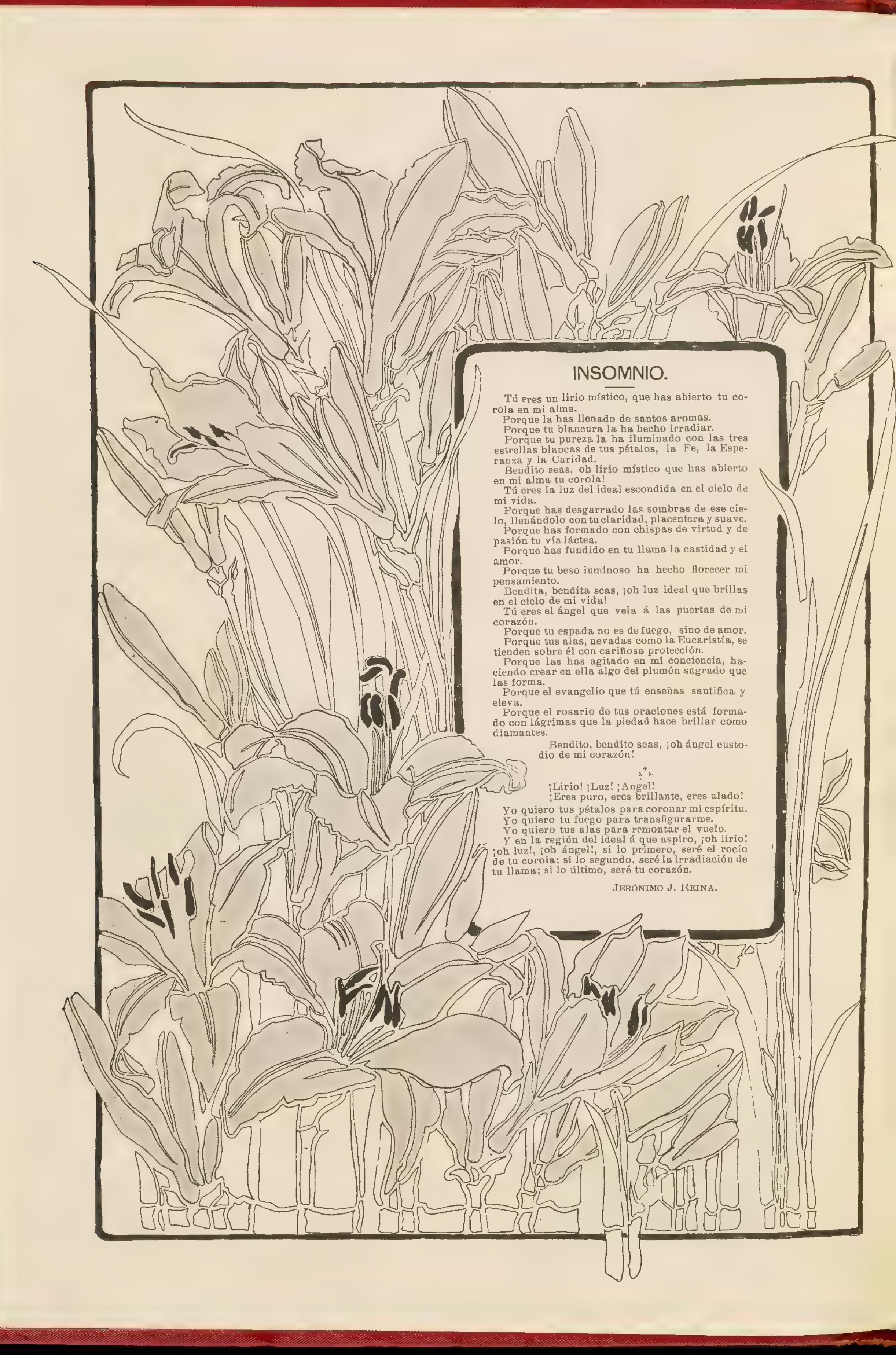
Dichas propias dejé por las ajenas,
y preferí á vivir desengañado,
mi calvario de dudas y de penas.

¡Ya me tienes vencido! ¡Ya has triunfado!
¡Quién pudiera con sangre de sus venas
borrar todo el error de aquel pasado!

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR.

*

Muchas gentes saben elevarse, muy pocas saben hundirse.



INSOMNIO.

Tú eres un lirio místico, que has abierto tu corola en mi alma.

Porque la has llenado de santos aromas.

Porque tu blancura la ha hecho irradiar.

Porque tu pureza la ha iluminado con las tres estrellas blancas de tus pétalos, la Fe, la Esperanza y la Caridad.

Bendito seas, oh lirio místico que has abierto en mi alma tu corola!

Tú eres la luz del ideal escondida en el cielo de mi vida.

Porque has desgarrado las sombras de ese cielo, llenándolo con tu claridad, placentera y suave.

Porque has formado con chispas de virtud y de pasión tu vía láctea.

Porque has fundido en tu llama la castidad y el amor.

Porque tu beso luminoso ha hecho florecer mi pensamiento.

Bendita, bendita seas, ¡oh luz ideal que brillas en el cielo de mi vida!

Tú eres el ángel que vela á las puertas de mi corazón.

Porque tu espada no es de fuego, sino de amor.

Porque tus alas, nevadas como la Eucaristía, se tienden sobre él con cariñosa protección.

Porque las has agitado en mi conciencia, haciendo crear en ella algo del plumón sagrado que las forma.

Porque el evangelio que tú enseñas santifica y eleva.

Porque el rosario de tus oraciones está formado con lágrimas que la piedad hace brillar como diamantes.

Bendito, bendito seas, ¡oh ángel custodio de mi corazón!

* * *

¡Lirio! ¡Luz! ¡Angel!
¡Eres puro, eres brillante, eres alado!

Yo quiero tus pétalos para coronar mi espíritu.

Yo quiero tu fuego para transfigurarme.

Yo quiero tus alas para remontar el vuelo.

Y en la región del ideal á que aspiro, ¡oh lirio! ¡oh luz!, ¡oh ángel!, si lo primero, seré el rocío de tu corola; si lo segundo, seré la irradiación de tu llama; si lo último, seré tu corazón.

JERÓNIMO J. REINA.

PÍO X Y SU FAMILIA

Las primeras noticias biográficas del Papa Pío X, publicadas al día siguiente de su elección, hablaban de lo humilde de su origen. Los datos que desde entonces se han recogido acerca de sus parientes, confirman el aserto, pues la familia del Papa es, por excelencia, una familia «plebeya».

Los ascendientes de Giuseppe Sarto fueron campesinos venecianos. Su padre era un insignificante empleado de la administración; era guarda municipal de Riesa, pequeña aldea de la provincia de Trevisa. Su madre, á la cual se asemeja físicamente de una manera notable, era costurera. Tuvo la dicha de ver á su hijo Cardenal, y la emoción que experimentó entonces, apresuró, según se dice, los últimos días de su vida. Murió en 1894 en su pueblo natal, de donde nunca salió.



El matrimonio Parolín —Sarto y su familia.



Margarita Sanson, madre de Pío X.

Las buenas gentes contaban con insignificantes bienes de fortuna: en una de las calles de la ciudad, empedrada con guijarros, tenían una casa de un solo piso, de tejas rojas; en la campiña, algunas tierras. Con esto y con el pequeño sueldo que disfrutaba el padre, contaban para la subsistencia de seis hijos: dos niños y cuatro niñas.

Gracias á la protección del cura de Riesa, el abad Tito Tosarni, el joven Giuseppe Sarto pudo continuar sus estudios en la escuela de Castelfranco, donde sus triunfos le valieron buenas protecciones, tales como la de Monseñor Farina, Obispo de Trevisa, y la del Cardenal Mónico, su compatriota, á quien más tarde había de suceder en la silla patriarcal de Venecia.

El hermano y las hermanas del Papa Pío X, viven aún. Dos de sus hermanas son solteras, las llamó á su lado cuando fué Obispo de Mantua, y más tarde lo siguieron á Venecia. Se dice que dentro de poco irán á Roma para entrar á un convento, á fin de estar cerca de su hermano. Hasta la fecha no han cambiado sus trajes de campesinas por los atavíos modernos de las grandes ciudades. No usan sombreros y llevan la cabeza cubierta con el velo tradicional de las obreras del pueblo veneciano.

Una de las otras hermanas del Papa está casada con el sacristán de la iglesia de Salzano, de donde en épocas pasadas fué cura Giuseppe Sarto; la otra está casada con un hostelero de Riesa, llamado Parolin. Son dueños de un hotel «Las Dos Espadas» y de un «emporio,» mitad abacería y mitad bazar. En sus faenas son ayudados por su hija y sus hijos. Se ve, en una de las fotografías que publicamos, el despacho de la abacería, con sus cacerolas de fondo brillante, numerosos candeleros y lámparas y mesas de pino blanco. Los hijos, en el bazar, atienden á la clientela.



Casa en que nació Pío X, en Riesa (Italia.)



Bazar del cuñado del Papa en Riesa.—Los sobrinos del Pontífice en el despacho.

En cuanto al hermano del Papa, Angel Sarto, fué anteriormente soldado austriaco, y se gloría de haber votado entonces la anexión de Venecia á Italia. Después comerció en recauderías y en abarrotes y actualmente es empleado de correos en Asola, cerca de Mantua.

***

Publicamos, además, en este número un dibujo en que aparece Pío X dando la bendición al pueblo desde la «loggia» de San Pedro, y otro que representa al Pontífice llevado en la silla gestatoria al trono pontifical, el día de su coronación.

Los libros destinados á la enseñanza deben ser atractivos, para lo cual es menester que sus páginas contengan lo más placentero y accesible del saber y de la ciencia.

*

La alegría es el buen tiempo del corazón. Da al alma la armonía, porque es un eterno canto sin palabras.





S.S. PIO X

COPIA DEL PRIMER RETRATO QUE SE HA HECHO DEL PONTÍFICE, DESPUÉS DE SU ELECCIÓN

MARIPOSAS.

Era un ardiente día de Primavera. Por la ventana del «chalet» en que nos hallábamos, veíamos, á la izquierda, el ancho camino bautizado por la primera lluvia; á la derecha, un prado en flor, cortado por arbustos y céspedes tiernos.

Una bandada de mariposas, como un enjambre de abejas gigantes, surgió de entre las flores, dibujó sobre el aire diáfano una red de mallas imperceptibles, se agitó con la rapidez de una lluvia de estrellas, disipóse un tanto y, reuniéndose de nuevo, cayeron como rendidas por la muerte, en el camino, á la orilla de un charco de agua turbia.

Sosegadas, quietas, sobre la tierra roja, parecían pastillas de colores abigarrados bordeando una paleta cetrina.

Absortas, inmóviles sobre el lodo, levantaban al cielo sus alitas, simbólicas de inmortalidad; sus alitas, cubiertas de polvo tenue, irisado de mil matices, como un rayo solar á través de la neblina.

Sobre los pétalos vivientes se bosquejaban signos extraños, líneas y sombras, misteriosos hieroglíficos tornasolados de no sé qué escritura desconocida.

***

Dejé de contemplarlas y recorrí con la mirada el grupo de mis amigos. Callaban por un momento.

Después hablaron y sus voces sonoras hicieron vibrar en el aire un soplo de vida humana. Hablaron los tres, sucesivamente.

Yo me contenté con escuchar.

Todos eran jóvenes y buenos.

Corría por sus venas la savia rica que da al espíritu el júbilo de vivir, de vivir y amar.

Roberto, el fornido y gallardo, habló de esta manera:

«Mi novia es elegante y airosa como una reina. Su blanca frente fué hecha para ceñir diademas ó coronas. Sus labios son buenos para la sonrisa, buenos para el desdén. El oro de los cabellos compite con el oro de las pupilas, que lucen en el verdor del iris como el reflejo de una estrella sobre el mar.

«Sus manos, finas y aristocráticas, parecen dos lirios blancos, cuyos pétalos empiezan á colorearse de rosa.

«Su pie es arqueado como la hoz de la luna, y su talle, flexible y cadencioso como la música de un vals.

«Su majestuosa figura se proyecta sobre orientales tapices y regias alfombras y se multiplica en biselados cristales de Venecia. Vive en un palacio, y cuando sale, hasta las flores recién abiertas palidecen de envidia.

«Me quiere, porque entre todos sus adoradores, yo soy quien la amo menos.»

Andrés repuso:

«Mi novia es modesta como una silvestre clavellina. Su tez es trigueña como el ocaso, su boca es una fruta roja abierta por el pico de un pájaro, sus cabellos son de negro mate como la leña del horno recién quemado, sus ojos son oscuros y brillantes, como negras uvas. Sus manos, pequeñas y toscas como las de una pescadora siciliana. Sus



Pío X bendiciendo al mundo católico desde la "loggia" de San Pedro después de su elección.



LA CORONACION DEL PAPA.—Pío X es conducido en la silla gestatoria al trono pontifical.

formas son voluptuosas como la caricia de un salvaje y se rebelan indóciles contra el dique de su sencillez inocente. Me ama con fiereza. Me ama con fiereza, como una leona; y yo......lo confieso...... yo la amo con fiereza también.»

Y dijo Mario:

«Mi novia es bella como Rodopisa, y hermosa como Citerea. Su tez, fina como los labios de un lirio, palidecen en la sien con un suave tinte de violeta, se polvorea en las mejillas de sonrosado múrice, en la cintura se oscurece como bajo la presión de una sierpe invisible, y en todo el cuerpo divino parece bañada y enjugada con leche y miel.

«Su cabellera es una explosión del alba en el cielo de diciembre. Su cuello es una maravilla del torno. Su seno es una almohada gemela y mórbida hecha para que se recline sobre ella la frente de un dios. Su mirada parece venir de otro mundo y anunciar otras dichas, su mirada sumerge en un lago de amor Ella se esfuma entre las nubes y se destaca en un horizonte siempre lejano. Vive en el palacio de mis sueños. La amo, y no la tendré jamás, porque ella no quiere que deje de amarla, al poseerla......»

***

En el recinto en donde estábamos entró en agitado tumulto, inquieto y alocado, el enjambre de mariposas.

Yo estaba melancólico y pensativo. Sobre la frente de Mario se posó una mariposa de oro, y sobre mi frente vino á descansar, tímida y temblorosa, una mariposa negra.

Agosto, 1903.

FERNANDO DE ZAYAS.



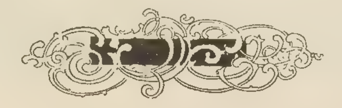
Sr. Gral. D. Rosalino Martínez.

NOTA MILITAR

Por licencia concedida al señor General Don Jesús Alonso Flores, Comandante Militar de la Plaza, se ha hecho cargo de este importante puesto el señor General Don Rosalino Martínez, que hacía algún tiempo se encontraba al frente de la de Veracruz.

El señor General Martínez, cuyo retrato damos á conocer, es uno de los jefes más ameritados del Ejército, cuenta con treinta y cinco años de servicios prestados al país, lo mismo en épocas aciagas que en la era de paz que atravesamos, y posee, entre otras cualidades, la de ser en extremo celoso del cumplimiento de sus deberes.

Interinamente substituye al señor General Martínez, en Veracruz, el Jefe del 17º Batallón, Coronel Joaquín Maass.



NUESTRO PAIS.—Población industrial de Juanacatlán (Jal.) (Fot. Carmichael.)





La Fiesta de los Remedios.

En los Remedios, punto cercano á San Bartolo Naucálpam, se efectuó el día primero la solemne función religiosa que anualmente organiza el cura del Santuario allí establecido, y á la cual concurren numerosísimos fieles de todos los pueblos vecinos.

La presencia del Sr. Arzobispo Alarcón, en los Remedios, hizo que en esta vez las fiestas revistieran una solemnidad extraordinaria, pues tanto la misa como la procesión que recorrió el atrio del templo, resultaron verdaderamente lucidas. Una buena orquesta tocó en la función, mientras en las afueras del Santuario, una banda formada por más de cuarenta indígenas, amenizaba la verbena popular.

El Santuario, que actualmente se encuentra en reparación y que será decorado con buenas pinturas al óleo, estaba materialmente henchido de devotos.

En cuanto á la verbena, pocas veces como ahora se habrá visto tan animada. Los «puestos» de golosinas y las «fondas» al aire libre, se contaban por centenares, y la concurrencia era numerosísima. En el exterior del templo había grupos de «danzantes» que, por lo extraño de su indumentaria, llamaban la atención de todos. Los fuegos artificiales, que son de rigor en estas fiestas, contribuyeron á mantener la animación y el entusiasmo entre la muchedumbre.

*

Entre las fotografías que publicamos, figura la del acueducto de los Remedios, la obra más notable, después del Santuario, que existe en el lugar. La arquería de este acueducto, que se eleva en algunos puntos á más de veinte metros, está dividida en secciones, levantándose en cada una de éstas una elevada torre de piedra, desde la cual los indígenas encargados de la vigilancia de la obra, pueden observar cualquier obstáculo ó desperfecto que entorpezca el curso de las aguas. Desde las torres, hechas á semejanza de la de Babel, se domina perfectamente el panorama de San Bartolo.





La razón y la conciencia no solamente guían nuestros juicios y nuestras acciones, sino que son también los medios más seguros para adquirir y poseer la verdad.





Instantáneas de la fiesta de los Remedios, y vista del acueducto.

Elecciones de Gobernador en Colima

El Sr. Lic. D. Enrique O. de la Madrid.

La Cámara Legislativa de Colima acaba de aprobar la elección de Gobernador Constitucional del mismo Estado, recaída en la persona del señor Lic. Enrique O. de la Madrid, quien deberá funcionar durante el período legal que, conforme á la Constitución particular de aquella entidad federativa, comenzará el día 1º del próximo entrante mes de noviembre y concluirá el 31 de octubre del año de 1907.

El señor Lic. de la Madrid, joven é ilustrado, encarna las aspiraciones más elevadas de los colimenses, quienes esperan que su gobierno sea fecundo en bienes para aquel Estado.

Colimense de nacimiento, el señor Lic. de la Madrid profesa naturalmente acendrado cariño para la tierra que lo vió nacer; y esta cualidad, unida á sus relevantes virtudes cívicas y privadas, de que tantas veces ha dado evidentes pruebas, han hecho que desde el momento en que se iniciaron trabajos electorales en favor de su candidatura, tales trabajos fueran secundados por todos sus conterráneos con el mayor entusiasmo, de tal manera que su elección ha sido unánime.

En su carrera pública, el señor Lic. de la Madrid se ha distinguido honrosa y brillantemente. Desempeñó por varios años el importante puesto de Juez Federal de Distrito, la Magistratura y Presidencia del Supremo Tribunal de Justicia y la Diputación, en aquel Estado, habiendo sido también electo Diputado propietario al Congreso General. Como Abogado, su figura es una de las más notables del foro colimense.

*

Al fallecimiento del distinguido gobernante señor Coronel Don Francisco Santa Cruz, el señor Lic. de la Madrid, miembro á la sazón de la Asamblea Legislativa de Colima, fué nombrado por ésta Gobernador interino; encargo que comenzó á desempeñar desde luego con el mejor acierto y honradez, ajustando siempre sus procedimientos de gobernante á la justicia y á la ley; por cuya razón el pueblo de Colima, satisfecho de su administración, lo aclamó su candidato para el período constitucional de 1903-1907, obteniéndose un resultado de tal manera satisfactorio en las elecciones secundarias, verificadas últimamente, que su candidatura se vió favorecida por la unanimidad absoluta de los votos emitidos por los colegios electorales de los Distritos en que se divide aquel Estado para la práctica de dichas elecciones.

Finalmente, el señor Lic. de la Madrid es muy querido de todos sus gobernados, para quienes es afable y justiciero sin distinción, pudiendo decirse de él que «es el primero en el corazón de sus conciudadanos.»

Es indudable que el Estado de Colima, bajo la administración del señor Lic. de la Madrid, realizará muy grandes progresos.





Tragedia de Ensueño.

[Han dejado abierta la casa y parece abandonada.... El niño duerme fuera, en la paz de la tarde que agoniza, bajo el emparrado de la vid. Sentada en el umbral, una vieja mueve la cuna con el pie, mientras sus dedos arrugados hacen girar el huso de la rueca. Hila la vieja, copo tras copo, el hilo moreno de su campo. Tiene cien años, el cabello plateado, los ojos faltos de vista, la barbeta temblorosa.]

La abuela.—¡Cuántos trabajos nos aguardan en este mundo! Siete hijos tuve, y mis manos tuvieron que coser siete mortajas...... Los hijos me fueron dados para que conociese las penas de criarlos, y luego, uno á uno, me los quitó la muerte cuando podían ser ayuda de mis años. Estos tristes ojos aún no se cansan de llorarlos. ¡Eran siete reyes mozos y gentiles!...... Sus viudas volvieron á casarse, y por detrás de mi puerta vi pasar el cortejo de sus segundas bodas, y por delante de mi puerta vi pasar después los alegres bautizos... ¡Ah! Solamente el corro de mis nietos se deshojó como una rosa de mayo...... ¡Y eran tantos, que mis dedos se cansaban hilando día y noche sus pañales!...... A todos los llevaron por ese camino donde cantan los sapos y el ruiseñor. ¡Cuánto han llorado mis ojos! Quedé ciega viendo pasar sus blancas cajas de ángeles. ¡Cuánto han llorado mis ojos y cuánto tienen todavía que llorar! Hace tres noches que aúllan los perros á mi puerta. Yo esperaba que la muerte me dejase este nieto pequeño, y también llega por él...... ¡Era, entre todos, el que más quería!...... Cuando enterraron á su padre, aún no era nacido; cuando enterraron á su madre, aún no era bautizado... ¡Por eso era, entre todos, el que más quería!... Íbale criando con cientos de trabajos. Tuve una oveja blanca que le servía de nodriza, pero la comieron los lobos en el monte...... ¡Y el nieto mío se marchita como una flor! ¡Y el nieto mío se muere lenta, lentamente, como las pobres estrellas, que no pueden contemplar el amanecer!

(La vieja llora y el niño se despierta. La vieja se inclina sollozando sobre la cuna, y con las manos temblorosas la recorre á tientas, buscando dónde está la cabecera. Al fin se incorpora con el niño en brazos; le oprime contra el seno, árido y muerto, y lloran hilo á hilo sus ojos ciegos: con las lágrimas detenidas en el surco venerable de las arrugas, canta por ver de acallarle. Canta la abuela una antigua tonadilla. Al oírla se detienen en el camino tres doncellas que vuelven del río, cansadas de lavar y tender, de sol á sol, las ricas ambas de hilo de Arabia. Son tres hermanas, azafatas en los palacios del rey: la mayor se llama Andara, la mediana Isabela, la pequeña Aladina.)

La mayor.—¡Pobre abuela, canta para matar su pena!

La mediana.—¡Canta siempre que llora el niño!

La pequeña.—¿Sabéis vosotras por qué llora el niño?...... Aquella oveja blanca que le criaba se extravió en el monte, y por eso llora el niño......

Las dos hermanas.—¿Tú le has visto?... ¿Cuándo fué que le has visto?

La pequeña.—Al amanecer le vi dormido en la cuna. Está más blanco que la espuma del río donde nosotros lavamos. Me parecía que mis manos al tocarle se llevaban algo de su vida, como si fuese un aroma que las santificase.

Las dos hermanas:—Ahora al pasar nos detendremos á besarle.

La pequeña.—¿Y qué diremos cuando nos interrogue la abuela?....... A mí me dió una tela hilada y tejida por sus manos para que la lavase, y al mojarla se la llevó la corriente....

La mediana.—A mí me dió un lenzuelo de la cuna, y al tenderlo al sol, se lo llevó el viento.........

La mayor.—A mí me dió una madeja de lino, y al recogerla del zarzal donde la había puesto á secar, un pájaro negro se la llevó en el pico......

La pequeña.—¡Yo no sé qué la diremos!...

La mediana.—Yo tampoco, hermana mía.

La mayor.—Pasaremos en silencio. Como está ciega, no puede vernos.

La mediana.—Su oído conoce las pisadas.

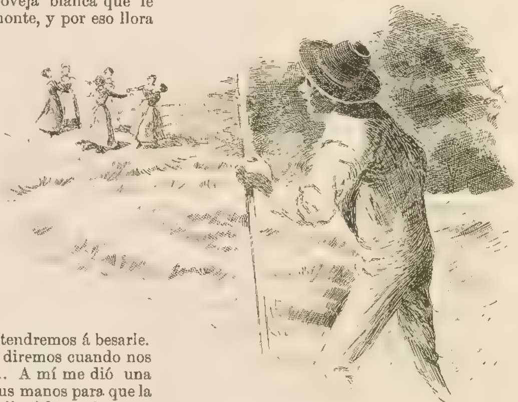
La mayor.—Las apagaremos en la hierba.

La pequeña.—Sus ojos adivinan las sombras.

La mayor.—Hoy están cansados de llorar.

La mediana.—Vamos, pues, todo por la orilla del camino, que es donde la hierba está crecida.

(Las tres hermanas, Andara, Isabela y Aladina, van en silencio andando por la orilla del camino. La vieja levanta un momento los ojos sin vista; después sigue meciendo y cantando al niño. Las tres hermanas, cuando han pasado, vuelven la cabeza. Se alejan y desaparecen, unas tras otra, en la revuelta. Alla, por la falda de la colina, asoma un pastor. Camina despacio, y al andar se apoya en el cayado. Es muy anciano, vestido todo de pieles, con la barba nevada y solemne. Parece uno de aquellos pastores que



adoraban al Niño Jesús en el establo de Belén.)

El pastor.—Ya se pone el sol. ¿Por qué no entras en la casa con tu nieto!

La abuela.—Dentro de la casa anda la muerte...... ¿No la sientes batir las puertas?

El pastor.—Es el viento que viene con la noche.........

La abuela.—¡Ah!...... Tú piensas que es el viento!...... ¡Es la muerte!......

El pastor.—¿La oveja no ha parecido?

La abuela.—La oveja no ha parecido, ni parecerá.........

El pastor.—Mis zagales la buscaron dos días enteros...... Se han cansado ellos y los canes.........

La abuela.—¡Y el lobo ríe en su cubil!......

El pastor.—Yo también me cansé buscándola.

La abuela.—¡Y todos nos cansaremos!...... Solamente el niño seguirá llamándola en su lloro, y seguirá, y seguirá.........

El pastor.—Yo escogeré en mi rebaño una oveja mansa.

La abuela.—No la hallarás. Las ovejas mansas las comen los lobos.

El pastor.—Mi rebaño tiene tres canes vigilantes. Cuando yo vuelva del monte, le ofreceré al niño una oveja con su cordero blanco.

La abuela.—¡Ah! ¡Cuánto temía que la esperanza llegase y se cobijara en mi corazón como un nido viejo abandonado bajo el alar!...

El pastor.—La esperanza es un pájaro que va cantando por todos los corazones.

La abuela.—Soy una pobre desvalida, pero mientras conservasen tiento mis dedos, hilarán paro tu regalo cuanta lana diere la oveja. ¡Pero no vivirá el nieto mío! ...... Hace ya tres días desde que aúllan los perros; cuando le alzo de la cuna, siento batir sus alas de ángel como si quisiese aprender á volar......

(Vuelve á llorar el niño, pero con un vagido cada vez más débil y desconsolado; vuelve su abuela á mecerle con la antigua tonadilla. El pastor se aleja lentamente, pasa por un campo verde, donde están jugando á la rueda.... Canta el corro infantil la misma tonadilla que la abuela; al deshacerse, unas niñas, con la falda llena de flores, se acercan á la vieja, que no las siente, y sigue meciendo á su nieto. Las niñas se miran en silencio y se sonríen. La abuela deja de cantar y acuesta al niño en la cuna.)

Las niñas.—¿Se ha dormido, abuela?

La abuela.—Sí, se ha dormido.

Las niñas.—¡Qué blanco está!.... ¡Pero no duerme, abuela!.........

La abuela.—¿Habéis dicho que no duerme?

Las niñas.—Tiene los ojos abiertos... Parece que mira una cosa que no se ve.........

La abuela.—¡Una cosa que no se ve!... ¡Es la otra vida!...... ..

Las niñas.—Se sonríe y cierra los ojos......

La abuela.—Con ellos cerrados seguirá viendo lo mismo que antes veía. Es una alma blanca la que mira.

Las niñas.—¡Se sonríe!... ¿Por qué se sonríe con los ojos cerrados?

La abuela.—Sonríe á los ángeles.

(Una ráfaga de viento pasa sobre las sueltas cabelleras, sin ondularlas. Es un viento frío que hace llorar los ojos de la abuela. El nieto permanece inmóvil en la cuna. Las niñas se alejan, pálidas y miedosas, lentamente, en silencio, cogidas de la mano.)

La abuela.—¿Dónde estáis?... Decidme, ¿se sonríe aún?

Las niñas.—No, ya no se sonríe.........

La abuela.—¿Dónde estáis?

Las niñas.—Nos vamos ya......

[Se sueltan las manos y huyen. A lo lejos suena una esquila. La abuela se encorva escuchando.... Es la oveja familiar que vuelve para que mame el niño. Llega como el don de un rey mago: con las ubres llenas de bien. Reconoce los lugares y se acerca con dulce balido. Trae el vellón peinado por los tojos y las zarzas del monte. La vieja extiende sobre la cuna las manos para levantar al niño. ¡Pero las pobres manos, las manos arrugadas, temblonas y seniles, hallan que el niño está yerto.)

La abuela.—¡Ya me has dejado, nieto mío! ¡Qué sola me has dejado! ¡Oh! ¿Por qué tu alma de ángel no puso un beso en mi boca y se llevó mi alma cargada de penas?... Eras tú como un ramo de blancas rosas en esta capilla triste de mi vida... Si me tendías los brazos, eran las alas inocentes de los ruiseñores que cantan en el cielo á los Santos Patriarcas; si me besaba tu boca, era una ventana llena de sol que se abría sobre la noche... ¡Eras tú como un cirio de blanca cera en esta capilla obscura de mi alma!....... ¡Vuélveme al nieto mío, muerte negra!....... ¡Vuélveme al nieto mío!......

[La abuela, con los brazos extendidos, entra en la casa desierta, seguida de la oveja.... Bajo el techado resuenan sus gritos.... Y el viento anda á batir las puertas ...]

R. del Valle-Inclan.



DE EDMUNDO DE AMICIS

El tesoro de la viuda.

¡Helo allí! Vuelve mi ángel de la escuela
con sus libros pequeños bajo el brazo;
en el balcón lo espera mi regazo:
ya me ha visto, sonríe, un beso anhela.

Hijo mío, ven presto, corre, vuela,
parece que hace un año no te abrazo;
no lloro unida á ti por este lazo,
mas cuando faltas tú, ¡quién me consuela!

Ven, que te estreche, que te estreche ahora
contra mí, pobre huérfano; es testigo
el cielo del amor que me devora.

Deja seque en tu pelo rubicundo
mis lágrimas, hermano, hijo, amigo,
¡mi única alegría de este mundo!

¡Lloved, besos!

Lloved, sí, dolorosos, caed ardientes,
dulces, solemnes, tristes, delirantes,
en los héroes que están agonizantes,
sobre mártires, sabios y valientes.

Sobre los parvulillos inocentes,
en las manos de viejos vacilantes,
en los labios purísimos de amantes,
y de los moribundos en las frentes.

Caed santos en todas las virtudes,
en el dolor que la palabra vela,
sobre cunas, y al par, sobre ataúdes.

¡Besos, caed! Omnipotente arcana
melodía que enjuga y que consuela
el llanto eterno de la raza humana.

El desafío.

¿Recuerdas cuando al pie de los cipreses,
de una bella mañana á los albores,
nos hicimos de bravos los honores
sacudiéndonos cien y cien reveses?

Nos dieron centinela, muy corteses,
á nuestro alrededor, cuatro señores,
y espiaron de lejos entre flores,
algunos aldeanos milaneses.

Alegre estaba el alba y la campiña;
la lumbre que lucía en nuestros ojos
traicionaba el encono de la riña;

Mas, necios y cobardes, no cesamos
de fingir con la espada mil enojos,
hasta que en sangre, al fin, nos salpicamos.

(Traducción de Manuel S. Pichardo.)





CONFIDENCIAS



EA usted franco. ¿Cree usted sinceramente que su salud es buena? ¿Tiene la profunda convicción de que cumple de una manera regular ó irreprochable con todas las funciones que por su salud, ocupación ó estado, le ha conferido la naturaleza? ¿No ha sentido jamás ninguna molestia que perturbe sus aptitudes? Reflexione seriamente sobre esto, pues en infinidad de ocasiones no dará usted importancia á muchos pequeños síntomas, que pueden ser fecundamente de graves resultados.

Usted sabe que muchas enfermedades, sobre todo las que obran por consunción de una manera lenta, tienen semejantes, sino iguales, los primeros síntomas, de tal modo, que la

Anemia, Tuberculosis, Neurastenia, etc.

son difíciles de diagnosticar en sus principios.

Comunes á estas enfermedades son una variedad de síntomas molestos que seguramente habrá usted sentido alguna vez ó cuando menos en parte.

El imsomnio, la jaquecas frecuentes, los puntos negros que flotan ante la vista, la inapetencia, sensación de pesadez y malestar al levantarse, torpeza en los movimientos, sueño ó pereza inmotivados mal humor, desarreglo en las digestestiones, falta ó pérdida de la memoria, imposibilidad para dedicarse á los asuntos que requieren intervención de la inteligencia, dolores vagos sin causa aparente, debilitamiento ó pérdida de las funciones sexuales, etc.

Todo este cuadro de síntomas, unidos á otros muchos que sería largo enumerar, puede decirse que forman el cuadro clínico de la mayor parte de las enfermedades consuntivas, sumamente extendidas y tanto más graves, cuanto que con su insidioso principio, pasan en la mayoría de los casos inadvertidos y sólo manifiestan sus perniciosos efectos, cuando han hecho progresos formidables que si no imposible es muy difícil detener.

Probablemente usted habrá sentido algunos de estos achaques á los que quizá no habrá dado importancia, pues en algunos casos la Naturaleza triunfa y la huella que dejan es tan lijera que nadie se preocupa por sus resultados.

Convendrá usted, pues esto es indudable, que repetidos estos desequilibrios orgánicos, poco á poco minan su salud, y cuando usted justamente alarmado desea recobrar esa salud, ó no puede conseguirlo, ó si llega á lograrlo, es solamente á costa de grandes y laboriosos sacrificios.

Si al primer achaque, á la primera molestia, usted, como hombre pensador se preocupa de su estado y desea verse libre de funestas consecuencias, recuerde lo que á este respecto dicen los médicos más afamados. Tome sin pérdida de tiempo el

Vino de San Germán

Del Doctor

LATOUR BAUMETZ,

que sin molestia de ningún género, devolverá á su organismo el completo vigor y la plena salud que había perdido.

Teniendo fácil remedio todos los males que forman el principio de las variadas enferdades á que está sujeta la Naturaleza humana, en lamano de usted está el arma que debe servir para combatirlas; cúlpese á sí mismo si no aprovecha la oportunidad de hacerlo.

No siendo el

Vino de San Germán

una prepaación empírica, sino que está ajustada á los más rigurosos principios de la ciencia y que ha sido no solamente aprobada sino prescrita por los más eminentes y conocidos médicos, puede usted tamarla sin temor, recomendarla á sus amigos, darla á su familia con absoluta confianza donde quiera que haya un dolor que aliviar ó una enfermedad que combatir.

DE VENTA EN TODAS LAS DROGUERIAS Y BOTICAS

EL MUNDO ILUSTRADO

Año X—Tomo II—Núm. 11
Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

México, Septiembre 13 de 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem. en la capital $1.25
Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Señor General Don Porfirio Díaz,
Presidente de la República.

FELICITACIÓN

El martes próximo, 15 de septiembre, celebra el país el natalicio del Señor General Don Porfirio Díaz, Presidente de la República.

«El Mundo Ilustrado» anticipa su respetuosa felicitación al ilustre Gobernante, haciendo votos por su prosperidad personal.

EL DANDY

EL hombre rico, ocioso, y que aun desencantado, no tenga otra ocupación sino la de correr en pos de la felicidad; el hombre educado en el lujo y acostumbrado, desde su juventud, á la obediencia de los demás hombres; el que, en fin, no tenga otra ocupación que la elegancia, presentará siempre y en cada momento, una fisonomía distinta y completamente singular. El dandismo es una institución vaga, tan bizarra como el duelo; muy antigua, puesto que César, Catilina, Alcibiades, nos ofrecen modelos extraordinarios en su género; muy general, puesto que Chateaubriand la encontró en las florestas y al borde de los lagos del Nuevo Mundo. El dandismo, que es una institución fuera de las leyes, tiene leyes rigurosas á las que están sometidos todos sus súbditos, cualesquiera que sean el ardor y la independencia de su carácter.

Los novelistas ingleses que, más que otros, han cultivado la novela de «high life,» y los franceses, que han querido en especial escribir novelas de amor, han tenido el cuidado, y con mucho juicio, de dotar á sus personajes de fortunas suficientemente vastas para pagar sin vacilación todas sus fantasías, y los han dispensado de toda profesión. Estos seres no tienen otros empleos sino cultivar la idea de lo bello en su persona, de satisfacer sus pasiones, de sentir y de pensar. Poseen así á su antojo y en amplia medida, el tiempo y el dinero, sin los cuales la fantasía, reducida al estado de un ensueño pasajero, no puede traducirse en acción. Es desgraciadamente cierto que sin el ocio y el dinero, el amor no puede ser sino una orgía plebeya, ó el cumplimiento de un deber conyugal. En lugar de un capricho ardiente y soñador, conviértese en repugnante «utilidad.»

Si hablo del amor á propósito del dandismo, es porque el amor es la ocupación natural de los ociosos. Pero el dandy no apunta al amor como á un fin especial. Si he hablado del dinero, es porque es indispensable á las personas que hacen un culto de sus pasiones; pero el dandy no aspira al dinero como á una cosa esencial: podría bastarle un crédito indefinido; el dandy abandona esta grosera pasión á la gente vulgar.

El dandismo no es, como muchas personas parecen creerlo, un gusto inmoderado por el traje y la elegancia material. Estas cosas no son para el perfecto dandy sino un símbolo de la superioridad aristocrática de su espíritu. Así, á sus ojos, seducido ante todo por la «distinción,» la perfección del vestido consiste en la simplicidad absoluta que es, en efecto, la mejor manera de distinguirse. ¿Qué es entonces esta pasión que, convertida en doctrina, ha hecho adeptos dominadores, esta institución no escrita que ha formado una casta tan altiva? Es, ante todo, la necesidad ardiente de hacerse una originalidad, contenida en los límites exteriores de las conveniencias. Es una especie de culto de sí mismo, que puede sobrevenir á la persecución de la dicha que proporciona otra persona, la mujer, por ejemplo; que puede sobrevivir aun á todo lo que se llaman ilusiones. Un dandy puede ser un hombre desencantado, puede ser un hombre que sufre; pero, en este último caso, sonreirá como el lacedemonio bajo la mordedura del zorro.

Vese que, en cierto modo, el dandismo confina con el espiritualismo y el estoicismo. Pero un dandy no puede ser nunca un hombre vulgar. Si llegare á cometer un crimen, quizás no se sentiría degradado; pero si ese crimen naciere de una causa trivial, el deshonor sería irreparable. Que el lector no se escandalice de esa gravedad en lo frívolo, y que recuerde que hay una grandeza en todas las locuras, una fuerza en todos los excesos. ¡Extraño espiritualismo! Para los que son á la vez sacerdotes y víctimas del dandismo, todas las condiciones complicadas á las cuales se someten, desde el vestir irreprochable á toda hora del día y de la noche, hasta los peligrosos juegos de sport, no son sino una gimnástica propia para fortificar la voluntad y disciplinar el alma. En verdad, no estaría completamente equivocado si considerase el dandismo como una especie de religión. La regla monástica más rigurosa, la orden irresistible del «Viejo de la Montaña» que impone el suicidio á sus discípulos fervientes, no han sido más despóticas ni más obedecidas que esta doctrina de la elegancia y de la originalidad, que ordena también á sus ambiciosos y humildes sectarios, hombres á menudo llenos de ardor, de pasión, de coraje, de energía contenida, la terrible fórmula: «Perindè ac cadáver!»

Que esos hombres se hagan llamar refinados, «incroyables,» «bellos,» «liones» ó dandys, todos provienen del mismo origen; todos participan del mismo carácter de oposición y de rebeldía; todos son representantes de lo que hay de mejor en el orgullo humano, de esta necesidad, muy rara hoy, de combatir y destruir la trivialidad. De ello nace, en los dandys, esta actitud altanera de casta provocadora, aun en su frialdad. El dandismo aparece especialmente en las épocas transitorias en que la democracia no es todavía todopoderosa, en que la aristocracia no está sino parcialmente vacilante y envejecida. En la turbación de esas épocas, algunos hombres desorientados, decepcionados, desocupados, pero ricos de fuerza nativa, pueden concebir el proyecto de fundar una nueva especie de aristocracia, tanto más difícil de romper cuanto que estará basada sobre las facultades más preciosas é indestructibles, sobre los dones celestes que el trabajo y el dinero no pueden conferir. El dandismo es el último resplandor de heroísmo en las decadencias; y el tipo del dandy, encontrado por el viajero en la América del Norte, no destruye de ninguna manera esta idea; pues nada impide suponer que las tribus que llamamos «salvajes» sean los despojos de grandes civilizaciones desaparecidas. El dandismo es un sol poniente: como el astro que declina, es admirable, sin calor y lleno de melancolía. Pero ¡ay! la marea montante de la democracia, que invade y nivela todo, ahoga día por día á estos últimos representantes del orgullo humano, y vierte olas de olvido sobre las huellas de esos prodigiosos ensimismados. Los dandys se hacen cada vez más raros en Francia, en tanto que en Inglaterra el estado social y la constitución (la verdadera constitución, la que se expresa en las costumbres) dejan por largo tiempo todavía un sitio para los herederos de Shéridan, de Brúmmel, de Byron, si es que aún se presenta alguien que fuese digno de substituirlos.

CHARLES BAUDELAIRE.

La insurrección en los Balkanes.

CAUSAS DEL MOVIMIENTO.—BASHIBASUCKS Y ALBANESES.

La causa de los cristianos en las provincias septentrionales de Turquía, gana terreno diariamente, y, á no ser por las difíciles cuestiones de diplomacia que en ella se sintetizan y condensan, fácil fuera que á la hora actual, alguna de las grandes potencias que dirigen el movimiento político en el Viejo Mundo, hubiera ya impuesto su voluntad para dejar, de una buena vez, resueltos los complexos problemas que constituyen lo que, diplomáticamente, se conoce, desde hace años, con el nombre de la «Cuestión de Oriente».

La guerra de Crimea [para no tomar la cuestión desde tiempos inmemoriales] dió fin á la desastrosa campaña cuyo centro de acción fué el sitio que ha servido para bautizarla, la península de Crimea. Se constituyeron, mediante el tratado de Berlín, los pequeños Estados del Norte de Turquía, seccionando los «vilayetos» y apartándolos de la soberanía turca, si bien mediante ciertas restricciones en su independencia.

De entonces data la actual rebelión. Anteriormente, casi desde que los turcos se posesionaron de Constantinopla, las poblaciones cristianas, debeladas, han pretendido sacudir bruscamente el yugo opresor de la bandera de la media luna. Pero nunca como hoy la rebelión ha tomado caracteres de seriedad que la hacen difícil de aplacar y peligrosa para la existencia misma del Imperio otomano.

Boris Saratoff, el «léader» que cuenta con mayores amigos y con prestigio más grande, es el que levanta hoy la bandera de la rebelión, en las montuosas regiones de Macedonia y de Albania. Es un hombre fuerte, formidable odiador de la religión y de la administración turcas; querido por los suyos, temido por los enemigos. Y lleva la bandera de la independencia de su país, ayudado en los combates, en los vivacs, en los campamentos, por una mujer, una nueva Juana de Arco, búlgara, que se cree enviada por la divinidad para independer á su pueblo.

Esta parte de la historia de la insurrección en los Balkanes es muy novelesca y á propósito para influir en la imaginación de aquellos pueblos, perdidos en las montañas, medio civilizados, fácilmente impresionables por tales episodios en la vida de sus jefes.

Contra los rebeldes [que como pasa siempre, conocen admirablemente las montañas nativas y son valientes hasta la temeridad] el Sultán Abdul Hamid lanza sus fuerzas. Los verdaderos soldados turcos están pésimamente organizados, y ha sido preciso que oficiales alemanes vayan á instruirlos, para que siquiera presentaran en algo el aspecto de un batallón ó de un escuadrón. Pero estas tropas, amén de que son escasas, se utilizan más bien en las grandes ciudades, ó para las expediciones de confianza. Quedan para reprimir la rebelión los «bashibasucks», conocidos también por el significativo nombre de «diablos negros».

De las montañas del Turkestán, en la región que menos civilizada se encuentra, es de donde el Ministerio de Guerra de Constantinopla envía á buscar sus tropas auxiliares. Se saca de su terruño á los bashies, sin instrucción de ningún género, sin antecedentes militares, hasta sin saber siquiera el idioma de Turquía. Ellos hablan un bárbaro dialecto, en el que se pueden encontrar restos de cuantos idiomas se han hablado en el Asia Central, desde hace siglos largos.

Estos «diablos negros» no reciben paga ni soldada alguna. Se conforman con los botines que la guerra de montañas les proporciona. La consecuencia lógica de tan curiosa organización es que, cuando los basucks han dejado de pelear algunas semanas, hay que dejarlos que roben más, en la primera población que visitan, porque más se les debe, y hay que pagarles de manera tan original.........

*

En el grabado que publicamos en otro lugar, verán nuestros lectores un campamento de rebeldes en las montañas de Macedonia.

Nuestra primera plana

El retrato del Señor General Don Porfirio Díaz, que publicamos en primera plana, es el último que se ha hecho, y ningún periódico, hasta hoy, lo ha dado á conocer.

La pequeñez del espíritu se hace sentir, sobre todo, en las grandes cosas.

*

La nobleza del hombre procede de la virtud, y no del nacimiento.

Los restos del General Bravo

En honor del héroe.-Solemnes ceremonias

En el último número de «El Mundo Ilustrado» consignamos la noticia de que el domingo seis, por la tarde, serían recibidos en México los restos del magnánimo insurgente Don Nicolás Bravo, que el Gobierno mandó exhumar del templo parroquial de Chilpancingo, donde se encontraban depositados.

Ampliando nuestra información relativa á este asunto, hacemos en seguida una breve reseña del acto de la exhumación y de los honores que, tanto en Chilpancingo como en Iguala y en México, se han tributado al ilustre patriota.

La exhumación, que se verificó el día 30, fué hecha en presencia del señor Gobernador interino de Guerrero, Lic. Silviano Saavedra, del representante especial del Gobierno de la Unión, del Jefe de las armas en aquella plaza, y de un gran número de particulares, así como de empleados del Estado y de las oficinas federales.

Abierta la caja mortuoria, se procedió á recoger los restos para depositarlos en la urna en que debían ser traídos á la capital, encontrándose, con sorpresa de todos los concurrentes, que no obstante el tiempo transcurrido desde la muerte del héroe hasta el día de la exhumación, algunas partes del uniforme se conservaban sin el deterioro que era de suponerse. La urna fué conducida en hombros, por los mismos caballeros encargados del arreglo de la exhumación, á la sala de Cabildos, que estaba convertida en capilla ardiente, y una vez allí, el señor Don Francisco Parra, con el carácter de orador oficial, pronunció un discurso enalteciendo los méritos de Bravo como caudillo de la Independencia.

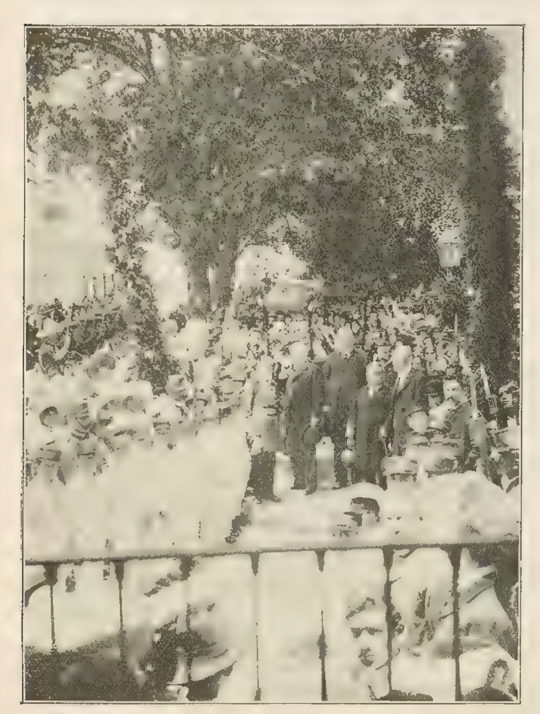
Los funcionarios de la Administración Pública y los empleados hicieron, turnándose cada media hora, guardia de honor á los restos, y por la noche hubo una solemne velada fúnebre en que tomaron parte los alumnos de las escuelas oficiales.

***

El día primero los restos fueron transladados á Iguala, custodiándolos, como comisionados del Gobierno de Guerrero, los señores Diputados á la Legislatura local Francisco J. Meléndez é Isaac Alarcón. En Iguala se efectuó otra fiesta en honor del patriota, notándose en todas las calles inusitada animación. En la mañana del sábado cinco, los señores Doctor Don Constancio Peña Idiáquez, Ingeniero Don Ignacio L. de la Barra y Licenciado Fidencio Hernández, nombrados por la Secretaría de Gobernación para recibir los restos en la ciudad mencionada, se hicieron car-



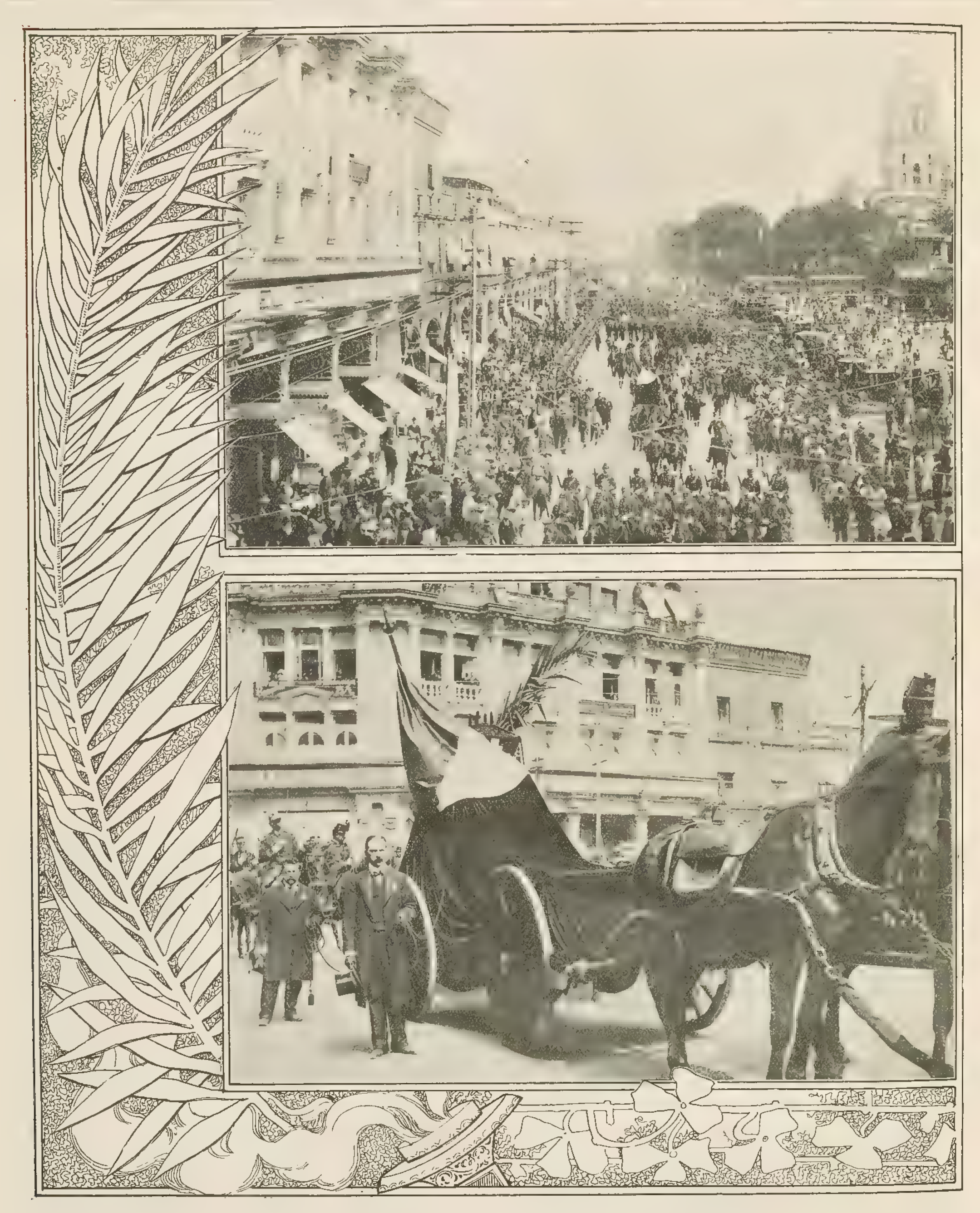
CHILPANCINGO.—La exhumación de los restos.



CHILPANCINGO.—Conducción de los restos al Salón de Cabildos.



CHILPANCINGO—La guardia de honor.



LOS RESTOS DEL GENERAL BRAVO.—Llegada del cortejo al Palacio Municipal.

go de ellos, depositándolos á bordo del tren especial en que llegaron á México. El carro en que se puso la urna estaba convenientemente adornado, y durante el viaje, una escolta del 24º Batallón hizo guardia ante los restos.

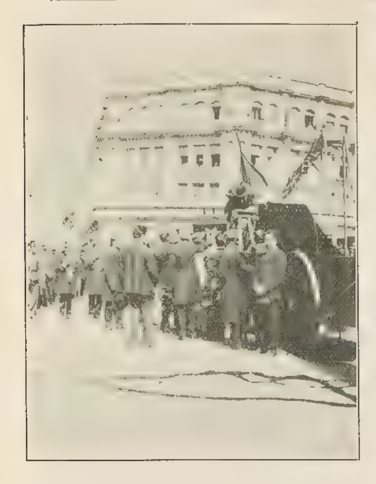
De la estación de Buenavista, donde esperaban la llegada del convoy numerosas personas y agrupaciones, la urna fué conducida el lunes al salón de Cabildos del Ayuntamiento. Sabido es que un accidente ferroviario impidió que el tren especial entrara en la estación el día y hora fijados —el domingo á las 6 de la tarde,—y que, con este motivo, hubo necesidad, á últim ahora, de modificar el programa. Los señores Gobernador del Distrito, Presidente del Ayuntamiento, los Regidores y los delegados de las sociedades mutualistas permanecieron en el andén hasta muy entrada la noche. A las 12 y treinta llegó por fin el tren, y en vista de lo avanzado de la hora, se dispuso que los restos permanecieran en el carro hasta las ocho de la mañana del lunes, en que, como dijimos, fueron transladados al Palacio Municipal.

***

Al recibirse allí los restos, hizo uso de la palabra, á nombre del Cabildo, el Concejal Lic. José R. Azpe, organizándose después la comitiva que debía acompañarlos hasta el Colegio Militar, donde estuvieron depositados en uno de los principales salones, convertido en capilla ardiente. El cortejo, formado por las autoridades superiores del Distrito, el Ayuntamiento, las comisiones de las Cámaras y de las sociedades mutualistas, era muy numeroso.

Al llegar al Colegio, el señor General Sebastián Villarreal, como Jefe de la División que hacía los honores al General Bravo, entregó los restos al señor General Villegas, Jefe del establecimiento, quien contestó á las frases que aquél le dirigiera, con un breve, pero sentido discurso.

Las cenizas del héroe suriano fueron lleva-



Bajando la urna.



Los estandartes de las Sociedades Mutualistas.

das de Buenavista á la Diputación y de allí hasta Chapultepec, en un carro de artillería, sencilla y elegantemente decorado.



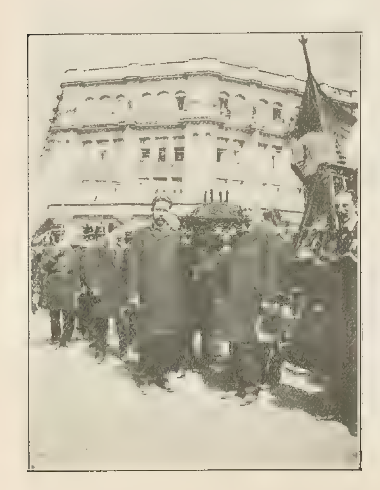
La ceremonia efectuada en el Bosque el 8 por la mañana, con el doble objeto de tributar al General Bravo los homenajes á que se hizo acreedor como caudillo de la Independencia, y de honrar la memoria de los cadetes que murieron en defensa de la Patria el 13 de Septiembre de 1847, superó con mucho en lucimiento á las celebradas en años anteriores. La tribuna monumental, que protegía un amplio toldo y que estaba decorada con multitud de flores, banderas y atributos de guerra, fué insuficiente para contener la extraordinaria concurrencia que asistió al acto.

En la plataforma, frente al lugar en que tomaron asiento el Primer Magistrado de la Nación y los señores Ministros de Guerra, Fomento, Justicia, Gobernación y Comunicaciones, y Subsecretarios de Relaciones y de Hacienda, se levantó un sencillo monumento adornado con palmas y laureles, y sobre la columna que lo componía, medio cubierta por un lienzo de los colores nacionales, se puso la urna que guarda las cenizas del vencedor del Palmar. Una estatua de la Historia, colocada al pie del monumento, realzaba la belleza del conjunto.

El programa consistió en algunas piezas de música que ejecutaron las bandas de Estado



Aspecto del frente del Palacio Municipal al organizarse el desfile rumbo á Chapultepec.



La urna es conducida al Salón de Cabildos.



El desfile por Patoni.

Mayor y Zapadores, unidas; en dos discursos: uno que pronunció el señor Lic. Alfredo Chavero, y otro que estuvo encomendado al señor Coronel Joaquín Beltrán, y en una poesía recitada por el poeta Amado Nervo. A nombre del Colegio Militar, habló el Teniente Manuel Caballero. Los oradores fueron muy aplaudidos.

Además, un grupo de alumnas de la Escuela de Artes y Oficios cantó el Himno á los héroes de Chapultepec, y otro, de alumnos de las escuelas nacionales primarias, el Himno Nacional, que todos los concurrentes escucharon de pie y con la cabeza descubierta. Tanto ante la urna como ante el monumento erigido á los cadetes mártires en el Bosque, se depositaron hermosas coronas, siendo el primero en llevar la suya el señor General Díaz.

El señor Presidente de la República fué ovacionado por la muchedumbre que invadía el Bosque, lo mismo á su llegada que al emprender su regreso á la ciudad.

***

La urna que guarda las cenizas de Bravo, fué depositada el miércoles en la capilla de Catedral donde se conservan los restos de otros héroes de la independencia.

LA HILANDERA

(LA FILEUSE)

OYENDO Á RAFF

Atardece. Los últimos rayos del sol invernal, antes de perderse en las lejanías del horizonte, penetran por la ventana abierta y van á acariciar la cabecita rubia de la hilandera. El campo, tomando ese color verdiazulado de los crepúsculos de diciembre, se ensombrece poco á poco, á medida que el sol va desapareciendo lentamente, como el marino que desde el puente del buque se despide de su novia y no quiere dejar de verla hasta que la obscura franja de tierra se pierde en el horizonte. En la casita de paredes blancas ya no penetran los rayos solares. Las sombras, esas avanzadas de la noche, se van acercando, y en el cielo, todo azul, van apareciendo millares de luceros que titilan como si tuviesen frío, como si hasta ellos llegasen las ráfagas heladas que vienen del Nordeste.

Y, en tanto, la hilandera, la niña de cabellos rubios como las espigas de los trigales, y de ojos azules como el cielo hermoso de su querida Provenza, sigue en medio de la obscuridad que la rodea, sentada junto á su rueca, á la que imprime un movimiento, ora lento, ora precipitado, y continúa hilando, hilando maquinalmente copos de algodón blanco, blanco como la cabellera de la abuelita que se fué para no volver.

¿En qué piensa con la vista fija en la rueda que gira y gira sin cesar, con su ruido monótono y acompasado? Piensa... en lo que puede pensar una muchacha á los dieciocho años: en él, siempre en él, ¡en él, que se fué, dejánla sola, abandonada, cuando aún estaba caliente el viejo sillón de vaqueta y clavos dorados, en el que se sentaba todos los días la abuelita para hacer calceta ó para contarle cuentos de hadas, cuando era pequeñita, y



El Salón de Cabildos de México, convertido en capilla ardiente.



El cortejo en el Colegio Militar.



La capilla ardiente.

aventuras amorosas cuando ya era una mujercita formal.

Ella no quería que él, el bien amado, se fuera; no quería que la dejara sola en aquella casa, nido de sus recuerdos; sin su amor, sin sus caricias, sin sus consuelos, ¡ahora que tanto los necesitaba! Todo esto se lo rogó con los ojos llenos de lágrimas y el pecho preñado de suspiros; quiso formar con sus débiles brazos de niña una cadena de hierro que le sujetara, que le detuviera para siempre, cerca, muy cerca de ella...... Pero todo fué inútil...... el rey necesitaba de sus servicios, y un buen francés nunca, por nada ni por nadie, deja de ofrecer al rey sus brazos y su vida. Y se fué... llorando, él también, corriendo, sin volver la cara, y dejándola como despedida sobre sus labios trémulos un beso de amor, el primero, tal vez el último, y cuyo calor aún le quema y le hace sentir los calosfríos de la pasión.

En todo eso piensa la niña de cabellos rubios y ojos azules; en todo eso piensa, ora con exaltaciones de desesperada, ora con languideces de neurótica, mientras que, triste y llorosa, sentada junto á la rueca, continúa hilando, hilando maquinalmente el copo de algodón blanco, blanco como sus ilusiones, blanco como la cabellera de la abuelita que se fué para no volver más.

MANUEL M. PANES.





EN CHAPULTEPEC. El señor Presidente de la República y sus Secretarios de Estado.

Las fiestas de Covadonga

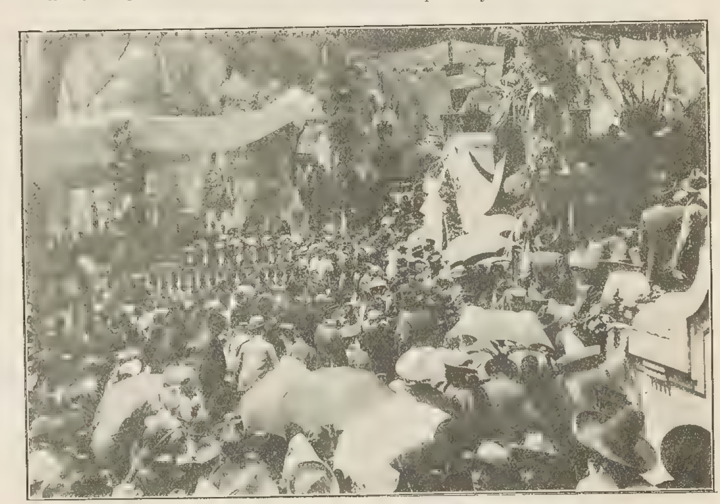
Trajes regionales. -Animada romería.

La colonia española, que tanto se distingue por el extraordinario empeño que despliega en promover todo aquello que redunda en mayor gloria de su Patria, organizó en esta ocasión, con motivo del aniversario de Covadonga, una serie de lucidísimas fiestas que la crónica de la semana ha recogido para consignarlas como una de sus notas más brillantes.

Los afanes de la Junta especial encargada de la organización de las fiestas, fueron coronados por un éxito tan merecido como completo, pues no de otra manera puede calificarse el que obtuvo con el concurso de trajes regionales y la gran romería que se efectuaron en el Tívoli del Elíseo, y el que alcanzó con la función religiosa celebrada el miércoles en Santo Domingo. A decir verdad, pocas, muy pocas son las festividades de esta naturaleza que han tenido entre nosotros igual lucimiento.

* * *

El Tívoli, desde su fachada, adornado con multitud de piezas florales, dominando en ellas los colores amarillo y rojo; guías de follaje prendidas á los muros y á los árboles, y arcos en cuya composición entraban desde la hermosa gardenia hasta el humilde nomeolvides; escudos y banderas distribuídos aquí y allá; y en las callecillas del parque, que sombrean los fresnos, un interminable desfile de gente dispuesta á reír, á cantar, á bailar, á entregarse al regocijo que invadía los corazones, desbordándose á torrentes.



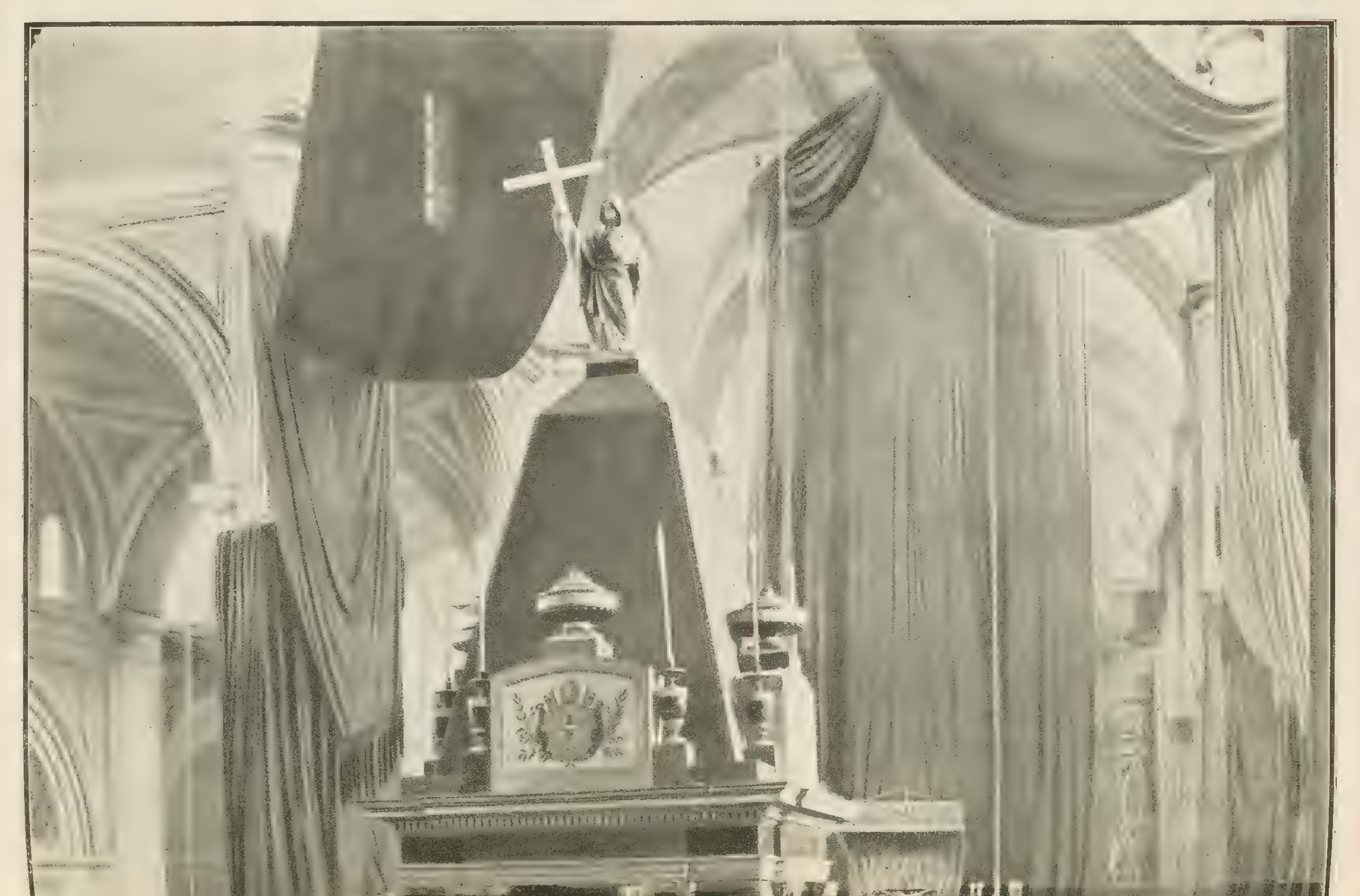
EN CHAPULTEPEC.—La concurrencia.

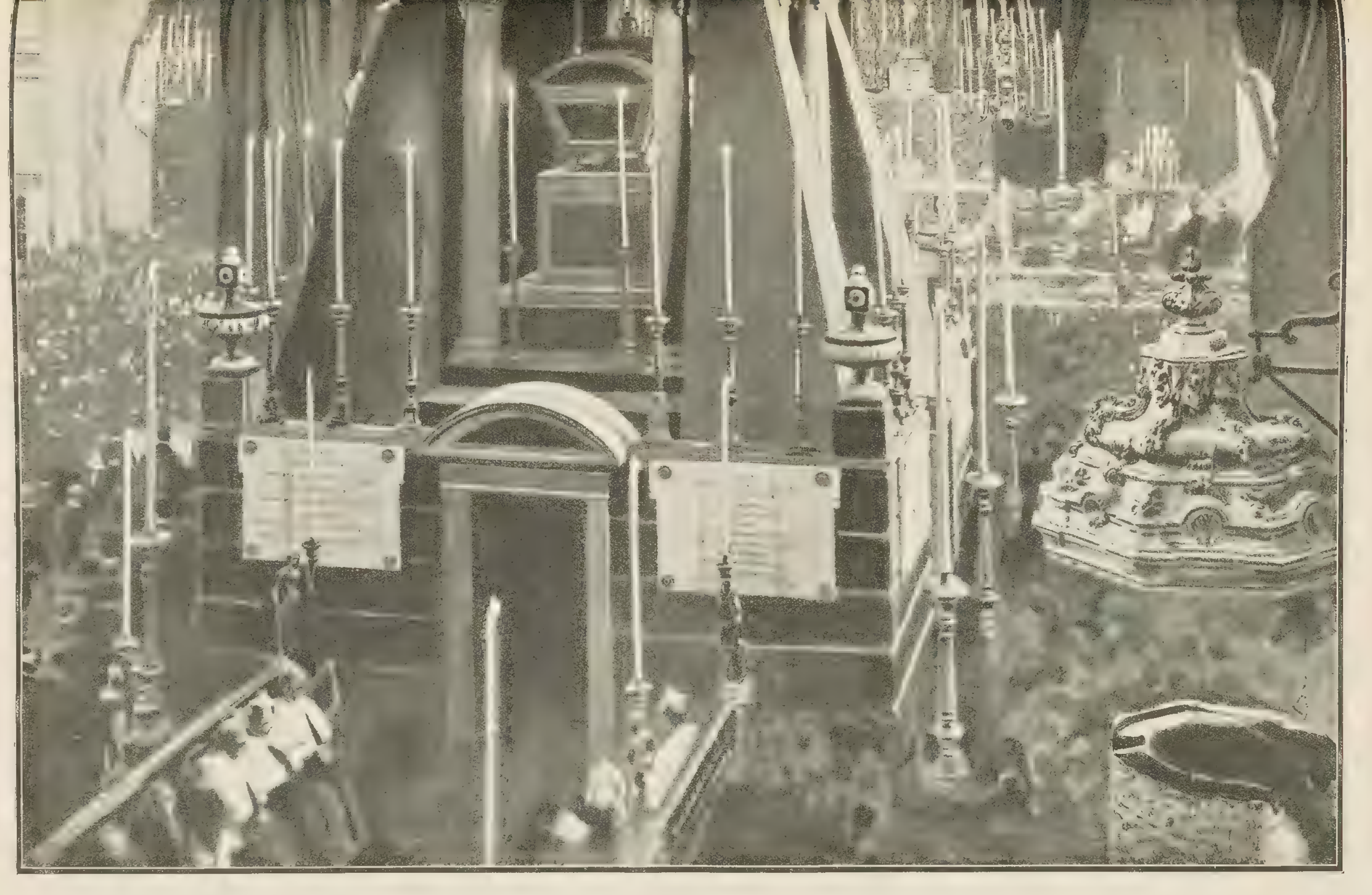
LAS FIESTAS DE COVADONGA.—Aspecto de una calle del Tívoli.

«Manolas,» «asturianas,» «sevillanas,» «catalanes,» «vizcaínos»—un enjambre de chicuelos vestidos á la usanza de las diversas provincias españolas—animaba aquel hermoso cuadro con un toque esencialmente pintoresco. Uno por uno, los niños fueron presentados ante el Jurado Calificador, y éste procedió en seguida á hacer entrega de los premios—consistentes en juguetes y objetos de arte—á aquellos que más se distinguieron por la propiedad y elegancia con que vestían.

La niña Cristina Sánchez Juárez, que se hizo acreedora á una recompensa, la cedió galantemente para que se adjudicara á otra niña que la mereciera, y algunos chicuelos siguieron su ejemplo, haciéndose aplaudir de la concurrencia por aquel rasgo de desprendimiento. Los niños y niñas premiados fueron: Constantino Haza-Peralta, Carmen Romero, Josefina Carrandi, José y Federico Breimberger, Pilar Noriega, Carmen Rodríguez, Miguel Bustamante y Dominica Gómez, Mercedes Pache-

EN MEMORIA DE LEON XIII





Solemnes honras fúnebres en Catedral.— El Catafalco.

Fot. de "El Mundo Ilustrado."

co, Lupe Rodríguez, Diógenes, Sócrates y Cleopatra de Lassé, Valentín y Elena Sánchez, Mariano Viamonte y Antonio Castillo. Entre los demás chicuelos que entraron al concurso, la Junta repartió bonitos juguetes.

***

De los numerosos puestos que había en el Tívoli, ya que no es posible hacer una descripción detallada de todos ellos, puede decirse que, en su mayoría, llamaron la atención del público, y con justicia. Había algunos verdaderamente notables por la originalidad de su forma y por lo suntuoso del adorno, y mucho contribuyeron, no cabe duda, al esplendor de la fiesta.

Las «jotas» y las «seguidillas» se sucedían



Una "asturiana."



Constantino Haza (Primer Premio).

sin interrupción, y por todas partes el entusiasmo rayaba en delirio. A la hora en que se desató la lluvia, el lunes, los concurrentes se refugiaron en los salones dispuestos para el caso, y allí se reanudaron los bailes en medio de la más franca animación.

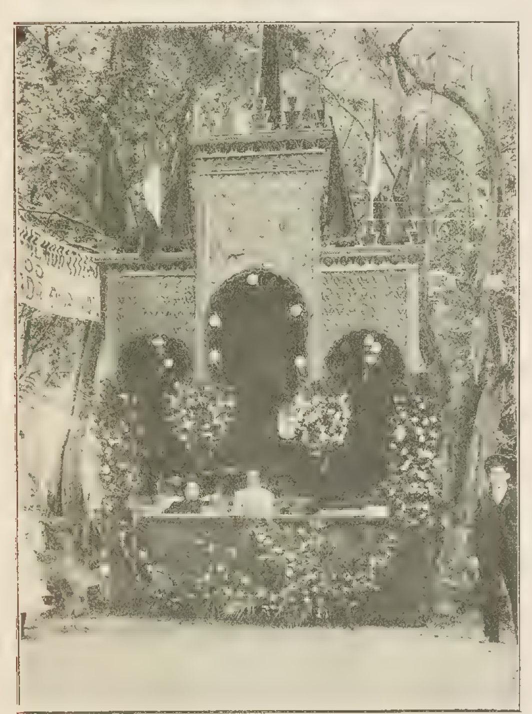
***

El martes por la tarde, el señor Presidente de la República hizo una visita al Tívoli, siendo obsequiado, en uno de los principales salones, con un magnífico lunch. El señor Don José Sánchez Ramos, que, como Presidente de la Junta de Covadonga, puso cuanto estaba de su parte para lograr que las fiestas tuvieran un éxito sin precedente, ofreció el lunch al señor General Díaz, con frases que revelan el cariño que los españoles profesan á nuestra Patria y á su ilustre Presidente. El señor Sánchez Ramos terminó su brindis con un saludo al Cuerpo Diplomático, cuyos miembros se encontraban reunidos en aquel lugar, y con un ¡viva! al señor General Díaz, que secundaron todos aplaudiéndolo.

El señor Presidente contestó, emocionado, á las frases del señor Sánchez Ramos, elogiando las cualidades que distinguen á la Colonia española, y después brindó el señor Embajador de los Estados Unidos, General Clayton, para dar gracias á la Junta organizadora, y celebrar los progresos que han realizado aquí los españoles.



"Catalanes."





La Romería.—Puestos de confetti y cigarros.

El Tívoli, durante todo el martes, se vió concurridísimo.

***

Por lo que ve á la función religiosa, el templo de Santo Domingo, nuevamente decorado, ofrecía un hermoso golpe de vista. Multitud de focos incandescentes distribuídos en los cornisamentos, columnas y entrepaños, y hermosas guirnaldas de flores azules y blancas, que pendían de los arcos y de los capiteles, constituyeron el adorno. En el tabernáculo se colocó una imagen de la Virgen de Covadonga que lucía, entre otras alhajas, una riquísima corona de oro, y á uno y otro lado del presbiterio, se pusieron tiestos con plantas de ornato.

La parte musical de la Misa, que fué muy selecta, estuvo encomendada á la hábil dirección del maestro Jordá. La orquesta se componía de veintiséis ejecutantes.

A la solemne misa concurrieron el señor Ministro de España y su esposa la señora Marquesa de Prat, los miembros del Cuerpo Diplomático, el señor Arzobispo Alarcón y muchas familias y caballeros de la alta sociedad mexicana y de la Colonia ibera.

Por último, diremos que la función efectuada el lunes en el Principal, como uno de los números del programa, resultó muy lucida. En otro lugar publicamos instantáneas de la corrida que se verificó el domingo en la Plaza «México.»

Ruinas del corazón

(Traducción de Domingo Estrada.)

Era mi corazón en otro tiempo
como una bella construcción romana,
formada de granitos y de pórfidos,
de ricos mármoles y de piedras raras......
Mas pronto las pasiones tumultuosas
en él entraron con salvaje saña,
cual una horda de bárbaros, blandiendo
la roja antorcha ó la cortante espada.

Y en ruinas se tornó......! Buhos infaustos
hubo, no más, y víboras extrañas:
y ni un humano ruido...... se agostaron
los lirios y las rosas perfumadas;
se vieron por doquier restos informes
de frisos, de columnas y de estatuas......
y aun las sendas por fin desparecieron
por arbustos maléficos borradas.

Allí quedé yo solo, largo tiempo
ante el desastre, con sonrisa amarga,
días sin sol pasando, y tristes noches
en que ni un astro para mí brillaba......
Mas tú viniste al fin, joven y hermosa,
blanca, inocente, por la luz bañada......
y entonces yo, para formarte un nido,
lleno de fe, de fuerza y de esperanza,
con los escombros del palacio viejo
me puse á levantar nuestra cabaña.

FRANCISCO COPÉE.

JULIETA

Noches azules de Verona...... Errantes
Suspiros de la plácida arboleda,
Temblorosas campánulas de seda
Como besos de labios palpitantes.

Serenata de arpegios tremulantes,
Que de sonoros bandolines rueda.
Chocar de aceros...... Y en la brisa leda
Lamentos quejumbrosos y distantes.

Suelto el cabello, exangüe, pavorosa,
De Montesco la virgen prometida
Como yacente tumular reposa.

Y al moribundo resplandor de un cirio,
En su blanco sarcófago tendida,
Parece un alma errante sobre un lirio.

LEOPOLDO DIAZ.



"Baturros."



La Romería.—Aspecto de la calle central del Tívoli.



Tribuna del Jurado Calificador.—Grupo de vendedoras.

EN CATEDRAL

Las honras fúnebres de León XIII.

Como estaba dispuesto, el día cuatro del actual se efectuaron en la Basílica Metropolitana las solemnes honras fúnebres que en memoria del Papa León XIII organizó la Mitra de México.

Las honras, preparadas con más de un mes de anticipación, harán época entre las más notables ceremonias que se hayan celebrado de muchos años á esta parte, no sólo por lo escogido y numeroso de la concurrencia que asistió á ellas, sino también, y muy especialmente, por la severidad y elegancia con que fué decorado el recinto, y por la brillantez y suntuosidad del servicio religioso.

Grandes paños negros con flecos de seda cubrían el interior de la Basílica, partiendo de la cúpula, en forma de pabellón, cuatro enormes fajas que remataban en los capiteles, dando sombra al hermoso catafalco—obra de Tolsa—levantado bajo la atrevida cúpula. Los altares mayores desaparecieron bajo un grueso cortinaje, colocándose únicamente, en lugar del que ve al coro, un dosel de brocado en cuyo fondo se destacaba una buena escultura de Cristo en la cruz.

Frente al trono que ocupó el señor Arzobispo, se pusieron los sitiales destinados á los señores Obispos de Puebla y de Cuernavaca y á los miembros del Cabildo Eclesiástico que concurrieron á la ceremonia, y á lo largo de la crujía los asientos necesarios para los curas de las distintas parroquias de la capital, para los demás sacerdotes invitados y para los seminaristas.

Cerca de las nueve de la mañana dió principio la «Vigilia,» oficiando de pontifical el señor Alarcón, y concluída ésta, comenzó la Misa de Réquiem, durante la cual fué asistido el prelado por el Doctor Don Manuel Herrera, como Diácono, y por el Doctor Don Francisco Labastida, como Subdiácono. Los asistentes al trono eran el Arcediano Don Vito Cruz y el Canónigo Don Emeterio Valverde.

La parte musical, que tanto llamó la atención del público por lo selecto de las obras escogidas, estuvo encomendada á la dirección del maestro de capilla, señor Camacho, siendo más de cincuenta ejecutantes los que componían la orquesta, y más de veinte los que tuvieron á su cargo los números de canto. Como un detalle curioso, diremos que el señor Camacho dirigió también la parte musical de las honras de Pío IX en 1878, y que cuatro de los profesores de orquesta que ahora prestaron sus servicios, los prestaron igualmente en las solemnísimas exequias de aquel Papa.

La ejecución del «Dómine» de Mercadante en la «Vigilia;» del «Introito» y «Secuentia» de Rossi, en la Misa, y del «responso» de Carcamo, fué, en opinión de los inteligentes, la nota más saliente de las honras.

En cuanto á la oración fúnebre, que pronunció Monseñor Solé, Canónigo de Guadalupe, causó buena impresión entre los fieles, mereciendo de parte de los eclesiásticos una aprobación general.

Las Vísperas, que se verificaron el tres por la tarde, resultaron también muy solemnes. Durante el acto se tocaron selectas obras de música sagrada, pronunciando la oración en latín el señor Doctor Don Antonio Paredes.

***

Acerca del catafalco, proyectado por el insigne arquitecto Don Manuel Tolsa, agregaremos unas cuantas palabras. La obra, que se empleó por primera vez en las exequias de Pío IX, consta de tres cuerpos y está rematada por una estatua de gran tamaño, que representa la Religión.

De estos tres cuerpos, el primero afecta la forma de un plinto almohadillado, de cuatro caras, ó costados. En cada uno de éstos hay una puerta adintelada con jambas y frontones curvos, y á uno y otro lado grandes lápidas, imitando mármol, con inscripciones en latín. Cuatro pebeteros distribuídos en los ángulos del plinto, completan este cuerpo.

El segundo consta de cuatro pirámides cuadrangulares y oblicuas, que afectan, en conjunto, la forma de un tronco de pirámide recta, también cuadrangular. Dos columnas jónicas que se levantan en cada uno de los claros que dejan entre sí las pirámides oblicuas, sostienen el cornisamento. En el fondo, bajo la bóveda que sustenta el último cuerpo, se ve una urna en que se supone están depositados los restos del Pontífice.

El tercer cuerpo, que no es sino el complemento de la pirámide que arranca del plinto, tiene en tres de sus lados un tablero en que se lee una inscripción alusiva al acto, y en el otro las armas pontificales. Descansando sobre la cúspide, se levanta la estatua. Todo el monumento fué pintado de manera que á la simple vista apareciera como construído con materiales tan suntuosos como el granito, el ágata y el mármol.

Las fotografías que hoy publicamos servirán para que todos aquellos de nuestros lectores que no hayan tenido ocasión de concurrir á las honras, se formen una idea del extraordinario lucimiento de la ceremonia.

El fuego y el agua.

I

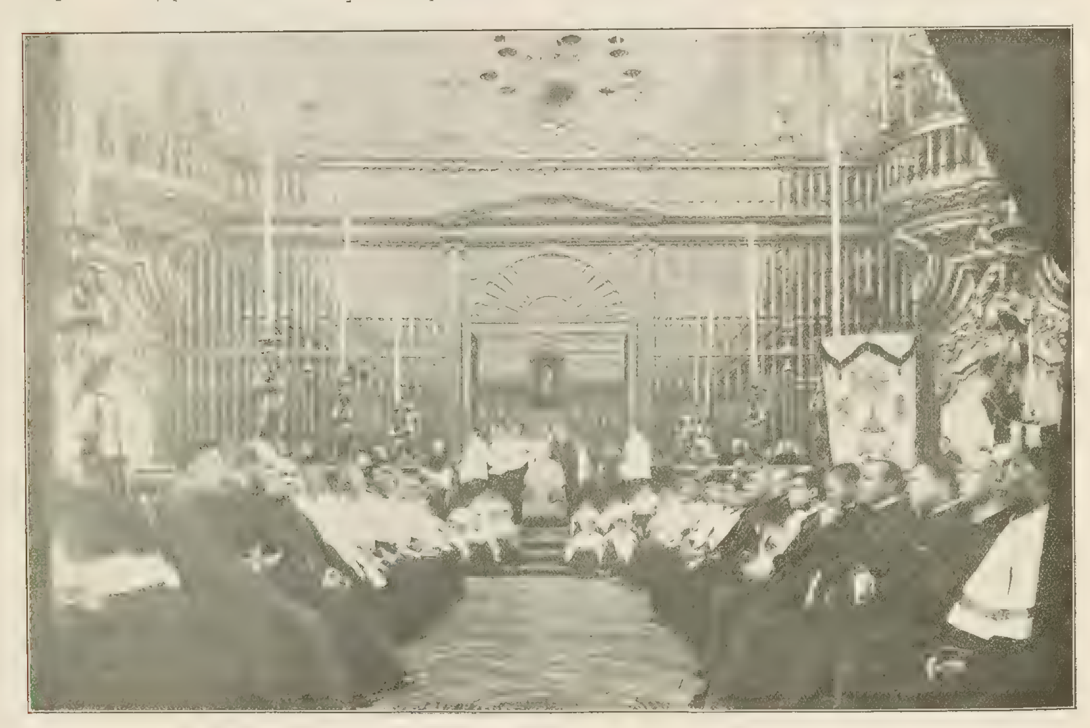
Amo el fuego—«el hermano fuego»,—cuya lengua de oro dice terribles palabras; que brilla en la tierra y en el espacio; en las pupilas de los astros y en los cráneos abiertos en el aire como sangrientas bocas devoradoras......

Amo el fuego, espíritu sutil y profundo que da vida al Universo; que alegra al hogar; que purifica lo que toca; que crea y destruye; que vibra en los objetos y en las cosas y pone su ritmo cálido en la sangre de los héroes, en el cerebro de los pensadores y en el corazón de los poetas.

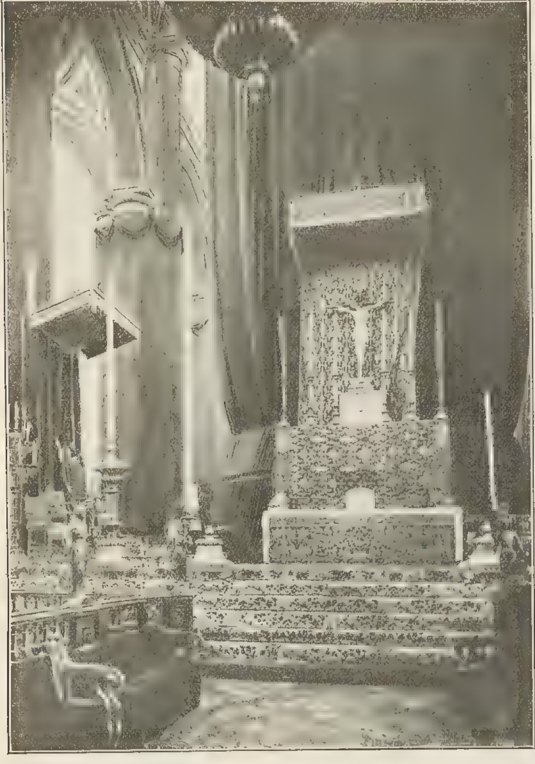
Amo el fuego, dulce en la mirada de las vírgenes y trágico sobre el horror de los incendios, pero siempre poderoso elemento que mueve las energías humanas, creador de los gérmenes y de los fecundos espasmos, alma de las caricias, padre de los besos.

Amo el fuego, tesoro de la juventud, gloria del día, bello y fúlgido en el esplendor de los ocasos escarlatas.

Amo el fuego, vencedor del hierro en el bra-



EN CATEDRAL.—Aspecto de la crugía durante las honras.





EN CATEDRAL.—El altar mayor y la nave central.

sero de las fraguas; resorte de maravillosas industrias; que corre por el mundo cual río de luz, y abrasa con su hálito los seres y las cosas.

Amo el fuego, flor de pudor y de castidad sobre las carnes mórbidas de las doncellas; que enrojece los ásperos rostros de los guerreros é impulsa á los hombres de hierro á la gloria ó á la muerte, y transforma en sagrada ceniza los cadáveres amados.

Amo el fuego, cuya lengua de oro dice terribles palabras.

II

También amo á la «hermana agua», que en las noches lunares dice sus secretos en el surtidor; que tiene el alma cristalina; que es dulce y acerba; que se deshace en ondas melodiosas en los lagos azules, y en los mares irritados se eleva en negras montañas á los altos cielos; que tiene una voz y una canción; que gime y llora y despeina su cabellera de espumas sobre las anchas playas.

Amo el agua, que da vida á los seres y á las rosas y á todo lo que se estremece y palpita sobre la tierra, y que es también engendradora de la muerte.

Amo el agua misteriosa, muerta en los estanques, en el silencio nocturno, á la sombra de los sauces; ó que dice, con su monótona lengua metálica, cosas tristes de melancolía y de pena.

Amo el agua vibrante y alegre al resbalar sobre los guijarros, en pleno mediodía, que se desprende de las cumbres de las rocas, formando luminosas cabelleras de plata; que refulge al sol y se pierde en los verdes boscajes como enorme serpiente, y que se derrama de los cielos obscuros para nutrir y dar vida á la tierra maternal.

Amo el agua, que impulsa las fábricas colosales y ayuda al campesino en la ruda tarea de la siembra; que se incolora en el diáfano vaso, verde en el estanque poblado de lotos y de nenúfares, azul en la lejanía de los horizontes marinos.

Amo el agua, ya baje de las nubes en las noches de tormenta, ó en las claras mañanas tiemblen sus gotas como luminosos diamantes en los cálices de los lirios marmóreos.

Amo á la «hermana agua», eterna vencedora del «hermano fuego»... Ella tiene una amargura divina cuando—al rudo impulso del dolor inmortal—sale por los ojos en una lluvia de lágrimas heladas.

FROILAN TURCIOS.

EL SR. DR. A. BUTRON

Publicamos en este número el retrato del señor Doctor A. Butrón, uno de los médicos más ventajosamente conocidos en nuestro país.

Los servicios que el señor Doctor Butrón ha prestado á la salubridad pública en el tiempo que lleva de ejercer la medicina, son muchos y muy importantes. Para no citar más que los principales, diremos que en 1883, como Mayor Médico Cirujano, combatió con éxito la epidemia de fiebre amarilla que se desarrolló en Mazatlán, y que en Acapulco—puerto donde estableció su residencia después de la extinción de aquella plaga—desempeñó durante once años, con notable eficacia, el cargo de Médico Sanitario. A su trabajo personal y á sus vastos conocimientos en la materia, se debió, cuando el cólera que diezmaba á Hamburgo el año de 1892 constituía una terrible amenaza para nuestras costas, la formación del primer reglamento de Sanidad Marítima que la Secretaría de Gobernación aprobó y puso en vigor en todos los puertos mexicanos, entretanto se expedía el que, con el carácter de definitivo, se preparaba y en el cual cooperó de manera muy directa el Doctor Butrón. La ley sobre derechos sanitarios, hoy vigente, fué también, en parte, fruto de sus detenidos estudios y observaciones.

En 1886, por iniciativa suya y con el auxilio del Gobierno Federal y de los vecinos de Acapulco, construyó el lazareto de la isla de la Roqueta, considerado como el primero en su género en la República, por las magníficas condiciones en que se encuentra para el servicio. El Hospital Juárez, de Acapulco, fué también construído por el Doctor Butrón, conforme á un plan rigurosamente científico y moderno.

***

Cuando, en diciembre de 1902, la Secretaría de Gobernación declaró que la enfermedad reinante en Mazatlán era la peste bubónica, el Doctor Butrón ofreció al señor Presidente de la República ir á prestar, gratuitamente, sus servicios. El señor General Díaz creyó oportuno utilizar esos servicios, siempre que el distinguido facultativo recibiera en cambio los



Sr Dr. A. Butrón.



La insurrección en los Balkanes.—Un "alto" de los rebeldes.

honorarios que le correspondían, y con esta condición recibió del Consejo Superior de Salubridad la orden de partir rumbo al puerto infestado. Allí, como lo dijo muy bien el señor Doctor Licéaga en su informe que sobre la epidemia presentó á la Academia de Medicina el 26 de julio próximo pasado, el Doctor Butrón tuvo oportunidad de demostrar una vez más sus vastos conocimientos y su laudable celo en el desempeño de su misión.

De Oso, donde combatió siempre con muy buenos resultados la terrible plaga, pasó á Villa Unión, lugar invadido también por la peste. El éxito que alcanzó allí, secundado eficazmente por el Doctor Carvajal, fué extraordinario, pues mientras en Mazatlán la mortalidad se elevó al 66 por ciento, en Villa Unión apenas llegó al 9 por ciento. El tratamiento seguido en la curación de los enfermos, fué la aplicación de inyecciones intravenosas de suero de Yersín, á dosis altas, de 40 á 80 centímetros cúbicos al día; tratamiento que, por lo difícil y por el peligro que ofrece de que el médico pueda contraer la enfermedad, sólo fué puesto en práctica en Villa Unión. Otro de los hechos que hablan muy alto en favor de los Doctores Butrón y Carvajal, fué que llegaron á inmunizar á todos los habitantes del lugar y de los ranchos cercanos, con las vacunas Haffkine y Bedrreska. Este hecho ha sido calificado, por el mismo señor Doctor Licéaga, como sin precedente en la historia de las epidemias pestosas.





Por último, el Dr. Butrón estableció en «Pozole», rancho poco distante de Villa Unión, una estación sanitaria modelo, para impedir que la peste se propagara á otros lugares. La estación, ajustada en todo á las prescripciones del Consejo Superior de Salubridad, fué una de las que más se distinguieron por su perfecto servicio.

***

En junio próximo pasado, y por orden del mismo Consejo, pasó el Dr. Butrón á Manzanillo, acompañado del Sr. Dr. Canobbio, para desempeñar una importante comisión, que llevó á feliz término. A su regreso á esta capital, en julio próximo pasado, tuvo el Dr. Butrón la honra de recibir las felicitaciones del Señor Presidente de la República, del Señor Ministro de Gobernación y del Señor Dr. Licéaga, disponiendo el Sr. Secretario de Gobernación que, juntamente con el Sr. Dr. N. del Río, pasara al Puerto de Tampico para emprender una activa campaña contra la epidemia de Fiebre Amarilla que allí se presentó últimamente. Según sabemos, las medidas dictadas hasta ahora, han sido suficientes para que la epidemia vaya desapareciendo rápidamente.

Es indudable que el Dr. Butrón alcanzará en esta vez un éxito tan completo como el que obtuvo en Sinaloa en su campaña contra la peste bubónica.

La opinión que se tiene con respecto á la vida, depende sobre todo del uso que se ha hecho de ella.

EL MERCADO DEL AMOR

Una vez fuí al mercado del amor y quise comprar un corazón que me pareció puro.

—Doy mil besos por él, dije.

En los rojos labios de la dueña se dibujó una sonrisa de desdén.

—¿Es poco? Os doy todo mi cariño.

Igual sonrisa en los labios de la bella.

—¿Poco aún? Pues bien, os ofrezco por él un puñado de diamantes de Golconda.

Vuestro es.

—¡No!...... ¡gracias! Guardadlo para el primer imbécil que pase.

Y me alejé pensando que en el mercado del amor, lo que cuesta más es lo que vale menos.

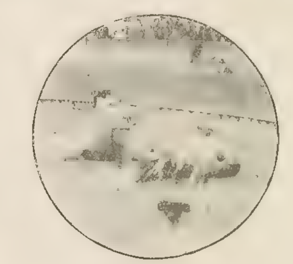
CASIMIRO PRIETO.



Instantáneas de la Romería de Covadonga.



La corrida de Covadonga.—Después de un lance de capa.



Cervera después de estoquear el primer toro.



El "Serrallo" al recibir una vara.

UMBRA

La noche quieta y fría; junto al muro
donde la faz de la tragedia oscila,
el fulgor de un acero que vigila
y la luz de un relámpago inseguro.

Un soplo de montaña; helado y puro,
bajo la reja funeral vacila,
que sólo deja libre á la pupila
el catafalco del espacio obscuro.

Olvido hasta el dogal que me retiene,
y tu recuerdo acariciante viene
la pena á iluminar que me consume.

Que al evocarte, pudorosa y bella,
en mi Getzemaní flota una estrella
y en mi sombra polar tiembla un perfume.

EMILIANO HERNÁNDEZ.

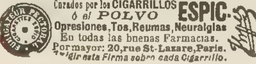
Estómago
INTESTINOS

Estas enfermedades se curan radicalmente con el

ELIXIR ESTOMACAL
SAIZ DE CARLOS

de fama universal y reconocido como el único y verdadero específico que **cura** las enfermedades del **estómago** e **intestinos** por crónicas y rebeldes que sean. **De venta** en Droguerías y Farmacias.

ASMA Y CATARRO



Curados por los CIGARRILLOS ESPIC.
ó el POLVO
Opresiones, Tos, Reumas, Neuralgias
En todas las buenas Farmacias.
Por mayor: 20, rue St-Lazare, París.
Exigir esta Firma sobre cada Cigarrillo.

Sozodonte

POLVO PARA LOS DIENTES

No se desperdicia. No contiene ácidos ni tierra. Caja grande conteniendo un bote con tapa patentada.

De venta en todas las Droguerías y Boticas

Hall & Ruckel, New York.

LOMBRIZ SOLITARIA expulsión segura en DOS horas, sin PURGA, por las cápsulas L. KIRN. Evitad imitaciones. Depósito: Farm. HAUGOU, 54, boulevard. Edgar Quinet, París y en todas las farmacias.

ASMA
OPRESION
CATARRO

CURACIÓN pronta y asegurada con los polvos antiasmaticos y los CIGARROS GAMBIER

COQUELUCHE

Tratamiento racional é infalible por Fumigaciones con los

POLVOS FUMIGATORIOS GAMBIER

PARIS — 208 bis, Fg St-Denis
México: J. LABADIE, Suc.es y C.ía — J. BIHLEIN.

TÓNICO — RECONSTITUYENTE
FEBRÍFUGO

QUINA-LAROCHE

ELIXIR VINOSO — EXTRACTO COMPLETO de las 3 QUINAS

EL MISMO FERRUGINOSO:	SIETE MEDALLAS de ORO	EL MISMO FOSFATADO:
Anemia, Clorosis, Convalecencias, etc.	PARIS — 20, Rue des Fossés-St-Jacques y en las Farmacias.	Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

846

---

6 DIPLOMAS DE HONOR — 8 MEDALLAS DE ORO

NUEVO DESCUBRIMIENTO



JUVENIA
DE
GUESQUIN, Farmacéutico-Químico

PARIS - 112, rue du Cherche-Midi - PARIS.

La **JUVENIA** devuelve al pelo blanco ó á las barbas grises el color natural, desde el CASTAÑO hasta el NEGRO más HERMOSO.

La **JUVENIA** no contiene ninguna sal metálico; es completamente inofensiva.

Depositarios en *MEJICO:* JULIO LABADIE Sucesores y C.ía

Pidan por todas las farmacias y droguerías de la República las célebres y acreditadas

PÍLDORAS AZTECAS

con razón justificada en miles de casos lo mejor para la completa y radical curación de las enfermeda des del HIGADO, siendo la admiración de los enfermos que las usan para su curación.

Depósito principal para toda la República, con descuentos según los pedidos:

DROGUERIA VERACRUZANA
G. MÜLLER Sucesor.

Grandes Importaciones de
Efectos de Droguería.
VICARIO, 21.—Veracruz

Pídase el Catálogo General de la casa, que remitimos franco de porte á quien lo pida.

EXTERIOR DE LA DROGUERIA Y ALMACENES.

Gran Joyería y Relojería
1a. Plateros 12 y 14



ARTICULOS "ART NOVEAU"
AGENCIA DEL RELOJ OMEGA
Pídase Catálogo, Apartado 27L

El Painkiller
(MATA DOLOR)
de PERRY DAVIS'

Para mordeduros y piquetes de reptiles é insectos venenosos.
Es una cura positiva

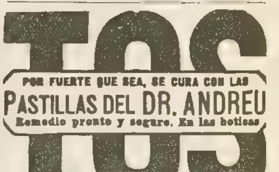


— LAIT ANTEPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et C.ie Bd St-Denis, 18



Mme. A. Lafage

MODAS Y CONFECCIONES. — **Avenida Juárez, 10.**

Tiene el gusto de participar á su numerosa clientela que para poder atenderla con mayor eficacia y esmero, ha adquirido para sus talleres á

una Sta. Modista de París.

Le participa también que por los últimos vapores ha recibido un gran surtido de

Novedades del mejor gusto.

MEDALLA DE ORO, PARIS 1900

Los Polvos de Arroz
de **CH. FAY**
Inventor de la **VELOUTINE**
ULTIMA CREACION:
ROYAL VELOUTINE



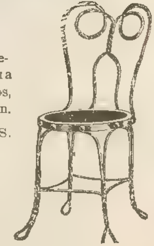
THE CHICAGO WIRE CHAIR CO.
CHICAGO, ILL., U. S. A.



Fabricamos de alambre de acero: Sillas, Mesas, Bancos para piano, Sillas para estenógrafos, etc., son de una gran duración.

PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS.

Son muy fuertes.
No se desarman.
Duran para siempre.
Están hechas de acero templado.
Son ligeras, frescas y atractivas.
Fáciles para limpiarse.
Son muy baratas.



PLACAS FOTOGRAFICAS **JOUGLA**
—545, Rue de Rivoli, 4 PARIS,

Tomen Vino de San Germán.

EL MUNDO ILUSTRADO

Año X—Tomo II—Núm. 12 | México, Septiembre 20 de 1903. | Subscripción mensual foránea $1.50 Idem, idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. | Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



LAS FIESTAS PATRIAS

EL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA PRESENCIANDO EL DESFILE DE LAS TROPAS, DESDE EL BALCON PRINCIPAL DE PALACIO.

DIAS DE REGOCIJO

EL ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA

La semana última ha sido de regocijo y entusiasmo. Por una coincidencia, se celebran al mismo tiempo las glorias de la Independencia Nacional, y el aniversario del natalicio del Señor Presidente, y, además, como una consecuencia forzosa de los acontecimientos, de los méritos del Gobernante y del afecto que el pueblo siente por él, sus fiestas han llegago á ser tan populares como las otras.

En ellas toman parte todos los elementos sociales del país. Si los salones de la Presidencia se llenan de grupos respetables, de representantes de las clases más cultas, de los elementos extranjeros, de los funcionarios; las vías públicas, los sitios de reunión, se llenan de aclamaciones, de vivas, de aplausos frenéticos; cuando aparece el señor General Díaz, en todas partes del país, donde hay un grupo de mexicanos, se dedica una manifestación en honor suyo.

En este año, unas y otras fiestas han superado en esplendor á las de los anteriores, no sólo en la capital sino en muchas otras poblaciones de la República. Es natural. Para el lucimiento de las fiestas, se necesita no solamente que el patriotismo llene de entusiasmo los corazones; que el recuerdo de las glorias patrias haga desbordar el regocijo; que el culto á los héroes reuna á todos los hijos de la misma nación y en torno del altar de la Patria; es preciso también que haya bienestar que haya medios suficientes para dar brillo á estas manifestaciones.

Epocas ha habido, en que el pueblo mexicano, afligido por grandes calamidades, en crueles y tristes circunstancias, no ha tenido cómo dar lustre á las fiestas de la patria. Nuestros veteranos recuerdan bien que, en tiempos aciagos y dolorosos, hubo veces en que los días gloriosos de septiembre, llenos de recuerdos se pasaban en los campamentos, sin fuego con que calentarse, sin lecho bajo que abrigarse...... muchas veces sin reposo y sin pan, después de una lucha encarnizada! En aquellos días, en el campamento no había más señal de fiesta, que la arenga del jefe á sus valerosos subordinados; no había más estruendo que el de los vivas á la patria, muchas veces ni siquiera se podía hacer una salva de fusilería, porque la pólvora era escasa y había que reservarse para rechazar al enemigo que se aproximaba.

Nosotros estamos lejos deaquellos días. Hoy podemos, gracias á los beneficios de la paz, congregarnos donde y como nos place; gracias á la prosperidad creciente, podemos dar brillo á nuestras fiestas y llenar el aire con el estallido de los cohetes, con los ecos de las fanfarrias y con los acordes de nuestros cantos.

Ahora, nosotros, no debemos olvidar por cuantas viscisitudes hemos debido pasar para llegar á este grado de bienestar, y cuando rindamos culto á la patria, recordar no sólo sus glorias, sino también sus desgracias. Así podemos tener las unas siempre vivas, y evitar para siempre las otras.

En la Cumbre del Olimpo.

Noche de primavera, apacible, argéntea, embalsamada con el hálito de los jazmines, humedecida por suave rocío. La luna llena se alza sobre el Olimpo, y la caña cima del monte se ilumina con luz triste, verdosa, pálida.

Hacia el valle de Tempé se dibujan las hondas penumbras de los matorrales de alheñas, ó aligustres, donde tiembla el canto de los ruiseñores, donde palpitan plegarias y quejas, súplicas y suspiros amorosos. Semejante á música lejana de flautas y caramillos, todas las voces de las cosas, todos los murmullos del misterio llenan el silencio nocturno, como una lluvia espesa ocupa el espacio, formando una cortina de lágrimas;...... después van extinguiéndose, trocándose en arroyo de aguas vivas y mansas.

Poco á poco todo ruido se extingue, y el silencio es tan grande, que parece oírse el blando rumor de las nieves que se deshacen en las cumbres al cálido aliento de mayo.

¡Noche de ambrosía! ¡Noche mágica! ¡Noche primaveral!

En aquella noche, los dos apóstoles Pedro y Pablo se sentaron como jueces en la alta meseta, para sentenciar á los dioses viejos del paganismo. Sobre sus cabezas, radiantes nimbos bañaban de luz la nieve de sus cabellos, sus fruncidos entrecejos, sus ojos severos y graves. Más allá, á la sombra de las hayas, la blanca muchedumbre de los dioses abandonados y perdidos, aguardaba con angustia la sentencia definitiva.

Pedro alzó la mano, y á esta seña, el dios que mandaba en las nubes, Zeus y Nefelegeretes, se adelantó primero y marchó hacia los Apóstoles, aún formidable, inmenso todavía, como el coloso que Fidias labró en mármol, pero ya decrépito y achacoso. Siguiendo sus pasos, se arrastraba un águila vieja y alicortada. Azulados, carcomidos de herrumbre, consumido su fuego, los rayos vengadores se escapaban de la diestra de aquel que fué padre de los dioses y de los hombres.

Pero cuando se vió frente á los Apóstoles, su pecho gigantesco se hinchó con la seguridad de su omnipotencia. Y alzando la cabeza con orgullo, fijó en el viejo pescador de Galilea sus divinos ojos llenos de luz, fulgurantes de soberbia, soltando relámpagos de furor.

Y entonces, ante la furia del Señor, servilmente atemorizado el Olimpo, tembló en sus cimientos, las hayas movieron medrosas sus troncos, el canto de los ruiseñores se extinguió, y la luna, por cima de las nieves, perdió su blancor de plata y quedó trrnsparente como la tela que Aracné tejía...... Del corvo pico del águila salió un último y temeroso graznido. El rayo vengador, atizado de súbito, se retorció á los piés de Zeus, alzó su cabeza de llamas, crepitante y silbadora, como una serpiente pronta á lanzar su mortal veneno...... Pedro puso el pie sobre los llameantes zigzags del rayo y los forzó á soterrarse. Luego, dirigiéndose al Señor de las nubes, dijo:

—Maldito y reprobado seas por toda la eternidad.

Incontinenti, el dios empalideció, desmayóse, y murmurando con sus labios negruzcos «¡ananké! ¡ananké!» [¡fatalidad! ¡fatalidad!], hundióse en las entrañas de la tierra.

Al punto surgió entre los Apóstoles otro dios de rizada cabellera: Poseidón, ó Neptuno...... Traía la negra noche en las pupilas y un mellado tridente en la mano.

—Ya no serás tú—le dijo Pedro—quien pueda á su antojo embravecer ó aplacar las olas, ni quien guíe las naos errantes hacia la paz de los puertos. No serás tú, no, sino la «Maris Stella,» la Santísima Estrella del mar.

Y al oír esto el dios, atravesado por un dolor repentino, mugió y se disipó entre neblina vaporosa. En pos de él, la cóncava cítara en la mano, se alzó Apolo, el dios de las flechas de plata, y avanzó hacia los Santos Hombres. Tras él seguían lentamente, como un bando de blancas palomas, las nueve musas. Llenas de temor, paráronse ante sus jueces, agitados los alientos, los corazones vacíos de esperanza. Volvió la vista hacia Pablo, y con voz parecida á la música de los astros, cantó el radiante Apolo:

—No me hagas perecer, Señor, Señor, defiéndeme. Pronto tendrías que volverme á la vida...... Yo soy la flor y la alegría del alma humana. Yo soy la luz y la nostalgia de lo Divino. Mejor que ningún ser vivo, sabes, Señor, que el canto de la tierra no volará al cielo si se quiebran sus alas. ¡Santos Hombres, no hagáis que perezca la Poesía......!

Hubo una pausa. Pedró alzó sus miradas á las estrellas. Pablo cruzó las manos sobre el puño de su espada, apoyó en ellas la frente y permaneció abismado en sus ensueños.

Luego se levantó. Trazó el signo de la cruz sobre la radiante cabeza del dios, y dijo:

—Que viva, pues, la Poesía.

Apolo se sentó, sin dejar la cítara, á los piés del Apóstol. Las luces de la noche brillaron más intensas, los jazmines despidieron más penetrante su perfume, las fuentes lejanas rieron con más alegría.

Juntas, como una nidada de cisnes blancos, con las voces aún temblorosas de miedo, las musas comenzaron á cantar dulcemente palabras cual jamás las oyó el alto Olimpo.

«Santa Madre de Dios, ampáranos con tu manto glorioso......

«No rechaces nuestras súplicas......

«Líbranos de los peligros que nos acechan...

«Virgen gloriosa!......»

Así cantaban, sentadas en el césped, los ojos en el cielo, las nueve musas, como nueve blancas y pías religiosas de un convento.

....

Pasaron después los demás dioses...... Pasó en voleo impetuoso el cortejo de Baco, salvaje, desenfrenado, coronado de pámpanos y de hiedra, empuñando tirsos y cítaras, lanzando gritos de delirio, de desesperación, de locura ..... para hundirse en el abismo sin fondo.

Después surgió ante Pablo y Pedro otra divinidad. Altiva, arrogante, amarga, sin esperar preguntas, sin escuchar la sentencia, habló, con sonrisa despreciativa en los labios:

—Yo soy Palas Atenea: no os pido la vida, porque no soy más que un fantasma. Ulises me escuchó y me adoró hasta llegar á la vejez. Telémaco, hasta el día en que sus mejillas se cubrieron de barbas. Vosotros mismos no sois capaces de arrebatarme mi inmortalidad, porque soy imperecedera...... Pero, en cambio, sabed que nunca he sido más que una sombra vana, que no soy sino sombra, y sombra seré por los siglos de los siglos.

Por fin le llegó el turno á Ella: á Ella, á Venus Afrodita, la diosa del amor, la más bella, la más fervientemente adorada.

Suave, inefable, emocionada, se acercó. Bajo su pecho de nieve su corazón palpitaba rápido, desatinado como el de un ave; sus labios rojos temblaban como los de un niño que teme el castigo. Y cayendo á los pies de los Santos Hombres, tendió hacia ellos sus brazos divinos é imploró humildemente llena de pavor:

—Soy culpable.... soy criminal...... Mas, ¡oh Dios mío! soy la Felicidad humana. ¡Misericordia! ¡Señor, perdonadme! ¡Soy toda la Felicidad humana!...... ¡la única!......

Y su voz se apagó entre sollozos.

Pedro la contempló, y sobre sus cabellos de oro posó la mano venerable. Pablo arrancó del suelo un ramo de azucenas, lo puso en manos de la divina criatura, y dijo:

—Has de ser como este cáliz......; pero vivirás, vivirás, Felicidad humana.

En esto se hizo de día. En lo alto de las cimas rocosas, el alba sonrosada apuntó. Callaron los ruiseñores. Los jilgueros, los pardales, los pinzones y las cogujadas, sacando sus cabecitas perezosas de entre el abrigo de sus alas, sacudieron los plumajes cargados de rocío, y cantaron alegremente:

—Ya está aquí, aquí, aquí la Aurora......

La Tierra se desperezó sonriendo y despertó gozosa, pues le habían quedado la Poesía y el Amor.

ENRIQUE SIENKIEWICZ.

LUMEN

No te sorprendan los matices rojos
  De los negros diamantes de Bahía;
En la noche profunda de tus ojos
  Perpetuamente resplandece el día.

¿Que no hay luz tan hermosa ni tan pura
  Como la luz que en el espacio vaga?
La hoguera que en los trópicos fulgura,
  Tras el nublado de Spitzberg se apaga.

Una mirada tuya, una tan sólo,
  En los piélagos árticos podría,
Fundir la nieve, constelar el polo,
  ¡Y brillar en la tierra todavía!

ANDRÉS MATA.

Las fiestas de la Patria

Inusitada animación en la ciudad.
Brillante desfile militar.

De intento retardamos la aparición del presente número de El Mundo Ilustrado, para ofrecer á nuestros lectores, tan completa como fuera posible, la información gráfica relativa á las brillantes fiestas con que se ha celebrado en México, en esta vez, el aniversario de la Independencia Nacional.

Sea que á ello contribuyera en gran parte el buen tiempo que hemos tenido en estos días, ó que el entusiasmo por conmemorar dignamente aquel glorioso suceso, sea mayor á medida que el tiempo transcurre; es el caso que pocos, muy pocos, han sido los años en que el regocijo popular se manifieste de manera tan clara y en que las fiestas revistan el extraordinario lucimiento que en esta ocasión.

Sin detallar uno por uno los actos efectuados, porque ya «El Imparcial» ha hecho la crónica completa de todos, apuntamos en seguida algunas notas, refiriéndonos al mismo tiempo á las demostraciones de simpatía de que fué objeto el señor Presidente de la República, con motivo de su cumpleaños.

EN PALACIO

El Círculo de Amigos del Señor General Díaz, «La Unión Liberal» y la Colonia Oaxaqueña, fueron, entre todas las corporaciones, las que primero se presentaron en Palacio á ofrecer sus respetos al ilustre gobernante. La recepción de los tres distintos grupos se verificó el día 14 por la tarde, sucesivamente, llevando la voz á nombre del «Círculo» el señor Lic. Don Alfredo Chavero; por «La Unión Liberal», el señor Diputado Don Trinidad García, y por la Colonia Oaxaqueña, el señor Lic. Don Benito Juárez. Los discursos cambiados entre los oradores y el señor General Díaz, fueron muy afectuosos.



La iluminación de Palacio en los días de la Patria.

Al terminar el discurso con que el Primer Magistrado correspondió al que le dirigiera el señor Lic. Juárez, los oaxaqueños desfilaron frente á él para estrechar cariñosamente su mano. Hombres, mujeres y niños pobremente vestidos, que se encontraban entre los manifestantes, desfilaron también ante el Caudillo, y hubo ancianos que para significarle su reconocimiento ó su cariño, lo estrecharan entre sus brazos. El señor General Díaz, hondamente impresionado, correspondía con frases de verdadero afecto á aquellas significativas demostraciones. Los que presenciaron estas escenas, no pudieron menos de conmoverse.

El mismo día, el Primer Magistrado recibió las felicitaciones de una Comisión de Tlaxcala, de un grupo de norteamericanos y del General Snyman, jefe de la colonia bóera que va

La Catedral iluminada.—Fuegos artificiales.



Llegada del Sr. Presidente á las tribunas.



Paso de la Artillería por la Glorieta de Cuauhtemoc.

á establecerse en el país, y el 15 por la mañana, la del Ejército y la del Cuerpo Diplomático. El señor General Don Francisco Z. Mena, Secretario de Guerra y Marina, á quien acompañaban numerosos jefes y oficiales, de gran uniforme, pronunció un breve discurso, que le fué contestado por el señor Presidente con palabras que denotan la alta estima en que tiene á la clase militar.

A nombre del Cuerpo Diplomático, habló el señor Embajador de los Estados Unidos, General Clayton. La respuesta del señor Presidente fué muy cordial.

Durante la mañana, el Primer Magistrado recibió, además, á las comisiones de los Ministerios, del Consejo de Gobierno y de otras corporaciones que estuvieron en Palacio á felicitarlo.

EL GRITO

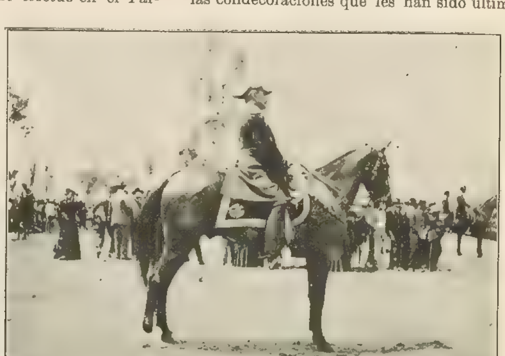
Bellísimo era el aspecto que presentaba por la noche la Plaza de la Constitución. Iluminado con millares de focos eléctricos y con farolillos de cristal, el «Zócalo», como generalmente le llamamos, parecía, visto de lejos, incendiarse. La fachada del Palacio Nacional, la Diputación y la Basílica ostentaban multitud de luces, y pocos eran los edificios particulares que no se veían adornados.

La concurrencia, tan numerosa como nunca, apenas podía moverse en la plaza, y por todas partes se desbordaba el entusiasmo. A la hora del «Grito,» cuando el pueblo se había ya divertido á sus anchas con los fuegos artificiales y con la música de la gran serenata, el regocijo subió de punto: el Sr. Presidente apareció en el balcón central de Palacio, y un grito unánime hendió el aire saludando á los héroes de 1810 y al héroe de la Paz, que hacía vibrar en aquellos momentos la histórica campana de Dolores. La muchedumbre fué poco á poco dispersándose, y la animación, siempre en aumento, se desbordó para invadir hasta los más apartados barrios de la metrópoli, donde se improvisaban bailes al aire libre y se cantaban canciones populares.

EN LA REFORMA.

El 16 por la mañana se efectuó en el Parque «Porfirio Díaz» el acto oficial indicado en el programa. Desde el Zócalo hasta la glorieta de Cuauhtemoc, siguiendo la línea de Plateros y S. Francisco, los edificios mercantiles y las casas de particulares estaban vistosamente adornados con banderas y piezas florales, en su mayoría. El conjunto presentaba un hermosísimo golpe de vista.

En el Parque se levantó una amplia tribuna destinada al Sr. Presidente, á su comitiva y á los invitados, quedando formados, á lo largo de la calzada, los distintos cuerpos militares que debían hacer los honores al Jefe Supremo del Ejército. Antes de que diera principio el acto oficial, el Sr. Presidente, acompañado por el Sr. Ministro de la Guerra, pasó revista á las tropas, dirigiéndose después á las tribunas para hacer entrega de una nueva bandera al primer batallón de infantería.



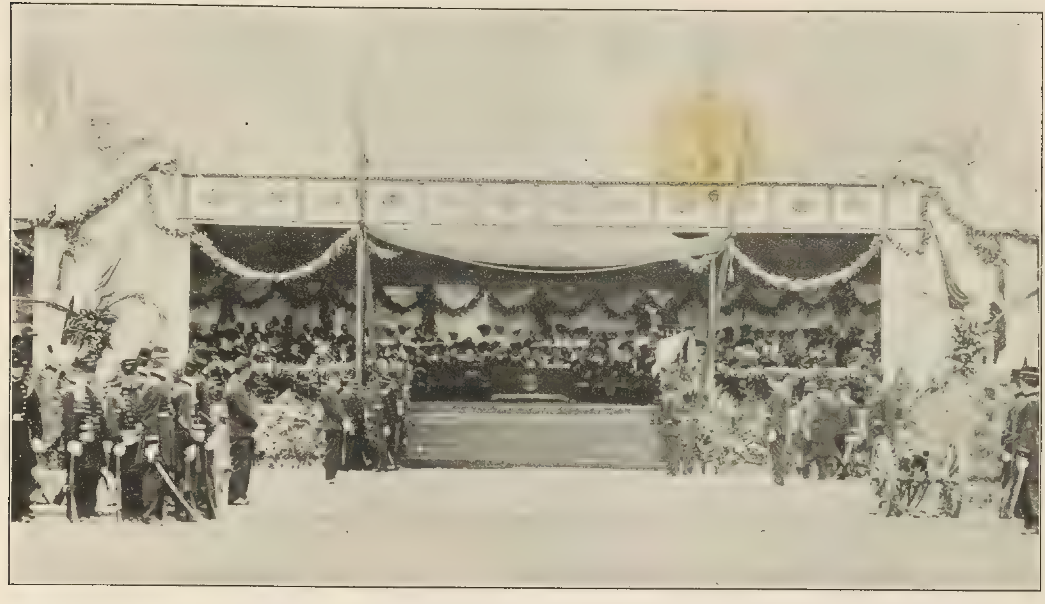
El Sr. General Rosalino Martínez.

Terminada esta ceremonia, que resultó muy imponente, ocupó la tribuna el Sr. Lic. Don Jenaro Raigosa, y con frases que le conquistaron muchos aplausos, analizó desde el punto de vista filosófico el movimiento insurreccional de Dolores, puntualizando sus causas y tendencias. El Sr. Juan de Dios Peza recitó en seguida una poesía, y el Primer Magistrado impuso á un grupo de Jefes y Oficiales las condecoraciones que les han sido últimamente conferidas. Al lado del Sr. General Díaz tomaron asiento, en la tribuna de honor, los Sres. Secretarios de Estado, los miembros del Cuerpo Diplomático, comisiones de las Cámaras y distintos funcionarios de la Administración pública.





Aspecto de la esquina de Plateros y el Empedradillo, momentos antes del desfile.



La tribuna de honor.

En la parte de las tribunas destinada al público vimos á algunas familias pertenecientes á nuestra buena sociedad, y á caballeros y damas distinguidos de las colonias extranjeras.

En las banquetas había numerosos grupos de todas las clases sociales.

EL DESFILE.

A la hora en que terminó la ceremonia, las calles que debía recorrer el cuerpo de Ejército, cuyo mando quedó encomendado al Sr. General Don Rosalino Martínez, Comandante de la Plaza, se encontraban literalmente henchidas de gente. Las aceras se veían llenas de espectadores, y por en medio de las calles discurría una compacta muchedumbre, ansiosa de hallar sitio á propósito para estacionarse. En los balcones y en los zaguanes, las familias esperaban el paso de la gran columna y de la comitiva presidencial. En los momen-

Perspectiva de las tribunas.



El desfile militar frente á Palacio.—La Vanguardia



La infantería.



Los rurales.

tos en que ésta llegó á San Francisco, un aplauso unánime saludó al Sr. Presidente, y de lo alto de los edificios cayó sobre aquel mar de cabezas que se agitaba en la vía, una lluvia de flores, confetti y serpentinas. Los vivas lanzados al egregio gobernante se escuchaban por dondequiera, y en el momento en que el Supremo Magistrado apareció en el balcón central de Palacio, el regocijo del pueblo no tuvo límites. La ovación que se le tributó fué ruidosísima.

Antes de las doce comenzó á desfilar el cuerpo de Ejército. Este estaba formado por una sección de vanguardia, una división de infantería, un regimiento de artillería, una división de caballería, dos baterías ligeras, los trenes del parque de Ingenieros y del servicio de ambulancia, y un escuadrón del 3er. Regimiento, como extrema retaguardia.

El paso del numeroso cuerpo de Ejército por las calles principales de la ciudad llamó, y con justicia, la atención de todos los que lo presenciaron; pues tanto unos como otros, los distintos batallones y regimientos, se hicieron aplaudir por la precisión de su marcha y lo correcto de las conversiones. En una palabra, el desfile ha venido á comprobar los esfuerzos que el Gobierno hace para mantener á la tropa á un alto grado de instrucción y disciplina.

***

En el grabado á dos planas, que publicamos en otro lugar, puede verse el aspecto que ofrecía la esquina de Plateros y el Empedradillo en el momento en que llegaba al Zócalo el coche del señor Presidente. El polvo que se levantó al paso de los carruajes y de la escolta, impide que se distingan con toda claridad los edificios.

Los Niños Mártires de Chapultepec

8 DE SEPTIEMBRE DE 1903

I

Como renuevos cuyos aliños
Un viento helado marchita en flor,
Así cayeron los héroes niños
Ante las balas del invasor!

***

Ahí fué.... Los sabinos la cimera,
con sortijas de plata, remecían;
cantaba nuestra eterna primavera
su himno al sol, era diáfana la esfera,
perfumaba la flor.... y ellos morían!
Ahí fué.... los volcanes en sus viejos
albornoces de nieve se envolvían,
refilando sus moles á lo lejos;
era el Valle una fiesta de reflejos,
de frescura, de luz.... y ellos morían!
Ahí fué: saludaba al mundo el cielo
y al divino saludo respondían
los árboles, la brisa, el arroyuelo,
los nidos con el trino del polluelo,
las rosas con su olor.... y ellos morían!
Morían cuando apenas el enhiesto
botón daba sus pétalos precoces,
privilegiados por la suerte en esto,
que los que aman los dioses mueren presto
y ellos eran amados de los dioses!
Sí, los dioses la linfa bullidora
cegaban de esos puros manantiales,
espejos de las hadas y de Flora,
y juntaban la noche con la aurora
como pasa en los climas boreales!
Los dioses nos robaban el tesoro
de esas almas de niños, que se abrían
á la vida y al bien cantando en coro!
....
Ahí fué! la mañana era de oro,
Septiembre estaba en flor.... y ellos morían!

II

Como renuevos cuyos aliños
Un viento helado marchita en flor,
Así cayeron los héroes niños
Ante las balas del invasor!

***

«No fué su muerte conjunción febea [*]
Ni puesta melancólica de Diana,
Sino eclipse de Vésper, que recrea
los cielos con su luz y parpadea
y cede ante el fulgor de la mañana....
«Morir cuando la tumba nos reclama,
cuando la dicha, suspirando quedo

(*) «Perlas Negras.»



Festival infantil.—Aspecto de la gradería destinada á las niñas.

«adiós!»—murmura—y se extinguió la llama
de la fe, y aunque todo dice: «ama!»
responde el corazón: «si ya no puedo....»
«Cuando sólo escuchamos dondequiera
del tedio el gran monologar eterno
y en vano desparrama Primavera
su florido caudal en la pradera,
porque dentro llevamos el invierno,»
«Bien está.... Mas partir en pleno día,
cuando el sol glorifica la jornada,
cuando todo en el pecho ama y confía
y la Vida, Julieta enamorada,
nos dice: «No te vayas todavía!»
«Y forma la ilusión mundos de encajes,
y los troncos de savia están henchidos,
y las frondas perfuman los boscajes,
y los nidos salpican los frondajes
y las aves arrullan en los nidos.»
Es cruel.... ¿Mas entonces, por qué ahora
muestra galas el bosque y luce aliños?
Por qué canta el clarín con voz sonora?
Por qué nadie está triste, nadie llora
delante del recuerdo de esos niños?
Porque más que la vida, bien pequeño,
porque más que la gloria, que es un sueño,
porque más que el amor, vale de fijo
la divina oblación, y en una losa
este bello epitafio: «Aquí reposa;
dió su sangre á la Patria, era buen hijo!»

III

Como renuevos cuyos aliños
Un viento helado marchita en flor,
Así cayeron los héroes niños
Ante las balas del Invasor!

Descansa juventud, ya sin anhelo,
serena como un dios, bajo las flores
de que es pródigo siempre nuestro suelo;
descansa bajo el palio de tu cielo
y el santo pabellón de tres colores!
Descansa y que liricen tus hazañas
las voces del terral en los palmares
y las voces del céfiro en las cañas,
las voces del pinar en las montañas
y la voz de las ondas en los mares!
Descansa, y que tu ejemplo persevere,
que el amor al derecho siempre avive,
y que en tanto que el pueblo que te quiere
murmura en tu sepulcro: «Así se muere!»
La fama cante en él: «Así se vive!»

IV

Como renuevos cuyos aliños
Un viento helado marchita en flor,
Así cayeron los héroes niños
Ante las balas del Invasor!

Señor, en cuanto á ti, dos veces bravo,
que aquí defiendes el hollado suelo
tras haber defendido el suelo esclavo,
y hoy en el sitio dormirás al cabo
donde el águila azteca posó el vuelo!
Señor, en cuanto á ti, que, noble y fuerte,
llegaste del perdón al heroísmo,
perdonando en tu triunfo á quien la muerte
dió á tu padre infeliz, y de esta suerte
venciéndote dos veces á ti mismo,
Ven, únete á esos niños como hermano
mayor, pues que su gloria fué tu gloria,
y llévalos contigo de la mano
hacia el solio de Jove soberano....
y á las puertas de bronce de la Historia!

Amado Nervo.



Festival infantil.—Los alumnos de las escuelas oficiales.

FESTIVAL INFANTIL

El «Círculo de Amigos del Señor General Díaz» organizó, en celebración del natalicio del Supremo Magistrado, un festival infantil que se verificó el día 15 por la tarde en el Frontón de la calle de Iturbide, y que se vió concurrido por multitud de niños y niñas, alumnos de las escuelas oficiales y de la casa «Amiga de la Obrera.»

Cerca de las cuatro de la tarde y cuando las amplias graderías del frontón se encontraban llenas de chicuelos, dió principio la simpática fiesta con el Himno á Hidalgo, que cantaron en coro 500 alumnos de ambos sexos y que fué muy aplaudido. A esta parte del programa siguieron algunas recitaciones y números de canto, entonándose por todos los niños, para concluir, el Himno Nacional.



El niño Porfirio Díaz y Raigosa.

Entre las damas concurrentes al festival, se encontraban las señoras Carmen Romero Rubio de Díaz, Amada Díaz de de la Torre, Sofía Romero Rubio de Elízaga y Luisa Raigosa de Díaz, con su hijito Porfirio, que portaba un gracioso traje de charro. Además, asistieron las señoras de Chavero, de Saavedra, de García Vélez, y un grupo de señoritas distinguidas. Entre los caballeros se hallaban los señores Ingeniero Miguel F. Martínez, Director de Instrucción Primaria, Lics. Alfredo Chavero y Carlos Saavedra, Doctor Constancio Peña Idiáquez y algunos otros.

Antes de retirarse del frontón, la señora Romero Rubio de Díaz distribuyó entre cien alumnos de la «Amiga de la Obrera» y de las Escuelas Nacionales, juegos de ropa. Los niños fueron obsequiados por la Junta Organizadora con dulces, refrescos y juguetes.





LAS FIESTAS DE LA PATRIA.—Llegada del Señor Presidente de



la Repú blica y de su Comitiva á la Plaza de la Constitución. (Fot. de El Mundo Ilustrado.)



Sr. Lic. Luis García Mézquita, Gobernador de Campeche.

Nuevo Gobernador de Campeche

Publicamos en este número el retrato del señor Lic. Don Luis García Mézquita, Gobernador electo de Campeche, para el período constitucional que se inició el día 16 del actual y terminará en igual fecha de 1907.

Las fiestas que en honor del señor Lic. García prepararon sus amigos, resultaron dignas de la persona á quien estaban dedicadas, pues todos los campechanos tomaron empeño especial en que tuvieran lucimiento.

Sin temor de equivocarnos, podemos afirmar que en pocas ocasiones ha estado la opinión pública tan acorde, como lo estuvo en Campeche, al proponer el «Círculo Liberal Campechano» la candidatura del señor Lic. García.

Hombre de orden, de avanzadas ideas, de limpios antecedentes, con una vida pública ejemplar, habiendo ocupado, tanto en el Estado de Yucatán como en el de Campeche, diversos puestos de importancia y distinguiéndose en todos ellos por su apego á la ley y á la justicia, su candidatura se acogió con gran entusiasmo, y las manifestaciones de simpatía y de adhesión de que fué objeto durante el período electoral, fueron de verdadera importancia.

Durante más de un año ha estado al frente del gobierno, con el carácter de interino, y su benéfica influencia se ha hecho sentir en todos los ramos de la Administración pública, logrando captarse el amor del pueblo que gobierna.

El pesimista pierde en estudiar los males imaginarios, el tiempo que podría emplear en combatir los verdaderos.

No hay una acción, por trivial que parezca, que no arrastre consigo una serie de consecuencias; lo mismo que no hay un cabello, por delgado que sea, que no proyecte su sombra.

RIMA GALANTE.

Tu mano pálida y fina
que á la dulce mandolina
tan finas notas arranca,
por lo temblorosa y leve
parece una flor de nieve
ó una libélula blanca.

Y bajo tus dedos ágiles
sollozan los ritmos frágiles
de una frágil serenata;
mientras la luna en el cielo
hila en su rueca de hielo
un largo hilo de plata.

Y Chopín, Schúbert, Beethoven,
vierten en mi alma de joven
su raro filtro sonoro;
mientras tus dedos traviesos
atan las notas cual besos
en un mágico hilo de oro.

Y una gigante amatista
brilla en tu mano de artista
con una lumbre tan vaga,
que tu mano temblorosa
con esa piedra preciosa
es la mano de una maga.

A. Fernández García.

EL EREMITA

En qué piensa ese pálido eremita,
que el ceño frunce de su frente grave?
¿Es un hondo problema el que medita?

¿Acaso busca la escondida llave
de una fuente cuya agua milagrosa
de nuestras almas la pureza lave?

¿O es acaso una esencia poderosa
que en breve sane el corazón herido,
lo que busca su mente bondadosa?

Algo busca ese espíritu abstraído,
algo que un dedo celestial enseña
y que se halla en el éter suspendido.

¡Fantasmas son que su piedad diseña!
Para alumbrar nuestros cansados pasos,
nunca hallará la claridad que sueña......

Como enseñando los sombríos trazos
de la Pobreza, que su cuerpo azota,
muestra marchitos sus nervudos brazos,

flácido el pecho que el dolor no agota,
ceñido el vientre, la mirada triste
y el pie desnudo en la sandalia rota.

Oh pálido eremita que encendiste
tu alma con fuego de un amor sagrado:
sólo en tu corazón la paz existe;

viviendo solitario y apartado,
con el alma en el cielo suspendida,
del Mal y del Dolor te has libertado;

pues en la árida senda de la vida
donde el clamor de nuestras voces suena,
quedando va de nuestra planta herida
una gota de sangre en cada arena.

Luis Andrés Zuñiga.

Muerte de un Magistrado

El día 14 por la mañana murió en su casa habitación de la 8ª de las Artes, el señor Lic. Don Andrés Horcasitas, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

La muerte del señor Horcasitas, que fué repentina, ha producido en los círculos oficiales una dolorosa impresión; pues aparte de que el finado era uno de los miembros más laboriosos é ilustrados del primer Tribunal de la República, su probidad y su talento le habían conquistado muchas simpatías.



Sr. Magistrado D. Andrés Horcasitas.

Los funerales del distinguido Magistrado se efectuaron el día 15 en el Panteón Francés, concurriendo á ellos los altos funcionarios del Poder Judicial y un gran número de particulares.



PIO X

[DE UNA FOTOGRAFÍA TOMADA EN EL VATICANO EL 14 DE AGOSTO ULTIMO]



Episodio histórico de la Guerra de Independencia

I

AMANTE Y HÉROE

Jalisco, región bendita en que las flores regocijan el ánimo y en que frutas y campos de todos los colores alegran el paisaje; que en las costas deshabitadas del Pacífico, ofreces como puertos de salvación las radas magníficas de Chamela y las Peñas, y como refugio misterioso de druidas, los bosques de Zihuatlán; que ostentas en Magdalena fragantes y níveos tapices de nardos, y en Atotonilco el Alto, deliciosos nidos para amores reales, entre frondas impenetrables de naranjos, cuyo azahar incensaría el ambiente, mientras los arroyos de cristal sonoro cantaran himnos nupciales; que con orgullo exhibes tu lago de Chapala, marecito incomparablemente hermoso, en cuyas riberas deseara yo, como Voltaire junto al lago de Ginebra, que se deslizaran serenos los últimos años de mi vida: si todos éstos no fueran títulos bastantes para quererte, amárate con amor inextinguible, sólo por el azul límpido de tu cielo y por ese otro cielo tuyo, cielo negro de tempestad y de pasión: los ojos de tus mujeres.

Y tú, lago de Chapala, que has adormecido en mi alma, por breves horas, todos los afectos ú odios, y borrado todos los recuerdos; que, hoy, después de muchos años de brega mundana, incesante y acerba, al volver á verte me permites alejar el espíritu de la tierra para elevarlo á Dios, trayendo á mi memoria las olvidadas plegarias del hogar paterno; que á veces murmuras á mi oído los nombres amados, y reflejando una tras otra, en los cambiantes de tus volubles ondas, las constelaciones del espléndido firmamento, parece que arrebatas de mi alma y hundes en tus pliegues de luz y abismo, una á una, todas las ilusiones que forjé en lo pasado y todas las esperanzas que conservo para lo futuro; tú, lago querido mío, que hoy envías á mi ardorosa frente el perfume de tus playas y el beso fresco de tus auras: ¡cuántas veces en otros tiempos tornaste en púrpura de sangre humana, el glauco transparente de tus aguas! Eres el testigo secular é imperecedero de grandiosa epopeya; y si en tu dulce murmullo cantas el epitafio glorificador de tus héroes, el magníficat armonioso de la Paz, cuando desmoronas el acantilado y sumerges las naves con estruendo pavoroso, es que repites, inconsciente, el himno terrible de la guerra, en remembranza de otras épocas, como yo también, á tus orillas, he recitado las oraciones del niño.

* * *

Entre papeles viejos me encuentro una larga carta referente al sitio de la isla de Mexcala y á un drama íntimo relacionado con ese brillante episodio de nuestra Historia Nacional. En seguida extracto este interesante documento:

«....La guerra de Independencia hállase en su prólogo sangriento.

En medio de este conflicto nacional, comenzó á desarrollarse en mi alma otro conflicto, aunque no cruento, quizá más cruel. Mi vida modesta y monótona de labriego, apenas ya interrumpida por las frecuentes irrupciones de los bandos beligerantes, á los cuales había llegado á acostumbrarme, y mi espíritu, abstraído en la consideración de la guerra, viéronse turbados por dulce y profunda sensación que, embeleñándome, alejó de mí cualesquiera otros pensamientos y anhelos.

Estaba yo enamorado, y el objeto de mi cariño era Inés, hija del propietario de la contigua hacienda de Santa María, la «altiva castellana,» según la llamábamos afectuosamente en el pueblo, por su adusto semblante y su gentil continente; mas, en realidad, era altiva: todos los días cruzaba las calles, jinete en brioso alazán, con su escopeta cruzada en la espalda y el fuete en la mano; seguíala únicamente esbelto galgo, y sólo se conocía el timbre de su voz por haberla oído llamar al perro, pues nunca se dió el caso de que nos dirigiera la palabra á alguno de los vecinos. Esta soberbia le había concitado algunos malquerientes; sus presuntas riquezas habíanle creado muchos codiciosos; pero su hermosura provocaba la admiración general.

El padre de Inés había sido asesinado pocos meses antes, en un viaje á Tepic: unos decían que las tropas del gobierno lo sorprendieron al introducir un fuerte contrabando, y que al resistir sucumbió; otros, que los insurrectos lo mataron porque, apresado por éstos, no quiso gritar «Viva México independiente;» y tres ó cuatro lenguas tildadas de venenosas, aseguraban tener motivos para creer que el caballero había sido asesinado en una emboscada que le puso un jefe militar realista con cuya esposa tenía relaciones. Por ciertos hechos y detalles que yo conocía, consideraba exacta la última versión; pero la viuda y la hija del hacendado, aceptaron ó aparentaron aceptar la segunda de esas explicaciones, única de la cual no tenían que sonrojarse; y por consiguiente, se declararon mortales enemigas de cuanto oliese á Independencia.

* * *

Nunca exhaustos los graneros de la hacienda para auxiliar á los soldados del Virrey, cerrábanse en cambio con estrépito las puertas de la casa y erizábanse las azoteas de cañones de armas de fuego en cuanto se anunciaba la aparición de alguna guerrilla insurgente.

A pesar de estas y otra multitud de manifestaciones hostiles á la causa nacional, nadie jamás se hubiera atrevido á atacar la finca, á exigir ó tomar una cabeza de ganado, ó á arrancar una hoja de las milpas, porque esas dos mujeres solas, casi tan hermosas la madre como la joven, infundían respeto sin límites á cuantos las conocían, y verdadera veneración á quienes de ellas recibían el sustento, solícitos. por tanto, para cuidarlas; como que la primera acción de esas damas, al morir Don Alonso, el jefe de la familia, fué condonar las deudas de sus sirvientes y medieros; la segunda, reconstruir la capilla de la hacienda, abandonada hasta entonces por el ocaso; y por último, dar asilo al cura de una población vecina para protegerlo contra las tropas del gobierno, que lo detestaban por haber siempre defendido á los indios y aun haberse declarado partidario de su manumisión. Pero lo que las salvaba era su caridad: si la niña no hablaba con nadie, la bella matrona iba por todas partes prodigando consuelo y socorros; nadie que acudiera á ellas en demanda de algún beneficio quedó desairado, y muchos perseguidos por causas políticas, tuvieron ocasión de admirar la gran influencia de estas damas, á quienes debieron la libertad ó la vida.

En tal estado las cosas, una noche de octubre de 1812 escuché, primeramente con indiferencia, tocar á rebato las campanas, y luego, consternado, el ruido atronador de tres ó cuatro descargas de armas de fuego. Me asomé, como tenía por costumbre, á la ventana y, aterrorizado, vi arder pavorosamente la hacienda de Santa María. No he logrado hasta ahora saber cómo llegué al lugar del incendio, y sólo recuerdo confusamente que al detenerse con violencia y contra todos mis esfuerzos el caballo en que poco antes sentíame arrebatado vertiginosamente, miré tendida en el suelo á Inés, entre un círculo formado por veinte ó treinta indígenas.

—¿Qué ocurre?

—Patrón, llévesela; usted que está montado, prorrumpieron varios hombres á la vez. Ahí vienen los.........

No escuché más; con la estupenda fuerza del amor y del espanto, alcé entre mis brazos el cuerpo inerte, y espoleando sin misericordia á mi cabalgadura, desaparecieron en breve de mi vista la hacienda, convertida en colosal hoguera; los caseríos que la rodeaban, llanuras, zarzales, cerros y montañas.

Detuvo, por fin, esta desenfrenada carrera el grito estentóreo de ¡Quien vive! Paré el caballo y cayó muerto.

Apoderóse de mí hondo sobresalto cuando pude distinguir los seres y objetos que me rodeaban. A mis pies, límpida y caudalosa corriente, y casi tocando las aguas con su ropaje negro, á una mujer inmóvil; ante mí, á un hombre vestido como los rancheros acomodados del rumbo, con un fusil en la mano derecha, y en actitud de agresión; detrás de él, á 200 ó 300 indígenas aglomerados en cuclillas al derredor de varias hogueras, y otros bajo los árboles, agazapados ó dormidos, y cubiertos con su característico sarape rojo ó su original y acostumbrada capa china de hojas de palmera. Alto, moreno, de recia musculatura, fisonomía franca y noble, el individuo que tenía yo enfrente, descansó su arma en tierra y se quedó contemplándome, quizá más asombrado que yo.

—¡Usted, Don Pedro, por aquí!........exclamó.

—¿Y Usted, Encarnación Rosas........? Una penosa idea que asaltó á mi mente, me impidió terminar. Este humilde hijo de un pescador que con tanto denuedo como habilidad había contribuído en gran parte á la derrota del realista Recacho y tenía desde entonces en jaque á las fuerzas del Gobierno; este antiguo y honrado vecino de mi aldea, labrador infatigable á quien solamente pudo lanzar al combate un amor acendrado, más singular y concreto que el de la patria, el del terruño, hacia el cual fué tan grande su cariño, que nunca de él consiguieron alejarlo ni las encarnizadas persecuciones de que era objeto, ni el deseo, tan común en los hombres de guerra, de ensanchar su victoriosa esfera de acción; este noble soldado de la libertad, ¿habría sido acaso el jefe de los asaltantes é incendiarios de Santa María?

Impaciente le pregunté desde luego; pero al mirarlo sorprendido, alejé del alma toda sospecha y referí los sucesos. Indignado, Encarnación, inmediatamente y con voz ronca y sonora, dió á sus hombres la orden de ponerse en pie y alistarse para caminar. ¡Espectáculo sublime!: ni uno de esos pobres soldados que, desprovistos de armas, de uniformes y con frecuencia hasta de alimentos, se habían lanzado á una guerra desventajosa y sin cuartel, ni uno de ellos protestó contra el mandato inhumano de abandonar el reposo ganado á costa de ruda jornada, y cinco minutos después, todos se hallaban formados en fila y apercibidos, no solamente para la marcha, sino aun para la lucha.

Nos dedicamos Encarnación y yo á procurar que Inés volviera en sí, lo cual obtuvimos en breve. Abrió la joven los ojos y nuevamente los cerró, maravillada, sin duda, de la escena que probablemente imaginósele pesadilla ó delirio. Hubo necesidad de apremiarla para que se levantase y volviera á la realidad, lo cual hizo al fin con muestras de intensa pesadumbre. En vista de sus lastimeros sollozos y del terror con que nos examinaba, tratamos de consolarla y calmar su inquietud, haciéndole presente que éramos sus amigos y deseábamos partir cuanto antes para salvar á su madre. Meneó tristemente la cabeza y prorrumpió entre amargo llanto: «Mi madre ya no existe; ¡remos á rescatar su cadáver. Al padre se lo llevaron».

Dispuso Rosas que cuatro de sus hombres transportaran á la dama en una camilla forjada á toda prisa con ramas y yerbas. Al amanecer nos encontramos ante lo que fué la hacienda de Santa María: montón de escombros humeantes, y al frente de ellos, sobre alto lecho de musgo cubierto con paños negros, como tétrica protesta al cielo contra las iniquidades humanas, el cuerpo de la infortunada viuda, con el cráneo hecho pedazos. Inés se arrojó sobre él, besó las manos yertas, y con una de ellas entre la suya izquier-

da, extendió—imponente y majestuosa—la diestra:

—¡Por las cenizas de mi padre y las tuyas, juro vengarte, madre mía! En ese momento un indio que llegó aceleradamente, le entregó un pliego. Era del pobre cura que las acompañaba, y lo había éste escrito minutos antes de ser fusilado á algunas leguas del lugar en que nos encontrábamos.

No tardó Inés en adquirir trágica serenidad y luego comenzó á disponer lo necesario para el entierro, que se efectuó ese mismo día en la tarde.

La pobre niña carecía de un asilo. Trémulo de emoción le ofrecí mi casa, y quizá hasta ese instante se fijó ella en mí.

—¿Fué usted quien me salvó anoche; es cierto?
—Sí, señorita.

—Deberé á usted mi obra de justicia. Sé quién es usted; lo he visto muchas veces observarme furtivamente tras las cortinas de su casa. He llegado á imaginarme que estaba usted ó está enamorado de mí. Pero no importa. Yo no le ofrezco amor, porque hasta hoy no he querido sino á mis padres y desde hoy no quiero más que castigar á sus asesinos. Si usted me ayuda, seré yo su premio, antes del premio mío, que será la muerte.

Incliné la cabeza; tomé á Inés una mano y la llevé á mi albergue. Mandóme llamar al día siguiente, y al verla, dí un paso atrás. Hallábase vestida de ranchero, con una carabina terciada en la espalda y una espada al cinto.

Poco después llegaron Encarnación Rosas y sus hombres. Junto al jefe, uno de sus ayudantes tenía del cabestro con dificultad al magnífico alazán de Inés, quien lo montó con tanta rapidez como gallardía.

....

Desde entonces fué nuestra vida serie inenarrable de luchas contra los realistas, y nunca vi más tremenda saña y más intrépido valor que el de nuestro compañero Juanito, nombre bajo el cual se dió á conocer Inés. Infundíame asombro su fortaleza; pero admiraba, sobre todo, su sangre fría. Unicamente la miré presa de furor desatentado cuando nos retirábamos del pueblo de San Pedro Ixican, al que las tropas virreinales prendieron fuego; pero.... ¡con qué alegría feroz revolvió al combate cuando se nos reunieron las fuerzas de José Santa Anna! Eran mortales, sin remisión, los golpes que ella asestaba. Eran sus frases rudas latigazos que nos enardecían el alma, alaridos de clarín que nos agrupaban para la defensa ó el impetuoso ataque, y gritos de rabia y desesperación que nos enrojecían y empujaban á la matanza. Unicamente nuestro caudillo, con su mirada de águila real—que desde las alturas en que vive, todo lo ve pequeño—y con su voz imperiosa, que nos dominaba, podía contener á ese inquieto recluta, de quien hubieran reído atónitos sus camaradas si lo hubiesen observado llorar amargamente, sobre mi hombro, minutos después.

Porque no sé á impulso de qué reacción tan irresistible como angustiosa, aquella mujer, de ánimo tan varonil en la pelea, caía siempre agobiada de remordimientos y pesadumbre, después de una batalla, de una simple escaramuza. Cuántas veces vi desprenderse de su rostro requemado lágrimas color de rosa: teñídolas había la sangre de los heridos por la propia mano de ella.

Era Juanito el mejor tirador de la guerrilla y el maestro de los abnegados indios que formaban ésta y sólo conocían el manejo del machete, el palo ó la honda. ¡Con este armamento primitivo, cuántas victorias, sin embargo, alcanzamos!....

La derrota del Capitán José M. Iñiguez á la orilla del lago de Chapala; la del Comandante de la Barca, José Antonio Serrato, en San Pedro Ixican, y la del mismo jefe y el Comandante de Poncitlán, Rafael Hernández, nos proporcionaron cantidad suficiente de armas de fuego y municiones para hostilizar en el mismo Poncitlán al cura Alvarez, hasta que obligado á efectuar una salida, hicimos pedazos á sus tropas, y dejando en nuestro poder á muchos prisioneros, cien fusiles y dos cañones, herido gravemente en el cuello, tuvo que emprender la fuga.

Una bala hizo caer también á Inés en esta acción, y para indecible tormento mío, hube de ser yo quien tuviera que aplicarle los vendajes en pleno pecho. Al desabrochar, trémulo ó inquieto, su corpiño, habríase dicho que ella era el hombre fuerte y yo la débil mujer, agonizante: así la imaginé en los primeros momentos, y al abrir la ancha herida para reconocerla, dilaté la mía incurable del alma. La joven, con amarga sonrisa, me estrechó la mano, murmurando «no es nada,» y yo me sentía morir de pena y de deseo á la vez, al ver y tocar su blanco y turgente seno.

—¿Temes que no llegue á realizar mi promesa? —me dijo con voz apagada y triste.—Seré tuya en este momento.

Rechacé avergonzado la oferta, y si hasta entonces había procurado huir de cualquiera manifestación de amor, desde aquel punto me esforcé en tratar á mi compañera aparentando la mayor indiferencia, ó por lo menos un cariño simplemente fraternal.

Pocos días después nos reunimos con nuestra guerrilla, cuyos jefes ornaban ya su frente con laureles de nuevo triunfo logrado sobre las tropas del Teniente Coronel Angel de Linares, á quien habían mandado de Guadalajara para combatirnos.

Con secreta complacencia advertí que Inés había cobrado mayor gracia y belleza; la blanca y pálida tez de su rostro habíase tornado en morena y sonrosada, y desapareció la altanería de su mirada, que únicamente relampagueaba en los supremos instantes de la lucha ó cuando alguien relataba ante ella el incendio de algún caserío ó una hacienda—costumbre creada en aquellos rumbos por el cura Alvarez, quien solía asimismo quemar á sus prisioneros, por lo cual se le titulaba «El Chicharronero», y la cual bárbara costumbre imitaron desgraciadamente otros jefes realistas.—Las formas de mi amada ofrecían también contornos más vigorosos, y su armoniosa voz, sólo ronca en la batalla, había adquirido cierta dulcísima limpidez sonora y grave; voz desbordante de dolor, pero llena de entereza. Mi adoración crecía.

JULIO POULAT.

(Concluirá.)

EN EL BAÑO.

Un horno hirviente en el extenso llano;
un ascua gigantesca en el camino;
y parece vivir el campesino
junto á la roja fragua de Vulcano.

Hierve el agua en el férvido oceano;
hierve el polvo que huella el beduíno;
la esbelta palma y el agresto pino
buscan los besos de la brisa, en vano.

Debajo de los árboles, la siesta
duerme el ganado, cuya piel trasuda;
el sol canicular abrasa y tuesta;

la virgen en su alcoba se desnuda,
y recordando una figura apuesta,
se unde en el baño, pensativa y muda.

B. BYRNE.

EL RASERO

En el muro conventual
trazaron con un carbón
el perfil de un corazón
de tamaño natural.

Y al transitar por allí,
la ensimismada Isabel
dijo, fijándose en él:
—¡No hay corazones así!

Supe aquello y me extrañó,
porque estaba demostrado
que era mayor que el pintado
el que le ofrecía yo.

Mas, repasando en la mente
fechas, sucesos y nombres
del sinnúmero de hombres
que la amaron locamente,

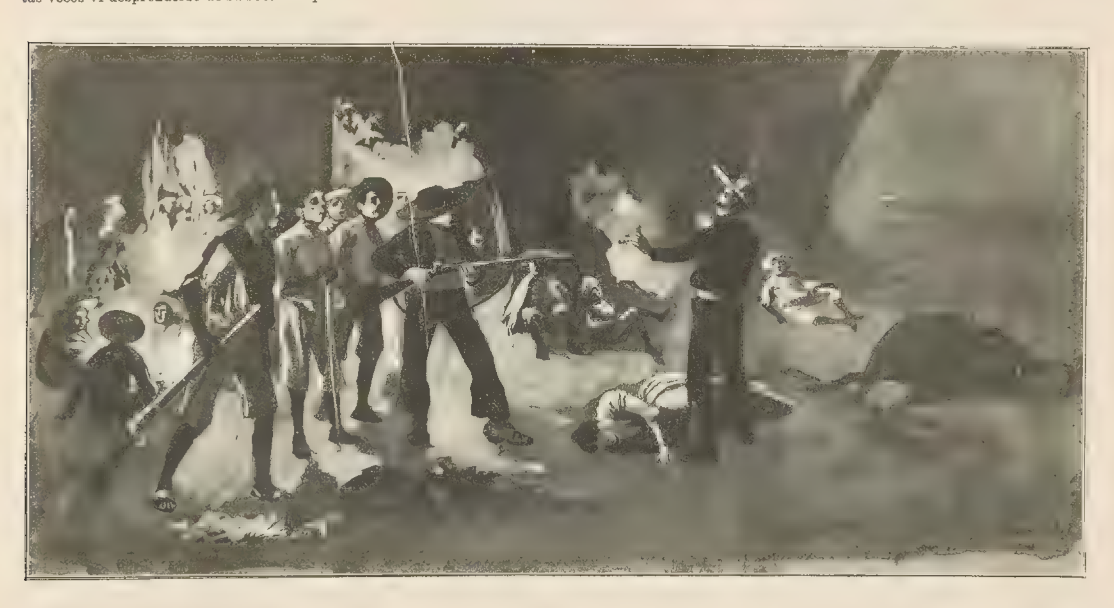
vi que la pobre Isabel,
injusta cuando sufría,
los corazones medía
con un corazón infiel.

FRANCISCO DIAZ SILVEIRA.

1903.

*

Hay cosas que frecuentemente nos desagradan porque son excelentes: humillan demasiado nuestra mediocridad.



LAS GRANDES ESTAFAS

A propósito de los Humbert.—Bribones de hoy y de antaño.

La causa de los Humbert ha terminado, por hoy, cuando menos, de llamar la atención pública, no solamente de Francia, sino de toda Europa y de todo el mundo, podría decirse sin hipérbole. La «Gran Teresa,» después de defenderse hábilmente en los «Asisses,» después de increpar duramente á sus acusadores y de tratar de embrollar al juez que presidía los debates, ha sido llevada, enferma, quebrantada, vencida, física y moralmente agotada, á los establecimientos de corrección penitenciaria, en los que tendrá que pasar cinco años, siempre que en segunda instancia no se modifique la pena que á ella y á su marido—el infeliz Federico,—les impuso la justicia popular.

Teresa Humbert despidiéndose de su esposo, antes de ser conducida á la prisión.

A la vez que en Francia termina de este modo la epopeya canallesca de los Humbert, y se desvanece en el viento el fantástico Castillo de Marcotte, y los millones de los Cráwdford pasan á la historia de las consejas, en Inglaterra—en Londres—comparece por vez primera ante su juez un hombre que, por espacio de algunos años, ha sido considerado, no solamente como un financiero honrado, sino como un patriota británico, á cuyas recepciones se dignaba concurrir el Presidente del Consejo.

Whitacxer Wright, que así se llama el brillante estafador británico, ha despilfarrado cerca de 25.000,000 de pesos que juntó por medio de una sociedad anónima que habría de explotar grandes minas de diamantes y de oro, en las nuevas colonias inglesas del Africa Austral. Financiero notable y de altos vuelos, quiso hacer con el dinero de la sociedad anónima que fundara, equilibrios dificilísimos para salvar su crédito hondamente comprometido en especulaciones desgraciadas, y cayó al fraude vulgar; después de haber conservado su renombre y su fama años enteros.

***

Los Humbert, por una parte, y Wright, por otra, son los dos tipos de lo que en nuestros días puede hacer el ladrón de altos vuelos.

Estamos muy lejos ya de aquella época en la que solamente se robaba á mano armada en las estrechas encrucijadas de los caminos. La luz eléctrica, la policía, los bancos, impiden las brutales maniobras de los atracadores; pero la misma organización financiera del comercio moderno, permite, en cambio, los fraudes de alta combinación, la estafa de vuelos elevados, las pláticas de herencias falsas. El robo, en sus múltiples formas, es un Proteo diabólico, que encuentra en nuestros días ancho espacio en que ejercer sus industrias reprobadas.

Evidentemente que dondequiera que hayan existido ricos, á la vez que hombres de escasa conciencia, puede haber florecido la negra planta del hurto. Apoderarse de lo ajeno es lo primero que piensa el hombre pobre, cuyos principios de moralidad son escasos. Pero, entre los robos de antaño y los de ogaño, media un abismo de civilización, un enorme abismo de progreso material y moral.

Para convencerse de ello, bastará pensar por un momento que en el año del Señor de 1740, aparecen los Humbert, en París mismo; cuentan sus estupendas historias de herencias misteriosas y de millonarios invisibles y omnipresentes. El más rudo fiasco, el más sonoro fracaso hubiera sido el pronto coronamiento de la obra de paciente labor y de maligna inteligencia que hoy ha hecho el renombre, poco envidiabe, de la «Gran Teresa,» y ha dado margen á la curiosidad de todo el orbe.

Si, por el contrario, buscamos en los siglos anteriores algún delito de importancia, dentro del genérico grupo del robo; si pensamos, por ejemplo, en la historia del fraude «del Collar de la Reina,» que un delicioso novelista incluyó en sus obras, y si suponemos que son sus autores nuestros contemporáneos, fácilmente comprenderemos que en este siglo XX, los métodos que en el siglo XVIII fueron maravillosos por sus preliminares, intriga y desenlace, serían absolutamente pueriles, necios, tontos.

***

El mundo marcha y los ladrones creen debido marchar al unísono de los hombres honrados. Si el telégrafo, por ejemplo también, facilita los cambios comerciales, es un elemento aprovechable para el ladrón, y es uno de los medios que vemos empleados por nuestros más egregios aficionados á lo ajeno. Edison inventa la luz eléctrica, y los ladrones parisienses (según últimamente contaron los diarios metropolitanos) son sorprendidos en el interior de un banco, cuando utilizaban la corriente eléctrica en la útil operación de forzar la caja fuerte.

Hemos olvidado ya, y lo han olvidado nuestros padres, que «Río Frío» es un sitio peligroso. Los últimos asaltantes han pagado con su sangre impura sus acciones; pero surge ya una nueva generación de hombres adaptados moralmente al molde que se exige para un ladrón, que, como fruto legítimo de nuestro adelantado siglo, son hábiles en su reprobado oficio, inteligentes en sus descaradas maniobras, audaces, «progresistas.»

Debemos estar agradecidos á la natural idiosincracia de nuestra raza; pues, de no ser por esto, que es seguramente un favorable factor, ya hubiera echado hondas raíces entre nosotros la generación satánica de los Humbert y demás «Príncipes del Hurto.»

NEMO.

La revolución en Macedonia

Explicamos en nuestro número anterior cuáles son las causas á que obedece la rebelión de Macedonia y el sistema adoptado por el Sultán de Turquía para reprimir un movimiento que puede acarrear á la Sublime Puerta muchos y grandes trastornos.

En estas páginas damos á conocer á los lectores de EL MUNDO ILUSTRADO un grabado en que aparecen los insurrectos fabricando bombas de dinamita, y otro que representa un campamento rebelde en el instante en que los jefes arengan á sus tropas.

Cuando los hombres hacen el bien por ostentación pierden el mérito; la sociedad de todos modos siempre tiene el provecho.

*

El tiempo es dinero para el hombre de negocios, pero para la mujer es aún más: es la paz, el bienestar y la prosperidad del hogar.

*

Los críticos juzgan el presente, pero el porvenir juzga á los críticos.



La revolución en Macedonia.—Los Jefes insurrrectos arengando á sus tropas



La revolución en Macedonia.—Un grupo de rebeldes fabricando bombas de dinamita.

MÚSICAS

Mejor que por la palabra, es por el canto que el alma humana se manifiesta. No hay tribu, por salvaje que sea, que no tenga siquiera algunas notas con las cuales expresar su alegría ó su tristeza....

MÚSICA HÚNGARA

¡Oh, esta música húngara! Esta música formada de largas, profundas ondas musicales, verdaderas olas que se elevan, se empujan, se rompen. Al principio, dulces, lánguidas y lentas como las olas de un gran océano, aumentan en seguida, entrecortadas por pequeños saltos bruscos, como el ovejeo espumoso de la mar, y luego, siempre más fuertes, crescendo, más fuertes, más rápidas, empujándose, apresurándose, aumentando en vigor y amplitud hasta el máximum, hasta el furor, hasta el paroxismo, sin tregua...... sin reposo. Y siempre, desde el comienzo hasta el fin, dominadas por una nota dolorosa como un grito de desesperación, como el rugido lúgubre del viento sobre la inmensidad de los mares y de los océanos, ese grito siempre el mismo, siempre igual, que se oye siempre, y que siempre os parece nuevo, portador de nuevos dolores, de nuevas agonías, de nuevos terrores, de emociones nuevas. Y esta música que, al principio, os mece con ensueños de deliciosas voluptuosidades vagas, muy vagas, poco á poco os excita los nervios, hace vibrar cada fibra de nuestro cuerpo y de nuestra alma, hasta la exasperación, hasta el dolor, la tortura terrible del deseo insatisfecho. Pues en esos sueños voluptuosos, jamás podréis fijar vuestra imaginación, vuestro deseo, en un ser ó en una ficción. Como las ondas de la música, todo es vago. Las imágenes pasan ante vos, lentas y dulces, para sucederse en seguida violentas, lascivas, excitantes, exasperantes, fugaces, confundiéndose sin jamás dejarse aprisionar, deteniéndose un instante como fatigadas, y luego fugaces, fugaces, huyendo de nuevo para ceder lugar á otras que llegan, se detienen, vacilan, parecen entregarse á vos y luego huyen, huyen ellas también; ¡cuerpos de mujeres flexibles y dulces! ¡Cuerpos voluptuosos, escenas de amor y de locura! Todo está allí, todo os pertenece!...... Ya no hay nada...... todo ha huído. Nada os pertenece.

Los arcos se han callado, y los ojos entreabiertos, respiráis fatigosamente, extenuado, concluído, agotado.

¡Oh música que hieres, música erótica que das al hombre las mismas sensaciones, los mismos espasmos que las más perseguidas caricias de mujeres amadas, los labios contra los labios...... Estertor amoroso, gritos de dolor voluptuosos! Música que quiebra la espina dorsal y agota el cerebro como la más perfecta de las cortesanas; pero que, de pronto, os deja sin otra satisfacción que el deseo de escucharla sin cesar recomenzada; esta música que os agota siempre más y más, sin satisfacer nunca el más pequeño de vuestros deseos, que se exasperan cada vez más atrozmente, más dolorosamente.

En Budapest, 1899.

MÚSICA ITALIANA

Así debió ser que en el país de la luz, del cielo azul, de las flores de naranjo, naciera y prosperara la música del amor y de la vida. Y esta música de hecho fué la compañera fiel y la amada de los hombres, la proclamatriz de la libertad y de la victoria, la consolatriz de las desgracias y de las derrotas, la expresión de la existencia de una nación, la vibración de todos los sentimientos y de todas las pasiones de un pueblo. Es, sobre todo en Italia, donde nacieron esos cantos ya dulces y lánguidos, ya alegres y chispeantes, ya fogosos y belicosos que trazan y marcan, ora la vida privada de los hombres, ora los acontecimientos públicos del país.

En Italia todo nace, todo muere con cantos. Alegrías, tristezas, glorias, dichas, reveses, Italia canta todo y siempre. El «lazzarone» canta extendido sobre la arena á los rayos de la luna blanca; sobre las ondas tempestuosas de los mares lejanos, el marino canta su canción nativa; el obrero tararea trabajando y penando, y es en medio de cantos que se realizaron los principales acontecimientos nacionales de la Península.

Los grandes compositores italianos no son sino el perfeccionamiento, el refinamiento, la quinta esencia del alma musical y de las sensaciones del pueblo con los cuales están en continua comunión y en perfecto acuerdo. Pues el alma italiana ruega con Mercadante y Palestrina, llora con Bellini y Petrella, ríe con Cimarosa, Donnizzeti y Rossini, lucha y combate con Verdi, medita con Cherubini y Perosi. Mas, para el amor, no tiene necesidad de maestros, ella canta con todas las «canzone» que hace florecer en los labios de los simples pescadores, de los gondoleros ó del «popolino». Y los nuevos, los jóvenes, los brillantes, tales como Boito, Mascagni, Leoncavallo, Puccini y otros, no hacen sino expresar en sus composiciones el estado de alma incierto, tímido, pero lleno de vuelo y de esperanza, de una nación que renace, que ha sido engañada, maltratada, explotada, pero que con altivez, levanta la cabeza, sonriendo á un porvenir de felicidad que ansía, que espera y que vendrá. ¿La Stella de Italia no brilla siempre, aun en los más terribles, más sombríos momentos?

Y el pueblo canta, canta y olvida, olvida las tristezas, las miserias, las decepciones, no viendo sino lo bello, el cielo azul, la mar azur, las flores, el amor, las ilusiones. Canta pobre pueblo, canta, ama y sueña...... y déjate engañar.

A bordo del «Cóndor», estrecho de Messina, 1898.

GIULIO D'ASPREMONT.

Cada cual se imagina voluntariamente que la regla está hecha para todo el mundo y la excepción para sí.

*

La experiencia es la sabiduría práctica y emanada de un juicio claro.

*

El sacrificio es una condición esencial del bienestar y de la felicidad.

El Mundo Ilustrado

Año X—Tomo II—Núm. 13

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

México, Septiembre 27 de 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem. en la capital $1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



La fiesta de los Italianos

UN GRUPO DE CONCURRENTES A LA KERMESSE DEL DIA 20

La renuncia de Chamberlaine

Un hombre popular

Hace algunas semanas que en la prensa inglesa, primero, y después en toda la prensa del mundo, se podían encontrar frecuentemente artículos en los cuales se hablaba, con pasión más ó menos disimulada, de «ciertas reformas, poco conocidas en detalle; pero que convertirían á Inglaterra y á sus colonias en una especie de «Zollverein» británico cerrado por completo al comercio internacional.»

El proyecto citado era el coronamiento de una larga época de labor, llevada á cabo con singular éxito, con rapidez inusitada y con una suerte estupenda, por uno de los más célebres hombres de estado modernos, por el Ministro de las Colonias, José Chamberlaine.

Desde mediados del siglo XIX la Gran Bretaña ha sido el ejemplo que todos los economistas citan, de un país en el que el régimen de libre cambio ha producido mejores frutos. El comercio de Inglaterra ha sido suficiente, y con mucho, para sostener una marina mercante que, sin género de dudas, es la mayor y más bien organizada del mundo.



El ex-ministro Chamberlaine.

Y precisamente cuando se creía que el sistema librecambista se afirmaba más y más en Inglaterra; cuando no eran pocos los pueblos que tomaban este ejemplo, y á él se atenían para su legislación comercial, los proyectos de reforma fiscal del ministro Chamberlaine intentan hacer de la Gran Bretaña el tipo de las naciones neta y rigurosamente proteccionistas. El cambio era brusco; radical; inesperado.

La prensa inglesa señala ese cambio como la causa de la renuncia del ministro Chamberlaine. La excitación que ha causado en la Gran Bretaña la noticia de que este personaje se retira á la vida privada, es comparable sólo con el encarnizamiento con que en días pasados se combatían sus proyectos de reforma fiscal. Desde los simples súbditos hasta los serios lores de las cámaras, todos se han sentido impresionados por la brusca renuncia de este estadista gigante.

Porque pocos, quizá ninguno, son los que en el presente siglo han representado en Inglaterra el espíritu imperialista con la pasión, con la entera y absoluta dedicación con que lo ha hecho Chamberlaine; alguien ha dicho que era, no un imperialista, sino el imperialismo personificado. Lo ha demostrado así con sus actos.

Cuando el tercer gabinete que presidió Lord Sálisbury (y el último de ellos también), cayó, Bálfour reunió en un grupo á los ministros que hasta hoy le han acompañado en su gestión gubernativa. El Honorable José Chamberlaine fué nombrado Ministro de las Colonias. Pocos habrá que hayan trabajado tanto y tan tenazmente en bien de la expansión territorial de la Gran Bretaña como él. La guerra anglo-bóera ha sido atribuida á este ministro. El pensó en que «la cruz británica», habría de extenderse en el Continente Negro desde el Océano Indico hasta el Atlántico, desde el Cabo de Buena Esperanza hasta Egipto; según dicen algunos políticos, debía arrasar y destruir cuanto se opusiera á su trazo.

Vino después el famoso viaje á bordo del más elegante de los cruceros de la marina real, el viaje á Africa, durante el que pronunció algunos de sus discursos más notables, y recorrió las humeantes ruinas de las dos repúblicas recién extintas. La gloria de Chamberlaine fué confirmada en este viaje. A su vuelta á Londres, el pueblo le aclamó.

Hoy se ha encontrado súbitamente detenido en la realización precisamente de los proyectos que habrían de coronar su obra. La sola «clave» faltaba al arco tendido por Chamberlaine. Su renuncia ha sido brusca y ha resonada en el orbe. En Londres se encuentra el exministro de guerra americano Elihu Root, también un retirado.

PROMETEO

[FRAGMENTO]

Sobre negros corceles de granito,
á cuyo paso ensordeció la tierra,
hollando montes, revolviendo mares,
al viento el rojo pabellón de guerra
teñido con la luz de cien volcanes,
fueron en horas de soberbia loca,
á escalar el Olimpo los Titanes.

Ya tocaban la cumbre inaccesible
dispersando nublados y aquilones,
ya heridos de pavor los astros mismos
en confusión horrible,
como yertas pavesas descendían
de abismos en abismos;
y el Tiempo, que dormía
en los senos del báratro profundo,
se despertó creyendo que llegaba
la hora final del mundo!

El cielo estaba mudo;
y la turba frenética avanzaba
con ronca vocería,
cuando Jove asomó: vibró en su mano
el rayo de las cóleras sangrientas,
rugió en su voz el trueno del estrago
y encadenó á su carro las tormentas!

Temblaron los jinetes
en los negros corceles de granito;
redoblaron su saña
arrojando á los pórticos del cielo
con insultante grito
pedazos de montaña,
y volcaron los mares
para apagar en la soberbia cumbre
los rojos luminares.

Pero Jove, iracundo,
blandió sobre sus frentes altaneras
el hacha del relámpago que hiere
como á una vieja selva las esferas:
á su golpe profundo,
vacilaron montañas y titanes;
y bajó el torbellino,
heraldo de su gloria,
con la negra cimera de huracanes,
á anunciar á los mundos la victoria!

Rodó la turba impía
en espantoso vértigo á la tierra;
no volverá á flamear en las alturas
su pabellón de guerra
teñido con la luz de cien volcanes.
Cayeron los titanes
del abismo en las lóbregas entrañas:
y Jove, vengativo,
convirtió los corceles de granito
en salvajes é inmóviles montañas!

OLEGARIO V. ANDRADE.

En el silencio del crepúsculo....

Por las estrechas y perfumadas avenidas del jardín, iba lentamente, lentamente, la pobre cieguecita.

Vestida toda de blanco y con el rubio cabello destrenzado sobre sus espaldas, iba pensativa, adivinando por su perfume las flores que arrancaba á su paso, para luego deshojarlas......

A su alrededor los árboles mecidos por el viento de la tarde sollozaban.... sollozaban...

Y arriba, en el cielo, morían los últimos destellos del sol que se ocultaba......

—¡Eugenia, Eugenia!, murmuró de pronto una voz en el silencio del crepúsculo......

—Aquí estoy, le contestó... y se abrazaron entre las flores.

—Estás pálida y triste como un lirio, Eugenia mía. ¿Qué tiene tu alma?

Y cogidas por el talle en amoroso abrazo, caminaron lánguidamente bajo la larga sombra de los eucaliptos.

—Sí, amiga mía, dijo la cieguecita.... El misterio ha venido á albergar en mi alma. Las densas tinieblas de mi noche ilumínanse á veces por el tenue fulgor de una estrella... Hoy he creído ver el azul de ese cielo que nunca vieron mis pupilas, ese azul que tanto aman los poetas y las aves......

El perfume de las flores me embriaga como delicioso nepente.........

¡Y aquella música! ¡oh, aquella música de su violonchelo, cómo olvidarla... si ella es el misterio de mi alma... lago de ensueños, donde flota la barca de mi tristeza!

—¿Qué tenía aquella música? ¿por qué lloraba? dijo casi sollozando......

—Sí, Niní, mi alma está enferma, enferma por la ausencia de otra alma......

Y bajo la ausencia de aquel crepúsculo, la pobre cieguecita siguió llorando... llorando...

RAFAEL ANGEL TROYO.

El ocioso se ocupa tan sólo en matar el tiempo, sin parar mientes en que es el tiempo quien nos mata á nosotros.—G. M. VALTOUR.

*

Cada uno de los siglos extiende su triste ó gloriosa sombra hasta el siglo que le sigue.—E. DRUMONT.

*

Cada quien se forja ilusiones según sus necesidades é intereses.—J. LISEROL.

*

Cuando todo lo hemos puesto de nuestra parte para alcanzar la victoria, no merecemos censura alguna si á la postre salimos derrotados.—CARNOT.

*

Dormir demasiado, es hacerle un robo á la vida.—G. M. VALTOUR.

Madre Melancolía

Madre Melancolía, pon tu sello sagrado
sobre las cosas tristes que obscurecen la vida.
Pon tu aliento de nardo sobre la roja herida
que abrieron en los hombres el dolor y el pecado.

Enséñale al Poeta tu alcázar encantado
donde el canto resuena de la ilusión perdida,
y la torre en que mora la quimera florida,
viajera del remoto crepúsculo dorado.

Madre Melancolía, leve como la espuma,
honda como el abismo del piélago salobre,
el soplo de tus alas al ensueño perfuma.

Llega bajo los pliegues del vagabundo viento
á dejar el misterio de tu caricia, sobre
las almas dolorosas de hastío y de tormento.

FROILÁN TURCIOS.





Página de álbum

DIA DE PRIMAVERA

Cerca del blanco tronco de la haya estaríais vos, señorita, con vuestro sombrero blanco, vuestro vestido blanco y vuestra alma blanca. Yo tendría mi negro dolor. Procuraría haceros soñar dulces sueños, y el laúd no tendría para vos sino dulces sonidos.

Sí—decía ella;—mas esa «villa» italiana ¿no será la morada de la más infeliz de las mujeres? Los árboles sombríos forman un misterioso recinto de duelo. El agua de los arroyos parece monologar extrañas historias de amores difuntos. El crepúsculo inunda con su tenue tinta de melancolía todo el paisaje. El anciano que contempla meditabundo las linfas, parece la encarnación de un triste pasado. Los mismos niños que juegan cerca de la «villa», no alcanzan á hacer que mi alma encuentre una sola nota de alegría.

—Nuestra alma á veces contagia con sus males el alma de los demás.

RUBÉN DARIO.

EL BAILE INFANTIL

Publicamos en esta página los retratos de las niñas Carmen Benavides y Carmen Rosales, concurrentes al baile infantil de fantasía que se efectuó en el Teatro Hidalgo el día 16 por la tarde.

La pequeña pareja, que se hizo aplaudir por la desenvoltura con que bailaba el jarabe y por la gracia con que vestía el traje nacional, fué, indudablemente, la que más llamó la atención. A instancias del público, las niñas tuvieron que repetir, hasta rendirse, el típico baile, haciéndolo en el foro y á la vista de toda la concurrencia que las ovacionaba.

Las niñas Benavides y Rosales son alumnas de la Escuela Superior núm. 2.

ODIO Y AMOR

Aborrezco á todo el mundo en masa, y en todo este montón apenas juzgo á uno ó dos dignos de ser odiados especialmente.

Odiar á alguno es inquietarse por él tanto como si se le amara; es distinguirle, aislarle de la multitud; es hallarse en violento estado por su causa; es pensar en él de día y de noche; es morder la almohada al pensar que existe. ¿Qué más se hace por uno á quien se ama?

Las penas y trabajos que se toman para dañar á un enemigo, ¿se sufrirían acaso para complacer á una mujer amada? Lo dudo. Para odiar bien á alguno, es preciso amar á otro. Todo gran odio sirve de contrapeso á un gran amor.

Mi odio es, como mi amor, un sentimiento confuso y general que desea cifrarse en algo y no puede conseguirlo. Tengo dentro de mí un tesoro de odio y amor, del cual no sé qué hacer y que me pesa horriblemente. Si no puedo desahogarme de uno ó de otro, ó de ambos á la vez, reventaré seguramente, como esos sacos llenos de dinero que se descosen ó se derraman.

¡Oh! ¡Si pudiera aborrecer á alguien! Si uno de esos hombres estúpidos entre quienes vivo, llegara á insultarme de modo que pudiera hacer hervir en mis venas heladas mi vieja sangre de víbora, haciéndome salir de esta vaga somnolencia en que me encuentro!

TEÓFILO GAUTHIER.



Baile infantil.—Fin de un jarabe.

LA GITANILLA

Maravillosamente danzaba. Los diamantes
negros de sus pupilas vertían su destello;
era bello su rostro, era un rostro tan bello
como el de las gitanas de don Miguel Cervantes.

Ornábase con rojos claveles detonantes
la redondez obscura del casco del cabello,
y la cabeza firme sobre el bronce del cuello
tenía la fatiga de las horas errantes.



Baile infantil.—La niña Carmen Rosales.

Las guitarras decían en sus cuerdas sonoras
las vagas aventuras y las errantes horas,
volaban los fandangos, daba el clavel fragancia;
La gitana, embriagada de lujuria y cariño,
sintió cómo caía dentro de su corpiño
el bello luis de oro del artista de Francia.

RUBÉN DARÍO.

MÚSICA ESPAÑOLA

Enérgicamente, con mano segura y vibrante, los españoles de ojos feroces en el fondo de las órbitas sombrías, puntean la guitarra, en tanto las mujeres de negras pupilas cantan, se cimbran, se echan hacia atrás, marcan con un golpe de caderas seco y nítido el celo brutal.

Sus cantos dulces y apasionados, terribles y ardorosos, suplicantes como la plegaria, ó provocantes como el deseo insaciable, les embriagan. Verdaderas vírgenes, verdaderas Mesalinas, verdaderas Judits, esas mujeres encarnan de una manera sorprendente esta música que, acompañada de danzas, ya castas, ya obscenas, pero siempre turbadoras, es una comedia ó una tragedia pavorosa. Es ésta la más singular mezcla de reminiscencias de himnos religiosos, de cantos árabes, eróticos y lánguidos, de cantos gitanos, de gritos de rebelión y de venganza. En estas melodías se desenvuelve toda la historia de la antigua Iberia y, al mismo tiempo, se revela el alma de este extraordinario pueblo español en que el sentimiento de la más caballeresca piedad, del amor más tierno y romancesco, se unen á las pasiones más vivas, á las venganzas más rudas y crueles. Es el canto del amor y del odio, de la vida y de la muerte!



Baile infantil.—La niña Carmen Benavides.

Los hombres rascan locamente sus guitarras, las mujeres cantan, se retuercen, se acercan, se alejan, golpean con el tacón las tablas, sacuden sus faldas. ¡Olé! Y las castañetas con furor se ponen de su parte. ¡Olé!!!...... Atención, bello caballero, esas castañetas hacen un ruido lúgubre como dos huesos de muerto que se chocaran. ¡Olé!...... Atención, en la liga de la hermosa brilla un puñal, y detrás de la capa del guitarrista está oculta la larga navaja presta á clavarse en tu pecho si cedes á los halagos de la mujer que te quiere...............

En Sierra Morena.

GIULIO D'ASPREMONT.

La Legación de México en Bélgica

Damos á conocer en este número algunas fotografías del edificio que ocupa en Bruselas la Legación de México en Bélgica y Holanda.

La simple vista de esas fotografías, bastará para que los lectores de «El Mundo Ilustrado» se formen una idea de la suntuosidad y elegancia con que están decorados los salones de la Legación. Esta está situada en el número 48 de la calle Béliard, y consta de varios departamentos, entre los cuales se distingue por la riqueza con que está amueblada, la sala de recepciones. En el «detalle» que reproducimos, y en que aparece retratada la niña Enriqueta, hija del Sr. Ministro, Lic. D. Emilio Pardo, pueden verse algunos de los objetos de arte que la decoran.

El despacho del Sr. Lic. Pardo y la sala de música, están igualmente amueblados con el lujo y esplendidez que corresponde al representante oficial de nuestro país en la cultísima nación de los belgas.

La residencia diplomática tiene una puerta de salida hacia la calle de Marie Bourgogne. Entre nuestros grabados figuran, tanto esta parte del edificio como el vestíbulo que da acceso á los salones.







Legación de México en Bélgica.—El vestíbulo.—Un detalle del salón principal.—Puerta de salida por la calle María Bourgogne.

EL MIEDO

Ese largo y angustioso escalofrío que parece mensajero de la muerte, el verdadero escalofrío del miedo, sólo lo he sentido una vez. Fué hace muchos años, en aquel hermoso tiempo de los mayorazgos, cuando se hacía información de nobleza para ser militar. Yo acababa de obtener los cordones de Caballero Cadete. Hubiera preferido entrar en la Guardia de la Real Persona, pero mi madre se oponía, y siguiendo la tradición familiar, fuí granadero en el Regimiento del Rey. No recuerdo con certeza los años que hace, pero entonces apenas me apuntaba el bozo, y hoy ando cerca de ser un viejo caduco.

Antes de entrar en el regimiento, mi madre quiso echarme su bendición. La pobre señora vivía retirada en el fondo de una aldea, donde estaba nuestro Pazo solariego, y allá fuí sumiso y obediente. La misma tarde que llegué, mandó en busca del Prior de Brandeso para que viniese á confesarme en la capilla del Pazo. Mis hermanas María Isabel y María Fernanda, que eran unas niñas, bajaron á coger rosas al jardín, y mi madre llenó con ellas los floreros del altar. Después me llamó en voz baja para darme su devocionario y decirme que hiciese examen de conciencia.

—Vete á la tribuna, hijo mío... Allí estarás mejor......

La tribuna señorial estaba al lado del Evangelio, y comunicaba con la biblioteca. La capilla era húmeda, tenebrosa, resonante. Sobre el retablo campeaba el escudo concedido por ejecutorias de los Reyes Católicos al señor de Bradamin, Pedro Aguiar de Tor, llamado el Chivo y también el «Viejo». Aquel caballero estaba enterrado á la derecha del altar, el sepulcro tenía la estatua orante de un guerrero.



Legación de México en Bélgica.—Despacho del señor Ministro.



Legación de México en Bélgica.—Entrada al salón de música.

La lámpara del presbiterio alumbraba día y noche ante el retablo, labrado como joyel de reyes: los áureos racimos de la vid evangélica parecían ofrecerse cargados de fruto. El santo tutelar era aquel piadoso Rey Mago que ofreció mirra al Niño Dios: su túnica de seda bordada de oro, brillaba con el resplandor devoto de un milagro oriental. La luz de la lámpara, entre las cadenas de plata, tenía tímido aleteo de pájaro prisionero, como si se afanase por volar hacia el Santo.

Mi madre quiso que fuesen sus manos las que dejasen aquella tarde á los pies del Rey Mago los floreros cargados de rosas, como ofrenda de su alma devota. Después, acompañada de mis hermanas, se arrodilló ante el altar. Yo, desde la tribuna solamente, oía el murmullo de su voz, que guiaba moribunda las avemarías; pero cuando á las niñas les tocaba responder, oía todas las palabras rituales de la oración.

La tarde agonizaba y los rezos resonaban en la silenciosa obscuridad de la capilla, hondos, tristes y augustos, como un eco de la Pasión. Yo me adormecía en la tribuna. Las niñas fueron á sentarse en las gradas del altar; sus vestidos eran albos como el lino de los paños litúrgicos. Ya sólo distinguía una sombra que rezaba bajo la lámpara del presbiterio; era mi madre: sostenía entre sus manos un libro abierto y leía con la cabeza inclinada. De tarde en tarde, el viento mecía la cortina de un alto ventanal; yo entonces veía en el cielo, ya obscuro, la faz de la luna, pálida y sobrenatural, como una diosa que tiene su altar en los bosques y en los lagos.

Mi madre cerró el libro dando un suspiro, y de nuevo llamó á las niñas. Vi pasar sus sombras blancas á través del presbiterio y columbré que se arrodillaban á los lados de mi madre. La luz de la lámpara temblaba con un débil resplandor sobre las manos que volvían á sostener abierto el libro. En el silencio, la voz leía piadosa y lenta. Las niñas escuchaban, y adiviné sus cabelleras sueltas sobre la albura del ropaje, y cayendo á los lados del rostro iguales, tristes y nazarenas. Habíame adormecido, y de pronto me sobresaltaron los gritos de mis hermanas. Miré y las vi en medio del presbiterio abrazadas á mi madre. Gritaban despavoridas. Mi madre las asió de la mano y huyeron las tres. Bajé presuroso. Iba á seguirlas, y quedé sobrecogido de terror. En el sepulcro del guerrero se entrechocaban los huesos del esqueleto. Los cabellos se erizaron en su frente. La capilla había quedado en el mayor silencio, y oíase distintamente el hueco

y medroso rodar de la calavera sobre su almohada de piedra. Tuve miedo como no lo he tenido jamás, pero no quise que mi madre y mis hermanas me creyesen cobarde, y permanecí inmóvil en medio del presbiterio, con los ojos fijos en la puerta entreabierta. La luz de la lámpara oscilaba. En lo alto mecíase la cortina de un ventanal, y las nubes pasaban sobre la luna, y las estrellas se encendían y se apagaban como nuestras vidas. De pronto, allá lejos, resonó festivo ladrar de perros y música de cascabeles. Una voz grave y eclesiástica llamaba:

—¡Aquí, Carabel! ¡Aquí, Capitán!...

Era el Prior de Brandeso, que llegaba para confesarme. Después oí la voz de mi madre trémula y asustada, y percibí distintamente la carrera retozona de los perros. La voz grave y eclesiástica se elevaba lentamente, como un canto gregoriano:

—Ahora veremos qué ha sido ello..... Cosa del otro mundo no lo es, seguramente... ¡Aquí, Carabel!... ¡Aquí, Capitán!...

Y el Prior de Brandeso, precedido de sus lebreles, apareció en la puerta de la capilla:

—¿Qué sucede, señor Granadero del Rey?

Yo repuse con la voz ahogada:

—Señor Prior, he oído temblar el esqueleto dentro del sepulcro!...

El Prior atravesó lentamente la capilla. Era un hombre arrogante y erguido. En sus años juveniles también había sido Granadero del Rey. Llegó hasta mí, sin recoger el vuelo de sus hábitos blancos, y afirmándome una mano en el hombro y mirándome la faz descolorida, pronunció gravemente:

—¡Que nunca pueda decir el Prior de Brandeso que ha visto temblar á un Granadero del Rey!......

No levantó la mano de mi hombro y permanecimos inmóviles, contemplándonos sin hablar. En aquel silencio oímos rodar la calavera del guerrero. La mano del Prior no tembló. A nuestro lado los perros enderezaban las orejas con el cuello espeluznado. De nuevo oímos rodar la calavera sobre su almohada de piedra. El Prior me sacudió:

—¡Señor Granadero del Rey, hay que saber si son trasgos ó brujas!......

Y se acercó al sepulcro y asió las dos anillas de bronce empotradas en una de las losas, aquella que tenía el epitafio. Me acerqué temblando. El Prior me miró sin desplegar los labios. Yo puse mi mano sobre la suya en una anilla y tiré. Lentamente alzamos la piedra. El hueco negro y frío quedó ante nosotros. Yo vi que la árida y amarillenta calavera aún se movía. El Prior alargó un brazo dentro del sepulcro para cogerla. Después, sin una palabra y sin un gesto, me la entregó. La recibí temblando. Yo estaba en medio del presbiterio y la luz de la lámpara caía sobre mis manos. Al fijar los ojos, la sacudí con horror. Tenía entre ellas un nido de culebras que se desanillaron silbando, mientras la calavera rodaba con hueco y liviano son, todas las gradas del presbiterio. El Prior me miró con sus ojos de guerrero, que fulguraban bajo la capucha, como bajo la visera de un casco.

—Señor Granadero del Rey, no hay absolución... ¡Yo no absuelvo á los cobardes!...

Y salió de la capilla arrastrando sus hábitos talares. Las palabras del Prior de Brandeso resonaron mucho tiempo en mis oídos. Resuenan aún. ¡Tal vez por ellas, he sabido más tarde sonreír á la muerte como á una mujer!......

R. DEL VALLE-INCLÁN.



La fiesta del 20 de Septiembre.—Adorno de la entrada al Tívoli.

Las fiestas del 20 de septiembre

Con una función que se verificó el 19 por la noche en el Circo Orrin, y con una brillante kermesse efectuada en el Tívoli del Elíseo, el día siguiente, celebró la colonia italiana, en este año, el aniversario de la ocupación de Roma por Víctor Manuel.

Las simpatías con que cuentan en México los italianos y lo glorioso de la fecha que se conmemora, fueron, sin duda, parte muy principal para que las fiestas alcanzaran un lucimiento extraordinario, pues tanto á la tienda de Villamil como al Tívoli, concurrieron multitud de familias y caballeros distinguidos, contándose entre éstos los miembros del Cuerpo Diplomático, altos funcionarios de la Administración Pública y numerosos particulares.

A la función teatral, cuyo programa se cubrió con «Tosca» y con algunos trozos musicales ejecutados por la orquesta que dirige el maestro Polacco, asistió el señor Presidente de la República en compañía de su distinguida esposa, la señora Romero Rubio de Díaz, y de su hija la señora Amada Díaz de de la Torre. El Primer Magistrado fué recibido en el vestíbulo por una comisión especial que encabezaba el señor Ministro de Italia, Conde de Vinci, y al presentarse en el palco de honor, el público le tributó una entusiasta ovación.



La Kermesse.—Un grupo de damas.

El desempeño de «Tosca» fué correcto, y la concurrencia quedó complacida. Al concluir la función, la orquesta tocó el Himno Nacional Mexicano, escuchándose entonces en el teatro ¡vivas! á Italia y á México y á los gobernantes de las dos naciones hermanas.

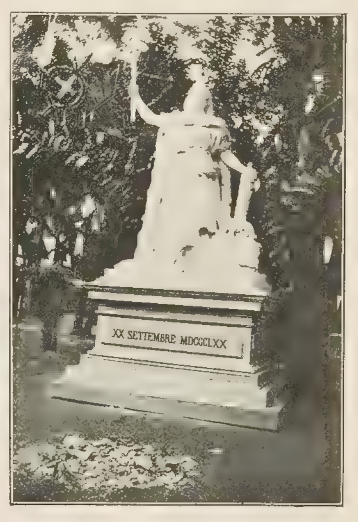
El adorno del Circo, consistente en guías de flores, banderas y plantas exóticas, era de muy buen gusto.

***

Por lo que ve á la kermesse, no cabe duda que la Junta organizadora puso todo cuanto estaba de su parte para hacerla digna de llamar la atención.

La puerta principal lucía un primoroso adorno de flores naturales, que simulaba una portada en cuyos remates se veían los escudos de armas de México y de Italia, destacándose entre haces de banderas. En el interior, y frente á la entrada, se colocó una estatua, imitando mármol, que representaba á la Patria redimida, y en las callecillas del parque, festones y lienzos de los colores nacionales, que ofrecían, en conjunto, un hermoso golpe de vista.

Los puestos, entre los cuales se distinguieron por su decorado los de confetti y aguas minerales, estaban atendidos por grupos de señoras y señoritas, tanto italianas como mexicanas. Entre los concurrentes había algunas damas y niños que se presentaron vistiendo graciosos trajes regionales.



La estatua de la Patria.

La kermesse, que amenizó la banda del 14º Batallón, se prolongó hasta después de media noche.

CROMO ANTIGUO

SONETILLOS

I

Tras de las altas techumbres
De los castillos feudales,
En las tierras imperiales
Se ven las lejanas cumbres;

En rejas llenas de herrumbres
Cuelgan los viejos rosales
Y cruzan por los umbrales
Las antiguas servidumbres.

Junto á los tiernos arbustos
Do anidan los calipedes
Crecen los pinos robustos,

Y se alzan las azoteas
Con sus húmedas paredes
Dominando las aldeas.

II

En el jardín de un castillo,
De un castillo frío y severo,
Bajo del invernadero
Hay un rosal amarillo;

Y por el verde pasillo,
Con paso suave y ligero,
Va un extraño jardinero,
Un jardinero sencillo:

Es la joven princesita,
Adornada de rubíes,
Que rompe una margarita

Sobre el traje de tisúes,
Mientras bajan los bambúes
A besar los alelíes.

FÉLIX CALLEJAS.

La lucha contra el alcoholismo

CONFERENCIAS CIENTÍFICAS

Han demostrado las estadísticas que con gran cuidado se van recopilando en Francia, que una de las causas más dignas de tenerse en cuenta por su influencia notoria en la degeneración de la raza y en el decrecimiento de la natalidad, es el alcoholismo.

Como un Proteo diabólico, el alcohol está envolviendo en sus redes á la humanidad, amenazando seriamente el porvenir de la especie humana, al grado de que, según cálculos bien fundados, se puede asegurar «que en los individuos alcohólicos, la especie se extingue á la tercera generación». Esto quiere decir que si la humanidad entera, en estos momentos, estuviera bajo la influencia morbosa del alcohol, dentro de cincuenta años no existiría hombre alguno sobre el haz de la tierra.

Se comprende que los gobiernos se hayan preocupado hondamente por la causa de despoblación que radica en la absorción del alcohol. Las sociedades modernas llevan un cáncer que las roe, un mal infiltrado tan hondo, que son legítimos los medios más radicales, cualesquiera que sean, que se empleen para matar el germen de disolución y de ruina que fermenta en la sangre de nuestros coetáneos. Evidentemente que en la lucha que hay que emprender, sería de desearse que fuera la iniciativa particular la que tomara por su cuenta la mejor parte de la campaña. Está demostrado que, por mayores que sean los esfuerzos desplegados por los gobiernos, nunca pueden los resultados compararse á los que se alcanzaran por la iniciativa particular.

Es por esto que la «Salvation Army» y sociedades análogas en Europa, han merecido la aprobación y han alcanzado el apoyo de los ricos y de los gobernantes. Pero no por ello debe dejarse de mano la lucha, y los gobiernos de Europa ponen de su parte todo lo que pueden para alcanzar el mejor éxito en este sentido. Lo mismo ha hecho nuestro gobierno. Los medios son muchos; pero está demostrado que jamás se podrá conseguir que un ebrio deje de serlo, si no es por la reclusión completa y el aislamiento. Las enseñanzas antialcohólicas son de utilidad mayor, especialmente si se acompañan de demostraciones prácticas, concluyentes, que hablen á los ojos de los oyentes.



Una conferencia antialcohólica.

De aquí la fundación de una cátedra especial en las penitenciarías de Francia, en la que un médico está encargado de explicar á los reclusos todo lo que puede, todo lo que hace y todo lo que destruye el alcohol. La demostración se acompaña de experiencias en el momento mismo de la cátedra. Los resultados han sido notablemente buenos.

Entre los presos, recluídos conforme á las enseñanzas de la criminalogía moderna, en celdas únicas, en los que siempre existe ya cierto germen favorable en todo al desarrollo del alcoholismo, las enseñanzas antialcohólicas tienen una gran aplicación. El hombre recluído, solo, «consigo mismo y con su conciencia», en el recinto limitado de una celda penitenciaria, cuando se le lleva á la cátedra encuentra cierta variedad agradable, que rompe la monotonía de su existencia. Después de la cátedra, tiempo bastante tiene para reflexionar acerca de las verdades que se le han inculcado. El éxito es muy frecuente.

Pero como la ley exige que siempre se encuentren aislados los reclusos, sería muy difícil evitar el que se comunicaran entre sí en el caso de que se les llevara á una cátedra en una pieza, por amplia que se la quiera suponer. Precisaba encontrar un medio nuevo y éste es el que se ha generalizado ya en los presidios de Europa. En un anfiteatro amplio, se fabrican pequeñas celdas, especie de palcos cubiertos en los que solamente un hombre tiene cabida; ve claramente al profesor y la mesa de las experiencias, escucha la voz del maestro; pero no puede ni ver, ni menos entenderse con los demás presidiarios.

Es ésta una de las múltiples formas en que se hace la campaña antialcohólica, que precisa llevar á cabo sostenida y enérgicamente. El mal es grave; los remedios deben ser heroicos.

NEMO.

PIEDRAS PRECIOSAS.

Fuera más propio y galante
Que, en vez de un pobre decir,
Yo te diera en este instante:
Para tu mano un diamante,
Para tu pecho un zafir.

¿Que no soy rico?—Te inquietas
Porque en la razón no estás.
¡Oh chiquilla! Los poetas
Tenemos minas secretas
Que no se agotan jamás.

Cada lágrima que brota
De mi nuevo padecer,
Es un diamante, una gota
De luz que radia en la ignota
Desolación de mi ser.

¿Qué es un zafiro?—Un zafiro
Es un ensueño de amor
En vago y perpetuo giro.
Un zafiro es un suspiro
Que cristaliza el dolor.

¿Comprendes ya que te inquietas
Porque en la razón no estás?
¡Sí, chiquilla!—Los poetas
Tenemos minas secretas
Que no se agotan jamás.

ANDRÉS MATA.

Las últimas pruebas militares.

Hace pocos días que en presencia del Sr. Presidente de la República y del Sr. Ministro de la Guerra, se efectuaron, en el Polígono de San Lázaro, las pruebas de los cañones Bange y St. Chamond-Mondragón, reformados por el distinguido artillero mexicano, Brigadier Don Manuel Mondragón.

Las experiencias tuvieron un éxito satisfactorio y fueron suficientes, por sí solas, para comprobar las magníficas condiciones que distinguen á las nuevas bocas de fuego. En otra ocasión hemos explicado en qué consisten las reformas introducidas en los dos cañones, y cuáles son las ventajas que ofrecen para el combate.

Las pruebas se vieron concurridas por numerosos jefes y oficiales del ejército y por algunos particulares.





ENVÍO DE REFUERZOS RUSOS Á MANDCHURIA.

tos dispersos de él; vienen luego los que rechazan en cierto modo la libertad irlandesa y, bajo la jefatura de Sir Campbell-Bannerman, guardan los demás principios del partido; y finalmente, como para marcar la división completa de los librecambistas, en las mismas filas liberales, mírase en segundo término, aunque con fuerzas no despreciables, el «partido del trabajo», donde figuran entre sus antiguos colegas, los radicales avanzados, con sus ribetes de socialismo, anhelando ciertas reformas que atañen á las relaciones entre el obrero y el patrón, buscando solución al eterno problema entre el capital y el trabajo.

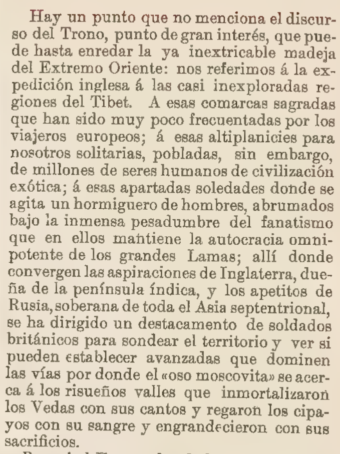
Por en medio de todos, y amenazando con sus compactos elementos, inclinándose del lado de donde soplan vientos favorables á las aspiraciones nunca satisfechas de los católicos, está el grupo que dirige John Redmond, las viejas é indomables huéspedes de O'Connell, los representantes de la infeliz Irlanda, siempre repleta de ideales, siempre dispuesta á luchar por ellos.

***

Magnas dificultades y diarios combates esperan al ministerio Balfour en la época actual, para poder salir avante en su tarea, salvando los escollos que las oposiciones levantan en el revuelto mar de la política. Entre tanto se preparan las luchas futuras y los futuros torneos de la severa elocuencia británica en la Cámara de los Comunes, el Rey Eduardo ha ofrecido en el discurso del Trono los lineamientos generales del programa de su gobierno. Sin detenerse en grandes consideraciones ha estudiado la situación en el Extremo Oriente, señalando los rumbos seguidos para observar estricta neutralidad en las diferentes fases del conflicto rusojaponés.

No era posible que en un mensaje, por su naturaleza sobrio y compendiado, se expusieran pormenorizadamente las circunstancias diversas del asunto; pero se nota por la parte que se ha dado á conocer, que no se extinguen las esperanzas de que haya de encontrarse una solución pacífica á las cuestiones pendientes, y se deja comprender que, sin hacer presión sobre ninguno de los contendientes, el Rey procura de todas veras un amistoso y cordial arreglo de las negociaciones.





Hay un punto que no menciona el discurso del Trono, punto de gran interés, que puede hasta enredar la ya inextricable madeja del Extremo Oriente: nos referimos á la expedición inglesa á las casi inexploradas regiones del Tibet. A esas comarcas sagradas que han sido muy poco frecuentadas por los viajeros europeos; á esas altiplanicies para nosotros solitarias, pobladas, sin embargo, de millones de seres humanos de civilización exótica; á esas apartadas soledades donde se agita un hormiguero de hombres, abrumados bajo la inmensa pesadumbre del fanatismo que en ellos mantiene la autocracia omnipotente de los grandes Lamas; allí donde convergen las aspiraciones de Inglaterra, dueña de la península índica, y los apetitos de Rusia, soberana de toda el Asia septentrional, se ha dirigido un destacamento de soldados británicos para sondear el territorio y ver si pueden establecer avanzadas que dominen las vías por donde el «oso moscovita» se acerca á los risueños valles que inmortalizaron los Vedas con sus cantos y regaron los cipayos con su sangre y engrandecieron con sus sacrificios.

Pero si el Emperador de las Indias no se refiere en su mensaje á esa expedición, sábese, sin embargo, que ha sido detenida en sus avances, y aun se ha hablado de que los tibetanos amenazan con la intervención rusa, si los ingleses pretenden seguir su marcha aventurada. Puede afirmarse, pues, que ha fracasado este primer intento; no será, sin duda, el último, y para cuando el próximo se efectúe, habremos de contemplar frente á frente á las potencias que se disputan la preponderancia en el Asia, como vemos ahora á los que contienden por el codiciado jirón del Extremo Oriente.



EMBARQUE DE TROPAS Y MARINEROS EN LOS ACORAZADOS ARGENTINOS COMPRADOS RECIENTEMENTE POR EL JAPÓN

X. X. X.

3 de febrero de 1904.



LA EXPEDICIÓN AL TIBET.—TRANSPORTES EN LA FRONTERA DE LA INDIA.



En punto á supersticiones y leyendas, dejadnos las que son alegría de los niños.—VALTOUR.

—El amor hace á las mujeres lo que el sol á las flores: les da color, las embellece, las hace parecer radiantes y lozanas; pero, cuando es demasiado ardiente, las consume y las agosta.

—El hilo de la vida se aflojaría si no estuviera mojado en algunas lágrimas.



MANZANILLO

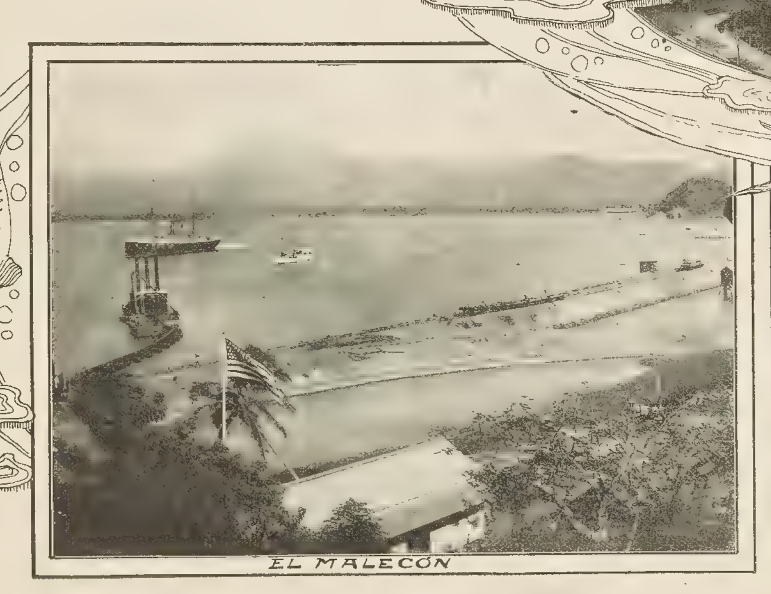
OBRAS DE SANEAMIENTO Y DEFENSA

EL MUELLE Y UNA SECCION DEL MALECON

EL año de 1900 dieron principio las obras de saneamiento y defensa del puerto de Manzanillo, en la costa del Pacífico, encontrándose en la actualidad muy avanzadas.

Las obras, en virtud del contrato celebrado por la Secretaría de Comunicaciones con el Sr. Lic. Don Pablo Martínez del Río, en representación del contratista, Mr. Edgard K. Smoot, comprenden lo siguiente:

Un malecón paralelo á la playa; el dragado necesario para obtener en la bahía una profundidad de ocho metros, cincuenta centímetros, y un muelle perpendicular al mismo malecón, que facilite á las embarcaciones el embarco y desembarco de las mercancías.



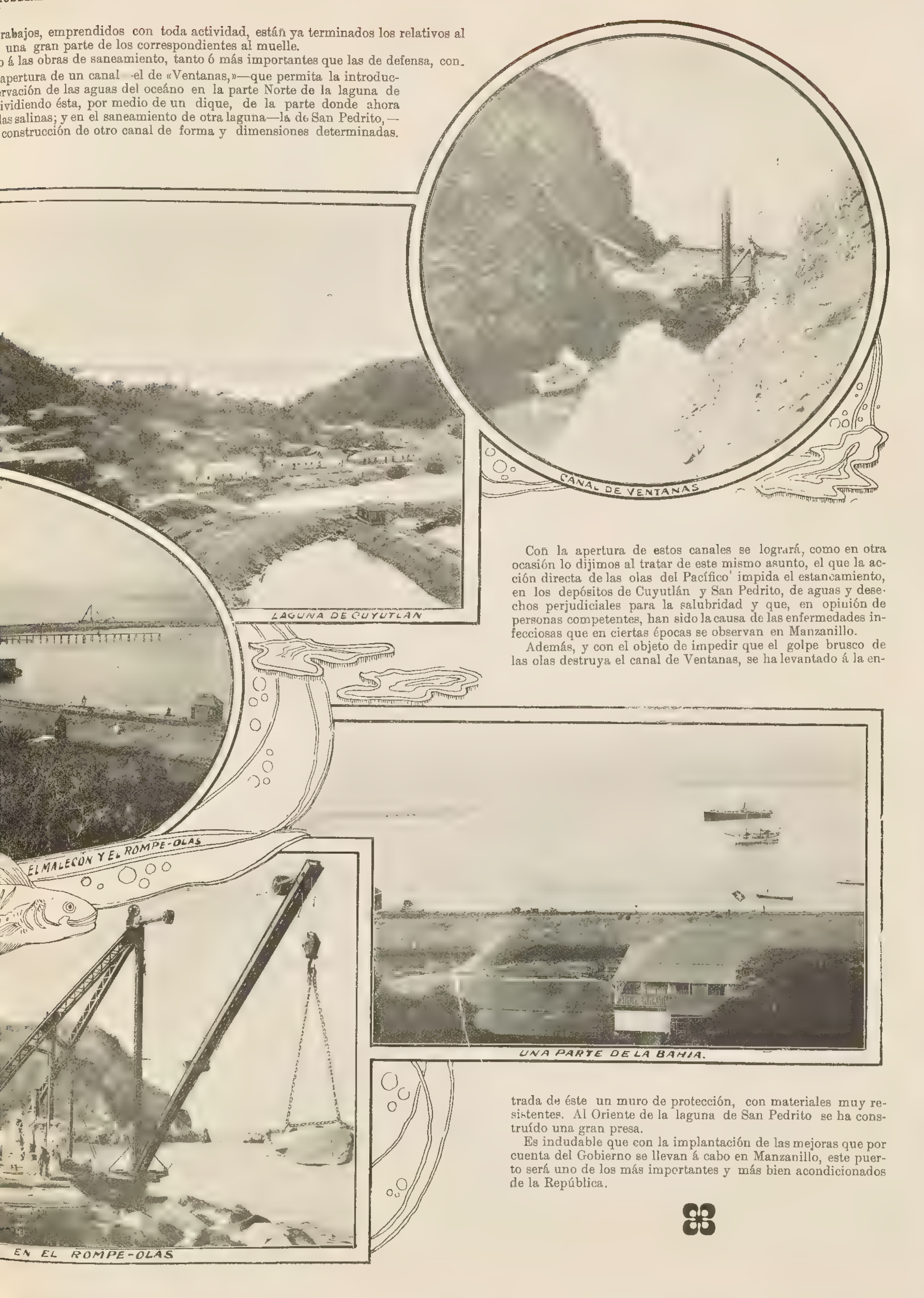
EL MALECÓN

TRABAJOS

De estos t
malecón, y
En cuant
sisten en la
ción y conse
Cuyutlán, d
se explotan
mediante la

rabajos, emprendidos con toda actividad, están ya terminados los relativos al una gran parte de los correspondientes al muelle.

á las obras de saneamiento, tanto ó más importantes que las de defensa, con. apertura de un canal—el de «Ventanas,»—que permita la introduc- rvación de las aguas del océano en la parte Norte de la laguna de ividiendo ésta, por medio de un dique, de la parte donde ahora las salinas; y en el saneamiento de otra laguna—la de San Pedrito,— construcción de otro canal de forma y dimensiones determinadas.



CANAL DE VENTANAS

LAGUNA DE CUYUTLAN

EL MALECON Y EL ROMPE-OLAS

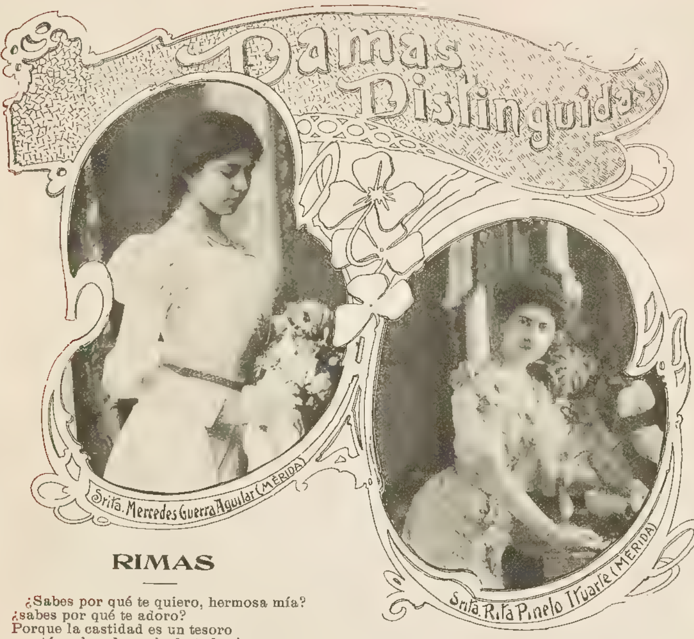
UNA PARTE DE LA BAHIA.

EN EL ROMPE-OLAS

Con la apertura de estos canales se logrará, como en otra ocasión lo dijimos al tratar de este mismo asunto, el que la acción directa de las olas del Pacífico impida el estancamiento, en los depósitos de Cuyutlán y San Pedrito, de aguas y desechos perjudiciales para la salubridad y que, en opinión de personas competentes, han sido la causa de las enfermedades infecciosas que en ciertas épocas se observan en Manzanillo.

Además, y con el objeto de impedir que el golpe brusco de las olas destruya el canal de Ventanas, se ha levantado á la entrada de éste un muro de protección, con materiales muy resistentes. Al Oriente de la laguna de San Pedrito se ha construído una gran presa.

Es indudable que con la implantación de las mejoras que por cuenta del Gobierno se llevan á cabo en Manzanillo, este puerto será uno de los más importantes y más bien acondicionados de la República.



RIMAS

¿Sabes por qué te quiero, hermosa mía?
¿sabes por qué te adoro?
Porque la castidad es un tesoro
que tú no has derrochado todavía.

Porque cuando mi mano temblorosa
te acaricia, al instante
de la serenidad de tu semblante
surge como un relámpago de rosa.

Porque eres más esquiva, más huraña
que los osos que habitan en el hielo,
que el pájaro que vive en la montaña,
que las nubes que pasan por el cielo.

Sé siempre así: sé casta.... Si algún día
mi boca te sorprende y te profana,
di que soy Acteón, que tú eres Diana,
y despréciame mucho, hermosa mía.

VÍCTOR M. RACAMONDE.

—Los juguetes de artificio complicado no hacen más que embrollar el entendimiento. El niño adora las formas sencillas y regulares de que ya no gustamos nosotros.—MICHELET.

—Delicioso es creer en las leyendas ó fingirlo: la gente, grande ó pequeña, no puede ser feliz sin las mentiras. -FOUQUIER.

—La caridad callejera perjudica á la sociedad y al socorrido.—FOUQUET.

Fiesta entre Médicos

A iniciativa del Dr. Don Adrián de Garay, se reunieron hace pocos días varios facultativos de los que hace veinticinco años concurrieron por primera vez á la clase de Anatomía de la Escuela Nacional de Medicina, para comenzar su carrera de médicos.

Por la mañana se reunieron los doctores Lorenzo Chávez, Ignacio Fernández Ortigosa, Adrián de Garay, José Gayón, José Mangino, Miguel Márquez, Ismael Mendoza Fernández, Ramón N. Prado, Jesús Tajonar, Fernando Zárraga y Juan Martínez del Campo, residentes en México; Tomás Pellicer, de San Juan Bautista, y Ricardo Ortega, de Piedras Negras, y el Sr. Don Donaciano Morales, residente también en esta capital y que fué Profesor de Farmacia de todos los compañeros allí reunidos.

El grupo de doctores se dirigió al panteón del Tepeyac á depositar una corona de flores artificiales en la tumba del Dr. D. Francisco Ortega, que fué su Profesor de Anatomía Descriptiva.

Allí pronunció una alocución el Sr. Dr. Garay á nombre de sus compañeros y en elogio del maestro, y en seguida el Sr. Profesor Morales habló también, felicitando á los que fueron sus discípulos, por la muestra de gratitud y cariño que consagraban á la memoria del sabio maestro Ortega.

De regreso á la capital, los invitados se retrataron en grupo, y en Chapultepec les fué servido un espléndido banquete.

Por la tarde se charló alegremente en el bosque y se evocaron gratísimos recuerdos, pues de los noventa y cuatro alumnos inscritos en las listas de aquella época, sólo una tercera parte vive.

En un álbum «ad hoc,» los concurrentes escribieron algunos pensamientos, y por la noche se dirigieron juntos á un teatro, cenaron en un restaurant, y se despidieron, á la media noche, deseándose felicidades y citándose para la celebración de las «bodas de oro», dentro de veinticinco años.

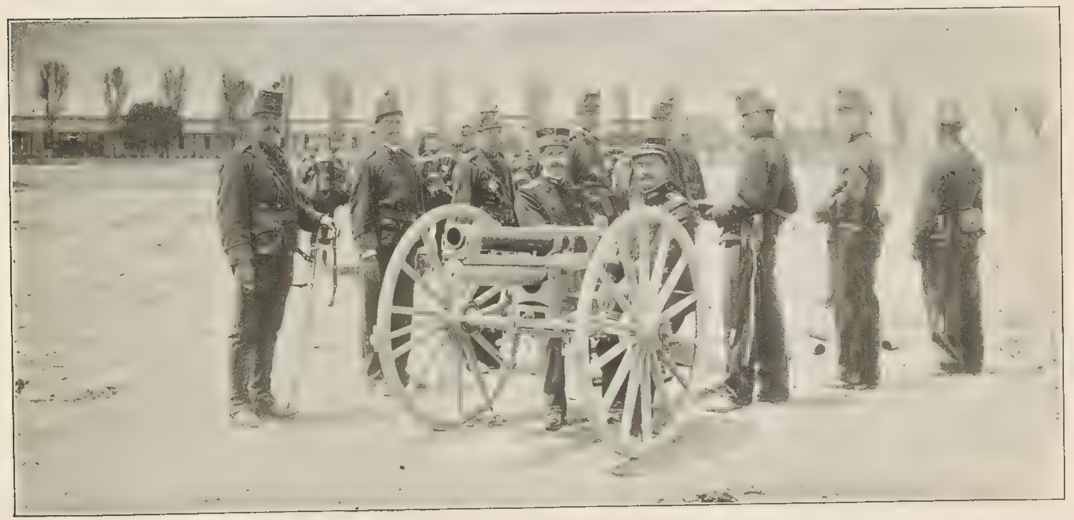


PARADOS: Dres. Rafael Ortega, Miguel M. Márquez, José Mangino, Tomás Pellicer, Jesús Tajonar, José P. Gayón, Adrián de Garay, Juan M. del Campo.
SENTADOS: Dres. I. Mendoza Fernández, Lorenzo Chávez, Profesor José Donaciano Morales, Dres. Fernando Zárraga, Ramón N. Prado, Ignacio Fernández Ortigosa.

EN EL POLIGONO DE SAN LAZARO



Pruebas de los cañones Bange y St.Chamond—Mondragón, reformados.—El señor General Díaz observando los efectos de un disparo.



Cañón de montaña, sistema Bange, reformado.



Un disparo con el cañón Mondragón.



El Sitio de la Isla de Mexcala

Episodio histórico de la Guerra de Independencia

(CONCLUYE)

II

El General Brigadier José de la Cruz, autor del bando de Huichapan que condenaba á muerte á todo paisano aprehendido fuera de las poblaciones con armas de cualquier especie y á «quienes tuviesen el menor comercio con algún rebelde, aunque fueren sus padres, hijos ó hermanos»; autor también del bando expedido en Guadalajara, por el cual se previno que todos los habitantes de la ciudad y la provincia, usaran en el sombrero, «aunque fuese de palma», una divisa roja (color de sangre), en señal de su adhesión á la monarquía; que á juzgar por sus partes periódicos, ganaba al mes un número mayor de batallas que el Cid y Napoleón en toda su vida; que para instalar como autoridad política á un individuo, vacilaba por temor de que éste no se atreviera á fusilar diariamente á diez hombres; que, por último, aun cuando en puntos de guerra fué sanguinario y cruel, como gobernante ó magistrado, en su carácter de Comandante General de la Nueva Galicia y Presidente de su Real Audiencia, entre muchos actos de ironía desapiadada, tuvo rasgos de generosidad y nobleza; este General español, uno de los tres virreyes que, según decía Calleja al retirarse para Europa, quedaban en Nueva España (*), irritóse violentamente de que en el territorio tan vasto de su jurisdicción—que además de la Nueva Galicia comprendía las intendencias de Guanajuato y Michoacán—pudiera sostenerse en abierta y victoriosa campaña contra sus tropas, la guerrilla de Encarnación Rosas; y colmada su indignación por el desastre de Linares, se apercibió para mandar á éste refuerzos.

Llegada tal noticia á nuestros caudillos Rosas y Santa Anna, se reunieron en Consejo de Guerra con el presbítero Don Marcos Castellanos y con Don Luis Macías, dueño de la hacienda de «La Palma», y por indicación del tercero, determinaron concentrar sus fuerzas en la isla de Mexcala, situada como á una legua al septentrión de la costa en la laguna de Chapala.

A fines de diciembre, veinte canoas nos condujeron á Mexcala, y desde luego, confiado el mando militar de la plaza á Macías, el padre Castellanos se ocupó en los trabajos para la fortificación, que consistió en dos fuertes murallas y varias otras obras.

Ardua labor sería la de enumerar los hechos de armas que se efectuaron durante nuestro largo asedio. En todas las crisis de la humanidad ha surgido siempre un hombre extraordinario para salvar á una nación ó á un grupo, y así como en la guerra general de Independencia de México sobresalió Morelos, en Mexcala fué nuestro héroe y jefe supremo Castellanos, excura de Ocotlán, á quien se encargó la dirección de la defensa por la muerte de Don Luis Macías.

Estimulado Linares con el auxilio recibido y por su afán de represalia, desplegó sin misericordia ni límite su ferocidad, y encolerizado porque los vecinos de Tizapán proporcionaron algunos socorros á los independientes, mandó exterminar á los habitantes del pueblo y arrasar éste, cuyas ruinas sirviéronle en breve de sepulcro.

No terminábamos aún la fortificación de la isla, cuando el jefe peninsular, pretendiendo hacer un reconocimiento de nuestro propugnáculo, se retiró de la orilla del lago, embarcado en una canoa grande y seis pequeñas que, llenas de tropa, lo seguían. Apenas visto por los insurgentes, atacáronle éstos en cuatro canoas, volcáronle dos de sus barcas, capturaron otras, le mataron á muchos de sus oficiales y á sesenta soldados, y, finalmente, hechos prisioneros el mismo Linares y su sobrino el Subteniente Pablo Bustamante, éste y catorce individuos de tropa fueron luego fusilados.

Sólo comparable con la propia inquina que el Comandate realista había manifestado en todos sus actos, fué la que reveló Inés al tratarse de la suerte de aquél: instó con energía para que se la permitiese tomar parte en el Consejo de Guerra, y ya en éste, fué ella quien con mayor vehemencia pidió la muerte del reo en la más ignominiosa forma, y así se decretó.

No podía yo mirar sin pena la ejecución de ese hombre, hombre al fin, prójimo mío; pero aumentaba mi aflicción el gozo inmoderado y cruel que, sin disimulo, aparecía en el semblante de Inés, y aun en sus acciones; á tal grado que, si no la hubiera yo contenido, ella habría tirado de la cuerda con que fué ahorcado Linares y hubiese hecho al cadáver el último ultraje: escupir sobre él.

Se estrellaron, sin embargo, contra la voluntad de aquella mujer incomprensible todos mis esfuerzos para obligarla á retirarse del patíbulo, frente al cual permanecimos hasta que, ya entrada la noche, se nos trajo la orden terminante de Rosas para que regresáramos á la isla. Arrodillóse entonces Inés ante el cuerpo y murmuró conmovida algunas frases. Creí que rezaba por el ajusticiado, y cuando estuvimos en la canoa, insinué algo á mi compañera sobre la singularidad de su conducta, al implorar la bondad de Dios en el otro mundo hacia el mismo ser para quien ella no había tenido piedad en la tierra. Con ardor inusitado, con relámpagos siniestros en la mirada y enternecimiento al fin que se deshizo en llanto, prorrumpió:

—No oraba por él, ni oraba siquiera; me dirigía á mi madre y le ofrecía en holocausto á su verdugo, pues Linares, porque no supo conservar á una mujer que huyó con mi padre, asesinó á éste, y no satisfecho aún su rencor, intentaba deshonrar la memoria de su rival en la persona de mi madre, quien, para evitarlo, se arrojó por la ventana y murió.

Esto se lo había escrito el cura Salcedo, confidente de Don Alonso y víctima también del mismo verdugo.

Exaltada la joven por sus resentimientos, parecía deleitarse con el recuerdo de su venganza, no completa aún, según dijo, porque le faltaba cumplirla en el cura Alvarez, que proporcionó sus tropas á Linares para el asalto de la hacienda, pues aquél vino de Guadalajara, solo y subrepticiamente. Quise hacer á Inés algunas reflexiones procurando demostrarle la nobleza del perdón ó, en muchos casos, la felicidad del olvido.

—La felicidad no existe, contestó con rudo acento que poco después declinó en tono ríspido de desolación, tierno á veces, sin embargo. Como el agua se descompone en mil colores, la que llamamos felicidad tiene igualmente mil matices, según es el prisma á través del cual se ve. Unos la buscan en el amor y otros en los honores; aquél la cifra en el olvido y éste en el recuerdo; ora se la hace consistir en la devoción, ora en la piedad, y no falta quienes la persigan en el fondo de una botella de vino, en las figuras de una baraja ó en las caricias venales de una mujer; muchos pretenden alcanzarla haciendo el mal á sus semejantes, y muy pocos en hacer el bien; pero, en último término, nadie la encuentra; al

(*) Cuando el Gral. Calleja se retiraba del Gobierno colonial, decía á sus amigos de Veracruz que dejaba tres virreyes en Nueva España: Apodaca en México, Arredondo en Monterrey, y Cruz en Guadalajara, y por semejante expresión proferida por quien conocía perfectamente las condiciones del país, se puede comprender hasta qué punto había llegado el influjo de este último en el extenso reino de la Nueva Galicia, cuando se le consideraba independiente del gobierno virreinal por persona tan competente. —"Apuntes históricos sobre la guerra de independencia en Jalisco", interesante librito del distinguido escritor jalisciense Lic. Luis Pérez Verdía.

ir en pos de la dicha absoluta, desconocemos que no puede existir en la tierra, porque no existe la verdad absoluta en que debiera fundarse, como no existe la forma eterna; y la ventura humana, deseada bajo tantos aspectos é incesantemente variable, al igual de todas las formas, no es sino una dorada mentira.

Pero ya que tormento ineludible y perpetuo del hombre es y será correr tras lo que imagina símbolo de felicidad, aunque muchas veces sea doloroso, negro ó amargo, yo he vinculado mi dicha en mi venganza. Triste felicidad de un instante que no compensará los agravios.

—Yo, en cambio, he vinculado mis esperanzas y mi ventura en ti, que eres lo dulce, lo bello, lo blanco; que convidas al amor, al placer y á la vida, exclamé en un rapto de apasionada ternura al ver á Inés transfigurarse en sibila fascinadora, bajo el dominio de sus propios pensamientos, que había expresado con arrebatadora elocuencia.

Reclinada en mi hombro, deslizáronse sus lágrimas al lago. Esas gotas, brillantes como estrellas fugitivas, ¿endulzarían las aguas ó las amargaron?....

***

Cerca de cuatro años transcurrieron. En este período numerosos habían sido los combates. A Alvarez, nuestros indios, en el puerto de la Peña, le arrebataron gran cantidad de parque y armas, y en Tlachichilco, Santa Anna, después de reñida pelea, obtuvo completa victoria. En junio de 1813, reunidos por el gobierno colonial formidables aprestos de guerra, entre los cuales se contaban cuatro lanchas cañoneras, una falúa y dos grandes canoas unidas entre sí por una cadena, tripuladas estas embarcaciones por más de seiscientos hombres, á quienes dirigían el Coronel Pedro Celestino Negrete y el Comandante de Marina español, de brillantes antecedentes, Don Felipe García, fué atacada nuestra fortaleza.

Con admirable empuje y valor por ambas partes, se entabló la lucha, en que al fin sucumbieron bajo lluvia de piedras arrojadas desde la isla, García y muchos de sus soldados; Negrete perdió dos dedos de la mano izquierda y tuvo que dejar en nuestro poder las dos canoas encadenadas, una caja de parque y un cañón. El resto de la flotilla se retiró en completo desorden.

Al tener conocimiento de este nuevo desastre, Cruz acordó cambiar el plan de campaña bloqueando rigurosamente la isla, en vez de volver á pretender tomarla por asalto.

Desde entonces, invertida la actitud de los adversarios, fueron Rosas y Santa Anna quienes acometían á los destacamentos realistas, á fin de apoderarse de algún botín de guerra é introducir el sustento necesario para los sitiados.

En marzo de 1814, el mismo Cruz, á la sazón ya Mariscal, se presentó en Tlalchichilco, é impaciente, dió orden para hacer un reconocimiento, que no se atrevieron á ejecutar el Coronel José Navarro, jefe del bloqueo, y el Teniente de fragata Manuel de Murga.

A principios de 1815, era ya poderosa la escuadrilla realista entre cuyas embarcaciones mirábase hasta una goleta con capacidad para 200 tripulantes; pero á pesar de todo, en enero quitamos á los enemigos la falúa «Fernando en su Trono», que no pudieron rescatar en combate encarnizado, con tal fin emprendido.

En agosto de 1816, Santa Anna derrotó á un fuerte destacamento del gobierno en Corral de Piedra; pero al día siguiente, sus tropas, que habían quedado al mando de otro jefe mientras aquél conferenciaba en la isla con Castellanos, fueron sorprendidas y destrozadas, pereciendo trescientos de nuestros hombres y más de cien de los contrarios, de manera que fué para éstos un triunfo caro.

En noviembre de ese mismo año (1816), la resistencia llegó por fin á ser imposible: no rindieron nuestro espíritu el miedo ó la codicia; ni vencieron nuestro cuerpo el hambre y el cansancio; pero nuestras filas compactas de gladiadores serenos ante las balas del adversario, se disgregaban bajo el golpe certero é inexorable de la peste que las diezmaba y hubiera hecho desaparecer en breve. La heroicidad tiene sus límites y era impotente para luchar contra ese implacable enemigo. Por consiguiente, Santa Anna, al recibir nuevas proposiciones de indulto que le hizo Cruz por medio de un emisario, consintió en tener una entrevista con aquél para tratar del asunto.

***

Durante esos cuatro años, mis sentimientos y el estado de mi ánimo habíanse modificado por completo. Al día siguiente de la ejecución de Linares, Inés, que la víspera, en la canoa, sólo había contestado mi explosión de amor con su triste sonrisa, me ofreció con extraordinaria dulzura que sería mi esposa al terminar la lucha, si en ésta no perecíamos, exponiendo que me aplazaba para entonces, porque fuera una ingratitud abandonar á nuestros compañeros y amigos en la difícil posición que guardaban; además, insinuóme que quizá para entonces, libre su alma de enconos, podría corresponder á mi ternura.

El corazón humano es, por lo común, fácilmente accesible para lo doloroso, y rebelde á lo agradable: el placer, si es fuerte, lo mata, y si no, apenas lo conmueve; el pesar lo envenena, muchas veces para siempre, y forjados de tal manera, siempre tememos el mal y raramente confiamos en que sobrevenga el bien. Así, que apenas repuesto de la profunda sacudida que me produjeron aquellas palabras, comencé á cavilar sobre el móvil que retuviera en la isla á mi amada, porque no me convencían sus explicaciones; y lo que hacía tiempo era leve espina, fué entonces dardo punzante; pues al calor de los celos, mi sospecha se convirtió en realidad: Rosas amaba á Inés.

Resignado, no obstante, me abstuve de proferir cualquier palabra de reproche; pero tampoco la dije de amor, aun cuando estaba persuadido de que Rosas jamás confesaría su pasión y de que Inés no la correspondía. Dió término á esta situación un hecho que nada tuvo de inesperado: el de haber sido yo herido gravemente en una de las numerosas acciones de guerra en que tomé parte, la de Corral de Piedra. Transportado á la isla, hubo de volverme Inés los servicios que le presté en caso idéntico, y al sondear mi pecho desgarrado por una bala, vió que me desvanecía; angustiada, olvidando todos los escrúpulos que antes la detuvieran, puso su rostro contra el mío, y yo, sintiéndome morir en aquel instante, al darme Inés su primer beso, imaginé que lanzaba mi último suspiro....

Desde ese día transformóse el Capitán Juanito en «La Capitana». Se hizo pública nuestra historia, y el padre Castellanos, en compañía de Rosas, vino á anunciarme que él bendeciría nuestro enlace. Encarnación me estrechó la mano en silencio: esta sencilla muestra de afecto y una mirada suya, fueron para mí la más segura prenda de su lealtad.

No cicatrizaban aún mis heridas, cuando se me comunicó la sumisión de la isla. El suceso, que significaba la próxima realización de mis anhelos personales, acongojó, sin embargo, mi espíritu, tanto más cuanto que con tal noticia me llegó la de la desaparición de Rosas. Pronto tuve la triste explicación de este hecho, al recibir una carta que simplemente decía: «Sean usted y Doña Inés felices. Acuérdense de mí.—Encarnación.» El portador del pliego, tartamudeando de emoción, logró difícilmente hacer comprender su relato. El bravo guerrillero, después de entregarle ese papel, habíale ordenado que le ayudara á conducir hasta el lugar más escarpado de la playa, uno de los cañones que la defendían. Atóse Encarnación á la pieza, é instantes después, con sus fuerzas de atleta, la empujó hacia el agua y rodó con ella....

Consumada la capitulación en las condiciones más honrosas para los sitiados—condiciones que por cierto cumplió religiosamente Cruz,—á Santa Anna se le reconoció el grado de Teniente Coronel y se le nombró Gobernador de la isla, y á Castellanos, que tenía entonces setenta y cinco años de edad, se le colmó de honores, aun cuando ni uno ni otro, para someterse á la paz que se les exigía, necesitaban otra liga que su palabra de honor.

***

Hacinamiento de piedras ennegrecidas en que serpeaban los reptiles y crecían los jaramagos, fué todo lo que encontramos de la hacienda de Santa María. La solicitud piadosa de algunas pobres gentes había erigido con escombros un pedestal y sobre éste una cruz, en el mismo lugar en que murió la madre de Inés; cerraban el estrecho recinto algunas palmeras flabeliformes que parecían puestas allí por la naturaleza para defender y asombrar el monumento, y con el susurro de sus hojas elevar al cielo incesante y misteriosa plegaria.

En aquel sitio fué improvisada una capilla para celebrar nuestro matrimonio. No faltaron azahares con que adornar la frente de la desposada; pero antes de cortarlos, fuimos á depositar flores y convólvulos ante una cruz de madera que en memoria de Encarnación Rosas plantamos por nuestras propias manos, en el cementerio, frente á la tumba de Linares.

Algunos años más tarde, las enredaderas habían unido la cruz y el sepulcro.

Al ver esto, dije á Inés:

—El tiempo es el olvido.

—El amor que todo olvida y perdona todo, es la felicidad—contestó ella, rodeando mi cuello cariñosamente con su brazo.

Y así unidos, caímos de rodillas y rezamos á la vez por el mártir y por el verdugo.

JULIO POULAT.

1903.



CRISANTEMA

Marchita ya desde que naces, mueres
En pulido tibor de fría estancia,
Y te cantan poetas sin sustancia
Y te buscan ridículas mujeres.

¡Oh, qué infeliz! mas qué insensata eres
Soñándote la flor de la elegancia!
¡Mísera flor, sin jugo ni fragancia,
Que ser la reina de las flores quieres!

Vástago no eres tú de Primavera:
¿No de ti se rió la esbelta diosa
Cuando te vió venir, la vez primera?......

¿Cómo usurpar pretendes, ambiciosa,
Con esa alborotada cabellera,
El regio trono á la elegante rosa!

E. FERNÁNDEZ GRANADOS.

SCHERZO

Solos y juntos un día,
Ella me dijo: alma mía,
Eterno y tuyo es mi amor
Y siempre tuya he de ser:
Que estoy unida á tu ser
Como al arbusto la flor.......

Mas vino el siguiente día;
La que me dijo: alma mía,
Eterno y tuyo es mi amor
Y siempre tuya he de ser,
Se desprendió de mi ser
Cual del arbusto la flor......

FERNANGRANA.



ESTUDIO FOTOGRAFICO (American Photo Art.—San Diego, 6).

Canción de la Cigarra

De "Aires de la Montaña."

En mi estridente monocordio,
y no en el dulce clavicordio,
rompo de un cántico el exordio:
Yo soy la musa del estío
y, ebria de sol y de rocío,
canto en las márgenes del río.
En los ardores de la siesta,
rimo mis notas con la orquesta
que alada trina en la floresta.
Cuando corusca Febo estivo
—ojo de sátiro lascivo—
y del cenit llueve oro vivo,
¡cuál me deleitan los sonoros
graves bramidos de los toros
cuya nariz hincha sus poros,
y que en tropel ansiosamente
llegan á la húmeda corriente
por aplacar su sed ardiente!
Gusto de ver los animales
de las comarcas tropicales
y que el calor torna sensuales:
pláceme ver á la ventruda
negra tarántula velluda
que, para herir, falaz se escuda;
á las hidrópicas iguanas,
cabe las límpidas fontanas,
frescor de eglógicas sabanas;
á los bicornes alacranes
—que son rastreros dioses Panes—
y á lagartijas y caimanes.
Gusto cantar con el auxilio
de Coridón, héroe de idilio,
«formósum pástor» de Virgilio.
Gusto de ver en los alcores
á los cabritos triscadores
que retozando tronzan flores.
Gusto de ver á la zancona
y aleve araña, juguetona
tender su fina red nipona,
por atrapar zumbón mosquito
que lanza un grito con su pito
y con su pito lanza un grito.
Tengo un magnífico palacio,
un ideal y azul espacio:
las odas clásicas de Horacio.
De La Fontaine soy noble amiga,
aunque en su fábula castiga
mi orgullo al lado de la hormiga.
Mas Longo me hizo venturosa:
de Cloe púbera y hermosa
me dió los senos nieve y rosa.
Súbito un pájaro canalla
en una brusca trova estalla
y á la cantora grita:—¡Calla!
Pues es monótono tu canto,
y lo repites tanto y tanto,
asaz aumentas mi quebranto.
Eres moderna poetisa
y tus estrofas causan risa
aleteando con la brisa.
No tienen gota de fragancia,
ni luz, ni ritmo, ni elegancia,
aunque presumas ser de Francia.
Calla. Las aves no sufrimos
que estés rebilando tus opimos
tardos tercetos monorrimos.
Y terqueando la cigarra,
la voz del pájaro desgarra
con el bordón de su guitarra:
Yo soy la musa del estío
y ebria de sol y de rocío,
canto en las márgenes del río.

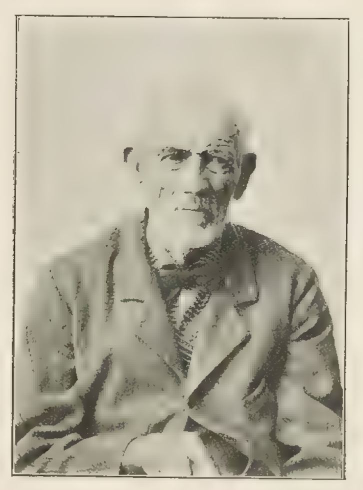
JUAN B. DELGADO.

Un matrimonio feliz

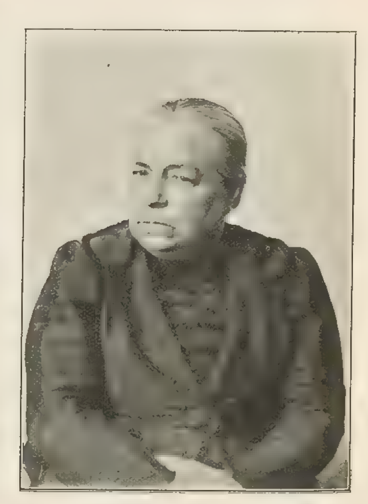
Publicamos en este número los retratos del señor Joaquín Hernández y de la señora Librada Romo de Hernández, cónyuges de 90 y de 76 años respectivamente, que el día 8 del actual celebraron en la capilla de Merced de las Huertas sus bodas de oro. La ceremonia resultó altamente simpática, y á ella concurrieron casi todos los descendientes del feliz matrimonio, que alcanzan el número de noventa.

Terminada la ceremonia religiosa, que consistió en la celebración de la misa, los esposos, acompañados de su familia, asistieron á un banquete que en su honor se había dispuesto y que fué para cien cubiertos.

Raros serán los matrimonios que, como el que nos ocupa, cuenten con una historia tan envidiable de tranquilidad y de goces. Todos los miembros de la numerosa familia Hernández viven muy unidos entre sí, y protegen con verdadera solicitud á sus ancianos padres.



Sr. Joaquín Hernández.



Sra. Librada Romo de Hernández.

EL MANTON DE MANILA

—Abre ese balcón, que entre lo que más falta me hace—díjole á la Niña de los Lunares Antonio el Garibaldino, al par que se oprimía con ambas manos el dolorido pecho.

Y abrió la Niña el balcón de par en par, como su marido le indicara, y un torrente de sol penetró en la estancia, embelleciendo el modestísimo mobiliario.





Respiró con ansia y fruición Antonio el aire de la calle, y exclamó, disponiéndose á encender de nuevo el cigarro que el reciente acceso de tos le hiciera colocar al borde de la mesa.

—Chavó, Niña mía, y si tosiendo se ganaran dineros, me reía yo de los amos del Martinete.

—Pos si toses tanto, es casi porque te da la repotente gana, que le duele al médico la boca de aconsejarte que no fumes; pero tú, como si ná, como si se lo aconsejaran al monumento de Torrijos.

—Tiees toas la razón, pero es que yo ya estoy desesperadito, es que seis meses tosiendo y con el cuerpo acalenturao, es pa quemarle á cualisquiera la Santa Bárbara... pero hablando de otra cosa; ¿se puee saber por qué se ha alevantao hoy con el perfil en corso la prenda que yo más estimo?

—¡Toma! ¿Por qué querrás tú que sea? ¡Porque cá golpe de tos que te da, es un crugío que me pegan!

—Y por algo más que yo sé... pero cómo darte gusto, si cá uno de esos mantones vale más que una túnica pa la Virgen.

—¡Vamos, hombre, déjate de soñar á dormivela! ¡Buenos estamos pa mantones!

—Es que esta noche hay velá en el barrio y que toas tus amigas sacarán á relucir sus capotes de paseo. ¡Y feílla que estarías tú con el que trajo ayer á la venta la señá Paca, la vendedora de la Goleta!

—¡Sí que es bonito el pícaro mantón! Blanco y granate y con flecos de á tercia.... ¡Pero treinta duros!

—Sí que eso pa nosotros es como si fuera la estrella Polar. ¡Pero poco ancho que te llevaría yo esta noche adorná con él y matando gentes con tu cuerpecito garboso y con tu carita morena!

***

Dos ó tres horas después, sentado Antonio en uno de los bancos del Pasillo de Santo Domingo, contemplaba con profunda melancolía los bandurrios de mozas y mozos que discurrían á su alrededor en animado bullebulle; las colgaduras de colores vivísimos que brillaban al sol en balcones y ventanas; las casetas de madera rematadas por vistosos gallardetes, y las pintorescas buñolerías delante de las cuales tentaban al transeúnte á gustar la masa en su punto, entre guiños picarescos y con su charla zalamera, algunas gitanas de juveniles hechizos, de aterciopelados ojos, tez de bronce y típica indumentaria.

Y absorto en sus poco risueñas meditaciones, dejó poco á poco el Garibaldino de ver la brillante perspectiva y de oír el sonoro repiquetear de las campanas, el vocear de los vendedores y el confuso hablar y reír de las gentes, cuando deteniéndose junto á él, preguntóle con cariñoso acento Juanico el de los Melones:

—¿En qué estás pensando, «chavó», en la pesca del atún ó en el celo de las tórtolas?

—En lo bien que me sentaría una puñalá en el sitio que yo dijera—repúsole aquél con voz sorda, al par que miraba lo bien que le caía su mantón de las grandes solemnidades á Pepa, la Bonita del Altozano.

—Vamos, hombre, déjate de puñalás y vámonos á ver quién es el pajarraco que se lleva en el pico los treinta duros de la cucaña.

—¿Treinta duros es el premio?—preguntóle Antonio á Juan, al par que un destello iluminaba sus entristecidos ojos.

—¡Treinta justos y cabales!

Y cogiéndolo del brazo, arrastró Juan á su amigo hacia el sitio donde debía tener lugar el arriesgado espectáculo.

II

No era fácil empresa sin duda escalar el altísimo mástil en cuyo extremo hacía el viento ondular vistosísima bandera, y ya habían resbalado, acogidos por la resonante rechifla de los espectadores, Pepe Tarugo, un jayán bronceado y de recia musculatura, y Periquito la Anguila, un chaval que justificaba sobradamente el mote, cuando exclamó Toñuelo el Tarambana disponiéndose á probar fortuna:

—Camará, si pa llegar arriba sa menester ser de la familia de las palomas mensajeras.

Y ya se dirigía hacia el mástil, cuando Antonio el «Garibaldino», arrancándose bruscamente de la mano de Juan, que intentaba detenerlo, saltó al espacio libre y llegó rápido al mástil, que ciñó decidido con los enflaquecidos brazos.

—Pero, camará, has perdío la «chaveta»?—preguntóle Juan lleno de asombro.

-Que no vayas á fundar un asilo con esos «parneses»—le gritó el «Tarambana» con acento de zumba.

Y Antonio, sombrío y silencioso, apretó contra el mástil su pecho, enfermo y dolorido, y dió comienzo la tremenda lucha.

Esta fué larga y terrible; faltábale al «Garibaldino» aire en los pulmones y vigor en los músculos, pero era preciso triunfar, era preciso llegar arriba, á lo más alto, allá donde bajo el radiante azul del cielo él veía ondular, no la bandera rojo y gualda, sino el mantón blanco y granate y de larguísimos flecos que tan locamente ansiaba él arrojar sobre los curvos hombros de la mujer querida.

Y entre momentáneos desmayos y nerviosas reacciones, llegó Antonio, por fin, al extremo del mástil, y pudieron oír y ver los á sus pies congregados, su estridente grito de victoria al arrancar con mano crispada la vistosa bandera, y cómo resbalaba rápido y casi inerte hasta caer en brazos del de los Melones, entre las delirantes aclamaciones de la apiñada muchedumbre.

—¿Qué es lo que has hecho?—preguntóle Juan, mirando asustado el rostro lívido y descompuesto de su amigo.

—Ná......—repúsole éste con voz ahogada y desfallecida —ná, y ahora... ahora vente conmigo, que vamos á buscar á la señá Paca, la vendedora de la Goleta.

III

Terminada la fúnebre tarea, sentóse Juan al lado del muerto, húmedos los ojos y tristísima la mirada.

Y cuando momentos después el señor Paco el Tallista, que acababa de saber la terrible desgracia, penetró con rostro conmovido y sudoroso y jadeante en la habitación, pudo ver á la Niña que, con el pelo en magnífico desorden y enrojecidos los hermosísimos ojos, apenas si oía los inútiles consuelos de las amigas y parientes, que pretendían amordazar en ella el dolor que desbordábasele en abrasadoras lágrimas y en irresistibles sollozos.

Y también pudo ver el señor Paco á Antonio el Garibaldino, la flor y nata de sus oficiales, dentro de la humilde caja de pino, forrada de bayeta, colocada sobre el desnudo suelo, destacándose á los rientes rayos del sol matutinal, con su semblante afilado, de color de marfil viejo, entornados los rasgadísimos ojos, entreabiertos los finos labios, en los que aún se notaban vestigios de la sangre vertida, y luciendo á modo de extravagante y brillantísima mortaja aquel mantón de Manila blanco y granate y de larguísimos flecos, adornado con el cual ya no podría nunca lucirla de los Lunares, en las veladas del Perchel, su cuerpecito garboso ni su carita morena.

Arturo Reyes.



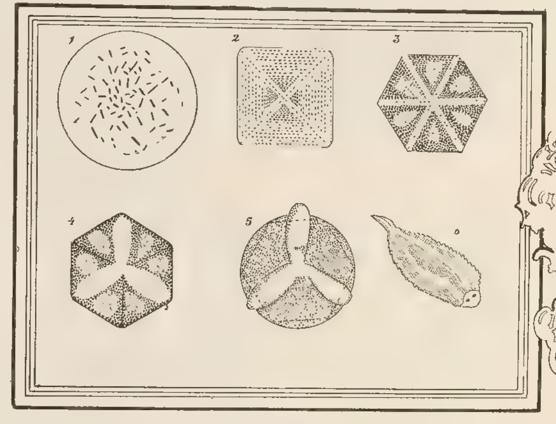
LA GENERACIÓN ESPONTÁNEA

EL ORIGEN DE LA VIDA

Los alquimistas, que en las solitarias torres de los castillos medioevales, ardían los embrujados hornos aterrorizadores y preguntaban, con tenacidad solamente comparable con su mala suerte, á la Naturaleza sus secretos más hondos, creían firmemente en la generación espontánea, como creían también en la transmutación de los metales. El secreto de la existencia, el famoso «elíxir de larga vida», y la trasmutación de los metales innobles en metales superiores, «la piedra filosofal» consumía inútilmente las existencias de los pocos hombres que, de pensar de manera menos fantástica, podrían haber prestado útiles servicios á la gran causa de la humanidad.

La generación espontánea, especialmente, fué un credo científico, hasta los años en que el ilustre Pasteur, casi un contemporáneo nuestro, comenzó sus admirables estudios acerca de las enfermedades de las vides y del ganado. Partió Pasteur de ciertos principios perfectamente fundados, hasta llegar á conclusiones inesperadas, es cierto, pero de alcance tal, que la ciencia entera se resintió de su violento empuje. La generación espontánea pasó á la categoría de un mito, de una leyenda, de una inconcebible mentira. Los descubrimientos se siguieron rápidamente los unos á los otros. Líster fundó la escuela quirúrgica antiséptica; la viticultura llegó á dominar á sus más tremendos enemigos; la ciencia de curar encontró nuevos campos y métodos nuevos para luchar en contra de la enfermedad y de la muerte.

Pero la ciencia jamás ha llegado á saber, de cierto, cuál es el origen de la vida. Los admirables estudios de Darwin fundan la teoría de la evolución de las especies. Se busca—y se encuentra—la serie animal que ha de formar la cadena que una al hombre con el «protozoario»; pero, al llegar á los organismos unicelulares, la investigación se detiene, y la Naturaleza guarda celosamente su secreto.



I La mezcla del Dr. Littlefied, vista al microscopio.—II Cristales de sal marina; inertes, minerales. -III Cristalización bajo acción de la corriente eléctrica.—IV Los cristales se modifican á la vista, toman los carácteres de una celdilla viva.—V Un paso más hacia la formación del elemento organizado, vivo.—VI La «trilobita» completamente formada y viva.

Nos dicen los análisis que tres ó cuatro cuerpos simples, que en los laboratorios de química se conocen bien, forman, por su unión en ciertas proporciones, la célula primitiva. En las excavaciones de los geólogos se van encontrando los animales todos que forman la serie ininterrumpida que soñó Darwin. Solamente atrás de la celdilla se extiende el abismo, la nada, el misterio.

¿Se resolverá el problema?

Existe ya un médico de fama, serio y honrado, el Doctor Líttlefield, qué acaba de asegurar, ante sociedades científicas de renombre, que ha salvado este abismo; que ha descubierto la esencia del misterio; que ha «creado» la celdilla animal, viva, fundamental.

Dice el Doctor Líttlefield que ha hecho repetidas veces las experiencias y que en todas ellas ha obtenido resultados enteramente iguales, que se encargará de discutir, de comprobar ó de rechazar una comisión especial.

La experiencia creadora (que de ser cierta, sería la experiencia más memorable hecha por el hombre) es bien sencilla. Consiste solamente en lo siguiente: en un vidrio de reloj, absolutamente limpio, estéril, se coloca determinada cantidad de sal marina—el «cloruro de sodio» de los químicos,—adicionada de cierta proporción de alcohol, amoníaco y harina, en cuyos cuerpos se encuentran los elementos todos que forman una celdilla animal, un «protozoario», es decir, oxígeno, hidrógeno, carbono y ázoe.

Se encuentran, por lo tanto, en el vidrio de reloj, los elementos indispensables para la formación de un ser vivo (infinitamente pequeño, es cierto, pero siempre vivo). Es el «barro» de que hablan los legendarios textos bíblicos, y solamente falta el «soplo vivificador.»

Si se deja la mezcla reposar, se forman cristales cúbicos de cloruro de sodio, perfectamente caracterizados. Pero si se hace pasar por el líquido mezclado, puesto bajo el objetivo de un microscopio, una



Dr. Líttlefield.

corriente eléctrica de intensidad y de carácter especiales, se ve—afirma el Doctor Líttlefield—que los cristales se van modificando suficientemente aprisa para que se pueda ver el proceso todo. Lentamente se forma en el seno del cristal un «vacúolo», ó espacio vacío, en el que se ven corrientes de líquido. El vacúolo se ensancha, se cubre de una envoltura especial, se forma en su centro un núcleo. Desde este momento es una «celdilla», y la mezcla en la que nada, se transforma, y es, en el interior de la celdilla, un verdadero «protoplasma». El milagro está hecho.

La celdilla que se forma es una «trilobita». Las trilobitas se encuentran en los terrenos geológicos precursores de aquel en que vivieron los animales primitivos. Se sabe que la Tierra, después de producir vegetales enormes, monstruosos, comenzó á poblarse de animales, primero sencillísimos, poco á poco más complicados, á medida que las edades transcurrían, hasta llegar al hombre. Las «trilobitas» forman los primeros rudimentos de vida organizada en la forma animal.

Las «trilobitas» que el Doctor Líttlefield obtiene, se reproducen, viven, se multiplican, como se las deje en un sitio á propósito. Son, por ende, organismos animales, verdaderos gérmenes de vida.

El paso sería enorme, en el sentido del progreso, de quedar debidamente demostrada la verdad de los experimentos de Líttlefield. Hay que desear que no se haya equivocado en su experiencia interesantísima.

La Gendarmería Fiscal

La Secretaría de Hacienda, por conducto de la Dirección General de Aduanas, ha dispuesto la adopción de un uniforme especial para los individuos que presten sus servicios en la Frontera, como miembros de la Gendarmería Fiscal.

Los uniformes son de paño azul, y constan de pantalón de montar, chaleco, chaqueta y sombrero ancho; teniendo en las vueltas de las mangas los distintivos correspondientes á las clases de cabos, gendarmes, etc.

El grupo de gendarmes que hoy publicamos, pertenece á la 1ª Zona, única que cuenta en la actualidad con los uniformes de nuevo modelo. El personal de las Zonas 2ª, 3ª y 4ª se uniformará á la mayor brevedad posible, á fin de que todos los que lo integran puedan ser identificados en cualquier momento en que las necesidades del servicio lo reclamen.



Cabos y gendarmes fiscales, con el nuevo uniforme.

CARROS ALEGÓRICOS

Como uno de los números del programa acordado para la celebración de la Independencia, se efectuó el día 16 por la mañana, en Mixcoac, un desfile de carros alegóricos, en cuya organización tomaron parte las autoridades locales y algunos vecinos de la población.

Los carros, en número de cinco, representaban la América, el Comercio, la Floricultura, la Agricultura y la Industria, distinguiéndose entre todos, tanto por la originalidad de su composición, como por lo hermosísimo de su decorado, el segundo y el tercero. El del Comercio, adornado, casi en su totalidad, con flores naturales, llevaba en la parte superior un corazón formado con telas de seda de los colores nacionales y españoles. Una esfera de gran tamaño completaba la composición, realzando notablemente su belleza.

El de la Floricultura semejaba una mezquita árabe tapizada de flores de distintas clases. En el centro del carro iba una graciosa señorita que representaba á la diosa Flora.

Al frente de los carros desfilaron los alumnos de las escuelas oficiales de la Municipalidad y una numerosa cabalgata.



Mixcoac. Carro del Comercio.

Para algunas mujeres, la conciencia es un corsé que se estrecha ó se ensancha á beneplácito de la dueña.—J. Liserol.



Mixcoac.—Carro de la Horticultura.

DISPEPSIA, GASTRALGIA, DIARREA, DISENTERIA, CATARRO INTESTINAL, ULCERA DEL ESTOMAGO

y demás enfermedades del aparato digestivo, se curan radicalmente por crónicas y rebeldes que sean, con el famoso

ELIXIR ESTOMACAL DE SAIZ DE CARLOS

Marca "STOMALIX,,

VENTA: DROGUERIAS Y FARMACIAS



TÓNICO — RECONSTITUYENTE FEBRÍFUGO



EL MISMO **FERRUGINOSO:** Anemia, Clorosis, Convalecencias, etc.

SIETE MEDALLAS de ORO — PARIS — 20, Rue des Fossés-St-Jacques y en las Farmacias.

EL MISMO **FOSFATADO:** Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc. 646

CRISTALERIA

Loeb Hermanos.

Primera Plateros. Esquina Alcaicería.

VAJILLAS PARA MESA

de Loza y Porcelana, blancas y decoradas.



Copas y Vasos, Botellas y todos los artículos de cristal desde clases corriente hasta más fina.

Juegos, Lavamanos, Escupideras en variedad que no se iguala en ninguna parte.

Artículos de lujo y fantasía propios para obsequios, á precios sin igual.

Cárlos Manuel Durán.

FARMACEUTICO.

Fabricante del excelente y más acreditado vino mezcal.

HACIENDA DE

"LA ESTANCITA"

Ahualulco, Jal.

ASMA OPRESION CATARRO

CURACION pronta y asegurada con los polvos antiasmaticos y los CIGARROS **GAMBIER**

COQUELUCHE

Tratamiento racional é infalible por fumigaciones con los

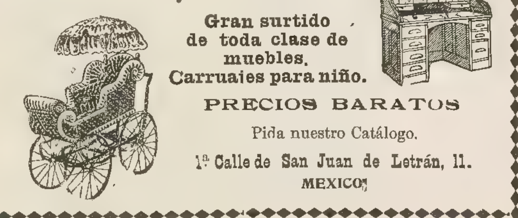
POLVOS FUMIGATORIOS GAMBIER

PARIS — 208 bis, Fg St-Denis

México: J. LABADIE, Suc[res] y C[ia] — J. NIELKID

"A LA GRAN MUEBLERIA."

Ricardo Padilla y Salcido.





Gran surtido de toda clase de muebles. Carruajes para niño.

PRECIOS BARATOS

Pida nuestro Catálogo.

1a Calle de San Juan de Letrán, 11.

MEXICO.

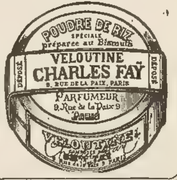
MEDALLA DE ORO, PARIS 1900

Los Polvos de Arroz de **CH. FAY**

Inventor de la VELOUTINE

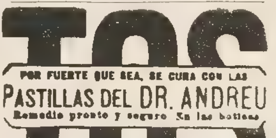
ULTIMA CREACION:

ROYAL VELOUTINE



TOMEN

PILDORAS HUCHARD.



HIERRO QUEVENNE

Aprobado por la ACAD. de MEDICINA de PARIS

El más activo y económico, el único Hierro inalterable en los paises cálidos.

Cura: **Anemia, Clorosis, Debilidad**

Exigir el *Sello de la "Union des Fabricants"*

14, Rue des Beaux-Arts, PARIS

PLACAS FOTOGRAFICAS

JOUGLA

—545, Rue de Rivoli, 4 PARIS,

TÓMESE

El Vino de San Germán

LOMBRIZ SOLITARIA pulsión segura en DOS horas, sin PURGA, por las cápsulas L. KIRN. Evitad imitaciones. Depósito: Farm. HAUGOU, 54, boulevard. Edgar Quinet, París y en todas las farmacias.

LA PRELLE SHOE CO.,

ST. LOUIS, U. S. A.

Zapatos "Coronación"

Los hacemos á varios estilos y de distintas pieles. Escriban pidiendo Catálogos.



Esta es la única casa que da mayor atención á sus clientes y que no tiene competidores en el precio.

Vende sólo á los comerciantes.



EL MUNDO ILUSTRADO

Año X—Tomo II—Núm. 14
Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

México, Octubre 4 de 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem, en la capital $1.25
Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



UNA MUSETA

"American Photo Art."

Vicios de nuestro carácter

En esta época por que atravesamos, toda de lucha por la vida, de selección natural y de supervivencia del más apto; época feliz en la que por cada vacante hay cien candidatos, y mala sea la comparación, para cada hueso hay cien perros, el talento, la aptitud, el vigor, la aplicación, son las armas mejores para alcanzar el triunfo, y las sendas más amplias y rectas para llegar á la meta.

Dentro de los regímenes modernos en que no existen privilegios por ministerio de la ley, ni posiciones heredadas, ni castas cerradas; ante la puerta abierta á todos, sin distinción de clases, para llegar á los honores, las riquezas, el prestigio y la posición social, sólo el talento efectivo, el mérito real y la laboriosidad infatigable, son bastantes á hacer salir á los hombres de la nada, y á presentarlos engrandecidos y dignificados á la admiración y al respeto de sus semejantes.

De una manera general así es y así pasa. La posición, la riqueza ó el prestigio conquistados son, de cien casos en noventa, la medida del valor intrínseco moral, intelectual ó físico, de quien los ha alcanzado, y á juzgar por la regla y no por las excepciones, el régimen de la libre competencia es el más equitativo, porque, en definitiva, hace justicia al mérito, y resulta más estimulador, ya que en general alienta y recompensa el esfuerzo humano y acrecienta su energía por medio de una educación intensiva de la actividad inteligente.

La masa de las gentes, entre nosotros, piensa de otro modo, y juzgando de la validez del principio por el examen de las excepciones que ofrece; haciendo una estimación defectuosa de lo que es el verdadero mérito, y creyendo, aunque sin decirlo, que el mérito es uno y no múltiple, ha acabado por invertir los términos y por creer que es precisamente al incapaz á quien sonríe la fortuna, y que es al merecedor á quien vuelve la espalda la veleidosa divinidad.

Este error tan común nos hace intolerantes con el sabio, el rico ó el poderoso, injustos con el paciente y el constante, inexorables con el triunfador y envidiosos de todo lo que brilla, descuella y se impone.

¿Quién en México reconoce dotes, virtudes é inteligencia al empeñero ó al abarrotero? Pase reconocerlas en tanto no arriban, no prosperan y no nos salpican en las calles con el lodo que huellan sus troncos de caballos; pero una vez enriquecidos á fuerza de labor, de energía, de habilidad y de audacia mercantiles, lo único que sabemos es apellidarlos idiotas, pícaros ó á lo más, afortunados.

Mientras nuestros amigos y conocidos no llegan á ser diputados, senadores, gobernadores de Estado, altos empleados públicos, capitalistas ó miembros de academias ó sociedades científicas, llevamos nuestra deferencia hasta reconocerles capacidad, honradez ó instrucción; pero no bien suben un peldaño de la escala, levantamos las manos al cielo, fingimos escándalo y no cesamos de preguntarnos á qué puede deberse que hombres sin mérito, sin servicios, sin cualidades, ignorantes como carpas y malos como la peste, progresen, prosperen, se engrandezcan, en tanto que otros, verdaderamente meritoriosos (por hipocresía no nos citamos á nosotros mismos), permanecen obscuros, ignorados y postergados.

No tengo idea de que la exaltación de un hombre sea bien acogida entre nosotros, y contadas son las personas, tal vez en la actualidad no pasen de una, que llegan á convencer á sus conciudadanos, del talento ó de los virtudes que las adornan.

Hay, sin embargo, una manera de hacerse respetar y considerar, y de reconquistar la estima de sus semejantes: venir á menos, caer del pedestal, desprestigiarse ó fracasar.

Dentro de la expansibilidad natural de nuestro carácter y dadas cierta generosidad y cierto desinterés que nos son característicos, ¿cómo comprender ese feo vicio nuestro y esa tendencia que tanto desdice del tipo caballeresco que parece ser nuestro bello ideal moral? ¿Cómo, nosotros, que sentimos nudo en la garganta y angustia en el pecho á la noticia del mal ajeno; cómo, nosotros, entusiastas y casi delirantes por todo lo que brilla, descuella y se impone, sentimos tan fácilmente la envidia y lamentamos tanto el bien de los demás?

Este vicio es de origen atávico, en parte, y en parte también de origen educativo. Atávico, sí, del lado andaluz de nuestra ascendencia. Nada hay, en efecto, más celoso, más envidioso, más cáustico en la crítica y más sistemático en ella, caiga quien cayere, que el andaluz, que hereda á su vez todos los vicios y todas las gracias de sus antecesores moriscos.

Pero la educación ha fortalecido, en lugar de atenuarla, esa propensión. La educación, la social principalmente, no ha vigorizado en nosotros el sentimiento del deber, sino el afán del aplauso y de la gloria.

No sabemos encontrar en la propia conciencia la recompensa de nuestras virtudes y la compensación de nuestros sacrificios. Nos son forzosas las aclamaciones, los lauros, los himnos triunfales, las lisonjas de la multitud. Cuando nos faltan esas compensaciones, nos creemos defraudados, burlados, robados. Habíamos bregado, luchado, vencido, no para retirarnos á la Cincinato, sino para ser arrastrados como César en el carro triunfal. Tenemos corazón y propensiones de soprano ligera ó de bailarina estrella, vivimos del «bravo,» del «bis» y de las «llamadas á la escena» y cobramos en proporción; los ramilletes de la galería son nuestra alfombra; con los lauros de nuestros triunfos hacemos nuestro lecho de delicias y nuestro pedestal de gloria, y sentimos envidias histéricas de prima donna y rencores insaciables de comprimaria cuando alguien, sea quien fuere, grande ó pequeño, merecedor ó indigno, nos roba una palmada, un pétalo de flor ó una hoja de laurel.

Felices los que no saben sentir envidia! Y desgraciados los que la sienten. Hay un sentimiento más grande, más noble y más pródigo en goces íntimos y en felicidad inefable: la admiración. Quien no sabe admirar, no puede ser feliz ni es digno de vivir.

CRUZANDO LA BARRA

(DE LORD TENNYSON)

Declina el sol bajo la gris techumbre
Donde la estrella de la tarde brilla,
La voz del hado sin piedad me nombra!
Quizá silencie su gemir la orilla
Cuando la deje por el mar de sombra.

Mas la corriente dormitar parece
Cuando susurra el viento vagabundo
Sobre la espuma que la linfa adorna,
Y la ola del piélago profundo
Su origen busca y al misterio torna.

Un crepúsculo gélido y brumoso
Y los sones del viejo campanario,
Luego el espacio de tinieblas viste!
Quizá cuando me embarque solitario,
No haya un adiós apasionado y triste.

Y si mis Tiempos y Lugares dejo
A los impulsos de tenaz corriente,
Espero ver al Celestial Piloto
Cuando la barra lóbrega y silente
Cruce y me aleje por el mar ignoto.

JUAN E. ARCIA.

LA CODORNIZ

Llamábase Elena de Naires, y, en plena juventud y en plena belleza, minábala sordamente la tisis.

Los médicos la enviaron al Mediodía, y, á las primeras heladas, abandonó con su marido, Rogelio de Naires, que la adoraba, su hermoso nido campestre de Avelles, para instalarse en Baulieu, en las inmediaciones de Niza.

El cambio de clima y la suavidad de aire, ejercieron al principio una acción saludable en el estado de la enferma.

El enamorado esposo estaba encantado y bendecía la mágica influencia de aquella tierra milagrosa.

Pero Elena no se equivocaba, pues su cruel presentimiento le revelaba, sin duda, los pérfidos progresos de la dolencia.

Con efecto, el mal seguía su marcha y conducía á la paciente hacia un fatal desenlace.

Sólo Rogelio no notaba la alteración en la salud de su esposa, confiado en el próximo restablecimiento. Marido y mujer daban largos paseos por los floridos senderos, durante los cuales daba el esposo rienda suelta á sus ensueños de esperanzas.

Sin embargo, cuando llegaron los calores de abril, la debilidad de Elena se acrecentó de un modo visible.

La infeliz no tenía fuerzas para andar y únicamente daba vueltas por el jardín, entre los naranjos, cuya robusta florescencia surgía por todas partes con crueles ironías.

En cierta ocasión oyeron Elena y Rogelio un característico canto de ave, tres notas: la primera prolongada, y breves las otras dos.

—¿Oyes?, dijo Elena—es el canto de la codorniz, el mismo que solíamos oír en los campos de Avelles.

—Sí, contestó Rogelio—el mismo que volveremos á escuchar allí en agosto.

—No—repuso Elena,—porque no podré volver á nuestro castillo. Estoy condenada á morir y aquí exhalaré el último suspiro. Lo sé, porque ayer oí que el médico lo decía al despedirse. No lo niegues, porque estaba yo escondida tras de una puerta.

Rogelio trató de protestar contra aquellas palabras y cubrió de besos á su compañera.

—Sí—añadió Elena,—me moriré pronto, tú te volverás á Avelles, y después de haberme llorado por espacio de algún tiempo, me olvidarás y te consolarás con otra......

—Te juro......

—No, Rogelio, no me jures nada. Oye el canto de la codorniz bajo los olivos. Cuando vuelva á cantar en la próxima primavera, ya no te acordarás de mí.

*

Según su propio presentimiento, Elena murió en su quinta del Mediodía, y Rogelio, henchido de dolor, regresó á Avelles, acompañando el cadáver de su esposa, que fué enterrado en el jardín del castillo.

Durante los primeros meses que se sucedieron, el pobre viudo no salió de las cercanías de su casa, consagrado exclusivamente al recuerdo de la que fué su amadísima consorte.

La soledad en que vivía le era tan necesaria como dolorosa.

Sentía la nostalgia de las caricias de otros tiempos, y la alegría de los campos despertaba en él una necesidad de amar que casi llegaba á avergonzarle.

Hallábase una tarde de agosto asomado á una ventana, cuando de pronto oyó en los sembrados las tres notas de la codorniz; y aquel llamamiento de las aves de paso, le obligó á reconcentrarse en sí mismo.

Examinóse escrupulosamente y se sorprendió del sesgo que en algunas semanas habían tomado sus ideas.

Avergonzado de las preocupaciones que le distraían de sus penas, comprendió que la soledad es mala consejera y resolvió viajar.

Esperaba que el movimiento evivaría su dolor, conservándolo así más puro y más inten-

so, del mismo modo que vuelve á encender una antorcha mal apagada agitándola al aire.

*

¡Ah! el hombre, ser ilógico, inconsistente y complicado, es tan impotente para prolongar su dolor como para prolongar su placer!

El río de la vida, donde todo se sumerge, se aniquila y se pierde, arrastra con la misma velocidad en su corriente nuestros esfuerzos y nuestras debilidades, nuestros goces y nuestros sufrimientos.

Al año siguiente, en el mes de abril, en el camino que conduce de Beaulieu á San Juan, paseábase Rogelio, llevando del brazo á una preciosa rubia, hermosa y elegante, cuyos ojos garzos le provocaban la adorable embriaguez del amor naciente.

Mientras Rogelio, consagrado exclusivamente á las delicias del momento actual, no se acordaba ya de la pobre muerta, oyó de nuevo el canto de la codorniz, ese llamamiente al amor que las aves de paso lanzan periódicamente al espacio.

Rogelio se detuvo y sintió un escalofrío que lo hizo estremecer de pies á cabeza. Parecíale ver surgir ante sus ojos el fantasma de Elena, murmurándole con triste voz: «¡Acuérdate, Rogelio; acuérdate de tus palabras!»

—¿Qué tienes?—preguntó la rubia á su amante.—¿En qué piensas?

—Nada, hermosa mía—le contestó;—la brusca traslación del sol á la sombra me ha producido una sensación de frío.........

Habíase realizado la predicción de Elena; habíase consumado el crimen del olvido, y el canto de la codorniz llevábase consigo, á través de los olivares, el juramento hecho á la muerta.

ANDRÉS THEURIET.



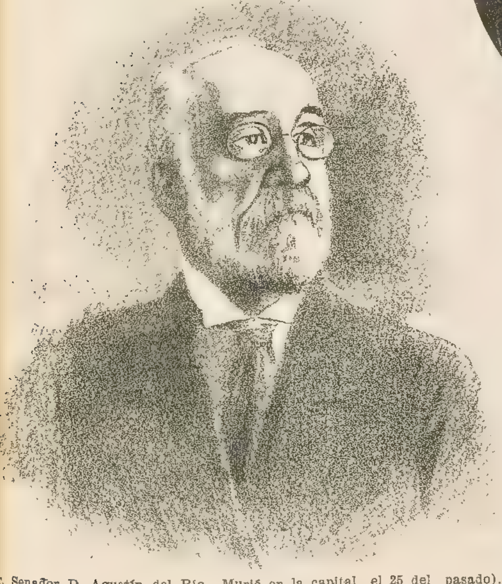
Sr. Enrique C. Creel.



Sr. Eduardo Meade.



Sr. Luis Camacho.



Sr. Senador D. Agustín del Río.—Murió en la capital el 25 del pasado).

La Comisión Monetaria

Publicamos en este número los retratos de los Sres. D. Enrique C. Creel, D. Luis Camacho y D. Eduardo Meade, quienes, como saben nuestros lectores, fueron enviados por el Gobierno mexicano á Europa, á una comisión especial.

Los mencionados caballeros, competentes todos en asuntos de finanzas, se unieron á una comisión de los Estados Unidos, para recorrer las capitales de Europa y conferenciar con los comisionados de cada uno de los gobiernos interesados en el comercio de Oriente.

El objeto de esta misión fué, en general, el de poner de relieve ante los gobiernos europeos, la desventaja que para todos los países tiene la gran oscilación en los cambios entre los países que usan plata y los que tienen patrón oro, y estudiar los medios de dar fijeza al cambio entre unos y otros. Se trató también de la conveniencia de dotar á China de una moneda de valor estable.

Según se ve en el informe que rindieron y que ha publicado «El Mundo» diario, los comisionados fueron recibidos muy bien por todos los gobiernos de Europa, y el éxito de sus trabajos fué bastante satisfactorio.

La Batalla de Flores

En los flancos, jardines y marina,
y por el centro, heraldos y tambores,
precediendo al ejército de flores
que combate en la gloria vespertina.
Nardo y hortensia, dalia y clavellina
lanzan el proyectil de sus colores,
y tiende, entre los múltiples fulgores,
su policroma red la serpentina.
Lirios humanos pasan en carruajes
con pétalos y aromas en los trajes,
las reinas siendo en la floral batalla;
y entre tantas, triunfante cual ninguna,
la del negro mirar suspira y calla
en el boscaje azul de la tribuna;
naciéndole en el rostro, que arrebola,
como en campo de armiño, una amapola.

MANUEL S. PICHARDO.

1903.

El señor Senador Don Agustín del Río

Víctima de una antigua enfermedad, dejó de existir el día 25 por la mañana, en su casa habitación de la Avenida de Bucareli, el señor Senador Don Agustín del Río, caballero que durante muchos años desempeñó cargos muy importantes en la Administración pública, y que contaba en la buena sociedad mexicana con muchas y merecidas simpatías.

La noticia de la muerte del señor del Río causó en México, por lo tanto, una impresión muy dolorosa. Su casa se vió visitada por multitud de personas distinguidas que se apresuraron á hacer presentes á la familia del finado sus sentimientos de condolencia, y el lecho mortuorio, colocado en la capilla ardiente, quedó, en un instante, casi cubierto por las coronas depositadas ante él por los deudos y amigos del señor del Río.

Los funerales se efectuaron el día 26 en el Panteón de Dolores, concurriendo al acto el señor Presidente de la República, los señores Ministros de Gobernación y Comunicaciones, los representantes de las Cámaras Legislativas nombrados para ello, y numerosos particulares.

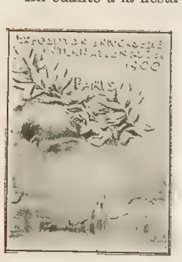
Al morir, el señor del Río desempeñaba el cargo de Tesorero del Congreso General.

SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS

EL TEATRO ARBEU

Hoy por la mañana, según está anunciado, se efectuará en el Teatro Arbeu la solemne distribución de premios entre los expositores de los Estados, Distrito Federal y Territorios de la República que concurrieron al gran certamen internacional de París de 1900.

El local, recientemente reparado y decorado, no lucirá en este día ningún adorno especial; pues se ha creído, y con razón, que cualquier compostura, por insignificante que fuera, bastaría para que el público no se formara idea completa de las importantes obras que se han llevado á cabo para hacer de ese teatro uno de los mejores y más bien acondicionados de la capital. Dejando para otra vez la descripción detallada de esas obras, sólo diremos que, tanto en el patio y en los palcos, como en el escenario, se ha operado una verdadera transformación, haciéndolos mucho más cómodos y elegantes. Los que conocieron el antiguo salón, no podrán menos que sorprenderse al ver el estado en que ahora se encuentra.





Placas conmemorativas.—Anverso y reverso.

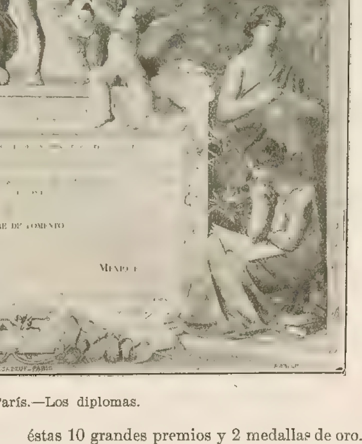
En cuanto á la fiesta que va á celebrarse esta mañana y que presidirá el Primer Magistrado de la Nación, el programa se compone de un discurso y una poesía, encomendados respectivamente á los señores Amado Nervo y Luis G. Urbina, y de algunos números de música cuyo desempeño estará á cargo de la orquesta del Conservatorio. La aplaudida artista Amalia da Roma cantará un vals de Arditi.

En este número publicamos fotografías de los diplomas y medallas que serán entregados á los expositores, así como de las placas conmemorativas que el Ministerio de Fomento francés acordó distribuir entre los jurados de los distintos grupos en que estuvo dividido el certamen.

El total de recompensas que alcanzó nuestro país en la Exposición, asciende á 1,092 premios, cantidad que se descompone como sigue: 34 grandes premios, 115 medallas de oro, 243 medallas de plata, 343 medallas de bronce y 357 menciones honoríficas.

El grupo que obtuvo mayor número de premios, fué el de Agricultura. Las recompensas otorgadas ascienden á 210, contándose entre éstas 10 grandes premios y 2 medallas de oro.

Es indudable que la alta significación de la fiesta atraerá al Teatro Arbeu un público numerosísimo.



Exposición de París.—Los diplomas.

LOS TRES LADRONES

Un mujik llevaba al mercado de la ciudad, para venderlos, un macho cabrío y un pollino. Un cencerro pendía del cuello del primero.

Tres ladrones vieron al mujik; uno de ellos dijo:

—Voy á robarle el macho cabrío sin que lo note.

Otro ladrón dijo:

—Después, yo le robaré el asno.

—Tampoco es difícil—dijo el tercer ladrón.—Yo le robaré toda la ropa que lleva puesta.

El primer ladrón se acercó furtivamente al macho cabrío, quitóle su cencerro, que ató á la cola del asno, y se lo llevó.

En una vuelta del camino, el mujik notó que le faltaba el macho cabrío. Púsose á buscarle.

Entonces, el segundo ladrón salió al encuentro del mujik y preguntóle qué buscaba. El mujik le respondió que le habían robado un macho cabrío.

—Le he visto—replicó el ladrón.—Hace un momento pasaba por el bosque un hombre que conducía un animal como el que dices; aún puedes alcanzarle.

El mujik corrió en busca de su macho cabrío; el ladrón, encargado de tener cuidado del asno, poco tardó en huir con él.

Cuando el mujik se volvió y se encontró también sin asno, echándose á llorar, marchó sin ver hacia dónde.

En el camino, cerca de un estanque, se encontró con otro hombre que también lloraba. Le preguntó qué tenía.

El hombre refirió que se le había encargado de llevar á la ciudad un saco lleno de oro, que se había dormido cerca del estanque y que, durante su sueño, el saco había caído al agua.

Entonces, el mujik le preguntó por qué no se echaba á nado para buscar su oro.

—Me asusta el agua—contestó el hombre. No sé nadar. Daría con gusto veinte piezas de oro al que me sacara lo caído.

El mujik pareció alegrarse; pensó:

—Dios quiere resarcirme de la pérdida de mis bestias.

Se desnudó y entró en el estanque; no halló nada.

Cuando salió del agua, su ropa había desaparecido.

Aquel hombre, que era el otro ladrón, habíasela robado.

LEÓN TOLSTOY.



En el jardín.

Con el cauto terror de un bandolero,
adelanto á la luz de las estrellas
por un vergel de plantas las más bellas,
pisando leve el cándido sendero.

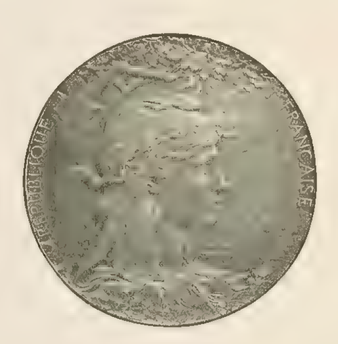
A rastras, escondido entre el romero,
en las zarzas dejando de mí huellas,
arribo hasta las tapias, ¡ay! aquellas
donde mi amor reside prisionero.

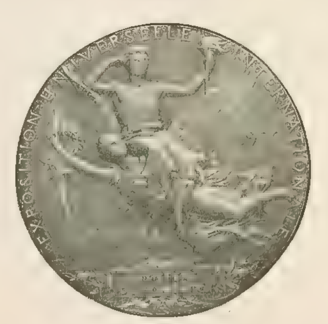
Trepo después allí, desesperado,
por la abrupta muralla, en ansia loca,
mudo, trémulo, ardiente, ensangrentado;

No bien mi mano la ventana toca,
cuando siento el ambiente perfumado
de la estancia ¡y el beso de tu boca!

EDMUNDO DE AMICIS.

El progreso alcanzado por los hombres, no es más que su pensamiento bajo múltiples modalidades, formas, necesidades y fines.





Las medallas.—Anverso y reverso.

LA SOLTERONA

En una de las callejuelas muertas en que cubos macizos de seis pisos aplastan con su sombra á las minúsculas casitas con jardincillos, en uno de esos callejones de antaño que huelen á sótano y tienen, en París, un aire indecible de provincia, residía la señorita Ursula.

Su habitación, de tres piezas, daba á los jardines, jardines de pobres enrejados verdes y raquíticos follajes, glorietas económicas, donde hay siempre sombra, por la razón de que no se ve nunca el sol.

Una vaquería prolongaba, á la izquierda, su alero largo, y exhalaba por las aberturas olores de establo.

Algo más lejos, en un recinto del tamaño de un pañuelo de bolsillo, unas gallinas picoteaban y un gran gallo, erguido sobre sus espolones, lanzaba su canto sonoro.

—Como si fuera el campo—decía la señorita Ursula, con cierta afectación, bajando los párpados y con un mohín en la boca, actitud que ella consideraba distinguida y que se infligía como el cumplimiento de un rito.

Nadie en efecto, se fijaba en la corrección tanto como la señorita Ursula, y ninguno la aplicaba más escrupulosamente.

Levantarse, saludar, andar, hablar, no eran, á sus ojos, actos naturales; debía mezclarse en ellos algo de formalismo, una especie de gracia convencional y austera.

Sus reverencias á la antigua moda las hacía retrocediendo; cuando le tendían la mano, sólo alargaba el extremo de sus dedos fríos; cruzar las piernas le hubiera parecido inconveniente.

La señorita Ursula tenía la tiesura de una maestra de buenos modales para grabados de modas.

En aquel momento, sentada en un viejo sillón verde de Utrecht, se mantenía rígida como en visita, y su rostro, voluntariamente sin expresión, parecía indicar que aun sola consigo misma, observaba la dignidad que se debe á sí propia lo mismo que á los demás.

El reloj producía un tranquilo tictac. Sobre un almohadón reposaba Minouche, la gata.

Los dos pescados colorados giraban melancólicamente en su pecera.

No se oía, en el barrio desierto, ningún ruido. Era una tarde de domingo.

Esos días, la infatigable actividad de la señorita Ursula holgaba. Descansaba de sus giras caritativas á los cuatro puntos cardinales de París, porque, durante toda la semana, una gran dama la empleaba en investigar, comprobar demandas de socorros y llevar limosnas á los desgraciados.

Providencia anónima y dispensadora oculta, la señorita Ursula viajaba en ómnibus de suburbios, trepaba á los pisos negros y fétidos, volvía á su casa, después de haber corrido de la mañana á la noche, molida, pero satisfecha.

Profundamente buena, y tan buena que los que la conocían no se fijaban en sus ligeras ridiculeces, se consolaba de su vida mediocre, solitaria, descolorida, pensando que era útil á sus semejantes, y que al trasmitir la caridad ajena, tenía con la ilusión de la riqueza, los goces de ésta, sin la responsabilidad.

Ese domingo, como todos los domingos, se había puesto un traje de seda obscuro y una gorra de encaje sobre sus cabellos grises.

Estaba concentrada, tan inmóvil con sus ojos bajos, que hubiera sido difícil adivinar si pensaba ó dormitaba.

Pero no dormía, pues le hubiera parecido reprensible; no se duerme de día, sobre todo en su salón. Tampoco pensaba, pues bastante lo hacía durante seis días, con los registros que debía llevar, las notas que tomar, impresiones y recuerdos que fijar mentalmente.

Saboreaba, pues, el reposo dominical. Se mecía en el vacío, el silencio y el aburrimiento, no soñaba en nada, aletargada en la nada, con los ojos abiertos.



***

Sonó la campanilla de la habitación. Fué tan imprevisto, porque nadie iba á ver nunca á la señorita Ursula el domingo, que Minouche, la gata, se sobresaltó y los pescados encarnados se detuvieron atónitos en su pecera.

¿Se habría equivocado alguien? No, porque seguían llamando.

La señorita Ursula se turbó: ¿sería un telegrama?; pero ¿de quién?

¿Una mala noticia?; pero ¿de dónde?

Fué á abrir. Era una vecina, la señora Buchard, madura, pero buena moza aún con su traje gris. Llevaba de la mano un niño mofletudo, con rizos rubios.

¿Una visita? ¡qué amable era! ¡Y qué hermoso niño! Les hizo entrar. Y su mano señalaba sillas, con nobleza.

Pero la señora Buchard, tan pronto como se sentó, confesó, no sin asomo de turbación, que su venida era interesada.

Invitada á ir á comer al campo, con amigas, en jira de recreo, y con el temor de que el niño—Loulou se llamaba—se fatigara, había pensado... entre vecinos... rogar á la señorita Ursula que lo cuidara y lo tuviera y entretuviera mientras tanto; pero, sin duda, la distinción de la solterona, lo serio de los sillones rígidos, y las alfombritas sobre las cuales había que poner los pies, la intimidaban, porque confusa, después de haber tartamudeado estas explicaciones, se levantó, excusándose de la indiscreción; aparte de todo, bien podía llevar á Loulou, por más que los niños en esas partidas de recreo.... y además el agua......

—No importa. Confíemelo usted—dijo la señorita Ursula con bondad;—estoy segura de que seremos muy buenos amigos.

Pero no estaba tan segura como decía, por no haber cuidado nunca niños, y sí vagamente inquieta por la idea de los peligros que podía correr el niño: caídas, contusiones, empachos, etc.

—Entonces, ¿de veras no le incomodará á usted? ¡Qué amable es usted!

La señora Buchard salió y la señorita Ursula se quedó sola en presencia del bebé, un personaje, con sus veinte meses, sus pocos dientes, su naricita remangada y sus mejillas de manzana.

Loulou la miraba fijamente y la solterona perdía su seguridad al conocer que su continente aristocrático, su tiesura, toda su distinción reconocida, no ejercían influencia alguna sobre ese señorito, inexperto en buenos modales y con tan poca costumbre del mundo, que cuando ella quiso adelantarse para ponerlo en sus rodillas, él retrocedió con una mueca de angustia.

—¡Mamá!—llamó, pronto á llorar.

El corazón de la solterona se conmovió dolorosamente. ¡Pobre niño! le causaba miedo. ¡Con tal que no fuera á gritar y á odiarla!

—Mira—dijo con su más dulce voz,—vamos á hacer jugar á la gata.

Y tomando de su canastilla de labor una pelota de lana, cosa inaudita, contraria á la prudente economía tanto como á la limpieza, la lanzó al piso, donde Minouche la atrapó, la arrojó de un zarpazo y la volvió á tomar de un salto, deshaciéndola casi con sus garras.

—También nosotros vamos á jugar.

Se apoderó de la mano del niño, que ya no resistía mucho. ¡Oh dulzura de esa manecita tibia, el contacto de ese cuerpo, endeble, tanta debilidad y tanta vida!

—¡Mira qué lindos pescados encarnados!

Y como éstos, quietos é inertes, la contemplaban con una especie de estupidez, la señorita Ursula, á riesgo de mojar la filoseda de sus mitones, hizo un acto extraordinario: azotó el agua con los dedos, el agua venerable é inmóvil que no renovaba sino en fechas inflexibles, en proporciones infalibles, con lentitud prudente. Los peces rojos, indignados, saltaron frenéticamente, y Loulou, encantado, alargó la mano hacia ellos.

Ahora, domesticado, estaba muy quieto, en brazos de la señorita Ursula, que le enseñó muchos juegos.

Enternecida hasta casi llorar, la señorita Ursula contemplaba al niño, alternativamente serio y risueño, que pedía ¡más! y ¡más! ó decidiendo que ya tenía bastante, ya voluntarioso como un hombre.

Sentía una sorda emoción, inexplicable y desconocida, en sentir estremecerse contra ella el flexible cuerpo, las piernas desnudas, la carne de leche.

Pasaron horas, interrumpidas por peripecias, lágrimas, risas, rabietas del niño, bizcochos con leche, la gata, celosa, á la que hubo que echar á la puerta, hombrecitos de papel recortados con tijeras, juego al escondite, en que la solterona ¡horror! estuvo á punto de derribar la puerta.

Y trascurrió tan bien el tiempo, que el niño, dormido, reposaba hacía mucho, envuelto en un chal, sobre el lecho de la solterona, cuando, á las once de la noche, llamó la señora Buchard, discretamente, á la puerta.

La señorita Ursula no oyó las palabras de gratitud. Sólo tenía ojos para el dulce rostro y el hermoso cuerpecito: una maternidad tardía, llena de todos los pesares, todas las desilusiones, todos los sufrimientos, todo lo incompleto de la vida, se despertaba en ella.

Nunca había conocido el dolor y la alegría de ser madre: nunca los conocería.

Y, cuando estuvo sola, lloró.

PAUL Y VICTOR MARGUERITTE.

La moda y el automovilismo

NUEVAS ELEGANCIAS

La extravagancia, la fealdad, mejor dicho, la fealdad misma de ciertos trajes ó accesorios creados para el uso de las «chauffeuses», deberían alejar para siempre de las lindas cabezas de todas las mujeres bonitas, la idea de practicar el sport del automóvil...... si es que alguna cosa fuese capaz de repugnar á una mujer cuando se trata de gustar de un placer ó simplemente de obsequiar las exigencias de la moda.



Sepultar, disimular un talle fino y gracioso entre los pliegues flotantes de un horrible guardapolvo; hundirse en pesados y vulgares abrigos; arriesgarse hasta á soportar la capa de cuero rígido y mal oliente, todo eso es nada.

Lo que hay que ver son los aparatos que se confeccionan en París para defender de las injurias del viento y de los mordiscos del sol, los rostros que, no ha mucho tiempo, no se hubiesen atrevido á afrontar el mediodía en el campo, tan sólo por no ocultar sus encantos bajo un velillo un poco espeso.

Y aun en ese caso, la elegante poseía el recurso de la sombrilla, que, manejada por manos hábiles, es casi tan graciosa como su abanico.

Pero cuando se corren «cincuenta kilómetros por hora», por algún camino polvoriento, la sombrilla ¡oh! la sombrilla está prohibida.

No queda más que el velo, espeso como un sudario, ó las máscaras diversas que los sastres «sportivos» han procurado crear, cuidándose únicamente de hacerlas eficaces y prácticas, sin preocuparse en manera alguna por la belleza.

Hay que creer que ambos términos eran incompatibles, puesto que, con raras excepciones, los inventores no han evitado la extravagancia sino para caer en la fealdad.

Este imagina una especie de armadura de tela, verdadera lente en la que los ojos aparecen cubiertos por enormes antiparras convexas, mientras que una capucha cubre la cabeza y protege los cabellos contra el polvo. Otro, conservando las disformes antiparras, cubre la cabeza entera de tisú, abriendo abajo



de la nariz una disforme abertura que da á la paciente—si así puede decirse—el aspecto de no sé qué pájaro fantástico, algo así entre un loro y una arpía.

Algún otro, creyendo hacerlo mejor, ha procurado conservar á la máscara cierta apariencia de vida, modelándola, esmaltándola, sin conseguir, por torpeza, atenuar la impresión penosa é irritante que produce siempre un rostro disfrazado de esa manera.

Por último, hay quien—y esto como un esfuerzo hacia la elegancia—ha engastado sencillamente los enormes anteojos de letrado chino, en un velo de encaje.

Un gran número de apasionadas por el automovilismo, desdeñan semejantes invenciones complicadas y bárbaras, y se contentan



con poner alrededor de su cachucha un velo más ó menos opaco, atado con gusto. El rostro queda así enteramente oculto; pero al menos no se deforma ni aparece grotesco y queda perfectamente protegido contra la intemperie.

Si ha de creerse á los periódicos ingleses, bastante provincialistas, sin duda la «chauffeuse» de Ultramancha repugna estos medios



extraños y consiente difícilmente en ocultar sus rasgos y afearse de esa manera, por lo cual estima mucho más el velo, que deja su completa apariencia al rostro.

Los burlones, de seguro que se complacerán en recordar este corto diálogo, atribuído á un francés y un inglés—creo que diplomáticos,—en el momento de firmar un tratado de paz en el que Napoleón reclamaba una indemnización considerable:

—Es asombroso que os atreváis á reclamar dinero—decía el inglés; nosotros batallamos solamente por la gloria.

—¡Qué queréis, milord—contestó el otro,—se pelea siempre por lo que no se tiene!



Hay que creer, en el caso de que tratamos, que las sportwomen francesas están de tal suerte seguras de su superioridad en cuestiones de elegancia y de tal manera confiadas en sus encantos, que no vacilan en sacrificar una parte de ellos, á cambio de un placer demasiado vivo, preocupándose únicamente del placer que experimentan en correr los caminos reales á gran velocidad, y sin cuidarse del efecto que producen ante los transeúntes.

MIOSOTIS

Desde que tu amor me falta,
tengo el cielo de enemigo,
y á mi redor todo salta
para imponerme el castigo
de mi falta.

La dulce fe no me guía
ni la esperanza me alienta,
ni escucho la melodía
de tu voz, que en la tormenta
fué mi guía.

¡Ah! Los días que han pasado
llenos de sombras están,
y en pos del bien anhelado,
del corazón es imán
el pasado!

A mi pesar te recuerdo,
si en el mar de la amargura,
como un náufrago, me pierdo;
y si río...... me tortura
tu recuerdo!

Yo pensé que en el olvido
pudiera el alma arrojarte
desde tu caliente nido,
¡mas aunque quiero olvidarte... ..
no te olvido!

FERNANDO DE ZAYAS.

Ecos de las fiestas patrias

Con motivo del aniversario de la Independencia, la autoridad política de Sombrerete, Zacatecas, organizó un combate de flores para la tarde del día 16, y algunos otros festejos, que resultaron muy lucidos.

En la fiesta floral tomaron parte las familias más distinguidas de la población, concurriendo á ella numerosísimas personas de todas las clases sociales.

Entre los concurrentes llamaron la atención los alumnos de la Escuela Juárez, que vestían el uniforme del Ejército, y que á la voz de mando de sus profesores, efectuaban distintos ejercicios militares. El grupo fué aplaudido por la precisión y desenvoltura con que marchaba.

La serie de festejos efectuados en Sombrerete, terminó con una velada literariomusical que se dió en la Escuela Oficial de Niñas.

***

En Ciudad Guerrero, Chihuahua, se celebraron también, con el mayor entusiasmo, las fiestas de la Patria, contándose entre los números del programa un simulacro de defensa y ataque de un fuerte por el Batallón infantil «Guerrero» y un destacamento del 18º de Infantería.

Las fortificación tenía 20 metros de longitud por dos de latitud y estaba rematada por dos torreones almenados. Tanto los niños como la tropa del 18º, demostraron durante el simulacro su buena instrucción en el manejo de las armas y una exactitud y destreza verdaderamente notables en los distintos movimientos que ejecutaron. Los niños, que simulaban estar heridos ó muertos, eran llevados á un «puesto de socorros», donde se les obsequiaba con dulces y juguetes.

Al terminar el ataque y defensa del fuerte, la enorme obra de mampostería que lo formaba, fué volada con una carga de pólvora. En las fotografías que publicamos pueden verse, tanto el aspecto general de la fortificación, como el que presentaba el campo después de la voladura.



SOMBRERETE.—Un grupo de alumnos de la Escuela "Juárez."



C. Guerrero.—La fortificación.



Aspecto del terreno, después de la voladura de la fortificación.

Monumento á Ernesto Renán

Acaba de inaugurarse solemnemente en Treguier (Francia), tierra natal de Ernesto Renán, la estatua de este filósofo.

Empeñosamente procuró el escultor, M. Juan Boucher, ponerles á la vista á los conterráneos de aquél, el Renán que conocieron, tal como volvió á su tierra casi á la edad de sesenta años.

Aparece el filósofo sentado en un banco rústico, con bastón en la mano, y cerca de él su sombrero, un fieltro grande. A espaldas suyas se levanta la diosa de la Sabiduría con quien él soñaba: Palas Atenea, á quien invocó en las páginas perdurablemente admirables de la «Plegaria en el Acrópolis».

El monumento fué fundido en París.



Monumento á Renán.





LA INSURRECCION EN MACEDONIA

LA DINAMITA EN ACCIÓN

Por los abundantes despachos cablegráficos que acerca de los sucesos de Macedonia han publicado «El Imparcial» y «El Mundo», habrán visto nuestros lectores que lejos de desvanecerse el temor de que la insurrección contra el Sultán se extienda y cobre nuevos bríos, son más remotas cada vez las probabilidades de que el movimientó llegue á ser sofocado por la Sublime Puerta.

Los rebeldes, dispuestos á sacrificarlo todo por una causa que sin duda consideran santa, ensanchan cada día sus dominios; organizan centros de propaganda para atraerse adeptos, y en su empeño de resultar á la postre vencedores, ocurren á cuantos medios están á su alcance para causar al enemigo la mayor suma de males posible.

Entre estos medios, está el empleo de bombas de dinamita en la voladura de trenes y de puentes que puedan facilitar á los turcos la rápida movilización de sus tropas.

El grabado que publicamos representa el carro comedor de un convoy destruído en parte por los insurrectos. La voladura causó la muerte de algunos pasajeros.

Un despacho fechado en Sofía el 29 de septiembre, anuncia que la rebelión ha sido proclamada en todos los departamentos de Macedonia que permanecían en paz. Estas noticias, que indudablemente llamarán la atención del mundo entero, demuestran que no está aún cercano el fin de la guerra y que tendremos todavía que lamentar sucesos tan atroces como los que últimamente se han registrado en los Balkanes.











Los Soberanos del Hogar

Niños y Niñas

La familia cristiana, fundamento y base de la sociedad moderna (que podrá no ser cristiana, pero siempre tiene los caracteres esenciales de aquélla), se basa en la existencia de los niños. Los niños forman el anhelo sempiterno y la constante preocupación de los padres. No tener niños es algo muy semejante á no tener tranquilidad.

De cualquier manera que sea, en los hogares humildes, como en los hogares soberbios, entre gente de poca ilustración, lo mismo que en las clases profesionales, el niño forma el complemento de la felicidad doméstica. Para juzgar hasta qué extremo el vacío que deja una de estas pequeñas naturalezas frágiles es sensible, bastará fijar un momento la atención en el rostro de una madre que acaba de perder al pequeño, y en la manera de ser de un padre en circunstancias semejantes.

Evidentemente que hay mucho de falso, de convencional, de ridículo, si se quiere, en el amor moderno, lo mismo que en su consagración, sea al pie de los altares ó ante la mesa de un juez del registro civil; pero si existe esto y no lo vemos; si se olvida constantemente la parte ineludible y tosca que abate el nivel de la pasión humana, es, sólo, porque el nacimiento de un niño santifica todo; endulza todo; alegra todo.

Y basta ver un hogar en el que falta la risa franca de un pequeño, basta escuchar las quejas de una esposa que no es madre, para calcular hasta qué límite el lazo de unión que forma un niño es estrecho y fuerte. Es éste uno de los milagros de equilibrio en los cuales se funda la sociedad en que vivimos. Dos personas llenas de malas pasiones—por el solo hecho de pertenecer á la raza humana,—que en poco tiempo llegarían á considerar la vida en común como absolutamente imposible, cambian en un segundo de opinión, se tornan tolerantes; de ariscos que eran, olvidan, benévolamente, sus defectos más graves, se ven con cariño, cuando días antes se herían con miradas de odio profundo. El milagro lo ha hecho el nacimiento de un niño.

El instinto, ya que no el raciocinio, que en estos casos poco vale y poco significa, lleva, como de la mano, á la mujer hacia la maternidad. El instinto trasforma á la chicuela vana y alocada, en la madre tierna, abnegada, devota. Pronto recuerda la esposa cómo arrullaba á la muñeca en los años de su infancia. El arte de ser buena madre no se aprende, se sabe, por razón del sexo mismo.

Pero si un niño, con su sola presencia, llena de rumores alegres el hogar más pobre; si una criatura ilumina con sus grandes miradas ingenuas, hasta los más tenebrosos cubiles de la fiera humana, en sus más atrasados representantes; si es necesario, absolutamente preciso para un hogar, el barboteo de una vocecilla infantil, la enfermedad que nada respeta, el crup, el sarampión, la viruela, tornan instantáneamente el cuadro. La intranquilidad más angustiosa se instala cerca de la cuna del niño enfermo. El padre olvida sus negocios, se vuelve un pequeño que llora con el médico y que cree en supercherías; la madre olvida todo, menos que su hijo se muere. Hay como una súbita irrupción de miedo en el hogar, así sea pequeña y pasajera la enfermedad del niño.

Y esto, que sucede siempre y que sirve para afianzar más y más los vínculos de la familia, es intolerable cuando se prolonga por meses y por años. Un niño enfermo crónicamente, es algo muy difícil de concebir, algo que choca con nuestros sentimientos innatos de justicia. Algo que no es dable analizar, pero que se siente muy hondo.

Fácil será evitarlo. Lo más sublime de la misión de una madre, es precisamente que ella, y nadie como ella, puede responder de la salud de su hijo; como ella, y nadie más que ella, puede formar el pequeño corazón y la pequeña inteligencia en los momentos en que se abre á todos los vientos y es capaz de todos los contagios. De no ser por la maternidad, el amor humano sería inmundo.

Y la maternidad no reside solamente en el hecho de dar á luz un pequeño, no. Mayor suma de abnegación y de cuidados se precisan para los meses subsecuentes. La madre está llamada para echar los cimientos sobre los cuales se edificará, más tarde, el edificio entero de la felicidad ó de la desgracia del hijo. Creo firmemente que es de esta época difícil é inevitable, de la que data siempre el cariño agradecido de los hijos hacia los padres, y el cuidadoso y previsor cariño de los padres hacia los hijos.

La infancia llena con sus alegrías el hogar moderno. En el hogar está el trono de los niños; es de ellos la casa, por ellos se adorna, para ellos se hace confortable. Un hogar sin niños, será siempre algo absurdo, muy difícil de entender.

Nuestras ilustraciones hablan por sí solas. Hasta en el llanto algo hay que hace adorable al niño. Basta con el hecho de que no sea un hombre ni una mujer, para que merezca nuestro amor y nuestra protección sincera. Si en algo se distingue un hombre salvaje de un hombre civilizado, es, precisamente, en que el salvaje abandona y mata á los pequeños, porque son débiles, mientras el hombre civilizado los ama y los protege por la misma razón: porque son débiles.

NEMO.

Fotografías de Arriaga.

ARTISTAS

Artistas que amáis de corazón el arte, cerrad ante vosotros las puertas de lo pasado; pensad y vivid en medio de los pueblos que rugen á vuestro alrededor como las olas del Océano.

La humanidad sufre y está en perpetua lucha; en lugar de inmortalizar á los héroes que sucumbieron en la guerra, inmortalizad con vuestros pinceles á los mártires de nuestras sangrientas revoluciones. Pintad medio tendida en el sepulcro á esa misma humanidad; pintadla cubierta aún con los viejos harapos de la aristocracia y de la monarquía; pintadla cayendo de nuevo en su ensangrentado ataúd á impulso de las lanzas de la barbarie; pintadla agonizando, lleno de podre el corazón, de úlceras el cuerpo, de tinieblas el alma; pintadla muerta ya, hasta que, animada otra vez por el espíritu del que volvió la vida á Lázaro, rompa sus ataduras y renazca al mundo, rejuvenecida por el amor y por la ciencia.

Sed constantemente los cantores de vuestro siglo; sed, si es que sois artistas, sus profetas. Contad uno á uno los suspiros de esta sociedad y reproducid los tormentos que los arrancan de su pecho lacerado; removed el fondo de as miserias de los pueblos y hacedlo aparecer á la superficie, para que se estremezcan sus autores ante su propia obra; recoged los votos y las aspiraciones de los que sufren, y apenas entreveáis el alba de la regeneración, alegraos y derramad su rocío sobre tantos corazones abrasados por la desesperación y el sufrimiento.

Dejaos impresionar por ese valle de lágrimas que llamamos mundo; cuando no quepa el dolor en vuestra alma, simbolizadlo en los seres que os rodean, vertedle á raudales sobre vuestros cuadros y seréis artistas. Habréis comprendido el mundo y el mundo os comprenderá; crecerá de día en día vuestra inspiración y la posteridad no mirará con desprecio vuestras obras, porque verá en ellas vuestros sentimientos, los sentimientos de vuestra época.

Si sólo pintáis lo presente, reconocerá eternamente en vosotros á los artistas del siglo XIX; si llegáis, además, á encerrar lo futuro en el círculo de vuestras producciones, seréis tenidos eternamente como artistas y como precursores. Está abierto ante vosotros un mundo de que podréis hacer brotar torrentes de poesía; acercaos á él llenos de fe en el porvenir y lo haréis brotar de entre rocas abrasadas por un sol de veinte siglos.

F. PI Y MARGALL.

RIMA

Cuando ella pasa junto á mí temblando,
vuelvo atrás la cabeza,
y extático me quedo contemplando
su adorada belleza.

Tornan á mi recuerdo las historias
de los pasados días,
y se desprenden ¡ay! de mis memorias
hojarascas sombrías......

Prosigo mi camino silencioso,
pensativo me quedo,
y su recuerdo dulce y amoroso
me estremece de miedo.

Y entonces me pregunto entristecido,
llorando mis dolores:
—¿Por qué tan presto de mi pobre nido
se van los ruiseñores?

—¿Por qué de la que quiero en este mundo
un mármol me separa?
—Porque hay en ti un abismo muy profundo
ó es tu alma muy rara!......

José M. Carbonell.

1903.

INDIOS KIKAPOOS

Hace pocos días se encuentran en México, con motivo de algunos negocios que interesan á la tribu á que pertenecen, dos indios kikapoos que, por lo extraño de su indumentaria y lo típico de sus costumbres, han despertado en el público una verdadera curiosidad.

En sus paseos por las calles y plazas, los indios se ven continuamente rodeados por grupos de gente del pueblo, que no se cansa de admirar su manera de vestir y que á todo trance procura imponerse de todo aquello que se relaciona con ambos «personajes».

A propósito de esta nota, que la prensa ha consignado de mil maneras, publicamos nosotros unas fotografías de hombres y mujeres kikapoos, así como el retrato de El Conejo, comanche habilísimo en el manejo de la carabina, que reside en Múzquiz, Coahuila. Entre los primeros figura el «Doctor» Nutenua, que goza entre la tribu de grande estimación.

Por lo regular, los kikapoos se dedican á los trabajos agrícolas, que les proporcionan los recursos suficientes para su subsistencia, y viven, desde hace muchos años, sometidos por completo á la obediencia de las autoridades.

El doctor" Nutenua.



"El Conejo"



Un Kikapoo.



Mujeres kikapoos.

UN COJÍN ARTÍSTICO

Para ser remitido á la Exposición de San Luis Missouri, fué entregado á la Secretaría de Fomento por una señorita de nacionalidad española, un hermosísimo cojín de seda, con el que será obsequiado S. M. Alfonso XIII.

El artístico cojín, valuado en dos mil pesos oro, tiene en el centro, bordadas con verdadero primor, las iniciales del Rey, y en las esqui-



Cojín que será obsequiado al Rey de España.

nas inferiores las armas de España. La suma de trabajo y de paciencia que representan los bordados es incalculable, pues como fácilmente puede observarse en nuestro grabado, no hay detalle, por pequeño que sea, que no acuse en su ejecución una labor tan difícil como dilatada.

En opinión de los conocedores, el cojín es una de las labores manuales más notables que se han hecho en México de algunos años á esta parte.

El deseo y la fantasía

FRAGMENTO

....

Potencias invencibles del deseo y de la fantasía. Por mucho que se las combata, jamás perecen. Treinta años de negocios, de números, de experiencia se han amontonado en el manantial; ya se le creía seco, y de repente, al contacto de un alma grande, brota de nuevo tan rico como el primer día; el dique se ha roto, y los materiales pesados, compactos, que impedían la salida, arrastrados por la irrupción, sirven para aumentar la fuerza de la corriente.

Por un caso extraño, yo volvía á ver en aquel momento los paisajes de la India, únicos dignos, por su violencia y sus contrastes, de suministrar imágenes para tal música.

Al soplar los monzones, las músicas acumuladas forman una muralla monstruosa de humo, que invade todo el cielo y el mar; sobre aquella masa negra vuelan á millares las gaviotas, y la obscuridad formidable, tachonada de alas blancas, avanza hacia la tierra, devorando el espacio y ocultando los cabos en su vapor densísimo. Los buques entonces se internan en el mar.

Uno de los últimos días claros y buenos, vi desde lejos las Maldivias, doce mil islas pequeñas de coral en un mar de diamante; casi todas están desiertas; el agua duerme en sus senos ó marca una franja de plata en sus arrecifes. El sol arroja allí á puñados sus flechas de fuego; en las revueltas de los canales brotan corrientes de oro fundido de entre las dos oblicuas.

La extensa llanura líquida, sembrada de remolinos, parece un metal que sale de la forja, adornado de arabescos; millones de relámpagos brillan en su superficie, como en las incrustaciones de una coraza; se diría que es el tesoro de un rajá, armas y joyas, puñales con mangos de nácar, vestiduras con broches de zafiros, cimeras de esmeraldas en los cascos, cinturones de turquesas, sedas de azul claro bordadas de oro y cuajadas de perlas.

¿Con qué comparar aquel cielo de ardiente blancura? Cuando una mujer joven y hermosa, floreciente de salud y estremecida de placer, ataviada ya para su boda, sujeta sus cabellos con la peineta de oro, se adorna con sus collares de perlas y sus pendientes de rubíes; cuando todas sus alhajas reflejan sus luces en su carne sonrosada y palpitante, entonces rodea su frente con velo blanco; pero su rostro lo inunda de luz, y la gasa en que parece ocultarse forma un nimbo que la ilumina.

Así, este mar, bajo su cielo esplendoroso, en su riqueza de claridad hirviente, y ya alejadas las nubes lívidas, aparece delicioso y sublime como el himeneo divino de un grande hombre tras la noche larguísima de su desesperación. También su amada tiembla ruborosa, también es demasiado bella, y despierta en nosotros, por simpatía, lo que él por su mérito.

Ante él, como ante ella, deja de oírse ó de verse una cosa aislada, un ser limitado, un fragmento de la vida, es el coro universal de los vivos, del que se oyen los cánticos de alegría y las lamentaciones de dolor; es el alma excelsa, cuyos pensamientos somos nosotros; la naturaleza entera, quebrantada por las necesidades que la mutilan ó la destruyen, pero palpitante en el seno de sus funerales y elevando siempre al cielo, entre la mirada de muertos que la cubren, sus manos cargadas de generaciones nuevas, con el grito sordo, indecible, siempre sofocado, renaciendo siempre, del deseo no satisfecho.

HIPOLITO TAINE.

MOVILIDADES

Mi cabeza temblaba sobre tu hombro risueño
Cual la flor de una planta florestal: con halago
Repasamos las horas virginales de un sueño
Tristemente adorable; y en tus ojos un vago
Desamor delineaba silencioso diseño
Sobre el fondo dormido de las aguas del lago:
A tu talle de virgen se enroscaba el ensueño
Como al astro divino los delirios del mago.
Fué un ayer hechicero, y á través de la ausencia
Tus hechizos me llaman en flauteada cadencia
De sonrisas y cantos, de suspiros y besos;
Pero estamos tan solos...... y el edén tan lejano,
Que olvidé los perfiles de tu rostro lozano
Y el albor apacible de tus ojos traviesos.

VILLIERS DE L'ISLE ADAM.



Personajes de zarzuela.—El lego de los Madgyares.—(Fot. Arriaga.)

El Hojalatero de Talmach

Hace años, muchos años, vivía el Hojalatero de Talmach, que subsistía de su trabajo, consistente en hacer filtros y colocarlos á domicilio. Y cierto día pasaba por un sitio donde las aguas habían formado un pantano en el camino. Iba á una casa lejana á colocar una destiladera que le habían encargado; pero el camino se le hacía largo, muy largo. A cada paso que daba, se hundía en el fango, y al sacar un pie, se le atoraba el otro. Era de buen genio el Hojalatero de Talmach; pero acabó por fastidiarse y decir: «Que el diablo me lleve si vuelvo á pasar por el mismo sitio en mi vida».



Procuró salir del atolladero. Llegó á la casa donde ya esperaban la destiladera, la colocó y le pagaron tres chelines por su obra.

En el camino de vuelta á su casa, encontró á un viejo, de traza miserable, que le contó una larga historia de padecimientos y de dolores, le dijo que se encontraba sin dinero, con hambre y enfermo, y terminó por pedirle alguna limosna. El Hojalatero de Talmach metió mano á su bolsillo, sacó uno de los tres chelines que había ganado momentos antes y se lo dió al pobre, que se retiró bendiciéndole.

Media milla más adelante, otro viejo, semejante al primero, pero más miserable aún, se presentó; refirió su historia de grandes dolores y de gran miseria, se quejó amargamente de la suerte y terminó por pedir al Hojalatero de Talmach que le diera una limosna. Era de buen genio nuestro hombre; llevó la mano á la bolsa, sacó otro chelín y se lo dió al anciano, pensando que con un chelín que le quedaba podrían comer él y su mujer.



Pero á la media milla de camino, otro viejo se presentó demandando al Hojalatero de Talmach una limosna. Era buen hombre el Hojalatero, consideró el estado de miseria en que se encontraba el mendigo y le dijo:

—Bueno, me queda solamente un chelín de tres que me pagaron por un trabajo que acabo de hacer en la casa de un propietario rico. Pero dividiré de buena gana contigo el dinero, porque me parece que de veras estás muy necesitado.

—No—le contestó el mendigo número tres,—no hagas tal. Ante Dios te juro que cualquier cosa que sea menos que un chelín, me servirá de muy poco y no vale la pena de que hagas el sacrificio, si no ha de traerme beneficio de ningún género.

El Hojalatero metió por tercera vez la mano en el bolsillo, sacó el tercer chelín de los que le habían pagado y se lo entregó al pobre.

En ese momento las vestiduras del mendigo cayeron, una viva luz le iluminó y el Hojalatero vió que tenía ante sí una persona lujosamente vestida y de facciones muy agradables.

—Yo soy un ángel—le dijo—que he sido enviado por Dios á ver si es cierto, como se dice, que tienes muy buen corazón. Te he seguido por todo el camino y me he convencido de que eres caritativo en demasía; porque sé bien que tu mujer te espera para comprar la cena, porque nada queda en tu hogar para comer. Dios me autoriza para que, en premio de tu buen corazón, te haga yo tres gracias. Pídeme tres cosas y te serán desde luego concedidas.

Por un momento, el Hojalatero de Talmach pensó cuáles eran las cosas que más podrían servirle. Se acordó de que había tenido muchas molestias y no pocos dolores á consecuencia de que los vecinos aprovechaban sus descuidos para robar los objetos que dejaba en su bolsa, en la que acostumbraba llevar sus utensilios de trabajo. Así es que pidió, por primera gracia, «que todo aquello que él pusiera en su bolsa de trabajo, solamente pudiera salir cuando él, personalmente, quisiera sacarlo de ahí, y no en otra circunstancia».

Una vez concedido por el ángel, el Hojalatero pensó cuál sería la segunda de sus peticiones. Se acordó de que tenía en su pequeño jardín un gran manzano y de que nunca podía coger la fruta, porque antes de que madurara, los muchachos de Talmach la robaban. Y pidió por segunda gracia «que todo aquel que tocara su manzano se quedara prendido á él hasta que personalmente fuera á ponerle en libertad.» Le fué concedido.



Y por tercera gracia pidió «que su canasta, la que le servía á su mujer para ir al mercado, una vez que estuviera llena de provisiones, nunca, jamás, se vaciara por completo». Le fué concedido también.

—Pero—le dijo el ángel—creo que has hecho mal, porque lo primero que deberías haber pedido, era la bendición de Dios.

—Seguramente que hubiera sido bueno contestó;—pero no por estar bendito, dejarían de robarme mis útiles de trabajo, ni dejarían de comerse mis manzanas, ni dejaría de tener días de poco comer, aunque mi hambre y la de mi mujer fueran muy grandes.

El ángel movió la cabeza y desapareció en el viento.

Diez días después, sin acordarse ya de su juramento, el Hojalatero de Talmach fué llamado á componer el filtro que había colocado la tarde en que le fueron concedidas las tres gracias. Pasaba por el mismo pantano y se cansaba ya de sacar un pie, para que se le enterrara más el otro, cuando el Diablo se le apareció y le dijo:

Hace diez días dijiste que «si volvías á pasar por este camino, te debería llevar el Diablo», y aquí estoy para recordarte tu juramento.

—Tienes razón, ahora me acuerdo de que es cierto. Estoy á tus órdenes. Y siguieron juntos el camino, hasta llegar á las cercanías del pueblo, junto á las primeras casas, donde el Hojalatero de Talmach le dijo al Diablo:

—Todos los vecinos del pueblo me conocen y me daría vergüenza que me vieran pasar en tu compañía. Mientras llego á donde me necesitan, hazme el favor de hacerte pequeñito para que te pueda yo ocultar en mi saco, donde llevo mis útiles de trabajo. Así me vigilas y nadie puede verte.

El Diablo no tuvo inconveniente en hacerlo. Se redujo al tamaño de un pedacito de plomo, y el Hojalatero lo colocó entre los demás que llevaba en su saco, llegándose así á la ciudad.

En ella había un banco de herrar cuyos trabajadores eran buenos amigos del Hojalatero de Talmach. Este llegó á la fragua y colocó su saco en uno de los yunques, en el más grande que había en el taller.

—Al venir en el camino —dijo,—he notado que algo se mueve en mi saco, algo que no puede ser bueno. Así es que si me hacen el favor mis buenos amigos, deben tomar cada uno un martillo grande y dar recio sobre mi saco en el yunque, hasta que lo que se mueve haya muerto.

Los herreros eran seis y todos muy fuertes. Cogieron sus martillos de trabajo y comenzaron á dar recios golpes. El Diablo chillaba más y mejor; pero no podía salir del saco sin que el Hojalatero de Talmach en persona lo sacara de ahí.

Cada vez que el martillo, con un bonito compás, caía sobre el yunque, el Diablo daba una gran voz; y mientras más gritaba, más fuerte pegaban los herreros, alarmados con la voz desconocida del Demonio.

Cuando se cansó de gritar, prometió al Hojalatero que no le haría mal si le soltaba. El Hojalatero consintió y el Diablo salió en forma de una fuerte llamarada de fuego.

***

A los pocos días, la esposa del Hojalatero de Talmach tuvo un niño. Y cuando ya tenía ocho días, lo tomó en brazos su padre y salió de su casa buscando un podrino que quisiera bautizar á la criatura. El primer hombre que encontró en su camino era un rico propietario, que le dijo:

—¿Quieres que sea yo el padrino de tu hijo y compadre tuyo?

—No; tú eres un hombre rico, pero de mal corazón, y solamente quieres que sea yo tu compadre para explotarme en mi trabajo. Y siguió adelante, esperando encontrar pronto un compadre en el camino.

Después encontró á la Muerte, que le dijo:

—Sé que buscas un padrino para que lleve á bautizar á tu hijo y yo quiero hacerlo. Creo que te convendrá encompadrar conmigo.

—Sí—le contestó el Hojalatero,—tú eres la única franca y buena para con los hombres y me conviene que seas mi comadre.

Y volviendo al pueblo, la Muerte llevó á bautizar á la criatura y hubo fiesta en la casa del Hojalatero y se divirtieron mucho los invitados, porque la Muerte estaba de muy buen humor, y toda la noche estuvo cantando y tocando en el clavicordio que un vecino había prestado para la fiesta del bautizo.

Cuando ya era tarde, la Muerte llamó aparte al Hojalatero y le dijo: «Es preciso que te deje, porque tengo mucho que trabajar, por lo que he descansado en tu fiesta. Pero no quiero irme sin darte un regalo, que servirá para que hagas la fortuna de mi ahijado. Toma este pequeño frasco de vidrio y cuídalo mucho. Con unas cuantas gotas de este líquido que le pongas en la boca, sanará cualquier hombre, alto ó bajo, rico ó pobre, á quien asistas como médico, con la única condición de que no sea su última enfermedad.

—¿Pero cómo podré saber que es su última enfermedad?

—Tienes razón. Mira, siempre que entres al





cuarto de un enfermo, fíjate en la cabecera ó en los pies de la cama. Yo siempre estaré allí para advertirte. Si me encuentro en la cabecera, es que debe morir el paciente, y entonces te retiras; pero si estoy por la parte de los pies, le das las gotas y sanará desde luego.

***

El Hojalatero de Talmach puso un letrero en su casa en el que anunciaba que había aprendido á curar y que era ya un médico. Afluyeron los enfermos, porque muchas ocasiones salvó la vida de los que aparecían como incurables. Y sobre todo, porque siempre era su diagnóstico seguro, y cuando decía que una persona se moría, se moría de cierto.

Ganó mucho dinero y compró una casa que la hizo transportar, pagando muy caro, al sitio donde siempre había tenido su cabaña. Pero sucedió que la fama había corrido por todo el reino, y el Rey estaba enfermo y los médicos no acertaban á curarle. Mandó que fuera el Hojalatero y le dijo:

—Buen hombre, me han contado que sabes curar muy bien, y quiero que me cures, porque mis médicos no han podido hacerlo.

El Hojalatero se fijó en que la Muerte estaba á la cabecera de la cama, y le hacía señas de que no debía darle al Rey las gotas mágicas.



—Lo siento mucho, Majestad, dijo; pero es absolutamente imposible que aplique yo mi ciencia á vuestro caso. Es inútil todo.

—Cómo se entiende—dijo irritado el Rey ante la idea de que debería morir.—Curas á los mendigos y á los que nada te pagan, y no me has de curar á mí. Te advierto que del Palacio no sales si antes no me has curado por completo, y que haré que te maten á palos si no cumples con este deseo mío, que es obligación tuya.

El Hojalatero estaba muy intrigado. Reflexionó sobre su situación por espacio de algunos minutos, y dijo al fin:

—Que salga todo el mundo de la cámara, menos el Rey, yo y cuatro soldados bien fuertes.

Se hizo así, y antes de que la Muerte pudiera protestar, el Hojalatero ordenó que los soldados cogieran la cama y la invirtieran, esto es, que pusieran la cabecera en donde primero estaban los pies, y viceversa.

Entonces la Muerte quedaba en los pies y no en la cabecera.

Dió entonces las gotas famosas al Rey, que se levantó luego y le elogió mucho, dándole un costal lleno de onzas de oro, con su sello, que valía cada una cien chelines de plata.

Pero cuando más contento se retiraba el Hojalatero de Talmach, la Muerte, muy indignada, le salió al encuentro en un solar solitario, y le dijo que había quebrantado el pacto. Que le había prometido que curaría con las gotas del frasco; pero que siempre que ella estuviese á la cabecera de los enfermos, los dejaría tranquilos. Que, por consecuencia, debería él mismo perecer.

—Tienes razón que te sobra, contestó el Hojalatero; solamente te pido, por favor, que vayamos á mi casa para morir en ella, porque es mejor así, y no que me muera en el camino.

Consintió la Muerte y llegaron juntos á la casa. El manzano mágico estaba cubierto de manzanas apetitosas.

—Mira, comadre, dijo el Hojalatero á la Muerte: mientras saludo á mi mujer, para que no se asuste, hazme el favor de cortar una manzana, que la boca se me hace agua solamente de verlas.

La Muerte cogió uno de los frutos y quedó, en ese momento, pegada al árbol, y solamente la voluntad del Hojalatero podría haberla separado, por lo que éste la dejó pegada por cuarenta años.



Y en este tiempo fué y dió las gotas, y como nunca estaba la Muerte en la cabecera, nunca se morían los enfermos, y los panteones quedaron vacíos y el Hojalatero de Talmach se hizo muy rico.

Cuarenta años después el Hojalatero volvió, y la Muerte, que se cansaba de estar pegada á la manzana, le dijo:

—Te doy cuarenta años de vida si me sueltas.

El Hojalatero consintió en ello, y en esos cuarenta años los panteones se llenaron, pues la Muerte estuvo muy ocupada haciendo todo el trabajo que faltaba en la Tierra, por su forzosa inactividad anterior. Pasados los cuarenta años, fué á ver al Hojalatero y le dijo:

—Ha llegado el tiempo. Ven conmigo.

—Tienes razón que te sobra. Solamente te pido que me dejes despedir de mi mujer y de mis hijos. Mira: está ardiendo este cabo de vela, sólo te pido que me dejes libre hasta que se haya terminado.

La Muerte vió que el cabo, que era muy pequeño, solamente ardería unos cuantos minutos, y no tuvo inconveniente en dar el permiso que el compadre le pedía.

Cuando lo hubo dado, el Hojalatero sopló el cabo de vela y lo enterró á cien pies debajo del suelo. Y la Muerte tuvo que trabajar otros cuarenta años buscando el sitio donde estaba el cabo.

Cuando lo encontró, lo encendió desde luego; cuando se hubo terminado, buscó al Hojalatero de Talmach y le dijo:

—He cumplido mi palabra. Ya se acabó el cabo de vela y vengo por ti.

—Me parece razonable—le contestó el Hojalatero.—No tengo más que pedirte sino que me dejes decir un «Padre Nuestro» y una «Ave María,» porque en los últimos doscientos ó doscientos cincuenta años, he descuidado un poco mi alma.

—También me parece razonable, dijo la Muerte. Justo es que te permita yo, ya que eres mi compadre, que te pongas en gracia.

—Bueno; pues ahora no rezo un «Padre Nuestro» ni una «Ave María» en cuarenta años y cuarenta meses.

Y la Muerte se desesperó y maldijo, y nada de raro tenía.

***

Por cien años el Hojalatero de Talmach siguió curando con las gotas del frasco, que nunca se agotaba. La Muerte le perseguía; pero nunca lograba engañarle. Una noche volvía el Hojalatero á su casa, y se encontró con un joven que se quejaba amargamente.

—Yo soy el Hojalatero de Talmach, le dijo, y puedo curarte de tus males.

—¡Ay hermano! le contestó el muchacho, yo he muerto hace trescientos años, y solamente peno porque no hay una alma caritativa que quiera hacerme la caridad de rezar por mí un «Padre Nuestro» y una «Ave María».

Como era de buena alma el Hojalatero, sin decir nada rezó las oraciones. Al terminar de hacerlo, el muchacho se transformó en la Muerte, que le dijo:

—Has rezado ya y me perteneces.

Nada tuvo que decir el Hojalatero. La Muerte le llevó á su lado, primero al Cielo. San Pedro, que les abrió, preguntó el nombre del Hojalatero, consultó su gran libro y le dijo:

—De ninguna manera puedo admitir á un hombre que, puesto á escoger tres cosas, no escogió primero la bendición de Dios. Fuera!

Bajaron al Infierno; pero apenas el Diablo vió al Hojalatero, dió grandes alaridos, acordándose de los golpes de la herrería, y cerró su puerta diciendo que nunca lo admitiría.

Volvieron al camino de la Tierra. Pensaba la Muerte qué haría con aquel hombre á quien nadie quería recibir. Finalmente le preguntó qué era lo que deseaba.

—Puesto que tú me has acompañado y me has obligado á seguirte, dijo el Hojalatero, deseo que me hagas de nuevo un hombre y que nunca te acuerdes de mí, por los siglos de los siglos.

Y la Muerte así lo hizo. Pero pocos siglos habían pasado cuando ya el Hojalatero de Talmach se había convertido en una ruina, capaz de dar compasión á la misma Muerte. El Tedio nació de él. Y buscó á la Muerte suplicándole que le llevara.

—No puedo hacerlo—le contestó:—tú mismo me has pedido que siempre sea tu vida respetada, y lo he prometido. De hoy en adelante, siempre acompañarás á los hombres.

Y es por esto que, en los banquetes, en los bailes, en la iglesia, en la calle, dondequiera, en todos los siglos de los siglos, que el hombre se congrega, siempre el Hojalatero de Talmach, convertido en el Tedio, que nunca puede morir, porque la Muerte le rechaza, acompaña á los circunstantes y se encuentra en el corazón mismo de todos.

Arreglo del inglés para "El Mundo Ilustrado"



Al Lago Leman

Nada iguala el encanto, la pureza
De tus aguas azules y dormidas,
Oh lago de las márgenes floridas,
Inexhausto raudal de la belleza!

En ti Byron reclina la cabeza,
Y soñando en tus playas escondidas,
Dulce bálsamo brinda á sus heridas
El otoño en su lánguida tristeza.

Tus crepúsculos de oro son divinos!
El sol deja en tus cielos opalinos
Los dibujos fantásticos de Goya......

La existencia, á tu lado, es sueño breve;
Y ascendiendo, cual águilas de nieve,
Te saludan los Alpes de Saboya!

LEOPOLDO DÍAZ.

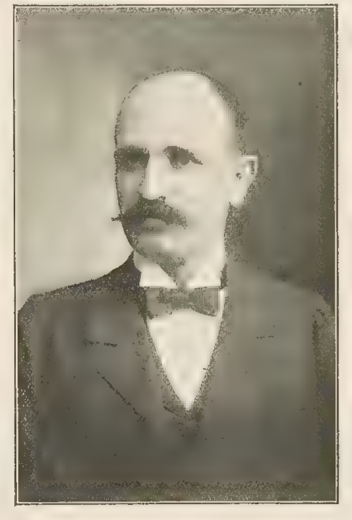
Ginebra, junio de 1903.

NUEVA PLAZA DE TOROS

Con una corrida que se efectuó el domingo 20 del pasado, fué inaugurada en Ciudad Juárez una magnífica plaza de toros que se levanta en la calle del Comercio y que, tanto por su buena distribución, como por la clase de materiales con que fué construída, puede considerarse como la mejor de la República.

La plaza, un poco más reducida que la «México», la de Puebla y la de Morelia, está hecha, puede decirse, á perpetuidad; sus amplias y bien dispuestas graderías son macizas y están revestidas con cemento, y las lumbreras, que protege una hermosa arquería, son, en cuanto á comodidad y elegancia, una verdadera obra maestra. Al rededor del edificio y para aprovechar los huecos que dejaron las gradas, se construyeron algunas viviendas, que producen á la empresa una renta considerable. El costo total del edificio se eleva á $47,600.

La fabricación de la nueva plaza estuvo encomendada al señor Ingeniero Camilo Enrique Pani, hombre muy estimado en la Frontera y particularmente en Ciudad Juárez, donde ha construído con éxito otros muchos edificios. A este inteligente Ingeniero se debe también la construcción de la plaza de toros de Aguascalientes.



Sr. Ing. Camilo Enrique Pani.

A juzgar por los rendimientos que dejó á la empresa la corrida de inauguración—$6,000 en números redondos,—es indudable que en lo sucesivo obtendrá muy buenas ganancias, pues para ello cuenta con un público, en su mayoría compuesto de americanos, muy poco exigente en todo lo que se relaciona con la faena de los diestros y con las buenas condiciones del ganado.

Publicamos, además de una vista exterior de la Plaza y de otras del interior, el retrato del señor Ingeniero Pani.

Versos sencillos

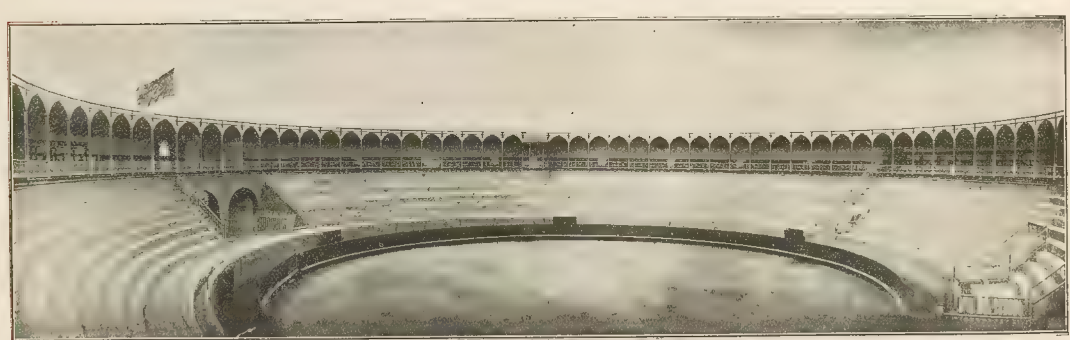
Yo pienso cuando me alegro
cual un escolar sencillo,
en el canario amarillo
que tiene el ojo tan negro.

Yo quiero, cuando me muera,
sin patria, pero sin amo,
tener en mi losa un ramo
de flores y una bandera.

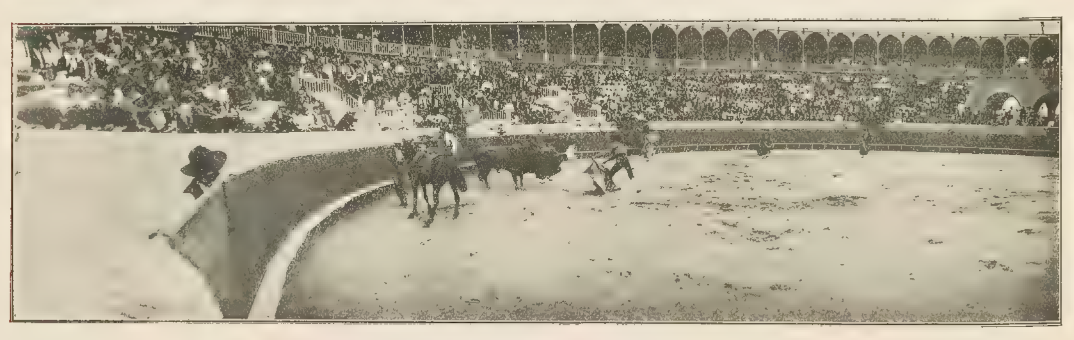
José Martí.



C. Juárez.—Exterior de la Plaza de Toros.



C. Juárez.—El redondel y los tendidos.



Aspecto de la Plaza durante la corrida.

Desfibradora "Ruiz Osorio"

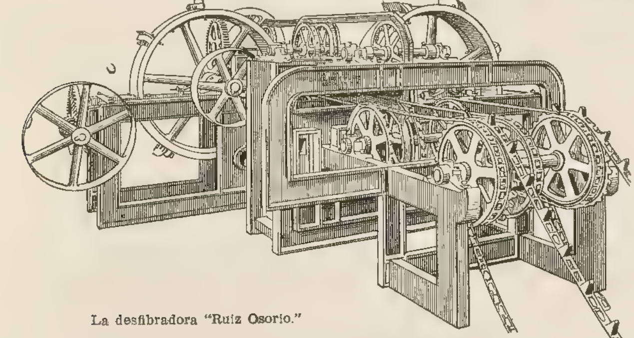
UN INVENTOR YUCATECO

El creciente progreso que alcanza el Estado de Yucatán, debido muy especialmente á la considerable alza del precio del henequén, su principal y puede decirse única producción en los mercados extranjeros, ha impulsado en los hijos de la Península grandes alientos para lograr no sólo alto grado de cultura social, sino lo que entraña carácter singular digno de todo encomio: proporcionar á los labradores de sus campos mayor número de facilidades en el trabajo, procurando economías de importancia á los capitalistas y útiles de notoria significación á la industria.

Uno de los yucatecos que en estos últimos tiempos se ha distinguido más por su espíritu progresista y por su empeño de facilitar las rudas faenas del campo, es el señor Don Tomás Ruiz Osorio, quien á sus dotes de hombre laborioso, ha sabido unir conocimientos muy estimables en mecánica, á la cual ha consagrado, desde los primeros años de su juventud, una existencia que está siendo fecunda en bienes para el jornalero, necesitado más que otro alguno en aquella región de la costa, de medios que amengüen la dureza de su cuotidiana tarea.

*

Don Tomás Ruiz Osorio consagróse, años ha, con decisión verdaderamente inquebrantable, á buscar el medio de que el filamento del henequén obtenido por máquinas más ó menos complicadas y que entre sus cuchillas desfibradoras dejaban gran parte de los productos de ese riquísimo agave, resultara de más pingües ganancias para el hacendado. A esto tendieron su perseverancia y su labor continua que han rendido el fruto deseado, con la invención de la máquina desfibradora que lleva el nombre de su autor.



La desfibradora "Ruiz Osorio."

No nos pondremos á referir las ventajas que este elemento, á todas luces utilísimo, proporciona á los propietarios y jornaleros yucatecos, porque no es nuestro objeto más que presentar nuevo testimonio de que la constancia y el trabajo todo lo vencen y á todos benefician. Baste decir que la desfibradora inventada por el señor Ruiz Osorio, ha merecido la aceptación general de los interesados en el cultivo y explotación del henequén, como á las claras lo pregonan el número de máquinas vendidas é instaladas en las fincas de campo y el convencimiento engendrado ya de que otra alguna de su clase puede competir con la del inventor yucateco, en economía de tiempo y de dinero.

Las desfibradoras de henequén hasta hoy conocidas y que, en su mayoría, demandan fuerte capital—pues tan sólo para su instalación hay que levantar edificios adecuados y muy costosos,—han sido siempre miradas con prevención por los hacendados y hasta con temor por los peones de las haciendas, que preferían á las ventajas que estas máquinas pudieran rendirles, los antiguos aparatos en extremo rudimentarios de que se valieron por mucho tiempo. Y con sobrada razón de unos y otros. Más que el valor de cada máquina, el hacendado se encontró siempre en la necesidad de aumentar con grandes cantidades las partidas de egresos, para atender á la compostura continua de las desfibradoras que servían en sus fincas, y el jornalero sentía profundo temor y retardaba su trabajo, porque en la máquina veía no una amiga que lo ayudara eficazmente, sino un enemigo pronto á mutilar sus brazos, y, las más de las veces, á causarle la muerte entre las afiladas ruedas.

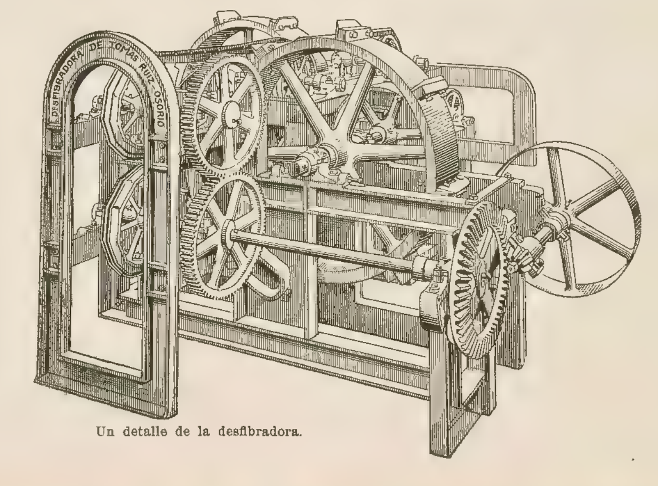
La máquina del señor Ruiz Osorio puede ser manejada por un jornalero cualquiera, aunque carezca de los más rudimentarios conocimientos de mecánica, pues su inventor ha conseguido alejar de su aparato toda complicación que pudiera servir de estorbo á los trabajadores y de pérdida de tiempo; no necesita de que el propietario recurra á los servicios de los especialistas en el ramo, ya que si en la labor pierde alguno de los elementos que la componen, puede ser substituído inmediatamente por el mismo encargado de atender á su movimiento; y, además, al desfibrar las hojas de la planta, no destroza el filamento y produce, en consecuencia, mayores rendimientos al industrial.



Sr. Tomás Ruiz Osorio.

No sin grandes obstáculos ha resultado vencedor el señor Ruiz Osorio en esta lid del trabajo, pues la competencia amontonó á su paso todo género de dificultades que, si en verdad no hicieron vacilar la firmeza de su espíritu, retardaron la hora del triunfo, que por este motivo es aún más digno de estimación.

El éxito que ha coronado los esfuerzos del inventor yucateco y el agradecimiento de las clases acaudalada y proletaria de su Estado natal, son el mejor lauro que ha podido obtener en esta lucha benefactora para la industria del país.



Un detalle de la desfibradora.

El Mundo Ilustrado

Año X—Tomo II—Núm. 15

México, Octubre 11 de 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



CURIOSIDAD

("American Phote Art. Studio.")

La modestia de los literatos

Es notorio—dice Federico Loliée en la «Revue Bleue» -que de tiempo inmemorial los obreros del pensamiento tienen el flaco de creerse el centro del mundo. Los ha habido, sin embargo, modestísimos, al menos en apariencia y á juzgar por sus escritos, como Sócrates, San Agustín, San Antonio de Padua, San Francisco de Sales, Espinosa, Descartes, Léibnitz, Rousseau, Lesage, etc.

Pero dejemos á un lado á estos escritores y vengamos á los de nuestros días, á los que nos son más ó menos directamente conocidos, para apreciar mejor su moderación. ¿Iremos á pedir á Chateaubriand alguna lección de modestia? «Ved—nos dice en su prefacio—cómo me humillo ante Dios, ante la Naturaleza, ante mí mismo». Pero hay que leer entre líneas: «Ved cuán grande soy; excedo á mis contemporáneos en cien codos, y si me pongo á su nivel, es sólo por no avergonzarles demasiado». ¿Y Lamartine? Su imperturbable majestad y su afición á la lisonja, recuerdan la anécdota de Royer-Collard: «Cuando se acaba de oír á Lamartine y se le felicita por su magnífico discurso, no se está seguro de que no os diga al oído: No os sorprenda eso, porque aquí, entre nosotros, yo soy el Padre Eterno».

Nadie, sin embargo, llega á Víctor Hugo, que escribía en 1831 en el plinto de una estatua de Napoleón: «Acabar con la pluma lo que no ha podido ejecutar la espada, gobernar el mundo y no tener Waterloo». Vive en plena apoteosis, dando á sus palabras y á sus actos un carácter sagrado, llegando al punto de recoger los recortes y raspaduras de sus uñas, para que sirvan de fetiches á los poetas futuros; dirige al Ser Supremo carteles de desafío, y en un momento de irritación, le amenaza con ir él, Hugo, á lanzarle del cielo.

¿Qué pensar de tales extremos? Pero ahí está Sténdhal, que tantas veces ha empleado su ironía en ridiculizar la vanidad. La vanidad, sin embargo, le impulsa también, y él, que se burlaba de la afectación, se teñía las patillas á los cincuenta y cinco años, y llevaba tupé postizo.

Y todos son lo mismo. Cousín, dice Sainte-Beuve, está siempre subido en el Capitolio. La fatuidad de Augusto Comte y Saint Simón, es prodigiosa. Proudhón tiene accesos de humildad fingida, menos soportables que sus salidas de orgullosa franqueza. Alfredo de Vigny creía que no había nada superior á su persona, y que la literatura francesa empezaba en él; en su discurso de recepción en la Academia, declaraba que el público había ido allí para contemplarle. Barbey d'Aurevilly, oyendo decir en un salón á un joven que no había encontrado en el mundo más que dos hombres de genio, se volvió hacia él preguntándole: «¿Quién es el otro?»

Hay que reconocer que sobre los literatos de los dos últimos siglos ha pasado un vértigo epidémico, y que la infatuación es la nota dominante de nuestra edad intelectual. Y no hemos hablado de las mujeres, ni de Dumás hijo, para quien era una verdadera necesidad vital el recibir incienso; ni de Edmundo de Goncourt, que sudaba la vanidad por todos sus poros, ni de Guy de Maupassant, que nada hubiera perdido con no repetir tantas veces que era el primer escritor de su siglo; ni de Pedro Lotí, que en plena sesión académica se alababa de no haber leído nada ni aprendido nada, debiéndoselo todo á sí mismo; ni de Richepín, que es un prodigio de reclamo; ni de Verlaine, cuya reputación es más debida á su exhibición diogénica que á sus versos; ni á cierto tenebroso poeta del Norte, á quien no le parece excesivo que le pongan por encima de Shákespeare.

La exageración del personalismo se expresa de mil modos; pero la manifestación característica es el afán de autobiografiarse. Los cuadernos confidenciales y las memorias llueven de todas partes. Uno nos cuenta cómo se hizo periodista, ó cómo se casó; otro, la varia suerte de sus libros; Coppé, la historia de sus gatos; Cladel, la de sus perros, y no sé quién la de sus gallinas.

En todo tiempo se ha considerado á la gente literaria muy irascible. Hoy las formas de lenguaje han perdido su antigua violencia; pero empujados por su amor propio, nuestros autores se lanzan entre sí amenidades encantadoras. «Sainte Beuve es un mendruguero»—decía Beranger.—«Si me comparáis con ese negro—decía Balzac hablando de Alejandro Dumás, —dejo la conversación».

La palma de la irrespetuosidad se la lleva Barbey d'Aurevilly; para él no hay antiguos ni modernos que no merezcan una frase desdeñosa: «Este tonto de Goethe», «ese bendito de La Bruyère», «ese gotoso de Le Sage», «ese patitristón de Leopardi»; así trata á las glorias consagradas, y no hay que decir cómo tratará á los demás: Julio Sandeau es para él un novelista que se ha equivocado de sexo, una suave cataplasma para los que llevan viseras verdes; Mignet, un Salvandy flaco, cuyo más claro mérito es el haber sido condiscípulo de Thiers; Thiers, la unidad coronada; Feuillet, un sub-Musset, bueno á lo sumo para distraer almas de modistas; Cousín, un pobre bastardo de Hégel; Montalembert, un escritor pesado, incorrecto y terroso; Sacy, un vago desplumador de sílabas, lo infinitamente pequeño en lo seco; Leconte de Lisle, un tatuador de imágenes indias en la poesía; la «Revue des Deux Mondes», un campo de nabos; la Academia, una Salpêtriere de Ministros caídos y de parlamentarios inválidos. Y así sucesivamente.

Filarete Charles no le va en zaga, aunque ha dejado sus dardos para sus «Memorias» póstumas. Los «Cuadernos» de Sainte Beuve abundan también en notas incisivas. «No estoy contento—declaraba un día—sino cuando he descubierto el lado débil ó el punto flaco de un gran hombre». A Balzac lo coloca en lo más bajo de la literatura de pacotilla; á Cousín le llama Fedón-Scapín, y ni siquiera perdona al buen Nodier, á quien tanto había elogiado en sus «Crónicas»; Guizot, á quien tan alto había colocado, no es más que la ligereza, la insuficiencia y la falsedad andando, y Thiers «el más espiritual de los mamarrachos». No parece sino que Sainte Beuve había dejado para sus últimas páginas todo el ahorro mental de una vida de rencor.

La fiesta es completa en el «diario» de los Goncourt. Jamás se ha visto tan al desnudo el amor propio febril del literato, aguzado por los celos del prójimo. Tenían la reputación conquistada en buena lid, y no les bastaba. Les hacía daño, aun triunfando ellos, el triunfo de los demás, y se revuelven airados contra todo lo que brilla, así se llame Edmundo About, Teófilo Gautier, Taine, Renán, ó Pablo de San Víctor.—«¡Y todos somos así!» —decía Enrique Becque.

Hay que confesarlo: el egotismo violento impera en nuestras costumbres literarias. Y en verdad, el orgullo literario es inevitable; hasta puede decirse que tiene su papel obligado en el juego de la producción. Sin las satisfacciones verdaderas ó falsas que proporciona, el trabajo de los autores en general equivaldría á un suplicio lento. Hay límites, sin embargo, que no deben traspasarse, si no se quiere caer de las alturas del amor propio que estimula y ennoblece, á los abismos del amor propio que cubre de ridículo al envidioso, empañando su gloria, si la tiene.—F. ARAUJO.

Amor de Madre

Madame de Lourmel está tomando el fresco en la terraza del hotel, sentada en amplia y mullida butaca. Ante sus ojos se extiende el verde césped hasta el lago azul.

Cantan los pajarillos, las rosas perfuman el aire y la anciana se considera dichosa.

—He hecho bien—pensaba—en salir de París, dejando allí á mi hija y á mi yerno. Les quiero mucho, pero son demasiado aficionados á fiestas y jolgorios y todas esas cosas me aburren de un modo extraordinario. Cuando no hay convidados en casa, mi hija Elisa y mi yerno Pablo Darc, el autor en boga, están en un baile ó en un teatro. Nosotros los viejos tenemos necesidad de descanso y he hecho perfectamente en tomarme unos cuantos días de vacaciones. No tengo noticias de ellos, pero eso significa que siguen divirtiéndose á sus anchas. Si ocurriera algo de particular, mi hija me escribiría en seguida.

Estas reflexiones fueron interrumpidas por una voz que gritaba detrás de madame de Lourmel:

—¡Buenos días, mamá!

La buena señora se volvió sorprendida y vió á su hija y á su yerno, que acababan de salir del hotel.

Madame de Lourmel trató de correr á su encuentro, pero tuvo que detenerse, temerosa de que le diera un síncope. Con la voz alterada por la angustia, preguntó:

—¿Hay alguna novedad en casa? ¿Están enfermos los niños?

—No, mamá, los hemos dejado en casa de mi suegra.

—¿Os pasa algo extraordinario?

—Nada absolutamente.

Elisa y su marido se echaron á reír, y entonces madame de Lourmel se tranquilizó por completo y les abrazó tiernamente.

—¡Cuánto me alegro de que hayáis venido á verme!—exclamó la anciana.

—Pues si te alegras—contestó Elisa, —¿por qué estás tan pálida y temblorosa?

—Porque cuando os he visto, he creído que os había ocurrido alguna desgracia.

—¡Qué cosas tienes, mamá!

Pablo Darc y su mujer se sentaron al lado de madame de Lourmel y se pusieron á hablar de sus proyectos.

—Hace tiempo—dijo Pablo—que deseábamos ir á almorzar á la cumbre de la Punta Negra, donde hay un magnífico hotel. Es la excursión de moda este verano.

—¿Y cuánto tiempo vais á estar á mi lado?

—Todo el día y toda la velada. Emprenderemos la marcha mañana al amanecer—contestó Elisa.

—Pero ¿por qué os vais tan pronto?

—Porque tenemos que ir á visitar á los Vassall, quienes residen ahora en su quinta de Chalex.

—Me han dicho—repuso madame Lourmel—que la ascensión es peligrosa, puesto que todavía hay mucha nieve en la montaña. Además, el tiempo está inseguro y me parece que va á estallar una tormenta. ¡Aplazad la expedición para más tarde!

—¡Imposible, mamá! Pasado mañana hay baile en casa de los Vassall y no podemos faltar á la fiesta.

En vista de que la anciana insistía en su empeño, Pablo Darc puso término al asunto, diciendo:

—Estamos cansados y necesitamos quitarnos el polvo del camino. Ahora vamos á nuestro cuarto y nos reuniremos á la hora de comer.

Cuando la madre de Elisa estuvo sola ante las nubes que cubrían el cielo y obscurecían el lago, recordó las variadas desgracias ocurridas en la peligrosa expedición á la Punta Negra. El proyecto de su hija y de Pablo la sacaba de quicio.

Durante la comida volvió á la carga... Pero el yerno se burló de los temores de su suegra y dijo con resolución:

—Partiremos mañana al amanecer en el primer vaporcito que salga.

—El tiempo está muy revuelto—repitió madame de Lourmel,—y si estalla la tormenta, no partiréis.

—Realizaremos nuestro propósito, pase lo que pase. Nuestra resolución es irrevocable.

—Os acompañaré hasta el barco.

—De ningún modo, mamá—exclamó Elisa;—eso te obligaría á levantarte muy temprano y retrasaría nuestra marcha.

—Si le parece á usted bien—dijo Pablo,—nos despideremos esta misma noche cuando nos vayamos á acostar.

Cuando después de haber permanecido largo rato en el salón, dieron las diez, Elisa y Pablo se levantaron para despedirse de madame de Lourmel.

—¿Pero no habría medio de aplazar esa ascensión?—dijo la anciana.

—¡Que pesada eres, mamá! ¿No ves que es cosa decidida?

Cuando estuvo en su cuarto, madame de Lourmel se acostó; pero no pudo conciliar el sueño. Imaginaba todo cuanto de terrible podía ocurrir en la ascensión y estuvo á punto de ir á la habitación de sus hijos para suplicarles nuevamente que no partiesen. Pero desconocía el número del cuarto y, en medio de la noche, nadie hubiera podido indicárselo.

La pobre señora se levantó y abrió la ventana. El alba rasgaba los negros nubarrones, á lo lejos rugía el trueno y comenzaba á llover.

Madame de Lourmel no podía divisar desde la ventana la puerta de salida del hotel, situada en la otra fachada, y tenía que contentarse con ver la salida de los vapores.

Apareció el primero de ellos con rumbo a Chatex.

De lejos, á pesar de las lágrimas que inundaban sus ojos, la pobre madre distinguió en la popa dos elegantes siluetas. Su corazón palpitó con violencia, y el barco se alejó rápidamente hasta perderse de vista.

Calada hasta los huesos y temblando de emoción, dejóse caer en una butaca situada ante una mesa y escribió un telegrama, con contestación pagada, dirigido al hotel de la Punta Negra, para que le comunicaran la llegada de los dos viajeros.

Llamó, dió el telegrama y, para matar el tiempo, abrió el periódico de la localidad y leyó los siguientes títulos: «Ascensiones peligrosas». «Cinco viajeros desaparecidos».

El periódico se le cayó de las manos y la infeliz mujer se echó á temblar al ver que estallaba furiosa la tempestad.

—¡Pobres hijos míos!—exclamó la infortunada madre.—¡Pobres hijos míos!

Y cerró los ojos para no ver nada del terrible cataclismo; pero las lágrimas la obligaron á abrirlos.

A los pocos momentos le entregaron la contestación á su telegrama, concebida en estos términos:

«No ha llegado ningún viajero procedente de Chatex. Témense desgracias.—Prepáranse socorros».

Madame de Lourmel se levantó como una loca y se lanzó hacia la puerta, tal vez para telegrafiar de nuevo, tal vez para buscar un guía que la acompañara.

Al verse en el corredor, tuvo que apoyarse en la pared para no desplomarse en el suelo. De pronto, vió á su hija, que, alegre y sonriente, se dirigía hacia ella.

—¿Tú aquí? ¡Conque no habéis partido!—exclamó la anciana.—¡Dios sea loado!

—¿Cómo íbamos á salir con un tiempo como éste? Además, estábamos tan cansados, que nos hemos despertado demasiado tarde. Pero, ¿qué te pasa mamá? ¿Por qué nos miras de ese modo?

Madame de Lourmel estaba como si se hubiese acabado de despertar tras de una espantosa pesadilla.

—¡Lo que pasa! ¡Ah! ¡No podéis comprenderlo!

Y como la infeliz seguía llorando sin dar explicaciones y la gente pasaba por el corredor y las miraba con curiosidad, Elisa y Pablo cogieron á madame de Lourmel y la llevaron á su cuarto, medio desmayada.

—Eso no está bien, mamá—dijo la hija,—y no sabe uno cómo darte gusto. Te hemos sacrificado nuestra excursión y nos recompensas con lágrimas y sollozos. ¿No te alegras de vernos?

—Sí—contestó madame de Lourmel, dejándose caer en una butaca,—pero no me volváis á proporcionar otra alegría como ésta.

—¿Por qué?

—Porque me costaría la vida.

Elisa y Pablo se miraron como sorprendidos y repitieron uno después del otro, encogiéndose de hombros:

—¡Qué cosas tan raras tiene usted, señora!

—Sí, mamá, ¡qué rarezas tan grandes tienes!

CARLOS FOLEY.

BRINDIS

En el vivac brindaban. Con voz fuerte
exclamó un adalid de audaz mirada:
—¡De cara al sol, anhelo que la muerte
me sorprenda en los brazos de mi amada!

Y al acercar el vaso hasta su boca
risueña, y como el vino, purpurina;
se le cayó... y al dar sobre una roca,
vibró una carcajada cristalina!

Otro, al oírlo, sollozó de hinojos:
—¡Ah, brindo por mi madre!....—Y al acaso
vertieron una lágrima sus ojos
que á unirse fué con el licor del vaso.

Al levantarlo, improvisó unas preces,
de su patria infeliz por el destino......
y no pudo beber cual otras veces;
......á un camarada le ofreció aquel vino.

Este, al tomarlo, le mostró, sombrío,
el vaso con su mano vacilante;
y «él»...... vió en el fondo del cristal vacío,
algo que fulguraba...... ¡era un diamante!....

JUAN DUZAN.

Nunca nos falta dinero para nuestros caprichos; lo que ponemos á discusión es el precio de las cosas útiles y necesarias.

*

Los vicios de nuestros vecinos, así como sus males, nos vuelven más ligeros los nuestros.

*

Vale más leer á un hombre que diez libros.



Las reformas al teatro Arbeu.—Aspecto del salón.



EL FESTIVAL EN ARBEU. -Llegada del señor Presidente de la República

Solemne Festival en Arbeu

Distribución de Recompensas

Como lo anunciamos en nuestro número anterior, el domingo último, por la mañana, se efectuó en el Teatro Arbeu la solemne distribución de recompensas á los expositores mexicanos que concurrieron, en 1900, al Gran Certamen Internacional de París.

La fiesta, que vino á patentizar una vez más los adelantos que al amparo de una Administración honrada y progresista ha realizado el país, resultó, como era de esperarse del entusiasmo que por asistir á ella dominaba en todas las clases sociales, altamente simpática y muy lucida, pues aparte de que los números del programa, tanto musicales como literarios, estuvieron encomendados á personalidades ventajosamente conocidas en los círculos artísticos, la concurrencia fué numerosísima y la animación que reinaba en el teatro no decayó un solo momento.

A las diez de la mañana, hora en que las distintas localidades se encontraban ya ocupadas por distinguidas familias de nuestra sociedad, se presentó en el pórtico el señor Presidente de la República. Una guardia de cincuenta hombres con bandera y música, hizo al Primer Magistrado los honores correspondientes á su alta investidura, y una comisión formada por el Subsecretario de Fomento, Ingeniero Don Andrés Aldasoro, y por cuatro jefes de sección de la Secretaría, lo recibió para conducirlo hasta el sitio que en el escenario le estaba reservado. En el lugar de honor tomaron asiento, además del señor Presidente, los miembros de su Gabinete, y á uno y otro lado del foro, las diversas personas nombradas por los Gobiernos de los Estados para recibir los premios correspondientes á sus respectivas comprensiones; el señor Presidente del Senado y el de la Cámara de Diputados, la Comisión Mexicana en el Certamen de San Luis Missouri y algunos otros funcionarios y empleados públicos. Los señores Ministros extranjeros y sus familias ocuparon las plateas principales.



Llegada de la concurrencia al teatro.

La ceremonia dió principio con la obertura «Patrie», de Bizet, magistralmente ejecutada por la orquesta del Conservatorio, y tras un discurso primorosamente escrito que pronunció el poeta Amado Nervo, conquistándose muchos aplausos, se procedió por el señor General Díaz á la distribución de recompensas á los expositores. Entre la lista de los premiados figuraba el señor Presidente, que envió al Certamen un proyecto de cuarteles con cocinas especiales que permiten hacer más económicamente y en mejores condiciones la preparación de los alimentos que se distribuyen á la tropa. El Primer Magistrado, al oír su nombre, se puso en pie, y al recibir del señor Ministro de Fomento el premio que le correspondía, hizo llamar á los señores Capitán Santa Cruz á Ingeniero Olivier, para cederles, como á sus colaboradores que habían sido en el proyecto, la recompensa que acababa de obtener.

Este hermoso rasgo del señor General Díaz impresionó profundamente al público. La concurrencia, puesta en pie, aclamó al Supremo Mandatario.

La señora Amalia de Roma cantó en seguida «Il Baccio» de Arditi; y hecho el reparto de medallas y diplomas entre los expositores de los Estados, ocupó la tribuna, para recitar una

poesía, el señor Luis G. Urbina. El poeta fué aplaudido por la concurrencia.

La fiesta, que ha dejado muy buenos recuerdos en el público, terminó poco antes de la una de la tarde.

***

Ofrecemos á nuestros lectores, entre otras fotografías, una que representa el escenario en los momentos en que se efectuaba el acto oficial, y otra en que puede verse el aspecto que, después de las importantes reformas que se le hicieron, presenta el salón del Teatro Arbeu.

SIN NOMBRE

(VERSOS SENCILLOS)

Yo sé de una estrella pura
que surgió en la noche negra......
y sé que al rayar el día,
su lumbre perdió la estrella.

Yo sé de un corazón libre
nacido en esclavo pecho......
y de una cárcel abierta
para que saliera un preso......

Sé que una paloma blanca
para morir hizo el nido......
y que hay una sepultura
donde yace un hombre vivo.

Yo sé de un nuevo Jesús
despertando á un nuevo Lázaro......
y sé de una injuria, y sé
de una cruz y de un Calvario......

Y sé que al bañar el mundo
la sangre de un hombre bueno,
el Odio se volvió lágrima,
la Injuria se volvió beso!

DULCE MARIA BORRERO.

1903.

PENSAMIENTOS

Se sirve á lo ideal haciendo el bien, descubriendo la verdad, realizando lo bello.—RENÁN.

*

Carece de sentido la palabra «utopia»: el mundo se compone de utopias realizadas; la utopia de hoy es la realidad de mañana. —PASSY.

*

En poesía, el número de los hábiles supera en mucho al de los inspirados.—PRUDHOMME.

*

La investigación de la verdad es como una caza en que la pieza que se persigue vale menos que el placer de perseguirla. -VALTOUR.

*

La noche acrecienta el dolor: envuelve en negro lo negro.—FEUILLET.

*

Es la convalecencia como una segunda juventud, pues que constituye una progresiva y paulatina conquista de la vida.—RADOT.

*

Nuestras costumbres imponen el disimulo á las jovencitas y la coquetería á las jóvenes; sólo á las ancianas les está permitido ser sencillas y naturales.—KARR.

*

Es la vida un viaje cuyo itinerario no conoce nadie antes de haber recorrido las etapas. —VALTOUR.

*

Si rindiesen menos culto á la exterioridad y un poco más á la ilustración, serían las mujeres mucho más respetables.— AIVER.



Llegada de la concurrencia al Arbeu.

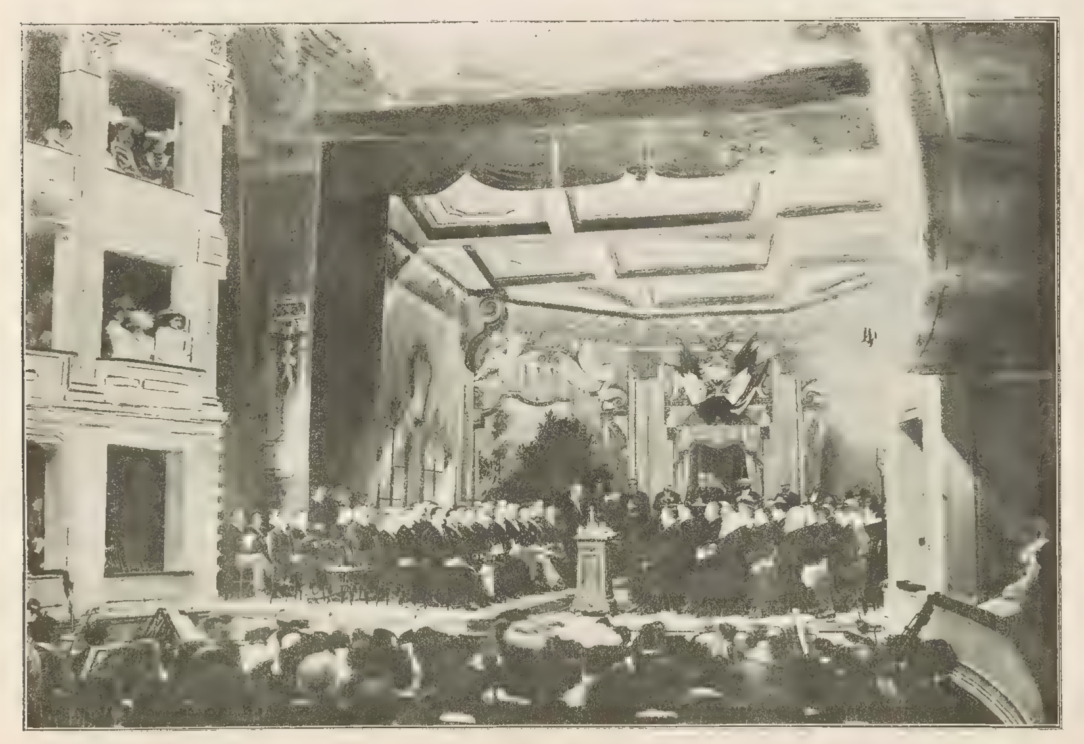
TROVA

¿Niña, esa sombra que, cual leve gasa,
Fluctúa en ese abismo de tristeza,
Dime: ¿es la noche que se extingue y pasa?
Dime: ¿es la noche que á reinar empieza?

Y ese fulgor que, en armonioso enlace
Con esa sombra, me fascina y hiere,
Dime: ¿es la aurora que se eleva y nace?
Dime: ¿es la tarde que se apaga y muere?

Mientras esto á mi amada repetía,
—¿Dónde ves eso?—ella me decía
Viéndome inmóvil á sus pies, de hinojos;
Mas yo, sin responderla, proseguía
Mirando al cielo de sus tristes ojos!

JULIO FLÓREZ.



Aspecto del escenario del Arbeu durante la ceremonia. El señor Presidente y sus secretarios de Estado

Nuevo Subsecretario de Guerra

En substitución del señor General Luis C. Curiel, ha sido nombrado por el Ejecutivo Subsecretario de Guerra y Marina el señor General José M. Mier.

El nuevo Subsecretario, que cuenta en su abono con una meritoria hoja de servicios, tuvo á sus órdenes, por más de diez años, el 2º Regimiento de Caballería; fué después Jefe de la Zona Militar que comprendía los Estados de Oaxaca y Chiapas, y removido de este cargo,



Sr. General José María Mier.

se le confió más tarde el de Magistrado del Tribunal Superior de Justicia Militar.

Por último, el señor General Mier desempeñó durante algún tiempo, con notable eficacia, la Jefatura del Departamento de Caballería del Ministerio de Guerra, que dejó para hacerse cargo de la Oficialía Mayor del mismo Ministerio.

El nombramiento hecho últimamente á favor del distinguido militar, ha sido muy bien recibido.

Crónica extranjera

LA «REPRISE» DEL «REY RICARDO II».—LA ESTATUA DE RENÁN.—VISITAS DE REYES.

Parece que sopla buen viento, especialmente en Londres, á las «reprises» de obras célebres, y muy especialmente á las del inmortal Shákespeare; pues, hasta la fecha, van ya cuatro obras de las del ilustre autor que se han puesto en escena, con aplauso de los londinenses.

Hace ya un año que comenzaron en los teatros más correctos de Londres las «reprises» de obras que anteriormente habían sido de gran efecto, y entre ellas recordamos que una de las que mejor resultado financiero dieron á la empresa, lo mismo que hoy ha sucedido con «Ríchard II», fué la conocida «Batalla de Damas», puesta en escena en Háymarket.

Ahora es «Ríchard II» el éxito mayor de la temporada, y á fe que lo merece, si hemos de creer á los cronistas de la prensa metropolitana inglesa. Parece que la empresa que ha presentado la obra ha tenido un gran cuidado con



Una escena de "Richard II".

ella, y que, fuera de los elementos artísticos, ha procurado que decoraciones, trajes y demás detalles, sean de una corrección tal, que no puede menos que ser apreciada por el público.

La famosa obra de Shákespeare tiene por protagonista un personaje de muy complicada psicología. El actor que interprete esta «role», debe ser un hombre de talento; pero seguramente que el éxito sólo sería mediano y debido sólo al talento enorme de Shákespeare, si no se cuidara de los detalles de la «mise en scène».

«Ríchard II» ha sido una obra de trabajo y de aliento. Ha habido precisión de consultar personalidades de las más conspicuas en el arte, á fin de conseguir la unidad completa y harmónica en decoraciones, trajes de los personajes etc., etc. Se ha ido hasta el extremo de



La plaza de Treguiers, (Francia), al descubrirse el monumento de Renán.

consultar académicos en la lengua inglesa, para que resolvieran ciertos puntos relacionados con el habla especial que en tiempos de Ricardo II se estilaba. Así es que, si bien es cierto que se ha corregido en algo la versión original, en cambio se ha llegado á un extremo nunca visto anteriormente en el sentido de la corrección y pulcritud de la obra.

El éxito ha sido de los más ruidosos, en parte debido al inmortal talento de Shákespeare, que se impondrá siempre, y en parte á los cuidados nimios de la empresa.

***

Renán, el célebre, universalmente célebre autor de la «Vida de Jesús», tiene ya su estatua. Las fiestas de la inauguración del monumento han sido muy sonadas. La cuestión política, que en estos momentos conmueve á Francia hasta la médula, ha sido causa de que se manche la tranquilidad de la ceremonia conmemorativa con ciertos incidentes de mal género, que en nada tenían que ver ni con Renán, ni con la obra de tan potente pensador francés.

La estatua se encuentra en el mejor sitio de Treguiers, pequeña aldea en la que vivió el célebre escritor y filósofo, y en la cual aún se encuentra el viajero la casa que habitó por muchos años. Es esta casa una de las grandes curiosidades, y año por año, una reverente procesión de personas que aman al maestro, se presentan á sus puertas para ver el pequeño jardín, la estancia misma en que Renán escribía tan admirablemente, y desde cuya ventana se descubre un panorama admirable, que muchas veces ha de haber sido el punto de contemplación del escritor, en sus largas veladas de estudio.

Por desgracia, llovió bastante y la persistente llovizna fué causa de que en algo desluciera la ceremonia.

Además de la lluvia, que siempre molestó, impidiendo que se reunieran en Treguiers todos los que, de no haber sido tan malo el tiempo, hubieran hecho la peregrinación, un grupo de furiosos se propuso desahogar sus iras en contra del Ministro Combes. Quizá haya sido una insinuación de algún descarriado; pero el efecto que causó la actitud de algunos de los campesinos, fué muy desagradable, pues en lugar de observar la debida compostura mientras los oradores ocupaban la tribuna, vociferaron en contra de Combes y de su política. El momento era de lo más inoportuno por cierto. Se escucharon algunos siseos, y la fuerza armada tuvo la necesidad de armar las bayonetas y de impedir que un grupo de energúmenos asaltaran la tribuna oficial en los momentos en que los oradores la ocupaban.

Salvo estos desagradables incidentes, la celebración resultó digna de Renán. Ya los que vayan en piadosa peregrinación á la casa del maestro, no preguntarán, si son extranjeros, con cierto asombro: ¿dónde está la estatua de Renán?

***

Se preparan actualmente en París fiestas reales, fiestas de las que dejan hondos recuerdos en la ciudad y en el país entero, en celebración de la visita del Rey de Italia, S. M. Víctor Manuel, á la capital gala.

Es este año uno de los que mayor número de visitas de este género se han efectuado. Sopla por Europa cierto vientecillo de confraternidad internacional.

La cuestión de Oriente, la cuestión de Mandchuria y las demás «cuestiones» de esta especie, pasan por cierta crisis que ha sido, según los signos palpables, muy favorable á la aproximación amistosa de las grandes potencias entre sí. El Rey Eduardo, á quien ya dan sus conterráneos el título de «El Pacificador», fué el que primero pensó en aprovechar la innegable influencia de las visitas internacionales, y visitó, sucesivamente, las cortes de Lisboa y de Roma, y la capital de la República de Francia. Después, el Presidente Loubet le pagó la visita en Londres. Anteriormente el Rey Carlos de Portugal había estado en Londres, donde fué bien recibido.

Las fiestas en honor de Víctor Manuel II prometen ser muy suntuosas



La manifestación contra Combes en Treguiers.—La fuerza armada rechaza á los manifestantes.

¡OH SANCHO!

«No ha muerto Don Quijote...»

Tú no has muerto tampoco! Entre la inquieta
Y abigarrada multitud del día,
Vi, Sancho, destacarse tu silueta
En medio de estruendosa algarabía;

Mas ¡cuán cambiado estás! ¡cuán elegante!
¿Quién será el que al mirarte te reproche?
Has trocado la albarda por el guante,
Y olvidando el rocín, andas en coche.

Dejando á un lado el exterior ropaje,
Arreo vistes hoy de caballero......
¿Quién pudiera, ¡oh buen Sancho!, en ese traje
Descubrir al enantes escudero?

Sólo tu ruin espíritu no muda;
Hoy como ayer, encarnas la materia.
¿Qué es á tus ojos esta amarga y ruda
Batalla del dolor?...... Sólo una feria.

Eres el mismo!...... Aún brota de tus labios
Tu bonachona y fuerte carcajada.
¡Con qué orgullo paseas entre sabios
Tu figura burguesa y desgarbada!

¡Con qué donaire vas por los salones
Cuyas alfombras con soberbia pisas,
Conmoviendo, al pasar, los corazones
Y conquistando por doquier sonrisas!

Y en tanto que Quijote en la pelea
Rueda entre el polvo con la albarda rota,
Invocando á la hermosa Dulcinea
Y soñando con la ínsula remota,

Pasas tú por el mundo, que se inclina
Al mirarte surgir en el proscenio;
Que en esta edad bizarra y peregrina
Sólo alumbra una luz: la de tu genio!

¡Oh manchegos! ¡Oh bravos paladines
Que marcháis por el áspero camino
Al compás de los bélicos clarines,
Desafiando las iras del destino!

Cesó vuestra misión...... Os maravilla?
Colgad la espada del ruinoso muro
Y en Sancho, el escudero sin mancilla,
Saludad á los héroes del futuro!

¿Qué importa el Ideal?...... Mustio y herido,
Como vosotros—al tremendo embate
De la lucha tenaz—quedó tendido
Sobre el polvo revuelto del combate......

Ricardo Nieto.



Nuestro país.—Puente Zaragoza sobre el río Mactlatlán (Puebla).



Un Cadete de Cazcuña.—(Fot. Valleto)

¡MALPOCADO!

La vieja más vieja de la aldea, camina con su nieto de la mano por un sendero de verdes orillas, triste y desierto, que parece aterido bajo la luz del alba. Camina encorvada y suspirante, dando consejos al niño, que llora en silencio.

—Ahora que comienzas á ganarlo, has de ser humildoso, que es ley de Dios.

—Sí, señora, sí...

—Has de rezar por quien te hiciere bien y por el alma de sus difuntos.

-Sí, señora, sí...

—En la feria de San Gundián, si logras reunir para ello, has de comprarte una capa de juncos, que las lluvias son muchas.

—Sí, señora, sí...

—Para caminar por las veredas, has de descalzarte los zuecos.

—Sí, señora, sí...

Y la abuela y el nieto van anda, anda, anda......

La soledad del camino hace más triste aquella salmodia infantil, que parece un voto de humildad, de resignación y de pobreza hecho al comenzar la vida. La vieja arrastra penosamente las madreñas, que choclean en las piedras del camino, y suspira bajo el manteo que lleva echado por la cabeza. El nieto llora y tiembla de frío: va vestido de harapos; es un zagal albino, con las mejillas asoleadas y pecosas; lleva trasquilada sobre la frente, como un siervo de otra edad, la guedeja lacia y pálida, que recuerda las barbas del maíz.

En el cielo lívido del amanecer, aún brillan algunas estrellas mortecinas. Un raposo que viene huído de la aldea, atraviesa corriendo el sendero. Oyese lejano el ladrido de los perros y el canto de los gallos... Lentamente el sol comienza á dorar la cumbre de los montes; brilla el rocío sobre la hierba; revolotean en torno de los árboles, con tímido aleteo, los pájaros nuevos que abandonan el nido por vez primera; ríen los arroyos, murmuran las arboledas, y aquel camino de verdes orillas, triste y desierto, despiértase como viejo camino de geórgicas. Rebaños de ovejas suben por la falda del monte; mujeres cantando vuelven de la fuente; un aldeano de blancas guedejas pica la yunta de sus bueyes, que se detienen mordisqueando en los vallados: es un viejo patriarcal; desde larga distancia deja oír su voz:

—¿Vais para la feria de Barbanzón?

—Vamos para San Amedio buscando amo para el rapaz.

—¿Qué tiempo tiene?

—El tiempo de ganarlo. Nueve años hizo por el mes de Santiago.

Y la abuela y el nieto van anda, anda, anda ....

Bajo aquel sol amable que luce sobre los montes, cruza por los caminos la gente de las aldeas. Un chalán asoleado y brioso trota con alegre fanfarria de espuelas y de herraduras; viejas labradoras de Cela y de Lestrove van para la feria con gallinas, con lino, con centeno. Allá, en la hondonada, un zagal alza los brazos y vocea para asustar á las cabras, que se gallardean encaramadas en los peñascales. La abuela y el nieto se apartan para dejar paso al señor arcipreste de Lestrove, que se dirige á predicar en una fiesta de aldea:

—¡Santos y buenos días nos dé Dios!

El señor arcipreste refrena su yegua, de andadura mansa y doctoral.

—¿Vais de feria?

—¡Los pobres no tenemos qué hacer en la feria! Vamos á San Amedio buscando amo para el rapaz.

—¿Ya sabe la doctrina?

—Sabe, sí, señor. La pobreza no quita el ser cristiano.

Y la abuela y el nieto van anda, anda, anda......

En una lejanía de niebla azul divisan los cipreses de San Amedio, que se alzan en torno del santuario, obscuros y pensativos, con las cimas mustias, ungidas por un reflejo do-



El Valle de México, vis

rado y matinal. En la aldea ya están abiertas todas las puertas, y el humo indeciso y blanco que sube de los hogares, se disipa en la luz como salutación de paz. La abuela y el nieto llegan al atrio. Sentado en la puerta, un ciego pide limosna y levanta al cielo los ojos, que parecen dos ágatas blanquecinas.

—¡Santa Lucía bendita vos conserve la amable vista y salud en el mundo para ganarlo!... ¡Dios vos otorgue que dar y que tener!... ¡Salud y suerte en el mundo para ganarlo!... ¡Tantas buenas almas del Señor como pasan, no dejarán al pobre un bien de caridad!...

Y el ciego tiende hacia el camino la palma seca y amarillenta. La vieja se acerca con su nieto de la mano y murmura tristemente:

—¡Somos otros pobres, hermano!..... Dijéronme que buscabas un criado.

—Dijéronte verdad. Al que tenía enantes abriéronle la cabeza en la romería de Santa Baya de Cela. Está que loquea...

—Yo vengo con mi nieto.

—Vienes bien.

El ciego extiende los brazos palpando en el aire.

—Llégate, rapaz.

La abuela empuja al niño, que tiembla como una oveja acobardada y mansa, ante aquel viejo hosco, envuelto en un roto capote de soldado. La mano amarillenta y pedigüeña del ciego se posa sobre los hombros del niño, anda á tientas por la espalda, corre á lo largo de las piernas.

—¿Te cansarías de andar con las alforjas á cuestas?

—No, señor; estoy hecho á eso.

—Para llenarlas hay que correr muchas puertas. ¿Tú conoces bien los caminos de las aldeas?

—Donde no conozca, pregunto.

—En las romerías, cuando yo eche una copla, tú tienes de responderme con otra. ¿Sabrás?

—En aprendiendo, sí, señor.

—Ser criado de ciego, es acomodo que muchos quisieran.

—Sí, señor, sí.

—Puesto que has venido, vamos hasta el Pazo de Cela. Allí hay caridad. En este paraje no se recoge una triste limosna.

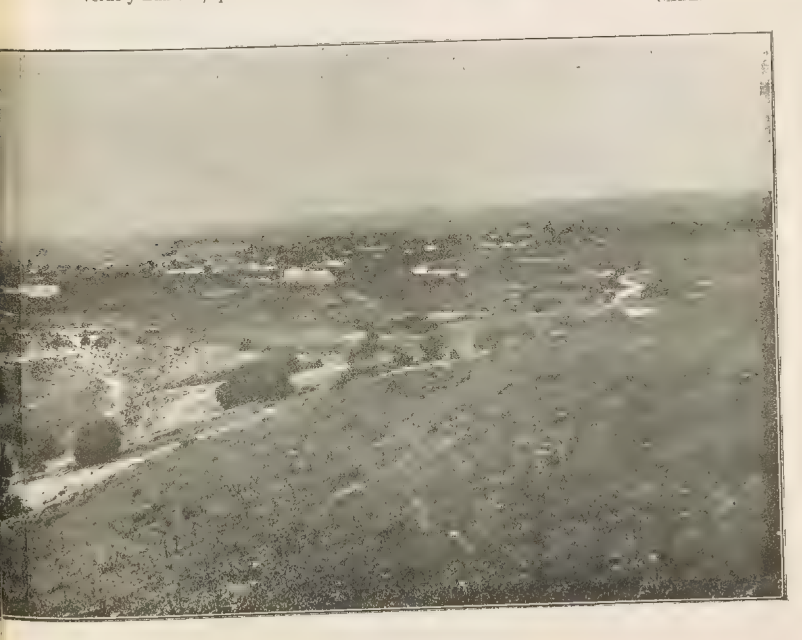
El ciego se incorpora entumecido, y apoya la mano en el hombro del niño, que contempla tristemente el largo camino, y la campiña verde y húmeda, que sonríe en la paz de la mañana, con el caserío de las aldeas disperso y los molinos lejanos, desapareciendo bajo el emparrado de las puertas, y las montañas azules y la nieve en las cumbres. A lo largo del camino, un zagal anda encorvado segando hierba, y la vaca de trémulas y rosadas ubres, pace mansamente arrastrando el ronzal. El ciego y el niño se alejan lentamente, y la abuela murmura enjugándose los ojos:

—¡Malpocado, nueve años y gana el pan que come!... ¡Alabado sea Dios!......

R. del Valle Inclán.



CABEZA DE ESTUDIO.—J. M. Pacheco.



...o desde la falda del Ajusco.

POESÍA PURA

Un lago en que remar por la mañana,
un bosque en que dormir durante el día,
y á la noche la hermosa castellana
que abre á su trovador la celosía.

Rumores apagados en alfombras,
la luna reflejada en nuestros ojos,
peligros en la luz, miedo en las sombras,
dicha en el alma, y en la faz sonrojos.

Luego la envidia, cuyo agudo diente
clava en los corazones el deseo,
y al despuntar la aurora transparente,
el beso de Julieta y de Romeo.

Y después, otra noche, un grito vago,
un espectro que avanza mudo y frío,
y un cadáver flotante sobre el lago......
¡ay! ¿por qué ese cadáver no es el mío?

Manuel del Palacio.

ESCRÚPULOS



Arreglo del Francés para "El Mundo Ilustrado."

La cosa pasaba en Copenhague, en la época en que hacía yo mis estudios en la Universidad. Habitaba entonces una gran recámara, única pieza de mi domicilio, en el séptimo piso de una casa de vecindad. Como solamente el tejado quedaba por encima de mi cuarto, el calor en los meses de verano era insoportable, y en el invierno mi habitación era una nevera; las ratas, que en gran número habitaban el edificio, tenían un consejo nocturno, generalmente en mi ropero; había, como en el Arca de Noé, un par de animales y de aves de cada especie; pero fuera de estos ligerísimos inconvenientes, mi habitación era de lo mejor que un estudiante ha tenido nunca. Mis vecinos me tenían envidia.

La casa alojaba á muchos de mis compañeros de escuela y á otros estudiantes de distinta facultad. Precisamente enfrente de mi puerta estaba la de un vecino, muchacho aún, lo más extraño que pueda darse. Era un hombrecillo de escasa estatura; de largos, muy largos cabellos, que cuidaba, y peinaba y relujaba constantemente; de ojillos grises insignificantes; siempre metido en un pantalón de color de pasa, y cubierta la cabeza con un sombrero tirolés bastante grande para el cráneo que tenía que proteger. Este personaje era muy tímido, exageradamente tímido. Creo que hacía más de un año que vivía en la misma casa y nunca había yo logrado que me dirigiera la palabra.

Apenas si cuando nos encontrábamos en la escalera cambiábamos un saludo, tocándonos el sombrero. Cierto día, por mi desgracia, quise ver de interesar al extraño personaje, y fuí á hacerle una visita. Un rayo que hubiera caído en su cuarto, seguramente que no le causa tan desastroso efecto.

Se puso pálido; entre dientes tartamudeó alguna excusa imposible. Se alisó con los dedos la gran melena. Y después, dirigiéndome miradas recelosas, trató de enderezar una silla de tres pies; quiso hacer desaparecer los restos de un almuerzo, que estaban sobre el humilde lecho, y poco faltó para que se cayera. Hube



de asistirle, y nuestras relaciones, como se comprende, quedaron ahí. Jamás volví á su cuarto.

Lo cierto es que nadie podía decir algo malo de nuestro original vecino, ni sospecharlo siquiera. En la mañana salía á sus clases, comía en una silla que le servía de mesa, lo que compraba en la casa del carnicero más cercana. Siempre almorzaba cosas frías, que traía él mismo en un papel. A las diez de la noche, su puerta estaba cerrada á «piedra y lodo», su lámpara apagada, y se podían escuchar los sonoros ronquidos del estudiante dormido.

La originalidad de su conducta dió el resultado preciso que dan siempre casos como éste: los vecinos nos preocupamos, hicimos investigaciones minuciosas acerca de su vida, sus antecedentes y sus costumbres actuales. El resultado fué también el que siempre dan estos procesos de casa de vecindad. Nuestro hombre se llamaba Schmidt, era muy honorable, había conquistado el primer grado en su carrera y tenía 29 años de edad. Pero era un tímido, uno de esos tímidos que jamás logran tener una sola idea recta, que dudan de todo, que constantemente se encuentran titubeando hasta en los más sencillos asuntos de la existencia. Por lo demás, nadie, absolutamente nadie, ni la portera de la casa, ni las señoritas costureras que habitaban una vivienda del cuarto piso, tenían nada que decir de Schmidt. No tenía historia, no tenía aventuras, casi no tenía nombre.

Físicamente, era Schmidt un muchacho igual á cualquiera. Cara vulgar, ojos grises incoloros, imberbe, limpio, aunque desdeñoso de los mandatos de la moda. Por lo expuesto, fácil es comprender que nunca había de llegar Schmidt á ser héroe de una aventura.

¿Nunca? No; el pobre hombre debería, en pocos meses más, ser la víctima de una serie de epigramas, de sátiras en prosa y en verso, de hablillas de todos géneros, de cuchufletas y de bromas.

Su aventura, la gran aventura, fué suficientemente grave para que todo el barrio, no ya la casa, hablaran de ella durante algunos meses. Nada hubo ni más risible, ni más extraño ni más incomprensible que la aventura del infeliz Schmidt.

Al fin de las vacaciones, cuando los cursos del año escolar nuevo iban ya á comenzar, el señor Schmidt, el respetable, tímido, inmaculado señor Schmidt, había sido pescado en la madrugada de una noche muy fría, en la calle, tratando de llegar á su domicilio sin ser visto. Yo menos que nadie podría dudar del caso, porque precisamente esa noche no había dormido en mi cuarto, y cuando en las primeras horas de la madrugada llegaba á la casa, pude ver á Schmidt... sin pantalones.

El infeliz iba descalzo, sin pantalones, con el calzado en la mano, cubierto por una colcha de género amarillo, rameada; sin sombrero, con la hermosa melena descuidada, los ojos dilatados por el espanto: ¿de dónde venía en tales fachas?

Sin pantalones... Los hermosos pantalones de color de pasa, «pantalones de Schmidt», como les llamábamos en nuestros conciliábulos los estudiantes, los pantalones honestos del licenciado, ¿en qué naufragio espantoso habían desaparecido, para que su tímido dueño se atreviera á ir por la calle en tal guisa? Misterio.

Por algunos meses la historia corrió de boca en boca. Apenas el infeliz llegaba á la Universidad, comenzaban las voces: ¿qué has hecho de los pantalones? ¿Quién da razón de los pantalones de Schmidt? El desgraciado sufría horriblemente; pero jamás una sola palabra nos dió la clave de tan misterioso asunto.

***

Llegaron las vacaciones de Pascua y me retiré de la población á pasar algunos días en el campo, en la casa de una señora amiga de mi familia, viuda de un coronel, anciana de buen humor, algo cáustica, pero muy divertida. Cierto día, después de almorzar, estando en la «veranda» de la casa, la señora me dijo:

—Si me prometes que serás discreto, te puedo referir una gran historia.

Mis promesas la tranquilizaron. Además, tenía grandes ganas, que á primera vista se le conocían, de contar su divertida historia.

Y me dijo:

«—En esa casita de enfrente, la que tiene el tejado rojo, vive una honrada familia, de la que es jefe el Profesor Müller, catedrático de matemáticas en la Universidad. La señora Müller y cinco señoritas forman la familia completa.

«La casa está siempre sola. Pocas relaciones deben tener los Müller. Y de las señoritas, todas necesitan ya un marido. Las cinco son jóvenes, es cierto; pero nada bonitas. Además,



no cuentan con dote, porque el señor Müller es pobre y no las puede dar nada para que se casen.

«La soledad en que tan digna familia vive, es el tema de las conversaciones del vecindario; ¿qué esperan para trabar relaciones con los demás y para ver de colocar siquiera á dos de las señoritas Müller? Nunca reciben visitas.

«Considera nuestro asombro cuando en las vacaciones precisamente del año pasado, en la casa de los Müller apareció un joven. Poca cosa, es cierto, un hombrecillo insignificante; pero que parecía buen amigo de los Müller, y sobre todo... que podría ser el marido futuro de alguna de las cinco atribuladas señoritas.

«Era el huésped un tímido, un tímido de los de peor especie; pero la bondadosa intervención de mamá Müller sabía arreglar muy bien todo. Se llamaba nuestro hombre... pongamos Cristián.

No hice más que oír las anteriores palabras y mi asombro debe de haberme delatado, porque mi digna amiga me preguntó:

—¿Conoces acaso á... Cristián?

—¿Cómo queréis que conozca yo á un hombre que se llama como todo el mundo y cuyas señas particulares son las de cualquiera que pasa? No; no conozco al huésped del honorable señor Profesor Müller.

Tranquilizada, continuó su historia:

«—Nuestro licenciado era muy bien recibi-



do, como se comprende. Escuchaba respetuosamente las sabias disertaciones del catedrático. La señora Müller decía «que era un sujeto de muy bonita instrucción y de sentimientos nobles.» Las señoritas, en coro, le agasajaban, encontrándole «muy distinguido y modesto». Ya la señora Müller consideraba establecida á la mayor de las señoritas, Mariana.

«El privilegio de Mariana no fué discutido siquiera por las demás. Era la mayor, frisaba en los treinta años y debería aprovechar la oportunidad que se presentaba en la figura tímida y desgarbada de... Cristián. El Profesor y su consorte se comunicaban sus confidencias. La señora creyó conveniente dirigir las maniobras que habían de llevar á Cristián hasta el altar, en compañía de la soñadora Mariana.

«Las vacaciones terminaban y nuestro hombre no se decidía. Las oportunidades eran diarias. Como por casualidad, encontraba siempre sola á Mariana. En sus paseos al campo, era Mariana siempre la que «estaba cansada y se quería quedar en casa», cuando el estudiante permanecía en ella. Por fin, cierta tarde, Cristián estaba en el jardín; Mariana llegó, por casualidad siempre, y se sentó á su lado.

«A pesar de su inquietud, Cristián era hombre. Alguna frase dijo, de esas que nada significan. Pero, por casualidad siempre, la familia entera apareció en esos momentos. La señora Müller avanzó, digna y sonriente; el profesor sonreía también. Las señoritas hacían coro.

«En mis brazos, yerno mío,» dijo la señora Müller teatralmente, y Cristián se precipitó confuso sobre el voluminoso pecho de mamá Müller. En seguida vinieron los abrazos de toda la familia. Mariana estaba también ruborizada, es cierto, pero feliz.

«En la noche hubo un platillo extra, en celebración del acontecimiento, y el Profesor Müller habló acerca de la manera de ganarse el doctorado que faltaba á Cristián. «Ahora—dijo—hay que estudiar, para conseguir el grado; después establecerse buscando un empleo y... casarse».

***

«—La señora Müller—continuó mi buena amiga—no estaba, sin embargo, muy tranquila. Su corazón de madre algo recelaba. Así es que no podía dormir bien. Buscando el fresco, salió de su recámara y en la mesa de sala encontró una carta que á la letra decía: «Mis caros amigos: Mi bien amada Mariana: He meditado muy largamente. No puedo vencer mis escrúpulos. Vos, Mariana, sois muy superior á mí. Valgo muy poco, lo comprendo, y no quiero hacer la desgracia eterna de una mujer de tan altos sentimientos. Mi espíritu es limitado; pero es incapaz de cometer un acto incorrecto. Mis escrúpulos valen más y me dominan. Mañana, antes de que amanezca, saldré de esta hospitalaria casa, y trataré de olvidaros. Olvidadme todos, oh mis amigos.—Cristián.»

«La digna señora Müller, olvidando que estaba en camisa, dió voces: «Mariana...Julia... Rosa...Isabel... Amelia... Mariaaa...ana». Las cinco doncellas en pocos momentos estuvieron reunidas. «¿Qué pasa?» interrogaban ansiosas.

«Que se va, decía mamá Müller sofocándose, que no se quiere casar, que es demasiado tímido y se encuentra superior á él, Mariana...»

«Súbitamente, una resolución heroica hizo que saliera corriendo la gruesa mamá Müller en los momentos en que llegaba el digno profesor.

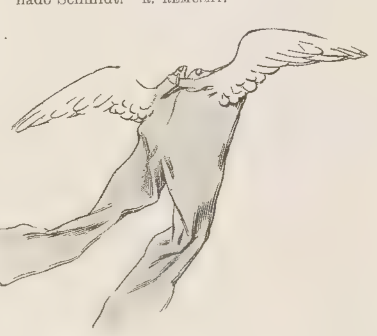
«Cristián, preocupado por los incidentes del día, no estaba dormido, pero apenas se dió cuenta de la entrada de mamá Müller, en camisa, demudada, indignada. La señora Müller dirigió una rápida mirada en derredor y salió cerrando la puerta con estrépito.

«Al levantarse, antes de que saliera el sol, Cristián vió, con asombro, que no estaban sus pantalones en el sitio donde los había dejado. Mal ardid, porque cuando la digna señora Müller fué al cuarto del huésped, éste, sin pantalones, había desaparecido»......

***

Tomé entonces la palabra:

—La historia es buena, pero le falta un final que yo puedo referiros. Y conté á mi buena amiga cómo Schmidt había dejado el campo y corrido, á campo travieso, para llegar á su cuarto de soltero. ¡Había dejado sus pantalones para salvar su libertad......! ¡Afortunado Schmidt!—R. RÉMUSAT.



La Inmaterialidad del Gran Arte



Nuestro oído, gracias al ejercicio extraordinario del entendimiento por el desarrollo artístico de la música moderna, se ha vuelto cada vez más intelectual. Lo que hace que soportemos acentos mucho más fuertes, mucho más ruido, si es que estamos mucho más ejercitados á cometer «en él el significado,» que nuestros padres. En realidad, todos nuestros sentidos, por lo mismo que indagan primeramente el significado, por consiguiente, «lo que quiere decir» y no ya «lo que es», se han embotado algo; así vemos que dicho embotamiento traiciónase, por ejemplo, en el reino absoluto del temperamento de los sonidos; pues si hay oídos que hacen distinciones un poco finas, por ejemplo, entre el «do sostenido» y el «re bemol,» pertenecen á las excepciones. Desde tal punto de vista, nuestro oído se ha vuelto grosero. Además, la faz repelente del mundo, originariamente hostil á los sentidos, ha sido conquistada por la música; su dominio de potencia, principalmente para la expresión de lo sublime, de lo terrible, de lo misterioso, se ha ensanchado asombrosamente con ello: nuestra música concede ahora la palabra á cosas que antaño no tenían lenguaje. Del mismo modo, algunos pintores han vuelto al ojo más intelectual y han avanzado mucho más allá de lo que antes se llamaba placer de los colores y de las formas. Aquí también, la faz del mundo que pasaba en un principio por repelente, ha sido conquistada por la inteligencia artística. ¿Cuál es la consecuencia de todo ello? Más susceptibles de pensamiento vuélvense el ojo y el oído, más se aproximan á los límites en que se vuelven inmateriales; el placer se aloja en el cerebro, los mismos órganos sensitivos vuélvense flojos y débiles; lo simbólico toma de más en más el sitio del ser, y así llegamos por esa vía á la barbarie tan seguramente como por cualquiera otra.

Mientras tanto, puede decirse todavía: el mundo es más feo que antes, pero significa un mundo más bello de lo que era antes. Pero más se esparce y volatiliza el perfume de ámbar de ese significado, más escasos tórnanse los que aún le comprenden; y los demás se detienen por fin en la fealdad, y tratan de gozar directamente de ella, en lo que necesariamente fracasarán siempre.

Existe así en Alemania una doble corriente de desarrollo musical: aquí un grupo de personas de pretensiones cada vez más elevadas, más delicadas, que se preguntan siempre de mes en mes «lo que quiere decir aquello,» y allí la inmensa mayoría de cada año, más incapaz de comprender el elemento significativo, aun bajo la forma de la fealdad material, y que por esa misma razon aprende á percibir de la música, con placer sin cesar creciente, lo que tiene en sí de feo y repugnante, es decir, de rastreramente material.

FEDERICO NIETZSCHE.

Coquetería: manera de decir «sí» con los ojos y «no» con los labios.—CHERBULIEZ.

*

En el peligro, las multitudes no se dan cuenta de nada y se aturden con todo.—VALTOUR.

TEMPORADA DE OPERA

Grande es el entusiasmo que reina en el público con motivo de la temporada de ópera que se inaugurará el martes en Arbeu y para la cual han sido contratados por la Empresa Ettore, Drog y Compañía, artistas de indiscutible mérito y de reputación adquirida en los principales teatros europeos.

El cuadro, completo como pocas veces se habrá visto en la capital, cuenta con figuras tan notables como la Tetrazzini, soprano cuya carrera artística ha sido una serie de triunfos, y como Colli, tenor ventajosamente conocido en Europa por sus excelentes facultades. Al lado de estos artistas, se encuentran Carussou, barítono que por primera vez viene á México y que goza en el extranjero de envidiable fama; la de Roma, tan aplaudida de nuestro público, y Bellatti, cantante cuya delicada labor le ha conquistado aquí muchos aplausos.

Entre los retratos de los artistas ya citados, damos á conocer en este número los de las señoras María Grisi y Guillermina Maccari, sopranos; María Pozzi y Amalia Belloni, mezzo-sopranos; los de los señores Luis Longobardi, tenor; Luis Mazzoleni, barítono; Rossi y Césari, bajos, y Eduardo Lebegott, maestro de coros.

Es indudable que con tan buenos elementos, la próxima temporada alcanzará magnífico éxito.

La Temporada de Ópera en Arbeu

Luisa Tetrazzini
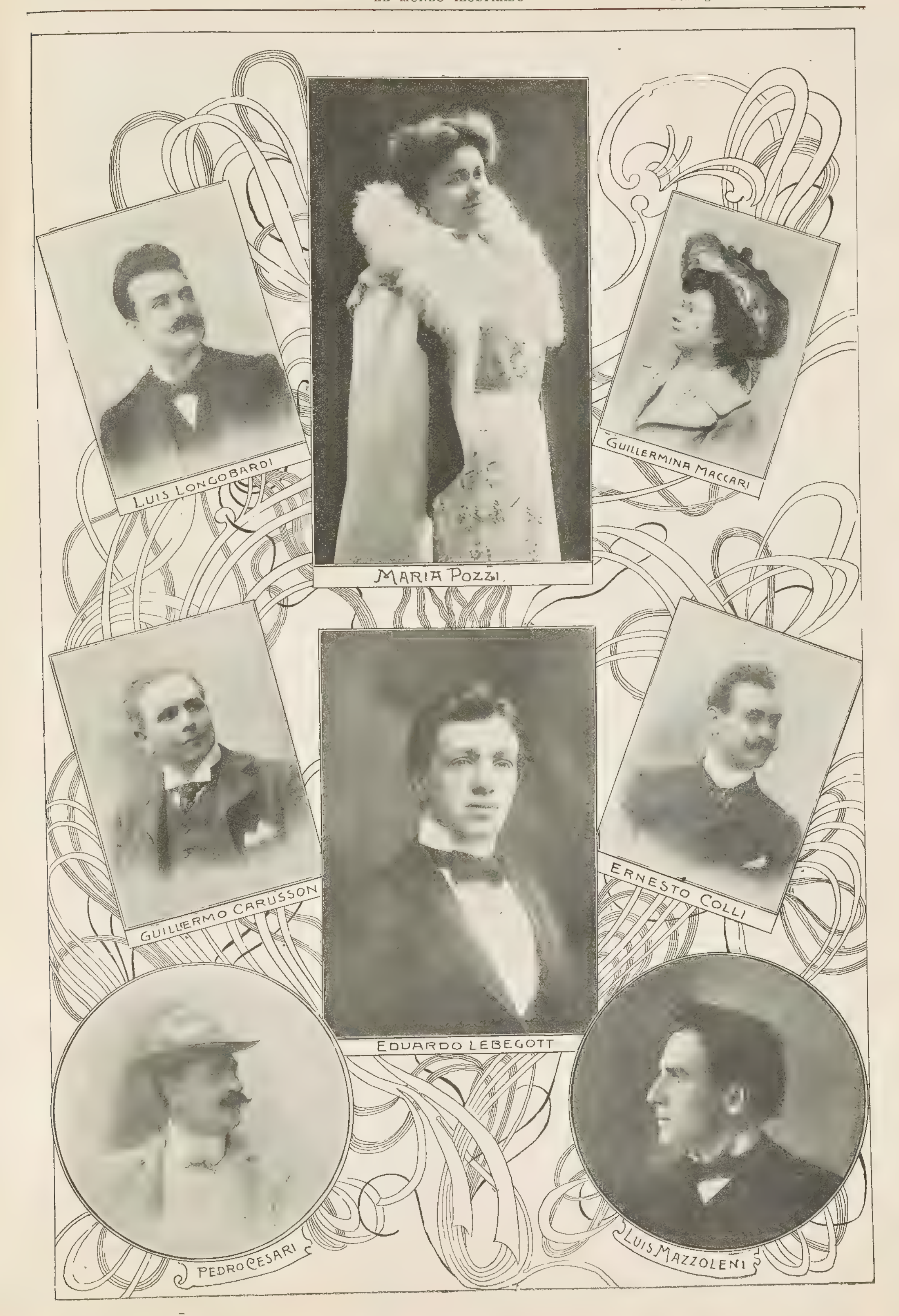
Virgilio Bellati

Guilio Rossi

Amalia Belloni

Maria Grisi

Amalia De Roma


Luis Longobardi
Maria Pozzi.
Guillermina Maccari
Guillermo Carusson
Eduardo Lebegott
Ernesto Colli
Pedro Cesari
Luis Mazzoleni

EN EL MUSEO NACIONAL

En los aparadores del Museo Nacional han sido colocados algunos trajes de señora que pertenecieron á la familia Mier y Celis, y que, tanto por su corte como por los bordados que los adornan, constituyen una verdadera curiosidad.

Los vestidos, que recuerdan la época de Iturbide por la forma especial del escote, del talle y de la falda, se conservan en perfecto estado, distinguiéndose entre todos, por su riqueza, uno que aparece totalmente cubierto con piedras de distintos colores y lentejuelas.

Juntamente con estos trajes, se exhibe en el Museo un hermoso tibor de porcelana, que ostenta multitud de figuras chinas y que perteneció á la misma familia.



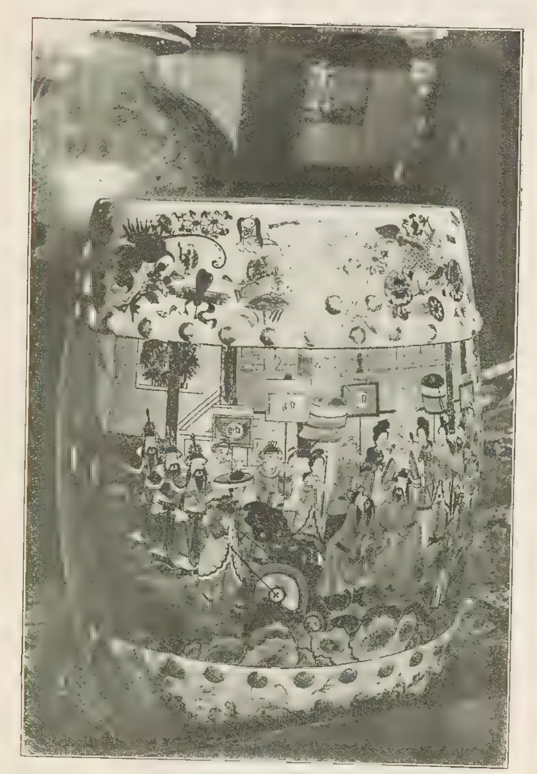
Museo Nacional.—Trajes de la época de Iturbide.

FRAGMENTOS

Cuando iba á ver á su novia, aún con el sabor de los besos de Flora en los labios, se avergonzaba y maldecía interiormente, creyéndose un embaucador miserable, casi un criminal. Al estar al lado de Elena, al verla sonreírle tan pura y amorosa, sentía que la amaba, que la amaba con toda su alma, como nunca había amado ni amaría á mujer alguna en él mundo. Entonces la hablaba, la decía mil frases de infinita ternura, casi llenas de mística unción; hubiera querido poder adorarla como á un serafín, de rodillas; y se enternecía mirando con arrobamiento los negros ojos inocentes de la niña, su boquita juguetona y coqueta que nunca había mentido, sus cabellos castaños y perfumados, algunas hebras de los cuales, con artístico y encantador descuido, se escapaban sueltos por encima de su hechicera cabecita ó rozaban piscarescamente la frente de princesa de su ídolo......

En aquellas horas, Pablo Alfonso se olvidaba del mundo entero, de sus miserias, de sus bajezas todas. No había nada, nada en la creación, sino Elena sonriéndole, diciéndole que le amaba, y él. De su imaginación se borraba por completo «la otra», y al pensar que era suyo aquel tesoro que tenía delante, se asustaba de lo inmenso, de lo inefable de su dicha. ¿Quién era él para merecer felicidad tan cumplida? ¿Qué había hecho? Y se prometía, para pagar en lo posible aquella deuda incancelable de dicha, dedicar todos los minutos, todos los segundos de su existencia á la dicha de la que sería su esposa, idolatrarla, mimarla, llevarla apoyada en su brazo por toda la vida, cuidando de que no la molestara en lo más mínimo ni aun el aire celoso rozando con demasiada fuerza su rostro angelical, ni los guijarros del camino osando tocar irrespetuosos sus ideales y sin par piececitos.

Exaltadas todas sus fuerzas sentimentales, hablaba, hablaba imaginando una vida de



Museo Nacional.—Un tibor chino.



Museo Nacional.—Trajes de la época de Iturbide.

amor casi divino; pintando su pasión, superior á los accidentes del tiempo.

Sublimábase su cariño, llegando á esas alturas en que parece desprenderse de la tierra para volar á donde no hay materia ruin que lo esclavice ni lazos terrenos que lo aten y mantengan.

En aquellos instantes, ni aun en que existiera nada de bajo ni de ruin pensaba. El mundo lo veía hermoso, hermosísimo y puro al través de la mirada radiante de su Elena. Amaba en ella y por ella, la Humanidad, toda, todos los seres, toda la creación y á su Hacedor excelso, bueno y grande. Nada había en él de material entonces; ni un pensamiento, ni una reminiscencia fugitiva. Amaba: amaba en el sentido más alto del término; amaba con el amor que hace en el hombre, ese «compuesto de ángel y de bestia», morir la bestia y surgir inmortal y vencedor al ángel......

Luis Rodríguez Embil.

La cuna del talento es el corazón. Allí la pusieron sus padres: la imaginación y el sentimiento. La primera le dió forma, vivacidad y luz. El segundo, delicadeza y lágrimas.

*

Ser bello, es tener una soberbia panoplia colgada en la pared; ser encantador, es llevar consigo mismo sus armas y saber servirse de ellas.



BELLAS ARTES.—En el Jardín.

EL MUNDO ILUSTRADO

Año X—Tomo II—Núm. 16

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

México, Octubre 18 de 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem. en la capital $1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Estudio Fotográfico

("American Photo Art.")

¡Quince Verde Nilo!

Si en estas épocas de desencanto, de desilusión y de escepticismo, hubiéramos de encontrar el refugio que han elegido las esperanzas dulces y las ilusiones lisonjeras, no iríamos á buscarlo en los floridos bosquecillos en donde antes cazaba corazones el Amor, ni en los templos suntuosos en que las hoy caídas divinidades se hacían incensar y adorar, ni menos aún en el fondo de esas frías y obscuras cavernas en que se han hundido las meditaciones y las reflexiones de los Hámlets y de los Manfredos.

No; la ilusión tenaz y siempre irreductible; el ensueño testarudo, nunca hastiado de desengaño; la fe ciega y rectilínea, jamás convencida por la razón, ni desvendada por la mano brusca de la realidad, ni confusa ni derrotada por la experiencia, no encuentran ya asilo en los faquirismos hipnóticos del vidente, ni en las luminosas fantasías del poeta, ni en los ardores volcánicos del enamorado. Para encontrar esa fe testaruda de los antiguos fanáticos, esa esperanza terca de los viejos creyentes y esa certidumbre sorda de los añejos apóstoles, hay que registrar, no espíritus de filósofos, ni imaginaciones de bardos ni corazones de trovadores, sino pura y simplemente almas de jugadores y lucubraciones de proyectistas de ruleta.

Porque, en efecto, una vez declarada por Brunetière la bancarrota de la ciencia, y codificadas por Nordau las grandes mentiras de la Filosofía, del Derecho, de la Política y de la Verdad misma, los únicos hombres lógicos, consecuentes consigo mismos, sensatos y eminentemente prácticos, son los que en lugar de prever eclipses, pronostican «contrajudías», y en vez de calcular trayectorias, saben «tantear» en su oportunidad una buena «camonina». Y como es natural, á la fe en la tradición y en la revelación, ha acabado, y con razón, por substituirse una fe, comparable, en lo aventurado y lo fortuito, después de una corta etapa en lo racional, lo demostrable y lo experimental. Por manera que hoy no hay que buscar creyentes fuera de ese mundo especial que frecuenta los garitos; y si abunda quien dude de Newton, de Torricelli y de Pascal, no abunda menos quien crea firme y ciegamente en los axiomas indiscutibles de: «Nunca viene el as pal rey»; ó, «De dos de un color, á la mayor»; ó, «Sota de patas, dos seguro».

Que tales axiomas inspiren fe, no debe sorprender á nadie, tanta así es su evidencia intrínseca; y por eso vemos cuánta gente sacrifica fortuna, dignidad, libertad personal y felicidad doméstica al culto de esos grandes principios. Tales así los mártires y tales así los fanáticos indios, por tantos títulos dignos de admiración.

Pues bien, hay mejor aún. Si los apóstoles del «albur» y los asiduos del «monte» tienen apotegmas incontrovertibles y axiomas matemáticos que infaliblemente los conducen, como á los anacoretas, al desierto social y moral, á la abstinencia suya y de los suyos y al menosprecio público, los jugadores de ruleta son aún más «meritoriosos y gloriosos», porque van al mismo Calvario de angustias y al mismo Tabor de oprobio y de miseria, sin el guía infalible y la norma segura de los grandes principios de Birján.

El ruletista, en efecto, no es una locomotora entre dos rieles; es un ave libre y poderosa con todo el espacio al frente y toda la fuerza en sus alas. Lo que el jugador de ruleta necesita, no es recordar ó invocar un axioma previamente establecido, sino saber «tantearse». Imposible averiguar, dado que vino el 36 colorado, si su sucesor será el 4 negro ó el 18 fresa machucada. La sabiduría de las naciones nada ha establecido á este respecto. Pero, en cambio, el «tanteo» es todo; el «tanteo», es decir, la proporción y el monto de las apuestas sucesivas.

Y de más á más, la cuestión del «tanteo», como todas las grandes cosas, es el huevo de Colón. ¿En qué consiste, en resumidas cuentas, «el tanteo»? Pues pura y simplemente en esto: si se ha perdido una «parada» de «á peso», en ganar otra de á dos. De manera que, en punto á ruleta, todo consiste en apostar en forma y modo de perder las apuestas cortas y de ganar las grandes, procurando que unas y otras sean, en lo posible, en número igual.

Supongamos que mis lectores, ó alguno de ellos, han perdido diez apuestas de á peso: pues con ganar una de á veinte, ancha es Castilla! Yo he visto este caso y es plenamente demostrativo: un amigo mío, hombre de experiencia, de convicciones y de recursos, fundado en cálculos previos «de tanteo» de una rigurosa exactitud, buscaba el 15 verde Nilo, que estaba seguro de «ver venir» tarde ó temprano, previsión que nadie pudo, científicamente, rebatirle. Como era pudiente, puso una onza al 15 y la perdió; sonrió como quien ve realizados sus propósitos, y volvió á poner otra onza y la volvió á perder, y otra, y otra y otra...... y pierde, y pierde y pierde!...

Todos sudábamos la gota gorda; aquello era la «degringolade» del Pactolo, la bancarrota de la Ciencia, que diría Brunetière! Nuestro amigo sonreía... De repente, en el momento oportuno, con ese golpe de vista Napoleónico que decide de las grandes batallas y en el momento en que él comprendió que el quince verde Nilo iba á venir, con una aterradora sangre fría, con una terrificante serenidad olímpica, con el aplomo y la seguridad de quien está seguro de triunfar, y á mayor abundamiento, con cierto dejo y cierta coquetería á la Jácome, puso veinte onzas al 15 verde Nilo y preguntó al banquero:

—¿Pueden jugar?

—Juegan—le respondieron secamente.

Todos palidecimos...... Giró la ruleta; el... ¡qué se yo cómo se llama!, lanzó la bola...... una sucesión de saltos, de choques, de cabriolas de aquel diablillo rojo..... Brincaba de una á otra casilla, tropezaba con los tabiques que las separaban, giraba, coqueteaba, atormentaba, y, entre tanto, mi amigo, seguro de sí mismo, enrollaba un billete de cien, lo encendía en una bujía del candelabro más próximo, y con él ardiendo, encendía su puro.

Yo lo miraba y lo admiraba. Plinio, ante la erupción del Vesubio que sepultó á Pompeya y á Herculano; Nelson, en su barrica de salvado; Napoleón, ante el sol de Austerlitz, me parecían mezquinos y raquíticos. ¡Oh, la previsión! El razonamiento se ofusca y empequeñece ante ella. Yo hubiera querido ver á Laplace, y á Lagrange y á Léibnitz con todos sus cálculos frente aquel golpe de veinte onzas de oro.

—¡Quince verde Nilo! -anunció con voz lúgubre y sofocada el... el... ¡como se llame!

Mi amigo sonrió, ó mejor dicho, continuó sonriendo.

—¿Gané? preguntó con refinamiento de duda.

....

Era un genio. Después vino á menos.

Un día tuve que darle una peseta para que se desayunara...... y lo perdí de vista.

No volví á verlo hasta años después que compré en cuatro reales, al «Pelón», mozo de anfiteatro de la Escuela de Medicina, un cadáver para preparar mi examen de anatomía topográfica. El cadáver era el de mi amigo; el genio de la ruleta que, sabe Dios cómo y por qué, fué á morir al hospital.

Mi primer impulso fué respetar sus restos y costearle un modesto entierro; pero quise ante todo cerciorarme de si, como lo preveía hacía tiempo, mi hombre era un gran cerebro y un gran corazón. Como cerebro, la autopsia no me ilustró gran cosa. En cambio, quedé satisfecho de su corazón. Era muy grande, muy grande......! Lo tenía horriblemente hipertrofiado.

Dr. M. Flores

LOS COLABORADORES

Los clarines convocan al pueblo para la guerra y á su llamamiento se incorporan al ejército nacional el arisco habitante de los ventisqueros y el humilde jornalero de la llanura; el indómito serrano y el generoso costeño. Los empuja la madre y los alienta la esposa ó la amante.

Pocos de ellos vuelven; unos desaparecen en la barranca ó en el pantano; otros caen bajo las balas enemigas; muchos quedan mutilados; y cuántos con la sangre envenenada y la razón perdida por la influencia deletérea del clima en nuestras zonas tórridas.

***

Rechinan las articulaciones de acero. Las gigantescas poleas se retuercen quejándose de la presión de las bandas, y los volantes, girando vertiginosamente, arrancan suspiros al aire que hienden. De improviso, entre los crujidos de la madera, los gritos del fierro y los ayes del viento, breve y desgarrador alarido humano interrumpe aquel salmo del trabajo.

Al día siguiente es sepultado el cuerpo hecho pedazos de un infeliz operario; una placa de madera que pronto será destruída por el tiempo, señala aquella tumba...... Y las máquinas, entre tanto, siguen fabricando varillas doradas para lechos de amor; bronces resplandecientes para los palacios y las catedrales; monumentos soberbios para los preferidos de Dios ó de la Fortuna.

***

Como fantasmas ó fuegos fatuos, se delizan por las negras crujías del socavón y las resbaladizas escaleras de muescas, los mineros que van á romper el suelo y á arrancarle sus músculos de plata y oro; á desgarrar sus entrañas de carbón de piedra para fundir éstos, ó sus macizas carnes de sanguíneo cuarzo de cinabrio, para apartar aquellos preciosos metales con que se hacen las coronas; con que la bella dama se engalana y fascina; con que el caballero compra sus placeres.

Hay un derrumbe y los barreteros que entraron cantando alegres su monótono y triste «Alabado», salen con lágrimas en los ojos, rezando la «oración de difuntos» por sus compañeros á quienes dejan...... allí, en las profundidades tétricas de la tierra, devorados por ella en castigo de haberla herido y violado.

***

Sólo se oye en el taller un cuchicheo metálico: el de la letra que los ágiles dedos del cajista van rápidos enfilando en el reluciente componedor.

¡Cuántos de esos obreros, tan inteligentes é instruídos generalmente, agonizan al llegar apenas á la edad madura, sumidos en la noche eterna y angustiosa de la ceguera; ó, como el operario de las minas de mercurio, con la espalda prematuramente encorvada, semejan irónica interrogación á la justicia divina!

....

***

Vuelve el general victorioso; lo aclaman las turbas, resuenan las músicas y lo felicitan propios y extraños; el industrial enriquece, es condecorado, escala altos puestos políticos; al dueño de minas que desconoce el sabor del agua, le hastía el del «champagne» y le lastima el pavimento no alfombrado; arroja con desprecio la noble señora el collar de oro, porque ha visto uno de diamantes; y al autor del libro lo colman de lisonjas el público y la prensa.

Militar, fabricante, banquero, dama, autor, reciben honores; acumulan riquezas; sólo ven sonrisa y amor para ellos en las mujeres; ó admiración y respeto en los hombres.

Y cuán pocos hay que mirando al vencedor en las luchas de la vida moderna, recuerdan al soldado que se ahogó en el lodo ó se precipitó en la sima, al que vaga en la ciudad ó la

aldea, consumido aún por la fiebre ó por la anemia, y á tantos que yacen olvidados en el hoyanco abierto á gran prisa y mal cerrado con tres ó cuatro paletadas de tierra. ¡Quién recuerda á la madre desamparada, á la hija huérfana, á la viuda ó á la novia, que allá en la montaña, en el llano y en la costa, besan con efusión un retrato y lo exhiben con orgullo, pensando que todos saben la historia y todo el mundo piensa en quien ellas adoraron!

Para estos pobres seres no hay aleluyas ni magníficats.

Pero la Patria siquiera levanta monumentos á los héroes anónimos que sucumbieron en la guerra. La vorágine industrial y mercantil, sólo tiene víctimas ignoradas, cuya memoria no perpetúan ni historias ni estatuas.

Por esto fué tan simpática la nota que apuntamos en la última distribución de premios de la Exposición de París: el reparto de recompensas á los colaboradores.

El soldado humilde, el minero inválido, el impresor ciego, el pobre jornalero que muere de insolación, labrando la tierra para el sustento ajeno, son los colaboradores en todas las victorias de los grandes hombres, en todas las excelsitudes de la Ciencia, en todos los avances de la sociedad.

JULIO POULAT.

Octubre de 1903.

EL MENDIGO

Hay algo tenebroso en el que implora
Con fulgores de rabia en la mirada,
Y al retirar su mano descarnada,
Sin la limosna, se estremece y llora......

Acaso la visión abrumadora
Del martirio de una hija idolatrada,
Que sólo espera una caricia helada
Cuando el ansia del hambre la devora!

O tal vez el reproche de amargura
Que surge del dolor y la miseria
A ese Dios de bondad y de dulzura,

Porque no arranca de la exangüe arteria
Del corazón, el soplo de ternura
Que late sin piedad en la materia!

CLARO OBSCURO.

*

Haced que lo justo sea fuerte y que lo fuerte sea justo.

Gran incendio en Mérida

ENORMES PÉRDIDAS

Con abundancia de datos habló «El Imparcial», en días pasados, acerca de un terrible incendio ocurrido en la ciudad de Mérida el dos del corriente, y que ha llamado la atención de todo el país por las enormes pérdidas que



Mérida.—Avenida del Bazar.

ocasionó á algunos de los principales establecimientos mercantiles de aquella plaza.

Las primeras noticias que se recibieron en México con relación al siniestro, eran de tal manera alarmantes, que muchos yucatecos aquí residentes, se apresuraron á pedir por telégrafo informes precisos sobre el número de casas destruídas por el fuego y sobre los accidentes que pudieran sobrevenir, tratándose de una población que, como Mérida, no contaba con los recursos necesarios para conjurar el peligro de ser en gran parte, si no totalmente, consumida por el voraz elemento.

La ansiedad dominante entre los yucatecos era justificada, pues cuatro horas después de recibirse la noticia de que la Ferretería del Bazar se encontraba ardiendo, y de que los edificios cercanos estaban próximos á ser invadidos por las llamas, se recibieron nuevos telegramas que hacían suponer, desde luego, que el siniestro alcanzaba las proporciones de una verdadera catástrofe.

Casi todas las casas de la calle del Bazar habían sido ya devoradas por el fuego, contándose entre ellas la cristalería del señor P. Narváez Pérez; la ferretería «La Balanza», un gran almacén de materiales, propiedad del señor Agustín V. Castillo, una botica, una panadería y la Droguería del Bazar.

***

La consternación que produjo en la sociedad meridana el terrible siniestro, fué verdaderamente espantosa: los moradores de los edificios cercanos salían á las calles implorando auxilio, temerosos de morir entre las llamas ó bajo las paredes de sus habitaciones, y en los cruceros vecinos al lugar del suceso se agolpaba una muchedumbre dolorosamente impresionada por las terribles escenas que se desarrollaban á su vista. Los pasajeros del Hotel del Bazar, al darse cuenta de que las llamas invadían los escaleras y los corredores, abandonaron sus cuartos, descolgándose unos por los balcones, y saliendo otros por las puertas, casi asfixiados por el humo.

Las autoridades hicieron cuanto estuvo de su parte para contener el fuego y para socorrer en aquellas aflictivas circunstancias á todos los que se encontraban en peligro. Lo primero no pudo lograrse, desgraciadamente, pues como antes decimos, Mérida carece de lo más necesario para ello: el agua es muy escasa, y debido á esto, no ha podido establecerse allí un cuerpo de bomberos.

***

En cuanto al valor de los edificios y mercancías destruídos por el fuego, personas



Edificios destruídos en Mérida por el incendio.

bien informadas lo hacen ascender á cerca de dos millones de pesos. La mayor parte de las negociaciones que sufrieron pérdidas, están aseguradas.



En Chapultepec.—De paseo por el lago.

PAISAJE

El negro vientre de la tierra amiga
desgarran los arados bienhechores;
vierte el sol sus aljabas de fulgores
sobre los granos que darán la espiga.

Sin que les acobarde la fatiga
y envueltos de la siesta en los vapores,
con ruda mano van los labradores
libertando los surcos de la ortiga.

El suelo hierve al amoroso beso
del astro rey, y su testuz al peso
fatigoso del yugo, el buey inclina.

Fuego de horno en el campo se derrama
y una dorada y deslumbrante llama
las blancas flores del jaral calcina.

JERÓNIMO J. REINA.

Solemne novenario en la Colegiata

EL DÍA DE LOS MINEROS

Para celebrar el aniversario de la coronación de la Virgen de Guadalupe, algunas agrupaciones de industriales, comerciantes y profesionistas, organizaron un solemne novenario que dió principio en la Colegiata el día 3 del corriente con una brillante función religiosa.

Durante los días señalados para la serie de festividades que acaban de efectuarse, el santuario se vió concurrido por incontable número de devotos, y las calles, donde—como es de rigor en esta clase de fiestas—se advertía un movimiento inusitado, invadidas por una muchedumbre ansiosa de divertirse á sus anchas con los pintorescos y típicos grupos que caracterizan á nuestras más animadas verbenas populares.


El Novenario en la Colegiata.—Esperando los trenes en el Zócalo.

El novenario, dispuesto sin omitir gasto alguno, resultó magnífico, tanto por lo que ve al servicio religioso, como por lo que se refiere á la concurrencia: esta fué selecta y escogida, y aquél se hizo notar por un esplendor verdaderamente extraordinario.

Las fotografías que publicamos fueron tomadas el domingo, y representan, entre otros asuntos, el interior del templo en los momentos en que allí se verificaba la misa que costearon los mineros y que fué, sin duda, una de las más notables del novenario. El altar mayor estuvo ese día adornado con guías de camelias, crisántemos y azaleas, distinguiéndose, á uno y otro lado del presbiterio, los estandartes de las distintas corporaciones de obreros que asistieron á la ceremonia.

En la nave central se encontraban numerosas familias de la buena sociedad, entre las cuales recordamos á las de Teresa, Pesado, Olmedo, Segura, Zaldívar, Quintanilla, Gorostiaga, Trueba, y Valleto. Entre los concurrentes se encontraba, además, una comisión de barreteros. La parte musical, cuya dirección estuvo á cargo del maestro Jordá, fué justamente elogiada.

En cuanto á la función del día 12, que cerró la serie de festividades religiosas, ofició en ella el señor Arzobispo Alarcón y estuvo muy concurrida. Terminada la ceremonia de la misa, el Prelado bendijo las flores que presentaron los fieles, según la autorización especial que para ello recibió del Papa León XIII el año pasado.



El tren de los invitados.

EL ARCA

Apenas oyó el ruido de las muletas, abrió Lucas completamente los ojos turbios y ardientes, que dirigió hacia la puerta, en cuyo umbral iba á aparecer su hermano. Toda su cara, enflaquecida por el padecer, devorada por la calentura, llena de granos rojizos, adquirió en el acto expresión de dureza casi furibunda. Asió convulsivamente las manos de su madre, gritando con bronca y entrecortada voz:

—¡Echale, échale! ¡No quiero verle! ¿oyes? No quiero verle nunca, nunca, ¿oyes?

Ahogábansele las palabras en la garganta. Sofocado por un acceso de tos, apretaba nerviosamente las manos de su madre y abríase-





EL NOVENARIO EN LA COLEGIATA.—Llegada de los invitados.

le la camisa á cada esfuerzo del palpitante pecho. Tenía la boca hinchada, y en la barbilla una especie de costra formada por granos secos ya, que á cada esfuerzo se resquebrajaba y echaba sangre.

Su madre procuraba apaciguarle.

—No, hijo mío, no le verás más. Harás lo que quieras. Le echaré, le echaré. La casa es tuya, hijo, toda tuya. ¿Me entiendes?

El le tosía en la cara.

—¡Ahora, en seguida!—repetía con feroz insistencia, incorporándose en la cama, empujando á su madre hacia la puerta.

—Sí, hijo mío, ahora, en seguida.

Daniel se presentó en la puerta, sostenido por las muletas. Era un desdichado con una cabeza muy grande y muy pesada. Tenía el pelo tan rubio, que parecía blanco. Los ojos eran de dulce mirar, como de cordero, azules, con pestañas de color claro.

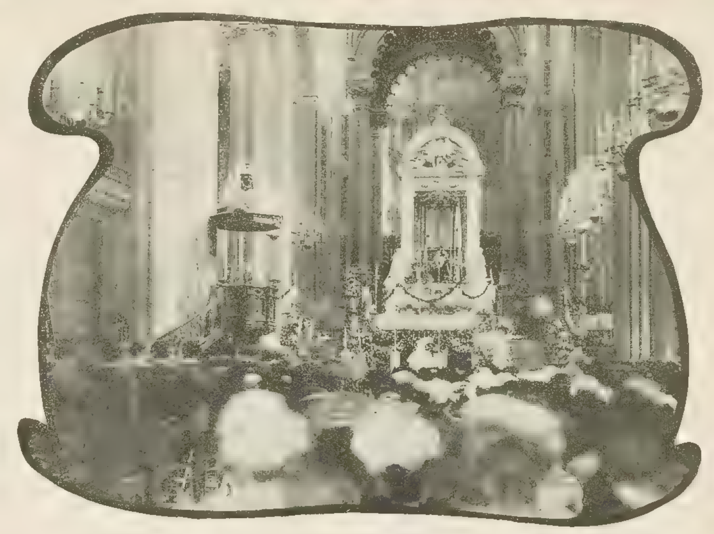
Entró sin decir nada, porque la parálisis le había quitado el habla. Pero vió los ojos de su hermano fijos en él con cruel energía y se detuvo en mitad del cuarto, apoyado en las muletas, perplejo, sin atreverse á dar un paso. Le temblaba visiblemente la pierna derecha, corta y torcida.

Lucas le dijo á su madre:

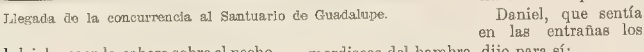
—¿Qué viene á hacer aquí el tullido ese? ¡Echale! Quiero que le eches. ¿Oyes? ¡En seguida!

Comprendió Daniel y miró á su madrastra que se levantaba ya. Le dirigió tan suplicante mirada, que no se atrevió ella á hacerle nada. Y entonces, sujetando una de las muletas con el sobaco, hizo con la mano libre un ademán de desesperación y dirigió hambrienta ojeada al arca del pan que estaba en un rincón. Aquella mirada decía: «Tengo hambre».

—¡No, no! No le des nada—empezó á chillar Lucas, agitándose en la cama, imponiendo á la mujer el capricho de su odio.—¡Nada! ¡Echale fuera!



EL NOVENARIO EN LA COLEGIATA.—Aspecto de la nave central y del altar mayor.



Llegada de la concurrencia al Santuario de Guadalupe.

Daniel dejaba caer la cabeza sobre el pecho. Temblaba y tenía los ojos llenos de lágrimas. Cuando su madrastra le puso una mano en el hombro y le empujó hacia la puerta, rompió en sollozos, pero se dejó llevar.

Oyó en seguida cerrar la puerta y se quedó en la meseta, gimiendo con violento y continuo sollozar.

Lucas le dijo á su madre con rabioso acento:

—¿Lo oyes? Lo hace adrede para ponerme peor.

El sollozo del hermano continuaba, entrecortado de cuando en cuando por extraño gruñido, triste como el estertor de una bestia de carga moribunda.

—¿No lo oyes? ¡Anda y échale escaleras abajo!

La mujer se levantó de un brinco, corrió á la puerta y se fué sobre el mudo, levantando las ásperas manos, acostumbradas al golpe y al castigo.

Lucas, apoyado en los codos, decía:

—¡Más, más!

Callóse Daniel, golpeado. Bajó á la calle ahogando el llanto. Tenía hambre, porque llevaba dos días casi sin comer. Costábale trabajo arrastrar las muletas.

Pasó una turba de granujas corriendo detrás de una cometa que se elevaba cabeceando.

Unos tropezaron con él, diciéndole:

—¡Eh! ¡Tullido!

Otros le escarnecían, gritando:

—¡Corre, caballo!

Otros, aludiendo á la cabezota, le preguntaban con mofa:

—¿A cómo la libra de ésa, tullido?

Otro, más cruel, le hizo caer una muleta y salió corriendo. El mudo se tambaleó, cogió después trabajosamente la muleta y echó á andar. Gritos y risas de chiquillos se perdieron hacia el río. La cometa, semejante á un ave de país fabuloso, se eleva en el cielo suavemente sonrosado. En el muelle cantaban á coro grupos de soldados. Era pasada la Pascua y hacía buen tiempo.

Daniel, que sentía en las entrañas los mordiscos del hambre, dijo para sí:

-Voy á pedir limosna.

El horno del panadero impregnaba el aura primaveral de grato olor á pan reciente. Pasó un hombre vestido de blanco con una tabla en la cabeza, en la cual tabla había hileras de dorados panes, humeantes aún. Dos perros iban detrás del hombre, levantando el hocico y meneando el rabo.

Daniel temió desfallecer de inanición, y pensaba:

—Tendré que pedir limosna; si no, me moriré de hambre.

Caía lentamente el crepúsculo. Cruzaban por el cielo diáfano multitud de cometas que se balanceaban, bajando ya hacia el suelo. Las campanas esparcían por la atmósfera profundo y continuo zumbido.

Daniel decidió irse á la puerta de la iglesia.

Y allá se fué, casi á rastras.

La iglesia estaba abierta. En el fondo, el altar mayor, iluminado por temblorosas lucecillas, parecía una constelación. La puerta dejaba pasar débil perfume de incienso y de benjuí. De cuando en cuando vertía el órgano torrentes de notas.

Daniel sintió humedecérsele los ojos con nuevas lágrimas, y pronunció con el corazón esta ardiente plegaria:

—¡Señor, Dios mío, auxiliadme!

Lanzó un acorde el órgano, que hizo vibrar como instrumentos los pilares; después, alegres notas claras. Resonó la voz de los sochantres. Devotos y devotas, de dos en dos ó de tres en tres, entraban por la única puerta. Daniel aún no se atrevía á tender la mano.

Cerca de él empezó á gemir un mendigo:

—¡Una limosna, por Dios!

Avergonzóse el mudo entonces.

Vió á su madrastra entrar en la iglesia muy arropada en un manto negro. Y pensó:

—¿Y si yo me fuera á casa ahora que no está la madrastra?

Tan imperioso era el tormento del hambre, que no esperó más. Iba que volaba con sus muletas, en demanda del pan. Al pasar, le dijo una mujercilla riéndose:

—¿Vas á ganar el primer premio de carrera, tullido?

En un periquete llegó á casa, jadeante, palpitante. Subió la escalera con sigilo, tomando grandes precauciones. Buscó á tientas la llave en un hueco de la pared, donde solía dejarla su madrastra cuando salía. Dió con ella, y antes de abrir miró por la cerradura. Lucas parecía que dormía en la cama.

Daniel pensó:

—¡Si yo pudiera coger pan sin despertarle!

Dió vuelta á la llave, despacito, despacito, conteniendo el aliento, temiendo despertar á su hermano con los latidos de su corazón



En la Colegiata.—Salida de un grupo de concurrentes.

Aquellos latidos le parecía que llenaban la casa de ensordecedor estrépito.

—¿Y si se despierta?—pensaba Daniel, temblando hasta los tuétanos cuando se abrió la puerta.

Pero el hambre le hacía audaz. Entró moviendo cuidadosamente las muletas, sin dejar de mirar á su hermano.

—¿Y si se despierta?

El hermano, tumbado boca arriba, respiraba al dormir penosamente. De cuando en cuando le brotaba de los labios ligero silbido. La única vela que había encendida en una mesa, proyectaba en la pared largas sombras movedizas.

Llegado junto al arca, paróse Daniel para vencer el miedo. Miró al durmiente, y después, sujetando con los sobacos ambas muletas, trató de levantar la tapa. El arca dió un crujido seco.

Lucas abrió los ojos sobresaltado, vió lo que hacía su hermano y empezó á darle voces, moviendo las manos como un energúmeno.

—¡Ladrón, ladrón! ¡Socorro!

Pero el furor le ahogaba. Y mientras su hermano, encorvado encima del arca, cegado por la gazuza, buscaba con trémula mano un pedazo de pan, saltó de la cama y se arrojó sobre él para impedirle que lo sacara.

—¡Ladrón, ladrón!—gritaba enfurecido.

Bajó furiosamente la tapa, cogiendo el cuello á Daniel, que se agitaba desesperadamente, como víctima cogida en el lazo. Pero Lucas inutilizaba los esfuerzos del cautivo; había perdido la conciencia de lo que hacía y se echaba con todo su peso encima de la tapa, como para degollar á su hermano. Crujía la tapa, penetraba en la carne viva del cogote, aplastaba los vasos del cuello, trituraba venas y nervios, tanto, que al fin colgó un cuerpo inerte fuera del arca, cuerpo que no daba la menor señal de vida.

Entonces, al ver al tullido asesinado, loco pavor invadió el alma del fratricida.

Atravesó dos ó tres veces, tambaleándose, el cuarto, que llenaba de espantos la luz de la vela, cogió á puñados las mantas, se las echó encima, se envolvió en ellas de pies á cabeza, se tapó hasta la cara y se ocultó después debajo de la cama. En medio del silencio, rechinaba su dentadura, como la lima mordiendo acero.

GABRIEL D'ANNUNZIO.

En la Preparatoria

LAS CLASES DE DIBUJO

En días pasados se efectuaron en la Escuela Nacional Preparatoria las pruebas prácticas y orales que, conforme á las bases respectivas, debían presentar las personas inscritas como opositores para cubrir las vacantes de dos profesores titulados de dibujo y dos adjuntos.

La primera prueba consistió en dos apuntes del natural que debían hacerse en dos horas, siendo uno de ellos el de un hombre del pueblo, con su traje característico, y otro el de una pistola de chispa. La segunda consistió en la ejecución de cuatro dibujos, en el término de 12 horas: tres totalizados y uno acabado.

Para los totalizados sirvieron de modelos una cabeza de viejo, un grupo de libros y un maniquí con paños, y para el acabado, un hombre desnudo. El estudio de desnudo fué ejecutado en seis horas.

El Jurado calificador, después de examinar con todo detenimiento los distintos dibujos y de recibir las pruebas orales correspondientes, acordó que era de nombrarse profesores titulares á los señores José María Villasana y José M. Ibarrarán, y adjuntos á los señores Juan Stano y Juan M. Pacheco.

El Jurado estuvo integrado por los señores Doctor Manuel Flores, Director de la Escuela; Antonio Fabrés, Germán Gedovius, Antonio Ruiz, José M. Rodríguez y Cos y Antonio Becerra Díaz.

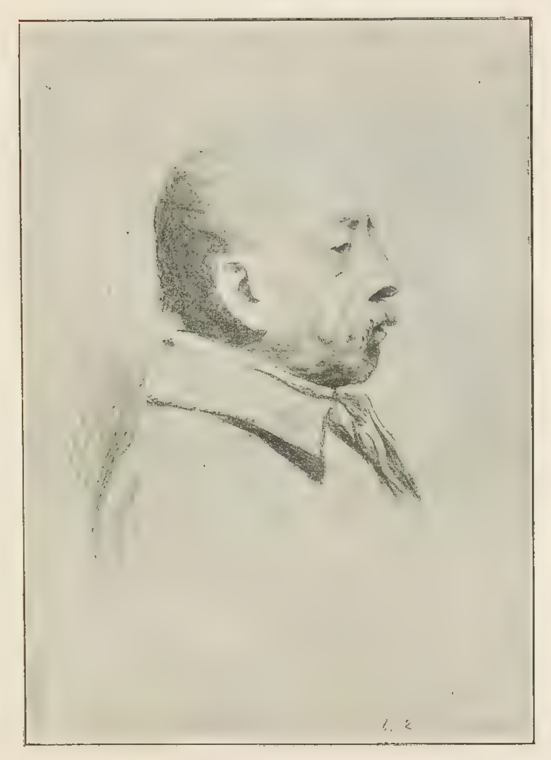
En este número publicamos los principales trabajos ejecutados por los profesores titulados y por los adjuntos, así como los que presentó el señor J. A. Rosas, que tomó también parte en la oposición.

FRINE

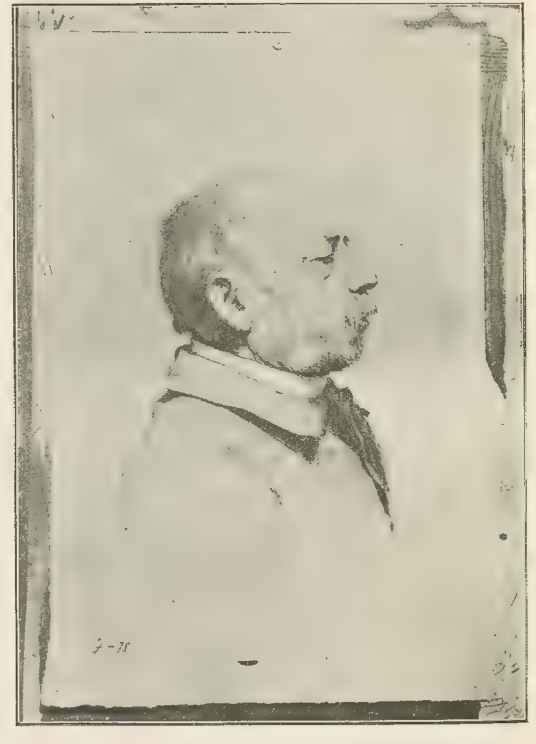
Orillas de la mar. La gente griega
festeja á Ceres con ardor pagano,
y á la holganza y al júbilo se entrega
con su tirso de espigas en la mano.

La tarde arrulla al mar: como divina
canéfora que el éter embalsama,
va en los rizos cabellos de la ondina
deshojando sus pétalos de llama.

Desángranse en la linfa astros heridos,
la espuma es fleco de ámbar en la riba,



Dibujo de Villasana.



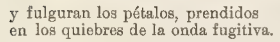
Dibujo de Ibarrarán.



Dibujo de Stano.



Dibujo de Pacheco



y fulguran los pétalos, prendidos
en los quiebres de la onda fugitiva.

Se escucha un ronco rezongar de fragua,
sopla el tritón su caracol sonoro,
y la sirena, alegre, echa á flor de agua
su cola azul lentejueleada en oro.

Oteando el sendero, la cabeza
Pan entre el verde de la fronda asoma:
y se siente en la gran Naturaleza
como un inmenso arrullo de paloma.

—Callad!...—Y el entusiasmo arde sus bellos
cirios en sus olímpicas capillas.
En los húmedos ojos hay destellos,
y erupciones de sangre en las mejillas.

Es que llega Friné!—Pasa la helena:
buscando el mar, su vista se dilata;
y ha susurros de linfa por la arena
la cauda de su túnica escarlata.

Aproxímase al mar, llega á la playa;
y, con gesto de Kipris Philomeda,
quiere ser una linfa de la Acaya,
y con el traje de las ninfas queda.

La túnica se arranca, el broche suelta,
le quita el nudo al cinturón, le quita
la estema rica á la cintura esbelta;
la red de gasa en donde el seno habita;

y la sandalia, cárcel primorosa;
y, del pecho, la banda, que circula;
y hasta el leve estrofión azul y rosa,
y hasta la cinta que en el muslo ondula.

—¡Anadiómena!—claman.—¡Es la Dea!......
Y hay, en verdad, deslumbre sobrehumano
en esa hostia de carne que blanquea
en la patena azul del oceano.

Y ella entreabre sus labios, y se irisa
su rostro divinal de luz impreso;
y se asoma una plácida sonrisa
en la cárcel de púrpura del beso.

Y, enarcando sus brazos en guirnalda,
el broche suelta de sus rizos bellos;
y echa á rodar sobre la nívea espalda
la negra ondulación de sus cabellos.

Prosternada cayó la gente griega,
del ensueño en las místicas escalas,
bajo un hondo silencio que despliega,
como un velario de éxtasis, las alas.

Entre esa muchedumbre de ansias llena,
Praxíteles empuña sus cinceles;
y, ante la excelsa desnudez helena,
se enciende el ojo soñador de Apeles.

Y mañana, de un alba en el comienzo,
cual si de efluvios de Friné se hiciera,
va á nacer «Anadiómena» en el lienzo,
y «Afrodita de Gnido» en la cantera!

SANTIAGO ARGÜELLO H.

La verdad es una; las opiniones son varias y pueden engañar.



Dibujos de Rosas.

Notas extranjeras

Los linchamientos.-Una carta de Róosevelt.-Temores de guerra.-Bálfour y Chamberlain.

El Presidente Róosevelt es un hombre—en toda la extensión de la palabra —que se ha distinguido siempre por su carácter franco y leal. Para un soldado de corazón que ama á su patria, hasta el grado que Róosevelt ha demostrado con hechos amar á la Unión Americana; para un político de altos vuelos, como lo es también, y para un estadista sagaz, no habían de pasar inadvertidos los excesos cometidos por las multitudes, en contra de criminales negros.

Parece que, como los suicidios entre nosotros, los linchamientos son en los Estados Unidos contagiosos. La prensa nos informa un día de que un negro ha cometido un delito repugnante, ha sido aprehendido por un grupo de vengadores del pueblo mismo y ha sido colgado en el primer poste de teléfono habido á la mano. Hasta aquí solamente se ve una manifestación del odio de razas. A los pocos días se observa que los linchamientos aumentan, que los ejecutores populares, ilegales por completo, se van extendiendo y aplican la pena á delitos notoriamente desemejantes.

El Presidente Róosevelt ha escrito una carta llena de buen sentido y de claras verdades.



El Juez Bréwer.

El Gobernador del Estado de Ohío comenzó una recia campaña encaminada directamente á reprimir los linchamientos, que eran ya demasiado numerosos. El Presidente Róosevelt le felicita cordialmente por ello, y en su carta expresa la opinión de que los linchamientos, además de ser una forma de agresión á la ley y á la justicia, y no de las formas insignificantes, es el síntoma de la decadencia de una raza, y es capaz de llevar á la anarquía, á la tiranía, á los peores abismos á una nación en la que no se reprimiera con mano de hierro.

El Juez Bréwer, de la Suprema Corte de Justicia, viene en apoyo de las ideas emitidas por el Presidente Róosevelt con otra carta que ha causado honda sensación. El Juez Bréwer afirma que el linchamiento es un acto de violencia repugnante y se pregunta la mejor manera de reprimirlo, siempre dentro de la ley y de la justicia.

El Presidente Róosevelt ha contestado á la pregunta con gran talento y gran sentido práctico. Es evidente que si en las 24 horas que siguen inmediatamente á la comisión de un delito, la justicia castiga al culpable, cuando se quiera inducir á alguien á que linche á otro criminal, no verá la razón de ser de esta violencia. Si las multitudes linchan á los criminales de la peor especie, es porque temen que escapen al castigo. Hacer rápida la ejecución de la ley, hacer la administración de justicia inmediata: he aquí la fórmula mejor para reprimir estos delitos.



Chamberlain y Balfour.

El Juez Bréwer es algo más radical en su manera de pensar, pues afirma que, precisamente para que no se tarden, en los mil y un trámites judiciales, las ejecuciones de los grandes criminales, se debe suprimir la apelación en materia criminal.

***

La atmósfera política se encuentra densamente nublada en el Oriente, y no parece sino que la guerra se viene encima á paso rápido. Los «americanos de Asia», como se ha llamado á los japoneses, son un pueblo fuerte, que acaba de despertar á la vida civilizada y que se considera quizá más fuerte de lo que es, después de la victoria que obtuvieron sus armas sobre las del caduco celeste imperio.

Los rusos, por su parte, forman una conglomeración humana formidable, que tiende á esparcirse, con la clara y natural tendencia de todos los pueblos para los cuales el territorio que habitan llega á ser estrecho por amplio que en sí pueda parecer. Rusia quiere tener salida hacia el mar de China, que haga valer el Ferrocarril Transiberiano.

Estos dos deseos de dos pueblos fuertes, estas opuestas miras de los dos gobiernos, son la causa de la fricción molesta que existe y que ya se teme seriamente que los lleve á la guerra. Rusia cuenta con una formidable escuadra de noventa buques en Vladivostock y Port Arthur.

Las notas últimas son de aquellas que frecuentemente se envían á los periódicos de gran circulación, solamente por ser sensacionales; pero no cabe duda de que la reunión de tan opuestos intereses en la Península de Corea, puede ser causa de una conflagración sangrienta.

***

El Ministerio Bálfour ha sufrido en Londres una sacudida formidable á consecuencia de la cual personajes del alto valer del Ministro Chámberlain han caído de su puesto. Los nuevos ministros, laboriosamente escogidos por el Rey Eduardo en persona, entre los más idóneos de sus servidores de alto rango, han comenzado á trabajar en resolver un problema fiscal y económico cuya solución no se anticipa.

Chámberlain entretiene sus ocios actualmente, haciendo una campaña de zapa á las



La ciudad de Kushevo destruída por los turcos.

instituciones financieras en las que ha reposado por cincuenta años el Imperio británico. Bálfour trabaja por hacer la gestión de su ministerio más útil al país y á la corona. Ambos son hombres de fuerza considerable en el campo político.

***

Un personaje extraño, medio loco, medio soñador, algo desequilibrado y muy rico, ha llamado la atención recientemente por una descabellada intentona de captura, nada menos que del Desierto del Sahara, en el que, según decía, se iba á coronar Emperador. Emitió estampillas postales, billetes de banco, dió títulos y condecoraciones y se encuentra ahora huyendo de la persecución que se le hace por no haber cumplido con ciertas fórmulas en su campaña de conquista.

El Gobierno francés, después de la descabellada tentativa de Lebaudy, tuvo que enviar un buque de guerra para rescatar á los marineros que dejó abandonados en el Sáhara en tristes condiciones este «Emperador por su propia voluntad».

***

En Macedonia sigue la guerra, por desgracia para sus habitantes, que ya han sufrido decepciones bien grandes. La ciudad de Kushevo, cuya vista damos, ha sido destruída por completo, arrasada recientemente, y de sus 40,000 habitantes unos han sido muertos y otros se hallan fugitivos en territorio búlgaro.



LA CONQUISTA DEL SAHARA.—Los oficiales superiores de Lebaudy.

BELLAS ARTES.—¡Si no vendrá!....

El ave inmortal

En los muros del templo alejandrino,
Cinceló un escultor una poesía,
Y el tiempo que á las moles desafía
Derrumbó el monumento peregrino.

De los escombros, con volar divino
Alzó intacta la estrofa su harmonía,
Y forma que tan frágil parecía
Superó á la del templo diamantino.

Grabóse luego en otros monumentos
Y miró deshacerse sus cimientos
De los que libre se elevó vibrando.

Y de las ruinas de cualquier grandeza,
Como alondra inmortal de la belleza,
La poesía se alzará cantando.

SALVADOR RUEDA.

EN LA CELDA

No al rígido cilicio se doblega
Del torso escultural la línea pura,
Ni ha podido el sayal que la tortura
De su seno vencer la comba griega.

Sola á los pies del Nazareno ruega,
Fija en El con angélica dulzura:
Ella que le ofrendara su hermosura,
Ciega de fe, de misticismo ciega.

Y al contemplar del Redentor la frente
Que parece inclinarse pensativa,
Cruza amorosa imagen por su mente.

Y al recuerdo importuno que se aviva,
Avergonzada ante Jesús se siente
Y le oculta una lágrima furtiva!

ALFONSO VILLEGAS ARANGO.

DECLAMATORIA

El bardo melenudo y decadente
Se pasó sutilísima y ligera
La mano por la blonda cabellera,
Y se la alborotó sobre la frente.

Plegó después el labio sonriente;
Volvió los ojos á la azul esfera;
Y con voz melodiosa y plañidera
Rompió el silencio de la absorta gente...

Y dijo sus estrofas. Nadie pudo
Sorprender los obscuros simbolismos,
Ni salió nadie del asombro mudo.

De repente estallaron las palmadas;
Pero sonaron los aplausos mismos
Como si hubieran sido bofetadas......

JOSÉ S. CHOCANO.

En la Preparatoria.—La Ultima Oposición



Estudio de Villasana.

Estudio de Ibarrarán.

ABNEGACION

I

Toda la noche, el niño ha estado sofocado.

Un sonido ronco se escapa de su oprimido pecho y, en el silencio de las tinieblas que separa la pálida claridad de una veladora, este sonido asciende, lúgubre y terrible, como el toque á agonía de los moribundos

En la visita de la noche, el doctor ha aplicado las inyecciones de suero antidiftérico; pero ya sea porque la operación haya sido un poco tardía, ya porque el temperamento del enfermito se revelara contra el efecto deseado, ninguna mejoría sensible se ha efectuado aún.

Y á los primeros albores del alba, Mme. d'Arbelles se tiende hacia la cabecera del lecho de su hijo, llena de angustia, velando sobre este único querubín, que la muerte cruel parece ya haber tocado con sus dedos......

¿Quién reconoce en ella, en estos momentos, á la reina adulada de los salones parisienses, á aquella á quien llamaban «la encantadora Mme. d'Arbelles»?

Pálida, con los ojos irritados y ojerosos por la excitación, parece que vive en una horrible pesadilla.

¡Su hijo en agonía!......

El coquetismo mundano ha desaparecido; no se ve en ella más que á la madre dolorosa que se retuerce de desesperación.

M. d'Arbelles la contempla, lleno de piedad; luego, desesperado, recorre de extremo á extremo la alcoba, con el corazón oprimido, evitando manifestar su pesar y mordiéndose el bigote, lo que demuestra en él una gran preocupación y un profundo sentimiento.

Solitario, dando aún una nota más sombría á este cuadro tan lastimero, hace oír su tictac regularizado el balancín del péndulo que mide los minutos, ¡convertidos en siglos junto al querido enfermo!

El sol se eleva sobre el horizonte, y su luz de púrpura vierte reflejos de incendio sobre los vidrios de las ventanas herméticamente cerradas.

Suenan las nueve; esperan al médico, y cada segundo de retardo aumenta la impaciencia del padre y de la madre.

Esta va, de minuto en minuto, hacia la puerta á escuchar.

¡Se oye un toque al fin!......

II

El médico entra en la alcoba, y de una ojeada examina la situación, que en casi nada se ha modificado.

Este es un hombre joven aún, el Doctor Pierre Marchal, de bello semblante, ojos soberbios y presencia aristocrática. Ya hoy es de renombre. Sus trabajos anatómicos, sus investigaciones experimentales y su reciente nombramiento de profesor de la Facultad, lo han puesto «de moda». Mañana quizás, será citado como un príncipe de la ciencia, será célebre.

Acto continuo, sin vacilar, se dirige al enfermito.

Mme. d'Arbelles lo observa.

¡Oh! vosotros que tenéis hijos, vosotros que habéis gustado de la poderosa sonrisa de estos seres adorables, sin duda comprenderéis la triste ansiedad de esta madre!

Mme. d'Arbelles siente que se nublan sus ojos; los sollozos la ahogan.

¡Acaba de comprender que es en vano abrigar esperanza!

Y necesita conservar toda su energía, para no caer quebrantada, vencida, anonadada.

Pero mientras tanto, el doctor se acerca á ella, le toma las manos y con voz firme le dice:

—¡Se puede intentar el último esfuerzo!

Estas palabras fueron suficientes. Mme. d'Arbelles se incorpora, un relámpago hiere sus ojos. La horrible visión de la muerte se olvida; parece desaparecer delante de un rayo de esperanza.

—¡Es necesario salvarle!—ha murmurado el doctor.

Este manda se llame con urgencia á un médico ayudante y, cuando á pocos instantes se presenta, le indica todos los instrumentos que ha de sacar de su estuche.

Es la traqueotomía la que va á practicar.

El niño no respira más que muy débilmente; su carita se ha puesto morada; todo su cuerpecito se debate convulsivamente bajo el terrible mal que le oprime la garganta y que le estrangula como un asesino.

—Señora—dijo el Doctor Marchal con una extraña sonrisa,—yo opino que nos debéis abandonar por unos instantes; mi colega y M. d'Arbelles me ayudarán.

La pobre madre, afligida y con los ojos llenos de lágrimas, implora con todo el corazón.

—¡Por todo lo más querido que tengo en el mundo!—añadió entonces el médico,—estad convencida que yo os lo resucitaré: valor y confianza!

Mme. d'Arbelles, después de haber depositado un largo beso sobre la frente del niño, desapareció detrás de una espesa tapicería que separaba su cámara de la del enfermito.

III

Mientras tanto, la operación ha terminado.

El Doctor, después de haber sajado la traquearteria, provisto de un estrecho tubo de metal, había extraído las mucosidades que obstruían la entrada del canal; el aire, penetrando por el orificio abierto, proporcionaba poco á poco la vida á los pulmones, á la vez que el descanso tan buscado para el pequeño ser.

El Doctor exclamó al fin, dirigiéndose á M. d'Arbelles:

—Amigo, podéis llamar á la mamá......

Cuando ésta hubo aparecido en la alcoba,

el niño había entreabierto los ojos y se percibía en sus labios una débil sonrisa......

Mme. d'Arbelles creyó que después de haber vencido al sufrimiento, iba á morir de alegría!

La respiración fatigosa había desaparecido, el silbido estridente de la garganta se apaciguaba y una calma súbita sucedió á la terrible agonía de la noche!

Poco tiempo después, el niño recupera sus fuerzas, y estando la curación completamente asegurada, el médico no visita la casa más que de tarde en tarde......

IV

Una mañana, durante este tiempo, Mme. d'Arbelles fué llamada á pasar con urgencia al domicilio del Doctor.

Había una comunicación que entregarle.

Cuando ella llegó, el Doctor estaba muerto, tendido sobre su lecho.

Catalina, su anciana criada, le entregó una carta.

Ella leyó lo siguiente:

«Señora:

«Hace ya largo tiempo que yo la amo. Pero yo no podía, no debía hacer la revelación de mi amor. D'Arbelles es un amigo de mi juventud, y vos, vos sois una honrada señora....

«Si yo os revelo hoy mi secreto, es porque vos no tenéis nada de que se os pueda culpar.

«Atendiendo á vuestro niño, que he salvado contra los gérmenes de la terrible enfermedad, hoy muero víctima de ella.

«Pero yo no siento nada, puesto que ha sido mi amor para vos el que me dictara mi deber: yo quise devolver el hijo á su madre, imaginando que, en esta resurrección, una parte de mi alma pasaría á la vuestra!

«Depositad flores sobre mi tumba, besándolas con fervor: se dice que los besos de las mujeres reviven el corazón de los muertos á través de sus cálices embalsamados......

«Soy dichoso muriendo por vos......—Dr. Pierre Marchal».

Hondamente conmovida, próxima á ser presa de una fiebre devoradora, Mme. d'Arbelles vuelve de su estupor.

Su marido la observaba; ella le alargó la carta del Doctor.

Después de haberla rápidamente recorrido:

—¡Caro y noble amigo!—exclamó d'Arbelles enjugando una lágrima.—¡Era tan honrado como tú lo eres!...... ¡Que su última voluntad sea cumplida: llevaréis las flores á su tumba como un recuerdo!

Cualquiera podrá observar, varias veces al mes, en el cementerio del Père-Lachaise, á una joven elegante y bella que se arrodilla delante de una tumba, mientras un gracioso niño riega sobre la losa pensamientos y violetas, que resaltan sobre el fondo verde y melancólico de los cipreses y de los sauces llorones.

La hermosa joven no se retira jamás sin haber posado sus labios sobre un pensamiento.

De aquellos que la miran, los unos murmuran:

—Es una loca.

—¡Lo ama bastante!—piensan los otros.

Estos son los que tienen razón.

G. Moussat.

ACUARELA

El cielo está bruñido de gris. En frente, el mar enorme bate sus olas contra las riberas como en un insaciable deseo de arruinar, y á un costado, semiperdidas entre las lejanías y la bruma, las rocas acantiladas recuerdan vagamente despojos informes de edificios derrumbados.

El sol ha hecho un buen trecho de su marcha del cenit al ocaso, dejando tras sí las pinceladas de sus oros, y al bañar de luz el ámbito inmenso del vacío, se arrellana con muelle despreocupación en un océano de purpurinas nubes, cual un rey que muriese entre deslumbres de oropeles y fulgideces de matices.

La naturaleza asiste impasible—parece taciturna—á la agonía del príncipe de los astros. El bosque lejano envía leves rumores. Allí, los pájaros se adormecen sin gorjeos. Las umbrías arboledas crujen débilmente y á intervalos. Al soplo del céfiro, como quejas comprimidas de un titán, y del lago que besan espesos ramajes, emergen, gangosos, los cantos monótonos de las ranas.

El mar solemne y majestuoso como siempre, manda de vez en cuando desde el horizonte una carga de olas que se debilita á medida que se aleja de su punto de arranque. Y la mente calenturienta forja una alondra solitaria elevándose á una altura inconmensurable en alas del líquido elemento, para descender muy luego y sepultarse en las entrañas del coloso que ruge y brama como á un formidable mandato apocalíptico.

Toca á su fin la tarde. El universo se vela con el dominio del crepúsculo. Las golondrinas pasan en dirección al bosque, rozando el agua con sus alas y lanzando gritos desapacibles. Escasas estrellas aparecen en lo alto cual temblantes pupilas luminosas, y mientras una honda melancolía se esparce por doquier, el monarca de los espacios se hunde en el seno del océano, silencioso y rojo.

Luis Garzón Funes.

Cuando la pobreza toca la puerta, el amor brinca por la ventana.

*

La verdadera y única riqueza de los pueblos es la sobriedad; el lujo es la pobreza de los magnates.

*

La felicidad verdadera cuesta poco; si es cara, no es de buena especie.

En la Preparatoria.—La Ultima Oposición



Estudio de Stano.

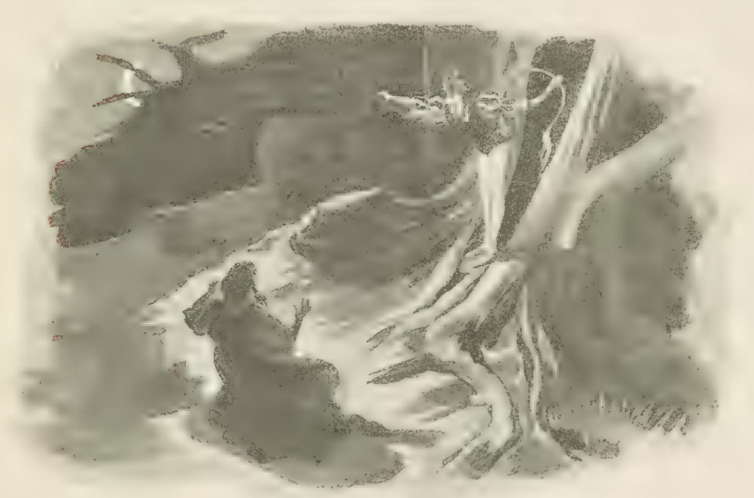


Estudio de Pacheco.

EL PRIMER VIOLIN

CUENTO CINGARO

En el corazón de las viejas selvas de Transilvania, en las soledades misteriosas de la floresta de pinos seculares, viven familias de pobres leñadores cuyo escaso jornal apenas basta para evitar su miseria. Su vida es de una monotonía desesperante; los días se suceden en procesión interminable y tediosa, sin que el placer, en ninguna de sus mil formas, se digne visitar á los humildes trabajadores, siempre solos entre los árboles milenarios, siempre solos entre en el silencio pavoroso de los senderos intrincados y peligrosos del bosque.



El viajero que en la noche, perdido, se acerca sin pensarlo á una de las modestas viviendas de leñadores, quedará agradablemente sorprendido al escuchar las notas quejumbrosas de un violín. Los cíngaros, de largas cabelleras negras y de trajes abigarrados y sucios, saben sacar de él harmonías inefables y roncos gritos, casi humanos, de dolor y de celo. Es el único placer de las familias de los leñadores; y no debe sorprender á nadie esto, si sabe la «leyenda del primer violín» que de padres á hijos se conserva entre las tradiciones populares que forman la historia de los moradores de Transilvania.

***

Una familia de campesinos vivía en uno de los claros del bosque hace ya algunos siglos. El padre, la madre, cuatro hermanos y una hermosísima doncella, que se llamaba Macha, componían esta familia.

Eran muy pobres. La hija y la madre cocían los alimentos sencillos de la familia, mientras el padre y los cuatro mozos, el hacha al hombro, desaparecían en el milenario bosque de pinos. Cada uno de ellos atacaba su árbol, y cuando ya solamente un fragmento insignificante sostenía el tronco, el más ágil de los hermanos trepaba hasta la cumbre, amarraba en ella un cordel, y el padre, dirigiendo la maniobra, daba los últimos hachazos, mientras los cuatro hermanos tiraban de la cuerda. El árbol se bamboleaba, sus ramas chocaban en la cúpula de verdura con las ramas de los demás árboles, y, finalmente, caía al suelo, con gran ruido que retumbaba en todo el bosque. Después venía la labor dura y difícil, el desgajamiento de las ramas, hasta que el blanco tronco del pino era enviado por los torrentes hacia el valle.

Macha parecía feliz en la cabaña de troncos desbastados en la que había nacido y de la que, según las probabilidades todas, nunca habría de salir. Macha era hermosa, muy hermosa, con unas trenzas rubias del color del más puro oro, y con un rostro apacible y cándido. Dos grandes ojos color de pizarra, nublados, entre cejas larguísimas, completaban su linda fisonomía. Pero no era buena Macha.

Sus hermanos y su padre la querían mucho. La mimaban y siempre tenían para ella una buena palabra. Por ella se arriesgaba el menor, Constantino, á ir á la ciudad en busca de golosinas; por ella los demás hermanos trabajaban una hora más, después de que todos los trabajadores se rendían á la dura faena, para poder llevarla un regalo el domingo; por ella el padre se privaba de fumar una buena pipa, para que sus basquiñas y sus corpiños fueran la envidia de las demás muchachas.

Poco á poco, mientras la juventud llegaba á pasos lentos, el carácter de Macha se hacía soñador, áspero para con los suyos, incomprensible.

Los hermanos, primero, creyeron que estuviera enferma. El padre se entristeció y se irritó, y alternativamente fué brusco y tierno para con Macha, que cada día era más hermosa. Solamente la madre sabía el porqué de sus cambios; solamente ella adivinaba la transformación que lentamente iban los años efectuando en su alma.



***

Desde el linde del bosque donde la cabaña estaba, se distinguían las piedras del castillo regional. Las flamas de mil incendios habían lamido los arquitrabes, y el polvo de miles de años había cegado lentamente el foso. El castillo estaba deshabitado desde hacía muchos años. El viejo señor feudal había muerto, mientras el heredero se divertía en la ciudad, y solamente se sabía que era muy joven éste, muy rico, pues poseía algunos castillos, y que el rey le apreciaba en mucho.

Una tarde de otoño, cuando Macha iba á la alquería para surtirse de los alimentos que después habría de llevar á sus hermanos al sitio donde ese día trabajaban, se sorprendió de ver que en la torre del homenaje, en la más alta del castillo, flotaba una banda de seda de colores en la que se leía un lema. Días después, cuando marchaba por el estrecho sendero Macha, llevando á su padre y á sus hermanos el alimento frugal que había de sostenerles en la ruda jornada de trabajo, el bosque, silencioso hasta entonces, lleno sólo de los rumores conocidos y de los golpes del hacha de un leñador, se pobló súbitamente de voces y de gritos. Macha se ocultó temblorosa, sin explicarse la causa de su emoción, en un hueco de un gran árbol.

Por el sendero avanzaba, erguido en la montura de un hermoso caballo blanco, un joven ricamente vestido. Su cabellera flotaba al vien-

to, apenas sostenida por un birrete cuya larga pluma ondeaba. Sus ropas eran de un lujo extremo. En las manos llevaba un halcón. Detrás venían millares de perros que galopaban, azuzados por el amo.

Macha quedó deslumbrada por breves instantes. Un ensueño inefable la adormeció en el sitio mismo. Su alma se abrió á desconocidos placeres. Aquel hombre era distinto de todos los que ella había conocido hasta entonces. Aquel hombre debería tener palabras y pensamientos distintos, como diversos eran sus vestidos. Macha quedó como en un éxtasis.

Un día se atrevió á ofrecerle unas flores. Después le dió agua, cuando el hermoso caballero, cansado de recorrer la selva, llegó desfallecido á la fuente del bosque. Pero el caballero no prestaba mayor atención á la muchacha que á alguno de sus perros.

Y Macha desfallecía de amor. Después vino el invierno, largo y frío, las cacerías se suspendieron y Macha fué varias veces á la poterna del viejo castillo. Pero el bello señor estaba encerrado en sus habitaciones. Macha no pudo verlo. El invierno fué muy largo para la muchacha enamorada del castellano.

La primavera vino al fin. Una tarde, Macha, que había inventado una canción, esperó, como lo hacía diariamente, en el mismo sitio donde antes había visto pasar al caballero. Este llegó con sus lacayos, sus monteros, sus perros; pero no vió á Macha, que, acompañándose de un tamboril, cantaba su primera canción de amor. Macha lloró largamente, porque comprendió que el caballero no la amaría.

La noche la sorprendió en el mismo sitio. La luna estaba en menguante y los viejos árboles fingían monstruos desesperados en la sombra, mientras la enamorada infeliz se retorcía de rabia, de amor, de celos, de impotencia. Le vino la idea de llamar en su auxilio al Demonio.

No había acabado de pensarlo, cuando del tronco de un árbol viejo, herido de muerte por el rayo y medio devorado ya por los insectos, surgió un ente original, todo vestido de rojo, con una gran cresta de gallo sobre su cabeza, que le dijo:

—Me has llamado. ¿Qué me quieres?

—Amo á un hombre que no me ama—le contestó Macha.

El Perverso rió con una carcajada que resonó lúgubre entre la selva, toda solitaria y toda llena de miedos y de sombras.

—Quiero ayudarte—le dijo,—quiero hacerte un favor. Toma este espejo y cuando el hombre que amas se haya visto en él, te amará......

Macha corrió desalada, hasta llegar á su choza. Toda la noche estuvo pensando en cómo haría que el caballero se viera en el espejo encantado. Finalmente, cuando ya el sol doraba el polvo del horizonte, se levantó, sin haber dormido un solo momento, salió precipitadamente y se dirigió al castillo. Los monteros estaban listos para salir, los perros ahullaban en el patio. Macha esperó.

Cuando el caballero salía, la muchacha enamorada le salió al encuentro y le presentó el espejo. Curiosamente lo tomó el jinete. Pero en cuanto lo hubo sostenido en sus manos, lo arrojó colérico exclamando:

—¡Maldición! ¡maldición! Es ésta obra del Demonio. ¡Es mi misma imagen la que veo en el agua dormida de este talismán maléfico!......

Macha quedó en el sitio, desolada.

En cuanto se encontró en la selva, clamó nuevamente al Diablo. La figura roja y ágil del Perverso cayó como una gota de agua en su camino.

—Cálmate—ordenó el Demonio.—Ya que te has visto tú, ya que él también se ha visto en ese espejo, los dos sois míos. Yo haré que te ame el castellano; pero quiero en cambio la vida de tu padre.

—Jamás—replicó Macha.—Mi padre no será tuyo.

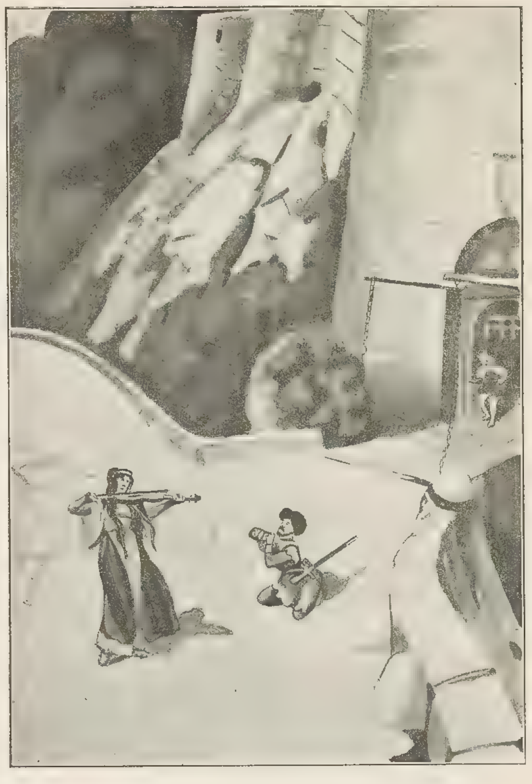
—Como gustes.—Y así diciendo, desapareció rápidamente el Maligno.

***

Pero días después, Macha, siempre triste, espiaba las rápidas carreras del hermoso señor, y vió que en su compañía iba una dama muy hermosa, tan bien vestida como él. Más ricamente quizá. Los celos mordieron su corazón. Una nube ofuscó su pensamiento.

—A mí el Maligno, á mí. —El Demonio apareció en una mata de flores, sonriendo sarcásticamente.

—¿Estás decidida? Podemos en un día arreglar todo. Cede, y tu amante será mañana el hombre que amas.



Sin decir una palabra, enloquecida por la súbita visión que ante sus ojos había pasado, Macha se encaminó al sitio donde su padre trabajaba, guiando al Demonio. Apenas éste se acercó, el pobre viejo dejó su hacha y se sentó fatigado en un árbol. Pero no parecía ver ni á Macha ni al Diablo, que lentamente se acercó, tomándole por los pies. En un rápido movimiento lo hizo pasar por encima de su cabeza. Cuando hubo dado algunas vueltas, solamente quedaba en sus manos una especie de caja alargada y vacía, una caja sonora.

—Toma—dijo el Perverso á Macha.—Este será el instrumento que te consiga el amor del hombre que tanto adoras. Pero le faltan las cuerdas.

—¿Cómo he de hacer para conseguirlas?—preguntó la infeliz enamorada.

—Necesito á tus cuatro hermanos contestó el Demonio.

Macha no sabía bien lo que pensaba. El Demonio la poseía de cierto. Sin una palabra más, avanzó hasta el sitio donde sus cuatro hermanos reposaban, dormidos. Con un gesto rápido los señaló al Perverso.

Este tomó uno por uno á los cuatro leñadores y con ellos hizo cuatro delgadas cuerdas. Las ató al instrumento que había hecho con el cuerpo del leñador padre y lo tendió á Macha.

Pero ésta no pudo hacer de manera que produjeran el menor sonido. La caja y las cuerdas quedaban completamente mudas.

—Falta algo—díjole el Maligno.—Para que tu amante se conmueva, precisa que cantes ante él la canción que en su honor has compuesto; pero me hacen falta los cabellos de tu madre.

Una ráfaga de razón cruzó el cerebro acalorado de Macha. Creyó que el Demonio se burlaba de ella y resueltamente se negó á complacerle.

—Como quieras—repitió el Perverso.—Pero, yo, en tu lugar, tendría menos escrúpulos. Mira:

La selva se incendió de reflejos. Ante los atónitos ojos de Macha apareció el hermoso caballero, rodeado de una servidumbre discreta. Una dama hermosísima estaba á su lado. No se escuchaban sus palabras, en las que parecía que iba su alma entera. Pero la hermosa sonreía y en sus labios vagaba una frase de amor.

Macha estaba loca. Sin hablar, como siempre, avanzó rápidamente hasta el punto donde la cabaña se levantaba. Allí la pobre madre preparaba los alimentos para el marido y para los hijos. De un solo golpe, el Demonio abatió á la infeliz, que cayó sin hacer un solo gesto. Con sus cabellos (que tendió en un fragmento de madera) hizo un arco.

Entonces Macha se apoderó violentamente del instrumento diabólico y corrió hacia el castillo á cerciorarse de su virtud.

Apenas hubo comenzado la canción del amor, acompañándose del instrumento, cuando el hermoso caballero salió rápidamente, atravesó el puente levadizo y se arrodilló ante Macha, jurándole amor eterno.

Ebria de dicha, la muchacha se dejó conducir al interior del rico palacio. En ese momento había olvidado todo: su padre, sus hermanos, su madre, todo se desvanecía en el inefable ensueño de amor que se realizaba.

***

¿Fueron felices los amantes? La tradición cuenta que, cuando en sus bodas los dos se entregaban al frenesí de una pasión desencadenada, en el exterior unos pobres cíngaros perecían de frío y de cansancio. Súbitamente una flama coronó la torre del homenaje, y los muros del castillo crujieron bajo el peso de una lluvia de fuego. Los cíngaros, al pasar, en el puente levadizo se habían encontrado un raro instrumento que gemía, que hablaba, que cantaba, que reía.

Y era porque en la caja del violín y en sus cuerdas y en su arco, iban la vida entera de un padre, el amor inmenso de una madre, y el eterno grito de pasión de una muchacha enamorada.




AMALIA DE ROMA EN TRAJE DE CHINA POBLANA. (Fot. Napoleón.)

Impresiones de Estética

LA MUSICA

Hay horas profundas en que sentimos el espíritu abierto á toda impresión de belleza, apto, de una manera extraordinaria, para recibir la visita sagrada de las ideas. Entonces el alma, trémula como el ala de una mariposa, percibe los matices de las más sutiles sensaciones y el significado de las más extrañas músicas, y gozamos singularmente de esa casta alegría que sólo pueden proporcionar los placeres espirituales, abandonándonos al encanto de la poesía de las cosas. Por que, en verdad, que aun á las más groseras formas de la materia llega el hálito perfumado del ensueño, y que en todo cerebro humano han brillado, más ó menos intensamente, las luces de la fantasía.

En horas así, la música llega á producirnos una embriaguez inefable. Los sonidos nos adormecen con sus voluptuosas caricias, y se llena nuestro corazón de dulces quimeras. El poder de la harmonía se manifiesta entonces en toda su plenitud y esclaviza nuestro pensamiento.

***

......En una noche de honda nostalgia, cerca del monótono mar turbulento, escuchamos hace algunos años, una formidable sinfonía de Wágner, el enorme viejo divino, á quien las almas de los artistas rinden culto. Era, al principio, una verdadera tempestad melódica, de relámpagos y de truenos y de terribles estruendos, que nos hizo soñar con gigantescos derrumbamientos de montañas, con huracanes que arrancaban de las cumbres las rocas negras y de los bosques los árboles milenarios......

Después, bajo la obsesión de la estupenda harmonía, vimos pasar, á la cárdena luz de un incendio, ejércitos en fuga, en el trágico terror de la batalla. Oímos el ronco retumbo de las baterías, el ruido de las armaduras y el galope de los corceles. Contemplamos los estandartes y los uniformes, las espadas homicidas fulgurando en el aire y los cadáveres ensangrentados sobre la tierra muda......

De improviso, la tormenta musical se convirtió en una melodía dulcísima, maravillosamente triste é impregnada de una melancolía sobrehumana......

......y en un esquife fantástico erramos entonces, bajo el rayo de la luna, en un lago de aguas sonoras, oyendo el cantar de las sirenas, viendo temblar sobre las ondas al loto de pétalos marmóreos.... Luego vagamos por una campiña florecida de violetas, esperando á la


Puente sobre el río Tenexapa. (Puebla.)

COQUETERIA (Colección Pellandini.)

amada que nos dió una cita á la hora en que muere el crepúsculo; ó emprendemos al primer fulgor matinal, un viaje misterioso hacia una ribera ignota......

Y es así como el poder de la música se manifiesta á veces en nosotros, lanzándonos en pleno ensueño de ilusión y de poesía.

Froilán Turcios.

Inauguración de un puente

El día 8 del actual quedó abierto al servicio del público un nuevo puente de mampostería construído sobre el río Tenexapa, en el Distrito de Zacapoaxtla (Estado de Puebla).

A la inauguración, que amenizó un cuarteto, concurrieron algunos vecinos caracterizados de las poblaciones inmediatas al lugar y un gran número de trabajadores de las haciendas del rumbo.

El puente es de construcción sólida, y tiene más de cinco metros de anchura.



EL MUNDO ILUSTRADO

Año X—Tomo II—Núm. 17

México, Octubre 25 de 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem, en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Sr. Dr. Don Ramón Ibarra y González,

Electo Primer Arzobispo de Puebla.

LOS GRANDES HOMBRES

En toda Europa—dice en la «Nueva Antología» Paula Lombroso—asistimos á un verdadero concierto de fiestas conmemorativas celebradas en honor de los grandes hombres. En Italia, por Leopardi y por Mazzini; en España, por Calderón y Colón; en Portugal, por Camoens y Pombal; en Francia, por Víctor Hugo y Dumás; en Noruega, por Nansen; en Alemania, por Virchow, y hasta en Polonia hemos visto el espectáculo de todo un pueblo que para celebrar el 25º aniversario del «¿Quo Vadis?», regala á su autor un castillo magnífico, con su parque correspondiente.

Todas estas fiestas revelan la tendencia actual de los pueblos de admirar y reconocer con mayor prontitud y facilidad á sus grandes hombres. Savonarola y Jordán Bruno fueron quemados vivos por haber predicado la libertad del pensamiento; Galileo fué atormentado por afirmar que la tierra se movía; Colón muere miserablemente por haber descubierto un Nuevo Mundo; Dante no era en sus tiempos más conocido que lo son hoy Trilussa y Pascarella, y Shákespeare pareció á sus coetáneos tan poco digno de ser tenido en cuenta, que se han perdido las huellas de su persona.

Más tarde, los grandes pensadores no han sido quemados; pero han sufrido todo género de amarguras. Jénner fué ridiculizado por su descubrimiento de la vacuna; Beccaria fué tratado de loco por combatir las crueldades de la tortura y de la pena de muerte; Mazzini tenía que emigrar y ganarse la vida con artículos de revistas; para el gran Cataneo, sociólogo, lingüista, legislador y matemático, no se encontraba más que un cargo modestísimo de profesor del Instituto de Lugano...... Pues bien: de treinta años acá, las cosas han cambiado mucho.

Los compositores contemporáneos Mascagni, Franchetti y Puccini, en Italia; Massenet, Bizet y Saint-Saëns, en Francia; Bretón y Chapí, en España, se han hecho célebres en edad juvenil, mientras que Beethoven moría ignorado y miserable, y Wágner mismo tuvo que esperar veinte años las caricias de la fama. Y lo mismo pasa con los literatos. Leopardi, Foscolo y Alfieri tuvieron escasa fama, mientras que Amicis, Fogazzaro y Annunzio la gozan grande y productiva; Balzac andaba siempre abrumado de deudas, Flaubert no conseguía reparar las brechas abiertas en su fortuna, y Lamartine arrastraba míseramente su vejez, mientras que los Goncourt, Daudet y Zolá han reunido grandes fortunas; y Rúdyard Kípling, á los veintitrés años, se hace pagar á duro cada línea, llegando á eclipsar la celebridad de Dickens y Tackeray.

Y otro tanto sucede en el campo científico. El descubrimiento de Volta apenas fué notado, y el de Marconi le da fama, honores y millones en plena juventud; Hélmholtz tardó en conquistar un nombre ilustre, y Roëntgen se ha hecho popular en un momento; Jénner fué ridiculizado, y Pasteur enaltecido, y los sueros antidiftéricos de Roux han sido aceptados en el acto por el mundo entero.

¿Por qué esta transformación? Desde luego, por la enorme difusión moderna de los medios de publicidad.

Los grandes maestros tienen hoy admiradores en todo el mundo, y las glorias y los aplausos de los extraños repercuten en el propio país. Otros reinvindicadores de los grandes hombres célebres fueron y son los periódicos. Es verdad que éstos existían también hace un siglo; pero su organización, sus medios y hasta sus fines, eran muy distintos de los de hoy, su público era muy reducido, su información sumamente deficiente y su esfera de acción muy limitada.

Hoy, cualquier descubrimiento no queda encerrado en los austeros muros de los laboratorios y de las Academias; los periódicos lo pregonan y lo vulgarizan, y los autores ven publicados por todas partes su retrato, su pensamiento y su vida. Es posible que haya muchos que no sepan todavía en qué consiste el aparato Marconi; pero es seguro que todos han oído hablar de Marconi, el autor del telégrafo sin hilos, y se interesan por sus viajes, por su fortuna y por sus éxitos. Y luego sucede una cosa curiosa: el público, á fuerza de oír hablar de un hombre, de sus inventos, de sus hechos, de sus triunfos, se encariña con él, se enorgullece de ser su compatriota y su contemporáneo, y le consagra toda su admiración, estando dispuesto, para honrarle, á todos los sacrificios.

Otro motivo más profundo del cambio á que asistimos, es que hoy el misoneísmo es mucho menos que lo que fué en otro tiempo. Antes, el hombre, acostumbrado á vivir tranquilamente en un rincón al que apenas llegaban más rumores que los de la ciudad vecina, debía sentir un choque profundo al contacto de lo nuevo. Hoy, acostumbrado á moverse, á viajar, á respirar el aire de todo el mundo, no se sorprende de nada ni es hostil á nada. El público tiende á elevarse hacia el nivel de los grandes hombres, y los grandes hombres, por su parte, tienden á acercarse al público; y de esta doble corriente nace la comunión de ideas á que asistimos, sin los esoterismos y exoterismos de las escuelas antiguas.

Es evidente, en suma, que nuestro tiempo es propio para estos hombres superiores, que pueden surgir en el campo de la ciencia ó del arte y que sacan de su superioridad amplia cosecha de fama, honores y riquezas, como el público saca de ellos á su vez no menores ventajas y satisfacciones.

PAISAJE TROPICAL

Magia adormecedora vierte el río
En la calma monótona del viaje,
Cuando borra los lejos del paisaje
La sombra que se extiende en el vacío.

Oculta en sus negruras el bohío
La maraña tupida, y el follaje
Semeja los calados de un encaje
Al caer del crepúsculo sombrío.

Venus se enciende en el espacio puro.
La corriente dormida una piragua
Rompe en su viaje rápido y seguro.

Y con sus nubes el poniente fragua
Otro cielo rosado y verdeobscuro
En los espejos húmedos del agua.

José A. Silva

EL PASADO

Yo he nacido con alma de fauno.... En otros días
Habité de los bosques la sagrada espesura,
En siete tubos frágiles canté mis alegrías
Y conocí el divino sabor de la hermosura.

Aprendí de las pájaros las gratas armonías,
Y á veces, al impulso de una inmortal locura
(Las Ménades lo saben!), lancé en la fronda obscura
El clamoroso grito que anuncia las orgías.

Mas quiso un dios injusto, para colmar mi daño,
Hacer del fauno un mísero pastor, cuyo rebaño
Verás, oh caminante, detrás de las colinas.

Huyeron, para siempre, las ninfas á mi paso
Y en mi doliente flauta saludo al sol de ocaso,
De algún antiguo templo sentado entre las ruinas.

Leopoldo Díaz.

RIMA HEBREA

Página de álbum.

Eres azul de mar, y me fascinas
como una primavera, y en tu vago
y romántico hechizo vierte un mago
no sé qué languideces bizantinas.

Un sortilegio flota en tus retinas,
como la tarde en la quietud de un lago;
y en tu sonrisa que nimbó el halago,
todas tus seducciones son felinas.

¡Oh tú, la flor que la leyenda arranca
de la escultura pensativa y blanca
que el Arte siempre arrodillado espía...!

Eres azul de mar, perfume y gema,
y alzas, como una lírica diadema,
tu encantador orgullo de judía.

Emiliano Hernández.

Creación de un nuevo Arzobispado

Se ha confirmado plenamente la noticia, que hace algún tiempo circulaba en las esferas eclesiásticas, de que el actual obispado de Puebla sería erigido en arzobispado antes de terminar el corriente año.

Según se nos informa, las bulas de la Santa Sede que ordenan la erección del nuevo arzobispado, están ya en poder del señor Ibarra, actual Obispo de Puebla, quien vino á México hace pocos días con el fin de señalar, de acuerdo con el señor Arzobispo Alarcón, la fecha en que deba efectuarse la ceremonia correspondiente. Por documentos procedentes de Roma, se tiene conocimiento, además, de que el mismo señor Ibarra será quien ejerza la jefatura suprema de la nueva Arquidiócesis.

Esta noticia ha causado muy buena impresión entre todas las clases sociales de Puebla, que ven en el señor Ibarra á un hombre caritativo, sabio y prudente.

La Muerte

La «Revue des Revues» ha tenido la buena idea de preguntar á varios literatos franceses lo que piensan acerca de la muerte.

He aquí algunas de las contestaciones recibidas:

«Yo no sentiría morir si solamente se tratase de abandonar lo que la vida nos concede de agradable, cosa rara entre la multitud de fastidios que nos rodea; pero á mí la muerte me inspira la misma desconfianza que la vida. Entreveo en aquélla una serie de metamorfosis micróbicas, una división infinitesimal y penosa de mis facultades en muchedumbres de bacilos y vibriones, que á su vez sufrirán, padecerán, esperarán y serán desengañados, según proporciones ínfimas, pero igualmente intolerables. Dicho de otro modo: la muerte no me promete el reposo, la nada, sino una absurda y obscura palingenesia, de la cual adivino las etapas. Aquí, por lo menos, sé lo que me espera: los fastidios materiales, los trabajos sin intervalo, la hostilidad de los amigos, el odio de los adversarios, los cálculos de los que me rodean y el desprecio que siento por mis ineficaces esfuerzos. Después, ¿no será todavía peor? La ciencia responde: Probablemente.—Pablo Adam».

*

«La literatura de todos los tiempos afirma el amor á la vida y el temor de la muerte, desde Eurípides, cuyo viejo Feres declara en «Alcestes»: «Pienso que es largo el tiempo pasado bajo la tierra, y que la vida es corta, pero dulce», y Horacio, que dice en alguna parte: «Véame yo gotoso, desdentado, tullido.... pero que viva»; hasta La Rochefoucault, una de cuyas máximas es: «El sol y la muerte no se pueden contemplar con fijeza»; y Pascal, que escribe: «Todo lo que yo conozco es que voy á morir muy pronto; pero lo que más ignoro es esta pícara muerte que yo no podría evitar......»

Todos los hombres sinceros convendrán en su horror á morir, ya sea que el temor á la muerte los hipnotice, evocando la idea de la nada ó el de otra vida expiatoria; ya sea que la vida los embriague, ó simplemente los encante como fuerza de acción, fuente de sensibilidad, cambio de afecciones; ya sea porque no quieran desaparecer antes de haber realizado una vida moral, bella y verdadera, ó una vida de arte, que salve pasajeramente su nombre del olvido, ó una vida útil á los demás, que contribuya á realizar ese proyecto, que algún día emancipará á la humanidad consciente.

Y, sin embargo, hay momentos en que, casi sin disgusto, nos despojaríamos de esta vida por una gran causa, un acto heroico, un sacrificio de amor, y por menos aún: por escapar de un triste descorazonamiento, de un dolor moral, de un sufrimiento físico; hasta por una explosión de placer, en esos instantes de perfección en que el alma alcanza una armonía tan completa, que anhela disolverse.

Nuestra opinión individual significará poco, puesto que lo único que podríamos decir, es: «Homo sum et níhil humani á me aliénum puto».—PABLO Y VÍCTOR MARGUERITE».

*

«No temo la muerte; pero el morir me fastidiaría.—FRANCISCO DE CROISSET».

*

«Sí, sentiría morir, por muchas razones, y, sobre todas, porque esto sería dejar á los que amo y me aman, y porque deseo ver crecer á mis hijos.—VIRGINIA DEMONT-BRETON».

Guanajuato de gala

La visita del Señor Presidente

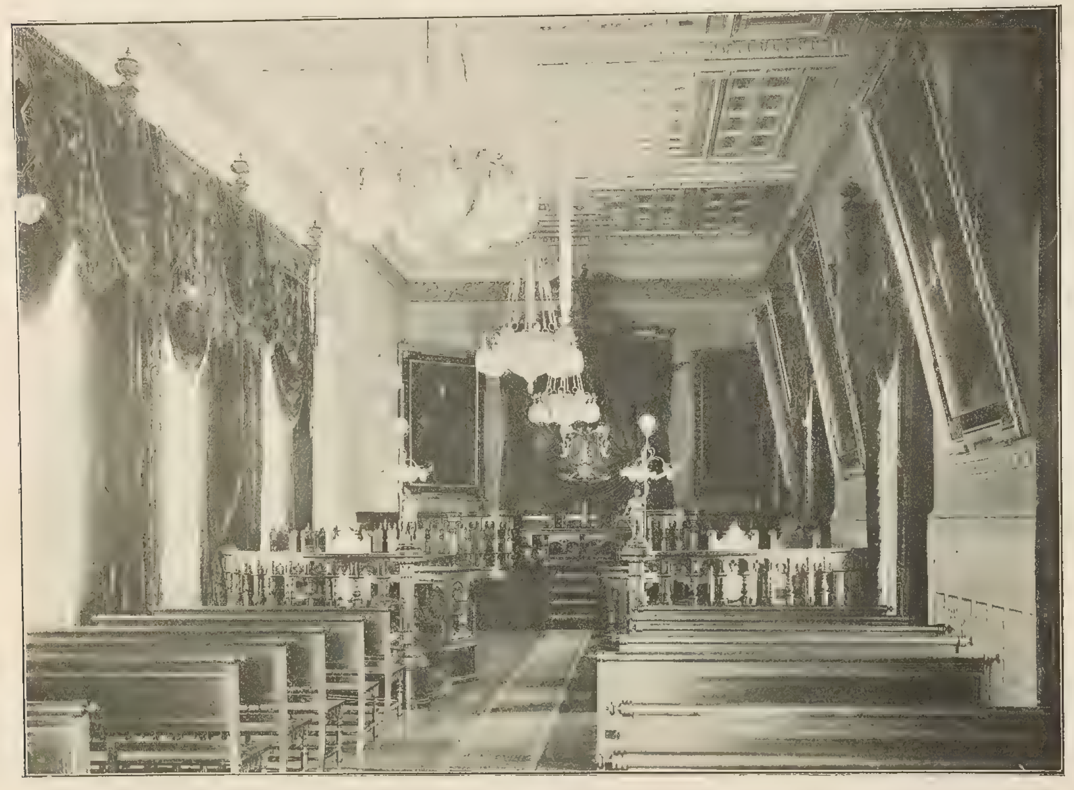
La ciudad de Guanajuato, una de las más importantes del país, se prepara para recibir la visita del señor Presidente de la República, quien ha sido invitado para inaugurar las distintas mejoras materiales llevadas á cabo en la población, por el progresista Gobernador del Estado, Lic. Don Joaquín Obregón González.

Los preparativos que se han hecho para cumplimentar debidamente al señor General Díaz y á las personas que irán con él á Guanajuato, indican que las fiestas organizadas con este motivo van á ser muy suntuosas, y que los distintos actos que deben efectuarse, conforme al programa, revestirán un lucimiento verdaderamente extraordinario.

A reserva de ofrecer á nuestros lectores la crónica detallada de los festejos y una descripción de las obras que serán inauguradas juntamente con el Teatro Juárez—el primero, sin duda, entre todos los del país,—publicamos en este número una fotografía del exterior del Palacio Legislativo y una vista del bellísimo salón de sesiones de la Legislatura. En nuestras próximas ediciones daremos á conocer otras fotografías muy importantes del «Guanajuato Moderno».



Guanajuato. -Fachada del Palacio del Poder Legislativo.



Guanajuato.—Salón de sesiones de la Legislatura.



COMISION DE PARASITOLOGIA.—El Museo.

Una institución benéfica

En provecho de la Agricultura

Damos á conocer en este número las fotografías de los departamentos principales del local que ocupa en Betlemitas la Comisión de Parasitología, fundada el 1º de julio de 1900 por la Secretaría de Fomento.

El Museo, que representa uno de nuestros grabados, contiene únicamente muestras de plantas enfermas y de sus parásitos (animales ó vegetales); de los aparatos pulverizadores, y de los insecticidas y fungicidas que se emplean con buen éxito para extinguir las plagas, así como una variada colección de ejemplares de aves benéficas á la Agricultura. En el catálogo de este Museo constan el número de la muestra, el nombre científico y el vulgar de cada planta, y de sus parásitos y su procedencia, á fin de tener siempre á la vista los datos que deseen los interesados y de que sean en cada caso mucho más fáciles las consultas.

Para que el público comprenda la importancia del Museo, diremos que en los tres años que lleva de establecida la Comisión, ha recibido ochecientas ochenta muestras de plantas enfermas, casi todas cultivables, lo cual prueba que no se había tenido hasta hoy en el país ni la más remota idea de los perjuicios causados por las plagas á la Agricultura.

El sistema de conservación de las muestras, ideado por la Comisión, consiste en insertarlas sobre una lámina de yeso protegida por un marco de madera y cristal, que permite se conserven indefinidamente y que puedan apreciarse con suma comodidad en todos sus detalles.

***

El invernadero, de hierro y cristales, está dedicado al cultivo de plantas insecticidas. Al rededor de la fuente se ven las de peritre del Cáucaso y crisantema, ya logradas, y cuyas flores, secas y pulverizadas, son muy eficaces para la extinción de los mosquitos y de otros insectos que invaden las habitaciones. Además, se cultivan otras plantas insecticidas, también muy eficaces.

COMISION DE PARASITOLOGIA.—Lo que han ganado los agricultores.

Otro de nuestros grabados representa un escaparate que contiene bolsas de manta—al parecer llenas de dinero—que no son, en conjunto, más que la prueba objetiva de los resultados obtenidos en metálico, ó mejor dicho, de lo que han dejado de perder los agricultores que siguiendo los métodos recomendados por la Comisión, han combatido las plagas que invadían sus tierras. Hasta ahora, está comprobado, por certificados auténticos, que esos resultados representan un valor de........ $165,000. Las personas que han visitado los salones de la Comisión, comentan favorablemente esa prueba objetiva.

Por último, diremos que la Comisión cuenta con una biblioteca de 1,378 obras, la mayor parte sobre Parasitología é Historia Natural; con un laboratorio de Bacteriología y con un gran microscopio de Zeiss, entre cuyas lentes existe una que vale mil pesos. La Comisión ha publicado el primer tomo de su «Boletín» y una obra, profusamente ilustrada, que trata de las plagas de la Agricultura.

LA DOTE

I

Después de haber estudiado con provecho en el colegio de Oxford, John Bárrisson se lanzó á los negocios, y al cabo de cinco años de un trabajo incesante, había logrado ahorrar algunos miles de libras esterlinas.

Como todo inglés práctico, pensó que para aumentar su fortuna, lo mejor que podía hacer era trasladarse á las colonias.

Una tarde del mes de julio de 1865, John Bárrisson se embarcaba en el «Victoria», magnífico vapor que hacía el servicio entre Londres y la Australia, después de haberse des-

pedido de una señora anciana que le había acompañado hasta el muelle.

La tal señora era la tía de John Bárrisson, única parienta que le quedaba.

Milady Osborn—que así se llamaba la anciana—había hecho las veces de madre á Bárrisson, el cual se había quedado huérfano en su infancia.

La travesía de su sobrino fué feliz.

II

Diez años habían transcurrido en el momento en que comienza esta historia, desde que John Bárrisson se había establecido en Sydney. Sus negocios habían prosperado extraordinariamente.

En recompensa de su laboriosidad, el gobierno le nombró cónsul de Inglaterra. John Bárrisson tenía entonces treinta y tres años y deseaba casarse. Pero, como hombre práctico, no quería contraer matrimonio con una mujer rica, sino con una mujer virtuosa, trabajadora y económica, ante todo.

En tal virtud, escribió á lady Osborn la siguiente carta:

«Sydney, 8 de mayo de 1875.

«Mi querida tía: Como le he dicho á usted ya, mis negocios marchan admirablemente. Me gusta la Australia, cuyo clima es admirable y muy superior al de la madre patria. Lo único que me aburre es el vivir solo. Por tanto, espero que me preste usted el servicio de buscarme entre sus relaciones la mujer que pueda labrar mi felicidad, uniendo su destino al mío.

«Le ofrezco una buena dote, porque quiero casarme con una mujer pobre y honrada que me lo deba todo.

«Aceptaré á ojos cerrados la que usted me diga. Si la muchacha acoge bien la idea, después de haber visto la fotografía que le incluyo, pídala usted en matrimonio y reconózcale en mi nombre la cantidad de cuatro mil libras esterlinas, que le serán entregadas después de la firma de contrato de boda en Sydney.

«Además tendrá usted la bondad de adelantar á mi futura el dinero necesario para el viaje.

«Reciba usted un abrazo de su sobrino.—John Bárrisson».

III

Transcurrió cerca de un año sin que la tía Osborn hubiera otorgado á su sobrino el honor de contestar á su apremiante carta.

John, consagrado á sus negocios, pensaba de cuando en cuando en el asunto; pero, engolfado en sus operaciones mercantiles, que se sucedían sin descanso, acabó por olvidarse en absoluto de su matrimonio.

Cada tres ó cuatro meses un buque conducía á Australia cierto número de condenados de uno y otro sexo.

En su calidad de cónsul, John Bárrisson iba á bordo, y después de haber comprobado la identidad de los presos, los confiaba á los agentes encargados de indicarles las tierras que debían explotar y la cabaña donde debían vivir, después de haberles entregado las semillas necesarias para el cultivo del terreno.

Un día notó entre los presos la presencia de una mujer, cuyo candor y belleza le cautivaron desde el primer momento.

Tendría á lo sumo diecisiete años.

El cónsul abrió el registro de informaciones y leyó lo siguiente:

«Miss Clarck Jenny, huérfana desde hace algunos días, ha solicitado de la policía el favor de que se la condujera á Australia para moralizar á los desgraciados á quienes la miseria ó la adversidad había arrastrado al crimen.

«Es una joven muy virtuosa y muy instruída, que ha sido recomendada especialmente por el Almirantazgo.

«Se suplica al cónsul de Sydney que la atienda, pues es una mujer acreedora á todo género de consideraciones».

John Bárrisson se acercó á Jenny Clarck, la saludó muy cortesmente y la ayudó á bajar la escalera del buque.

El representante de Inglaterra la condujo al consulado para ponerla bajo la salvaguardia de la bandera británica. John Bárrisson se había enamorado de ella locamente.

A los ocho días de la llegada de miss Clarck á Sydney, un pastor bendecía el matrimonio de los dos jóvenes.

IV

Al cabo de tres meses, un día en que lady Bárrisson estaba sentada en el despacho de su marido ocupada en la contabilidad de la casa, una compatriota golpeó con sus dedos un cristal, sobre el cual se leía la palabra: «Caja».

Lady Bárrisson acudió al llamamiento y cogió de manos de la desconocida una tarjeta, en la que se leía: «Miss Gówling.—De parte de lady Osborn».

—¿Viene usted para algún negocio?—preguntó lady Bárrisson.

—Sí, señora.

—Yo reemplazo al jefe, y si puedo servirla á usted......

—No.

—En ese caso, voy á entregarle la tarjeta. Siéntese usted.

Jenny se dirigió á la pieza contigua, donde estaba su marido.

—¿Qué quieres, hija mía? ¿Deseas descansar un rato?

—No; vengo á traerte esta tarjeta que acaba de traerte una señora que espera contestación.

John leyó la tarjeta y de un salto se puso en pie.

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada. No vale la pena de que te lo diga. Y, además, puedo equivocarme. Ya hablaremos después.



COMISION DE PARASITOLOGIA.—El invernadero.



MARRUECOS. -Las tropas fieles haciendo honores al Sultán

—Pero......

—Déjame solo con esa mujer.

John se dirigió al despacho, abrió la puerta é hizo pasar á la inglesa, que esperaba en la antesala.

—¿En qué puedo servirla á usted?—le preguntó.

Por toda contestación, miss Gówling sacó una carta de su bolsillo y se la entregó á John.

Era una carta de la tía, concebida en los siguientes términos:

«No he podido contestar antes, á causa de una larga enfermedad que he sufrido. Durante mi convalecencia he pensado en ti y he realizado tus deseos, dando al fin con la mujer que te conviene. Es hija del pastor Gówling. Todo está en debida regla y he hecho la petición en tu nombre, con la correspondiente oferta de las cuatro mil libras esterlinas.

«Estoy segura de que serás feliz en tu hogar, y me felicito de haber podido contribuir en la medida de mis fuerzas á tu dicha en este mundo.

«Tu tía, que te estima.—Ana Osborn».

—¿Ha leído usted la carta?—dijo miss Gówling.

—Sí, sí......

—Pues bien; espero que usted cumplirá su palabra. Mi padre me ha dado una carta para el pastor de Sydney. Se la he llevado; pero no estaba en casa, y su criada se la entregará cuando vuelva. El es el encargado de bendecir nuestra unión. No hay tiempo que perder.

—Nuestro matrimonio es imposible... porque estoy casado.

—No lo creo. No hay aquí ninguna mujer digna de usted.

—Está usted en un error.

—No importa.

—¿Cómo que no importa? ¿Quiere usted que sea bígamo?

—No, señor. Pero hay un contrato, alguna de cuyas cláusulas es preciso cumplir. Recibiré la dote y regresaré á casa de mi padre.

—El contrato dice que la entrega se verificará después de la boda, y yo no puedo casarme con usted.

—Arréglese usted como quiera; pero yo insisto en que se cumpla la obligación más importante para mí.

—¡Se me ocurre una idea! ¿Quiere usted casarse con mi dependiente principal?

—¿Y la dote?

—La daré cuando se firme la escritura.

—¿Dónde está ese hombre?

—Aquí.

—Hágale usted venir. Le acepto por esposo.

John Bárrisson se dirigió hacia un cobertizo donde varios empleados estaban descargando balas de algodón.

—¡Stéphenson!—gritó.

—¡Aquí estoy!

—¿Eres soltero?

—Sí, señor.

—Pues vas á casarte en seguida.

—¡Casarme yo!

—Sí.

—Pero......

—No hay pero que valga. Tu futura es compatriota mía y aporta al matrimonio cuatro mil libras esterlinas de dote.

—Acepto.

—Sígueme.

Y al entrar en el despacho, John hizo la presentación de su dependiente á miss Gówling.

—¡Santo cielo!—exclamó ésta.—¡Es mulato!

—No tengo otro hombre de quien disponer en este momento. Me es igual que le acepte usted ó que le rechace. Le aseguro, señorita, que brilla en los negocios por su actividad y su honradez.

—Pero aumentará usted la dote.

—La interesaré en la casa.

—¡Esto ya es otra cosa!

*

A los quince días se celebraba en Sydney la boda del mulato Stéphenson y de miss Gówling.

B. GADOBERT.

Puede decirse que se ha terminado un cuadro, cuando ha desaparecido todo rastro de los medios empleados para obtener el resultado. El trabajo borra la huella del trabajo.—WHÍSTLER.

*

El mejor sistema de defensa es el ataque.—DE MOLTKE.

Notas extranjeras

La guerra civil en Marruecos.—La cuestión de Macedonia.—Artilleros ingleses en Boston.

Parece que el régimen administrativo de los sultanes tiene ya en nuestros días muy pocos partidarios fieles, aun entre aquellos á los cuales el Corán, desde sus primeros años de vida, hace que consideren «descendientes del Profeta» á los monarcas bajo cuya absoluta soberanía viven. Los que aún quedan, de origen musulmán, los escasos habitantes que recuerdan en el siglo XX las pompas y el esplendor á que llegaron los mahometanos después del «raid» fanático del siglo XVI, poco conformes con la promesa de un cielo después de la muerte, se han rebelado en contra de sus amos, pretendiendo que se les hagan concesiones políticas que permitan un género de vida menos absurdo y menos malo que el que actualmente llevan.

En Marruecos, á pesar de las leyes locales, que prohiben en absoluto la adopción de los métodos modernos de comercio, y en general, de la civilización misma; á pesar de que una clerecía intransigente y atrasada amenaza con males eternos á los que abandonan la dulce fe y la manera pacífica de soportar los yugos que Mahoma soñara; á pesar de todo, la fuerza de la civilización ha traspasado las fronteras y ha llegado á conquistar al mismo Sultán Abdul-Aziz.

Esto ha disgustado profundamente á los habitantes de la nación y especialmente á los nobles, cuyos dominios y prerrogativas sufrirán mucho en el momento en que ese pueblo sacuda su tradicional pereza y entre, resuelto y decidido, en la senda del progreso.

La lucha es ya vieja, data de algunos meses, sangrienta; y de algunos años, sorda; pero la fortuna hasta ahora no se ha mostrado decidida á proteger á ninguno de los dos bandos beligerantes. A menudo son las fuerzas imperiales las que huyen perseguidas de cerca por los rebeldes, y á menudo estos últimos son los que dejan las cabezas en manos de los soldados de Abdul-Aziz, como aparece en el grabado que publicamos.



MARRUECOS.—Una victoria de las tropas del Sultán.

La guerra se prolonga, y los extranjeros residentes en las ciudades más grandes de Marruecos sufren necesariamente á consecuencia del estado de los negocios, paralizados por hostilidades que no parecen tener un fin próximo. Las grandes potencias, que ya de antemano se han ocupado de la suerte probable de estas regiones, parece que han celebrado nuevos contratos y hasta se dice que Francia, de acuerdo con las demás naciones interesadas, ocupará á Marruecos, imponiendo sobre el belicoso pueblo su protectorado definitivo.

***

Si en Marruecos la suerte de las armas se muestra á las veces favorable á los rebeldes para volverles las espaldas al día siguiente, en Macedonia, al parecer, la revolución se halla en sus últimos momentos y son las agitaciones de la agonía las que aún sacuden el suelo, perpetuamente ensangrentado, del imperio otomano.



Macedonia.—Una mezquita destruída con dinamita.

La muerte (que se ha comprobado) del «léader» de los revolucionarios, Boris Saratoff, alma y vida de la rebelión, parece que influye de un modo probablemente decisivo en la suerte de los alborotadores macedonios. No por ello dejan de registrarse aún con frecuencia algunos de esos atentados que da tristeza tener que consignar, pero que son inevitables en la guerra, especialmente cuando las hostilidades empeñan en un combate á pueblos de fanáticos.

Los revolucionarios, al decir de los turcos, y los turcos mismos, si hemos de creer á los rebeldes, han acudido á un procedimiento, para aterrorizar á sus enemigos, tan salvaje como peligroso: la dinamita.

De aquí las frecuentes explosiones, que destruyen siempre edificios de cierta importancia, y lo que es peor, las existencias de algunos infelices que en nada son responsables del estado de las cosas.

Nuestro grabado hará comprender los estragos que ha causado en la mezquita de Uskub, en pleno territorio rebelado, la explosión de una bomba, puesta allí por manos criminales que no ha sido posible descubrir.

***

La vieja ciudad de Boston, una de las que en los Estados Unidos tienen historia, una de las pocas que vió ya edificadas el siglo XVIII, se encuentra de gala, á consecuencia de la honra que le han dispensado los miembros de la «Honorable Compañía de Artilleros de Londres», personas todas de muy alta posición social, que se han agrupado para servir á la patria británica en calidad de artilleros.

Vieja es la institución y por ello se la encuentra citada en los anales de las grandes campañas inglesas, siempre con honor, siempre con elogio.

En Londres se les aprecia mucho y en todas las grandes celebraciones se les mira marchar, rectos y serios, con sus grandes uniformes bordados y bajo el peso de sus morriones de lana negra. En Boston existe una sociedad muy semejante, cuyo nombre es en todo igual (menos, por supuesto, en la designación de la ciudad en que radican) al nombre de los honorables artilleros de Londres. Son artilleros de Boston los que han invitado á ir á visitarles á los artilleros de Londres.

La ciudad de Boston ha dado muestras de estar muy contenta con los huéspedes y ha celebrado fiestas numerosas y diarias, todas muy lucidas, en los días que los miembros de la «Honorable Compañía de Artilleros de Londres» han permanecido en la capital de Massachusets.



Los artilleros ingleses en Boston.

***

La visita del Rey Víctor Manuel de Italia á la capital de la República francesa, ha sido muy pomposa, y la alegría franca del pueblo francés, sólo ha tenido que lamentar que algunas de las fiestas quedaran deslucidas por una lluvia molesta y poco galante. Por lo demás, tanto política como socialmente, la visita del Rey Víctor al Presidente Loubet, ha sido un verdadero acontecimiento.



El Czar de Rusia acaba de llevar á feliz término una obra digna de alabanza, en favor de la civilización. La Conferencia de Styria, en la que se ha tratado de zanjar las dificultades de Oriente. Después ha estado presente á la lujosa ceremonia nupcial del Príncipe Andrés de Grecia con la Princesa de Battemberg. Damos un grabado que representa al monarca moscovita y á su augusta esposa, en traje ruso, traje tan pintoresco en ellos como en un «mujik».

RIMAS

Allá en la playa quedó la niña.
¡Arriba el ancla! ¡Se va el vapor!
El marinero canta entre dientes.
Se hunde en el agua trémulo el sol.
¡Adiós! ¡Adiós!

Sola, llorando sobre las olas,
Mira que vuela la embarcación.
Aún me hace señas con el pañuelo
Desde la piedra donde quedó.
¡Adiós! ¡Adiós!

Vistió de negro la niña hermosa,
¡Las despedidas tan tristes son!
Llevaba suelta la cabellera,
Y en las pupilas llanto y amor.
¡Adiós! ¡Adiós!

Rubén Darío.



El Rey Víctor Manuel.

CUADRO

El mar está tranquilo,
Las ráfagas nerviosas de los vientos
no agitan el cristal de la onda pura
donde copia su azul el alto cielo.

Es sublime la calma. La ribera
se aduerme en la pereza del silencio.
Cuán poco duradera su quietud. Se siente
vago rumor que viene de lo lejos,
semejando el chasquido que en la selva
produce el huracán, torpe y violento.

Y se encrespó aquel mar que semejara
un cristalino espejo;
y como notas de soberbias liras
que dan vigor á los honrados pueblos,
vibraron, al chocar sobre las rocas,
las turbulentas olas con el viento.

Luis Martínez Marcos.





De cómo el Profesor Lévisson creó un hombre de la nada

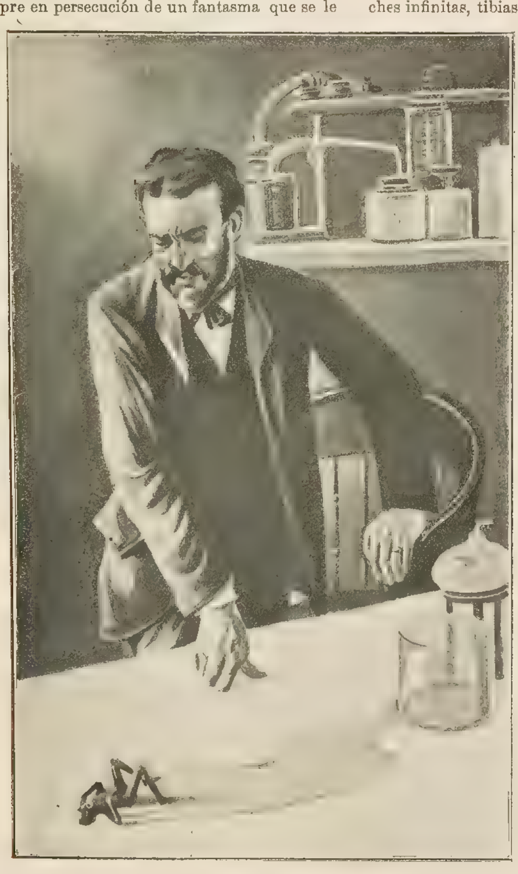
El doctor quedó por un momento anonadado. Años enteros había pasado en busca del germen de la vida, y años enteros la aurora y el ocaso le habían sorprendido en su laboratorio. Resonaban aún en sus oídos, por más que había ya pasado tiempo de ello, las críticas chuscas, amargas, acres de sus colegas de la facultad, críticas en las que, más que un afán científico, se asomaba la envidia, la rastrera envidia que los descubrimientos hasta entonces realizados por Lévisson provocaba.

Había abandonado á su esposa, á la que amaba sinceramente, y á sus hijos, que formaban la alegría de su vida. Todo lo había dejado y ya no sabía de cierto cuántas noches y cuántos días, años quizá, había pasado en su laboratorio, siempre empeñado en descifrar el problema magno del origen de la vida; siempre en persecución de un fantasma que se le escapaba de las manos cuando creía haberlo cogido.

¿Siempre? No; ahora perfectamente cierto. La celdilla insignificante que se había formado en su cápsula, el germen de vida que en distintas ocasiones, anteriormente, se había desvanecido en los momentos en que creía haberlo asegurado, estaba ahí. Era un hecho, crecía, y crecía con una violencia tal, que sobrepasaba todas sus ideas acerca de este asunto.

Pensó que pudiera ser el caso que ya en otras noches le había acontecido. Sospechó que sus nervios, en constante tensión, le engañaban, que su cerebro padecía y que era todo una ilusión. Salió un momento al aire libre del jardín, para calmarse.

La noche era hermosísima. Una de esas noches infinitas, tibias, tranquilas, llenas de estrellas y de paz. La idea del Creador Supremo se asociaba automáticamente en la razón de Lévisson con la idea de sus experiencias, de sus creaciones. Ahora era cierto: podía crear mundos, puesto que podía crear una humanidad, por inferior que se la quisiera suponer; podría llenar de hombres las zonas desiertas del mundo. Era un «creador». Y un pensamiento de orgullo infinito surgió en su cerebro. Volvió rápidamente, para darse cuenta, paso por paso, del maravilloso experimento. La creatura estaba ahí. Respiraba lenta y tranquilamente, y hacía ya algunos movimientos para enderezarse. Una deforme extremidad se dibujaba en cuatro distintos puntos del cuerpo, mientras en un apéndice, al principio absolutamente informe, se distinguían ya hundimientos y salientes que eran un remedo de un rostro humano.



La imaginación de Lévisson, mientras espiaba atentamente la marcha del fenómeno sin par, caminaba, caminaba.... Horizontes no explorados por hombre alguno aparecían ante sus ojos, entrecerrados y fijos en la cápsula donde la creatura, «su creatura», se desarrollaba rápidamente. Vió que los hornillos que calentaban la habitación funcionaban bien; temió que un súbito enfriamiento fuera á dar muerte á un producto de la química cuya vida, indispensablemente, debería ser un soplo fugaz y ligerísimo. La creatura seguía creciendo.

Aparecieron en el fondo de dos cuencas hondas dos ojos negrísimos, pequeños, pero móviles en extremo. Las manos, muy largas, se habían desarrollado perfectamente, y las piernas, cortas y nudosas, hacían repetidos movimientos de flexión. La respiración seguía tranquila, lenta, como la de un niño dormido.

Con la cápsula que en la mano conservaba Lévisson, levantó cuidadosamente al hombrecillo aquel, que previos ciertos movimientos de equilibrio, quedó recto sobre sus pies, tambaleándose.

Después, ante la mirada de Lévisson, el homúsculo se redujo, sentándose y cruzando las manos por encima de las rodillas. «La actitud del hombre primitivo», pensó el profesor. Y fué á consultar las notas de un cuaderno, para cerciorarse de que la fórmula que había creado á aquel ser deforme, estaba bien anotada. Súbitamente una mosca, que volaba en torno de la cápsula, pasó muy cerca del homúsculo. Con un rápido movimiento sus brazos atraparon al insecto, que desapareció en su boca, una hendedura deforme, en la que se veían los dientes agudos y blanquísimos. El Profesor, ante el acto del hombrecillo artificial, se acordó de que él mismo no había comido hacía ya mucho tiempo.

En la primera pieza de las que formaban un pabellón aislado en su jardín, piezas á las que se tenía absolutamente prohibido que nadie entrara, se encontraba un torno por el cual pasaban sus alimentos al sabio y los recados que su esposa tenía interés en que recibiera. Tomó algunas provisiones y las llevó al laboratorio. En los pocos minutos que tardó en tomar una copa de vino, remojado en él un pedazo de pan, el crecimiento del homúsculo fué considerable. Se había desarrollado por completo. Ya en su pecho aparecía una arruga, que el Profesor tomó por un signo de decadencia.

Debía violentarse si quería presentar «su obra» ante los críticos que tanto le habían molestado cuando hacía la franca exposición de sus ideas. Debía salir, gritar en voz muy alta que sabía cómo se creaban hombres, que el origen de la existencia no era ya un misterio......

Y pensó en estudiar detenidamente al homúsculo, hasta saber qué grado de inteligencia podía desarrollar, ó si solamente el instinto animal era el que le movía. Le acercó los manjares. Escogió el homúsculo un fragmento de carne cruda, que devoró mientras los ojillos le brillaban.

—Es un animal solamente—dijo Lévisson.

—Animal solamente—contestó el homúsculo.

Fué otro descubrimiento. ¿Podría tener inligencia un ser creado en una retorta, mediante procedimientos químicos solamente? Sería

tal vez un ente capaz de pronunciar, como los papagayos; pero tener inteligencia, alma...... El Profesor Lévisson se detuvo estupefacto. Crear un ser inferior, desprovisto de cualidades, era lo que más había esperado; pero ante las expectativa de que aquel deforme y repugnante remedo de la humanidad tuviera una alma, sintió que una responsabilidad enorme, aplastante, para la cual no estaba preparado, caía sobre su conciencia.

***

Cansado, más moralmente que de otro modo, se retiró, abrumado por su propia conciencia, á la segunda pieza de su laboratorio, en la que se tendía, de cuando en cuando, en un diván cuando quería descansar. Un sueño reparador le sobrecogió en el que veía mundos nuevos, poblados de aquella raza bestial, inferior y repugnante que él había creado.

Un sentimiento de angustia le oprimía. Se agitaba dudando ya de sus propios méritos, creía que ya no debería presentarse ante sus compañeros de estudios á exhibir aquella nauseabunda copia de la humanidad que había salido de sus retortas. Se despertó sobresaltado......

El homúsculo, la bestezuela viscosa y miserable, estaba sobre él, con los ojos inyectados, la boca abierta, tratando de oprimirle la garganta, de herirlo, para devorarlo seguramente.

El instinto mismo, la repugnancia, el dolor, todo junto, le enloquecieron, y sin pensar lo que hacía, se precipitó sobre «su» creación, empuñando una varilla. El hombrecillo huyó rápidamente y se arrodilló detrás de un mueble, levantando sus manos unidas en ademán de súplica......

Lévisson comprendió que él era el que tenía la culpa, pues engreído en su triunfo, olvidaba que aquel hombrecillo era una forma baja, inferior, degenerada de la humanidad, y debería, racionalmente, tener los vicios todos de los salvajes. Le dió alimento. Ya el homúsculo hablaba y las palabras que una vez oía, quedaban grabadas perfectamente en su memoria. Un día, muy poco después, preguntó á Lévisson:

—¿Tú sabes quién soy yo?

El Profesor titubeó un momento. A pesar de la evidencia, á pesar de todo, no podía creer, no quería comprender que aquel viscoso, sucio, bestial hombrecillo, era capaz de tener memoria, entendimiento, voluntad, esperanzas y dolores. Se resistía ya á creer á sus propios ojos.

***

Pensando en el compromiso que le había llevado al experimento primordial, en su fama, en las críticas aceradas de sus comprofesores, había dejado pasar algunos días, dejando siempre para el siguiente la presentación del homúsculo á la Academia á que pertenecía. Al entrar á su laboratorio (que tenía la precaución de cerrar bien desde el día en que el hombrecillo le había atacado), se sorprendió al ver que dos de las bestezuelas, una pequeñísima, se encontraban juntas. No solamente tenía el homúsculo la facultad de vivir en general, sino que era también capaz de reproducción. Tampoco estaba Lévisson preparado para resolver todos los problemas que se le presentaban en estas circunstancias. Para no dejar sospechar nada, se vió precisado á salir en la noche como un ladrón, ocultándose, para ir á conseguir los alimentos que la voracidad de aquellos hombrecillos consumía. Cada vez se encontraba menos dispuesto á presentarse y proclamar su triunfo. La facultad de generación, tan rápida, tan inusitada en aquellos deformes seres, le aterraba por sus consecuencias.

Desde que fueron dos (y en pocos días cada uno de ellos se fué reproduciendo en cantidad cada día creciente), los homúsculos habían dejado de temer á Lévisson. Solamente cuando les llevaba alimentos quedaban tranquilos, adormecidos por la cantidad relativamente enorme de carne cruda que comían. Pero en cuanto descuidaba algo las cerraduras, los repugnantes hombrecillos tendían á escaparse, y había de emprender serias luchas con ellos. Se admiraba Lévisson de que, á pesar de que golpeaba duramente, nunca hubiera aparecido ni una herida, ni una desolladura sobre la piel negruzca de aquellos seres degenerados y diabólicos.

Habían inventado ya una especie de lenguaje formado de signos, palabras y gestos y se entendían perfectamente entre sí. Una vez, al despertar de una leve siesta, los sorprendió tratando de forzar la cerradura de una ventana, con los ojos inyectados y la boca abierta, escurriendo saliva, mientras sus dedos, ágilmente, sus seis dedos de las manos y otros tantos de los pies, buscaban el secreto de la llave.

Lo que buscaban, lo que les atraía, era el grupo de pequeños, los hijos de Lévisson, que jugaban en el jardín. ¡Seguramente que de haber escapado, hubieran pretendido devorar á los niños!......

Lévisson, indignadísimo, tomó el primer hierro que tuvo á la mano y desprendió á golpes á las fierecillas, hiriendo á algunas y acorralando á las demás en la parte en que las había creado. Unas cuantas gotas de sangre, de una sangre amarilla y espesa, cayeron en el pavimento, y la pestilencia que se esparció por todo el laboratorio fué tal, que Lévisson se vió obligado á salir desde luego, creyendo que se ahogaba.

***

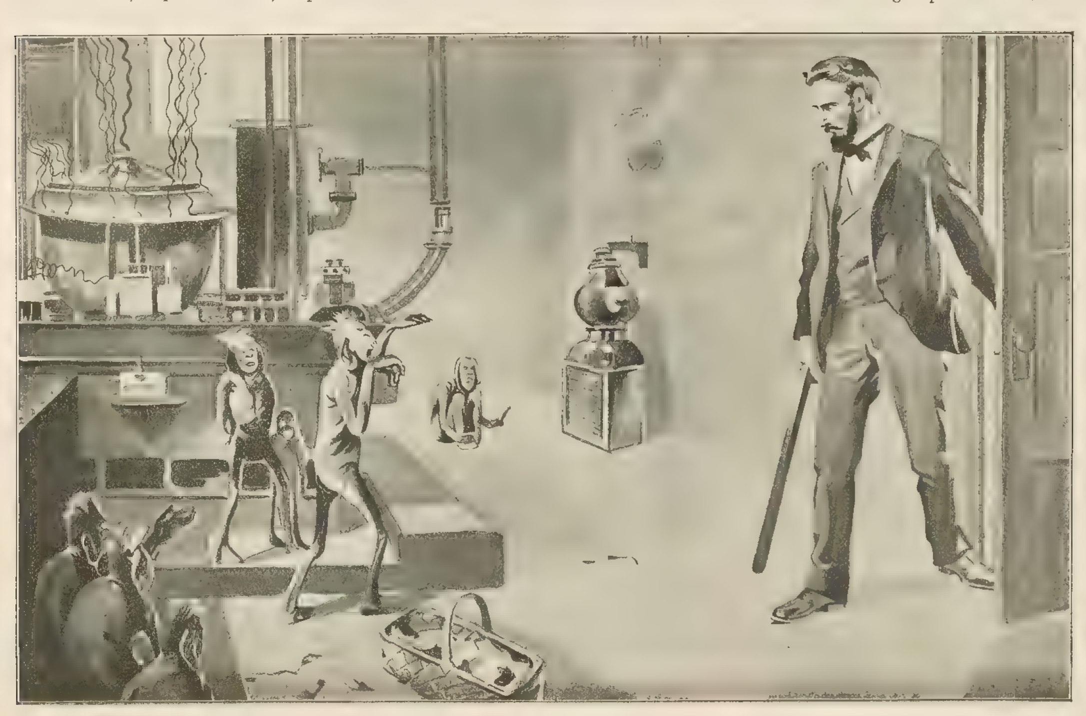
Ya mostraba el primitivo de los homúsculos señas claras de degeneración y de caducidad. Sus escasos cabellos eran blancos y se inclinaba para andar, apoyándose en una varilla. Lévisson no se presentaba aún, ni en su casa, ni menos en la Academia. Pensaba en lo que habría de hacer, en las consecuencias que para la humanidad tendría aquella raza de diabólicos engendros. Si atacaban á los hombres, el solo olor de la sangre de tales homúsculos sería capaz de derrotar á un ejército.

Y á medida que los días pasaban, desalentado y triste, Lévisson se convencía de que deberían perecer, volver á la retorta en que habían sido creados. Pero él, el creador infeliz, también debería sucumbir al propio tiempo que sus creaturas.

***

Urgido por su esposa, que hacía semanas no le veía, salió una noche Lévisson, dejando bien asegurada á la tribu de salvajes bestezuelas. La esposa le habló de sus pequeños, de que trabajaba demasiado. «Pronto me verás tomar un largo descanso», la dijo Lévisson.

Era que la idea fija en su cerebro cansado, había llegado á tomar la enorme magnitud de una obsesión. Debería morir. Debería perecer con sus infectas creaciones; nadie debería saber que en su laboratorio, siempre cerrado, se había resuelto un gran problema de la cien-





Sr. D. Guillermo Barrón.—(† el 15 del actual).

cia. ¿Cómo había de morir? Muy fácilmente. Enérgicas corrientes eléctricas circulaban con sólo apretar un botón en su laboratorio. Un sólo reóstato bastaba para convertir en un infierno de llamas la pieza entera.

Para evitar que los homúsculos tocaran el reóstato, lo había cubierto con una pieza de madera atornillada. Decididamente esa noche sería la última de su vida y de sus bestiales creaciones.

***

Al entrar en su laboratorio, una especie de vértigo le sobrecogió. Era como si su ser fuera lanzado á enorme distancia, más allá de la atmósfera y de la vida. Algo inexplicable sucedía. Y perdió el sentido.

***

Un mes más tarde su esposa observaba con angustia la faz de Lévisson, que yacía en su cama. El Profesor, sintiéndose muy adolorido, despertó, por primera vez en las cuatro semanas anteriores, pidiendo un poco de agua y reconociendo á su esposa.

—¡Santo Dios! ¿Me conoces bien? Has estado muy enfermo. Un mes hace que velo á tu cabecera, mientras la fiebre te hacía delirar.

—¿Qué ha sucedido? Nada recuerdo. Mi cabeza se pierde en conjeturas—contestó Lévisson lentamente, mientras que á su cerebro obtuso volvía el recuerdo de los últimos actos conscientes de su existencia.

Pensó en su descubrimiento, en la rápida sucesión de disímbolos sentimientos que le agitaron en las tres ó cuatro semanas en que vivió al lado de sus inmundas creaciones. Por un momento creyó que todo se había descubierto. Y lamentó haber sanado de la enfermedad que, según acababa de saber, le había puesto á orillas de la tumba.

—Por una circunstancia inexplicable—decía la esposa,—cuando entrabas á tu laboratorio, la última noche que cenaste en la casa, ¿te acuerdas?, alguna retorta que habías dejado hizo explosión. La casa se vió en serio peligro. Fuiste recogido en los escombros, desmayado y sangrando por varias heridas.

—¿Nada se salvó?—preguntó Lévisson.

—Absolutamente nada. Unos cuantos pedazos de hierro y de cobre retorcidos y quemados, fué todo lo que quedó del pabellón.

Lévisson comprendió que los homúsculos, en sus pesquisas, habían acabado por desatornillar los maderos que impedían tocaran el reóstato, y que la enorme corriente, mal manejada, era la que había provocado la explosión y el incendio.

Y mientras un suspiro dilataba su pecho ampliamente, de sus labios salía una sola frase:

—¡Bendito sea Dios!

MUERTE
De Don Guillermo Barron

La buena sociedad mexicana acaba de perder á uno de sus miembros más prominentes: nos referimos al estimable caballero Don Guillermo Barron, que falleció el 15 del actual en su casa habitación de la calle de la Independencia.

El fallecimiento, casi repentino, del señor Barron, ha producido una dolorosa impresión entre las familias más distinguidas de la capital; pues aparte de que se encontraba emparentado con algunas de ellas, muchas fueron las simpatías que supo captarse en los mejores círculos sociales.

Al sepelio, que se efectuó el día siguiente en el Panteón Francés, concurrieron el señor General Don Porfirio Díaz, el señor Secretario de Guerra, General Mena, y un numeroso grupo de caballeros de representación, entre los cuales recordamos á los señores Guillermo de Landa y Escandón, Tomás Bráníff, Licenciado Pablo Martínez del Río, Joaquín Redo, Manuel Escandón, Antonio Alvarez Rull, Ignacio de la Torre, Alejandro Escandón, Tomás Morán, Julio Limantour, Pablo Escandón, Sebastián Camacho y Manuel Rincón Gallardo.

En el retrato que publicamos, aparece el señor Barron con el uniforme de capitán del ejército inglés, al cual perteneció hace algunos años.

La familia del finado ha recibido innumerables demostraciones de condolencia.

México y España

SIMPATICA FIESTA

En los periódicos de Barcelona encontramos una nota simpática: la de una brillante recepción que con motivo del aniversario de nuestra Independencia, ofreció á sus amistades el señor Múgica y Sáyago, Cónsul General de México en España.

A juzgar por los datos que nos proporciona la prensa, la recepción resultó verdaderamente lucida, pues muchas fueron las personas, tanto mexicanas como españolas, que obsequiando la invitación del señor Múgica, se dieron cita en el Consulado para conmemorar aquel glorioso acontecimiento.

Durante la fiesta, que se prolongó hasta las altas horas de la noche, la animación más franca y la cordialidad más completa reinaron entre los invitados, como si de intento se hubiera querido hacer gala, en la reunión, de las simpatías que unen á los hijos de Pelayo y á los hijos de Hidalgo.

Algunas niñas se presentaron luciendo sobre el pecho los colores de nuestra bandera, y un pequeñuelo—el hijo menor del señor Cónsul—portando el traje del charro mexicano.

La concurrencia quedó altamente complacida de las atenciones de que fué objeto por parte del Cónsul y de su familia.

El interés privado es el estímulo cuotidiano de la actividad humana; el interés público es el aguijón heroico de los grandes días.—VALTOUR.



México en España.—Un grupo de damas concurrentes á la recepción ofrecida por el Cónsul de México.



México en España.—El Sr. Cónsul, su familia y algunos invitados en los balcones del Consulado.

Evocación

La "madonna" de la "villa" Pallaviccini.

Fué bajo el cielo de Italia, pálido, puro y luminoso como un lienzo de Vinci. Domingo. La mañana era serena y alegre; en los jardines inmensos y suntuosos de la gran «villa» Pallaviccini, las flores exóticas exhalaban tenues suspiros perfumados y los ruiseñores, temblando de inspiración en la espesura también palpitante, cantaban el «racconto» de sus penas y de sus amores.

Fué aquella divina mañana cuando apareciste ante mis ojos, bella, obscura y turbadora como un símbolo y como un recuerdo. Recorríamos, curiosos de Arte, la inmensa «villa» maravillosa; y al llegar á la gruta salvaje, donde los pies resbalan sobre el piso humedecido y las manos buscan á tientas las paredes para orientarse en la penumbra súbita, no soñé que había de hallarte, oculta y sola, en el fondo de sus revueltas intrincadas.

En medio de la gruta, el lago parecía dormido como en un sueño de centurias, inmóvil, mudo, petrificado como las estalactitas que le servían de cielo. Sobre sus espaldas negruzcas y movedizas, una barca con un cisne en la quilla, como la de Lohengrin, y un botero de rostro bermejo y ojos rapaces nos aguardaban.



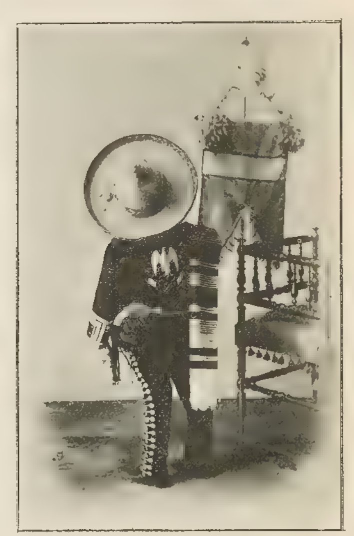
México en España.—El niño Sáyago.

La barca comenzó á bogar sin interrumpir el silencio, temeroso del lago adormecido. Los remos al caer producían un ruido seco y triste. Encima de nosotros, á un lado y otro, las estalactitas formaban extrañas figuras, mónstruos, enormes cabezas de abiertas fáuces, que ponían en el ánimo el terror del misterio y de la sombra.

No osábamos hablar los pasajeros apenas, sobrecogidos, á nuestro pesar, por la mudez inmensa de las cosas. Angulos llenos de húmedas tinieblas se abrían á cada minuto á los costados de la barca, terribles como las fáuces pétreas de las paredes. Y de pronto, en uno de aquellos ángulos te ví, te ví por un instante tan sólo, sobre las ondas taciturnas. Salió por fin á la luz radiosa de aquella mañana magnífica. El lago se ensanchaba fuera, en derredor de un templo de mármol donde Diana se erguía, blanca y radiosa, rodeada de una guardia de Tritones.

En los jardines de las riberas seguían las flores exóticas esparciendo sus suspiros cargados de perfumes; las currucas, ligeras y alegres, gorjeaban en las avenidas de esbeltas acacias. Una pagoda china, en una orilla, nos aguardaba para mostrarnos el tesoro oculto de sus riquezas orientales, casi esfumada, enigmática y fascinadora en su mutismo eterno.

Mas ¿te ví en realidad, ó fué tu sombra fugitiva la que alcanzaron á distinguir mis ojos en la nebulosidad opaca de tu rincón abandonado? Lo ignoro; pero bien sabe mi pensamiento que no te olvidará, pobre Madonna triste. Sentí de repente irse mi alma hacia tí,



como si por instinto obscuro y vago,—como tu silueta esfumada en el ángulo estrecho que te servía de altar,—hubiese comprendido el enigma ignorado y viviente que eras para ella.

...Prosiguió la barca, suave, lenta, silenciosamente.

Mas yo no te olvidaba, Madonna triste. Mi mente había quedado teñida del encanto sombrío de tu memoria. Pensaba en tí y en la mañana pura y linda, bajo el cielo pálido, te me aparecías de nuevo, bella, fascinadora y enigmática.

Y quedaste grabada en el fondo de mi espíritu como el recuerdo y el emblema de un amor perdido y muerto para siempre, «como una virgen en el fondo de una capilla en la cual se hubieran extinguido todos los cirios»...

LUIS RODRIGUEZ-EMBIL.





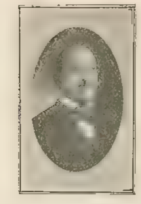
El Czar y la Czarina de Rusia, en traje nacional.

Momento de oro

Hay en la vida de cada hombre un momento de oro, una cima luminosa en la cual le aguarda y donde recibe cuanto le es dado esperar en punto á prosperidades, á goces, á triunfos. La cumbre es más ó menos elevada, más ó menos áspera é inaccesible, pero existe de igual suerte para todos, para los grandes como para los pequeños. No hay si no que, á la manera de ese día más largo del año en que el sol agota todos sus bríos y cuya mañana parece un primer paso hacia el invierno, ese «súmum» de las existencias humanas no dura más que un solo momento, después del cual no cabe sino bajar. ¡Pobre hombre! Recuerda bien el esplendor efímero de ese momento de oro. En ese punto alcanzaste la plenitud de tu verano; las flores se deshacían en perfumes, doblándose la rama al peso de la dorada fruta; los campos eran cielo de espigas cuyos granos tirabas tú tan miserablemente. Pero tu estrella comenzará á palidecer, poco á poco irá borrándose y descendiendo á su ocaso, pronto sus destellos no conseguirán romper las lúgubres tinieblas en cuyo seno va á cumplirse tu destino.

Alfonso Daudet.









GUAYMAS.—Sres. Esteban M. Calderón, F. T. Dávila, Enrique Acosta, José Delahanty, Guillermo R. Romay, Claudio Mendoza y Leopoldo Mayet.

Los Juegos Florales de Guaymas

Parece que los Juegos Florales iniciados y llevados á cabo por primera vez en México por la colonia española, toman carta de ciudadanía entre nosotros, pues á los celebrados de poco tiempo á esta parte en distintas ciudades de la República, hay que agregar los que, con motivo de las fiestas de la Independencia, se verificaron en septiembre, en el puerto de Guaymas.

El torneo, según nuestros informes, resultó verdaderamente digno de su objeto, no sólo por las numerosas composiciones en prosa y en verso que recibió el Jurado Calificador, sino también, y muy especialmente, por el extraordinario lucimiento que revistió el acto de lectura de las obras premiadas y distribución de recompensas á los vencedores. El primer premio—flor natural —lo obtuvo el señor Alfonso Iberri, autor de una composición titulada «Mis Versos»; el segundo— $500,—el señor Aurelio Pérez Peña; el tercero—$200,—el señor José María Barrios de los Ríos, y el quinto—$50, —el señor Leopoldo Mayet C. El segundo premio fué ofrecido por el señor Ministro de Gobernación, Don Ramón Corral; el tercero, por el Ayuntamiento de Guaymas, y el quinto, por los señores J. A. Naugle y Eduardo Gaxiola. En cuanto al correspondiente al tema 3º, no se adjudicó á persona alguna, por haberse declarado que las composiciones recibidas no llenaban los requisitos indispensables.

Srita. María Cañez, reina del torneo

La fiesta, que se vió concurrida por la mejor sociedad de Guaymas, se efectuó en el teatro Escobedo, el quince por la mañana, siendo reina del torneo la señorita María Cañez, y Mantenedor, el señor F. T. Dávila. La Corte de Amor estuvo formada por las distinguidas y bellas señoritas Eugenia Cañez, Ester Connant, Beatriz Iberri, Catalina Gaxiola, Guadalupe Calvo, Carmen Velasco, María Suárez, Dolores Cosca, Guadalupe Mendoza, Elena y Elvira Rivas, Berta Seldner, Gertrudis y Clara Basozabal, Virginia Iñigo, Francisca Roa y Elena Dávila.

El adorno del escenario, donde se instaló el trono de la Reina, y el del salón, fueron de muy buen gusto.

En este número publicamos los retratos de la señorita Cañez, y los de los señores Esteban M. Calderón, Presidente honorario del Comité organizador; F. T. Dávila, Presidente efectivo; Enrique Acosta, Secretario, y José Delahanty, Guillermo R. Romay y Claudio Mendoza, vocales. Publicamos también los retratos de los señores Iberri, Pérez Peña, y Mayet, y los de los miembros del Jurado, señores Lic. Fidel S. Pujol y G. J. González.

MIS VERSOS

(Composición premiada con la flor natural en los Juegos Florales de Guaymas.)

Amor de mis amores,
doliente Musa pálida,
tus ojos de tristeza me enseñaron
el secreto de glorias ignoradas.
Tus manos compasivas
—tan puras y tan blancas—
me acariciaron con el triple afecto
de una novia, una madre y una hermana.
Tus labios elocuentes
me hablaron de esperanzas;
y cayó la cascada de tus besos,
como una claridad, sobre mi alma.
Amor de mis amores,
doliente Musa pálida,
tú sabes que mi numen es el triste,
débil enfermo de infinitas ansias.
Tú sabes que mis sueños,
como aves fatigadas,
ya no pueden volar y se refugian
en mi cerebro, como en una jaula.
(¡Pobre cerebro mío,
guarida de fantasmas,
cuánto jugo perdiste, alimentando
vagos delirios y quimeras vanas!)
Tú sabes, Musa mía,
mi culto por la Patria,
por el Derecho, que es la ley suprema,
y por la Ley que del Derecho emana.
Tú sabes que mi pluma
no es la venal esclava
de las pasiones y del prócer; sabes
que á la razón está subordinada.
Y sabes—centinela
perenne de mi alma—






GUAYMAS.—Sres. Alfonso Iberri, Aurelio Pérez Peña, Lic. Fidel S. Pujol y G. J. González.



Nuestro País. Salto de Basaseachic (Chihuahua).

que atravieso la ruta de la vida
con la cruz de mis versos á la espalda.
¡Humildes versos míos!....
Quisiera daros galas;
revestiros de púrpura y de oro,
enjoyaros de perlas y esmeraldas,
zafiros y diamantes;
y ver cuál desfilarais
por las suntuosas páginas del Libro,
como en una pomposa caravana,
cantando dulces himnos
de amor y de esperanza,
derramando torrentes de armonía
y raudales de luz sobre las almas!
¡Inútiles esfuerzos!
¡Aspiraciones vanas!,
siempre seréis los tristes peregrinos
que por la vida sollozando pasan.
Los peregrinos tristes,
de obscuras hopalandas,
como pálidos frailes pensativos
que lentamente, en procesión, avanzan
pidiendo á Dios, en tiernas
y místicas plegarias,
que llegue pronto el día en que se unan
con vínculos de amor todas las razas!

ALFONSO IBERRI.



La Caída de las Estrellas

(De Leconte de Lisle)

Caed, oh perlas de rosa,
Pálidos cirios, al mar;
Una niebla vaporosa
Satura la inmensidad;
El viento azota al pasar
Las hojas primaverales;
Caed, perlas inmortales,
Pálidos cirios, al mar.

Del misterioso oceano
Dormid bajo su techumbre;
Ya plantó el sol en la cumbre
Su tienda de soberano;
Un eco brota del llano
Que vaga triste y sombrío;
Dormid, lágrimas de estío,
En el profundo oceano.

Huíd, novias de lo Triste,
¡Paraísos ignorados!
El alba, tras los cercados,
De gotas de oro se viste;
Alegre está cuanto existe;
Huíd, oh mundos distantes
Do van las almas amantes;
Huíd, novias de lo Triste!

Id, luceros, al Poniente
Donde el cielo está sereno;
Ya el sol el bosque de lleno
Traspasó con su ojo ardiente;
El ciervo bebe en la fuente,
El rumor del mundo empieza;
Id, hijas de la Tristeza,
Id, luceros, al Poniente.

¡Oh lámparas del Olvido!
Feliz aquel que os siguiera
Y en brazos de la Quimera
Viva siempre adormecido;
Odio, amor, lo que ha nacido,
Todo se ha muerto en el alma;
Dadnos la paz y la calma,
¡Oh lámparas del Olvido!



PENSAMIENTOS

Frecuentemente se mima á los niños, aunque esto entraña un peligro para ellos; y muy rara vez se mima á los ancianos, sin embargo de que en ello no hay peligro.—TOURNADE.

*

Nos dejamos llevar demasiado de la manía de erigir estatuas y monumentos á los grandes hombres; pero menos malo es eso que relegarlos al olvido.—J. SIMÓN.

*

Arrojados en la tierra el bien y el mal, germinan en ella y tarde ó temprano dan sus frutos: la generación siguiente es á menudo quien los recoge.—DURUY.

*

La mujer demasiado lujosa corre el riesgo de ahuyentar de sí á los hombres juiciosos que pudieran pretenderla.—AIVER.

*

Es imposible la felicidad cabal, porque lo que no hastía al ser humano, por lo menos llega á serle indiferente. —AIVER.

*

La taberna es para los badulaques lo que con harta frecuencia son para los literatos los salones á la moda: salones y tabernas conducen igualmente á la perdición á sus clientes.—ANATOLE FRANCE.

*

La política es como las mujeres: la ama uno de joven, porque no la conoce.—J. SIMÓN.

*

Toda causa ha menester mártires. —CLARETIE.

DESCONOCIDA

La vi rezando de hinojos,
Y no la he visto después;
¡Qué grandes eran sus ojos,
Y qué pequeños sus pies!
Corazón, no me demandes
Si á turbar vienen mis sueños
¡Aquellos ojos tan grandes!
¡Y aquellos pies tan pequeños!

M. DEL PALACIO.



Estudio fotográfico. (Valleto).

¡Llegó la hora!.....

La vida se compone de contradicciones.—DRAGOMIROF.

*

La guerra es divina en sí misma, supuesto que constituye una ley del mundo.—DE MAISTRE.

La moda, aunque sin microbios, es más contagiosa que cualquiera enfermedad.—VALTOUR.

*

Fuerza es querer vivir y saber morir.—NAPOLEÓN.

La guerra rivaliza en poder destructor con todos los azotes de la naturaleza; mas, á pesar de las tesis que la divinizan, es, y seguirá siendo, obra del hombre.—VALTOUR.



EL MUNDO ILUSTRADO

Año X—Tomo II—Núm. 18 — México, Noviembre 1° de 1903. — Subscripción mensual foránea $1.50 / Idem, Idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. — Gerente: LUIS REYES SPINDOLA





GUANAJUATO

El Monumento de la Paz y el Teatro Juárez, inaugurados por el Sr. Presidente de la República.

Carta de un Filántropo

Sr. Dr. Don, etc., etc.

Muy querido amigo:

Muy á menudo me ha reprochado usted, y en su grata última con particular acrimonia, lo que llama mi espíritu de contradicción, esa tendencia que me impulsa á hacer todo lo contrario de lo que los otros hacen, «á hacerle contrapeso al mundo», á apartarme de los senderos trillados y caminar por rumbos opuestos á las rutas que sigue la generalidad de los hombres, á bajar si ellos suben, á trabajar si descansan, á dormir si velan, á comer si ayunan.

Muchas y muy ingeniosas hipótesis ha concebido usted para explicar ese modo de ser mío, que con las apariencias de lo incoherente y de lo estrafalario, tiene un fondo de lógica y de congruencia que usted mismo acabará por reconocer, y, llegado el caso, por imitar.

Una de esas suposiciones, la más espontánea, la más natural y la más «adecuada,» consiste en creer que, si soy como soy y no soy como son los demás, es puramente por singularizarme, por llamar la atención, por afán de aparecer excéntrico, por «épater mon bourgeois», en suma, como dicen los franceses.

La segunda hipótesis, menos espontánea acaso, pero más malévola, consiste en creer que, no habiendo podido descollar en nada, ni en ciencias, ni en letras, ni en finanzas, ni en la estimación de los demás, ni aun en la de mí mismo, he querido hacerme célebre por medios odiosos y por una eterna contradicción de lo que es habitual pensar, decir ó hacer. La posteridad, y acaso usted mismo, me harán justicia á este respecto.

No es menos plausible, y ella me obliga á reconocer que es usted mi mejor amigo, su conjetura de que la singularidad de mis costumbres y la anomalía irremediable y crónica de mis actos, tiene por origen una imbecilidad atávica y orgánica, forrada de una ignorancia «carpina» y sistemática en todos los órdenes del conocimiento humano, teórico y práctico.

He callado cincuenta años, me he «abnegado» y consagrado al bien público, y después de media centuria de discreción y de tacto, creo llegado el momento en que la justicia debe hacerse, y en que la humanidad, reconocida, sepa al fin quién ha sido, es y puede seguir siendo el dispensador de todos los bienes de que hoy disfruta.

Paso á explicarme:

Más bien que un imbécil atávico, creo ser un observador sistemático, y desde mi más tierna infancia pude comprobar que, lejos de ser yo quien le «llevaba la contra á los sucesos,» eran los sucesos los que me llevaban la contra. Prever yo algo y suceder lo contrario, era todo uno; desear la realización de un acontecimiento y realizarse el contradictorio, era todo otro; juzgar real un fenómeno y resultar todo lo de más allá, era infalible. Desde la escuela primaria me convencí de que las palabras que escribía yo con v, precisamente habían de escribirse con b. Si consultado por mi madre en materia de contabilidad, me sentía convencido de que la operación era de sumar, era indudable que era de restar, y si afirmaba y creía que era de multiplicar, no podía caber duda de que el problema era de dividir.

Aquello me «dividió» durante toda mi infancia y buena parte de mi adolescencia. No daba pie con bola en materia alguna, todo me salía al revés; el carbonato se me indigestaba y las enchiladas de tasajo me corregían el estómago; un día que tomé quinina, llegué á 41 grados de temperatura; he sido el único caso de tifo con 33 grados de calentura á la sombra. Un día que, jugando con amigos, me envolvieron en un colchón y me encasquillaron entre un ropero y la pared, se me fracturaron los dos muslos, que jamás hubieran consolidado si no acierto á caerme de la azotea.

Este caso típico me hizo reflexionar. Tanto vale, me decían mis meditaciones, conocer la verdad, como qué cosa no lo es; para llegar á la regla, basta tan sólo conocer las excepciones; llegar á definir y á dominar las causas de la muerte, á tanto equivale como á encontrar las fuentes de la vida, y es evidente que quien puede prever y evitar la obscuridad, ha conquistado para siempre el reino de la luz.

Tal era mi caso. Una experiencia, no precisamente secular, pero sí por lo menos semisecular, me ha permitido llegar á estas irrefutables conclusiones: puesto que todo lo que pienso, todo lo que digo y todo lo que hago, ha de resultar contrario á todo lo que debe pensarse, decirse y hacerse, resulto, por argumento á «contrario sensu,» el árbitro de todo cuanto sucede, y tengo en mis manos el orden de la naturaleza y los destinos de la humanidad. Y como quiera que las amo, tal vez porque están pendientes de mis labios y sujetas á mi albedrío, para hacerles bien me basta con interesarme en su mal, y para hacer su grandeza me sobra con vincular en ella mi miseria.

Si quiero extirpar un vicio, propalo, creo y pruebo que es una virtud, y ya nadie lo practica ni para remedio; si me intereso por el progreso de una verdad, me convenzo á mí mismo de que es un error, á tal punto, que si sigue siendo cierto que el cuadrado de la hipotenusa es igual á la suma de los cuadrados de las catetos, es porque creo firmemente que es igual á su diferencia. El sistema de Copérnico subsiste porque he tenido la precaución de convencerme de antemano y firmemente, de que sólo son aceptables los de Ptolomeo ó de Ticho-Brahe. A mis preferencias aristotélicas y escolásticas, debe Stuart-Mill su auge, y si A. Comte figura aún con su Ley de los Tres Estados en el martirologio de los filósofos, es porque para mí nada cambia, nada progresa, nada evoluciona, y todo es inmutable como la nube é invariable como la onda.

Pasando á otro orden de ideas, mi criterio y mi «modus faciendi» es aún más fecundo en bienes para la sociedad en particular y la Humanidad en general. ¿Sobreviene una sequía? Pues tengo varias cuerdas en mi arco para hacerla cesar: organizo fuegos artificiales, verbenas y kermesses, ó más sencillamente, compro «sorbete» nuevo y calzado de charol, y me voy á pasear en despoblado. ¿Las lluvias devastan las cosechas? [Aquí todo devasta las cosechas]. Pues con comprar paraguas y echarme al hombro el impermeable, no vuelve á condensarse una sola gota de rocío.

En el orden sanitario mi táctica es la misma. ¿Reina una epidemia? En el acto verifico una fiesta de caridad en favor de las víctimas, con lo cual no vuelve á haber ninguna.

Pasemos á las finanzas y cerremos con broche de oro esta enumeración de los beneficios que me ha sido dable hacer á la humanidad: Cuando me interesa la prosperidad de un negocio, tomo acciones de una empresa rival; los henequeros yucatecos no se imaginan que deben su prosperidad á las acciones «de pita» que obran en mi poder y al fomento que con mis capitales he dado á las empresas de yute y otras. Las crisis de la plata, sin que nadie lo sospeche, depende de que adquirí muchas acciones de «La Macuspana», mina prodigiosa que mientras más produce y mejores «leyes» revela, más cuesta á sus incomprendidos accionistas. Y para concluir, por la segunda vez, con este enojoso asunto, daré á los economistas y financieros la clave del alza incomprensible del metal blanco: todo estriba en que, siguiendo mi sistema, en cuanto quise hacer subir la plata, me volví comprador de monedas de oro. No bien encontré mis recursos en esta vasta operación, la plata, como al conjuro de una maga, se puso á subir, y hoy mis monedas valen tanto como si fueran de níquel.

Ya verá usted que todo se explica en mi conducta y en mis procederes, lo mismo mis pieles en estío que mis baños helados en invierno; mis zapatos de hule en tiempo de secas, que mis alpargatas en tiempo de aguas; mis fanatismos en las épocas místicas, que mis dudas en las de escepticismo.

Es claro que con todo eso me sacrifico, me «abnego;» pero tengo esta evidencia consoladora: que todo lo malo que me busco lo aprovecha en bienes la humanidad, y para asegurarme la gratitud de mis pósteros, me basta tan sólo la convicción que abrigo de que mi memoria será escarnecida y de que dejaré la reputación, siempre envidiable, de un Tímour ó de un Gengis Khan.

Suyo afectísimo.

....

Es copia que certifico con todo lo que proceda en derecho.

Dr. M. Flores.



La iglesia vacía

Por las rotas vidrieras
Los azules convólvulos se asoman,
Y entre vagos rumores con el aura
Y campestres aromas.

La lámpara vacila en el santuario,
Que ya se oculta en la naciente sombra
Y se desprenden mustias
De los jarrones del altar las rosas.

Escondiéndose van las golondrinas
Tras los viejos retablos, donde esboza
Algún perdido rayo
Cabezas blancas y cabezas blondas.

De algún ave extraviada
Se escucha el aleteo en la ancha bóveda
Y el viento finge trémulo sollozo
Al pasar por las altas claraboyas.

Y parece que vienen á sentarse
En las bancas lustrosas
Dolientes sombras de queridos,
Sombras que el alma con cariño evoca.

En el sombrío coro
El órgano reposa,
Esperando una mano delicada
Que de él arranque las dormidas notas;

Y para alzar el vuelo
Y perderse en las luces de la aurora,
En las viejas cornisas y en los nichos
Aguardan de un poeta las estrofas.

Ismael Enrique Arciniegas.



POSTUMA

Oigo notas de música en la calle.
La tarde va á morir, la noche llega
Y de los campos van á mi ventana
Olores y calor de primavera.
Me tiemblan las rodillas, y mis ojos,
No sé por qué, de lágrimas se llenan;
Me apoyo en la ventana tristemente,
Escondo entre las manos mi cabeza
Y entonces pienso en ti, que estás tan lejos...
Y la muerte tan cerca!

Lorenzo Stecchetti.



A unos hombros

Tus hombros, modelados en relieve,
surgen de la prisión de tu corpiño
como dos grandes pétalos de armiño
surgir pudieran de la copa de Hebe.

Sobre uno de ellos, como un punto leve,
se ve un lunar que adoro como un niño
y que á mí me parece, en mi cariño,
una estrella apagada entre la nieve......

Son tus hombros mi encanto más profundo;
mas si deseas evitar martirios
ocúltalos, por Dios, de todo el mundo .....

¡Mira que si los muestras sin rubores,
se van de envidia á marchitar los lirios;
se van los hombres á morir de amores!

Federico Barreto.

EL SEÑOR GENERAL DIAZ EN GUANAJUATO

SUNTUOSAS FIESTAS

Muy difícil sería para nosotros, que no disponemos del espacio suficiente para ello, ofrecer á nuestros lectores la crónica detallada y completa de los brillantes festejos que acaban de efectuarse en Guanajuato, con motivo de la visita que en los primeros días de la última semana hizo á aquella ciudad el señor Presidente de la República.

Pero, por una parte, las demostraciones de simpatía de que fué objeto el Primer Magistrado, tanto durante su viaje como durante su estancia en aquella floreciente población; y por otra, la magnificencia que el Gobierno del Estado y los principales vecinos desplegaron en obsequio de su ilustre huésped, nos obligan á consignar, aunque sea en extracto, las notas más salientes de las fiestas, ya que su celebración ha venido á poner de relieve, á la vez que los progresos realizados por una de las más prósperas Entidades de la Unión, el cariño que en todas partes se profesa al hombre que ha consagrado al servicio del país todos sus afanes.



GUANAJUATO Monumento á Hidalgo.

Los datos que apuntamos en seguida, servirán para que nuestros abonados tengan una idea de las demostraciones á que nos referimos y de las importantísimas mejoras materiales inauguradas por el señor Presidente.

***

La salida del señor General Díaz rumbo á Guanajuato se efectuó el lunes por la mañana, sin que ningún contratiempo viniera después á entorpecer la marcha del convoy. En el tren presidencial, formado con los tres lujosísimos carros de que dispone el Supremo Mandatario, con uno «Pullman» y con otro de equipajes, iban, además del señor Presidente y su distinguida esposa, la señora Carmen Romero Rubio de Díaz, los señores Don Ramón Corral, Secretario de Gobernación; General Don Manuel González Cosío, Secretario de Fomento; Ingeniero Don Leandro Fernández, Secretario de Comunicaciones; Don Ignacio de la Torre y su señora; Don Guillermo de

GUANAJUATO.—Interior del Teatro Juárez.



GUANAJUATO.—Recámara donde estuvo alojado el Sr. Presidente.

Landa y Escandón y su señora; Capitán Don Porfirio Díaz, General Don Francisco Cañedo, Gobernador de Sinaloa, y el Encargado de Negocios de Alemania, Barón von Flöecker. Además tomaron asiento en el tren algunas otras personas de representación y los ayudantes del señor Presidente. Al darse la señal de partida, la numerosa concurrencia que llenaba la estación aclamó al Primer Magistrado, mientras la artillería lo saludaba con los honores de ordenanza.

EN LAS ESTACIONES

Las estaciones del tránsito, como Tlalnepantla, Cuautitlán, el Salto, Tula y San Juan del Río, se veían vistosamente adornadas con flores y banderas. En los andenes, las autoridades y los principales vecinos de los Distritos aguardaban el paso del convoy, y el eco de las músicas y los ¡vivas! lanzados al egregio gobernante, se escucharon en todo el camino. En San Juan y en Querétaro, donde se detuvo el tren algunos momentos, las demostraciones de aprecio hacia el señor Presidente fueron, si cabe, más entusiastas. Al penetrar el tren en territorio guanajuatense, los viajeros experimentaron una impresión muy grata: una interminable fila de labradores, con sus útiles de trabajo al hombro, formaban valla á uno y otro lado de la vía. La reunión de aquellos rudos moradores del campo, rindiendo homenaje al hombre que ha impulsado en México el desarrollo de todas las fuentes de riqueza, no pudo menos que conmover á todos los que la presenciaron.

Como notas complementarias, agregaremos que en Querétaro, el Señor Presidente de la República recibió al Gobernador Interino del Estado y á las comisiones del Congreso y del Ayuntamiento que se acercaron á él para darle la bienvenida.

EN CELAYA

En esta estación, que aparecía hermosamente engalanada, el Primer Magistrado fué recibido por el señor Gobernador Obregón González—á cuyo empeño se debe la terminación de algunas de las grandes mejoras inauguradas y la implantación de otras muy importantes—y por el señor Don Ramón Alcázar, uno de los vecinos más prominentes de Guanajuato. Las campanas de todos los templos se echaron entonces á vuelo, y la muchedumbre que esperaba el arribo del tren, prorrumpió en ¡vivas! y aplausos, mientras las músicas tocaban el Himno Nacional. En El Guaje, Salamanca y Silao, se repitieron las ovaciones al señor General Díaz, notándose, en estas estaciones, una animación y un entusiasmo verdaderamente indescriptibles.

LA LLEGADA Á GUANAJUATO

Si durante el viaje en todas las poblaciones á cuyas puertas se detuvo el convoy, el entusiasmo no reconoció límites, la alegría que embargó todos los corazones al abandonar su carro, en Marfil, el señor Presidente, para dirigirse á Guanajuato, rayaba en delirio. A los honores, severos é imponentes, que hacían las tropas al Jefe Supremo del Ejército, se unían, en aquellos instantes solemnes, el grito de júbilo de las multitudes, las notas alegres de las músicas, la algarabía estruendosa de las máquinas de vapor, y el eco de las campanas que anunciaban á toda la ciudad la llegada del que iba, en nombre de la Paz, á ser testigo de sus triunfos en las luchas del Progreso. Los hombres agitaban en alto sus sombreros saludando al recienllegado, y las mujeres regaban flores y serpentinas á su paso.

Una comisión formada por las más distinguida damas de Guanajuato, recibió á la señora Romero Rubio de Díaz, y á nombre de la ciudad dió la bienvenida al señor Presidente el señor Lic. Carlos Robles. La contestación del Primer Magistrado fué corta, pero muy expresiva. Al llegar á la Hacienda de la Purísima los tranvías en que se transladaron á la población el señor General Díaz y sus acompañantes, más de cinco mil mineros le tributaron una entusiasta ovación.

Por la noche, el señor Presidente salió á los balcones de la casa del señor Gobernador Obregón González, donde estuvo alojado, para saludar al pueblo, y poco después, en com-



GUANAJUATO.—Salida de la comitiva presidencial rumbo al Palacio Legislativo.

GUANAJUATO



La Estación de Marfil antes de la llegada del Sr. Presidente.



De regreso del Palacio Legislativo.—El Sr. Presidente, el Sr. Secretario de Gobernación y el Sr. Gobernador del Estado.



De regreso del Palacio Legislativo.—Otra instantánea.



Una calle.

GUANAJUATO. Frente de la Presa "Esperanza."

pañía de su esposa, recorrió á pie algunas de las calles principales y el jardín Hidalgo, donde se daba una gran serenata.

EL PALACIO LEGISLATIVO

La inauguración de este bellísimo edificio se efectuó á las nueve de la mañana del martes, concurriendo al acto los señores Secretarios de Estado y los miembros del Cuerpo Diplomático que asistieron á las fiestas, el señor Gobernador del Estado, los altos funcionarios del Gobierno y numerosos particulares. Abierta la sesión, el Presidente de la Legislatura declaró inaugurado por el señor General Díaz el edificio, y terminada la lectura del acta, tanto este alto funcionario como las demás personas que presenciaron la ceremonia, recorrieron uno por uno los distintos departamentos del Palacio. Este está decorado con suntuosidad y elegancia y es, como obra arquitectónica, de primer orden.

Antes de retirarse del Palacio, el señor General Díaz, tocando un botón eléctrico, descubrió el hermoso monumento de la Paz, que se levanta cerca del mismo edificio.



GUANAJUATO.—Jardín del Cantador.

REGATAS EN LA PRESA DE LA OLLA

Por la tarde, como estaba dispuesto en el programa, se verificaron en la Presa de la Olla unas regatas en que tomaron parte algunos caballeros de la buena sociedad guanajuatense. Al rededor del enorme depósito de agua, se levantaron las tribunas, cómodas y muy elegantes, destinadas al señor Presidente y su comitiva, al Cuerpo Diplomático, á los representantes de la prensa y á las familias de los convidados. En la primera regata—una vuelta,—vencieron los Sres. P. Ramsden y L. Adams; en la segunda—tres vueltas,—los Sres. C. Vigil y J. Bringas; en la tercera—también de tres vueltas,—el señor Adams, y en la cuarta, el señor Bringas. Siguió después una carrera en tinas, que fué aplaudidísima, y en la cual se disputaron el triunfo seis de los jugadores. El vencedor fué el joven C. Wood, que cuenta apenas quince años de edad.

Terminada esta parte del programa, que la concurrencia calificó como una de los más brillantes, el Sr. General Don Porfirio Díaz—después de descubrir la estatua de Hidalgo—inauguró solemnemente la magnífica planta eléctrica que abastece de luz y fuerza motriz á la población. En este acto hizo uso de la pa-

GUANAJUATO



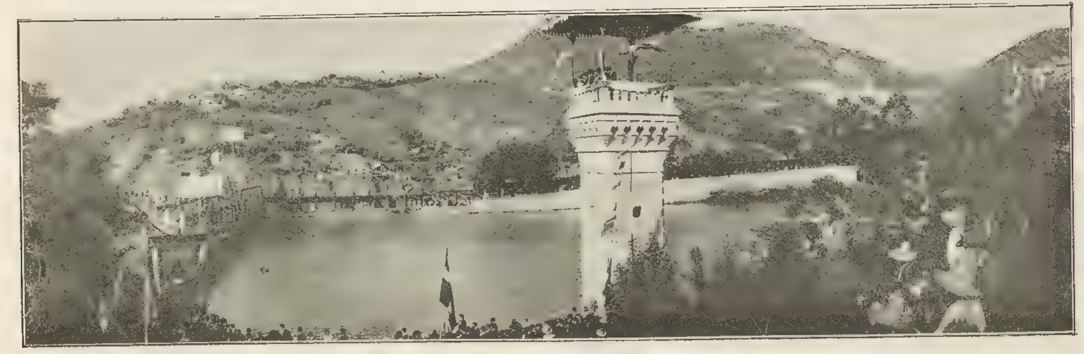
Regata en botes.



Regata en tinas.



Otra regata en botes.



Atalaya de la presa de la Olla.

labra el señor Lic. Carlos Robles, á quien contestó el señor General Díaz con frases que denotan el interés con que ha visto siempre los progresos de la industria en la República.

La serie de festejos efectuados el martes, se cerró por la noche con la inauguración del

TEATRO JUÁREZ

Este edificio, el mejor y más elegante entre todos los de su género que existen en el país, se comenzó á construir en 1872, siendo Gobernador del Estado el señor General Don Florentino Antillón. Interrumpidas las obras á los pocos meses y cuando ya se habían gastado más de $140.000 en adquirir el terreno en que se levanta y en los cimientos, el señor General Don Manuel González las prosiguió en 1892, encargándose entonces de la dirección de los trabajos los señores Arquitectos Don Antonio Rivas Mercado y Don Alberto Malo, quienes hicieron en los Estados Unidos compras de materiales para el edificio por valor de ciento catorce mil pesos en números redondos.

A la muerte del General González, se suspendieron otra vez los trabajos, hasta que el señor Gobernador, Lic. D. Joaquín Obregón González, acordó se reanudaran hasta la completa terminación del Teatro. Más de doscientos cuarenta mil pesos se invirtieron en la obra, bajo el Gobierno actual, teniendo el edificio un costo exacto de $ 444,220.50. Al señor Obregón González toca, pues, la satisfacción de haber dotado á la capital de la Entidad Federativa que gobierna, de un edificio tenido, y con justicia, como el mejor de la República.

El teatro es hermosísimo: el pórtico consta de una soberbia escalinata dividida en dos tramos, á cuyos lados se ven dos candelabros de hierro y unos pedestales que sustentan la figura, vaciada en bronce, de un león; de doce grandes columnas estriadas y de un cornisamento decorado con guirnaldas y mascarones de bronce, sobre el cual se asientan ocho estatuas de tres y medio metros de altura, que representan á Terpsícore, Polimnia, Talía, Calíope, Clío, Melpómene, Euterpe y Urania, las musas principales del Parnaso. Siete puertas, en forma de arco, que corresponden á otros tantos balcones cuadrilongos, abiertos en el segundo piso, dan acceso al vestíbulo, donde se encuentran los departamentos de expendio de boletos, contaduría y cantina. Tanto el piso como el techo del vestíbulo, son verdaderamente dignos de ser admirados: tal es el lujo que se observa hasta en sus más pequeños detalles.

La escalera de honor, que arranca del vestíbulo, construída con riquísimos materiales, conduce á otras dos escaleras que terminan á la entrada del «Foyer» y cuyos barandales de hierro están adornados con exquisito primor.

El «foyer», que protege una airosa cúpula de hierro y cristales, es una maravilla: su estilo es renacimiento y su mobiliario riquísimo. Distribuídas en este departamento se encuentran las estatuas en bronce

SR. LIC. D. JOAQUIN OBREGON GONZALEZ. Gobernador de Guanajuato



Vista general de Guanajuato

GUANAJUATO. El baile en el Teatro Juárez. El Sr. Presidente de la República y su esposa, y un grupo de concurrentes.

de Beethoven, Goethe, Virgilio, Mózart, Shákespeare y otros compositores y escritores célebres.

En cuanto al salón, se divide en seis localidades: patio, plateas, tertulias, palcos primeros, segundos y galería. Los pasillos que los circundan están pintados al óleo, y en la ornamentación general domina el estilo oriental. El telón representa una vista de Constantinopla, y el foro es tan grande, que puede contener hasta doscientas personas. Las decoraciones son magníficas.

Por lo que toca á la función inaugural, sólo diremos que se vió concurrida por lo más granado de la sociedad guanajuatense y por todas las personas de México y de los Estados que fueron invitadas á las fiestas. Una comisión especial recibió al señor Presidente de la República, conduciéndolo hasta el palco de honor, desde donde presenció el espectáculo. La obra puesta en escena por la Compañía Drog fué «Aída», obra muy á propósito por cierto para comprobar las buenas condiciones acústicas del teatro.

EL ÚLTIMO DÍA DE LAS FIESTAS

Con una animada excursión á la grandiosa presa «Esperanza», emprendida en la mañana por el señor Presidente de la República, por sus acompañantes y por numerosas familias y caballeros de los Estados y de Guanajuato, se inició la serie de festejos organizados para el miércoles, último día de los comprendidos en el programa.

El camino que conduce á la presa—enorme depósito que puede contener 1.915,580 metros cúbicos de agua—es muy pintoresco: se extiende en zigzag por entre los quebrados cerros que dominan Guanajuato, y visto de lejos, ofrece un aspecto sorprendente.

El señor General Díaz, después de examinar aquella obra monumental, se dirigió, seguido de su comitiva, á una casa de campo situada en el fondo de una cañada, y allí fué obsequiado con un almuerzo bajo una tienda de campaña dispuesta de antemano. Durante esta excursión, el señor Presidente visitó también el antiguo templo de la «Valenciana», y de regreso en la ciudad, invitado por un grupo de estudiantes, plantó en el jardín La Unión un árbol. Años atrás el Benemérito Juárez y Don Melchor Ocampo plantaron en el mismo sitio otros árboles que, según se nos informa, aún se conservan.

El suntuoso baile efectuado por la noche en el Teatro Juárez, vino á poner término á las fiestas. La concurrencia fué numerosísima, y el adorno del salón verdaderamente lujoso.



Teatro Juárez.—En el Foyer.





GUANAJUATO.—El Sr. Gral. Díaz en los balcones del Palacio Legislativo.—Un ángulo del patio del Palacio Legislativo.

Si hemos de atenernos á la impresión dominante entre todos los que concurrieron á las fiestas, obsequiando la galante invitación del señor Gobernador del Estado, diremos que pocas veces—si no es que ninguna—se habrá hecho en el país un derroche que supere al de galantería y esplendidez hecho en esta ocasión por Guanajuato.

Desde el señor Presidente de la República, á quien aclamaba sin cesar el pueblo, hasta el último de los invitados; desde el Ministro Plenipotenciario, investido con la representación de su país, hasta el simple particular, todos, sin excepción alguna, fueron recibidos y cumplimentados de una manera que honra positivamente á Guanajuato.

En cuanto al señor Obregón González, cuyo espíritu de iniciativa y cuyos anhelos de progreso lo impulsaron á emprender sin vacilaciones, algunas de las importantísimas mejoras inauguradas y á llevar á término las ya emprendidas por sus antecesores en el Gobierno, merece indudablemente que se le tenga como al hombre que, celoso del cumplimiento de su deber, consagra toda su atención al adelanto y prosperidad de una de las más ricas y bellas Entidades de la República.

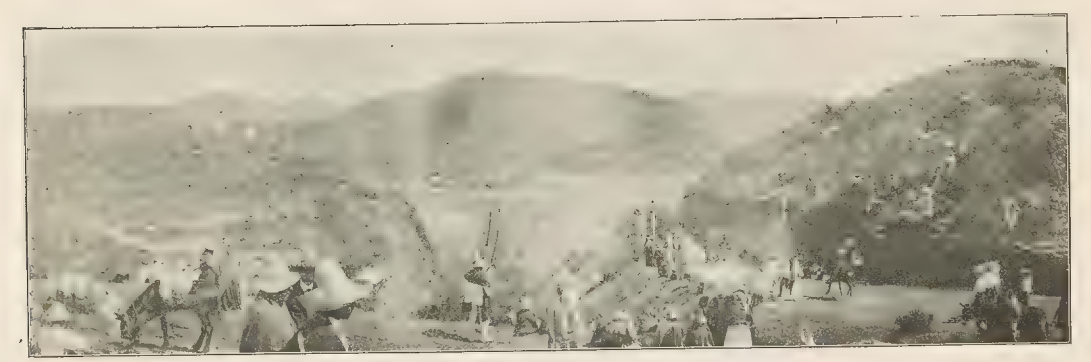


GUANAJUATO.—La parroquia iluminada.

GUANAJUATO



El Sr. Presidente visitando la presa "Esperanza."



Frente de la presa "Esperanza" y camino carretero.



La cañada de "La Labor."



Un rincón del barrio de La Olla.

Los Dedos de Mitri

[Arreglo del inglés para EL MUNDO ILUSTRADO]

Yorqui dejó el cincel y arrojó lejos de sí el martillo. Se sentía cansado de la obra diaria. Secó su frente con el dorso de la mano, y lanzó un gran suspiro.

En el rayo del sol ardiente, fuera de la tienda—donde Yorqui trabajaba en imitar dioses de mármol, que después enterraba, para que los amantes de las «antigüedades griegas» los descubrieran, meses después, atónitos y contentos,—fuera del taller y tendido boca arriba, un mocetón dormitaba tranquila y pacíficamente.

—¡Arriba, gran holgazán—dijo Yorqui,—arriba! Me cansa ya tener que trabajar por los dos. Tiempo es de que sepas que el trabajo es necesario para la vida. ¡Arriba, perezoso!

Y uniendo la acción á la palabra, propinó al dormilón algunos puntapiés. Mitri se levantó rezongando. Era un muchacho de veinte años, perfectamente constituído y que rebozaba salud; pero su mano derecha estaba en cabestrillo. A pesar de que era Yorqui su hermano mayor, no dejaba de comprender que algo de injusto había en sus palabras; si bien, en parte cuando menos, eran perfectamente justificadas.

—El sol es la vida—dijo en tono de voz lastimero,—la luz es una gloria; tenderse boca arriba...... sentir el calorcillo en los huesos... fumar un cigarrillo, entrecerrando los ojos....

—Sí, ladrón, y que tu hermano mayor sea el que trabaje y que tú solamente sepas que existe la comida, el vino, los cigarrillos, sin saber lo que por ellos cobra el tendero. Y todo por dos dedos, por dos inmundos dedos....

—¿Inmundos? Todo menos eso—contestó Mitri, con cierto aire de dignidad ofendida, y al decirlo, sacó de su cinturón una caja de lata en la que sobre una capa de algodón cardado, se veían dos dedos, un índice y un medio, perfectamente conservados, del color de la cera, de superhumana transparencia y tan limpios, que seguramente en vida nunca lo habían estado en grado igual...

—Buen favor te ha hecho el médico ese—dijo mohino Yorqui, sin dejar de ver, con cierto supersticioso temor, la cajita de lata.—Seguramente quisieras que se levantara un templo para tus dos dedos. El médico debía haberlos tirado, ya que tuvo que inutilizarte la mano, para que no cargaras como una reliquia tus dos fragmentos de puerca carne. ¿También por los dedos dejas de ir á la fuente por agua?

Mitri comprendió la razón de las últimas palabras de su hermano, y se dirigió poco á poco al pie del montecillo en el que se encontraban los dos, llevando en la mano un cántaro de barro.

Cuando regresaba, perezoso, con el cántaro lleno en la cabeza, en la sombra de los arbustos que perfilaban el camino, apareció una grotesca figura. Mitri fué el primero en verlo. Era un hombre de mediana edad, vestido á la manera de todos los del pueblo de Atenas; pero que llevaba en la cabeza un enorme sombrero de paja.

—¡Spiro!—gritaron los dos hermanos,—el tío Spiro que llega.

Con lenta parsimonia, el llamado Spiro se fué acercando al sitio donde Yorqui le esperaba. Se sentó al llegar, se quitó el amplio sombrero de paja; sacó de la bolsa un frasco aplastado y que contenía cierto licor amarillento y bebió un sorbo. Hasta entonces pudo hablar.

—¿Es agua de azahar la que tomas, tío?—preguntó Yorqui.

—No; «uísquie» inglés, «uísquie» de mi míster, una bebida deliciosa.

—En efecto, en efecto, contestó Yorqui, no sin tomar del frasco y pasarlo á su hermano menor.—Delicioso, delicioso...... ¿de dónde lo tienes, tío; has heredado por fortuna á algún pariente de América?

—No, hijos, no. Es mi míster. Ese míster que paseo por la ciudad y me paga, ese buscador de antigüedades de las que tú haces, Yorqui.

Mitri, después de saborear el «uísquie», comenzó por la centésima vez, cuando menos, la historia de sus dedos, de sus pobres dedos que había cortado el cincel, al empezar su obra de tallar mármol; contó los dolores de la amputación, la apatía del médico del hospital, y se detuvo, contemplando con interés un gran anillo de oro con piedra fina que brillaba en el dedo del tío Spiro.

—¡Hola! Algún recuerdo, seguro. ¿Es regalo de una amante?—preguntó al «ciceroni», que manifestaba claramente el contento que le producía ostentar sus joyas.

—No, hijos, nada de amor. A mi edad ya no se debe amar. Siempre mi míster, siempre mi míster Férgusson, hijos. Mis oportunidades son grandes, y más cuando mi míster sale. Ahora se ha ido á Cerigotto.



—¿A Cerigotto? ¡Y qué bonita isla! Pero... qué es lo que busca en Cerigotto vuestro míster, tío?

Spiro sacó una hermosa caja de puros egipcios, tendió á los dos hermanos uno de ellos; encendió el suyo, aspiró beatíficamente el humo, mientras decía con voz lenta:

—Pues veréis. Iba yo con mi míster, Férgusson, por una plaza de Atenas, cuando se me presentó Drakuolis, ¿os acordáis?, aquel viejo Drakuolis que se decía había formado parte de la banda famosa que capturó á míster Spréckel y pidió medio millón de dracmas de rescate. Drakuolis iba ebrio y me pareció prudente que «mi míster» nada supiera acerca de las relaciones que nos unían. Pero los borrachos son necios: «¡Hola!», me dijo Drakuolis, tomándome del brazo, «ya no te acuerdas de los amigos. Si te dijera yo que en mi jardín de Cerigotto he descubierto millares de brazos y de piernas de mármol, que bien podrían interesar á tus amigos ingleses y alemanes......»

—¿Qué dice ese hombre? ¿qué dice ese hombre?, me preguntaba míster Férgusson, que nada entendía de nuestra charla. Viendo que podríamos entendernos, traduje á «mi míster» lo que Drakuolis me hablaba, y con gran entusiasmo, míster Férgusson nos obligó á ir á la taberna más cercana, en la que, después de interrogar á Drakuolis ampliamente, quedó convenido que Drakuolis llevaría á «mi míster» á Cerigotto para enseñarle las piedras; que yo me quedaría en el hotel «cuidando» todas las propiedades del míster; que á nadie, absolutamente á nadie, diríamos á dónde había ido; pero muy especialmente á ese Herr Stéinpickel que le compite en la busca de puercas esculturas. Y se fué míster Férgusson hoy, y por esto estoy completamente solo y «cuido» el «uísquie» y los tabacos y el bonito anillo de mi amo.

Durante la relación, Mitri se había quedado silencioso y pensativo. Miraba atentamente sus dedos, y recordaba que su padre había sido compañero de aquel Drakuolis en las épocas en que conseguían rescates de medio millón de dracmas. Repentinamente se levantó y, en voz muy baja, estuvo hablando por unos cuantos minutos con Spiro y con Yorqui. Cuando hubo terminado su narración, siempre en voz muy baja, los tres se levantaron con los ojos radiantes, contentos hasta la exageración, y saltando en ronda, bailaron una zarabanda. Mitri solamente decía:

—Bien valen ese mis dedos, mis hermosos dedos, limpios y bonitos.

***

El señor Taradaxos, Ministro de Complicaciones Extranjeras, estaba de pésimo humor. Hacía ya buenos años que nada se sabía de plagios, raptos, hurtos á los viajeros y demás, y se creía, fundadamente, que los de la banda á la cual perteneció Drakuolis habían sido los últimos bandoleros capaces de tal género de delitos; pero en la mañana de ese día, el Ministro se había levantado para recibir al Ministro de Su Majestad Británica cerca del gobierno griego, Sir Láncelot, quien le había enseñado un periódico. En el primer lugar disponible, el diario decía «que unos bandoleros

audaces acababan de plagiar al conocido arqueólogo inglés Mr. Férgusson, enviando á su «cicerone» Spiro á Atenas para que pidiera el rescate de 350,000 dracmas que exigían. Para que no se dudara de las intenciones de los bandidos, el «cicerone» había llevado uno de los dedos del caballero británico, como prueba de que se le mataría en caso de que el rescate se retrasara».

El Ministro inglés había estado en Palacio y había presentado una nota tremenda. El señor Taradaxos estaba de pésimo humor.

Y el Ministro, Sir Láncelot, volvió á Palacio en esos momentos, airado, mostrando á Taradaxos un papel pésimamente escrito, que envolvía un dedo de en medio. El papel decía solamente «apresúrense», y el dedo era el del pobre míster Férgusson, pues llevaba el anillo que todo el mundo había visto en la mano del caballero arqueólogo. El señor Taradaxos no se explicaba cómo las fuerzas de policía y las tropas que habían buscado en todo el Pentélico, mata por mata, árbol por árbol y rincón por rincón, no habían encontrado al plagiado míster Férgusson. Así lo dijo al diplomático, que no estaba precisamente en punto de creer lo que se le dijera en el asunto que le llevaba al Palacio.

—He recibido instrucciones —terminó el ministro inglés.—Se me ordena que si mañana no ha sido encontrado míster Férgusson, del tesoro de la Legación se pagará el rescate, á reserva, por supuesto, de cobrárselo en seguida al gobierno con los intereses y réditos.



***

A su vuelta á la Legación de Inglaterra, Sir Láncelot se encontró con que el «cicerone» de míster Férgusson le esperaba. Spiro estaba inconsolable por la pérdida de su amo. Afirmaba que de haber llevado armas, hubiera obligado á los bandidos á soltar su presa ó á matarle.

Había ido á suplicar á Sir Láncelot que le entregara, á él personalmente, sólo la mitad de lo que los bandoleros le exigían, y que en cambio, se comprometía, siempre que se hiciera el pago pronto, á entregarle á míster Férgusson sano y salvo...... menos sus dos dedos, por supuesto.

—El gobierno se niega á pagar el rescate—dijo el diplomático,—y hay tropas en número suficiente para que ni una liebre se escape del Pentélico. Precisamente acabo de ver al Ministro de Complicaciones Extranjeras, que me ha afirmado esto.

—Tropas...... un cordón...... ¿Sabe vuestra excelencia cuál es la paga de un teniente, de un mayor? Con que los bandoleros entreguen un ciento de dracmas, todo queda en secreto. Créame vuestra excelencia y entrégueme solamente la mitad del rescate exigido. Yo conozco la manera de ser de los plagiarios, que siempre piden más para alcanzar algo.

Como tales eran las instrucciones recibidas, Sir Láncelot creyó prudente ahorrar cien mil francos á su gobierno. Entregó el dinero que pedía Spiro, y recibió, en cambio, la seguridad de que en pocos días estaría de vuelta, con el plagiado míster Férgusson.

Cuando Spiro bajaba la escalera de la Legación de Inglaterra, tropezó con un gordo señor de antiparras, gran barba, que le vió atentamente y que quedó hablando entre dientes. Algo debería haber comprendido el «cicerone», porque con gentil compás de piernas, se marchó calle arriba.

***

El alemán, el hombre gordo que entraba á la Legación, era precisamente el competidor de Férgusson, Herr Stéinpickel. En los anteriores días y casi con tanto escándalo como se había dado cuenta de que el arqueólogo inglés había sido plagiado, la prensa de Atenas había dado amplias noticias acerca de los descubrimientos de Stéinpickel, en un punto lejano de Grecia. Parece que el arqueólogo alemán había logrado extraer toda una colección de raros bronces persas, anteriores á la conquista de Alejandro el Grande. Herr Stéinpickel, al entrar á la Legación, parecía estar muy atareado, hondamente preocupado. Preguntó por el Ministro Sir Láncelot al portero que salió á recibirle.

Su Excelencia estaba en casa y le recibió. Herr Stéinpickel desenvolvió un periódico, donde ciertas partes estaban precisamente marcadas con gruesas líneas de lápiz rojo. Eran las que daban la noticia de haber sido plagiado míster Férgusson días antes.

—¿Me quiere decir Su Excelencia—preguntó—qué significa esto?

—Que parece volvemos á los tiempos en los cuales era imposible salir de Atenas sin tener que llevar adelantado el rescate—contestó el Ministro británico, acordándose sin querer de la suerte que había corrido años atrás otro diplomático inglés.

—No entiendo—afirmó Stéinpickel.—Míster Férgusson me estorbaba hace una semana, cuando ya tenía yo noticias de que los bronces persas existían, y quise alejarlo un poco. Me apersoné con un antiguo bandolero, hombre de bien ahora, llamado Drakuolis, y le ordené que contara una historia de hermosos mármoles descubiertos en cualquier parte, con tal de que alejara á míster Férgusson por unos cuantos días de Atenas. Creo que estará en estos momentos con él y que la tal historia del plagio no tiene nada de cierto.

—Sin embargo—objetó el diplomático,—se han remitido á la Legación los dos dedos que los plagiarios han cortado á míster Férgusson, y el anillo que ordinariamente llevaba, que todos conocían......

—No es posible. Férgusson debe haber acompañado á Drakuolis. Debe de estar en estos momentos en Cerigotto.

—Acaba de salir, precisamente de la Legación, el «cicerone» de míster Férgusson, con la suma del rescate......

—Pues entonces os han robado, Excelencia.

No fué preciso más. El profesor Stéinpickel y el Ministro británico salieron de estampida, rumbo al Ministerio de Complicaciones Extranjeras, y en cuatro palabras pusieron al tanto á M. Taradaxos de lo que acontecía. Se dieron órdenes rápidas y violentamente quedó la policía en cargada de aprehender á Spiro donde le hallara. Un cañonero del gobierno quedó dispuesto para recibir en cuanto llegaran á los excursionistas y llevarlos á Cerigotto. Los ministerios temblaban. El Palacio estaba completamente conmovido.

***

El honorable Sir Láncelot, Herr Stéinpickel y el segundo Secretario de la Legación británica, llegaron sin aliento á los terrenos de Cerigotto, donde Drakuolis tenía su jardín. Antes de que llegaran, pudieron ver vivo, sonriente, á míster Férgusson, quien, antes de que tuvieran aliento para interrogarlo, se acercó á un bulto que cubrían unas mantas, y levantándolas, en los momentos en que Herr Stéinpickel llegaba, le decía, entre cariñoso y cáustico:

—Mirad, compañero. Si Fidias alguna vez labró mármol en Grecia, es ésta una de sus obras. ¡Mirad!

Y lo peor para Herr Stéinpickel, es que era cierto. Una divina estatua, admirablemente conservada, se encontraba cuidadosamente colocada en situación vertical. La pureza de las líneas demostraba desde luego que era obra de alguno de los grandes maestros. En la sombra de la casa, Drakuolis sonreía irónicamente.

***

Años después, en el mismo sitio en el que comienza nuestro cuento, Yorqui trabaja como siempre. Mitri lee una carta que lleva los sellos de América. Repentinamente, indignadísimo, exclama:

—Precisa que sea Spiro muy audaz. ¡Escribirnos de América! Al recordarlo me vuelven los deseos de ir por él......

—Nos ha jugado una y buena—contestó Yorqui.

—Y pensar que sacrifiqué á sus planes mis dedos...... mis hermosos dedos......



MONOGRAMA

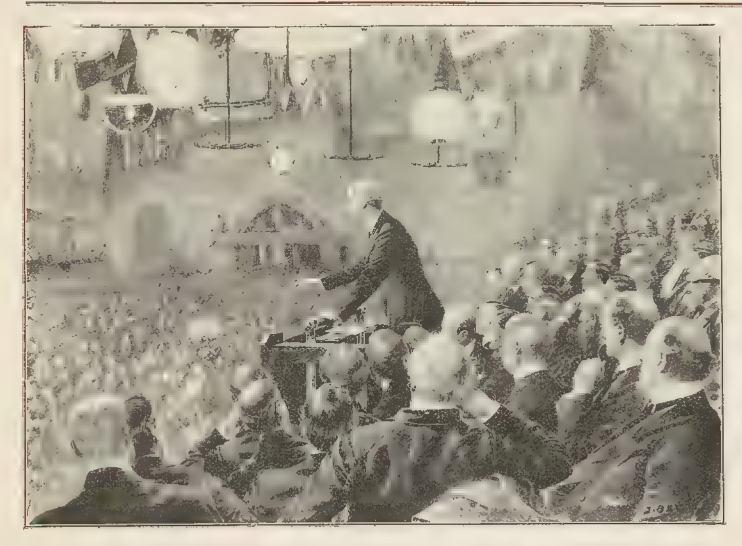
Tu inicial y la mía con un lápiz
yo dibujaba,
formando con mi letra y con tu letra
un monograma.

Emocionado,
en mi dibujo fija la mirada,
temblaba yo de amor y mi dibujo
también temblaba...

¡Oh! Si pudiera
con nuestras almas
formar—como formé con nuestras letras—
un monograma!

RAÚL PIÑARES.





LAS REFORMAS FISCALES EN INGLATERRA.—Balfour pronunciando un discurso.

Notas extranjeras

Las Reformas Fiscales en Inglaterra.— La Rebelión en Macedonia.— Monumento á Dumás.

La campaña que en Inglaterra se ha iniciado acerca de las reformas fiscales, parece que será de mucha trascendencia para esa nación, á juzgar por las controversias que, apenas iniciada, se han hecho ya notables. Para ello han influído, seguramente, la renuncia inesperada, casi súbita, de Chámberlain y de cuatro de sus colegas del ministerio, y el hecho de que el primer Ministro Bálfour—á quien se creía amigo de las antiguas leyes de libre cambio—se decidiera á manifestar su opinión francamente, declarándose partidario de las reformas que el exministro de las Colonias claramente ha especificado en su célebre «speech» de Shéffield.

Hace cincuenta años era un grito unánime en Inglaterra el que pedía un cambio completo en la manera de ser fiscal de la nación. Se afirmaba que mediante el libre cambio, las operaciones entre Inglaterra y los demás países del orbe se agrandarían en beneficio, por supuesto, de la libre Albión. Se decía, y con razón, que era la calidad de las mercaderías trabajadas en Inglaterra superior á la de cualquier otro país y que, por ende, nada debería temerse de la competencia. Los estudios de Cobden fueron muy bien aceptados y bastaron para fundar el sistema de contribuciones fiscales que ha prevalecido.

Ahora, en concepto de Chámberlain, la cosa es distinta, y no ha lugar á que se exhumen los alegatos de hace medio siglo para argumentar con ellos. La producción inglesa no es la mejor, ni las condiciones del trabajo las más ventajosas; y la competencia libre que fundó la superioridad británica á mediados del siglo XIX, se está viendo en serio peligro de ser derrocada por los competidores. De aquí los proyectos de política fiscal netamente distinta, absolutamente opuesta á la que hasta hoy ha sido la norma en Inglaterra.

En su discurso reciente, el Ministro Bálfour dice ser un hecho demostrado que, por espacio de cincuenta años, las naciones industriales que han surgido han estado levantando gruesas «paredes proteccionistas en contra de Inglaterra». Pero, para evitarlo, la Gran Bretaña se encuentra armada de todas armas, pues le bastará con levantar también sus tarifas contra la introducción de artefactos extranjeros.

***

La revolución Macedonia, después de haberse levantado vigorosa ante el poder turco, parece que se ha visto precisada á deponer las armas, no en lo absoluto, como lo piensa con demasiado optimismo el Sultán, pero sí durante el invierno, cuando menos, que hace imposible la vida en las montañas donde se refugian los rebeldes para burlar la tenaz y sangrienta persecución de los «bashibasucks».

Los insurrectos, que en gran número habían pasado en los meses calurosos, de Bulgaria á Macedonia, hacen hoy el mismo viaje; pero en dirección contraria.

Y el gobierno búlgaro comienza á temer que los hambrientos refugiados que pasean por sus calles, le comprometan en una sublevación que sería fatal para el país.

Los búlgaros que atravesaron la frontera rumbo á Macedonia, hace algunos meses, creyeron que Bulgaria les apoyaría con la fuerza de sus armas en contra del Sultán. Esto no llegó á realizarse y es de temerse que, creyéndose engañados, cometan atentados deplorables «para vengar á sus léaders muertos».

La muerte de Boris Saratoff, el alma y la vida de la rebelión, á la vez que la llegada del invierno, parecen haber barrido á las bandas de rebeldes, muchos de los cuales en las calles de Sofía, á falta de cosa mejor que hacer, pasean llevando banderas negras y los bustos en yeso de sus jefes muertos.

*

Se acaba de exhibir la maqueta de la estatua que se erigirá próximamente á la memoria de Alejandro Dumás, hijo, en la plaza Malesherbes.



Proyecto de monumento á Alejandro Dumas, hijo.

El artista encargado de la ejecución de la estatua, queriendo aprovechar todos los elementos que tuvo á su alcance, hizo una maqueta en yeso, al tamaño natural, para colocarla en el sitio donde la estatua se levantará más tarde.

El efecto, se dice, es soberbio. El celebrado autor aparece en traje de casa. Escribe, y para inspirarle le rodea un hermoso grupo de mujeres apasionadas, tiernas, feroces, víctimas y verdugos. En la parte contraria del pedestal se ve una lista de las obras de Dumás.

Pronto se hará la inauguración definitiva de la estatua, después de hacérsele por su autor algunas correcciones.

Nemo.

SUMISION

Echado estaba el mendigo
en el abierto portal
donde se puso al abrigo
de la lluvia torrencial,

cuando un niño, pulcro y serio,
como un niño de juguete,
le gritó con el imperio
de un rey absoluto:—¡Vete!

Levantándose de prisa,
por hábito de obediencia,
y con la amarga sonrisa
del que advierte su impotencia,

MACEDONIA.—Los rebeldes llevando por las calles de Sofía, los bustos en yeso de sus Jefes muertos.

el mendigo preguntó:
—¿Por qué me arrojas de aquí?
Y el niño le contestó
secamente:—¡Porque sí!

—Razón—replicó el mendigo—
del que no tiene ninguna;
pero que basta conmigo......
Y tras la frase importuna,

que ni oye el que lo maltrata,
fué, por salir del portal,
á hundirse en la catarata
de la lluvia torrencial.

Yo, silencioso testigo
de aquel suceso, pensé,
viendo alejarse al mendigo:
—¡Torpe, que indagas por qué

te priva un niño altanero
del sitio en que te guareces,
y no defines primero
por qué razón le obedeces!

Francisco Díaz Silveira.



Kolaneurol Granier

DE PARIS

Aumenta el apetito, levanta las fuerzas, hace engordar á los enfermos, determinando mejor utilización de los alimentos. Restituye al organismo la fuerza perdida por influencia de estudios y trabajos excesivos.

Sozodonte

POLVO PARA LOS DIENTES

"BUENO PARA LOS DIENTES MALOS, NO MALO PARA LOS BUENOS"

Novedad en precio y cantidad.

Caja grande. Tapa moderna.

Hall & Ruckel, New York.



ASMA
OPRESION
CATARRO

CURACION pronta y asegurada con los polvos antiasmaticos y los CIGARROS GAMBIER

COQUELUCHE

Tratamiento racional é infalible por Fumigaciones con los

POLVOS FUMIGATORIOS GAMBIER

PARIS — 208 bis, Fg St-Denis

México: J. LABADIE, Suc. y Cía. – J. NIBLEIN.

TOS

POR FUERTE QUE SEA, SE CURA CON LAS

PASTILLAS DEL DR. ANDREU

Remedio pronto y seguro. En las boticas

TOS

LOMBRIZ SOLITARIA pulsión segura en DOS horas, sin PURGA, por las cápsulas L. KIRN. Evitad imitaciones. Depósito: Farm. HAUGOU, 54, boulevard. Edgar Quinet, París y en todas las farmacias.

ASMA y CATARRO

Curados por los CIGARRILLOS ESPIC ó el *POLVO*

Opresiones, Tos, Reumas, Neuralgias

En todas las buenas Farmacias.

Por mayor: 20, rue St-Lazare, París.

Exigir esta Firma sobre cada Cigarrillo.



POTROL

DEL DR. TORREL DE PARIS.

De venta en todas las Droguerías

TÓMESE

El Vino de San Germán

Píldoras Digestivas y Antisépticas

Del Dr. B. Huchard,

de París

Doradas, para los casos con diarrea.

Plateadas, para los casos sin diarrea.

Muy experimentadas en las enfermedades del Aparato digestivo. Cotienen la materia activa de los fermentos digestivos y los antisépticos más poderosos, combinados en una forma nueva y asociados con otras substancias medicinales. Es el mejor remedio para la dispepcia, mala digestión estomacal é intestinal, para la diarrrea, disentería, enfermedades del hígado, gastralgias, jaquecas y en todos los casos en que la digestión es torpe y la nutrición imperfecta. ó cuando hay inflamación ó infección del Aparato digestivo ó de los órganos anexos.

De venta en todas las Droguerías y Boticas.

SAINT-RAPHAEL,

Vino fortificante, Digestivo, tónico, reconstituyente, de sabor excelente, más eficaz para las personas débilitadas que los ferruginosos y las quinas, Conservado por el método de M. Pasteur Prescríbese en las molestias del estómago, la clorosis, la anemia y las convalecencias, este vino se recomienda á las personas de edad, á las mujeres, jóvenes y á los niños.

AVISO MUY IMPORTANTE.

El único VINO auténtico de S. RAPHAEL, el solo que tiene el derecho de llamarse así, el solo que es legítimo y de que se hace mención en el formulario del Profesor BOUCHARDAT, es el de Mrs. CLEMENT y Cía., de Valence (Drome, Francia).—Cada Botella lleva la marca de la Unión de los Fabricantes y en el pescuezo un medallón anunciando el "CLETEAS."

Los demás son groseras y peligrosas falsificaciones.

LAS HEMORROIDES

Pocas personas ignoran qué triste enfermedad constituyen las hemorroides, pues es una de las afecciones más generalizadas; pero como á uno no le gusta hablar de estos padecimientos, mismo á su médico, se sabe mucho menos que existe desde algunos años un medicamento, el **Elixir de Virginia**, que las cura radicalmente y sin ningún peligro. No hay más que escribir á: Pharmacie MOURIDE, 2, Rue de la Tacherie, Paris, para recibir franco de porte el folleto explicativo. Se verá cuan facil es librarse de la enfermedad la mas penosa, cuando no la mas dolorosa. Venta en todas Droguerías y Farmacias.

SALSA

MAGGI

Algunas gotas de esta salsa, añadidas á cualquier manjar, le dan instantáneamente un gusto exquisito y sabroso. Es un recurso inapreciable para todas las cocinas; se emplea en el

CALDO, SOPA, SALSAS, LEGUMBRES, ASADOS, ETC.

Es económico, porque se emplea gota á gota. No se altera el frasco, aunque quede abierto.

EL MUNDO ILUSTRADO

Año X—Tomo II—Núm. 19 · México, Noviembre 8 de 1903. · Subscripción mensual foránea $1.50 / Idem, Idem, en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. · Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



¡TODO ES VANIDAD! Cuadro de C. Allan Gilbert.

El Culto á los Muertos

La extinción de un ser débil, tiene siempre mucho de doloroso; pero sobre todo, mucho de exasperante. Está bien que el añoso roble, carcomido por el tiempo, deshojado por el cierzo, devorado por el hongo, minado por el microbio, encanecido por el heno y deformado por la excrescencia enfermiza y senil, caiga al fin y se sepulte en el fango que saneaba y bajo el humus que nutría sus raíces. A nadie irrita que el carcomido edificio, agrietado por la edad y derruído por la intemperie, venga al suelo en pedazos y se sepulte en la tierra que orgullosa lo sustentaba. Es aún tolerable que el pino gigantesco y viril, henchido de savias y oloroso á resinas, desafiando á la nube preñada de fuego y á la tempestad radiante en fulguraciones, caiga fulminado por la chispa que con su altivez provoca, y desgajado por el rayo que con su arrogancia desafía.

Pero nada hay más odioso que ver flores deshojadas por el huracán, arbustos desarraigados por el ciclón y niños aniquilados por la catástrofe. Ese ensañamiento de la fuerza contra la debilidad y de la brutalidad contra la gracia, es repugnante y odioso y hace pensar que, como la humanidad, la naturaleza tiene también sus bandoleros y sus asesinos y que hay un Jack el Destripador, lo mismo en las tenebrosas barriadas de White-Chápel, que en las faldas peladas y las gargantas abruptas del Mont-Pelé.

Las fuerzas destructoras tienen esto de especialmente odioso: pueden ser pulcras y gustan de ser repugnantes. El Vesubio tiene coqueterías de taxidermista y aplastamientos de hipopótamo. Acomoda dulce y suavemente cenizas tibias y finas para sepultar intactos un pórtico, una estatua, un fresco, y amontona las rocas de Sísifo para aplastar y pulverizar una mariposa. En Pompeya hay aceitunas conservadas por la lava con el mismo esmero que en un frasco ó en una lata de la casa Rödel y Comp., y columnas votivas pulverizadas como con una aplanadora de patente.

Recorriendo las llanuras devastadas y carbonizadas con las que se ensañó el Seboruco, nada he encontrado indemne ni en pie; todo era desolación y ruina; un campo de cenizas había sido un prado; un islote de escorias, una selva; un montón de ruinas, un poblado. Y en medio de tanta destrucción y de tanta saña, entre dos rocas negruzcas y en la divergencia de dos corrientes de lava, en un rincón de aquel caos, se erguía un rosal, carbonizado, pero intacto, con todas sus ramas, sus hojas, sus tallos, sus espinas y sus flores.

Salvo estas raras excepciones, lo desmesurado y lo incontrastable se ensañan contra lo débil y lo gracioso. La encina de María Antonieta en Trianón, ostenta un horrible hachazo del rayo, y de la herida abierta brotan yemas y retoños. Hay castillo feudal en que las minas de los asaltantes han abierto puertas monumentales. Las viejas bombardas han cincelado los muros de las feudales fortalezas, y la nueva artillería, grabado arabescos en las murallas de los modernos parapetos. Aun vencidos, los gigantes se ornan con las heridas que les han hecho los titanes. ¿Pero qué queda de la paloma despedazada por el milano ó de la hormiga aplastada por el elefante? Una pluma, copo aperlado que sirve de juguete al viento, y un rubí que la tierra bebe y que nadie contempla ni admira.

Cuando los rayos del sol beben diamantes en los pétalos de las rosas; cuando el volcán asfixia ruiseñores en las enramadas; cuando el oleaje furioso estrella barquillas en los arrecifes; cuando la langosta devora espigas en los sembrados, todo lo agostan, el ser y su memoria; todo lo aniquilan, la vida y sus gérmenes; todo lo destruyen y anonadan. Dejadla hacer, y la naturaleza, indiferente á la vida, á la felicidad y á la gloria, todo lo espigará con su inexorable guadaña y sobre todo pasará su rasero nivelador. No encontrarán en ella piedad ni lo grande, ni lo sublime ni lo poderoso. Pero ante todo, se cebará en la gracia, en la inocencia, en la debilidad, y la veréis implacable contra el niño, contra la mujer, contra la flor, que vive un día, contra el insecto, que vive una hora; contra la ilusión y la felicidad, que duran un instante.

Respetará las Pirámides, monumentales, aunque monótonas; las cordilleras, grandiosas, aunque deformes; pero deshojará, despiadada, flores; disipará, implacable, perfumes y armonías; matará, cruel, niños, mujeres y hombres; se cebará en lo deleznable, aunque noble, y en lo perecedero, aunque sublime y fecundo.

Contra este horror se subleva el alma humana, y como una reparación, ha instituído el culto de los muertos. Vengar de la destrucción y del olvido á los que fueron; hacerlos vivir en el recuerdo, ya que han sido expulsados del mundo; perpetuar su memoria en mármoles y granitos, ya que han de ser pasto de larvas y gusanos, tal es la significación de mausoleos y lápidas, de Vías Apias y Pirámides egipcias. El hombre, eterno dispensador de la justicia, inmortaliza en el recuerdo y en la conmemoración, todo cuanto de bueno, de grande, de noble y de digno de amor ó de admiración ha destruído y aniquilado la naturaleza. Para la gloria muerta, cincela laureles; para la ciencia extinguida, funde estatuas; para el amor ignorado y desvanecido, graba lápidas; y de cada cementerio, en cruces místicas, en cúpulas suntuosas, en minaretes erguidos, en simples montículos de tierra cubiertos de flores, se eleva una protesta muda contra la muerte, y un himno de gloria y de amor á los que fueron.

Dr. M. Flores.

Los zapatitos nuevos

Qué sanos, qué frescos regocijos los de aquel hogar, cuando Ambrosio, el joven papá, volvía de la oficina, después de varias horas de labor asidua, que pasaba llenando esqueletos de recibos y hojeando á la continua los grasientos padrones del municipio.

Como quien cumple con una obligación dulcísima impuesta por el amor filial, los dos hijitos de Ambrosio asomaban sus caritas por la ventana tan luego como sonaban las doce en el reloj de la parroquia vecina, y eran de oírse y de verse las expresivas aclamaciones y los sacudimientos de alborozo con que aquellos cuerpecitos salían corriendo al encuentro de su padre para prodigarle en plena calle sus besos y abrazos de bienvenida.

Llegados al hogar, aquello era una convivialidad de agasajos y de confidencias dulces entre los cónyuges y los hijos. Como sabroso y embriagante aperitivo del codiciado almuerzo, se trababa en la pequeña familia una charla alegre y sana, mientras la cocina saturaba el ambiente de la casa con el olor incitante del cocido y la fritura que hervían á fuego manso. ¡Inefable dicha la de aquel hogar santificado por el beso de una pobreza inmaculada y riente!

A menudo Ambrosio, al volver de la oficina, gustaba de llevarles á sus pequeñuelos, oculta siempre en coloreadas envolturas, una golosina cualquiera, alguna chuchería que excitara sus gustos y los hiciese saltar y sacudir los mofletudos bracitos con nerviosidades rebosantes de loca curiosidad.

¡Cómo reía el buen papá al ver á los chicuelos que gesticulaban lloriqueando y se sacudían y saltaban con gestos de desesperación, cuando él con calma torturante les decía, poniendo en alto el regalillo: «¿Qué será esto, amiguitos? Vamos, adivinad qué será y os lo daré». Y aquellos ojitos y aquellas manitas locas, en vano se movían queriendo atrapar el bultito misterioso, que era desdoblado pacientemente por el buen papá en medio de deliciosa algarabía.

Pero nunca el placer se mostraba más intenso en la faz de los dos hermanitos, como cuando Ambrosio llegaba á su casa oprimiendo bajo el brazo la vistosa cajita de cartón con los zapatos nuevos. Entonces sí que reían, y en el delirio de sus goces, Ernesto y Juanita [así se llamaban los chicuelos] corrían como desesperados por toda la casa, estrechando efusivamente los zapatos nuevos y dando al aire vocecitas discordantes de alegría que de pronto se tornaban en jirimiqueos al ver que la mamá, ocupada en aplanchar las ropitas que habían de vestirse, no les ponía los ansiados zapatitos nuevos.

Aunque para los espíritus superficiales, Ambrosio era uno de tantos que cargan con resignación la cruz matrimonial sin saborear nunca las mieles de la dicha, él no lo sentía así, ni lo demostraban su semblante, siempre risueño, ni sus palabras, siempre saturadas de optimismo. No pocas veces le oí confesar ingenuamente: trabajo demasiado, es verdad; pero mis fatigas, mis agitaciones materiales son ventajosamente compensadas, deliciosamente retribuídas con cariño y bondades en el seno de mi hogar.

Y de veras Ambrosio era feliz. Su sola ambición, como él decía, era disfrutar de buena salud; pero la vida es ciega y, en sus crueles ironías, pocas veces da al hombre lo que el hombre le pide.

En pleno goce de venturas inefables y cuando más abundosos y lozanos eran los sueños que su mente acariciaba, Ambrosio fué presa de una fiebre de mal carácter, de una de esas fiebres que ofrecen complicaciones y rebeldías nada fáciles de combatir.

Ni los mismos cuidados de su mujer, ni los besos de sus hijitos, ni las prescripciones facultativas fueron poderosos á darle alivio á aquel cuerpo joven que se consumía con la terrible ansiedad de quien ama con ardor la vida y siente que sus fuerzas se agotan y que se aleja del pobre hogar siempre querido.

Ambrosio, en su gravedad, falto de fuerzas para articular palabras, dirigía sus ojos, ampliamente abiertos, á su esposa y sus chicuelos, que lloraban en silencio junto al lecho del enfermo.

En menos de ocho días, la luz y la fragancia primaverales de aquella casa habíanse trocado en sombras y tristezas de pavoroso invierno.

—¡Todo acabó, chiquitos míos!—decíales la madre á los huérfanos parvulillos.—Papacito se fué de nosotros muy lejos, muy lejos.

—¿Y ya no volverá á traernos dulces y zapatitos nuevos? ¿A dónde se fué, mamá?

—Al cielo, hijitos; pero desde allá os mandará juguetes y golosinas.

Indecible suplicio el de tener que consolar de este modo infantiles duelos y pensar que no volvería quien llevaba al hogar las sabrosas golosinas y los flamantes zapatitos.

Pocos días después de la muerte de Ambrosio, Ernesto y Juanita le indicaban á su mamá, con dejos de pesadumbre, que los botincitos se rompían. Los dedillos asomaban por las puntas averiadas, como tibios capullitos de rosa; los zapatos perdían color y forma, y la pobre viuda sólo pensaba en que sus hijos tendrían que exponer sus piececitos descalzos á las durezas del suelo y á las frialdades de la humedad.

—¡Hoy es domingo, mamá: mis zapatos nuevos, mis zapatos nuevos!—gritaban con ilusión los pequeñuelos, alborozados por los repiques de la parroquia que llamaban á misa.

Y la madre, impotente á contener el lloro que de sus ojos fluía, pero sin detenerse tampoco ante la enormidad de su desdicha, les ofreció á sus niños los zapatitos nuevos y corrió luego á ocultar sus ansias entre las almohadas del marido ausente.

Ernesto y Juanita tornaron á sus juegos. Saltaban y reían, aunque á trechos se empinaba en su memoria la sabrosa ilusión de los botines nuevos. Tal idea fué por algunos días una obsesión angustiosa para la joven madre y sus pequeños; tal idea bullía como clavo candente en el alma de la pobre mujer y refulgía como iris de esperanza en los anhelos vivaces de los chicuelos.

Una noche, mientras oraba la madre por su esposo, junto á un viejo cuadro de la Purísima, Ernesto se sacudió nerviosamente en su camita, agitado por la dulzura atrayente de un sueño que lo hizo balbutir con entusiasmo:

—¡Mamá, ya me trajo papacito mis zapatos nuevos!

Y reinó el silencio. La madre se repuso un tanto de la brusca impresión experimentada. Ernesto se había quedado dormido nuevamente.

Bajo el dominio de angustia desgarradora, recrudecida por el afán de sus chicuelos, que aun en sueños nombraban sus botitas nuevas, la madre tomó la resolución de levantarse muy de mañanita para ir á pedir fiados dos pares de zapatitos para los niños.

Al amanecer, Ernesto se despertó acariciando desde luego una flor de ventura, la idea de ver y palpar lo que en su sueño había visto y había palpado.

—¿Dónde están mis zapatos nuevos, mamacita? ¿Dónde está papá?

La madre tomó la vistosa cajita de cartón, y mostrándosela, ebria de amor y de sollozos, mientras Juanita dormía, los puso entre las manos inquietas del chicuelo.

—Aquí están, hijo mío, tus zapatos. Anoche te los trajo papacito.

Benito Fentanes.

Cosamaloápam, 1903.



"¡Todo es Vanidad!"

En primera plana publicamos una copia del cuadro de Allan Gilbert titulado «¡Todo es Vanidad!» y desconocido casi por completo en México.

El cuadro, en cuya composición entran dos figuras de mujer, parece, visto á cierta distancia, que representa una calavera: las cabezas simulan las cuencas de los ojos; los vasos colocados sobre una mesa, la dentadura, y el mantel, el maxilar inferior. Un espejo que se distingue en el fondo, completa el efecto que buscó el artista y que logró admirablemente.



Las Visitas á los Panteones

Incontable fué el número de personas que siguiendo la costumbre establecida de largos años atrás visitó en esta ocasión los distintos panteones de la ciudad con motivo del «Día de Muertos».

Las calzadas que conducen á la Villa de Guadalupe, á la Piedad y á Dolores, principalmente, se vieron, desde las primeras horas de la mañana, transitadas por numerosos grupos de la gente del pueblo, y por trenes y carruajes que durante todo el día desfilaron sin interrupción. En los panteones había algunos monumentos adornados con preciosas coronas y paños negros.

En esta plana, reproducimos una vista de la calle del 5 de Mayo, donde se instalaron en esta ocasión los puestos de golosinas del Día de Muertos, y otra del costado poniente de Catedral, tomada en los momentos en que el mercado de flores se vió más concurrido por el público.



Los puestos del "Día de Muertos", en las calles del 5 de Mayo.



La pasión que impele á muchos hombres á almacenar dinero, no es tanto la avidez de la riqueza, cuanto el terror á la pobreza; quieren hacerse con el dinero una fortaleza para defenderse, en la cual, aunque mal, vivirán tranquilos, al amparo de las amenazas de la enemiga terrible.



"Día de Muertos".—El mercado de flores.



GUANAJUATO.—El camino á la presa "Esperanza."

Guanajuato

Completamos nuestra información relativa á las suntuosas fiestas de Guanajuato con algunas fotografías que, debido á la abundancia de material, no nos fué posible dar á conocer en nuestra edición del último domingo.

Entre esas fotografías figura una vista del camino carretero que conduce á la presa «Esperanza» y que fué tomada por el fotógrafo de «El Mundo Ilustrado», precisamente en los momentos en que una muchedumbre numerosísima se dirigía al sitio en que se hallaba el Señor Presidente de la República.

En otro de nuestros grabados aparece la fuente monumental de «La Libertad», una de las más hermosas con que cuenta la población. Reproducimos también una vista del jardín del Cantador, notable por el aspecto que presenta el caserío cercano á ese sitio de recreo, y otra en que aparece un «descanso» de la gran escalera del Palacio del Poder Legislativo.



GUANAJUATO.—Palacio Legislativo. Un descanso de la escalera.



Víctor Hugo

La casa del poeta. Los grandes hombres.—Estatuas inmerecidas.—Víctor Hugo, dibujante y ebanista.—Peregrinación literaria.

Inglaterra tenía la «casa de Shákespeare»; Francia tiene ahora la «casa de Víctor Hugo».

No puede menos de estimularse el recuerdo de una nación por sus grandes hombres. Entre las riquezas de patrimonio común, ninguna es más preciosa que la memoria de los que, por sus virtudes ó por su genio, dieron gloria á su país. No conviene escatimarles los honores póstumos.

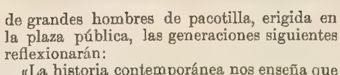
No por ellos sólo, sino por el ejemplo. Porque el recuerdo de un pueblo está ligado á su pasado. Cuanto más glorioso es este pasado, más hermosa se considerará la perpetuación de esa gloria tradicional: por consiguiente, hará más esfuerzos hacia el ideal.

Si, á veces, me indigno, lo confieso, cuando paso al lado de una estatua inmerecida, es decir, cuando veo en la plaza pública, en el bulevar, en una esquina, la efigie de mármol ó bronce de algún politicastro mediocre cuya vida no ofrece ninguna lección que puedan aprovechar las generaciones nuevas, es porque considero que ese mármol ó ese bronce debería ser otra cosa que una prima á la vanidad póstuma de tal personalidad discutible; y repito que debería ser un ejemplo.

Sí: convendría que la juventud, al rozarse con el pedestal de una estatua, pensara: el que mereció tal honor supremo fué bueno, fué jus



GUANAJUATO.—Fuente de "La Libertad."



de grandes hombres de pacotilla, erigida en la plaza pública, las generaciones siguientes reflexionarán:

«La historia contemporánea nos enseña que el hombre cuya efigie está delante de nosotros levantado por encima de las frentes de la muchedumbre, fué un mediocre ó peor aún. ¿Basta, pues, para pretender tal honor, manifestarse hábil durante su vida, hacerse amigos, ser vivo y listo? ¿Virtud, valor, talento? ¿Para qué?

«Seamos malignos y podremos aspirar á todo, hasta á la gloria antes reservada á los héroes.»

Y, así, en vez de esforzarse hacia lo ideal, la juventud se entregará á los vaivenes de la habilidad y de la intriga.

Tal es la importancia que doy á la cuestión de los honores póstumos, y tales son las razones que me hacen darla tanta importancia.

Por eso he visto con gran placer la realización de un proyecto acariciado mucho tiempo por Paul Meurice—uno de los más antiguos y de los mejores amigos de Víctor Hugo,—proyecto que consistía en dotar á París y, por consiguiente, á Francia—casi podría decirse hasta al mundo entero,—de una especie de museo íntimo á la gloria del prodigioso é inmenso poeta cuya palabra poderosa llenó el siglo

to, fué grande. Me enseña á qué esfuerzos hacia lo bello un hombre debe dar su vida, me enseña el camino: intentaré imitarlo.

Creo que muy pocos entre los que sentirán ese estremecimiento de ambición noble, estén en disposición de realizar su ensueño. Pero al haberlo experimentado, les quedará siempre el respeto y el gusto por las bellas acciones y las hermosas obras.

Aun cuando no vivieran sino una existencia modesta y obscura, conservarán en el fondo del alma una llama de ideal y de generosidad de esa inicial emoción ante la gloria merecida.

En el tráfago habitual de la vida, en medio de sus ocupaciones más humildes, se acordarán de que hay cosas que merecen nuestro respeto y nuestro entusiasmo: el valor, el desinterés, la elocuencia, el talento.

Enseñarán á sus hijos á reverenciar esas cosas. Así se mantienen, en un pueblo, las cualidades de espíritu y de corazón sin las cuales está entregado á la decadencia.

Si, por el contrario—y esto se efectúa con frecuencia hace algún tiempo—se prodigan los honores supremos sin discernimiento, ¿qué sucederá? Que el nivel intelectual y moral tenderá á descender.

Ante la imagen de falsos grandes hombres,



GUANAJUATO.—"El Cantador."

diez y nueve y resonará muy lejos en el porvenir.

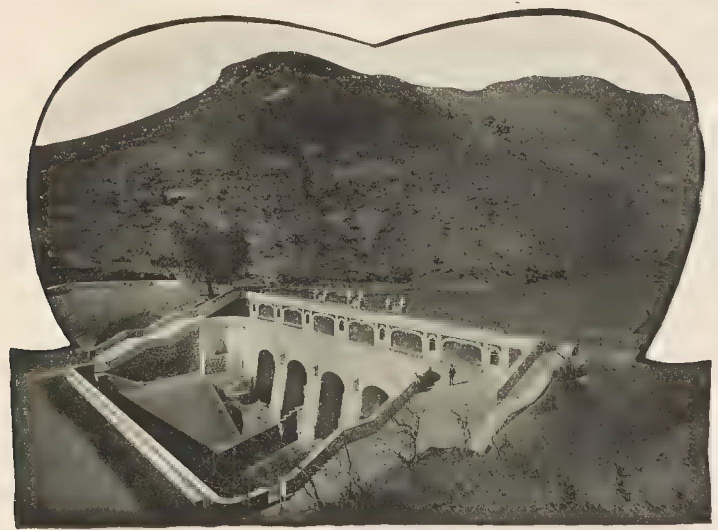
El concejo municipal de París so asoció generosamente á este proyecto y compró, con el objeto de realizarlo, en la Place Royale, una casa que el poeta habitó durante varios años, en su juventud.

Las reuniones de la Place Royale, en casa de Víctor Hugo, son célebres. Todos los hombres que más adelante fueron notables en letras y artes, fueron á saludar allí al joven jefe que había llevado á cabo la revolución literaria romántica. En un volumen de recuerdos parisienses, Teodoro de Banville hace un cuadro encantador de esas recepciones de la Place Royale.

Tan pronto como estuvo en posesión de esa casa, M. Paul Maurice se ocupó en reunir los recuerdos del poeta, que debían constituir el museo Víctor Hugo que se ha inaugurado recientemente.

Es sabido que Víctor Hugo tenía dones artísticos múltiples. ¿Quién, después de su muerte, no ha visto, reproducidos por periódicos ilustrados, uno ó varios de esos extraordinarios dibujos en que el poeta daba alas á su ingenio, á su imaginación?

En la Place Royale se encuentra una colección numerosa de estos dibujos. Todos son á cual más curiosos y sorprendentes. No sola-



GUANAJUATO.—Presa de San Renovato.



Estudio fotográfico.—(Colección Pellandini.)

mente por la elección de los asuntos: siluetas de ciudades ó de castillos fuertes de la Edad Media, perdidos en una bruma de ensueño, sino también por la ejecución, y hasta por los procedimientos de la ejecución.

«¡Cuántas veces—escribe Teófilo Gautier,—cuando nos era dado ser admitidos casi todos los días en la intimidad del ilustre escritor, hemos seguido, con ojos de sorpresa, la transformación de una mancha de tinta, ó de café, sobre una cubierta de carta, sobre cualquier trozo de papel, en paisaje, en castillo, en marina de una originalidad extraña, en que, del choque de la luz y de las sombras, nacía un efecto inesperado, sorprendente, misterioso y que asombraba hasta á los pintores de profesión! Al mismo tiempo que dejaba correr los rasgos como al descuido, el gran poeta charlaba como escribía, tan pronto sublime, tan pronto familiar, siempre admirable.... La transformación de una mancha de tinta ó de café, son procedimientos poco conocidos. Y, en efecto, todo era bueno como instrumento de trabajo á Víctor Hugo cuando dibujaba.

Un fósforo, la punta de un lapicero cuyo extremo afilaba, que sé yo. Algunos de sus paisajes que se creerían á primera vista ejecutados á la sepia, están teñidos sencillamente... con café con leche.

Con estos medios más bien inesperados, consigue resultados sorprendentes».

Como dice Gautier en las líneas que he citado, del contraste entre la luz y la sombra hace surgir efectos chocantes. En esto, por otra parte, el pintor procede como el poeta. ¿Qué efectos extraños ó sublimes no sacó del choque de las palabras?

Dibujante, es cierto. Pero no fué sólo esto. Cuando hemos admirado esos cuadros variados dispuestos con acierto sobre las paredes, vamos á sentir otras sorpresas.

¿Qué son esos muebles de un gusto á la vez refinado y bárbaro, de una arquitectura fantástica y á veces extravagante?

Algunos están realzados con pinturas decorativas. ¿En qué comarca del universo los ha encontrado el poeta?

Es muy sencillo: los ha fabricado él mismo, tallando la madera, ensamblando las piezas, ajustando los «panneaux», barnizándolos, ornamentándolos con esculturas ó pinturas extrañas.

En su casa de Guernesey había amueblado también el comedor con muebles fabricados por él. Y es un asombro profundo para el visitante, no sólo contemplar esos objetos salidos de las manos del gran poeta, sino pensar que halló tiempo para dedicarse á ellos, mientras su cerebro concebía y su pluma escribía los poemas inmortales de la «Leyenda de los siglos».

El «Museo Víctor Hugo» contiene también manuscritos originales de ciertas obras del gran lírico. Además, algunas salas están dedicadas á su iconografía.

Es, como todos saben, innumerable. Se ha creído deber reunir, además, cierto número de telas debidas á pintores célebres de nuestra época y que representan escenas ó personajes de sus obras.

Hay allí, entre otros, cuadros firmados por Rochegrosse, J. P. Lauréns, Carrière, Ed. Fournier.........

Por último, en una de las piezas de la casa se ha construído con exactitud minuciosa su cuarto mortuorio, el que ocupaba en la casita de la avenida de Eylau cuando la muerte fué á sorprenderle.

Como se ve, este museo íntimo puede llevar en efecto el título de «La casa de Víctor Hugo».

Será de aquí en adelante un lugar de peregrinación literaria para los turistas del mundo entero. Los jóvenes poetas de mañana entrarán allí con respeto.

Porque, si ciertos jóvenes han afectado durante algunos años un ridículo desdén por el genio magnífico y prodigioso de Víctor Hugo, fué por moda, por «snobismo», y este género de «snobismo» no se cotiza ya en el mercado de las elegancias intelectuales.

En verdad, fué una ligera reacción contra la tendencia contraria, contra la admiración hiperbólica, sin control y sin freno, de que fué objeto Víctor Hugo antes.

Pero confieso que prefiero este exceso. Verdaderamente, ¿cómo no quedar deslumbrado, cegado, si se quiere, por la fulgurante luz de esa obra poética de una riqueza inagotable?

¿Y se iría á chicanear por fruslerías, tratar de descubrir mínimas imperfecciones, manchas invisibles? ¡Vaya con Dios! Eso es vana tarea de retórico huraño, á que los poetas no deben condescender.

¡No! Los jóvenes rimadores del porvenir irán á esa casa de Víctor Hugo con curiosidad pero también con respeto, y cuando pasen el umbral, un movimiento instintivo hará que se descubran ante la sombra gigantesca del gran poeta.

Francisco Coppé.

El Fastidio

¿Qué es el fastidio? Aun no se ha dado con una definición cabal de ese estado de espítitu que se resuelve en tristeza, cansancio y bostezos. Margarita de Angulema acertó á fijarlo con cierta irónica elocuencia: el fastidio es un sufrimiento común á todas las personas bien nacidas. La frase es más ingeniosa que certera, porque excluye del aburrimiento á las criaturas indelicadas, á los plebeyos de alma y á los mediocres que se allanan á vivir sin nostalgias que signifiquen rebelión contra el acompasado sucederse de las horas y la monotonía desesperante de las cosas.

A menudo oímos decir: me aburro, no puedo con mi alma, la presencia de las mujeres y de los hombres me enoja, el transcurrir del tiempo me irrita y me apena, la visión uniforme de las cosas me fatiga. Interróguese á quien de esa suerte exprèsa sus cuitas sobre la naturaleza de su mal y se mostrará cohibido y vacilante, no sabrá explicar por qué se cansa, por qué se irrita y se aflige, por qué se fastidia. Quizás os deje entrever que el origen de su mal, reside en algo que le advierte de la desproporción enorme que hay entre lo que da de sí la vida y lo que se espera de ella, entre lo que se proyecta y lo que se logra, entre lo que soñamos y lo que la realidad nos concede.

Tal vez os diga que el fastidio nace de la comprobación de la lentitud con que se renueva todo el mundo, del convencimiento de nuestra impotencia, para ser felices, del absurdo en que nos ha colocado el destino trayéndonos, sin previo aviso, á un planeta cuyo mecanismo interior nadie se ha tomado el trabajo de explicarnos.

Todo eso es vago, retórica sentimental, paradoja vistosa que deslumbra y recrea, pero que no persuade. ¿Será el fastidio, como declara Emilio Tardieu, el sufrimiento que va del malestar inconsciente á la desesperación razonada? Entramos en la vida por el umbral de la ilusión. nos escoltan en los años de la adolescencia la ternura, el candor y la fantasía, hermanas clementes de nuestra niñez. Luego, en plena juventud, nos acechan las tentaciones, los deseos sin freno, las ansias desatadas, las calenturas delirantes.

Y de improviso, allá, al trasponer la treintena, frontera inevitable entre la mocedad que se despide y la madurez que llega, cuando aún no se han evaperado en nuestros ojos las lágrimas que vertimos por las mujeres, cuando todavía nos asedia el recuerdo del último amor, que nos hizo creer, como los cariños anteriores, en la perpetuidad de los sentimientos humanos, cuando se nos figura que el mañana traerá para nosotros una nueva cosecha de pasiones, de deseos, de goces y de esperanzas, he aquí que nos salen al encuentro, por sorpresa, la melancolía y el fastidio.

Y limpios aun de canas, sin una arruga en el semblante, sin nubes de cansancio senil en los ojos, sin nada que cohiba la agilidad de nuestros músculos, concluímos por exclamar con el poeta:

Me resigno á vivir sin alegrías,
como un ave sin alas,
y las leyes del mundo inexorables
acepto sin protestas y sin lágrimas.
No busco en lo invisible
consuelo ni esperanza,
y no me inquieta ni me quita el sueño
que acabe la comedia hoy ó mañana.

¿Por qué esa transformación en lo íntimo de nuestra vida? ¿Quién nos ha deparado el encuentro de la melancolía y el fastidio?

***

El fastidio, ha dicho Emilio Tardieu, prende más fácilmente en las mujeres que en los hombres. La indigencia de la naturaleza femenina, y la inferioridad de su condición social, hacen de la mujer el candidato más aventajado para el aburrimiento. Los hombres hemos levantado murallas para confinar el vuelo de su fantasía, y hemos puesto á su voluntad el doble grillete de las costumbres y del qué dirán. Ese sistema celular ha hecho de la mujer la eterna sometida, la criatura débil, cuyos sentidos emperezados no rebasan la corteza de las cosas. Las cimas de las ideas y los extremos de las sensaciones, le están igualmente vedados. Su vida es una perpetua imploración á nuestro egoísmo.

Nos pide todo: amparo, fe, galanterías, placeres, cariño y consuelo. Hasta las virtudes que más alabamos en la mujer, son un donativo nuestro, porque si no la educamos, no es honesta; si no la consideramos, no es sobria; si no la hacemos madre, no puede correr el surtidor de su ternura y su abnegación maternales. Su dependencia de nosotros la expone al fastidio. Hemos empequeñecido su existencia encerrándola, hemos limitado los viajes de su imaginación, apartándola de las artes y de los libros, que son los más nobles recreos del espíritu; hemos reducido geográficamente su reino hasta dejarlo entre las cuatro paredes de nuestra casa; hemos abusado de su pasividad y de su sumisión, hasta excluírla de todo derecho á la protesta, á la que hemos humillado, preferido y olvidado, como si fuera una cosa de uso circunstancial y transitorio.



Estudio fotográfico.—(Colección Pellandini).

¿Cómo no se ha de aburrir? Se fastidia, no por saciedad como nosotros, voraces é hipócritas disfrutadores de todo, sino por sed, por curiosidad, por humano y excusable deseo de vivir. El deber, que corresponde como categoría moral á los seres más complejos y elevados, á los hombres, es, gracias á nuestro egoísmo, el asilo forzoso de las mujeres. Y á las puertas de ese asilo en que encerramos á nuestras compañeras, montan la guardia los tres verdugos de la mujer: la sociedad, el marido y la familia.

¿Quién mejor que ella ha de definir el fastidio?

MANUEL BUENO.



El último cartucho. Cuadro de Cusachs.

Cuadros de Cusachs

En el salón de Embajadores del Palacio Nacional han sido colocados cuatro cuadros de grandes dimensiones que representan distintos episodios militares y que fueron hechos en España por el afamado pintor Cusachs.

El lienzo, cuya fotografía reproducimos, lleva el nombre de «El Ultimo Cartucho» y representa el momento en que una granada destroza el techo del cuarto que sirve de alojamiento á dos prisioneros, matando á uno de éstos. La composición está muy bien estudiada y el conjunto es muy interesante.

Próximamente daremos á conocer los demás cuadros.



Junto á la fuente

[DE GUYAU]

Se desgranaba el agua dulcemente,
Y, escuchando la música sonora,
Una niña arrogante y seductora
Llenaba un jarro en escondida fuente.

Doraba la campiña el sol poniente,
Y sobre el jarro la gentil pastora
Inclinaba la frente soñadora
Viendo subir el agua lentamente.

El chorro brillador y cristalino,
Rizado por el viento vespertino,
Rima en el jarro cántiga serena.

Como el agua que corre, así es mi vida,
Y si doblo la frente dolorida,
Es por ver si mi copa al fin se llena!

M. R. Blanco-Belmonte.



VIENTOS DE OCTUBRE

¡Salud, vientos de octubre, bien venidos!
Al romper en alegre sinfonía,
Recordáis con tristeza al alma mía
Tiempos mejores para siempre idos!

La cometa de vuelos atrevidos,
Pintoresca y triunfante, que ascendía,
Y una puesta de sol, que era una orgía
De luces y matices encendidos......



Fisonomías.

American Photo Art Studio.



Macedonia.—Tropas turcas entrando á un pueblo rebelde después de bombardearlo.

Mirándose en el río gemebundo
Los cocoteros de sonante palma
Con su verde abanico siempre abierto......

Las golondrinas aturdiendo el huerto:
¡Sólo flores y luces en el mundo,
Sólo cantos y sueños en el alma!

V. Acosta.

Notas extranjeras

La cuestión de Macedonia.—Las últimas huelgas en Francia.—Dos estatuas.

La revolución en Macedonia, cada día opone menos resistencia al avance de los turcos triunfadores. Y no es que el «Dios de los Ejércitos» se haya, por fin, acordado de S. M. Abdul-Hamid y de sus «bashibasucks», no; sino que los rudos vientos del invierno, que soplan sobre las desoladas cuestas de los Balkanes, obligan ya á los revolucionarios á buscar un albergue que los libre, más que de las persecuciones, de las inclemencias del tiempo.

El invierno—desde la primera vez que las fuerzas del Sultán han tenido que luchar en los Balkanes por la media luna de su bandera—ha sido el precursor de una época de tranquilidad relativa y de descanso. Tranquilidad y descanso muy engañadores, por cierto, porque es precisamente durante esa estación cuando han estado reponiéndose de sus pérdidas los rebeldes para comprar armas, buscar nuevos jefes y levantarse en la siguiente primavera más tenaces, si no más fuertes; más desesperados, si no más valerosos y confiados en su causa.

Pero si para los «bashibasucks» y demás fuerzas turcas significa descanso la época de los fríos, para los habitantes pacíficos de las villas macedonias la cosa es distinta en lo absoluto. Mientras en los montañosos recodos se baten los turcos, los habitantes viven más ó menos mal—más mal que bien—en sus pequeñas aldeas; pero en cuanto los revolucionarios, con la anuencia de los habitantes ó sin ella, invaden los pueblos, comienzan á la vez los asaltos y los bombardeos de las pequeñas poblaciones, desarrollándose entonces escenas tan tristes, tan desoladoras, como la que representa uno de nuestros grabados.

***

Recientemente, los ricos distritos industriales cercanos á Armentières, en Francia, han pasado por una crisis seria. Forman el principal, casi el único medio de vida de los habitantes de la región, las fábricas de hilados que existen en gran número. Pero los patrones y los obreros no parecen estar en la mejor armonía, y la huelga se declaró hace unos cuantos días. Hasta aquí nada de extraño se encuentra; pero, por desgracia, nunca faltan cabezas mal aconsejadas, y los huelguistas creyeron que antes que esperar, era preciso proceder á injuriar á los patrones, amenazándoles con destruir sus propiedades. Como todas las poblaciones obreras de importancia, Armentières cuenta con su «Casa del Pueblo», en la que los obreros se reúnen, sea, en tiempos normales, para charlar y pasar un rato animado, sea, en tiempos calamitosos, para urdir la mejor manera de exponerse y de exponer á sus familias á un mal rato.

En Armentières se decidió, en la Casa del Pueblo, que era justo hacer la guerra, no platónicamente, sino á balazos, golpes y pedradas, á los patrones y á los que los defendieran. La autoridad civil, como es de suponerse, no estuvo de acuerdo con este plan, y pidió á la fuerza de gendarmería que limpiara las calles, en las que ya comenzaban á levantarse barri-



Inauguración de la estatua de Wagner, en Berlín.

cadas. El resultado fué el mismo de siempre: los obreros fueron macheteados [primero por la gendarmería, y en seguida, como opusieran demasiada resistencia, por fuerzas de caballería llamadas á gran prisa de los lugares cercanos]. Las mujeres de los obreros quedaron en la miseria las más, viudas algunas de ellas, pobres todas. Los patrones, después de pedir á la gendarmería auxilio, impusieron sus condiciones á los famélicos obreros, y como siempre sucede, terminaron éstos por aceptarlas, urgidos por el hambre de sus hijos, y engañados por los «léaders» socialistas que les habían prometido auxilio y ayuda en todas formas.

Pero si en Armentières la paz se ha hecho, si los obreros vuelven á sus trabajos y los talleres vuelven á producir los hermosos tejidos que enriquecen á la población, no por ello el conflicto ha dejado de imprimir profundas huellas. Consecuencias lejanas de la huelga, han sido los persistentes rumores de que el primer Ministro Combes renuncia en estos días. Y se afirma que es una interpelación que se le hará en la Cámara de Diputados, por el léader socialista Juarés, relativa á los asuntos de Armentières, la que hará que el ministro que ha logrado sostenerse algún tiempo, presente su renuncia ahora que tantos proyectos tenía para la perfección del gobierno republicano en Francia.



Armentieres.—La "Casa del Pueblo".

***

Se ha inaugurado recientemente la estatua de Vercingetórix, el galo bravísimo que defendió su patria contra la invasión romana de Julio César. La estatua se ha elevado en Clermond-Ferrand, y el Gabinete estuvo presente en la ceremonia inaugural. Lo que ha llamado más la atención en esta ceremonia, es el discurso del primer Ministro Combes, que, invitado á decir algunas palabras, no desdeñó la oportunidad de dar á conocer el programa de lo que piensa hacer en estos días, aprovechando la reunión del Parlamento francés.

Y son de interés, no solamente para Francia, sino para el mundo, los proyectos que tiene en mientes el primer Ministro. Piensa, á lo que dice, denunciar el Concordato de 1812, que rige desde entonces sin interrupción y que mantiene el orden de cosas existentes en Francia, entre la Iglesia católica y el Estado.

La separación absoluta de ambos poderes (civil y eclesiástico) según el plan que ha propuesto el Diputado M. Briand, será la consecuencia forzosa de la política de M. Combes. En Francia, donde por siglos enteros la iglesia oficial ha sido la católica, este acontecimiento será indudablemente sensacional.

Por lo demás, aun los mismos sacerdotes católicos y los obispos, después de la lucha que han sostenido por la cuestión de las Congregaciones religiosas, piden que se haga de una vez la separación total de poderes que, si algo les quita, mucho le permite en cambio.

También el músico inmortal que se llamó Ricardo Wágner habrá de tener su estatua. Después de las suntuosas fiestas de Beyruth, en las que tan activa parte tomó la «Sociedad de las Obras de Wágner», se ha erigido el bronce en honor del inspirado cantor de las viejas teogonías germánicas, fuertes y misteriosas. El monumento se ha levantado en Berlín. Representa sentado á Wágner, y en su redor se ven sus creaciones más notables, simbolizadas en los personajes más salientes de sus obras. Alguna de las figuras fué ideada por el mismo Káiser, que dió al autor de la estatua el proyecto ya dibujado. Es el símbolo del «lied» alemán.

EL SEÑOR MANUEL M. PANES

Víctima de una terrible enfermedad, murió el jueves último, en México, el señor Manuel M. Panes, periodista que bajo el pseudónimo de «Pedro Ponce» escribió durante algún tiempo en las columnas de «El Imparcial» y «El Mundo».

El señor Panes, cuya muerte nos ha sorprendido por lo inesperada, pues hace pocos días que lo vimos todavía entre nosotros compartiendo las rudas labores de la prensa, fué también un colaborador entusiasta de «El Mundo Ilustrado», donde publicó algunos de sus cuentos más sentidos y más bien escritos. Poco antes de morir puso en nuestras manos el último, que aún tenemos en cartera, y que pronto conocerán los lectores de este semanario.

En este número publicamos el retrato de nuestro estimado compañero.

INVERNAL

Los copos de nieve
caían, caían,
sobre los cristales de las dos ventanas
que tiene la alcoba de la amada mía;
mientras que en la calle,
con mis penas íntimas,
solo me encontraba lanzando á los aires
esta cancioncita,
que era de nosotros
la dulce consigna:
«Alma de mi alma,
vida de mi vida,
es un mar de goces, indecibles, puros,
que jamás terminan,
estar á tu lado,
mirar tus pupilas,
besarte la boca
y tener muy juntas, muy juntas y asidas
tus manos, mis manos,
tu alma y la mía!»
Viendo su demora,
me acerqué en seguida
á las dos ventanas
que tiene la alcoba de la amada mía,
¡y cual no mi pena!
¡y cual no mi cuita!
¡ver que no se hallaba la que quiero tanto,
mi ilusión querida!
Sentí dentro el alma
la tristeza misma
que sufre una madre cuando ven sus ojos
la cuna vacía
donde se encontraba
el fruto adorado de una pasión íntima!
Alejéme presto
con pena infinita,
mientras que en la calle, los copos de nieve
caían, caían.....

ESTEBAN FONCUEVA.



Fúndense en la obra de arte lo particular y lo general; el hecho y la idea se compenetran, y la vida se trueca en inmortalidad.—VALTOUR.



Monumento de Vercingetorix, en Clermond-Ferrand.

HORA

Brilla la luna argentada,
del cielo en el amplio tul,
como una perla engarzada
en un abanico azul.

JULIO FLÓREZ.

*

El maltrato infligido á los niños, les malea el carácter para toda la vida.



CHIHUAHUA.—Torre donde estuvo preso Hidalgo.



Templo de Tomochic.

LUGARES HISTORICOS

La prisión de Hidalgo.—Casa que habitó Juárez en Chihuahua.

A título de información curiosa, ofrecemos á nuestros lectores una fotografía de la torre de la antigua capilla del Hospital Real de Chihuahua, donde permaneció encerrado hasta su muerte el Padre de la Independencia de México. La torre se levanta aún en la calle de la Libertad—frente á la entrada del Palacio del Poder Ejecutivo,—y en uno de sus muros, puesta á poca altura para que pueda ser fácilmente leída, se encuentra, en letras de metal, esta inscripción:

«En esta torre sufrió su última prisión el Caudillo de la Independencia Miguel Hidalgo y Costilla. Del 23 de abril al 30 de julio de 1811».

Publicamos, además, una vista del jardín que lleva el nombre del héroe y en el cual se encuentra erigido un magnífico monumento á su memoria. El zócalo y la base son de mármol gris de Orizaba, y la columna que sustenta la estatua mide 45 pies. En el segundo cuerpo, sobre columnas también de mármol, se encuentran las estatuas de Allende, Aldama, Abasolo y Jiménez, sacrificados, como Hidalgo, en Chihuahua.

***

Juntamente con estas dos fotografías, que formarán parte del «Album directorio del Estado de Chihuahua» que publicará próximamente el señor Federico García y Alba, damos á conocer la de la casa que habitó en aquella ciudad el Benemérito Juárez, y la del templo de Tomóchic. La casa, que, en la época en que estuvo alojado en ella el eminente repúblico, era Palacio de Gobierno, está actualmente ocupada por la Escuela Oficial número 3.

En cuanto al templo, sabido es que allí se efectuó el último encuentro de las tropas federales y de los indios rebeldes, en 1893.



EL CARPINTERO

Hacía diez meses que no encontraba trabajo aquel hombre laborioso y honrado.

¡Maldita guerra!

Había vendido lo mejor de su herramienta. El Monte de Piedad y algunos compañeros de oficio, más afortunados, se habían aprovechado de su mala situación.

No contaba con el favor de ningún amigo. Los pobres no tienen amigos, y, cuando los tienen, son tan pobres como ellos.

El hambre y la desesperación se dibujaban en su rostro, bajo una palidez transparente.

Así caminaba las calles todo el día, llevando en la mano la escuadra y el compás, como para decir á todo el mundo:

«Yo soy carpintero y busco trabajo».

¡Nada! Volvía á su hogar, abatido, sin llevar un centavo ganado por sus manos; cuando más, algunos pedazos de galleta que un repartidor de pan solía quitar á la ración de su burro.

Cierto día lo encontré cargado de tablas, fragmentos de cajas vacías y desechadas.

—Parece que ha encontrado usted trabajo, le dije.

—Sí, señor—me respondió sollozando.—Dios me ha mandado algo en qué ocuparme. Voy á hacer la urna para enterrar al menor de mis hijos.

P. de Sales Pérez.



Chihuahua. Jardín "Hidalgo".



CHIHUAHUA.—Casa que habitó el Benemérito Juárez.

La Novela de un Sueño

Arreglo del Inglés para EL MUNDO ILUSTRADO.

Desde que Hearnes amaneció herido de tan misteriosa manera, había mostrado ciertos signos raros. Frecuentemente le escuchaba hablando á solas, hondamente abstraído en sus meditaciones. Creía, en un principio, que la «locura del desierto» y la misma sed furiosa que por más de dos días nos había molestado, comenzaban á hacer sus efectos en la cabeza de mi amigo, poco acostumbrado á este género de viajes.

Era Hearnes un magnífico muchacho, alto, fuerte, serio, muy apreciado por sus patrones, y que, á lo menos hasta que yo lo conocí, nunca había dado muestras de ser víctima de una imaginación demasiado calurosa y prolífica. En Nueva York, donde había pasado su vida entera, contaba con muy buenas relaciones; entre sus amigos los había también míos, y jamás alguno de ellos había hecho alusión á defectos cerebrales. La única locura que había Hearnes cometido, era la de emprender el viaje en que nos encontrábamos comprometidos, á través de los vastos desiertos del Oeste, sin los elementos que fueran deseables en el caso. Esta locura no era suya; más podría decirse que yo, habituado ya á tales expediciones, era el loco; pues, sabiéndolo, no me había preparado convenientemente y había olvidado las experiencias adquiridas en mis anteriores expediciones por el desierto.

La herida que tanto molestaba á Hearnes, como lo dije anteriormente, era misteriosa y rara. La noche anterior, cansados después de que nuestras mulas habían caído muertas de sed y de fatiga, nos habíamos tendido á descansar bajo un cielo infinito, inefable, hondo, purísimo.

Sólo los coyotes, numerosos, hoscos, de ardientes pupilas de oropel, vagaban en redor nuestro. Ni un átomo de viento pasaba por nuestras ardientes mejillas, calcinadas por el ambiente alcalino del desierto. La noche culminaba, llena del inmenso misterio de que se rodea la naturaleza en las horas nocturnas, cuando un grito sofocado me despertó sobresaltado, lleno de vagas inquietudes y temores.

Creía, de pronto, que los pocos indios que han ido á refugiarse en la enorme soledad del desierto, hubieran, de lejos, seguido nuestros pasos, y al ver que las mulas nos habían abandonado, pereciendo en la marcha, y que estábamos solos, nos hubieran seguido con intenciones hostiles. Pero una larga mirada investigadora me convenció de que estábamos solos, absolutamente solos en la infinita soledad del desierto y de la sombra. Entonces pensé en las víboras múltiples y venenosísimas que en tales sitios matan de una sola mordedura. Todo esto pasó por mi cansado cerebro en los minutos nebulosos en que el sueño cede sitio á la vigilia y nuestras facultades se despiertan obnubiladas aún y poco netas, vagas y llenas de medrosas visiones.

Hearnes, después de algunas palabras que no entendí bien, vendaba trabajosamente su hombro derecho. En estos momentos la luz de una aurora lejanísima, amarillenta, llegó hasta nosotros, barriendo las sombras nocturnas. Me acerqué á Hearnes pidiéndole explicaciones, y sin decir una sola palabra, me mostró su hombro desnudo. Temblaba en las carnes una pequeña flecha. Yo había viajado frecuentemente por los pueblos de indios. Con sumo cuidado fuí lentamente arrancando la flecha, cuando Hearnes dijo con la entonación de quien por fin, tras de esfuerzos enormes, llega á comprender algo que anteriormente le intrigaba:

—Ya comprendo. El villano me ha seguido todo el día y me ha disparado á mansalva, cuando me vió dormido......

—¡Como no hayan envenenado la flecha!

La idea me había asaltado de que hubiera indios que nos siguieran. Pero en la infinita soledad del desierto, hasta donde mis ojos alcanzaban, la calcinada arena no mostraba más que las huellas que el día anterior nuestros propios pies habían marcado. No comprendía yo cómo nos hubieran podido seguir, indios ó lo que fuera, ni á quién se refería Hearnes. Le interrogué:

—¿Quién es el villano á que te refieres? No veo la huella de pasos, ni creo que sus flechas alcancen más allá de nuestros ojos......

Misteriosamente sonrió, sin contestar. Nada me dijo en algunas horas durante las que nos levantamos y emprendimos de nuevo el viaje. Dos días después, según mis cálculos, habríamos de llegar al linde del desierto, á los primeros ranchos que deberían darnos sombra, por primera vez en los ocho días de nuestra fatal jornada.

A medida que el sol avanzaba, Hearnes deliraba más y más. Creía que fuera efecto de la fiebre que había invadido su organismo á consecuencia de la herida de su hombro. Sí me llamaba fuertemente la atención que aquel



muchacho, recio, musculoso, atlético, se resintiera de una herida que era solamente un rasguño; pero la sed, ardiente, tenaz, enloquecedora que habíamos padecido por días, explicaba suficientemente el caso, y no quise seguir prestando atención á sus palabras.

Parecía hablar con alguna persona invisible absolutamente para mí. Era como si oyera yo solamente la parte de conversación á través de un teléfono. El lenguaje que Hearnes empleaba, me era absolutamente desconocido. Parecía algo como los dulces, cadenciosos dialectos de las tribus antillanas. Parecía muy absorbido en su conversación misteriosa. Las largas sombras de nuestros cuerpos rápidamente se fueron recortando en el suelo blanco y terso; llegaron á ser solamente un punto á nuestros pies y se volvieron á alargar indefinidamente á nuestras espaldas.

A la mitad del día nos detuvimos un poco. Hearnes alzó del suelo un pedrusco; con gran atención lo estuvo examinando. Era una especie de malaquita, oval, con dos perforaciones paralelas. Algún adorno de mujer india, á lo que me pareció; pero Hearnes demostró gran satisfacción al hallarlo y se acercó á mí, diciéndome alegremente:

—En poco tiempo estaremos ya en sitio seguro. Este es uno de «sus» adornos. Lo reconozco «porque yo mismo los he labrado para ella».

¡Hearnes, ciudadano que jamás había abandonado Nueva York, que no había viajado anteriormente nunca, conocía tal piedra! Seguramente que su herida lo hacía delirar. No se explicaban sus palabras absurdas de otro modo. Pero hablaba con tal tranquilidad y con tanto énfasis, que me dejó por algunos minutos verdaderamente admirado.

***

Cuando ya se deformaba el disco del sol en la lejanía blanca y calcinada, indefinida y larga, el cansancio y la falta de agua nos habían fatigado de manera tal, que yo, el que conocía ya el desierto, el que parecía estar acostumbrado, por mi anterior vida vagabunda, á todo género de dificultades y de trabajos, me sentía desfallecer. Hearnes estaba alegre, extrañamente alegre; pero como su conducta en todos los anteriores días había sido rara, no me llamó demasiado la atención.

En cierto momento, cuando ya creía yo que era conveniente descansar y buscaba con los ojos un sitio en que pudiéramos dormir, escuché la alegre voz de Hearnes, que decía:

—¡Ahí está! Bien sabía yo que no había de tardar mucho.

En la dirección que señalaba el brazo extendido de Hearnes, el desierto parecía bruscamente cortado. Una especie de hundimiento separaba el plano en que nos hallábamos de un valle hermoso al cual daba vida un río ancho, rumoroso y profundo, de aguas azules que brillaban á los últimos rayos del sol. Una vegetación lujuriosa, tal como jamás la había yo soñado, cubría ambas márgenes. Arboles de formas extrañas, como enormes helechos, de cien pies de altura, surgían en estrechos tufos, sobre una tierra negra, recia, caliente.

El río ondulaba por el valle, hasta perderse casi de vista en un delta hermosísimo, cubierto también de vegetación de la misma clase que la que tan cerca de mis ojos existía. El mar, en la extrema distancia, se cubría de radiaciones violetas, brillantes como un fuego, fulgurantes, llenas de la gloria del ocaso. Y más allá, sobre el valle luminoso, se elevaban enormes picachos cubiertos de nieve que reflejaba las tintas rojas y violetas del ocaso y del mar.

Entre los bosques de enormes helechos, animales monstruosos de especies que nunca había encontrado en mis repetidas excursiones por todo el país, se movían con tardos movimientos. Eran monstruos que deberían de estar dotados de fuerzas considerables. Uno de ellos, claramente reptil—una especie de enorme lagarto,—después de correr, perseguido al parecer, abrió dos alas membranosas y velludas y alzó el vuelo en aquel ambiente perfumado. Inmediatamente después aparecieron algunos hombres, fuertes, musculosos, como nunca los había yo visto, que llevaban armas en las manos, lanzaban grandes clamores y perseguían al reptil volador, en sus rápidos giros por el aire.

Era un espectáculo sobrehumano. Me había olvidado ya de Hearnes, de su misteriosa herida y de sus raras palabras y maneras. Estaba absorto en la contemplación de tal maravilla, cuando Hearnes se acercó, tocándome el brazo y diciéndome:

—Ya sabía que estábamos muy cerca de este valle. Nuestros trabajos se acercan á su fin. Iré á ver «á mis antiguos conocidos», que me darán alimentos, agua, todo lo necesario......

Lo vi que se retiraba lentamente, cantando entre dientes una canción lánguida y monótona. En ese momento el último rayo del sol pasó por encima de los enormes picos helados; el valle se cubrió de sombras lilas, y la noche, una noche tropical, sin crepúsculo casi, avan-

zó rápidamente, subiendo por la montaña en cuya cima me encontraba.

Unos cuantos minutos después, la sombra se extendió (justamente como si una ola de negro crespón se tiende sobre una mesa sin medida), y ante mis ojos volvió á presentarse el espectáculo desolador de la llanura sin fin, eterna, blanca, inmóvil, infinita, desoladora.

¡Un miraje! ¡Yo, viejo expedicionario, había sido engañado por los vulgares mirajes del desierto!

Tal depresión me invadió, que creía absolutamente inútil toda lucha contra ella. Me acosté en el suelo, deseoso de que llegara la muerte, llamándola, pidiéndole por favor que me durmiera para siempre en aquel sitio, donde mis fuerzas, mi vida me abandonaban, hasta dejarme en un dulce colapso inconsciente, algo cercano á la muerte misma.

***

La noche había terminado; las luces del alba comenzaban ya á aparecer en el Oriente, cuando desperté, sintiendo en realidad que aún no me abandonara la vida. Con gran admiración vi que se acercaba al sitio donde yacía sin alientos para levantarme, Hearnes, del que me había olvidado por completo en el exceso de desesperación que me invadió por doce horas largas.

—¡Arriba! — dijo Hearnes.—Arriba, que tengo ya alimentos y agua y todo lo necesario. Es preciso primero que comas.

Y me acercó un curioso receptáculo de una substancia desconocida, en el que iba un manjar extraño, que seguramente no había comido ni comeré nunca más en la existencia. El hambre me devoraba. Silenciosamente comía aquel raro platillo, mientras Hearnes me contemplaba atentamente.

Después me acercó un vaso, también de forma desconocida absolutamente para mí, y en él había agua, deliciosa agua dulce, fresca, que hacía tanto tiempo que no probaba. Hearnes, cuando hube terminado, me dijo, con cierta sonrisa de burla:

—¿Estaba yo delirando? ¿No era cierto que nos acercábamos á un sitio en que yo he vivido y que por ende conozco bien?

—Has vivido en ese sitio. Pero si todo ha sido un miraje.

—No tal—me dijo con convicción.—Quizá no pueda claramente explicarlo; pero nada de miraje hay en ello. «Yo conocía á los habitantes de ese valle y con ellos he vivido».

—¿Cuándo?

—De cierto no lo sé. Quizá hace diez millones de años. Quizá más aún. Pero sí sé de cierto que «apenas he llegado, me han reconocido. Y he encontrado al que me disparó la flecha y le he castigado».

Como viera en mis ojos la infinita admiración que sus palabras me causaban, se sentó á mi lado, recapacitó por un momento y comenzó lentamente á hablar. Lo que dijo fué lo siguiente:

«Desde que era yo muy pequeño, cuando aún no podía tener juicio ni raciocinar acerca de lo que me pasaba, era en mí muy común que en los momentos de recreo, cuando me quedaba solo, tranquilo, en un sitio silencioso, ó bien cuando comenzaba á dormirme, ya en la noche, sentía que mi cerebro, instantáneamente, dejaba de pensar. La sensación era muy poco agradable; pero inmediatamente después me sentía completamente vivo, absolutamente razonable. Yo no había cambiado. En cambio, todo lo que había en mi redor era distinto.

«En los primeros años, ni siquiera me daba cuenta exacta de lo que en realidad me sucedía. Cuando ya era más grande, se me acusaba de mentir y mis padres y maestros me castigaron por lo que creían una ficción.

«Poco á poco mis éxtasis, ó como se les quiera llamar, fueron más y más largos y más y más perfectos. A menudo puse en serios conflictos á mis maestros, pregonándoles hechos, circunstancias que ellos ignoraban, acerca de una época remotísima, y que yo sabía bien «por haber vivido en ella». Los viajes retrospectivos fueron cada vez más y más claros y más y más lúcidos. Siempre era yo uno de los que en la época vivía, y estoy convencido de que solamente se trata de una vuelta, de una regresión hacia vidas que hace años, muchos millones de años, he vivido yo mismo y por eso conozco perfectamente. De todos, los que más me agradaban eran los habitantes, mis contemporáneos del valle que hemos visto, porque fué precisamente en una de las chozas de ese bosque «donde encontré á la mujer que más he amado». Alguien la cortejaba también y nuestras riñas frecuentes me hicieron comprender, la noche anterior, cuando fuí herido, que nos acercábamos al sitio donde quizá hace millones de años «yo he vivido en paz, persiguiendo á las bestias deformes de aquellos tiempos».



—Pero la flecha es real—le interrumpí;—precisamente la he guardado y aquí la traigo...

—«También el agua y el alimento es real, contestó Hearnes. Tan real como lo eran ayer el ocaso, la ría y los hombres, los árboles primitivos y los reptiles voladores que hemos visto. Ya en anteriores épocas me ha acontecido que mi «regresión á vidas pasadas» es de tal manera lúcida, clara, que los que me acompañen, por acción de simpatía, ó lo que se quiera, también ven, claramente, y sienten, y escuchan, y respiran en el ambiente mismo y en las circunstancias que «hace muchos millares de siglos» se reunían en «este mismo sitio en que estamos». Las montañas y los ríos tienen tiempo para cambiar en un millón de años.

«Cuando más vivo ha sido mi «viaje á épocas pasadas», se ha iniciado siempre una grave enfermedad en mí. Ahora temo no acabar el viaje».

El pobre Hearnes tenía razón. En esos momentos aparecieron en el horizonte algunos hombres á caballo; no de las edades primitivas, no; «cowboys» americanos, bien conocidos para mí. Estábamos ya cerca de un rancho. Pero Hearnes no lo supo, porque murió en el sitio. Su cadáver está enterrado en el «mismo sitio en que tanto amó millones de años hace».........—J. HAWTHORNE.



La casa de Gabriel D'Annunzio

En la dulce colina de Settignano, que domina el panorama oro y rosa de Florencia, allí donde existió una antigua cantera de mármol, donde nació Desiderio, y Miguel Angel fué amamantado por la mujer de un tallador de piedras, entre los iris y las glicinas, envuelta en un manto de yedra, está la «villa» de Gabriel D'Annunzio.

Un curioso admirador que fué á visitarle nos describe la casa del poeta. Cuando llegó, D'Annunzio venía á caballo, precedido de cuatro lebreles, Donovan, Merissa, Biondella, Crissa; nombres sonoros y musicales que lanzados á pleno pulmón en el vértigo de la caza, deben cantar en el aire como una estrofa.

El almuerzo estaba servido en una mesa de iglesia, frente á un banco ornamentado cual una catedral; en candelabros de negra plata cincelada, cirios de cera blanca, y en el medio de la estancia, un gran misal abierto en un facistol; la chimenea de loza celeste está dedicada á la salamandra, madre del fuego, según lo indica la inscripción latina. Conjunto que hace pensar en la rara fusión de elementos clásicos y góticos que se encuentran en el espíritu creador de «Las Vírgenes de las Rocas», lo mismo que sugieren el Narciso y la Calavera que coronan la filigrana del escritorio.

En lo alto de uno de los aposentos, tapizado de laureles en fondo púrpura, cuelga una corona de bronce; en otro se lee este nombre y esta fecha: «Gabriel Nuncius» (1498). D'Annunzio explica que es la traducción de su nombre en la época en que hubiera querido nacer, en el siglo XV, durante el primer Renacimiento.

—Ser bello, romper una lanza en la rodilla, llevar con dos dedos la espada que los demás llevan penosamente con dos manos, derribar un caballo con el puño y, sin embargo, al sonreír tener la delicadeza de una mujer, haber sido «condottiere»; tal es el deseo que D'Annunzio expresó mientras Florencia con la más noble serenidad sentía caer sobre sus espaldas la divina sangre del crepúsculo.

En el dormitorio, cerca del lecho monumental, la espada de Malatesta reposaba sobre otro facistol; en los muros un cuadro de Tintoreto, la cabeza de Flora, la de Juno y la de Eleonora Duse; más lejos, en un paisaje iluminado por el esplendor de la luna, reclinada en la hierba, una mujer desnuda, con esta deliciosa explicación: «Víget dum pállida», «vigorosa, aunque pálida». Desde la terraza, al través de los pinos y los cipreses, la Ciudad del Lirio reflejándose en el espejo del Arno.

Tal ambiente tiene que ser favorable á la producción de la obra de arte; el espíritu, acariciado así por la belleza de lo que lo rodea, ha de sentirse más predispuesto á interpretar el alma de los seres y las cosas. Pobrecitos de nosotros los que aquí nos llamamos artistas, y que en un rincón sin luz, agobiados por la necesidad, maltratados por las rudas faenas de

la vida, bordamos nuestros sueños ó buscamos un átomo de oro en el fondo de nuestras meditaciones. Verdad que la imaginación viene á veces en nuestra ayuda y nos vierte sobre la frente fatigada su cornucopia maravillosa, y á su influjo nos sentimos rodeados de los tesoros que la fortuna nos negó. Ya que no poseemos telas suntuosas, ni mármoles impecables ni joyas primorosas, conformémonos con divisar un pedacito de cielo y con tener sobre nuestra mesa de pino, en un tiesto de barro, un manojo de rosas frescas.

PEDRO EMILIO COLL.



El Señor Gobernador de Chihuahua

En Ciudad Guerrero

Hace poco que el señor Gobernador de Chihuahua, General Don Luis Terrazas, hizo una visita á Ciudad Guerrero, importante población de aquel Estado, con el objeto de inaugurar un nuevo edificio para la Escuela de Niños, que se construyó aprovechando un terreno cedido por el señor Don Tomás Dosal y Hermosillo.

La recepción que se hizo al señor General Terrazas fué muy entusiasta: en las principales calles se levantaron vistosos arcos adornados con follaje y banderas, y en uno de los salones del nuevo edificio se sirvió en su honor un banquete al cual concurrieron los vecinos



C. GUERRERO.—Un Arco triunfal.

más caracterizados de la ciudad y las personas que acompañaron al señor Gobernador durante su viaje y su permanencia en aquel punto.

En el acto oficial de la inauguración de la escuela, pronunciaron discursos los señores Manuel Rocha y Chabre, Urbano Zea, Jefe Político del Partido, y Mariano Irigoyen, Director del Establecimiento.

El señor General Terrazas, después de declarar inaugurado el edificio, dirigió una breve alocución á la concurrencia para enaltecer los triunfos de la niñez y felicitar á los vecinos de Guerrero por los progresos realizados allí últimamente.

Los festejos organizados en honor del señor General Terrazas, terminaron con un baile que se dió en el patio del nuevo edificio — convertido en salón—y al cual fueron invitadas las principales familias de la localidad.

Muchos padres de familia ignoran que de la escuela primaria depende el porvenir de sus hijos y aun el de la Patria.

*

Si el maestro de escuela quiere que la sociedad le respete, sea él el primero en respetarse, no convirtiéndose en cobarde y odioso verdugo de niños.

*

Aflige á casi todos los mortales la manía de aplaudir con mayor frenesí lo que menos entienden.

*

Mientras más se ha encenagado en el vicio un hombre, mayor estimación y respeto merece si se regenera.

No merece el respeto de los demás quien no se respeta á sí mismo.

*

Nos llenamos de satisfacción, de orgullo quizá, siempre que se nos aplaude, sin parar mientes en si merecemos ó no el aplauso.

*

Para que la plebe obedeciese »motu proprio» las leyes, menester sería que el legislador las dictara al revés de como deben ser.

*

Es legítimo, muy provechoso, y no una muestra de soberbia, el anhelo de ser de los primeros, si no el primero, en su esfera social.



TOROS

Con un lleno casi completo, se efectuó el domingo último la inauguración de la temporada de toros en la plaza «México».

La novedad de la corrida consistió en la presentación de Antonio Montes, matador de mucha fama en la Península como hábil y valiente. La faena del diestro, no obstante que el ganado no se prestaba para que luciera sus habilidades, fué buena, sobre todo en las suertes de capa.

El público quedó, en cuanto cabe, satisfecho de la corrida.



C. GUERRRERO.—Nuevo edificio para la Escuela de Niños.

LAS MARAVILLAS DEL RADIO

No hace todavía un año que se anunció á los hombres de ciencia que los señores Curie, de París (un matrimonio de sabios que ha de producir aún cosas muy buenas en el dominio de las ciencias físicas y naturales), había encontrado, en los desechos del mineral de uranio, una substancia nueva, de admirables virtudes, pero aún no estudiadas debidamente.

Ante un congreso internacional, los señores Curie dieron lectura á un trabajo en el que resumían los estudios que pacientemente habían venido haciendo de tiempo atrás. En efecto, habían descubierto un cuerpo simple más. Le habían llamado «radio» porque tenía ciertas propiedades que en otros cuerpos habían sido llamadas «radio-actividad» y se encontraba en la «pech-blenda», uno de los residuos, muy voluminoso por cierto, de la fabricación del uranio (otro metal raro).

Para preparar el pequeño tubo de vidrio que contenía apenas «seis centigramos» de cloruro de radio, había sido preciso calcinar, tratar por agua hirviendo, primero, volver á calcinar y tratar, finalmente, por el ácido clorhídrico, una cantidad de pech-blenda no menor de tres toneladas, y el trabajo, en su totalidad, había sido de cuatro meses.

Se estableció en los alrededores de París una casa en la que se tratan los residuos de la fabricación del uranio que llegan de Bohemia. En esta casa se han preparado, después de infinitos trabajos y gastos, hasta la fecha, «cuatro gramos de radio».

No es extraño, por lo tanto, que cueste el radio, en estos momentos, exactamente «tres mil veces su peso, en oro puro». Ya es bastante el costo; en cambio, las propiedades del radio lo hacen invaluable, ya en el sentido netamente especulativo, ó ya en el meramente práctico.

No se ha preparado el radio puro, porque



EN LA PLAZA MEXICO.—Antonio Montes en la primera corrida.

es demasiado inestable y se descompone á la temperatura ordinaria, como sucede con el sodio y el potasio. Solamente se conocen el cloruro de radio ó el bromuro del mismo metal, y con ello es con los que se ha experimentado. Forman una sal en todo semejante á la sal de cocina, aunque ligeramente gris y muy delicuescente. Por esto se usa, para las experiencias, el radio dentro de un tubo en el que se ha hecho el vacío. En nada influye el vidrio, puesto que las emanaciones—de tres órdenes distintos, cuando menos—que el radio emite, pasan el vidrio, como lo hace la luz.

La propiedad primera que llamó la atención en el radio, es la de emitir luz y calor, notables, ya por un termómetro ó á la simple vista, sin perder un solo átomo de su peso. Ha calculado un profesor francés que si se lograra tener «un kilogramo» de radio, se podría calentar una habitación de regulares dimensiones, de manera que en cualquier momento su atmósfera se encontrara á tres grados, centígrados, sobre la temperatura ambiente. El gasto que se produciría en esta calefacción, sería tal, que al cabo de «cien millones de años» se habría gastado justamente «un miligramo de radio». Este dato, rigurosamente científico, puede dar una buena idea de la extrema división á la que alcanzan las moléculas de radio que producen calor y luz.

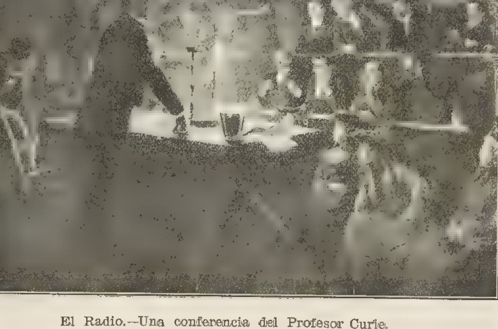
El radio, además, produce tres géneros distintos de radiaciones, de las cuales las más útiles, hasta ahora, son las «radiaciones rádicas» que corresponden, en todo, á los famosos rayos X de Roentgen. Un cirujano, por ejemplo, provisto solamente de un tubo que contenga tres á cuatro centígrados de radio, puede producir exactamente los mismos efectos que con una voluminosa batería, carretes de Rúmkorff, y demás, precisos para la producción de los rayos X. En presencia de estas emanaciones del radio, los diamantes legítimos adquieren un gran brillo, de modo tal que en una sala absolutamente obscura, un solo diamante de ciertas dimensiones es suficiente, si se le acerca un fragmento de radio, para emitir una luz que alumbra la estancia. Los diamantes falsos, por supuesto, no producen este efecto inexplicable.

Sobre la piel humana, estas emanaciones, producen efectos distintos, según el tiempo de acción y según el estado de la piel. Queman, profundamente, sin el menor dolor, cuando van lentamente obrando sobre la piel y las escaras que producen son dificilísimas de curarse, pues no cicatrizan: parece que el radio ha muerto todo género de vitalidad, muy profundamente. En cambio, en la piel enferma, por un «lupus», por ejemplo, se ve al aplicar el radio lenta y constantemente, que la cicatriz se forma y va extendiéndose rápidamente.

EL RADIO.—Fosforescencia de las piedras finas.

Sobre los elementos inferiores de la existencia, microbios, amibas y demás organismos inferiores, la acción del radio es mortal. Lo es también para los ratones, palomas y animales de esta talla; pero la muerte sobreviene, en estos casos, mucho tiempo después de la aplicación del maravilloso metal á los animales.

En cambio, los huevecillos de un pez que no han sido fecundados, crecen y dan nacimiento á peces perfectos, con solo que se les acerque un tubo que contenga radio. Aquí crea la vida; más allá la destruye. Esta es la acción del radio, en general. Las larvas, por ejemplo, viven como larvas, sin pasar al estado de insectos perfectos, mientras tres generaciones de su especie crecen y se transforman. Las maravillas del radio comienzan apenas á estudiarse, ¿residirá en este metal la esencia misma de la vida? —NEMO.

El Radio.—Una conferencia del Profesor Curie.

CRONICAS DE POETA

Cabellos femeninos

—Amo los cabellos de las mujeres—me decía—los amo, pero no á la manera de Baudelaire, el poeta maldito, que amaba la áspera crin de una negra, olorosa á aceite de coco, y la cual le hacía soñar en los puertos ardientes, llenos de navíos, cargados con odres de bálsamos y palos de canela.

Sur les bords duretés de vos mèches tordues
Je m'enivre ardemment des senteurs confondues
De l' huile de coco, de musc et du goudron.

Mi amor es más dulce y blando. Amo los cabellos que tienen al tacto ternuras de agua y que, á las manos sabias en acariciarlos dan la sensación de la más inverosímil de las sedas, la invisible seda del humo. Sí. Hay cabellos que son tan finos como el humo.... .

Y mi amigo hablándome con su voz más velada y untuosa de su enfermizo amor, me mostró su colección de cabellos femeninos. La colección estaba compuesta sólo de cabellos de morenas, de cálidas hijas del trópico. Los había desde el color de la más anémica y clorótica hoja de tabaco, hasta el negro profundísimo, negro tan negro, hasta lanzar, como en la pluma espejeante de los paujiles, esos rarísimos resplandores azules. Y desde el cabello color de hoja de tabaco hasta el de color imposible, toda una escala de matices como los matices de los vinos añejos. Cabellos como borgoña obscuro, cabellos como borgoña pálido, cabellos como borgoña negro......

—Y en verdad son como el vino—me decía. —Cada hebra de pelo es para mí como una gota de licor. Me embriagan. Y hay en ellos mil hilos turbadores como otras tantas mil gotas mortales.

Yo no soy poeta, pero yo haré de mi vida un poema. Cada día, cada día, á cada muerta ilusión, yo tejeré pacientemente, en el silencio, cual un benedictino, con cada hilo negro de mis amados cabellos, un fúnebre cordel. Lo tejeré lentamente, entre lágrimas. Tejeré mi cordel, que adelantará paulatinamente, año tras año; hilo á hilo tejeré mi fúnebre cordel. Cada hebra de pelo será como un verso en ese largo poema. Y ese poema será fabricado por mis manos con todos los cabellos de las mujeres á quienes he amado, con los cabellos entre cuya seda milagrosa se han muerto todas las flores de los jardines. Y todos los besos de mis labios......

Y cuando no quede ya sino la final hebra fúlgida, será el día escogido y fatal. ¿Para qué entonces la vida? Ya sabré yo darle aplicación al trágico y fúnebre cordel......

Pero me falta todavía una cabellera imposible: apenas entrevista, soñada largo tiempo por mis ojos y mis manos. Y es una cabellera larga, fluída, cristalina, exótica, color de agua, color de alga: la cabellera de una sirena. Necesito sus infinitos hilos verdes, transparentes y finísimos para terminar mi cordel......

Y diciendo esto, miraba mi amigo, con las pupilas asombradas, el fondo de su vaso de ajenjo, como si mirara de improviso vastos tesoros fabulosos en el fondo del mar.

A. FERNÁNDEZ GARCÍA.



MINIATURA

Eres primorosa y admirable como una joya de Benvenuto. Eres fascinante y turbadora como el collar que cegó á Margarita. Eres una flor de púrpura.

La naturaleza hizo en tí un inverosímil trabajo de opulencia en la brevedad modelada, marmórea y rítmica.

Tu belleza entona el himno de Venus inmortal leve y suave como un rumor de olas en una playa de lirios florecida. Es apenas la caricia dispersa de lejanas músicas voluptuosas. Pero luego, en la absorción enigmática de la visión continua y penetrante, tiene la fuerza de una diana marcial, tiene el ímpetu de una tempestad.

....

Pasa una voz arcana, una voz del abismo; y en la tristeza trágica, en el gran cielo fatal, impónese una sombra negrísima, cual la sombra de duelos sobrehumanos; mientras en la procelosa lontananza, un arroyo de sangre precipítase en un gran bloque de nieve......

JACINTO LÓPEZ



EL MUNDO ILUSTRADO

Año X—Tomo II—Núm. 20

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

México, Noviembre 15 de 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, idem, en la capital $1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



CABEZA DE ESTUDIO.

(Lupercio, fot.)

CRONICA (*)

Y murió en silencio....

«La risa la reputé por error, dije al gozo:—¿Por qué vanamente te engañas?
(Eclesiastés, cap. II, vers. 2º).

Oídme los de duro corazón, los que estáis lejos de la justicia».

Yo tenía el alma pronta á la risa, abierto el corazón al sano contento de vivir.

Acababa de leer las coplas del Arcipreste de Hita. Gustando el dejo picante de su musa regocijada y fresca, franca en la burla y en el decir aguda y retozona, quise olvidar que es la existencia dolor y llanto.

Pretendía convencerme de que era la vida alegre como día de sol, dichosa como amor que no exige fidelidad y constancia.

Me hallaba muy cerca de afirmar que era la mujer, como la esposa tierna y delicada del «Cantar de los Cantares», flor del campo y lirio de los valles, huerto cerrado, fuente de aguas vivas; muy lejos de juzgarla como el Eclesiastés la pinta: «más amarga que la muerte, con corazón que es red y manos que son prisiones».

Anhelaba saborear los goces que, regalando los sentidos, son deleite del alma. Pensaba que era la boca, y no la frente, el sitio de los besos.

Tenía razón el ingenioso Arcipreste. Dos cosas mueven al hombre en la vida: «mantenencia y ayuntamiento con fembra placentera».

¿Para qué dolores? ¿Para qué tristezas?

Nada de adornar, con los colgajos y los llorones flecos de una literatura falsamente afligida, un drama vulgar: «el crimen de tercera», á la antigua, vaciado en los viejos moldes del Caín, sin complicadas psicologías ni refinamientos de crueldad y perversión; el suicidio con carta al juez de guardia, producto diario de la vida. Era preferible reír: la risa, me dije, es la salud del alma.

Y sin embargo, no reí.

Algo más profundo y doloroso que suicidio romántico de amor ó tragedia de celos atribuló mi alma, pronta á la risa; mi corazón, abierto al sano contento de vivir.

Los periódicos del 15 dieron la noticia.

Es drama manso, silencioso; sin sangre ni estrépito. Un hombre, con indudable derecho á la existencia, se dejó morir de frío; acaso con anhelos de vida, se abandonó á la muerte; tal vez débil, no se lanzó á conquistar por la fuerza lo que no pudo conseguir con el propio trabajo ni de la piedad ajena.

Oíganme los que se dicen cristianos, los que llenan templos y oratorios de cera y de flores, los que sufragan cultos en cumplimiento de vana promesa ó en petición de frívolo capricho, los que rodean de boato y brillo una religión de humanidad y pobreza.

En la madrugada del 14 ha muerto un hombre en Madrid: lo mató el frío. Eran necesidad y miseria las solas dolencias de su cuerpo; tristeza y desamparo, las de su espíritu. Acaso no conocía traición de mujer ni ingratitud de amigo; que son amistad y amores sentimientos de lujo, para quien padece frío y hambre.

Yo evoco la amargura infinita de su peregrinación por las calles solitarias, en la noche, helada, silenciosa.

Si pretendió en huecos y portales esperar que alborease un nuevo día de desventura, no logró su propósito: los guardias le hicieron seguir calle adelante.

Pudo fingirse enfermo. ¿Para qué? No hay camas en los hospitales.

Tal vez, con escándalo, hubiera hallado abrigo en la cárcel.

Eso nunca. Era su libertad el único calor que le quedaba.

Y el desgraciado erró de quicio en quicio, vagó de puerta en puerta: no halló almohada para su sueño triste en las jambas duras: mordíale el cierzo serrano las carnes mal cubiertas.

Tal vez un impulso de desprecio le hizo huir de la ciudad cristiana, que le negaba calor y abrigo.

Llegó á las afueras. Delante, el campo se extendía, árido y mudo; una tapia le ofrecía apoyo. Se dejó caer.

Sentía sueño, mucho sueño......

Una sola luz brillaba ante sus ojos, débil y oscilante, perdida en el misterio de la sombra. Cantó un gallo. Ladridos, lejanos y tristes, rompieron el silencio de la noche.

Sentía sueño, mucho sueño......

Y durmiéndose en la vida, despertó en la muerte.

***

Esta es mi crónica: tiene en su sencillez el dolor; brota de su mansedumbre la amargura.

Un hombre que muere aterido sobre la helada tierra, frente al campo desolado y yermo, bajo el cielo azul, en la noche serena y clara.

Murió de hambre, de frío; no tuvo amor.

Durmióse, cara á la luz, esperando el albor primero, nuncio del sol, que es fuente de vida. Quizás despierte en la región de la luz perdurable, donde se acaba el llanto.

¡Alegre Juan Ruiz! Seguro estoy de que tu regocijada musa habría trocado en lágrimas su risa, para cantar fin tan miserable.

Ya ves. No tuvo «mantenencia ni ayuntamiento con fembra placentera».

ENRIQUE DE MESA.

(*) Obtuvo recientemente el primer premio en el concurso de crónicas de «El Liberal» de Madrid.

SUEÑO VIVIDO

[Traducción de GUILLERMO VALENCIA]

El valle del crepúsculo llenaban
perfumes grises de color de plata,

como cuando la luna se tamiza
por entre nubes de borrosas tintas.

No era la noche sin embargo. Presto
con las aromas de matiz de argento,

se disiparon en el valle oscuro
mis vagos pensamientos de crepúsculo,

y entre las aguas de una mar tranquila
me hundí callado.... y se me fué la vida.

Vi cálices de flores misteriosas
y negras, que brillaban en la sombra;

y en crecientes de tinte anaranjado
—como tibios fulgores de topacio—

una luz que pintaba la floresta,
de triste claridad amarillenta,

y todo estaba lleno por las olas
de una rara cadencia melancólica.

Y sin lograr siquiera comprenderlo
mi turbada razón, pero sabiéndolo,

clamaba sin cesar entre mi mente
que aquella realidad era la muerte....

Y la muerte hecha música: la hermana
de los hondos anhelos; la que ama

á los seres que viven, y los busca,
toda vigor entre la noche adusta.

Y en silencio y oculta entre mi alma,
lloraba por la vida una nostalgia,

y lloraba y lloraba como llora
el que se va—llevado por las olas

de una enorme embarcación marina
de fantásticas velas amarillas—

que á los tenues fulgores del ocaso,
desde las aguas de un azul opaco

consigue divisar en la ribera
todo el cariz de la ciudad paterna;

y se ofrecen las calles á sus ojos,
y percibe el murmullo de los pozos,

y de los caros bosques familiares
aspira los aromas otoñales,

y se finge de pies entre la arena,
como en las horas de la edad primera,

trazado de inquietud, con las pupilas
arrasadas en lágrimas esquivas,

y ve el roto cristal de su ventana
y tras ella su alcoba iluminada.....

Pero la enorme embarcación marina
que no surte jamás en las orillas,

sigue adelante en el silencio mudo
que hacen las aguas de un azul oscuro.

Sobre los viejos mástiles, tendidas
melancólicas velas amarillas.

HUGO VON HÖFFMANNSTHAL.

VOZ DE ALARMA.

En la tarde brumosa
flotaba la trizteza venenosa
que nuestras pobres almas invadía,
y nosotros, con ánimo cobarde,
ni vencerla supimos esa tarde
ni aceptarla queremos todavía.
Aspiramos el mal en el ambiente
y perecer dejamos la alegría
de nuestro amor naciente,
sin que todo en nosotros se opusiera
y en el breve combate decisivo,
ó triunfadores fuésemos, ó altivo
el amor con sus júbilos muriera.
Doblamos las cabezas, resignadas
á la sutil presión del pensamiento,
mientras iban en rápido aislamiento,
como aves de sus nidos ahuyentadas,
á perderse las tímidas miradas
del paisaje en el linde ceniciento.
No se unieron jamás desde ese instante
con aquel arrebato delicioso
que asomaba del pecho palpitante
cuando el amor incólume vivía,
y que era luminoso
para tu alma y la mía
más, mucho más, que el sol de mediodía!
Se buscan hoy con ansia como entonces,
se confunden, se besan
y se repiten los antiguos roces;
pero ¡ay! sobre ellas pesan
las brumas de la tarde en que sentimos
nacer el mal que inermes recibimos.

¿Por qué me culpas hoy si me ves triste?
¿Por qué te culpo yo si así te veo?
¡Ni yo supe luchar ni tú supiste
en la hora precaria;
y hoy remeda en nosotros el deseo
al estéril furor de Prometeo
destrozado en la roca solitaria!
¡No sumes el agravio á la tristeza!
¡No aumenten mis reproches tu amargura....
¿Volverá la ventura
cuando el amor á despojarse empieza
de la saña, de la íntima ternura?. ..

FRANCICO DÍAZ SILVEIRA.

Septiembre, 1903.



AGUAS MUERTAS

Aguas muertas, aguas inmóviles de matices metálicos, circuídas de musgos de oro!

En los fúlgidos días de otoño parecéis un vasto espejo en cuyo fondo duerme la sombra, y en las horas lunares, una campiña de esmeraldas luminosas. De vuestro seno no se escapa el más tenue ruido, porque yacéis muertas, cristalizadas sobre las arenas profundas. Tal así, á veces, las ideas, en el cerebro del hombre.

Mudas y glaciales, en los hondos silencios nocturnos sois un símbolo misterioso y sereno. Reflejáis las sombras errantes de los pájaros y de las nubes; en vuestra superficie dejan largamente los crepúsculos trémulas estelas sangrientas, y rielan los espectrales plenilunios; y la luna, mágica princesa, va extrañamente á mirarse en vuestra lámina impasible.

En vuestro líquido cristral caen, en octubre, las hojas secas; y si el aire las mueve, vagan allí como cadáveres de mariposas. Los nenúfares son los favoritos de vuestras frialdades; y ellos viven de vuestra muerte, extraños y bellos, como todas las cosas que brillan en el misterio.

FROILÁN TURCIOS.

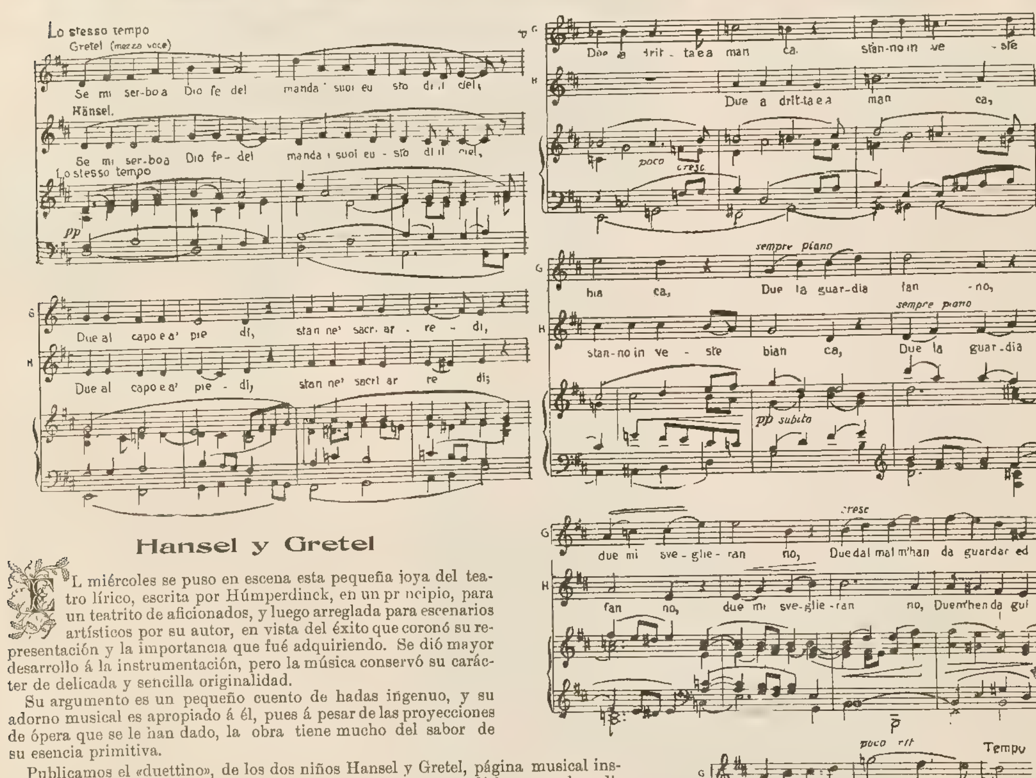


En la mayor parte de los casos, el infierno á que se reduce la vida entre marido y mujer, no proviene de que el uno ó el otro se hayan vuelto malvados ó irrazonables; pero es el caso que no pueden discutir entre ellos sin alterarse, por efecto de los recuerdos (que con el aspecto y el acento se despiertan mutuamente) de los contrastes y las acrimonias pasadas. Tal vez se entendieran si pudieran hablarse á través de una pared, y con una voz en que el uno no conociese la del otro.

E. D'AMICIS.







Hansel y Gretel

El miércoles se puso en escena esta pequeña joya del teatro lírico, escrita por Húmperdinck, en un principio, para un teatrito de aficionados, y luego arreglada para escenarios artísticos por su autor, en vista del éxito que coronó su representación y la importancia que fué adquiriendo. Se dió mayor desarrollo á la instrumentación, pero la música conservó su carácter de delicada y sencilla originalidad.
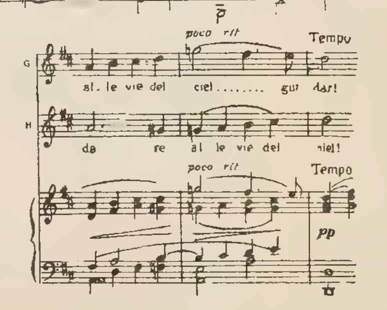
Su argumento es un pequeño cuento de hadas ingenuo, y su adorno musical es apropiado á él, pues á pesar de las proyecciones de ópera que se le han dado, la obra tiene mucho del sabor de su esencia primitiva.

Publicamos el «duettino», de los dos niños Hansel y Gretel, página musical inspirada, en la que se revela el estilo que campea en este cuento lírico y que los «dilettanti» no dejarán de agregar á su repertorio, pues es, en verdad, precioso.

***

En cuanto al éxito alcanzado por esta deliciosa ópera, en la primera representación, poco tenemos que agregar. El público, como sucede siempre en otros casos, guardó al principio la más prudente reserva; pero, poco á poco, fué sintiéndose subyugado por aquella música salpicada de bellezas, y, al terminar el primer acto, aplaudió. En el segundo—lleno de una poesía encantadora—siguió con profundo interés y paso á paso el desarrollo de la obra, y al final, aunque sin darse todavía cuenta exacta del mérito de Hansel y Gretel, porque no basta para ello una audición, se manifestó altamente satisfecho.

El desempeño fué un triunfo para la Compañía: la Maccari caracterizó la Gretel con verdadero amor, la Belloni estuvo muy discreta en el papel de Hansel, y la Pozzi hizo una bruja irreprochable. Los demás artistas que tomaron parte en la representación, contribuyeron notablemente al buen éxito obtenido.



Los Rayos "Y"

Me había dedicado de tiempo atrás, desde que aparecieron los primeros estudios científicos acerca de esas radiaciones curiosísimas, Rayos X, Rayos Becquerel, Luz Negra y demás, que en la ciencia moderna son, seguramente, la vanguardia de asombrosos descubrimientos; me había dedicado, decía, á experimentar con estas fuerzas desconocidas, seguro de que en ninguno de los ramos de la Física y de la Química podrían ser mis trabajos más fructuosos.

Precisamente acababa de descubrir (que mejor sería hubieran permanecido en el más profundo secreto) ciertas radiaciones mixtas, que procedían tanto de una enérgica corriente eléctrica, como de una emanación luminosa, de especie poco conocida. Había yo logrado formar radiaciones que había llamado «Rayos Y», solamente por darles un nombre, pues preparaba una conferencia en la universidad local, para presentar ante el profesorado mis estudios y pedir la aprobación que vendría á ratificar mis teorías.

Los «Rayos Y» tenían, como es de suponerse, curiosas propiedades; una de ellas era la de ampliar, en cierta medida, los espacios que separan entre sí los átomos y las moléculas. Aún no había yo logrado determinar claramente cuál era el género de tales radiaciones; pero la técnica necesaria para producirlas me era muy perfectamente familiar.

Se sabe que las moléculas que forman, por su aglomeración en número infinitamente grande, los cuerpos todos de la creación, se encuentran entre sí á cierta distancia unas de otras, de manera que, comparativamente al tamaño de tales elementos, se puede decir que median entre ellas espacios tan considerables quizá, como los que median entre las estrellas y planetas que constituyen el mundo sideral.

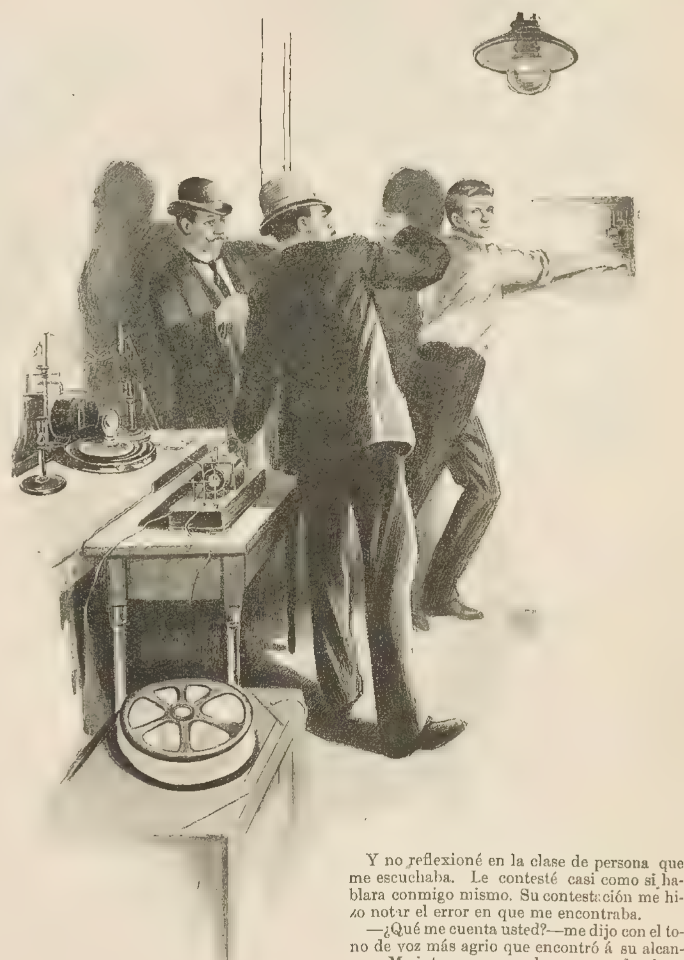
Estaba yo, tranquilamente, buscando la manera de ampliar mi descubrimiento. Había logrado ya que mediante la aplicación de los «Rayos Y», las moléculas que forman el cuerpo humano se separaran entre sí de uno á diez billonésimos de milímetro. Con esto bastaba para que, cuando el desplazamiento de las moléculas era pequeño, los cuerpos sólidos—en apariencia —quedaran dotados de la propiedad de pasar á través de los otros. Cuando el desplazamiento era suficiente, quedaban los cuerpos primero invisibles, y, además, dotados de la anterior particularidad curiosísima.

Calcúlense cuáles serían mis esperanzas, dotado como estaba del poder de ampliar los espacios intermoleculares de mi cuerpo, de tal manera que, cuando menos, pudiera yo pasar á través de los muebles, de las paredes, de cuanto cuerpo existe; pudiendo, además, hacerme absolutamente invisible cuando se me ocurriera aplicar á mi cuerpo el desplazamiento más considerable que dan mis «Rayos Y».

***

Mi amigo, el Juez Hard, se presentó la mañana precisamente en que acababa yo de perfeccionar mis aparatos productores de «Rayos Y», con objeto de tener conmigo una conferencia privada. Era el Juez Hard un mal sujeto que nadie de la comunidad apreciaba, por sus malas inclinaciones y por las intrigas que le habían abierto el paso de la magistratura, en contra de los deseos de todos sus compañeros. El objeto de su visita, según pude después comprender, era doble. En primer lugar, pretendía encontrar la ocasión de ver si lograba descubrir algún detalle que le permitiera obligarme á que lo asociara en la explotación industrial de mis descubrimientos. Además, según me explicó, le habían entregado, para su venta, un hermoso diamante y quería que, mediante mis aparatos y mi experiencia, le dijera hasta qué punto el brillante era legítimo y valioso.

Para investigarlo, dejé al Juez Hard en mi despacho y pasé, no queriendo asociarlo á mis experiencias, á mi laboratorio, que estaba contiguo. Vi, al entrar, que se encontraba un



reóstato en mal estado y que corría el riesgo de polarizarme fácilmente, sin quererlo. Para corregir el defecto de la instalación, dejé sobre un estante, de láminas de vidrio, el diamante del Juez Hard. Era una hermosa piedra de alto valor, que brillaba intensamente. Viéndolo estaba cuando, con asombro que se comprenderá fácilmente, vi que en unos cuantos segundos cambiaba de forma y de color, desprendía unas cuantas chispas y se trocaba en un fragmento de carbón, negro, insignificante......

La lámina de vidrio sobre la cual lo había yo colocado, estaba en contacto con los reóstatos que empleaba para hacer pasar mis «Rayos Y», y seguramente que, entre los efectos desconocidos de tales rayos, existían los que habían producido el cambio. Separadas un diez billonésimo de milímetro las moléculas del diamante, quedaba convertido en el pedazo de carbón que primitivamente le había dado nacimiento.

Antes de que yo pudiera evitarlo, el Juez Hard, con la impertinencia que le era característica, abrió la puerta, no queriendo por más tiempo contener su curiosidad infantil. Tal era mi malestar, mi perplejidad, que me preguntó agitadísimo:

—¿Es la piedra lo que pretenden que sea sus dueños? ¿Vale el dinero?

Y no reflexioné en la clase de persona que me escuchaba. Le contesté casi como si hablara conmigo mismo. Su contestación me hizo notar el error en que me encontraba.

—¿Qué me cuenta usted?—me dijo con el tono de voz más agrio que encontró á su alcance. Me interesan poco los rayos y desplazamientos. ¡Mi diamante, ó me veré precisado á creer que es usted un ladronzuelo vulgar!

Perdí la cabeza. Tantas emociones fuertes en unos cuantos segundos, me trastornaron. Queriendo demostrarle que no era lo que pensaba, tomé rápidamente los reóstatos de que emanaban mis «Rayos Y», y los hice pasar por mi cuerpo, y antes de que algo pudiera contestar, había yo pasado dos ó tres veces á través de las paredes. Sus ojos se dilataron maravillados, por un momento lo vi titubear; pero la mirada maligna y cruel que le era normal, volvió rápidamente á sus pupilas.

—Hermosa prestidigitación—dijo sarcásticamente. —Pero me interesa más mi diamante. Pronto; termine usted sus juegos ó llamo inmediatamente á un policía, y se ganará usted diez años de presidio por ladrón.

—Llame usted al policía—le dije;—me interesa poco ir á la cárcel, puesto que puedo salir de ella cuando quiera. Y antes de que reflexionara sobre mis palabras imprudentes, el policía estaba al lado del Juez Hard con la servil sonrisa de los débiles ante los fuertes.

—Este hombre me ha robado. Le entregué, para prueba, un grueso diamante que se niega á devolverme ahora. Bajo mi responsabilidad, preséntelo en la demarcación de policía á mi nombre.

***

Por fortuna, momentos antes de que se pre-

sentara el policía, me había hecho pasar los «Rayos Y» por el cuerpo y conservaba mis moléculas separadas en grado suficiente para pasar á través de los cuerpos sólidos, si bien quedando plenamente visible aún. En la celda de la prisión reflexioné más tranquilamente. Había cometido una gran torpeza al interesar al avaro y cruel Juez Hard en mis experiencias. Resolví salir en la misma noche de mi calabozo, ir á mi laboratorio, tomar el carbón que había quedado en lugar del diamante y restituirle su primitiva forma, mediante los «Rayos Y».

Así lo hice, esperando que fuera la noche sombría y que la ciudad estuviera dormida. Llegué á mi casa y me fué fácil despolarizar el carbón, volviendo á lucir el diamante entre mis dedos. Pero una idea tonta [el día entero había estado ofuscado seguramente] me asaltó.

Me dirigí á la casa del juez. Todo el mundo dormía. Pasé, siempre á través de las paredes y de todos los objetos que encontraba á



mi paso, hasta la alcoba de Hard. Al verme entrar, á través de los muros, Hard, que no se había dormido aún, quedó por algún tiempo atónito. Nada dijo. Me acerqué á un perchero en el que se encontraba un chaleco, y sin hablar tampoco, dejé el diamante en uno de sus bolsillos. Esperaba que al día siguiente el Juez Hard iría á la cárcel, confesaría tener la piedra en su casa y me rehabilitaría. En efecto, muy temprano lo vi ya en mi celda, usando de la facultad que le concedía su empleo de juez.

Pero en vez de pedirme excusas y de prometerme lo que yo esperaba, me dijo en tono sarcástico:

—He visto algo que no me explico, y he comprendido que es usted poseedor de alguna misteriosa fuerza que, bien explotada, nos daría una fortuna á cada uno. Voluntariamente es difícil que usted consienta en asociarme á sus experiencias y permitirme que explote industrialmente sus descubrimientos; pero tengo en mis manos su porvenir. Solamente saldrá de la cárcel en el momento en que firme un documento asociándome por igual á sus experiencias y éxitos. De otro modo, tendrá usted una condena de diez años por hurto.

—Pero—le contesté—el diamante se encuentra en poder de usted. Yo mismo lo he dejado en su chaleco.

—Lo creo; pero ¿cuenta usted con los testigos suficientes de este hecho? Porque yo, personalmente, me cuidaré bien de anunciarlo al público.

Comprendí entonces que toda mi obra, toda mi vida, mi porvenir, estaban en manos del Juez Hard, que seguramente explotaría su situación en detrimento de mi persona y de mi honor. Por otra parte, me repugnaba el pensar tan sólo lo que sería capaz de hacer el avaro, cruel, seco de corazón y criminal Juez Hard, si tuviera en sus manos mi descubrimiento. Se despidió de mí, siempre sarcásticamente.

***

No había pasado un mes cuando, por intervención del Juez Hard, á quien yo no había vuelto á ver, fuí condenado, á pesar de mis protestas, por el Jurado, que el mismo Hard presidió cínicamente. Me condenaron á los diez años de presidio que me había prometido en nuestra entrevista.

***

Toda mi vida en la prisión, circulaba en redor de un pensamiento único: encontrar la manera de rehabilitarme; pero había confiado mucho en la honradez del Juez Hard y no tenía pruebas de ningún género en su contra. Solamente me quedaba esperar un milagro. La obsesión constante me enfermó. En la enfermería de la cárcel conocí al Padre Angel. Era un verdadero sacerdote, honorable, piadoso, un hombre de bien. Me tomó cariño y, en las tardes, en cuanto terminaba su servicio en la prisión, subía á la celda en que purgaba yo una condena tan injusta.

Le conté mi historia y ni por un momento dudó de mí, sobre todo porque al mismo tiempo que le explicaba el poder de los «Rayos Y», pasaba, ante sus ojos, á través de las paredes de piedra de mi celda.

—¿Por qué, pues—me preguntó,—aún permaneces en la cárcel? Podrías salir á la hora que quisieras......

—Pero no saldría rehabilitado—le contesté.—Mi honra está por encima de mi libertad.

El Padre Angel, muy impresionado, me prometió su ayuda y quedamos en que todas las noches iría á quedarse en mi lugar, para que fuera yo á mi casa, á mi laboratorio, á perfeccionar mis descubrimientos. Así lo hacíamos noche por noche. Un día el Padre Angel me llevó mi perdón firmado por el Gobernador. Aunque le agradecía su interés por mi causa, le dije que no aceptaría nada que no fuera la completa rehabilitación de mi honra.

Discutimos y me convenció de que no por mí, sino por mis estudios y en beneficio de la humanidad, debería aceptar el indulto; pero le impuse la condición de que habíamos de trabajar juntos por conseguir mi reivindicación completa, absoluta.

***

Desde el primer día comenzamos á trabajar. Teníamos en nuestras manos los «Rayos Y», que llevados al grado mayor de desplazamiento, nos permitían hacernos invisibles. En ese estado podríamos sorprender al Juez Hard y arrancarle la confesión de que era yo inocente.

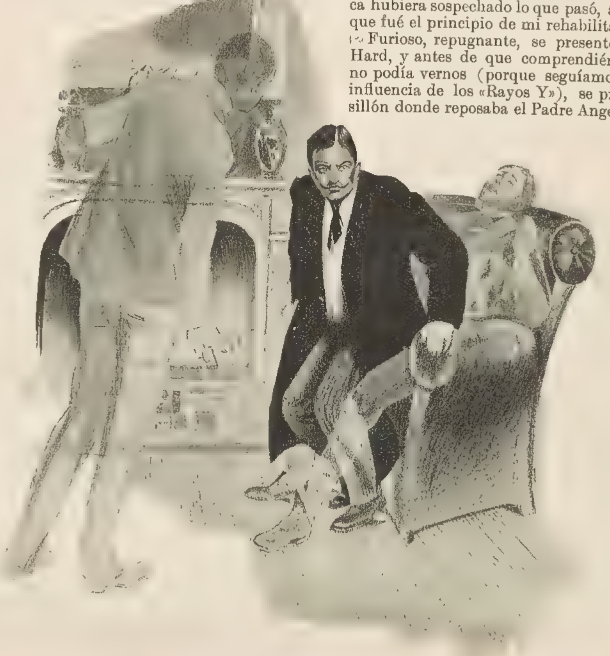
Seguimos, invisibles, por espacio de algunos días al Juez Hard en todos sus pasos, y descubrimos, en efecto, datos que nos podrían servir para llegar á confundirle por completo.

Estábamos, siempre siguiendo á Hard, en las carreras de caballos el Padre Angel y yo; vimos que Hard había apostado fuertemente por determinado caballo, no el favorito, y presumimos que hubiera cierto arreglo criminal. En pocos minutos nos convencimos de que era un robo descarado el que Hard premeditaba. Había puesto de acuerdo á cierto jockey ladrón, para que cerrara el paso al favorito cuando éste se adelantara. Es juego que muchos bribones conocen bien. Pero yo me acerqué prudentemente al favorito y le comuniqué, mediante un pequeño aparato portátil que llevaba á prevención, la facultad de los «Rayos Y». Así podría pasar por encima, por en medio, á través del que se le opusiera.

El espectáculo de Hard, indignado por la pérdida, era odioso. Contaba con la ganancia segura por su criminal proceder, y fué para él, además de una sorpresa desagradable, una pérdida fuerte; ambas bastantes para que su mal carácter se exhibiera. Minutos después, indignadísimo, se presentaba en el Club, donde le habían admitido por casualidad solamente.

El Padre Angel y yo le seguimos. Pero mi desgracia me perseguía y había de comunicarse, como mis «Rayos Y», á las personas que me acompañaran. Me distraje en el Club mientras el Padre Angel, cansado, se sentaba en un sillón de brazos, cerca del fuego. Nunca hubiera sospechado lo que pasó, á pesar de que fué el principio de mi rehabilitación.

Furioso, repugnante, se presentó el Juez Hard, y antes de que comprendiéramos que no podía vernos (porque seguíamos bajo la influencia de los «Rayos Y»), se precipitó al sillón donde reposaba el Padre Angel, sentán-





Colegio Alemán.—La fachada

dose rápidamente, creyendo que estaba vacío.

Por un segundo sus ojos se dilataron, sus narices resoplaban, mientras yo, comprendiendo lo que pasaba, grité:

—Pase usted, Padre Angel. ¡Pase usted á través de él!

Imposible. Unos cuantos movimientos más, y Hard quedó sentado en el sillón. El Padre Angel había desaparecido por completo.

***

Me retiré angustiado, pensando en suicidarme, ya que mi desgracia era tan persistente. Toda la noche pasé insomne. A la madrugada se presentó el Juez Hard. ¿Era el Juez Hard? Su mirada era dulce, tranquila su apostura. Fácilmente reconocí en su voz algo como un eco de la voz del Padre Angel. Me habló dulcemente.

—He comprendido mis errores. Mi conciencia me impediría vivir si no hubiera, previamente, rehabilitado la causa de usted. Vengo á que me acompañe á la Corte. Declararé que el brillante se encuentra en mi poder y que, sólo por un error que ahora no comprendo, he podido negarlo en el jurado. Deseo que comparta usted mis bienes, ya que ha sufrido usted tanto por mi causa, y, además de nombrarle mi heredero universal, tengo intenciones de que ante un notario declaremos ser, no solamente amigos, sino algo así como padre é hijo......

Y no sé si debo agradecer al Juez Hard ó al Padre Angel mi rehabilitación y la existencia feliz que hoy llevo.

Arreglo del Ingles para "El Mundo Ilustrado."

Inauguración del Colegio Alemán

Con asistencia del señor Presidente de la República y de los miembros más distinguidos de la colonia alemana, se efectuó el día 5 del actual la inauguración del Colegio Alemán, cuyo edificio se levanta, en terrenos de Romita, en el lugar que ocupaba el tívoli «Petit Versailles».

El terreno en que se encuentra el Colegio mide ocho mil metros cuadrados aproximadamente, y fué adquirido por la Junta Directiva del Establecimiento en treinta y dos mil pesos. Grandes árboles sombrean el edificio y desde los balcones de éste se dominan perfectamente los más hermosos paisajes del Valle.

La construcción, protegida por una reja de hierro que ve á la calzada de la Piedad, y por bardas de mampostería que la separan de los predios colindantes, se comenzó en noviembre del año pasado, después de examinar, con toda escrupulosidad, los distintos proyectos presentados por algunos ingenieros alemanes.

El edificio tiene cuarenta y un metros de frente, y está dividido en dos alas, de dieciocho metros de fondo cada una. En la planta baja se encuentran situadas siete piezas para clases, un espacioso salón de conferencias y el departamento de la dirección, y en la alta, las habitaciones privadas del jefe superior del plantel, otras piezas para clases y un salón de dibujo.

***

La inauguración se verificó á las once de la mañana, hora en que se presentó á las puertas del plantel el señor General Díaz. Los señores Barón Von Flóecker, Encargado de Negocios de Alemania, Ricardo Díener, Hugo Schérer y Julio Albert, recibieron al Primer Magistrado, conduciéndolo hasta el salón principal del Colegio. Una vez que el señor Presidente tomó asiento en el lugar de honor, después de haber escuchado el coro «Preis Lied» que un grupo de niños entonó á su llegada, el señor Von Flóecker pronunció una entusiasta alocución para dar las gracias al señor General Díaz, que honraba con su presencia al Colegio, y para encomiar su meritísima labor de gobernante. El Encargado de Negocios terminó su alocución con un ¡viva! para el señor Presidente, que la concurrencia secundó con entusiasmo.



Colegio Alemán.—Salida de los niños.

El coro de niños cantó luego nuestro Himno Nacional, y el señor General Díaz, levantándose de su asiento, correspondió á las afectuosas palabras del señor Barón, diciendo, entre otras cosas, que: "aunque el señor Encargado de Alemania había llamado fiesta familiar á la que estaba celebrándose, debía ésta considerarse mayor y de más trascendencia, porque era un acto del que debía felicitarse el país, ya que las escuelas de las colonias extranjeras difundían los elementos de prosperidad y de adelanto.

—«Ojalá—agregó el señor Presidente—que se establecieran sucursales de este colegio en otros lugares importantes de la República».

«Los alemanes han concedido siempre mucha importancia á la causa de la instrucción popular, y con mucha razón había confesado Moltke que las victorias de las armas alemanas se debían, en primer lugar, al incremento de la escuela alemana».



Colegio Alemán.—Un grupo de alumnos.

El señor General Díaz, al terminar su alocución, fué ovacionado por la concurrencia.

Después ocupó la tribuna el Presidente del Consejo de Administración, señor Diener, quien excitó á los padres de familia para que prestaran al colegio toda la ayuda de que fueran capaces. El «Himno Imperial» cerró el programa, pasando en seguida todos los invitados á uno de los salones, donde se sirvió un lunch—champagne.

ARTISTAS JOVENES

JOSE M. LUPERCIO

En este número encontrarán nuestros lectores una serie de retratos y paisajes firmados por el señor José M. Lupercio, fotógrafo de Guadalajara que obtuvo últimamente en Madrid el diploma único ofrecido por un periódico especialista al autor de los trabajos que, á su juicio, fueran más bellos y estuvieran mejor ejecutados.



Lupercio, á quien sin vacilar puede llamarse un artista, es joven aún, y por su dedicación y su talento merece que se le tenga como á uno de los mejores fotógrafos de la República. Ama á su arte con verdadero amor, y más por vocación que por lucro, se le ve siempre entregado al trabajo, á un trabajo que si mucho tiene de industrial, mucho tiene también de artístico, desde el punto de vista del buen gusto.

La obra de Lupercio no es la obra de un especialista: lo mismo se encuentran en sus muestrarios cuadros de costumbres nacionales que vistas que reproducen los más encantadores paisajes; lo mismo el retrato del personaje ó de la dama de polendas, que el del granuja ó el de la pordiosera; lo mismo, en fin la escena que se desarrolla á las márgenes del río, que la que se desenvuelve en el obscuro cuchitril del proletario: todos los asuntos pasan por su cámara, y todo sale de sus manos lleno de verdad, de esa verdad que muchos ambicionan, pero que pocos logran.



Izando la vela. (Fot Lupercio.)



Taller de Lupercio en Guadalajara.

En el paisaje, sobre todo—y esto no quiere decir que sus retratos no sean por lo regular obras muy acabadas,—Lupercio es un maestro: ahí están sus «marinas», que un pintor no desdeñaría para inspirarse en ellas: luz, conjunto, todo es digno de verse; ni una sola figura que esté fuera de su lugar; el fondo se aleja, y los grupos aparecen, no apelmazados y como puestos sobre un fondo de cartón, sino desprendiéndose de la lejanía; como debe ser, en una palabra.

En cuanto á los retratos, se advierte desde luego que el artista conoce á maravilla los efectos de contraste y que sabe imprimir á sus figuras un sello de verdadera dulzura. La cabeza de estudio que publicamos en primera plana, y la cabeza de viejo que aparece en otro lugar, justifican lo que decimos.

El triunfo obtenido por Lupercio ha sido, pues, legítimo, y ojalá que los aplausos que por él se le han tributado, lo estimulen y alienten para seguir cultivando un arte que tanto ha progresado entre nosotros.

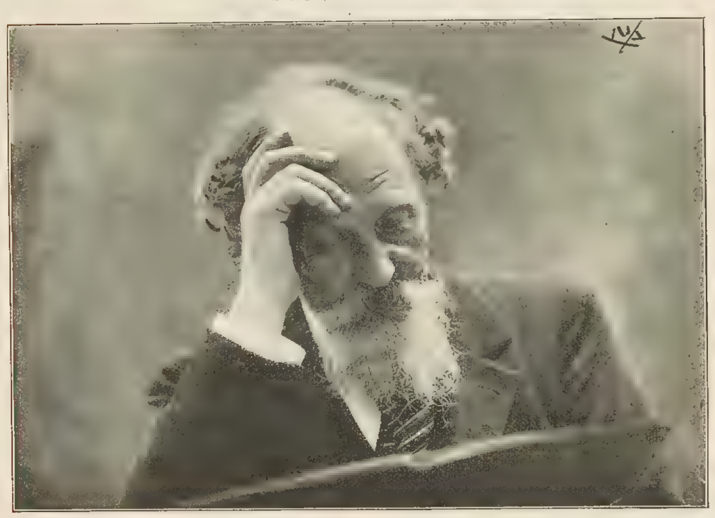


La imaginación, dejada libre, no nos da casi más que amarguras y descontentos; sólo nos da satisfacciones y placeres cuando la domina la voluntad, y la razón la obliga á trabajar con un fin.





"SALUD, PATRON. ..."



UNA LECTURA INTERESANTE.



LAVANDERAS. (Fotografías de Lupercio).

BELL

Han pasado ya algunos años y, á pesar de ello, no puedo olvidar la impresión que recibí una mañana de noviembre.

Dormía tranquilo, soñando, como sueñan siempre los pobres, en lo que nunca había de alcanzar, cuando desperté sobresaltado al oír la voz de mi hija, que me gritaba al oído estas palabras:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Bell se ha vuelto loco!

Y había tal tristeza, dolor tan infinito, tan grande, en aquella exclamación que salió como un quejido por los labios de la criatura, que, alzándola en mis brazos, tuve que consolarla con mimos y halagos, asegurándole que eso no era cierto, que Bell volvería muy pronto, bueno y sano y coloradote—¡coloradote Bell! Dios mío, qué disparate! —que ella le vería, y lo aplaudiría y lo saludaría como en otras ocasiones.

Y cuando, ya convencida, la despedí con dos besos......... ó con doscientos, porque los besos que se dan á los hijos nunca se cuentan, me quedé triste, cabizbajo, temiendo cerciorarme de la veracidad de la infausta noticia, lanzada imprudentemente por un periódico.

***

¡Bell loco! Bell el enharinado, el arlequinesco, el extravagante, el único, el insustituíble Bell, ¡loco! ¡Eso era imposible! ¡No, no podía conformarme con la idea de que sobre todos los que tenemos hijos, cayera esa desgracia!

Bell lo era todo para mi hija: con él soñaba si estaba dormida, en él pensaba al despertar, bastaba su recuerdo para hacerla reír, y palmoteaba de gusto cuando le presentábamos el muñeco en el que un «artista» ignorado había hecho la caricatura del popular clown.

Si la niña estaba enfermita y se negaba á tomar la medicina, desaparecía su rebeldía al invocar el nombre de Bell; sus caprichos infantiles, sus enojos, sus terquedades de chicuela consentida, morían como por encanto al decirla seriamente: «¡Se enoja Bell!» Entonces la niña se transformaba, se volvía dócil, consecuente y buena, y con arrumacos y coqueterías de mocosa, preguntaba:

—Papa, ¿me llevarás á ver á Bell?..... ¿Y qué hará, eh? ¿Tocará la cafetera? ¿Saltará muchos caballos? ¿Se dará de sentones?

Se le aseguraba que sí, que haría todo eso y muchas cosas más que habría inventado durante su ausencia; y, llegada la soñada noche, arañando las pocas monedas encerradas en el cajón del armario, sacrificando lo más indispensable, dejando algún objeto en manos del avariento prestamista, se reunía la cantidad necesaria para poder ocupar un lugar en la alta gradería, y allá íbamos todos, alegres, gozosos, riendo de antemano con las ocurrencias de la chiquilla:

—Si Bell me pide un beso, ¿se lo doy?

—Sí, hijita, cuantos quieras.

—¿Y él no me puede regalar otro Bell? Porque yo quiero tener un Bell en la casa.

—Pues, eso ya es más difícil; pero, en fin, veremos.

Ya en el Circo, cuando me sentía arrullado por ese tintineo de las risas frescas, cristalinas, puras de los niños, olvidaba todas mis tristezas, todas mis miserias, mis dolores todos, y, riendo, pero con un sollozo en la garganta, bendecía á aquel hombre á quien debíamos esos pocos momentos de alegría, que, desgraciadamente, los pobres no podíamos ofrecer muchas veces á nuestros hijos.

***

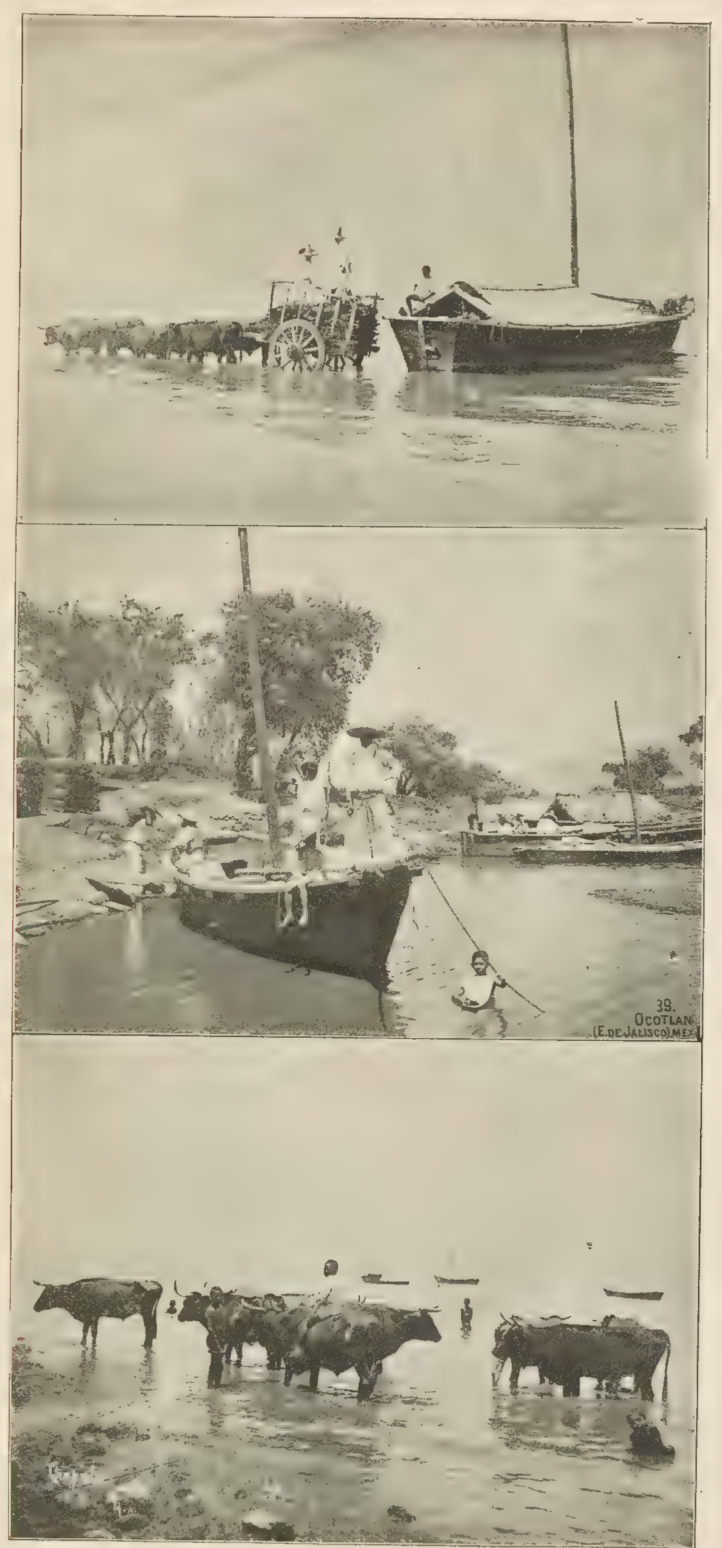
Bell loco, era Bell muerto. Y Bell muerto, significaba un vacío en el hogar. El, inconscientemente, mandaba, y reinaba y gobernaba en mi casa; ante la suya, corría avergonzada mi autoridad paterna; si ahí había trinos de pájaros, risas contagiosas, estallidos de sana alegría, á él se le debía.

Lo consideraba como al segundo padre de



Tipos Nacionales.—Indios Huicholes.

(Fotografías de Lupercio.)



Vistas de Ocotlán y de Chapala. (Fotografía de Lupercio.)

mi hija, y no me sentía celoso de esa extraña paternidad, porque, gracias á ella, había disfrutado de algunos momentos de olvido, de ese olvido que es la anestesia del dolor.

Pero ahora todo eso se iba, se había ido ya, seguramente. La desgracia nos arrebataba á ese buen amigo que robaba á mis ojos las miradas de los ojos de mi hija.

—¿Qué haremos, papá?—preguntaba la niña.—Y esa misma pregunta yo me la repetía. «¿Qué haremos?» Porque no era yo solamente, éramos muchos los que teníamos precisión de solucionar ese difícil problema.

Y al formularme la pregunta, surgía ante mi vista la extraña figura del payaso. Mas no podía imaginármelo encerrado, como lo afirmaba el periódico, allá en su casa de Guadalajara, febril, inquieto, extraviada la mirada, soñando con esas grandezas fabulescas, con esas opulencias de sultán, con esos honores regios que, se decía, constituían su delirio; no: ante mí aparecía entusiasta, locuaz, anunciándose con su estridente é inimitable carcajada, y saltando á la pista en medio de un coro de risas y de aplausos.

Como una obsesión consoladora alentaba aún la esperanza...... ¡Bell loco! ¡Si no podía ser! ¿Cómo él, el «clown,» el payaso que de todo se burló, que de todo hizo mofa y sarcasmo, iba á caer en ese ridículo delirio de grandezas inagotables? ¿Qué más grandeza que ser amado, adorado por tantas almas puras, aún no envenenadas en los pudrideros de la vida?

Estaría enfermo, eso sí podría ser cierto; y, en ese caso, deberíamos ir á curarlo, á decirle que procurase sanar pronto, porque nos hacía mucha falta. Y... otra idea: le llevaríamos á los niños. ¿No había él curado á tantos con su sola presencia en la arena del Circo? ¡Pues ahora lo curarían ellos con las caricias de sus manecitas suaves como copos de algodón, con los húmedos besos de sus bocas, con su interminable parloteo y con la sinfonía armoniosa de sus risas. Y sería hermoso, muy hermoso, verles á todos en conmovedora procesión, agitando las sedosas melenas rubias ó negras, y repicando besos, uno, dos, muchos, muchos, en los pálidos y secos labios del payaso.

Después, ya curado—porque se curaría, ¡vaya si se curaría!—nos le traeríamos por acá, á su casa, á su México, á su Circo; le pondríamos el traje bombacho de seda amarilla con «caras» de luna, redondas como platos; le pintarrajearíamos el rostro, le peinaríamos el copete; y así, como empujado por una avalancha dominadora, aparecería en la pista soltando al aire su estridente carcajada, en medio de un coro de risas, y de gritos y de aplausos.

Pero...... ¿y si la noticia era cierta?—pensaba yo.—Y entonces llegaban hasta mí, claras y distintas, las palabras de mi chicuela:

—¡Papá! papá! ¡Bell se ha vuelto loco!

***

Pasaron dos días. La niña estaba triste, con esa tristeza misteriosa de las criaturas precoces.

—Papá, ¿qué no «inventarán» otro Bell?—preguntaba.

Y al oír la respuesta dudosa, volvía á su desesperante mutismo.

Al fin, una noche en que vagabundeaba yo por la ciudad, se me ocurrió llegarme á la Oficina de Telégrafos y preguntar si se había recibido alguna noticia de Bell.

—Sí, señor; precisamente hoy remitió él un telegrama dirigido á un pariente suyo.

Indagué el domicilio del pariente y conseguí que me mostrara el telegrama, que, en resumen, decía: «Envíame dinero.—BELL.»

¡Bell no estaba loco! ¡Bell estaba más cuerdo que nunca!

....

Y esa noche hubo en mi casa cantos, risa y alegría.

Octubre 30 de 1903.

Manuel M. Panes.



Cuernavaca.—El "Parque Carmen Romero Rubio de Díaz," inaugurado el 15 de Septiembre.

Nuevo Parque en Cuernavaca

El 15 de septiembre se inauguró en Cuernavaca el Parque «Carmen Romero Rubio de Díaz», formado en uno de los sitios más pintorescos de aquella población por iniciativa del señor Gobernador del Estado, Coronel Don Manuel Alarcón.

El nuevo sitio de recreo es muy espacioso; está sembrado de frondosos árboles, que dan sombra y frescura á sus glorietas y avenidas, y cuenta con artísticas fuentes de mampostería, dotadas con bonitos juegos hidráulicos. Al pie de los árboles se ven grupos de plantas finas en forma de abultados, y sobre las pilastras de las banquetas, jarrones y otras figuras que hermosean notablemente el conjunto.

En este número damos á conocer dos fotografías del nuevo parque, á reserva de publicar otras próximamente.



Notas Extranjeras.

Se han hecho muy curiosas experiencias en la línea eléctrica de tranvías entre Zossen y Márienfelde, en Alemania: Se ha tratado de experimentar cierto sistema para la construcción de vías de este género, ideado por una casa de Berlín. La vía, los durmientes, los postes conductores del cable, los «trolleys», todo ha sido modificado para que los experimentadores pudieran atreverse á dar velocidades de ciento cincuenta kilómetros por hora. En ciertos momentos, la velocidad conseguida por el curioso carrolocomotora fué de doscientos kilómetros.

***

Se encuentran ya de vuelta en Roma los Reyes de Italia, después de su viaje á través de Francia y de su permanencia de unos cuantos días en París. Parece que aún queda un eco de las suntuosas fiestas en que el pueblo francés demostró su amistad al italiano y su estimación por el Rey Víctor Manuel y la Reina Elena.

Uno de los más suntuosos alojamientos conocidos, se dispuso para los reyes en la Secretaría de Relaciones Extranjeras.

***

Los ingleses acaban de celebrar en Egipto el aniversario de la ocupación de este territorio por las fuerzas británicas. Para celebrarlo, se repitió en el escenario maravilloso que domina la pirámide de Cheops y la Esfinge misteriosa, una parada militar, reproducción exacta de la que en 1882 hicieron las fuerzas al llegar.



Nueva locomotora eléctrica.



Desfile de tropas inglesas frente á las pirámides de Egipto.

AMOR

En la faz del marqués no se advertía
ni en su voz cadenciosa y reposada,
que un gran dolor su corazón mordía.
Era noble y tranquila su mirada,
su actitud no era humilde ni altanera,
sencillo era su porte y esmerado,
y llevaba la rubia cabellera
echada atrás con femenil cuidado.
Ocultando el enojo reprimido
que impulsaba su altivo pensamiento,
frente al rey, que escuchaba distraído,
dijo el marqués con reposado acento:
—Tan sólo vuestra gran sabiduría
dar pudiera, señor, tan buen gobierno;
¿qué mortal, sino vos, inspiraría
tanta honrada labor en vuestro reino?
Vuestro gran corazón ha iluminado
con firme claridad vuestra prudencia;
y en la austera virtud encastillado,
no turba la maldad vuestra conciencia.
De ánimo duro, como fino acero,
¿quién joya más valiosa ha conquistado?
Y siendo como vos, puro y austero,
¿qué reyes más virtud han alcanzado?
Proseguid, Majestad, por esa senda;
no dejéis que el demonio traicionero
con sus dulces halagos os sorprenda,
y torzáis vuestro juicio justiciero.

Calló el marqués. Mas, dura la mirada,
sacudiendo su altiva cabellera,
y la mano en el pomo de la espada,
prosiguió con ardor de esta manera:
—No obstante vuestra altura prodigiosa,
á vuestra honra tal vez no convendría
una acción que, liviana y bochornosa,
al reino por entero indignaría.
Vuestro alcázar esconde una cautiva;
por muros y por sables resguardada
mantenéis, Majestad, como enemiga,
una cándida niña, secuestrada.
Por su santa virtud ofrecería
entera mi fortuna, y mi cabeza;
mi propio corazón arrancaría
si fuera mancillada su pureza.
Ella encendió en mi corazón ardiente
de un vivo amor la poderosa llama;
por eso alzo mi voz triste y doliente;
mi corazón vuestra piedad reclama.
Muy pronto ha de extinguirse mi existencia
si no me oye vuestra alma compasiva;
que amengüe su rigor vuestra sentencia;
devolvedme, señor, esa cautiva.
—Comprendo, dijo el rey, que os enloquezca
la gracia de esa niña encantadora,
y que vuestra alma ese dolor padezca,
mi corazón vuestro dolor deplora.
Mas, si mi condición de soberano
otórgame el derecho de su vida,
¿qué de odioso tendría que mi mano
la tuviese en mi alcázar detenida?
—Pues vuestra condición de soberano
á vuestra alma un deber tiene prescrito:
nunca manchar vuestra gloriosa mano
con el légamo infecto del delito.
El rey cuya conducta es decorosa
no ejecuta una acción que es reprochable;
é infamar una niña pudorosa,
no es, señor, una acción recomendable.
Vencido he de salir en la porfía
y mi noble pasión será burlada;
mas siendo de vuestra alta jerarquía,
mi espada buscaría vuestra espada....
—Al punto refrenad vuestra insolencia
y el ardor de tan necia algarabía;
tan sólo ejecutarse mi sentencia
vuestra ruda altivez conseguiría.
—No obstante que mi ruego os ha ofendido
y os causan mis palabras impaciencia,
debe estar vuestro pecho condolido.

LOS REYES DE ITALIA EN PARIS.—La Reina Elena del brazo de M. Loubet.

Más os amo, señor, que á mi existencia;
si el cielo compasivo me otorgara
que en defensa del trono la perdiera,
y cien veces la vida recobrara,
otras tantas, señor, os la ofreciera.
Pero es digna mi voz y es decorosa,
pues mi nombre llevar no mereciera
si ante ofensa tan cruda y dolorosa,
sin protesta mi frente sometiera.
—Noble marqués! Jamás varón nacido
estuvo como vos encadenado;
pero amo vuestro pecho dolorido,
vuestra ruda altivez me ha subyugado.
Descendéis de muy leales caballeros;
recorre vuestras venas ardorosas
pura sangre de [illegible] guerreros
que empuñaron espadas victoriosas.
Que olvide vuestro espíritu discreto
este desliz que mi virtud deplora;
vuestra noble pasión ahora respeto,
llevaos vuestra prenda tentadora....

LUIS ANDRÉS ZÚÑIGA.



*

La más elocuente carta de consuelo que he recibido en una gran desventura, fueron cuatro palabras escritas con tinta roja por un desconocido: «Toda mi piedad».

*

Muchos hombres que tienen fama de trabajadores, no trabajan mucho más de lo necesario sino por desterrar de la mente la idea de la muerte.—E. DE AMICIS.

Las Ternuras de la Muerte

Era un pueblecito, casi una aldea; en un repliegue del monte se escondía, humilde y temeroso, como el que huye del mundo y del bullicio.

Y nadie en el mundo se acordaba de aquellas cuatro casuchas ocultas entre árboles añosos y arrebujadas, acaso para taparse mejor, con enredaderas y emparrados.

Nadie se acordaba; pero hay un ser que nunca se olvida de nada ni de nadie: en buena memoria no hay quien iguale á la Muerte.

¿A qué cita no acude? ¿Cuándo se ha retrasado? ¿A quién hizo esperar si le llegó la hora? ¡Parece imposible que en el hueco de un cráneo vacío quepan tantos recuerdos!

Pues era una tarde de invierno y la Muerte se metía presurosa por el repliegue del monte. Iba de cara al viento: un viento de esos que por venir rastreros, traen remolinos de polvo, y el polvo se le metía, no diré por los ojos, pero sí por los «cóncavos», á la vieja de las agonías. Por eso, sin duda, se le pusieron aquella tarde los «ojos tiernos», si vale la palabra. Hubo un momento en que se le metió un moscardón, que anduvo revoloteando por la pequeña caja huesosa, hasta que lo sacó con la punta de la guadaña; hay moscardones que nada respetan.

Entró al fin la Muerte en la aldea, y después, en una de sus casas más pobres, entre tantas de humildad y pobreza.

En aquella casa vivía una abuela muy vieja, con su hija, joven todavía, y con una nietecilla de pocos años.

La abuela lloraba; agonizaba la hija y á la nieta la entretenían unas vecinas.

Como que no se esperaba más que la llegada de la Muerte para que aquello acabase, y aquello acabó en cuanto entró la siniestra viajera.

Se acercó á la cama, y tenía ya tan poca vida la pobre joven, que la Muerte no hizo más que darle un beso en los labios, y el beso se confundió con el último suspiro; aquél, helado, aún tibio éste; después, helados los dos.

Se asomó la Muerte á la ventana y no se atrevió á salir de la casa; el viento era cada vez más frío, más fuerte y más polvoriento. Resolvió pasar en aquella casa la noche, se acurrucó en un rincón de la salita que comunicaba con la alcoba y se decidió á dormir; que por más que digan, á veces también echa sus sueños la Muerte. Y sus sueños son muy curiosos, alguna vez los contaré.

No cerró los párpados, porque no los tiene su descarnada calavera, pero apretó los bordes de los cóncavos, los juntó todo lo que pudo y los huecos se le llenaron de sombra: durmió. Algunas horas después despertó; porque la Muerte tiene el oído muy fino; como que es la única que oye á las almas cuando se escapan del cuerpo, á veces llorando, otras veces riendo. Despertó porque oyó un pequeño ruido.

En el centro de la sala, en el suelo, estaba en su ataúd la muerta, vestida de negro, con las manos en cruz y pálida como la cera; en los cuatro extremos, cuatro velas encendidas.

La abuela, abrumada de consancio y de dolor, se había llevado á la niña á una habitación próxima, y se había quedado dormida; ¡pobre vieja! había velado muchas noches y además la Muerte estaba cerca y alrededor de ella anda siempre el sueño.

La niña se aprovechó del sueño de la abuela, se le escapó de entre los brazos y se fué á la cama de su madre; el ruido que hizo al entrar, fué el que despertó á la Muerte.

La Muerte miró con curiosidad á la pequeñuela.

La niña llegó á la cama, se empinó cuanto pudo y miró con la cabecita á ras de las sábanas; la cama, solitaria, ante el pequeño ser se extendía como llanura helada en noche de invierno; su madre no estaba en ella.

La Muerte pensó que en la vida hay muchos desiertos, pero ninguno como aquél.

El primer desierto á que la niña se asomaba era el mayor.

Y se conmovió la Muerte algo, sin duda porque el polvo del camino le había enternecido los ojos.

Como la Muerte no tiene nervios, toda emoción en ella se traduce por crujimiento de huesos, y le crujió el esqueleto.

La niña oyó el crujido; se volvió y miró hacia la sala. Vió luces y allá se fué.

Junto á la Muerte pasó, pero sin verla; los niños no ven nunca la Muerte, aunque con ella se rocen.

En pie quedó la pobrecilla contemplando el cuerpo inmóvil de su madre.

Al pronto no la conoció; luego sí, y empezó á llamarla muy bajito.

«¡Mamá!...... ¡Mamá!»

La Muerte enderezó su esqueleto y observó.

La niña seguía llamando á su madre, pero sin atreverse á tocarla; la inmovilidad y el silencio la daban miedo.

«¡Mamá, mamá, despierta! ¡Tengo frío! ¡Déjame echar contigo!»

A la Muerte se le estremeció otra vez toda la osamenta y enclavijó las huesosas falanges de las descarnadas manos en los huesos de las secas costillas. Si hubiera tenido corazón, al corazón hubieran llegado los dedos. Pero la Muerte no tiene corazón.

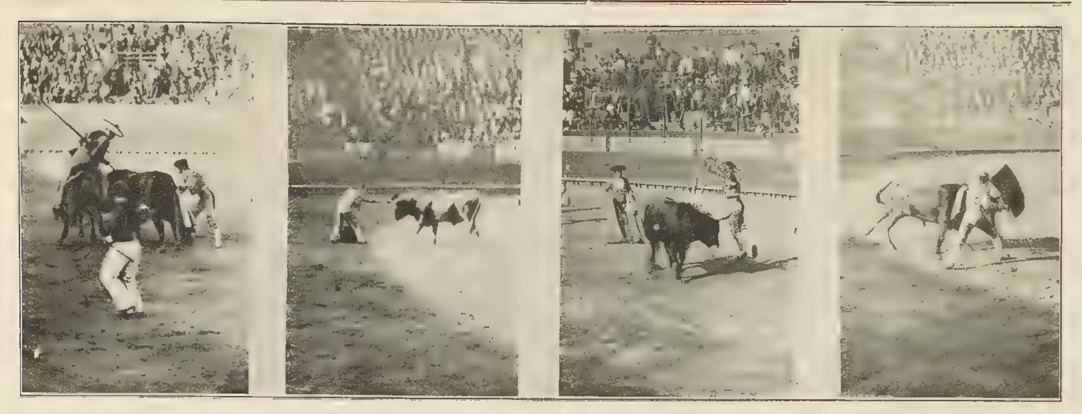
Al fin la niña se arrodilló junto al cuerpo de la madre, y con la tibia manita hizo una caricia en aquel rostro más frío que el mármol; pero la retiró con terror diciendo: «¡Fría ...... fría...... mamá; mamá...... estás muy fría!»

La Muerte, que nunca desea nada, tuvo un deseo: poder dar calor á la cara de la pobre madre para que la niña no dijese que estaba fría.

Y se empezó á restregar las manos una



NUESTRO PAIS.—Panorama de la "Barranca de Tío Roberto." (E. de Morelos.)



La última corrida en la "Plaza México:" Una vara de Reyes.—Montes "adornándose."—Un par de "Faico."—Un pase de Montes.

contra otra; pero por más que hacía, los sarmientos huesosos siempre estaban helados.

Vencida en este empeño, se puso las manos delante de la boca y en ellas echó el vaho; empeño también inútil, era vaho de sepultura en noche de nevada.

Entonces le ocurrió una idea: acercó las manos á la llama de una de las luces; pero la luz se apagó.

La Muerte se dió por definitivamente vencida; alguna vez lo ha de ser.

La niña seguía llamando á su madre con monotonía de péndola de reloj ó de corazón que late.

La Muerte abría y cerraba la boca al mismo compás. Es decir, la boca no; lo que hacía era separar y juntar en forma grotesca los dientes, como si imitando á la niña, quisiera decir también: «mamá, mamá».

Al fin la niña lloró muy bajito.

«Mamá...... mamá...... tómame en brazos ......» y procuraba separar las manos cruzadas de su madre y abrirle los brazos para que la recogiese en ellos.

Imposible: no tenía fuerza para tanto la pobre chiquitilla. Los brazos de su madre estaban rígidos; los dedos de sus manos eran clavijas de hielo.

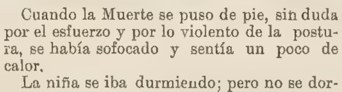
Pero esto sí estaba al alcance de la Muerte. Dar calor no puede; hacer que la Muerte abrace, eso sí.

Y se acercó al cuerpo de la pobre mujer; se inclinó sobre él; le separó los brazos como abriéndolos, de modo que no parecía sino que la madre los estaba abriendo como de costumbre...... y esperó. A la niña no se atrevió á tocarla.

Y así estuvieron: la muerta en medio; á un lado la niña arrodillada, llorando, llamando á su madre y con los puñitos en los ojos; al otro lado la muerte, arrodillada también, bajándose casi al nivel de la niña y sosteniendo abiertos los brazos de la madre. Así estuvo esperando con paciencia suma, porque nadie tiene más paciencia que la Muerte.

Al fin la niña miró; vió aquellos brazos que se abrían, y se dejó caer en ellos contra el pecho de su madre.

La Muerte, con mucho cuidado, cerró los brazos y puso las manos de la madre muerta sobre la cabecita de la niña.



Cuando la Muerte se puso de pie, sin duda por el esfuerzo y por lo violento de la postura, se había sofocado y sentía un poco de calor.

La niña se iba durmiendo; pero no se dormía del todo.

—Mamá...... ríete.... Ríete, mamá..... decía, acariciándole la cara.

La Muerte quiso reír; pero resultó una mueca horrible.

Entonces se fué al balcón y lo abrió; amanecía una mañana muy fría, pero espléndida; celajes de color de rosa; neblinas flotantes; rayos de luz.

Y pensó la Muerte: «Risas, por ahora no hay más que ésas: las del amanecer».

Pero la niña no acababa de dormir; lloraba callandito, y llorando, decía:

—Mamá...... mamá...... cántame...... cántame...... Si no me cantas, no me duermo.

La Muerte vaciló; después abrió la boca; fué un bostezo horrible, pero de la negra caverna no salió ni un sonido.

Medito un momento y se dirigió otra vez á la ventana.

Se asomó y de entre la enredadera que por ella trepaba, cogió un nido. Los pajarillos se alborotaron; el padre y la madre salieron huyendo. La Muerte puso el nido al lado, muy cerquita de la niña, y mientras los pajarillos piaban, el padre y la madre revoloteaban alrededor del nido, alrededor de la muerta, sobre la cabeza de la niña, por entre las luces agonizantes, como mariposas colosales. Y mientras volaban ansiosos, piaban y piaban, tanto, que cantaban casi.

Canto debió parecerle á la niña, porque se durmió al fin, recostada sobre el pecho de su madre, entre los brazos de la muerta, pegando su carita á aquella otra cara rígida, fría, inmóvil, mojándola con sus lágrimas.

La Muerte se inclinó; con dos de sus dedos, como con pinzas de hueso, cogió una de aquellas lágrimas.

Después salió de aquella casa, salió de la aldea y siguió por el repliegue del monte, llevándose entre las tenacillas verdosas de sus dedos la lágrima de la niña, cogida de las frías mejillas de la madre, como el ladrón que huyera llevándose una perla robada.

Dos ó tres veces se la llevó á los labios; pero no tenía labios con que recogerla.

Se la llevó á los ojos, pero no tenía ojos que humedecer.

Y al fin salió el sol; una de sus rayos fué persiguiendo á la siniestra ladrona, y á fuerza de acariciar la lágrima, la evaporó.

Cuando la Muerte sintió que entre sus dedos no había nada, dejó caer el brazo con algo parecido al desaliento, se escarbó los huecos de los ojos, como si en ellos sintiese singular picazón, con la punta de la guadaña, y siguió su camino. Y allí acabaron las ternuras de la Muerte.

José de Echegaray



VERSOS SENCILLOS.

Si ves un monte de espumas,
es mi verso lo que ves;
mi verso es un monte, y es
un abanico de plumas.

Mi verso es cual un puñal
que por el puño echa flor;
mi verso es un surtidor
que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro
y de un carmín encendido;
mi verso es un ciervo herido
que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada;
mi verso, breve y sincero,
es del vigor del acero
con que se funde la espada.

José Martí.



Un pase de "Faico."

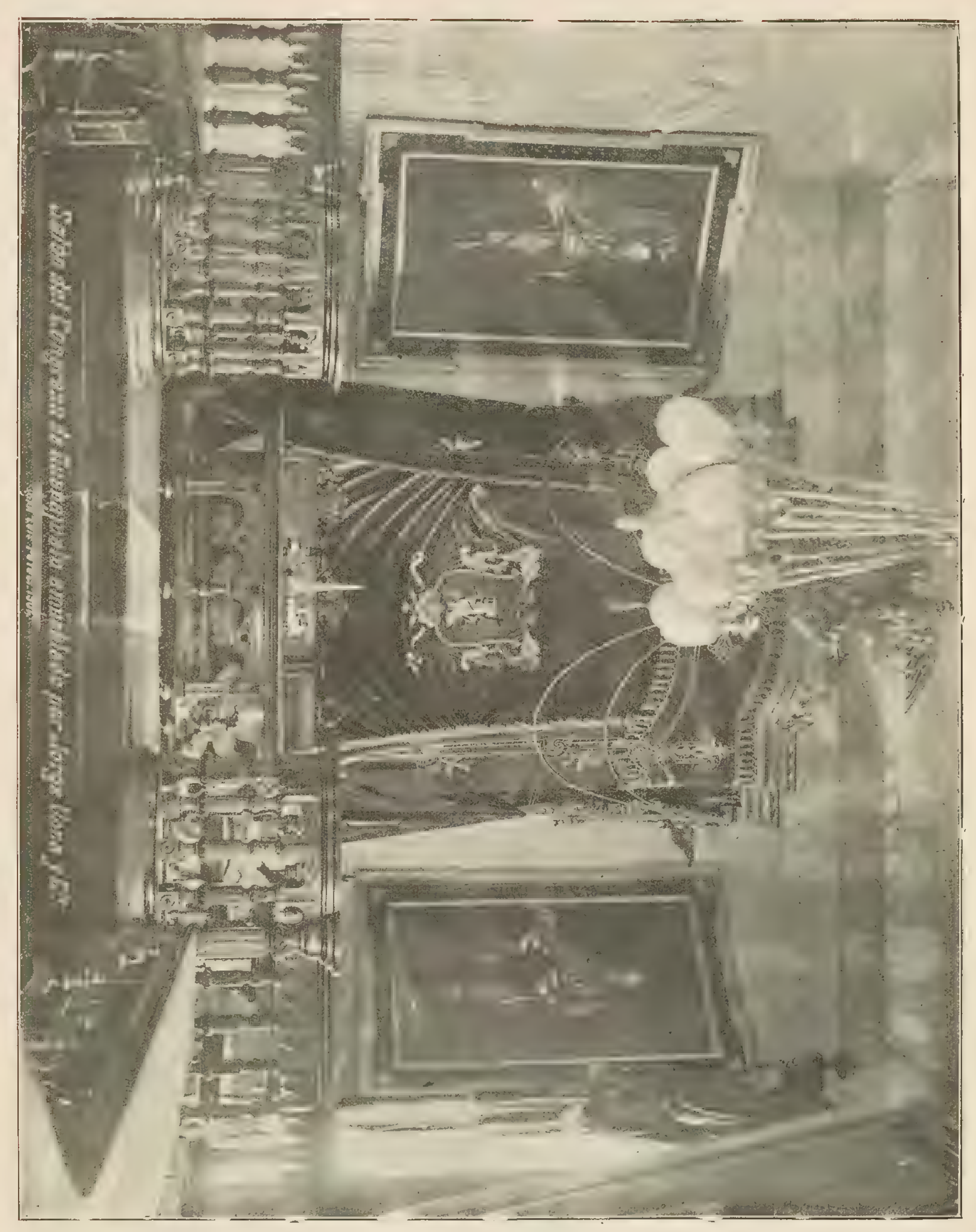


Otro pase de Montes.





Una capa de "Faico."



Eco de las fiestas de Guanajuato.

Hoy publicamos una vista de uno de los Salones del Palacio Legislativo últimamente inaugurado por el Señor Presidente de la República.

Debemos hacer constar, en honor de la verdad, que tanto el decorado como el mobiliario de todo el Palacio, han satisfecho en alto grado, así por su elegancia como por su severo estilo y perfecta manufactura, al mismo Señor Presidente y á todos los Ministros extranjeros, que estaban en la firme creencia de que eran importados de Europa.—Al informarles que todos los muebles del Palacio, sin excepción, se han fabricado en la conocida **Fábrica de Jorge Unna y Cía., de San Luis Potosí,** se apresuraron á felicitar al Señor Unna, que estaba presente, y el Señor Presidente, al saber que la Fábrica ocupa solamente obreros mexicanos, estimuló á dicho Señor á que siga en su difícil tarea de poner la industria nacional á la altura de la europea. No dudamos que así lo haga nuestro antiguo amigo de San Luis Potosí, ya tan ventajosamente conocido en todo el País.

El Mundo Ilustrado

Año X—Tomo II—Núm. 21

México, Noviembre 22 de 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem, en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Placer supremo.

(Estudio Fotográfico de Lupercio).

La Belleza Artística

El objeto fundamental del arte es la belleza; ó de otro modo: que si el artista no engendra emociones estéticas, será cuanto se quiera, santo, sabio, filósofo, ateo, pero no será ni artista, ni literato ni poeta.

El campo en que el artista ejerza su facultad creadora, no tiene límites: ¿cómo ha de tenerlos, si en todos el poder creador puso jugo de belleza y gérmenes de emoción estética? ¡Cuanto existe es bello, aunque su belleza esté obscurecida! Desde el último grano de arena hasta el astro colosal; desde el jirón de sombra de la noche al cortinaje de grana de la tarde; desde la diminuta cristalización de lo orgánico, á la cristalización semidivina del pensamiento; desde el dolor al placer; desde el amor al odio; desde la sombra de Luzbel, dibujando su pavoroso contorno en las tinieblas de lo infinito, todo es luminoso é inaccesible.

No, la facultad creadora no tiene límites ni puede imponérselos nadie. Desde la última nebulosa hasta nuestro globo; desde la piedra al hombre; desde los tiempos prehistóricos á las edades futuras; desde el cielo al infierno; vicios y virtudes; las cenagosas capas sociales y los regios alcázares; la mera imitación ó el vagaroso vuelo por las regiones ideales; la realidad más tangible y tosca, como el sueño más disparatado; ya la forma musical del verso; ya la prosa más ruda y enérgica; la mancha de color ó el trazo simple, todo es del poeta y en todas partes puede buscar la emoción estética.

Este es el derecho del artista, y para realizar tales fines, la idealidad es la única ley posible y fecunda, siquiera el crítico imponga después el debido premio de gloria y aplauso si hubo merecimiento.

Sólo un crimen puede cometer el artista, uno solo: no producir emoción estética; pero este crimen no tiene perdón, siquiera la obra sea un dechado de sabiduría ó un derroche de virtudes.

Todo se le permite al genio creador, y en todo es libre: asunto, personajes, medio; nada hay á que no pueda llegar, pero si no llega, la responsabilidad es suya. Para él son todos los derechos del código del arte; un solo deber tiene, pero su cumplimiento es ineludible.

¡La belleza! Lo que es, no lo sabemos; quizás no lo sepamos nunca; pero que la belleza es algo que "existe", que palpita en la naturaleza, y que así como la ola que llega á la playa rompe en espuma, ella al llegar á cielos y tierra rompe en hermosuras, en luces y en colores; y al llegar á las sociedades y á los individuos, infunde en las pasiones buenas y malas, hermosuras de idilio ó hermosuras de tragedia, bañándolas, ya con las alegres claridades del amanecer, ya con los rojizos ó cárdenos resplandores de la tempestad; y que al llegar al cerebro humano, tanteando por las muchedumbres cráneos de ingrata piedra y cráneos de plasticidad artística, como tantea la lava del volcán resistencias y durezas de la costra sólida de la tierra para brotar en hirvientes ríos y penachos de fuego, cuando encuentra el cerebro del hombre de genio; por él brota como sublime cráter de mármoles y bronces modelados, en lienzos encendidos de color, encantos de poetas, y creaciones mil, graciosas, bellas ó sublimes; y que al llegar al mártir, toma palabra humana, y dice así, entre dolores: ¡creo!; y que al llegar al héroe, dice, entre sangrientas victorias: ¡muero!; y que al llegar al corazón, dice, besando ideales: ¡amo!; y que al llegar á todas las juventudes, dice con todas las alegrías de la mañana: ¡vivo!; y que al llegar al borde de los sepulcros, dice al caer en medio de fantástica ronda de tristezas: ¡espero!; y que todo esto se realiza en la naturaleza, y en la sociedad y en el hombre......¡Ah! Que la belleza hace todo, esto nadie puede negarlo sin negar su propio ser, sin hundirse en la nada y aun hudiéndose en ella; que la belleza suprema fué á llenar los negros abismos de silencio y negrura del caos con las divinas palpitaciones de la creación.

José Echegaray.

No es el puñal, sino la espada, el arma de la libertad.—Chateaubriand.

*

El hombre, al declinar, gusta de rotroceder á la hermosa infancia; y las sociedades caducas, hacia un pasado que se figuran venturoso y cuerdo.—Lavisse.

*

Hay, hasta en los corazones degradados, cierta santidad y grandeza cuando se abren por primera vez a la gratitud.—Sue.

"El Mundo Ilustrado"

Participamos á nuestros lectores que á partir del primer domingo de Enero de 1904, implantaremos en este semanario mejoras de mucha importancia.

El plan que tenemos en estudio comprende diversos puntos relacionados, tanto con la parte literaria como con la parte material del periódico, y la adopción de un sistema de "primas" muy ventajoso para los subscriptores.

Como ya resuelto, anunciamos la publicación de un gran

Número de Año Nuevo,

impreso en excelente papel. Este número, que será una verdadera novedad, constará de más de ochenta páginas, ilustradas con numerosos grabados.

La Danza de Salomé

Herodes.—Salomé, Salomé, bailad en obsequio mío, os lo pido como gran merced. Esta noche estoy triste. Sí, muy triste. Al entrar aquí, he resbalado en sangre, lo que es de mal agüero, y he sentido el rumor de unas alas gigantescas...... No puedo comprender la significación de ambos hechos...... Gran tristeza me domina hoy. Bailad un poco, Salomé; os lo pido por favor. Si lo hacéis, os daré luego lo que apetezcáis. ¡Oh, bailad, Salomé! Complacedme en ello y alcanzaréis de mí lo que queráis, aunque sea la mitad de mi reino.

Salomé. (Irguiéndose.)—¿Me concederéis lo que os pida, Tetrarca?

Herodías.—No bailéis, hija mía.

Herodes.—Todo, aunque sea la mitad de mi reino.

Salomé.—¿Lo juráis?

Herodes.—Lo juro, Salomé.

Herodías.—No bailéis, hija mía.

Salomé.—¿Cómo lo juráis, Tetrarca?

Herodes.—Por mi vida, por mi corona y por mis dioses. Si me dais gusto en lo que os pido, obtendréis todo lo que queráis, aunque sea la mitad de mi reino. ¡Oh Salomé, bailad, bailad por favor!

Salomé.—¿Mantenéis vuestro juramento, Tetrarca?

Herodes.—Sí, querida Salomé.

Salomé.—¿Me daréis cuanto os pida, aunque sea la mitad de vuestro reino?

Herodías.—No bailéis, hija mía, no bailéis.

Herodes.—Aunque sea la mitad de mi reino...... Te lo daré si lo pides. ¡Oh, cómo realzarían tu belleza, Salomé, las galas suntuosas de una reina! Estarías suavemente hermosa... ¿Verdad que lo estarías? Pero qué frío hace aquí...; corre un aire sutil y helado...... ¡Ah, otra vez vuelvo á oír! ¿Por qué me persigue de tal modo ese continuo y agitado rumor de alas? Diríase que una ave negra y monstruosa se cierne sobre la terraza con formidable aleteo... ¿Pero cómo es que no puedo verla? El batir de sus alas suena en mi oído como eco de un ruido siniestro, y el aire, agitado rudamente por ellas, tórnase frío, muy frío. Mas no, no es frío; ahora es ardoroso de tal modo que parece ahogarme.

¡Oh, me falta el aliento! Rociad con agua mis manos; dadme nieve para absorberla. Desabrochad mi manto aprisa, aprisa. Mas no, dejadlo. Mi corona es la que me lastima, mi corona de rosas.

Parece como si sus flores se hayan tornado en flores de fuego, que incendian y abrasan mi frente. (Arranca de su cabeza la corona y la tira al suelo.) ¡Al fin puedo respirar!...... ¡Qué encarnados son esos pétalos! Diríase que eran manchas de sangre esparcidas por el mantel. Pero dejémonos de buscar símbolos en las cosas, porque ello amarga constantemente la vida. ¿No sería mejor decir que las manchas de sangre son tan bellas como las rosas? Sí; mejor sería compararlas á los pétalos de la flor...... Mejor sería...... Pero dejemos ahora eso. En este instante soy dichoso, muy dichoso. ¿No es verdad que tengo fundados motivos para considerarme feliz? Vuestra hija accede á bailar en mi obsequio. ¿Verdad que lo haréis, Salomé? Me lo habéis prometido.

Herodías.—No quiero que baile.

Salomé.—Bailaré en vuestro obsequio, Tetrarca.

Herodes.—Ya oís lo que dice vuestra hija; bailará en mi obsequio. Bien hacéis, Salomé, en compadecerme. Terminada la danza, no os olvidéis de pedirme la recompensa que se os antoje. Os daré cuanto queráis, aunque sea la mitad de mi reino. Lo he jurado. ¿No es verdad?

Salomé.—Cierto es que jurasteis.

Herodes.—Nunca he hecho traición á mi palabra; nunca. No soy de los que faltan á ella. No sé mentir. Mi palabra es la de un rey. El de Capadocia miente siempre, y por ello no es digno de ser rey. Es un cobarde. Además de no querer devolverme el dinero que me debe, ha llegado á insultar á mis embajadores con palabras soeces y mortificantes. Pero muerte ignominiosa le apercibe César para cuando vaya á Roma. Sí; cierto estoy de que César lo crucificará. De lo contrario, moriría también comido por los gusanos. El profeta lo ha dicho...... Y bien, ¿qué aguardáis, Salomé?

Salomé.—Espero que mis esclavos vengan con los perfumes y traigan los siete velos; luego me quitaré las sandalias. (Los esclavos traen lo pedido por Salomé y quítanle las sandalias.)

Herodes.—¡Ah! ¿Queréis bailar con los pies descalzos? Mejor, mejor. Parecen vuestros piececitos dos cándidas palomas ó florecillas blancas que se mecen en la copa de un árbol. ¡Pero qué! ¿Vais á bailar en la sangre? El suelo está manchado de sangre. No quiero que baileis en la sangre; sería de mal agüero.

Herodías.—¿Qué os importa, Tetrarca?

Herodes.—¿Qué me importa? ¡Ah! Mirad la luna; se ha puesto roja como la sangre, siguiendo la predicción del profeta. Dijo que la luna se tornaría del color de la sangre. ¿Verdad que lo dijo? Todo lo habéis oído. La luna está roja como la sangre. ¿No lo veis?

Herodías. (Irónica.)—Muy bien lo veo; así como caen las estrellas como higos maduros, ¿no es así? El sol se obscurece y tiemblan los reyes de la tierra. En verdad que todo ocurre como él dijo. Al fin el profeta ha acertado una vez. Se amedrentan los reyes de la tierra...... Vaya, volvamos adentro. Estáis enfermo. Se dirá en Roma que os habéis vuelto loco; os digo que entremos.

La voz de Yo'kanaán.—¿Quién viene de Edón y de Borra, vestido con ropas del color de la púrpura y andando con pasos de altiva majestad? ¿Por qué vuestros vestidos son de escarlata?

Herodías.—Vámonos de aquí. La voz de ese hombre me irrita. No quiero que mi hija dance mientras él grite de ese modo. Que tampoco baile, si seguís mirándola cual lo hacéis. En fin, le prohibo que baile. [Se levanta como para irse.]

HERODES.—No te levantes, esposa y reina mía, que es en vano. No me iré de aquí hasta que haya bailado tu hija. Salomé, dad principio al baile.

HERODÍAS.—No bailéis, hija mía.

SALOMÉ.—Estoy pronta, Tetrarca. (Salomé baila la danza de los Siete Velos.)

HERODES. [Cuando Salomé concluye de bailar.)—Ya veis cómo ha querido complacerme vuestra hija. Acércate, Salomé; acércate para recibir el premio ofrecido. Recompenso con larguezas á las bailadoras; pero á ti te haré mejor presente que á otra alguna. Pide cuanto quieras y te será otorgado.

SALOMÉ. (Arrodillándose ante Herodes.)—Quiero que al punto se me traiga una bandeja de plata.

HERODES. (Riéndose.)—¿En una bandeja de plata? ¿Verdad que es encantadora? ¿Y qué queréis que se os traiga en una fuente de plata, mi querida y bella Salomé, vos que sois la más hermosa entre las doncellas de Judea? ¿Qué queréis que se os traiga en una fuente de plata? Decidlo. ¿Qué es lo que queréis, Salomé?.

SALOMÉ. (Levantándose.)—La cabeza de Yo'kanaán.

OSCAR WILDE.

Muerte de un Antiguo Empleado

El día 13 del actual murió en México el señor Don Miguel Tello Alvarado, persona que durante algunos años desempeñó el cargo de Administrador Principal del Timbre.

La noticia de su muerte circuló entre los empleados de Hacienda en las primeras horas de la mañana, y la casa del finado se vió concurrida por numerosas personas que estuvieron á visitar á los deudos para hacerles presente su condolencia. En la cámara mortuoria se depositaron numerosas coronas, entre las cuales se veía una que envió el señor Presidente de la República.

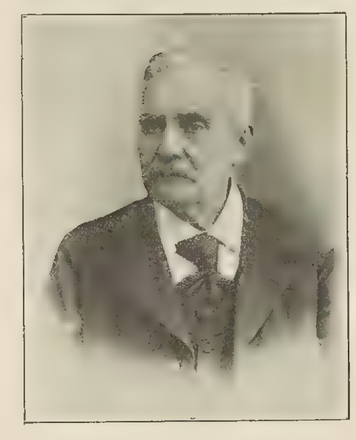
El sepelio se efectuó el día 16 en el Panteón Francés.

De Edmundo de Amicis

La frase más triste y más gentil que he oído pronunciar á un infeliz es ésta: «No tengo un solo rostro que besar».

*

La idea del porvenir es durante una parte de la vida la surgente de todas nuestras alegres fantasías, de todos nuestros más dulces consuelos; y durante la otra parte, la fuente de la más triste ansiedad, de los más negros temores.



SR. D. MIGUEL TELLO ALVARADO.
(† el 13 del corriente.)

Hacemos la segunda mitad del camino de la vida rehusando fijar la mirada en aquel horizonte en que teníamos los ojos fijos ávidamente en el transcurso de la primera. Al llegar hacia cierta edad, se va adelante con el alma malhumorada.

El Caballo de los Pobres

(DEL LIBRO "MARIONETTES")

Desfilaban alegres y alocados,
jinetes, el mayor de diez abriles,
en pequeños caballos, desplegados
en forma de escuadrones infantiles.

La dorada niñez se divertía,
y al verla el triste Juan, dándole besos
á su madre, le dijo:—¡Madre mía,
cómprame un potro de verdad, como ésos!...

Y á un rincón señalando de la alcoba
y sorbiendo sus lágrimas salobres,
ella le respondió:—¡Monta en la escoba,
que es el caballo de los niños pobres!...

MANUEL S. PICHARDO.



MI BANDERA

Que se tiendan tus pliegues protectores
sobre la entusiasmada muchedumbre,
y relata á los vientos de la cumbre
la leyenda viril de tus colores.

Resumen de mis íntimos amores
exentos de dañosa pesadumbre,
¡quién pudiera encontrar bajo tu lumbre
el alma de sus cantos redentores!

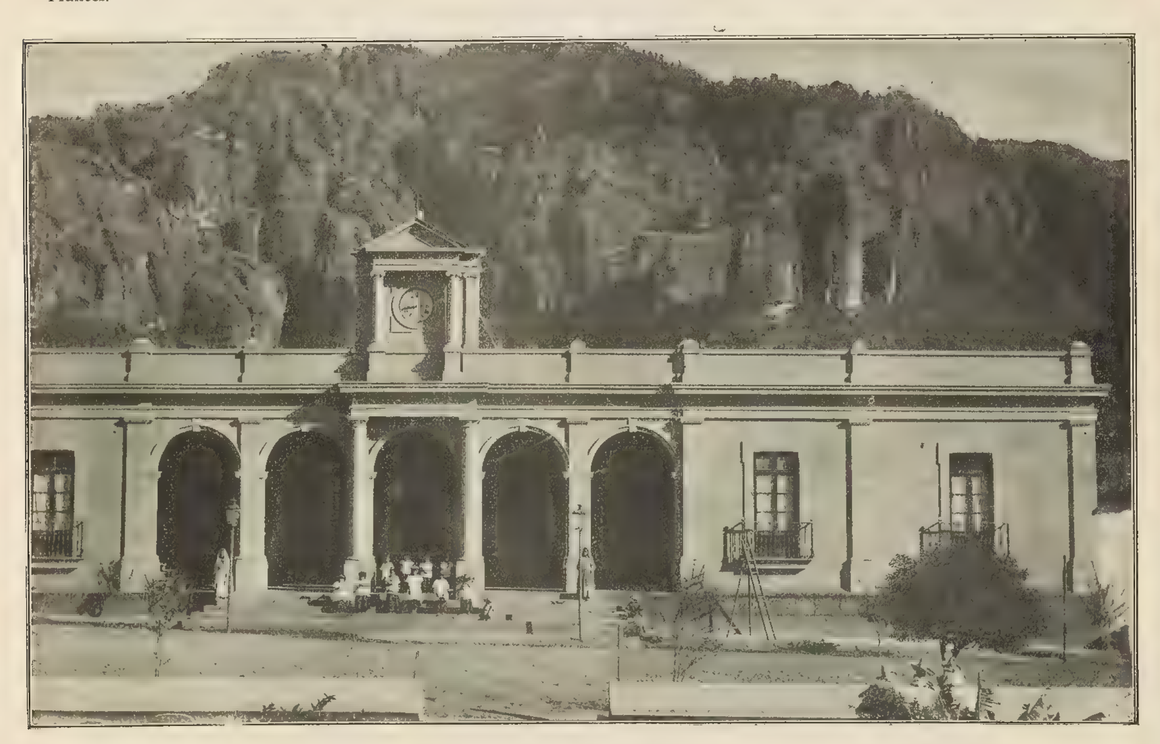
Es la quimera de mi sueño heroico
hallar la muerte en tu refugio santo,
coger mi sangre con aliento estoico,

Y crispado á los hierros de tu lanza,
trazar en las alturas de tu manto
un signo de piedad y de esperanza.

AUGUSTO C. COELLO.



No hay soberana más ciegamente acatada que la Moda, aunque á cada paso dicta leyes en contra de nuestra salud y comodidad.—AIVER.



NUESTRO PAIS.—PALACIO MUNICIPAL DE TOPOZTLÁN (E. DE MORELOS).

El Estado de Chihuahua

Hace pocos dimos á conocer en este semanario algunas de las fotografías de edificios y lugares históricos de la ciudad de Chihuahua que formarán parte del «Album-Directorio» del Estado del mismo nombre, que publicará próximamente el señor Federico García y Alba.

En este número reproducimos otras fotografías muy interesantes: dos que representan los puntos más pintorescos que atraviesa el ferrocarril de Chihuahua al Pacífico y que se conocen con los nombres de Santa Isabel y San Andrés, y una del mineral de Ocampo, considerado como uno de los más productivos de aquella riquísima región del Norte de México.

El ferrocarril termina actualmente en Miñaca, recorre los valles más fértiles y dilatados de la comarca, y es, sin duda, el único en que no se ha registrado durante todo el tiempo de su explotación ni un solo descarrilamiento.

En cuanto al mineral de Ocampo, basta el grabado que publicamos para formarse una idea de su importancia: el terreno es muy accidentado, y el caserío, dividido en dos porciones por un arroyo, presenta á la vista un aspecto tan extraño como hermoso.

A las faldas de las montañas que rodean la población, se levantan los edificios de las haciendas establecidas por las negociaciones mineras para beneficiar los metales.



MINERAL DE OCAMPO (CHIHUAHUA).

FANNY

[Anécdota de Floreal del Año II]

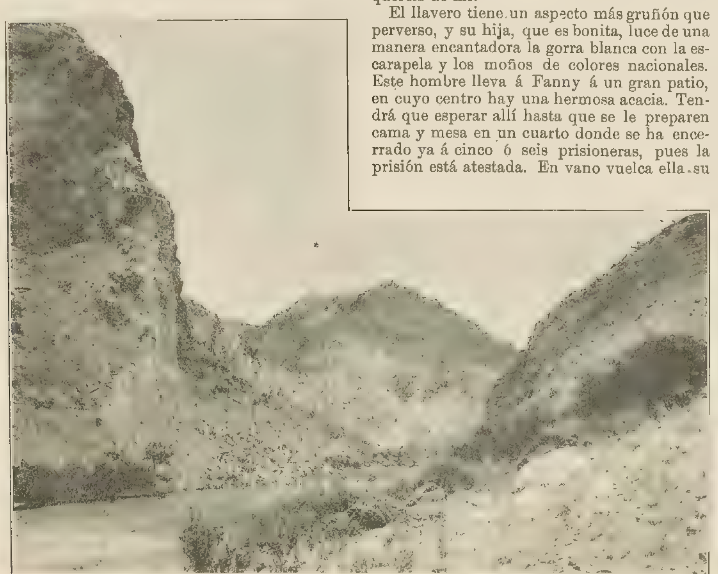
La puerta de la cárcel se ha cerrado detrás de la excondesa Fanny de Avenay, aprehendida «por razones de orden público», como dice el orden de entradas, y, en realidad, por haber dado asilo á proscriptos.

Hela ahí, dentro del viejo bastimento donde, en otro tiempo, los solitarios de Port-Royal disfrutaban en común del aislamiento, y del que se ha podido hacer una prisión sin cambiar nada

Sentada en una banqueta, en tanto que el escribano registra su nombre, Fanny piensa:

—¿Por qué estas cosas, Dios mío, y qué queréis de mí?

El llavero tiene un aspecto más gruñón que perverso, y su hija, que es bonita, luce de una manera encantadora la gorra blanca con la escarapela y los moños de colores nacionales. Este hombre lleva á Fanny á un gran patio, en cuyo centro hay una hermosa acacia. Tendrá que esperar allí hasta que se le preparen cama y mesa en un cuarto donde se ha encerrado ya á cinco ó seis prisioneras, pues la prisión está atestada. En vano vuelca ella su exceso, todos los días, al tribunal revolucionario y á la guillotina. Todos los días las comisiones vuelven á llenarla.



FERROCARRIL DE CHIHUAHUA AL PACIFICO.—UNA HONDONADA.

En el patio, Fanny ve á una joven ocupada en grabar un monograma en la corteza del árbol, y reconoce á Antonieta de Auriac, su amiga de la infancia.

—¿Tú aquí, Antonieta?

—¿Tú aquí, Fanny? Haz poner la cama junto á la mía. Vamos á tener bastantes cosas que decirnos.

— Bastantes cosas... ¿Y el señor de Auriac, Antonieta?

—¿Mi marido? A la verdad, querida, lo había olvidado un poco. Era una injusticia. El ha sido siempre perfecto para conmigo... Creo que en estos momentos está preso en alguna parte.

—¿Y qué estabas haciendo ahí, Antonieta?

—¡Chit!... ¿Qué hora es? Si son las cinco, el amigo cuyo nombre uno al mío sobre esta corteza, no es ya de este mundo, pues á mediodía ha pasado al tribunal revolucionario. Se llamaba Gesrín y era voluntario en el ejército del Norte. Lo he conocido en esta cárcel. Hemos pasado juntos horas muy dulces, al pie de este árbol. Era un joven de mérito... Pero es preciso que me ocupe de instalarte aquí, preciosa.

Y tomando á Fanny por la cintura, la llevó á la pieza donde estaba su cama, y consiguió del llavero que no separara á las dos amigas.

Estas convinieron en lavar juntas, desde la mañana siguiente, el piso de su cuarto.

La comida de la tarde, servida mezquinamente por un figonero patriota, se tomaba en

común. Cada prisionero llevaba su plato y su cubierto de madera (estaba prohibido tenerlo de metal), y recibía su ración de puerco con coles. En esa mesa grosera, Fanny vió mujeres cuya alegría la sorprendió. Como la señora de Auriac, todas ellas estaban peinadas con esmero y lucían trajes nuevos. En vísperas de morir conservaban el deseo de agradar. Su conversación era galante como sus personas, y Fanny se enteró en breve de las intrigas de amor que se armaban y se desarmaban bajo cerrojo, en esos patios sombríos, donde la muerte aguijaba al amor. Entonces, presa de una perturbación indecible, sintió un gran deseo de apretar una mano entre las suyas.

Se acordó de ese que la amaba y al que ella no se había dado, y un pesar, tan cruel como el remordimiento, desgarró su corazón. Lágrimas ardientes como el deleite rodaron por sus mejillas. A la claridad de la lamparita humeante que alumbraba la comida, observaba á sus compañeras, cuyos ojos brillaban de fiebre, y pensaba:

—Todas vamos á morir juntas. ¿Por qué razón estoy yo triste y está turbada mi alma, cuando, para estas mujeres, la vida y la muerte son igualmente leves?

Y lloró toda la noche, tendida en su jergón.



FERROCARRIL DE CHIHUAHUA AL PACIFICO.—UN PAISAJE.

***

Veinte largos días monótonos han transcurrido pesadamente. El patio adonde las amantes van á buscar el silencio y la sombra, está desierto esa tarde. Fanny, que se ahogaba en el aire húmedo de los corredores, va á sentarse en el montículo cubierto de césped que rodea el pie de la vieja acacia, cuyo ramaje da sombra al patio. La acacia está florecida y la brisa que la acaricia sale de ella toda embalsamada. Fanny ve un cartel clavado en la corteza del árbol, debajo del monograma grabado por Antonieta. Lee en ese cartel los versos del poeta Vigée, prisionero como ella:

«Aquí, más de un corazón exento de crimen, de sospecha, víctima dócil, al pensar en el amor, gracias á las ramas de un árbol protector, olvidaba su pena. El fué el confidente de sus tiernas alarmas; más de una vez fué bañado en lágrimas.

«Vosotros á quienes tiempos menos duros traigan á este recinto, respetad, proteged este árbol generoso. El consolaba la pena, disipaba el temor; bajo sus hojas se era feliz».

Después de leer estos versos, Fanny se quedó pensativa. Volvió á ver mentalmente su vida dulce y tranquila, su casamiento sin amor, su espíritu amigo de música y de poesía, absorbido en la amistad, grave, sin perturbaciones; luego, el amor de un caballero que la había envuelto sin alcanzarla y que ella comprendía mejor en el silencio de la prisión. Y al pensar que iba á morir, se desconsoló. Un sudor de agonía le subió á las sienes. En su angustia alzó sus miradas ardientes al cielo, lleno de estrellas, y murmuró, retorciéndose los brazos:

—¡Dios mío, devuélveme la esperanza!

En este momento, un paso leve se acercó á ella. Era Rosita, la hija del llavero, que iba á hablarle en secreto.

—Ciudadana —le dijo la linda muchacha, —mañana á la tarde, un hombre que te ama, te esperará en la Avenida del Observatorio con un carruaje. Toma este lío que contiene vestidos parecidos á los míos; te los pondrás, en tu pieza, durante la cena. Tú eres de mi estatura y rubia como yo. En la sombra, pueden tomarnos á la una por la otra. Uno de los guardias, que es mi novio y al que hemos hecho entrar en el complot, subirá á tu pieza y te llevará la cesta con que yo voy á buscar las provisiones.

«Bajarás con él por la escalera que conduce á la portería de mi padre. De ese lado la puerta no está cerrada ni custodiada. Hay que evitar solamente que mi padre te vea. Mi novio se pondrá de espaldas contra el vidrio de la portería, y te hablará como si fuera á mí. Te dirá: «Hasta luego, ciudadana, y que no seáis tan mala». Tú te irás tranquilamente á la calle. Al mismo tiempo yo saldré por la puerta principal, y las dos nos reuniremos en el coche que va á llevarnos».

Fanny bebía, con estas palabras, los efluvios de la naturaleza y de la primavera. Con todas las fuerzas de su pecho, henchido de vida, aspiraba la libertad.

Veía, saboreaba su salvación por anticipado. Y como á esto se mezclaba una idea de amor, se puso las dos manos sobre el corazón,



ARTISTA.—(COLECIÓN PELLANDINI).







ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.—TALLERES DE HERRERÍA, FUNDICIÓN Y CARPINTERÍA.

para contener su dicha. Pero, poco á poco, la reflexión, poderosa en ella, dominó al sentimiento. Fijó en la hija del llavero una mirada atenta y le dijo:

—Mi querida niña, ¿por qué razón te sacrificas así por mí, á quien no conoces?

—Es—la respondió Rosa, olvidándose de tutearla—porque vuestro amigo me dará mucho dinero cuando estéis libre, y yo me casaré entonces con Florentino, mi novio. Como veis, ciudadana, por mí es por quien trabajo. Pero me alegra más salvaros á vos que á cualquiera otra.

—Te doy las gracias, hija mía, pero ¿por qué es eso?

—Porque vos sois muy bonita y porque vuestro buen amigo sufre mucho lejos de vos. Quedamos arregladas, ¿no es así?

Fanny extendió la mano para tomar el lío de ropas que Rosa le ofrecía.

Pero, encogiendo inmediatamente el brazo, dijo:

—Rosa, ¿sabes que si nos descubrieran, eso sería la muerte para ti?

—¡La muerte!—exclamó la muchacha.—Me dais miedo. ¡Oh, no! no sabía.

—Y agregó, tranquila ya:

—Ciudadana, vuestro buen amigo sabrá esconderme perfectamente.

—No hay ningún refugio seguro en París. Yo te agradezco tu sacrificio, Rosa, pero no lo acepto.

Rosa se quedó estupefacta.

—¡Os guillotinarán, ciudadana, y yo no me casaré con Florentino!

—Tranquilízate, Rosa. Puedo prestarte servicios sin aceptar lo que me propones.

—¡Oh, no! Eso sería robar el dinero.

La hija del llavero rogó, lloró, suplicó por largo tiempo. Se arrodilló y asió la orilla del vestido de Fanny.

Fanny la rechazó con un ademán y volvió la cabeza. Un rayo de luna iluminaba la calma de su hermoso rostro.

La noche era risueña, pasaba una brisa. El árbol de los prisioneros, sacudiendo sus ramas olorosas, esparció pálidas flores sobre la cabeza de la víctima voluntaria.

ANATOLE FRANCE.



En la Escuela de Artes y Oficios

El jueves de la semana pasada se efectuó en la Escuela de Artes y Oficios la inauguración de una nueva planta de fuerza motriz y de algunas máquinas instaladas últimamente en los talleres del establecimiento.

Al acto concurrieron los señores Ministro de Justicia, Lic. Don Justino Fernández, y Subsecretario de Instrucción Pública, Lic. Don Justo Sierra, así como otras personas de representación que fueron invitadas por el señor Director de la Escuela, Ingeniero Manuel F. Alvarez.

Puesta en movimiento la maquinaria, el señor Ministro y sus acompañantes recorrieron los departamentos de carpintería, herrería y galvanoplastía, á fin de examinar los distintos trabajos ejecutados por los alumnos. Estos trabajos, que forman una interesantísima colección, estaban colocados de manera que fácilmente pudiera apreciarse su perfecto acabado.

Los invitados visitaron también el taller de fundición, donde se efectuó un «lance», y después de retratarse en grupo, pasaron á uno de los principales salones, donde se sirvió en su obsequio un lunch-champagne.

El señor Ingeniero Alvarez pronunció, al presentarse el señor Ministro en el taller de carpintería, una alocución que fué escuchada con mucho interés.

En este número publicamos fotografías de algunos talleres del establecimiento.





ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.—CALDERA DE LA NUEVA PLANTA DE FUERZA MOTRIZ.

DESQUITE

Había fijado su residencia en Italia un español que se decía riquísimo. Como es natural, fué pronto presentado á todas las familias de la sociedad elegante, llegando á ser el blanco de cuantas madres tenían hijas casaderas.

La condesa Mariatto figuraba entre aquéllas, y aunque su hija Ninetta, enamorada de un pobre artista, no quería contraer relaciones con el nabab español, tanto pudo la madre, que al fin consiguió desposarla.

Don Pedro Sandoval parecía el más dichoso de los hombres y manifestaba su pasión por la hermosa Ninetta regalándola continuamente preciosas joyas, con las que pretendía ganar el corazón de la joven prometida, que se mostraba tanto más abatida y pesarosa cuanto más se acercaba el día de su boda.

Una noche, Don Pedro la hizo el presente de un espléndido collar de esmeraldas. Ninetta, después de haberlo atentamente examinado, preguntó sonriendo á su prometido:

—¿Cuánto valdrán?

—Para mí, no valen nada—respondió el español con humorística arrogancia.—En mi país empiedran las calles con esmeraldas. Sólo en Italia he visto que sean apreciadas por las mujeres.

Al día siguiente, el nabab, como de costumbre, fué á casa de Ninetta, pero Ninetta no estaba.

Preguntó por ella y la condesa le contestó:

—Ha salido hace rato á hacer unas compras con la doncella y no me explico su tardanza.

La doncella volvió, pero sola, y entregó al español una carta, que éste leyó en alta voz. Decía así:

«Señor:

«Para usted las piedras preciosas no valen nada; para mí son una fortuna que me permite ir muy lejos de Italia con el hombre á quien amo y al que he consagrado toda mi vida.

«Por lo demás, el perjuicio que le ocasiono es insignificante, y en cambio le queda el consuelo de haber contribuído á levantar con piedras, para usted inútiles, el edificio de mi futura felicidad.—NINETTA».

La Condesa lanzó un grito de desesperación y el español una ruidosa carcajada.

—¿Tenéis valor para reír?—exclamó la madre enfurecida.—¿Tomáis á risa la fuga de mi hija, que os ha abandonado y estará deshonrada para siempre?

—Tranquilícese usted, señora—respondió el español con la mayor indiferencia.—Por mi parte no iré á denunciarla ni á pedir su captura. El viaje de los fugitivos no puede ser largo, y el edificio levantado en la imaginación de su hija vendrá pronto á tierra, dando al traste con sus ensueños de ventura. ¡Todas aquellas piedras...eran falsas! Ahí tiene usted por qué me río. ¡Estoy desquitado!

Carolina Invernizio.



Frecuentemente, la felicidad que se pretende dar á los niños, los convierte en desgraciados para todos los días de su vida.—SAND.

*

El gusto es el pudor del espíritu.—GIRARDÍN.

*

Sin las leyes de analogía, convertiríanse los idiomas en agregados monstruosos.—AIVER.

*

La instrucción es un cultivo; la educación, un injerto.—ROMILLY.

*

Las más veces, nuestra primera obra literaria cae como piedra en el agua.—MARGUERITTE.

*

Para sacar provecho de nuestros vicios, se los llevamos á los salvajes; inoculamos nuestras peores enfermedades á los animales, para curárnoslas á costa suya: ¡cuán desapiadado es el egoísmo humano!—VALTOUR.

La Maga de mis Sueños

Dulce tormento de la vida mía,
hondo misterio de mi edad primera,
galana luz de mi esperanza guía,
lozana flor que en el jardín floreces
de mi tierno y ardiente sentimiento,
que con las alas ¡ay! del pensamiento
por esa inmensidad te desvaneces
como una virgen cándida, amorosa,
sobre tu blanco pecho me adormeces
ó tus labios de rosa
acarician mi frente con un beso.
El mágico embeleso
de tu suave voz hiere mi oído,
y el eco repetido
de tu cantar me halaga.
¡Qué quimérica y vaga
es la nube que encubre tu hermosura!
Que te miro doquier se me figura;
pero tú huyes, la esperanza mía
llevándote contigo,
y arrancando del seno de tu amigo
en un suspiro toda su alegría.

¿Quién eres que en las alas de mi mente
te remontas al cielo?
¿Por quién el pecho siente
el continuo desvelo
que me atormenta con dolor impío?
¿Quién eres, di, fantástica señora,
infierno, beatitud, noche y aurora
del corazón enamorado mío?

Eres quizás la rápida esperanza,
que, con tus alas de esmeralda vivas,
vas más ligera que el alado viento;
que retratas mi dicha en lontananza,
en medio de las hondas fugitivas
del mar del pensamiento?
Sí, yo te vi flotar sobre la ola
de la mar agitada,
aérea y vagarosa,
y en esa inmensidad perdida y sola,
derramaba tu frente enamorada
una luz misteriosa.

En la rica y amena patria mía,
de sus frondosas selvas en lo esquivo,
á veces de repente te veía,
y tu mirar altivo
ó tu dulce mirar el alma hería;
y tu revuelta falda,
blanca, leve, flotante,
se solía rozar con mi vestido,
y al desaparecer, de tu guirnalda
una flor me dejabas odorante,
que de ella te se había desprendido.

¡Oh veleidosa maga,
cuya beldad el corazón halaga!
¿Eres del corazón primer latido,
ó postrer sentimiento?
¿Eres mi amor sin esperanza acaso,
ó mi deseo rudo y violento?
¿Eres un sol que se hunde en el ocaso
para nunca volver, ó de la aurora,
el luminoso aliento,
que el cielo alumbra y el vergel colora?

JUAN VALERA.

*

El tiempo, que tantas cosas embota, á menudo no hace en el hombre otra cosa que aguzar las asperezas del carácter.—VALTOUR.



ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.—MAQUINARIA DE LA CARPINTERÍA.

CUERNAVACA.—PARQUE "CARMEN ROMERO RUBIO DE DÍAZ."

El "Parque Carmen Romero Rubio de Díaz"

Dimos cuenta en nuestra edición anterior de que el día 15 de septiembre había sido inaugurado en Cuernavaca, con el nombre de «Parque Carmen Romero Rubio de Díaz», un nuevo sitio de recreo.

Ampliando nuestra información gráfica referente al citado parque, publicamos ahora una fotografía en que aparece uno de los más hermosos puntos del bosque que se aprovechó en su formación, y otra en que se ve parte de las obras de cantería que constituyen las fuentes y banquetas.



CUERNAVACA.—"PARQUE CARMEN ROMERO RUBIO DE DÍAZ."

MADONA

Sobre la cuna, la agonía;
junto á la cuna, la madona,
y algo de trágico y sombrío
en el silencio de la alcoba.

Por el postigo entra en la estancia
un leve soplo de la fronda,
y un triste rayo que se filtra
de luz de luna melancólica.

Un Cristo extiende macilento
en la pared su vaga sombra,
con su mutismo de madera
extraño al hipo que solloza.

El eco errante de un allegro
desgrana el vuelo de sus notas,
como reclamo de la vida,
como demanda poderosa;

Y del allegro el vuelo errante
dice á la pálida madona,
algo de trágico y sombrío,
algo que el alma le destroza.

Por el postigo, con el rayo
de luz de luna melancólica,
un leve soplo, soplo aleve,
taimado fíltrase en la alcoba.

Después, dolientes estertores,
un cuerpecito que reposa,
y al llamamiento, vivo, ansioso,
ni un débil soplo que responda.

Sobre la cuna, nieve y cera,
junto á la cuna, la madona,
y en el misterio pavoroso... .
¿cuál es la flor que se deshoja:
la tierna almita que se apaga
ó el alma herida que solloza?.....

FEDERICO UHRBACH.



Notas Extranjeras

La lucha contra el alcoholismo.—Las "Brimades" en la Escuela Politécnica Francesa.—El secretario de Estado de Pío X.—Nuevo teatro en Londres. El Arte Indio.

La lucha contra el alcoholismo va progresando, lentamente si se quiere, pero con tal firmeza, que es cosa sencillísima profetizar triunfos no muy lejanos á los que dedican sus esfuerzos y su dinero á impedir la degeneración de la raza y la muerte del individuo, intoxicado con el volátil principio de las uvas. El alcohol, desde que en los siglos medios fué descubierto, ha sido objeto de discusiones largas, tenaces, exageradas en un sentido ó en el contrario; quizá haya sido la causa de muchos tremendos dramas, no ya por su acción tóxica sobre el cuerpo humano, sino por la férvida confianza que inspiraba aun á los sabios, hace todavía poco tiempo, á encomiar el principio sutil y maravilloso que los alquimistas franceses, hiperbólica y mentirosamente, llamaron «Agua de la Vida» (Eau de vie).

Cada día que pasa, pierde el alcohol uno de los escasos méritos que la ignorancia, no otra causa, le ha atribuído por miles de años. Es



«EL ALCOHOL MATA.»

el alcohol uno de los enemigos peores, no de esta ó de aquella raza, no de un pueblo, sino de la humanidad entera. Hace cien años, apenas si se distinguía algún caso en el que no fuera útil el aguardiente; hace cincuenta, se creía en las virtudes curativas de tal líquido; ahora se niega rotundamente, con demostraciones científicas, claras, contundentes, que tenga alguna influencia sobre el cuerpo humano, que no pertenezca totalmente al grupo de las calificadas como nocivas.

Y la lucha antialcohólica se propaga, casi con la rapidez con que se propagó, hace siglos, el uso del aguardiente. Dura es la labor que se han impuesto sus apóstoles, y para apreciarla, basta pensar en que no existe raza alguna, aun de las menos civilizadas, que no tenga algún procedimiento propio para extraer el alcohol de cuantas plantas azucaradas encuentra á su alcance. La lucha será larga quizá, pero los resultados son inmediatos en pequeña escala, y lo serán en grande, no hay que dudarlo. La conservación de la existencia es un instinto en el hombre, y es á este instinto al que hay que acudir para que los frutos sean mejores.

La campaña antialcohólica se ha extendido, en diversas formas, por el mundo entero, comprobándose que los métodos indirectos de represión, son los que dan en el caso mejores resultados.

Si le prohiben á un alcohólico que beba, podrá ser que prometa hacerlo así, con la firme y sincera convicción de que ha de cumplir su promesa; pero todos los alcohólicos, sin excepción, son enfermos de la voluntad. Aunque lo quieran, es de tan escaso poder su propia volición, que los hechos se les imponen con la abrumadora fuerza de las cosas inertes.

Los médios que hablan á la imaginación y que, sin prohibir al ebrio que beba, le divierten, le sugestionan (aprovechando precisamente la voluntad, enferma por el vino), son los mejores. En el último Congreso Antialcohólico, celebrado en París, por ejemplo, fué presentado un cuadro que, bajo el título de «El Alcohol Mata», representa á un infeliz presa del delirio en la sala del hospital, ante la desolada y angustiosa expectación de la mujer y de los hijos pequeños. El cuadro vive, habla, y se ha aprobado el proyecto de hacer una edición enorme, en colores, copiando dicha tela, para popularizar los rasgos del ebrio enfermo. Nuestros lectores verán en este número una copia.

***

La Escuela Politécnica de Francia, es uno de los establecimientos que mayor honra y prez dan á la nación gala. Por dondequiera, en el mundo, en los sitios en los cuales se hace alguna obra científica, se oirá pronunciar el nombre de algún antiguo alumno de tal escuela. La corporación lleva á la fraternidad; los miembros de la Politécnica se reconocen y aman dondequiera que la vida los haya llevado. Y en este feliz resultado influye, seguramente, la serie de «brimades» que saludan al «nuevo» cada año, al abrirse una vez más las cátedras.

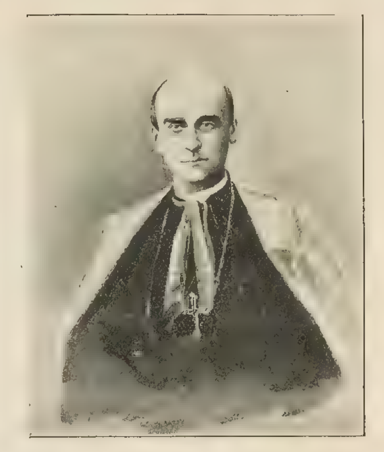
La «chuela», al que ingresa á un plantel de instrucción, es cosa universal, inherente á la juventud misma. Lo mismo en México que en Rusia, en los planteles de enseñanza que tengan internado, se repetirán las bromas, las eternas bromas obligatorias que hacen reír á los que las dan, y quizá más á los que las reciben.

La farsa se multiplica, es proteica y satírica; pero siempre inocente, sin fondo alguno de maldad. En esto difiere la manera de «ver chuela» de un estudiante, de la manera de embromar de un hombre: ésta siempre deja un amargo sabor después de la broma; aquélla es fugaz como una sonrisa.

Por orden del Ministerio de Guerra francés, hace algunos años fueron prohibidas rigurosamente las bromas en la Escuela Politécnica. Los cadetes obedecieron, á regañadientes; pero inmediatamente surgió una protesta unánime, no solamente de los «nuevos», sino de los antiguos alumnos, de los profesores, de los exalumnos, muchos de ellos en altos puestos oficiales. Todos censuraban al Ministerio, todos querían que se restableciera el régimen antiguo. Y las «brimades» se restablecieron, si no con el consentimiento, sí con la tolerancia del Ministro.



FRANCIA.—UNA "BRIMADE" EN LA ESCUELA POLITÉCNICA.



EL CARDENAL MERRY DEL VALL.

***

Después de larga espera, cuando ya se creía que el Papa Pío X habría de quedar despachando los asuntos de Estado, personalmente; cuando ya se había hablado de cuanto candidato se conocía, creyéndoles á todos los favorecidos, se supo, no sin cierto estupor, en los círculos bien informados, que Monseñor Merry del Vall era el nuevo Secretario de Estado papal. Este nombramiento ha sido bien recibido, pues Vall ha desempeñado por largo tiempo, interinamente, tal empleo, y parece ser un eclesiástico de los que más comprenden la política del actual Papa.

Damos el retrato del nuevo Secretario de Estado. En el primer Consistorio Público que celebró el Papa, fué impuesto el sombrero rojo de los cardenales, entre otros cinco, al citado eclesiástico.

***

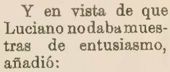
Honrado por la presencia de Sus Majestades británicas, se ha inaugurado en Londres el nuevo teatro de «La Gaité» con la representación de una obra de gran aparato, «La Orquídea».

Es el teatro de «La Gaité» uno de los más antiguos de la capital inglesa; pero acaba de sufrir una restauración absoluta, que parece le ha dado un aspecto hermoso, á la vez que ha quedado muy cómodo para los espectadores. La compañía es de variedades, y, por esta circunstancia, la presencia de los Reyes de Inglaterra ha llamado más la atención, pues, habitualmente, los Soberanos se presentan sólo en la ópera.

***

El arte indio, misterioso, arcaico, lleno de poesía, priva en estos momentos en Londres, después de largo tiempo de dominación inglesa en la India. Parece raro que hasta hoy se fije la atención de los conocedores de las primorosas obras del arte indio. Llama la atención, en grado sumo, en Londres, la curiosa tapicería que reproducimos, hecha toda á mano, con sedas y lanas de muchos colores, hasta el grado de aparecer como un cuadro pintado al óleo. Representa un «Matrimonio entre Nobles» y ha sido ofrecido á uno de los príncipes

de la Casa Real por una sociedad que comercia en artefactos indios. Es un verdadero primor y un modelo del arte exótico de los brahamanes.



El Tío de América

I

Daban las siete en las iglesias de la ribera derecha, y el viento levantaba el polvo de las calles.

Luciano Jachere, jefe de negociado en el ministerio de Agricultura, permanecía en su casa á consecuencia de un catarro y mataba el tiempo hablando con su adorada consorte Catalina.

El matrimonio gozaba de una felicidad perfecta, si ésta existe en la tierra.

Pero, no; esa dicha no existe, y si los Jachere podían creer lo contrario, ahí estaban los Chaudarvine para desengañarlos.

¿Quiénes eran los Chaudarvine? Pues los vecinos de los Jachere.

Allí estaban en la misma casa, en el piso de enfrente que correspondía al mismo descansillo.

Eran unas malas personas que se daban tono con sus excelentes relaciones, con su fortuna y con su inmoderada vanidad.

Molestaban sin cesar á sus vecinos, y principalmente aquel día, en que Luciano Jachere tenía necesidad de descanso.

Los Chaudarvine preparaban una magnífica comida.

El perfume de las salsas y de las delicadas carnes invadía la casa y se filtraba por las rendijas de las puertas.

—Indudablemente, los Chaudarvine reciben hoy á varios artistas y exministros—dijo Jachere.

—No estás en lo cierto—contestó Catalina. —Hoy esperan á un tío que acaba de llegar de América.

—¿Tienen un tío en América?

—Sí.

—¿Pero todavía hay tíos de esa clase?

—¿No recuerdas que infinidad de veces nos han hablado de su tío Sebastián, un tío á quien no han visto jamás y que hace cuarenta años salió de Francia sin un céntimo en el bolsillo? Dicen que hoy posee más de un millón de dollars y que nuestros vecinos son sus únicos herederos.

Luciano guardó silencio, cuando de pronto llamaron á la puerta. Como Luisa, la criada, no iba á abrir, el mismo Jachere corrió á hacer sus veces.

II

El buen hombre estuvo á punto de caer en tierra, impulsado por un individuo alto y grueso que se precipitó sobre él, diciéndole:

—¡Soy el tío Chaudarvine!



ARTE INDIO.—UNA OBRA DE TAPICERÍA.

Y en vista de que Luciano no daba muestras de entusiasmo, añadió:

—¿Vive aquí Pablo Chaudarvine?

Una idea maquiavélica brotó en el cerebro de Jachere.

—Sí, tío, pase usted. No sosegábamos desde que usted nos anunció su llegada.

—¿Y cómo sigue tu mujer?

Por toda contestación, Luciano le condujo al comedor, donde madame Jachere estaba encendiendo unos candelabros.

—¡Ven, Catalina, ven á abrazar al tío Sebastián!—gritaba Luciano con toda la fuerza de sus pulmones.

Catalina no volvía de su asombro; pero Luciano le guiñó el ojo y ella se dió al momento por entendida.

—Vamos, Catalina, dale un abrazo al tío.

—¿Pero te llamas Catalina? Yo creía que te llamabas Elisa.

—Sí—contestó Jachere sin vacilar,—se llama Elisa, pero en la intimidad la llamamos Catalina.

Madame Jachere se arrojó en brazos del tío y exclamó:



LONDRES.—UNA REPRESENTACIÓN EN EL "GAIETY."

—Sí, querido tío, Luciano me ha hablado mucho de usted.

—¡Cómo!—dijo Chaudarvine.—¿Te llamas Luciano? Yo creía que te llamabas Pablo.

—Sí, soy Pablo en sociedad; pero mi mujer me llama por mi segundo nombre. No sé por qué, nunca ha querido llamarme Pablo.

Madame Jachere hizo preparar una excelente comida.

El tío estuvo encantador y habló extensamente de su fortuna y de los medios de que se había valido para obtenerla.

Relató la historia de su vida desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Había fundado en Cincinati un establecimiento colosal para la matanza de cerdos y la fabricación de grasas alimenticias. Su fortuna era enorme.

Después pidió informes acerca de la familia y preguntó por su primo Matías.

Luciano contestó que Matías había muerto.

Esto fué la señal de una horrible matanza.

A cada pregunta del tío Chaudarvine acerca de cualquier individuo de la familia, contestaba Luciano invariablemente:

—¡Ha muerto!

El primo José, la tía Mónica, el sobrino Policarpo, fueron enviados sin más ni más al otro mundo.

El tío Chaudarvine que, al parecer, se mostraba curioso y anhelaba tener detalladas noticias de los suyos, se convenció de que no le quedaban ya más parientes que los sobrinos con quienes hablaba.

Después preguntó á Luciano quiénes eran los vecinos del descansillo, en cuya casa se oía gran ruido de platos.

—Unos majaderos, llenos de vanidad y profundamente odiados por todos cuantos habitamos esta casa.

Pero había llegado el momento decisivo. Luciano había madurado un plan de campaña y sólo faltaba empeñar con vigor el combate.

Sebastián Chaudarvine se prestó á ello, dejando que la conversación fuera á parar al terreno político y económico.

En las últimas elecciones americanas había sostenido á los bimetalistas. Luciano Jachere se declaró inmediatamente enemigo de tales teorías.

El tío era proteccionista impenitente. Luciano le confesó que había considerado siempre á los proteccionistas como unos imbéciles y malos patriotas.

La discusión se enconó de un modo terrible, y aunque Catalina arrojó sobre aquel mar el aceite de la concordia, no tardó la escena en adquirir las proporciones de un espantoso tumulto.

El tío se puso en pie, rojo de indignación, y devolvió injuria por injuria.

Después cogió el sombrero y el bastón y se dirigió hacia la puerta, lanzando con voz de trueno su último anatema:

—¡Os desheredo por miserables y villanos!

III

Los Jachere no respiraron con tranquilidad hasta que el tío Sebastián hubo desaparecido de la calle.

Después se arrojaron uno en brazos de otro para celebrar la victoria y la burla hecha á sus vecinos.

A los pocos días, los Chaudarvine recibían una carta del Havre.

El tío Sebastián les anunciaba lacónicamente que regresaba al Nuevo Mundo y que los desheredaba.

Los Chaudarvine no han averiguado jamás la causa de tan extraña determinación.

MAURICIO DANGREAUX.



Día de Campo en Santa Fe

En obsequio del señor Prefecto Político de Tacubaya, Lic. Ramón Pérez Solís, se efectuó, en días pasados, en el bosque de Santa Fe, un día de campo al cual concurrieron algunas de las familias principales de aquella ciudad y numerosos caballeros.

Durante la fiesta, que se prolongó hasta las primeras horas de la noche, reinó entre los invitados la más franca animación.

Antes de emprender el regreso, los concurrentes se retrataron en grupo, colocándose en uno de los sitios más hermosos del bosque.





SANTA FE.—LOS CONCURRENTES AL DÍA DE CAMPO.

LOS ANCIANOS

¡Cuán tristes y mudos pasan los ancianos
de cabellos canos
y trémulas manos!
¡Cuán tristes y mudos! ¡La melancolía
de su faz sombría,
recuerda la angustia con que muere el día!

¿Qué rudos dolores
ó qué sinsabores
sus frentes sellaron con sello de horrores?
¿Fueron peregrinos
de ignotos caminos
sin meta, ó esclavos de negros destinos?

¡Ensueños amados
tal vez no cifrados,
intensos deseos jamás alcanzados
ó el ávido asedio
de un mal sin remedio,
colmaron sus almas de sombra y de tedio!

¡En su fe sincera,
sanguinaria y fiera
sus dientes enfermos hincó la Quimera!
¡Pobres los ancianos
de cabellos canos,
de faces terrosas y trémulas manos!

Baña sus miradas
ya casi apagadas,
la sombra que lanzan las cosas pasadas.
¡Placeres veloces,
delirios precoces
y vagos perfumes de lejanos goces!

¡Y van lentamente!......
Turbada y silente,
buscando la tierra se inclina su frente;
pero á su tristeza
se une la belleza
que el Invierno pone sobre su cabeza!

El recuerdo anima con luz extrahumana
su pupila arcana,
y en ella la Vida con la Muerte hermana;
y el Dolor, verdugo que culpas redime,
en su faz imprime
¡del rostro de Cristo la bondad sublime!

Jerónimo J. Reina.



Demasiado pronto nos desengañamos siempre de las ilusiones que constituyen nuestra dicha.—Valtour.

*

Secretos hay que se vuelven más pesados comunicándolos.—Legendre.



NUESTRO PAIS.—CANAL ENTRE RANCHO NUEVO Y HORNOS (E. DE MORELOS).

El Mayorazgo de Lord Thorny

VIVIA en Escocia, allá por los primeros años del siglo que pasó, un pobre herrero, herrador de caballos y aun veterinario, que, cansado de morirse de hambre en las ciudades, marchó para los pueblecillos de la montaña, en uno de los cuales llegó á fijarse, levantando entre las cuatro paredes de una ruina medioeval una fragua, un cuarto, con honores de habitación, y un pequeño corral para las bestias que asistía. Esto era todo.

Pero por haber residido en las ciudades, era más ilustrado de lo que la mayoría de los



campiranos lo son. Hablaba con más desenvoltura y se veía frecuentemente consultado, en las interminables disputas de los plebeyos, acerca de temas triviales. Además de esto, por sus antecedentes, era el herrador apodado «Lord Thorny».

En realidad se llamaba Thorny, pero el apodo le honraba, y, lejos de indignarse, lo aceptó, llegando á ser conocido en varias leguas á la redonda más como Lord Thorny que como Thorny el herrador.

Y sucedió que nuestro albéitar notó durante un invierno que sus doce hijos eran una carga demasiado dura para sus espaldas de sesenta años. Pensó largo rato cuál sería la más correcta solución al conflicto, y sólo llegó á decidirse al ver que su hijo mayor, el Mayorazgo de Lord Thorny, tenía veinte años y era un mocetón robusto, capaz de muchas cosas.

Desde que se fijaron en el pueblo, era el Mayorazgo perseguidor tenaz de las doncellas. Tenía cierto arte para convertir sus andrajos en ropas presentables, y como se lavaba, se peinaba y movía el cuerpo de cierta manera muy poco común al andar, resultaba seductor á los ojos inocentes de las mozas.

Pero á Lord Thorny no le era agradable la existencia de su retoño, máxime cuando comprendía que ya era tiempo de que ayudara á sufragar los gastos de catorce personas. Le llamó tiernamente, y haciendo uso de toda la retórica aprendida en su vida citadina, le convenció de que debería dedicarse al aprendizaje de un oficio. ¡Un oficio!

El Mayorazgo, por primera vez, juzgó que su padre, el oráculo del pueblo, Lord Thorny, no tenía razón. Y determinó marchar á la ciudad para conquistar una buena plaza en la vida, plaza que le permitiera seguir lavándose y peinándose, y vistiendo al gusto de las mozas.

Así lo hizo. El pobre Lord Thorny había economizado muchos consejos, era lo único que podría poner en el morral del aventurero Mayorazgo; pero la madre supo encontrar, en alguna media vieja olvidada hacía tiempo, unos cuantos peniques, que entregó llorando al hijo mayor.

***

Y con la bendición de sus padres y unos cuantos peniques, el Mayorazgo de Lord Thorny entró á Dublín, ciudad que le atrajo, porque en sus ensueños de grandeza, había tenido una visión, y era en Dublín precisamente donde los acontecimientos de tal ensueño se desarrollaban.

Vagó por algunas horas por las bonitas calles de la ciudad, que jamás se imaginó fuera tan grande; vagó, hasta que al anochecer comprendió que en Dublín sería absolutamente imposible que permaneciera á la luz de la luna durante la noche, y buscó, por ende, donde alojarse.

Entonces comprendió que era el dinero cosa que valía mucho. Por el solo hecho de alojarle, hubo posada en la que pedían tres ó cuatro veces el total de los peniques ahorrados por la pobre madre. Poco á poco, fué saliendo hacia los suburbios y en uno de ellos encontró posadero que quisiera recibirle casi gratuitamente. Bien que su cuarto no tenía cama, ni sillas, ni mesas ni nada, aceptó, ya que tan cara era la vida en la capital de Irlanda.

A la mañana siguiente, el Mayorazgo de Lord Thorny había pensado mucho, había dormido poco, y había llegado á determinar su situación. Resueltamente era preciso que en unos cuantos días, menos de los siete que forman la semana, se encontrara ya colocado. Para más no alcanzaban los peniques que llevaba bien atados en el bolsillo.

Resuelto al fin, salió á la calle, en la que muy pocas personas transitaban; pero de entre ellas hubo una que detuvo perplejo al Mayorazgo de Lord Thorny. Era una muchacha de quince abriles, hermosa hasta donde puede soñarla un joven de veinte años. Iba por la calle en medio de cuatro ó cinco mozas, sus criadas seguramente. Llevaba el cabello suelto, como una ancha ola de oro, sobre las espaldas. El hijo mayor de Lord Thorny, cuando hubo visto en qué palacio entraba la doncella, acercóse á un paseante y le dijo, señalándole la casa:

—¿Quisiera decirme quién habita ese palacio?

—El Alcalde de Dublín—contestó el interpelado.—Y la que ha pasado la puerta en estos momentos, es su hija única. El Alcalde es el hombre que más figura en esta ciudad y es también el más rico de ella.

El Mayorazgo no necesitó mayores datos. Inmediatamente pasó á una tienda de novedades. En ella compró, casi por el valor total de sus dineros, una docena de pañuelos de seda, y con el resto un frasco de fino perfume de rosa.

Se quedó sin dinero, sin el dinero necesario para comer siquiera ese día; pero inmediatamente se apostó en la esquina de la calle en que ocupaba prominente lugar el palacio del Alcalde. La doncella, que se había fijado en el interés que despertó á su paso en el mancebo, estaba en la ventana. Al verla, el Mayorazgo de Lord Thorny pasó por enfrente, y al llegar á la esquina, sacó uno de sus pañuelos perfumados, se limpió el calzado, y lo tiró como un trapo sin valor. Era el primero de los doce pañuelos que representaban toda su fortuna.

No pudo menos de fijarse la hija del Alcalde en este hecho. Minutos después volvió á pasar el Mayorazgo, se limpió la frente y largó el pañuelo exactamente como lo había hecho antes. A la quinta operación idéntica, muchos pilluelos, mujeres del pueblo y mendigos, seguían al Mayorazgo para recoger los pañuelos de seda. La hija del Alcalde envió una criada á que recogiera también lo que el muchacho tiraba, y al propio tiempo se informara de su nombre, su estado y su fortuna,



que debería ser enorme, á juzgar por su conducta.

La criada recogió uno de los pañuelos, y el Mayorazgo, que la había conocido, se dignó decirle:

—Me llamo Andrés y soy el «Mayorazgo de Lord Thorny». Decidle á vuestra ama que he venido á Dublín á pasearme por algunos días, y que puedo disponer de algunos minutos para verla.

Volvió la criada con su pañuelo y con sus datos. La doncella, aunque no se encontraba presente su padre, creyó fuera descortés no recibir al Mayorazgo de un Lord, y le pasó re-

cado, rogándole que subiera la escalera y se dignara reposar unos cuantos momentos, mientras llegaba su padre y podía presentarle.

No se hizo esperar el Mayorazgo y entró á la casa, dejando en la puerta buen número de pordioseros, pilletes y obreros que, al oír su nombre, comenzaron á discutir si sería Lord Thorny, el Canciller del Reino, ó solamente uno de los Ministros de Estado. Los que habían recogido pañuelos de seda los enseñaban ante las miradas envidiosas de los demás, y eran éstos argumentos decisivos contra la opinión de los restantes.



Quedó, entre el grupo de los que esperaban, decidido que era Lord Thorny, cuando menos, el Privado del Rey; que Dublín recibiría de la visita del Mayorazgo beneficios crecidos. ¡Ya el primer día había gastado una docena de pañuelos de seda y un gran frasco de perfume de rosa!

***

Entretanto, el Mayorazgo charlaba alegremente con la doncella. Le explicó que por disgustos personales con sus hermanos, había salido á pasear por el reino entero, y que permanecería algunos meses en Dublín; y que su padre era conocido en todo el mundo. Llegó, por fin, el Alcalde, que se regocijó mucho de la presencia del ilustre «Mayorazgo de Lord Thorny» en su ciudad, y le rogó permaneciera en su casa durante los meses de su visita. Se negó el Mayorazgo; pero ofreció volver en pocos días á visitar la casa. El Alcalde y su hija (especialmente su hija) quedaron muy agradecidos. Ya al despedirse, el Mayorazgo afirmó que tenía una cabeza loca, que olvidaba hasta el bautismo, que había dejado en su alcoba el bolsillo y que necesitaba cien libras esterlinas.

Se apresuró el Alcalde á ofrecerle quinientas, de las cuales tomó sólo las que había pedido, y repartió á todos y cada uno de los criados que le salieron al paso, una libra esterlina. Otro tanto hizo con los que le esperaban á la puerta.

***

Menos de una semana había transcurrido y ya todos los vecinos afirmaban que era una verdadera bendición para el pueblo la presencia del Mayorazgo de Lord Thorny; que era un guapo mozo; que dilapidaba el dinero (había vuelto á olvidar la bolsa en su alojamiento y había condescendido con el Alcalde, que le ofreció mil libras), y que la muchacha que llegara á interesarle, haría un matrimonio envidiable.

Las amigas dieron celos á la hija del Alcalde, mostrándose muy alegres y algo coquetas con Andrés. El Alcalde conferenció largamente con su esposa, previendo el caso [que deseaban ardientemente] de que el Mayorazgo de Lord Thorny les honrara pidiendo en matrimonio á la doncella.

Y no pasó mucho tiempo sin que Andrés hablara de amor á la muchacha y ésta quedara ebria de orgullo, noticiándoles el caso á sus amigas á la mejor oportunidad. Los padres quedaron tan orgullosos como la doncella, y entonces Andrés decidió pedirles la mano de la niña.

Se precipitaron á concedérsela, temerosos de que se arrepintiera cuando reflexionara que el Alcalde, aunque autoridad, no era demasiado rico ni noble, y que la dote de la muchacha era solamente de cincuenta mil libras, reunidas penique á penique, con dificultades enormes.

Se fijó la fecha para la boda; las amigas invadieron la alcoba de la hija del Alcalde, para cerciorarse de que la boda sería efectiva, viendo la canastilla que se iba formando.

Paseaban el Mayorazgo de Lord Thorny y su prometida por las avenidas de Dublín, cuando un cochero salpicó de lodo á la doncella. Indignado Andrés, castigó al descuidado con una recia bofetada.

—Perdóneme Dios—dijo éste;—pero no es vuestra señoría un caballero.........

A la vuelta, la muchacha se fijó en lo que había dicho el cochero y consultó con sus padres. El Alcalde mandó buscar al automedonte y le preguntó el porqué de su dicho.

—Si fuera un caballero noble, me hubiera golpeado con su bastón. Solamente los plebeyos pegan con el puño.

Entonces reflexionaron los padres. Se fijaron en muchos detalles hasta entonces inadvertidos, y decidieron que un mozo, de toda confianza, partiera en el momento hacia Lúmsdale, sitio donde residía Lord Thorny.

En la madrugada siguiente salió á matacaballo el mozo de confianza. Pero no se fijaron el Alcalde y la Alcaldesa en que era precisamente uno de los que habían recibido las libras esterlinas de las reparticiones que el Mayorazgo había hecho.

***

Por el camino iba preguntando el mozo á todos los campesinos que encontraba: «¿quién



conoce á Lord Thorny?» Pero todos reían en sus barbas, porque en todas partes se sabía que en muchas leguas á la redonda ningún noble residía. Por fin fué acercándose á la residencia del herrero, y entonces los interrogados contestaban:

—¿Lord Thorny? Un poco más abajo. A la derecha de la parroquia, en la herrería. Es un buen sujeto, aunque muy pobre.

El mozo llegó á la herrería. Lord Thorny precisamente se disponía á cenar un plato de maíz machacado del Canadá; por mesa tenía el mismo yunque; el cielo, tachonado de estrellas, aparecía por en medio de los grandes agujeros del tejado; sentado sobre sus mismos talones, devoraba silenciosamente su jigote.

El mozo del Alcalde esperó á que hubiera terminado y entonces se acercó solicitando que le herrase su caballo. Terminado su alimento frugal y cuando hubo arreglado el precio, tomó un gran vaso de té negro de Rusia. En seguida se lavó las manos en una fuente de piedra de recinto, en la que mojaba los fierros para herrar.

Después de herrado su caballo, el mozo no tuvo más que volver á Dublín, pensando en lo que debería decir á sus amos, porque no quería engañarlos, ni le convenía tampoco indisponerse con un joven que daba libras esterlinas á los que le salían al paso.

Cuando llegó á Dublín, le dijeron el Alcalde y la Alcaldesa, al propio tiempo:

—¿Cuenta, qué es lo que has visto? ¿Es tan rico Lord Thorny como nos lo hemos supuesto por el desprendimiento de su Mayorazgo?

La doncella también le hacía preguntas y más preguntas. Por fin, el mozo tomó resuello y les dijo:

—Desde que me acerqué á cien millas de la residencia de Lord Thorny, todos aquellos á quienes preguntaba, hacían gestos expresivos.........

—Ya se ve—dijo la Alcaldesa,—es un gran señor muy conocido.........

—Cuando hube llegado—continuó el bellaco,—tuve la buena suerte de encontrar á Lord Thorny en persona. A nadie le era permitido estar en la misma pieza en que él se encontraba preparándose á cenar.........

—Eso indica que es todo un caballero—dijo el Alcalde, satisfecho.

—Era tan alto el cielo de la estancia, que lo juro, «no hay hombre que pueda medirlo». Unas cosas luminosas brillaban en él, de manera que la luz era completamente inútil. Cenaba cosas «que han traído barcos desde puntos lejanísimos». El asiento sobre el que estaba sentado, no lo compra ningún dinero [eran los propios talones del herrador]. Cuando hubo terminado, se lavó las manos en una fuente «que diez hombres no pueden levantar...»

No le dejaron concluir. La boda se hizo suntuosamente. Las amigas envidiaban ostensiblemente á la muchacha. Sólo faltó quien envidiara al «Mayorazgo de Lord Thorny».

Arreglo del inglés para "El Mundo Ilustrado."



POMPA

Llora cuando se apaga en el Oriente
Del mundo espiritual la eterna aurora,
Cuando el arca que dichas atesora
De la cristiana fe, seque su fuente.

Cuando con paso tácito y doliente
La muerte con su faz aterradora
A tu feliz hogar llame á deshora
Y en ciprés funeral orne tu frente.

Mas si la pompa de cristal, que sube
Vistosa por el aire, desbarata
La mentida virtud de sus colores,

Si vase al reventar torva la nube
De tu dulce prisión el ave ingrata;
Por cosa así, tan baladí, no llores.

FELIPE TEJERA.

HACIA EL OLVIDO.

Con rumbo hacia el olvido partió la misteriosa
Galera del ensueño; sus remos eran de oro,
Y en el azul ambiente, cual imperial tesoro,
Alzábase el velamen de púrpura radiosa.

Gemían en las jarcias su cántiga quejosa
Las plañideras ráfagas en sibilante coro,
Mientras hendía el casco magnífico y sonoro
Las adormidas aguas en marcha silenciosa.

Muy larga era su ruta; tan larga, que era acaso
La misma que emprendieron con taciturno paso
Los pálidos viajeros por el ideal perdido.

Y bajo el claro día, bajo el nocturno cielo,
Prosigue la galera con su perpetuo anhelo
De anclar en las remotas riberas del olvido!

JUAN AYMERICH.



«PLAZA MEXICO.»—SALIDA DE LA CUADRILLA.



ACHAQUITO MATANDO.



MACHAQUITO OVACIONADO.

TOROS

La nota saliente de la temporada ha sido la presentación en la «Plaza México» del notable matador Rafael González, «Machaquito».

La corrida no fué ciertamente de lo mejor que se ha visto por acá; pues con decir que el ganado no reunía, ni con mucho, las condiciones necesarias para dar un buen juego, está dicho que la faena de los diestros no fué tampoco ni sombra de lo que se esperaba. Sin embargo, «Machaquito» se distinguió en las suertes de capa, y como matador, demostró ser valiente. En la misma corrida se presentó «Bebé Chico», otro matador cuyas habilidades estuvieron muy lejos de dejar complacido al público.

En este número encontrarán los taurófilos algunas instantáneas de la corrida y una fotografía del exterior de la plaza, hecha á la llegada de la concurrencia.

SICILIANA

El clown y el acróbata eran inseparables: eran coetáneos, compatriotas y amigos de la infancia. Tuve ocasión de conocerlos en los Circus de Bolonia, y puedo asegurar que nunca he visto una escena tan terrorífica como la que ellos representaban.

Después de unas cuantas habilidades, diestramente ejecutadas, pero ni muy nuevas ni muy notables, el acróbata trepaba al techo del circo.

Era un joven bien formado, robusto y vigoroso, de facciones regulares, ojos expresivos y cabellos abundantes y rizados. Se llamaba Paolo, y era el tipo perfecto del italiano meridional.

El clown se llamaba Giovanni. Este, aunque tan esbelto y agraciado como el otro, era, en la escena, un pobre diablo corcovado, derrengado y patizambo, con una cara más horrible que grotesca. Aparecía siempre con la nariz pintada de negro; y como el resto de su cara era una gruesa capa de albayalde, esa nariz negra hacía, á la distancia, un efecto macabro y repulsivo.

Durante la primera parte de la representación del acróbata, el clown se limitaba á hacer los gestos más horrorosos y las contorsiones más extravagantes, ó pretendía imitar, con el éxito más desgraciado, las proezas atléticas de su compañero. Pero cuando éste trepaba al techo del circo, el papel que el clown desempeñaba entonces, era serio é importante, terriblemente importante.

Subía á su vez á un tablón ancho, suspendido horizontalmente de sus extremos por dos gruesos cables que colgaban del techo. Y entonces el acróbata se precipitaba cabeza abajo desde aquella altura vertiginosa, con el cuerpo rígido, los brazos extendidos, las manos juntas, en la posición del nadador que va á zabullirse.

Se habría hecho pedazos contra el piso, pues para este caso no se tenía red alguna, ni grande ni chica, si el clown no hubiera estado allí, sobre el tablón, pronto para aferrar instantáneamente entre sus hercúleos brazos á su compañero, cuando éste pasaba como una bala por delante de él, deteniéndolo así en su mortal caída, á un par de metros del piso, entre los gritos de angustia y los aplausos frenéticos de los espectadores.

Paolo y Giovanni habían hecho su fortuna con esta proeza realmente estupenda, que ejecutaban desde hacía años, siempre con éxito brillante; y era evidente que la vida no habría sido para ninguno de los dos tan fácil, si hubieran tenido que ganársela por separado, el uno como simple clown, el otro como simple acróbata.

Sin embargo, hubo un momento en que pareció inminente la disolución de esta sociedad que tantos beneficios les reportaba. En el curso de una de las triunfantes jiras que solían hacer de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, habían visitado su aldea natal, situada al pie del Etna, y con este motivo habían vuelto á ver á Rosina, amiga de la infancia de uno y otro, en la cual ambos habían puesto secretamente sus esperanzas de ventura cuando, seis años antes, se habían lanzado al mundo á buscar fortuna.

Los encantos de la muchacha, una lindísima mocetona tan robusta de cuerpo como fuerte de espíritu, tuvieron la virtud de despertar á un tiempo en el corazón de Paolo y de Giovanni una pasión igualmente avasalladora, que ambos, uno tras otro, con media hora apenas de intervalo, declararon á la joven que era objeto de ella, provocando en el alma de ésta el conflicto consiguiente y creando entre ellos mismos una situación preñada de peligros y de amenazas.

Pero Rosina no tardó en decidirse, y su decisión fué favorable á Paolo. Llamó á éste, y le abrió las puertas del cielo con su promesa. Llamó al otro, y lo precipitó en el infierno con su repulsa. Sin embargo, trató de atenuar el dolor del infortunado con palabras de amistad, fervientes y apasionadas.

Si hizo esto por pura bondad de alma ó porque calculó que el rencor de Giovanni podía causar la ruina financiera de su preferido, éste es un punto difícil de determinar. Lo cierto es que Giovanni, enfurecido en el primer momento de la entrevista, se separó de Rosina con la cabeza baja: vencido ó convencido, ésta es otra disyuntiva también difícil de resolver.

Y cuando Paolo, lleno de inquietudes por su porvenir, fué ansioso á buscar á su asociado para saber si lo que acababa de ocurrir había roto ó no la lucrativa vinculación que los unía, Giovanni le respondió taimadamente que todavía no había resuelto nada sobre eso, que tal vez sí, que tal vez no; y se mantuvo á la expectativa.

Pero, pocos días después, Paolo se casaba con Rosina, y Giovanni no tuvo inconveniente en ser el padrino de boda de su rival.

Ni tuvo tampoco inconveniente en ser testigo de la felicidad de éste, pues Paolo se llevó consigo á su mujer cuando todos, y Giovanni entre ellos, reanudaron la jira interrumpida.

Sólo que, desde ese momento, el clown y el acróbata no fueron inseparables sino en la escena. Fuera de ésta, los atractivos del hogar del uno y los placeres de la soltería del otro, mantenían á cada cual en un campo diferente. Y, como siempre, la terrible escena del acróbata y el clown seguía repitiéndose de circo en circo, y el dinero seguía entrando á raudales en el bolsillo de los dos protagonistas.

Sin embargo, había entonces un punto mis-

terioso en la vida del clown: era que, estuviera donde estuviese, Giovanni desaparecía de la manera más completa durante toda la mañana, cuotidianamente, tanto los días de trabajo como los días de fiesta. Lo único que se sabía á este respecto, era que, al salir á la calle con el alba, tomaba en dirección al campo y no regresaba hasta la hora del almuerzo.

Había otro detalle, obscuro también, en la vida íntima del personal del circo: el de que, de un tiempo á esa parte, se les había agregado, pero no desde muy cerca, un vejete singular, de barbas blancas y grandes anteojos azules, que seguía á todas partes al acróbata y al clown y que no perdía una sola de las representaciones que éstos daban.

Pero ni este ni aquel misterio alteraban poco ni mucho la felicidad de Paolo y de Rosina, á quienes Dios había ya dado un hijo; ni perturbaban tampoco la perfecta armonía que existía entre el matrimonio y el clown Giovanni.

Este era el estado de cosas cuando se anunció en grandes y llamativos carteles el beneficio de ambos artistas en los Circus de Bolonia, para la noche de un sábado.

La mañana de este día, Giovanni salió á dar, como siempre, su paseo cuotidiano. Tomó en dirección al barrio bajo de la ciudad y se internó en él; y, deteniéndose delante de una casucha de miserable aspecto, abrió la puerta, que estaba cerrada con llave, y entró.

Detrás de él, con pocos minutos de intervalo, entró también allí un anciano de barbas blancas y grandes anteojos azules. Era el vejete misterioso, el admirador y compañero de andanzas de los dos artistas.

Este cruzó los aposentos de la casa, completamente vacía y deshabitada, y se introdujo en un tinglado de alto techo que se alzaba en el fondo. En este tinglado estaba Giovanni en mangas de camisa, y allí no se veía más que un tablón ancho, suspendido horizontalmente de sus extremos por dos gruesos cables que colgaban del techo.

Sin decir una palabra, el recién llegado tiró al suelo el sombrero, se quitó los anteojos, se arrancó las barbas, se sacó el sobretodo y los pantalones, y quedó convertido en un joven rozagante, en traje de acróbata.

—¿Vamos?—propuso á Giovanni.

—Vamos—dijo el interpelado.

El acróbata trepó al techo, y el clown subió al tablón; y en aquel lugar se hizo y se repitió, hasta tres veces, en medio del silencio más completo, y con el éxito más afortunado, la terrorífica escena, la estupenda proeza que Paolo y Giovanni representaban en público, entre los gritos de angustia y los aplausos frenéticos de los espectadores.

—Pietro—dijo Giovanni al acróbata cuando terminó el experimento,—creo que puedes estar contento, porque con este ensayo doy por concluído tu aprendizaje. Dentro de un mes empezarás ya á hacer fortuna. A menos que te arrepientas.........

—No, Giovanni—dijo el otro con firmeza.

—Bueno. Te recuerdo otra vez tu juramento. Tú no me conoces, tú no me has visto nunca en tu vida, hasta el momento en que vengas á buscarme dentro de un mes. Suceda lo que suceda, tú no me conoces, tú no sabes nada...... ¿Oyes?

—Sí.

—Suceda lo que suceda.

—Suceda lo que suceda—repitió Pietro.

—Y te recuerdo también que la traición te costaría cara, muy cara...... Tú podrías quizá arruinarme, pero te aseguro que no sobrevirías á mi desgracia...... Tengo amigos......

Pietro sostuvo la mirada feroz que, junto con estas palabras, le dirigió Giovanni, y dijo con una sonrisa:

—Suceda lo que suceda, el secreto me conviene á mí tanto como á ti...... Será mi fortuna.

—¿Y qué es lo que puede suceder?—preguntó Giovanni bruscamente con una voz que era un rugido, acercándose al acróbata con los puños cerrados, la cabeza baja, los dientes apretados, la mirada entre las cejas, en la actitud de un tigre que va á saltar sobre su presa.

—No sé......—dijo el otro, sonriendo siempre; y bajó la vista.

Pero como Giovanni le asiera del brazo violentamente, agregó en tono firme y sacudiéndose:

—Ni me importa tampoco.

Aquella noche, Paolo trepó al techo del circo y metió la cabeza en un saco que se ató al cuello, y Giovanni subió al tablón. Y como de costumbre, se hizo en todo el circo, lleno de bote en bote, un silencio aterrador. Y como siempre, el acróbata se precipitó cabeza abajo; y, como siempre, el clown midió el tiempo y extendió los brazos. Pero, esta vez, el cuerpo de Paolo pasó como una bala, rozando las puntas de los dedos de Giovanni, y se estrelló en el piso.

Por un brevísimo instante, el cuerpo del infeliz se destacó clavado en la arena, formando un ángulo con el vértice hacia arriba. Luego se tendió de lado, las piernas rígidas, el busto y los brazos hechos una masa informe.

Primero se oyó el golpe sordo del choque y un grito de Giovanni. Luego resonó un alarido espantoso, uno solo, que partía de mil bocas. Después pareció que una tromba formidable arrastraba á los espectadores, de todas partes á la vez, hacia el centro del circo.



UNA «CAPA» DE MACHAQUITO.

Y allí, en medio de la pista, el cuerpo de Paolo desaparecía ya, rodeado por una muralla de formas humanas; y, sobre el tablón todavía, Giovanni, con los ojos fijos en el cuerpo que yacía debajo de él, lloraba convulsivamente y se desgarraba las ropas y se arrancaba los cabellos.

Y de pronto, en medio de esta agonía, el clown se quedó repentinamente inmóvil, como hipnotizado, porque entre él y el cadáver de Paolo acababan de interponerse un par de ojos inmensos, ojos que eran como abismos que lo querían tragar, los ojos de Rosina, que sospechaba......

Pero todo el mundo estaba de acuerdo en declarar que el cuerpo de Paolo había pasado demasiado lejos del alcance de Giovanni; y no hubo uno solo que dijera que, á causa de los movimientos del clown, el tablón se balanceaba ligeramente en el momento crítico...... cosa que no había sucedido nunca.

No uno, sino dos meses después de esta desgracia horrible, los diarios de Roma publicaban las siguientes líneas:

«Podemos dar á nuestros lectores la grata noticia de que, dentro de poco, les será dado volver á admirar la portentosa hazaña que ha hecho célebre en estos últimos tiempos, en todo el reino, los nombres del malogrado acróbata Paolo y de su compañero el clown Giovanni.

«En efecto, la empresa de uno de nuestros principales circos acaba de contratar al acróbata siciliano Pietro Salvini, que, en los ensayos practicados ayer con el clown Giovanni, se ha revelado perfectamente capaz de repetir, con la mayor precisión, el terrible experimento que costó la vida á su antecesor, el infortunado Paolo.

«Sin embargo, á fin de impedir que esta desgracia llegue á repetirse, las autoridades han hecho saber al empresario que no permitirán que el acróbata se cubra la cabeza con un saco, pues está casi probado que este desconcertado recurso efectista, fué la causa de que en aquella ocasión, al precipitarse cabeza abajo, el célebre Paolo se desviara demasiado del trapecio donde lo esperaban, como siempre, los brazos de su compañero y amigo el clown Giovanni».

De esta noticia tuvo conocimiento también la viuda de Paolo, alojada desde la muerte de su marido en su casa paterna, en Sicilia; y ese día, inclinándose sobre la cuna donde dormía un ángel, la hermosa Rosina susurró al oído de éste mientras sus ojos lanzaban relámpagos de odio y de venganza:

—Hijo mío, cuando seas grande, yo te contaré la historia de un clown celoso, traidor é infame; y entonces tú sabrás lo que tienes que hacer. ¡Dios te conserve vivo hasta ese día!

GEORGES LACHAUD.



No constituyen la gloria los aplausos.—LAMARTINE.



LA LLEGADA Á LOS TOROS.

El Mundo Ilustrado

Año X—Tomo II—Núm. 22

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

México, Noviembre 29 de 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem. en la capital $1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Tipo Mexicano

(Estudio Fotográfico de M. Ramos.)

IMPRESIONES DE ESTETICA

La Poesía

El alma compleja de la poesía moderna no puede ser comprendida sino por altos y refinados espíritus. El arte se sutiliza á medida que aumenta la cultura social; pero esa sutilidad en las ideas y en las sensaciones se escapa á todo aquel que no haya ahondado en el análisis estético. De aquí que la inmensa mayoría analfabeta, y aun las minorías inteligentes, sean refractarias á las nobles expresiones rimadas. En verdad que el arte—uno de los más inefables goces de la vida, —sólo puede ser expresado, sentido y gozado por un escaso número de almas singulares y selectas.

Todo hombre de talento puede comprender, en la primera lectura, un libro de estética. Lo comprende en conjunto; pero, de seguro, no gozará de la hermosura que encierra cada uno de sus detalles. Se necesita una larga preparación, una iniciación lenta y fecunda en el raro culto del estilo, para conocer el significado psicológico de algunos vocablos, y para percibir la magia de ciertas rimas. El lector no podrá deleitarse con el subjetivo encanto de las imágenes que se suceden ante sus ojos, si su propia imaginación no le ayuda á revestirlas fastuosamente con un ropaje de encendidas pedrerías.

Se ha dicho que en materia de ideas casi todo es viejo; pero el estilo es peculiar á la personalidad intelectual. Deber de todo artista es procurar que sus pensamientos sean originales, hasta donde esto es posible; pero mayor deber tiene de cubrirlos con trajes únicos y bellos, en los que no debe advertirse el más leve pliegue hecho por una mano extraña.

Eso, ante todo: que la forma en la frase sea personal, y en el verso única, propia, de sello inconfundible, sin un tenue soplo de ajenas inspiraciones.

La originalidad en el estilo es la primordial virtud del artista. A ella deberá tender desde el instante en que se inicia en su carrera de laureles y de espinas. Aprisionar la frase rebelde en el molde de sus íntimas sensaciones; decir las cosas con su manera especial; reflejar en las palabras, enlazadas peculiarmente, su carácter y su espíritu y su propio temperamento: he aquí el hondo problema.

Quien posea verdadera fuerza creadora y verdadera indiosincracia estética, lo resuelve satisfactoriamente. Y alcanzado ese triunfo, su nombre, vibrará en los oídos de muchas generaciones, y aun puede llegar á prolongarse, indefinidamente, en la conciencia de los siglos.

Froilán Turcios.



Cuentos Fantásticos

FLOREAS

Erase una vez un caballero, hermoso como el día, valiente como una espada, llamado Floreas de Kerhaveguen. Se le consideraba como un verdadero espejo de perfecciones: no juraba jamás por el santo nombre de Dios; respetaba á su soberano y señor, el duque de Geoffroy; daba á los pobres y no permitía que se hablara mal de las damas en su presencia.

Sucedió, pues, que un día en que perseguía un jabalí, se alejó de su séquito, y sintiéndose con sed, dirigió su caballo hacia un manantial que conocía.

Al llegar tuvo una sorpresa: una joven vestida de blanco, estaba sentada en la orilla y contemplaba su rostro encantador en el cristal de las aguas.

Al sentirse mirada, la joven levantó la cabeza, vió al caballero, y adivinando su deseo, llenó de agua una hermosa concha de nácar irisada, y se la ofreció sin decir palabra, sonriente y ruborosa.

El caballero bebió, y esa agua fresca le pareció ambrosía; pero cuando quiso agradecer á su adorable escanciadora, no la halló á su lado. ¡Había desaparecido!...... Buscó en vano por todos lados, pero no pudo encontrarla. Sin embargo, no había soñado, puesto que la concha de nácar estaba aún entre sus manos.

Volvió á su castillo y no dijo nada á nadie de lo que le había sucedido. Como bien pensáis, no durmió en toda la noche. Apenas aclaró, ensilló su caballo y se fué á galope hasta la fuente. ¡Ay, nadie le esperaba esta vez! En vano pasó allí dos horas largas. Tuvo que volverse, desesperado. Al otro día y al siguiente, y durante todo un mes, acudió en busca de su radiosa aparición, pero sin tener mayor éxito.

Floreas adelgazaba y perdía colores día á día, hasta que desesperado, resolvió concluir con su vida para que se acabara su pena. Y quiso, ya que se moría lentamente, ir á atravesarse el corazón allí mismo donde el amor lo había herido por primera vez......... Besó con lágrimas en los ojos la concha nacarada, la tiró al agua y con un gran suspiro sacó su espada.......

-¡Floreas!......

¡Una voz dulcísima había pronunciado su nombre! El caballero miró á su alrededor con sorpresa, pero no vió á nadie. Creyendo que era juguete de una ilusión, volvió á tomar su espada para herirse con ella ....

—¡Floreas!...... volvió á decir la voz.

Esta vez le pareció al joven que provenía del manantial. Se acercó y vió que á través del cristal le sonreía el rostro hechicero de aquella por quien quería morir.

Con gran alegría se inclinó hasta el agua y la tocó con los labios...... ¡Oh dicha! Sintió una boca que se posaba en la suya y dos brazos flexibles que enlazaban su cuello!...... La aparición salió del agua, y por su vestido blanco, como pluma de cisne, se deslizaban gotitas brillantes.

La joven tendió al caballero la concha nacarada en que el arco iris había pintado su prisma. Floreas cayó de rodillas:

—¡Oh! mi amada. ¿Acaso es mi corazón el que me devolvéis así?—preguntó besando los piececitos desnudos.

—Soy la hija del rey Numa y de la ninfa Egeria; mi nombre es Floronda—dijo la joven con su voz dulcísima.—Los bárbaros venidos del Norte asolaron el bosque de Aricia y ante ellos se dispersaron por el mundo las ninfas latinas. Estaba condenada á errar hasta que un hombre, sin haberme hablado jamás, llegara á amarme más que su propia vida.

—¡Y mi amor, Floronda, sólo con mi vida concluirá!

¿Juráis serme siempre fiel?

—Os lo juro, Floronda—dijo el caballero, besando los dedos de nieve que le tendía.

—Os amo, Floreas, y os creo... Pero no olvidéis jamás lo que os voy á decir. Si por desgracia algún día llega á latir vuestro corazón por otra mujer, me perderéis sin remedio y esta misma mano que besáis ahora, será para vos presagio seguro de muerte inminente.

Floreas iba á protestar, pero la joven añadió:

—Que se cumpla vuestro deseo y el mío. Mañana os espero aquí con el capellán que bendecirá nuestra unión.

Y antes que el joven pudiera hablar, selló sus labios con un beso, se fué corriendo sobre el agua por encima de los nenúfares y desapareció entre los juncos.

***

Al otro día acudió Floreas con su capellán y su séquito, y no fué pequeña su sorpresa al encontrar en el sitio mismo de la fuente un magnífico palacio levantado en una noche por los genios.

Era el regalo de casamiento de la hermosa Floronda.

Esta lo esperaba en el umbral. Le mostró, sin decir una palabra, una mano esculpida en el frontis de la puerta de entrada.

Hacia esa mano, con el rostro trasfigurado por la dicha, levantó Floreas su diestra y repitió solemnemente su juramento de fidelidad.

Esa misma noche se casaron en la capilla del castillo y durante dos años fueron el ejemplo y la envidia de todos los casados de los alrededores.

***

Sucedió que monseñor Geoffroy, duque de Bretaña, tuvo que partir para la guerra contra los normandos, que habían invadido sus costas.

El caballero Floreas, fiel á su honor de caballero, hizo parte de la expedición y se separó de Floronda con mil promesas de fidelidad y de perpetuo amor.

En los combates se distinguió hasta el punto de llamar la atención de su señor el duque Geoffroy.

El duque no tenía sino una hija, la hermosa Isolda, la de los ojos de esmeralda; y creyó que no podía darle esposo que más le conviniera que el valiente y caballeroso Floreas, á quien pronto amó como á hijo.

Terminada la guerra, confió sus proyectos al caballero, y fué grande su extrañeza cuando supo que estaba casado y, sobre todo, al conocer las maravillosas circunstancias en que su matrimonio se había realizado.

Monseñor Geoffroy, que era obstinado en sus propósitos, hizo llamar á su capellán y le preguntó si no veía en todo esto algún sortilegio ó manejo diabólico. Esto fué muy del parecer del capellán.

Por lo tanto, el duque trató de convencer al caballero de Kerhaveguen de que estaba bajo la influencia de un espíritu infernal, de que corría riesgo de perder su alma, de que su casamiento nada tenía de católico y de que, por consiguiente, sería obra santa darlo por anulado.

El joven resistió mucho, antes de rendirse á las razones de su soberano, pero por fin cedió. Seis meses de ausencia habían atenuado su amor por Floronda, y por otra parte, Isolda, la de ojos de esmeralda, ¡era tan hermosa! y ¿no le tocaría á su esposo la corona de duque?...Consintió, pues, y se fijó el día del casamiento.

***

Fué ésta una hermosa y suntuosa ceremonia. Todos admiraban la belleza de los dos novios. Por la noche, en el baile, no hubo atenciones ni dulces palabras que Floreas no prodigara á Isolda, cuyos ojos de esmeralda brillaban de amor.

De repente, y para asombro de todos los concurrentes, el caballero dió un grito y se puso pálido como un muerto, indicando con un dedo que temblaba, un sitio de la pared...Todos se volvieron para ver qué cosa tan horrible podía causar semejante espanto á un hombre del valor del caballero de Kerhaveguen... Nada vieron que pudiera explicarlo, pero él, Floreas, había visto en la pared una mano, una mano que él conocía:; la aparición con que lo había amenazado Floronda! La visión, por otra parte, desapareció casi en seguida.

El duque y su hija se burlaron amistosamente de él, y muchos invitados pensaron que había hecho demasiado honor á los vinos de monseñor Geoffroy. Las conversaciones volvieren á reanudarse y los intrumentos de música á dar la señal de bailar. Como no volvió á reproducirse la visión, Floreas se convenció de que había sido víctima de una alucinación.

Terminada la fiesta, el duque é Isolda subieron á su hermoso coche, que debía conducirlos al castillo que monseñor Geoffroy había regalado á los novios. Iban alegremente, precedidos de los servidores con hachas encendidas, y Floreas, á caballo al lado de la portezuela, cruzaba miradas de amor con la hermosa Isolda.

Repentinamente, al llegar á una encrucijada, un furioso golpe de viento apagó las antorchas, y el caballo de Floreas, espantado, se encabritó. A pesar de los ezfuerzos de su jinete, se desbocó á todo correr á través del campo......



LA CRUZ DE LA EXPIACIÓN.

En el cielo no había ni luna ni estrellas.... El viento silbaba en los árboles y los buhos lanzaban gritos siniestros... El miedo se había apoderado del corazón del pobre caballero, que esperaba ser destrozado de un momento á atro...

De repente tuvo una exclamación de alegría.

Le pareció ver luces que brillaban á lo lejos: creyó que serían las antorchas de la escolta y consiguió dirigir hacia ellas el galope desenfrenado de su caballo.

Pero esas luces ¡ay! no eran sino fuegos fatuos que brillaban sobre un pantano, en el cual fué á enterrarse el caballo con su jinete.

Una forma blanca se irguió ante Floreas, lo estrechó contra sí, y soldando los labios á sus labios, ahogó su grito de espanto en un grito de amor!

—

A la misma hora se derrumbaba el castillo de Kerhaveguen, construído por los genios en una noche, no quedando más que un montón de piedras, en una de las cuales se distingue, esculpida, una mano abierta.

D. Fleury.



BOHEMIA

Encontréla al azar en mi camino,
Y ante esa aparición gentil y pura,
Tuvo la senda de mi selva oscura
Su misterioso lampo repentino.

Iguales rumbos nos trazó el destino,
Mas después, por su culpa, en su locura,
Rodó al abismo como flor impura
Que arrebata, al pasar, el torbellino.

Angel caído, al levantarse quiso
Disfrutar del alegre paraíso
Donde el ideal primero le sonriera.

Y por rudas tormentas combatida,
Cruzó por los zarzales de la vida
Con rumbo hacia el país de la quimera.

Juan Aymerich.

La Cruz de la "Expiación"

En la capilla de San José, en Catedral, donde se conservan, como es sabido, los restos de los héroes de la Independencia, ha sido colocada una sencilla cruz de pino, de más de cinco metros de altura.

La cruz, que nada tiene al parecer de notable, está provista de pequeños compartimientos, en cada uno de los cuales, á guisa de reliquias, se guardan terrones y fragmentos de madera de los edificios que pertenecieron en otro tiempo á la Iglesia, y que, en virtud de las Leyes de Reforma, pasaron á ser propiedad de la Nación, demoliéndose á medida que ha sido necesario, ya para el establecimiento de escuelas ó edificios análogos, ó bien para abrir nuevas calles que faciliten el tránsito en la población.

La cruz, que se conoce en Catedral con el nombre de «Cruz de la Expiación», es, desde que «El Imparcial» dió la noticia de que allí se encontraba, objeto de la curiosidad de los fieles y de los turistas.



En la Escuela de Artes

Publicamos en este número una fotografía en que aparecen los Sres. Ministro de Justicia é Instrucción Pública, Lic. Don Justino Fernández, y Subsecretario de Instrucción, Lic. D. Justo Sierra, así como algunas damas y caballeros concurrentes á la inauguración de la nueva planta de fuerza motriz de la Escuela de Artes y Oficios.

La fotografía á que nos referimos fué tomada por los empleados del Establecimiento.

AL DIOS AMOR

El carro deja de la cipria diosa
¡Ligero Amor! y el ala presurosa
Tiende á la margen del sonoro río,
Donde, radiante de beldad, se baña
La que es tormento mío.

Bajo el amplio dosel de la verdura,
Entre las linfas que el retozo empaña,
Mientras al juego sin temor se entrega,
Resalta la esbeltez de su cintura
Como una ánfora griega.

¿No miras su garganta tentadora,
Su cabellera, envidia de la aurora,
Y sus traidores ojos,
Por su diáfano azul, del cielo enojos?

Toma de tu carcaj el más agudo
Dardo ligero y fuerte
Que para ti Vulcano forjar pudo:
De su pecho desnudo
Mira, ¿no ves en el izquierdo lado
Fresco botón rosado
Que se destaca sobre el seno breve
Como una flor en medio de la nieve?
¡Allí está el carazón! ¡El dardo lanza,
Y logre su castigo y mi venganza!
Mas ¡ay! en vano cuidadoso acechas,
El pulso firme, el ánimo seguro:
¡Sobre ese mármol culminante y duro
Se embotarán tus aceradas flechas!

Enrique González Martínez



TRAS LAS REJAS

Inmóvil, y clavada la pupila
sobre el mar el vencido caballero,
al choque de las olas, el reguero
de plata ve que el torreón destila.

La hosca mirada del guardián vigila
en la sombra, tenaz como el acero;
y en el sordo rencor del prisionero
de sus recuerdos el tropel desfila.

Crece la noche... ¡Su adorada espera!
Por el aire, cual música de gloria,
rumor de besos la ciudad difunde.

Y siente el adalid cómo ligera
hierve su sangre en ansias de victoria,
¡porque el amor en sus entrañas cunde!

Félix L. Campuzano.



EN LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.—EL SEÑOR MINISTRO DE JUSTICIA Y LOS INVITADOS Á LA INAUGURACIÓN DE LA NUEVA PLANTA DE FUERZA MOTRIZ

Notas Extranjeras

Los pueblos que aun no pasan las riberas de la civilizacion, los que cuentan generaciones largas de vida, pero han permanecido siempre en cierto estado de somnolencia, de paresia social, son los más á propósito para que las supersticiones encuentren un ancho campo en que germinar y den frutos de los mayores y más curiosos.

La rebelión que contra el poder del Sultán ha ensangrentado los vericuetos de los Balkanes, no ahora, sino desde hace muchos años, ha obligado á la atención pública á volverse hacia aquellas apartadas regiones, en las cuales un pueblo extraño, mezcla rara de europeo y de asiático, vive la existencia monótona de la esclavitud y del trabajo.

Entre los pueblos que forman las provincias septentrionales de Turquía — lo mismo las que aun permanecen en poder de Abdul Hamid que las que han sacudido, en parte, el yugo de tan cruel soberano, — algunos existen de lo más anormal que pueda darse. El pueblo de Rumanía, por ejemplo, recuerda, vaga, remotamente la época en la que los soldados romanos, al mando de Trajano, extendían los lindes del Imperio hasta más allá del Vístula y hasta las montañas de Escocia, y recuerda también su origen (que aún queda grabado en el nombre mismo del país: Rumanía), y ha deificado al Emperador Romano, uniendo en una mitología infantil las remembranzas de una época remota y las supersticiones actuales. Para los campesinos rumanos, Trajano es la deidad tutelar de los campos.



SERVIA.—LOS ENFERMOS EN LA «SELVA ENCANTADA.»

PARIS.—LA POLICÍA REPRIME LOS ESCÁNDALOS HABIDOS FRENTE Á LA «BOLSA DEL TRABAJO.»

Los servios son parientes cercanos de ellos. Y los servios conservan también tradiciones pintorescas, crédulas las unas, religiosas las más, como la que representa el grabado que ofrecemos á nuestros lectores.

En los alrededores de Belgrado—la capital de los infelices monarcas ajusticiados en un levantamiento pretoriano, — se encuentra una selva muy vieja, muy extensa, muy obscura. Poblada de todas las ficciones del ensueño, llena de todos los terrores de la sombra, los servios guardan para ella un respeto religioso. Pegan en los troncos roídos por el tiempo, las insignias de sus santos favoritos. Y llevan á sus enfermos, á sus pobres pacientes, á que las emanaciones resinosas de los pinos les alivien los pulmones ulcerados por la tisis. Porque la tisis es una de las más comunes enfermedades entre los campesinos servios.

La tradición hace de la «Selva Encantada» de Belgrado un sanatorio gratuito para los pobres. Quizá la fe, la gran fe de los débiles y de los oprimidos, haga más en beneficio de su enfermedad que las emanaciones de los pinos, saludables y balsámicas.

***

Recientemente se registraron en París motines sangrientos que procedían de una causa meramente infantil, pero que muestran lo que es esa «alma de las multitudes», variable, amenazadora, débil y enérgica á la vez. Se reunieron en la Bolsa del Trabajo algunos empleados que pretendían hacer una protesta contra cierta forma de elección que existe para cubrir las plazas de los empleados municipales.

En días anteriores se había presentado ante el Parlamento una moción en la que se protestaba precisamente contra la forma misma en que tal elección de empleados se hacía. Los hombres reunidos en el mitin de la Bolsa del Trabajo, aunque sabían esto, no quisieron, no pudieron esperar el tiempo que hubiera sido justo, para ver si sus protestas tenían efecto, antes de recurrir á los medios violentos.

Algún orador estrepitoso tomó la palabra. Habló de «los derechos sagrados del pueblo vilmente hollados», ó bien se extendió acerca de «la inviolable ley de vida que regía á las sociedades humanas, contra la que el Ayuntamiento de París trabajaba sordamente en la sombra.» Y el resultado fatal fué que, después de una pequeña algarabía, formada en el mismo salón de sesiones, la Guardia Republicana se vió en la ineludible precisión de usar de la fuerza para reprimir el escándalo, desalojando el local.

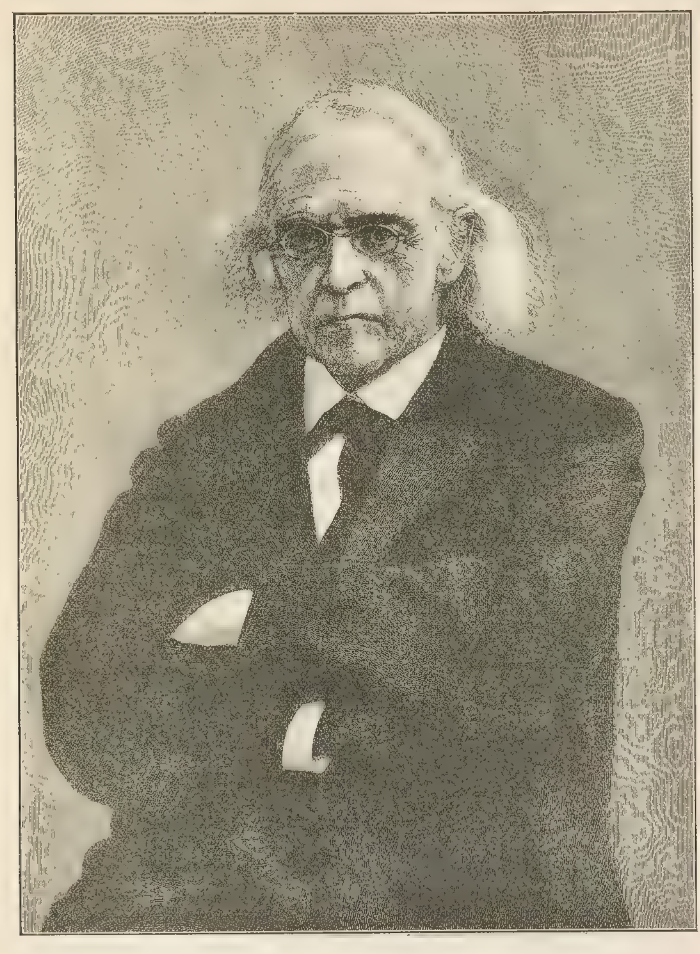
Fué eso suficiente para que los cerebros acalorados, dementes, de la multitud, sugirieran ideas de sangre. Los amotinados se armaron, hirieron á los defensores del orden, que á su vez se vieron forzados á hacer uso de sus espadines. La confusión fué atroz. Los oradores elocuentes desaparecieron como por escotillón, y los pobres hombres del pueblo, como pasa siempre, fueron los que recibieron lo más duro de los golpes, sin darse cuenta verdaderamente de por qué se encontraban en aquel desorden y de cuál era la causa que defendían.

***

Ha muerto recientemente en su quieto retiro de Charlotenburg, el Profesor Teodoro Mommsen, una de las más envidiables celebridades alemanas.



PARIS.—LA POLICÍA EN LA «BOLSA DEL TRABAJO.»



TEODORO MOMMSEN, CÉLEBRE HISTORIADOR Y FILÓLOGO

No era alemán de nacimiento. Había nacido, hace ochenta y seis años, en Dinamarca; pero desde sus primeros años fué con sus padres á su patria adoptiva, en la que hizo sus estudios superiores.

Mommsen fué una de las grandes figuras modernas, especialmente como historiador y como filólogo. Sus obras, escasas, pero monumentales, son el criterio que se consulta con mayor frecuencia en materia de historia, de Roma especialmente.

Mommsen fué un gran estudiante. Su existencia entera la dedicó á estudiar, y como tenía un gran talento, el fruto de sus estudios ha sido grande y notable, pero tenía el grave defecto de hacer política.

Fué Mommsen el gran enemigo de la política de Bísmark. Se vió perseguido, en distintos períodos de su vida, por sus ideas políticas, y fué, quizás, el único hombre que logró imponerse á la voluntad soberana, rectilínea, aguda como una espada, del Canciller de Hierro.

Los funerales de Mommsen fueron un duelo nacional en Alemania. El Emperador Guillermo fué de los primeros en enviar su ofrenda floral á la casa mortuoria. El pueblo en masa, que quería mucho al gran historiador, acompañó sus restos mortales hasta el cementerio.

NEMO.

ABATIMIENTO

Llegó al fin lo que el alma dolorida
me daba por presagio:
¡Milésima ilusión desvanecida!
¡Milésimo naufragio!

¡Cuánto esfuerzo perdido en las rompientes
que la espuma blanquea!
¡Qué eterno forcejear en las corrientes,
contra viento y marea!
¡Siempre, siempre huracanes desatados
y escollos escondidos!
Y siempre, sobre mares ignorados,
cielos desconocidos!
Hasta la aguja al polo dirigida
mi cálculo burlaba,
Y á maléfico influjo sometida,
del rumbo me apartaba.
Y así he buscado el puerto, de año en año,
siempre con vano empeño:
¡Toda nueva promesa, nuevo engaño!
¡Toda esperanza, sueño!
No fué sólo furor de los ciclones:
¡culpa cabe al piloto!
¡Qué de velas, Señor, qué de timones
mi torpe mano ha roto
Y aún sigo, entre los duros elementos,
sobre el hirviente abismo!
¡Cansado estoy del mar y de los vientos!
¡Cansado de mí mismo!
Ya, en mí, cuanto descubro no provoca
ni un temor ni un deseo:
Sólo siento subírseme á la boca
la náusea del mareo;
Ni un recelo cobarde me da guerra,
ni una ambición me anima.
¡Tierra, Señor, te pido! ¡Tierra! ¡Tierra!
¡Pero échamela encima!

FEDERICO BALART.



CRISANTEMAS

Gráciles crisantemas,
Las pálidas, las blancas, las enfermas,
Las que impregnaron los rizados pétalos
Y matizaron las coronas trémulas
Con blancos rayos de la luna llena;
Las que en sus tallos débiles
Se ven temblar anémicas
Sin brisa que las mueva,
Porque estremece sus corolas frágiles
Indeciso vibrar de neuarstenia;
Amables crisantemas,
Símbolos de mi amor en primavera,
Cuando os miro, doliente y angustiado,
Desde las ruinas donde mi alma sueña,
Parece que se impregnan vuestros pétalos
De la apacible luz de mi tristeza.

Ignacio Bravo Betancourt.



Es una ley del acrecentamiento del bienestar, el multiplicar las necesidades con mayor rapidez que los medios de satisfacerlas.—VALTOUR.



ALREDEDORES DE MEXICO.—EN EL CANAL DE LA VIGA.



VERACRUZ.—LA AVENIDA ALLENDE, DESPUÉS DEL INCENDIO DEL DÍA 18.

El Incendio en Veracruz

El más importante de nuestros puertos ha sufrido, en el espacio de tres horas, una de las catástrofes más terribles que se hayan registrado en el país, de largos años á esta parte. Un incendio imprudentemente provocado, y favorecido por la fuerza de un norte formidable, destruyó siete manzanas de la ciudad, bejando sin hogar y en la más completa miseria á mil quinientas personas.

El fuego, según se ha comprobado, se inició en la casa número 18 de la Avenida Bravo, y fué poco á poco propagándose hasta invadir, primero, casi toda la manzana en que estaba situada la referida casa; pasó después á otra manzana, y de ésta á dos de las contiguas y á cuatro de las ubicadas en la calle de Guerrero.

La parte de la población consumida por el voraz elemento, formaba una de las principales barriadas industriales de Veracruz. Las pérdidas que sufren, con este motivo, las clases trabajadoras, son, relativamente, enormes.

En este número publicamos fotografías que representan los lugares, llenos ahora de escombros, donde se levantaban los edificios que destruyó el fuego; así como una vista general del puerto, y otra en que aparece una de las calles principales de la población.



EL INCENDIO EN VERACRUZ—ESQUINA DE LA CALLE DE GUERRERO.



EL INCENDIO EN VERACRUZ.—RESTOS DE LA TIENDA «LA PLATA.»

La Celeste Aventura

«Echa tu red y sacarás un gran pescado; en su boca encontrarás una moneda de plata, con la cual pagarás el impuesto del César».

Nuevo Testamento.

Ahora, cuando sor Eufrasia, esa divina criatura, ha desaparecido, hundiéndose en la Luz, ¿por qué ocultar aún el sentido humano del «milagro» que la deslumbró? De seguro, la noble santa—que acaba de extinguirse á los veintiocho años, superiora de una orden de Hermanitas de los Pobres, fundada por ella en Provenza,—no se hubiera escandalizado al conocer el secreto «físico» de su súbita vocación, ni esto hubiera turbado un solo instante la visión de su humildad...... Pero, á pesar de todo, es mejor que no haya yo hablado hasta el día de hoy.

⁂

A cosa de un kilómetro de Aviñón se elevaba, en 1860, no lejos de las verdegueantes recaladas, hacia arriba del Ródano, una casucha solitaria, de sórdido aspecto; horadada, en su único piso, por una sola ventana de herrados contramarcos, se destacaba visible, frente á un protector cuartel de gendarmería, situado en los arrabales, sobre el camino.

Allí vivía, desde largo tiempo atrás, un viejo israelita á quien llamaban el padre Mosé. No era un vil judío, á pesar de su apagada faz y de su frente de quebrantahuesos, de la cual un bonete, de tela y color ya no muy precisos, cubría y resguardaba la calvicie. Aún viril, y nervioso sin embargo, hubiera sido capaz de hostigar desde muy cerca á Ahasverus, en algunas marchas forzadas. Pero apenas salía, y no recibía sino con grandes precauciones. Por la noche, todo un sistema de trampas y de lazos lo protegían detrás de su mal cerrada puerta.

Servicial, sobre todo con sus correligionarios, caritativo, sin embargo, para con todos, no perseguía más que á los ricos, á los cuales sólo prestaba, prefiriendo siempre atesorar.

De este hombre práctico y temeroso de Dios, las ideas escépticas del siglo no alteraban en nada la salvaje fe, y Mosé oraba entre dos usuras tan bien como entre dos limosnas. No careciendo de un cierto extraño corazón, se empeñaba en «retribuir los menores servicios». Y tal vez hubiera sido sensible al fresco paisaje que se extendía delante de su ventana, en los momentos en que exploraba con sus ojos de un gris claro los alrededores......

Pero una cosa lejana, establecida sobre una

eminencia y que dominaba los prados ribereños hacia abajo del río, le echaba á perder el horizonte. Esta «cosa», de la cual apartaba la vista con una especie de fastidio, muy concebible por otra parte, le inspiraba una insoportable aversión.

Era un antiquísimo «calvario», tolerado, á título de curiosidad arqueológica, por las actuales autoridades edilicias.

Era necesario subir veintiuna gradas para llegar á la gran cruz central, que soportaba un Cristo gótico, casi borrado por los siglos, entre las dos cruces, más pequeñas, de los ladrones Dimas y Gestas.

Una noche, el padre Mosé, con los pies sobre un escabel, inclinado, las gafas en la nariz, el bonete contra la lámpara, sobre una mesita cubierta de diamantes, oro, perlas y papeles preciosos, ante su ventana abierta al espacio, acababa de verificar sus cuentas sobre un polvoriento registro.

¡Se había retardado mucho!...... Todas las facultades de su ser se concentraron tanto en el trabajo, que sus oídos, sordos á los vanos ruidos de la naturaleza, permanecieron indiferentes, durante horas enteras, á... ciertos gritos lejanos, numerosos, diseminados, terribles, que toda la noche habían estado atravesando el silencio y las tinieblas.

En ese momento, una enorme luna clara descendía de los espacios azules y no se oía ya rumor alguno.

—Tres millones!... exclamó el padre Mosé, colocando la última cifra debajo de los totales.

Pero la alegría del viejo, exultando en el fondo de su corazón, lleno del ideal realizado, concluyó en un temblor. Porque—sin lugar á un segundo de duda,—una glacial sensación le invadía súbitamente los pies, tanto que, rechazando el escabel, se levantó inmediatamente.

¡Horror!... El agua, á borbotones, inundaba su cuarto, bañándole las flacas piernas..... La casa crujía. Sus ojos, al través de la ventana, vagaron por el exterior, y vieron, dilatándose, el inmenso río, cubriendo llanuras y campiñas... ¡Era la inundación!... ¡Era el desbordamiento súbito, siempre creciente y terrible del Ródano!......

—¡Dios de Abrahán!—murmuró.

Y sin perder un instante, á pesar de su pánico terror, se sacó y arrojó sus vestidos, salvo el remendado pantalón; se descalzó, introdujo, todo mezclado, en una pequeña bolsa de cuero [que se colgaba al cuello], lo más precioso de su mesa, diamantes y papeles, pensando que, bajo las ruinas de su casa, después del suceso, sabría encontrar muy bien el oro desaparecido.

¡Flac, flac! vadeaba la pieza para tomar, de sobre un viejo cofre, un paquete de billetes de banco, ya pegados y mojados.

Después subió á la ventana, y pronunciando tres veces la palabra «kadosch», que significa «santo», se precipitó, conociéndose como buen nadador, á la gracia de su Dios.

La casucha se desplomó detrás de él, sin ruido, bajo las aguas......

¡Y á lo lejos, ni una barca!

¿A dónde huir? Se orientaba hacia Aviñón, pero el agua alargaba ahora la distancia. ¡Y era lejos para él! ¿Dónde reposar, dónde hacer pie?

¡Ah!...... ¡El único punto luminoso, allá lejos, sobre la altura, era...... ese «calvario», cuyas gradas desaparecían ya bajo el hervor de las olas y los remolinos de las aguas furiosas.

—¿Pedir asilo á esa imagen? ¡No, jamás!

El viejo judío era grave en sus creencias, y bien que el peligro lo apurase, bien que las ideas modernas y los compromisos que ellas inspiran estuvieran lejos de ser ignorados por él, le repugnaba el hecho de deber, aunque no fuese más que la salud terrestre, á... «ese que estaba allí»......

En ese instante, su sombra, proyectándose sobre las aguas en que temblaban los reflejos de las estrellas, hubiera hecho pensar en el diluvio.

Nadaba al azar. De súbito, una reflexión siniestra é ingeniosa cruzó por su espíritu.



VERACRUZ. VISTA DEL PUERTO.

—Olvidaba—se dijo, soplando (y el agua chorreaba desde las dos puntas de su barba)—olvidaba que, después de todo, está allí ese pobre de «mal ladrón»... A fe mía, que no veo ningún inconveniente en buscar asilo cerca de ese excelente Gestas, mientras vienen á salvarme.

Se dirigió, pues, escrúpulos aparte y á enérgica brazadas, á través de las undosas volutas de las aguas y en el hermoso claro de luna, hacia las Tres-cruces.

Al cabo de un cuarto de hora, aparecieron éstas, colosales, á un centenar de metros de sus miembros casi helados y aniquilados. Se elevaban en ese momento, sin soporte visible, sobre las vastas aguas.

Mientras las miraba, jadeante, tratando de divisar, á la izquierda, el patíbulo de su preferencia, he aquí que las dos cruces laterales, más frágiles que las del medio, crujieron, empujadas por la corriente del Ródano; la carcomida madera cedió, y, en medio del terror, ambas cayeron hacia atrás, en la espuma, silenciosamente, haciéndose una especie de pavorosa salutación.

Mosé permaneció sin avanzar, hosco, feroz, ante ese espectáculo. Se hundió por un momento y luego salió, echando de la boca dos chorros de agua.

En ese momento, la gran Cruz sola, «spes unica», recortaba su signo supremo sobre el fondo misterioso del espacio. Exhibía á su pálido Coronado de espinas, clavado, los brazos extendidos, los ojos cerrados.

El viejo, sofocado, casi desfalleciente, no teniendo más que el instinto de los seres que se ahogan, se decidió, desesperadamente, á nadar aunque fuera hasta el sublime emblema; el oro que debía salvar triplicaba sus últimas fuerzas y lo justificaba á sus ojos, á los que una inminente agonía volvía turbios.

Llegado al pie de la Cruz—muy á disgusto suyo, dicho sea en su alabanza,—y alejando de ella su cabeza lo más posible, se resignó el escapado de las aguas á asir y rodear con sus brazos el árbol del Abismo, el cual, aplastando por la base toda razón humana, divide el Infinito en cuatro inevitables caminos.

El pobre rico hizo pie; el agua subía, soliviándolo hasta medio cuerpo; alrededor de él, la diluvial extensión muda.

—¡Oh! ¡Allá abajo, una vela, una embarcación!

Gritó.

Viraron: lo habían visto.

En ese instante, una súbita elevación de las aguas (alguna barrera que se rompía en las sombras) lo llevó hasta la llaga del costado. Fué esto tan terrible y tan rápido, que apenas tuvo tiempo de estrechar, cuerpo á cuerpo y faz á faz, la imagen del Expiador, y de suspenderse, la frente hacia atrás, las gruesas cejas contraídas sobre sus miradas penetrantes y oblicuas, mientras que removía hacia adelante, todas temblorosas, las dos puntas horquilladas de su barba gris.

El viejo israelita, entrelazado á horcajadas ante Aquel que perdona, y no pudiendo soltarse, miraba de reojo á su «salvador».

—¡Teneos firme, que ya llegamos!—gritaron voces perceptibles.

—¡Al fin!....—refunfuñó el padre Mosé, á quien sus músculos extenuados iban á traicionar.—Pero.... he aquí un servicio que me ha prestado alguien... ¡de quien no lo esperaba! Y como no quiero deber nada á nadie, es jus-



VERACRUZ.—UNA CALLE.



La Buenaventura.-



—¿Volverá por mí?

inmotloc
tlacaço canisuian, in mo nasuac Macuelesucatl maxic
monequilti mamonasuactzinco ocsuiti innoyollia. ninixa
yosuatzal in motloc monasuac tipalnemosuatzi
Qui macs amigueo in motimaloiynemeoy intlpc ynayac
calonmatio inastlamacsilih neque o tlacaçu cun motla.
calsuia on in amitzenmati miitlogue intinasuague
inic mo matio camocsipatlpc nemiques ninotlamatli
motlatiao niqui mitlao, tlacaço mixitl tlapatl oquiqueo
icnisualnelaquasuaim ninotolinia o tlacaço ompa inxi
moSuayan neitlotiaso, çaço tiquenamiqueo quiniquac
yepacsisuih yeteyolloa.
Ma cayac quen quicsisuaya inyollo o intlpc yeuican in
titlaocoxtinemi intic socatinemia, auçaquel achic untla
niuh oo, tlacaço cantontlatocatisui o ynicsootlatocatque
tepilsuan maic ximixcuiti intinocniius maSonasuia
maSisuelamati in tlpc.o maocye ximapuna in tlaocotl
xocsitl oSoquelzocsitl xocoyatimaloo xocsielcicisulih
tlio minuicpatocniyasuazon in tloque innasuaque.
Y ca yenimapano tlaocolxochicolcatlon nomac omanu
an icicisulih esimalxocsitlon nic esuaya in tlaocoltuica
tlo o niccsaiesius cosca suicomana yectli yan cuicatl nic
esuacoxicsilacutza y nocsalcsius uesueas its yteconic
tlaxilotia in nocuicatzin in nicuican yeniquincuilia y
its esuayue o çayuantorotl quetzaltzinitzcantototl te
quecsolinontlatoa quecsol inquicecemeltia intloq.
mexica xopan aucatl tlameluuhcayotl.
Tlaocoya in noyolio nicuicanitl nicnotlamatia yesuia cayeyxochitly
canyein cuicatlin, ica nitlaocoa intlaticpac yenica mani
quitocan intecscocolia, intecsmiquitlani nocsompaonyalque
cano yicsani osuayalo.
Yinquemaniam intonciasuic, motontlatzisuic tocoynayaz in

UNA HOJA DE LOS «CANTARES MEXICANOS.»

to que lo retribuya... como lo retribuiría á un vivo. Démosle, pues, lo que daríamos á un hombre.

Y mientras que la barca se aproximaba, Mosé, en su orgánico celo de hacer siempre lo que se pudiera para pagar, registró en su bolsillo y sacó una moneda de oro, que introdujo gravemente y lo mejor que pudo entre los dos dedos replegados sobre el clavo de la mano derecha.

—¡Corriente!—murmuró dejándose caer, casi desvanecido, entre los brazos de los marineros.

El temor muy legítimo de perder su bolsa de cuero lo mantuvo firme hasta la recalada de Aviñón. El caliente lecho de una posada lo reconfortó.

Fué en esa ciudad donde se estableció un mes después, habiendo recobrado su oro bajo los escombros de la antigua morada, y fué allí donde expiró, en su centésimo año.

***

Ahora bien, en diciembre del año siguiente, sucedió que una joven del país, una pobrecita huérfana, de rostro encantador, Eufrasia***, atrajo la codicia de ricos burgueses de la Vaucluse, los cuales, desconcertados por sus inexplicables rechazos, resolvieron tomarla por hambre.

Fué bien pronto despedida, á instancia de aquéllos, del obrador en que ganaba el franco cuotidiano de su subsistencia y buen humor, en cambio de once horas, solamente, de trabajo. [El obrador era sostenido por una de las familias más recomendables de la ciudad.] El mismo día fué igualmente despedida del cuartucho donde daba gracias á Dios, mañana y noche; porque, hay que ser justo, el hotelero, que tenía niños que sostener, no debía, «no podía», en conciencia, resolverse á perder los seis hermosos francos mensuales del minúsculo desván que Eufrasia ocupaba en su casa.

«Por honrada que seas, dijo él, «no es con sentimiento con lo que se pagan las contribuciones». Y por otra parte, tal vez sea «para su bien», agregó guiñando el ojo, «que deba mostrarme riguroso».

De modo que, en un crepúsculo de invierno, cuando el claro sonido del «Angelus» pasaba en el viento, la temblorosa y desafortunada niña marchaba á través de las calles de nieve, y no sabiendo á dónde ir, se dirigió hacia el «calvario».

Allí, incitada muy probablemente por los ángeles, cuyas alas soliviaban sus pasos sobre los blancos peldaños, se echó al pie de la profunda Cruz, chocando con su cuerpo contra el eterno leño y murmurando estas ingenuas palabras:

—Dios mío: socórreme con una limosnita, ó voy á morir aquí mismo.

Y—¡cosa de asombrar al entendimiento!—he aquí que, de la mano derecha del viejo Cristo, hacía el cual los ojos de la suplicante se elevaban, una pieza de oro cayó sobre el vestido de la niña, y este contacto, con la sensación siempre dulce y nunca turbadora del milagro, la reanimó.

Era la pieza una moneda ya secular con la efigie del Rey Luis XVI y cuyo oro amarillento brillaba sobre la falda negra de la elegida.

Sin duda, también alguna cosa de Dios, cayendo al mismo tiempo sobre el alma virginal de aquella hija del cielo, reafirmó su valor.

Tomó el oro, y sin siquiera asombrarse, se levantó; besó, sonriente, los sagrados pies, y se fué hacia la ciudad.

Habiendo remitido al razonable posadero los seis francos en cuestión, esperó el día, allá arriba, en su camita helada, comiendo su pan seco durante la noche, con el éxtasis en el corazón, el cielo en los ojos, la sencillez en el alma.

Desde el día siguiente, penetrada de la fuerza y de la claridad vivientes, comenzó su obra santa á través de los rechazos, las puertas herméticas, las palabras malignas, las amenazas y las sonrisas......

Y quedó fundada su obra de luz.

Hoy, la joven bienaventurada acaba de volar en realidad, victoriosa de las burlonas y sarcásticas ruindades de la tierra, toda radiante del «milagro» que creó su fe, de concierto con Aquel que permite la aparición de todas las cosas.

L'Isle-Adam.



Cantares Mexicanos

Entre los innumerables manuscritos antiguos que se conservan en la Biblioteca Nacional, fué encontrado no hace mucho, por el señor Don José María Vigil, uno en que están reproducidos en lengua «náhuatl» los cantares mexicanos más usuales, antes de la Conquista, entre los aztecas.

El señor Presidente de la República, al tener noticia del hallazgo, dispuso que se sacara del curiosísimo manuscrito una reproducción en fototipia, la cual se ha comenzado á hacer, bajo la dirección del señor Dr. Antonio Peñafiel, en los talleres de la Secretaría de Fomento.

Se cree que los «cantares», transmitidos de generación en generación entre los aztecas, fueron coleccionados por alguno de los misioneros que en los primeros tiempos de la Conquista se dedicaron, con loable empeño, á salvar de la destrucción los más notables monumentos y escritopinturas históricas de los indios. Esta opinión se apoya en el hecho de que en los «cantares» se encuentran algunas ideas cristianas, que fueron indudablemente intercaladas por el coleccionador, á fin de adaptar el texto á las creencias religiosas.

Los «cantares», según se nos informa, no han sido aún traducidos al castellano.



UNA CALLE DEL MINERAL DE PINOS ALTOS (CHIHUAHUA).



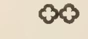
MINERAL DE CONCHEÑO (CHIHUAHUA).

Por el Estado de Chihuahua

Completamos la serie de fotografías del Estado de Chihuahua que hemos venido publicando en este semanario, con algunas vistas de dos de los minerales más importantes de aquella región de la República.

Estos minerales, donde encuentra ocupación actualmente un gran número de trabajadores, y que se conocen con el nombre de «Concheño» y «Pinos Altos», se hallan situados á las faldas de la Sierra Madre, en comprensiones del Distrito de Rayón.

La parte de terreno que ocupan las diversas instalaciones, como puede verse en nuestros grabados, es muy pintoresca y ofrece, en conjunto, uno de los panoramas más bellos del Estado de Chihuahua.



RIVALIDAD

Cierta noche en que el mar se retorcía
ante su inmenso peñascal á solas;
un trueno asordó el aire, y parecía
que con su voz rivalizar quería
el formidable grito de las olas!

Iluminado por vivaz meteoro,
desgarrando sus nubes dijo el cielo:
ni las montañas con sus minas de oro
ni el ancho mar igualan el tesoro
de estrellas que fulguran en mi velo!

A lo lejos el bosque adormecido,
al bañarlo la luna en sus fulgores,
despertó de su sueño, y sonreído,
á un alcázar de gemas parecido
abrió su arcada.... y se inundó de flores!

¡El mar rugió!... y ante la noche llena
de flores y de innúmeros ciriales,
rompió de sus peñascos la cadena,
y arrojó del playar sobre la arena
un diluvio de perlas y corales!

JUAN DUZÁN.



Es la religión un boya de salvamento al alcance de los náufragos de la vida.—CAMILÁS.



MINERAL DE PINOS ALTOS (CHIHUAHUA).

Cántico del Sol

Señor alto, poderoso y bueno, tuyas son las alabanzas, la gloria y bendición toda. A ti sólo se deben, y hombre alguno es digno de nombrarte.

Loado seas, Señor mío, con todas tus criaturas, especialmente mi Señor hermano el Sol, que nos da la luz y el día, y es bello, esplendoroso y radiante, y da testimonio de Ti.

Loado seas, Señor mío, por la hermana luna y las hermanas estrellas. Claras, bellas y preciosas las formaste en los cielos.

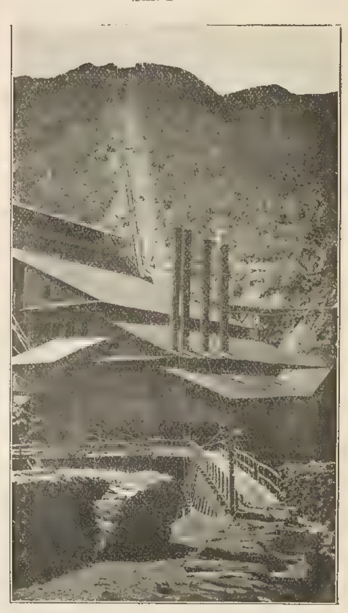
Loado seas, Señor mío, por mi hermano el viento; por el aire, las nubes, la calma y los tiempos todos; con ellos sustentas tus criaturas.

Loado seas, Señor mío, por la hermana agua, que es utilísima, preciosa, casta y humilde.

Loado seas, Señor mío, por el hermano fuego; con él alumbras la noche, y es hermoso, alegre, fuerte y robustísimo.

Loado seas, Señor mío, por nuestra hermana la madre tierra, que nos nutre y sostiene, y produce frutos diversos, hierba y pintadas flores.

SAN FRANCISCO DE ASÍS.



HACIENDA DE BENEFICIO DE CONCHEÑO.

Copa de oro

Dame el buril con que grabar solía
el artífice heleno, en copas de oro,
ninfas danzantes en alegre coro
y sátiros con rostros de ironía......

En el contorno de la estrofa mía
grabaré, como artístico tesoro,
tu egregio busto, tu imperial decoro
y tu perpetuo abril de poesía......

Mas tu copia mejor no vale nada,
desque me ocultas con tu faz de diosa
el abismo de tu alma disoluta,

como si entre esa copa burilada
me brindases, con mano mentirosa,
envuelta en oro, la mortal cicuta!...

JOSÉ S. CHOCANO



El Germen de la Eterna Juventud

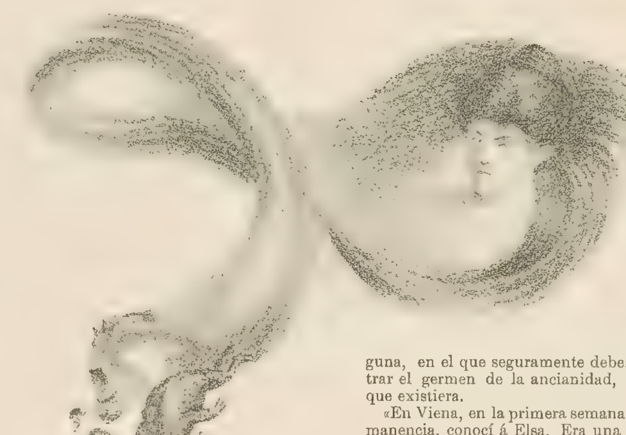
Me encontraba yo, de vacaciones, en alta mar, á bordo del yate «Mirella», que hacía la carrera entre Valparaíso y Punta Arenas. La tarde era tranquila, y los pasajeros, después de dos noches de tormenta pasadas en la angustia de los camarotes, cerrados herméticamente, estábamos en grupos alegres charlando sobre cubierta.

Entre todos, se distinguía un hombre alto, serio, de amplia frente y mirada profunda, que en los momentos de mayor confusión y peligro, había estado valientemente tranquilo. Era, sin duda, un hombre de ciencia, un hombre de mérito, y me atraía profundamente hacia él cierto aire de malestar, de enfermedad física ó moral que le hacía pasar horas enteras abatido, callado, en la contemplación del infinito móvil de las aguas.

Uno de tantos pretextos que en la navegación se encuentran fácilmente, me acercó al hombre que tanto admiraba, sin conocerlo. Le pregunté por su salud, que estaba ostensiblemente quebrantada. Sonrió simplemente y me dijo su nombre: el Doctor Mox.

Con sólo la enunciación de este nombre me bastó para comprenderlo todo. El Doctor Mox había sido un sabio de reputación universal, al que admiraba yo en la época en que estudiaba medicina. Después, cuando ya era yo un profesional, el interés que me inspiraba el médico sabio y estudioso, creció por el hecho de que llegara á mis oídos cierta aventura de la que apenas guardaba un vago recuerdo.

Era el Doctor Mox el inventor de un procedimiento curativo que rayaba en lo maravilloso; pero el choque nervioso que recibió en ciertos amores desgraciados, le hizo que olvidara todo: ciencia, fama y gloria, y que se retirara á vivir aislado. Ahora la casualidad lo colocaba en mi ruta, y excusado es decir con cuánto afán lo interrogué, después de haberle dado mi nombre, ignorado y pobre.





***

El Doctor Mox, en la noche, cuando habíamos cenado, habló largamente conmigo, y de su relación conservo aún gratos recuerdos. Me contó la siguiente historia de su vida, de su propia existencia:

«Cuando terminé los estudios en la Universidad de París, murieron en pocos meses todos mis parientes. Un tío de California me dejó una fortuna colosal. Nunca hubiera tenido necesidad ya de ejercer mi profesión; pues, por otra parte, me seducía más la idea de seguir los cursos al lado de alguno de los grandes maestros de las escuelas médicas de Europa, y de dedicar mis estudios, mi vida y mi fortuna á conseguir algún descubrimiento de interés que fuera una bendición divina para la humanidad.

«Me dirigí á Viena, donde existían en mi época los mejores hospitales y en los cuales sabía que las mejores clínicas se encontraban. Al llegar, procuré informarme de las circunstancias en que podría estudiar mejor, pues de tiempo atrás bullía en mi cerebro la idea de que «la vejez, en sí, fuera de todo género de enfermedades, era el fruto de una infección, lo mismo que cualquiera otra dolencia». Por lo tanto, buscaba con ahinco el momento de encontrar algún hombre que muriera solamente de vejez, que no tuviera enfermedad alguna, en el que seguramente debería encontrar el germen de la ancianidad, en caso de que existiera.

«En Viena, en la primera semana de mi permanencia, conocí á Elsa. Era una rubia hermosísima, de veinte años solamente, alta, delgada, de ojos límpidos, profundos y azules. Me agradó su figura, y como de cualquier manera habría de permanecer yo mucho tiempo en la capital de Austria, ocurrí á los que hubieran podido conocer á Elsa, para ver de relacionarme con ella.

«Era hija de un militar afamado, pero pobre. Había muerto el padre cubierto de gloriosas condecoraciones, sin dinero, y la viuda, que en anteriores épocas había sido dama de honor de la Corte austriaca, vivía muy modestamente, procurando ocultar á sus numerosas relaciones la inopia de su existencia, sin conseguirlo, por supuesto.

«Las anteriores informaciones me sirvieron desde luego. Busqué la manera de ser presentado á la viuda, y con el pretexto de que solamente en su casa habría de poder vivir decentemente, logré que me alquilara todo un piso. Inmediatamente cambié mi laboratorio.

«La familia estaba formada solamente por la viuda, Elsa y un viejo perro de Terranova, que se llamaba Max y que había llegado al extremo de la vida y tenía la curiosa manía de odiar á la viuda tanto como quería á Elsa, sin que para ello hubiera motivo de ningún género.

***

«Mis estudios caminaban lentamente. En ninguno de los casos en que me interesaba, había logrado encontrar un hombre que no muriera de enfermedad ó á consecuencia de algún accidente. Cierta noche me fueron á avisar que en el hospital se encontraba un hombre, anciano en extremo, que no padecía enfermedad alguna. Me encaminé allá presuroso y llegué á tiempo para tomar unas cuantas gotas de su sangre, y desde luego, en los tubos de gelatina que llevaba, hice mis siembras, esperando que los microbios de la decrepitud, caso de existir, germinaran en ellos.

«Al día siguiente el infeliz había muerto, sin enfermedad, de simple agotamiento causado por el siglo que había vivido. Fuí al hospital, me dirigí afanoso al microscopio, para ver de encontrar el germen que años hacía estaba esperando, y tuve la inmensa dicha de ver, en el círculo que alumbraban las lentes amplificadoras, el microbio claro, distinto de todos los conocidos, absolutamente nuevo, el germen de la vejez, y por lo tanto, el principio de un suero que había de hacer á los hombres jóvenes eternamente. Muy tarde, en la noche, tomé mis aparatos todos y me volví á mi casa.

«Era una noche de invierno, apacible, muy fría. Había nevado profusamente. Al volver una esquina, cerca ya de mi casa, unos trineos que regresaban de alguna diversión, me atropellaron, arrojándome brutalmente á tierra. En los primeros momentos nada sentí.

Luego reflexioné en la pérdida, la enorme pérdida de mis cultivos y de mis tubos de colonias.

***

«Me deprimió intensamente el fracaso. Había visto en mis manos el germen de un maravilloso descubrimiento que me correspondía por derecho, y una aventura ridícula me condenaba á seguir, por años enteros quizá, corriendo á través de los hospitales en busca de otro centenario que muriera sin enfermedad alguna.

«Decidí correr fortuna, mejor, yendo á dondequiera que en el mundo supiera yo que existía algún animal que fuera capaz de vivir muchos años sobre el promedio que generalmente se ha concedido vivir á los seres creados. Hice mis preparativos para un largo viaje, y el día en que me despedí de la viuda Hérdembach—la madre de Elsa,—le dije, sinceramente conmovido:

«—Voy en busca de algo que me haga un hombre por encima del nivel que habitualmente alcanzan los demás en esta vida. Tardaré quizás unos cuantos meses, quizá unos cuantos años; pero quiero irme tranquilo. Señora, pido á usted la mano de Elsa, para el día en que haya terminado la misión que me he impuesto cumplir en la tierra.

«Me extrañó mucho la actitud de la madre de Elsa. En su mirada había más celos que cariño materno. Me desconcerté por completo ante la sospecha espantosa que pasó por mi mente en ese momento.

«Había sido la señora una dama de honor de las más hermosas que habían pisado los salones de la Corte de Viena. Aún, en sus cuarenta años, era hermosísima.

«Elsa, con gran contento mío, afirmó á su madre que era yo el único hombre que le interesaba, y que debería acceder la señora á mi petición. Y con tal esperanza, partí para California.

***

«Me habían afirmado que en California existe un grupo de árboles seculares. El Gobierno americano ha preservado del hacha del leñador algunos ejemplares de precio inestimable. Se cree que estos árboles alcanzan vidas de mil y de mil quinientos años. Y puesto que son seres vivos, de existir, como yo lo sabía, el germen de la decrepitud, también en ellos era posible que lo hallara.

«Me instalé en un villorrio cerca del cual el hermoso grupo de árboles milenarios se erguía. Poco avancé en los primeros días. Cierta tarde, con grave desconsuelo mío, se presentaron los alumnos de una escuela acompañados de su profesor, que me interrogó largamente, sin conseguir respuesta alguna categórica de mis labios, acerca de mi intención al hacer aquellos estudios.

«Pero era un hombre de ciencia, un observador, y en las pocas palabras que se me escaparon, comprendió cuál era mi anhelo, cuál el objeto de mi viaje y de mi permanencia en tan apartadas regiones.

«A la mañana siguiente, cuando nos volvimos á encontrar, me dijo:

«—Seguramente interesará á usted un ejemplar único que poseo. Se comprende que busca algún animal que haya pasado el término normal de la existencia, y yo poseo una rana que tiene más de cuatro mil años.

«—¿Cómo es posible? Las ranas no viven tanto.

«—En efecto — me dijo. — Habitualmente la rana no vive tanto. Pero es ésta una rana única. Yo mismo, en mis exploraciones en una mina de carbón, la he sacado del alvéolo de un block de antracita. Seguramente que ha permanecido en ese block desde la época de formación del terreno carbonífero, es decir, hace más de tres mil años próximamente.

«No pude contenerme. Le expliqué claramente el objeto de mi viaje, mis esperanzas y mis observaciones. Y me regaló la valiosa rana, envuelta en unos algodones en una cajita de madera.

«Inmediatamente comencé mis trabajos. Una incisión profunda me dió una gota sólo de la sangre de aquel batracio. La sembré inmediatamente en mis tubos de gelatina. Al día siguiente tenía, de nuevo, mis «colonias» del germen de la eterna juventud. Porque seguramente que en esta vez, ya con la experiencia anterior, no habría de perderlas en vano.

***

«Llegué á Viena en la noche. La madre de Elsa estaba enferma; Elsa la acompañaba á la cabecera de su lecho. De nuevo, en el momento en que mi amada me besó, al darme la bienvenida, creí sorprender en la mirada de la viuda aquel rayo de celos que me había turbado tanto á mi partida. En la misma noche, Elsa, preguntándome el resultado de mi viaje, supo que tenía por fin el germen en mi poder. Inmediatamente me propuso que lo ensayara en Max, en el viejo perro, que durante mi ausencia había cegado y permanecía horas enteras al pie del lecho de Elsa, esperando ya solamente que el último aliento le faltara.

«Al principio me resistí á la insinuación de Elsa. Aún no tenía completos mis estudios; quería experimentar, para lanzar en seguida la nueva en todos los centros científicos.

«Pero Elsa insistió. Quería mucho al pobre perro, que verdaderamente inspiraba lástima. Me acabó de decidir la bienvenida alegre del pobre animal, que, una vez que me reconoció, tuvo aún fuerzas para acariciarme.

«Preparé inmediatamente cierta cantidad de mis cultivos, tomé los útiles necesarios, y le inyecté á Max una pequeña cantidad de aquel líquido, que habría de hacer la eterna juventud del hombre.

***

«Al día siguiente, lo que primero me despertó fue la súbita aparición de un perro de Terranova, joven, robusto, vigoroso, que saltaba alegremente á mi vista y que me reconoció desde luego. Era Max: el milagro estaba hecho. Era la primera vez que experimentaba el efecto de los cultivos, y la sorpresa me paralizó por algún tiempo mientras el perro saltaba y corría por mi pieza.

«Después, en vista de que podía ser solamente una coincidencia inexplicable, de que no estaba aún seguro, y de que no podrían, científicamente, aceptar mis ideas sin previa experimentación, propuse á Elsa que guardara el más profundo secreto en cuanto á los resultados de la operación en el perro, para que no se divulgara la nueva.

***

«Entre tanto yo seguía activa, febrilmente mis experiencias, en lo particular, sin declarar francamente el resultado de ellas á los demás médicos de los hospitales que frecuentaba. Nunca me dejó de dar pleno resultado la aplicación del «suero de la eterna juventud», como le había llamado Elsa desde que se interiorizó lo bastante del procedimiento.

«Pero la enfermedad de la señora seguía. Los demás médicos afirmaban que era un caso perdido, que solamente se podría mantener aquella existencia por algún tiempo, más ó menos largo, pero que no había remedio.



«Elsa, con las lágrimas en los ojos, me pidió que aplicara á la enferma mi suero, que la salvara, porque tenía ella la plena seguridad de que solamente por tal medio se aliviaría. Me negué lo más que pude, porque jamás me había olvidado de la siniestra mirada de la viuda en los dos momentos más significativos de nuestra existencia. Por fin, Elsa, con la tenacidad femenina, me afirmó «que en el caso de que no le diera yo gusto en tal cosa, juraba por la memoria de su padre que no habría de ser mi esposa jamás.»

«Tuve la debilidad de conmoverme. Inyecté nuevamente mi suero á la señora, que estaba ciertamente grave, al grado que casi no se dió cuenta de la operación. Terminada ésta, me volvieron á asaltar los remordimientos, y una especie de vago presentimiento me desconcertó.

***

«Me encontraba á la mañana siguiente en mi estudio, solo, porque á falta de sueño, había preferido hacer algunas observaciones. Repentinamente se abrió con estrépito la puerta de entrada que comunicaba con un corredor y percibí el sonido de un traje femenino que se acercaba. Creí darle una sorpresa á Elsa, para reñirla en seguida, por haberse levantado tan temprano. Dos brazos blanquísimos pasaron por encima de mi cuello, y una mejilla, ardiente, aterciopelada, se reclinó en la mía, al mismo tiempo que sentía el dulce peso del cuerpecito sobre mí.

«Creo no haber pronunciado ninguna palabra. Solamente sentí que ardía mi cerebro y que mi vista se ofuscaba en una deliciosa vaguedad. Busqué, anheloso, los labios frescos que se tendían hacia los míos.

«En esos momentos la puerta se abrió violentamente. Elsa estaba en ella, airada, despidiendo rayos de indignación por sus azules pupilas.

—«¿Quién es esta mujer? me dijo, estrechándome el brazo. ¿Qué quiere esa mujer y por qué razón tiene tales confianzas contigo?

«Aquel mismo día salí de Viena... Y busco aún en viajes larguísimos el olvido indispensable para mi existencia y para mi alma lacerada». —J. W.



POEMA EN PROSA

EL SURCO

Sobre el jaspe del lago, un barco de ébano, de velas negras, que boga sin remos, abre un surco de nieve. Va con lentitud hacia Occidente. ¡Oh! tan lentamente, que apenas se oye el estremecimiento de sus alas tristes. Y, sin embargo, en la calmada languidez de la tarde, oigo un sonido inmaterial, que es un grito exhalado por el Alma del Barco.

El Alma del Barco gime, y en ese extraño gemido mi espíritu reconoce -así como los sentidos separan dos olores mezclados—el fastidio y el espanto. Porque el Barco está cansado de ver desde hace muchas horas tras de sí ese surco color de féretro. Quería huir de él para ir á reposar allá abajo cerca de los mágicos palacios de cobre rojo que edifica el sol poniente; ó bien detenerse silenciosamente, á fin de que el lago, alrededor de sí, no sea sino una llama de mármol verde.

Pero un viento impetuoso infla sin tregua sus velas, y él mismo, con pesada carena, cava el surco que le fastidia y le espanta.

Y entonces, una voz de tal manera misteriosa é íntima que no sé si parte del Barco ó de mi Alma, murmura en el aire violeta de la tarde: ¡Oh! ¡no ver más tras de mí, sobre el lago de la Eternidad, el implacable surco del tiempo!

EPHRAIM MIKHAEL.

Heroicidad, y muy grande en verdad, es arrancarse de las potentes garras del vicio, después de haber caído de lleno en ellas. VALTOUR.

BLASON

He mirado esfumarse en la albura
La silueta de un águila blanca,
La señora que reina en la altura
Y á los buitres las plumas arranca.

No es el cisne ideal de Darío
Ni es el fúnebre cuervo de Edgardo,
No es el cóndor guerrero y bravío
Lo que ensalza mi lira de bardo.

Ella habita una roca escarpada
Que asemeja un baluarte rendido;
Y aunque lleve una flecha clavada,
Nunca exhala de duelo un gemido.

No se baña en la sangre inocente
De los albos corderos pascuales,
Lucha altiva, gloriosa y valiente
Con leopardos y fieros chacales.

No doblega su blanca cabeza
Cuando el astro de fuego despierta.
En el belfo volcánico reza
Por el águila madre ya muerta.

Sobre el férreo broquel del embate,
A manera de antiguo amuleto,
Llevo el ave gentil del combate,
Que me sirve de escudo y de reto.

JUAN GUERRA NÚÑEZ.

ENSUEÑO

Cuando sumido en más hondas meditaciones me hallaba; ella, Ofelia de un extraño paraíso, entró, tomó mi mano, la apretó con fruición; fijó en mí su pupila de topacio; como una bendición desgajó sobre mi frente la mata opulenta de su pelo, y se alejó luego, lentamente, silenciosamente, como si temiese profanar con la palabra la expresión de su ternura, sus ojos fijos, fijos sobre mí......

¡Erase así una estrella, que en la estancia



NUESTRO PAIS. CANAL A RANCHO NUEVO Y HORNOS (CUERNAVACA).

resplandecía con fulgores tremulantes y pálidos!

Yo la dije:

—A vuestros pies y en la sombra; gusano enamorado de una estrella, dejasteis para siempre enceguecida mi pupila, y me devoraré de dolor aquí abajo, mientras que vos brilláis arriba. Mi alma os esperaba ha mucho tiempo. En las aguas dormidas del ensueño navegaba la barca de mi Amor, y mi ojos miraban magnetizados el horizonte por donde debíais venir...... Voy tras vuestro amor, impalpable y fatalmente como la luz tras el astro que la produce ó como la sombra tras el cuerpo que la proyecta. Tenga fin vuestro augusto sufrimiento; no es verdad que el dolor sea nuestra herencia; la vida no es para sufrirla, sino para vivirla; no se nace para llorar y gemir, sino para luchar y vencer. La humanidad es mentirosa cuando se empeña en hacer malo y feo lo que en el mundo es lo más bueno: el hombre, y lo más bello: la mujer. ¡Y son felices aquellos que pueden dormir tranquilamente sobre los lauros del deber cumplido y del amor fecundo! ¡Amadme!

—Yo te amo—dijo la radiante visión,—te amo, pero no puedo ser tuya. El Ideal es sagrado, y no se toca. Eterno como la muerte es nuestro amor; guárdame tu corazón y ámame siempre; pero ámame en la luz cintilante de la estrella; en el azul de los cielos; en la armonía infinita de los astros. Adórame en el polen de las flores; en el rumor inmenso de los bosques; en las remotas lontananzas del océano. Yo vivo en las regiones donde gime tu esperanza; «yo soy el numen de tus sueños vagos;» ánfora que guarda el tesoro inacabable de tus ansias; pero no puedo ser tuya. Amame de lejos, y envíame las misivas de tus sueños hasta que «ciñas las vestiduras de un querube» y por los espacios del misterió levantes el vuelo á las regiones excelsas donde reina el sol......

Y, la Ofelia soñadora é intangible, siguió su rumbo: camino de un lejano, extraño é ideal paraíso.

JUAN LISCANO.

EN UN ALBUM

La Primavera, pródiga y fecunda,
del árbol viste las desnudas ramas
que sienten, al abrigo de las hojas,
renovarse su savia.

Llega el Invierno asolador y frío,
barren la selva sus heladas rachas......
Di, Primavera, ¿á dónde van las hojas
que abrigaron la rama?......

Arbol desnudo que vistió la mente
con sus flores más bellas
es un álbum también, en donde el alma
la extinta savia del amor renueva.

Pero vendrá, más triste que el Invierno,
el Olvido, María......
¿A dónde irán las hojas de tu álbum
donde quedaron las estrofas mías?......

Dulce María Borrero.

LA SERENATA

Ceñuda descendió de la montaña,
lenta la noche á la feraz colina;
trota el lobo ululando, é ilumina
con igniscentes ojos la campaña.

Filis, pues que Mirtilo te acompaña,
suspende tu labor de campesina,
la sien cansada en el jergón reclina
y el fuego extingue ya de tu cabaña.

¡Duerme! Y cuando despiertes con el brillo
del sol radioso en el azul risueño,
en pie hallarás á tu zagal sencillo;

Mirtilo el boquirrubio tiene empeño
de arrullar con su flébil caramillo
tu virginal y regalado sueño.

JUAN B. DELGADO.



Estudio Fotográfico

(Colección Pellandini.)

Pensamientos de Aiver

Tiene por fuerza que ser la Moda, algunas veces, antiestética, antihigiénica ó estrafalaria, porque suele suceder que provenga de gentes tan ignorantes ó tan caprichosas como acaudaladas.

*

Al entrar en cada nuevo año, fórmate firmemente la resolución de no salir de él sin haber ascendido siquiera un peldaño de la escala social; y para ver de alcanzarlo, emplea cuantos medios lícitos te sugiera el entendimiento.

*

Cada año que dejamos atrás, es una serie menos de desengaños, penalidades y amarguras.

*

Cuando sepáis que á un hombre le despedazan sus contemporáneos, tened casi siempre por cosa cierta que, una vez muerto aquél, se trocará el encarnizamiento en admiración y alabanzas.

El Mundo Ilustrado

Año X—Tomo II—Núm. 23

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

México, Diciembre 6 de 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem, en la capital $1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Arte Clásico

LUISA TETRAZZINI

Debo á Luisa Tetrazzini una de las emociones de arte más intensas, más puras y más dulces que me sea dado resentir; emoción juvenil y primaveral, de que no me creía ya capaz, á la vez luminosa como el alba, fresca como la brisa y perfumada como el prado.

Cuando se ha tenido, no sé si debo decir la dicha ó la desgracia de vivir medio siglo, cuando se ha amado hasta el fanatismo una forma del arte y cuando se ha asistido hasta su completa transfiguración; cuando, en una palabra, se tiene un pie en el pasado y el otro en el porvenir; cuando en la juventud se ha visto florecer jardines, se ha oído cantar alondras y se han presenciado alboradas, y en la madurez se ha asistido á erupciones volcánicas, se ha escuchado rugido de fieras y se han visto llamear incendios; cuando del idilio se ha pasado á la tragedia y de la pastoral á la epopeya, el espíritu vacila y el criterio se ofusca, la preferencia oscila como una brújula loca entre los rumbos opuestos del arte y se llega á dudar del porvenir tanto como del pasado.

¿Qué es mejor? ¿qué es preferible? ¿qué cosa procura placeres más dulces y puros y emociones más tiernas y conmovedoras? ¿qué es, en suma, más estético y más artístico, Virgilio ó Shakespeare, Fray Luis ó Calderón, Ibsen ó Lope, Rossini ó Wagner? ¿Quién canta mejor, Angela Peralta ó Rosa Caron, quien es más escultor, Fidias ó Miguel Angel, quién es mejor literato y mayor poeta, Lamartine ó Víctor Hugo?

Este eterno problema estético, se yergue ante el «amateur» y el crítico é impide el disfrute simple, espontáneo, sincero de la obra de arte.

Los que hemos asistido al espléndido crepúsculo del arte viejo y á la radiante alborada del arte nuevo, sufrimos, á pesar nuestro, esa angustia de escoger entre dos perfecciones, de otorgar el lauro á dos triunfadores, y nuevos Paris, con la manzana de oro en la mano, vacilamos entre acordarla á Juno ó concederla á Minerva, buscando en vano la Venus Victrix, la incomparable Afrodita, que decida sin réplica de nuestra elección.

En mi adolescencia y en mi juventud, la música y el arte de cantar eran todo melodía y todo «bel canto». El escenario era una enramada cuajada de ruiseñores, de zenzontles, de clarines de la selva que dispersaban trinos y desparramaban gorjeos en un ambiente diáfano y en una atmósfera tranquila, apenas murmurante de susurros de hojas y de rumores de arroyuelos. Caracteres, situaciones, peripecias, intrigas, desenlaces cómicos y soluciones trágicas, todo se traducía en arrullos de tórtolas, en gorjeos de aves, en parloteos en los nidos y en zumbidos en las colmenas. Todo era tierno y suave; nada había maquinado ni artificial. La música y el canto imitaban al pájaro como el lago reflejaba el firmamento, con la misma transparencia y la misma simplicidad.

A la vez que esta forma infantil y simple del arte se ostentaba en la escena, en la vida surgían las ilusiones deliciosas, las esperanzas halagüeñas, las emociones inocentes. Amábamos como cantaban Edgardo ó Almaviva: odiábamos con los rencores garapiñados de Aston ó del Otello de Rossini. Vivíamos á horcajadas en el balcón de Julieta y llorábamos nuestros desengaños con las lágrimas de almíbar de la Norma de Bellini ó la de Safo de Paccini. Elvino y «La Sonámbula» encarnaban nuestras desbordantes pasiones, y el rondó final de la reconciliación ó el aria suspirosa del suicidio, satisfacían nuestros anhelos, llenaban nuestras aspiraciones estéticas.

Formóse así por asociación de ideas en nuestro espíritu una amalgama, un lazo indisoluble entre el trino y la ternura; la escala cromática y el entusiasmo: el grupeto y la ilusión; y el «bel canto» y la juventud «hicieron bala», formaron «block» y se confundieron estrecha, íntima, indisolublemente.

La música dramática, el drama lírico, el canto declamado, lucharon por disociar esa amalgama, por divorciar ese contubernio y por fundir nuevas ligas en nuevos crisoles. Al trino se substituyó el lamento; al gorjeo, la declamación; al grupeto, la frase. Los «diseurs» reemplazaron á los cantantes, los artistas dramáticos á los artistas líricos, las trompas á las flautas y la gran tuba á la «viola d'amore».

El arte nuevo hablaba á la razón más que al sentimiento; disertaba en vez de conmover y demostraba en lugar de agradar. Llegaba á tiempo para mí y para los de mi generación. Llegaba en el momento preciso en que se va la juventud y sobreviene la madurez; en que razonamos la emoción, disecamos el sentimiento; encauzamos el ímpetu y canalizamos el desbordamiento.

El primer silogismo y el primer copo son contemporáneos. La razón comienza á cristalizar y á revestir forma geométrica cuando la pasión empieza á enfriarse y la ebullición del entusiasmo á calmarse.

Era el caso para nuestra generación. Comenzamos á razonar la lírica al mismo tiempo que á calcular y razonar la vida, y fuimos á las nuevas formas de la música y del canto con la misma fe rígida é intransigente con que nos lanzamos á la política ó á los negocios.

Gozábamos tal vez menos; pero creíamos acaso más. Aquello no tenía réplica, y puesto que á la sensación habíamos substituído el razonamiento, y á la ilusión el cálculo, nuestro arte de hombres hechos tenía que ser silogístico, matemático. Nuestras aspiraciones de progreso habían dado muerte á nuestros anhelos de placer: «aquello había matado á esto» y aplaudíamos «Los Payasos» y «La Tosca» con la misma fe con que un matemático aplaude «el cuadrado de la hipotenusa».

De tiempo en tiempo nos asaltaba una duda: el canto se había reducido á un mínimum y el acompañamiento había alcanzado un máximum. Cambiados los papeles, las voces servían de acompañamiento á la orquesta. Los cantantes cantaban cada día menos y cobraban cada día más. Se cantaba de brazos, como debe torearse, y se toreaba de pies, como debe bailarse. Se dibujaba en el horizonte del arte lírico una Isla de San Balandrán; los contrabajos, la gran tuba, los timbales, llevaban la voz cantante, y los violines concertinos el bajo fundamental. El fagot cantaba y el clarinete callaba; las trompas de mano predominaban sobre los oboes y las flautas, y entre el bombo y «los ruidos», se distribuía lo principal del trabajo lírico.

Salíamos silogísticamente transportados de La Navarraise y apeteciendo en el fondo de nuestro corazón una melodía redonda y una «fioritura» bien rematada. Hartos de trufas, de roastbeef con «asafactida», de gangas «manidas» y de quesos putrefactos, soñábamos con un jamoncillo ó un buen batidillo de coco.

Hubiéramos dado nuestro reino por un caramelo ó por un confite. Pero nobleza obliga: primero mártires que confesores, y sufríamos y callábamos sin atrevernos á pedir la música dulce y el canto gorjeado de que tanto habíamos menester, siquiera para «desengrasar», como dicen los gastrónomos.

Imposible: con el «bel canto» habían desaparecido sus sumos pontífices y sus grandes sacerdotisas. Muertas la Malibran, la Sontag, las hermanas Marquigio, la Miolan Carvalho y hasta Adelina Patti, hoy caduca; muertos el divino García, Duprez, Tamberlick y Gassier, toda tentativa de resurrección de la música gorjeada era absurda y resultaba caricaturesca.

Una de dos: ó el cantante, queriendo gorjear, balaba, se comía las notas y nos daba tan sólo el esqueleto descarnado y el contorno escueto de la melodía, ó hábil en el mecanismo, no sabía infiltrar pasión, ni expresión ni sentimiento en las variaciones de «bravura» de su organillo automático. De Tancredo, de Semíramis, de Puritanos, íbamos á oír una vertiginosa sucesión de notas emitidas en frío y congeladas en la región de las nieves perpetuas, algo así como una granizada sobre un tragaluz, ó bien, si el artista quería expresar algo y hacer sentir alguna cosa, abreviaba, suprimía, aligeraba, simplificaba y desfiguraba la partición con la sonriente y resignada complicidad del director de orquesta.

Una y otra eventualidad eran funestas á la resurrección, á la galvanización, siquiera, de aquello que fué arte completo y perfecto en su género. Apenas si Angela Peralta y Elvira Repetto sobrevivieron á la decadencia de aquel género de música, nos retrotrajeron á aquellas impresiones dulces y tiernas de que ya no nos creíamos capaces, y nos recordaron y nos hicieron meditar en que cada transformación del arte no es el aniquilamiento de algo antiguo, sino la creación de algo nuevo, y que un nuevo astro en una constelación, no supone necesariamente la extinción de los otros.

Después de Angela y de la Repetto enmudeció en México el «bel canto» y se eclipsó por completo la lírica vieja, y llegamos á creer firmemente que había muerto el viejo dogma, porque no había grandes sacerdotes para el culto, y llegamos también á aceptar seriamente que la muda gimnasia de salón de Víctor Capoul era la forma suprema y definitiva del arte del canto, como hemos llegado á creer que la contrapuntística metafísica de César Frank es la eflorescencia suprema de la música sinfónica.

Nos afiliamos, pues, resuelta y francamente en la nueva secta, nos hicimos iconoclastas de los viejos ídolos, formulamos nuestro flamante y ardiente credo, nos dormimos sobre los laureles de nuestra definitiva emancipación lírica y soñamos la terrible pesadilla de Tristano é Isolda al son estridente de las trompetas de «Los Troyanos» de Berlioz y «Los Argonautas» de Augusta Urlmés.

De esta sublime, á la par que angustiosa y sudorosa pesadilla, vino á despertarnos una hada: Luisa Tetrazzini. Vestida de nubes, coronada de estrellas y de lirios, blanca, pura y fresca, nos tocó con la varita mágica de su genio, cantó á nuestro oído las canciones ya olvidadas de los ángeles y de los ruiseñores; con su luz alumbró las tinieblas, con su aliento disipó los nubarrones, abaniqueó con plumas de cisne nuestro acalorado y jadeante sentimiento estético, ahuyentó con su soplo las quimeras, llamó con su acento á las tórtolas. Ahí donde antes rugían las fieras, comenzaron á cantar las alondras; ahí donde bramaba rudo el aquilón, comenzó á susurrar la brisa, y su mágico conjuro transformó la caverna en prado, la noche tempestuosa en límpida alborada y la pesadilla cruel en tierno y dulcísimo ensueño pastoril.

¡Qué artista! Ante la inimitable dulzura de su voz, ante la fácil y elegante agilidad de su garganta, ante la desparpajada maestría de su técnica, ante la intensidad de su pasión que impregna su canto, ante la sutil y magistral intención de todo lo que dice, ante tanto talento, tanto corazón y tanta ciencia lírica, rendimos las armas de nuestra pedantería, entonamos un «mea culpa», por haber, por un momento, renegado del arte puro y sano que arrulló nuestra niñez y á cuyo tibio calor incubaron las ilusiones y las esperanzas de nuestra juventud; reconocimos haber negado, como Pedro á Cristo, el arte que nos enseñó á amar y á suspirar, y tributamos homenaje á quien nos ha devuelto momentáneamente nuestra juventud y nuestra felicidad, que creíamos para siempre perdidas.

Hagamos confesión general. El arte supone intérpretes adecuados. La Ilíada supone rápsodas y griegos; el romance, troveras y paladines; la tragedia clásica, cortesanos y medios monárquicos; Shakespeare, público observador y pasional; Rafael, resurrecciones de paganismos; Miguel Angel, infiernos del Dante.

La vieja lírica supone simplicidad de ideas, oídos finos, gargantas privilegiadas y sentimientos idílicos, puros, inocentes.

¿Luisa Tetrazzini es una reminiscencia ó un presagio? ¿Es el último canto del cisne ó el primer suspiro de una resurrección? ¿Viene á consumar una decadencia ó á iniciar una restauración?

Imposible saberlo. Pero si ha venido á dar definitiva sepultura al viejo arte, ha sabido cubrirlo con las flores más frescas y las gotas de rocío más puras. Y si viene á resucitarlo, nadie con voz más dulce, sentida y pura ha podido pronunciar, ante ese Lázaro ya putrefacto, el mágico: «Levántate y anda».

ORFEO.

LA MARIPOSA

Todo de cera parecía el angelito. Su nariz, de alas inmóviles, era firme y transparente como una moldura de cartílago endurecido. Sus pupilas apenas asomaban en la abertura constreñida de los párpados, parecidos á grandes pétalos amarillos. Todo el óvalo de la cara era rígido y pálido como el de los modelos esculturales. Y era la suya una rigidez fría y desagradable que producía la erección del vello.

Respiraba, penosamente, como si tuviese telarañas en el tórax.

Estaba muy enferma.

Las manecitas delgaduchas, donde el hueso parecía tener una difusión casi cireal, se movían lentamente entre la suavidad de los encajes con que la solicitud materna adornó toda la cuna.

De pronto, los ojitos se abrieron mucho, brillaron, se movieron vivamente, y una sonrisa se dilató, como una claridad, por todo el rostro pálido. Se acentuó la movilidad de los deditos. Y todos los músculos hicieron un esfuerzo como para la incorporación.

Una mariposa de grandes alas fugaces revoloteaba cerca de la cuna. El insecto parecía un recto triángulo policromo suspendido en el aire y que, al agitarse, fundía sus colores en un matiz completamente violáceo.

La visión levantó, en el enfermo, un tropel de deseos que enardecieron su espíritu y despertaron su fuerza.

Levantó el cuerpecito, violentamente; agitó los brazos débiles y pálidos; crispó los dedos, y estrujó á la hipsipila.

Después, cayó sobre las almohadas más lívido; abrió la mano; vió un poco de polvo sin color, un polen, y un feo cadáver magullado. Se velaron sus ojos, como si un vapor afluyera á ellos; sintió fríos horribles; tembló convulsivamente, y empezó á llorar en el silencio.

Tanto lloró, que se fué agravando. Tosió una, dos y tres veces, cada vez con menos fuerza, y quedó muertecito el pobre, como si hubiérase agotado la humedad de sus carnes.

Y el polvo del insecto, como un emblema doloroso, quedó entre los encajes con que la solicitud materna había rodeado al angelito.

JOSÉ MARÍA QUEVEDO.



Nuestro Número de Año Nuevo

LOS ASUNTOS QUE CONTENDRA

Nuestra idea de publicar una edición de Año Nuevo, que se aparte por completo de las ediciones ordinarias de EL MUNDO ILUSTRADO, tanto por lo que ve á sus dimensiones, como por lo que se refiere á su material literario, ha sido—y esto nos complace,—favorablemente acogida por el público.

Numerosísimos son ya los pedidos de ejemplares que la Administración tiene en su poder para atenderlos oportunamente, y muchas son las casas comerciales que se han apresurado á tomar planas enteras para la publicación de anuncios.

Esta prueba de la alta estimación que los lectores y los comerciantes tienen por este semanario, nos ha obligado, naturalmente, á hacer todo lo que está de nuestra parte para lograr que la edición resulte lo más bella é interesante que nos sea posible.

El sumario de los asuntos que contendrá, es como sigue:

CRÓNICA NACIONAL Y CRÓNICA EXTRANJERA de 1093, ilustradas con magníficos grabados.

CUENTOS Y POESÍAS, de las mejores firmas, escritos especialmente para EL MUNDO ILUSTRADO.

ARTÍCULOS DIVERSOS sobre asuntos de actualidad.

LA CIENCIA EN 1903.—Una ojeada á las teorías, inventos y descubrimientos más notables.

POR LOS ESTADOS. Retratos de todos los señores Gobernadores, con expresión de los que han sido electos en este año.

GALERÍA DE ARZOBISPOS Y OBISPOS MEXICANOS.—Fotografías de todos los prelados, con una breve noticia del movimiento habido en el año en las altas esferas eclesiásticas.

DAMAS MEXICANAS.—Una hermosa serie de fotografías de señoras y señoritas distinguidas de la República.

CALENDARIO HISTÓRICO.—Este calendario constituye una verdadera novedad. Cada mes lleva dos dibujos que representan acontecimientos muy notables de la Historia de México, y un santoral. Los dibujos están distribuídos de la manera siguiente:

ENERO: Derrota de Hidalgo en Calderón y entrada del Ejército Constitucionalista en México.—FEBRERO: Desembarco de Hernán Cortés en Cozumel; el Primer Auto de Fe celebrado por la Inquisición en la Nueva España; retratos de los miembros más prominentes del Congreso Constituyente de 1857.—MARZO: Moctezuma rinde vasallaje á Hernán Cortés; pronunciamiento de Landa en Guadalajara.—ABRIL: Aceptación de la corona de México por Maximiliano; toma de Puebla por el Sr. General Don Porfirio Díaz.—MAYO: Fin del sitio de Cuautla; batalla ganada en Puebla á los franceses.—JUNIO: El último día de la Inquisición; entrada triunfal de Maximiliano en México; fusilamiento del mismo Maximiliano y de Miramón y Mejía.—JULIO: Entrada triunfal de Juárez en México.—AGOSTO: El último día del Imperio Azteca; defensa de Churubusco en 1847.—SEPTIEMBRE: El Grito de Dolores; monumento á los héroes de Chapultepec.—OCTUBRE: Batallas de la Carbonera y Miahuatlán.—NOVIEMBRE: Rendición de los independientes en Mexcala; el Primer Congreso Nacional.—DICIEMBRE: Nuestra primera guerra con Francia; reconocimiento de la Independencia de México por España.

***

En nuestro número de Año Nuevo publicaremos, además, un magnífico retrato del Sr. Presidente de la República y fotografías de los señores Secretarios de Estado y de los miembros del Cuerpo Diplomático.

Las «cubiertas» de esta edición, que constará de más de OCHENTA PÁGINAS, serán de magnífico papel «Couche» y estarán impresas al «cromo.»

***

Próximamente nos ocuparemos de las grandes mejoras que nos proponemos introducir en EL MUNDO ILUSTRADO para 1904.

LA DUDA

Yo conozco una extraña religión—pesada y simbólica, hondamente enigmática,—la religión de la duda. Su templo, su enorme templo es el corazón humano, y sus silenciosas oraciones son previvencias de ultratumba que penetran en el alma fríamente, gravemente, como dardos emponzoñados en la claridad de lo real......

Yo conozco una filosofía extraña, impregnada de pasmosa vacuidad, una filosofía de exótica rareza que suspende sobre las grandes concepciones—en los bastidores cartesianos—el cortinaje del eterno «devenir».

Yo conozco una poesía extraña que harmoniza en los mágicos toques de su paleta las rientes quejas de la música y las sollozantes carcajadas del dolor, una poesía sutil que vibra trémula en deliciosos pestañeos y abarca en la copa de sus versos las fisonomías de la sombra y de la luz, en el férvido beso penumbral......

Yo conozco un fantasma sigiloso, un fantasma aterrador, que se mueve con un ritmo espeluznante, con un ritmo que da miedo, miedo torvo, miedo fosco, con un ritmo que resuena sordamente en los templos del cariño, en las selvas corpulentas del amor, en las frondas perfumadas de los puros sentimientos. ¡Yo conozco ese fantasma!

Yo conozco un magno poema que en mi alma llevo escrito, cual en lienzo de tristezas, un poema gigantezco, que describe majestuoso tres columnas y una torre; tres columnas que sostienen una extraña religión, una filosofía extraña y una extrana poesía; y una torre de pavor, hosca, imponente, negra, en la que vive moviéndose, con un ritmo que infunde miedo, «el fantasma de la Duda!» ¡Ay, yo conozco ese fantasma!

ANTONIO BERMUDEZ M.

*

El dolor de haber perdido la felicidad por un crimen, es el primer paso del arrepentimiento.—SUE.



NUESTRO PAIS.—CAMINO DE LA VALENCIANA (GUANAJUATO).

La Expedición de Nordenskjold

Acaba de noticiarnos el cable transatlántico que los valientes marineros de la barca argentina «Uruguay», después de largos meses de trabajo, han logrado salvar la expedición antártica que había emprendido el Doctor Nordenskjold, bajo la inmediata protección del Rey de Suecia y Noruega.

La expedición antártica del Doctor Nordenskjold ha sido una de las empresas científicas que más han llamado la atención en todos el mundo.

Los medios de que la expedición dispuso, no fueron, en realidad, de los mayores. El buque se mandó construir lo mejor posible, siempre partiendo de los datos que han sido ya utilizados en anteriores excursiones, especialmente por la del Doctor Nansen, en la que quedaron demostradas las buenas cualidades de resistencia de un barco que fué construído conforme á esos datos. El casco se hizo de madera, reforzado de hierro, dándole la forma especial que obliga á levantarse á la embarcación toda, cuando la presión de la nieve es considerable, en lugar de ceder bajo el empuje de la misma presión, como pasó en el caso de la fatal expedición de la «Jeannette», que el director de un periódico americano fletó para que fuera á los mares del Norte en busca del Paso del Nordeste.

Una vez que la expedición estuvo lista, que se había seleccionado debidamente el personal y que se contaba en los almacenes con los alimentos precisos para una larga permanencia, se emprendió la marcha. Hay que advertir que son los mares de la región polar del Sur, peores, en concepto de todos los que los conocen, infinitamente peores que los similares del Norte.



LA EXPEDICIÓN EXPLORANDO LAS ISLAS.

En la zona Polar ártica se encuentran refugios hasta una latitud avanzada; tierras en las cuales se puede invernar, pues existen animales, aunque escasos, que proporcionan á los hombres alimentos en los períodos de noche eterna y glacial. Lo contrario pasa en los mares del Sur. La tierra más cercana, que es el cabo de Hornos, en la América, se encuentra muy lejos. La zona de nieves es más extensa, más frecuentes las tormentas, más rudas las nevadas, y los animales, de la fauna característica de estas regiones, escasean, se van haciendo más y más raros cada día, hasta desaparecer por completo á distancia muy grande aún del Círculo Polar.

Los expedicionarios de la comisión de Nordenskjold, debieron permanecer un invierno en las zonas del Océano Atlántico del Sur. Debieron ir á bordo hasta la extrema distancia que pudieran recorrer con las máquinas; dejar allá el buque, descargar los alimentos, los trineos, los perros, los útiles, y avanzar, á pie, hasta que les fuera imposible hacerlo por más tiempo. Entonces debieron invernar, esperar en las cabañas de nieve que volviera lo que se llama el «buen tiempo» en tales regiones, para regresar á la costa en donde les esperara su buque.

El invierno pasado, cuando ya habían sido abandonados en las costas de la inclemente nieve del Sur, se perdieron las huellas de los valientes exploradores. Se supo solamente la historia de la expedición, por las narraciones de los tripulantes que volvieron á climas más templados, en espera de que llegara el momento de volver á recogerlos en la misma costa helada en la que un año antes los habían abandonado.

Pero cuando esto se hizo, sea porque Nordenskjold hubiera perdido sus instrumentos de cálculo astronómico, sea porque la nieve y las tormentas hubieran roído la costa, el caso es que los tripulantes vieron con angustia que pasaban los días y los meses, y que los expedicionarios no volvían.

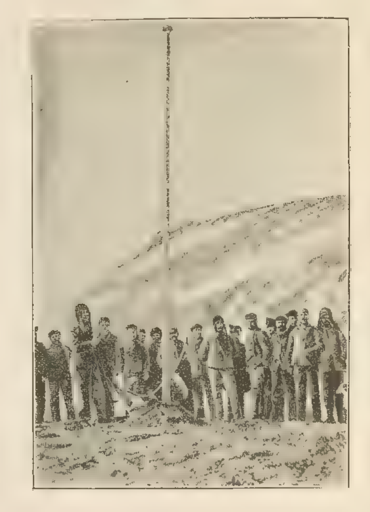
Entonces fué cuando por el mundo entero circuló la nueva tristísima, haciendo que se estremecieran los corazones bien puestos, con el temor de que fuese la expedición Nordenskjold la víctima obligada de las conquistas de la ciencia en aquellas inhospitalarias regiones.

***

En la capital de Buenos Aires habían estado, de recalada, los audaces expedicionarios que se temía hubieran perecido, y se recordaba aún la despedida que el pueblo les había hecho.

Entonces hubo algunos valientes marineros de la escuadra que pensaron en arriesgar sus existencias en beneficio de los atrevidos suecos. Recibieron permiso del Gobierno, se les dotó debidamente, se equipó para el largo viaje al «Uruguay» y la expedición salió seguida de la buena voluntad de todos los que sabían cuán noble era el fin que se iba persiguiendo. Por fortuna la expedición ha tenido éxito completo, pues en los mensajes que han circulado por todo el mundo, se afirma que solamente uno de los expedicionarios no ha vuelto, porque murió en la demanda. Su cadáver es el único que ha guardado la eterna capa de nieve.

El Rey Oscar ha enviado una carta al Presidente Roca, dándole las gracias á nombre del pueblo de Suecia y de Noruega.



UNA CEREMONIA SIGNIFICATIVA.—LA BANDERA NACIONAL IZADA POR LOS EXPLORADORES.

Pronto se tendrán detalles acerca de los trabajos de la expedición Nordenskjold.



A UNA ASCETA

Oye, oh virgen! ¿tú no sabes
lo que causa mis enojos?
Es que tus labios tan rojos
provocan besos muy suaves!.. ...

Y que siempre entre las naves
de algún templo estás de hinojos,
al cielo vueltos los ojos
como en reflexiones graves!......

Porque esa boca bermeja,
que sobre tu faz de nieve
flor de púrpura semeja,

de la plegaria al exceso
ha de amortiguarse en breve
como al conjuro de un beso!

S. M. Medina.

Quisiera yo vivir indefinidamente, no más que para gozar y enorgullecerme con los progresos de la humanidad.—Aiver.



PREPARATIVOS PARA INVERNAR. TRANSPORTE DE MATERIALES.



ENTRE LOS HIELOS.—LA CABAÑA Y LOS EXPLORADORES.

El Festival de las Escuelas

Exito Brillante

El martes último, como estaba anunciado, se efectuó en el Teatro Arbeu la gran fiesta escolar organizada por la Dirección de Instrucción Primaria y en la cual tomaron parte los principales establecimientos de enseñanza que dependen de aquella oficina.

No cabe duda que esta clase de fiestas son, en la época que atravesamos, de grandísima importancia, pues al par que constituyen un estímulo para la juventud estudiosa, demuestran muy á las claras los esfuerzos que la Administración Pública hace sin descanso, para mantener á la altura que le corresponde el prestigio de las escuelas oficiales.

La sociedad mexicana, que aplaude y con justicia esos esfuerzos, lo ha comprendido así, pues no se explicaría de otra manera el éxito que en este año, como en el pasado, han tenido las fiestas de la niñez.

A grandes rasgos, porque sólo disponemos en nuestras columnas de un espacio muy corto, vamos á dar en seguida la crónica del festival del martes, que tan gratos recuerdos ha dejado entre nosotros.

***

El adorno del teatro fué severo, pero de muy buen gusto: en el vestíbulo se colocaron numerosas plantas de ornato, agrupadas á los basamentos de las columnas, cubriéndose los entrepaños de las paredes con hermosas piezas florales. En las pilastras se veían enredados gruesos festones de musgo y rosas, que realzaban notablemente la belleza del conjunto, y á la entrada de los palcos y del patio, había grandes «pannaux» en la composición de los cuales entraban las violetas, las margaritas y los crisántemos, principalmente. Las balaustradas de los pasillos de los palcos, lucían también un vistoso adorno floral. En cuanto al salón, que ahora está muy bien decorado, no tenía compostura alguna.

***

El señor Presidente de la República, que tan entusiasta se ha mostrado por los triunfos de la niñez, en todas ocasiones, se presentó á las puertas del coliseo á las cuatro de la tarde, acompañado únicamente de los señores Ministro de Justicia é Instrucción Pública, Lic. Don Justino Fernández, y Subsecretario de Instrucción, Don Justo Sierra. Una guardia del 10º Batallón, con bandera y música, hizo los honores al Primer Magistrado.

Al presentarse en la sala el señor General Díaz, la concurrencia se puso en pie para aplaudirlo, mientras los niños, poseídos de un entusiasmo desbordante, lanzaban ¡vivas! y lo aplaudían también.

***

El programa á que estuvo sujeto el festival, fué escogidísimo y llamó mucho la atención del público.

El primer número se cubrió con una obertura de Beethoven, y el segundo con el coro «Canto á la Escuela», en cuya ejecución se distinguieron notablemente las niñas de las escuelas superiores números 2, 4, 6, 8, 10 y «Miguel Lerdo», y los niños de las números 1, 3, 5, 7 y 9. Las niñas, formadas en cuatro filas, ocupaban el lado derecho del foro, y los niños el lado izquierdo, llevando, tanto las unas como los otros, ricos estandartes de seda que indicaban el establecimiento á que pertenecían. En el fondo se veían los estandartes generales de las escuelas de niños y niñas, y, en el lugar de honor, el que representa á todos los planteles de Instrucción Primaria: éste es de seda blanca y tiene en el centro una hermosa alegoría pintada al óleo.

Terminada esta parte del programa, que agradó mucho á la concurrencia, se hicieron en el escenario, por un grupo de niñas que vestían blusa amarilla, falda corta negra y cho-



EL FESTIVAL DE LAS ESCUELAS. FIN DEL BAILE DE "LIBÉLULAS"



"MÉXICO Y EL TRABAJO EN CAMINO Á LA GLORIA."



"MÉXICO CORONADO POR LA GLORIA."



EL FESTIVAL ESCOLAR.—GRUPO DE LIBÉLULAS.

clo de charol, algunos ejercicios gimnásticos, en los cuales se distinguieron sobremanera por sus correctas actitudes, las alumnas Elena Donat, Elena Ticó, Josefina Mota y Juana Velarde, de la Escuela número 4.

Otro de los números del programa que más llamaron la atención, fué indudablemente la «melopea» intitulada «Los Niños Mártires de Chapultepec», letra del poeta Amado Nervo y música del maestro Jordá. Las voces que entran en el recital son tres: alta, media y baja, y corresponden á igual número de coros. La combinación es de un efecto bellísimo.

***

Los demás números del programa se cubrieron con algunos ejercicios militares hechos por los niños, y la «Revista Científica Escolar» titulada: «La Ciencia, la Naturaleza y la Humanidad», escrita por la señorita Profesora Dolores Sotomayor, y representada por algunas niñas.

En cuanto á los ejercicios, los niños, que formaban dos pelotones, se distinguieron notablemente por la desenvoltura y precisión con que ejecutaron distintas evoluciones y por su destreza en la esgrima de la bayoneta.

«La Revista Científica Escolar» merece que le consagremos unas líneas aparte.

Un anciano, consumido por el estudio, busca la manera de convertir en oro todos los metales, y decepcionado por el mal éxito de sus experiencias, clama contra la Ciencia. Esta se le aparece, lo alienta para emprender, sin vacilaciones, el estudio de la naturaleza, donde puede encontrar algo más útil y valioso que el oro, y lo conduce, primeramente, á través del reino vegetal.

La «Ciencia» y el «Alquimista» recorren en seguida el vastísimo reino; se detienen ante las «plantas» principales de que está poblado, y aquélla interroga al «Henequén» y al «Trigo» sobre sus propiedades y su empleo en la industria. El «Henequén» (Guadalupe Meyer) y el «Trigo» (Carmen Corona), explican entonces los beneficios por ellos hechos á la humanidad, y todas las «plantas» [120 niñas] entonan un bellísimo orfeón á cuatro voces.

El «Alquimista» es conducido luego por la «Ciencia» al «reino animal», representado por ochenta niñas que, vestidas correctamente con trajes de insectos, invaden el escenario. Después de un interrogatorio semejante al del pasaje anterior, los «insectos» cantan en coro y un grupo de «libélulas» bailan un vals.

Par último, el «Alquimista», conducido siempre por la «Ciencia», recorre los distintos países de Europa, Asia, Africa y América, que aparecen representados en el cuadro por un grupo de graciosas niñas. Las naciones hablan al «Alquimista» de su estado social, de sus progresos y de su porvenir, y éste, que anhela convertirse en el «Trabajo», se une para siempre á México, mientras que la «Gloria» sonríe á la Patria ofreciéndole desde lo alto de su escala luminosa una corona de laurel. México asciende por aquella escala, y todos los niños de las escuelas entonan el Himno Nacional. Las decoraciones empleadas en este cuadro eran muy hermosas y la combinación de luces fué magnífica. El conjunto ofrecía un golpe de vista soberbio.



PERSONAJES PRINCIPALES DE LA REVISTA «LA CIENCIA, LA HUMANIDAD Y LA NATURALEZA.»

En cuanto al desempeño de los papeles principales de «La Revista Científica», diremos que las niñas Julia Moll [«Alquimista], Luz Morales [«Ciencia»], Elena Donat [«América»], Guadalupe López [«México»] y Amalia Aguillón [«Gloria»], los caracterizaron con toda corrección, haciéndose acreedoras á los aplausos del público.

Cerca de las siete de la noche terminó el lucidísimo festival, que hubo de repetirse al día siguiente con el objeto de que pudieran asistir á él las numerosísimas familias que no concurrieron el martes, así como los padres de los niños que tomaron parte en la ejecución del programa.

La concurrencia fué selecta y muy numerosa.

***

Para terminar, diremos que al éxito de la fiesta, que se debe en gran parte á los afanes



PERSONAJES DE LA REVISTA «LA CIENCIA, LA HUMANIDAD Y LA NATURALEZA.»

del señor Director de Instrucción Pública, Ingeniero Don Miguel F. Martínez, contribuyeron muy eficazmente los directores de las escuelas, tanto de niñas como de niños, quienes trabajaron en la organización de aquélla con positivo empeño, á fin de que tuviera el mayor lucimiento posible.

UNA RESURRECCION IMPOSIBLE

Me contaron, el otro día, que el Amor había muerto: me sentí repentinamente acometido de una desoladora tristeza.

«¡Ah! dije, comprendo ya por qué los árboles muéstranse tan lentos en reverdecer esta primavera y por qué las eglantinas tardan en abrirse, en los extremos de las ramas, aún negruzcas y secas! Es que, unos y otras, tienen la conciencia de que, reverdecidos y abiertas, no tendrían que llenar su misión habitual: aquéllos, de tender su sombra en redor de las parejas enlazadas en los musgos; éstas, de ser cogidas por las manos juntas de los amantes y ser mordidas por bocas unidas.

¡Injustos dioses! ¡qué fatalidad acaba de descender sobre la tierra!

Puesto que el Amor ha muerto, no habrá ya ni dolores ni alegrías; las mujeres cesarán de aparecer hermosas, los poetas no cantarán más y el silencio nocturno no recordará ya la voz del ruiseñor! En el infinito azul reinará también la obscuridad, la melancolía, porque los astros, á través de las desiertas inmensidades, no cambiarán ya besos radiantes, y los soñadores, enamorados de los conciertos divinos, en vano prestarán oído á las celestes alturas, en donde se unen las músicas de las esferas.»

Mi consternación era tan grande cuanto era posible. Sin embargo, una esperanza se elevó, poco á poco, en mi espíritu:

«¡El Amor ha muerto, sea! Lo creo, puesto que se asegura. Pero se le puede resucitar.

«¿Acaso los poetas, semejantes á los hijos de los inmortales, no conocen las palabras que hacen surgir á los muertos de sus lugares de reposo? ¿Acaso los lázaros no salen de sus féretros cuando se les sabe llamar, según los ritos y las palabras usuales?

«Iré, buscaré, encontraré el lugar detestable y augusto en que descansa el divino cadáver; y estremeciéndose á mi evocación, revivirá, se alzará, se precipitará de nuevo entre los hombres y las mujeres, llamarada siempre devoradora y vagabunda, aunque lo hubiesen arrojado en una fosa de hielo bajo la mole del monte Pelión.

«Lleno de generoso valor, correré por los caminos en busca de tu sepulcro, ¡oh Amor! Y, sí, triunfaré de tu sueño, merced á las estrofas y á las antiestrofas de alguna oda mágica, y los arbustos reverdecerán, y habrá rosas en los rosales y el silencio no llenará las profundas florestas ni los celestes espacios.»

Pero he aquí que á la vuelta del camino, un anciano ciego y que por placer tocaba la flauta—siempre había sospechado yo que fuese un poco hechicero,—me dijo, moviendo la cabeza:

—¡Bueno! ¡Bueno! Tu diligencia no servirá de nada, porque, sábelo, el Amor ha sido enterrado en una tumba que desafía todas las evocaciones.

—¡Oh! ¿En qué tumba?—le pregunté yo.

—En el corazón de tu amada—me respondió él.

Entonces me estremecí y lloré, compadecido la humanidad, para siempre desheredada de dolores y alegrías.

Porque ¡ay! yo lo sabía: el corazón de mi amada es tan frío y tan cerrado, que nada lo podría en él despertar á la vida, ni hacer salir de allí nunca.

Catule Mendés



La maternidad es la mejor escolta de honor de una mujer.—Marc Momner.

*

La mujer se casa para entrar en el mundo; el hombre, para salir de él.—Taine.







FESTIVAL ESCOLAR.—GIMNASIA ESTÉTICA.



LA VISITA DEL CZAR AL EMPERADOR DE ALEMANIA —EL BESO DE PAZ.

Notas Extranjeras

El beso de paz, entre los soberanos, es una ceremonia de arcaico origen. Aun en la Biblia se hallan descripciones en las cuales se cita el beso de paz el ósculo que, entre los que se encontraban, era el símbolo de la hospitalidad franca, inviolable.

Ahora han caído en desuso, lo mismo el beso de paz que la hospitalidad á la manera de hace siglos. Dudamos demasiado los hombres los unos de los otros para que, al encontrarnos, no tengamos cierta sospecha, cierta adversión, que hace nuestras entrevistas frías, sin objeto, de simple fórmula social, vacía y tonta.

Pero entre los soberanos, entre los que ciñen las coronas de hierro de las modernas monarquías, la costumbre arcaica y sincera prevalece; son los representantes de razas, á las veces enemigas; aliadas alguna ocasión, y para ellos el ósculo significa la conservación de las relaciones amistosas entre los grupos humanos que gobiernan.

Recientemente se encontraron los monarcas de Alemania y de Rusia en la risueña población de Weisbaden. En la estación del ferrocarril esperaba el Kaiser á su cuñado. Cuando la locomotora anunció su presencia, la banda de granaderos rompió en un canto guerrero. El Kaiser llevaba el uniforme del Regimiento de Dragones rusos, del cual es Jefe honorario, y el Soberano moscovita portaba el casco y el airón de los Granaderos prusianos, cuyo Regimiento manda, honorariamente también.

Al encontrarse los dos monarcas, se dieron el beso de paz. Es la escena culminante que representa nuestro grabado.

La paz es una de las aspiraciones más nobles del Czar de Rusia. El ha sido el que propuso la Conferencia Internacional que ha ido lentamente dando frutos de tranquilidad y de honor, y que ha tomado forma en las cortes de arbitraje que se reúnen, periódicamente, en la capital del pequeño reino que gobiernan las manos blancas de Guillermina. La paz será la única forma posible de civilización, cuando el hombre, dominando á la naturaleza, haya sacado de la nada los misteriosos medios de destrucción que harán la guerra imposible.

Por desgracia, el Czar ha tenido que permanecer más tiempo del que en un principio creyera, en territorio alemán, por la súbita enfermedad de su imperial consorte, la Czarina, que ha sufrido agudos dolores por la inflamación de un oído. Según los cablegramas más recientes, la augusta enferma se encuentra en vías de restablecimiento. Hay que celebrarlo, porque en los actos del Czar Nicolás, seguramente la influencia de la dulce compañera ha sido decisiva en muchos casos.

***

La civilización moderna, con la lentitud que requieren las cosas para ser sólidas, avanza por el Continente Negro, substraído hasta ahora á los beneficios de la moderna existencia. Lentamente van penetrando por las quebradas y desiertos que pueblan los representantes de la raza etiópica, los rieles en los cuales irá la triunfal locomotora, llevando la animación y la vida á los más remotos páramos.

La conquista de estos territorios, extensos, lóbregos, selvosos y dilatados, ha sido una de las más difíciles conquistas de la humanidad y ha sido una de las aventuras más temerarias de nuestra época.

Porque si se considera audaz la tentativa de los súbditos españoles que en los siglos XV y XVI avanzaron por los territorios que el americano defendía con sus flechas agudas y certeras, mayor audacia hay que conceder á las empresas del siglo XIX, que van contra la hostilidad de los reyezuelos negros, de las tribus antropófagas, de la temperatura, de la fauna, de la flora misma africanas, adelantando en los valles profundos y entre las selvas misteriosas, para llevar la bandera de la patria, que tiembla en sus manos, hasta el corazón mismo del continente misterioso.

La civilización moderna exige imperiosamente que no se dejen amplios territorios fuera de la conquista humana; que no permanezcan millares de kilómetros cuadrados improductivos y eriales, mientras el hombre en las grandes ciudades busca anheloso un pedazo de suelo en que reposar de sus fatigas. La civilización moderna exige imperiosamente que se asimile la humanidad entera el resultado de las investigaciones científicas hasta ahora limitadas al grupo superior de la raza humana.

Los ingleses, que han sido reconocidos y proclamados como los más hábiles colonizadores, acaban de asegurar la posesión de la Costa de Oro, no por medio de una numerosa y aguerrida guarnición; no por medio de tratados con las potencias que limitan ese territorio; sino por un medio más efectivo: la construcción de un ferrocarril que une la costa, improductiva, malsana, cálida, con los terrenos

INCENDIO EN LA BIBLIOTECA DEL VATICANO.

LA INAUGURACIÓN DE UN FERROCARRIL EN AFRICA.



EL REY CRISTIÁN DE DINAMARCA.

interiores, sanos, adecuados á la agricultura, valiosos, bien poblados.

La ceremonia de la inauguración ha sido celebrada con cierto supersticioso estupor por los negros, con gritos de júbilo por los blancos, y con claras muestras de alegría por todos los colonos.

***

Uno de los soberanos de Europa que más méritos positivos ostenta para acreditar el aprecio y la reverencia del pueblo, es el Rey Cristián. Es el padre de toda una generación imperial.

De la Casa Real de Dinamarca han salido blancas princesas, divinas y codiciadas, que después son reinas por la corona y por las virtudes, y que extienden sus manos protectoras por encima de todos los pueblos, de todas las razas de Europa. El Rey Cristián es el decano de los monarcas europeos y uno de los más queridos, no ya por su pueblo, que es pequeño, sino por el mundo todo. Las alabanzas que se pronuncian al escuchar el nombre del Rey Cristián, se pronuncian en miles de lenguas á través de todos los pueblos de Europa.

Con motivo del jubileo del Rey Cristián, se reunirán en la capital danesa todas las princesas que, en no lejanas épocas, han salido del Palacio de Copenhague luciendo los atavíos inmaculados de la desposada. Y es de notarse que, cuando los parientes numerosísimos del Rey Cristián se encuentran reunidos en Copenhague, cuando la fiesta de algún domingo engalana las calles, se ve que los príncipes y las princesas salen en grupo. Cada uno de ellos va á la iglesia de su culto; cuando los ejercicios religiosos terminan, los descendientes del Rey danés se reúnen de nuevo en el Palacio y la más cordial unidad de

criterio predomina, á pesar de la diversidad de credos religiosos.

Bien merece el anciano danés las pruebas de amistad y simpatía que de todas partes se le prodigan.

Ha merecido bien de la humanidad entera y la humanidad lo quiere y lo conoce como su benefactor.

***

Hace pocos días que la gloriosa biblioteca, llena de obras de arte, del Palacio Vaticano se incendió, sin que de cierto haya alguna causa á la que atribuir el accidente. Por fortuna el fuego se limitó á cierta zona y los trabajos de los bomberos de la ciudad de Roma, pudieron dominar el elemento. Solamente al pensar lo que hubiera podido significar este incendio, de propagarse, se siente horror.

El Vaticano guarda en sus paredes objetos que ha consagrado el óleo de una tradición de varios siglos. La biblioteca vaticana, los museos vaticanos, los tesoros vaticanos son de la humanidad, pertenecen por derecho propio á la ciencia y al arte humanos. Son tesoros únicos, que no deben descuidarse jamás. Así lo ha reconocido el mismo Papa Pío X, recientemente, á propósito del incendio mismo á que nos referimos.



Nupcial

Cuatro verdaderos acontecimientos sociales registra la crónica del pasado mes de noviembre.

En el templo de Santa Brígida, consagrado de antaño á ceremonias aristocráticas, uniéronse el joven y acaudalado banquero Don Alonso de Regil, yucateco de origen, con la hermosa señorita Cristina Méndez, sobrina del señor Lic. Don Luis Méndez, y muy apreciada entre la buena sociedad mexicana.

Suntuosa y elegante fué la fiesta religiosa, congregándose en el templo las numerosas y distinguidas amistades de los novios.

No menos selecta fué la concurrencia que invadió la capilla privada del señor Arzobispo de México, para asistir al enlace de la señorita Sara Chavero con el señor Roberto Portilla. Los carruajes más elegantes detuviéronse frente al palacio de la calle de Santo Domingo conduciendo á las numerosas amistades de la familia Chavero, que tan conocida y estimada es en México.

Los obsequios que recibió la desposada fueron innumerables y valiosísimos.



SRA. CRISTINA MÉNDEZ DE REGIL.

En la parroquia de Tacubaya, ante escogida y selecta concurrencia, efectuóse también el matrimonio del señor Manuel M. Lozano con la hermosa señorita Walda Vez, miembros los dos de la mejor sociedad tacubayense. El templo en que se efectuó la ceremonia, fué primorosamente adornado y los novios fueron objeto de las más cordiales felicitaciones.

Finalmente, en uno de los más aristocráticos templos, recibieron la bendición nupcial el señor Don Manuel Couto y la señorita Josefina Alvear, miembros los dos de familias muy estimadas. La ceremonia, que fué muy suntuosa, se vió concurridísima.

***

Para cerrar esta nota, mencionaremos otro enlace, el del señor Lic. Pedro Villar con la señorita Fernanda Arcaraz y Moriones. La ceremonia se efectuó en la capilla particular del señor Arzobispo Alarcón, que se encontraba adornada con hermosas piezas florales. Durante la misa, una buena orquesta tocó escogidos trozos musicales.

Las Dos Orillas del Río

El río no era muy ancho, pero era muy profundo; tan profundo, que hay quien dice que no tiene fondo.

El río era muy largo, muy largo. Ni se conoce la fuentecilla en que nace ni el mar en que desagua.

Su curso es muy lento: tarda más una rama que en él se arroje en perderse de vista, que la felicidad que se codicia tarda en llegar á quien la espera.

Ni tiene oleaje ni tiene espumas. A trechos refleja tintas rosadas, como las neblinas de la aurora; á trechos es totalmente negro, como noche sin luna y sin estrellas y envuelta en nubes. Cuando brilla, parece plata líquida; cuando se obscurece, boca de lobo.

Tiene dos nombres, aunque nadie sabe cuál es el verdadero.

Unos le llaman EL RÍO DE LA MUERTE, otros EL RÍO DE LA VIDA.



SRA. WALDA VEZ DE LOZANO.

Fots. Valleto.



SRA. JOSEFINA ALVEAR DE COUTO.



SRA. SARA CHAVERO DE PORTILLA.

Una pequeña barca flota en él; pero la barca no tiene remeros.

O la corriente por sí ó una fuerza misteriosa, la lleva alternativamente de una á otra orilla.

En cierta ocasión, y en hora que no se sabe si era la del amanecer ó la de la caída de la tarde, porque la luz del cielo era pálida, y así podía ser la del alba como la del último crepúsculo, y aunque el sol rozaba el horizonte, en él parecía enclavado, fingiendo lo mismo un sol naciente que un sol que llegó á su ocaso; en aquella ocasión, repetimos, y en aquella hora indecisa, llegó á una de las orillas un anciano anhelante y fatigoso, como si viniera de un largo viaje, y sobre una ancha piedra se sentó, que no podía más y deseaba descanso.

Sí. Venía sin duda de un largo viaje y estaba á punto de llegar al fin.

Diríase que el fin de su peregrinación y fin desconocido, estaba en la otra orilla, según era la expresión de ansia, de duda y de espanto con que fijaba en ella sus enturbiados ojos.

Y esperó á que la barca se acercase.

Así pasaron algunos momentos.

De pronto llegó corriendo, alegre y juguetón, un niño de cabellos rubios y ojos brillantes.

Según el ímpetu de la carrera, de muy cerca venía, que si viniera de lejos como el anciano, más despacio llegara y más rendido.

Al anciano se acercó y pronto se hicieron amigos. Y á la voz cascada de aquél se mezcló la voz argentina de éste; las manos rugosas y exangües estrecharon las manitas suaves y rosadas; los labios áridos se posaron sobre la fresca tez; los hilos de plata se enredaron á los hilos de oro. Sí, se habían hecho amigos.

Extraños amigos, porque en nada estaban conformes.

Si el niño decía: «¡qué mañana tan alegre!»

Murmuraba el viejo: «¡qué tarde tan triste!»

Si aquél exclamaba palmoteando: «¡mira cómo sube el sol!»

Este se le oponía, replicando: «no sube, no; que se hunde.»

Las que eran nubes de grana para el uno, eran densos nubarrones para el otro.

Y cuando el pequeño se mostraba impaciente por pasar el río, el abuelo le sujetaba con angustia y le aconsejaba en voz baja que tuviera paciencia; «ya lo pasaremos, ya; no tengas prisa: quién sabe lo que hay en la otra orilla.»

Y en esto la barca se acercó.

Y ni aun respecto á la forma del barquichuelo, estuvieron de acuerdo el viejo y el niño.

—¡Qué bonita—decía éste,—parece una cuna!

—¡Qué fea—decía aquél,—parece un ataúd!

—¡Quiero entrar! ¡Quiero entrar en ella, repara cómo se mece!

—¡Yo no! ¡No quiero entrar! ¡Es muy estrecha! ¡Y está inmóvil!

—¡Me da alegría!

—¡Me da miedo!

Pero al fin entraron y empezaron á cruzar el río.

Línea misteriosa entre dos orillas, de las que una es luz y otra sombra, sin que se pueda comprender cuál es sombra y cuál es luz.

Lindero móvil, vago y fluido, entre el ser y la nada, que se ignora si marca un fin ó un principio.

Río de vida ó río de muerte, que corre aguas abajo, ó sube aguas arriba.

Luces y sombras, penumbras y destellos, todo está confundido; la barca con su imagen en las aguas, ataúd que parece el reflejo de una cuna; el cabello blanco del anciano y el cabello rubio del niño, oro que es plata ó plata que es oro; una sonrisa que no se adivina en qué labios está, y lágrimas que pasan de unas á otras mejillas como insectos cristalinos que saltan; y si se asoman al borde de la barca á mirarse en el cristal, el anciano se ve niño y el niño se ve anciano.

Región extraña, región confusa, región en que todo se transforma.

Y llegaron á la otra orilla, y saltaron á tierra cogidos de las manos como buenos amigos.

Pero tampoco en esta orilla estuvieron conformes en nada.

Sólo que habían cambiado de gustos ó de impresiones, y todo lo veían al revés.

—¡Oh, qué mañana tan hermosa!—decía el viejo.—¡Sí, sí, tenías razón! El día empieza, el sol sube, la luz me inunda; ahora, ahora es cuando empiezo á vivir. Ven conmigo, ven, pequeñuelo.

—No, déjame—decía el niño.—Quien tenía razón eras tú. ¡Qué tarde tan triste! ¿Ves? ¡Ya casi no hay sol! ¡La noche, la noche que llega! Yo no quiero estar aquí, quiero volverme á la otra orilla.

—No es posible, hijo, no es posible. Hay que caminar; hacia atrás no puedes volver.

Y le cogió de la mano y siguieron hacia adelante. El viejo, animoso y esperanzado. El chiquitín, de mala gana y llorando: á la fuerza casi.

—¿Cómo se llama ese río que hemos pasado?—preguntó el pequeño.

—No sé—le contestó el viejo.—Unos le llaman EL RÍO DE LA VIDA; otros le llaman EL RÍO DE LA MUERTE.

—De la muerte debe ser—dijo el niño, haciendo pucheritos, que me parece que me he muerto.

—De la vida dijera yo—replicó el anciano,—que me siento revivir.

Y se alejaron de la orilla: el viejo mirando hacia adelante y tirando del niño el niño resistiendo y mirando hacia atrás.

Y el río allá se quedó esperando más viejos y más niños.

José Echegaray.

Dos Cantares Aztecas

Me reconcentro á meditar profundamente dónde podré recoger algunas bellas fragantes flores. ¿A quién preguntar? Imaginaos que interrogo al brillante pájaro Zumbador, trémula esmeralda; imaginaos que interrogo á la amarilla mariposa; ellos me dirán que saben dónde se producen las bellas y fragantes flores, si quiero recogerlas aquí en los bosques de laurel, donde habita el Tzinizcan, ó si quiero tomarlas en la verde selva donde mora el «Tlauquechol.» Allí pueden ser cortadas, brillantes de rocío; allí llegan á su perfecto desarrollo. Tal vez podré verlas si han aparecido ya, ponerlas en mi «cuexantli» y saludar con ellas á los niños y alegrar á los nobles.

***

Al pasear oigo como si verdaderamente las rocas respondieran á los dulces cantos de las flores; responden las lucientes y murmuradoras aguas; la fuente azulada canta, se estrella y vuelve á cantar; el «cenzontle» contesta, el «coyoltototl» suele acompañarle y muchos pájaros canoros esparcen en derredor sus gorjeos como una música. Ellos bendicen á la tierra haciendo escuchar sus dulces voces.



Las mujeres son más murmuradoras; los hombres más indiscretos.—WEISS.

*

La moda, sin tener microbios, es la más activa de las enfermedades contagiosas.—VALTIER.

*

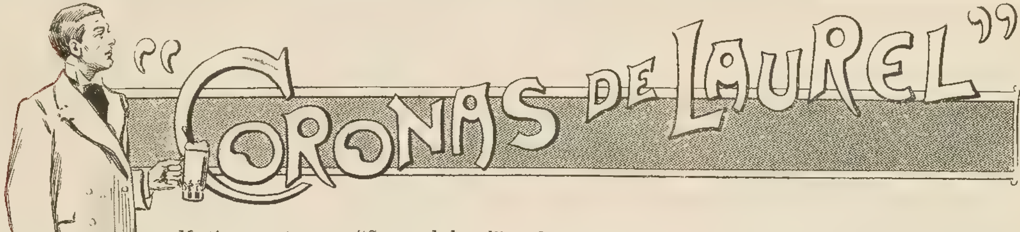
Todo es historia, hasta las novelas.—JORGE ISAAC.

*

Es una felicidad para los criminales, así sean los más empedernidos, el poder oponer á la época de sus crímenes y desafueros, algunos años de paz y de inocencia.—SUE.



SRA. FERNANDA ARCARAZ DE VILLAR. Fot. Valleto.



Martín era un hombre feliz. Hacía diez días que se consideraba desgraciado, hasta donde es posible que un hombre lo sea; pero una vez que hubo terminado su obra, su magna obra «Coronas de Laurel» y la había presentado á su editor y el editor la había aceptado con agrado, prometiéndose ganancias considerables, Martín sintió el abrazo de la fortuna, se creyó salvado por su obra, glorioso, celebrado, grande en su renombre y en su fama. Precisamente recorría las cartas que habían llegado en su correo de la mañana. La ocupación habitualmente era agradable, porque de cada diez epístolas, tres, cuando menos, hablaban de su obra, de «Coronas de Laurel», de la obra más querida; de la que habría de darle provecho y fama, á la par, en pocos años.

Pero aquella mañana su correo era bien exiguo; solamente tres cartas se encontraban en su escritorio, tres cartas netamente diferentes, de procedencia claramente disímbola. La una era una hermosa vitela violeta claramente femenina. Se desprendía de ella un ligero perfume señorial, que Martín reconoció desde luego. Era la otra una carta de negocios, carta cuadrada, de escritura en máquina, y la tercera era muy semejante en su aspecto á la segunda.

Martín era muy buen chico. De ordinario, desde que habían aparecido sus novelas, su correo estaba formado por simples peticiones de autógrafos, que hacían miles de personas ignoradas por completo para el autor y que olvidaban frecuentemente enviar sus estampillas para pagar el porte de vuelta de la carta. Martín, con toda calma, y admirándose de que le pidieran los rasgos de su firma, escribía unas cuantas líneas, tomaba un timbre de correo y franqueaba la carta del anónimo pedigüeño.

Pero en esta ocasión era algo más lo que detenía la mano de Martín. Sin haberlo confesado jamás, estaba enamorado. Enamorado hasta el fondo del alma, de una muchacha hermosa, de distinguida familia; pero que tenía la locura de las tablas y estaba decidida á hacer su debut en la primera temporada que se abriera. Juanita, que así se llamaba, era la ilusión más acariciada de Martín. La muchacha quizá de nada se había percatado, pues su eterna afición, la locura del teatro, le cegaba en lo absoluto; pero no por eso Martín se desalentaba; no por eso creía factible el debut de Juanita, ni soñaba en más que en casarse con ella.

***

Precisamente la carta de vitela violeta debería ser de Juanita. Martín lo conocía en el olor suave que la joven despedía siempre. Algunas vueltas dió Martín á la vitela sin atreverse á abrirla. ¿Qué le diría Juanita? ¿Qué nueva fantasía de la muchacha encerraría su carta?

Abrió mejor la carta comercial que primero vino á sus manos. Era de un amigo, casi de un protector suyo. Le recomendaba encarecidamente que «en caso de que el empresario Stone le pidiera los derechos de propiedad de "Coronas de laurel", se los concediera». Añadía la carta que «era Stone un sujeto con el que se podía siempre tratar negocios de esta índole; que estaba encantado de la obra de Martín; que había pensado que en su futura temporada fuera esta obra la que predominara, y que pagaría por los derechos una suma que sería suficiente para que Martín no volviera á tener apuros.

La carta contenía además algunos consejos. Martín quedó encantado, y por algún tiempo dejó que vagara su fantasía en amplios horizontes color de rosa. Era evidente que la fama, que hasta entonces había sido tan esquiva, se había vuelto enamorada de sus obras.

La segunda de las cartas era muy lacónica. Apenas si tenía dos líneas y era, precisamente, de Winfild Stone, el empresario célebre, que le decía: «quiero los derechos literarios y dramáticos de "Coronas de Laurel"», sin más ceremonias y sin más embages.

Martín casi no titubeó; concedería los derechos de propiedad de su obra á Stone; dramatizaría la narración novelesca, que había aparecido solamente en esta forma. Y el teatro vería sus triunfos, como los había visto ya la biblioteca. No era de dudarse; había que conceder á Stone los derechos que de tan lacónica manera solicitaba.

Pero la tercera carta apareció en aquellos momentos, y libre ya de preocupaciones, Martín la abrió, con mano ligeramente convulsa. Era de Juanita, en efecto. Pero lejos de ser una nueva locura de la deliciosa muchacha, era un verdadero conflicto para el pobre Martín. Decía la carta: «He estado en la casa del empresario Stone para pedirle que me "lanzara" en su teatro en la temporada siguiente. Stone es un hombre incivil, grotesco y, además, bastante imbécil. Cuando hubo escuchado mi solicitud, cuando yo esperaba que me contestara aceptando mi proposición, ma ha dicho: «Lo siento mucho; pero me es imposible presentar á usted en el teatro»...... No quise oír más; me separé rápidamente, abrí la puerta del despacho de tan estúpido empresario y llegué á mi casa con jaqueca. Quiero que me reserve los derechos de "Coronas de Laurel" porque estoy segura que el tipo de Rut me viene de molde; quiero precisamente hacer mi debut en esa obra, que, no lo



dudo, me hará usted el favor de dramatizar para que en ella aparezca ante el público, por primera vez, su amiga.—Juanita.»

***

Martín quedó anonadado, por algunos segundos, á la lectura de esta carta. Amaba sinceramente á Juanita, aunque nunca se había atrevido á declarárselo, y creía firmemente que la muchacha nada sabía, ni se había jamás fijado en las galanterías asiduas de Martín. Evidentemente que había de darle los derechos de propiedad de «Coronas de Laurel»; pero á la vez, Martín se detenía ante la consideración de que, en el fondo de su alma, no deseaba que Juanita saliera á las tablas. ¿Qué hacer en este caso?

***

Cuando más abstraído se encontraba, como una ráfaga de frescura y de juventud penetró al cuarto, charlando, Juanita misma. Iba sofocada. Se comprendía que estaba de mal humor, por el mohín delicioso de su boca. Hablaba precipitadamente, ante la admiración amorosa de Martín.

—He venido porque mi carta ha sido tal vez poco explícita. No ha recibido contestación, á pesar de que hace ya un día que la debería tener Ud. en su poder. Quiero que me conceda desde luego los derechos de su obra, que la dramatice, para mí, para que yo haga mi debut, y que no haga caso de lo que le pida ese imbécil de Stone.........

Martín la escuchaba embelesado, con el ahinco inconsciente de quien escucha al ser amado. Juanita se percató de la atención de Martín y en silencio sonrió enigmáticamente. Después siguió:

—Estoy sofocada. He venido casi corriendo, porque quería que no me llevara la delantera Stone.

Antes de que hubiera reflexionado, Martín se había levantado.

—Iré por un «ice-cream soda» á la esquina, le dijo...... y salió á la carrera, como si de su violencia dependiera la salvación de la existencia de la muchacha. Juanita se había sentado enfrente del escritorio que, al saludarla, abandonó Martín.

***

Mientras Martín iba á la dulcería, en busca del helado, la muchacha pasaba distraídamente los ojos por los distintos papeles que habían quedado en el escritorio. Vió la carta que había escrito Stone; la que le recomendaba á Martín aceptar la oferta del propietario. Y también la suya, que había quedado encima de las demás. Y en la base vió la palabra «amiga» que se destacaba de la vitela.

Permaneció pensativa por algunos minutos, con la pluma en la mano. En voz muy baja monologaba...El pobre de Martín me ama. Y me ama hace ya mucho tiempo, creyendo probablemente que yo no he comprendido lo que pasa. Me dará seguramente la preferencia sobre el empresario; pero en ello va su fortuna, va su porvenir, aquí se lo anticipan».

Después su pensamiento siguió otro giro. Pensó en la manera atenta y cordial de Martín, en su reserva, en lo mucho que había trabajado, quizá solamente por agradarle. Tomó la pluma nuevamente, y con un grueso tacho borró la palabra «amiga» en la base de su propia carta. En su lugar escribió, con letra menudita: «Tuya siempre».......

Martín llegaba en esos momentos con el vaso del helado en la mano. Se escucharon los pasos en el corredor, y luego, abriendo la puerta, apareció en el dintel. Sonreía con benevolencia.

Juanita, sorprendida, había quedado con la carta en la mano. Se sintió molesta ante la mirada de Martín, balbuceó algunas palabras de cumplido, para responder tan sólo á las que Martín le decía, ofreciéndole el helado, y se levantó para irse, diciéndole: «que ya no deseaba los derechos de «Coronas de Laurel», porque estaba decidida á no aparecer jamás en el teatro».

Martín, estupefacto al principio, creyó que su acción había molestado á Juanita, y se sintió morir. Se acercó á ella, tembloroso de miedo, de pasión, de temor de perderla. Juanita misma, como un niño á quien se sorprende en la despensa, presentaba un aspecto de mortificación que desgarraba el alma á Martín.



—¿Por qué tan rápida visita? —le decía el pobre autor —¿acaso algo de mi conducta ha disgustado á usted? Quiero saberlo, porque me apena sobremanera verla en tal actitud. Los vecinos pueden creer que ha salido de mal humor. Se pueden sospechar mucho ......

Juanita se iba retirando hacia la puerta, confusa y sin saber de cierto qué contestar. Martín, en cierto momento, vió la carta en sus manos, y se fijó en la palabra rayada y en la que había substituído. Los ojos de ambos se unieron, interrogando los de él, afirmando los de ella.

—¿Será posible? Me he engañado entonces al suponer que le era indiferente por completo...... ¡Oh! Quiero que me lo diga, quiero oírlo de sus labios.

—Pues bien, sí. Sí; mil veces sí. Pero déjeme irme ahora, ó borraré lo escrito, dejando lo que había borrado......

Martín, ante la amenaza, retiró su mano. Juanita huyó precipitadamente.

***

Tan precipitadamente, que en la escalera, atontada como iba, con el cerebro lleno de encontradas ideas y el corazón rebosando, tropezó con una persona que subía en esos momentos. Apenas se dió cuenta del choque, pero escuchó de pronto una voz conocida que le decía:

—¡Hola! Tan violenta como siempre. No contenta con dejarme con la palabra entre los labios, en mi oficina, me tropieza ahora y ni me saluda.

-Señor Stone. ¿Quién creyera encontrarle?

—Voy á visitar á Martín, á decirle que se deben contestar las cartas lo más rápidamente posible...... Voy á pedirle los derechos de su obra para usted. Si me hubiera escuchado con calma, me hubiera entendido. Le decía solamente que me era imposible «lanzarla» en mi próxima temporada, á menos que consiguiera previamente los derechos de propiedad de «Coronas de Laurel», porque estoy convencido de que el tipo de Rut sería en usted un éxito enorme......

Juanita le escuchaba casi sin darse cuenta. Ante sus ojos pasó la escena en la que acababa de ser protagonista Y contestó á Stone:

—Es inútil; no debe subir á ver á Martín. Ni yo me presento al teatro, ni él estará contento con otra cosa que no sea conceder á usted los derechos que le ha pedido por escrito.

—Pero, ¿conoce usted á Martín? ¿Le ha hablado algo?

—¿Que si le conozco? Es mi novio. Nos casaremos en cuanto esto sea posible. Ya verá usted si lo conozco.

Como viera que Stone dilataba ampliamente los ojos, admirado, Juanita subió rápidamente los escalones que había descendido. Abrió la puerta del escritorio de Martín. Este permanecía aún abstraído, en contemplación ante la carta tachada por la mano de Juanita. El vaso de helado quedaba en la mesa.

Y cuando Stone llegó al dintel, Juanita, pasándole los brazos por el cuello amorosamente á Martín, le decía:

—Explícale, querido mío, al señor Stone lo que pensamos. Creo que tu helado servirá siempre. Pero no para quien lo habías comprado.

Arreglo del Ingles para "El Mundo Ilustrado."

PORTADA

Es la poesía que la frente sella
de un elegido, la deidad proscrita
que una vez más preséntase á la cita
eternamente enamorada y bella.

Todo, desde el gusano hasta la estrella,
hacia ese centro de atracción gravita;
todo sube hasta Dios en la infinita
evolución universal, por ella.

Saludadla en cada astro que aparece,
en cada esfuerzo juvenil, aurora
de un porvenir que espléndido amanece;

en la generación que, triunfadora,
del mar del arte en que la sombra crece,
las soledades vírgenes explora.

Emilio Ferrari.

Pensamientos de Aiver

¡Muy bien venido seas, Año Nuevo, con tal que, por lo menos, no me traigas enfermedades; gozando de cabal salud, me sobrará entereza para arrostrar las demás penalidades de la vida!

*

Los corazones bien nacidos sienten por los beneficios recibidos un agradecimiento tanto mayor cuanto más larga es la distancia á que los contemplan.

*

Asombro causa encontrar mujeres casadas que se ofenden si se les da el muy honorífico título de SEÑORAS, pues quieren se las siga llamando SEÑORITAS.

Aires Murcianos

GRACIA DE DIOS

—Mía aquella zagala que ya pide novio,
Y allá en el molino
Tuícas las mañanas, en tanto que almuerza,
Trisca con los mozos, que están derretíos...
Hoy, cuando juába, el pan de las manos
En la gresca caérsele he visto;
Se ha apagao su risa: se ha quedao suspensa,
Como si su padre, que es un viejecico,
Fuera el que en el inten
Se hubiera caído....
Luego, formalica,
Su pan ha cogío,
Besándolo á un tiempo.... los mozos en esto
La han dejao tranquila, y á la vez han dicho:
«¡Ay, quién por su suerte,
An hubiera sío!»
—Ya vez, al remate,
Lo que yo te digo:
El pan no se tira,
Porque mata el Señor, hijo mío;
Lo tienes de sobra, y otros pasan hambre...
Déjalo en la leja pa algún pobrecico,
¡El pan no se tira,
Porque está bendito!
Se coge y se besa....
Al besarlo, dices «¡amén!», hijo mío;
Pal caso, haste cuenta que, en Dios puesta el alma
Rezas abonico:
«El pan nuestro de cada día, dánosle hoy,
¡Y perdónanos, Señor!»

....

El pan está santo:
Oye esto, hijo mío,
El padre, en el campo trabajando, riega
Con sudor el trigo....
Hace el pan la madre,
Y hace en él una cruz al heñirlo....
Por San Marcos espiga la siembra,
Y bendicen los campos floríos....
El pan en sus manos
El Señor bendijo....
El pan es la vida....
¡Es la gracia de Dios, hijo mío!

....

¿Qué no quiés pan solo....?
¡Pan que no nos falte yo al Señor le pido!
Páece que suspiran al decir los padres:
«¡El pan de mis hijos!»
Pa dárselo á un pobre, se besa.... lo besa
El pobre al tomarlo, tan agradecío...
Cuando al suelo se cae, lo cogen
Y lo besan tuícos,
Como cosa santa que tiene misterio
En que algo se encierra de humano y divino....
¡Se coge y se besa
Como un piazo vivo
Del alma y la carne
Que el golpe, al caerse, lo hubiera sentío!

....

El pan no se tira... si no tienes gana,
Se pone en la leja pa algún pobretico.
No lo tires nunca,
¡Que el pan es la gracia de Dios, hijo mío!

VICENTE MEDINA.



En el Mar del Norte

(DE H. HEINE)

La Noche en la Playa

Está fría la noche y sin estrellas; el mar inquieto, y sobre el mar el sordo viento del norte, al modo que lo hiciera un viejo regañón, habla con voz gemebunda y misteriosa, y cuenta locas historias, cuentos de gigantes, antiguas leyendas llenas de combates heroicos, y, por intervalos, como que ríe y aulla á la vez, y todo aquello con tanta alegría feroz, con tanta burlona rabia, que los blancos hijos del mar saltan al aire y lanzan gritos de contento.

En la playa, entretanto, sobre la arena donde la marea ha dejado su humedad, se adelanta un extranjero cuyo corazón está aún más agitado que el viento y que las olas. Por donde quiera que camina hace con los pies saltar chispas del choque de las conchas; va cubierto de un manto gris, y camina con paso rápido, en medio de la noche y del viento, guiado por una lucecilla que tenuemente brilla en la cabaña solitaria del pescador.

Padre y hermano están en el mar, y sola del todo ha quedado en la cabaña la hija del pescador, con su hermosura que enagena dulcemente. Sentada está junto al hogar, escuchando el sordo chisporroteo de las ramas y el lento hervor de la calderilla. Arroja pequeñas ramas y luego sopla, de suerte que los rojos resplandores se reflejan mágicamente en su rostro virginal, y sobre sus medio desnudos hombros que, blancos y deliciosos, asoman por entre su tosca camisa, y sobre la diminuta mano que sujeta el zagalejo que cierra su cintura.

Mas de improviso la puerta se abre, y el nocturno extranjero entra en la cabaña; lanza una mirada dulce y penetrante sobre la hermosa y blanca niña, que temblorosa se mantiene en su presencia, semejante á un lirio asustado. El caballero echa á tierra su capa, sonríe y dice:

—Ya lo ves, hija mía, que sé cumplir mi palabra, pues he regresado, y conmigo vuelven también los antiguos tiempos en que los dioses del cielo se acercaban á las hijas de los hombres, y con ellas engendraron aquellas razas de reyes que llevan cetro, y aquellos héroes del mundo maravilla.—Así, pues, mi querida, no te asuste mi divinidad, y hazme preparar, te lo ruego, un té bien caliente con delicioso ron, porque fuerte sopla el cierzo en la playa, y, en noches como ésta, también nosotros, con ser dioses, sentimos frío, y podemos coger un divino reumatismo y una tos inmortal.

ROBERTO ESPINOSA

CIRIO

Rasgando neblinas la lluvia caía,
Las brisas de invierno con el ala yerta
Llevaban al alma de sombra cubierta
Ráfagas de sueños y melancolía.

Las nubes espesas borraban el día,
La nave del templo callada y desierta,
Y en un tenebrario, rasgando la incierta
Penumbra, la llama de un cirio que ardía.

Al ver ese foco de luz colocado
Cual muda plegaria, por alguien que ha muerto
Me dije mirando mi templo arruinado:

Semeja un recuerdo lejano y querido,
Sobre el ara rota de un templo desierto
La luz amarilla de un cirio encendido.

DIEGO URIBE.



Son los hipócritas, los fanáticos y los viciosos quienes menos perdonan los descarríos de sus semejantes.—BOSSUET

***

La desconfianza es madre de la seguridad. —NIEMAND.

***

El dominio sobre sí mismo, es una de las mayores virtudes humanas.—BRAEME.



NUESTRO PAIS.—ACUEDUCTO DEL GUAYAVO (CUERNAVACA).



Estudio Fotográfico

(Colección Pellandini.)

A los enfermos del

ESTOMAGO

E INTESTINOS

¿Sufre Vd. del estómago, no tiene apetito, digiere con dificultad, tiene Vd. gastritis, dispepsia, gastralgia, disenteria, úlcera del estómago, dilatación del estómago, neurastenia gástrica, anemia con dispepsia, una enfermedad de los intestinos?

¿Por la mañana, al levantarse, tiene la lengua súcia, mal olor de aliento, está bilioso, tiene aguas de boca?

¿Después de las comidas, tiene Vd. eructo, agrios, gases, pirosis, vahídos, pesadez de cabeza, ruídos en los oídos, sofocación, opresión, palpitaciones al corazón?

¿Tiene Vd. dolores al vientre, á la espalda, vómitos estreñimiento, diarreas?

Se altera Vd con facilidad, está febril, se irrita por la menor cosa, está triste, abatido, evita el trato social, teniendo por la noche ensueños, sueño agitado respiración difícil?

¿Desea evitar el mareo del mar al tener que embarcarse?

¿Ningún remedio, ningún régimen ha podido curar Vd.

No se desespere, tome pronto

ELIXIR ESTOMACAL de SAIZ DE CARLOS

Es el remedio del día, usado en el mundo entero, el que únicamente triunfa de las enfermedades rebeldes á todo tratamiento del estómago é intestinos.

Preguntad á todo el que lo tome y os dirá: **"EL ELIXIR ESTOMACAL de SAIZ DE CARLOS (Stomalix) me ha curado radicalmente, mientras que los demás medicamentos no me habian ni aún aliviado."**

Es seguro en sus efectos y **siempre** inofensivo aunque se use años seguidos. Cura las diarreas de los niños, aumenta el apetito, tonifica y ayuda á las digestiones, por lo que es de uso necesario. Se vende en todas las Droguerías y Farmacias.

PHOSPHATINE FALIÈRES

La Fosfatina Falières

es el alimento más agradable y el más recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses sobre todo en el momento del destete y durante el periodo del crecimiento. "Facilita la dentición, asegura la buena formación de los huesos."

PARIS, 6, Avenue Victoria, y en todas las farmacias.

AVISO IMPORTANTE.

El fosfato de cal que entra en la composición de la Fosfatina "Falieres," está preparado por un procedimiento especial con aparato á propósito, y no se encuentra en el comercio.

Desconfíen de las imitaciones y falsificaciones.



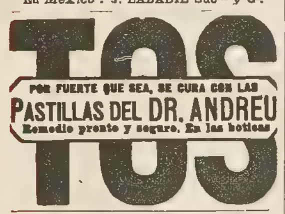
Se obtiene un

HERMOSO PECHO

DÉPOSÉ

por medio de las **Pilules Orientales** que en 2 meses **desarrollan y endurecen** á los **senos**, hacen desaparecer las salidas huesosas de los hombros y dan al Busto una graciosa lozanía. Aprobadas por las eminencias médicas, *son benéficas para la salud* y convienen á los más delicados temperamentos. — Tratamiento fácil. Resultado duradero. — El frasco con noticia fr. 6.35. J. RATIÉ, Phien, 5, Pass. Verdeau, Paris, 9e

En *Mexico :* J. LABADIE Sucres y Ca.



Gran Joyería y Relojería

1a. Plateros 12 y 14



ARTICULOS "ART NOVEAU"

AGENCIA DEL RELOJ OMEGA

Pídase Catálogo, Apartado 271.

RECOLORACIÓN

DE LAS

BARBAS y del PELO

CON EL

EXTRAIT des SIRÈNES

de **GUESQUIN**, Químico en *Paris*

En *Mexico :* J. LABADIE Sucs y Ca.

LOMBRIZ SOLITARIA

CURACION CIERTA

en 2 HORAS, con los

GLÓBULOS SECRETAN

Farmacéutico, Laureado y Premiado

UNICO REMEDIO INFALIBLE

ADOPTADO POR LOS HOSPITALES DE PARIS

SOZODONTE

POLVO

PARA LOS DIENTES

en caja grande con tapa nueva de patente que cuida del polvo y hace conservar su agradable aroma.

No se desperdicia. El polvo es sumamente fino.

Hall & Ruckel, New York.

ASMA OPRESION CATARRO

CURACION pronta y asegurada con los polvos antiasmaticos y los CIGARROS GAMBIER

COQUELUCHE

Tratamiento racional é infalible por Fumigaciones con los

POLVOS FUMIGATORIOS GAMBIER

PARIS — 208 bis, Fg St-Denis

México: J. LABADIE, Sucs y Cia - J. HINLEIN.

ASMA Y CATARRO

Curados por los CIGARRILLOS ó el *POLVO* **ESPIC**

Opresiones, Tos, Reumas, Neuralgias

En todas las buenas Farmacias.

Por mayor: 20, rue St-Lazare, Paris.

Exigir esta Firma sobre cada Cigarrillo.

LAS VARICES

El **Elixir de Virginia** cura las várices cuando son recientes; las mejora y las vuelve inofensivas cuando son inveteradas. Suprime la debilidad de las piernas, la pesadez, el entumecimiento, los dolores, las hinchazones. Previene las úlceras varicosas ó las cura é impide sus frecuentes reproducciones. Tratamiento fácil y poco costoso. Envio gratuito del folleto explicativo escribiendo á: Pharmacie MORIDE, 2, Rue de la Tacherie, Paris.

Venta en todas las Droguerías y Farmacias.



'THEODORA'

Perfume Exquisito

para el pañuelo.

La fragancia de millares de flores en una gota de

THEODORA

El más popular de los célebres extractos de la

PARFUMERIE

ED. PINAUD

PARIS

SALSA

MAGGI

Para sazonar

Caldo, sopa, salsas, legumbres, asados, etc.



Rincones de México



Camilo Blondel; Ministro de España, Marqués de Prat; Subsecretario de Relaciones, Don José Algara, y General Don Agustín Pradillo. El ataúd fué conducido en hombros desde la capilla ardiente hasta la carroza por los señores Don Julio M. Limantour, Don Joaquín D. Casasús, Don Nicolás y Don Alonso Mariscal, Don Luis Velasco Rus, Don Pascual Luna Parra y Don Federico Mariscal.

Detrás de la carroza y después de los numerosísimos acompañantes, iban cinco landós de la Presidencia, enlutados. Al llegar al costado oriente del Zócalo, la comitiva ocupó los trenes especiales dispuestos de antemano, instalándose en el primero los señores General Díaz y Licenciado Don Ignacio Mariscal, que presidían el duelo, y los señores Secretarios de Estado y algunos miembros del Cuerpo Diplomático; en los demás tomaron asiento los Secretarios de Legación y los agregados militares, la familia Mariscal y otros concurrentes.

El cortejo salió por las calles del Refugio, para dar vuelta por la de Dolores y seguir por la Avenida Juárez y Bucareli, hasta el Panteón Francés.

Efectuado el sepelio, que el señor Licenciado Mariscal presenció profundamente conmovido, se colocaron sobre la fosa recién cerrada las coronas que el día anterior habían sido depositadas ante los restos de la distinguida dama.



La señora Smith de Mariscal nació el año de 1843 en los Estados Unidos, era hija del señor James Smith y de la señora Eulin Saymaker, originarios de Annápolis [Maryland], y se unió en matrimonio en 1867 al señor Ministro de Relaciones. La boda se efectuó en Wáshington, siendo el señor Mariscal Primer Secretario de la Legación de México en la vecina República. Fué madrina de los recién casados la esposa de Don Matías Romero, entonces Ministro Plenipotenciario, y damas de honor dos de las señoritas hijas de Don Benito Juárez. Al casarse la señora de Mariscal, adoptó la religión católica.



El Mundo Ilustrado envía al señor Mariscal, por la dolorosísima pérdida que acaba de sufrir, su más sentido pésame.





LOS FUNERALES DE LA SRA. DE MARISCAL.—CONDUCCIÓN DE LA CAJA MORTUORIA Á LA CARROZA.



LLEGADA DEL CORTEJO FÚNEBRE AL ZÓCALO.



EL SR. GRAL. DÍAZ Y EL SR. LIC. MARISCAL PRESENCIANDO LA INHUMACIÓN.



LLEGADA DEL SR. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA Á CHAPULTEPEC.

EN EL COLEGIO MILITAR

EL REPARTO DE PREMIOS

Notas bélicas, alegre concierto de bandas militares, sordo estampido de cañones, turbaron el domingo último la calma augusta del viejo parque de Chapultepec. Bajo las grandes arboledas, silenciosas siempre, y siempre llenas de encantador misterio, desfiló una multitud elegante que se congregaba en la Gran Rotonda construída bajo los ahuehuetes, al pie mismo del castillo.

Los trajes claros de las damas, las risas de los niños, el trotar de los caballos de los jefes, el brillo de las armas, todo prestaba al bosque una singular animación. Se trataba de la gran fiesta que año por año se efectúa en el Colegio Militar: la distribución de premios que, á los alumnos distinguidos por su aplicación y buen comportamiento, hace el señor Presidente de la República. Tras los rigores de la disciplina y las vigilias del estudio, el día de premios es para los cadetes del Colegio una suspirada fecha, el día clásico en que las cátedras se cierran y á la imaginación estudiantil se presenta la perezosa y ambicionada época de vacaciones.

En este año, la fiesta revistió más solemnidad que en los anteriores. Trofeos y panoplias de armas, grandes coronas y guirnaldas de musgo y rosas, decoraban el severo hemiciclo donde se efectuó la ceremonia oficial.

Una brigada y los alumnos del Colegio, formaban valla para hacer los honores de ordenanza al señor General Díaz. Un brillante concurso ocupaba las gradas y la sillería, ansioso de presenciar el acto.

A las diez y media el señor Presidente llegó á la Rotonda, siendo saludado por el cariño popular, que se desbordó en aplausos y en aclamaciones. Nuestro Himno Nacional se dejó oír bajo los viejos sabinos, que parecían envueltos en un ambiente de epopeya y de gloria.

El señor General Don Juan Villegas, Director del Colegio Militar, á cuyos esfuerzos debe el plantel muchos é indudables adelantos, leyó el informe anual, reseñando en estilo fácil y correcto, los trabajos llevados á cabo durante el año escolar que se cerraba. Gran atención prestó el auditorio á la discreta pieza oficial en la que el ameritado militar cumplía su deber de dar cuenta con los adelantos y las mejoras realizadas bajo su dirección.

Habló después el señor Ingeniero Don Agustín Aragón, y fué muy aplaudido.

Después, el señor Licenciado Jesús Urueta, orador prestigiadísimo que ha logrado grandes triunfos en la tribuna, pronunció una brillante pieza oratoria, quizá una de las mejores que se le hayan escuchado, arrancando estrepitosos aplausos al fin de cada período, y siendo objeto, por último, de una ovación que se prolongó varios minutos.



LOS PREMIOS DEL COLEGIO MILITAR.—UN DETALLE DE LA TRIBUNA MONUMENTAL.

El reparto de premios constituyó un acto muy simpático. Los alumnos subían á la plataforma de honor, presentaban el arma y recibían del señor Presidente el galardón justamente ganado en los estudios militares. Los premiados más distinguidos fueron saludados con aplausos por el público.

Terminado el acto oficial, el señor Presidente, sus Secretarios de Estado y generales de alta graduación, se dirigieron al Colegio, en cuyo comedor, espléndidamente decorado, se sirvió un banquete de trescientos cubiertos.

A la hora del champagne, el señor General Villegas dió las gracias al señor General Díaz por su bondadosa presencia en el Colegio, haciendo protestas muy cariñosas del mayor respeto por sí y en nombre de los profesores y alumnos Terminó deseando larga vida al señor Presidente, para que todos tuvieran un heroico y alto ejemplo que imitar. El brindis del señor Director fué muy aplaudido.

La hermosa respuesta del señor Presidente fué publicada por EL IMPARCIAL y en ella ve-



LOS PREMIOS DEL COLEGIO MILITAR.—LA CONCURRENCIA.



DESPUÉS DE LOS PREMIOS. EL SR GRAL. DÍAZ Y SUS SECRETARIOS DE ESTADO DIRIGIÉNDOSE AL COLEGIO MILITAR.

rían nuestros lectores los elevados conceptos que sobre la moralización del Ejército en general y del Colegio Militar en particular, vertió en su brindis el Primer Magistrado, á quien vitorearon y aplaudieron los comensales con el mayor entusiasmo.

Distribución de Recompensas á los Soldados

Dos días después, y en el mismo local donde se efectuó la simpática fiesta á que antes nos referimos, el señor Secretario de Guerra y Marina, General Don Francisco Z. Mena, puso en manos de los individuos de la clase de tropa que más se han distinguido por su aplicación y aprovechamiento en los planteles de enseñanza anexos á los cuarteles, las recompensas que el Gobierno acordó conferirles para premiar sus adelantos y su buena conducta. Estas recompensas consistieron en artísticos diplomas y en cantidades de veinte, diez y cinco pesos, que correspondían, respectivamente, á los premios 1º, 2º y 3º

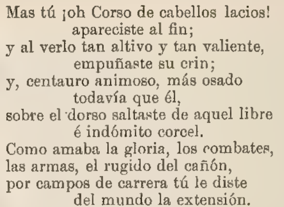
El programa á que se ajustó la ceremonia, fué muy selecto. Las bandas de Artillería y Zapadores ejecutaron escogidas piezas, y los señores Ezequiel A. Chávez y Luis G. Urbina cubrieron la parte literaria, pronunciando el primero un brillante discurso y recitando el segundo un bellísima composición poética.

NAPOLEON

(Traducción de Domingo Estrada.)

Cuán hermosa era Francia, ah, Corso pálido,
bajo el brillante sol de Mesidor!.........
Era un corcel indómito y rebelde,
sin freno y sin señor.
Humeando con la sangre de los reyes,
mas siempre audaz y á su destino fiel,
con sus cascos hería el suelo antiguo,
libertado por él.

Aun no había una mano dirigido
sus ímpetus y ardor,
ni llevado sus flancos poderosos
la silla y el arnés del vencedor.
Con su cola magnífica azotaba
sus piernas impacientes sin cesar,
y cuando relinchaba, el viejo mundo
poníase á temblar!......



Mas tú ¡oh Corso de cabellos lacios!
apareciste al fin;
y al verlo tan altivo y tan valiente,
empuñaste su crin;
y, centauro animoso, más osado
todavía que él,
sobre el dorso saltaste de aquel libre
é indómito corcel.
Como amaba la gloria, los combates,
las armas, el rugido del cañón,
por campos de carrera tú le diste
del mundo la extensión.

Desde entonces, ni el sueño ni el reposo
en su labor terrible conoció;
y cual si arena fuese, día á día,
sobre cuerpos humanos galopó.

Quince años se le vió, bañado en sangre,
su carrera demente continuar,
y con su duro casco, de los pueblos
las frentes triturar.

Quince años por doquier, á toda brida,
cual metéoro terrífico pasó;
y como el polvo el huracán levanta,
á todo el universo removió!......

Mas, al fin, agotado, sin aliento,
no pudiendo su marcha ya seguir,



UN SOLDADO PREMIADO.

gracia imploró de su jinete corso......
pero su voz tú no quisiste oír.

Diez veces más tu espuela ensangrentada
en sus flancos se hundió;
diez veces más tu látigo implacable
su temblorosa grupa castigó;
y sofocar queriendo ¡cruel verdugo!
sus gritos de dolor,
el freno removiste entre su boca,
rompiéndole los dientes con furor!......
Pero por fin, un día de batalla,
moribundo, el corcel se desplomó
sobre un ardiente lecho de metralla,
y con su peso enorme te aplastó!

Augusto Barbier.



Cuando se rían de tus defectos, corrígelos, en lugar de encolerizarte. Si no son de los que se pueden corregir, sé tú el primero en reírte de ellos.—EVANGILE.

*

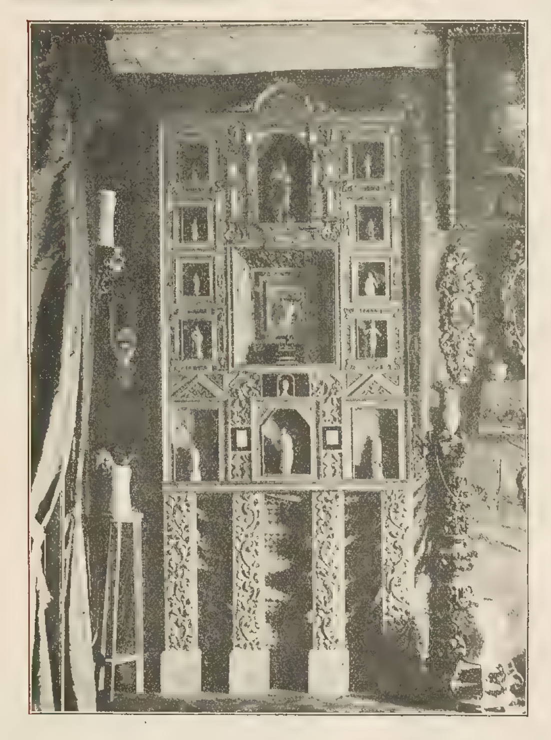
Sin el Amor, no habría ni dolores ni alegrías.—C. MENDÉS.

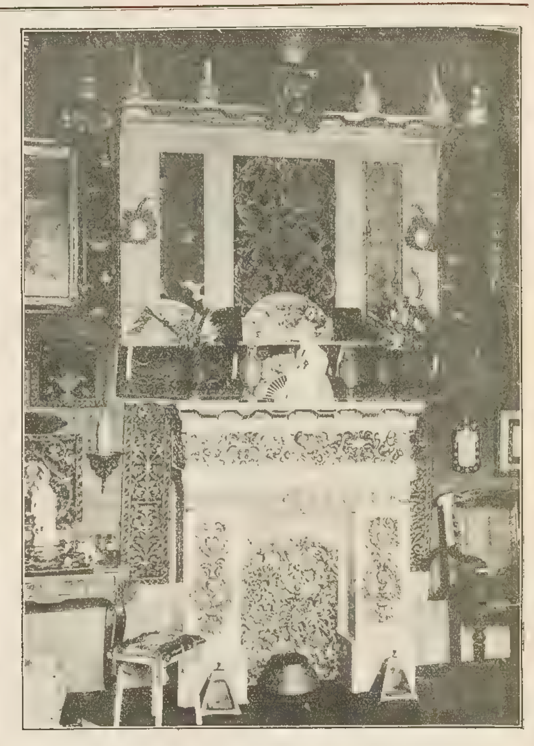
*

La salud del cuerpo tiene grande influencia sobre la del alma.—OTTO.



EL SR. MINISTRO DE LA GUERRA REPARTIENDO LOS PREMIOS A LOS SOLDADOS.





JOYAS ARTISTICAS. RETABLO DORADO, ÉPOCA LUIS XIV, Y CHIMENEA DE MADERA TALLADA, ÉPOCA COLONIAL (PROPIEDAD DEL SR. LUIS GALVÁN).

CUENTO

LA BARRITA DE ORO

Cuentan las crónicas, para probar que el Arzobispo Loayza tenía su ribete de masón, que había en Lima clérigo extremadamente avaro, que usaba sotana, manteo, alzacuello y sombrero tan roídos, que hacía años que pedían á grito herido, inmediato reemplazo. En arca de avariento, el diablo está de asiento, como reza el refrán.

Su Ilustrísima, que porfiaba de ver á su clero vestido con decencia, llamólo un día y le dijo:

—Padre Godoy, tengo una necesidad y querría que me prestase una barrita de plata.

El clérigo, que aspiraba á canongía, contestó sin vacilar:

—Eso y mucho más que su Ilustrísima necesite, está á su disposición.

—Gracias. Por ahora me basta con la barrita, y Rivera, mi mayordomo, irá por ella esta tarde.

Despidióse el avaro contentísimo, por haber prestado un servicio al señor Loayza, y viendo en el porvenir, por la vía de réditos, la canongía magistral cuando menos.

Ocho días después volvía Rivera á casa del padre Godoy, llevando un envoltorio bajo el brazo y le dijo:

—De parte de su Ilustrísima traigo estas prendas.

El envoltorio contenía una sotana de chamalote de seda, un manteo de paño de Segovia, un par de zapatos con hebilla dorada, un alzacuello de cría y un sombrero de piel de vicuña.

El padre Godoy brincó de gusto, vistióse las flamantes prendas, y encaminóse al palacio arzobispal, á dar las gracias á quien con tanta liberalidad lo aviaba, pues presumía que aquello era un agasajo ó angulema del prelado, agradecido del préstamo.

—Nada tiene que agradecerme, padre Godoy—le dijo el Arzobispo maliciosamente.—Véase con mi mayordomo para que le devuelva lo que haya sobrado de la barrita; pues como usted no cuida su traje, sin duda porque no tiene tiempo para pensar en esa frivolidad, yo me he encargado de comprárselo con su propio dinero. Vaya con Dios y con mi bendición.

Retiróse mohino el padre, fuése donde Rivera, ajustó con él cuentas y halló que el chamalote y el paño importaban un dineral. El mayordomo había pagado sin regatear.

Al otro día, y después de echar cuentas y cuentas, para convencerse de que en el traje habrían podido economizarse veinte ó treinta duros, volvió Godoy á donde estaba el Arzobispo y le dijo:

—Vengo á pedir á su Ilustrísima una gracia.

—Hable, padre, y será servido á pedir de boca.

—Pues bien, ilustrísimo señor. Ruégole que no vuelva á tomarse el trabajo de vestirme.

RICARDO PALMA.



DE HEINE

Apoya en mis rodillas tu cabecita rubia,
Y escucha—sin mirarme—lo que te voy á hablar.
En tanto que mis manos se oprimen con las tuyas,
La historia de mi vida te quiero relatar.

Si mi relato es triste, de lágrimas ardientes
Caer en tus cabellos las gotas sentirás;
Si acaso has comprendido... no llores... no te inquietes.
Estréchame en silencio la mano, y... nada más!

EDUARDO ECHEVERRÍA



Siempre la esposa debe merecer al marido el respeto y veneración á que tiene perfecto derecho, cuando no por otras causas, por ser la madre de sus hijos. El que maltrata á su mujer, reniega de su propia madre.—BECANO.

*

El imperio de la rutina es tanto más poderoso cuanto mayor es la ignorancia y cortedad de entendimiento del rutinero.—FRANKLIN.



Ecos de las Fiestas Escolares

Información gráfica

Publicamos en esta página varias fotografías de las señoritas y niñas que tomaron parte en la brillante fiesta escolar celebrada en el Teatro Arbeu.

Nuestras ilustraciones vienen á demostrar, una vez más, el éxito alcanzado en esa fiesta infantil llena de graciosa y delicada hermosura. Ella constituyó una fecha inolvidable para esos pequeños seres de cuyo progreso moral y científico dependen el porvenir de la patria y el adelanto de la humanidad.

El cuadro científico literario con que terminó la fiesta, y que ya hemos diseñado á nuestros lectores, respira vida, calor; encierra sabias enseñanzas morales y es una fuente fecunda de observación.

La señorita Dolores Sotomayor, autora de «La Revista», supo aprovechar la oportunidad para hacer que la ciencia se presentara real y atractiva al amor de los niños.

La representación de las naciones de la tierra por alumnas elegidas cuerdamente, vestidas con los trajes típicos y arengando al «Trabajo», que las interroga sobre las riquezas de su suelo, el poder de la industria, la belleza de su arte, sus luchas por el progreso universal, fueron medios muy sugestivos por su misma sencillez, para sembrar en las almas infantiles las más perdurables impresiones.

Los números todos de la fiesta escolar han mostrado el cambio radical habido en los plan-

Damas Distinguidas

Srta. Luz Fenochio. Sra. Clara F. de Reimers. Sra. Consuelo F. de Gaymard (Oaxaca)

Srta. Josefina García Manso (Oaxaca)

teles de enseñanza, en donde, á la desaparición de las rutinas obscuras de ayer, ha penetrado el arte, el arte infinitamente bello, origen de las más altas emociones.

Las fiestas escolares, que tantos recuerdos dejan á los niños, que tantas satisfacciones ocasionan á los padres, que son un testimonio del redentor trabajo de los maestros, quedarán para siempre entre nosotros ejerciendo su bienhechora influencia.





FESTIVAL ESCOLAR.—GIMNASIA ESTÉTICA.—UNA «JAPONESA» Fot. M. Torres.

EL FESTIVAL ESCOLAR EN ARBEU



«LA GLORIA»—(AMALIA AGUILLON.)



«ÁFRICA»—(ELENA TICÓ.)



«LA CIENCIA» (LUZ MORALES.)



«ITALIA»—(ROSALÍA BATISTA.)

Fots. M. Torres.

Personajes de la Revista "La Ciencia, la Humanidad y la Naturaleza."

EL FESTIVAL ESCOLAR EN ARBEU



«AMÉRICA»—(ELENA DONAT.)



«JARDINERA TURCA»—(CONCEPCIÓN CARRILLO.)



«EUROPA»—(REFUGIO BARQUET.)



«EL JAPÓN»—(DOLORES MORALES.)

Personajes de la Revista "La Ciencia, la Humanidad y la Naturaleza."

Fots. M. Torres.

Los Sagrados Restos de Kamehameha

Kaipukú se sentó en el suelo, sobre una de las esteras que «decoraban» su cabaña. El marrano, Puaní, se acercó, rezongando con acritud, como si dirigiera reproches á su dueño.

—Bueno, bueno. Tienes hambre. Ya lo sé; pero es absolutamente necesario que primero trabajes, para que en seguida comas.

El marrano no pareció entender el razonamiento, ni darse cuenta de la fuerza de raciocinio que le sugería. El pobre marrano estaba en un triste estado de miseria, y no podía comprender por qué, en ciertas épocas, se le regalaba hasta la hartura, mientras, por el contrario, en otros casos se le privaba de alimentos, dejándole perecer de necesidad. Bien que el puerco, por más que fuera para el vulgo «el maravilloso marranito negro del brujo Kaipukú», no tenía inteligencia mayor que los demás de sus compañeros.

El marrano se convenció de que no ablandaban el corazón á Kaipukú sus quejas y se retiró á alguno de los sucios rincones de la cabaña del «doctor brujo», para buscar algún alimento. La cabaña estaba en una media obscuridad, debido á que solamente tenía una entrada, y ésta se encontraba cubierta por una estera de palma bastante gruesa.

En el suelo, por únicos muebles, había dos esteras, de palma también, de las que tan comunes y baratas son en Hawai. En ella alternativamente se ponían los alimentos, los cojines en los cuales se sentaba la gente que iba á consultar al brujo y, en las noches, que dedicaba el charlatan á sus conjuros (en opinión de la gente sencilla), la estera se encontraba, siempre, cubierta por el personaje mismo, que roncaba á pierna tendida.

Era un pobre hombre Kaipukú, á pesar de que, en concepto de sus vecinos, era rico. La consulta era bastante barata, pues con frecuencia sólo las gracias eran las que recibía como retribución por sus servicios. Pero en pocos días más, á lo que parecía, la fortuna habría de variar, porque alguno de los hechos de Kaipukú habían llegado á la monarquía, al pie del mismo trono, y el rey, aunque muy cristiano, había tenido ciertas dudas. La sangre es siempre la sangre y las supersticiones, en una gente de color, son siempre más fuertes que la razón, á pesar de los esfuerzos que hayan hecho los misioneros en favor de la fe y en bien de la paz eterna de los neófitos.

Después de haber reposado Kaipukú algún rato, mientras Puaní se desataba en lamentos mayores, decepcionado al ver que en los rincones de la cabaña nada había que hubiera podido calmar su hambre; después de haber pensado, por largo rato, los últimos detalles del plan que tenía pendiente, Kaipukú se levantó de la estera, saliendo á la puerta única de su habitación miserable. Aún doraba el Sol, á lo lejos, la costa de palmas y de anchos platanares.

—Es aún muy temprano—dijo el brujo—y debemos salir cuando la gente ya haya pasado y se encuentre descansando.

El marrano parecía no comprender; pero se acercó á su amo, poseído de la última esperanza.

—No, hermano, no. Debes estar hambriento, para hacer tu papel como es debido. Desconfío mucho de tus aptitudes, por más que hasta el Rey parece estar convencido de que espíritus superiores te poseen. Estás predestinado á una gran faena. Tú eres el único capaz de encontrar los huesos del gran guerrero, de Kamehameha, tú eres el que recibirás el premio por tanto trabajo, y entonces la hartura substituirá á la miseria, entonces comerás hasta cansarte, entonces me habrás hecho ganar buenas sumas de dinero......

Cuando así hablaba Kaipukú, una sombra se perfiló en la entrada de su mísera choza. Antes de que el brujo se diera cuenta de quién era la inoportuna visita, una mujer, joven aún, apareció en el dintel.

—Kahuna iki (no eres brujo), le dijo.—Mi enemigo prospera de un modo que no puedo soportar.

—La muerte te seguirá si no te retiras inmediatamente.

—No creo en ti: me has engañado. Cuando yo te pagué por tus servicios, me aseguraste que mi enemigo moriría en tres lunas. Nada se ha cumplido. Ahora acaba de heredar una granja y dos bueyes. Y yo cada día me encuentro más escasa de recursos y de salud. Kahuna iki, kahuna iki...

Y la mujer, maldiciendo, se retiró rápidamente por la senda que desembocaba precisamente en la puerta del corral que servía de antesala á la habitación del brujo. Este era ya viejo; sus piernas no le sostenían y comprendió que era inútil salir en persecución de la rencorosa hembra, por lo que volvió tranquilamente al interior, tomó una cuerda y ató á Puaní, reciamente. Después tomó un candelero, una lámpara abollada y vieja, que colocó en su cintura, y salió, cuidando de atrancar su puerta y de ocultar un paquete que en el suelo yacía, cerca de la entrada.

***

Caminaron por algún tiempo el viejo y su ayudante, atravesando á los últimos rayos del sol los senderos que comunicaban con el camino vecinal. Después se internaron por una vereda ascendente. El marrano, presintiendo sin duda que la hora de la comida se acercaba, hacía esfuerzos desesperados para desprenderse del brujo.

Tales esfuerzos, en cierto momento, dieron el apetecido resultado. Puaní quedó libre y, como flecha, desapareció entre un matorral, saliendo después, siempre en línea recta, hacia un grupo de datileros.

Kaipukú le seguía, todo doblado para evitar que los matorrales le lastimaran. Parecían, el marrano y el hombre, conocer bien el camino.

Por fin, el brujo se encontró ante la entrada muy estrecha de una cueva por la que apenas un perro podría pasar. Pero Kaipukú era muy hábil á pesar de su edad; se dobló á la entrada y así caminó por algunos metros. En el interior solamente se escuchaban los feroces golpes de Puaní, que atacaba la tierra endurecida.

Kaipukú llegó á un punto en el que le era imposible enderezarse, y entonces pudo desprender de su cinto la linterna, que encendió, alumbrando una pequeña gruta de no más de tres metros cuadrados. El marrano en esos momentos devoraba un fragmento de carne que había desenterrado de uno de los rincones, donde aún se veían los restos de una vieja estera en los que parecía haber estado el alimento del puerco, enterrado.

Kaipukú se sentó tranquilamente en el suelo junto á la lámpara encendida, dirigiendo sus miradas afectuosas á Puaní, que devoraba el bodrio ávidamente.

—No será suficiente para tu hambre, lo comprendo; pero tu hambre de hoy será tu hartura de mañana. Hay que trabajar, amiguito, hay que trabajar, porque de otra manera «Kahuna iki, kahuna iki».

El pobre brujo se acordaba de la maldición rencorosa de la hembra que le había visitado recientemente.

***

Entre los primitivos habitantes de las islas Hawai, existió la costumbre de hacer muy solemnes honras fúnebres á los guerreros que anteriormente habían contribuído á que las islas fueran la unidad monárquica que por algunos siglos fueron. Los guerreros que fallecían eran llevados en procesión á una pira en la que eran cremados; después, los huesos, envueltos en una manta finísima, con las insignias de la nobleza, eran sepultados en determinado sitio, sólo conocido de algunas personas que hacían juramento de no decir su secreto á nadie.

Con la muerte de éstos, los huesos sacrosantos de los guerreros y de los reyes de Hawai quedaban en sitio seguro. Quizá la costumbre, como un signo de barbarie, venía del hecho de que los vencedores, no contentos con las matanzas que hacían, sacaban los restos de los que en anteriores épocas les hubieran combatido, para ultrajarlos.

Pero cuando la monarquía se cimentó, cuando hubo comercio y los misioneros americanos evangelizaron las islas, los soberanos, y especialmente el que reinaba en la época de nuestra narración, quisieron tributar honores merecidos á los que anteriormente habían combatido por Hawai. Se construyó un panteón



nacional en el que deberían descansar las reliquias de todos los que en algo hubieran trabajado por el bien de la monarquía, y entonces fué que la costumbre referida causó no pocos disgustos á los reyes. Cuando había que buscar las cenizas de alguno de los que habían conquistado fama imperecedera, se tropezaba con la dificultad de que nadie conocía el sitio donde sus huesos reposaban.

Y por esto había sido consultado Kaipukú, teniendo en cuenta que el marrano en sus éxtasis, había de hacer el descubrimiento en pocos minutos, si, como se afirmaba, los dioses buenos lo poseían en estas crisis.

***

A la mañana siguiente de la escena que describimos, el pobre de Puaní se encontraba más muerto que vivo. Apenas si un balde de agua reposaba enfrente de él. Y se le había atado corto, manteniéndole fijo á una estaca clava-

da en el suelo. Así no podía el animalillo ni siquiera buscar en los rincones un alimento que demandaba á gritos.

Kaipukú se encontraba de muy buen humor. La noche anterior, sin tropiezo alguno —aparentemente cuando menos,—había sacado un esqueleto casi completo, que en su cabaña tenía oculto. Lo había envuelto en un fragmento de tela viejísima, y después de atarlo fuerte, había emprendido el mismo camino que en la tarde, pero en esta ocasión sin que Puaní le acompañara. Al llegar á la gruta, había enterrado el paquete. Y esperaba con tranquilidad la llegada del rey, que había ofrecido ir á buscarle para poner en dura prueba sus facultades de brujo y las facultades adivinatorias de su marrano.

El rey fué puntual. Le acompañaban los miembros de su casa militar, todos ellos vestidos á la europea. Con Su Majestad iban los príncipes de la sangre, interesados tanto como él mismo en que los restos del gran Kamehameha fueran debidamente encontrados, honrados y enterrados en el sitio que les esperaba en el panteón de Honolulú.

Kaipukú se sentó, después de una serie de genuflexiones y de epítetos prodigados á Su Majestad y á los que le acompañaban; se sentó en el suelo y encendió un braserillo, en el que arrojó algunos perfumes y yerbas, amén de pelos y demás objetos netamente adivinatorios y brujeriles.

El Rey, atento, seguía la maniobra. Puaní, poco interesado en aquello, que de seguro no era la confección de algún alimento, gruñía, denotando que su hambre estaoa, precisamente, en el punto que demandaba la experiencia en la que papel tan importante habría de jugar.

Después de algunas innovaciones, Kaipukú se levantó seguido del Rey y de los demás nobles de su acompañamiento, y salió al patiecillo que precedía directamente á la entrada. Ahí soltó á Puaní, que comprendió bien lo que le interesaba, esto es, que debía ir á buscar el escondido alimento. El marrano salió disparado.....

***

Y detrás de él salieron el brujo, el Rey y los miembros de la nobleza que formaban la comitiva real. El brujo seguía ávidamente la marcha del marrano, que parecía percatarse poco de la atención supersticiosa del Rey y de los suyos, y de la mirada llena de promesas de su amo.

Saltos por encima de matorrales espinosos, profundos descensos en seguimiento del animalillo, alguna caída; todo lo soportó sin quejarse el Rey. La admiración que le invadía era tan grande como su temor.

Por fin, después de un buen cuarto de hora, jadeantes, sudorosos, en el traje europeo que se interponía entre sus piernas y la tierra, cansados, los de la real comitiva se detuvieron ante la entrada de una gruta, en cuyo interior había desaparecido Puaní.

—¡Una gruta!—dijo el brujo, poseído de admiración casi sincera,—una gruta. Pero recordad la maldición: «Quien entre primero á la cámara mortuoria de un jefe hawaiano, ha de perecer».

El Rey y los suyos se detuvieron. Pero el brujo continuó:

—Yo entraré. Tengo los medios de evitar la maldición que caería sobre los que no dispusieran de mis virtudes.

La verdad era que por un momento le había pasado por la mente la visión trágica de Puaní rompiendo los huesos del envoltorio. Y penetró á la gruta, seguido de Su Majestad el Rey.

En el fondo de ella el puerco desenterraba un paquete bien sellado. Era cosa clarísima que la tela era antigua, que los huesos deberían ser los del gran Kamehameha, y que el cerdo había tenido la atingencia adivinatoria de ir, precisamente y sin guía, al punto donde nadie sabía que tales restos se encontraban enterrados.

El Rey, con la veneración que es de suponerse, se apresuró á tomar el paquete de manos de Kaipukú, mientras éste luchaba á brazo partido con el marrano. La desilusión de Puaní era tan grande, que sus gruñidos de cólera deberían escucharse á larga distancia.

Mientras en un carricoche que les había seguido desde la vivienda del brujo colocaban los restos sagrados del guerrero hawaiano, el pobre cerdo lanzaba á los cuatro vientos sus quejas amargas. No podía comprender por qué, en aquella ocasión, en lugar de su acostumbrado alimento, había encontrado en la gruta un paquete imposible de comer, solamente. Y lanzaba sus quejas en voz estentórea, mientras, como se llevan reliquias, eran conducidos los sagrados restos.

Al llegar á la puerta de la vivienda de Kaipukú, el Rey se dirigió á uno de los que le acompañaban, diciéndole:

—Este hombre ha cumplido su promesa. Mediante sus virtudes secretas y debido á su animal mágico, hemos encontrado el tesoro de los huesos de nuestros mayores, más preciados para nosotros que lo puede ser el oro. Hay que darle su recompensa.

Kaipukú permanecía con el rostro en tierra, en la doliente actitud de reglamento, para los que permitía el monarca se le acercasen. Pero no por ello dejó de seguir con los ojos ávidos al chambelán, que fué al cochecillo, sacó una talega que debía pesar mucho y la entregó al brujo, al propio tiempo que el Rey le felicitaba por su éxito.

Después, la caravana se perdió en lontananza, entre el polvo del camino.

***

Kaipukú palpó repetidas veces la bolsa que acababa de ganarse. Debería estar bien repleta y valer mucho. Después tomó de una calabaza vacía que colgaba del techo una buena ración de maíz cocido que puso delante de Puaní, que, asombrado en un principio, no se atrevía á tocar el alimento, hasta que se acordó de las rarezas de su vida y de las súbitas temporadas de hartazgo, en medio de los tiempos de miseria y de hambre.

El brujo volvió á su estera, sentóse y bebió de una botella un largo trago, palpando á la vez, codiciosamente, la bolsa ganada. Pero la alegría que brillaba en sus ojos viejos, se turbó profundamente cuando en la puerta apareció una mujer, que le dijo:

—Kahuna iki. Te he seguido y sé lo que has hecho. ¿Así es cómo sabes adivinar? No eres brujo y no te temo. Has robado el esqueleto en el panteón y yo te vi esa noche. Matas de hambre al pobre marrano para que después encuentre los huesos del gran Kamehameha. ¿Así son tus artes y así es tu virtud? Voy corriendo á alcanzar al Rey y le diré que yo te he visto enterrar esos huesos; te he visto robarlos; te he visto matar de hambre á Puaní para que sepa encontrar las cosas enterradas......

Y desapareció velozmente con el mismo rumbo que había seguido momentos antes la comitiva real.

Kaipukú no intentó siquiera seguir á la brava mujer. Sus piernas eran demasiado viejas y no hubieran podido darle alcance.

***

¿Qué pasó después? Difícil es saberlo. Cuando al día siguiente el chambelán mismo del Rey se presentó en la cabaña del brujo, éste había desaparecido y nadie pudo dar noticia del sitio en que se había ocultado.

Un año después, en otro pueblecillo de Hawai, la mujer rencorosa se casó con el brujo. ¿Sería que la talega del Rey era suficiente para despertar su codicia? ¿O pretendía por el contrario haberse convertido á las artes mágicas de Kaipukú? ¿O la conciencia le remordía por el denuncio que había hecho del asunto de Kamehameha?

¿O quiso, por último, vengarse del pobre brujo?

Arreglo del Ingles para "El Mundo Ilustrado."



Página de album.

Si fuera un sacerdote genial de los pinceles
que sublimizan todos los lienzos triunfadores,
yo te elevara á un solio del Arte en los colores,
bajo un florecimiento de olímpicos laureles.

Y si tuviera el mago poder de los cinceles
que en Grecia desplegaban su plumazón de albores,
á un rico mármol diera, copiando tus primores,
la resonante gloria que alumbra á Praxiteles.

Pero yo soy de aquellos errantes del olvido,
y ante esta felpa antigua de espléndido tejido
que bordan fabulosos joyeles imperiales,

quiere olvidar mi ensueño su Atlántida perdida,
para que quede toda mi admiración dormida
como una mariposa de luz en tus rosales.

José López de Maturana.

Nadie nace malvado: los más perversos han tenido el dulce candor de la infancia, y disfrutado el goce puro y angélico de aquella edad.—Sue.







LOS REYES DE INGLATERRA DAN LA BIENVENIDA Á LOS REYES DE ITALIA.



PÍO X IMPONE EL CAPELO CARDENALICIO Á MONS. MERRY DEL VAL.

Notas Extranjeras

La visita de los reyes de Italia á Londres. Un nuevo yate para Eduardo VII.—El secretario de Estado de Pío X.—La campaña de Somalilandia. El globo "Lebaudy."

La visita del Rey de Italia y de su hermosa consorte la Reina Elena á Londres, para pagar al Rey Eduardo y á la Reina Alejandra la que hicieron estos soberanos á Roma, ha sido causa de muy variados comentarios, ya sobre la probable significación política de este cambio de cortesías, ya sobre los resultados que se alcanzarán por ella en el comercio y en la industria de los países interesados. Porque el malestar que ha ido invadiendo á los manufactureros de Europa, lenta, pero seguramente, hace ver esperanzas de éxito y de mejoría en cualquier circunstancia, mientras que la desesperación no llega á cegar á los interesados.

En Inglaterra, especialmente, y como una consecuencia directa de la campaña fiscal que ha seguido el exministro Chamberlain, los intereses agrícolas, industriales y especialmente comerciales, predominan, y los temores existentes de antemano, han llegado á un período de acuidad que los hace ver, en cuanto acontecimiento de cualquier índole ocurre en la capital inglesa, un indicio, ya sea en bien de sus intereses, ó bien en perjuicio de ellos.



EL YATE VICTORIA AND ALBERT.

Pero si los intereses citados no encuentran en la visita del Rey Víctor Manuel suficiente mérito para deducir alguna mejoría ó cambio de rumbo de los negocios de la Gran Bretaña, los políticos, en cambio, casi están seguros de que existe algún pacto secreto que los soberanos mismos han ratificado con su presencia en la capital del Reino de Italia primero, y recientemente con la visita de los reyes italianos á Londres.

¿Cuál pudiera ser el pacto firmado entre ambos soberanos en Roma, como algunos afirman, ó en Londres, como otros suponen? La verdad, es cosa difícil de averiguarse por ahora, pues faltan detalles fundados para ello; pero sí parece que el Rey Eduardo, procediendo de acuerdo con el calificativo que ya le han dado sus súbditos, de «El Pacificador», ha encontrado la manera de conciliar los intereses de su país con los de las demás potencias europeas. Sus frecuentes visitas á los principales soberanos de Europa, en este año, han tenido por objeto, se dice, el arreglo de asuntos muy importantes.

La anterior circunstancia, unida al hecho de que se rumora con insistencia que la Triple Alianza ha muerto, hace suponer que Italia, al quedar libre, ha escogido á sus aliados, ó cuando menos á sus amigos, y en este acto ha consultado ó elegido al mismo Rey de Inglaterra.

De cualquier modo que sea, el solo resultado que hasta hoy se ha alcanzado y que se refiere á la formación de un tratado de arbitraje entre Italia y la Gran Bretaña, es ya un hecho digno de mención y de alabanza. El tratado ha sido ya expedido y ratificado por los dos países interesados en él, y entrará á regir dentro de poco.

***

En Londres se discute actualmente la creación de algunos nuevos buques de guerra de los tipos cuya eficacia ha quedado plenamente comprobada en las últimas maniobras.

Se ha dispuesto, también, la construcción de un yate, muy elegante, que reemplace al que hasta ahora ha prestado sus servicios como buque especial para que el Rey Eduardo haga sus viajes. El yate real «Victory & Albert», es muy hermoso; pero se cree que es pequeño ya, y durante el viaje que acaban de hacer el Rey y la Reina de Italia en este vapor, se notaron en él, según parece, algunas deficiencias.

Es por esto que el «Victory & Albert» dejará de servir para lo que hasta hoy ha estado destinado, á pesar de que cuenta en su historia jiras muy hermosas y ha sido alojamiento, temporal cuando menos, de altísimos personajes de la corte inglesa y de sus aliadas y amigas.



LA CAMPAÑA DE SOMALILANDIA.—EMBARQUE DE CAMELLOS.

Damos una vista del vapor real, tomada precisamente en los momentos en que se acercaba á Londres, con los reyes de Italia á bordo.

***

Ha sido muy bien recibido en los círculos católicos, el nombramiento de Monseñor Merry del Val para el alto puesto de Secretario de Estado papal. El puesto había quedado vacante por la renuncia que de él hizo el Cardenal



M PAUL LEBAUDY.

Rampolla, que por muchos años lo había desempeñado, por encargo del Papa León XIII.

Monseñor Merry del Val es descendiente de españoles, pero ha nacido en Italia y se ha distinguido mucho en la carrera eclesiástica. Se espera que en la misión de confianza que el Papa Pío X le ha encomendado, sea capaz de muy altos merecimientos, dados sus antecedentes y su reconocida honorabilidad. En nuestro grabado podrán ver nuestros lectores la ceremonia, muy hermosa por el golpe de vista que presenta el local y los brillantes uniformes de los que en ella toman parte, en la que es impuesto el capelo de Cardenal á los nuevamente creados para el desempeño de esta misión.

El Cardenal Merry del Val fué el primero de cinco cardenales que recibieron, en el primer consistorio que ha celebrado el Papa Pío X, el capelo rojo. La ceremonia corresponde á la confirmación del empleo, pues previamente y por medio de un «breve», la Sede Apostólica comunica el nombramiento mismo á los agraciados.

***

La campaña de Somalilandia, una vez pasada la estación de lluvias, ha seguido su marcha, detenida solamente por la inundación de los caminos y la dificultad extrema de aprovisionamiento que en los meses pluviosos existe en la región rebelde.

Lo que el «loco Mullah» ha de haber creído un triunfo definitivo—porque fué precisamente al iniciarse las aguas cuando el caudillo indígena logró derrotar á una guarnición inglesa,—se ha de convertir en poco tiempo en una derrota sin límites. Porque el ejército inglés ha ido acumulando los elementos de que carecía al ser sorprendido por la inesperada rebelión, para castigar debidamente al revoltoso Mullah.

En los puertos se nota ya la actividad en que debe entrar ahora la campaña. Frecuentemente se encuentran fondeados grandes buques transportes de guerra que, en ocasiones, llevan un cargamento curioso de camellos, que son indispensables para asegurar las comunicaciones en la región.

En nuestro grabado se puede ver cómo los camellos son «izados» á bordo, para ser transportados á larga distancia, en donde han de prestar sus servicios.



Los hermanos Lebaudy, acompañados del intrépido Julliot, parece que están asegurando la victoria en lo referente á la dirección de los globos con su maravilloso aerostato. El público de París se ha hecho ya familiar con los hechos de estos atrevidos y afortunados aeronautas, de cuyos triunfos hemos dado cuenta á nuestros lectores. Sólo nos resta presentar á los dos hermanos inventores y al constructor, cuyos retratos damos hoy á la estampa.

M. PIERRE LEBAUDY.

QUIMERA

Con mi jardín de sueños en el alma,
que da celestes flores,
¡Cuántas veces dichoso me he sentido,
en mis dolientes noches!

La Quimera en sus brazos me ha llevado
hacia mundos mejores,
Al cielo del amor, que sólo habitan
amantes corazones.

Mas bien pronto el encanto queda roto,
y las celestes flores
Se cambian en zarzal de interminables,
negras desolaciones.

V. Acosta..

RONDEL

Por vencer las morbosas melancolías,
valses y tarantelas toca en el piano,
y truécanse arrancadas por su hábil mano,
en ósculos y halagos las armonías.

Cual huyen del invierno las nieblas frías,
al brillar el candente sol del verano,
se disipan cuando hace vibrar el piano
de su alma las acerbas melancolías.

¡Que jamás en sus noches, como en sus días,
se truequen sus venturas en sueño vano!
¡Ojalá siempre alcancen sus alegrías,
así como las notas que exhala el piano,
salvarla de las hondas melancolías!

Juan Duzan.



UNA EXPERIENCIA CON EL «LEBAUDY»

HOJA

Cuando yo era más joven y tenía
juventud en el alma,
sentía muchas cosas y en lenguaje
sencillo las cantaba.

Entonces era el corazón lo mismo
que una violeta que su aroma exhala;
y el sentimiento se llevaba el canto
como el aroma el céfiro que pasa.

¡Ay! á través de mi camino incierto,
lodo encontró lo que era fuente clara,
y ya la turbia onda de mi vida
las flores y los cielos no retrata!

Isaías Gamboa,
Colombiano.



Es una caridad muy mal entendida y grandemente perjudicial, la que consiste en dar dinero á los vagabundos que, estimulados por los cándidos, renuncian á toda labor honrada.—Niemand.

*

Nota todos los defectos; corrige los tuyos y calla los ajenos.—Buxar.



M. JULLIOT, CONSTRUCTOR DEL «LEBAUDY.»

A SOLAS

—¿Quieres que hablemos?... Está bien... Empieza;
Habla á mi corazón como otros días...
¡Pero no!... ¿qué dirías?......
¿Qué podrías decir á mi tristeza?
...No quieras disculparte: ¡todo es vano!
Ya murieron las rosas en el huerto;
El campo verde lo secó el verano,
¡Y mi fe en ti, como mi amor, ha muerto!....

Amor arrepentido,
Ave que quieres regresar al nido
Al través de la escarcha y las neblinas;
Amor que vienes aterido y yerto,
¡Donde fuiste feliz, ya todo ha muerto!
¡No vuelvas!... ¡Todo lo hallarás en ruinas!

¿A qué has venido? ¿Para qué volviste?
¿Qué buscas?... Nadie habrá de responderte.
Está sola mi alma, y estoy triste,
Inmensamente triste hasta la muerte.

Todas las ilusiones que te amaron,
Las que quisieron compartir tu suerte,
Mucho tiempo en la sombra te esperaron,
Y se fueron... cansadas de no verte.

Cuando por vez primera
En mi camino te encontré, reía
En los campos la alegre primavera:
Todo era luz, aromas y armonía.

¡Hoy todo cuán distinto!... Paso á paso
Y solo voy por la desierta vía
—Nave sin rumbo entre revueltas olas,—
Pensando en las tristezas del ocaso
Y en las tristezas de las almas solas.

En torno la mirada no columbra
Sino aspereza y páramos sombríos.
Los nidos en la nieve están vacíos.
Y la estrella que amamos, ya no alumbra
El azul de tus sueños y los míos...

Partiste para ignota lontananza
Cuando empezaba á descender la sombra,
...Recuerdas? Te llamaba mi esperanza,
¡Pero ya mi esperanza no te nombra!

¡No ha de nombrarte!.... ¿Para qué?... Vacía
Está el ara, y la historia yace trunca.
¡Ya para qué esperar que irradie el día;
Ya para qué decirnos: «Todavía»,
Si una voz grita en nuestra alma: «Nunca»!

Dices que eres la misma; que en tu pecho
La dulce llama de otros tiempos arde;
Que el nido del amor no está deshecho;
Que para amarnos otra vez, no es tarde...

¡Te engañas! ¡No lo creas!... Ya la duda
Echó en mi corazón fuertes raíces.
Ya la fe de otros años no me escuda;
Quedó de sueños mi ilusión desnuda,
Y no puedo creer lo que me dices.

¡No lo puedo creer!... Mi fe burlada,
Mi fe en tu amor perdida,
Es ancla de una nave destrozada,
Ancla en el fondo de la mar caída.

....

Anhelos de un amor, castos, risueños,
¡Ya nunca volveréis!... Se van... Se esconden.
¿Los llamas?... ¡Es inútil!... No responden...
¡Ya los cubre el sudario de mis sueños!...

Hace tiempo se fué la primavera,
¡Llegó el invierno, fúnebre y sombrío!
Ave fué nuestro amor, ave viajera...
¡Y las aves se van cuando hace frío!

Ismael Enrique Arciniegas.



Son tales los portentos del ingenio humano, que no parece idea de loco ni delirio de febricitante el concepto de que llegará un día (de aquí á miles de años tal vez) en que podrá el hombre viajar de planeta en planeta.—Aiver.

Si eres enemigo de perder el tiempo, rehuye, como uno de los mayores estorbos, la compañía de quien tenga la insoportable manía de hablar siempre en tono de broma.—Aiver.

*

Quienes consagran todos sus afanes á difundir la instrucción, son beneméritos de la patria, y aun de la humanidad, aun cuando ningún decreto les confiera tan eminente título.—Aiver.

*

La libertad, como la ciencia y como la riqueza, no constituye un bien sino cuando se emplea en provecho del individuo, de la patria y de la humanidad.—X.

*

Si los pícaros llegaran á penetrarse de las ventajas de la honradez, convertiríanse al punto en hombres honrados.—Franklin.



Formidable Choque de Trenes

El pasado lunes ocurrió en el trayecto de Mixcoac á San Angel, uno de esos accidentes ferroviarios que pudo haber llevado el luto á muchas familias y la desolación á muchos hogares.

Como la prensa diaria se ocupó extensamente de todos los pormenores de esta catástrofe, nos limitamos á publicar las dos fotografías que aparecen en esta plana y que fueron tomadas el día del suceso por nuestros empleados.

Indica la primera el aspecto que presentaba después del suceso el motor 114 de la línea de San Angel, cuya plataforma anterior resultó totalmente destruída, y la segunda, los destrozos causados por el choque en el interior del vehículo.

Afortunadamente, y dadas las proporciones del siniestro, el número de heridos fué relativamente corto, no registrándose ninguna muerte.





EL CHOQUE DE TRENES EN SAN ANGEL.—EL CARRO NÚMERO 114 DESPUÉS DEL SINIESTRO.

EL MUNDO ILUSTRADO

Año X—Tomo II—Núm. 24 México, Diciembre 13 de 1903. Subscripción mensual foránea $1.50 Idem, Idem, en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



Los Premios á los Alumnos del Colegio Militar.

La ceremonia.—El Sr. Gral. Díaz y el Sr. Ministro de la Guerra, en la terraza del Colegio.

La Música del Cosmos

Yo creo firmemente que la más grande, la más inspirada y la más bella composición musical, no ha sido fijada aún sobre el pentagrama, ni lo será en tanto no surja á la vida, para perpetuar esa excelsa obra en no escuchadas melodías, un genio que reúna por supremo privilegio concedido á un alma superior al nivel común de los humanos, un corazón de incomparable grandeza y un sentimiento artístico infinito. No escuchada, presentida por organismos de una gran delicadeza, existe una música ignota y extraña, tal vez aquella de la cual decía Becquer

«que anuncia en la noche del alma una aurora.»

Palpita y vibra en el concierto universal de lo creado, unas veces en el retumbo del trueno y en el rugido del huracán que sacude el océano; otras veces con el susurro de la brisa, en el rumor apacible de la mar serena, en el gemir de los sauces ó en el llanto de una mujer. Desde el estruendo de un campo de combate y el fragor de una tormenta, hasta el débil vagido de un niño ó el leve rumor de unos labios que se besan trémulos de emoción, hay un sinfin de escalas, un mundo de notas errantes que vagan como inquietas mariposas en torno de la inspiración del artista, rebeldes á la cadena de tonos y de ritmos que pretende esclavizarlas.

Los átomos en el espacio, los soles en el firmamento, la luz, el calor, el aire, la tierra que pisamos, los gérmenes que son estímulo secreto de las fuentes de la vida, tienen su música especial, su harmonía propia, desconocida para las almas groseras, pero perceptible ó presentible, aunque indefinida para el espíritu que logra, aun cuando sólo sea por instantes, sorprender los secretos de la existencia universal y mojar la punta de sus alas inmortales en ese mar obscuro de lo desconocido á que nos arrastra en vuelo temerario, pero altivo, un impulso secreto que no es de este mundo.

El lenguaje y la música de lo inanimado llegan frecuentemente á nuestros oídos, tal vez tan sólo á nuestra alma, en singular concierto.

Salterio de infinitas harmonías, siempre es el mismo; pero nunca es igual. En la soledad y en las sombras, no habla ni hablará nunca á nuestra alma la música de los árboles de un cementerio como la de un bosque; el oleaje del mar al anochecer canta distinto que á la aurora. Profundizando aún más, si no en el alma universal, en nuestra propia alma, no menos grande que el cosmos, percibimos el matiz especial de ciertos rumores que debieran confundirse. El golpe del martillo que clava un ataúd, tiene un eco diferente de todos los golpes de martillo. Yo he visto levantar un patíbulo, y aquellos martillazos en el silencio de la noche no los confundiré jamás con ningún otro martillazo. Pudiera añadir que la carreta conductora de aquellos siniestros maderos, no rodaba como las demás carretas.

La lluvia menudita que cae en un día nublado, esa lluvia pertinaz que no tiene descanso, produce sobre las hojas y las techumbres un ruido diferente á la lluvia de una nube pasajera. Esta es alegre, aquélla triste. Las plantas la reciben á una y otra con diferente semblante. Del mismo modo parecen entenderlo las aves, que se burlan con sus trinos de un chubasco y enmudecen y se esconden en presencia de un nublado. La música universal no está, por de contado, al alcance de todos. Hay muchos que en el nombre «ruido» encierran lo mismo el quejumbroso batir de la resaca en los arrecifes que el trepidar de un tren lejano en marcha ó el tableteo del trueno. Y no obstante, para el artista ¡cuán distintas son esas notas! Confundidas todas las que lanza la creación en una masa heterogénea, el alma educada sabe distinguirlas y clasificarlas, como el músico percibe por separado el timbre de cada instrumento en una banda ó en una orquesta.

Había un loco que acostumbraba sentarse al lado de una fuente, con la cual sostenía larga y animada plática silenciosa, de gestos y sonrisas. Hablábale, según él, al caer el agua, de mil cosas interesantes y dulces que entretenían su atención y consolaban aquel espíritu azotado por la demencia. Algunas veces se me ocurre pensar que tal vez aquel infeliz se equivocara menos de lo que creían los cuerdos que lo rodeaban. Una ola inmensa de harmonías nos cubre y nos rodea; de todos los ámbitos de la creación se alza

un himno gigante y extraño.

¡Dichoso aquel para quien sea perceptible esa música ignota y magnífica que el supremo artista difundió como señal de su genio en la pluralidad de los mundos!

ALVARO DE LA IGLESIA.



Sra. Laura Smith de Mariscal.
(† el 8 del corriente)
Fot. Mora.

NECROLOGIA

La Señora Doña Laura Smith de Mariscal

La crónica de la semana registra una nota dolorosa: la muerte de la señora Doña Laura Smith de Mariscal, ocurrida en la madrugada del martes último.

Fueron tantas las simpatías que aquella estimabilísima dama supo captarse en los altos círculos sociales, y tantas las virtudes que la distinguieron como esposa y como madre, que su muerte constituye una doble pérdida: pérdida irreparable para el hogar, ahora desolado, que enriqueció con el tesoro de su cariño y de su bondad inagotables, y pérdida muy grande para la buena sociedad mexicana, que veía en ella á una de sus mejores galas.

La pena que embarga el corazón de sus deudos y aflige á sus amigos, es, pues, tan justa, como merecidas son las innumerables demostraciones de condolencia que el señor Licenciado Don Ignacio Mariscal, esposo de la distinguida dama, y su familia, han recibido en ocasión de tan triste suceso.

***

La casa mortuoria, sita en la cerrada de la Moneda, se vió desde las primeras horas del martes visitada por multitud de personas de representación. El señor Presidente de la República, estuvo ese día por la mañana, en la residencia del señor Ministro de Relaciones, á quien acompañó algunos momentos, presentándose después, con el objeto de dar su pésame á la familia, la señora Doña Agustina Castelló de Romero Rubio y sus hijas las señoras Carmen Romero Rubio de Díaz y Sofía Romero Rubio de Elízaga. Estuvieron también en la casa mortuoria el señor Licenciado Don José Ives Limantour y su señora esposa, los señores Licenciados Don Roberto Núñez, Don Joaquín D. Casasús, Don José Algara y Don Jenaro Raigosa, el señor Don Miguel Iturbe y su señora, y otras damas y caballeros distinguidos, entre los cuales figuraban los miembros del Cuerpo Diplomático y sus familias, altos empleados de la Administración Pública y numerosos particulares.

Las coronas depositadas en la capilla ardiente donde quedó expuesto el cadáver, fueron incontables: el lecho donde descansaba el ataúd, desaparecía casi bajo las numerosas piezas florales colocadas en torno.

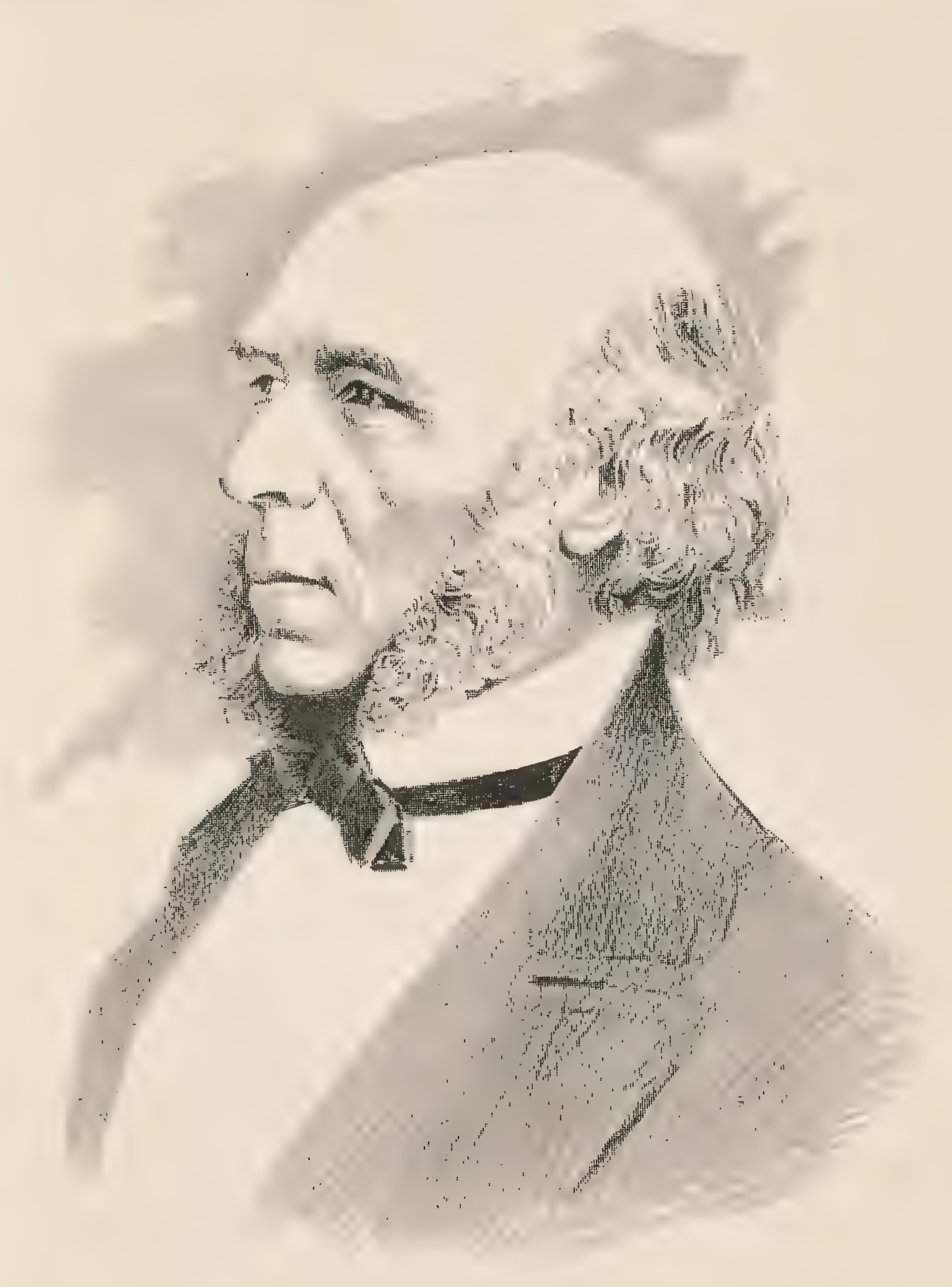
***

Los funerales de la señora de Mariscal fueron muy suntuosos. El cortejo fúnebre partió á las nueve de la mañana de la cerrada de la Moneda, llevando los cordones que pendían de la caja mortuoria los señores Senador Don Alonso Mariscal; Ministro de Gobernación, Don Ramón Corral; Ministro de Francia, Don

EL MUNDO ILUSTRADO

Año X—Tomo II—Núm. 25 México, Diciembre 20 de 1903. Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, idem. en la capital $1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA. Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



HERBERT SPENCER, Ilustre Filósofo Inglés

† EL 8 DEL CORRIENTE.

Herbert Spencer

El mundo científico está de duelo. Herbert Spencer acaba de morir dejando en la filosofía un vacío inmenso que acaso no pueda llenarse en muchos siglos.

Ya es, en efecto, extraño, que un solo siglo, el siglo XIX, haya visto nacer, crecer y madurar, tres grandes genios filosóficos: Augusto Comte, J. Stuart Mill y Herbert Spencer. Ese siglo tan fecundo en descubrimientos y en portentosas creaciones en el orden de las ciencias experimentales y de sus aplicaciones industriales que han regenerado, ó por lo menos, transformado el mundo; ese siglo, único en la Historia, que ha visto nacer la locomotora y el «steamer», el telégrafo, las vacunas preventivas, los rayos Roentgen, los grandes explosivos, el fonógrafo y el teléfono; que ha visto de las alturas descender una hada fecundante y benéfica, que es á la vez, luz como el astro, calor como el volcán, empuje como el terremoto, y que, nuevo sol, está llamada á transfundir y á acrecentar la vida y la felicidad, ahí á donde llegan sus destellos, tenía que ver florecer los genios filosóficos capaces de pronunciar el «fiat» en el caos inextricable de los hechos concretos, de las verdades dispersas, aisladas é innumerables que á diario vierte ese cuerno de la abundancia inagotable que se llama la ciencia experimental.

Los hechos aislados y las verdades dispersas son pedrería, rica y valiosa sin duda, inestimable á veces, pero necesitada de coordinación. Quien posee perlas, necesita hilos áureos y broches cincelados para construir collares, y quien tiene á la mano diamantes, rubíes y zafiros, necesita engastes para formar brazaletes, collares y diademas.

Comte, Stuart Mill y Spencer, han sido los maravillosos joyeros, los portentosos «orfebres» que han sabido engastar en joyeles incomparables, la incontable y valiosa pedrería que les suministraron tantos y tan notables lapidarios.

Tres pensadores y tres sistemas; tres genios y tres filosofías, tal es el balance del siglo diez y nueve en punto á ciencia general y tendencia á la unidad dentro de la inagotable variedad de las verdades científicas.

Como es natural, cada uno de esos pensadores y de esos genios, tiene su abolengo y su tendencia favorita y predominante.

Por la finalidad de sus doctrinas, más que por la índole de su método, Augusto Comte procede de los Santos Padres y aspira á la unidad del pensamiento y de la actividad humanas dentro de una teología, novísima y extraña por su origen, pero casi enteramente calcada en el dogma, y sobre todo, en la disciplina de la Iglesia Católica. Toda su portentosa síntesis filosófica, única en su género, grandiosa, suntuosa y armoniosa como un monumento, sólida como pirámide, simétrica como figura de geometría, inconmovible como cordillera, vasta y constelada como el firmamento, lo conduce á un sistema religioso, uno, perfecto y compacto, con sus misterios, sus dioses y su culto; con sus dogmas, artificiales, pero necesarios; su santoral y su martirologio; sus plegarias y sus ritos. Todo cuanto de más genial y de más grandioso contiene la filosofía, se resuelve en jerarquías, en constituciones de cleros, en adoraciones del «Gran Fetiche», en «resurrecciones de los muertos amados», en «calendarios y catecismos positivistas.»

Y á pesar de que la esterilidad del fin y de los medios prácticos no corresponden á la inmensidad y á la grandiosidad de la labor filosófica, Augusto Comte pasará á la historia como uno de los más excelsos pensadores de la humanidad, y la admiración y la gratitud de la posteridad le están aseguradas, y justa y brillantemente adquiridas.

Stuart Mill procede más directamente del Canciller Bacon, cuya obra filosófica, estupenda sin duda, pero frustránea y deforme, perfeccionó y aquilató elevándola á la categoría de una biblia, de una Santa Escritura de la Ciencia Experimental, de un código de las leyes y de los métodos de investigación de la verdad.

En apariencia se propuso un fin más modesto que Comte y que Spencer; pero en realidad llegó, y sobre todo llegará, á resultados mejores y más grandes.

Mill no se propuso como Comte y como Spencer, formar, crear diríamos, un Cosmos á la manera del que en manos de Humboldt, degeneró en una pura y simple enciclopedia; no aspiró á resumir en una magna concepción sintética, todos los conocimientos humanos unificados dentro de un principio único y director.

Stuart Mill se preocupó de encontrar y de codificar los procedimientos y los métodos fundamentales de la investigación experimental, y de fundir en uno solo, plenamente sancionado y bien probado, la deducción de Aristóteles con la inducción del Canciller Bacon. Y lo logró. Y así como Aristóteles había codificado toda la dialéctica y Bacon todo el empirismo, Mill con sus Cánones de la Inducción, perfeccionó y «racionalizó», digámoslo así, las intuiciones del Canciller, y con sus principios del Método Deductivo, soldó y consolidó en uno solo, admirable y portentoso, el viejo método silogístico del estagirita con el método informe y empírico del Canciller inglés. En su calidad de codificador de la Inducción y de amalgamador de los dos grandes métodos de investigación, Stuart Mill resulta más grande que Aristóteles y que Bacon, y el verdadero, aunque remoto, fundador de la filosofía del porvenir.

Herbet Spencer abarca más que Stuart Mill, explora más que él y demuestra tanta congruencia y tanta unidad de criterio cuanta ostentó Comte. Como filósofo, grande, inconmensurable como es, se nos antoja inferior á sus dos gloriosos rivales.

Así como Comte nos parece, por los resultados de sus principios, proceder de los Santos Padres, y Stuart Mill, por las tendencias de su criterio, descender de Bacon, Herbert Spencer proviene á nuestro juicio de Laplace y de Darwin. El lo ha negado, en lo que se refiere á Darwin, afirmando que la doctrina de la Evolución la profesaba antes que el eminente naturalista. Pero, en suma, no ha podido probar, ni era posible, que no se haya inspirado en Laplace.

Spencer, sea como fuere, es un coloso. Explorador audaz, secundado por una longevidad poco común, ha escrito una maravillosa biblioteca de obras en las que no se sabe qué admirar más, si la unidad inexorable del método, ó la abundancia y variedad de la doctrina.

Su testamento científico es una caverna de Alí Babá atestada de tesoros; el «Sésamo» es la ley de la evolución. Cuando se trata de un explorador de esa talla, que ha visitado lo mismo los polos que el ecuador, los amantes de la ciencia no tienen otra actitud posible, que la del respeto profundo, la de la veneración sincera y la de la admiración entusiasta.

El tiempo dirá si ese Colón, descubridor de tantos «Nuevos Mundos», llevaba agujas locas en sus bitácoras, y si sus triunfales carabelas hacían agua por alguna parte.

A nosotros no nos toca en el momento presente, más que doblar la rodilla y cubrir de flores esa tumba ilustre.

Dr. M. Flores.

Cuento Aureo

Psiquis, mujer al cabo, era imprudente y curiosa. Mil desventuras le costó su primera curiosidad, cuando quiso ver el rostro del amante dormido, y una gota de aceite escapada de la funesta lámpara, ahuyentó al hijo de Venus. Desde entonces, y por mucho tiempo, la vida fué para Psiquis una serie de malandanzas. Errante de país en país y de templo en templo, saboreó todas las amarguras; padeció dolores y martirios extraterrenos; de sus ojos, convertidos en manantiales profundos, continuamente desbordados, corrían, cruzando sus mejillas, dos ríos de lágrimas; y caminó tanto, tanto, y por tales veredas, que la sangre varias veces tiñó de púrpura los cándidos jazmines de sus pies, y los jazmines lucían como rosas.

La miseria de Psiquis turbó al fin la impasibilidad augusta de los dioses; y la misma cólera de Venus pasó como los incendios del crepúsculo. Fidelidad y constancia dieron el triunfo á Psiquis, y Psiquis, dichosa y en paz, reinó sobre la tierra. Su trono, el más alto; su corte, la más ilustre; en ésta no había sino grandes artistas, poetas de corazones puros, filósofos de labios disertos. Los aduladores de la reina tenían por incensarios liras, y como único incienso el Verbo, hecho música en las cuerdas, flor de luz en los labios. Pero á trono tan excelso y cortesanos tan ilustres debían, según dijeron muchos, corresponder en riqueza y esplendor el cetro, la corona y los atavíos reales. Y no más dijeron así, cuando artistas de gusto exigente partieron á buscar, por todas las comarcas del reino, las preciosidades más raras, dignas de resplandecer en la frente, el cuello y las manos de Psiquis; revolvieron tesoros, ahondaron minas, rasgaron las entrañas de la tierra y del mar; y la tierra dió su oro y sus gemas: topacios, amatistas, esmeraldas, rubíes de sangre milagrosa, zafiros de tinta ideal, diamantes de aguas puras, mientras el mar, profundo y rico, si bien pobre de piedras preciosas, dió, en corales y perlas, lo mejor que tenía de besos muy rojos y ensueños muy castos.

De vuelta á la corte, los grandes artífices echaron sobre los hombros de la reina el manto de armiño y púrpura; luego se dieron á trabajar el oro, día y noche, puliéndolo, repuliéndolo, cincelándolo, para después embutir en el oro bien trabajado muchas piedras fúlgidas y acabar la corona y el cetro; por último, engarzaron perlas y corales, y un río de corales y perlas corrió por la garganta de Psiquis.

El cetro y la corona, fulgurantes como soles, deslumbraron á la multitud puesta de hinojos á los pies de la reina.

Pasaron días, años, generaciones de hombres, y Psiquis, dichosa y en paz, oyendo música de liras y música de labios disertos, reinaba sobre el mundo.

Pero una mañana, en el silencio de su alcoba real, sola con sus riquezas, que brillaban en la penumbra con fulgores mortecinos, se sorprendió reflexionando en lo inútil de la corona y del cetro, en la mezquindad fastuosa de su manto, en la vana luz de sus joyas, y se arrepintió de haber aceptado como tributo el presente de las gemas. En sus reflexiones llegó á sentir uno como vago impulso de piedad, acompañado de un movimiento de rebeldía. Se despojó de la corona y el manto, depuso el cetro, y se vió de pies á cabeza, blanca y desnuda, como en remotos días pasados. Nostálgica de su ser antiguo, se avergonzó de vivir disfrazada como una mujerzuela vanidosa. En sus atavíos regios vió una injuria á su belleza incomparable, porque la belleza de sus formas era superior á la belleza de las piedras preciosas más raras; su cabello más rico y luminoso que todas las coronas; su desnudez más casta que el armiño.

No contenta con despojarse del manto, el cetro y la corona, Psiquis resolvió destruir sus riquezas, á fin de no recaer en pecado de vanidad. Pero sus manos, deliciosamente blandas, no sabían destruir como destruye la mano brutal de los hombres. Ella no era capaz de reducir á polvo inerte su fortuna y de aventar luego el polvo: su piedad, infinita, abarcaba los seres y las cosas, y su piedad era infinita por ser grande su ciencia. Estaba iniciada en todos los misterios de la vida, y ninguno tan prodigioso como el misterio de su propia sangre. Nunca se derramó en vano la sangre de sus venas: en donde ésta caía, despertaba el germen de un ser de belleza pura, graciosa y con alas, como la belleza de Psiquis; y á favor de tan inefable virtud, la soberana pensó desembarazarse de sus gemas, convirtiéndolas en frágiles seres primorosos.

Sin echar siquiera una ojeada sobre la fu-

nesta lámpara que debía de recordarle su imprudencia de antaño, se dispuso á realizar su pensamiento en la faja de luz que desde una ventana entreabierta llegaba á morir bajo sus pies. Con un largo estilo, áureo y tenue como rayo de sol, hincaba sus dedos, y después con el estilo, húmedo de sangre, tocaba las piedras preciosas hasta no dejar ni una sin el extraño bautismo sangriento.

Al contacto de la sangre hubo en todas las piedras un estremecimiento de vida, y las gemas dejaron de ser piedras para convertirse en larvas. Muy pronto desperezos de alas estallaron en las orugas de color; y corales y rubíes fueron mariposas de alas rojas; las esmeraldas, mariposas verdes; los diamantes y las perlas, mariposas blancas; el zafiro, mariposa azul; en tanto que de las piedras policromas volaron policromas libélulas.

Psiquis, como todos los creadores, halló ser buena su obra, y se regocijó mucho al ver su tesoro convertido en bandada de insectos. Libélulas y mariposas, antes de huir, se posaron en la frente, el seno, la espalda y, sobre todo, en el cabello destrenzado de Psiquis, y en el cabello destrenzado mariposas y libélulas fingieron un torrente de pedrería; luego revolotearon, llenando la estancia real de música de alas y palpitaciones de élitros, para escaparse al fin al través de la ventana entreabierta y perderse á lo lejos, como Psiquis las vió perderse entre las flores, entre los árboles, en el cielo azul, amándose al aire y al sol, muy libre y sanamente.

La reina, con refinada lentitud, saboreó su acto piadoso y, satisfecha de haberse conducido según el amor y la verdad, no adivinó las consecuencias fatales de su obra. ¡Ah! no hay como la piedad para cometer grandes errores, y el acto piadoso de Psiquis fué el último y el mayor de sus errores. Cuando se apareció de nuevo ante los hombres, cuando su belleza en lo alto del trono surgió blanca y desnuda como un lirio, los hombres la desconocieron: miopes estultos, de no ver sino el esplendor de las joyas, habían olvidado la belleza incomparable de Psiquis. Y no solamente la desconocieron: entre la multitud hubo imbéciles que gritaron al verla: ¡inmoralidad! ¡infamia! ¡usurpación!

A tales gritos, la muchedumbre, puesta en pie, desconcertada y loca, semejante á una ebria de mil cabezas, empezó á girar, á remolinar, á titubear, sin saber hacia dónde dirigirse, falta de amo, sin saber ante qué ídolo postrar sus rodillas de sierva habituada á la genuflexión, y así estuvo, desesperando y vacilando, hasta caer á los pies de un grotesco mamarracho de oro, que tenía forma de asno, con aire grave de pensador taciturno, sobre lomos y anca un trapo carmesí, y por ojos dos inmensas crisolitas.

Aun en lo alto del trono, Psiquis experimentó la sensación desesperante que ha matado después á muchos hombres, la sensación angustiosa de una soledad infinita en medio de la muchedumbre. Viéndose perdida para siempre, bajó del trono y, como en su antigua romería expiatoria, se fué por el mundo, de



SEÑORITA MARÍA SOLORZANO, ALUMNA DEL CONSERVATORIO.

templo en templo, de país en país, caminando, porque sus alas entorpecidas por la inacción no recordaban el ímpetu glorioso del vuelo. Recorrió todas las comarcas de las cuales había sido reina y señora, y en ninguna parte la reconocieron los súbditos, despojada como iba de suntuosas insignias reales.

Por fin, después de muchos desengaños, decidió alejarse de los hombres y vivir, mientras las alas débiles cobraban nuevos bríos, en cumbres deshabitadas. Y así, alejándose de los hombres, vengóse de éstos, pues á medida que ella se alejaba, los hombres padecían más y más de una extraña ceguera que les obligaba á ver las cosas como al través de un velo áureo.

Pero los dioses reservaban á Psiquis, con la suprema alegría del vuelo, la alegría de hallar en una de las cumbres á las cuales trepó, en la cumbre más alta, al único de sus vasallos que supo reconocerla, porque la nube color de oro no empañaba sus pupilas. Era un pobre diablo moribundo en la flor de los años, mitad mendigo, mitad trovero. Bohemio le llamaban desdeñosamente los hombres, y lo creían estúpido porque despreció la riqueza, el poder y los abrazos infames.

No tenía sino un manto agujereado por las lluvias del cielo y las piedras del camino; pero él no se hubiera trocado por el más rico poseedor de tesoros. Durante su vida vagabunda recogió claros de luna, puestas de sol, gorjeos de pájaros, fragancias y músicas del bosque, y con todo eso construyó sueños, muchos sueños, hasta haber en su alma tantos sueños como hay celdas en el panal y flores por primavera en las acacias.

Y como Psiquis no sabía de ingratitudes, no desamparó esa alma de poeta; antes bien, la llevó consigo, al irse en busca de un mundo nuevo, no manchado de humanidad; y siempre en compañía de esa alma, voló hasta posar los cándidos jazmines de su pies en la Vía Láctea luminosa y dasaparecer por la gran ruta del cielo, blanca y azul, empedrada de zafiros y diamantes.

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ.



En el Conservatorio

Concurso de Piano

El pasado lunes se efectuó en el Teatro del Conservatorio de Música y Declamación, el concurso de piano abierto entre los alumnos de ese establecimiento, con el laudable propósito de estimularlos en su carrera artística.

El Jurado Calificador, después de tomar minuciosamente en cuenta, tanto las facultades de los alumnos como los conocimientos que demostraron poseer, acordó otorgar el primer premio á la Srita. María Solórzano, y el segundo al niño Rafael Montiel. La Srita. Solórzano es muy joven aún y lleva sólo cuatro años de seguir el estudio del piano. El niño Montiel cuenta trece años de edad, y hace tres que comenzó su aprendizaje, habiendo tomado ya parte en algunos conciertos.



EL NIÑO RAFAEL MONTIEL, ALUMNO DEL CONSERVATORIO.

Los adelantos de que en el significativo torneo dieron pruebas muy claras los dos alumnos, y sus excepcionales disposiciones para la música, hacen que se les tenga, y con justicia, como una bella esparanza del arte.

El Jurado Calificador estuvo compuesto de los Sres. José Rivas, Presidente; Gustavo E. Campa, Secretario; Carlos J. Meneses, Alberto Villaseñor y Rafael Tello, Vocales propietarios, y Julio Ituarte y Luis Moctezuma, suplentes.



El Palacio de Gobierno en Toluca

Por iniciativa del Sr. Gral. D. José Vicente Villada, Gobernador del Estado de México, pronto comenzarán las obras de construcción de un tercer piso en el Palacio que en Toluca ocupan actualmente las Oficinas del Poder Ejecutivo.

El proyecto, de cuya hermosura podrán juzgar nuestros lectores por el grabado que publicamos, se debe al jefe de la sección de Ingenieros de dicho Estado, Sr. Guzmán, quien ha fijado el costo de las obras en $25.000.00 aproximadamente.

No cabe duda que con la ejecución del proyecto, mucho ganará en belleza el edificio mencionado.



TOLUCA.—EL PALACIO DE GOBIERNO, SEGÚN EL NUEVO PROYECTO.



LA EXCURSIÓN DEL COLEGIO MILITAR Á S. MARTÍN TEXMELUCAN—EL CAMPO DEL SIMULACRO.

LA EXCURSION DEL COLEGIO MILITAR

Siguiendo la costumbre establecida de algunos años á esta parte, en la segunda quincena del mes de noviembre se efectuó la excursión que, para poner término á los trabajos escolares del año, debían emprender los alumnos del Colegio Militar, bajo las órdenes del jefe del plantel, señor General D. Juan Villegas.

La excursión se llevó á cabo con resultados muy satisfactorios, según se nos informa; pues durante ella, los cadetes tuvieron oportunidad de ejercitarse en la construcción de algunas obras militares, tan importantes como las de puentes provisionales, y en el servicio de campaña.

Antes de su regreso á la capital, los alumnos tomaron parte en un simulacro de guerra que se efectuó en las cercanías de S. Martín Texmelucan, bajo un plan perfectamente concertado.

En esta función de armas, que presenciaron numerosas personas, entre las cuáles se encontraban algunos jefes del ejército, el Colegio demostró su buena instrucción y disciplina, haciéndose acreedor á los más entusiastas elogios.

En cuanto á los puentes en cuya construcción trabajaron los cadetes, fueron dos: uno de alambres, colgante, que se tendió para unir las dos orillas opuestas de una barranca, y otro, sobre balsas, en el río Atoyac. Los puentes fueron sometidos á las correspondientes pruebas de resistencia, haciendo que desfilara por ellos la tropa.



¿No consiste el postrero placer en atizar el pasado, á fin de hacer brotar de él todavía una que otra chispa?—BEAUREGARD



PUENTE COLGANTE SOBRE UNA BARRANCA CONSTRUIDO POR LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR.

Flor de Tumba



Ibamos por el campo de la muerte
hablándonos de amor con la mirada;
te veía en mi brazo reclinada
cual yedra débil en el roble fuerte.

De pronto, de un arbusto que la suerte
plantó en la tumba de tu madre amada,
cortaste, toda trémula y turbada,
esa flor ayer viva y hoy inerte.

Me la entregaste y la prendí gozoso
al noble corazón que martirizas
con infantil carácter caprichoso.

En él yace con otras emociones:
¿Qué fué ayer?—Una flor sobre cenizas.
¿Y que es hoy?—Una flor sobre ilusiones.

Juan B. Delgado.

México, á 6 de diciembre de 1903.



SONETO

Déjame contemplar con embeleso
La límpida mirada de tus ojos,
Y el vívido carmín de tus sonrojos
Donde se encuentra tu pudor impreso.

Deja que de mi amor en el exceso,
Sin provocar, bien mío, tus enojos,
Beba anhelante de tus labios rojos
El néctar puro que secreta el beso.

Y escuchar de tu voz el dulce acento
Resonando harmonioso en mis oídos,
Embriagándome ¡oh virgen! con tu aliento;

Y en uno nuestros pechos confundidos,
Del éxtasis sentir en el momento,
La sensación que embarga los sentidos.

Hermosillo, diciembre 9 de 1903.

Facundo Bernal, h.

BALADA ALEMANA

La Riqueza de los Príncipes

De sobremesa en la gran sala del castillo de Worms, los príncipes alemanes ensalzan á porfía el número de sus vasallos y la riqueza de su país.

—Magníficos son mis dominios—dice el Príncipe de Sajonia—y grande es mi poder. En las minas profundas de mis montañas, la plata se encuentra en abundancia.

—Admirad la fecundidad portentosa de mi reino—exclama el Príncipe electo del Rin.—¡Qué hermosas cosechas en los valles! ¡Qué delicioso vino en las montañas!

—Grandes villas, ricas abadías—interrumpe Luis de Baviera,—he ahí lo que distingue mi territorio; ¿valen lo que éstas vuestros tesoros?

Eberhard, el de la larga barba, el Príncipe tan caro al Wurtenberg, habla á su vez:

—Mi país sólo tiene pequeñas aldeas; en sus montañas no se encierra el oro ni la plata. Pero hay en él algo que tengo en más que la plata y el oro: yo, su príncipe, puedo sin temor reclinar la cabeza en el pecho de todos mis súbditos.

El Príncipe de Sajonia, el de Baviera y el del Rin, exclaman á una voz al oírlo:

—Conde de larga barba, vos sois el más rico de todos nosotros; vuestro país tiene lo que, para un príncipe, vale más que todos los tesoros.



En el Cementerio

Fué cuando allá abajo
se perdió el cortejo;
fué cuando quedamos él y yo bien solos
en el cementerio.
Fué cuando el sol daba
Su último destello,
dorando las copas de los verdes sauces
y las blancas cúspides de los mausoleos.
Habló el pobre joven,
yo le oí en silencio,
y eran sus palabras dolorosas como
si fueran gemidos. Y me dijo:
—¡Siento
que mi alma se hiela
cuando lo recuerdo!....
....
Una blanca sábana cubría el cadáver
de mi hermano muerto.
La tela esbozaba,
como en un bosquejo,
la cabeza rígida
y las manos puestas en cruz sobre el pecho.
¡Cuando cierro los ojos, paréceme
que estuviera viéndolo!
Por bajo la tela de la blanca sábana
los pies asomaban de mi hermano muerto..
los negros zapatos
surgían por bajo de aquel blanco lienzo.
Los negros zapatos
—tan negros, tan negros—
cuya planta ya no volvería
á pisar el suelo...
¡Cuando cierro los ojos, paréceme
que estuviera viéndolo!
Los zapatos que llevan los vivos,
tienen vida. Aquellos
que asomaban alzando la sábana,
estaban bien muertos..
....
¡Se me hiela el alma
cuando lo recuerdo!»
Fué cuando la noche,
como un negro océano,
inundó la ciudad misteriosa
que habitan los muertos.
Fué á la triste hora de las oraciones,
cuando en el silencio
suenan lentamente las viejas campanas,
y allá en los aleros
de los campanarios, los trágicos buhos
mascullan sus rezos....

M. Magallanes Moure.



LA EXCURSIÓN DEL COLEGIO MILITAR.—PUENTE SOBRE BALSAS FLOTANTES.



NUESTRO PAIS.—ACUEDUCTO DE AMATZINAC (CUERNAVACA.)



LA VERBENA DE GUADALUPE.—ENTRANDO AL SANTUARIO.

La Verbena de Guadalupe

Las fiestas que año por año se celebran en la Villa de Guadalupe el 12 de diciembre, tuvieron en esta ocasión un lucimiento extraordinario. Multitud de «peregrinos» de los Estados limítrofes y de los pueblecillos del Valle, acudieron ese día al Santuario del Tepeyac, insuficiente para dar cabida á la muchedumbre qu see agolpaba á sus puertas, ansiosa de concurrir á la gran función que se efectuaba con asistencia del Sr. Arzobispo Alarcón, del Cabildo Metropolitano y de innumerables familias y corporaciones piadosas.

El aspecto que presentaba la Villa, ordinariamente triste, era de llamar la atención: las plazas y las calles se veían concurridísimas, notándose en todas ellas el desbordamiento de entusiasmo á que dan siempre ocasión, entre nosotros, las grandes verbenas populares. Bajo las «tiendas» improvisadas en las afueras de la Colegiata, hubo loterías, rifas de objetos y juegos permitidos por la ley, siendo incontables los vendedores de golosinas que, instalados al aire libre, anunciaban á grito abierto las frutas de la estación ó los «platillos» favoritos de los «romeros».

Las ceremonias religiosas fueron solemnísimas. Por la mañana hubo misa cantada, oficiando en ella el Sr. Arzobispo, y por la tarde, un «ejercicio», que se vió muy concurrido.

En cuanto á los escándalos que en otro tiempo fueron de rigor en la Villa por la gran afluencia de forasteros y de gente del pueblo bajo de la Capital, parece que van, poco á poco, desapareciendo; la policía tomó en esta vez las medidas indispensables para evitar los desórdenes que pudieran ocurrir, y no hubo, por fortuna, más que riñas insignificantes.

PARA EL AÑO NUEVO

A los Agentes y Subscriptores de

"El Mundo Ilustrado"

LAS NUEVAS PRIMAS

Entre agentes y subscriptores de este semanario, ha surgido la duda de si deberá aumentarse el precio de subscripción por el valor especial del número extraordinario del 3 de enero próximo, y desde luego hacemos constar: que cuantas mejoras se hagan en la edición, serán á beneficio de todos los abonados, naturalmente, sin aumento de gastos para ellos.

Todas las personas que nuevamente se subscriban, á contar del mes citado, recibirán por el precio normal de subscripción, tanto ese ejemplar, que aisladamente valdrá UN PESO, como las novelas que repartirá este periódico, ya encuadernadas á la rústica y cuyo importe no baja de $ 1.50 en las librerías.

Deben, pues, apresurar todos sus pedidos para que se puedan atender en su oportunidad, pues de lo contrario, pueden quedarse sin el número extraordinario, que ha tenido ya una demanda inusitada.



RIMA

¿Que no hay alma? ¡Insensatos!
Yo la he visto: es de luz......
(Se asoma á tus pupilas
cuando me miras tú.)

¿Que no hay cielo? ¡Mentira!
¿Queréis verle? ¡Aquí está!
(Muestra, niña gentil,
ese rostro sin par,
y que de oro lo bañe
el sol primaveral.)



LA VERBENA DE GUADALUPE.—ASPECTO DE LA PLAZA DE HIDALGO.

¿Que no hay Dios? ¡Qué blasfemia!
Yo he contemplado á Dios......
(En aquel casto y puro
primer beso de amor,
cuando de nuestras almas
las nupcias consagró.)

¿Que no hay infierno? ¡Sí hay......!
(Cállate, corazón,
que esto, bien, por desgracia,
lo sabemos tú y yo.)

Rubén Darío.



EN EL "COTILLON CLUB"

Hace algún tiempo que un grupo de señoritas y caballeros muy estimables fundó en México un centro recreativo con el nombre de «Cotillon Club», á fin de organizar, periódicamente, bailes y reuniones de caracter íntimo. Estas reuniones se ven siempre concurridas por numerosas damas de nuestra sociedad y de las colonias extranjeras y se efectúan en los elegantes salones que la Sra. Tennent tiene establecidos en esta ciudad.

Ultimamente y con el objeto de celebrar la reelección de la presidenta y de la vicepresidenta de la agrupación, el «Cotillon» organizó un baile de «cabezas» que, tanto por su originalidad como por lo selecto de la concurrencia que á él asistió, ha sido uno de los más notables que se han efectuado en aquellos salones. Las damas vestían lujosos trajes, de seda en su mayoría, y llevaban peinados caprichosos.

En otro lugar ofrecemos fotografías de algunas de las principales señoritas concurrentes al baile.



POSTALES

Tu cabellera, que llueve
sobre tu rostro arreboles,
es una explosión de soles
sobre una rosa de nieve.

Y ese lunar que fulgura
en tu rostro, es una estrella
sobre una ideal blancura......
Es una cosa muy bella
sobre una cosa muy pura.

***

Tu oscura cabellera
Cae sobre tus hombros de alabastro
Lo mismo que un follaje en primavera;
Brilla en tus ojos el fulgor de un astro,
Y en tus labios, botones encendidos,
Aletean los besos,
Como si fuesen pájaros traviesos
Que pugnan por volar hacia otros nidos.

VÍCTOR RACAMONDE.



LA VERBENA DE GUADALUPE.—EN LAS AFUERAS DEL SANTUARIO.

¡Cuán corto le parece siempre el tiempo á quien ama el trabajo!—OTTO.

*

Propónte darle gusto al mundo, y no tendrás un solo momento de tranquilidad.—ERFÁHRUNG.

*

Hazle caso á la gente incivil cuando se burle de ti, y el resultado será que se multipliquen sus burlas.—EVANGILE.

La misericordia es parte integrante de la justicia.—X.

*

Los niños de los hombres malvados, son los más dignos de protección y cariño.—AIVER.

*

Por lo regular, las naciones poderosas hacen una vasta siembra de males para sí mismas, al abusar de su fuerza en contra de los pueblos débiles.—NIEMAND.



LA VERBENA DE GAUDALUPE.—ASPECTO DE UNA CALLE.



"Baile de Cabezas" en el Cotillon Club.—Damas concurrentes.



"Baile de Cabezas" en el Cotillon Club.—Damas concurrentes

Por el Estado de Guerrero

Viaje del Sr. Gobernador

Con el objeto de cerciorarse de la situación en que se encuentran los diversos Distritos de la Entidad que gobierna, el Sr. D. Agustín Mora, Gobernador de Guerrero, emprendió hace poco un largo viaje á través de aquel Estado.

Acompañaron al Sr. Mora durante su excursión sus ayudantes y un grupo de sus amigos, quienes partieron de Chilpancingo, juntamente con aquel funcionario, rumbo á Mexquititlán y Apihualco. En las fincas azucareras que posee en Guerrero el Sr. Gral. Frisbie, el Sr. Gobernador y su comitiva fueron obsequiados con un almuerzo. De allí continuaron su marcha, al día siguiente, con dirección á Sila, Cachape, Chapa, Teloapan, Almoloyan y Aguacate, terminando la jornada en Cusamalá. De Cusamalá, el Sr. Mora y sus acompanantes pasaron á Coyuca de Catalán, uno de los pueblos más florecientes en la industria minera. Por último, el Sr. Gobernador visitó Otoletlán, Guerrero del Oro, y Nanzintla, atravesando la Sierra Madre, para regresar á Chilpancingo. Durante su excursión, el Sr. Mora recibió de sus gobernados inequívocas muestras de adhesión y respeto.

En este número publicamos algunas fotografías de lugares pintorescos é históricos, tomadas para nuestro semanario por uno de los caballeros que acompañaron en su viaje al Sr. Gobernador.



GUERRERO.—UN RINCÓN DE LA CASA QUE OCUPÓ EN CHICHIHUALCO EL GRAL. D. NICOLÁS BRAVO



El Clan de Staffa

I

Sobre la costa erizada de arrecifes se levanta el peñasco gigantesco contra el cual rompen con furor las olas embravecidas del mar de Caledonia. Los árboles seculares tuercen sus brazos flexibles, y saltan las hojas amontonadas en el estrecho sendero, girando en remolino al compás de la música con que gime el viento helado del Polo al subir los picachos que se yerguen sobre la tierra, medio cubierta ya de nieve. La mansión solitaria del Clan refleja su faz de piedra en los charcos que á su paso deja el torrente y contempla con sus abiertas ojivas el espantoso abismo en cuyos bordes reposa los duros pies.

La luz que sale por las ventanas se dilata en las nieblas que la envuelven como ligero continaje, y el clarín del heraldo anuncia la llegada del huésped que viene de lejanas tierras á tomar parte en las fiestas del soberbio señor.

Una sombra se desliza impelida por aterrador fantasma junto á los callados muros del castillo, y baja luego jadeante por encima de los riscos, llevando en sus brazos una criatura recién nacida que llora entumecida por el frío, buscando con la boca entreabierta el néctar de la vida que vierte el fértil pezón. Pero al llegar al borde del peñasco, la sombra y la niña desaparecen al empuje de la enorme mano que las condujo al precipicio: se oye caer un cuerpo en el agua, la ola pasa, y después de tragar dos víctimas, escupe rabiosa espuma sobre la frente de piedra del majestuoso peñón.

....

A la mañana siguiente, la humilde cabaña de Edda, la perla de Staffa, estaba desierta, y contaban las sencillas gentes del lugar que un año antes había entrado en ella la seducción bajo la figura de un joven Clan; que el remordimiento había cerrado la puerta de la choza, hasta que la noche anterior el negro fantasma de la desesperación había arrebatado á la muchacha y al fruto de su falta en sus robustos brazos, para precipitarla en el mar desde la roca de Staffa.

II

En el fondo de las profundas aguas del mar de Caledonia, bajo las peñas y arrecifes de las costas escocesas, tiene la Reina de las hadas del mar uno de sus más suntuosos palacios.

Apenas flota sobre las olas el cuerpo de un náufrago, cuando un enjambre de gallardas ninfas le arrebata, y haciéndole girar de mano en mano, le arrastra en confuso remolino á la mansión de la soberana.

Allí fué conducida Edda, que abrazada al inocente fruto de su amor, contemplaba con ojos asombrados las vastas galerías de corales y de perlas que se extienden á lo lejos en todas direcciones, hasta que en medio del espléndido salón del trono, iluminado por la fosforescencia que, semejante á una lluvia de microscópicas chispas, derramaban las corrientes subterráneas por todas partes, se halló en presencia de la bella y absoluta Reina de aquellas regiones.

La pobre niña no osaba levantar los ojos, deslumbrada por tanta luz y hermosura; pero el hada del mar, haciéndola sentar sobre mullido diván cubierto de algas de limpios y brillantes colores, le tomó las manos con cariño, y besándole la frente, le dijo:

—No temas, preciosa joven, haber venido á mi reino á aumentar el número ya infinito de mis vasallos. Una vez traspasados los límites de mi vasto imperio y abiertas las puertas de la muerte, se ha entrado en el reino de la igualdad y de la justicia. Allá en el mundo en que viviste, has sido víctima de las desigualdades y de la pasión; yo habré, si tu quieres, de hallar para ti la reparación que mereces.

—Entonces—dijo Edda, — devolvedme el cariño del Clan de Staffa.

—Oye!—contestó la Reina de las hadas.—Mira al través de esas aguas. Mi reino y mi poder son inmensos; pero sus límites se detienen allí donde la tierra le levanta una barrera y donde luchan mil olas encrespadas con las huestes que sobre ellas desata el viento. Pero si quieres subir otra vez á ese mundo de donde has venido, yo haré que la Diosa de las nieblas te levante en sus brazos, y así, envuelta en manto de transparente espuma, podrás conducir á mi palacio al Clan engañador que la soberbia arrebató á tu cariño, siempre que sepas despertar en su corazón el recuerdo de su amor.

Y á la hora misma en que, abandonando sus chozas, cuchicheaban los pescadores mientras que tendían sus redes, la niebla matinal, alzando en sus brazos á la joven Edda, la hacía entrar por las ventanas del viejo torreón.



GUERRERO.—VISTA DE TELOAPAN.

III

El manto azul que la ola había colgado en los hombres de Edda, lucía como los olandos tintes de un cielo tropical, y en los encajes con que la espuma había ornado los bordes del vestido, reflejaban los cambiantes colores del lucero matutino, que pestañeaba ya sobre el lejano horizonte. Una diadema de blancas perlas ceñía la frente de la niña, y caprichosos corales se enredaban al rededor de los brazos y del cuello, que robaron el suave tornasol al finísimo y fresco nácar. Anidados en las vueltas de la rizada cabellera de oro y escondidos entre los pliegues del ropaje, asomaban sus picarescas cabecillas los recuerdos, esos mensajeros del amor, que atraviesan veloces los tiempos y las distancias y que, ya introduciéndose en el oído con música agradable, ó en los ojos con un rayo de luz, ya, en fin, llegando al cerebro envueltos en desvanecidos perfumes, osan sacudir las fibras de un alma adormida, para llevar á ella la vida, la ilusión y la esperanza.

Edda recorrió con paso ligero unas tras otras las habitaciones del castillo hasta que halló al Clan sentado en el extremo de su alcoba feudal. El insomnio mantenía abiertos los párpados enrojecidos del seductor, y al detenerse Edda delante de él, volaron los recuerdos que se habían escondido en su vestidura de cristal y espumas y fueron á posarse sobre la frente abrasada del desdeñoso amante.



GUERRERO.—PLAZA PRINCIPAL DE COYUCA.

Este se levantó, y asómandose á una de las ventanas, vió á lo lejos la silenciosa cabaña, que envuelta en las dudosas sombras, parecía desierta.

—¡Pobre Edda! —exclamó el joven, y ansioso de ensanchar sus pulmones con el aire fresco que bañó su rostro, salió á respirarle fuera con más libertad.

Dirigió inconsciente sus pasos hacia la cabaña, ante la cual se detuvo sorprendido.

—¡La puerta abierta, desierto el hogar!—exclamó; y amontonados los recuerdos sobre su frente, extrajeron una lágrima que vino á refrescar sus ojos. A través de aquel cristal, las formas de Edda se hicieron entonces visibles, y arrojándose el Clan en su seguimiento, salió tras ella de la cabaña.

El fantasma del remordimiento, sentado junto al revuelto lecho de la niña, había puesto á aquel hombre su mano de fuego sobre el altar de la conciencia y mostrádole las huellas del crimen consumado por su causa.

—¡Edda, Edda!—clamaba el Clan, persiguiendo la vaporosa sombra que se alejaba, hasta que al llegar á la roca, le envuelve entre sus brazos, desprende los pies del suelo, se mece un punto sobre las olas embravecidas y se sepulta con su amante en el fondo del abismo.

....

Al retornar los pescadores, ya alto el sol en el cielo, hallaron tres cadáveres tendidos en un recodo que forma el mar en la orilla.

Hoy reposan juntos los tres bajo las bóvedas del castillo de Staffa, mientras es fama que tres almas viven felices y para siempre unidas en la gruta donde tienen su morada las hadas del mar de Caledonia.

G. Schweyer Lamar



Mi Sueño Familiar

DE VERLAINE

Tengo á menudo un sueño, que es mi mayor encanto,
con mi desconocida que yo amo y que me adora
que por completo no es la misma antes que ahora,
ni por completo es otra, ¡y me comprende tanto!

¡Sólo ella me comprende! y bien conoce cuanto
forma el problema ¡ay, triste de mi vida traidora!
Los fuegos que atormentan mi frente abrasadora,
ella sólo los sabe refrescar con su llanto

—¿Es morena ó es rubia?—Cómo es ella lo ignoro.
¿Su nombre? Yo recuerdo que es dulce y es sonoro,
como esos de las novias perdidas prontamente.

De las estatuas tiene aquel mirar incierto,
y en su voz de otro mundo, blanda y grave, se siente
la inflexión de las voces amadas que se han muerto!

Manuel S. Pichardo.

ESTUDIO FOTOGRÁFICO. (Colección Pellandini).

Notas Extranjeras

Parca se manifiesta por ahora la crónica del mundo exterior. Los acontecimientos políticos se parecen, en esto, á los suicidios; cuando alguno de los miles de desequilibrados que sobre la tierra alientan, se cansa ó se juzga cansado y atenta contra su existencia, muchos son los que le siguen. No parece sino que esperaban la voz de marcha, dispuestos á emprender ya el «viaje largo». Y lo mismo acontece en el mundo de la política; cuando algún soberano, por ejemplo, se presenta á hacer una visita de cortesía á otro de los monarcas europeos, las visitas se suceden rápidamente y los acontecimientos con ellas relacionados varían y pasan con la rapidez misma con que en los cinematógrafos se sucede una vez y mil la misma vista, con la diferencia insignificante que produce, sin embargo, la ilusión del movimiento y de la vida.

***

Thiers, el Presidente francés, uno de los presidentes que mayor derecho tendrían al mármol y al bronce, acaba de ser inmortalizado en una estatua hermosa, obra del escultor Guillaume. La estatua ha sido ya inaugurada en la rotonda cercana á la Sala de Audiencias del Parlamento de París, donde el orador obtuvo tan brillantes éxitos.



FRANCIA.—LA COMPAÑÍA DE CICLISTAS DEL CAPITÁN GIRARD.

Rodean la estatua los bustos, en bronce, de los que más le ayudaron en los momentos de peligro y de lucha. La estatua misma es de mármol pentélico admirablemente tratada, según la unánime opinión de los peritos.

La base del monumento es una obra de arte de por sí. Es de mármol de color, una de esas escasas obras de mérito, en la cual se ha hecho una harmoniosa combinación de colores, escogiendo entre los mármoles extranjeros los que mejor se prestan para ello.

***

La Compañía ciclista del Capitán Girard, está llamando la atención pública en Francia, por el éxito que regularmente obtiene en las misiones que se le confían, aun en competencia con los servicios especiales de Estado Mayor, que son de caballería. La máquina que montan los ciclistas del Capitán Girard, ha sido diseñada por éste, con el objeto de corregir los defectos que en los modelos presentados por corredores y excursionistas se habían encontrado.

Así modificado el «caballo de acero», ha demostrado que es capaz de hacer una seria competencia á los jinetes. El ciclista militar lleva en los terrenos planos su mochila, su arma y sus municiones en el cuadro de acero de la máquina. En cambio, tiene que llevar en hombros la máquina entera y la dotación reglamentaria en cuanto el terreno se vuelve escabroso. En las anteriores maniobras del ejército francés, por cada día que pudieron marchar los ciclistas en sus máquinas, solamente se calcula que una hora hayan debido cargar en hombros sus aparatos.

Se ve que los esfuerzos bien dirigidos del Capitán Girard han alcanzado una victoria. Hace años que se creyó que la bicicleta venía á resolver el serio problema de la infantería ligerísima que las tácticas modernas exigen. Vino después, como pasa siempre, la reacción, tan desproporcionada como había sido la acción misma en favor de la máquina, y entonces se dudó hasta de que fuera posible hacer maniobras con soldados ciclistas. A desmentir la especie vienen los trabajos de la Compañía Girard, que han sido comentados con elogio por el mismo Estado Mayor, que tomó parte en las últimas maniobras.

***

Se acerca el invierno, por mejor decir ha llegado ya á los puntos situados más al Norte de nuestro país. Los climas siempre iguales de nuestras altas mesetas, la «eterna primavera» que los poetas cantan, no deja de tener sus graves inconvenientes, y, entre ellos, no es el menor el de que á una eterna primavera es indispensable que corresponda una eterna apariencia de la naturaleza y un eterno aburrimiento.



ESTATUA ERIGIDA Á THIERS EN PARÍS.

En los países septentrionales, el frío llega agitando sus mil cascabeles de hielo. Se aprestan los patinadores; se sacan de las cocheras los trineos. La sangre bulle, y los sports de invierno adquieren toda la animación que les presta la presencia de esos dos grandes misterios y de esas dos grandes blancuras deliciosas: la mujer y la nieve.

Holanda, por su situación topográfica especial, es la primera de las naciones de Europa en las cuales el sport de invierno se practica. No solamente se patina en los sitios en los cuales se encuentra suficiente espesor de hielo, sino que se adoptan los trineos para todo servicio durante los meses fríos, porque es bastante la cantidad de nieve que cae en las calles para mantener siempre una cubierta helada.

***

La rebelión de los hotentotes en las colonias alemanas de Africa, es una de las notas de sensación, no solamente por el hecho de que obligue al ejército del Kaiser á combatir en las lejanas regiones malsanas y calurosas sobre toda ponderación, sino porque ha sido la causa de que varios colonos perezcan en Warmbad.

Desde que los alemanes se establecieron en el Africa occidental alemana, hasta la fecha,



LOS MIEMBROS DE LA CONFERENCIA SANITARIA INTERNACIONAL REUNIDA EN BRUSELAS.

las rebeliones habían sido insignificantes. Pero ahora la guerra anglobóera ha pasado y los hotentotes han vuelto á sus montañas armados con los fusiles que los ingleses y bóeros les pusieron en las manos durante la campaña.

Ya que los hotentotes han batido á los destacamentos teutones, los bóeros se ofrecen á su vez á combatir á los negros. Se han presentado muchos voluntarios bóeros á las autoridades militares de Warmbad, solicitando de ellos que se les admita en las filas del ejército colonial, en defensa de la colonia misma.

Nuestro grabado representa el acto del juramento, por el cual los bóeros se comprometen á pelear con lealtad en el ejército alemán.

***

El Congreso Internacional de Medicina que acaba de reunirse en Bruselas, ha sido un buen triunfo para la ciencia universal y para los médicos que en el concurso tomaron parte. Entre ellos—que de todos los ámbitos del orbe se desprendieron para concurrir á la cita, —los mexicanos figuran envidiablemente.

Nuestro Gobierno tuvo la satisfacción de presentar en ese Congreso los documentos que prueban, por una parte, la buena fe con que procedió cuando la peste bubónica invadió nuestro territorio, y por otra, el hecho consolador de que, aun en esas circunstancias, tuvieron entereza y ciencia para combatir el terrible azote asiático. Damos una fotografía en la que figuran los congresistas todos.



Sonetos italianos

VENEGIA

Cittá eroica e voluttuosa
che portó e sfocó nelle sua
bracia di marmo il piú ricco sogno dell'anima latina.

GABRIELE D'ANNUNZIO.
Ommagio a Venezia.

I

Suspensa en los espacios, á lo lejos
La ciudad del ensueño se dilata
Misteriosa y aérea, en mar de plata,
De la tarde á los últimos reflejos......

Las olas, al besar mármoles viejos,
Arrullan el letargo que la mata,
Y la reina vencida se retrata
De la glauca laguna en los espejos.

Muere la tarde pálida de octubre,
Y el Adriático viene entre la bruma
A gemir en los túmulos del Lido......

Y cuando el manto de la noche cubre
La vacía extensión, todo se esfuma
En la Sombra, el Silencio y el Olvido.



EL SPORT DE INVIERNO DE HOLANDA.—UN TRINEO.

II

¡A soñar! Recogidos ya los velos,
Las patricias entonan sus cantares
A Desdémona y Porcia en sus pesares,
A Byron y á Musset en sus anhelos.

¡A la fiesta! Y el chipre nuestros duelos
Haga olvidar; de amor en los altares
Haced propiciación! ¡Luego en los mares
La vida hundamos que aspiró á los cielos!

Mas ya sobre San Marcos aparece
La triste luna, y á su luz escasa
El palacio de sueños se derrumba,

Y la ciudad lejana me parece
Un cadáver fantástico que pasa
En su góndola negra hacia la tumba.

CARLOS ARTURO TORRES.



Rasgo Admirable

Cuando los prusianos, en la guerra de 1870, sitiaron á la ciudad de París, Von Moltke resolvió el formidable bombardeo, contra el cual en vano reclamaron ante Bismark el patriotismo y la diplomacia de Julio Favre.

En esa época, sometido á la suerte de los parisienses, vivía encerrado en los muros de la capital del mundo el célebre compositor Ambrosio Thomas, gloria del arte musical. El autor de «Mignon» poseía en los alrededores de París un delicioso «chalet» y estaba convencido de que el cañón prusiano ó la saña de los enemigos de su patria, destruiría aquel albergue de su genio, donde tantas veces le había visitado la inspiración, para que legara á la humanidad las admirables composiciones que inmortalizan su nombre.

*

Pasado el duelo y la humillación de la entrada de los alemanes á la antigua Lutecia, Ambrosio Thomas se encaminó á las cercanías de la ciudad, para ver, con el dolor del bien perdido, las ruinas de su querida quinta, y cuál no sería su estupefacción al contemplar que el «chalet» estaba allí, respetado, como propiedad inviolable.

Temeroso, vacilante, llegó á las puertas y las abrió, convencido de que el estrago habría consumido lo que en el edificio se contenía. Nuevo motivo de extraordinaria sorpresa: todo se encontraba en el mismo sitio y en las condiciones en que Thomas lo dejara. Sólo que en una de las mesas halló una tarjeta que decía:

«El Oficial alemán N., sobrino de Beethoven».

Aquel militar que llevaba la sangre de una eminencia musical, había protegido, por amor á la memoria de su tío, la casa de Ambrosio Thomas. Beethoven, ya en la tumba, hacía respetar las propiedades de su compañero en arte y gloria.

Rasgo admirable el del oficial prusiano.



LOS BOEROS EN EL EJÉRCITO ALEMÁN.—UN GRUPO DE VOLUNTARIOS.



Hay en nosotros dos seres: el actor y el espectador.—SIENKIEWICZ.

*

Una maldición es como una bala disparada al acaso: nunca se tiene la seguridad de que no mate.—TINSEAU.

*

La moral es la aritmética de la felicidad. VINET.



EN EL COLISEO

Por fin, augusta ruina, puedo verte
Y mi huella profana en tu sagrado
Polvo estampar, por siglos amasado
Con sangre, en holocausto al pueblo fuerte;

Su dolor vence y su marasmo inerte
El espíritu aquí. Miro aterrado
Las trágicas visiones del Pasado,
El imperio del Tiempo y de la Muerte......

Bárbaro errante, solo en mi tristeza,
Vago de noche por tu inmenso escombro
Que el vigor de otras razas atestigua.

Y en muda comunión con tu grandeza,
Arde mi mente, trémula de asombro,
Al soplo evocador del alma antigua!

CARLOS ARTURO TORRES.

Roma.—1899.

El Ascenso

En la pacífica villa de último orden en la que Marcelo habitaba, seguramente que nadie creyó posible que esta persona fuera algún día un soldado de la Unión Americana.

Era joven; pero parecía un niño por lo descriado, enteco y enfermizo, y á éstas condiciones debía el mote que en la escuela se había ganado. Le decían los camaradas «el conejo», y no era precisamente porque corriera con más prisa ni mayor espacio que los demás; sino porque en las peleas, que nunca faltan en las escuelas primarias, había demostrado ser más amigo de la paz que de la guerra.

Las padres de Marcelo eran pobres. Cuando ya sabía leer en «letra de molde», le sacaron del colegio vecinal, porque «era más útil», en el sentir de la madre, en su propia casa, donde podría desempeñar ciertos oficios para los cuales no era necesario ser ni un hércules ni un león, que en la escuela, «donde solamente malas mañas le enseñaban».

En su casa fué el pobre «Conejo» la víctima obligada. El padre, ebrio, tenía siempre provisión inagotable de puntapiés para Marcelo; la madre jamás dejaba de estar urgida de algo que era preciso ir á buscar á las últimas casuchas de la población, especialmente cuando la noche había cerrado y cuando llovía ó nevaba copiosamente.

Y el «Conejo» seguía acarreando el agua y la cesta de la compra á su domicilio, esquivando las cuchufletas de sus compañeros y recibiendo á veces bofetadas que en silencio soportaba, cual si quisiera acreditar debidamente el mote que pesaba sobre él.

***

En el pueblo mismo de Marcelo, y casi de la misma edad que él, había un cierto Pedro que parecía tener en un puño, en la escuela, á los que con él concurrían y que, ya fuera de la rudimentaria cátedra, se mostró, frecuentemente, brusco y atrabancado. Los compañeros le huían, no tanto por la fuerza de sus puños, cuanto por la virulencia de su lengua, siempre dispuesta á ensuciar á quien tocaba. Era Pedro más alto seguramente que muchos de los de su edad; pero la energía y robustez de su organismo le servían lastimosamente. Abusaba de sus fuerzas, inconsciente quizá. Era bastante aborrecido; pero se imponía en los juegos y paseos, porque se temía á los frecuentísimos accesos de rabia canina que le convertían en un animal.

Desde la escuela, como siempre pasa, era el «Conejo» la obligada víctima de Pedro. Apenas si algún día pasaba sin que los escasos centavos de que disponía Marcelo no pasaran á la bolsa de Pedro. Cuando la propiciatoria víctima se negaba, torpemente, por falta de costumbre, recibía en premio algunos trompones, con los cuales quedaba convencido de la inutilidad de su rebeldía y de la eficacia de los procedimientos animales, en las luchas de la humanidad.

***

Cierto día pasó por el pueblo un hombre lleno de entorchados. Los que habían ido frecuentemente á la ciudad, decían que era un sargento y que venía á buscar voluntarios, porque la guerra se aproximaba.

Se discutía mucho, en todas partes, la cuestión de la esclavitud. Se alegaba en pro ó en contra de ella, con los argumentos acalorados que en el Parlamento mismo utilizaban los que tenían grandes propiedades que perder y los directamente interesados en el asunto. En el pueblo los argumentos degeneraban frecuentemente en riñas.

El sargento de los muchos entorchados abrió en la plaza única del pueblo una oficina de alistamiento, en la que se pagaba á buen precio á los que se enganchaban haciendo el sacrificio de su libertad. Desde que en el pueblo se supo que tal cosa sucedía, muchos padres dirigieron á sus hijos mayores largos discursos acerca de la patria, de los derechos del hombre y de algunas pamplinas que ni entendían ni practicaban; pero en el enganche veían la oportunidad de salir del gasto que los hijos les causaban, primero, y de conseguir, además, algunos dineros. La avaricia tradicional de los labriegos se exacerbó notablemente.

Y sucedió que desde los primeros días se presentó, entre otros mozos, Pedro, más animado por el padre que sediento de gloria, como declaraba en público. Dijo que «era la carrera militar la mejor que se podría escoger y que él, personalmente, se sentía dispuesto á los mayores sacrificios, por ser su alma grande y su corazón bien puesto».

Asombró algo el hecho; pero cuando el asombro de los campiranos y de las comadres no tuvo límites, fué cuando se supo que Marcelo el «Conejo» había ido á presentarse y había sido admitido por el sargento.

Muchos se negaron á creer la especie. Pero no había duda. En pocos días más se vió que el «Conejo» lucía los uniformes mismos que los demás mozos portaban ya, los mismos entorchados y las insignias mismas. Era un soldado, en la extensión de la palabra.

Cierto que, por indicaciones de Pedro, el sargento dió al «Conejo» el peor de los uniformes que llevaba, y que limitó el dinero del enganche á lo estrictamente indispensable; pero era ya Marcelo un soldado, y así lo demostraba el uniforme.

***

Vino, después, la vida de cuartel, en la lejana población. Pronto en el regimiento entero se supo que Marcelo era «el Conejo» y el porqué de tal apodo, con las ilustraciones que eran necesarias. Pedro, si en la escuela había aprendido muy poco, en el cuartel se ilustró debidamente y pocos meses después era el clown más apreciado entre los imbéciles y el azote de los que no tenían ni su desvergüenza ni sus puños. Se le puso por mote «Tragabalas» y no pareció conmoverse por ello.

Marcelo seguía la aburrida existencia del cuartel con la misma pasividad con que había seguido sus diferentes etapas en la vida. Se le había dicho que un tiro en la cabeza es seguramente mortal, y se limitaba á pedir á Dios que le librara de éste género de muerte.

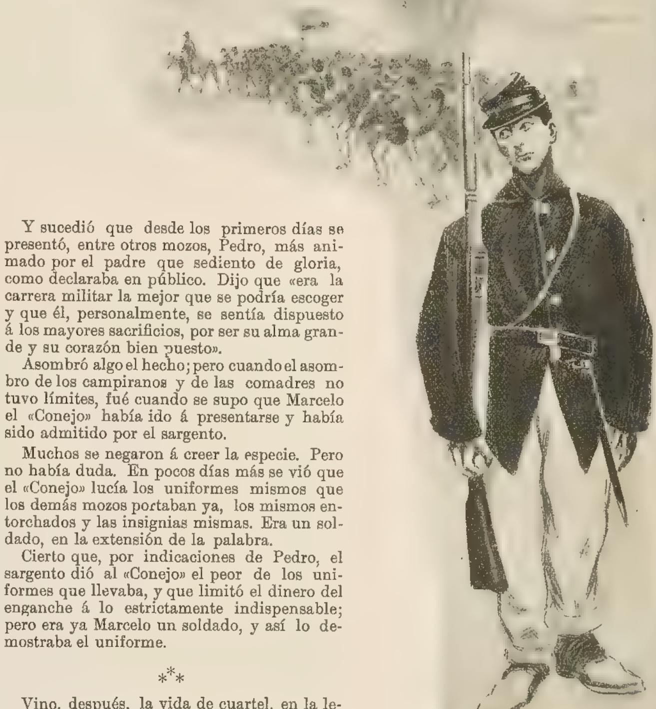
Los días y los meses continuaban. En ciertas ocasiones los sargentos, en la madrugada, levantaban rápidamente á sus pelotones. Salían, antes de que alumbrara el sol, á la llanura, se embarcaban en incómodos trenes, avanzaban algunas millas, para volver al cuartel á seguir la misma serie de sucesos anodinos en la existencia insípida del soldado.

Hasta que cierto día fué el mismo coronel el que levantó con voces de mando y grande algarabía á sus tropas. Se formaron en el frente de la plazuela anterior al cuartel, y esperaron pacientemente.

Se decía en las filas que el enemigo se acercaba; que había que salir á cortarle la retirada á este ó á aquel general; que el combate era seguro; que el gobierno de Wáshington había dado orden de combatir contra los que sostenían éste ó aquel credo político.

Después de varias horas de espera, el coronel dirigió una alocución á sus hombres. Se emprendió la marcha y se embarcaron todos en una estación cercana, á bordo de un tren del ferrocarril.

Viajaron algunas horas. Y cuando se les



volvió á extender en correcta formación, en un campo de algodoneros, escucharon á lo lejos algo que parecía el lejano retumbar del trueno. Era la artillería, que disparaba.

Pedro, sin quererlo, dejó escapar el fusil cuando los oficiales dijeron que en unas cuantas horas más habría que combatir. «Tragabalas» estaba pálido, sin aliento, absolutamente conmovido, según dijo, «por la dicha que le esperaba al tener que luchar por su patria». Marcelo, «el Conejo», por lo contrario, había permanecido tranquilo; solamente pedía á su Dios «que no le hirieran en el cráneo.»

***

Pocas horas después, como los oficiales mismos lo habían dicho, se acercó notablemente el tiroteo. Ya entonces se escuchaba claro el fuego de fusilería. Un oficial á caballo llegó á galope tendido, conferenció por algunos momentos con el coronel y volvió á partir al galope. El coronel consultó su reloj con frecuencia, hasta que, llegado cierto momento, se dirigió á los soldados, les habló de la patria en peligro, les hizo notar que «era de valien-

tes sostener la posición en que se encontraban» y les comunicó la orden recibida. Había que sostener el punto, que en pocos minutos más sería atacado; debería el regimiento desalojar de la cercana aldea al enemigo, que violentamente se acercaba.

Y llegó el fuego á ser tan cercano, que los árboles recibían, en las inmediaciones del sitio en que el batallón se encontraba formado, las balas, y los disparos se percibían claramente, entre el follaje de un bosque cercano; «el Conejo» seguía impávido, asombrado consigo mismo y esperando que le dieran órdenes los oficiales. Después de algunos breves mandatos, los oficiales subalternos ordenaron «fuego á discreción», y «el Conejo» disparó su arma, sin comprender qué se ganaba con hacer tal cosa, desde luego que los enemigos estaban muy distantes, escondidos en el bosque y fuera del alcance de los fusiles. El sargento que más cercano tenía le dió varias veces la orden de hacer fuego. «Tragabalas» se acercó á pedirle cartuchos, «porque había disparado todos los suyos y el enemigo se echaba encima de ellos».

Un leve golpe en el pecho hizo salir de su éxtasis al «Conejo». Se llevó la mano al sitio doloroso y vió que estaba sangrando. ¿Pero un tiro en el pecho podría matar? El sólo había oído decir algo acerca de los balazos en el cráneo. ¿Sería ya él mismo un hombre muerto?

Estaban todos pecho á tierra. Marcelo sintió un invencible sueño; el dolor casi había desaparecido. Se durmió tranquilo.

***

Le despertó una feroz algarabía. El fuego era tan cercano, que los disparos cegaban á la tropa. Marcelo se incorporó, llevándose las manos á la cabeza, único punto vulnerable en su concepto. Vió que no había sido herido y entonces dirigió una mirada al bosque.

En el lindero se destacaban muchos soldados; pero estaban vestidos de color gris, mientras ellos estaban vestidos de azul. Era la única diferencia, pues los sargentos eran iguales, iguales los oficiales, y los fusiles, y los clarines y todo. Después vió á su lado. «Tragabalas» se encontraba seguramente muerto. Yacía en un foso, detrás de un tronco de árbol, inmóvil. Aunque víctima eterna de Pedro, Marcelo no le quería mal, y se acercó á ver de prestarle algún auxilio.

Su sorpresa fué bien grande. Pedro estaba sano, salvo, perfectamente bueno. Ni siquiera tenía herido el pecho, como lo tenía él mismo...... Pedro, sin incorporarse, explicó á Marcelo «que estaba en espera de la oportunidad para dar una carga al enemigo». Añadió «que habría que hacerse el muerto, no para pasar inadvertido, sino para sorprender á los grises que aparecían en el lindero del bosque».

Marcelo comprendió mal probablemente; pero sí se dió cuenta de que los enemigos avanzaban y de que sus propios compañeros estaban ya á cierta distancia. Sin decir una palabra, tomó una bandera que encontró cerca de un cadáver, la tramoló al aire, repitiendo después las frases que había escuchado previamente, y cuando vió que un grupo de soldados le rodeaban, avanzó á paso veloz hacia el bosque enemigo.

Cuando se encontró entre los árboles mismos en los cuales anteriormente se parapetaron los otros, sintió haber hecho aquello, porque carecía de órdenes; pero grande fué su sorpresa cuando vió que se acercaban al galope varios oficiales, que se dirigieron á él y que hablando en términos encomiásticos, le abrazaron y le colgaron al cuello una condecoración y unas cintas de oro en las mangas.



Día después, en el cuartel mismo de donde habían salido, «Tragabalas» refería á sus camaradas cómo, permaneciendo siempre al lado de Marcelo «el Conejo», le había él personalmente, Pedro, obligado á ir al bosque en persecución del enemigo. A él le debía ser ahora sargento.



«Ni un solo momento me separé de Marcelo, decía. Siempre estuve á su lado, dirigiéndole y alentándole». Pero jamás volvieron á llamar á Marcelo el »Conejo». Otro era el que merecía el mote.

Arreglo del inglés para "El Mundo Ilustrado."



LO ADORABLE

No son sus labios frescos y encendidos
que siempre me sonríen halagüeños,
ni sus rizos obscuros y sedeños
sobre su espalda mórbida caídos;

No son sus ojos tristes y adormidos
propicios al amor y á los ensueños,
los de mi corazón únicos dueños,
tanto más dulces cuanto más queridos!

Lo que amo en ella con ardiente anhelo,
lo que mi altiva admiración asombra,
es su alma inmensa como el mar y el cielo!

Su alma, que encierra en lides tormentosas,
odio y amor, irradiación y sombra,
negras simas y cumbres fulgurosas!

Jerónimo J. Reina.

Pensamientos

Las cualidades vienen de la naturaleza; pero las virtudes son el fruto de nuestra educación.

*

Todos los filósofos consideran la educación come una segunda existencia dada al hombre.

*

La educación es el aprendizaje de la virtud; la instrucción, el aprendizaje de la ciencia.

*

El hombre que se eleva por sus propios esfuerzos, tiene un mérito tanto mayor cuanto más humilde fué su cuna.—Niemand.

*

No hay accidente desgraciado que la gente hábil no sepa aprovechar en favor suyo.

*

Si se reformase la educación de la juventud, se conseguiría reformer el linaje humano.

*

Cuando alguno os alaba, sed vosotros mismos los jueces.



EL MUNDO ILUSTRADO

Año X—Tomo II—Núm. 26

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

México, Diciembre 27 de 1903.

Subscripción mensual foránea $1.50
Idem, Idem. en la capital $1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA



La visita del Sr. Presidente de la República á Querétaro.

El Sr. Gral. Díaz y su comitiva en la Fábrica de Hércules. Desfile de manifestantes por las calles de la ciudad. El Carro de la Paz.

LA ALCANCIA

Hay instrumentos, utensilios, aparatos, útiles, implementos que diría un yankee, que á sus ventajas prácticas y á sus aplicaciones usuales, adunan una alta significación moral y social, y acaban por llegar á ser símbolos, representaciones y trasuntos de profundos fenómenos psíquicos y de altas leyes sociológicas.

No me refiero aquí á ese atrezzo ni á ese gabinete de accesorios de la oratoria, de la poesía y de la literatura en general, con cuyo material arreglamos el decorado y la «mise en scéne», cada vez que la inspiración nos sobrecoge y sentimos la necesidad de dar en espectáculo nuestro pensamiento. En este tímido ensayo, no figuran ni la espada, símbolo de la Ley; ni la balanza, emblema de la Justicia; ni la toga, en que se «drapea» la Jurisprudencia; ni el gorro frigio, con que se cubre la Libertad; ni el velo, en que se envuelve el Pudor; ni el lirio, en que anida la Pureza; ni la rama de oliva, que la Paz lleva en sus manos; ni el laurel, que sirve de corona á la Victoria; ni el ancla, con que arraiga la Esperanza; ni la guadaña, con que amenaza la Muerte.

Hay otros trebejos más humildes, más modestos, menos conocidos y menos estudiados, que, cuando en ellos se fija la atención escudriñadora y cuando llegan á ser sujetos de la meditación y del análisis, en su composición, en la distribución de sus diversas partes, en el fin para que fueron creados, en su mecanismo y en su estructura, revelan hondos misterios del espíritu, dilatados horizontes del alma y plantean profundos y escabrosos problemas morales y sociales.

Tal pasa con la multitud de objetos que ocuparán en otros momentos nuestra atención, y tal pasa, primera y principalmente, con la alcancía.

Nada más vulgar ni más banal que la alcancía. Varia en su forma; diversa en su estructura; vistosa, á las veces, en su apariencia; severa, otras, en su aspecto, remedando animales, frutas, artículos de mueblaje; una alcancía es, en el fondo y por definición, una arca en la que es fácil depositar monedas y de donde es muy difícil extraerlas.

La alcancía primitiva, prehistórica, la que muy bien puede haber imperado en la edad de piedra ó reinado en la época del rengífero, está concebida de tal suerte, que sólo rompiéndola, destruyéndola, pulverizándola puede sacarse de ella el dinero que en ella se ha depositado.

Así mirada, la alcancía parece una farsa y remeda una mistificación. En efecto, fabricar ó adquirir una arquilla para guardar algo, supone, ó no existe el libre albedrío, la libertad moral y física de disponer de lo guardado, y no debe ni puede ser el continente el que se nos atraviese al paso y nos impida la libre disposición del contenido. Sólo la tumba debe abrirse para recibir y jamás para devolver.

Generalizando, se puede reducir al absurdo la concepción, más ó menos genial, que dió origen á la alcancía. Si esa concepción hubiera guiado á la industria; si nuestra casa ofreciera todo género de facilidades á la entrada, y todo género de dificultades á la salida; si hubiéramos de desvencijar el guardarropa para sacar el pañuelo, y si la caja fuerte fuera sólo susceptible de recibir los fondos y rehusara tenazmente devolverlos, todo el confort, todo el bienestar, todo el progreso y toda la grandeza humana, hubieran sido imposibles.

La alcancía, considerada como almacén de depósito, es, pues, un absurdo, y hay que buscar, en otros principios, las razones de su vigencia y de su general aceptación.

Digámoslo de una vez. La alcancía es, no un estímulo para la acumulación, sino un freno contra la dilapidación. Su origen es recóndito, su germen incuba en las profundidades del alma humana. Es una forma de esa lucha épica que el hombre, al despertar á la luz de la razón, entabla contra sí mismo, contra sus propias tendencias, contra sus ambiciones, contra sus vicios. Cuando la razón sugiere la previsión, la acumulación de elementos y de recursos contra la enfermedad imprevista, contra la falta de trabajo, contra la calamidad inesperada, lo primero que discurre es guardar, economizar, ahorrar. Si se siente fuerte y capaz de resistir á la tentación de despilfarrar; si carece de vicios que lo instiguen á la prodigalidad y de tendencias que lo orillen á la imprevisión, no necesita de alcancía y puede llevar su fortuna en su cartera. Si, por el contrario, la acumulación misma de recursos le sugiere y lo incita á nuevos gastos, si se siente débil y desarmado ante la tentación, si se reconoce poco capaz de perseverar en el ahorro, entonces busca un freno contra su fogosidad, levanta un dique contra sus propios desbordamientos, se crea obstáculos que le estorben el paso y no omite medio para obligarse á sí mismo á conservar lo acumulado y ponerlo á cubierto de sus propias depredaciones.

La alcancía es trasunto de ese estado de ánimo, de esa lucha á brazo partido del hombre contra sí mismo; es manifestación material y tangible de ese principio de triunfo de la razón contra la pasión, de la virtud contra el vicio, de la previsión sobre la incuria y del cálculo contra la ceguedad.

El hombre que lucha y vence tan sólo á la Naturaleza, es todavía un simple animal; el hombre, propiamente dicho, digno de tan noble dictado, es el que emprende la campaña contra sí mismo y el que logra, sobre sí mismo, alcanzar la victoria.

La alcancía, ¡quién lo dijera!, simboliza esa lucha; es una de las primeras armas que en ella se esgrimen, y alborada de una victoria lejana, tal vez; pero segura. A la vez es síntoma manifiesto de debilidad moral, como de impotencia. Si los países de caridad irreflexiva son países de mendicidad sistemática, los pueblos de alcancía obligatoria son pueblos de despilfarro habitual.

La alcancía es, pues, un signo extraño y contradictorio, que á la vez revela la gravedad del mal y el principio de su curación. La desaparición de la alcancía será la desaparición del despilfarro, como la desaparición del cañón será la desaparición de la guerra, y la desaparición del cerrojo, el aseguramiento de la propiedad.

Todas estas verdades y todas estas paradojas, están contenidas en los «guajilotes» de barro hueco, ó en las granaditas sonrosadas y rubias que fabrican los alfareros tapatíos. Lo que sucede es que, para sacarlas á la luz, hay que romper la alcancía ó su prestigio, al menos.

Dr. M. Flores.

La Pajarita, la Perla y la Rosa

Dijo la pajarita:

—Yo no tengo perfumes.

A lo que respondió la perla:

—¡Ah! Yo no canto.

—Es mucho más cruel—interrumpió la rosa:—no tengo la dulce y melodiosa voz del pajarillo ni el brillo del Oriente que posee la perla.

Acertaba yo á pasar por aquel sitio y no pude menos de compartir la inmensa melancolía que embargaba á la pajarita, la perla y la rosa.

—Es imposible reunirlo todo, queridas—las dije para consolarlas;—á ti, pajarilla, pueden envidiarte por la hermosura y colores de tu plumaje; tú, perla, tienes todo el brillo y la limpidez de una lágrima desprendida de los plateados rayos de la Luna; y en cambio, de tus pétalos, rosa del alma, pueden aspirarse todos los deliciosos perfumes que se exhalan de los carmíneos labios de una virgen pudorosa.

Hablando á un tiempo, me respondieron la pajarita, la perla y la rosa:

—Ayer hubiéramos pensado como tú; cualquiera de las cualidades que nos has atribuído bastaban para satisfacer nuestro orgullo; pero hoy, hoy es muy diferente, y si no, escucha esta extraña aventura:

«Ha pasado junto á nosotras una joven hermosísima, y en ella sola hemos visto reunidas todas los gracias y perfumes que nosotras poseemos separadamente. Figúrate si será amargo nuestro dolor ante la magnitud del desastre».

Medité un poco, y respondí conmovido:

—Marión, oh! la hermosísima Marión ha tenido el capricho de pasar por este sitio; pero alejad vuestra tristeza, que yo alcanzaré de ella, siendo su amigo, que jamás vuelva á humillaros con su presencia, puesto que es la única de todas las criaturas nacidas que posee á la vez perfumes en su rostro, canto de ángel en su voz, y luz purísima en sus pupilas.

Catulle Mendés



El Señor Presidente de la República

EN QUERETARO

Suntuosas Fiestas

«El Imparcial» y «El Mundo» han dado ya cuenta pormenorizada de las suntuosas fiestas con que la histórica ciudad de Querétaro celebró la visita que le hiciera en los primeros días de la última semana el Sr. Presidente de la República, con motivo de la inauguración de la nueva vía del Ferrocarril Nacional de México.

Las fiestas á que nos referimos fueron tan significativas y revistieron tal lucimiento, que bien merecen les consagremos algunas líneas, si no para hablar de ellas con la extensión que deseáramos, sí para consignar, aunque sea á grandes rasgos, las notas más salientes del programa á que estuvieron sujetas.

***

La salida del Sr. Presidente y de su digna esposa, la Sra. Doña Carmen Romero Rubio de Díaz, se efectuó el domingo por la mañana, tomando asiento á bordo del tren presidencial, además, los Sres. Secretario de Hacienda, Lic. José I. Limantour, y su esposa, la Sra. María Cañas de Limantour; Ministro de Gobernación, Don Ramón Corral; Gobernador del Distrito, D. Guillermo de Landa y Escandón; Secretario de Comunicaciones, Ingeniero D. Leandro Fernández; el Mayor D. Pablo Escandón y los Ayudantes del Sr. Presidente. Al partir el tren de la Estación de la Colonia, una sección de artillería hizo la salva de ordenanza, mientras el Primer Magistrado se despedía, descubriéndose, de las innumerables personas que llenaban el andén.



QUERETARO —EN ESPERA DEL TREN PRESIDENCIAL.

***

El viaje hasta Querétaro se hizo sin ningún contratiempo, llegando el convoy á las orillas de la población minutos después de las tres de la tarde. En la estación se veía un gran arco de triunfo formado con implementos mecánicos y en cuya parte superior se leía: «Bien venido, el Héroe de la Paz». Una de las fotografías que publicamos, representa el momento en que el tren presidencial pasaba bajo este arco.

El Sr. General Díaz fué recibido, al abandonar el carro que ocupaba, por el Sr. Gobernador del Estado de Querétaro, Ingeniero D. Francisco G. de Cosío, y por los de los Estados





QUERETARO —ADORNO DEL JARDÍN ZENEA Y DE UNA CALLE


QUERÉTARO


JARDÍN ZENEA
EL ACUEDUCTO
PASEO COLÓN





QUERETARO -ARCOS LEVANTADOS POR LA MUNICIPALIDAD DE TEQUISQUIAPAM Y POR LA FÁBRICA DE HÉRCULES.—(FOT. DE J. MUÑOZ FLORES.)

de Hidalgo, San Luis Potosí y Guanajuato. En esos momentos, la multitud reunida en la Estación aclamó con el mayor entusiasmo al Supremo Mandatario y se echaron á vuelo las campanas de las iglesias. Entre las personas que acudieron á saludar á los distinguidos visitantes, se contaban las damas y caballeros de la mejor sociedad queretana. A nombre de la población, el Sr. Presidente del Ayuntamiento pronunció un breve discurso para dar la bienvenida al Sr. General Díaz, quien contestó á las expresivas frases de aquel funcionario con palabras de agradecimiento y de encomio para el pueblo de Querétaro.

El Primer Magistrado, en compañía de su señora esposa y seguido de su comitiva, se dirigió al centro de la población, encaminándose momentos después de su llegada al Hospital Civil, que declaró inaugurado en aquella fecha y que se encuentra establecido en el exconvento de Santa Rosa. De allí, se dirigió al Hospicio de Pobres—casa de beneficencia que sostiene con sus donativos una honorable dama,—para inaugurar algunas mejoras; y una vez que recorrió los distintos departamentos y talleres de la institución, se encaminó finalmente al Palacio de Gobierno, para asistir poco más tarde á una gran serenata que se efectuaba en el jardín Zenea.

***

A las nueve de la noche se sirvió en el mismo Palacio un banquete de doscientos veinte y cinco cubiertos y al cual concurrieron, además del Sr. General Díaz y sus Ministros, los Sres. Gobernadores de los Estados y numerosas damas y caballeros, tanto de México como de la buena sociedad de Querétaro. Los brindis cambiados entre el Sr. General Díaz y el Sr. González de Cosío, que dió á conocer en extracto «El Imparcial», produjeron entre la concurrencia la más grata impresión. Las últimas palabras del Sr. Presidente fueron saludadas con una salva de aplausos ruidosísimos.

La animación que se observaba en las calles de la ciudad, era muy grande, pues en todas ellas se veían numerosísimos grupos de personas de todas las clases sociales que no cesaban de aclamar al Héroe de la Paz.

Terminado el banquete, el Sr. Gral. Díaz en unión de su señora esposa, volvió al jardín Zenea, donde, como dijimos antes, se efectuaba una gran serenata.

El lunes por la mañana, el Sr. Presidente visitó, entre otros edificios notables que existen en Queréraro, el convento de «La Cruz» y el panteón donde se encuentran los restos de la heroína doña Josefa Ortiz de Domínguez; la Academia de Bellas Artes y el Colegio Civil. El Sr. Director de este establecimiento suplicó al Sr. Presidente que pusiera su firma en el libro de matrículas del plantel, para que «al inscribirse en lo futuro los alumnos, recordaran que el hijo más valiente de la patria ponía allí su nombre, y para que esto les sirviera de estímulo en sus estudios». El Sr. General Díaz puso en aquel libro su firma, contestando al jefe del plantel con estas ó parecidas palabras: «El patriotismo está en la verdadera ilustración; usted está sembrando patriotismo».

***

Después de visitar el mismo día por la mañana la gran fábrica «Hércules», donde fué objeto de una entusiasta demostración, el Primer Magistrado presenció desde los balcones de Palacio el desfile de una columna compuesta de cerca de nueve mil personas entre



QUERETARO.—EL TREN PRESIDENCIAL PASANDO BAJO EL ARCO LEVANTADO POR LA EMPRESA DEL NACIONAL.



QUERETARO—SALÓN DEL PALACIO DE GOBIERNO DONDE SE SIRVIÓ EL BANQUETE.

charros, agricultores, empleados del comercio y de la banca y obreros. Los peones vestían blusas azules y rojas, llevando al hombro sus instrumentos de trabajo.

Una de las cosas que más llamó la atención durante el desfile, fué el carro de la Paz, que aparece en uno de nuestros grabados y en el cual se veía un buen retrato del Sr. Presidente. Además, hubo otros carros alegóricos, notables por el buen gusto con que estaban adornados.

En esta manifestación tomaron parte todos los establecimientos industriales y comerciales más importantes; las negociaciones agrícolas, el Colegio Civil y algunos planteles y oficinas dependientes del Gobierno.



La serie de brillantes festejos organizados en honor del Sr. Presidente de la República, se cerró el día veintiuno con una lucida Kermesse efectuada por la noche en el Teatro Iturbide. El decorado del local fué de muy buen gusto, y los «puestos» estuvieron á cargo de las más destinguidas familias. El Sr. General Díaz y su señora esposa, que honraron el festival con su presencia, se retiraron de allí pasada media noche, mostrándose muy satisfechos de las atenciones de que habían sido objeto.



QUERETARO.—ASPECTO DE LA ENTRADA Á LA FÁBRICA DE HÉRCULES AL LLEGAR EL SR. PRESIDENTE.

⁂

Para concluir, agregaremos que tanto el Sr. Gobernador de Querétaro como los vecinos de la población, hicieron todo cuanto estuvo de su parte para que las fiestas resultaran dignas de su ilustre huésped, demostrando de esta manera su adhesión y simpatía al hombre que ha consagrado al servicio del país los mejores años de su vida.

DE MOORE

En el silencio de la medianoche,
Cuando los astros lloran en los cielos,
Al valle voy, al solitario valle
Que tanto amamos en felices tiempos,
Cuando en los ojos tuyos
Irradiaba la vida, y allí pienso
Que si volver pudieran de lo alto
A la tierra las almas que se fueron,
Si pudieran volver a los lugares
Donde soñaron amorosos sueños,
A mi lado vendrías,
Vendrías á decirme tu secreto:
Que nuestro amor recuerdas,
Que no lo olvidas ni en el mismo cielo.

Y canto entonces la canción sencilla
Que cantábamos ambos otro tiempo,
Cuando formaban nuestras voces una
De la noche callada en el misterio.
Mi triste canto rueda por el valle,
Y al devolverlo el eco,
Me finjo que es tu voz, tu voz amada,
Que responde á mi voz, desde los cielos.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS



QUERETARO.—EL SR. GRAL. DÍAZ PRESENCIANDO LA MANIFESTACIÓN POPULAR.



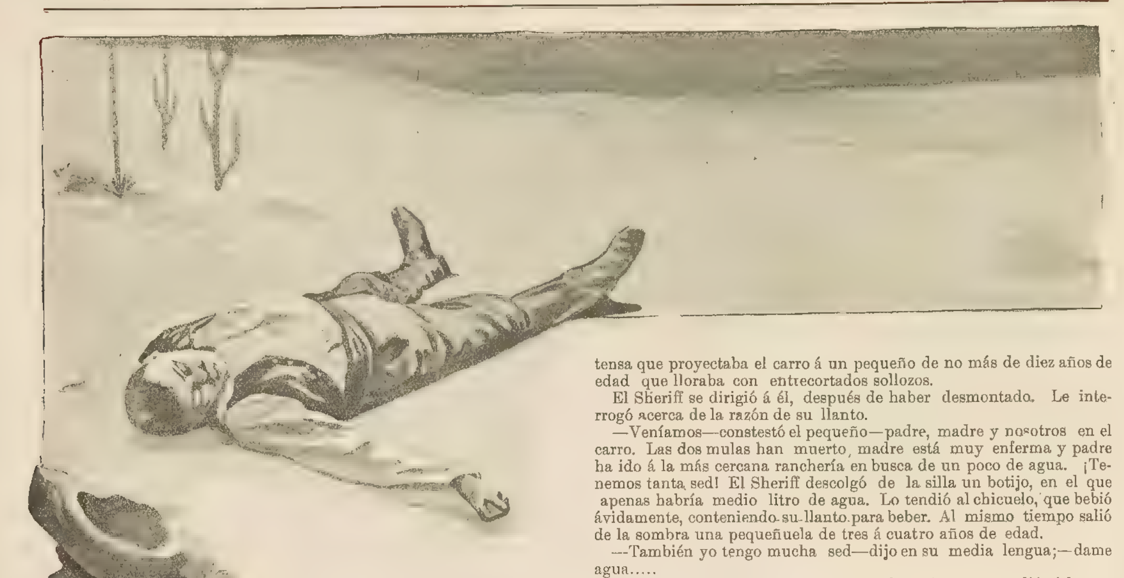
Postales

Con las radiantes facetas
de tu edad primaveral;
das color á las paletas,
estrofas á los poetas
y esplendor al ideal!



Feliz el poeta fuera,
si al bogar con frágil leño,
la góndola del ensueño
naufragara en tu ribera.

R. BENAVIDES PONCE.



La Navidad de un Bandolero

Por el desierto enorme y calizo, lenta y trabajosamente, dos hombres caminaban llevando á sus cabalgaduras al paso. Los dos vestían la típica indumentaria de los rancheros del Oeste Tejano: amplios sombreros de color gris, con faldas caídas sobre los ojos y hacia la nuca; pantalones de cuero de gamuza, cerrados á lo largo de las piernas por medio de cadenillas metálicas; espuelas formidables, incrustadas de plata; cinturones de cuero resistente, con pistoleras á ambos lados, y blusas de telas de algodón, atadas á la cintura por medio de un nudo, y al cuello por un broche de plata.

Uno de ellos llevaba las manos amarradas de tal modo, que solamente podía retener las riendas entre los dedos. El otro, más viejo, menos pobremente vestido, llevaba dos pistolas enormes, mientras que las dos pistoleras del primero iban vacías.

Había caído la noche por completo. Primero el sol disminuyó sus fulgores, lanzando larguísimos rayos, paralelos casi á la extensión inmensa del desierto; después la sombra, una sombra especial, violácea, pegajosa, fué recorriendo, á partir del oriente, la llanura hasta que el horizonte entero se perdió en la lejanía, y las estrellas surgieron, nítidas, claras, tremuladoras, llenas de un fuego dorado, especial de los sitios donde la atmósfera, caldeada por el Sol, se dilata y enrarece. Los dos hombres deberían saber á conciencia su camino, pues no titubeaban en medio de la innumerable cantidad de pequeñas veredas, apenas señaladas en el suelo alcalino y blanquísimo. El silencio era profundo, absoluto, como lo es en los lugares muy distantes de las congregaciones humanas, donde ningún rumor, por pequeño que se considere, llega á turbar la soledad y el misterio.

Caminaban silenciosos. Súbitamente un ruido llegó lejanísimo, atenuado, vago, indeciso. Parecía un lamento infantil, un grito ahogado, un sollozo.

—¿Quién puede estar en el desierto en esta noche y á estas horas?—preguntó el mayor de los dos hombres.—Me parece el llanto de una criatura ó de una mujer.

—No, contestó el otro, -no creo lo mismo, Sheriff; más me inclino á suponer que sean coyotes. Los coyotes, en esta estación, se encuentran desprovistos de alimentos y recorren la pradera en todas direcciones, lanzando, especialmente por las noches, sus ahogados gritos...

Nada contestó el Sheriff. Pero cuando á lo sumo habían recorrido cien pasos, volvió á percibirse, esta vez con toda claridad, el llanto de una criatura.

Entonces el Sheriff se levantó sobre los estribos para percibir á distancia mayor. Se colocó la mano en forma de visera y lanzó una mirada interrogadora á todos los rumbos del horizonte. A lo lejos, en una altiplanicie insignificante que se levantaba apenas uno cuantos pies sobre el nivel del desierto, se percibían algunas formas vagas, y una pequeña luz parpadeante parecía próxima á extinguirse.

Hacia allá fueron los dos hombres. Un carro viejo y polvoso, sin animales de tiro, había quedado hundido en uno de los muchos baches que por dondequiera surcaban el desierto; una pequeña estufa de campo quedaba aún encendida junto, y bajo del carro, dos pequeños se apretaban, llorando contra una mujer, al parecer dormida.

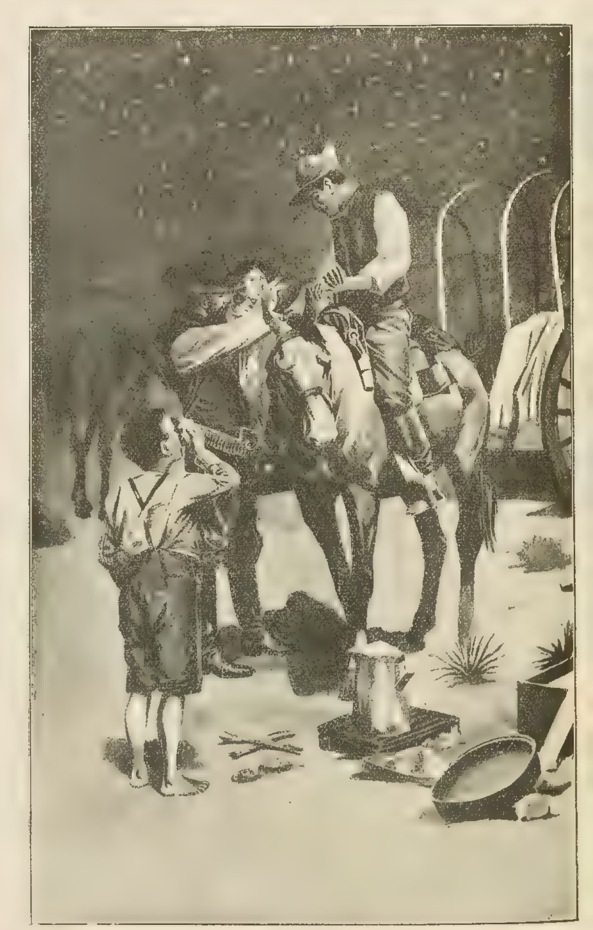
La llegada de los dos hombres á caballo hizo salir de la sombra intensa que proyectaba el carro á un pequeño de no más de diez años de edad que lloraba con entrecortados sollozos.

El Sheriff se dirigió á él, después de haber desmontado. Le interrogó acerca de la razón de su llanto.

—Veníamos—constestó el pequeño—padre, madre y nosotros en el carro. Las dos mulas han muerto, madre está muy enferma y padre ha ido á la más cercana ranchería en busca de un poco de agua. ¡Tenemos tanta sed! El Sheriff descolgó de la silla un botijo, en el que apenas habría medio litro de agua. Lo tendió al chicuelo, que bebió ávidamente, conteniendo su llanto para beber. Al mismo tiempo salió de la sombra una pequeñuela de tres á cuatro años de edad.

—También yo tengo mucha sed—dijo en su media lengua;—dame agua.....

El hermano desprendió de sus labios la botija, que tendió á la pequeña. Mientras, el Sheriff había ido á buscar debajo del carro; había encendido un fósforo, con el que prendió fuego á una rama resinosa. Recorrió en todos sentidos el improvisado campamento. Repentinamente salió un grito ahogado, de bajo la sombra del carro.



—Billy, la mujer está muerta! El Sheriff salió con los ojos grandemente dilatados; con la expresión del terror en su semblante.

***

No pudieron el Sheriff y Billy saber los detalles del drama que acababan de descubrir. Seguramente la pequeña caravana había salido de una ranchería; había caminado por el encandecido desierto; los animales, faltos de agua, habían perecido, y la mujer, enferma ya, había muerto sin asistencia en medio del infinito desierto, al lado de los pequeños, que no se daban cuenta de su inmensa desgracia.

Billy tenía buen corazón. Había matado, era cierto, á varios de los policías de los pueblos que lindan con el desierto; pero lo había hecho en un momento de borrachera. Cuando el Sheriff, después de varios días de caza, le dió alcance en una queb.a la del desierto, se rindió sin hacer fuego sobre aquel hombre, á pesar de que sabía que tal cosa era entregarse con los brazos cruzados á la muerte.

Al recoger á los dos pequeños, el Sheriff desató las manos de Billy, después de que le hubo hecho prometer que no escaparía. Cada uno de ellos tomó á una de las criaturas, después de abandonar el pobre campamento y habiendo enterrado á la muerta, y volvieron á emprender el camino cuando ya en el Oriente despuntaban los primeros fulgores de la aurora, pálida, amarillenta, significando un día de calor espantoso.

***

Al medio día, los hombres habían avanzado hasta la región más árida del desierto, con los rayos del sol en las espaldas. El calor había aumentado formidablemente, y los caballos se resentían ya de una marcha en tales condiciones, sin agua y de varios días.

Billy llevaba con sumo cuidado sobre la silla á la pequeña, que, después de llamar varias ocasiones á la madre, había terminado por dormirse. Billy se transfiguraba por el cariño. Parecía un padre de familia amoroso que cuidaba de todas las pequeñas comodidades que, en estas circunstancias, era dable ofrecer á la chiquilla. Nadie, al verlo, hubiera supuesto que era el bandolero formidable que había aterrorizado, por espacio de varios meses, la región entera.

Por cada yarda que trabajosamente avanzaban los caballos, la fatiga en ellos y en los hombres crecía de manera palpable. El Sheriff, recordando que Billy no bebía desde por la noche, le tendió el botijo:

—Billy, no has bebido desde hace veinte horas. Debes estar abrasado por la sed. Toma un trago.

—Mejor para los pequeños. Al despertar, seguramente llorará de hambre la chica y habrá que darle algo......

Y no fué posible hacerle beber, á pesar de que se marcaban en su rostro extenuado los signos de la sed que lo devoraba.

—Si logramos hacer la jornada debidamente—dijo el Sheriff,—al amanecer habremos llegado al lugar más seguro. Podremos encontrar agua para las bestias y para nosotros. Podremos descansar en la sombra, por algunas horas quizá.

—La Noche Buena no será precisamente tal para nosotros—contestó Billy.—Para mí será quizá la última.

—No; yo iré al jurado y diré lo que he visto y lo que has hecho. De no ser ésta mi estricta obligación, al llegar á la primera ranchería, te daba libertad absoluta.

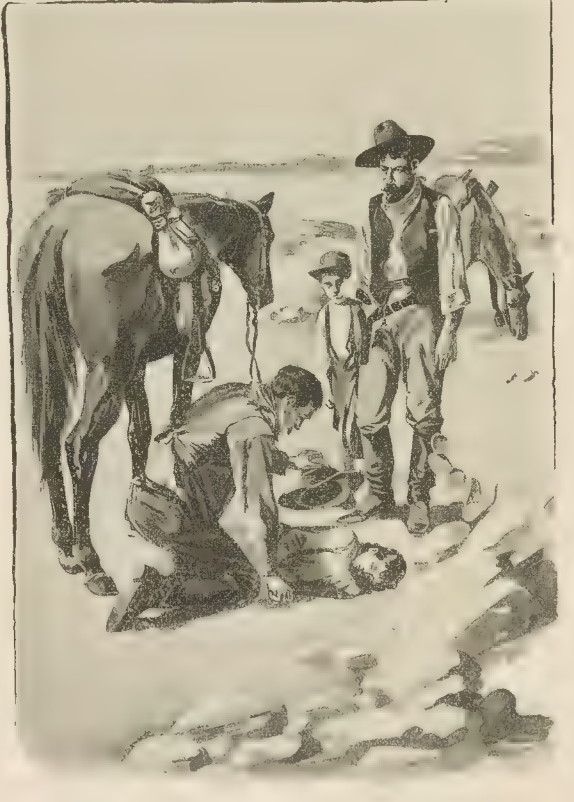
Nada contestó Billy. La pequeña parecía despertarse; el calor era espantoso. Ni un átomo de aire se movía en la atmósfera, y la blanca arena reflejaba los intensos rayos de un sol implacable. El cielo, de un azul profundo, no ofrecía ni la más pequeña esperanza de una nube.

La chiquilla despertó llorando, al tiempo que el caballo de Billy se desplomaba súbitamente. El ágil ranchero supo caer de pie con la niña en los brazos.

Con sumo cuidado la colocó en el suelo, cubriéndole el sol con las alas de su amplio sombrero, sin cuidarse de que en sus espaldas caía como lluvia de plomo el calor. La pequeña sollozó todavía algún tiempo, para seguir durmiendo piácidamente bajo la sombra protectora del sombrero del bandido.

El Sheriff, comprendiendo lo que aquel incidente significaba, procedió desde luego á verter entre los belfos del caballo extenuado algunas gotas de agua. Todavía tuvo la noble bestia fuerzas suficientes para levantarse. Parecía agradecer con sus miradas el favor que se le hacía. Pero el agua del botijo quedó reducida á unas cuantas gotas. La situación se hacía cada vez más desesperada.

***



Poco, muy poco habían avanzado los caballos cuando murió el sol y sopló sobre el desierto el primer viento refrescante de la noche. Los caballos parecieron reanimarse al sentir el fresco, muy relativo, de aquella ráfaga de aire.

El ceño del Sheriff estaba arrugado. Se comprendía que el rudo hombre, avezado á los trabajos, nunca se había encontrado en presencia de aquella situación desesperante.

Las estrellas volvieron á encenderse. Pareció á los dos hombres que deberían dar algún descanso á los caballos, ya que el agua estaba consumida por completo. Pero quisieron avanzar lo más que en la noche les fuera posible, única esperanza que aún quedaba de poder llegar á la mañana siguiente á las primeras rancherías.

Los dos pequeños estaban demasiado cansados para ello. Así lo comprendían el Sheriff y Billy, mientras discutían lo que debían hacer en tales aprietos. La pobre bestia que había logrado reanimarse un momento anteriormente, cayó de nuevo; pero en esta ocasión, muerta.

La última esperanza desaparecía así. Los dos hombres durmieron á los pequeños, dándoles por cama los arneses mismos del pobre caballo. Después se retiraron á deliberar á cierta distancia.

Con un solo caballo, era absolutamente imposible que siguieran el viaje. Solamente hubiera podido seguir uno de ellos. Pero el que quedara debía sacrificarse, pues su muerte era segura al día siguiente.

Los dos niños y el que con ellos marchara, solamente podrían alcanzar los primeros sitios poblados despues de un día de marcha, si el caballo podía resistir tanta fatiga.

La noche culminaba ya. Billy recordó por segunda vez que era aquélla la noche misma en que los cristianos, repartidos en el mundo entero, recuerdan con grandes fiestas el nacimiento del Niño Dios, en los pesebres de Belem. Por algunos momentos permaneció silencioso, con la vista clavada en uno de los accidentes del terreno. Súbitamente pareció reanimarse. Puso la mano en el hombro del Sheriff y le dijo:

—Dadme la pistola. Los pequeños podrán mañana quedar á salvo. El Sheriff debe volver á su pueblo. Yo soy el único que aquí está de sobra.

Casi maquinalmente, sin darse cuenta exacta de ello, el Sheriff dejó que el bandido cogiera el arma. Después Billy se dirigió á los pequeños, que á corta distancia dormían plácidamente.

El niño despertó. Billy estaba ante él. Besó el bandolero á la chiquilla, que repetía en sueños el nombre de la madre muerta; tomó al pequeño en sus brazos diciéndole:

—¿Te acuerdas de las noches de Navidad? Hoy es una de ellas. Hoy en los pueblos celebran el nacimiento del Niño Dios. Di: «que Dios bendiga el alma de Billy».

—Que Dios bendiga el alma de Billy—dijo la criatura.

— Bueno; ahora vas á decir lo mismo: «que Dios bendiga el alma de Billy», hasta que vuelvas á dormirte.....

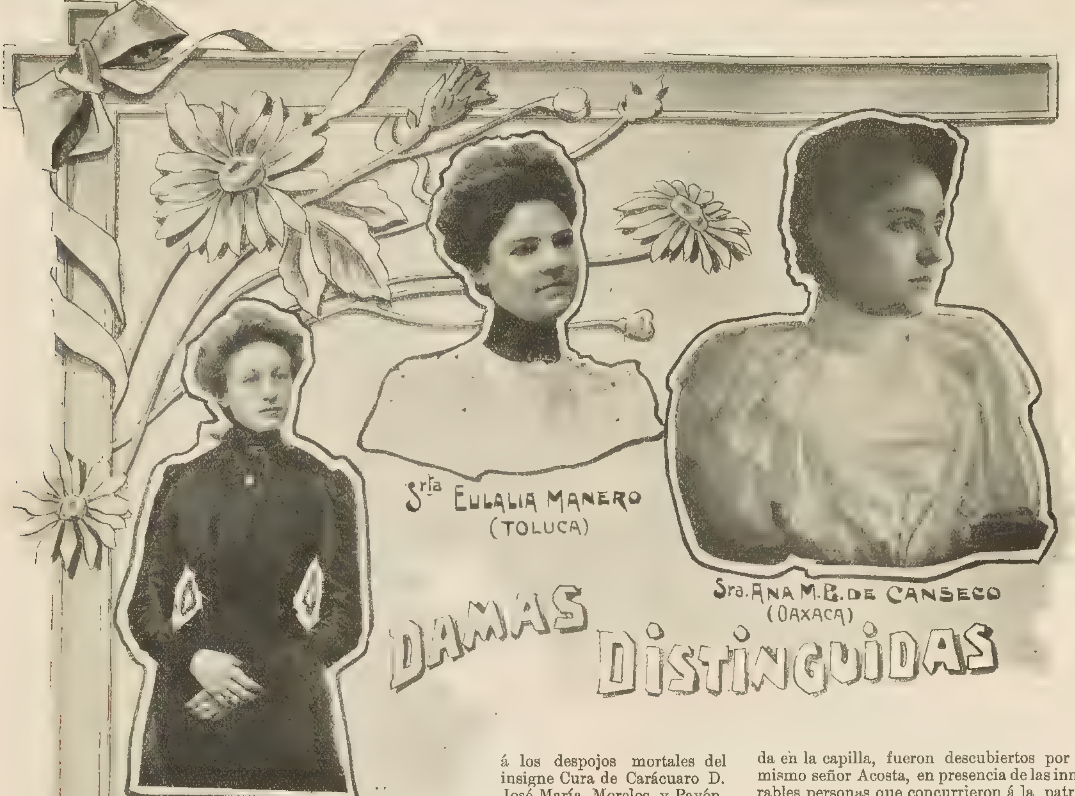
Y se retiró rápidamente. El pequeño, que aún no despertaba bien, brincó al escuchar la detonación cercana de un pistoletazo.

—¿Qué pasa?—interrogó ansiosamente, intentando incorporarse.

El Sheriff estaba á su lado, llorando. Y aquel llanto en el rostro cetrino del robusto ranchero, era de una infinita angustia; era la expresión de una inmensa desventura, en aquella noche sin límites......

Arreglo del Inglés para "El Mundo Ilustrado."





En Honor de Morelos

La ceremonia que año por año organizan algunas sociedades mutualistas para conmemorar el fusilamiento del ilustre caudillo de la Independencia Don José María Morelos, revistió, en esta ocasión, un lucimiento muy poco común; pues aparte de que el número de personas que asistieron al acto fué mucho mayor que en otras ocasiones, la circunstancia de haberse descubierto ese día el monumento erigido á la memoria del héroe, por iniciativa del señor Cura de Ecatepec, Don Francisco Escartín, hizo que la manifestación resultara verdaderamente solemne y conmóvedora.

El tren destinado á conducir á los invitados, partió de la estación de Peralvillo á las ocho de la mañana, hora en que los distintos carros de que se componía, eran ya insuficientes para contener mayor número de personas de las que los ocupaban. Entre éstas, vimos á multitud de obreros pertenecientes á las agrupaciones mutualistas, algunas familias y varios particulares.

El acto oficial fué presidido por el señor Don Alfredo N. Acosta, Jefe Político de Tlalnepantla, y consistió, principalmente, en la recitación de poesías alusivas á la ceremonia, y en la ejecución de algunas piezas musicales por la banda de Zapadores.

Concluído este acto, la brigada que envió á Ecatepec la Secretaría de Guerra con el objeto de que tomara parte en la manifestación, desfiló en columna de honor hasta situarse frente á la capilla donde se levanta el monumento á que antes nos referimos. Este es muy sencillo y ostenta sobre una lápida de mármol la siguiente inscripción:

«En este lugar se dió sepultura eclesiástica á los despojos mortales del insigne Cura de Carácuaro D. José María Morelos y Pavón. Grande entre los grandes y máximo entre los mayores.—Diciembre 22 de 1815.—A. N. A.—F. E. y amigos.—Diciembre 22 de 1903».

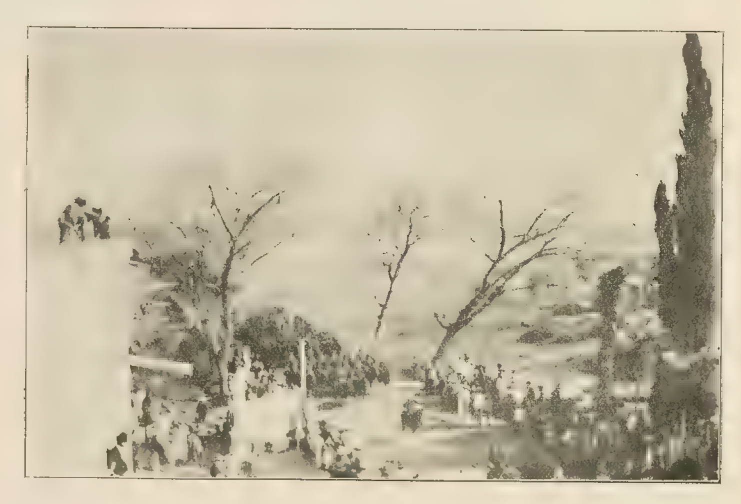
En el muro oeste de la capilla, se encuentra una placa, también de mármol, que dice: «1903.—Siendo Gobernador del Estado el Liberal y Patriota General Don José Vicente Villada, se erigió este humilde monumento á la memoria del héroe más grande de nuestra Independencia, Don José María Morelos y Pavón.—A. N. A.—F. E.»

Tanto el monumento como la placa colocada en la capilla, fueron descubiertos por el mismo señor Acosta, en presencia de las innurables personas que concurrieron á la patriótica manifestación.

Los representantes de las agrupaciones mutualistas depositaron al pie del monumento hermosas coronas de flores naturales.



Como un detalle curioso, diremos que entre los invitados á la fiesta se encontraba el señor Don José María Morelos, sobrino del héroe insurgente. Además, haremos constar que todos los vecinos de Ecatepec, deseosos de que para el día de la ceremonia estuviera reparado completamente el atrio del templo parro-



EN HONOR DE MORELOS.—DESFILE DE SOLDADOS FRENTE AL LUGAR DONDE FUÉ FUSILADO EL HÉROE



SAN CRISTOBAL ECATEPEC. — LA PARROQUIA.

quial, donde yacen las cenizas del caudillo, se subscribieron gustosos para costear la construcción de la barda de piedra que limita el mismo atrio, agregándole dos elegantes portadas.

Los Tres Lutos

Cuando el mancebo partió á la guerra
de él despidiéronse lacrimosas,
su triste madre, su pobre hermana,
y su doliente pálida novia.

En su caballo de blancas crines
á la carrera partió el mancebo;
las tres mujeres, inconsolables,
¡ay! lo esperaron por mucho tiempo.

Sin el jinete que fué á la guerra
volvió el caballo de blancas crines,
y por su dueño le preguntaron
á un mismo tiempo las infelices.

—Una certera, traidora bala
le abrió en el pecho sangriento surco.
Corre—él me dijo—dile á mi madre,
hermana y novia, que estén de luto.

El de la novia duró tres meses;
el de la hermana duró tres años;
el de la madre......... duró hasta el día
que al cementerio se la llevaron!

B. Birne.

El sentimiento de la dignidad no excluye la jovialidad: un poco de sal no daña á la razón. Loliée.

*

¡Cuánto nos place la aristocracia cuando tenemos alguna probabilidad de figurar entre ella.—Valtour.

La necesidad de variación, tan natural al hombre, no produce indispensablemente el progreso: también puede considerarse como variación el retroceso. —Valtour.

*

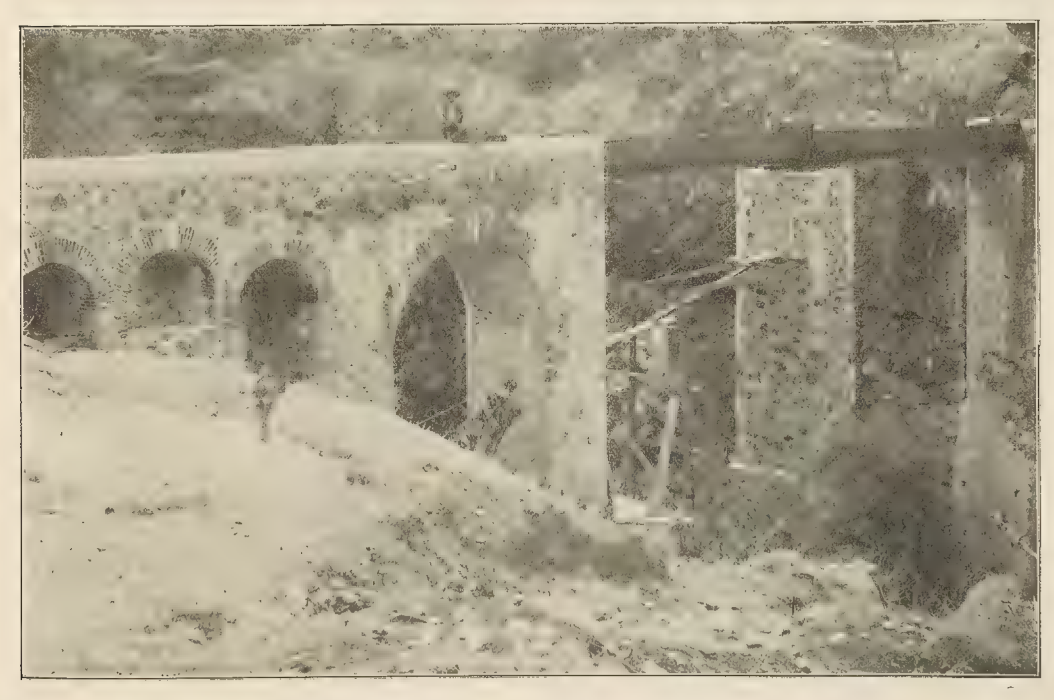
Los revolucionarios de profesión, son verdaderos parricidas y fratricidas.—Evangile.

*

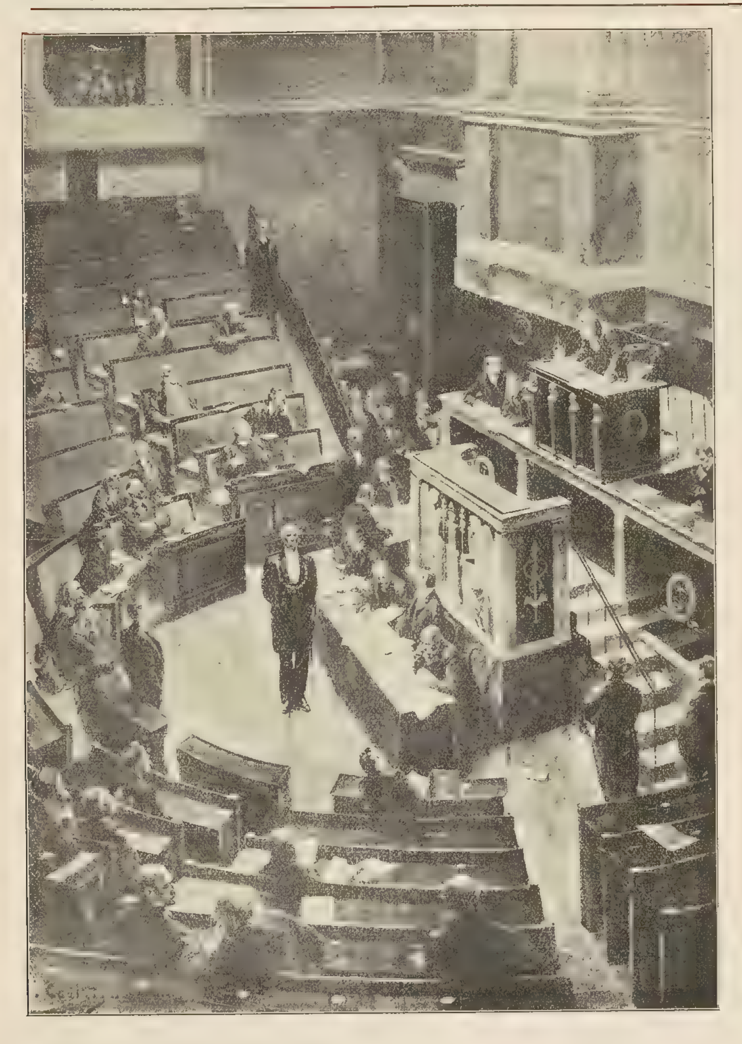
Es muy difícil hallar esposa que nos haga felices; pero más difícil aún es hallar un «amigo», en la rigurosa acepción de esta palabra. —Evangile.



EL JEFE POLÍTICO DE TLALNEPANTLA, DESCUBRIENDO EL MONUMENTO ERIGIDO Á MORELOS EN ECATEPEC.



NUESTRO PAIS.—Acueducto del Papayo (E. de Morelos).



LA SESIÓN DEL PARLAMENTO FRANCÉS, EN HONOR DE LOS VISITANTES BRITÁNICOS.

MEDIANOCHE

Ninguna melodía humana dice al espíritu tan hondas palabras como los profundos rumores de la medianoche. Quien los haya oído intensamente, conoce la voz del infinito.. la voz de la sombra y de la muerte....... la voz de nuestro pasado, que solloza en el misterio.

En esa hora solemne las formas de la materia se revisten de un insólito valor.

Todo yace inmóvil, todo calla bajo el cielo constelado. Sólo se oyen vagos murmullos que el oído recoge, á veces, como si fueran formidables estruendos: quejas, suspiros, ecos, voces de agonía ó de pena, más imponentes que el derrumbamiento de una montaña en pleno día... .....

Duermen los seres y cosas. Una hoja seca en alas del viento pasa revolando por un claro de luna. Las luciérnagas verdes erran como almas......

—Triste es la vida— dice el agua del surtidor.

Triste es recordar el antaño luminoso, la caricia materna, la amada de frescos labios carmesíes. Todo pasa, todo se acaba......sólo vive el recuerdo para torturarnos......

—Triste es la vida dice el viento con extraña quejumbre.

La gloria, el amor, todas las formas del placer y la ilusión, pasan fugaces como el perfume de las rosas, se extinguen como una melodía gemidora. La juventud es una ardiente música que va haciéndose monótona como una vieja canción repetida á la caída de la tarde. Pronto cae la nieve sobre los cabellos, y el hastío sobre las emociones; y ninguna belleza terrena es capaz de poner una sonrisa sobre el espíritu moribundo.

Y el alma de la medianoche repite con sus múltiples ruidos, pavorosos y elocuentes:

—Triste es la vida, y amargo el recuerdo del risueño pasado.

Todo desaparece bajo la tierra. Nada perdura. Descendamos al abismo de la melancolía y de la muerte y aneguemos los viejos ensueños en la amargura de nuestras últimas lágrimas......

Porque todo muere tristemente y las bellas cosas de la tierra pasan como el perfume de las rosas, como las nubes, como las quejumbres del viento, como las suaves voces del surtidor, que nos hablan de olvido y de eternidad.

Froilán Turcios.



NOTAS EXTRANJERAS

Una de las notas más agradables que de la vieja Europa nos llegan, se refiere á la recepción que en París se ha dispensado á los miembros de la Cámara de los Pares y de los Comunes, en Londres, que han ido á la capital de Francia á pagar á sus colegas, los diputados franceses, la visita que previamente les habían hecho éstos en Londres.

Este cambio de cortesías parlamentarias, ha sido la natural y lógica consecuencia de la aproximación amistosa que ha habido entre los dos gobiernos de Francia y del Reino Unido.

El Rey Eduardo VII, entendiendo bien cuál es la necesidad política del actual momento histórico, y apenas ascendido al trono de sus mayores, ha ido á varias de las cortes de Europa á visitar á los soberanos, y ha estado en París, donde el Gobierno y el pueblo franceses le han recibido de una manera tan cortés como sinceramente fraternal.



LA INUNDACIÓN DE SAN PETERSBURGO.

LA CRECIENTE DEL NEVA.—LAS CALLES INUNDADAS.



LA EXPEDICIÓN DE SOMALILANDIA.

A causa de este acto, el Rey Eduardo propuso, y el Gobierno de Francia aceptó, que se formara un tratado de arbitramento entre los dos países, que fué debidamente ratificado por los dos Parlamentos.

Con motivo de este suceso, digno seguramente de fausta celebración, los miembros franceses de la Comisión Parlamentaria que aprobó el proyecto de tratado, fueron á Londres, donde los recibió galantemente la Comisión británica que formó el proyecto mismo y que ratificó el documento arbitral, una vez que estuvo listo para ello.

Ahora son los miembros del Parlamento inglés los que visitan á sus colegas de Francia. Excusado será decir que las fiestas que se han celebrado con este motivo en la capital más cortés y más galante del mundo, han estado espléndidas.



EL F. C. TRANSIBERIANO EN CHAI-KUAN.

De entre ellas la que más ha llamado la atención, ha sido la recepción ofrecida en el Palacio del Elíseo á los distinguidos «gentlemen», y en la que todo lo que de notable encierra la capital francesa, se dió cita. Se notó especialmente que la colección de trajes de corte y de brillantes uniformes de los concurrentes, presentaban un aspecto eminentemente hermoso y decorativo. Tanto ha sido así, que se ha ordenado que uno de los artistas más famosos haga la reproducción de la escena, al óleo, para que figure en las galerías del Gobierno.

***

La inundación de San Petersburgo ha sido tan súbita como natural. La capital rusa se encuentra precisamente sobre el lecho del río Neva, y á la latitud, demasiado elevada, á que se la edificó, el agua se congela con la llegada de los primeros vientos del invierno.

Es la congelación de las aguas de invierno la que ha provocado en esta ocasión la repentina inundación de la Ciudad de Pedro el Grande. Los perjuicios que tal inundación ha causado, son muchos y de mucho valor, y el Gobierno moscovita se ha visto precisado á hacer por su cuenta la reparación de muchos de los desperfectos causados por el elemento.

Se afirma, ahora que se ha visto ya de lo que es capaz el Neva cuando el invierno se adelanta algo, que el Gobierno ruso va á poner en planta un viejo plan que le ha sido sugerido, para librar á la ciudad en lo sucesivo de posibles contingencias desagradables.

Damos unos grabados, tomados de fotografía, que demostrarán á nuestros lectores cuán grande ha sido el desastre en la capital moscovita.

***

Todavía se agita en las cancillerías más importantes de Europa la debatida cuestión de Mandchuria. Parece que en esta ocasión los rusos y los japoneses encuentran demasiado duro ceder en sus demandas, y que el embrollo tiene fases en las cuales no se había pensado en un principio.

Colocados Rusia y el Japón en situaciones disímbolas, pero con intereses muy semejantes en la misma región, la cuestión de Extremo Oriente ha sido el natural y forzoso resultado. De tiempo atrás se acudía á ciertos paliativos que, lejos de evitar el choque, lo posponían solamente; pero hasta hoy, parece que la diplomacia ha fracasado, cuando menos en parte de las negociaciones.

Es de esperarse, sin embargo, en beneficio de la paz universal, que ni el Imperio del Sol Naciente ni la vieja Patria de los Czares se entreguen á la aventura de una guerra, cuyas consecuencias inmediatas quizá alguien haya previsto, pero que de cierto nadie puede aventurarse á profetizar cuáles serían las consecuencias lejanas.

***

En Africa siguen preparando los ingleses la futura expedición que ha de aplastar la ya larga soberanía del loco Mullah. Para ello han pensado en hacer la expedición dotándola de todos aquellos elementos que faltaron en la estación pasada. El fracaso que sufrieron las fuerzas de Su Majestad británica, que carecían de medios de transporte y de agua en aquellas abrasadoras regiones, seguramente que ha de haber servido para que hoy se muestren más cautos los jefes militares.

A grado tal llega la sequedad y aridez de la zona, que se ha dispuesto que los expedicionarios lleven á lomo de camello el agua potable de que han de hacer uso durante la marcha. En estas condiciones se explica fácilmente la causa del anterior fracaso y el porqué de la insolente actitud que ha asumido el loco Mullah.



CULTO PERDURABLE

En vano con estólida ironía
Tu voz escucha el Siglo decadente:
Siempre ante ti me postro reverente,
¡Oh augusta, sacrosanta poesía!

Al declinar del enojoso día,
Pon, tú también, un ósculo en mi frente;
Adormece mi espíritu doliente!
Embriágame en tu mágica ambrosía!

Jamás me apartaré de tus senderos
Por el oro, el deleite ó los honores,
Como mis inconstantes compañeros.

De tu Ideal Enseña, desertores......
¡Mis amores, Deïdad, fuiste primeros,
Y tú serás mis últimos amores!

NUMA P. LLONA.



Poemitas en Prosa

I

CUANDO amor viene á mi jardín—El camina con ese paso leve y redondo de los talones rosados—Las lilas desmayan y las altivas rosas inclinan sus corolas—Las hiervas yerguen sus tallos y las campánulas se mecen voluptuosas—Los mirtos jóvenes con sus hojas reverberantes suspiran, suspiran....... Cuando amor pasa junto á mí......

II

Cuando amor deja mi jardín, triste—Los pétalos mórbidos palidecen y caen—Los jazmines mueren en su último efluvio de perfume—Y los orquídeas, como montón de ninfas, se desmayan sobre el muro......

III

Dulce amor, permanece en mi jardín—Descansa en las sombras de las rosas—Duerme en el fondo de las campánulas—Las violetas serán tus damas y los nardos tus donceles—Canta los rondeles de la Dicha Eterna, viviendo en un eterno plenilunio—Haz de cada estación una primavera—Y haz—oh Dulce Ansiado—de cada mes un permanente y floreal mayo......

FRANCISCO GARCIA CISNEROS.



El único secreto seguro es el que no se confía absolutamente á nadie.—ERFÁHRUNG.

*

¡Cuán singularmente grato es á mi alma el cariño de un inocente!: cuando un pequeñuelo me sonríe y me acaricia, creo ver en él un serafín que me dice en nombre del Señor: te doy mi bendición para que seas muy venturoso.—AIVER.



EMPLEADOS CHINOS DEL F. C. DE SIBERIA.



UN CANTAR DE NOCHE BUENA.

En la Muerte de Lesbia

Era Lesbia la niña más hermosa
que en aquella comarca deliciosa,
perenne amor de mirlos y turpiales,
entre flores y cánticos reía;
más tierna que la flébil armonía
que al són de los torrentes y raudales
al viento da la rústica zampoña;
más pura que del árbol que retoña
y de opulentos ramos se engalana,
el aroma inebriante y exquisito
que á la primera luz de la mañana
sube como el incienso á lo infinito.

En el país de Italia,
en la tierra inmortal de Fornarina,
ó allá donde Castelia
fué inspiración y música divina,
bien pudo Lesbia, envidia de las rosas,
de los blancos jazmines y los nardos,
en estrofas galantes y armoniosas
oír el dulce aplauso de los bardos.

Rasgados y risueños,
derramaban sus ojos brilladores
relámpagos de ensueños,
regocijos de cándidos amores,
dulcísimas miradas
y destellos de alegres alboradas.

Era su voz la ardiente melodía
con que saluda el ave en la ribera
de las olas la ronca sinfonía
y el eterno esplendor de primavera;
vibrante voz de oro,
amable como un cántico sonoro;
serena voz del cielo,
que daba al corazón almo consuelo;
y suspiros, y aromas y sonrisas
volaban de sus labios seductores,
como vuelan del cáliz de las flores,
al soplo de las brisas,
mil enjambres de insectos zumbadores.

El oro de los astros nunca tiene
más esplendor que sus divinos ojos,
ni el agua de la fuente de Hipocrene,
resonante, feliz, gloriosa y pura,
más que sus labios rojos
fragancia virginal y alma frescura.

¿Qué bucles como aquellos
del sedoso raudal de sus cabellos?
¿Qué risa más sonora y regalada
que aquella de su boca inmaculada?
¿Qué nieve refulgente,
ni espuma de la onda cristalina,
más cándida y divina
que la pureza intacta de su frente?

¡Oh Lesbia, oh Lesbia hermosa cual ninguna,
oh rústica azucena
dorada por los rayos de la luna
y de fragancias virginales llena!

En la sin par blancura
de su mejilla tersa y delicada,
ostentaba el matiz con que la rosa
atrae á la pintada mariposa
á que libe su miel temprana y pura
debajo de la eglógica enramada;
y al eco de su charla peregrina,
más fresca y más sonora
que la explosión de trinos de la aurora,
suspiraban la sílfide y la ondina,
abrían los rosales
con intenso placer sus flores rojas,
y á músicas y á fiesta
se entregaban al són de los raudales
el aura tibia, las brillantes hojas
y el arado cantor de la floresta.

Mas cuando al sol con venturoso alarde
sus divinos encantos descogía,
alba como la estrella de la tarde,
alegre como el día,
más dulce que las uvas moscateles,
más bella que las rosas,
cantada por la sacra Poesía
y ensalzada por flautas y rabeles
en aquellas comarcas numerosas,
sin vida, sin aliento, inanimada,
cayó en lo hondo del sepulcro frío,
como la flor de esencia delicada
á los ardientes soplos del estío.

Por eso cuando el aura vagarosa,
en sus revueltos giros,
circula entre las tumbas solitarias,
se oyen sonar en torno de la fosa
de aquella niña hermosa,
la voz de los suspiros
y el solemne rumor de las plegarias.

GONZALO PICON FEBRES.

*

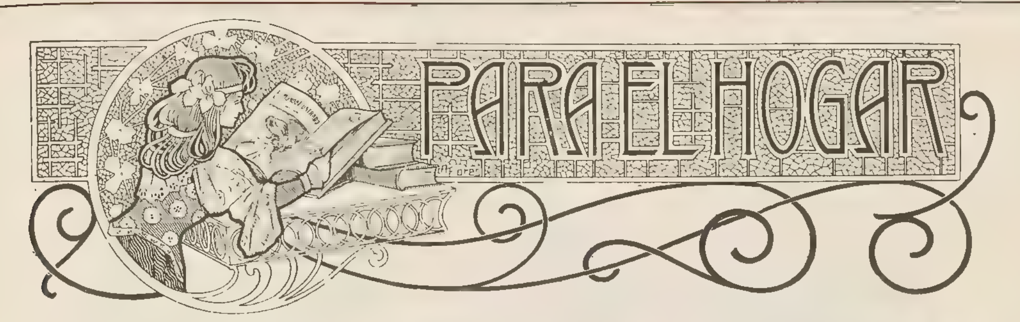
La primera mitad de la vida la pasamos deseando que llegue la segunda; y la segunda, echando de menos la primera.



NUESTRO PAIS.—LA CIUDAD DE COLIMA, VISTA DESDE LA PLAZA PRINCIPAL.



Estudio Fotográfico. F. Torres.



GOLPE DOBLE.

Al abrir la puerta de su barraca, encontró Sento un papel en el ojo de la cerradura.

Era un anónimo destilando amenazas. Le pedían cuarenta duros y debía dejarlos aquella noche en el horno que tenía frente á su barraca.

Toda la huerta estaba aterrada por aquellos bandidos. Si alguien se negaba á obedecer tales demandas, sus campos aparecían talados, las cosechas perdidas y hasta podía despertar á media noche sin tiempo apenas para huir de la techumbre de paja, que se venía abajo entre llamas y asfixiando con su humo nauseabundo.

«Pimentó,» que era el mozo mejor plantado de la huerta de Ruzafa, juró descubrirles y se pasaba las noches emboscado en los cañares, rondando por las sendas, con la escopeta al brazo; pero una mañana lo encontraron en una acequia con el vientre acribillado y la cabeza deshecha.... y adivina quién te dió.

Hasta los papeles de Valencia hablaban de lo que sucedía en la huerta, donde al anochecer se cerraban las barracas y reinaba un pánico egoísta, buscando cada cual el salvarse, olvidando al vecino. Y á todo esto, el tío Batiste, alcalde de aquel distrito de la huerta, echando rayos por la boca cada vez que las autoridades, que le respetaban como potencia electoral, hablábanle del asunto; y asegurando que él y su fiel alguacil, el «Sigró,» se bastaban para acabar con aquella calamidad.

A pesar de esto, Sento no pensaba acudir al alcalde. ¿Para qué? No quería oír en balde baladronadas y mentiras.

Lo cierto era que le pedían cuarenta duros, y si no los dejaba en el horno, le quemarían su barraca, aquella barraca que miraba ya como un hijo próximo á perderse: con sus paredes de deslumbrante blancura, la montera de negra paja con crucecitas en los extremos, las ventanas azules, la parra sobre la puerta como verde celosía, por la que se filtraba el sol con palpitaciones de oro vivo; los macizos de geranios y dompedros orlando la vivienda, contenidos por una cerca de cañas; y más allá de la vieja higuera, el horno de barro y ladrillos, redondo y achatado como un hormiguero de Africa. Aquello era toda su fortuna, el nido que cobijaba á lo más amado, su mujer, los tres chiquillos, el par de viejos rocines, fieles compañeros en la diaria batalla por el pan, y la vaca blanca y sonrosada que iba todas las mañanas por las calles de la ciudad, despertando á la gente con su triste cencerreo y dejándose sacar unos seis reales de sus ubres siempre hinchadas.

¡Cuánto había tenido que arañar los cuatro terrones, que desde su bisabuelo venía regando toda la familia con sudor y sangre, para juntar el puñado de duros que en un puchero guardaba enterrados bajo de la cama! ¡En seguidita se dejaba arrancar cuarenta duros!... El era un hombre pacífico; toda la huerta podía responder por él. Ni riñas por el riego, ni visitas á la taberna, ni escopeta para echarla de majo. Trabajar mucho para su Pepeta y los tres mocosos, era su única afición; pero ya que querían robarle, sabría defenderse. ¡Cristo! En su calma de hombre bonachón despertaba la furia de los mercaderes árabes, que se dejan apalear por el beduíno, pero se tornan leones cuando les tocan su hacienda.



Trajes infantiles.

11.—Vestido de calle, estilo "reforma."

Como se aproximaba la noche y nada tenía resuelto, fué á pedir consejo al viejo de la barraca inmediata: un carcamal que sólo servía para segar brozas en las sendas, pero de quien se decía que en la juventud había puesto más de dos á pudrir tierra.

Le escuchó el viejo con los ojos fijos en el grueso cigarro que liaban sus manos temblorosas cubiertas de caspa. Hacía bien en no querer soltar el dinero. Que robasen en la carretera, como los hombres, cara á cara, exponiendo la piel. Setenta años tenía; pero podían irle con tales cartitas. Vamos á ver, ¿tenía agallas para defender lo suyo?

La firme tranquilidad del viejo contagiaba á Sento, y se sentía capaz de todo para defender el pan de sus hijos.

El viejo, con tanta solemnidad como si fuese una reliquia, sacó de detrás de la puerta la joya de la casa: una escopeta de pistón que parecía un trabuco y cuya culata apolillada acarició con fruición.

La cargaría él, que entendía mejor á aquel amigo. Las temblorosas manos se rejuvenecían. ¡Allá va la pólvora! Todo un puñado. De una cuerda de esparto sacaba los tacos. Ahora una ración de postas, cinco ó seis; á granel los perdigones zorreros, metralla fina, y al final un taco bien golpeado. Si la escopeta no reventaba con aquella indigestión de muerte, sería misericordia de Dios.

Aquella noche dijo Sento á su mujer que esperaba turno para regar, y toda la familia le creyó, acostándose temprano.

Cuando salió, dejando bien cerrada la barraca, vió á la luz de las estrellas, bajo la higuera, al fuerte vejete ocupado en ponerle el pistón al amigo.

Le daría á Sento la última lección, para que no errase el golpe. Apuntar bien á la boca del horno y tener calma. Cuando se inclinase buscando el «gato» en el interior... ¡fuego! Era tan sencillo, que podía hacerlo un chico.

Sento, por consejo del maestro, se sentó entre dos macizos de geranios, á la sombra de la barraca. La pesada escopeta descansaba en la cerca de cañas, apuntando fijamente á la boca del horno. No podía perderse el tiro. Serenidad y darle al gatillo á tiempo. ¡Adiós, muchacho! A él le gustaban mucho aquellas cosas; pero tenía nietos, y además, estos asuntos los arreglaría mejor uno solo.

Se alejó el viejo cautelosamente, como hombre acostumbrado á rondar la huerta, esperando un enemigo en cada senda.

Sento creyó que quedaba solo en el mundo; que en toda la inmensa vega, estremecida por la brisa, no había más seres vivientes que él y «aquellos» que iban á llegar. ¡Ojalá no viniesen! El cañón de la escopeta sonaba al temblar sobre la horquilla de cañas. No era frío, era miedo. ¿Qué diría el viejo si estu-



12.—Vestidos de paseo.

viera allí? Sus pies tocaban la barraca; y al pensar que tras aquella pared de barro dormían Pepeta y los chiquitines sin otra defensa que sus brazos, y á los que querían robar, el pobre hombre se sintió otra vez fiera.

Vibró el espacio, como si lejos, muy lejos, hablase desde lo alto la voz de un chantre. Era la campana del Miguelete. Las nueve. Oíase el chirrido de un carro, rodando por un camino lejano. Ladraban los perros, transmitiendo su fiebre de aullidos de corral en corral, y el «roc rac» de las ranas en la vecina acequia, interrumpíase con los chapuzones de los sapos y las ratas que saltaban de las orillas por entre las cañas.

Sento contaba las horas que iban sonando en el Miguelete. Era lo único que le hacía salir de la somnolencia y el entorpecimiento en que le sumía la inmovilidad de la espera. ¡Las once! ¿No vendrían ya? ¿Les habría tocado Dios en el corazón?

Las ranas callaron repentinamente. Por la senda avanzaban dos cosas obscuras, que á Sento le parecieron dos perros enormes. Se irguieron: eran hombres, que avanzaban encorvados, casi de rodillas.

—«Ya están ahí» murmuró, y sus manos temblaban.

Los dos hombres volvíanse á todos lados, como temiendo una sorpresa.

Fueron al cañar, registrándolo: acercáronse después á la puerta de la barraca, pegando el oído á la cerradura, y en esta maniobra pasaron dos veces por cerca de Sento sin que éste pudiera conocerles. Iban embozados en sus mantas, por bajo de las cuales asomaban las escopetas.

Esto aumentó el valor de Sento. Serían los mismos que asesinaron á «Pimentó.» Había que matar para salvar la vida.

Ya iban hacia el horno. Uno de ellos se inclinó metiendo las manos en la boca y colocándose ante la apuntada escopeta. Magnífico tiro Pero, ¿y el otro que quedaba libre?

El pobre Sento comenzó á sufrir las angustias del miedo; á sentir en la frente un sudor frío. Matando á uno, quedaba desarmado ante el otro. Si les dejaba ir sin encontrar nada, se vengarían quemándole la barraca. Pero el que estaba al acecho se cansó de la torpeza de su compañero y fué á ayudarle en la busca. Los dos formaban una obscura masa, obstruyendo la boca del horno. Aquélla era la ocasión. ¡Al-

[illegible]
[illegible]ta, despertando una tempestad de gritos y ladridos. Sento vió un abanico de chispas, sintió quemaduras en la cara, la escopeta se le [illegible] agitó las manos para convencerse de que estaban enteras. De seguro que el «amigo» había reventado.

No vió nada en el horno: habrían huído. Y cuando él iba á escapar también, se abrió la puerta de la barraca y salió Pepeta en enaguas, con un candil. La había despertado el trabucazo y salía impulsada por el miedo, temiendo por su marido, [illegible] estaba fuera de casa.

La roja luz del candil, con sus azorados movimientos, llegó hasta la boca del horno.

Allí estaban dos hombres en el suelo, uno sobre otro, cruzados, confundidos, formando un solo cuerpo, como si un clavo invisible los uniese por la cintura, soldándolos con sangre.

No había errado el tiro. El golpe de la vieja escopeta había sido doble.

Y cuando Sento y Pepeta, con aterrada curiosidad, alumbraron los cadáveres para verles las caras, retrocedieron con exclamaciones de asombro.

Eran el tío Batiste, el alcalde, y su alguacil el «Sigró.»

La huerta quedaba sin autoridad, pero tranquila.

V. Blasco.

Madrid.

Don de Lágrimas.

Nació un príncipe. Era el primogénito, y la reina, queriendo forzar el destino con su anhelo de madre, le llamó Feliz.

Como sucedió el caso en reino lejano y en tiempo viejo, casi tocando en fábula uno y otro, apenas nacido, llegaron á las puertas del palacio real todas las hadas del contorno. Venían cabalgando las más de ellas sobre hipogrifos y dragones; no faltó, sin embargo, quien arrastrase carro de flores, tirado por cándidas palomas, y aun la más joven del egregio concurso, hada inexperta y soñadora, llegó modestamente acomodada sobre un rayo de luna.

Recibía la reina á las visitantes, de antiguo conocidas suyas, y ellas iban dejando sobre la cuna del infante dones tras dones.

—Serás hermoso!

Serás valiente!

—Serás amado!

—Sabrás vencer!

—Sabrás reír!

—Sabrás llorar!—comenzó á decir el Hada de las Lágrimas, última en el desfile, que en pie junto á la cuna, se disponía á derramar sobre los ojos del príncipe el contenido de ánfora misteriosa; pero la reina se interpuso rápidamente entre el hada y el niño. Llorar su hijo, llorar su príncipe, su príncipe Feliz!. No; no podía ser. Suplicaba y plañía. Que todas las lágrimas destinadas al hijo cayesen sobre su corazón de madre; que todas brotasen de sus ojos y marchitasen sus mejillas...! El príncipe Feliz no debía conocer el llanto.

El Hada, como mujer y como inmortal dos veces orgullosa, tomó á desprecio la petición y consideró malicia la ignorancia: subió en su carro de iris tirado por murciélagos, y se fué aire adelante, enmarañando nubes en carrera desatinada, pero antes de marchar lanzó sobre el infante á modo de maldición, estas palabras:

—No sabrás llorar!

La reina abrazó al príncipe llena de gozo. Le había preservado de las lágrimas!

Pero no le había librado del dolor; el niño, mortal, aunque príncipe, sufrió como todos los mortales. Y eran de ver las terribles muecas movidas por el dolor en aquel rostro infantil que sin llorar sufría: mirándolas aprendió la reina que el dolor sin lágrimas es dos veces dolor.

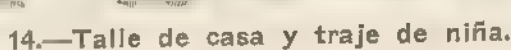
Pasaron los años. El príncipe era joven y gallardo; como pronosticaron sus egregias madrinas, sabía vencer, sabía reír; aprendió el goce; adivinó que la quinta esencia del gozar está en llorar de gozo: sintió la pena amarga de no poder llorar, y no pudo llorarla.... Y he aquí cómo por privación de aquello que hemos dado en considerar símbolo de desventuras, vino el príncipe Feliz á ser el más infeliz de todos los príncipes.

Discurría un melancólico atardecer por los jardines del palacio, y en lo más intrincado del laberinto acertó á vislumbrar á un soldado de rudo cuerpo y marcial continente, que contemplaba algo á modo de áureo vellón que en la mano tenía, y al contemplarlo, lágrimas tiernas brotaban de sus ojos. Supo des-



13.—Colección de trajes infantiles





14.—Talle de casa y traje de niña.



15.—Trajecitos infantiles.

pués el príncipe que aquello que el soldado miraba era un dorado rizo de mujer, y recrudecido su pesar por envidia al hombre aquel que lloraba de amor, abandonó la corte y se dió á correr el mundo en busca de remedio.

—Lágrimas tiene esparcidas por doquier nuestra madre Naturaleza —meditaba el príncipe, que, á fuer de cuitado, era un algo filósofo.—

—Lágrimas gigantes y amargas parecen las olas de los mares, lágrimas de pena; lágrimas cristalinas y risueñas las gotas de rocío que vierte la mañana sobre cumbres y valles, lágrimas de alegría; lágrimas melancólicas las hojas que el otoño arranca de las frondas, lágrimas de oro, acaso lágrimas de amor....

Y envidiándolas todas, surcaba mares, trasponía cumbres, recorría valles y contemplaba frondas, sin hallar nunca el suspirado venero de las propias lágrimas.

Volvió á la corte. La reina, casi muerta de angustia, demandó con públicos pregones remedio para el mal de su hijo. Quién conocía el remedio de que llorase el príncipe? De no se sabe qué antros llegó una viejecita corcovada.

—Tengo cien años —dijo— y sé cómo desarmar la cólera del Hada de las Lágrimas. Es preciso que una mujer hermosa y ajena al príncipe arrostre mil peligros y llegue sola al palacio de la inmortal para implorar su perdón.

—Repitiéronse los pregones. Una chiquilla rubia se presentó en la corte.

—Yo iré!

Reía, al ofrecerse, con los labios, con los ojos, con la frente, como si toda la alegría de la tierra hubiese hecho nido en su corazón.

—Que Dios te bendiga!— suspiró lo reina mirándola partir.

—Y que vuelvas pronto— dijo el príncipe Feliz, enamorado súbitamente de la chiquilla....

Volvió; la corte se vistió de gala para recibirla. Modesta y alegre, contó las peripecias del viaje: abismos salvados, dragones vencidos..

—Y aquí tenéis, señor, el don de las lágrimas que tanto deseasteis.— Puso en manos del príncipe ánfora primorosa y diminuta.— Aquí está encerrada la esencia de todas las lágrimas que habéis deseado verter. Lloraréis, señor, por vez primera el día en que, sin vos procurarlo, rompáis el cristal que la guarda.

—Y qué pides en premio?— preguntó el príncipe, soñando en colocar su corona sobre los rizos rubios de la niña.

—Nada, señor. Sólo la compasión movió mi deseo de haceros feliz; en cuanto á mí, lo soy tanto, que no está en poder vuestro aumentar mi dicha — replicó ella, mientras nacía de sus ojos un rayo de amor. Siguió el príncipe la mirada de ella, y la encontró en los aires, cruzándose en un beso con la de aquel soldado al cual viera un día llorar de ternura en los jardines reales.

Sintió el príncipe entonces mordedura de celos; crispó sus manos el despecho, y se quebraron los cristales del ánfora. Y ante toda la corte que celebraba su sin par ventura, derramó el príncipe Feliz las primeras lágrimas, mucho más tristes que todas sus pasadas tristezas....

G. MARTÍNEZ SIERRA.



16.—Traje de casa.

El buen humor es el encanto más grande de la vida.

El periódico es una casa de comercio, donde se expenden al público palabras de los colores que desea.

El ideal es la verdad revestida con los ropajes del arte.

EL TESTAMENTO
Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua." Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean.	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron stas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restante de la última póliza.

RECETAS DE COCINA.

BISCUITS Á LA CUILLER

Para 40 bizcochos se ponen 125 gramos de harina fina tamizada, otros 125 gramos de azúcar en polvo, 60 gramos de azúcar cristalino ó azúcar piedra, seis huevos enteros, un vaso de licor fino, azahar ó polvo de vainilla; se pone el azúcar en polvo y las yemas de los huevos en la vasija, y se trabaja hasta que el azúcar esté bien disuelto y se haga una pasta muy espesa, como una crema consistente, en lo que se tardará unos diez minutos, añadiendo entonces el licor ó aroma escogido, que se mezclará bien, empleando para ello uno ó dos minutos; entonces se baten las claras á nieve muy dura, y de ellas se echa la cuarta parte en la vasija de las yemas, mezclándolo rápidamente y añadiendo de un golpe toda la harina; después de bien tamizada y haberla secado á la boca del horno, se mezcla con la espátula, pero de arriba abajo, sin dar vueltas; cuando la pasta está bien, se la incorpora el resto de las claras, siempre como cortando, no revolviendo; se coge la bolsa de manga (saco de tela con su mango hueco, midiendo un centímetro de diámetro), se tapa con un corcho y se llenan con la pasta tres terceras partes; se destapa y se pone la pasta, que va cayendo en forma y tamaño de bizcochos, sobre un papel que tendréis preparado, pero sin untar de manteca; se les echa por encima azúcar en polvo; se renueva la operación, y cuando el azúcar está casi fundido, se coge la hoja de papel por los dos extremos y se vuelve para que caiga el azúcar que ha quedado entre los bizcochos, se meten en el horno y se tienen cociendo de veinte á veinticinco minutos á fuego muy lento.



1.—Colección de trajes, para paseo campestre.

Explicación de nuestros grabados.

Número 2. Representa este grabado un traje de visita, con larga y elegante esclavina de seda y gasa. Este último adminículo colabora eficazmente á la agradable vista del vestido. Al pequeño cuello cuadrado de la blusa se agrega un ancho cuellohombrera de seda y gasa que llega á ser la parte esencial de la esclavina. Dos grandes rosetas de listón marcan la partida de las bandas, cuya longitud llega casi hasta la parte inferior de la espalda. Poco más ó menos en la mitad de estas bandas, se instala un cuerpo de seda cuya cenefa se forma con encarrujados de gasa. La falda es completamente lisa, con excepción de la parte inferior, que se pliega mediante las cejas que se forman en el lugar de las angostas cintas que, como adorno, rodean la falda en su último tercio. La parte superior lleva también dos angostas cintas.

Número 6. Original y sencillo traje de paseo es el que representa este grabado. Confeccionado con tela de poco cuerpo y de un color claro, no cuenta con más adorno que con las pequeñas cenefas de cintilla y las anchas cenefas de

2.—Vestido de visita.

rameado, ambas de mucha vista y buen efecto. Tanto en el talle como en la ennagua, se cruzan en el primer tercio superior las cenefas rameadas á que hemos hecho referencia. Además, en la falda hay otro pequeño juego de las mismas cenefas, que se colocan un poco abajo de la cintura y corren paralelas entre sí. Por lo demás, el resto de la enagua es liso, teniendo en cuenta tan sólo los grandes pliegues longitudinales que en ella se forman. Las mangas son muy graciosas: de forma campanular, se rematan en su extremidad inferior por angostos puños, abotonados con broche metálico. Una pequeña corbata de mariposa es el complemento del adorno de la blusa. Debe procurarse que el sombrero y el velo, por su color, hagan juego con el traje.

Número 10. Dos trajes infantiles representa este grabado: el primero para niñas de 13 á 15 años, y el segundo para niños de dos años. Aquél se confecciona con tela rameada ó jaspeada, como actualmente se llama, y tanto la parte inferior de la blusa como la de la enagua, se completan por anchas cenefas de plisé de seda. Este vestido lleva un ancho cuello-hombrera de encaje; la parte inferior de las mangas se hace rematar igualmente por plisé. Por lo que hace al trajecito para niño, su confección es casi del todo semejante á la que hemos dado á conocer en números anteriores, y sólo se diferencia en la tela y en el ancho cinturón de seda que lo rodea. Triples hileras de agosto cordoncillo de seda aparecen en la parte inferior del trajecito. Un ancho cuello con bordes de encaje complementa el adorno de la parte superior.

LA ESCLAVA ZAIF.

I

En el hermoso palacio del poderoso y cruel Hussín de Sus, reina grande agitación.

Las esclavas del opulento Hussín se preguntan por qué Zaif no se ha dirigido, como de costumbre, al baño de su señora, la hermosa Rhaff, falta que, si llegara á oídos del amo, sería castigada con la muerte.

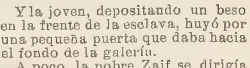
En tanto que las esclavas comentan á su modo la conducta de Zaif, ésta, en compañía de su joven y hermosa señora, se halla al otro extremo del palacio, en una magnífica galería, artísticamente decorada.

—Pobre Zaif!— decía la hija de Hussín. — Bien sé que el golpe que hiere tu alma en estos momentos, es terrible. Pero...... qué quieres? No me atrevo á confesar á mi padre la verdad. Ayer, cuando me preguntó quién era el hombre que me acompañaba la noche anterior en el jardín, no supe, al principio, qué contestar. Cómo decirle que era Abec Alí, el hombre á quien amo con toda la vehemencia de mi alma? Pronunciar su nombre, equivalía á decretar su muerte. Así, pues, sin saber lo que decía, el nombre de tu amante, el nombre de Adel, apareció en mis labios....

—Querida Zaif - continuó diciendo la hermosa hija de Hussín de Sus,—desde hoy dejas de ser mi esclava para ser mi amiga, la amiga de mi alma. Justo es que pague con una buena acción la cruel herida que en tu pecho he abierto.

La pobre esclava sonrió amargamente.

—Mañana - volvió á decir Rhaff, — cuando todos los esclavos se dirijan á la «Sala Negra» á presenciar la muerte de Adel, de tu pobre y fiel amante, no vayas, Zaif, que yo hablaré con mi padre para que no se te castigue. Ahora, mi adorada, hasta mañana.



Y la joven, depositando un beso en la frente de la esclava, huyó por una pequeña puerta que daba hacia el fondo de la galería.

A poco, la pobre Zaif se dirigía al departamento común de las esclavas. Estaba pálida, inmensamente pálida; y de sus ojos, radiantes y magníficos, desprendíanse silenciosas lágrimas.

Cuál era la causa de esta tristeza, de este hondo pesar?

Una noche, el señor Hussín de Sus, el cruel, el poderoso, paseábase por el jardín. Al acercarse á uno de los oscuros y velados cenadores que había en aquel sitio, percibió á su hija hablando en voz baja con un hombre á quien no pudo reconocer, por haber éste huído precipitadamente.

La muerte de aquel hombre era cierta, segura.

Llamó á su hija y la preguntó quién era el que la acompañaba en el jardín.

Rhaff, con voz temblorosa, vacilante, dijo:

—Señor....... ese hombre era Adel.

—Cómo! Un esclavo!.... Imposible! Cómo puedes tú amar á un esclavo?

—Cierto es, señor!

—Pues bien, si eso es cierto, el insolente y vil esclavo....morirá.

—Padre!....

—Retírate!

II

En la «Sala Negra» del palacio de Hussín de Sus, se hallan reunidos éste y multitud de esclavos. Entre estos últimos no se ve á Zaif. La hermosa Rhaff, tampoco está allí, como otras veces.

De uno de los tirantes del techo pende un gruesa cadena de acero, que va á morir á una cuchilla de forma circular, distante del suelo unos tres metros.

Hacia uno de los ángulos del re-



4.—Sombrero para visita.



5.—Sombrero de ceremonia.



3.—Traje de casa.

cinto, y sostenido por dos fornidos esclavos, se ve un joven alto, hermoso, pero de una hermosura salvaje, de tez morena y de mirada dulce.

Es el inocente amante de Zaif: la víctima.

A una señal del amo, los esclavos que sostienen á Adel lo llevan hacia el centro del salón. Luego uno de ellos introduce la cabeza del infeliz esclavo en la cuchilla.... á poco, cuerpo y cabeza— aquella cabeza hermosa, ideal— se hallan separados.

Hussín de Sus, tranquilo, sereno, sin nada que indique en su semblante remordimiento, al ver que sus órdenes han sido ya cumplidas, se dirige, sin decir palabra, á sus habitaciones.

Cuando los esclavos se preparaban á colocar en el cesto la cabeza y el cuerpo de Adel, Rhaff y Zaif se presentaron en la «Sala Negra.» La pobre esclava se arrojó sobre la cabeza de su desgraciado amante y la cubrió de ternísimos besos.

A una señal de Rhaff, cuatro esclavos tomaron el cesto que contenía el cuerpo y la cabeza del amado, y lo llevaron fuera de la «Sala Negra.»

III

Pocos días después de la muerte de Adel, Zaif, su amada, caía enferma.

Pobre Zaif! El terrible golpe que tan cruelmente la hería, era superior á sus débiles fuerzas.

Mirar á Adel, puro, inocente, sin ninguna falta, sin mancha alguna, por sólo la voluntad de su ama, que también lo era de él, morir brutalmente en la «Sala Negra!»



8.—Corpiño de casa y enagua lisa.



6.—Traje de paseo.



7.—Vestidos para diversiones campestres.

De aquella mujer bellísima, encantadora, de formas moriscas y de mirada irresistible, sólo quedaba una mujer pálida, demacrada, una mujer moribunda.

La hermosa Rhaff no se separaba un sólo instante de la cama de su esclava.

—Querida Zaif! —la dijo una tarde,—quisiera verte buena; no llores más. Si Adel ha desaparecido, y con él su amor, el mío, en cambio, te pertenece.

La esclava, á estas palabras, hizo aparecer una sonrisa triste, amarga, que revelaba todo un mundo de sufrimientos, y dijo:

—Ama mía, dentro de algunos momentos moriré. En nombre, pues, de esa amistad con que me habéis brindado durante estos últimos días de mi vida, os pido un favor para morir tranquila. Id, después que muera, á vuestros jardines y coged un ramo de aquellas flores blancas que crecen precisamente cerca del cenador en que vuestro padre y mi señor os encontró aquella noche fatal, y depositadlas luego sobre la tumba de mi amado. Sólo eso deseo, señora mía, para morir tranquila.

—Querida Zaif, no quiero oírte llamarme ama, pues que no lo soy. Mas sí tu amiga, tu Rhaff. Y en cuanto á lo que me pides, gustosa cedo.... Pero ¿á qué hablar aquí de morir, mi adorada Zaif, si tu estás mejor, si tú estás ya buena? No; tú no puedes morir, porque yo no quiero que mueras, ¿lo oyes, Zaif?.... no, no lo quiero. Aparta de tu mente esa idea, pobre amiga mía.

Aquella noche misma la esclava dejó de existir. La hermosa Rhaff no se apartó un instante de su lecho de muerte.

Y al día siguiente, á la caída de la tarde, vióse salir por una de las puertas laterales del palacio de Hussín de Sus, y con dirección al camposanto, dos mujeres cuyos rostros estaban cubiertos, y llevando una de ellas un hermoso manojo de flores blancas, que depositó luego sobre una humilde tumba que al pie de las colinas que rodeaban el camposanto, casi se halla cubierta por la hierba.

Eran Rhaff, la hija del poderoso señor Hussín de Sus, y una esclava.

Rhaff, que, al colocar sobre la tumba del infortunado amante de Zaif el ramo de rosas blancas, cumplía así lo ofrecido por ella á la pobre muerta.

Y, desde entonces, todo aquel que visita el camposanto, ve, sobre la humilde tumba, un hermoso ramo de flores blancas, colocadas allí por Rhaff, la hermosa hija de Hussín de Sus.

La Bofetada de Víctor Hugo.

Quién lo creería?

El gran poeta fué una vez abofeteado. Al contrario de La Fontaine, él adoraba á los niños y un día fué convidado á una comida en que la mayor parte de los concurrentes eran chiquitines.

Después de la comida, se jugó á lo que se llaman «juegos inocentes,» y el «abuelo» se mostró poco experto en este género de ejercicios. Condenado á entregar numerosas «prendas,» tuvo que ejecutar una gran cantidad de proezas extravagantes, que contrastaban de manera extraña con su gravedad olímpica.

—Qué pena debe sufrir el propietario de esta prenda? Se preguntó entre otras cosas.

Recibirá una bofetada del más pequeño de todos.

Horrible momento!.... Al tirar de la punta de un pañuelo, apareció éste marcado con las iniciales V. H.

Víctor Huvo condenado á recibir una bofetada! Hubo un silencio siniestro.

Durante algunos minutos el chico designado vaciló. Recogió sus fuerzas, balanceó la mano, y tomando impulso, le envió á todo vuelo dos soberbios cachetes al poeta atónito.

Hubo un calofrío en la concurrencia. Pero ya Víctor Hugo se acariciaba tranquilamente las mejillas diciendo muy sonreído:

—Pegas fuerte, chiquillo.

Este es hoy un hombre de cuarenta años, y refiere esta aventura como el mejor de sus recuerdos.

EL BOTIJO.

Humilde, de pobre barro,
tal vez nacido en Andújar,
sudando el agua que encierra
en sus entrañas obscuras,
azotado por el aire
que la fresca sombra busca,
y arrinconado en el patio
de mi mansión andaluza,
descubro el blanco botijo
que el puro líquido oculta,
y vive porque le cuidan,
y brilla porque rezuma.
Cuando el ardiente verano
con rudo fuego deslumbra,
y amarillean los trigos
que el aire apenas columpia,
y en el olivar las tórtolas
llenas de pereza, arrullan,
y el tardo buey, desuncido,
echado en los setos rumia,
y abrasa el sol, y el arroyo
que la ancha pradera surca,
sin ramas que le cobijen
al agostarse, susurra,
sale el botijo á la vida,
se le llena y se le apura,
y para que viva fresco
no hay plan á que no se acuda,
ni tela que no lo envuelva
fuerte, blanca, limpia y húmeda.
En el corro que á la noche
alegremente se junta
para hablar «de cómo pinta
el año;» de las angustias
del que no cobra y le cobran
mil tributos que le abruman,
y de todo se hace un chiste
que acaso molesta y punza,
el botijo va corriendo
las manos, una por una,
y en alto, medio inclinado,
á usanza de Cataluña,
deja caer fresco chorro
que se retuerce y murmura,
y da vigor á quien habla
y paciencia á quien escucha.
Luego, cuando está en silencio
la calle, y brilla la luna
cual joyel de blanco nácar
que en manto azul se dibuja,
y está el botijo en la reja,
donde es seguro que acudan
la muchacha de ojos negros
que al tiempo que matan, curan,
y el mozo que en ella tiene
puesta el alma, que fué suya,
oirá todas las ternezas,
los celos y las disputas
de los dos enamorados
que serlo por siempre juran.
Y ¡quién sabe!.... Acaso llegue
en ocasión importuna
un tercero, y con fiereza
las dos navajas reluzcan,
y pida favor la niña,
y siga en tanto la lucha,
y un galán ruede en la calle
y otro ensangrentado huya.
Tal vez un chico travieso
lance una piedra con furia
y haga al botijo un boquete
por donde, cual fresca lluvia,
el agua á los dos amantes
para atemperarlos, cubra;
ó tal vez cuando lo coja
un gañán, con mano dura,
en mil pedazos lo estrelle
contra las guijas menudas.
Si no es así, cuando el frío
con los verjeles concluya,
hallará en negro sobrado
polvorosa sepultura,
sin que lo recuerde nadie
ni lo eche de menos nunca,
hasta que, al rodar los días
que invierno y verano anudan,
vuelva á salir á la escena
de mi mansión andaluza,
y en el cristal de la fuente
que al beso del sol fulgura,
lo lave aquella morena
en cuyos ojos se juntan
la noche, porque son negros,
y el claro sol, porque ofuscan.

J. M. de Ortega Morejón.



9.—Colección de trajes de casa y visita.



5.—Traje de reunión.

Canto de la Golondrina.

Dejé el alero donde vivía,
Crucé los mares, luego torné;
Mas el alero ya no existía,
Que fué mi cuna que tanto amé.

Busqué otro techo donde abrigarme
Y lo hallé rico; mas, ¡ay de mí!
Que yo no puedo nunca olvidarme
Del pobre techo donde nací.

Mis tiernos padres allí miraron
Por vez primera la luz brillar,
Y allí más tarde me acariciaron,
Fuerza me dieron y eché á volar.

Naturaleza me dió un tesoro
Que siempre avara gocé feliz,
Ya en el insecto volátil de oro,
Ya en el rastrero, rico en matiz.

Y entre los brillos matutinales
Valles y montes atravesé,
Rocé mis plumas con los rosales
Y en los arroyos me reflejé.

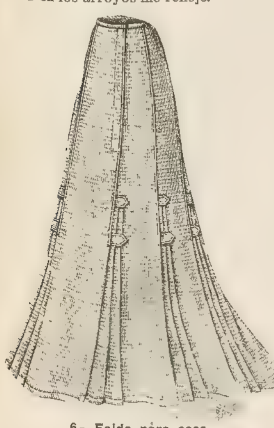
A donde quise llevé mi vuelo,
Entre horizontes, luz y arrebol,
Que en todas partes encontré cielo,
Y encontré nubes y encontré sol.

Y si afanosa pasó mi vida,
Si me miraron todos pasar,
Cual ave errante que va perdida,
Volando á locas, sin reposar;

Fuéronme oasis los más seguros
Para el descanso reparador,
Las altas torres, los viejos muros,
Y el techo humilde del labrador;

Mas hoy advierto cansada y triste,
Que mi reposo me lo dejé
Con el alero, que ya no existe,
Que fué mi cuna que tanto amé.

Domingo Ramón Hernández.



6.—Falda para casa.

OJOS AZULES

Cuando visité la Feria de Nijni Novgorod, hiciéronme fijar la atención en un mercader persa llamado Adín, hombre de algo más de cuarenta años, alto, delgado, muy moreno, de rostro enjuto y de mirada triste y melancólica.

Adín comerciaba en sedas y en piedras preciosas, realizando en estos artículos soberbios negocios, y era uno de los más ricos mercaderes de su país que anualmente acudían á la Gran Feria rusa.

No tardé en saber que un dolor inmenso desgarraba su corazón y que una terrible desdicha llenaba de amargura su alma.

Al volver el año anterior á su casa de Teherán, una vez cerrada la Feria y deshecho el puente del Oka, Adín volvía gozoso y feliz, no sólo por las ganancias enormes que había obtenido, sino principalmente porque iba á ver de nuevo los ojos azules de Sira.

Aquellos ojos habían despertado su alma al amor; por ellos había hecho á Sira su esposa. Con aquellos ojos soñaba; por ellos vivía. En el incomparable color azul de aquellos hermosísimos ojos embriagábase Adín enloquecido. Contemplándolos encantado permanecía horas y horas, y cuando una sonrisa amante de Sira animaba aquellas pupilas celestes, Adín sentíase esclavo de un mágico hechizo que lo subyugaba deleitosamente colmándolo de indecible ventura.

El rico y dichoso mercader que regresaba á Persia sin haber visto desde hacía tres meses aquellos amados ojos azules, volvía resuelto á no ir más á la Feria de Nijni Novgorod—á la «Yarmarka» (de la palabra alemana «Jahrmarkt», que significa mercado ó feria anual), como la llamaban los feriantes.

—¿Para qué quería más riquezas? Con las que tenía le bastaba. Aquel sería, pues, su último viaje y no se separaría ya nunca de Sira.

Cuando por fin llegó á su casa y Sira corrió á abrazarlo dando gritos de alegría, Adín la miró á los ojos y retrocedió espantado.

¿Qué había visto en ellos? Algo que le pareció horrible. ¡Los ojos de su esposa ya no eran azules!

Los volvió á mirar, creyéndose dominado por una pesadilla.... ¡y no eran azules, no!... ¡Su vista no le engañaba!

Hasta se figuró Adín por un instante que aquella mujer no era la suya.

Sira, desconsolada al ver la exasperación de su marido, le dijo con la más cariñosa voz del mundo:

—¡Soy yo, Adín! ¡Soy tu mujer! ¡Soy la misma!.... ¡Y éstos son mis ojos!

—¡No es verdad! gritó él fuera de sí. ¡Tus ojos eran azules!

—¡Cálmate, Adín, cálmate!—replicó ella.—¡Te lo voy á contar todo!

Y Sira explicó á su esposo aquel cambio que tanto lo exaltaba.

Cierto sabio oculista europeo había descubierto la manera de cambiar el color de las pupilas, y apenas la descubrió, uno de los mejores discípulos del sabio se fué á Persia á poner en práctica tan maravilloso descubrimiento. El sistema era infalible, y cada cual podía tener los ojos del color que quería. Sira, como mujer muy mimada, era muy caprichosa y sintió el vivísimo deseo de dar á sus pupilas un nuevo color. ¿Se pondría los ojos negros ó verdes, ó pardos ó grises?.... ¡De ninguno de esos colores! Negros ya los tienen las moras y las andaluzas; verdes, las bretonas; grises ó pardos, una infinidad de mujeres.... Y á fuerza de buscar algo distinto, algo verdaderamente nuevo, algo que ninguna mujer tuviera, se le ocurrió la mayor rareza, la mayor extravagancia que podía habérsele ocurrido. Se hizo poner los ojos.... ¿De qué color pensáis?.... Pues.... ¡de color de rosa!

Así es que se comprende la terrible impresión que recibió Adín al encontrarse, en lugar de los dos magníficos ojos de cielo que locamente adoraba, con aquellos nuevos y extraños ojos.... ¡Ojos de color de rosa pálida, sin vida y sin perfume! ¡Ojos de color de rosa como el sol de Filandia, sin calor y sin brillo!

Adín lloró, se desesperó..... Ya para él Sira no era Sira.... ¡La de los ojos azules había muerto!

Viendo tan gran dolor, arrepintióse la infeliz mujer de lo que había hecho en ausencia de Adín, y éste se puso á buscar por todos lados al discípulo del sabio oculista para que devolviese á los ojos de Sira el color azul que tuvieron antes.

—¡Ah!—contestó el doctor, en cuanto dió con él el infortunado esposo.—¡Puedo poner sus ojos de cualquier color que se me pida, menos de aquel que han tenido! ¡Los ojos, una vez que se les quita el color que tienen, ya no vuelven á recobrarlo nunca!

Adín cayó en la más honda tristeza, y al año siguiente, echando al olvido el propósito que á Teherán llevaba de no hacer más viajes, volvió á la Feria de Nijni Novgorod.

Como su fisonomía quedó grabada en mi memoria desde que me lo enseñaron, lo reconocí sin grande esfuerzo en Moscou pocos días después de haberlo visto en Nijni. Salía de casa de un doctor famosísimo, de cuyos labios quiso saber si habría medio humano de devolver su color azul á los ojos de Sira.

—¡No, tú ya no volverás nunca á ver azules los ojos de tu esposa!—murmuró el doctor.—¡Un nuevo amor, únicamente, que renovase del todo su alma, podría devolverles el color que perdieron, y como sólo á su marido puede amar una mujer honrada, los ojos de tu esposa no podrán recobrar su primer color mientras tú vivas!

Bajó la cabeza Adín al oír estas palabras, que para él fueron una terrible sentencia, y volvió á tomar tristemente el camino de Teherán...

Sira, entretanto, no descansaba, no dormía, buscando sin cesar la manera de devolverle el color azul á sus ojos, hasta que siguiendo el consejo de un santón, se decidió á beber, no, como Cleopatra, perlas disueltas, sino dos zafiros disueltos por un procedimiento misterioso que el santón le había indicado.

Cuando regresó Adín á su casa, le salió Sira al encuentro, gritando llena de júbilo:

—¡Adín! ¡Adín! ¡Mírame á los ojos!.... ¡Han vuelto á ser azules!

Y el mercader persa, en cuyos oídos aún sonaban las palabras del doctor de Moscou, al ver de nuevo los azules ojos de Sira, fué á arrojarse sobre ella, ciego de cólera, exclamando:

—¡Me has sido infiel! ¡Amas á otro! ¡Te voy á matar, infame!....

Adín había perdido de pronto la razón.

Sira huyó aterrada, y nunca pudo explicarse la causa de aquellas sospechas de infidelidad que volvieron loco á su marido.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.





4.—Vestido de calle.

Historia de un Grito.

La noche era fría como todas las de diciembre. Quejábase el viento sobre las vecinas playas, y de momento á momento el lejano misterioso Catatumbo encendía el espacio con sus relámpagos. Sólo se percibían muy vagamente el rumor de los ríos y las perdidas notas de una flauta, que acaso en aquella hora silenciosa, vertía en cadenciosos sones los pesares ó alegrías de inocente amor.

En la desierta encrucijada de una calle, dos jóvenes se detienen cautelosamente, hablando en voz baja y con misterio.

—Hemos llegado, Marcos.

—¡Ah! ¿Es esta la pared del fondo?



7.—Tocado para baile.

—La misma de que te he hablado. Salta y nada temas, pues conozco bien estos lugares. Mira, ¿ves por entre el follaje de aquellos árboles una pared iluminada? Es el interior de la casa. Por la mitad del huerto hay un camino que conduce allá. ¿Lo oyes?... tú sabes lo demás.

—Pero dime, ¿estás cierto de haber dado con su paradero?

—Cierto y muy cierto: he comprado un espía, acaso el más temible de nuestros enemigos.

—¿A quién?— preguntó Marcos con vivo interés.

—A Felipe.

—¡Felipe!... ¡el disfrazado!

—¡Silencio!.... ¿no has oído? Pronto, pronto, que podemos ser descubiertos.

Marcos escala rápidamente la tapia, que no era muy alta, y de un salto se precipita en el solar, perdiéndose á poco bajo la espesura de los árboles.

Su compañero cruza entonces la calle, acelera el paso y, con gran excitación, llega al pie de una ventana, donde alguien espera con suma ansiedad; óyese un grito ahogado y luego ruido de pasos precipitados.

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios del compañero de Marcos.

—¡Pobre amigo!..... ¡qué trama tan bien combinada!....pero lo he vendido villanamente!

Esto decía para sí el desleal amigo, en tanto que Marcos, con paso cauteloso y palpitante el corazón, andaba por entre los árboles del huerto, atento el oído al menor ruido.

El aspecto del cielo era en aquellos instantes bello é imponente; la luna, rodeada de nubes fantásticas, apareció sobre el filo del monte, y la alta sierra, medio oculta entre la niebla, recibió un beso de melancólica luz, sobre la nieve que corona sus erguidos picachos.

Marcos sintió un leve ruido que partía del interior de la casa, y se detuvo á escuchar: el crujido de una puerta por allí cerca, lo hizo retroceder algunos pasos. Huir era ya imposible, así fué que, rápido como el pensamiento, se apartó del sendero y se ocultó en una zanja profunda, cuyos bordes apenas se distinguían por entre la maleza. Con los pies hundidos en el barro y la inquietud que es de imaginarse, esperó algunos instantes. ¡Cuán lejos estaba de pensar en que aquel su compañero y confidente había vendido su secreto y lo tenía entregado á sus enemigos!

Pero no siempre con la traición se obtiene el triunfo.

En el umbral de una puertecita medio oculta, que había hacia un ángulo del solar, apareció la airosa figura de una mujer. Caminaba en puntillas, y con mirada inquieta y anhelosa, dominó instantáneamente todos los sitios, creyendo, sin duda, distinguir alguna persona bajo el tupido ramaje de los árboles.

La luna bañaba de frente su hermoso rostro, que pasaba súbitamente del temor á la confianza, del sobresalto á la tranquilidad. Al fin, movida por estas impresiones tan diversas, se atreve á dar algunos pasos, pero una voz robusta, vibrante, eco de una exaltación sin límites, llena los aires y arranca un grito indefinible á la bella aparecida.

—¡Mis aguinaldos!...... le había gritado Marcos con toda la fuerza de sus pulmones.

Y al silencio en que se había desenvuelto esta romanesca aventura, sucedió una algarabía extraordinaria, pues de las copas de los árboles, del seno de las malezas, de los tejados, de todas partes salieron, como por obra de magia, voces, gritos y sonoras carcajadas.

A los lectores que conozcan la costumbre de apostar á cuál primero pida los aguinaldos en el día ú hora que se fije, no los sorprenderá ciertamente la originalinad de este episodio, y considerarán de justicia que Marcos, á pesar de todo, hubiese ganado la apuesta, y que su dulce y encantadora enemiga, tuviese que pagarle los aguinaldos.

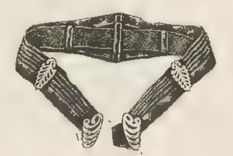
Julio Febres Cordero.



8.—Trajecito infantil.



Corbata para blusa.



Cinturón de seda.



DEL PASADO

Paulina, la bella niña á quien tanto quiero, la de los negros ojos y el pálido semblante, encontrándose sola una tarde en su gabinete, escribía y su pluma corría con suma velocidad sobre el papel. Presa de honda melancolía, sólo levantaba la cabeza para enjugar las lágrimas que rodaban silenciosas por sus tersas mejillas. Sin que ella lo supiera, me le acerqué y leí por sobre sus hombros lo que había escrito. Decía así:

RECUERDO DEL PASADO

—«No toques, amigo mío, la rosa solitaria; ella sonríe al rayo del sol que le da vida con sus besos de fuego; no la tomes para mí, porque eso sería mal hecho; déjala para que el rayo del sol la contemple, que yo tengo tu corazón y eso me basta.

«No arranques, para mí, la fresa que se madura á la orilla del camino, porque eso es reprochable; déjala sazonarse para algún infortunado á quien aguijonee el hambre; pues yo, con poseer tu corazón, creo que tengo cuanto da la más alta felicidad.

«No toques, adorado mío, el nido que se mece tranquilamente colgado de un árbol, que el avecilla que fabricó ese albergue volverá y morirá de dolor si no lo encuentra, en tanto que yo tengo todo, puesto que tú me amas con verdadera pasión.»

No pude contenerme por más tiempo y, poniéndole cariñosamente la mano en la cabeza, le pregunté con amorosa amargura:

—¿Y en el día, hermosa niña, qué te queda del pasado?

Entonces ella, suspirando tristemente y con los ojos llenos de lágrimas, me contestó, recostando su bella cabeza sobre mi pecho:

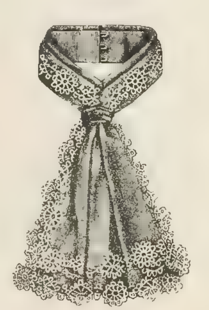
—Me queda tu corazón para amarme y consolarme, ya que el ingrato á quien tanto amé, tal vez hoy ni se acuerda de mí. Recordando el pasado, escribo mis coloquios de otros tiempos y, escribiéndolos, dejo que corran tranquilamente mis lágrimas: ¿qué otra cosa puedo hacer para disipar la honda tristeza que me abruma?

—Sí puedes hacer otra cosa, Paulina; ¿no sabes qué? pues disipar tu honda tristeza con algo que purifica y consuela más: ¡con la oración!

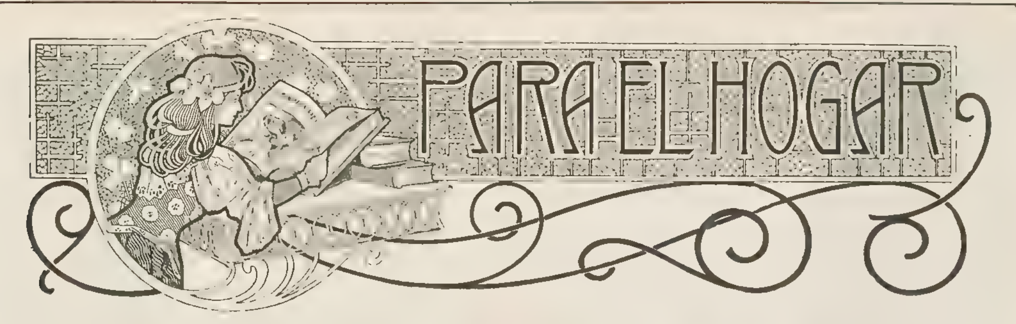
MARÍA.

Es tan grande mi cariño
Por esa ardiente morena,
Que el día menos pensado
Voy á morirme por ella.

Si los hombres hacen las leyes, las mujeres hacen las costumbres.



Corbata de encaje.



LA FELICIDAD.

(Leyenda Bohemia.)

En casi todos los países de la Europa central, se conservan á través del tiempo antiguas leyendas que tienen por asunto «la felicidad;» pero ninguna hace consistir la dicha humana en el mismo objeto, aunque todas aquéllas se parecen y acusan desde luego igual origen.

La leyenda rusa supone que la felicidad se encierra en ricas minas de diamantes; la húngara, más modesta, en una jauría de caza y un ancho parque: la albanesa, más positiva, en la buena salud; la polaca, que guarda con pureza las piadosas tradiciones de los Ladislaos, en la práctica de las virtudes cristianas.

Escúchese ahora la leyenda bohemia, que también corresponde á varias comarcas montañesas del centro de Italia.

***

Eranse tres hermanos, jóvenes y apuestos, que habitaban en medio de un bosque muy espeso, á corta distancia del mar.

Habían tenido la desventura de quedar huérfanos siendo aún niños, y vivían allí, siempre solos y tristes, sin que nadie les protegiera, sin ver á persona humana, en la obscuridad de la agreste espesura.

Pero un día, el mayor de los tres hermanos, cansado de tanta soledad, dijo á los otros dos:

—Hermanos míos, detrás de nuestro bosque aparece á lo lejos una alta montaña, y más allá todavía existe un paisaje vastísimo, alfombrado de flores y enriquecido con grandes ciudades.

El segundo de los hermanos añadió:

¡Es verdad! Y más lejos aún se extiende el Océano, y en sus orillas se levantan riquísimos comercios, y en sus ondas se balancean colosales buques.

El tercero de los hermanos, el más pequeño, hizo esta sensata observación:

—¡Es verdad, es verdad! Pero ¿quién sabe si hay allí también olorosas acacias y frondosos manzanos, como en nuestro bosque, y avecillas que cantan con dulces gorjeos, como las que anidan alrededor de nuestra casita paterna?

Pero el mayor respondió:

—¿Qué me importa eso? Partiré cuanto antes en busca de la felicidad.

Y el segundo añadió:

—Y yo también, hermano, partiré muy lejos de aquí, invocando el auxilio de la fortuna para que me guíe hasta el país de la felicidad.

El tercero inclinó la cabeza en señal de profundo desaliento, y aunque no dijo nada, se propuso acompañar á sus hermanos hasta el límite del bosque.

***

Los tres ensillaron sus caballos, briosos caballos negros nacidos en la cuadra de la casa paterna; vistiéronse con sus mejores galas; se armaron de lanza y espada, una lanza de brillante acero y una espada de finísima hoja bien templada en las aguas del claro riachuelo que cruzaba por el bosque.

Y al día siguiente, apenas la luz del alba empezó á desvanecer las sombras de la noche, los tres hermanos salieron de la casa paterna y marcharon en busca de la felicidad.

El mayor llegó á la montaña, subió la cumbre por torcida vereda, descendió á la llanura alfombrada de flores, entró en ciudades y aldeas; el segundo avanzó hasta el mar azul, visitó los ricos bazares de la costa, embarcóse en velero navío que se balanceaba en las aguas del ancho puerto, y arribó á ignotas playas donde se alzaban monumentales poblaciones.

Los dos buscaron la felicidad y no pudieron encontrarla.

El tercero acompañó á sus hermanos hasta el límite del bosque, como se había propuesto, y entonces sintió desfallecimiento en el alma y angustia en el corazón.

—¡Volved, volved!—les gritaba, mientras ellos, hundiendo la espuela en los ijares de sus negros caballos, galopaban hacia la montaña y hacia el mar azul.

Mas ellos no le oyeron, ó no quisieron escucharle.

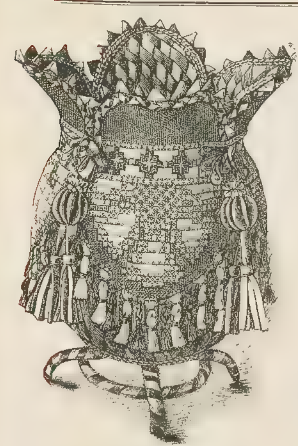
Entonces el joven, refrenando su caballo, paróse en el mismo lindero del bosque, y dijo así:

—¡Alto, corcel mío! Vuélveme á la casa paterna, á la casa donde se meció mi cuna y donde murieron mis amados padres.

Y su brioso caballo negro se volvió al punto, dócil al freno, y comenzó á galopar á través del obscuro bosque hacia la humilde casita.

¡Oh prodigio! Los árboles inclinaban sus frondosas copas, cual si quisieran saludar al gentil caballero; las avecillas cantaban preciosos himnos, y seguíanle de rama en rama; el céfiro suave le ofre-

10.—Trajes de casa y visita.



11.—Cesto para papeles.

cía en sus alas invisibles la fragancia de las flores y los murmullos del bosque, el cual parecía decirle:

- ¡Bien haces en volver á la casa paterna!

Y el apuesto joven, cuando llegó á la casa, vió una hermosísima doncella, de ojos azules y cabellos rubios como el oro, sentada en el poyo de la puerta, hilando blanca seda en una rueca de plata.

Acercóse á ella, saludóla galantemente quitándose el sombrero de largas plumas, y arrojando al suelo su lanza de bruñido acero, apeóse del caballo y preguntó á la hermosa:



14.—Cuello y corbata bordada

—¿Quién sois?

El Trabajo y el Amor.

—¡Busco la felicidad!

Y entonces la doncella de los cabellos de oro, fijando en el mancebo una mirada llena de dulzura, y dibujando en sus labios una sonrisa llena de esperanzas, respondióle:

—Trabaja y ama: eso es la felicidad.

EMILIA DE S * *

ASÍ ES.

Que yo te diga cómo es la virgen
que para siempre me cautivó?.....
Es prototipo de la belleza,
obra maestra del Hacedor,
flor sin espinas, cielo sin nubes,
inmaculado, fúlgido sol.
Fresas sus labios, perlas sus dientes,
breve cintura, pie seductor,
triste mirada, sonrisa dulce,
aliento suave, meliflua voz.
Sus rizos negros como mis penas,
blanca su frente cual mi ilusión,
boca pequeña cual mi esperanza
y ojos tan grandes como mi amor!
Y si mezclares cuanto hay de bueno,
cuanto hay de noble, fe, inspiración,
virtud, modestia, filantropía,
ternura, gracia, casto pudor,
podrás entonces formar idea
de lo que vale su corazón....
el de la virgen de mis amores
que para siempre me cautivó!

Antonio Cisneros Cámara.

EN LA ESTEPA.

—Espérame, Marpha mía; espérame cuando el crepúsculo envuelva la isba en su sombra protectora.

La voz del príncipe acostumbrada al mando, se había vuelto dulce y suplicante.

Marpha, anhelante y temblorosa, inclinó la bellísima cabeza.

Esperarlo! Esperarlo! cuando ese mismo día su padre, el antiguo cosaco, el terrible mujik, la había dicho:

—Te mataré, Marpha; te mataré como al más inútil de mis perros si te vuelvo á ver hablando con el príncipe.

Y ella así lo creía, por eso temblaba de espanto; pero cómo negarse cuando sabía que Iván, su amor, se iba con su ejército á pelear?

—Te esperaré, suceda lo que quiera—dijo, y huyó aterrorizada de aquella promesa.

Cuando llegó á la isba, sentía como fuego en la cabeza y frío en el corazón.

Llevaba fiebre.

***

Después del embriagador coloquio el príncipe se alejó en su veloz troiska. Ella, la pobre Marpha, se llevó las manos á la cabeza próxima á estallar, y gritó:

—Llévame. Oh, llévame contigo, porque me siento morir!....

Y tendía las manos hacia el troiska, que corría como el viento.

Luego, loca por la fiebre, delirante, se dejó caer en el lecho......

....

....Salió de la isba y se lanzó en la estepa, blanca como un gran sudario, amenazadora y misteriosa con su pálida irradiación; pero á ella ¿qué le importaba? Su único anhelo era huir de su padre, buscar á su amado.

A lo lejos, como fantástica visión, veía las rojas linternas del troiska que corría, corría, y ella corría también valerosa, decidida, allí donde los hombres fuertes sentían el escalofrío del miedo.

—Oh, sí, decía, lo alcanzaré; me levantará en sus brazos, me cubrirá de besos, me envolverá en pieles é iré junto á él en su hermoso troiska.

En ciertos momentos sus ideas se embrollaban, volvía á verse en su lecho y junto á éste su padre con el rostro demudado, conmovido, llorando como una mujer.

Pero recobraba su lucidez, y veía la estepa ilimitada, y en el extremo horizonte las luces rojas que la atraían con poderoso encanto.

El frío aumentaba, Marpha sentía que la crujían los dientes y se le endurecían las piernas.

Un aullido plañidero, siniestro, rompió el silencio que la rodeaba. Y se detuvo horrorizada. Quién la había llevado allí? Qué hacía de noche en aquel lugar?

Se sentía fascinada por aquella inmensa blancura, la dominaba por modo tan sigular, que la acometió vehemente deseo de dejarse caer y quedar sepultada entre la nieve, ser algo de aquel todo que tanto la atraía.

Nuevos aullidas se dejaron oír, cerca, lejos, adelante, detrás. Una masa negra, movible, la rodeaba como un cortejo siniestro.

Puntos fosforicos brillaban de dos en dos, moviéndose aquí y allá, pero siempre fijos en ella. Eran los ojos de los lobos.

Habían olfateado su festín de carne sonrosada y tierna y tenían prisa en acabar.



13.—Otro cesto para papeles.

Marpha apretaba los puños y corría, corría, suelto el cabello, desceñida la ropa, gimiendo, gritando con todas sus fuerzas.

Llamaba á Dios, á su padre, á Iván. No pensaba; escuchaba un ruido insoportable y huía con el solo instinto del animal perseguido que trata de ponerse á salvo.



12.—Modelo de borlas para colgadura.

Resbaló en la nieve.... cayó.... y le pareció oír que los lobos se reían á carcajadas y castañeteaban los dientes.

Sintió sobre ella el vaho pestilente de mil respiraciones jadeantes y después....

Nada, nada, se hundía, se hundía en una obscuridad fría y viscosa..............................

***

El deshielo había comenzado; pequeñas hierbas de un verde pálido tapizaban la antes escueta estepa.

El sol, velado y pálido, derramaba á pesar de esto un grato calor.

Marpha, junto á la puerta de la isba, extendida en un sillón, miraba lejos, gozando del placer de vivir.

A veces, sacudidas nerviosas estremecían su cuerpo adelgazado.

A sus pies, su padre, el áspero cosaco, solícito como una madre, la besaba con cariño las manos y la decía:

—Ves? Ni hay nieve, ni lobos ni nada que infunda terror: todo no ha sido más que un delirio de la fiebre. Lo único que existe es un padre que adora en ti, y allá en el campamento, un noble corazón que sueña con mi pequeña Marpha..... y que la arrebatará de mis brazos... para hacerla feliz.



15.—Modelo de bordado.

Y en la pálida fisonomía de la enferma hubo rosados tintes de aurora, y en los ojos del cosaco una tempestad de lágrimas que el terrible mujik no pudo ocultar ni contener....

MARY FAITH.

Mayo.—1903.





16.—Elegante Almohadón de seda y punto.



Explicación de nuestros grabados.

Número 1. Colección de trajecitos y abrigos infantiles de último corte y agradable perspectiva. Se usan actualmente los abrigos ligeros doblemente abotonados; llevan todos anchos cuelloshombreras, se les adorna con algunas cenefas de cinta maravillosa y se procura que sean dichos abrigos un poco más co rtos que el trajecito, de manera que éste sobresalga en la parte inferior.

Número 2. Traje de desposada. La tela es piel de seda granuleada, lo que constituye el buen tono europeo. Cuatro grandes pliegues que abarcan toda la longitud de la enagua, aparecen en ésta; á corta distancia de la parte inferior terminan estos pliegues mediante cuatro ramos de azahares La cola del traje debe ser demasiado larga, pues este vistoso adminículo es un importante factor de elegancia. El talle se tablea con pliegues muy angostos, de manera á llenarlo y cúbrese la mitad con fino cuellohombrera de punto de Inglaterra. En el centro de este cuello se hará aparecer unhermoso ramo de azahares. El escote se cubre con fina gasa de seda. De la parte superior del tocado, que ha de ser lo más sencillo y artístico posible, se prende el velo de desposada,confeccionado con fino tul de seda y gasa. El velo no se lleva actualmente demasiado largo pues llega sólo hasta el arrranque de la cola.

Número 3. Traje de paseo,propio para señoritas, confeccionado con tela ligera y cuyo entalle se logra mediante un forro resistente. La confección es sencilla y vistosa. En la blusa se lleva un cuellohombrera,y el escote se cubre mediante una tela de seda de color obscuro. Dos pasamanerías de esta tela, cruzadas, se colocan á lo largo del talle y en la parte superior é inferior de ésta. La enagua es completamente lisa y sólo lleva en su parte inferior una ancha cenefa de la misma tela, ribeteada con cintilla maravillosa. Las mangas son campanuladas y se hacen terminar por angostos puños de la misma tela. Todos los bordes del traje se pespuntean con cintilla.

Número 4. Vestido moderno para señoras jóvenes, confeccionado con tela de cuerpo y adornado con sencillez y buen gusto. El talle, suelto anterior y posteriormente, lleva un pequeño cuello doblado y adornado con sobreforro. Los bolsillos, de pequeña cartera, se encuentran abotonados con broche metálico. El talle se ajusta mediante cuatro botones. La falda es lisa y sólo lleva, haciendo «pendant» con la blusa, adornos de cinta colocada longitudinalmente. Las mangas también son lisas, y los puños, de cortas dimensiones, imitan un doblez de la parte inferior de la manga. Como se ve por el grabado, este traje de paseo es de muy sencilla confección y vistoso aspecto.

Número 5. Traje de reunión,para señoritas. El estilo es de lo más moderno y está en boga en los salones europeos, especialmente en los berlineses. Deben hacerse cargo nuestras lectoras de las modificaciones interesantes que está sufriendo en este tiempo el vestuario femenino,pues al recargo de adornos que años antes privaba, hoy reina una verdadera parsimonia,pues todo aquel adorno que resulta exagerado, peca sin duda alguna contra las reglas del buen gusto. Nuestro grabado representa un elegante vestido. Sobrio en el adorno, presenta no obstante, un simpático conjunto. Con cintas de pasamanería y un pequeño listón de seda,se forma el atavío del traje. La tela es de medio tono y las mangas de forma Campanular, que son las que en la actualidad se llevan más.





1.—Colección de trajecitos y abrigos infantiles.

EL ALMA DE ISAACS.

Fué una noche invernal, bien me acuerdo! cuando leí por primera vez la historia del más triste amor, los tiernos episodios de un idilio desarrollado en medio de la más florecida vegetación, al pie de una montaña americana donde abren las rosas del alma y las campanillas de la inocencia.

María!....... Ya venía escuchando desde niño el nombre de la inmortal creación de Jorge Isaacs, con un presentimiento de lo que la lectura de la obra iba á producir en mi corazón; como el nombre de un poema deleitable y doloroso, cuyas notas, como aves, nido tendrán siempre en mi alma; y cuya tristeza que de noche insinúa el rayo de mi pupila hacia el lejano camposanto de mi pueblo.

Embelesada la fantasía, ebrio el pensamiento va siempre al través de las páginas esas, hermosas páginas salpicadas de diamantinas lágrimas de mujer, hacia aquel torrentoso Amaime, al que se finge arrastrando en su desbordada corriente las casi potentes fuerzas de un noble bruto, y las desfallecidas esperanzas de un corazón enamorado: va hacia aquel balcón á cuyo frente las noches se entristecían, y en donde, como siniestra sombra, cayó sobre la frente de María el



3.—Traje de paseo.

ala vibrante del ominoso pájaro: va hacia la iglesia del pueblo aquel, risueña en el fondo de la salvaje llanura, en donde el ángel de unas extrañas bodas, al huir al cielo, con dolorosa elocuencia halló el imposible anhelo de Efraín... y noblemente piadoso, va también hacia el lecho de Nay, la esclava muerta, la africana que, envejecida en el amor y en el dolor, entregó á Dios su alma sin volver á ver "las montañas de su patria, donde su cuna se meció bajo los bosques que no cubrirán su tumba."

Y luego de empaparse en el olor de las flores, besando junto con las brisas, todas las rosas que engalanaban el huerto de la campestre mansión, y luego de mirar el azul del cielo en las ondas del bullicioso Zabaletas y posarse en la cuesta de la montaña encendida bajo las postreras últimas caricias del sol otoñal, viene, en las noches del idilio, á llorar por la partida de Efraín, á velar, en los cándidos diálogos sentidos, y á murmurar al oído de María, de esa María inmortal como el sentimiento, como las almas, como el dolor, las hondas frases del amante fortalecido la víspera del obrehumano golpe.... "Que al recordar yo las últimas horas que pasamos juntos, te pueda ver como hoy, resignada, casi feliz...."

El pensamiento no se escapa á sugestión tan divina. Del pensamiento, la impresión desciende al alma, y fijo en ella el panorama del Cauca, sonrosado y espléndido, la melancolía del idilio llega á nuestro corazón, y la inspiración del poeta resplandeciendo sobre el idilio como el sol sobre la tierra, llena el cerebro de poesía........ de la hermosa poesía del más hermoso de los dolores!

Y esos dolores dormidos pasan por las primeras páginas del libro, y los dolores del alma de quien las lee, dormidos pasan! ....como si de los árboles que cercan aquel edén florido é inocente, de los yarumos, de las ceibas, de los higuerones, de los naranjos, se escapara adormecedor, campestre susurro; pero á medida que se van volviendo páginas, las hojas caen de los árboles, de las cosas huyen los ensueños, sobreviene la noche trágica, y al propio tiempo que las queridas páginas tiemblan entre las manos, el alma llora...el alma llora!



2.—Traje de desposada.

No se escribió María sólo para los hermanos de Efraín; también para los que sufren del Ideal extinto, del amor trunco; también para los que sufren de la juventud marchita por la ausencia del sol del cariño, tiene ese libro adorables atractivos: con él se ennoblece más el dolor, viste la desgracia atavíos más diáfanos, menos pesados: y la tristeza, la honda tristeza que alimenta el alma del poeta, florece como un blanco jazmín, como una milagrosa siempreviva, al pensamiento de la prematura muerte de María, la prometida del cielo, y al la de desespera ción del desdichado Efraín....

Bardo! por los follajes del recuerdo va el espíritu llamando al Ideal, cual llamando á María fuera Efraín; y bajo la sombra del florido huerto, frente á la salvaje llanura infinita, los ecos nos devuelven el nombre del Ideal, como una saeta asesina de nuestras últimas esperanzas.

FRANCISCO MARIN.

Para calmar los dolores
dándonos dulce alegría,
al mundo Dios nos envía
las mujeres y las flores.

Pero al verlas tan hermosas
que casi que son divinas,
Satán dió á unas, espinas,
y á otras hizo desdeñosas.

Y por esto, los humanos
siempre en su insaciable afán,
cuando á tocarlas ya van,
heridos en alma ó manos
se ven, gracias á Satán.

Por lo cual mi corazón,
aunque mucho le ha costado
tomar tal resolución,
ha tiempo que ha perdonado
el pan por el coscorrón.



2 bis.—Trajes para paseo Campestre.



3 bis.—Esclavina de gasa y seda.

CREPÚSCULOS.

Ven; siéntate á mi lado;
no temas que importune
tu oído, ya cansado,
con bellas frases de fingido ardor.
Sólo un recuerdo nuestras almas une;
mi fe se extingue al par que tu belleza;
el crepúsculo empieza
á envolvernos con triste resplandor.
¡Pobre mujer! Tu corazón y el mío
tienen otro crepúsculo: ¡el hastío!
¡El sol se apaga! ¡se acabó el amor!
¿Por qué lloras?...... La eterna despedida
de ese triste reflejo que la vida
nos deja tras de sí,
es la última ventura que gozamos;
mirándonos, miramos
tú lo que amaste...... y yo lo que perdí.
Tú eres la luz que queda
matizando la trémula arboleda,
el sol ardiente que en mis sueños vi;
yo.... como el lago de siniestro fondo,
bajo mi triste placidez escondo
el cieno que en la vida recogí.

¡Que hermoso despertar! Cuán dulcemente
rizaba el aire la extensión serena
del lago azul en que tu faz veías
cuando, radiante de placer, creías
que era el quebranto la pensión ajena,
y en tu radiosa frente
la intensa aurora del rubor lucías.
Yo embelesado y loco te miraba,
y tu voz escuchaba
como al santón el árabe exaltado,
y era tu voz para mi pobre oído
lo que el eco perdido
de la patria lejana al desterrado.
¿Te acuerdas?...... La memoria no envejece:
aún oír me parece
el quejumbroso murmurar del viento
que, fingiendo después súbita calma,
llevábase violento
el mutuo juramento,
símbolo dulce de la fe del alma.
¡Pasó el romanticismo!
Feliz sería si con él volviera
á tal edad, para decir lo mismo,
y á ti otra vez decírtelo pudiera.
Pero ¡ay! que ya tu mano
sin inquietud reposa
sobre mi mano yerta;
la noche silenciosa
cubre la tierra desolada y muerta.
¡Huyamos! ¡ven! la sombra es la amargura
que va ocultando con su velo austero
un rostro de siniestra catadura:
la muerte, ¡último amor! ¡el verdadero!
Vamos de aquí; mi voluntad cansada
ya ni aun mi cuerpo á sostener se atreve.
¡Ni un pájaro cantor en la enramada!
¡En mi alma hielo! ¡En tu cabeza nieve!
Pretendo hablar, y de mi voz me espanto;
hablarme quieres, y tu voz suspira.
¡Dios arrancó las cuerdas de la lira,
y puso en su lugar hilos de llanto!

Leopoldo López de Sáa.

El Rosal de Santa Ana.

Ana, la santa esposa de Joaquín—ambos «ex dones David,» es decir, de la estirpe real de que debía, según los profetas, nacer el Salvador del mundo,—era estéril. Iban á cumplirse las setenta semanas de Daniel, y se encontraban sin sucesión y en edad senil.

¡Cómo se dolía Ana de «este castigo de Dios,» en su casita de Sekoris, que resplandecía de virtud acendrada!

Para elevar más frecuentemente sus preces en el templo del Dios único en Jerusalén—de donde distaban unas treinta leguas,—y ofrecerle constantes sacrificios, resolvieron trasladarse á vivir en la ciudad; y al efecto, Joaquín compró una casita, inmediata al templo, y que hasta hoy se conserva convertida en capilla de Nuestra Señora de la Presentación.

En el interior de la casa había un jardín y en el jardín había un hermoso rosal, que desde el primer momento llamó la atención de Ana, porque á su alrededor piaban muchos pajaritos que tenían sus nidos entre las ramas del arbusto. Allí se lo pasaba ella contemplando el dulce afán maternal de las avecitas, y cuán dichosas se mostraban éstas desvelándose por sus hijuelos.

—«Y sobre mí decía tristemente— no ha llovido la gracia del cielo. ¡Perdona, oh Jehová, á esta humilde pecadora!»

Una tarde, en que estaba ausente su esposo, por haber ido á Chocebite—donde existía una especie de Tebaida, compuesta de discípulos de Elías,—Ana gimió más intensamente que otras veces, á la vista del rosal con tantos nidos en que bullía la vida.

De improviso, cuando los sollozos de la anciana estéril habían contenido los gorjeos de los pajaritos, las rosas del rosal se replegaron, y



17.—Colección de trajes de casa, de paseo é infantiles.

de en medio de unas que formaban artístico pabellón á un nido, surgió una aparición bellísima, un ángel de sonrosado rostro y rubios y ensortijados cabellos. Vestía una túnica de nieve, agitaba blandamente sus alas radiosas, empuñaba en la diestra una vara de azucena y emergía de todo su cuerpo una luz nacarada.

Mirándola acariciadoramente con sus azules ojos, la dijo con voz que era una melodía:

—«Soy Gabriel; y Dios, que ha escuchado tus ruegos, me envía para anunciarte que concebirás una hija, que será selecta entre las selectas, pues nacerá sin mácula y sin mácula será á su vez, madre del Verbo.»

Ana quedó como petrificada; todo le parecía un sueño.

Las rosas del rosal se esponjaron en sus cálices y la sonreían; los pajaritos trinaron con extraño regocijo, y revolaban rosando con sus alas la nevada cabellera de la anciana.

La misma tarde de este suceso maravilloso—según la leyenda,—Joaquín tenía igual revelación, apresurándose á regresar á Jerusalén.

Al día siguiente tomaron camino de Sekoris, pintoresco pueblecito que dista poco de Nazareth.

Y antes de un año, vió la luz la que sería luz del orbe, azucena del valle y estrella de la mañana.

Sus primeros instantes fueron alegrados por los pajaritos del rosal de Jerusalén, que habían ido á posarse en los aleros de la casa de los santos esposos y que, después de gorjear dulcemente, se alejaron llevando la buena nueva á las otras avecitas del cielo.

ARTURO BLOCK.

LACRYMAE RERUM

DESAHUCIO

En una olvidada calle
Del barrio de Maravillas,
Donde vive la tristeza
Disfrazada de alegría,
Frente al portal de una casa
De esas de facha mezquina,
Cuyos balcones pregonan
Que allí la indigencia habita
Tras los cristales desnudos
Huérfanos de cortinillas,
Vi una tarde en el arroyo
Diez ó doce cosas míseras,
Despojos abandonados
Del naufragio de una vida,
Formando un montón que, tristes,
Contemplaban las vecinas,
Los ricos con menosprecio,
Los muchachuelos con risa
Y los corazones nobles
Con arrebatos de ira.

Eran un sofá caduco
De reps azul hecho jiras,
Como penco que en los toros
Al aire suelta las tripas;
Un reloj de los de péndola,
Manco de una manecilla,
Con la esfera, que es la cara
De los relojes, tristísima,
Y que tan sólo horas lúgubres
Señaló, según la pinta;
Un catre patiabierto;
Cuatro derrengadas sillas;
Una mesa despintada;
Dos malas litografías
Que contaban los amores
De Abelardo y Eloísa,
Y, presidiéndolo todo,
Remate de tanta ruina,
Un piano viejo y sin tapa,
Cuyas teclas amarillas
Los dientes de horrible monstruo
Diluviano parecían,
De un titán de negras fauces
Que lanzara seca risa,
Publicando de los hombres
La crüeldad infinita.

Sobre aquel montón de cosas
Lluvia implacable caía,
Y el arroyo de aguas sucias
En las patas de las sillas
Dejaba pellas de fango,
Y el agua golpeando impía
Del piano las viejas cuerdas
Sacaba notas horrísonas,
Alaridos desacordes
De una música inaudita....
Y aquellos muebles, cansados
De arrastrar tan mala vida,
Y empapados por la lluvia,
Lloraban y maldecían.

Pasaron horas y horas,
Iba declinando el día,
Llegó el farolero, y pronto
Una luz medrosa y tímida,
Titilando entre la lluvia,
Dió á las sombras mayor vida,
Y, ya en las sombras, los muebles
Que lloraban sus desdichas,
Una historia me contaron
Con voz baja y dolorida.

Hablóme el sofá de muertos
Amores, de una familia
Que unió el querer, y que luego
Partió la suerte maldita.
Me contó el reloj, inválido,
Entre toses y fatigas,
Los días sin esperanza,
Las noches sin pan, larguísimas.
Me habló el lecho de dolores,
De fiebres, de medicinas
Que se compraron con honras,
Cambiando por muertes vidas.
Cantó, por fin, el piano
De las teclas amarillas,
Que lloraban por los dedos
De unas manos pequeñitas
Que sobre las mismas teclas
Quedaron de pronto rígidas....

Con estos cuentos y cantos
Echóse la noche encima;
Yo me alejé de aquel sitio
Con toda el alma oprimida,
Y aun me parece que escucho
Aquella historia tristísima
De los muebles que lloraban,
Lloraban y maldecían.

F. Navarro y Ledesma.

Madrid.

EL TESTAMENTO
Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua." Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron estas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.

EN UN ALBUM.

¿Por qué adornas tu cabello
Con guirnaldas fragranciosas
De nevadas tuberosas
Y de rosas de París?
¿Quieres que unas rivalicen
De tu tez con la tersura
Y las otras en frescura
Con tus labios de carmín?

¿Por qué lucen en tu cuello
Torneado, sus cambiantes
Los collares de diamantes
Y de perlas de Ceylán,
Si hay más luz en tus pupilas
Que en las piedras transparentes
Y en las joyas de tus dientes
Hay más perlas que en el mar?

Con esencia de violeta,
¿Por qué zahumas el armiño
De tu espléndido corpiño
Que realza rico tul,
Si hay en tu alma los efluvios
Que perfuma la corola
Delicada de la viola
Del verjel de la virtud?

¿Y por qué para tu álbum,
Soñadora virgen, dime,
Hoy me pides que te rime
Un simbólico rondel,
Si tú eres toda un encanto,
Si en ti vibra la armonía,
Si tú eres la poesía
De una estrofa de Verlaine?

Mercedes Pujato Crespo.



1.—Colección de trajes de "sport" y paseo.

Explicación de nuestros grabados.

Número 2. Traje de visita y colección de trajes infantiles para niños de diversa edad. El primero consta de un talle con ancho cuellohombreras y una falda lisa que ostenta en su parte inferior, como único adorno, pequeñas cintas de color claro. El sombrero es de verano y lo adornan dos grandes rosetas, Los trajecitos infantiles son de confecciones diferentes, y se hacen notar, sobre todo, por la nueva disposición y corte que últimamente se ha dado á los trajes para niños, en los cuales también se usa el estilo «reforma.» El traje para la niña de 13 á 14 años que aparece en el grabado, es de tela rameada de poca consistencia. El talle sólo lleva el sencillo adorno de la cinta obscura que, en forma de cruz, es de moda cerca de la cintura. Un cinturón formado con listón de seda, rodea el talle. La falda lleva sólo tres pliegues, y encarrujados transversales en su parte inferior. Las mangas son de forma campanulada, y los puños de la misma tela que las mangas.

Número 6. Dos trajes de paseo representa nuestro grabado. Ambos se han cortado con suma gracia, y llamamos la atención de nuestras lectoras acerca del conjunto y de la confección. Ambos trajes, aunque de corte diverso, tienen entre sí gran semejanza por su disposición. Llevan, los dos, anchos cuelloshombreras, que en la actualidad se usan mucho, y las blusas son toreras. Las mangas campanulares poco difieren entre sí, pues la única diferencia consiste en que las de uno de los vestidos, lleva superpuestos semejantes á los del cuellohombreras. En uno de los trajes es enteramente lisa la falda, mientras que en el otro cae con pliegues longitudinales, de toda la extensión de la cuchilla. Los sombreros son de rigurosa estación primaveral.

Número 9.—Elegante y vistoso

traje de visita representa el grabado. El género de seda, no lleva más adornos que pequeños grupos de pasamanería en el talle y cordoncillo de seda en los puños y el pizarrón. La falda del soberbio traje es enteramente lisa, y su único adorno consiste en una cola de no muy exageradas dimensiones. En los lados exteriores de las mangas y á lo largo de éstas, se prende una pasamanería continuada por cordoncillo, y las aberturas de las campanas ó entrepuños, simulan aparecer cerradas por dos pequeñas presillas ó broches de cintas. Para este vestido deben llevar las señoras corsés rectos de última moda, que entallan admirablemente el busto, y dan al cuerpo una gentileza de muy buen tono.

Número 10.—Traje de paseo para señoritas jovenes y de talle esbelto, es el que representa nuestro grabado. El talle no es difícil en la hechura, y sólo debe fijarse la atención en la colocación de los adornos que, como se ve, son los que dan vida á este traje. En la parte superior del peto, en los puños y sobre el cinturón se aplican estos adornos rameados y pintados. La falda lleva, sólo en su parte inferior, pequeños pliegues, y en el nacimiento de cada uno de éstos, se aplica un adorno semejante á los del talle. Desde luego se ve el admirable efecto producido por esta clase de adornos, que están muy en boga en los parques y salones europeos, y que en México apenas se comienzan á usar.

ESPERANZA.



MUJERES Y FLORES

Las flores son la primavera del año; las mujeres, la primavera de la vida. Las mujeres, como las flores, tienen alborada y crepúsculo, brillante existencia, vida fugaz. Fraternizan, se aman, porque se asimilan y se comprenden.

La mañana del día, al expirar entre aromas y frescura, convierte el capullo en flor; la mañana de la vida, al desaparecer con sus armonías seductoras, transforma á la adolescente en mujer.

Las flores, como las mujeres, son seres sensibles que tienen vida propia; las flores respiran, crecen, palpitan, se entusiasman, se exaltan, sufren, gimen, lloran, mueren.

¡Cuántas veces al tronchar una azucena os habréis detenido sin saber por qué! ¡Ah! es que oíais un gemido vagamente, el gemido de la azucena, y lo que destilaba en vuestros dedos su tallo, ese líquido que llaman savia los naturalistas, era el llanto de la flor.



2.—Traje de visita y colección de trajes infantiles.

Las flores, seres delicados que se agitan momentáneamente con perceptibles estremecimientos, duermen también y se despiertan solas; hay flores fluviales que al asomar la aurora, alzan sus cabezas en las orillas de los lagos, permanecen erguidas durante el día, y al declinar la tarde, contraen sus pétalos, sepultándose en las profundidades de sus lechos acuáticos.

Así como las mujeres tienen sus días felices, las flores tienen sus horas festivas: las de sol espléndido, de brisas y fresco rocío, son para ellas grandes solemnidades, en las cuales ostentan su inocente alegría revelada en vivos matices. Las flores, como las mujeres, tienen fisonomías distintas y hasta tipos: las hay rosadas y pálidas, raquíticas y esbeltas. En el mundo vegetal tienen también, cual ellas, su jerarquía y heráldica: hay flores aristocráticas y plebeyas, flores que ocupan humildes puestos, flores de cuna de oro y de cuna de barro, flores distinguidas ó vulgares.

La rosa es la más ilustre, es la Venus de los jardines, la más aristocrática del verjel, la reina de las flores; cautiva la atención general, su imperio es glorioso, numerosa la pléyade de sus admiradores.

Grecia se postró ante la rosa; las ciencias y las artes le han consagrado su culto por bella y útil: siempre representó un gran papel. Homero, Herodoto, Virgilio y Horacio dirigiéronle grandes elogios en sus libros. San Basilio dijo que antes del pecado de nuestros primeros padres, las rosas no tenían espinas; Santa Rosa, nacida en Lima, se llamaba en realidad Isabel; pero su madre la llamó Rosa por el dulce brillo de su semblante.

Es costumbre en Roma señalar durante la Cuaresma un domingo de la Rosa, «dominica in rosa,» para que el Sumo Pontífice bendiga una rosa, y la envíe á algún príncipe ó princesa de Europa como testimonio de simpatía: esta rosa es de oro.

La rosa blanca y la rosa encarnada fueron famosas en Inglaterra, como símbolos de la casa de York y Lancáster. La rosa ha sido premio del héroe y del poeta.

Hay rosas en todos los países; la naturaleza, siempre pródiga, ha colocado la rosa bajo todos los cli-



3.—Trajes de "sport" con falda lisa.



4.—Saco modernista, para señoras jóvenes.

mas, regalándola como tipo de belleza.

Las flores son la gala de la creación, el rico manto de la naturaleza, el lujo de los pobres; la modesta frente de una pastora puede ostentar una guirnalda, del mismo modo que puede ostentarla la altiva frente de la opulenta señora. La tosca maceta de la sencilla aldeana no tiene menos poesía que el soberbio tibor de la señora aristocrática.

En todas las edades amamos las flores, y quien no las ama denota tener alma fría y seca: la niña juega con ellas, la joven realza con ellas sus encantos, y el anciano se extasía con sus fragancias. ¡Qué espectáculo tan bello ofrece á la vista la blanca y respetable cabeza de un anciano inclinada sobre una maceta de flores que cultiva esmeradamente, sin desdeñar esta ocupación, que apellidaran frívola los corazones duros y prosaicos! ¡Cuántas veces una flor parietaria ha s do la dulce amiga del prisionero!

Las mujeres y las flores son la sonrisa de la vida.

Madame Roland, en su prisión, no se creía completamente desventurada, porque tenía flores y un rayo de sol.

Lo más hermoso del mundo son las flores; el profeta no encuentra para la Madre de Dios nada más sublime que ellas. Por eso en su místico lenguaje apellida á la Virgen rosa de Sión, lirio de la Siria, clavel de los Alpes, rosa de Jericó. El mes de mayo, mes de las flores, ha sido consagrado á María. Las flores tienen su epopeya, sus páginas de gloria, su celebridad, su historia.

El mundo cristiano adorna con ellas sus altares; en la fiesta de Pentecostés ha sido costumbre echar flores desde la bóveda de los templos sobre los fieles reunidos en la nave, para simbolizar los dones del Espíritu Santo.

El niño inocente que va á regenerarse del pecado original en las aguas bautismales, lleva su pura vestidura orlada de jazmines; la fervorosa niña que llena de amor divino se acerca á la mesa celestial para gustar en éxtasis arrobador el Pan de los ángeles, ostenta su aureola de blancas rosas; la casta doncella que tímida y pudorosa se dirige al altar con el elegido de su corazón para recibir la bendición nupcial, adorna de azahares el poético traje, níveo cual fiel trasunto de su virginidad; y la triste huérfa- [illegible] dre pensamientos y siemprevivas, como pálido reflejo de la inextinguible luz del recuerdo que la ilumina constantemente.

En los libros santos encontramos en bellas alegorías representado el Verbo Eterno por la flor de seis hojas—azucena;—el amor divino por la flor del manzano; los justos por la de la higuera, y por las mandrágoras de Lia la fecundidad, que con tal presente fué Raquel la madre dichosa de José.

Los paganos también asociaron las flores á sus religiones y usos; los sabios eran coronados de flores; la del amaranto adornaba las estatuas de los dioses y los sepulcros de los grandes hombres, debido á que esta flor conserva después de seca su color; la estatua del pudor la representan con una rosa encarnada en la mano. Los árabes y egipcios dedicaron la acacia al dios del día, porque observaban que las hojas de la acacia se abrían y cerraban guardando el período de la salida y la puesta del sol, y que su flor, resguardada por una especie de plumilla, imita el disco radiante del astro rey.

Los indios adoraban el loto, que aparecía en la superficie de las aguas al salir el sol y que se ocultaba cuando él; los budistas, que profesan la religión del sintoísmo, tienen culto por una flor particular, á la cual atribuyen el mérito de prolongar la vida; los brahamanes creen que Brahama nació de la corola de un lirio acuático. Los astrólogos escribían el horóscopo de los niños en las hojas de palmera. Los romanos, desde los tiempos de los Antoninos, rociaban de flores los sepulcros y sembraban en sus alrededores las plantas más olorosas. Los habitantes del Asia Menor plantaban en el campo de la muerte arrayán, mirto y siemprevivas. Cuando entró en Alejandría el lujoso carro fúnebre en el cual era conducido el joven conquistador del Asia, adornábanlo perlas y flores.



5.—**Ricos y elegantes trajes de visita.**

El pino estaba consagrado á Cibeles en remotos tiempos, y á la azucena se la llamó flor de Juno.

Las flores han tenido siempre su

culto; han inspirado la religión más supersticiosa. El fresno de Odín, la palmera de Latone, la flor del espino, que libra de malos pensamientos á las pastoras del Brie; el Karenglo de los armoricanos, el compac azulado de los persas, que crece para ellos solamente en el paraíso; el Kaki, ese árbol divino á cuyas flores les supusieron alma; la mágica salameta y el árbol rojo del Komboun, del que cada hoja reproducía en relieve uno de los numerosos caracteres del alfabeto tibetano, fueron consideradas plantas milagrosas.

La verbena, símbolo de amistad, fué, para galos y celtas, sagrada como el muérdago; ostentábanla los heraldos al pedir parlamento al enemigo; los druidas enlazábanla á sus ritos proféticos; los romanos purificaban con ella los altares de Júpiter; la joven desposada tejía guirnaldas para adornar su nuevo hogar, conjurando todo maleficio; los hechiceros de la Edad Media empleábanla en los filtros amorosos.

Herodoto refiere que Jerjes experimentó una gran ternura por una planta; la acariciaba, la estrechaba entre sus brazos y la adornaba con collares y brazaletes de oro; Carlo Magno, legislador y filósofo, recomendaba desde su trono occidental el cultivo de la plantas.

La Emperatriz Josefina olvidó más de una vez los enojos del poder contemplando la estructura de una corola en sus invernaderos de Malmaisón; estudiaba las plantas y se embriagaba con sus aromas, prefiriéndolas á las esencias de sus lisonjeros cortesanos. Las flores de todos los países tenían cabida en sus estufas.

Nada más bello que la poética república formada por la soldanela de los Alpes, la violeta de Parma, el sauce de Oriente, la cruz de Malta, el lirio del Nilo, el hileiscas de Siria, la rosa de Damieta y su jazmín querido de la Martinica.

Los pueblos civilizados han reverenciado á las flores; los pueblos cultos han rendido tributo á la mujer.

Frecuentemente suele ser un ramo de flores la historia de su corazón apasionado, y las hojas de cada flor, páginas de los anales de un alma.

La mujer enamorada elige las flores con sencillez infantil, para formar con ellas tiernas alegorías de sus impresiones. Si la acacia significa amor platónico, el ajenjo amargura, el alhelí encarnado despecho, la acedera alegría, la artemisa felicidad, la hortensia amor constante, el avellano reconciliación, la caléndula melancolía, el narciso egoísmo, la ortiga crueldad y el acónito venganza, tres flores pueden componer una frase; una guirnalda, una conversación; un ramillete, una carta.

Los botánicos creen leer en las flores y conocerlas, porque las han clasificado y porque les han hecho la autopsia; porque las han bautizado, denominándolas en griego y en latín; mas este estudio fisiológico no basta, hay que estudiarlas moralmente. Linneo es el botanista que las ha analizado psicológicamente; él descubrió los amores de las flores.

Las flores, cual las mujeres, tienen sentido estético y aman la música; por eso al escuchar el canto del ruiseñor se extasían enviándole sus fragancias. La corola de la flor, cual el alma de la mujer, es un santuario; en el fondo de sus pequeños tabernáculos se cumplen misterios santos y respetables que permanecen velados para los hombres, que tal vez no se ocultan á los jilgueros, los ruiseñores, las mariposas y las estrellas. ¿Quién pudiera sorprender en la callada noche ese amor diáfano, ese amor de luz, fulgores y esencias, ese amor indescriptible de las vírgenes y las flores?



6.—Dos elegantes trajes para paseo campestre.



7.—Saco moderno para señoras jóvenes.

¡Oh, qué poema tan divino se podría escribir después de sorprender los secretos de las mujeres y las flores! Tal vez esos vagos rumores del bosque, esos susurros solemnes y misteriosos, esos murmurios dulcísimos, esas armonías de las esferas y esos quejidos blandos del viento, son los suspiros enamorados que exhalan las mujeres y los lirios; tal vez esas perlas líquidas que llamamos rocío son besos y lágrimas cristalizados; tal vez al trocar sus esencias y reflejos, se abrazan en el espacio; tal vez cantan un himno eterno á la diosa nocturna, que al encender su antorcha, las envuelve en red de plata.

Si yo creyera en la metempsicosis ó transmigración de las almas, aseguraría que cada flor encierra el alma de una mujer, y cada estrella el alma de una flor. La camelia podía albergar en su seno un alma sin amor, la dalia un alma altanera, la azucena un alma cándida, el lirio un alma pura, la rosa un alma de fuego, el pensamiento un alma meditabunda, la violeta un alma modesta, la margarita un alma humilde, el jazmín un alma inmaculada.

Una mujer sin ternura en el alma, es una flor sin rocío, es una flor de trapo y alambre. Las mujeres sensibles son interesantes cual la sensitiva, delicadas cual la diamela, y aromáticas cual la magnolia; crecen lozanas y esbeltas al calor de la estufa del sentimiento, esmaltando las ásperas sendas de la vida, convirtiendo el erial de este mundo en vergel.

Las mujeres modestas, al ocultar su belleza, son flores que no pueden pasar inadvertidas, aunque lo intenten, porque las delatan las esencias de sus encantos.

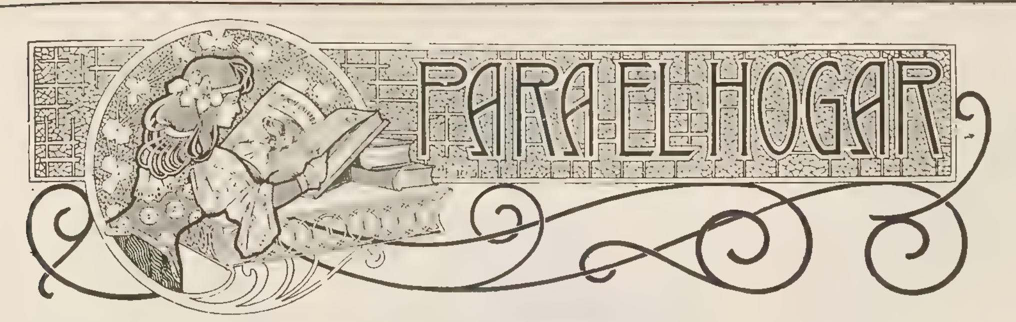
Mujeres, sed siempre humildes, y brillaréis más; sed siempre modestas cual la sampaguita, que sólo abre su broche encantador en la hora de las sombras, y pudorosas cual la delicada flor del convólvulo, que se marchita al acercarle el aliento.

Las mujeres y las flores son la poesía, la fiesta de la vida.

Concepción G. de Flaquer.



8.—Pañuelos bordados.



IMPOSIBLE!

Al llegar al recodo de la vereda, Ramón se detuvo un momento y volvió la cabeza.

Sus ojos se abrieron como si quisiera abarcar todo el panorama y grabarlo en su cerebro; después la mirada se fijó en un solo punto, en una pequeña casita que blanqueaba en la lejanía; un sollozo levantó su pecho, y, haciendo un supremo esfuerzo, continuó su camino.

Ocho días después Ramón estaba en Roma principiando su vida de artista.

No le seguiremos paso á paso en sus luchas con la sociedad y consigo mismo. Imitaremos á los amigos, que sólo acuden después del triunfo.

Por eso no narro las angustias de Ramón cuando, á solas en su taller, arrojaba desesperado los pinceles que se negaban á dar vida y realidad á las concepciones de su mente.

Al fin, la mano educada comenzó á obedecer al pensamiento, y el artista gustó esas dulces emociones que agitan el alma en los momentos de inspiración.

Pero ni aun en ellos, cuando con la carne temblorosa y el espíritu engrandecido por el soplo divino del genio, el mundo entero desaparecía para él; cuando en su retina se dibujaba una mancha negra donde sólo brillaba la idea, ni en aquellos momentos sublimes olvidaba Ramón el paisaje de su tierra natal, que reproducía en todos sus cuadros.

La habilidad del artista disimulaba que los rasgos de sus mujeres, morenas ó rubias, niñas ó ancianas, tenían la unidad de un solo tipo; y el fondo de sus lienzos, ya presentaran la luz esplendorosa del mediodía ó las sombrías brumas invernales, estaban también inspirados en un solo modelo.

Porque Ramón había dejado aquella tierra soñando conquistarse un nombre y una posición para ofrecérselas á la mujer que amaba.

Ella era rica y noble; sólo el Arte podía elevarlo á él, pobre hijo del pueblo, para llegar hasta ella sin que su dignidad padeciera por una unión desigual.

Y las aspiraciones de Ramón se habían realizado. Príncipes y reyes honraban al pintor genial que había sabido triunfar en todas las exposiciones con sus obras maravillosas.

Tenía oro y gloria; y sin embargo, Ramón no volvía á su pueblo. Durante su triste vida de lucha no se atrevió á escribir á su amada, y despues sintió miedo; miedo de que la ausencia hubiese alterado aquel amor que él guardaba, y cuya terminación no podía concebir.

Por fin se decidió á volver á su patria: necesitaba ver á su novia y contemplar aquel cuadro de belleza suprema que había despertado su vocación de artista y al que quería reproducir sobre sus lienzos.

Una mañana bajó de un lujoso departamento de primera, en la estación de su tierra natal, aquel pobre muchacho que partiera diez años antes en la pesada diligencia.

Nadie lo conoció; aquellas calles y aquellos rostros no eran ya como él los había dejado; el cambio era notable para él mismo. Cuando partió, llevaba juventud, fe y esperanza en el triunfo; hoy traía el miedo de la decepción.

Porque Ramón veía con terror que no era bastante el Arte para satisfacer todo el impetuoso desbordamiento de vida que rebosaba en su alma insaciable, aun después de terminada la obra artística.

***

La noche oprime á la tierra con su pesado manto de sombras cuando Ramón sale del hotel.

Va solo por las desiertas calles y su mano oprime febrilmente el mango de su puñal.

Ramón ha vivido tanto tiempo lejos de nuestro mundo, solitario en las serenas regiones del arte, que sus ideas no se ajustan á nuestra ley moral.

Ramón cree tener derecho de vida ó muerte sobre aquella mujer adorada, para quien ha escalado un puesto en la sociedad; y sabe que esa mujer no le ama, y que en aquella reja oculta por las campanillas y las madreselvas, vuelve á asomar la cabecita rubia que ha inmortalizado su pincel, para repetir á otro hombre sus juramentos de amor.

Para Ramón no hay consideraciones ni convencionalismos, no piensa en los diez años de ausencia sin noticias suyas; no ha dejado de amar ni un instante y los años apenas representan un día para él. Aquella mujer es suya, es su genio, su arte, su inspiración, su alma; y aquella mujer no puede abandonarle sin que él la mate......

Atraviesa delirante las calles y sale del pueblo; pasa ante la puerta de la vieja iglesia donde su madre le enseñó las primeras oraciones, sin que la idea religiosa se levante en su alma; cruza cerca del pequeño cementerio que guarda los restos de los que le amaron, y su recuerdo no borra el deseo de venganza que bulle en su mente.

Al fin ve la casa de su novia, la ventana y el rayo de luz que se escapa de las entreabiertas maderas, haciendo destacarse la querida cabecita rubia

Al pie de la reja un hombre escuchaba las mismas palabras que él había oído tantas veces en aquella hora: una nube de sangre obscureció su vista, dentro de su cerebro crujió el eco de las frases presentidas, y el puñal se alzó en su mano.

En el mismo instante la luna rasgó las sombrías nubes, y un rayo de su pálida luz vino á reflejarse en la hoja de acero.

A los ojos de Ramón apareció el espléndido paisaje que había reproducido de memoria tantas veces, el monte con su blanca cumbre de eternas nieves y el río serpenteando sobre un fondo de esmeralda.

Deslumbrado por aquel cuadro de belleza viva y palpitante, con perfumes y movimiento, ante la gran obra del arte de la Naturaleza, el puñal se escapó de sus manos y huyó de aquel sitio.

***

Un mes más tarde era objeto de todas las conversaciones del pueblo, la misteriosa casita que Ramón había hecho construir en el lugar más abrupto de la sierra.

Aquella casita, donde vivía solo con su criado, tenía una gran pieza con las paredes de cristal, que permitían ver por todas partes el panorama.

Allí tenía Ramón su estudio, monje de la sublime religión de la ladera que lo había librado de convertirse en asesino.

Y cuentan los indiscretos que lograron acercarse, que Ramón pintaba todo el día con ardor febril, para romper siempre de noche el lienzo, murmurando una sola palabra: ¡Imposible!

El artista, á pesar de todo su genio, se reconocía impotente para copiar á la Naturaleza.

Carmen de Burgos Seguí.



9.—Vestido de reunión.

Lágrimas Fecundas

Cuando la pura gota de rocío
Sobre el pétalo rueda de la flor,
Este se alza en su tallo con más brío
Y esparce suave olor.

Mas si al fondo del cáliz se desliza,
La flor estremecida de placer,
Sus castas hojas amorosas riza
Y fecunda su ser.

Así, cuando las lágrimas del alma
Corren como copioso manantial,
Recobra el corazón la ansiada calma
Y se alivia su mal.

Pero si el llanto del pesar no brota,
Así como el rocío con la flor,
Va cayendo en el alma gota á gota
Y fecunda el dolor.

HELIANA.

EL ESPEJO.

Llega al norte á bordo del «Niemen,» una linda criolla de quince abriles, blanca y rosada cual la flor del almendro. Viene del país de los colibríes; el soplo del amor la trae...... Sus compatriotas los insulares decíanle: "No te marches: reina frío en el continente...... El invierno te matará." Pero la hermosa criolla no creía en el invierno y no conocía más frío que el de los sorbetes; además,ella amaba; no temía á la muerte.

Y hela ahora aquí desembarcando, entre brumas, del «Niemen,» con sus abanicos, su hamaca, sus mosquiteros y una jaula de dorada alambrera, llena de pajarillos de su patria.

Cuando el viejo papá Norte vió llegar aquella flor de las islas que le mandaba el Sur, su corazón sintióse conmovido, porque pensó que el frío engulliría de una sola vez la joven y sus colibríes; pronto encendió su grande sol amarillento, vistiéndose de verano para recibirla. La criolla engañóse á sí misma; creyó que aquel calor del Norte, brutal y pesado, era un calor duradero; aquella eterna verdura negruzca, verdura primaveral; y colgando su hamaca en el fondo del parque entre dos abetos, se abanicó columpiándose.

"Pero hace muchísimo calor en el norte," dijo risueña, aunque un tanto inquieta. Una cosa la preocupaba todavía: por qué no tendrán barandas las casas en aquel extraño país? Para qué muros tan gruesos, alfombras y pesados cortinajes? Para qué sirve aquella enorme estufa de porcelana, aquellos inmensos montones de leña acumulados en los patios, aquellas pieles de zorra azul, aquellas dobles frazadas y aquellas pellizas que duermen en el fondo de los armarios?

Pobre jovencilla, muy luego lo sabrás!

***

Una mañana, al despertarse, la criolla sintió escalofríos por todo su cuerpo; desapareció el sol, y del cielo, sombrío y bajo, desprendióse en copos un polvillo blanco y silencioso, como el que cae á la sombra del algodonero ...He ahí el invierno! Arrecia el viento, zumban las estufas.

En su grande jaula de alambres dorados, ya no gorjean los colibríes; sus aletas rosadas, color de turquesa, rubí y esmeralda, permanecen inmóviles y da lástima verlos acercarse unos á otros con sus finísimos piquillos y sus ojos del tamaño de una cabeza de alfiler; allá,en el fondo del parque,la hamaca tiemblade frío,cubierta de escarcha, y las ramas de los pinos semejan cristal hilado...La linda criolla tiene frío, ya no quiere salir más.

Hecha un ovillo junto al fuego, lo mismo que cualquiera de sus pajarillos, pasa el tiempo mirando las llamas y creándose un sol con los recuerdos.

En la ancha chimenea, luminosa y ardiente, vuelve á ver todo su país; las extensas playas que acaricia el sol con su negruzco azúcar de caña que corre gota á gota; los granos de maíz revueltos en dorada arena; luego las siestas de la tarde, las claras cortinillas, las esteras de paja, las noches estrelladas, las luciérnagas y millones de mariposas nocturnas que zuzurran entre las flores y entre las mallas de tul de los mosquiteros.

***

Y mientras permanece así, fantástica delante de las llamas, síguense los días invernales, siempre más cortos, siempre más tétricos.

Cada mañana se encuentra un colibrí muerto en la jaula; muy pronto sólo quedarán dos, dos copos de plumas verdes que se rozan uno con el otro, en un rincón de su albergue.

La niebla deposita en los vidrios una fina cortina de seda sucia. La ciudad parece muerta, y en las calles silenciosas, óyose el lastimero silbido del limpianieves á vapor...... Para distraerse, la criolla, en su cama, hace brillar las varillas de su abanico, y pasa el tiempo mirándose en los espejos de su país, envueltos con grandes plumas indias.

Los días del invierno acósanse siempre más cortos, siempre más tristes. Entre sus cortinas de encajes, la joven criolla languidece, se desespera. Lo que sobre todo la entristece, es que desde su cama no puede ver el fuego Parécele que por segunda vez ha vuelto á perder su patria....... De cuando en cuando pregunta: "Hay lumbre en el cuarto?"

—Pues sí, señorita, la hay; la chimenea arde en llamas. Oye usted el chisporroteo de la leña y las piñas que estallan? —Oh! á ver, á ver!" Pero por más que se inclina, nada ve: la llama se encuentra demasiado lejos; esto la desespera.

Una noche, mientras estaba allá, pensativa y pálida, descansando la cabeza en los bordados de la almohada, con los ojos siempre vueltos hacia aquellas hermosas llamas invisibles, se le acerca su amigo y toma uno de los espejos que tiene sobre la cama. "Quieres ver el fuego,amada mía? Pues bien,aguarda.

Y arrodillándose delante de la chimenea, trata de enviarle con el espejo un reflejo de la mágica lumbre. — "Puedes verlo? – No, nada veo.—Y ahora?....— No, todavía no...."Luégo, de súbito, recibe en plena faz una ráfaga de luz que la envuelve: "Oh! la veo!" dijo la criolla estremeciéndose de alegría; y murió riendo, con dos llamitas en las niñas de los ojos.

A. DAUDET.

10.—Traje de paseo.

En su Cabaña.

Las balsas del mar, los efluvios del suelo, las exhalaciones de la montaña y las fulguraciones de los astros, forman tu atmósfera.... tu atmósfera física.

El amor á la naturaleza, la contemplación de los hermosos horizontes extendidos á tu vista, el goce producido por el grandioso panorama del cielo, sembrado de estrellas, forman tu atmósfera moral.

Cuando piensas en la Naturaleza, te abismas.

Cuando piensas en la Creación, te recoges.

Cuando piensas en Dios, oras...!

Y si la mujer, lo más noble, lo más selecto de lo creado, aparece en tus horas de fantasear, en dulce, dulcísima soledad, tu alma se levanta á regiones desconocidas y se recrea en el ideal soñado....

Hay un vacío en tu cabaña....

Llénalo! El corazón lo reclama y los labios pronuncian la palabra del ideal. ¡¡Eva!!

J. R. PACHANO.

11.—Sombrero de gasa y flores para la estación.



12.—Sombrilla de encaje y fondo de tul.

ROMANCE CORTO.

Luz de esta ribera,
graciosa zagala,
más linda que el día,
más bella que el alba:
tu rostro divino,
tu risa, tu gala
mil pechos cautivan,
mil cuellos enlazan.
Si asoma en Oriente
las sienes orladas
de cándidas rosas
la fresca mañana,
de tu rostro copia
las tintas de grana
con que el cielo pinta,
con que el prado esmalta.
Si el carro de Febo
las cimas nevadas
con su lumbre dora,
con sus rayos baña,
de tu faz hermosa
las luces no iguala.
Si Flora, risueña,
la veste gallarda
desprende olorosa,
descoge lozana,
imita tu talle,
remeda tu gracia.
Favonio amoroso
que bate las alas
robando á las flores
y dando á las auras
balsámico aroma,
tu risa retrata.
Mas ¡ah! tus ojuelos,
tormento del alma,
¿quién puede copiarlos,
quién puede, zagala?

Duque de Rivas.

LA VIOLETA.

¡Oh violeta! Linda flor
por tu forma y tu color:
me siento enfermo de amores,
y te escojo entre las flores
como emblema de mi amor.

Mil veces cuando te vi,
te juzgué indigna de mí;
pero adornaste á una bella,
y un loco de amor por ella,
tiene que amarte algo á ti.

Serás por toda la vida
la flor por mí más querida,
y te miraré envidioso
cuando adornes el hermoso
busto de mi preferida.

Quiero verte siempre en él;
y en prueba de afecto fiel,
quiero también otra cosa:
que adornen siempre mi fosa
la violeta y el laurel.

J. LÁZARO Y GOLDIANO.

TEMPESTADES.

Las olas se encrespan,
luz rápida brilla
y flota sin rumbo
la débil barquilla.

En choque fulmíneo
la nube revienta
y estalla impetuosa
la horrible tormenta.

Resueltos marinos
se cubren de espanto;
las tímidas gentes
desátanse en llanto.

Tan sólo apoyado
del borde en el filo,
gallardo mancebo
medita tranquilo.

Anciano piloto
se acerca y le mira;
—Del mar—le pregunta—
no temes la ira?

Y el joven responde
con lúgubre calma:
Ay! Luchas más fuertes
agitan mi alma!

J. A. PÉREZ BONALDE.



13.—Colección de trajes de reunión y paseo.

LAS SIETE BASTARDAS DE APOLO

Las siete figuras aparecieron cerca de mí. Todas vestidas de bellas sedas, sus gestos eran ritmos y sus aspectos armoniosos encantaban.

Al hablar, su lenguaje era música; y si hubiesen sido nueve, habría creído seguramente que eran las musas del Sagrado Olimpo. Había en ellas luz y melodía y atraían como un imán supremo.

Yo me adelanté hacia el grupo mágico, y dije:

—Por vuestra belleza, por vuestro atractivo, ¿seréis acaso los siete pecados capitales, ó quizás los siete colores del iris, ó las siete virtudes; ó las siete estrellas que forman la constelación de la Osa?

—¡No!, me contestó la primera figura. No somos virtudes, ni estrellas, ni colores ni pecados. Somos siete hijas bastardas del Rey Apolo; siete princesas nacidas en el aire, del seno misterioso de nuestra madre la Lira.

Y adelantándose la primera, me dijo:

—Yo soy DO. Para ascender al trono de mi madre, la sublime Reina, hay siete escalones de oro purísimo. ¡Yo estoy en el primero!

Otra me dijo:

—Mi nombre es RE. Yo estoy en el segundo escalón del trono. Mi estatura es mayor que la de mi hermana DO. Pero la irradiación de nuestros cabellos es la misma.

Otra me dijo:

15.—Esclavina de gasa y seda.

—Mi nombre es MI. Tengo un par de alas de paloma y revuelo sobre mis compañeras, desgranando un raudal de trigos de oro.

Otra me dijo:

—Mi nombre es FA. Me deslizo entre las cuerdas de las arpas, bajo los arcos de las violas, y hago vibrar los sonoros pechos de los bajos.

Otra me dijo:

—Mi nombre es SOL. Yo ocupo un escalón elevado en el trono de mi madre la Lira. Tengo nombre de astro y resplandezco ciertamente entre el coro de mis hermanas. Para abrir el secreto del trono, en la puerta de plata y en la puerta de oro, hay dos llaves misteriosas. Mi hermana FA tiene la una, yo tengo la otra.

Otra me dijo:

—Mi nombre es LA, penúltima del poema de Mallarmé. Soy despertadora de los dormidos ó titubeantes instrumentos, y la divina y aterciopelada Filomela descansa entre mis senos.

La última estaba silenciosa, y yo la dije:

—¡Oh tú, que estás colocada en el más alto de los escalones de tu madre la Lira: eres bella, eres buena, eres fascinadora; deberás tener entonces un nombre suave como una promesa, fino como un trino, claro como un cristal!

Ella me contestó:

—¡Si!

RUBÉN DARÍO.



14.—Modelo de mantelería bordada.

Tlálpam, D. F., julio 23.

En obsequio de la justica—escribe el Dr. José O. Margáin,—manifiesto que durante muchos años de mi práctica médica, he usado, con espléndidos resultados, la Emulsión de Scott que preparan los Sres. Scott & Bowne, considerándola como uno de los grandes remedios, excelente reparador del organismo, obrando como un reconstituyente admirable en las enfermedades del pecho y en las personas de temperamento linfo-escrofuloso.

EL TESTAMENTO
Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de ''La Mutua.'' Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron stas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela ''Santa María'' de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restau- de la última póliza.

EN EL TEMPLO.

Se llena de creyentes
el templo solitario,
y á los acordes graves
del órgano sonoro,
se mezclan en la atmósfera
serena del santuario
las voces cristalinas
que vibran en el coro.

Entre las blancas nubes
que arroja el incensario,
miro con las pupilas
nubladas con el lloro,
que el sacerdote humilde,
de pie junto al sagrario,
entre sus manos puras
eleva el cáliz de oro.

Y así como el incienso
que ante la imagen flota,
impregna de sutiles
perfumes el ambiente,
perfuma tu recuerdo
mi mente visionaria.

Y de mis labios trémulos
y suplicantes brota
tu nombre idolatrado,
que vibra dulcemente
mezclado con las frases
que forman mi plegaria.

JUANA BORRERO.

Amor é Ilusión.

Cuando yo quise saber
lo que era amor é ilusión,
hallé la definición
al mirar á una mujer.

¿Amor? lo que yo sentí
al punto que la miré.
¿Ilusión? lo que soñé
poco después que la vi.

I. MENDIZÁBAL.



Explicación de nuestros grabados.

Número 1. Capa de gasa y seda para la estación y traje de paseo, representa este grabado. Ambos atavíos femeninos son de lujo y además están confeccionados con chic y elegancia. La capa debe llevarse enteramente cerrada para que logre tener la forma que luce en el grabado. Se ha suprimido en ella el cuellohombreras que se usa en adminículos de la misma especie, y como se ve, no constituye una gran falta, pues el entalle del abrigo se logra perfectamente. El cuello, que debe ser lo más estrecho posible, se anuda mediante anchos listones de seda de color obscuro. Podemos asegurar á nuestras lectoras que esta capa abrigo constituye una verdadera novedad. Del traje de paseo debe notarse especialmente la blusa, que forma también una novedad en asuntos de vestuario femenino; en efecto: la vistosa y sencilla confección es de mucho gusto, tanto por la naturaleza misma de la tela, como por los bonitos adornos que la atavían. Imita una torera por la cenefa del galón y encaje que lleva en la parte inferior. Las mangas son enteramente modernas, pues ceñidas hasta la mitad, se inician campanulares desde esta parte. El punto de partida está marcado con un pequeño cinturón de pasamanería semejante á la de la blusa. Los puños son un poco largos y muy estrechos. Complementa el vistoso traje un sombrero de paja con adornos metálicos y listones de seda.

Número 2. Traje de paseo, estilo "reforma", propio para señoras jóvenes. La tela es de color obscuro y como únicos adornos lleva un angosto cinteado de color más obscuro. El bluseado del peto llega sólo hasta la mitad del talle para que de aquí parta la enagua como en todos los trajes de este bonito estilo, tan de moda en las principales poblaciones europeas. Las mangas sólo se hallan ajustadas en el bombro y en los puños. La blusa lleva un pequeño escote angular y la falda es lisa, pues solamente se pliega ligeramente en su parte inferior. Para estos trajes "reforma" deben llevarse barrenderos ó refajos de mucha vista y buena calidad, pues de lo contrario desluciría el mérito de esta clase de vestidos.

Número 3. Muy especialmente recomendamos á nuestras lectoras este elegante traje de paseo, que es uno de los más vistosos que nos han venido en los figurines europeos. Aunque no es absolutamente original, pues en la continuada evolución del vestuario femenino es dificilísimo marcar con sello especial algún traje, no por eso deja de tener una gracia y gallardía poco comunes. Fíjense nuestras lectoras en la graciosísima disposición de las mangas, semejando dobles esclavinas aprisionadas con cintas y pasamanería; no pierdan de vista el original adorno del cuello y las colgaduras de cinta punteada que de él bajan al frente del talle; y sobre todo, dediquen por completo su atención al conjunto del vestido cuya gracia y hermosura proviene del menudo "plisé" que lo constituye. Es notable la esbeltez, buen tono y "chic" que este vestido da á los cuerpos, á no ser que éstos tengan deformidades. Complementa la gracia del traje el sombrero tendido que aparece en el figurín. Los adornos son de gasa y flores, combinadas entre sí con estética armonía.

Número 4. Colección de trajes de paseo é infantiles. Los primeros, sencillos en su hechura, no tienen nada de original más que los adornos de menuda cinta que en la actualidad están en moda. Con estos adornos se imitan bonitas combinaciones, como puede verse en los grabados. Uno y otro son muy vistosos á ese respecto. El cuello es ancho y sólo en uno de los trajes es de hombreras. En el talle llevan una corbata de seda y una roseta con bandas de listón, respectivamente. El cinturón de los talles es angosto y se remata mediante un broche metálico.

Los trajecitos infantiles presentan alguna novedad en su confección. El de niño es marinero; y el de niña, de estilo moderno. Las mangas de este último están ligeramente campanuladas y el cuellohombreras de la blusa termina en la cintura por dos imitaciones de solapas. La pequeña falda es de anchos vuelos en su corte inferior y ligeramente plegada de toda su longitud. El sombrero de este grabadito es primoroso, pues se adorna con gasa encarrujada, dándole forma de resplandor.

ESPERANZA.



1.—Capa de gasa y traje de paseo.

El Cuarto del Tesoro.

Hay recuerdos en la infancia que son imborrables, entre ellos los de los cuentos fantásticos que oímos de boca del aya, encabezados de ordinario con ésta fórmula sacramental: «Este era un rey que tenía tres hijas, etc.»

El cuento que vamos á relatar comienza del mismo modo, con la diferencia de que el rey sólo tenía una hija única, que era la niña de sus ojos y la contemplación de todos sus vasallos. Entre rey y la joven princesa había la más dulce intimidad. Raro era el día en que mutuamente no se comunicasen entre padre é hija sus penas y alegrías, sus caprichos y propósitos; en fin, todos los pasos de su vida.



2.—Vestido de paseo, estilo "reforma."

3.—Elegante traje de paseo.

Pero en medio de esta tierna confianza y entrañable cariño, una nubecilla empañaba la felicidad de la princesa. Había un secreto en la vida del rey, que éste no le había relevado, por más que ella hubiese tentado averiguarlo en distintas ocasiones.

Cerca de la alcoba real había un cuarto misterioso, á que no entraba sino el rey. En el palacio nadie sabía qué era aquello ni en qué se ocupaba el rey las horas que allí permanecía encerrado. El «cuarto del tesoro» lo llamaban todos, creyendo que era el depósito de las joyas de la corona; pero, á pesar de esta versión, que era la de más visos de certidumbre, entre los criados y dueñas se contaban mil especies fantásticas del misterioso cuarto. Que se oían golpes de martillo y otros ruidos extraños; que noche solía aparecer un resplandor rojizo en lo alto de un torreón que pertenecía á dicho cuarto; y los espíritus timoratos, no obstante las virtudes que adornaban al rey, llegaron á creer que éste tenía comunicación con el diablo. De modo que no era mera curiosidad, sino terror supersticioso lo que inspiraba el secreto del cuarto.

Cierto día la princesa, acariciando con dulzura al rey, le dijo resueltamente:

—Padre mío, si supieras que me inquieta desde hace tiempo una curiosidad.

—Cuál puede ser, hija?

-Conocer el «cuarto del tesoro.»

—Lo conocerás— le contestó el rey con cariño;—pero debes saber que para penetrar en él, se necesita un traje especial.

—Y no lo tengo yo?

—No lo tienes.

—Pero dime cuál sea, para procurármelo al momento.

—Ahí está la dificultad y mi capricho. Quiero que tú atines en el traje sin que yo te lo indique.

—Ah!—exclamó con desaliento la joven, cómo podré yo adivinarlo si no me lo dices?....

—No te apenes, hija, por eso, que, yo abrigo la esperanza de que tú, consultando mi inclinación y mis gustos, llegarás á vestir ese traje; y entonces no sólo conocerás el secreto de ese cuarto, sino que obtendrás en premio cuanto él encierra, que es todo para ti.

No se atrevió la princesa á replicar más á su padre, aunque, en realidad, en vez de satisfacer su curiosidad y calmar su inquietud, le había resultado todo lo contrario, porque desde aquel día el secreto del cuarto la embargó de tal suerte, que se desvelaba pensando en las

el frío de la muerte había conservado con toda la triste sublimidad de un alma pura y virginal que ve derrumbarse sus placenteras idealidades como derrumba y arrastra el huracán en su vertiginosa carrera al débil arbusto que no puede resistir su violencia.

ANTONIO ARMENTA.

GRANADA

Cerca del puente de Sevres, en la orilla izquierda del Sena, se alzaba en medio de una verde espesura una casita muy linda cuyas paredes y tejados desaparecían entre una verdadera madeja de hiedra, clemátides y madreselva.

En el huertecillo, al que daban grata sombra añejos castaños, los pinzones y los pardillos se daban alegres citas, y gozosos gorjeos encantaban y deleitaban á los habitantes de la casita.

Eran éstos: Pedro Bariat, un honrado y laborioso jornalero, asiduo al trabajo, compañero alegre, que ignoraba el camino de la taberna y no buscaba más goces que los que le porporcionaba la vida de la familia; y su mujer, Juana, una aldeana robusta, cuyos abultados y rojos labios se entreabrían en una sonrisa franca y dejaban ver unos dientes de maravillosa blancura.

Daba gusto ver aquella gozosa madre cuidar á sus tres hijos, muy pequeños todavía; nunca se la veía hacer el más leve movimiento ó gesto de impaciencia, y, sin embargo, daban mucho que hacer los tres chicuelos para atenderlos, y cuidar su ropa blanca y sus trajes, y acudir á todos los demás menesteres de la casa.



14.—Delantero y espalda, para traje de casa.

Todo aquello se hacía cantando, y por la noche, después de la cena, cuando toda la chiquillería dormía, aún le quedaba una hora de grato ocio con Pedro en el huertecillo.

Aquella hora le proporcionaba el descanso de todos los trabajos del día.

La empleaban en formar proyectos para el porvenir.

Pesada carga era la de criar tres muchachos; pero no faltaba trabajo, ni tampoco escaseaban las fuerzas y el ánimo.

Al cabo de algunos años Pedro ascendería á capataz de una fábrica, y por lo tanto, el salario sería más crecido.

Los chicuelos estarían ya criados; mientras se hallasen en la escuela, Juana trabajaría en su oficio de planchadora.

Irían ahorrando algún dinerillo y comprarían la casita.

A la verdad, cuando llegasen á viejos, ¿dónde encontrarían mejor casa para retirarse á descansar y comerse los dinerillos ahorrados?

Diantre! No tendrían muchos miles; pero los muchachos harían lo que habían hecho sus padres, trabajar, y los viejos vivirían de sus ahorros.

Ilusiones cándidas, toscamente expresadas, pero que hacían felices á aquellos dos honrados seres.

Así trascurrieron los años, y los proyectos comenzaban á realizarse.

Pedro trabajaba con constancia y no descansaba ni un momento.

El dueño de la casa tenía pretensiones muy exageradas; pero aquellas mismas pretensiones no habían hecho más que acrecentar el deseo de los esposos de poseer la finca.

Sería lástima—pensaban Pedro y Juana—abandonar aquella casa en la que cada día hacían una mejora.

Pues ¿y el huertecito? De todos aquellos árboles que habían plantado habían de ir otros á recoger la fruta? Parecía un robo.

Así, pues, pusiéronse al fin de acuerdo con el dueño de la casita, y la escritura de compra y venta fué firmada un domingo.

* * *

Cuando Pedro Bariat salía de la casa del escribano con su título de propiedad en el bolsillo de su chaquetón, "ni el rey era más feliz," como él mismo decía, y en su rostro brillaba una franca sonrisa.

Al pronto habían convenido marido y mujer en que festejarían la compra con una alegre comida en la hostería; pescado frito, un conejo guisado y algunas botellas de vino de Suresnes: un verdadero banquete de Lúculo.

Pero cuando Pedro se vió ya de propietario, su entusiasmo varió de rumbo y dijo á su mujer:—Vamos á comer "en nuestra casa!"

Y había que oír la entonación que dió á esas palabras:—"Nuestra casa...."

Para apoyar su idea, alegó toda clase de poderosas razones.

La cocina de hostería no valía nada, eran siempre iguales salsas, con un olor espantoso á quemado.

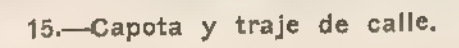
Estarían mucho mejor en su casa, á la sombra de la enramada, con el Sena á sus pies, y en el fondo el inmenso panorama de París iluminado por un sol brillante.

En medio de aquella felicidad, que parecía que llenaba su vida entera, sorprendió á Pedro Bariat la guerra de 1870.

* * *

Volvemos á encontrarle en el fuerte del monte Valeriano.





15.—Capota y traje de calle.



16.—Vestido de visita y reunión.

Pedro es artillero. Está alerta y vigila junto á su cañón, cuando el general Noel, comandante del fuerte, se acerca acompañado de los oficiales de su Estado Mayor.

El general se apoya en el cañón y con el anteojo en la mano dirige la visual al puente de Sevres.

—Artillero—dice con breve acento.

—Mi general! — contesta Pedro cuadrándose y haciendo el saludo militar.

—Ves desde aquí el pueblo de Sevres?

—Lo veo perfectamente, mi general.

—Ves á la izquierda aquella casucha situada entre los árboles?

—La veo —dijo Pedro, poniéndose pálido.

—Es un nido de enemigos; plántale allí una granada, muchacho.

Pedro se tornó aún más pálido; á pesar de la áspera y cruda brisa que hacía tiritar á los oficiales bajo sus capotes militares guarnecidos de pieles, parecióle á Pedro que se hallaba inundado de sudor.

Sin embargo, nadie reparó en la turbación del artillero.

Se acercó al cañón é hizo con esmero la puntería; los oficiales observaban el efecto del disparo.

—Buena puntería!—dijo el general cuando se hubo disipado el humo. -La casucha no era muy sólida; ya no queda de élla más que un montón de ruinas.

Dos abultadas lágrimas asomaron entre los párpados de Pedro. El general las vió, y con su brusquedad habitual preguntó:

—Qué tiene ahora ese mozo?

—Perdóneme V. E, mi general, —contestó Pedro, que había logrado dominarse.—Era mi casa....

Lo único que poseía!....

MAURICIO SAYDE.

EL SUBPREFECTO EN EL CAMPO.

El señor subprefecto estaba de viaje de inspección, y con el cochero delante y el lacayo á la zaga, llevábale majestuosamente el coche de la subprefectura al concurso regional de Combe-aux Fees. En honor á día y fiesta tan memorables, habíase puesto el subprefecto su hermosa casaca bordada, el sombrero de tres picos, el pantalón azul con franja de plata y su espada de gala con empuñadura de nácar.

Sobre las rodillas llevaba una gran cartera de piel roja, y de vez en cuando la contemplaba tristemente, porque se acordaba del famoso discurso que tenía que pronunciar una hora después ante los habitantes de Combe-auz-Fees:

—Señores y queridos administrados....

Pero en vano se retorcía la blonda seda de sus patillas y se repetía veinte veces:

—Señores y queridos administrados....no se me ocurre la continuación de mi discurso.

La continuación del discurso no se me ocurre y ¡hace tanto calor en este coche! Hasta perderse de vista la Carrera de Combe-aux-Fees, hacíase polvo bajo un sol meridional....El aire abrasaba, y bajo los olmos de la orilla del camino, todos ellos cubiertos de polvo, respondíanse unas á otras mil cigarras de árbol en árbol. De pronto estremecióse el señor subprefecto al ver á lo lejos un bosquecillo de verdes encinas que parecía hacerle un signo.

Sí, el bosquecillo de verdes encinas parecía hacerle un signo y llamarle:

—Venid aquí, señor subprefecto, porque para preparar vuestro discurso no estaréis en ningún sitio como bajo estos árboles.

Al señor subprefecto le sedujo la perspectiva, y apeándose del carruaje, ordenó á sus criados que le esperasen y que se iba á estudiar su discurso á aquel bosquecillo de verdes encinas.

En el bosquecillo de encinas había pajarillos, violetas y manantiales que corrían por entre la fina hierba. Al ver al señor subprefecto con su galoneado pantalón y su cartera de piel, se asustaron los pájaros y dejaron de cantar; los manantiales no se atrevieron á seguir susurrando, y las violetas se ocultaron entre la hierba.... Todo aquel mundo que allí existía, no había visto nunca ningún sobprefecto, y se preguntaba en voz baja quién sería tan gallardo señor que se paseaba por allí con pantalón galoneado.

En voz baja, por entre la enramada, se preguntaban quién es, y mientras tanto, embelesado el señor subprefecto con el silencio y la frescura del bosque, se levantó los faldones de su casasa, dejó el sombrero sobre la hierba y se sentó sobre el musgo al pie de una encina, y hecho esto, abrió su gran cartapacio de piel roja y sacó una hoja de papel ministro.

—Es un artista!— exclamó una curruca.

—No—respondió una alondra,— no es un artista, porque lleva pantalón con franja de plata. Debe ser un príncipe.

—Ni un artista ni un príncipe— interrumpió un ruiseñor viejo que durante toda una estación había cantado en los jardines de la subprefectura.— Yo sé quién es; un subprefecto!

Y en todo el bosque repitió el murmullo:

—Un subprefecto!

—Y qué calvo es! observó una alondra que tenía mucho moño.

Y las violetas preguntaron:

—Es muy malo?

—Nada de eso— respondió el ruiseñor.

Y con esta seguridad volvieron á cantar los pájaros, los manantiales á correr y las violetas á embalsamar el aire, como si no estuviese allí el señor subprefecto. Este, impasible en medio de aquel agradable barullo, invocó en el fondo de su corazón á la musa de los comicios agrícolas, y levantando en alto el lápiz, empieza á declamar con la voz de las grandes ceremonias:

—Señores y queridos administrados......

Interrumpióle una carcajada burlona; se volvió y no vió nada más que un picoverde que se había posado sobre su sombrero. Encogióse de hombros el subprefecto y quiso continuar su discurso, pero el picoverde volvió á interrumpirle y le preguntó desde más lejos:

—Y para qué?

—Cómo para que?— dijo el subprefecto, poniéndose muy encarnado; y espantando con la mano al desvergonzado pájaro, repitió con más entusiasmo:—Queridos señores y administrados!....

Pero he aquí que entonces las violetas fueron las que se enderezaron sobre sus tallos y le dijeron con mucha dulzura:

—No percibís, señor subprefecto, que aroma más delicioso exhalamos?

Y, al mismo tiempo, los manantiales empiezan bajo el musgo una música divina, y entre las ramas un ejército de jilgueros, currucas y mil lindos pajarillos de todas especies, comienzan el concierto más agradable que imaginarse pueda, y todo en el bosquecillo conspiraba para impedirle que preparase su discurso.

Embriagado por los perfumes y aromas del bosque, embelesado por la música, intentó en vano y de nuevo resistir el encanto que de él se va apoderando. Se echó de bruces sobre la hierba, se desabrochó la bordada casaca, y dos ó tres veces balbuceó aún:

—Señores y queridos administrados! Señores y queridos administrados....Señores. ..

Luego envió á sus administrados al diablo, y á la musa de los comicios agrícolas no la quedó más remedio que velarse el rostro.

Sí, vela tu faz, oh musa de los comicios agrícolas!

Cuando al cabo de una hora, sus criados, cansados de esperarle, empezaron á inquietarse y le fueron á buscar al bosquecillo, presenciaron un espectáculo que les hizo retroceder horrorizados:

El señor subprefecto estaba tendido boca abajo sobre la hierba, despechugado y en mangas de camisa, porque se había quitado la bordada casaca, y al mismo tiempo que mascaba violetas, ¡hacía versos!

A. DAUDET.



17.—Trajecito infantil.

EL TESTAMENTO

Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de ''La Mutua.'' Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron stas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, dé la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela ''Santa María'' de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.

cosas que allí había y en el traje que fuese del agrado del rey.

Hizo venir á su costurera de más confianza para encargarle un vestido raro, en nada parecido á ninguno de los que tenía; y la costurera extremó su habilidad para darle gusto, haciéndole un traje que deslumbró á las damas de la corte por su riqueza y elegancia. Pero el rey nada le dijo sobre el particular.

Entonces, desengañada de esta primera prueba, se ocupó en la hechura de otro traje ideado en una noche de insomnio, en cuya ejecución, que duró muchos días, trabajaron los artistas más afamados y las costureras de mayor renombre. El traje era de finísima tela color de rosa, traída de la China, cubierto todo con una primorosa redecilla de oro y perlas.

No hubo quien no lanzase un grito de admiración al ver á la princesa luciendo por primera vez aquella maravilla de arte, riqueza y elegancia. El rey mismo le manifestó su admiración, pero nada más le dijo, y bien comprendió la princesa por esta reserva de su padre que tampoco era ese traje de su gusto.

Después de varios días de suma tristeza y cruel desengaño, una idea súbita le devolvió sus perdidas esperanzas. Recordó haber oído en boca del rey ciertas palabras, en no lejano tiempo, y palpitó de gozo su corazón, porque creyó haber dado en la clave del enigma.

La costurera, que recibió orden de presentarse inmediatamente, compareció en seguida, esperando oír el encargo de algún nuevo y caprichoso traje, pero cuál no sería su sorpresa al escuchar de los labios de la princesa estas palabras:

—Os he mandado llamar para que me enseñéis á coser. Seré vuestra discípula por todo el tiempo que sea necesario, prometiéndoos la mayor docilidad y atención en el aprendizaje.

Dicho y hecho: desde aquel mismo día la princesa no se volvió á ver en los jardines y azoteas del palacio sino en ocasiones muy determinadas, pues pasaba casi todo el tiempo con la aguja y el dedal en las manos al lado de su hábil maestra; y fué tan asidua y perseverante en sus nuevos quehaceres, con los cuales se había encariñado en extremo, que al cabo de pocos meses cosía ya como la mejor colegiala, y había aprendido á cortar y hacer un vestido con la misma habilidad de su modista.

Grandes preparativos se hacían en la corte para el cumpleaños del rey, que estaba próximo. La princesa se veía poco, muy poco, en términos que entre los cortesanos llegó á sospecharse que algún mal la afligía; pero salieron de sus temores la noche misma en que se abrieron las salas del palacio para cumplimentar al rey. Toda la corte estaba allí vestida de gala cuando se presentaron el rey y la princesa para dar comienzo al besamanos.

La princesa estaba hermosísima, y una alegría inefable, un gozo inmenso llenaba su corazón, porque el rey no cesaba de mirarla, y más de una vez la había felicitado por el traje que lucía esa noche.

Como es costumbre que en tales días hagan los príncipes alguna merced extraordinaria, cuando terminó la ceremonia, el rey, que rebosaba también de contento, levantó la voz para decir á la corte estas palabras:

—Ha llegado el día de mostrar á la princesa mi hija el «cuarto del tesoro.» Podéis acompañarnos, si gustáis

Indecible fué la sorpresa que tales palabras produjeron en los presentes, de suerte que en los primeros momentos reinó un silencio profundo; y cuando corrió la voz de aquella novedad por las galerías del palacio, fué menester certificar que eran palabras del mismo rey para que se les diese crédito.

La princesa perdió el color y sintió en todo su cuerpo un estremecimiento nervioso, á tiempo que muchos cortesanos y la generalidad de los criados no se las tenían todas consigo, pues aquel cuarto venía siendo para ellos mansión del diablo, y mayor era el miedo que la curiosidad que les infundía.

Precedidos de multitud de antorchas y con mucha pompa, se dirigieron el rey, la princesa y toda la corte al «cuarto del tesoro.» Cuando el rey en persona abrió la puerta, todos retrocedieron instintivamente, y fué necesario que usase de su autoridad para hacer que entrasen delante sus aterrorizados pajes. Las hachas y bujías iluminaron súbitamente el recinto.



4.—Trajes de paseo, é infantiles.

Pues al volar su espíritu supremo,
De las corpóreas ataduras libre,
Se dilata en la luz que de los orbes
La perdurable rotación preside.

Esas flores mis lágrimas consuelan,
Y un mañana me ofrecen que sonríe;
Si otro vergel me anuncian con su aroma,
Qué importa que en la tierra se marchiten?

Si es un sueño que halaga mis dolientes
Noches, y exhala el cántico del cisne,
Quiero que su promesa me acompañe
Hasta el descanso de mi tumba humilde,

Sin la esperanza que al misterio sube,
Cuán sola se doliera el alma triste!..

5.—Traje de visita.

6.—Peinado para reuniones.

La princesa y el real séquito no pudieron contener un grito de sorpresa. El cuarto no tenía en sí nada extraño ni medroso: era un taller completo de platería, en que por todas partes brillaban la plata, el oro y las piedras preciosas en obras de exquisito gusto.

El rey tomó en sus manos un aderezo espléndido, y dirigiéndose á la princesa, le dijo:

—Oye, hija mía: el poder y la riqueza suelen acabar inesperadamente, y sólo nos queda entonces la habilidad de nuestras manos para ganarnos el pan. El rey mi padre me enseñó el oficio de platero, que yo no he descuidado, como lo prueban las joyas que aquí ves, y en especial este aderezo, que hoy coloco sobre tu pecho, porque has adivinado mis deseos, aprendiendo á coser y vestirte por tí misma. Luce, pues, hija, sobre ese traje que es trabajo de tus manos, estas prendas que son también trabajo de las mías en este retiro que tanto anhelabas conocer y que justamente han llamado el «cuarto del tesoro.»

Moraleja.—El trabajo es una ocupación digna y meritoria, y sus bellos frutos satisfacen al corazón lo mismo en la casa del pobre que en el palacio de los reyes.

Julio Febres Cordero.

7.—Vestido de paseo y reunión.

JAZMINES.

Ya el sol despierta fúlgido y sereno,
Ufano de sus orlas carmesíes:
En su dorado cerco luminoso,
en su divino alcázar ¿quién reside?

Trémulo el mar abraza con su espuma
De las riberas el sonoro linde,
Y se arrullan las aves en el bosque:
De dónde el ritmo de su voz reciben?

Giran las auras, y en su aliento vago
Llevan fecundo germen invisible:
Qué oculta la inmortal Naturaleza
entre las galas que su seno visten?

Oh corazón que solitario y mustio
En el desierto de tus horas gimes!
Será también que para ti sus flores
La regalada primavera críe?

La quietud que los árboles ampara,

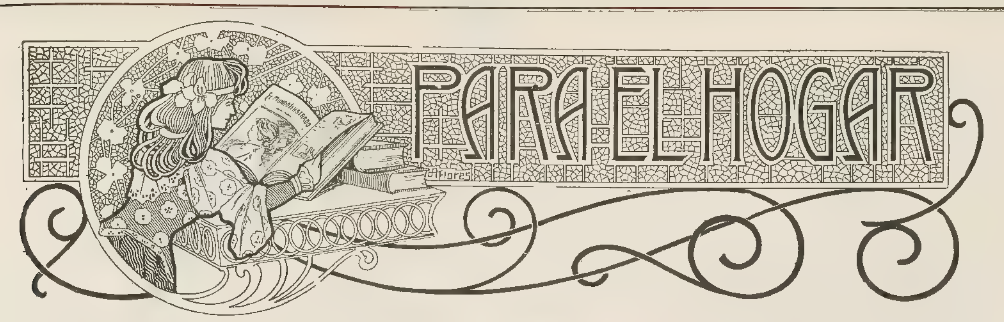
Los celajes de púrpura felices
Me darán que la sombra de mi duelo
Un breve instante su crespón disipe.

Tengo una verde rama trepadora
Que se cubre de cándidos jazmines,
Y pienso, en dulce paz, que su fragancia,
Cuando ellos mueren, para el cielo vive;

Jazmines que trepáis por mi ventana.
Dejad que os ame y vuestra suerte envidie.

J. GUTIÉRREZ-COLL.





La Recompensa.

I

Durante aquel verano—dijo Songeres—vivía yo en una casa situada no lejos de la costa, en los confines de la Bretaña y de la Normandía.

Mi casa estaba unida á otras dos, que en otro tiempo habían sido dependencias de ella. En la de la derecha vivían dos ancianos, que ocupaban una sola habitación. En la de la izquierda moraba una viuda, joven y hermosa, que ofrecía el aspecto de una mujer soltera. Vivía en compañía de una antigua criada y de un perro, y había sido tan desgraciada en su matrimonio, que había jurado no volverse á casar.

II

Al poco tiempo de residir allí, trabé amistad con mis vecinos de la derecha y con mi vecina de la izquierda.

Los primeros eran dos venerables septuagenarios, en cuyos ojos resplandecía aún el goce de vivir. La joven era una criatura caprichosa, muy difícil de ser comprendida y en extremo seductora. Varias veces nos veíamos en la azotea común que cubría las tres casas.

Ante el cielo infinito y el inmenso mar que teníamos enfrente, me enamoré perdidamente de aquella mujer. Pero mi vecina no hacía caso alguno de mi amor, mostrándose sorda á mis súplicas y burlándose de mis suspiros. Cuando le dije que deseaba hacerla mi esposa, se rió despiadadamente de mí. Aquella resistencia tan resuelta y tan firme acrecentaba mi pasión y la hacía materialmente insoportable.

III

Una tarde encontré á los dos ancianos sumidos en una gran tristeza. La anciana revelaba en sus ojos que la infeliz se había pasado llorando todo el día. El marido tenía una cara siniestra, los labios pendientes y las pupilas encendidas.

Les hice varias preguntas y comprendí que sus pobres corazones sentían necesidad de desahogarse. Aquellos desdichados tenían deudas, contraídas á causa de las malas cosechas, y al día siguiente iban á embargarles la casa y los muebles. Una vez mi vecina los había sacado de apuros; pero como no era rica y sólo disfrutaba de una pequeña renta vitalicia, no podía acudir nuevamente en auxilio de los ancianos.



8.—Traje de calle, estilo moderno.

—¿Cuánto les falta á ustedes?—les pregunté.

—Doscientos francos—me contestó el marido.

Veíase, desde luego, que la cantidad les parecía enorme.

El anciano acusaba al destino con doloroso acento, y decía que había trabajado incesantemente desde su infancia, y que al abandonar su casa, le parecía abandonar la vida.

IV

Empezaba á obscurecer cuando entré en mi domicilio. Saqué inmediatamente de uno de los cajones de la mesa de mi despacho un saco lleno de monedas de cinco francos (en el campo siempre estoy provisto de esa clase de dinero), y volví á la azotea á tomar el fresco.

El crepúsculo me pareció interminable. Al fin brilló una estrella en medio de las tinieblas, y vi, como de costumbre á aquella hora, un pálido resplandor que surgía de la amplia chimenea de mis vecinos. Inclinándome, desde mi observatorio podía distinguir una parte de la habitación. No había lumbre en el hogar, y tan sólo una débil lámpara iluminaba la estancia.

Saqué una moneda de cinco francos y la arrojé por la chimenea. En seguida oí ruido de voces y vi una mano que se alargaba. Inmediatamente arrojé sobre aquella mano un puñado de monedas. El anciano lanzó un grito y la vieja se echó á reír convulsivamente.

El dinero seguía lloviendo, y deseando yo colmar la medida, arrojé todo el contenido del saco, que ascendía á unos doscientos cincuenta francos.

Cuando hube terminado, reinó por un instante el más absoluto silencio. Después, el anciano lanzó un terrible sollozo seguido de un rugido de alegría.

En medio de la obscuridad reíame yo de mi broma y me hacía cargo de la sorpresa de los pobres viejos.

De pronto oí tras de mí una carcajada joven, fresca, cristalina, que se unió á la mía, y noté que dos brazos me enlazaban el cuello.

Me volví apresuradamente, y acto continuo sentí la presión de una boca que se posaba en mi frente.

—¿Qué significa esto?—pregunté lleno de asombro á mi hermosa vecina, que era quien me agasajaba con aquella sublime expresión de afecto.

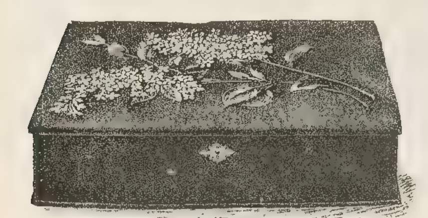
—¡Esto significa la recompensa que usted merece por la noble acción que acaba de realizar en favor de esos pobres viejos!

J. H. Rosny.

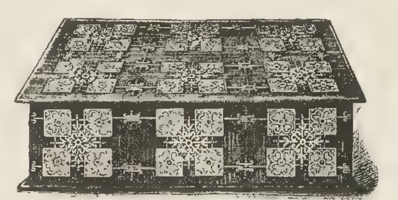
ALMA SENSIBLE

La noche era clara, despejada. Las estrellas titilaban en el firmamento, semejantes á débiles lucecillas que el viento mece con sus caricias. La luna enviaba sus argentados rayos sobre la tierra, y sólo alguna juguetona nubecilla pretendía ocultar durante breves instantes su plateado disco.

Ni el más leve ruido turbaba su silencio; todo era calma, quietud absoluta.... Ni aun los pajarillos,



9.—Alhajero de caoba, pintado al oleo.



10.—Otro alhajero con pinturas.



11.—Abrigo-traje para ferrocarriles.



12.—Original y vistoso traje de paseo.

que otras veces dejaban escuchar débiles quejidos al ser espantados con sus cantos por las aves nocturnas, emitían el más ligero sonido...

Y sin embargo de aquella calma aparente, una terrible tempestad desencadenaba sus furias y rigores en el alma pura y virginal de una mujer... ¿Mujer dije?.... No; aquel ser de cuyos ojos negros y rasgados se escapaban líquidas perlas que, resbalando por sus mejillas de azucena, se evaporaban al sentir el fuego que exhalaban dos labios rojos como la grana é incitantes como el deseo, no era una mujer... era un ángel que Dios había puesto en una reja rodeada de jazmines, lirios y claveles, que con sus puros y delicados aromas embalsamaban el aire....

Sus perfiladas manos se cruzaban continuamente; sus ojos se elevaban al cielo, y de su pecho se escapaban ahora suspiros que abandonaban con pena aquella boca. . .

¿La causa de su sufrimiento?. . . Tal vez en otra mujer no proporcionaría tanto dolor; pero ella era como la sensitiva: él más leve soplo impuro hace que sus pétalos se cierren y que, rodando por la misma tierra que la dió vida, se manchen con el lodo sus delicados matices....

El alma de aquella niña sufría una impresión muy profunda. Su corazón había sido herido en la fibra más sensible....

Amaba con el fuego y la pasión de la mujer andaluza y con el misticismo del asceta. En un hombre había fundado su dicha, en su amor había asentado el castillo de sus dulces ilusiones. Aquel hombre la había jurado muchas, muchísimas veces, que sería sólo suyo; y al verter en sus oídos las palabras enamoradas, las manos se habían buscado, y al encontrarse, estrecháronse con fuerza, uniéndose al propio tiempo en prolongado y apasionado beso.

Recordaba todas las escenas de sus amores, y su recuerdo ahondaba la herida que en su alma habían producido.

Alguien, que siempre hay quien goza con el sufrimiento que ocasiona, la había dado la noticia.... Su novio estaba preso.... Había matado á otro hombre luchando con él, y la causa de la riña ¡fué otra mujer que se disputaban los dos!

Los celos con sus aceradas uñas la desgarraban el alma.... la congoja la ahogaba....

Dudaba.... dudaba aún que fuese cierto.... Creía todavía que la habían engañado..... Y esperaba, esperaba á que llegase, esperaba vertiendo de sus ojos raudales de lágrimas, que discurriendo por sus mejillas, blancas como la nieve de los Alpes, se evaporaban al sentir el fuego de sus labios.

***

También la noche siguiente la luna lucía su plateado disco y penetraban sus rayos argentados por entre la espesa cortina de los jazmines, lirios y claveles que guarnecían la reja, posándose en su rostro angelical.

Su pecho no se agitaba como en la noche anterior á impulsos de la congoja.... Sus ojos permanecían cerrados, y entre las largas y sedosas pestañas aún estaba pendiente una lágrima ¡la última! que tal vez



13.—Cuello de encaje.



Explicación de nuestros grabados.

Número 1. Matinés y trajes de casa, último estilo, que están muy en boga en la aristocracia europea. El de la izquierda consta de una falda lisa que en su parte inferior lleva un sobrepunto de encaje y cintas de seda, y de una blusa modernista con ancho cuellohombreras de encaje y corte jaquet, en cuyas solapas cuelgan atavíos de encaje. Las mangas, cerradas solamente hasta la mitad del brazo, desde este punto cuelgan sin entalle y en gracioso volante. Un pequeño escote angular aparece en la parte inferior de la blusa. Por lo que hace al segundo vestido, tan elegante como el primero—mejor que vestido pudiera llamarse cubridor,—consta de un sólo cuerpo y para su confección se emplea tela de seda rameada. Suelto por delante y por la espalda, se imita en él una ancha esclavina mediante colgaduras de punto de Alençón. En las extremidades de la manga se pliega asimismo un encaje.

Número 2. Talle suelto para señoras jóvenes, confeccionado con tela de seda y adornos con cuello y aplicaciones de encaje. La hechura es muy sencilla, pues al no ser entallado, no necesita las muchas modificaciones que tienen que hacerse en otra clase de corpiños. Las bandas de punto que caen á lo largo de este talle, lo agracian sobre manera, como puede verse en el grabado. Las mangas son también demasiado sueltas y solamente rematadas por puños estrechos. El cuello es enteramente cerrado y lleva en la parte superior una guarnición de encaje.

Número 7. Sencillo traje de paseo, hecho con tela de color obscuro y uniforme. La falda, de siete cuchillas, es un poco plegada y lleva como único adorno un grupo de aplicaciones de tela, en sentido diagonal y al principio de cada uno de los pliegues. El talle lleva un solo cuellohombreras, y las mangas campanuladas se rematan por angostos puños de color claro. Es éste un sencillo y elegante traje de paseo.

ESPERANZA.



1.—Traje de casa y matinée.

El Buque Fantasma.

Pocas leyendas habrá menos conocida que la presente, por más que no haya nación que deje de apropiársela, al igual de otras tantas que conoce Europa entera, y es que lo que tanto impresionaba á nuestros abuelos, los espíritus fuertes de nuestro siglo lo tacharon de cuentos de viejas y se rieron de ello grandemente, mientras que las naciones del Norte hacían de la leyenda una de las lecturas populares más atractivas, y hasta célebres ingenios musicales, Wágner por ejemplo, componía bellas partituras, inspiradas en las leyendas del «Santo Greal,» de «Los Niebelungos,» y del «Buque Fantasma.»

Cataluña, como todo país bañado por el mar, tiene también su leyenda del misterioso buque, la cual oí relatar más de una vez á mis mayores; pero antes de referir su origen, haré memoria de ciertas supersticiones que hoy por hoy subsisten en la marina, hijas de la leyenda del fantástico buque.

Ninguno de nuestros abuelos se hubiera embarcado en viernes, y aún hoy lo repugnan los hijos de esta tierra.

¿Por qué?

Nuestros mayores temían encontrarse en alta mar con el misterioso buque.

Actualmente temen algunos el día aciago.

Pero ¿qué era el buque fantasma?

Según los antiguos marinos, una embarcación sin nacionalidad y cuyo nombre nadie podía descifrar: llevaba bandera negra, con un cráneo pintado en el centro.

Negro era también el velamen del buque, y en lugar de gallardetes y flámulas, colgaban de sus jarcias hombres ahorcados, pero convertidos ya en esqueletos.

Siempre el misterioso buque lleva las velas tendidas y navega á todo trapo.

Las aves marinas, asustadas al descubrirlo, se alejan de él dando agudos chillidos.

Nunca se le encuentra en la costa, siempre en alta mar.

¿Cuál es su tripulación?

No la tiene.

El fantástico bajel corre á merced del viento; pero nunca naufraga; siempre aparece inmóvil, sin ladearse, poco ni mucho, su casco negro y siempre nuevo al parecer.

El encuentro del buque fantasma es un mal presagio, y pocos pueden alabarse de haberlo visto, pues es precursor del naufragio, y el que le encuentra no tarda muchas horas en reposar en las profundidades del mar.

La leyenda del buque fantasma, como todas las de nuestro país, tiene un sabor católico, y se funda en la historia de las once mil vírgenes.



2.—Talle suelto de seda y encaje.

Hela aquí:

El rey de Cornuailles, en la Gran Bretaña, mandó á uno de sus esforzados guerreros á las nebulosas comarcas del Norte, á conquistar tierras lejanas y escarmentar la piratería que infestaba aquellas costas; y los guerreros ingleses se dieron tan buena maña, que, desembarcando en aquellas playas inhospitalarias, lo talaron todo y pasaron á cuchillo á sus habitantes, gentes feroces y enemigas de Dios. No obstante, plúgoles el terreno, y plantaron allí el estandarte del rey de Cornuailles.

—Somos once mil hombres—escribía el caudillo al rey;—somos once mil mancebos; mándanos once mil doncellas que serán nuestras esposas, y fundaremos para ti una nueva nación.

Contento el rey al recibir tan buenas nuevas, mandó practicar una especie de requisa entre las doncellas más hermosas que se encontraran, y las destinó por esposas de sus guerreros, mandándoles once mil de ellas, inclusa su propia hija la princesa Ursula. Con ellas iban las nobles doncellas, Digna, Benigna, Redenta, Sefana, Elisenda, Columbina, Violante, Florentina, Eleafana, Florina; Alemanda, Anglesa, otra Florentina, Manza y Sentia, hasta el número de once mil, todas cristianas, todas nobles y las más bellas de su país.

Los buques que conducían aquella legión de doncellas, caminaron viento en popa hacia las costas nuevamente conquistadas. Era su capitana la princesa Ursula, destinada para esposa del noble caudillo de los conquistadores, cuando el viento cambió y arrojó á los buques á las costas de los Países Bajos, habitados entonces por los Hunos, gente salvaje y enemiga de la fe de Cristo.

Cuando aquellos hombres groseros y lujuriosos, vieron arribar buques con tal cargamento, hicieron presa de ellos, y matando á la tripulación, desembarcaron á las jóvenes cristianas. Pero la princesa Ursula, enarbolando la blanca bandera de la pureza, dijo:

—Hermanas mías, antes morir que ser juguete de esos hombres brutales.

En vista de la resistencia de las esforzadas víctimas, las pasaron á cuchillo ó las atravesaron con saetas.

Uno de los marineros, el único que logró salvarse, embarcándose secretamente, regresó á Cornuailles, dando parte al rey del asesinato de su hija y de sus gloriosas compañeras.

Gran dolor tuvo el rey, y juró vengar tanta sangre inocente. Con ayuda del esforzado guerrero que había conquistado las costas del Norte, armó una escuadra contra los Hunos. Estos le salieron al encuentro y se entabló un encarnizado combate que concluyó con la victoria de los ingleses.

Entonces los guerreros cristianos quisieron vengar el asesinato de las hermosas vírgenes destinadas á ser sus esposas; ahorcaron á los Hunos en sus propios buques; echáronlos á pique, y saltando á la costa, sembraron en aquel país la muerte y el exterminio

Los cuerpos de las hermosas vírgenes, heroínas de la castidad, fueron recogidos, y sus reliquias repartidas por todo el orbe católico.

Barcelona posee las santas cabezas de Ursula, Digna, Benigna, Redenta y Sefana, custodiadas en la catedral; y las reliquias de Florina, Eleafana, Florentina y Elisenda, en Nuestra Señora de Belén, en las Magdalenas y en Santa María del Mar.

Y mientras en un sinnúmero de templos son veneradas las once mil vírgenes, aparece en alta mar el misterioso buque, con esqueletos por gallardetes, con velas negras y bandera también negra, ostentando por escudo, ó blasón de armas, una calavera. Son los verdugos de aquella legión de heroínas; y para eterno recuerdo de su castigo, Dios hace flotar en las revueltas aguas, en días tempestuosos, aquella nave infernal, confundiéndose los desesperados gritos de aquellos condenados y el crujido de sus huesos, con los silbidos del viento y el rugido de la tempestad.

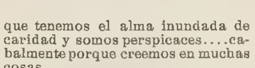
F. DE P. CAPELLA.



3.—Vestido de la estación, para paseo.

LA ÚLTIMA ILUSIÓN DE D. JUAN.

Las gentes superficiales, que nunca se han tomado el trabajo de observar al microscopio la complicidad mecánica del corazón, suponen buenamente que á don Juan, el procaz libertino, al burlador sempiterno, le bastaban para su satisfacción los sentidos y á lo sumo la fantasía, y que no necesita ni gasta el inútil lujo del sentimiento, ni abre nunca el dorado ajimez á donde se asoma el espíritu para mirar al cielo, cuando el freno de la tierra le oprime. Y yo os digo en verdad que esas gentes superficiales se equivocan de medio á medio y son injustas con el pobre don Juan, á quien sólo hemos comprendido los poetas, que tenemos el alma inundada de caridad y somos perspicaces....cabalmente porque creemos en muchas cosas.



A fin de poner la verdad en su punto, os contaré la historia de cómo alimentó y sostuvo don Juan su última ilusión y cómo vino á perderla. Entre la numerosa parentela de don Juan—que dicho sea de pasa, es hidalgo como el rey—se cuentan unas primitas provincianas muy celebradas de hermosas. La más joven, Estrella, se distinguía de sus hermanas por la dulzura del carácter, la exaltación de la virtud y el fervor de la religiosidad, por lo cual en su casa la llamaban «la beatica.» Su rostro angelical no desmentía las cualidades del alma; parecíase á una virgen de las que respiran honestidad y pudor (porque algunas, como la morena de la servilleta ó Refitolera, sólo respiran brío y juventud). Siempre que el humor vagabundo de don Juan le impulsaba á dar una vuelta por la región donde vivían sus primas, iba á verlas, frecuentaba su trato, y tenía con Estrella interminables paliques. Si me preguntáis qué imán atraía al perdido hacia la santa, más aún á la santa hacia el perdido, os diré que era quizás el mismo contraste de sus temperamentos....y después de esta explicación nos quedaremos tan enterados como estábamos.

Lo cierto es que mientras don Juan galanteaba por sistema á todas las mujeres, con Estrella hablaba en serio sin permitirse la más mínima insinuación atrevida, y que mientras Estrella rehuía el trato de todos los hombres, veníase á la mano de don Juan como la doméstica paloma, confiada, cándida, segura de no mancharse el plumaje blanco. Las conversaciones de los primos podía oírlas el mundo entero: después de dos horas de charla inofensiva, reposada y dulce, levantábanse tan dueños de sí mismos, tan tranquilos como antes, y Estrella volaba á la cocina ó á la despensa á preparar con esmero pueril algún plato de los que sabía agradaban á don Juan. Saboreaba éste, más que las golosinas, el mimo con que se las presentaban, y la frescura de su sangre y la anestesia de su corazón le hacían tanto bien como un baño refrigerante al que ha caminado largo tiempo por arenales abrasados.

Cuando don Juan levanta el vuelo, yéndose á las grandes ciudades en donde la vida es fiebre y locura, Estrella le escribía difusas cartas,

4.—Delantero y espalda de blusa bordada.

5.—Colección de trajes infantiles.

á las que contestaba en pocos renglones, pero siempre. Al retirarse á su casa al amanecer, tambaleándose, aturdido por la bacanal ó vibrantes aún sus nervios de las violentas emociones de la profana cita; al encerrarse á veces para mascar, entre risa irónica, la hiel de un desengaño— porque también los cosecha don Juan;—al prepararse al lance de honor templando la voluntad para arrostrar impávido la muerte; al reír, al blasfemar, al derrochar su mocedad como pródigo insensato de los mejores bienes que nos ofrece el cielo, don Juan reservaba y apartaba como se aparta el dinero para una ofrenda á nuestra señora, diez minutos que dedicar á Estrella. En su ambición de cariño, aquella consagración tan casta, de un ser tan delicado y noble, representaba la gota de agua que se bebe en medio del combate, y que restituye al combatiente las fuerzas para seguir lidiando. Traiciones, falsías, perfidias y vilezas de otras mujeres podían llevarse con valor mientras en un rincón del mundo alentase el leal afecto de Estrella. A cada carta ingenua y encantadora que recibía don Juan, soñaba el mismo sueño, se veía caminando difícilmente por dentro de unas tinteblas muy densas, muy frías, casi palpables que rasgaban por intervalos la luz sulfurosa del relámpago y el culebreo del rayo; pero allá lejos, muy lejos, donde ya el cielo se esclarecía un poco, blanca figura velada, una mujer con los ojos bajos, sosteniendo en la diestra una lamparita encendida y protegiéndola con la izquierda. Aquella luz no se apagaba jamás.

En efecto, corrían los años, don Juan se precipitaba despeñado por la pendiente de su delirio, y las cartas continuaban con regularidad inalterable, impregnadas de igual ternura latente y serena. Eran tan gratas á don Juan estas cartas, que había determinado no volver á ver á su prima nunca, temeroso de encontrarla desmejorada y cambiada por el tiempo, y no tener luego valor para sostener la correspondencia.

A toda costa deseaba eternizar su ilusión, y ver siempre á Estrella con su rostro murillesco, de santita virgen de veinte años.

Las epístolas de don Juan, á la verdad, expresaban siempre vivo deseo de hacer á su prima una visita, de renovar la charla de antaño; pero como nadie le impedía á don Juan realizar ese deseo, hay que creer que no le apretaba mucho, pues no lo cumplía.

Eran pasados dos lustros, cuando un día recibió don Juan, en vez del pliego ancho acostumbrado, escrito por las cuatro carillas y cruzado después, una esquelita sin cruzar, de redacción grave y reservada, y en que hasta la letra carecía del abandono que imprime la efusión del espíritu cuando guía la mano y la hace acariciar, por decirlo así, el papel. Oh mujer, oh agua movediza! Estrella pedía á don Juan que ni se sorprendiese ni se enojase, y le confesaba que iba á casarse muy pronto.... Se había presentado un novio á pedir de boca, un caballero excelente y rico, honrado, á quien el padre de Estrella debía atenciones sin cuento; y los consejos y las exhortaciones de todos habían decidido á la santita, que esperaba, con la ayuda de Dios, ser dichosa en su nuevo estado y ganar el cielo.

Don Juan quedó absorto unos instantes; luego arrojó el papel y lo lanzó con desprecio á la encendida chimenea. Pensar que si alguien le hubiera dicho dos horas antes que estrella podía casarse, al tal le hubiera tratado de bellaco calumniador! Y ahora lo decía ella misma, sin rubor, como el que cuenta la cosa más natural del mundo!

Desde aquel día don Juan, el alegre libertino, ha perdido su última ilusión; su alma, peregrina entre

6.—Manteleta-esclavina de paseo.



7.—Traje de calle.



8.—Vestido de reunión.

sombras, sin ver jamás el resplandorcito de la lámpara que una virgen protege con la mano, y el que aún tenía algo de hombre, es sólo fiera, con dientes para morder y garras para destrozar sin misericordia.

Su profesión de fe es una carcajada cínica; y su amor un latigazo que quema y arranca la piel haciendo brotar la sangre. Me diréis que la santita tenía derecho de aspirar á felicidades reales y á goces siempre más puros que los que libaba sin tregua su desenfrenado ídolo Y acaso diréis muy bien, según el vulgar sentido común y la enana razoncilla práctica. Pero que esa razón os aproveche. En el sentir de los poetas, menos malo es ser galeote del vicio que desertor del ideal.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA POMPA DE JABON.

Cuento-fragmento de una Comedia inédita.

—Va de cuento: En un balcón
un chiquillo cierto día
en hacer se entretenía
lindas pompas de jabón,
y del sol los resplandores



quebrándose en su envoltura,
matizaban su hermosura
con irisados colores.

Desde su sitio el chicuelo
no las veía morir,
y hasta llegó á presumir
que iban derechas al cielo;
porque al mirarlas tan bellas,
no era necio imaginar
que tuvieran un lugar
al lado de las estrellas.

Una, en lugar de caer,
por un capricho del viento
flotó sobre él un momento
y la quiso poseer,
cosa natural en suma;
pero al extender la mano,
á su contacto liviano
se le deshizo en espuma.

—Qué más?
—Lloró el chasqueado,
vertió el agua de jabón,
cerró airado su balcón
y....«colorín colorado.»

De este cuento se deduce
una sentencia, un tesoro:
Que en este mundo no es oro
todo aquello que reluce;
que la vida hay que tomarla
como es, porque la ilusión
es la pompa de jabón
que se deshace al tocarla.

IGNACIO MENDIZÁBAL.



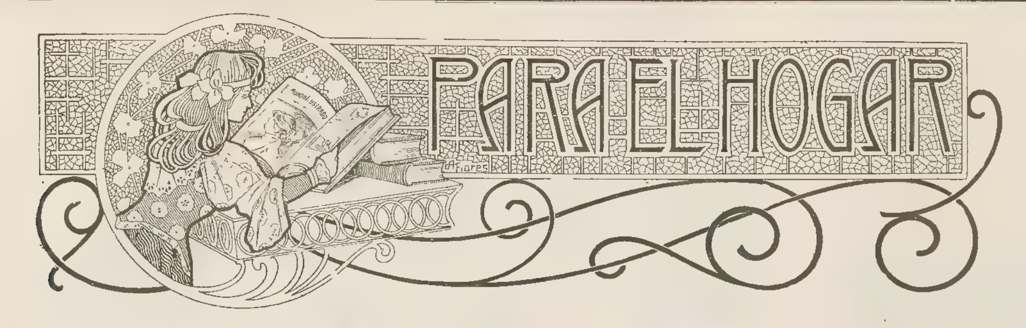
9.—Vestido de paseo.

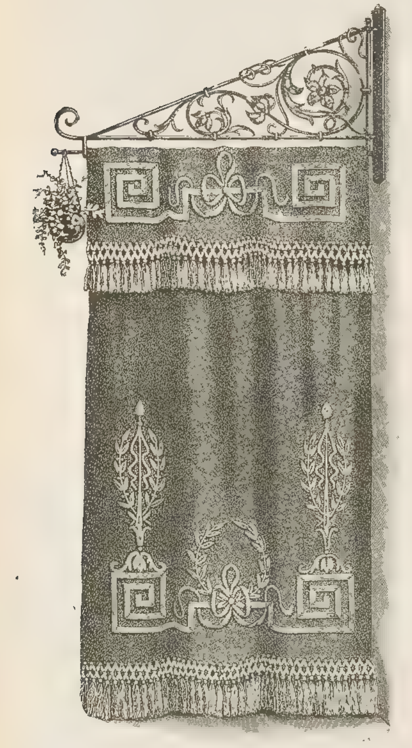


10.—Traje de calle.



11.—Esclavina-boa de gasa y seda.





12.—Cortinaje bordado para alcoba.

13.—Cubierta bordada para almohadón.



14.—Elegante sobre cama rameada.

LA COCINA

La cocina es un arte verdadero y el más importante de todos, puesto que es el que asegura nuestra existencia y el que tiene sobre todo nuestro organismo la más directa influencia: si se come mal, en seguida el organismo se deprime; la inteligencia misma se resiente de esa depresión.

Una buena y sabia alimentación debe ser, lectoras queridas, una de sus principales preocupaciones, en su propio interés, así como en el de los seres queridos que las rodean.

No puedo, por consiguiente, terminar este artículo sin tratar, aunque sólo sea sumariamente, esta materia, no sólo bajo el punto de vista de la higiene, sino también bajo el punto de vista de la elegancia y de la economía.

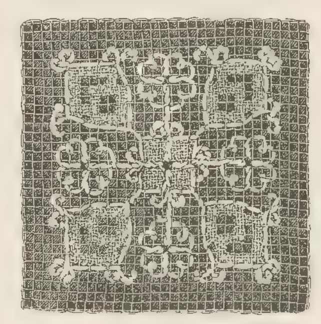
El placer de la mesa ocupaba antiguamente un lugar mucho más importante en la vida de las personas ricas que en la actualidad. Ahora se come al vapor, como se hace todo lo demás, sea dicho de paso.

La cocina y sus numerosas dependencias eran una de las partes más importantes de las casas nobles.

Generalmente, esas construcciones abovedadas eran inmensas, y no se parecían á nuestras cocinas actua-





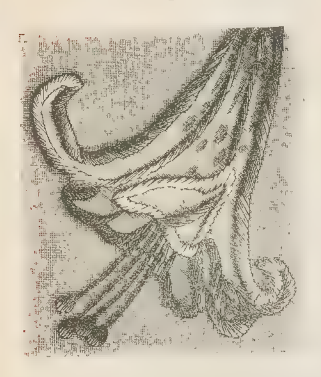


15.—Modelos de tejido y bordado

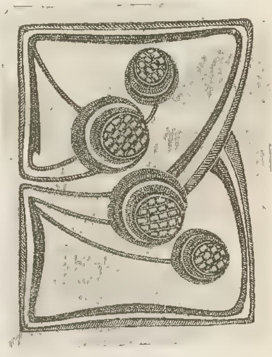
les, en donde se regatea el espacio y hasta algunas veces la luz.

Las chimeneas, colosales, eran verdaderos hornos, en donde se quemaban árboles enteros, ante los cuales se asaban enormes trozos de carne destinados á la alimentación de un numeroso personal.

El mobiliario de esas cocinas era á veces muy elegante, muy suntuoso, y la estancia en ellas era verdaderamente agradable.







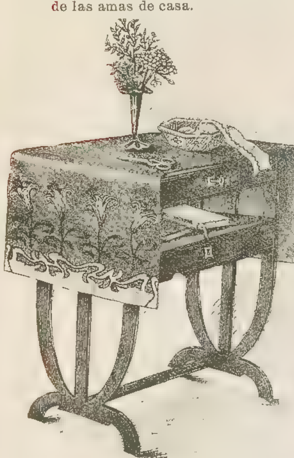
16.—Otros modelos de tejidos y bordados.

Utensilios de bronce artísticamente trabajados, cacerolas, fuentes de plata repujada y de una riqueza tan desmedida, que pronto degeneró en abuso.

Las ordenanzas de Luís XII y de Luis XIV, fueron importantes para refrenar el lujo desenfrenado de esas baterías de cocina.

También en la clase media, sobre las paredes de las habitaciones, se veían una multitud de instrumentos de cocina.

El cobre reluciente era el orgullo de las amas de casa.



20.—Mesita de costura.

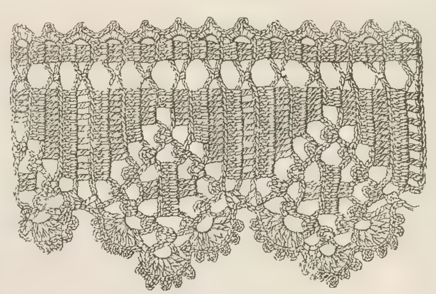
La historia nos cuenta que el guardasellos de Francisco I, había hecho de la cocina su salón y su despacho.

Delante de su suntuosa batería de cocina, desfilaron todos los personajes más encopetados de aquella época, durante la cual, la arquitectura interior de las habitaciones era todavía rudimentaria.

En la mayor parte de nuestras casas modernas algo elegantes, las cocinas están instaladas con bastante comodidad y gran limpieza.

Suficientemente alumbradas y ventiladas, el suelo es de baldosines fáciles de fregar; están provistas de aparatos de gas ó de hornillas sabiamente dispuestas, y estas instalaciones están conformes con las leyes de la higiene y de la verdadera economía.

El deber de una ama de casa es cuidar de que la cocina esté siempre muy limpia, para que los comestibles no se alteren por la humedad ó la obscuridad, pues los microbios que existen en todas partes crecen



17.—Tejido para aplicación.

y se multiplican en esas condiciones con mayor facilidad, y lo que sirve de alimento puede llegar á ser un veneno.

Por esta misma causa se debe prohibir que se frieguen las paredes con mucha agua: conservan la humedad y echan á perder las pinturas.

Por último, si conviene limpiar, más vale no ensuciar. Débese exigir de la cocinera ó del cocinero hábitos de limpieza y de buen orden.

En las casas grandes es costumbre que el ama de la casa no vaya nunca á la cocina. Es un mal: sólo ella es capaz de vigilar convenientemente.

Al tomar un criado, hay que participarle la costumbre de vigilar, de la cual no hay que abusar. De cuando en cuando, en épocas irregulares, se debe hacer, pues es indispensable que sientan sobre sí el ojo del ama. Eso sólo basta para evitar un sinnúmero de abusos.

Como lo he dicho antes, esta vigilancia, que siempre disgusta á los criados, debe ejercitarse con prudencia, tacto y discreción. Por grandemente acostumbrados que se hallen á servir, tienen á veces un amor propio muy irascible y mil maneras de vengarse, sobre todo en la cocina, sin que se pueda siquiera sospechar.

Duquesa Laureana.

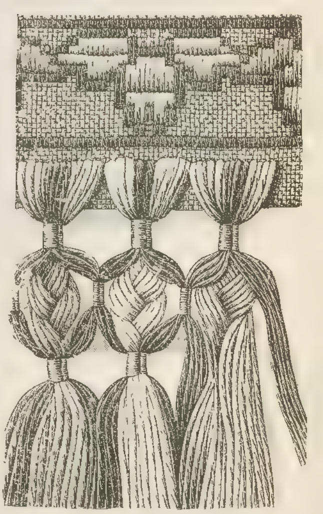


21.—El peinado del hogar.

Los dormilones.

En eso de dormir todos somos maestros más ó menos competentes.

Sin embargo, el dormilón propiamente dicho es como el poeta, como el músico, como el pintor, es decir,



19.—Detalle para flecos.

que nace y no se hace. Es el artista del sueño. Se hace llamar de propósito, para gozar del inmenso placer de volverse á dormir.

Hay dos clases de dormilones: el que duerme largo de turbio en turbio, ó sea el que se acuesta con las gallinas y se levanta con el sol, el que tiene sueño pesado, contra el cual no valen gritos ni tirones.

De uno y otro nos ocuparemos en esta especie de «morfeniana.»

En los climas fríos, la gran hora, el período supremo para los dormilones artistas, es la madrugada y las primeras horas del día, cuando el frío aprieta por fuera y la cama

se siente voluptuosamente confortable.

Para los chicos de escuela y estudiantes mayores, sin distinción de sexos, no hay mayor tormento que verse despertados por la voz imperiosa del jefe de la casa á esas horas de la mayor delicia.

¡Cuántos estirones de brazos y piernas, cuántos bostezos, cuántos gestos de mal humor y de pereza profunda antes de tomar la heroica resolución de sentarse en la cama!

Y cuántos hay que, después de este primer acto de valentía, sentarse en la cama, viendo que quedan de nuevo solos, se dejan caer en el lecho para continuar durmiendo á pierna suelta.

Ah, dichosos los que así duermen, porque ésos gozan de tranquilidad de espíritu y buena salud. En cambio, cuán dignos de lástima son los que padecen de insomnio, porque á ésos la salud les falta ó el espíritu les sobra.

Entre las calamidades que produce el sueño, unas son del fuero interno, como las pesadillas; y otras del externo, como los ronquidos. Unas y otras dan materia para un tratado, pero tranquilícese el lector, porque no estamos dispuestos á escribirlo ni ahora ni nunca.

Vaya sólo una anécdota relativa. La escena pasa en un cuartel en noche de alarma.

—Sargento Rodríguez, déme acá el fusil y acuéstese á dormir aquí mismo—le dijo el capitán señalándole un puesto en el mismo cuerpo de guardia.

—¿Qué es eso, capitán?—le dijo el oficial del cuerpo.—¿Por qué manda usted á dormir á ese sargento, contra toda disciplina?

—Es porque este sargento ronca como un trueno, y así no dejará dormir á ningún soldado.

De un dormilón de sueño pesado se cuenta—caso histórico—que tuvo la inmensa dicha de no sentir un terremoto, durante la noche, y de otro, no menos afortunado, se refiere que habiendo sentido entre sueños la tremenda sacudida, contestó entre dientes, creyendo que lo movían para que se levantase:

—¡No, no, todavía es muy temprano!....

El finado siglo XIX, que fué manilargo en todo, hasta en el arte de matar á los hombres, en guerra y fuera de ella, no se olvidó de los dormilones é iluminó al alemán Herr Langue, para que hiciese una máquina antimorfeica, que consiste en una cama despertadora, de la cual se publicó una descripción en 1888 y que, perfeccionada hasta el extremo, produce los efectos siguientes:

1º Llegada la hora de levantarse, suena un repique de campanas largo y sonoro en las orejas del dormilón.

2º Si con esto no despierta, se mueven sobre el lecho unos brazos automáticos que le quitan al paciente el gorro de dormir, las sábanas y las cobijas.

3º Si esto es ineficaz, se enciende una lámpara de alcohol por medio de la electricidad y empieza á hervir el café, al son de una ruidosa pieza musical.

4º Si el olor del café y la música no hacen levantar al dormilón, vuelven las campanas, y sobre el cielo de la cama, iluminado con luces de bengala, aparece una invitación por escrito en que se le excita á levantarse en términos muy corteses y suplicatorios.

5º Si el paciente aún continúa rebacio, entonces funciona la parte más ruidosa del aparato, haciendo resonar un tambor y dos cornetines de guerra é incendiando debajo de la cama un depósito de triquitraques y cohetes.

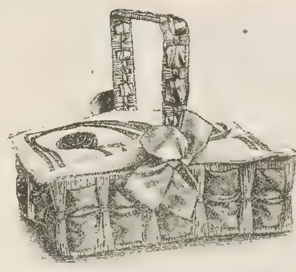
6º Si nada de esto basta, entonces un resorte muy potente arroja de la cama al dormilón con grande estrépito y lo deja tendido en el suelo de la habitación.

Pues bien, puesto en práctica este gran invento con un dormilón de tuerca y tornillo, resultó que, agotadas en parte todas las maniobras, se llegó al caso final de la voltereta por el aire; y cuando el dormilón se vió tendido en el suelo limpio y pelado, se restregó los ojos, y acomodándose de medio lado, exclamó con perfecta calma:

—¡Vaya hombre, ahora podré seguir durmiendo con más tranquilidad!......

Hay tipos que cuando cogen el sueño, no despiertan ni con la trompeta apocalíptica.

T. Febres Cordero.



22.—Cesto de mimbre y seda.

LA ALBAHACA.

Albăbaca menudita,
linda y graciosa albăhaca,
del búcaro compañera
y adorno de la ventana;
ya tus verbenas pasaron,
llenas de juegos y danzas,
con sus bordados mantones
y sus luces de bengala.

Ya pasaron tus verbenas
con sus cohetes de lágrimas,
sus corruscantes buñuelos
y sus macetas galanas.

Separada del bullicio
de las alegres veladas,
si sueñas, ¡serán tus sueños
los sueños de la nostalgia!

Ya junto al puesto florido
no ves la española gracia
de andares, rostros y cuerpos
pasar en ola bizarra.

Ya de la chulesca polka
no ves las vueltas pausadas

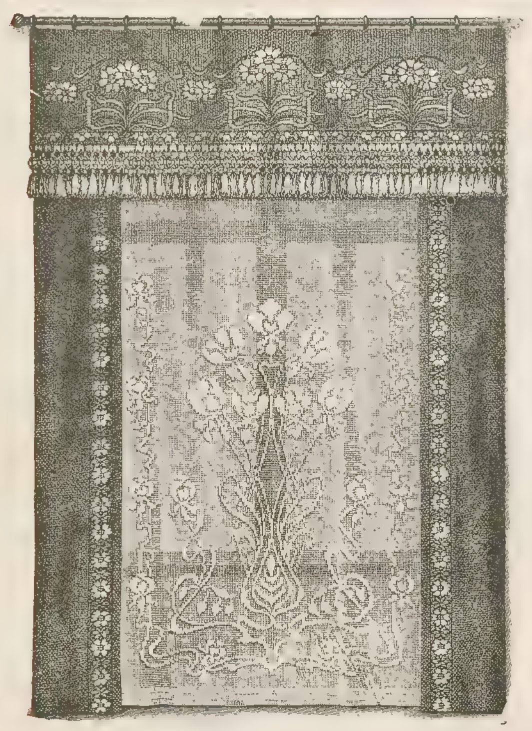




23.—Traje de paseo.



24.—Vestidos de casa y reunión, estilo "reforma."



25.—Elegante cortinaje bordado.

en el salón callejero
hecho con arcos de ramas.
Pasó tu reinado alegre
cual todo reinado pasa,
y angustiada, tu rocío
lloras cuando viene el alba.
¿Qué te importa ya que el búcaro
te dé en la reja compaña,
si antes sudaba sus perlas
y ahora de frío las cuaja?
El fuego forma tu vida,
y cobra fuerza tu savia
entre las siestas de oro
y las noches abrasadas.
Están tus hojas pidiendo
sopor de atmósfera cálida,
cadencias de mecedora
y perezas de guitarra.
Pero el otoño te acecha
lejos moviendo sus alas,
y sus avisos te envía
en el soplo de sus ráfagas.
Pronto verás los ramajes
tender su seca hojarasca,
y en remolinos crujientes
bailar su danza macabra.
Pronto verás de los cielos
la mutación angustiada,
y trocar oro y carmines
por tintas grises y pálidas.
Tú también ante la muerte
exhalarás tu plegaria,
ó irás con el remolino
á bailar tu última danza....
Albăhaca menudita,
linda y graciosa albăhaca,
¿dónde fueron tus verbenas?
¿qué se hicieron tus veladas?

SALVADOR RUEDA.

Cuando un médico eminente dice que ha usado un preparado por varios años, no hay lugar para dudar de la eficacia de ese preparado. Las siguientes palabras son del Dr. Don J. R. Icaza, de la ciudad de México:

«Tengo la satisfacción de decirles que hace varios años he recomendado á muchos de mis enfermos la Emulsión de Scott, y estoy convencido de que esa preparación es un buen tónico reconstituyente y tiene la ventaja de que muchos niños la toman con verdadero gusto.»

SENSITIVAS.

¡Ay! los amores idos
¡qué tristes son!
¡Parecen muertecitos
del corazón!

¡Parecen golondrinas
que por volar
A otras playas, cayeron
en hondo mar!

O que, buscando ansiosas
el Stambul
De un ensueño, tornaron
al cielo azul....!

¡Ay! por los amorcillos
que ya perdí,
Lloro cual nazareno
por su Rabí.

Eran las tortolitas
que tanto amé,
Porque arrullar supieron
mi ardiente fe.

Las estrellitas de oro
que en el capuz
De mi noche, regaron
mágica luz.

Florecitas azules
de mi verjel,
Que en mi cáliz de acíbar
vertieron miel!

¡Ay! los amores idos
del alma, son
Pálidos muertecitos
del corazón!....

ENRIQUE GIL Y PIÑÓN.

EN UN ARBOL.

Arbol, á cuya sombra
gocé de amor el premio,
guarda estos versos míos
que en tu corteza dejo,
hijos de la ternura
que aún en el alma llevo;
y dile á quien del bosque
venga al feliz sosiego,
que si el placer lograra
quitarnos el aliento,
hallado aquí me habrían
bajo tu sombra muerto.

Jacinto Gutiérrez-Coll.

Los Ojos y la Edad.

El museo de Stocolmo posee una interesante colección de ojos que han pertenecido á personas de diversas edades, en cada uno de los cuales se ha dado un corte que permite examinar su estructura interna.

En los ojos de los niños se observa una transparencia casi igual á la del agua; los de un joven son menos transparentes; en el hombre de treinta años comienzan á ser ligeramente opacos; en el de cincuenta ó sesenta son ya opacos por completo, y, por fin, el anciano de setenta años ó más los tiene, no solamente más opacos todavía, sino desprovistos de brillo.

Este desarrollo gradual de la opacidad se debe al crecimiento del tejido fibroso y á la acumulación de materia gastada en el ojo.

¿Tienen alma las Flores?

La pregunta no es fácil de contestar; pero lo que hoy por hoy puede asegurarse, es que muchas flores aman ó oborrecen como las personas más sensibles.

No hay duda de que las rosas sienten simpatías por ciertas flores, pues cuando se las planta junto á ellas, se ponen más hermosas. En cambio, al lado de otras se marchitan rápidamente, sin duda porque no congenian con ellas. Se ha descubierto que también existe un vivo afecto entre la violeta y el heliotropo, é igual amistad profesan los claveles á los pensamientos.

El descubrimiento de estas pasiones vegetales se debe á un notable botánico francés, cuyas observaciones hacen sespechar que pronto será preciso convencerse de que los aromáticos adornos de los jardines, están dotados de almas apasionadas.

EL TESTAMENTO
Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

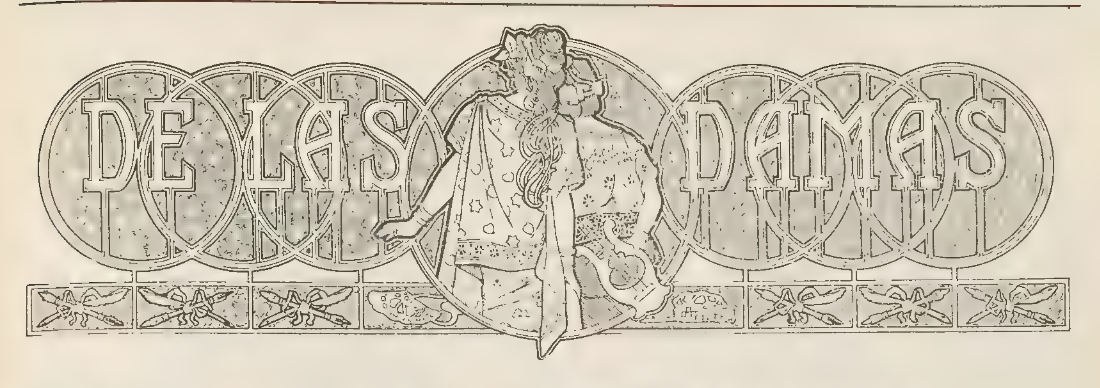
Los bienes fueron valuados en $125,000
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua" Companía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua." Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron estas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



1.—Trajes de casa y visita.

Crónica de la Moda.

—

Informadas estaréis, lectoras mías, de la gran Exposición de Modas que el mes entrante se celebrará en la capital del Imperio ruso. Sin embargo, quiero bosquejar en breves líneas, quiero haceros entrever en condensadas descripciones, lo que será el certamen de San Petersburgo, primero en su género y originalísimo en su forma.

Las damas principales de Europa entera se hallan interesadas en el «tour de force» que los artistas de la indumentaria femenina han emprendido en persecución, no de un ideal precisamente, sino de algo más positivo que en los tiempos modernos se traduce en finanzas. Efectivamente, el certamen ruso, como todos los certámenes de carácter internacional, redunda en provecho de los expositores, cuando éstos dan á conocer algo nuevo y algo útil.

¿En la próxima Exposición de Modas quedará sorprendido el mundo elegante? Así debemos esperarlo dando crédito á las crónicas que los periódicos especialistas nos dan á conocer. Femeninamente hablando, Rusia es un país elegante. Compite con Berlín y aun osa ponerse frente á frente de París.

La mujer rusa es elegante por naturaleza: de talle esbelto y de formas delicadas, luce ricos atavíos, ya en los paseos populares, ya en las reuniones íntimas ó ya en los centros donde la etiqueta se impone. Es más seria en su indumentaria que la mujer alemana, y mucho más seria que la parisiense. No ha logrado, sin embargo, dogmatizar en cuestión de modas.

Ocupémonos de la Exposición. En



2.—Vestidos de calle y casa.

el castillo de una de las más encumbradas damas de San Petersburgo, se efectuará el certamen. Los expositores habrán de ser europeos, y el contingente abarcará desde el insignificante listón de seda, hasta el complicado traje «reforma» de ceremonias; desde el gracioso pañuelo de punto, hasta el soberano abrigo de pieles; desde el delantal de trabajo, hasta el riquísimo sombrero de plumas y terciopelos.

Tres grandes salones se han dedicado á la exhibición, y tal ha sido el número de lotes que se ha solicitado, que probablemente el espacio de la Exposición resultará pequeño. Se han hecho prodigios de repartición para que todos los grandes talleres de modas en el Continente europeo, tengan lugar propio de exhibición.

Dos meses durará abierto al público el certamen. La entrada será de invitación y solamente personas distinguidas tendrán acceso al «sancta sanctórum» de la Moda. El Jurado calificador lo componen tres duquesas, una marquesa y una condesa.

¿No os parece, lectoras mías, que habrán de ser hermosas é innumerables las sorpresas que esta Exposición nos reserva? ¿No os parece que el apoteosis de la indumentaria femenina, esparcirá sus resplandores por los cuatro puntos del horizonte? Yo creo, simpáticas amigas, que esta Exposición es de trascendental importancia. Yo creo que este certamen es la coronación de la Diosa que tan tiránicamente se está imponiendo en los tiempos modernos. Nosotras las siervas humildes de esa Emperatriz, debemos, dentro de pocos meses, acatar sus órdenes y rendirle culto.

Próximamente seré más extensa en mis artículos; próximamente, cuando lleguen á mi mesa de trabajo los figurines premiados, los veremos juntas, los analizaremos con paciencia y los comentaremos con imparcialidad. Entre



3.—Colección de trajes de paseo y reunión.

tanto, debemos permanecer en expectación y hacer votos por que el certamen ruso llene todas las aspiraciones y calme todos los deseos de la Moda.

ESPERANZA.

Es indudable que el dinero puede ayudar á que uno sea feliz. El dinero debiera ser un medio, pero no un fin. Haced el dinero que podáis poseer; pero no os empeñéis en hacer demasiado, no sea que él os posea á vosotros.

El dinero no puede comprarlo todo. No puede comprar la salud, la vida ó el amor. Si fuerais cien veces más ricos de lo que sois, no podríais multiplicar por cien vuestras necesidades y placeres.

Explicación de nuestros grabados.

Número 2. Presentamos á nuestras lectoras, en esta plana, una bonita serie de vestidos de calle y casa, así como un elegante sombrero de último estilo. El traje de cuerpo entero, para calle, es muy original en sus adornos, que son los que le dan vida. Compónese de aplicación de encaje y borlas, que se disponen longitudinalmente en la blusa y transversalmente en la falda. El pequeño peto del talle es de seda con adornos de pasamanería angosta, y sobre los hombros y á lo largo de cada una de las mangas, caen dos aplicaciones simétricas. El resto de las mangas es liso, con excepción de la parte inferior, cerca de los puños, donde hay un pequeño rameado de encaje y punto. Los puños son algo estrechos. Por lo que hace á la falda, se pliega en su longitud con pliegues no muy vastos, y en su parte inferior se sobrepegan dos tiras de aplicaciones enteramente iguales entre sí y corriendo paralelas. El conjunto resulta muy agradable, como puede verse en el grabado.

La blusa que aparece en el centro, es de seda, color claro, muy alforzada en el centro y con cuatro adornos simétricos de encaje, que se ponen á lo largo de los pliegues. El cuello es muy ancho, pues se simula hasta el nacimiento del plegadillo. Deben nuestras lectoras fijarse en la combinación especial de este cuello, adornado con triples hileras de encaje. Las mangas, campanuladas, llevan una aplicación de encaje en la parte inferior, y los puños, algo estrechos, llevan tiras angostas de encaje, semejantes á las del cuello.

Representa el tercer grabado una elegante y rica capa de encaje y blonda, con grandes volantes de regulares dimensiones. Un estudio detenido de nuestro grabado, dará á conocer á nuestras lectoras la manera de confeccionar este abrigo, que, como se ve, es de suma elegancia y buen gusto. El último de nuestros grabados, un sombrero de la estación, se confecciona con plumas y sedas de buena calidad y colores apacibles. Debe escogerse una forma que por sus dimensiones sea adecuada al cuerpo de la persona que vaya á usarla.



4.—Sombrerito infantil.



5.—Saco-abrigo para viaje.

Primeras Violetas

Trémulas, tiernas, tristes, inclinadas coquetamente sobre su elegante talle flexible y trasparente, aquellas violetas de abril, las primeras del año, embalsamaban con su aroma exquisito el ambiente de aquel rústico mesón de la florista.

En sus matices pálidos, en sus pétalos lozanos y olorosos, esos ramilletes de violetas semejaban la inocencia y el candor unidos á la belleza y la elegancia. Reflejábase en ellos ese no sé qué de tentador, ese no sé qué de atrayente que incita á saciar el juvenil capricho de aspirar con fruición, de acariciar y adormirse arrullado por los efluvios de esa flor divina é inimitable.

Allí, caídas con abandono sobre los bordes de un tosco recipiente de vidrio, y como avergonzadas por el mirar inoportuno de los transeúntes que admiraban la hermosura de sus formas, encontrélas en aquella mañana de otoño, mañana brumosa y fría que azotaba con frescuras y humedades los semblantes y las flores.

—Qué bellas son, me dije; y cómo llorarían orgullosas colocadas sobre el pecho de la mujer á quien adoro; así prendidas hacia abajo, envueltas entre encajes y alfileres, escuchando quedas, dulces, el latir de ese corazón que vive presuroso, indiferente, frío!

Agonizar allí, marchitas, mustias cual las ilusiones juveniles muertas á los golpes de crueles desengaños; extinguirse poco á poco, junto con la ambrosía de sus pétalos descoloridos y ajados, al calor de ese seno querido en donde entregaría hasta el último pedazo de mi existencia inquieta y dolorosa! ¡Ah! sí, serán para ella, para ella solamente; irán aquí ocultas entre los pliegues del gabán de invierno ó envueltas entre hojas de papel ó de periódicos que escondan su belleza, que apaguen su perfume incitante y voluptuoso.

Le llevarán mi alma, ese pedazo de alma que sólo me da vida para mirar su imagen, para pensar en ella.

Me llevarán el alma, y cuando ya estén quedas, tranquilas en su pecho, irán hasta su oído; y callandito, trémulas, como si vergonzosas llevaran mis endechas, las endechas que matan si vibran con terneza, diránle que mi vida es toda, toda de ella, que sólo su recuerdo sostiene mi existencia!

....

Después... ah! después en un arranque de amor y de pureza, irán hasta sus ojos y observarán si queda un rasgo de mi imagen en su pupila bella.

SABELIO.



7.—Vestidito para niña.



6.—Gorro para niños.

RITMO

[HOMENAJE]

Yo soy el verso dulce y galante,
yo soy la fina seda del guante
que oprime y besa mano ducal,
soy la caricia de las veladas,
el cuchicheo de las amadas
en la radiosa fiesta nupcial.

Soy el escote de las princesas,
el devaneo de las marquesas,
la serenata del trovador,
el «flirt» discreto de las sultanas,
el sortilegio de las gitanas,
el ditirambo del amador.

Soy el secreto del gabinete
de las actrices, tierno billete
que habla de citas y dice: «ven;»
en el olvido que se le arroja,
está marcando la octava foja
de una novela de Montepín.

Soy el dibujo que admira y ama,
en el otoño, la noble dama
mientras aguarda su traje gris;
soy el encaje del blanco velo,
la cinta ajada, color de cielo,
que nunca olvida la emperatriz.

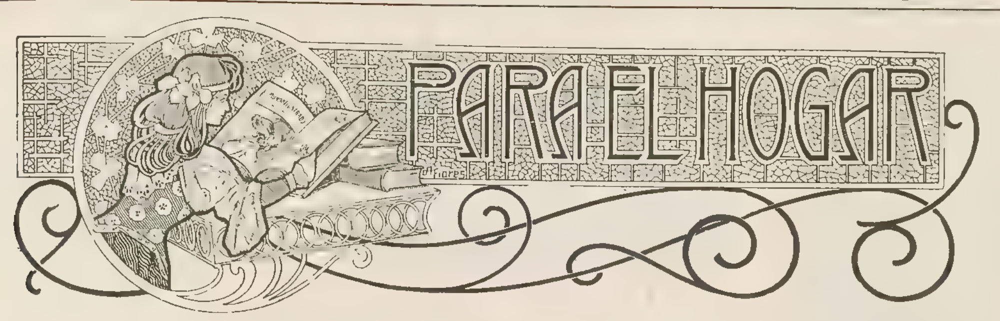
Soy la sonata de raras notas,
y la pelucha de las capotas,
y la fragancia del azahar,
y ese suspiro como de seda
que tras las novias flotando queda
cuando atraviesan el bulevar.

Soy la adorable coquetería
de las parejas, y la alegría
de los saraos del carnaval,
el terciopelo de los disfraces,
el beso oculto, los antifaces
en la severa casa feudal.

Yo soy el verso dulce y galante,
soy la pulsera de la elegante
que es en palacio dama de honor,
soy la sortija que un duque roba,
soy el equívoco de la alcoba
y la indirecta del comedor.

Soy el saludo de los gentiles,
tengo los hábitos señoriles
y galanteo la emperatriz.
Me llamo el numen de sueños de oro,
nacido en Francia; soy el sonoro
ritmo que sueña la musa gris.

E. HERNÁNDEZ H.



La Hermana Pálida

Ella era la hija única del más poderoso Rey de Asia. Pensaréis que nada le faltaba de lo que puede hacer la felicidad de una joven princesa. Habitaba un palacio de jaspe rosado, iluminado por los rayos del buen sol. Durante todo el día, orquestas invisibles le hacían oír su música con que hubieran arrebatado los oídos más delicados. Inútil es decir que tenía entre sus cofres todos los diamantes, los rubíes, los zafiros que sueña la loca ambición de una coqueta; se habría podido pavimentar una ciudad esparciendo tanta pedrería. Sus vestidos eran tantos, tan bellos y abundantes como aquéllas.

Pero lo más que todo propicio para mantener alegre el ánimo de la princesa, eran los maravillosos jardines que rodeaban su palacio. Allí no caía jamás una gota de lluvia, de aquel cielo eternamente azul; allí las flores más raras se desplegaban magníficas, exuberantes de savia, recalentadas por el estío, inclinando, en fin, sus cálices, que derramaban bálsamo; allí las bestias feroces de los bosques y de las quebradas, leones, tigres, panteras, eran como gatos mimosos que maullaban de placer bajo la mano que los rozaba, y sobre las flores completamente abiertas, sobre las flores errantes é indolentes acostadas en las tibias hierbas y el musgo, resplandecía con una imperial magnificencia la luz del sol; todo de oro, las hijas de los guerreros de lejanos confines del horizonte le amaban.

II

Sin embargo, la princesa no se mostraba satisfecha de tanto esplendor: se la sorprendía abismada en melancólicos ensueños; era visible que se fastidiaba, que palidecía semejante á una rosa encarnada que se tornara en rosa blanca; suponíase, generalmente, que tuviera un deseo misterioso, un secreto pesar. ¿Pero cuál podría ser ese deseo? ¿Que pesar podría ser éste?

—¡Oh amada hija mía! la decía el viejo monarca, ¿por qué no me revelas la zozobra que te agobia? ¿No sabes que soy omnipotente y que por verte sonreír acometería las más penosas empresas? ¿Será que deseas casarte? Habla sin temor, dime el nombre de quien ha elegido tu corazón, y te juro por el cielo que lo tendrás por esposo, aunque sea el heredero del más glorioso de los soberanos. ¿No? ¿No es el himeneo lo que te preocupa? ¿Crees, acaso, que los rayos solares de oro que resplandecen en tus jardines, no tienen bastante brillo ni suficiente calor luminoso? Siésese tu pensamiento, no lo ocultes, porque á fuerza de hecatombes y de construir templos en honor de los dioses, yo obtendré—por que sonrías—que ellos dupliquen el esplendor de su sol.

—Sí, algo me falta. Pero ¿que es? Yo misma no lo sé y muero de un deseo cuyo objeto ignoro.

—¡Cómo! no tienes idea de....?

—No, dijo ella suspirando, ninguna idea precisa.

Luego, con la mirada vaga, la voz pausada y lejana, de quien habla en sueños:

8.—Trajes de casa y visita.

—Creo solamente que es muy blanco, muy pálido y muy lejano, ese halago desconocido que me hace falta, esa cosa misteriosa cuya ausencia me desespera.

III

Aconsejado por sus más adictos cortesanos, el Rey resolvió hacer viajar á su hija. Tal vez encontraría, en algún país cercano ó remoto, lo que ella codiciaba con tan incierto y amargo deseo. En todo caso las sorpresas, las aventuras de los caminos, la distraerían de su melancolía.

Jamás se había visto una caravana comparable en magnificencia, á la que se formó para el viaje de la princesa.

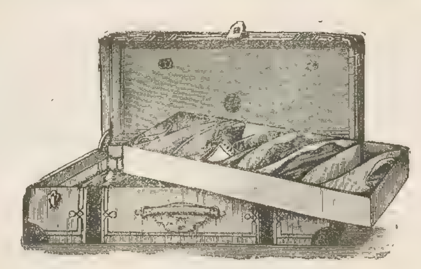
Delante de un grupo innumerable de camellos que llevaban las provisiones y los equipajes, entre más de mil servidores vestidos de seda y ricamente armados, de los cuales algunos tocaban el "kusser" y la archiviola para marcar el ritmo de la marcha, ocho elefantes blancos, adiestrados á andar á un paso igual, llevaban una extensa plataforma cubierta de alfombras, y sobre ésta se elevaba una casa de muchos pisos.

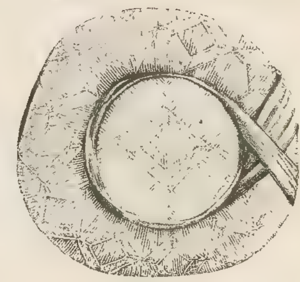
Tras una ventana, con la frente reclinada en el vidrio, la viajera veía desfilar las ciudades y los paisajes.

Por todas partes, bajo el eterno ardiente azul celeste, ella veía las habitaciones doradas por el sol, el oro infinito de las arenas, y el oro indeciso del horizonte. No valía la pena de haber dejado los jardines del palacio, si debía encontrar en todos los lugares el esplendor implacable del perpetuo estío.

Y cuando dejó la caravana para embarcarse en una nave, tampoco la abandonó el sol, ardiente, abrasador, haciéndole brillar como un

"moaré" dorado, la inmensidad del mar, y crepitar, chispear en la blanca espuma de las altas olas. La princesa sucumbió, desesperanzada, sumergida más en su irremediable aburrimiento.





VI

Pero una tempestad arrebató al buque de su rumbo y, no obstante la habilidad del capitán, la nave permaneció, durante una semana, á merced de las embravecidas olas y del furioso vendaval.

Sólo la princesa no se amedrentó, porque no temen á la muerte los que han perdido la esperanza de la vida.

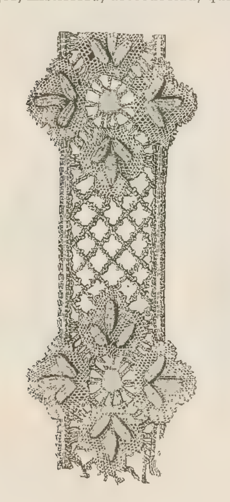


Por fin, al amanecer del octavo día, calmó la tempestad.

¿En qué lugar se encontraba el buque?

El capitán mismo no habría podido decirlo con gran precisión; era probable que hubiera sido lanzado hacia el norte, porque aquello era una claridad muy pálida, una visión fantástica; hubiérase dicho; el sol poniente que se alzaba sobre las ondas y las hacía palidecer suavemente.

La princesa miraba esta claridad fría, y envolvíase en ella como en una exquisita frescura. De repente: Oh! exclamó extasiada, deslumbrada, tendiendo los brazos hacia la cercana orilla. Oh! ¿qué es esa inmensa blancura que se divisa allá lejos, misteriosa, desconocida, que



sube, sube y se pierde en el cielo amarillento, sobre la pendiente de esta montaña, bajo el suave y opaco día?

Uno de los marineros contestó:

—Señora, es la nieve.

—¡Nieve! ¡nieve! ¡eres tú lo que yo quería!, dijo, ¡y es á ti á quien amo, hermana mía!

Por más que hizo para desviarla de su propósito, ella ordenó atracar la nave para desembarcar.

Saltó á tierra la primera, pálida, y se tendió sobre la nieve tocándola con sus manos abiertas, besándola con sus labios, que pronto se enfriaron también. Un sobresalto la acometió, y no se levantó más.

Permaneció acostada sobre aquella inmensa blancura: inmóvil, sonriente, más feliz que todos los vivientes. Había muerto por besar aquella nieve, en la delicia de un escalofrío.

CATULLE MENDES.

Transferencia de Créditos.

—Cuánto le parece á usted que podrá costar este monumento?

El arquitecto recapacitó durante algunos momentos, trazó en un papel varias cifras y luego dijo:

—De 25 á 27 mil pesetas, incluyendo por supuesto en este precio la adquisición del terreno.

—Corriente repuso el barón, no me parece caro; y si considera usted que es preciso invertir algo más para que la obra resulte perfecta, no vacile usted en decírmelo. Lo que quiero yo es que mi inolvidable esposa tenga un panteón digno de sus virtudes, del inmenso amor que nos profesamos mientras Dios la conservó á mi lado, y del culto que profeso por su santa memoria.

Al decir estas palabras, la voz del caballero se había alterado profundamente, mientras que de sus ojos enrojecidos brotaban dos lágrimas que rodaron lentamente por sus mejillas.

—Me parece -opinó el arquitecto que no habrá necesidad de más; con esta suma podré emprender y terminar la obra tal como usted la desea, y me atrevo á esperar que el panteón corresponderá á las nobles aspiraciones de usted.

El buen barón arrojó un hondo suspiro, y tras unos minutos de silencio, prosiguió:

—Como los asuntos inherentes á la sucesión de mi esposa, me obligan á emprender un viaje á Castilla y Aragón, en donde radican varias fincas, ultimaremos este negocio así que esté de regreso, ó sea dentro de cinco ó seis semanas.

El arquitecto se inclinó en señal de asentimiento, recogió sus planos y sus dibujos extendidos sobre la mesa, despidióse cortésmente y tomó la puerta.

Una vez solo, el barón tomó entre sus manos trémulas una fotografía representando á una mujer joven y hermosa, la contempló durante largo rato, posó en ella sus labios y murmuró:

—Ya que no me es posible, ángel mío, devolverte la existencia que era mi encanto, elevaré á tus manes un pequeño templo en donde podré llorar cerca de tus restos, en la soledad y el misterio de la tumba.

***

El viaje se prolongó cinco ó seis semanas más de lo que había creído el viudo. Este se encontró con un cúmulo de estorbos, de dificultades y de dilaciones que sólo con tiempo, actividad y dinero, fué posible vencer, y que retardaron el regreso á la capital.

Verificado éste, el barón dirigióse á casa del arquitecto para decirle:—Vamos á escoger y á comprar el terreno mortuorio; en seguida podrá usted dar principio á las obras y construir el panteón. Tengo en mi caja las 27,000 pesetas y no hemos de perder tiempo.

Pero al llamar á la puerta del artista, salió una señora, quien manifestó que su marido acababa de emprender un viaje á Italia, por encargo del Ministro de Fomento.

—¿Y tardará mucho en volver? - preguntó malhumorado el viudo.

—No, señor, no lo creo; un par de semanas todo lo más.

—¿Cómo ha de ser?...... Esperaré......—murmuró el barón, bajando las escaleras.

Al volver de Italia el arquitecto, su primera visita fué para el ministro; la segunda para el barón. Pero éste se había marchado la semana antes á Vichy, á dar una vuelta por Bélgica y Holanda.

El artista escribió una carta á su presunto cliente, anunciándole que se ponía á sus órdenes; que había un solarcito en el cementerio, muy apropiado para realizar la piadosa idea del señor barón, y que sería prudente no desperdiciar la coyuntura.



«A mi vuelta, dentro de un par de meses, hablaremos de eso. Por el momento suspenda usted toda gestión y todo trabajo,» respondió el viajero.



9.—Detalles de bordados y tejidos, y calzado de seda.



***

El barón volvió á examinar los dibujos, que cada vez le parecían más bonitos, más seductores y preguntó:

—¿Y cuánto dice usted que costaría eso?

—Pues verá usted—repuso el interrogado,—á todo tirar unos seis mil duros.

—¡Cáspita!.... Me parece horriblemente caro.

—¿Caro?.... No, señor; no tiene nada de caro: repare el señor barón que se trata de tres habitaciones completas y que la sillería, los tapices y todo lo demás, son de las mejores telas y de un modelo nuevo, de gusto exquisito.

—Sí, no digo; pero la verdad.... treinta mil pesetas son mucho dinero.

—Vaya, señor barón, no quiero que usted renuncie á ese mobiliario tan hermoso, y puesto que usted paga al contado, le haré á usted una rebaja de cinco por ciento.

—¿Del cinco?.... no; del diez y es trato hecho.



Hubo un pequeño debate, que terminó accediendo el tapicero á lo que pedía su noble parroquiano. Y éste se marchó muy satisfecho murmurando:

—Carito me resulta el nido, pero al menos será digno de ese ángel de hermosura que me consagra su existencia.

***

Y las 27,000 pesetas destinadas á la construcción del monumento funerario, sirvieron para amueblar las habitaciones de la segunda esposa.

CRIMEN HORRIBLE

(Perpetrado sin la cooperación del verbo.)

Hermosa noche de estío;
Estrellado firmamento;
Blanca luna; tenue viento;
Fresco valle; manso río.

Ni un lagarto en la maleza;
En los árboles, ni un ave;
¡Ni un canto dulce y suave!....
Todo silencio y tristeza.

Allá arriba, todo luz;
Aquí abajo, todo sombra;
Junto al río, verde alfombra;
Sobre la alfombra una cruz!

Junto á la cruz una bella;
Junto á la bella un doncel;
Entre las dos manos de él
Una blanca mano de ella.

Suspiros entrecortados;
Mil abrazos, mil miradas;
Frases muy enamoradas
Y besos muy prolongados.

—Mi cariño!
—¡Dulce bien!
—¡Alma mía!
—¡Mi embeleso!
—¡Un beso!
—¡Sí!
—¡Y otro beso!





—¡Y otro!
—¡Y otro!
—¡Y otro!
—¡Y cien!
—Mañana al Carpio.
—¿Verdad?
—Y ambos una vez allí....
—Tú mío.
—Y tú mía.
Sí,
Y eterna felicidad.
—¿Y ese hombre?
—No más suya.
—¿Tu cariño?
—Para ti,
Como el tuyo para mí.
—¿Siempre mía?
—Siempre tuya.

Atento á su propio mal,
Tras la cruz, un pobre anciano,
Una pistola en la mano
Y al cinto agudo puñal.

Un rugido airado y fiero;
Una mano sobre un brazo;
El fulgor de un fogonazo
Y el reflejo de un acero.

—¡Ah traidores!
—¡Justo Dios!
¡Confesión!
—¡Piadoso cielo!

....

Dos bultos luego en el suelo
Y otro en pie junto á los dos.

....

A la mañana siguiente
Guardia civil, el juzgado,
El populacho indignado
Y en prisión el delincuente.

JOSÉ ESTREMERA.

Lo que no debe hacerse con los oídos.

No debe aplicarse ningún parche ni cataplasma en el conducto auditivo.

Nunca debe ponerse en el oído ningún remedio para curar el dolor de muelas.

Para limpiar el interior de la oreja, no debe hacerse uso más que de una jeringuilla y agua caliente.

No se debe tirar nunca á los niños de las orejas; esto podría ocasionar la ruptura del tímpano, y entonces el niño quedaría sordo para toda la vida.

Cuando pican los oídos, no deben nunca rascarse más que con el dedo. Jamás debe hacerse uso de alfileres, horquillas, puntas de lápiz, palillos y otras cosas semejantes.

No se debe usar nunca leche, sebo ni ninguna otra sustancia aceitosa para curar el dolor de oídos, porque se enrancian muy pronto y producen inflamación. En el interior del oído nunca debe echarse más que agua caliente, que no ofrece peligro y es un calmante mucho mejor.

Admirando hermoso cuento
de escritor original,
alguien dijo: ¡Qué animal!
¡qué bárbaro! ¡qué talento!



El Sueño del Soldado

Era la víspera de una batalla.

El viejo Pancho, "el agüelo," como le llamaban sus compañeros de campaña, aunque se había batido siempre heroicamente en más de cincuenta combates, todavía era un simple número, y aquella noche, fatigado por la última marcha forzada, dormía al raso, conforme con su mala suerte, esperanzado con la baja ofrecida por su jefe para después del inmediato encuentro, que sería probablemente el último en aquella larga y sangrienta guerra.

Era verdad lo que él le había dicho un día al General casi llorando: "Ya yo estoy viejo. No me quisiera morir sin darle un vistazo á mi familia. Hágame la caridad de darme mi baja."

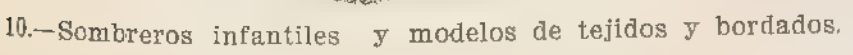
Y el jefe se la había prometido.

—No tenga cuidao, ño Pancho, pronto saldrá usted de penas!

Estas palabras habían llenado de júbilo al pobre viejo.







10.—Sombreros infantiles y modelos de tejidos y bordados.

Para solemnizar las vísperas de su libertad, se había tomado varias copas y estaba el viejo veterano alegre como un niño en víspera de vacaciones. Cuando tocaron silencio en el campamento, ño Pancho dormía ya.

Y bajo la sugestión de la dulce espesanza de redención, aquella noche dormía ño Pancho como un justo, ignorante de que al amanecer había dispuesto el General enemigo el asalto de su campamento.

Dormía profundamente, y soñó

Soñó que, licenciado, volvía á su pueblo, á su casa, al seno fiel y amoroso de su viejita, la madre cariñosa de sus hijos.



11.—Abrigos para niños.

Los caminos estaban desolados, pero á él le parecían alegres todos los paisajes.

Caminó mucho, de día bajo el sol bravo, de noche bajo la luna risueña, cantando á veces, á veces llorando de alegría, sin cuidarse de comer, sin sentir fatiga, sin acordarse siquiera de la curtida calabacita que llevaba llena de aguardiente, sin coger una sola mascada del tabaco que tenía en la vejiga curada con olorosos clavos de especia.

Caminaba, poco á poco, pero sin detenerse, hasta que al fin vió la plomiza iglesia de su pueblo.

Al mirar de nuevo aquella torre donde niño repicó él las campanas alegremente en días de pascua, al respirar otra vez el olor de sus montañas, el corazón no le cabía en el pecho.

En la colina que le brindaba el grato panorama de su pueblo se arrodilló, se santiguó humedeciendo su tembloroso dedo pulgar en las lágrimas que vertía, y rezó un padre nuestro.

El sol se hundía en el ocaso.

El poniente estaba lleno de cárdenos arreboles.

Un viento fresco le llenaba el rostro de caricias.

Y él gozaba de la belleza del crepúsculo, sentado sobre su cobija gloriosa agujereada por las balas, sobre el único trofeo que llevaba á sus hijos después de dos lustros de sirvicios á la Patria....

Y pensaba en la sorpresa de su familia cuando lo vieran llegar, en los besos que iba á darle al primer nieto, al hijo de su hija, al chiquitín que le extendería cariñoso sus bracitos regordetes, en uno de los cuales debía verle la pulserita que él le había comprado por cinco pesos en Caracas y que el musiú que se la vendió le había dicho estaba bendita por el Papa.

La noche empezaba.

Ño Pancho siguió la interrumpida marcha y poco después se veía en el portal de su casa.

No se atrevía á llamar.

La emoción lo había enmudecido.

Por fin golpeó la puerta con su bastón y sollozando exclamó: Filomena, soy yo! Abre!

Un ruido insólito, como un trueno, aterró entonces la montaña.

Ño Pancho despertó.

—Qué es, Dios mío? preguntó sobresaltado.

Mil voces contestaron su pregunta.

--El enemigo! El enemigo! ¡Alza arriba! gritaba uno con voz de clarín. Era el Jefe del batallón.

***

El asalto fué reñido, sangriento, espantoso.

Después de una hora de loca y ruda brega, el sol claro iluminó la derrota de los asaltantes y el campo de pelea lleno de cadáveres, donde los soldados supervivientes gritaban la victoria.

Media hora después, recorriendo el campo, el General exclamaba ante el cadáver de ño Pancho:

—Mirá, por fin el viejo panquió. ¡Ah viejo sortario pa el plomo era éste!

***

Ningún otro epitafio, ninguna otra oración fúnebre se ha dicho sobre la tumba del prócer anónimo, que duerme por siempre el sueño redentor del paria.

RAFAEL SILVA.

Caracas

MANOS BLANCAS.

Manos blancas, satinadas,
Con leve azul en las venas,
Manos color de azucenas
Por el alba sonrosadas:
Manos que fuisteis besadas
Allá en mis horas de penas:
Sed conmigo otra vez buenas,
Cuando sufro delirante;
Acariciadme un instante,
Manos color de azucenas.

Manos suaves y pequeñas,
Manos de color de cirio,
Manos blancas como el lirio,
Como el ave, de sedeñas.
Manos que haciéndome, en señas,
La santa Cruz del martirio,
Nuestro amor hasta el delirio,
Con fe y juramentos vanos,
Me hicisteis creer, ¡oh manos,
Manos blancas como el lirio!

Manos que yo he descalzado
De guantes, en la arboleda,
Manos suaves cual la seda,
Que con ansias he estrechado;
Manos con que yo he soñado,
Cual otro cisne de Leda,
Ser dichoso donde pueda
Ver mi esperanza cumplida:
¡Tened piedad de mi vida,
Manos suaves cual la seda!

Manos que con fanatismo
Adoro en santo fervor,
Manos blancas de mi amor,
Símbolo de un despotismo....
Salvadme ya del abismo:
Escribidme por favor;
Y si este inmenso dolor
Con vuestra piedad no calma,
¡Arrancadme luego el alma,
Manos blancas de mi amor!

M. ALVAREZ MAGAÑA.

A uno que nada tenía,
su mujer, bastante lerda,
para ligas le pedía,
y él, enfadado, decía:
—Tú estás loca; ¡ponte cuerda!

EL TESTAMENTO
Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua." Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean.	.$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron estas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



LA MODA

Pronto las golondrinas volarán de nuestros hogares; pronto, muy pronto, atravesarán en raudo vuelo nuestras fértiles campiñas en busca de un blando albergue, en busca de un ambiente suave y cariñoso. La ausencia de las golondrinas, lectoras mías, está relacionada íntimamente con la venida de nuevas modas, con el uso de nuevas faldas, con el empleo de nuevas telas.

Un equinoccio, el de otoño, toca ya á nuestras puertas. El astro rey es el gran regulador de las modas femeninas: está muy cerca de la tierra, y los vestidos vaporosos, los sombreros "fleuris" privan en reuniones y paseos; se ausenta un poco de este valle de dolores, y llegan en seguida las telas de color oscuro, los sombreros serios, los abrigos discretos.

¿Y sabeis por qué es esto, lectoras mías? Porque las modas, como todo lo de la naturaleza, sufre con la lejanía del astro de los astros y se despierta y anima á su proximidad. Un psicólogo, un sociólogo, un filósofo ó lo que sea, debería emprender un estudio analítico y concienzudo acerca de los cambios de modas, que son tan regulares, tan matemáticos pudiéramos decir, como la aurora y el ocaso, como el día y la noche.

Nosotras, las mujeres, contentémonos con que alguien emprenda el trascendental estudio; no intentemos abordarlo y dediquémonos á charlar un poco de faldas y corpiños, en su relación con nuestro cuerpo, y no en relación con las épocas primaverales ú otoñales.

Los últimos figurines llegados á mi mesa de trabajo, me dan á conocer las faldas "modern style", ó sea lisas en casi toda su longitud y plegadas ligeramente en su parte inferior. Esta hechura de faldas no constituye una novedad: los talleres parisienses las confeccionan hace algunos meses, y de los talleres americanos han salido también algunos millares. Sin embargo de eso, hay en las últimas que veo, algo raro y algo muy útil especialmente: el poco vuelo del corte, que constituye un detalle esencialísimo.

Siendo estas faldas de poco vuelo, expeditan considerablemente los movimientos y disminuyen también la cantidad de tela. Lo primero es utilísimo, y lo segundo no es desdeñable, pues algo puede economizarse en el costo total del vestido. Y respecto al entalle, qué podemos decir? Que estas faldas modernas delinean perfectamente la parte inferior del corpiño y coadyuvan á la esbeltez y gallardía del cuerpo. El poco vuelo se aplica únicamente á la parte superior de la falda, pues en la inferior continúan llevándose los pliegues.

Por lo que hace á los corpiños, diré desde luego que se estilan de preferencia los "toreros", que pueden ser variadísimos en sus formas y detalles. Las chaquetas toreras son vistosas por excelencia: cuadran á todos los talles y encajan perfectamente á todas las estaturas. La serie de estos corpiños es interminable; y aun cuando todos ellos se rigen por un corte especial, caben, sin embargo, numerosas modificaciones en el modelo primitivo. Podemos asegurar que el imperio del "talle torero" durará aún por muchos años, pues en las principales poblaciones europeas están muy en boga estos corpiños. Semanariamente publicamos en estas páginas modelos de estos talles, que muy especialmente recomiendo á mis lectoras. En mi próxima crónica trataré, á reserva de hacerlo también en posteriores artículos, del estilo "reforma", que tan poco se ha generalizado en México, no obstante ser uno de los más vistosos originales.

MARIA LUISA.


1.—Traje de paseo.


2.—Vestidito para niña.

CANTARES

I.

Me has causado tanto daño,
Que, si yo hiciera las leyes,
A todos los ojos negros
Pusiera pena de muerte.

II.

Dicen que al sol de los cielos
Hoy ha vencido otro sol;
¡Ya sabes que te prohibo
Que te asomes al balcón!

III.

Ya sé que eres muy constante,
Morena del alma mía,
En odiar á quien te quiere
Y en querer á quien te olvida.

IV.

¿No ha de haber muchas infames,
Si has cometido una infamia,
Y en lugar de aborrecerte,
Te quiero con todo el alma?

V.

Lágrimas nos costará,
Si volvemos á encontrarnos,
A ti lo que no me has dicho,
Y á mí lo que no he callado.

VI.

El cantar que más prefiero
Ese no lo canto á nadie,
Que en el corazón lo guardo
Y del corazón no sale.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.


3.—Vestidito para niña.

LOS CANARIOS

Carmen y Antonio vivían pared por medio, y sus balcones, de voladas barandillas, por poco espacio separados, caían á la calle casi al mismo nivel.

Ricos, jóvenes y solteros, hermosa y discreta ella, él apuesto y galán, eran ambos lo que vulgarmente se llama un buen partido; pero ni la vecindad, que engendra fácilmente el trato, ni la semejanza de gustos y de posición social, que lo estrecha y consolida, ni los tiernos años, de suyo propensos á las expansivas y ruidosas demostraciones del corazón, fueron parte para que Carmen y Antonio llegaran nunca á cambiar señales, si no de afectuosa benevolencia, por lo menos, de frívola cortesía: sellaban sus labios odios implacables de familia.



6.—Traje de paseo.

Un anciano que compartía la amistad de ambas casas rivales, cuya reconciliación hubo de procurar inútilmente, regaló á la gentil muchacha y al gallardo mancebo sendos canarios, en ricas y doradas jaulas cautivos, pero de sexo distinto, á los cuales tomaron aquéllos tan grande afición, que rayaba con el cariño.

Casi á la misma hora, mañana y tarde, salían al balcón para atender con prolijo esmero y hasta exagerada solicitud al cuidado de los hermosos pajarillos, que no cesaban de saltar dentro de la angosta cárcel, donde encerrados vivían.

Los clavos, sostén de las dos jaulas, estaban fijos en la pared maestra, pegados á las jambas en el mismo sentido, á mano derecha de Carmen y Antonio, cuando éstos asomaban al balcón, de modo que el segundo, durante el tiempo que consagraba á su canario, volvía forzosamente las espaldas á la primera.

Así pasaron días, que no fueron muchos, hasta que el mozo puso en efecto lo que, irresoluto y perplejo, venía meditando, y fué alcanzar su jaula y variarla de sitio, aprovechando la ausencia de la encantadora vecina.

Al salir ésta al balcón, se sorprendió del cambio: junto á la suya estaba la jaula de Antonio, quien tenía puestos los ojos en ambos canarios, alegres y contentos de verse tan cerca.

Y á fuerza de mirar á los pájaros, sus dueños se miraron al fin; ella tímida y ruborosa, él confuso y suspenso.

Desde entonces Antonio tuvo en poco á su canario y se apasionó del ajeno, á pesar de que, siendo hembra, no sabía arrancar de su garganta los delicados trinos con que el primero recreaba suavemente el oído de cuantos le escuchaban.

Carmen, á su vez, comenzó á tomar afición al primoroso cantor que, desde el alba hasta el caer de la tarde, estremecido de gozo, abriendo las alas, sin espacio para tenderlas, agitado é inquieto, llenaba el aire de melifiua armonía, fijas las miradas y los deseos en las próximas rejas de su compañera de amor y cautiverio.

Tanta constancia despertó en el tierno corazón de Carmen afán nunca sentido, placer jamás imaginado, dolor y gozo, impulsos de llorar y explosiones de risa, opresión de pena y desbordamientos de júbilo, anhelo de hablar é imperiosa fuerza de silencio; pero sus ojos, claros espejos del alma, traidores y parleros, se apartaban á cada instante de la jaula para clavarse en los de Antonio, como atraídos y subyugados por el poder de imán misterioso é irresistible.



5.—Traje de ciclista.

4.—Traje para "sport."

Y luchando ambos con el miedo de incurrir en el desagrado paterno, y con el natural rubor y encogimiento de los pocos años, sin dirigirse la palabra, daban rienda suelta á la ternura que embargaba su corazón hablando á los canarios.

Un simple saludo de Antonio, frase vulgar de pura cortesía, dicha con labio torpe y balbuciente y miedo en el corazón, que contestó Carmen, apagada la voz y encendido el rostro, dió fin á los apartes y fácil entrada al diálogo. El cual, indiferente y frívolo al principio, fué subiendo de punto de día en día, hasta convertirse en largos y amorosos coloquios, siempre brevísimos para los interlocutores y siempre con pena interrumpidos y con creciente anhelo y mayor fuego reanudados.

Mas los pobres pajaritos, medianeros de tanta felicidad, confiados á manos extrañas y mercenarias, echaron pronto de menos las tiernas caricias y la cuidadosa solicitud de sus ingratos dueños, harto atentos á la propia satisfacción para pensar en la ajena.

***

El consejo cariñoso y la súplica reiterada de la oficiosa amistad; el tiempo, que aplaca los rencores, enerva las voluntades y rinde los caracteres más firmes y enteros, y, sobre todo, la inquebrantable constancia de los amantes, pudieron más que los odios de ambas familias; y aquéllos, con el logro de sus ardientes deseos, vieron colmada con creces su ventura.

Todo era paz, todo contento, todo supremo



7.—Colección de trajes infantiles.



8.—Traje de paseo.

hiere—murmuró Carmen, triste y pensativa.

Y por primera vez, desde su matrimonio, sus ojos se anegaron en llanto.

Una noche, de vuelta al domicilio conyugal, después de celebrar en casa de sus padres el primer aniversario de la tornaboda, Carmen supo con asombro y profunda pena que el canario de Antonio, aprovechando la torpeza de un criado, había desaparecido.

—¡Pobrecita!—exclamó mirando con ternura á la abandonada avecilla.—¡Huyó el inconstante!... ¡Ingrato, pérfido, aleve!.... ¿Pero qué importa? Yo te vengaré.... ¡Mañana, mañana mismo, tendrás otro compañero! De mí depende!... ¿Mas qué digo? ¡Ay de mí! ¿Para condenarte de nuevo, no á dulce esclavitud, sino á opresora servidumbre, y al doble dolor del bien fugitivo y de la esperanza perdida?.... ¡No, no, jamás! ¡Conserva á lo menos la esperanza de que el traidor volverá, desengañado, al apacible nido de sus primeros amores!.... Sufre, pajarito mío, sufre y muere de dolor, como sufro y muero yo!....

Antonio había volado también en pos de una hermosa y célebre funámbula.

***

¡Oh felicidad, huimos de ti para buscarte en el aire! ¡Como el canario de mi cuento!

NILO MARIA FABRA.

Odio al que se sacrifica
con una mira ambiciosa,
y al ir á elegir esposa,
prefiere una fea, rica,
á una pobre, pero hermosa.

—

Fervientes ruegos hacías
de rodillas ante un santo;
por saber qué le pedías,
¡quién poseyera el encanto
de ser santo un par de días!

—

Acéptalo como cierto:
tengo mi tumba escogida
en un rincón de tu huerto;
si me despreciaste en vida,
quiero que me pises muerto!



9.—Traje de visita.

bien en el risueño hogar de los recién casados: ni ligera nube empañaba el claro, sereno y transparente cielo de su dicha; pero los dos canarios seguían presa de mortales ansias, cada uno en su jaula, renovando con inequívocas y ruidosas señales la firmeza de sus vehementes y contrariados amores.

La primavera, que ya sonreía en los corazones de Carmen y Antonio, comenzaba á sacudir el sueño de la Naturaleza, y barruntaban la sublime atracción del amor las delicadas yemas de la humilde hierbecilla, los henchidos brotes del leñoso ramaje del árbol, el canto melodioso de las aves, el monótono balido en el seno de los rediles, el estridente relinchar del noble bruto, que percibía los recónditos efluvios del aire y el áspero rugir que se alzaba del fondo de las selvas.

Por dondequiera despertaba la vida y el ardiente afán de perpetuarla, disputando al tiempo el cetro de la inmortalidad.

Y en medio de las universales manifestaciones del amor, tenues y sutiles rejas se interponían al de dos enamorados pajaritos.

—Si somos tan felices—dijo un día Carmen á su marido,—¿por qué no han de serlo nuestros canarios? Vamos á unirlos, y en su felicidad veremos retratada la nuestra.

Antonio accedió á los deseos de su esposa, y las dos jaulas fueron sustituídas por otra mayor, provista de nidos y de un burujo de estopa; pero, como suele acontecer, el macho enmudeció al comenzar la cría.

—¡Qué lástima!—exclamó Carmen.—¡Ya no canta tu canario! ¿Por qué será?

—Porque ya se lo ha dicho todo á su compañera—contestó Antonio.

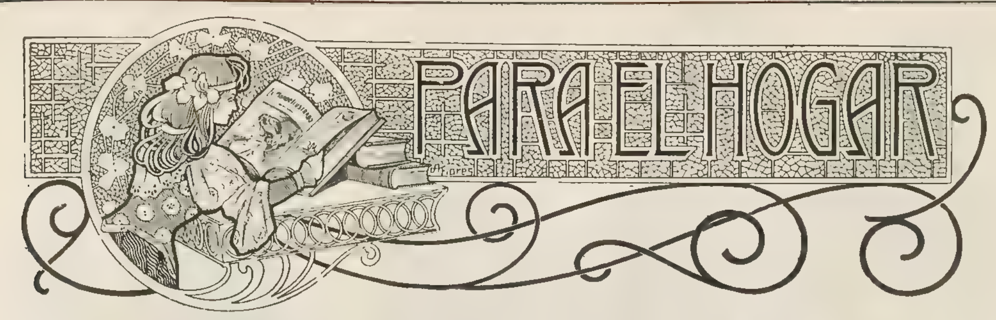
—Mira, ahora le impone su voluntad á picotazos.

—De alguna manera han de entenderse los pájaros.

—Sí; pero antes cantaba y ahora



10.—Vestidos para niños.



Explicación de nuestros grabados.

Número 4.—Traje de "sport", para juegos de pelota y raqueta. Aun cuando en México están poco generalizados estos ejercicios de «sport» en el sexo femenino, se ha despertado, no obstante, algún entusiasmo en estos últimos tiempos. Nuestro traje es de falda corta, como todos los dedicados á «sport», y al poco vuelo de su corte se agregan sólo algunos pliegues inferiores. Un adorno de cintas sobrepuestas, cuya disposición puede variar á capricho, es el único atavío de esta falda. El corpiño también es de sencilla confección, y las mangas, en la parte de los hombros, llevan un pequeño adorno de sobremanga y plisé.

Número 5.—Traje de ciclista, de enagua corta y de poco vuelo, y de blusa entallada y depocos adornos. Para dar la forma precisa á esta falda, se colocan, en su parte inferior, pequeñas cuchillas de tela. La blusa tiene un cuellohombreras, estilo marinero, y aplicaciones paralelas y simétricas, de la misma tela, que imitan los broches del corpiño. La cachuca es adecuada al traje y la única que debe usarse en paseos de bicicleta.

Número 6.—Traje de paseo, de vistosa y sencilla confección. Hecho con tela fina de color obscuro, y odornado con cintas y pequeñas aplicaciones de punto. La falda, como todas las modernas, es enteramente lisa en toda la longitud, con excepción de la parte superior, que es donde se pliega ligeramente. Los adornos de esta parte de la enagua se forman con cinta ribeteada y combinada de manera que forma entradas y salidas simétricas. El corpiño lleva ancho cuellohombreras y un pequeño escote cubierto con gasa de color claro. Las mangas son muy sencillas, no llevan adornos, y sólo los puños son estrechos y ligeramente adornados.

Esperanza.



11.—Trajecitos para niños.

El primer Hijo.

CONSEJOS Á LAS MADRES

Tanto para la criatura, como para la madre, el primer hijo es, por más de una razón, un problema muy serio. No ha mucho, una madre primeriza me decía que nunca en su vida se había sentido más enteramente desamparada que cuando quedó sola con su hijo recién nacido. Esta madre, en efecto, no había tenido nunca la más mínima experiencia con respecto á criaturas recién nacidas, ni siquiera con niños de corta edad; y decir que en esa ocasión estuvo á punto de volverse loca, no sería exagerado. ¿Puede haber algo más impresionante que una madre en semejante situación?

MADRES INEXPERTAS

Hay dos clases de madres jóvenes dignas realmente de compasión. A la primera clase pertenecen las que carecen totalmente de experiencia, las que antes de su casamiento fueron alegres, despreocupadas y mimadas, las que nunca dedicaron un pensamiento siquiera al porvenir. Lo de que la maternidad había de acarrearles cuidados y responsabilidades, fué una cosa que no pasó nunca por sus mentes.

Y, naturalmente, cuando llega el momento, se encuentran completamente abrumadas por su ignorancia, absolutamente desconcertadas con respecto á lo que deben hacer para criar su primer hijo; y entonces empiezan á andar á tientas, á luchar á ciegas, y se exponen, por consiguiente, á un fracaso, ó, por lo menos, á serias dificultades.

Las de la segunda clase están, por lo general, tan totalmente desprovistas de experiencia como las anteriores; pero, conscientes de las responsabilidades que las esperan, se han creído en el deber de absorber prolijamente una cantidad de teorías muy bonitas, pero fundamentalmente impracticables.

Ahora bien: en muchos casos, cuando se ha tratado de criaturas, las teorías han resultado ser desastrosas; y, en mi opinión, las madres jóvenes de esta clase son, por esto, más dignas de compasión que las otras.

A éstas les está reservado el cruel desengaño de ver derrumbarse y caer, una á una, todas las queridas ilusiones que se habían forjado para cuando fueran madres, y tienen que empezar otra vez el aprendizaje desde el principio, no ya de una manera teórica, sino á los golpes, muchas veces rudos, de la experiencia.

CONSEJOS MALOS Y CONSEJOS BUENOS

El amor y el instinto maternos, son, afortunadamente, muy fuertes, salvo en casos excepcionales y poco frecuentes; y ellos hacen mucho en el sentido de ayudar á la madre en esas circunstancias, las más difíciles tal vez por que haya tenido que pasar hasta entonces en su vida. Pero si la madre no tiene experiencia, esto no quiere decir que no la pueda adquirir juiciosamente de otras personas.

Digo «juiciosamente» porque, por regla general, la madre primeriza tiene que aguantar un verdadero diluvio de consejos, que le llegan ó de amigas buenas bien intencionadas, muy ricas en teorías, pero tan faltas de experiencia como ella, ó de madres y abuelas que han criado numerosas familias por métodos que tienen ya veinticinco ó cincuenta años de viejos, vale decir, de atrasados. Y, además de atrasado, el consejo de la abuela puede ser peligroso: todas ellas son siempre demasiado indulgentes para con sus nietos, y les permiten, y quieren que la madre les permita, cosas que no deben tolerarse nunca á las criaturas, que ellas mismas no toleran nunca á sus hijos.

Los consejos que la madre inexperta puede seguir juiciosamente, son los de la madre inteligente y discreta, que ha pasado recientemente por la difícil prueba, que ha

criado ya tres ó cuatro hijos, y cuyo único maestro ha sido la experiencia.

EL MEJOR DE LOS MAESTROS

Y si la madre inexperta se halla en este infierno, ¿qué sucede entretanto con la pobre criatura, es decir, con la otra víctima? Para mí, el primer hijo es siempre, en estos casos, un verdadero mártir, un conejo de laboratorio, podría decirse, teniendo en cuenta los innumerables experimentos que la madre inexperta hace con él, con la más santa intención, por supuesto.

Está visto que un considerable número de criaturas, especialmente de recién nacidos, se resienten de la falta de conocimientos y de tino de parte de la madre, que, en su ansiedad por hacer las cosas bien, se excede, por lo general, en todas ellas. Y no menos cierto es que una gran parte de las enfermedades y de la muerte de criaturas menores de tres meses, se debe por entero á esa falta de conocimientos, así como al tratamiento desacertado que se da á la criatura, y á los errores que se cometen con ella en un principio.

El estudio ocasional de los animales domésticos puede suministrar muchas lecciones provechosas; cualquiera que tenga experiencia en la cría de estos animales, sabe que no hay nada mejor para los animalitos recién nacidos que el dejarlos solos al cuidado de los padres. El instinto enseña á la madre á elegir para su cría un sitio blando y abrigado; lava á sus hijos, los alimenta y los vigila estrechamente; y los deja solos, tranquilos, cuando es necesario; y la prole crece y se desarrolla, por lo general, sin ningún atraso.

En esto, la naturaleza da á la mudre humana una excelente lección objetiva; y si esta madre lleva sus observaciones un poco más lejos, verá que, cuando á esos animalitos se les maltrata ó se les mima con exceso, ó se les tiene de aquí para allá continuamente, no sólo no crecen bien, sino que, casi siempre, se debilitan y mueren.





12.—Colección de trajes infantiles.

EL MANEJO DEL RECIÉN NACIDO

En estas líneas nos proponemos seguir la vida de una criatura durante los tres primeros meses de su existencia. Tranquilícense nuestras lectoras, que no vamos á exponer teorías ni á hacer experimentos; ya hemos visto que una y otra cosa son peligrosas cuando se trata de un ser tan tierno y delicado. Vamos á limitarnos á los hechos que hemos presenciado con respecto á una gran variedad de criaturas, en el curso de muchos años de experiencia.

El recién nacido con que nos encontramos de pronto en nuestras manos, es un pedacito de humanidad, tan absolutamente desvalido y tan completamente supeditado á nosotros, que, como entre los animales, la cría depende de la madre. Nos encontramos con una vida humana en su más tierna edad, cuando es más plástica, más fácil de modelar física y mentalmente. Nuestro primer consejo á la madre primeriza es que proceda pausadamente y con la mayor cautela, y que no apele nunca á recursos extremos.

Durante las primeras dos semanas, la criatura requiere pocos cuidados especiales: hay que bañarla, vestirla, alimentarla y mantenerla abrigada; pero lo que necesita principalmente, es que se la deje sola durante la mayor parte del tiempo, para que vaya dándose cuenta gradualmente de que es un organismo animado, y para que, entretanto, vaya aprendiendo á ejercitar sus diferentes órganos y sentidos.

Aunque débil, este proceso de des-

arrollo es todo lo que la criatura puede soportar; el crecimiento debe ser lento, y no se debe tratar nunca de forzarlo. El único manejo que necesita la criatura, es el indispensable cuando se la baña y se la viste, y lo más que puede hacerse es volverla de tiempo en tiempo de un lado á otro, simplemente para que cambie de posición.



LA TEMPERATURA

Luego, hay que tenerla siempre abrigada. Para ello, no es necesario recargarla de ropas ó calentar la pieza á una temperatura de invernáculo; con esto, lo que se consigue, es que la criatura se críe tan débil como una planta forzada. Hay que elegir ropas que sean tan livianas como abrigadas; y, si se está en invierno, debe calentarse una por una cada pieza antes de colocársela sobre el cuerpo.

Si la criatura tiene los pies fríos, hay que calentárselos también con las manos ó delante de una estufa, antes de ponerle los escarpines. Con las manos hay que proceder del mismo modo, y, en caso necesario, hay que abrigárselas con mitones. Téngase siempre á mano una frazadita para cubrir el cuerpo. Lo mejor para esto es un cobertor de plumas delgado, que tiene la ventaja de ser tan liviano como abrigado; éste es el mejor cobertor para la noche.

Durante los primeros días, esto es, hasta que el niño no se haya aclimatado, la temperatura de la pieza debe mantenerse en los 72 grados Fáhrenheit, y después debe ser de 70 grados. Hay que tratar de que esta temperatura se conserve siem-



pre á un mismo nivel; en todo caso, más vale que sea baja, pero uniforme, que alta y variable.

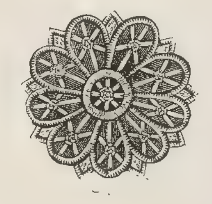
LA LACTANCIA

Si la madre puede criar á su hijo, el problema de la alimentación está resuelto, y todo lo que concierna á la criatura andará bien, con tal que se establezcan horas para darle el pecho. Durante los primeros días, hay que dárselo sólo una vez cada cuatro horas; después, á intervalos de dos horas durante el día, y de tres horas durante la noche; y, más tarde, cada dos horas y media.

Se seguirá esta regla hasta la octava ó nona semana; entonces, como la criatura es ya más fuerte, saca más alimento del pecho, y por otra parte, este alimento es más rico también en elementos nutritivos; de modo que sólo habrá que darle el pecho una vez cada tres horas durante el día, y un par de veces, en todo, por la noche.

Si la criatura tiene que alimentarse con mamadera, ó en cualquier otra forma que no sea la natural, entonces pueden sobrevenir complicaciones; pero si se administra á la criatura leche limpia y pura, suficientemente diluída para que no sea tan fuerte, se habrá conjurado el peligro.

Y desde el momento que no haya síntomas de indigestión, se podrá ir aumentando gradualmente la fuerza del alimento; observando las digestiones de la criatura, la madre podrá saber cuál debe ser esta graduación, tanto en fuerza como en cantidad.



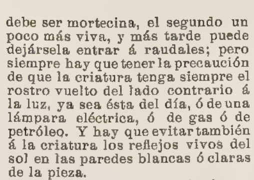
LUZ Y AIRE

La luz es otro de los detalles que deben cuidarse durante los primeros días. Hay que hacer que los ojos del recién nacido vayan acostumbrándose poco á poco á la luz del día.

El primer día, la luz en la pieza debe ser mortecina, el segundo un poco más viva, y más tarde puede dejársela entrar á raudales; pero siempre hay que tener la precaución de que la criatura tenga siempre el rostro vuelto del lado contrario á la luz, ya sea ésta del día, ó de una lámpara eléctrica, ó de gas ó de petróleo. Y hay que evitar también á la criatura los reflejos vivos del sol en las paredes blancas ó claras de la pieza.

La criatura debe tener aire fresco en abundancia. Al principio se la sacará de la pieza durante una hora todos los días, y se procederá á ventilar ampliamente la habitación. Luego, una vez cerradas las puertas y ventanas, se elevará la temperatura á 68 ó 70 grados Fáhrenheit, y entonces se traerá otra vez la criatura, envuelta en su frazadita liviana.

Al cabo de unos cuantos días, váyase bajando paulatinamente la temperatura de la pieza uno ó dos grados diarios, después de la ventilación y antes de llevar allí á la criatura, de modo que cuando ésta tenga tres ó cuatro semanas, se haya acostumbrado ya á aspirar aire de varios grados de enfriamiento.





Entonces ya estará en condiciones de que se la pueda sacar al aire libre, sin peligro de que se resfríe.

EL DESCANSO Y EL SUEÑO

Como el cerebro se desarrolla más rápidamente que cualquiera otro órgano, y mucho más durante el primer año que en cualquier otra época de la vida, hay que tener el mayor cuidado en no forzar su desarrollo prematuro.

La criatura debe estar siempre, en lo que sea posible, á cubierto de toda excitación, de todo motivo de concentrar la atención. No se debe permitir que personas nerviosas la tomen en sus brazos, y mucho menos, que se encarguen de cuidarla. En esa edad tan tierna, cuando el cerebro está recibiendo las primeras sensaciones de todos los nervios del pequeño organismo, cuan-







13.—Vestiditos y abrigos infantiles.



14.—Abrigo para niña.

do empieza á despertarse á las impresiones, la criatura es en extremo sensible á la influencia nerviosa. Hay que evitar en absoluto todo ruido fuerte y todo movimiento brusco junto á ella....

Para el recién nacido el sueño es esencial, pero hay que regularizarlo de una manera conveniente. La noche es el momento más propio para descansar; y si la alimentación y el sueño durante el día están regularizados, no habrá peligro de que la criatura sufra desvelos durante la noche.

No es razonable, por ejemplo, dejar que, en el día, la criatura esté sin alimento durante cuatro ó cinco horas, simplemente porque no se ha querido interrumpirle el sueño. Dejándola dormir tanto tiempo, necesariamente se despierta con hambre, y entonces lo más probable es que mame con exceso; lo que la pondrá en un estado de inquietud suficiente para tenerla despierta durante una gran parte de la noche. De modo que durante el día, la criatura debe alimentarse y dormir á intervalos regulares. Y, por la noche, no debe haber luz en la pieza; se tendrá á mano una lamparilla y una caja de fósforos, por lo que pueda suceder.

EL REGALO

El mes de los días fríos iba á concluir. La Noche Buena se acercaba.

Ella, la pequeñita, oía con tristeza los planes de las hijas de la casa sobre el regalo que les había de dejar el "niño" aquella noche.

Una pedía una gran muñeca que había visto lucir en un lujoso escaparate, otra una cocinita con sus accesorios, cuál un jueguito de sala completo, quién un servicio de té á la "dernière". Pero ella era tan pobre, tan desolada, que no tenía esperanza en un regalito. Infeliz, ella creía que sólo á los niños ricos el Niñito les traía juguetes. Y aquel ser tan pequeño experimentó la primera decepción del destino.... y lloró su aciaga suerte....

Era huerfanita y estaba entregada á aquella casa, pero era tan delicada, que siempre ocultaba su llanto y sufría en silencio!

Entretanto en casa no se hablaba de otra cosa. Cada uno de los niños indicaba á su padre el regalo de preferencia y el padre lo anotaba con reserva.

Pero á la huerfanita nadie dirigía ni una mirada ni un recuerdo...

Cada cuál se embebía en su dicha y olvidaba aquella tierna sensitiva! Naturaleza infeliz, que, al dar sus primeros pasos, ya encontraba la vida tan amarga, la senda tan desolada.... Y esperaba con la fe de la última esperanza. Todo su anhelo consistía en encontrar al día siguiente algo en su rinconcito y enseñarlo á los demás.

Llegó la noche, y dominada por tanta emoción, se quedó dormida y soñó en su regalito. Las naturalezas tristes como las sanas son las únicas que encuentran en el sueño el gran descanso reparador. Ella fué despertada por el ruido de los niños de la casa en aquella mañana de regocijo: y anhelante, ansiosa, febril, buscó en su rinconcito el regalo suspirado! Mas lo que ella creía un juguetito, eran sus zapatitos de suela gruesa que había envuelto en su trajecito al acostarse. Y avergonzada de su desgracia, lloró oculta en el pajar!

También la vida es un gran sueño; pero es un sueño continuo.... A la manera de la cadena de eslabones que va formando la ola, ella extingue algunas esperanzas nuestras, pero "adelante" se forma otro nuevo eslabón, que es el que nos mantiene siempre esperando!

Tal es la vida! Algo que se confunde con la lobreguez de la noche eterna; algo que fulgura, se desvanece y se apaga; algo que desaparece para no volver.

¡Un crepúsculo vespertino que no se repite. La peregrinación terrenal, que termina siempre en Calvario....!

MYRIEL.

RIAMOS.

En vano la animación
Del goce mi rostro alegra,
¡Si llevo la noche negra
Y eterna en mi corazón!
Mi risa es la del bufón
Que quiere ocultar su pena
Y salta sobre la arena
Al son de la destemplada
Y estentórea carcajada
Con que el concurso le atruena.

Cuando se siente morir
Una esperanza querida,
Cuando tiene el alma herida
Necesidad de gemir,
Es espantoso cubrir
El dolor con risa loca,
Pues al salir de la boca
En bullicioso tropel,
Es como río de hiel
Que envenena cuanto toca.

He apurado con valor
Este cáliz gota á gota,
Mas ya mi fuerza se agota
A los golpes del dolor;
Y aunque con rostro traidor
Mis sufrimientos escondo,
Es el martirio tan hondo
Que, aunque mi constancia es mucha,
Temo bajar en la lucha
Del sacrificio hasta el fondo.

Cuando el chiste se derrama,
La multitud que me asedia
Se ríe con la comedia
Sin acordarse del drama.
Es verdad, la eterna llama
Seca con sus rayos rojos
Las lágrimas de mis ojos,
Y nadie sabe que al par
De la gorra del juglar,
Llevo corona de abrojos.

Nadie sabe que hay en mí
Un tormento sobrehumano,
Nadie conoce el arcano
De tristeza que hay aquí......
Mientras pude combatí;
Hoy me siento acongojado,
Cuando el león acosado
Siente el corazón herido,
Es de cólera el gemido
Por el dolor arrancado.

Pero ¿á qué hablar de dolor
Si el ajeno á nadie importa?
Riamos, la vida es corta,
Riamos, es lo mejor.
Cuando ya del gladiador
Las fuerzas van decayendo
Y va la muerte sintiendo,
Abre las puertas al alma
Y con desdeñosa calma
Rueda en el polvo riendo.

P. E. ROMERO.
(Paolo.)

Por razones pecuniarias,
sé que preocupado estás,
y, para casarte, vas
á caza de millonarias.
Tanto el plan has propalado,
que acaso alguna, impaciente,
te tache de indiferente
creyéndote interesado.

EL TESTAMENTO

Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

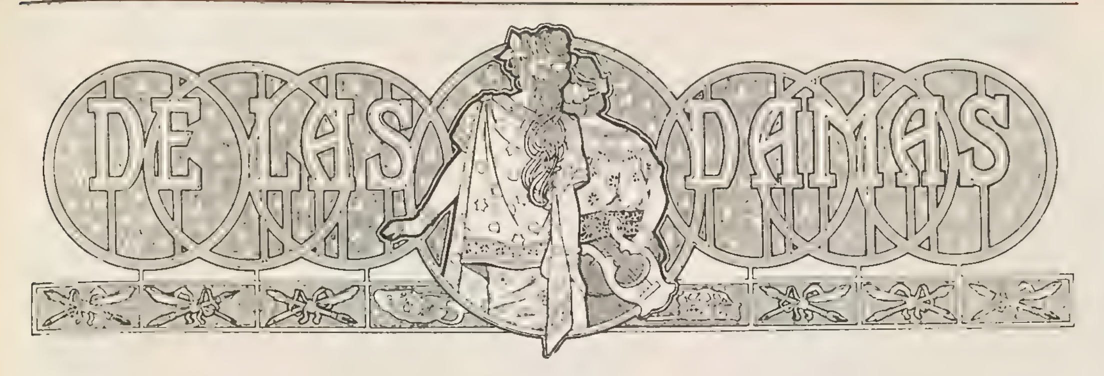
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua." Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



1.—Colección de trajes de paseo.

Explicación de nuestros grabados.

Núm. 2.—Representa este grabado una elegante y vistosa colección de trajes de paseo, propios para señoritas. Todos estos figurines se confeccionan con tela de buena calidad y como adornos se emplean encajes y listones de último estilo. Como puede verse por los grabados, las faldas, cerca de la cintura, llevan un pequeño plisé que mucho las agracia; el resto de la enagua se pliega ligeramente, y cerca de su parte inferior, lleva como adorno pequeñas aplicaciones de cinta ó de pasamanería. De los talles nada tenemos que decir como no sea que nuestras lectoras se fijen detenidamente en los modelos y confeccionen sus talles de acuerdo á estos figurines, sin separarse de ellos lo más mínimo. Son tan graciosos, están de tal manera aplicados los adornos, y el corte del peto y de las mangas es tan adecuado y elegante, que si en la confección de la blusa entrara otra clase de inventiva, fácilmente se perdería el gusto y la elegancia del conjunto. Pocas veces hemos publicado en estas páginas modelos de trajes para paseo tan graciosos y elegantes como éstos.

Núm. 4.—Nuestro grabado representa un sencillo y vistoso traje de casa. La tela con que debe confeccionarse este vestido, ha de ser ligera, de color claro y adecuado á la estación. La falda no tiene nada de notable, pues es lisa en toda su extensión y con un ligero pliegue á lo largo.

La blusa se adorna con ancho cuellobombreras de encaje, y las mangas, abultadas en su extremidad inferior, se rematan por estrechos puños.

Núm. 5.—Traje de calle, confeccionado con tela á cuadros y propio para señoritas de talle esbelto. La falda se pliega en toda su longitud, y las mangas, cerca de los hombros, llevan seis pliegues transversales. Una pequeña corbata de punto completa el adorno de la blusa.

Núm. 6. Traje de casa para señoras jóvenes, hecho con tela de



2.—Colección de trajes de visita.

color oscuro y cuya falda lleva por único adorno tres pliegues transversales. La blusa es imitación de torera, y el canesú y parte de las mangas se confeccionan con tela de color claro.

ESPERANZA.

REMORDIMIENTO

Mostraba el rico Pascual
Muy amarilla la cara,
Como si en ella guardara
El oro de su caudal.

Ciertos rumores menguados
Hablaban á los oídos
De unos huérfanos vendidos,
¡Vendidos y envenenados!

Un público delirante
En el teatro aplaudía
La encantadora armonía
De una ópera brillante.

—¿No oís un grito siniestro?
¡Por Dios, hacedlo callar,
Que no me deja escuchar
La música del maestro!

Al que agradarla logró
La muchedumbre aclamaba,
Y el triste Pascual rodaba
En su lujoso landó.

—¿No tienes hierros ni callos?
Cochero de Barrabás,
Ese grito suena más
Que el trote de mis caballos!

¡Cómo inundan los salones
Las damas y caballeros!
Los semblantes... ¡qué hechiceros!
¡Qué ardientes los corazones!

Ha empezado el cotillón:
—Ese grito me molesta....
¡Callad! ¡Que cese la fiesta,
Que cese por compasión!

—Esposo mío, ¿qué tienes?
¿Cometiste algún delito?
—Mujer, ¿no escuchas un grito
Que me taladra las sienes?

—No oigo nada.—Ten por cierto
Que el grito me llama ya....
¡Perdón, Jesús mío!—¡Bah!
Estás loco.—(¡Estaba muerto!)

Lágrimas, rezos y flores
El féretro acompañaron.
Era rico, le enterraron
Entre espléndidos honores.



3.—Colección de trajes de reunión

4.—Traje de casa.

Pero la maledicencia
Poco tardó en murmurar:
—¡Ha muerto por no escuchar
El grito de su conciencia!

JUAN TOMAS SALVANY.

ENTRE AMIGOS.

El vino no era ni puro, ni añejo, ni las copas finas, ni rico el mantel, pero los dos hombres sentados en torno de la tosca mesa, bebían con placer el vino mezclado de campeche, ó quién sabe de qué, departiendo amigable y confidencialmente.

Delante del más viejo, casi un anciano, se hallaba un libro abierto, libro manuscrito en letra suelta, nerviosa, desigual, que revelaba el grado de exaltación bajo el cual el autor había trabajado.

A intervalos el anciano leía en él, con voz reposada, sentida, y su compañero, un hombre aún joven, le escuchaba, con expresión contenida de profunda emoción.

De pronto, el anciano, que se había puesto á leer para sí, preguntó:

—¿Hay aquí composiciones inéditas?

Sí.

—¿Y que jamás serán publicadas, no?

—¿Por qué?

—Porque son demasiado íntimas. Son fantasías. ¿quién os ha dicho que se trata de mí?

—Bien se conoce, es toda una historia, la tuya, lo que contienen estas líneas llenas de sencilla elocuencia, de infinito sentimiento. No trates de engañarme, pero dime—añadió,—¿por qué has despedazado así tu corazón y arrojado sus trozos á la voracidad del público? En algunos hallarás piedad por tus dolores, en otros admiración á tu talento; pero también despertarás la envidia, la curiosidad y.... hasta la mofa!.... ¿por qué lo has hecho?

Durante algunos segundos calló el interpelado, la mirada sombría, un rictus de dolor sobre sus labios empalidecidos, y luego con acento tembloroso de ira y de pena, respondió:

—Porque mis enemigos, con el instinto del odio, adivinaron mi secreto, y me insultaron, llamando hipocresía lo que fué noble pudor, y en un arrebato decólera, con mano trémula de pena, pero resuelta, rasgué el sagrado velo que ocultaba el misterio de mi alma.

Después.... después hallé en alzar mi voz, en dejar volar mis cantos en alas de la brisa, el alivio del enfermo que se queja, cuyos gemidos no adormecen el dolor, pero descansan el pecho de su terrible opresión.

No sé si sois sincero conmigo, mas, escuchad: no amo con pasión la gloria, porque mi ideal es más hermoso todavía; mi altivez rechaza la compasión; la envidia es honra de quien la provoca; la mofa, vergüenza de quien la emplea; en cuanto á la simpatía, mi corazón sabrá agradecerla.

Hay en las almas de los que sienten intensamente, un sitio luminoso para el amor y la gratitud, y otro sombrío, para el rencor y el odio.

Calló el poeta, y el anciano, no sé si vencido ó convencido, dijo tan sólo: ¡Ah!

DOLORES.

La alegría depende de las ilusiones, de no querer ver rigurosamente las verdades de la vida. La misma superstición alimenta la alegría, y no debería huirse de ella como del fanatismo, que la mata. La alegría depende de tener creencias: la creencia en la amistad, la creencia en todos los recursos que hacen bella la vida; y la más triste experiencia de la vida, es ser engañado y perder por esto una creencia ó una ilusión.

Los niños son felices y alegres porque están llenos de ilusiones, de creencias y de confianza.

Debería haber una sociedad de acción y propaganda contra el crimen de que los niños sean engañados ó desilusionados.

¡Madre! Título sagrado
que no merece obtener
la que comete el pecado
de dejar abandonado
un inocente al nacer.



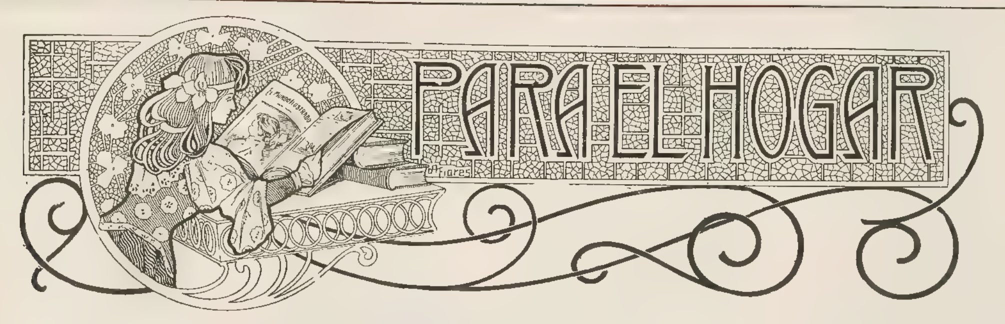
5.—Vestido de calle.

6.—Traje de casa.



7.—Sombrero de la estación.





El primer Hijo.

CONSEJOS Á LAS MADRES

Á LOS DOS MESES

A las siete ú ocho semanas, el recién nacido empieza ya á avivarse y á darse cuenta de que es un ser animado. Si se le ha permitido hacer la vida lenta y tranquila que acabamos de indicar, este despertamiento gradual será un motivo de alegría para él, y de goce para los que lo rodean. La criatura ha empezado ya á seguir á uno con los ojos por la pieza ó á fijar la vista en los objetos, y en estas ocasiones hace oír un gorgorito de alegría.

Más tarde, empieza á prodigar sonrisas, á medida que va dándose cuenta de la vida y de las cosas que la rodean.

Le interesan ya sus manitas regordetas, y trata de llevárselas á la boca, lo que consigue al fin, después de unos cuantos días de esfuerzos infructuosos.

Entonces, la criatura ha llegado ya al segundo período, en el que la vida va dejando de ser vegetativa, y requiere un poco más de atención. Como se ha hecho más pesada, hay que cambiarla de postura más frecuentemente para evitar que se le entumezcan los miembros. Se ha hecho más fuerte también, y mueve sus piernitas de una manera vigorosa; por lo tanto, hay que acortarle las ropas, á fin de no trabar el desarrollo de los músculos de esas extremidades.

Debe tenérsela también más tiempo al aire libre, y, por la noche, la temperatura de la pieza debe ser más fresca.

Por otra parte, su apetito se ha desarrollado también, y necesita mayor cantidad de alimento; pero, como sus medios para adquirirlo se han cuadruplicado durante este período sorprendente, está en perfectas condiciones para velar, diremos, por sus intereses.

LAS ENFERMEDADES

Relativamente, son pocas las criaturas que nacen enfermas. Por regla general, el recién nacido es un ser normal y sano; y para alentarse, la joven madre debe tener esto siempre presente. Esto le infundirá confianza en sí misma, y su habilidad para mantener á la criatura en ese estado de salud, hará el resto. Las enfermedades no son cosa que los recién nacidos puedan adquirir fácilmente; por lo menos, no tan fácilmente como los malos hábitos, que, á nuestro juicio, son mucho más difíciles de curar que aquéllas.

La moderación, aplicada á todas las cosas relativas á la criatura, será siempre una salvaguardia para la madre, y la mantendrá constantemente en el buen camino. Le dará tiempo para reflexionar, y podrá resolver muchos problemas tranquila y acertadamente.

Hay que tener presente que las indigestiones no son nunca un fenómeno espontáneo; las provoca el exceso ó las deficiencias de la alimentación.


8.—Vestiditos infantiles.


9.—Talle de punto para reunión.


10.—Sombrero de viaje.


11.—Traje de casa.



13.—Vestido de visita.

EL LLANTO

El llanto del recién nacido, tan penoso para algunas madres primerizas, especialmente para las nerviosas, se hace menos aflIgente para ellas, si consideran que los pulmones necesitan ejercicio, y ejercicio violento de la profunda inhalación que acompaña al llanto, para desarrollarse y hacerse fuertes.

Durante los primeros tres meses, la criatura es demasiado débil, aun cuando llore bastante, para desarrollar sus pulmones en más de un tercio de capacidad normal; y si se piensa que no se pueden considerar perfectos estos órganos sino cuando han llegado á inflarse por completo, esto bastará á la madre para que el llanto de su hijo se le haga tolerable.



15.—Falla y vestidito de niño.

Un año entero de respiración normal no hace por el desarrollo de los pulmones lo que un rato de llanto diario durante un mes.

Las criaturas sanas lloran normalmente, y se las debe dejar llorar un buen rato todos los días.

Cuando el llanto es quejoso y persistente, tiene su origen, por lo general, en alguna práctica viciosa de la madre, ó en errores como el de zarandear á la criatura cuando ésta preferiría estar quieta. El jugar demasiado con ella la pone nerviosa y le enfría las extremidades; entonces hay que recargarla de abrigos ó calentar demasiado la pieza, y esto hace que la criatura sufra incomodidades y se debilite, y por otra parte, que no pueda tener todo el aire fresco que necesita. El dormir en una misma cama con adultos es malo para la criatura, pues ésta pierde una parte de su vitalidad.

LA ALIMENTACIÓN

Por lo que se refiere á la alimentación, conviene recordar que, en todo el reino animal, la naturaleza provee á cada especie con el alimento que mejor se adapta á su clase particular. El alimento que la naturaleza ha destinado á la criatura humana, es la leche de la madre, y, en lo posible, éste debería ser siempre su único alimento durante los primeros seis meses.

Pero sucede á veces que la criatura no prospera. Entre las muchas razones que puede haber para esto, una de las más corrientes es que la madre no tenga leche suficiente para su hijo.

Por lo general, esto se conoce por los siguientes síntomas: la criatura sufre largos períodos de hambre antes de tomar el pecho; luego mama ansiosamente, soltando el pecho á ratos para seguir llorando; y sigue llorando cuando al fin lo deja del todo; continuamente está llevándose los dedos á la boca; y pierde una parte de su peso ó permanece estacionaria.

En estos casos, lo mejor es consultar á un médico, que recomendará alguna otra forma de alimento. Otras veces, lo que pasa es que la leche de la madre es demasiado fuerte, y la criatura sufre cólicos, y vuelve frecuentemente el alimento cuando la agitan un poco. Entonces, lo que hay que hacer es administrarle una cucharadita de agua tibia antes de que tome el pecho, retirándola de éste cada cinco minutos.

El agua tiene por objeto diluir la leche en el estómago.

Las madres que crían, incurren casi siempre en el error de dar el pecho á su hijo á intervalos irregulares y por mucho tiempo; en primer lugar, no deben permitir que la criatura esté en el pecho más de veinte minutos, y, por supuesto, no debe estar soltando el pecho á cada momento para ponerse á jugar. La situación de la madre en estos casos no puede ser peor, porque, como la criatura se está una hora entera para tomar el pecho, hace entretanto sus digestiones, y, apenas ha concluído de alimentarse, siente la necesidad de hacerlo otra vez; y para la criatura, este sistema de alimentación irregular le ocasiona perturbaciones gástricas.



LA ALIMENTACIÓN ARTIFICIAL

En los casos en que la alimentación materna sea imposible, el mejor reemplazante es la leche de vaca; pero, como la leche de vaca está destinada al ternero y no á la criatura humana, hay que modificarla y adaptarla al estómago de esta última, debilitándola todo lo que sea necesario.

Comparando el tamaño de la criatura con la del ternero, la fuerza respectiva de cada uno en el momento de nacer y su desarrollo muscular, es fácil comprender por qué la leche de vaca en estado natural no puede convenir á la criatura. Hay que rebajarla mucho, por lo tanto.



14.—Matinée de seda.

Uno de los errores que se cometen con más frecuencia en la alimentación con la leche de vaca, es que no se rebaja esta leche suficientemente; como el estómago de la criatura tiene que ir preparándose para un alimento diferente del que la naturaleza le ha destinado, lo mejor es empezar por debilitar mucho ese alimento, é ir aumentando su fuerza gradualmente, á medida que la criatura se acostumbra á él. Si se procede así, la alimentación artificial será una cuestión muy sencilla; por lo general, son pocas las criaturas que, en estas condiciones, sufren de indigestión.

Si en estos tres primeros meses, que son los más importantes del primer año, todas las cosas han ido bien, la madre tendrá poco que temer con respecto á lo futuro; porque en este período de desarrollo y crecimiento tranquilos, la criatura ha ido almacenando una cantidad de fuerza y de resistencia suficiente para salvar cualquier dificultad que pudiera sobrevenir en adelante.

MARIANNA WHEELER.

Feminismo

De espíritu fuerte no se juzga á la mujer en general; escudada en su delicadeza física, en el pequeño radio de acción en que se la coloca, su destino, además de mísero, es injusto, porque el valor en los seres no se aprecia por la fuerza física, sino moral, por el impulso de las pasiones. Yo tengo la persuasión de que la mujer, en ese sentido, es fuerte. Heroicidades de energía, de indomable poder, concentradoras de todas las potencias del alma, he visto en algunas mujeres.

Las inverosímiles luchas mantenidas por aquellas que la desgracia ó circunstancias colocan en el puesto de jefe de una familia, representan labor de insólita firmeza, de infatigable empeño, de valor á toda prueba. La viuda, la madre, la hermana de huerfanas, ejemplos son de esta verdad. Y doblemente ímprobo el trabajo, puesto que á la mayoría se la ve en la lucha sin armas, ó sea sin preparación alguna,



16.—Trajes de reunión.

sin la defensa de una educación extensa, de una sólida instrucción, porque hemos convenido los hombres en que nosotros valemos más y que debe ampliarnos el camino, y, con lógica absurda, que toda ventaja debe ser para nosotros, que podemos más.

La igualdad es lo seguro en este caso. La lucha de la existencia, sólo para nosotros. Las responsabilidades todas de la familia en la parte educativa, son imperfecciones también de ese sistema. La mayoría de los matrimonios, por parte de la mujer llevan por causa el mejorar de situación económica, á cuya consideración suelen sacrificar hasta los afectos más pasionales de su corazón! Luego. . . la desventura eterna, el divorcio moral y todas las consecuencias de una acción trascendental llevada á cabo por un ser sin juicio, sin ideas propias, sin libertad de espíritu, inconsciente en su misma impotencia. Refugio de pecado es la holgazanería: la vida pasiva, sin más actividad que la frívola rutina del formulario d·l visiteo y del continuo repasar las tiendas, con latentes tentaciones de no siempre útiles compras, son medios pobres, tristes, estrechos de pasar el tiempo, de quienes pudieran emplearlo en el estudio, en el conocimiento de los grandes problemas de la vida, en el atento percibir el desenvolvimiento del mundo intelectual, y entonces tener ideales más elevados y hasta amores más grandes, porque el amor sin la inteligencia, sin los superfinos goces del espíritu, es sólo una sensación de la materia, un despertar de los sentidos, no la llama sublime y divina que une dos corazones!

La mujer ignorante, mojigata, casera por holgazanería, sistemática en los trabajos enervantes de un solo manejo casero, está léjos, muy lejos de poder ser la compañera amante del hombre moderno. Un pecho en que reposar de las fatigas diarias, un espíritu gemelo, una amiga confidente, no es ciertamente aquella que tiene su horario fijo de ama de llaves, ni la asistencia á todas las novenas de la semana.

Una mujer que gobierna con inteligencia una casa, vale más para un hombre de la lucha moderna, mucho más que aquélla, sólo mecánica de un trabajo harto sencillo para poner en él los cinco sentidos. Si una labor intelectual produce á la mujer lo necesario para que supla una sirvienta el trabajo manual, hará algo de más mérito que aquella que lo hace por sí misma. Y no hacer ninguna de las dos cosas, es lo altamente perjudicial, lo que produce ese tipo del marido jadeante y aniquilado por un trabajo que no basta á cubrir las necesidades siempre crecientes de una enfermiza, de una anémica, con la fiebre de todas las ambiciones y el egoísmo del corazón más helado, exento de todo amor y de toda abnegación.

Negar que en los países donde la mujer se independiza por el trabajo, donde, si se casa, lo hace por inclinación del alma, y no por poner en juego la lección de pesca de marido, á que la dedicaron como medio único de subsistencia material y de puesto en la sociedad, también hay hogar en esos países y un hogar muy hermoso, abastecido de todos los goces y sin que ellos ataquen para nada la felicidad futura de los hijos. Y en ese hogar tan lleno de atractivos, halla el hombre, además de la madre previsora de sus hijos, una amante exquisita, culta, refinada, en la que deposita todas las ansias de su joven corazón, no sólo en la paz de un tibio afecto, sino en el discurrir de todo lo que nos agita á los neuróticos de este siglo, que ya no sólo somos hombres sensibles, sino espíritus fatigados, y padecemos de infinita nostalgia.

Así imagino yo á la mujer, y no podría dar mi corazón á ese perfecto tipo de la mujercita inútil, por la que tanto abogan los declamadores de un feminismo de otras épocas.

La mujer sea esclava por el amor, y reina por la hermosura y por la soberanía de su inteligencia mucho más clara de su espíritu, harto más fuerte de lo que la conceden los que por pequeñez de miras la quieren subyugada.

El hombre en la naturaleza es superior á la mujer; absurdo poco noble es abusar de esa superioridad; dejándola acercársenos en la inteligencia, tendremos las mil otras ventajas de su mayor y más sutil instinto de lo bello y delicado.

De la fusión sublime de la fuerza y el valor con la agudeza, la verdad y la inteligencia, se producen los consorcios imperecederos, los únicos que están por sobre toda ley. Dos espíritus que no liguen, que no tengan afinidad, no podrán realizar ninguna labor trascendental, no podrán formar un porvenir brillante á los seres nacidos de un contacto material únicamente.



Trajes de casa y calle, para señoritas.



17.—Trajecitos infantiles.

Dote que no se acaba, privilegio que no muere. Después de muerto, queda el producto de sus trabajos intelectuales haciendo el bien aún, aligerando la carga á los que vienen detrás, iluminándoles el camino.

MILAGROS RODIL DE ALBA.

Estáiel bueno de García,
que es médico consumado,
hace tiempo dedicado
á estudiar frenología.
Y en defensa de su idea
dice, que al ver fijamente
la cabeza de un cliente,
sabe del pie que cojea.

PARA UN ALBUM.

Adorable señorita!

Con voz suave y poética, tierna al oído como un arrullo; con esa voz que suspira con tanta dulzura las amables frases que pronunciáis, así me dijisteis en una hermosísima y espléndida tarde de mayo:

—Quiero algo para mi álbum: escribid.

Y, colocando ante mí el elegante libro en que escrito se hallaba en hermosas letras doradas el nombre adorable de Adela, esperasteis, sonriente, la respuesta.

¿Recordáis acaso cuál fué? Seguramente que no la habéis olvidado, ¿verdad?

Y ahora yo os pregunto: Sabéis, señorita, lo que es escribir para un álbum? Lo más tierno, lo más delicado y precioso debe verterse en él. Allí lo grande, lo hermoso, lo sublime.

La frase estulta, los períodos arrítmicos, las imágenes faltas de luz, de colorido, de escorzos.... no pueden, no deben hallar cabidad en un álbum. De ahí, que no me sea dado salir triunfante en tan amable y hermosa invitación.

"Es incolora la palabra ruda,
la imagen tosca y fría····"

Escribir en él que sois hermosa, exquisitamente delicada, adorable, en fin, es deciros tan poco!

Cantar— aun en períodos magníficos— los "seductores rasgos soberbios" de vuestra divina estatua, modelada

"Por ese gran artista inimitable
cuyo cincel divino realiza
la egregia perfección...."

Todo, todo eso, amable señorita, me parece tan poco digno de vos, de vuestra triunfadora belleza, que solamente me limito á preguntaros:

Habéis leído alguna vez las baladas alemanas? habéis leído á Ossián?—Sí? Pues bien, así sois vos: una mujer deliciosamente hermosa, como las vírgenes de Ossián.

Y he ahí lo único que he podido escribir en vuestro álbum, lo de siempre: la frase intensa.

Je vous demande pardon.

J. M. TALAVERA.

México, D. F., mayo 6.

Hace más de veinte años, escribe el Dr. Manuel S. Soriano, que uso la Emulsión de Scott, lo mismo en mi clientela particular que en los hospitales á que he pertenecido y pertenezco, y en el notable colegio de la Paz, donde se usa en grande escala. Debo manifestar que siempre he obtenido brillantes resultados de la mencionada Emulsión de Scott, que es un tónico reconstituyente que el estómago soporta perfectamente.

Para que la unión sea tal, han de casarse los espíritus, y eso no se produce sin la cultura, sin la voluntad independiente de la mujer, que no debe abusar de que su dicha está en ser amada, por lo que no muere.

Si la moral es la base de la familia, la inteligencia es el eslabón del amor.

No basta querer; debe quererse con observación, con ánimo de agradar. Un amor inmenso es la ley natural; no se agradecen tanto como los sutiles cuidados los oportunos cariños de un ser inteligente.

La ignorancia de la vida interior, la poca observación hacia los seres que amamos, trae tanta frialdad, que no bastará á derretir toda la virtud sólida del mayor amor.

Efímero todo trabajo que no anima el soplo de una actividad interior. Condenamos á la mujer á hacer vida de autómata, y con ello privamos al mundo, á la familia y al arte, de las manifestaciones grandiosas, vivas, de una luz y un color de espiritual inteligencia, de maravillosa hermosura.

Si las costumbres permitiesen á la mujer desarrollar su ingenio, ¡cuánta gracia fina no embellecería la vida!

Prueba evidentísima de su mucho valer espiritual, es cómo aquellas que han sido observadas por seres de fina observación, por artistas y escritores, han sido las inspiradoras más tarde de sus obras más perfectas.

La mujer inteligente, si se la deja ocasión de mostrarse, conquista los corazones más que todas las otras ventajas ó grandezas de la vida, y como madre es como más debe usar la instrucción, el alto criterio. Toda enseñanza no secundada por el talento de una madre, costará al niño, ímprobo trabajo y no se fijará en su mente de un modo indeleble.

A la madre buena se la respeta y se la quiere. A la madre que es además inteligente, se la da la confianza y la admiración. Ser admirada de un hijo de talento, debe ser la suprema y más grande vanidad de una mujer.

EL TESTAMENTO

Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25.000 cada una, tomadas en "La Mutua" Companía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125.000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua." Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron stas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



Exigencias de la Moda

El estilo reforma

En la corte del Emperador Francisco José se guardan de manera tan estricta los cánones de la moda, que nadie puede contravenirlos en lo más mínimo sin hacerse acreedor á severos castigos. Cuéntase de un oficial á quien se le prohibió la entrada á Palacio por espacio de dos meses, únicamente porque el buen mozo no bailó un rigodón con la galanura y elegancia que debiera. El oficial, un joven de veinticinco años, fué llamado por el Emperador: «Es inconveniente vuestra conducta», le dijo el soberano; «sois el primero que se atreve á tomar una postura ridícula en plena recepción de gala». El militar enrojeció de vergüenza y no tuvo lugar á disculparse, pues cuando pretendía hacerlo, Francisco José lo arrojó de Palacio y le prohibió estrictamente que entrara á la regia mansión por el espacio de sesenta días. «En ese tiempo podréis estudiar un poco más las reglas de la etiqueta y del buen tono».

Esta severidad tiene su razón de ser, pues en una corte donde todo debe ser aristocracia y «chic», resulta impropio, altamente impropio, que un cortesano turbe la armonía. La Emperatriz también era exigentísima en estos asuntos. Algunas damas han lamentado ya su ligereza al presentarse en los salones palaciegos con un mal pliegue en su traje, con algún descuido en su tocado ó con insignificantes imperfecciones en sus posturas.

Curiosa debe ser, sin duda alguna, la estadística especial de estos centros de elegancia, que se refiere á los castigos que han sufrido los cortesanos por asuntos de modas. En la corte alemana, lo mismo que en la inglesa y en la rusa, reinan exigencias increíbles. En los salones del Quirinal hay menos tirantez, y en los de la corte española más libertad.

***

El escote es punto de vital importancia en el vestuario femenino. Un ápice que exceda de lo justo, es motivo de reproche. Los escotes pueden ser angulares ó cuadrangulares. Los primeros son los que en la actualidad imperan, y sólo en determinadas fiestas, especialmente en los banquetes, es cuando se llevan los segundos. En éste, como en nuestros posteriores artículos, nos referimos únicamente á los usos de la moda europea, no porque desechemos la norteamericana, sino por ser aquélla la que más priva entre nosotras. Con toda calma hablaremos de la americanización de la moda, cuyo centro principal se encuentra en la aristocrática y elegante ciudad de Boston.

En paseos, recepciones, teatros, banquetes, visitas, etc., domina, en todas las poblaciones del Viejo Continente, el estilo «reforma». En México ha tropezado con infinitas dificultades dicho estilo, lo cual no tiene razón de ser, pues las dificultades se deben solamente á la mala voluntad de nuestras damas, que creen, erróneamente, que sus cuerpos se desfiguran por el poco entalle de la cintura. Ninguna creencia puede ser más equivocada, porque las francesas, que son exigentísimas en cuestión de entalle, profesan verdadera adoración, pudiéramos decir, por el estilo reforma. Y hay que fijarse que las francesas han hecho á un lado el espíritu de patriotismo—en este caso debía llamarse patriotería,—pues el estilo «reforma» ha tomado sus orígenes en la inventiva alemana.

Me atrevo, pues, á recomendaros, lectoras mías, que mientras llega la muerte de este estilo, le deis vosotras vida aplicándolo á todas vuestras confecciones. Os aseguro que no os arrepentiréis de ello, sino que quedaréis satisfechas y complacidas con tan vistosa indumentaria.

MARIA LUISA.





1.—Trajes de casa y visita.

El marido ideal.

Hay cualidades que la mayoría de las mujeres admiran en los hombres, y hay cualidades que, de hecho, todos los hombres admiran en las mujeres; pero si uno fuera á preguntar á cien hombres: «¿Cuál es la esposa ideal?», y á cien mujeres: «¿Cuál es el marido ideal?», oiría en cada caso cien opiniones totalmente diferentes entre sí.



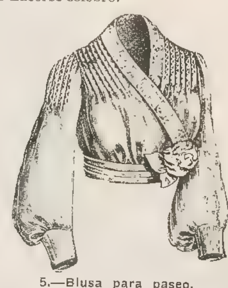
2.—Traje de paseo.

nidad y de virtud, como es su mujer

«Cuando yo era una muchacha, consideraba el matrimonio, en mis sueños, como un dulce estado de esclavitud. Ahora pido á gritos la libertad; libertad para él y libertad para mí. Con esto no quiero decir, por supuesto, que marido y mujer deben vivir separados, sin cuidarse ninguno de ellos de lo que hace el otro. No, no; pero tengo la firme convicción de que debemos mantenernos siempre á respetable distancia de todo aquello que queremos favorecer y admirar.

«Aun cuando se trate del más amante y amado de los maridos, una mujer no debe permitir nunca que el suyo esté haciéndole el amor constantemente. La abundancia fastidia muchas veces. Mediante una buena dosis de discreción y de respeto recíprocos entre marido y mujer, se puede asegurar la duración y la solidez de la afección que ambos se tengan. Los cónyuges cuyas relaciones mutuas son demasiado íntimas, acaban fatalmente por separarse algún día.»

He aquí otra opinión menos filosófica, pero bastante saturada de lo que podría llamarse psicología paradojal. Pertenece á la esposa de un pintor francés que está en vías de hacerse célebre:



5.—Blusa para paseo.

3.—Traje de calle.

«Quot cápita, tot sensus» dice la sentencia, que, aplicada á las mujeres, yo traduciría: «Tantos pareceres como lindas cabezas». Sin embargo, la cosa no podría ser de otra manera. Y nos encontramos con que todo hombre y toda mujer tienen que resolver, por sí solos, este terrible problema: «Hallar su ideal, y que, cuando crean haberlo hallado, no sufran un desengaño.»

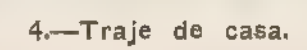
En estos últimos tiempos he interrogado sobre el particular á un buen número de parisienses, y he aquí las conclusiones á que algunas de ellas han llegado.

Una me dijo:

«El marido ideal es el que consagra su vida á su esposa, el que hace de ella el primer objeto de todos sus pensamientos y de todos sus actos, el que entiende que ella debe ser el objetivo de todo cuanto él emprenda, y el que considera que debe aprovechar todos los recursos que la naturaleza ha puesto en su mente y la fortuna en sus manos, para que ella sea feliz, y por mucho tiempo hermosa.»

Casi es inútil decir que ésta era la opinión de una niña que en aquellos momentos acababa de hacer su estreno en la sociedad. Y quizá también es inútil decir que la opinión siguiente ha salido de los labios de una mujer casada, poseedora, puedo garantizarlo, de todas las virtudes femeniles que pueden hacer que un marido esté bastante satisfecho de su suerte:

«El marido ideal es el que deja sola á su mujer, el que no se entromete en los deberes domésticos de ella ó en sus pequeños caprichos femeninos, el que no está asediándola con consejos, el que no está constantemente al lado ó detrás de ella, el que rara vez le hace un reproche, el que no está recordando á cada momento lo que él ha hecho para obligar la gratitud de ella, el que no es gruñón, ni impaciente, ni una carga para un modelo de urba-



4.—Traje de casa.

«El marido ideal es aquel que no es hombre de genio. Nada monopoliza tanto al hombre como su gran talento para escribir, para pintar ó para los negocios; este hombre pertenece por entero á su musa, á su arte ó á sus números. Todos sus pensamientos están absortos en esto, y tiene muy pocos, ó no tiene ninguno, para el pequeño ser que vive con él, no en las nubes, sino á su lado, en el mundo. Sólo al despertar de sus sueños, dirige á su mujer, pobre ser inferior, una mirada de lástima cuando no de desprecio.

«El ideal para marido es un hombre que pueda vivir para mí, como yo estoy dispuesta á vivir para él, y que pueda pasarse sin amante, llámese ésta Literatura, Arte ó Comercio. Me gustan los grandes hombres, los grandes poetas, los grandes pintores ó escultores, pero no eligiría un gran hombre para marido; más todavía, querría tener un marido celoso de todos los héroes de novela que son de mi predilección.»

Una mujercita mordaz, nada bonita, pero decididamente encantadora, la amabilidad y la jovialidad personificadas, me dijo:

«El marido ideal no es un hombre buen mozo, sino un hombre bien educado, de buen natural, alegre, y de carácter magnánimo, que no aproveche nunca un momento de confusión en que yo pueda verme, para decirme: «Yo te lo había dicho;» y que, en cambio, me saque en seguida del atolladero.»

Naturalmente, todas mis buenas amigas, sin excepción, han insistido en que el marido ideal debe ser indulgente, generoso, viril, sincero, leal y de estatura más bien alta. Y, cosa extraña, ninguna de ellas lo deseaba buen mozo. Por el contrario, una de ellas llegó á decirme:

«El marido no debería ser bonito. Ante todo, nunca puede ser bonito, por cuanto es hombre. Pero puede que el caso sea peor; puede que él se crea bonito, y entonces... ¡Dios asista á su mujer!»

«El marido ideal—ha dicho otra—es un hombre que nunca debería ponerse en ridículo, que nunca debería perder el sentido, que nunca debería figurarse que una mujer se fija en él. El amor de esposa puede perdonar todos los defectos del marido, todos, menos el de que el marido sea un ente ridículo.»

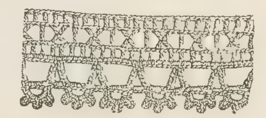
Y lo cierto es que las palabras ó los actos de un hombre lo bastante ridículo para que su mujer desee estar enterrada á una milla de la superficie, rebajan tanto á ese marido en la estimación de su mujer, que ésta no se atreve ya á volverle á mirar á la cara.

Terminaré con la opinión de una dama americana:

«El marido ideal no debe desprenderse nunca, en el hogar, de sus maneras más refinadas, y debe tratar de hacer siempre en él la mejor figura, tanto en ropas, como en lenguaje, como en conducta, por lo menos cuando se halle en presencia de su esposa, que es su reina.»

No esperaba menos de Su Majestad Magnífica y Suprema, Mrs. Jónathan, reina de los Estados Unidos.

MAX O'RELL.



LOS GUANTES

I

Juan y Pedro, hijos de un modesto comerciante, dedicáronse desde pequeños á la misma profesión que su padre; pero con tan diversa fortuna los dos, que mientras Juan lo realizaba todo á medida de su deseo, Pedro no hacía cosa que le saliera á derechas.

Quejábase de su pícara suerte y envidiaba la de su hermano, achacando sólo á la buena estrella de éste los excelentes negocios que hacía.

Condolido al fin Juan de la constante desdicha de Pedro, le llamó un día á su casa y le dijo así:

—Pienso emprender un largo viaje para poner en planta un negocio que considero segurísimo. Como no soy egoísta y deseo tu bien tanto como el mío, voy á darte una participación.

—Gracias, querido hermano; eso era lo que yo ambicionaba, estar á tu lado y disfrutar así de tu buena suerte.

—Eso no, de ninguna manera. Nuestros caracteres no armonizan; yo estoy siempre alegre y satisfecho, tú triste y cariacontecido; yo bendigo á todas horas mi estrella, tú maldices sin cesar de la tuya. Reñiríamos y se llevaría el diablo nuestro negocio. Vamos á hacerlo á la par, en idénticas condiciones, pero separándonos. De esta manera, si por desgracia ganas menos que yo, no tendrás derecho á quejarte.

—Estoy conforme; hagámoslo como quieras. Explícame de qué se trata.

—Escucha. Ya sabes que la fábrica de guantes se ha cerrado.

—Ya lo sé.

—Los géneros que tiene son muchos y buenos, los venden por ínfimo precio, y he decidido comprarlos. Tan baratos los ofrecen, que aun siendo muy costoso el viaje que hemos de hacer para venderlos, considero el negocio de pingües resultados.

—Lo que tú dispongas se hará; no quiero sino seguir tus indicaciones.

—Lo celebro, porque de ese modo saldrás ganando seguramente.

II

Pocos días después los dos hermanos se despedían, embarcándose con rumbo distinto y citándose para una fecha fija en su casa, á donde volverían ambos para comunicarse el resultado de su aventura comercial.

Las dos poblaciones elegidas para realizarla eran de iguales condiciones, y en las dos se verificaban grandes fiestas en la misma época, la más adecuada para la venta de los guantes.

Juan, sonriente y lleno de esperanzas, abrazó á Pedro. Este, triste y sombrío como siempre, devolvió el abrazo á su hermano.

—¡Ganaremos mucho dinero, no lo dudes!

—¡Quiéralo Dios!

Y se separaron, Juan mirando el cielo azul, purísimo, que presagiaba una feliz navegación. Sólo una nubecilla obscura se destacaba en el horizonte. Era el único punto en que fijaba Pedro sus ojos.

III

A pesar de sus zozobras, que duraron tanto como la travesía, Pedro desembarcó sin novedad, y halló la población ardiendo en fiestas. El gentío era inmenso, la animación extraordinaria, y todo hacía suponer que los comerciantes venderían tanto como pudieran desear.

Pedro se animó algo con el general regocijo; alquiló una tienda, después de observar con gozo que no había en toda la población guantería alguna, y se dispuso á abrir los grandes cajones en que su mercancía estaba encerrada.

Abrió el primero y quedóse aterrado. ¡Todos los guantes eran de la mano izquierda!

Todavía abrigó la esperanza de que los correspondientes á la mano derecha estarían en los otros cajones; pero al abrir éstos con febril impaciencia, vió que su desventura era cierta é irremediable. Por un error difícil de explicar, habían colocado los guantes de la diestra en los cajones que Juan se llevó, y los de la siniestra en los de Pedro.

—¡Ay!—exclamaba éste en el colmo de la desesperación;—yo tengo la culpa, yo soy responsable de la desgracia de mi pobre hermano, víctima de esta equivocación incomprensible. Yo le hice partícipe de mi mala suerte por el solo hecho de realizar con él un negocio á medias. Ahora se convencerá de lo funesto de mi estrella y de que me quejo con razón. Pero siempre, siempre y en todo, he de ser más desgraciado que él; á mí me han tocado los guantes de la mano izquierda, la de la mala suerte.



6.—Vestido de paseo.



7.—Traje de duelo.



8.—Vestido para visita.





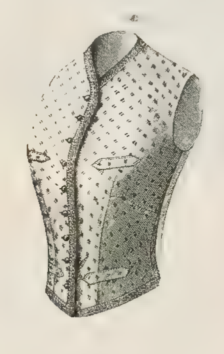
9.—Camisa de dormir.





Y hondamente preocupado con su desdicha, cayó enfermo y en los delirios de la fiebre veía que los guantes, inflados y vagando por el aire, venían á darle bofetadas.

De milagro sanó, y convaleciente ya, pero muy débil todavía, embarcóse de nuevo con rumbo á su país, adonde iba á llegar pobre y desesperado, para encontrar allí seguramente tan desesperado y pobre como él á su hermano Juan.



IV

Figúrese el lector la sorpresa de Pedro cuando al entrar en su casa, vió que Juan, sonriente y con los brazos abiertos, salía á recibirle.

—Hermano mío, bien venido seas: al ver tu tardanza en regresar, temí que hubieras muerto.

—¡Ay Juan! Bien poco me ha faltado para morir. Y tú, ¿cómo estás?

—Muy bien, muy bien y contentísimo.

—¡Es posible! A pesar de la desgracia....

—¿Qué desgracia?

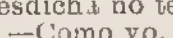
—La de los guantes.

—¡Ah! Sí, ¿la equivocación? Pero eso no ha sido una desgracia.

—¿Cómo?

—Al menos para mí.

—No salgo de mi asombro; ¿los has vendido?





—Todos, ¿y tú?

—Yo ninguno. Ahí los traigo, para unirlos con los tuyos y venderlos juntos en otra ocasión.

—Ya no es posible, porque yo los despaché todos.

—Eso es el colmo de la suerte. ¿Me negarás ahora que eres el niño mimado de la fortuna? Por lo visto, ¿el país á donde fuiste es tierra de mancos?

—¡Necio! Yo sí que no soy «manco», y por eso, sin arredrarme ante las contrariedades, sé vencerlas y hasta aprovecharlas.

—Explícame lo sucedido.

V

—Llegué al término de mi viaje y me dispuse á la venta de la mercancía, cuando al notar la inesperada equivocación, me quedé atónito.

—Como yo.

—Tenía hechos todos los gastos para el comercio y alquilada la tienda.

—Como yo.

—¿Qué hacer? ¿Cómo salir de compromiso tan grave y tan imprevisto? Por lo pronto creí que mi desdicha no tenía remedio

—Como yo.

—Pero comprendiendo que, si no lo tenía, era inútil desesperarme, me acosté y dormí.

—Yo me acosté y no pude cerrar los ojos.

—A la mañana siguiente desperté con una idea luminosa; la almohada, como siempre, había sido mi gran consejera. Aquella misma tarde, en todas las esquinas de las calles de la población se hallaban pegados grandes anuncios que decían lo siguiente:

«Guantero de París. ¡Gran novedad! ¡Ultima moda! ¡Guantes para la mano derecha!»

—¿Y qué?

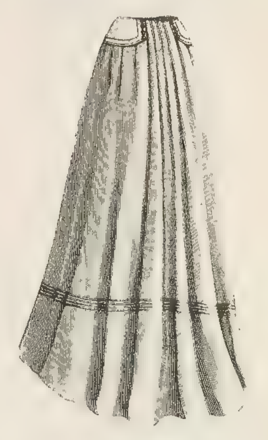
—Que la gente acudió al reclamo, que la novedad fué bien acogida, como procedente de París, y que pocos días después no me quedaba un solo guante. Cada uno de los vendidos me valió algo más de lo que me habrían dado por cada par completo.

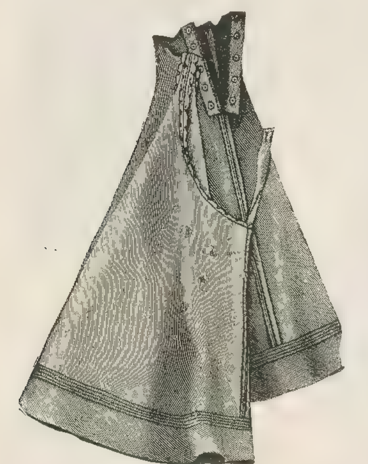
Quedóse Pedro silencioso, y cuando Juan, halagado en su amor propio, creía que su hermano admiraba en silencio el ingenio comercial que revelaba su rasgo, dijo así:

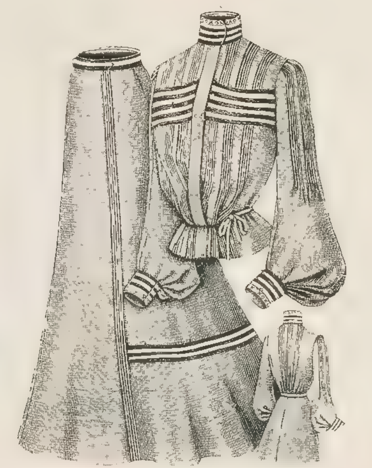
—Está visto; tienes una suerte fabulosa.

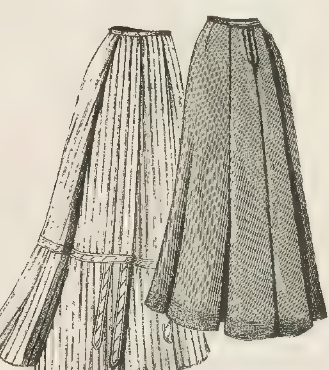
Como todos aquellos incapaces de inventar nada, Pedro atribuía á la suerte lo que era producto del talento.

MIGUEL RAMOS CARRION.

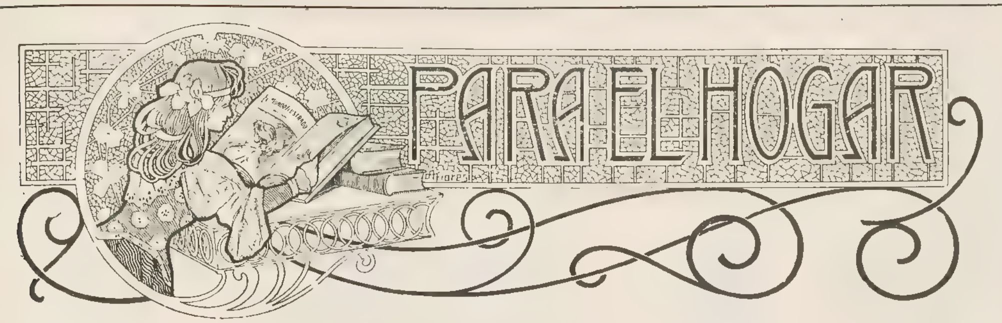








10.—Peinado, toca, faldas, blusa y trajes infantiles.



Explicación de nuestros grabados.

Núm. 1.—Trajes de casa y visita, propios para señoritas, confeccionados con tela de estación y adornados con cinta y pasamanería, lo cual constituye el estilo dominante. El vestido de casa, hecho con tela de color obscuro, lleva adornos de cinta color claro, á lo largo del talle y á lo largo de la falda. Esta es lisa y solamente se pliega un poco en su parte inferior. La blusa lleva un bonito canesú y pasamanerías de seda á lo largo de las solapas imitadas. En el cuello se anuda una pequeña corbata de punto, con flequillo de seda. El traje de visita consta de falda lisa, color claro, blusa de la misma tela, con ancho cuellohombreras y adornos de cinta ancha y de color obscuro. La blusa es suelta, las mangas de forma campanulada y el escote cuadrangular, cubierto con gasa.

Núm. 2.—Traje de paseo, estilo reforma, con blusa imitación angular y falda enteramente lisa. El escote, también angular, se cubre con tela de color más obscuro. En la parte inferior de la falda se aplican adornos de cinta cuyo dibujo puede variar á gusto de las interesadas. Las mangas, de estilo japonés, son dobles en su parte terminal, pues llevan una manga íntima de seda, y de la cual parte el puño. Los adornos del talle y de las mangas deben ser iguales y simétricos con los de la falda.

Núm. 3.—Traje de calle, estilo reforma, propio para señora de edad. En el grabado se ve también una capita de verano, confeccionada con blonda y llevando, además, dos grandes bandas de liston color claro. La falda es lisa; los pliegues posteriores se acentúan lo suficiente para formar la cola, que no ha de ser de dimensiones exageradas, y en la parte inferior de la falda se aplican los adornos, que bien pueden ser sobrepuestos, ó bien, pintados. En caso de ser esto último, se recomienda un cuidado excesivo en la formación.

Núm. 4. Traje de casa, para señoritas, confeccionado con tela de color claro. La falda es lisa y sólo se pliega un poco en la parte posterior. La blusa lleva por adorno un ancho cuellohombreras, y las mangas, campanulares, terminan por estrechos puños. El modelo es muy sencillo y elegante, y altamente apropiado para recibir visitas de confianza.

ESPERANZA.



11.—Elegante vestido de paseo.

Consejos á las madres.

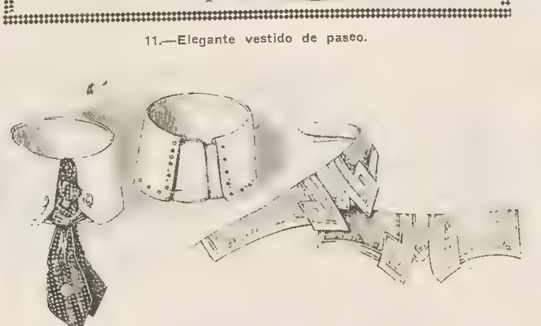
1º No amenacéis nunca á los niños con castigos que no podáis ó no estéis dispuestas á infligir. No hagáis que vuestro «sí» llegue á significar «no,» y que vuestro «no» llegue á significar «sí.» No debéis ser nunca volubles ó vacilantes en vuestros tratos con ellos, sino firmes siempre, justas y dignas de confianza, aunque bondadosas é indulgentes. No los castiguéis para lamentarlo después y deshaceros en caricias como si pidierais perdón. Si hacéis esto, correréis el peligro de que vuestro hijo os diga: «¡Ah! ¿ves, mamá?.... estás deplorando lo que has hecho. Me parece que en vez de regañarme, tendrías que agradecer á Dios que te haya dado este hijo.»

2º No hagáis montañas de hormigueros, ni estéis continuamente encima de vuestros hijos por pequeñas infracciones á la disciplina corriente; no seáis impacientes ni chillonas. No les ofrezcáis nunca un caramelo, un bollito ó una naranja en premio de virtudes, ó como incentivo para que dejen de ser malos.

***

3º No esperéis que vuestros hijos lleguen á ser una alegría para vosotras en vuestra vejez, si vosotras no habéis sido una alegría para ellos en los primeros años de su vida. No esperéis que os sirvan de apoyo en vuestra ancianidad. Habéis empezado mucho antes que ellos la vida, y deberíais estar en condiciones de bastaros á vosotras mismas. Es muy probable que ellos lleguen á tener familia propia. Es frecuente ver niños tristemente arrinconados porque tienen que sostener á sus padres que, si hubieran asido la ocasión por los cabellos, habrían podido sostenerse á sí mismos y haber dado un empujoncito favorable á sus hijos. No debéis nunca estar agradecidas á vuestros hijos por esa razón, sino por la felicidad que ellos puedan daros con su afecto y con los triunfos que obtengan en la vida, gracias á la educación, al dinero, á los consejos y á otras muchas cosas que les hayáis dado vosotras.

4º No permitáis que vuestra vanidad llegue á haceros creer que vuestros hijos son maravillas y fenómenos excepcionales, y que las reglas ordinarias de la naturaleza no les son aplicables á ellos.





12.—Cuellos, corbatas y bordados para aplicaciones.

***

5º No forcéis nunca el cerebro á vuestro hijo.

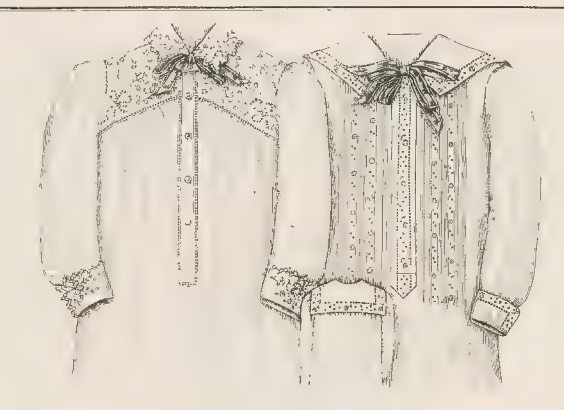
6º No dejéis nunca que vuestro hijo vaya á acostarse de mal humor.

7º No le permitáis que se absorba en la contemplación del fuego, ni le contéis nunca, ni mucho menos de noche, historias de aparecidos.

8º No le compréis caballitos mecedores sino cuando haya cumplido los cinco años.

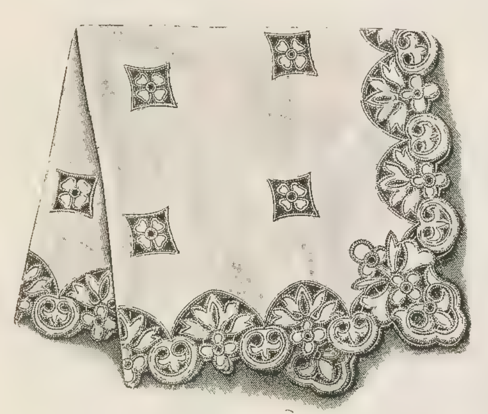
9º No le asustéis nunca con gritos repentinos ú otros ruidos.

10º En definitiva, el reposo y la dieta harán que un niño se desarrolle fuerte en alma y en cuerpo.



Un Tesoro Escondido.

¿Por qué fulgura sombría
la luz que en sus ojos arde
con dulce melancolía,
como esa luz de la tarde
cuando está muriendo el día?



¿Qué espíritu ó magnetismo
la hace presa en sus antojos
de ardiente sonambulismo,
cuando así brillan sus ojos
con la atracción del abismo?

La llama que se condensa
en su pupila radiante,
no es la luz que brilla intensa
en la virgen palpitante,
sino en la mujer que piensa.

La sonrisa que desflora
su boca de gracia llena,
no es la risa que atesora
un alma libre de pena,
sino un corazón que llora.

¿Y habrá pesar que contriste
á ese ángel á quien aliña
cuanto de adorable existe?
¿Cómo es que niña tan niña
puede estar triste, tan triste?

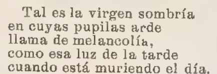
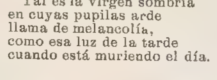
Cándida flor al arrullo
del aura suave, mecida,
pompa del prado y orgullo,
apenas recién salida
del entreabierto capullo.

Sencilla y blanca paloma
libre de azares y susto;
violeta que el sol no toma
escondida entre el arbusto
egoísta de su aroma.

Nívea perla que eclipsara
con su bellísimo oriente,
la perla más linda y rara;
astro que al sol ve de frente
cuando no esconde la cara.

Virgen de regio esplendor,
que si la rosa bermeja
tiñe su faz de rubor,
dudara la dulce abeja
si era virgen ó era flor

Tal es la niña que mora,
como un tesoro escondido
del silencio habitadora;
ave que al volar del nido
su misma sombra la azora.

Tal es la virgen sombría
en cuyas pupilas arde
llama de melancolía,
como esa luz de la tarde
cuando está muriendo el día.

LA BORDADORA.

Acompañada por un lloroso
Susurro de hojas primaverales,
En su ventana del Norte umbroso
La lluvia tiende sus grises chales.



Con sus madejas de fina lana
Oculta el aire tenue y ligero,
Y en el cuadrado de su ventana
Prende embutidos color de acero.

Entre las blondas de la cortina
Su mano á ratos el dorso asoma,
Mano luciente y alabastrina
Como el plumaje de una paloma.

Tras el encaje brillante y fino
Que forma el agua, la aguja mueve,
Y en su pañuelo de blanco lino
Dibuja flores color de nieve.

El ágil duende del aguacero
Hiere los vidrios incomodado,
Y hace que suene su pie ligero
Como un martillo sobre el tejado.

Ya en los aleros perlas desgrana,
Ya con las bolas de sus granizos
Mata en los tiestos de porcelana
Sus crisantemos de blondos rizos.

Vencida al cabo por sus intentos,
Deja la aguja que pinta flores,
Y vuelve todos sus pensamientos
A los jardines de los amores.

Atrincherado tras mi vidriera,
Yo un delicioso libro leía:
Verlaine, lleno de fe sincera
Y quejumbrosa melancolía.

Y el mismo duende cabecicano
De ojos lucientes de travesura
Que con sus artes paró su mano,
Quitó los ojos de mi lectura.

A sí tornados miré su cuello,
Las frescas rosas de sus mejillas,
Y las agujas de su cabello,
Más relucientes que las gavillas.

Miré sus brazos tersos y flojos
En sus rodillas abandonados,
Y sus amantes y dulces ojos
Por el arrobo transfigurados.

Al brillo entonces de un raudo sueño
Pensé en las manos plenas de dones,
En su semblante puro y risueño
Y en los bordados de los nipones.

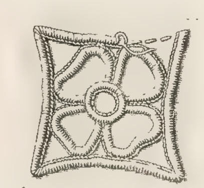
Y deslumbrado por su belleza,
Que más realza con su decoro,
En el brocado de mi tristeza
Bordé ilusiones color de oro.

EFRÉN REBOLLEDO.

El cura de San Lucas.

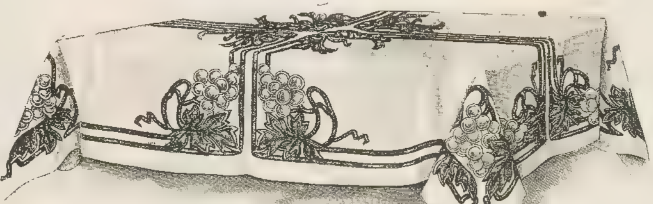
En una de esas poblaciones que no son tan pequeñas como un pueblo ni tan grandes como una ciudad, había un cura párroco á quien las gentes en sus admirables síncopas biográficas llamaban «un bendito.»

Frisando en los setenta años, de noble figura, rostro placentero y sencillos modales, se hacía respetar cuando era oportuno, y querer en todas circunstancias. Su trato con los feligreses procedía siempre de menor á mayor, es decir, que era más afectuoso con el memorialista ocupado en escribir cartas á las criadas, que con el jurisconsulto encargado de dirigir los negocios de los señores.

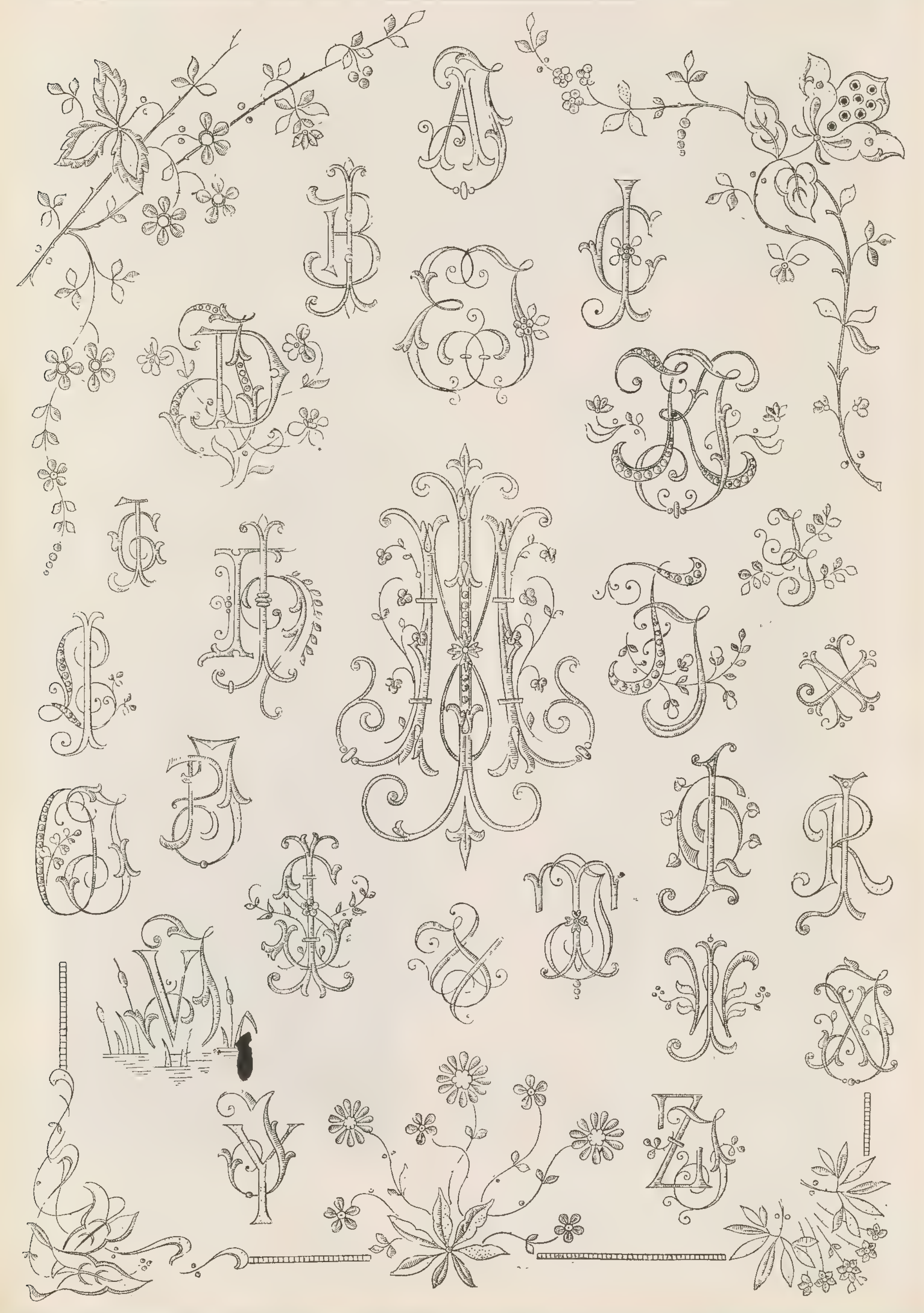


Su vida hubiera sido monótona para otro menos diligente y propenso al bien. Por la mañana su misa, después el confesionario, luego los rezos de rúbrica, al medio día á comer, su siesta acto continuo, por la tarde á visitar enfermos ó menesterosos, y á la noche su tresillo á ochavo (porque entonces había ochavos), donde, si perdía, perdía él, y si ganaba, ganaban los pobres.

Por cierto que eso del tresillo llegó á perturbar un poco su conciencia hasta el punto de consultarlo con el cura ante quien confesaba. ¿No sería mejor abolir el juego y dar lo que podía perderse á los pobres? El compañero confesor fué de dictamen que repartiendo las ganancias, quedaban los pobres compensados; pero á él se le ocurrió la réplica de si las ganancias del juego eran buena limosna, pues á tal



13.—Peinadores, canesú para camisa, bolsa de mano y mantelería.



—Monogramas para mantelería.

ascendían los escrúpulos morales del sacerdote.

Y, sin embargo, él era injusto con San Lucas, á cuya advocación pertenecía su parroquia. No quiere esto decir que desdeñase al evangelista, sino que sus predilecciones eran evidentes para las «Animas del Purgatorio.»

Cuando algún feligrés le encargaba una función de iglesia, le inducía á que fuese en sufragio de las Animas; no había boda, ni bautizo ni entierro de que las Animas dejasen de sacar partido por consejo del cura: él oficiaba con preferencia en el altar de las Animas; la mayor cantidad de aceite y las velas más gordas, ardían en las lámparas y candelabros de las Animas; ¡qué de responsos, qué de flores, qué de novenas y triduos por las Animas benditas del Purgatorio! ¿Obedecería esto quizá á su doctrina de amar á los débiles sobre los fuertes? ¿Era tal vez un poco monomaniaco el señor cura?

El célebre abogado de la población, con tener cierta tacha de incrédulo, decía que en aquello había algo de egoísmo, porque el cura de San Lucas era él propio un «ánima bendita.»

Ello es que, aparte de esta casi chochez, el cura disfrutaba de todos los prestigios de la bondad. Dirimía contiendas de familia, cortaba pleitos incipientes, acercaba corazones dispersos, y en más de una ocasión le debieron sus conciudadanos hasta resolver cuestiones de orden público. Lo que no arreglaba el cura de San Lucas, no lo arreglaba nadie.

Sobre todo, en asuntos religiosos era una potencia. Ya podían darle moribundos impenitentes ó simplemente fríos: él los calentaba y persuadía con su sencilla oratoria en términos de que no se le escapaba ninguno. Ese mismo abogado á quien se aludió antes, doceañista y casi ateo, aunque hombre de rectitud y de fibra, enfermó una vez con peligro de muerte. El cura de San Lucas se presentó desde luego en su casa con la pretensión de hablarle á solas.

—¿Viene usted á fastidiarme?—le dijo trabajosamente el enfermo.

—Al contrario—respondió el cura:—vengo á facilitarle á usted que haga lo que se le antoje, evitando que otro le moleste con sus visitas.

—¿Y cómo es ello?

—Pues nada: usted seguirá creyendo lo que quiera, pero como de seguro no quiere el escándalo, impropio de un hombre de las condiciones de usted, ahora salgo y digo que se ha confesado; voy á la parroquia por la Eucaristía y usted la recibe ó no, para mí es lo mismo; el pueblo aplaude y los devotos se tranquilizan: ¿qué va usted perdiendo en esto?

—¡Pero, señor cura!—exclamó el paciente incorporándose en la cama con ademán airado:—¿por quién me toma usted á mí? ¿Me cree usted capaz de una superchería semejante? Primero me allano á que haga usted de mí lo que quiera.

—Pues ¡de rodillas, penitente!—gritó el sacerdote con voz de mando y á depositar en mi oído sus culpas y su arrepentimiento.

Debió decir el cura estas palabras con tan eficaz energía, que el enfermo se abrazó á su cabeza permaneciendo largo rato en comunicación con él. En seguida fué absuelto, y poco más tarde trájole el párroco solemnemente la sagrada Forma, que el moribundo recibió contrito, entre el asombro de cuantos le rodeaban.

Al salir del aposento, y antes de entonar el «Te Deum laudamus» del ritual, hubo quien le oyó decir al cura:

—¡Pues no hubiera faltado otra cosa!

Campañas de esta especie se le presentaban al bondadoso sacerdote todos los días. Habíalas de diferentes clases, como, por ejemplo, la que le promovió una antigua sirvienta de la mayordoma de Animas de la parroquia. Era esta última una mujer entrada en años, de sangre azul y tostados pergaminos, más rica de vanidad que de bienes, autoritaria y casi despótica con sus inferiores.

El cargo que desempeñaba en la iglesia la hacía grande amiga del párroco, aunque con la distancia propia de quien venera al ungido muy por encima del hombre. La viuda del mayorazgo, que así se le decía en la población, echaba de menos que el señor cura no fuera «de clase;» pero aun así, las Animas benditas y las mutuas virtudes les unían en una especie de sagrado consorcio.

Sucedió, pues, en casa de esa señora, que al cabo de más de cuarenta años de servirla lealmente, puso en la calle á la que cuando niña le dió el pecho y que durante casi medio siglo fué, más que su sirvienta, su esclava.

Era de ver la pobre vieja asida á las manos del cura cubriéndolas de besos y de lágrimas implorar con ayes angustiosos su protección en aquella catástrofe.

El cura, impresionado, en efecto, corrió casa de la mayorazga á poner paz; pero ella con malos modos le salió al encuentro diciéndole:

—¿Viene usted ya á tomar parte en los chismes de esa bribona?

Porque todo el que va á hacer un bien en casa ajena es ordinariamente mal recibido. El cura, sin embargo, que conocía á la señora, replicó con calma:

—Ni esa infeliz mujer es una bribona, ni los dolores del corazón pueden ser chismes.

—Pues yo soy dueña de mi casa y hago en ella lo que quiero.

—Es que el dueño de una casa no está autorizado para hacer en ella lo que quiera, sino lo que deba. ¿Por qué despide usted á esa anciana?

—Por ladrona.

—¡Imposible! ¡Ella robar! ¿Qué es lo que ha robado?

—Cinco duros en oro de ese cajón.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿Es la primera vez?

—La primera, que yo sepa, en cuarenta años.

—Pero ¿no me tiene usted dicho, señora, que nunca ha cobrado su salario entero, y que le guarda usted casi un capital? ¡Cómo se comprende entonces!....

—No se venga usted con argumentos especiosos, señor cura, está confesa y convicta.

El sacerdote se dirigió en ademán interrogante á la pobre vieja, que de rodillas y anegada en llanto se asía á los vestidos de su señora, y la oyó expresar confusamente estas palabras:

—¡Tiene razón, tiene razón!

—Pues ahora—dijo el cura revistiéndose de ese carácter que empleaba en casos difíciles—ya no me conformo con lo que aquí se ha hablado; necesito explicaciones concretas. ¡Ya no soy amigo, no soy clérigo; soy juez!

La viuda del mayorazgo, sobrecogida por tan severa actitud, se prestó á referir lo que había ocurrido.

Aquella vieja estúpida tenía un nieto á quien había dado en amar como si el muy bribón se lo mereciese. Todas las cantidades que deducía de sus ahorros eran para el nieto, el cual se hizo haragán, pendenciero, vicioso y endemoniado. En tal situación le tocó la quinta, y aun quería la abuela gastar seis mil reales en redimirle la suerte; pero la señora se opuso, negándole el dinero. Consideraba ella preferible que le domaran en el servicio del Rey, y, si esto se conseguía, á la vuelta encontraba un capital para hacerse hombre. ¡Los disgustos que le proporcionó el mozo mientras tanto! Llegó la hora de entrar en caja, y el quinto exigió con malos modos cinco duros para el viaje. La señora los negó también, porque temía que se gastaran en la taberna y se le declarase prófugo. Había que dejarlo ir á palo seco. La vieja lloró mucho: ¡era natural! Lo que no lo era tanto es que con abuso de confianza sustrajese del cajón de una cómoda, que sólo ella podía abrir, la moneda de oro que le entregó al nieto.

Concluído el relato que se extracta, el cura condujo á la señora á un gabinete próximo, cuya puerta cerró, y con tono solemne dijo:

—Hay que perdonar á esa mujer.

—¡Perdonarla!

—Sí, perdonarla. ¿Me tiene usted por hombre honrado?

—Como no hay otro.

—¿Me considera usted capaz de una acción semejante?

—Primero dudaría de mí propia.

—Pues bien, señora, yo llevo conmigo un torcedor que me amarga la existencia.

—¿Cuál?

—Una vez me encontraba en tan grande apuro de dinero, que saqué media onza del cepillo de las «Animas benditas.»

José de Castro y Serrano.

CANTARES.

Hay quien se empeña en querer
y en vez de querer olvida,
¡yo me empeñé en olvidarte
y te amo más cada día!

A todos lados se inclina
esa flor que besa el viento,
¡es mudable como tú,
igual que tus pensamientos!

N. D. de Escobar.

EL TESTAMENTO

Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua" Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua." Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro de una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



1.—Trajes de casa y visita.

2.—Traje de paseo.

El Certamen de Modas.

La gran Exposición de Modas de San Petersburgo, se ha transferido para el mes de enero del año entrante, según regia disposición de la Czarina. Parece ser que la real orden ha traído algunos trastornos para los expositores, que habían ya desembolsado buenas sumas para la confección de prendas femeninas. Sea lo que fuere, la orden superior es terminante, y de nada habrán de servir las protestas que se levanten, pues lo ordenado, ordenado está y nadie habrá de contravenirlo.

Aunque no ha habido explicaciones aclaratorias de la disposición, todo hace suponer que ésta obedece á los empeños de una encumbrada Duquesa de la Corte rusa. Esta noble, según las malas lenguas, está en combinación con uno de los principales talleres moscovitas de modas, y como la Duquesa priva con su soberana, consiguió de ésta que la Exposición se transfiriera hasta que el taller termine su contingente, un contingente soberano, riquísimo, elegante, abrumador....

¡Ah! Las finanzas no se divorcian ni de aquello que pudiera considerarse como meramente espiritual. La evolución civilizadora de la humunidad es una vorágine en cuya sima cae todo lo que de alguna manera preocupa á los hombres. Y como las finanzas ocupan lugar principalísimo en estas preocupaciones, nada tiene de raro que las finanzas evolucionen á pasos gigantescos y arrastren consigo todo aquello que jamás ha tenido carácter comercial. No quiere decir esto que las exposiciones dejen de ser eminentemente comerciales; pero sí hacemos constar que hace algunos años, cuando en las cortes europeas se han celebrado concursos de modas femeninas, las utilidades pecuniarias ocupaban un lugar secundario, pues lo principal era dar á conocer al mundo elegante las poderosas facultades de la inventiva.

Como el plazo se alarga para la Exposición de San Petersburgo, puede y debe suponerse que el Certamen resultará más brillante, pues sus elementos se multiplicarán, y el contingente de los talleres parisienses, alemanes, italianos, ingleses, etc., se hará pasar por el crisol de la más severa crítica, para que alcance un grado irreprochable de perfección.

Pronto veréis en estas páginas, lectoras mías, los modelos que han sido aprobados y que, por consiguiente, ocuparán lugar distinguido en la Exposición. Habrá de todo: trajes de paseo, de visita, de casa, de reunión, de recepción, de teatro, de sport, de duelo; sombreros para niñas, para señoritas, para señoras; tocas de viudez, matinés, listones, guantes, calzado, joyas, etc., etc. En una palabra, el Certamen será tan vasto, abarcará tanto y tanto, que difícilmente habrá persona que en su guardarropa cuente ni siquiera con la vigésima parte de lo que en San Petersburgo habrá de presentarse. Se calculan en más de dos mil las prendas de ropa que habrán de exhibirse, aparte de las «petites choses» que no deben mencionarse por su insignificancia.

Pronto estarán en mi poder esos

modelos y en seguida los daremos á conocer en estas páginas, para complacencia de nuestras lectoras, pues creo que todas pasaréis un agradable rato con examinarlos minuciosamente, estudiarlos con detenimiento, y formar un juicio exacto de la evolución que sufrirá con ese Certamen la indumentaria femenina.

MARÍA LUISA.

SACRIFICIO

La luz de la tarde agoniza, penetrando por la estancia de una humilde buhardilla. Sobre duro jergón de mal esparto se ve sentada una mujer que oprime contra su pecho un niño famélico, como si quisiera con el calor de su seno apagar el hambre devoradora que sentía aquella criatura, que de vez en cuando levantaba su dorada cabecita, y fijando su vista en la de su llorosa madre, se escapaban de sus labios secos y amoratados por la necesidad, estas terribles palabras: ¡pan....! ¡quiero pan....!

Entretanto, y en otro rincón de aquella destartalada estancia, un anciano, postrado sobre unos restos de sucio colchón, presa de terrible fiebre que le martiriza, lucha entre la vida y la muerte, pidiendo en sus constantes delirios ser arrebatado ya de este mundo, para terminar con su vida las penas y sufrimientos que tenían postrado su cuerpo y rendida su alma.

Por último, y como marco de aquel terrible y doloroso cuadro, un pobre hombre, joven aún, pues apenas cuenta veintiséis años, vestido con el humilde traje de los hijos del trabajo, cubriendo con las manos su demacrado rostro y como no queriendo presenciar el desenlace de aquel terrible drama, llora amargamente, rogando unas veces y maldiciendo otras, mientras que por su calenturienta imaginación cruzaban distintas y encontradas ideas que le tienen petrificado en el dintel de la pequeña puerta que daba entrada á aquella pequeña sucursal del Purgatorio. ¡Y cómo no llorar! ¡Y cómo no jurar! ¡Si hacía veintiocho horas que no había entrado un pedazo de pan en aquella estancia! ¡Si eran su esposa, su hijo y su padre los que desfallecían de hambre y de miseria!



3.—Traje de calle



4.—Traje de casa.

El era el único amparo y sostén de su familia; hacía un mes que se encontraba sin trabajo; en vano recurría á quien podía proporcionárselo, y gastados ya los pequeños ahorros, fruto de sus privaciones, en la enfermedad de su padre y en las perentorias necesidades de aquel humildísimo hogar, recurrió al último extremo, ir empeñando las pocas y pobres ropas que tenían, habiendo llevado al usurero el día anterior las últimas y más preciadas prendas para ellos. Pero aquello también se acabó, y al pobre Juan, que así se llamaba aquel desgraciado, no le quedaba más que un recurso: llamar de puerta en puerta, implorando la caridad pública para encontrar un pedazo de pan con que mitigar siquiera el hambre que sentían los cuatro. Lo pensó, y así lo hizo.

Espera—le dijo á su mujer,—que pronto vuelvo. Y abrazando á su hijo:—Ahora te traeré pan balbuceó á su oído, mientras por sus mejillas corrían abundantes lágrimas.

Y dirigiendo una lastimera mirada á su padre, bajó, mejor dicho, rodó aquellas escaleras, y tambaleándose recorrió las aceras de la ciudad, implorando una limosna por amor de Dios.

Maquinalmente tal vez, ó por pedantería quizás, todo, menos por caridad, un gomoso de esos que á la caída de la tarde abundan en las grandes capitales, alargó dos monedas de diez céntimos á Juan, quien se apresuró á comprar un panecillo, y ávido de llevarlo á su casa, subió volando aquellas pesadas escaleras que poco antes bajara con el alma angustiada. Por el camino había ya hecho el reparto; así es que alargando un pedazo á María su esposa, y otro á su hijo, se acercó á su padre, y migando el trozo que le correspondía en un pequeño perolito de agua templada, porque ni carbón restaba ya para hacerla hervir, levantó la cabeza del anciano, quien en un abrir y cerrar de ojos devoró lo que con tanta solicitud le presentó su hijo. ¡Tal era el hambre que sentía! Al poco rato un sueño, al parecer reparador, engañaba aquel enfermizo cuerpo.

—¿Y tú no comes, Juan mío?—le preguntó María, viendo que su esposo guardaba en el bolsillo el último resto del panecillo.

Acercóse Juan á su esposa, y sentándose sobre el duro esparto, la dijo muy quedo, para que no pudiera apercibirse el viejo por si despertaba:

Tengo un hambre de veintiocho horas como la teníais vosotros hace poco; pero ya lo sabes, mi padre está allí, y más falta le hace á él; quiero cumplir hasta el fin con el sagrado deber de un hijo, y mientras yo pueda, mi padre no morirá de hambre.

—Pero morirá él y moriremos todos nosotros—replicó María,—mientras no hagas lo que te he dicho hace ya más de quince días, mientras no cojas á tu padre y lo conduzcas al Asilo.

—¡María, por Dios! -dijo Juan,—no me tortures más de esa manera; ya se apiadará Dios de nosotros; mira, mañana mismo comienzo á ganar nuevo jornal; ya te he dicho que he encontrado trabajo, y, mal que bien, podremos seguir tirando, y creo que ya no llegue otro día como el de hoy.

—Desengáñate, Juan, desengáñate; trabajarás mañana y te matarás trabajando una semana, un mes, seis, y siempre estaremos lo mismo: la miseria no se apartará nunca de los umbrales de nuestra pobre morada, porque tu jornal escaso no basta para atender á la curación de tu padre. Piensa que también tienes un hijo, y con él, contraído el deber de mantenerlo, y no dejarle perecer de hambre como hoy, porque, ya ves, este ángel está más muerto que vivo. Y todo por no hacerme caso, todo por no llevar á tu padre al Asilo, donde estará mejor cuidado, donde no le faltarán los alimentos, do ide



5.—Vestido de paseo



6.—Traje de casa.

—Buscará en vano el cariño de su hijo—le replicó Juan,—y al ver que no le encuentra á su lado, morirá de pena y de sentimiento viendo que yo le he abandonado en el lecho de un Asilo, cuando ya su vida se acaba, cuando más falta tiene de mí, que no me he separado de él un solo instante. No, María, perdóname. Sería un grandísimo remordimiento para mí.

—Pues, haz lo que quieras—dijo entonces María;—pero yo tampoco puedo consentir que sacrifiques la vida de tu hijo por la de tu padre; cuídale enhorabuena, recoge su postrer suspiro, que no otra cosa ya creo que puedas hacer por él, y perdóname que yo sea la que busque en el Asilo pan para mi hijo y alimento para mí, que ya no puedo más!—Y pretendiendo incorporarse, le faltaron las fuerzas, cayendo desplomada sobre el jergón, presa de uno de esos ataques que se sienten por desfallecimiento, cuando el estómago está vacío y la cabeza deja de funcionar.

Juan se sentía desfallecer por momentos, contemplando el horroroso cuadro que á su vista se presentaba, luchando en su alma el dilema horrible de mandar á su padre al Asilo á terminar sus días, porque los cuidados que su enfermedad requería le robaban el tiempo para ganar el mísero jornal, que no bastaba á cubrir las necesidades de todos, ó dejar al anciano lanzar el último suspiro en sus brazos, expuesto á que su hijo sucumbiera también por falta de alimento y cuidados.

—¡Pan!.... ¡papá, dame pan!—balbuceó el pequeño, despertando á Juan de su letargo, y cuando éste se disponía á darle el mendrugo que guardaba para sí, oyó la temblorosa voz de su padre que decía:

—Juan, hijo mío, ¿dónde estás? ¿No tienes una sopita?

Y partiendo en dos su ración, puso en las manecitas de su hijo un pedazo, mientras que el otro lo volvió á migar para darlo, como la ración anterior, á su padre, quien al tomar los primeros bocados, prorrumpió en amargos sollozos.

—¿Qué tenéis? ¿Por qué lloráis, padre mío?—le dijo Juan besándole en la frente y juntando sus lágrimas á las del anciano.

—Porque he tenido un sueño horrible, ó delirio, no lo sé—repuso el viejo,—pero te veía acompañado de cuatro hombres que conducían una camilla para llevarme al Asilo, porque, cansado ya de mí, me abandonaste, y yo buscaba tu cariño... tus cuidados.... pero en vano.

—¡Padre mío!

—Espera, no me interrumpas; allí en aquel asilo, falto de tus consuelos, para mayor castigo pasé muchos años, no recuerdo el número, y una de aquellas interminables noches vi que ocupaba la cama al lado de la mía, un hombre joven aún. Al amanecer aquel nuevo día, reconocí aquel compañero de infortunio. ¡Era mi Juan! ¡eras tú, hijo de mi alma!, á quien había conducido la noche anterior tu mismo hijo, imitando lo que años antes hiciste tú conmigo! ¿Sería aquello una terrible herencia que quedaba de padres á hijos? No puede ser, porque no puede ser tampoco que aquel Juan de mi delirio fueras tú, ¿verdad hijo mío?...... ¿Pero, por qué lloras? ¿Por qué no me contestas? ¿Por qué no me dices que todo ha sido un sueño?

Por toda contestación, Juan abrazó á su padre con tal fuerza, con tal frenesí, que lo ahogó contra su seno, cayendo ambas cabezas desplomadas sobre la sucia almohada, mientras que en aquel momento se oía una voz infantil que exclamaba:

—¡Pan!.... ¡Papá!.... ¡Mamá!... ¡Quiero más pan!

....

Al día siguiente el Juzgado levantaba los cadáveres del anciano y de Juan, mientras que á la puerta esperaba un coche celular para conducir á un manicomio á la pobre María, á quien á duras penas pudieron arrancarle el niño, que de paso dejaron los agentes de la autoridad en la Inclusa, Hotel infan-



7.—Vestido de reunión.





8.—Manteleta abrigo de paseo.



9.—Matinée con encajes.

til de los hijos del crimen y del infortunio; en una palabra, de los desheredados de los hombres.

J. Cruz Rivera.

LA CIGARRA.

En los campos andaluces
que embelesaron mi infancia,
me enseñó desde pequeño
á cantar una cigarra.
Abierta al sol y á los ruidos
como una esponja mi alma,
bebió por sus lindos «poros»
cuanto en la tierra se guarda.
Sentí músico mi oído,
«gustó» el color mi mirada,
y en las líneas de las rocas
adiviné las estatuas.
Mi espíritu confundido
con mares, cielos y plantas,
llegué á dudar si yo fuera
trozo de cuanto miraba.
Pájaro en medio del viento,
burbuja en medio del agua,
molécula en dura piedra,
botón abierto en la rama,
era mi ser todo á un tiempo,
y de un racimo colgada,
una cigarra ardorosa
me decía: «¡canta, canta!»



10.—Ropa interior y blusa para casa.

Cantar? cómo? con qué cuerdas?
Entre las trémulas cañas,
del viento gárrulo oyendo
las melodiosas palabras,
y viendo rodar del río
el tropel de ondas perladas,
preguntaba tembloroso:
¡cantar! ¿y cómo se canta?
Dondequiera, en torno mío,
bella canción preludiaban,
desde la tromba en el roble
hasta el insecto en la mata.
Opera para mí solo
era la tierra acordada,
y yo estaba en la gran fiesta
sin voz, sin nota y sin arpa.
Y entre el sonoro concierto,
desde el verdor de una parra,
la cigarra abrasadora
me decía: «¡canta, canta!»

—

Desde entonces me alecciono
de mi «maestra» en las «aulas,»
y acudo en las rojas siestas
á oír su bella palabra.
Los dáctilos de Virgilio
con voz ardiente declama,
y sudan de las estrofas
miel y resinas preciadas.
A Anacréonte interpreta
y recita sus estancias,
que llevan el sol heleno
y zumo de verdes pámpanas.
Tiene la sabia doctora
en una cepa su cátedra,
en una cepa de Chipre
en andaluza injertada.
Y desde el claro racimo,
siempre redobla mis ansias
con sus ardientes canciones
diciéndome: «¡canta, canta!»

Versada en letras latinas,
las griegas entiende y habla,
y en la gran Naturaleza
tiene su templo y su ara.
Yo la sigo en la vendimia
tras de las cestas colmadas,
que en los paseros se tienden,
donde el calor las abrasa.
Yo sorprendo lo que dice
á los nidos en las ramas,
á la hormiga en su granero
y á la abeja entre las matas.
Cuando á la tierra desciende
el sol en olas de llamas,
«¡fermentad!» á las bodegas
dice con voz abrasada.
Los sarmientos se retuercen
al ronco son de su arpa,
y yo entretanto la escucho
que me dice: «¡canta, canta!»

Con ella canto, y entiendo
el ritmo de su pentágrama;
ella es la encendida musa
que baña en sol mis estancias.
Artista que el arte adora,
por la belleza se afana,
y las cuerdas de su lira
á ningún interés ata.
El gran crisol donde hierven
vidas de seres y plantas,
Naturaleza creadora,
es el portento á quien ama.
El fuego engendró su cuerpo
en una espiga dorada,
y por lo ardiente parece
sol que en estío se cuaja.
Nunca se rompan tus élitros,
artista sublime y sabia,
y al son del arpa que toco
¡canta tu música, canta!

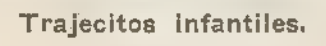
Salvador Rueda.

***

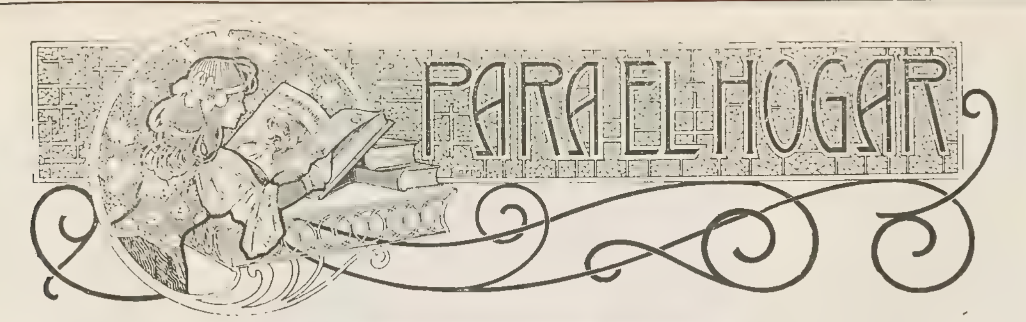
Tomad la hija de una buena madre, si queréis buena esposa.







Trajecitos infantiles.



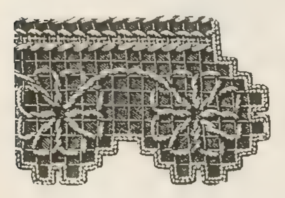
Explicación de nuestros grabados.

—

Núm. 1.—Trajes de casa y visita, estilo reforma, confeccionados, el primero con tela ligera, color claro, y el segundo con tela más consistente, color oscuro. En el primero lucen como únicos adornos pequeñas aplicaciones de cinta color negro, ribeteados con cinta muy angosta, de un color más claro. Los pliegues del traje parten de la mitad del corpiño y llegan hasta cerca de la parte inferior de la falda, desde donde el vestido continúa liso. Un cuellohombreras de pequeñas dimensiones cubre la parte superior del corpiño, y las mangas, de estilo moderno, se hacen terminar por angostos puños.

El segundo traje, también de estilo reforma, no presenta en su confección novedades dignas de anotarse.

Núm. 2.—Elegante traje de paseo, de estilo enteramente moderno y notable por su elegancia y buen gusto. Trajes como éste privan en las grandes poblaciones europeas y son apreciadísimos por las damas portadoras del chic y del buen tono. La confección de este vestido, aun cuando no es muy complicada, requiere estricta atención para que en todos sus detalles salga semejante al modelo. En las mangas, particularmente, debe ponerse gran cuidado para que caigan bien y no formen pliegues de mal gusto que alterarían la uniformidad. Recomendamos á nuestras lectoras este traje.



Núm. 3.—Traje de calle, estilo sastre, propio para señoritas. La blusa, cerrada enteramente y con un ligero entalle en la cintura, lleva dos grandes solapas que en la parte superior se abren á manera de cuellohombreras. Las mangas, de estilo japonés, lucen un pequeño adorno en su parte inferior, formado con cinta maravillosa é igual á la que constituye los adornos del cuello. La falda es enteramente lisa, y lleva por únicos adornos, en su parte inferior, aplicaciones de cinta formando rectángulos oblicuos de lados salientes. El conjunto de este vestido es muy agradable y constituye una verdadera novedad.

Esperanza.





UN DURO AL AÑO

—

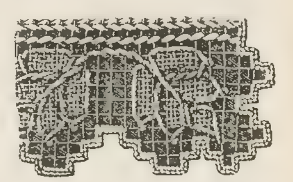
I

Monte arriba, cara al viento,
buscando reposo y calma,
íbame yo muy contento
dándole descanso al alma;
y cuando á lo alto llegué,
y al dar la vuelta á la cima,
un rebaño me encontré
que se me venía encima.

Avanzaban las ovejas
marchando al paso tranquilas,
y pasaban las parejas
al sonar de las esquilas;
y á los últimos reflejos
de los rayos vespertinos,
las vi perderse á lo lejos
por los ásperos caminos.
Detrás de ellas, lentamente,
dando al aire una canción,
y sacando indiferente
su mendrugo del zurrón,
venía un pastor, un niño,
un imberbe zagalejo,
que me inspiró ese cariño
que es tan súbito en un viejo.
-Hola, ¿tú eres el pastor?
-Sí, señor; ¿y qué se ofrece?
—¿Tienes padres?
—No, señor.
—¿Cuántos años tienes?
¡Trece!
—¿Y cuánto ganas, amigo?
—Un duro.
—¿Al día?
—¡Anda, maño!
—¿Un duro al mes?
—¡Que no, digo!
Un duro «al año!»

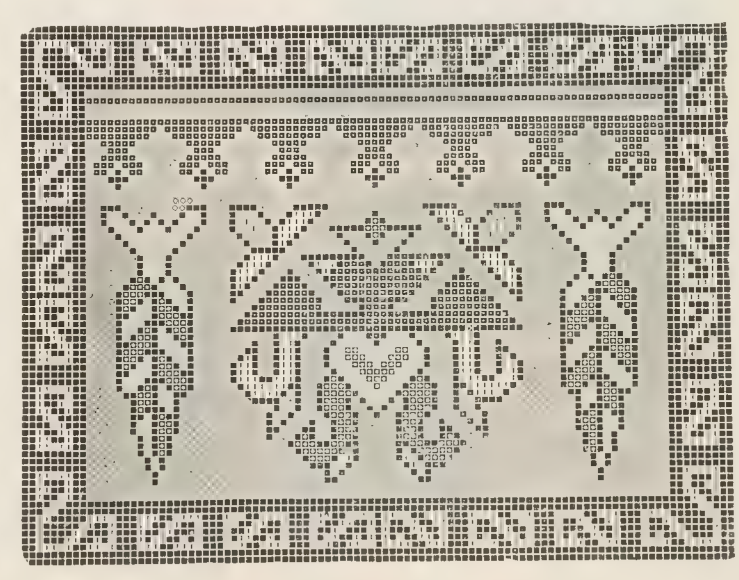
II

Le dejé que se marchara
y en el monte me senté,



y, avergonzado, la cara
en las manos oculté.
. . . .

Pasaron por mi memoria
templos, palacios y reyes,
los aplausos y la gloria,
los discursos y las leyes,
los millones del banquero,
las fiestas del potentado,
réditos del usurero,
ladrones en despoblado,
fortunas mal heredadas
en el tapete perdidas,



12.—Modelos de bordados y tejidos.

cortesanas celebradas
de ricas galas prendidas,
los que del lujo se ufanan,
tantas glorias, tanto daño....
y en tanto hay seres que ganan....
¡Un duro al año!

III

¡Un duro! ¡Oh Dios! ¡Cuántas veces
lo habré derrochado yo
en miles de pequeñeces
que mi gusto me pidió!
En comer, sin tener ganas;
en caprichos, en favores,
en vanidades humanas,
en guantes, coches y flores,
en un rato de placer,
en un libro sin valor,
en apostar, en beber,
en humo, en un buen olor....
y ese duro que se olvida
en cuanto correr se deja,
era un año de la vida
de aquel niño que se aleja....
y vi que somos peores
todos los seres humanos;
unos, falsos soñadores,
otros, falsos puritanos,





ya ateos ó ya creyentes,
todos en el daño iguales,
resolviendo diligentes
grandes problemas sociales,
y hay seres que en esa edad
que ignora su propio engaño,
deben á la humanidad....
¡Un duro al año!

IV

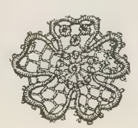
¡No! Mientras del frío Enero
en una espantosa noche
mi prójimo, por dinero
me lleve á mi casa en coche;
mientras de la mina obscura
saque el carbón tanta gente,
pasando tanta amargura
para que yo me caliente;



mientras de la alegre fiesta
salga yo, que siento y creo,
y al pobre que me molesta
le mande airado á paseo;
mientras derroche la moda,
y se gasten grande ó chico
mil duros en una boda,
mil en entierros del rico,
y hasta el sol desigual sea
en dar al hombre sus rayos,
y haya niños con librea
que me sirvan de lacayos,
ni creo en leyes humanas
ni en el que las bombas tira....
palabras, palabras vanas,
mentira, todo mentira!
No hay á las penas consuelos,
¡sufrir y siempre sufrir!
El Cristo se fué á los cielos,
pero volverá á venir!
Su reino será de espanto,
sus leyes muy diferentes,
¡y allí se ha de ver el llanto
y el rechinar de los dientes!
Y ha de subir á mil codos
más alto, el nuevo diluvio,
y en él moriremos todos;
y más alto que el Vesubio
nos ha de ver impasible,
«ese niño,» ese pastor,
ya convertido en terrible
ángel exterminador,
y entre terrenos de lava,
gritará de su alto escaño:
—«¡Yo soy aquel que ganaba
¡Un duro al año!»

V

Así, á mis solas, decía,
solo, en la cumbre del monte,
mientras el sol se escondía
en el rojizo horizonte.
En la sombra se ocultaban
lentamente las aldeas,
y en la ciudad humeaban
las fabriles chimeneas.
Veíanse allá las cruces
de las santas catedrales,
y los rayos de las luces
de las fiestas mundanales.
Allí viven reunidos



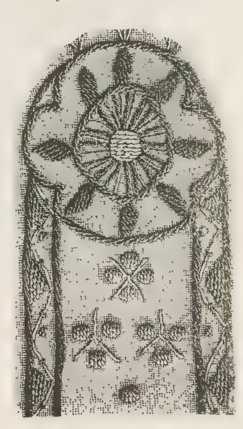
miles de seres humanos:
allí rezan compungidos
los que se llaman cristianos,
entre el ruido y movimiento
de las modernas ciudades,
resumen triste y crüento
de las necias vanidades....
y allá perdido en la plana,
cantando, tras su rebaño,
iba aquel niño, que gana
¡Un duro al año!

EUSEBIO BLASCO.

LEJOS DEL LODO

[DOLORA]

Para saber que el mundo
lo sabe todo,
coge del lodo inmundo
pizca de lodo:



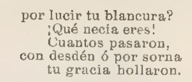
verás tu vida
andar de boca en boca,
niña querida.

Nido de carretera,
siquiera en alto,
no faltará un cualquiera
que le dé asalto:
y ya caído,
á qué llorar el ave
sobre su nido?

Si al borde del camino
la fuente mana,
¿cuál será su destino?
¡Pobre fontana!
Ser del viajero,
del animal inmundo
y el reptil fiero.

Nieve, la nieve pura,
¿la plaza quieres
por lucir tu blancura?
¡Qué necia eres!
Cuantos pasaron,
con desdén ó por sorna
tu gracia hollaron.

Mis consejos escucha,
niña inocente.
Pues tu inocencia es mucha,
piensa en la fuente,
piensa en el nido



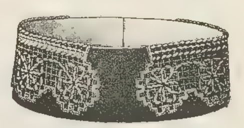


y en la nieve, que llora
su albor perdido.

Tus miradas esconde,
también tus pasos:
que ignore el mundo el dónde
de tus fracasos;
mas huye de ellos,
pues lo dirá cada uno
de tus cabe los.

Huya tu pie del lodo,
del lodo inmundo:
mira que, al cabo, todo
lo sabe el mundo;
y así tu vida
no irá de boca en boca,
niña querida.

El Cantor de Guadarrama.



PARENTESIS.

Después de la injuria aquella
que, por brillar con luz pura,
desde su guarida oscura
lanzó la Envidia á la Estrella;

Después de la injuria aquella....
¡vive aún la Envidia oscura,
y en el cielo, con luz pura,
sigue brillando la Estrella....

V. GIRO.



13.—Otros modelos de tejidos y bordados.



14.—Monogramas para mantelería.

LA GRATITUD

Era el Sr. Juan un hombre robusto y fuerte, de edad indefinible y si por su rostro alterado y rugoso se hubiese querido juzgar sus años, podía haberse creído á la vez que contaba cuarenta, ochenta ó cien años.

Vivía solo, en una casa vieja y fea, que llena de grandes grietas en sus débiles muros, amenazaba la rápida descomposición de su inorgánico cuerpo.

Allá, en su juventud, fué un pobre obrero que á fuerza de grandes sacrificios y nutriendo de escasa alimentación su fuerte organismo, logró, según se decía en el pueblo, reunir unos dineros, que la fantasía popular hacía subirá inmensas cantidades, y de aquí que gozase en él fama de rico.

Con él llevaba siempre un hermoso perro de talla gigantesca que denotaba ser extremadamente dócil; al retirarse á descansar, dormía á los pies de su lecho; en las comidas, que eran escasas y de pobres manjares, elegía lo mejor de los alimentos, dándoselos en la boca al inteligente animal, que los engullía con gran presteza; tal era el cariño que se tenían, que jamás se separaban.

Tenía en el perro un extraño confidente á quien contaba los sucesos más interesantes del pueblacho; y el animal, pendiente de sus labios, le escuchaba atento, fija en él su mirada, como si entendiese tal vez lo que su dueño le decía.

Si bondadoso era el señor Juan con los animales, más aún lo era con sus vecinos, á los que, en época de escasa recolección, jamás negó sus favores. El año anterior fué de prueba para los labradores.

La sequía agotó sus plantaciones, y sus siembras, de fuertes y lozanas que hubieran sido, se quedaron en el más completo estado de raquitismo que imaginarse puede.

El clamor de los labradores era aterrador, grande, inmenso. Ante aquellas numerosas familias hambrientas y furiosas, se conmovió el buen corazón del señor Juan. Así, brindó pequeñas cantidades metálicas, que fueron acogidas con gran júbilo por parte de todos.

Extendióse la voz por el pueblo, y como hormigas que van buscando un grano que aumente sus provisiones, al igual en número acudieron los labradores á casa del señor Juan. Un coro de cientos de voces entonaba himnos y alabanzas en honor del señor Juan, y la gratitud de los labradores en aquel entonces con nada podía compararse. Como á imagen adorada le rendían culto fervoroso.

—¡Gloria al amigo de los pobres! ¡Bendigámosle! ¡Dios se lo aumente!

Y así por el estilo, mil y miles de exclamaciones lanzadas por los labriegos, ciegos por su bienhechor.

Transcurrieron unos años. Ahora ya, aunque no todos, habían pagado los préstamos, y el señor Juan era mirado con indiferencia por el olvidadizo pueblo.

Una noche, dormía el anciano con el sueño del justo, cuando se despertó ahogado por un humo acre y espeso que poco á poco iba invadiendo la habitación en que se hallaba. Momentos después oyó crujir de maderos y techos que se derrumbaban con gran estrépito; inconscientemente levantóse de la cama, y dirigiéndose hacia la puerta, la abrió intentando tal vez conocer lo que pasaba, cuando una inmensa llamarada intensamente roja subió por las escaleras con la velocidad del rayo; sobrecogido, lleno de espanto, retrocedió hacia el fondo de la habitación; y ya allí, se dió cuenta en su mente de lo que ocurría; llamó á su perro, y abriendo una pequeña ventana, se lanzaron los dos á la calle.

A la mañana siguiente contemplaba el señor Juan las cenizas de aquella que fué su casa; en ella quedaban los frutos conquistados en sus juveniles años. ¡Ah! He hecho bien á muchos; ya me protegerán, dijo el viejo con voz lastimosa, triste, como quien exhala un gemido, á la vez que dos gruesos lagrimones surcaban su tez. De puerta en puerta, imploró la caridad de aquellos á quien favoreció, y ahora corría la voz como reguero de pólvora entre el vecindario. ¡Que viene el señor Juan pidiendo! exclamaban; y las puertas se cerraban ante sus ojos.

¡Oh! La gratitud de los hombres. ¡Pobre viejo solo en el mundo! ¿Solo? No, su perro le seguía.

SATURNINO PEREZ.

CANTILENA.

Febo se retiraba,
casi expiraba el día,
y la noche llegaba;
su fresca lozanía
marchitaba la rosa,
mustio quedaba el prado,
y el ave sonorosa,
dormida y silenciosa
en el olmo acopado,
cuando mi ninfa hermosa
salió á la fresca vega.
Y de sus ojos bellos
á la lumbre radiante,
y al esplendor brillante
de sus lindos cabellos,
de nuevo se despliega
la rosa ya adormida,
cobrando olor y vida;
torna el florido prado,
que ya estaba enlutado,
á matizar sus flores,
y á esparcir mil olores;
y las ya unidas aves,
dulces trinos suaves
cantan muy dulcemente,
y vuelve de repente
á comenzarse el día:
que al ver á mi señora,
juzgaron que venía
nuevamente la Aurora.

EL DUQUE DE RIVAS.

CANTARES.

DE ARRIBA......

Allá en los montes están,
Robustos, como gigantes,
Y arden como pensamientos
En sus frentes, los volcanes.

Entre montaña y montaña
Tendidos están los valles....
Por ellos corren los ríos
Que en la enhiesta cumbre nacen...

En la montaña está el fuego
Que luz y vigor esparce;
Arriba flotan las nubes
Que en arroyos se deshacen....

Así se levanta el hombre
Que bien en torno reparte....
¡Como las altas montañas
Se elevan sobre los valles!

VENGANZA.

Has hablado mal de mí
Y me llegaste á ofender,
Compañero de mi vida,
Pero yo me vengaré.

Mira con mucho cuidado
En dónde pones los pies,
Que alguna vez te caerás
Y yo te levantaré.

Huye muy lejos de mí,
Que mi venganza es cruel....
Ancha es la herida del mal,
Pero es honda la del bien.

A. SÁNCHEZ RAMÓN.

RASTRO Y ALAS

Como un cartucho que la caprichosa naturaleza hubiera formado de las hojas para llenarlo de rocío, estaba un gusano sobre el gajo rugoso de una vid. El gusano había recorrido durante el día su dominio y reposaba. Su cuerpo blanco, verde, con sortijas punteadas de un vivo color de leche, se hallaba tendido largo á largo. De pronto, en la cabeza aparecieron dos antenas, que volvieron á esconderse. El cuerpo se estremeció. Parecía una respiración. Luego asomaron otra vez, se dirigieron horizontalmente hacia adelante, y la masa gelatinosa avanzó sus cuatro anillos posteriores, levantando un arco en el centro. Y entonces los cuatro anillos anteriores siguieron hacia adelante. El gusano caminó. Detrás de su marcha quedaba un hilo argentado. ¡Aquel repugnante ser dejaba rastro! ¡Y subía!.. Sucedió que un rayo de sol que atravesaba el dosel formado por las hojas, vino á herirle. Y entonces se detuvo. Casualmente cerca de él colgaba un racimo nacarado de uvas, donde rebullían millares de insectos pequeñísimos. El gusano se detuvo contemplándolos. Eran una especie de minúsculas mosquitas, pero eran tantas, que, entre todas, con las alas, producían un suavísimo zumbido musical. ¡Cosa extraña! La oruga arrugó su piel como si fuera un gesto que pudiera traducirse por estas palabras: ¡Oh, aún hay seres despreciables con alas!.. Y luego siguió su marcha, hasta un escondrijo húmedo donde yacía enroscado otro gusano. El reconoció que era su compañero, y á su lado, hecho un espiral, se recogió....

Y por el dosel de las hojas empezó á temblar un rayo de sol....

JOSE MARIA VELEZ.

EL TESTAMENTO

Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua", Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125.000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean.	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas.

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro en una de las pólizas de seguro: á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25.000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo: á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza: á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



Explicación de nuestros grabados

Núm. 1. Traje de paseo, para señoritas, confeccionado con tela de medio tono y adornado en la blusa con un ancho cuellohombreras de encaje. Las mangas, de hechura moderna y estilo japonés, llevan en sus extremidades inferiores una aplicación de encaje semejante al del cuello. Los puños, muy estrechos, también llevan iguales aplicaciones. La falda se tablea en pequeños pliegues y en toda su longitud, y en la parte inferior sólo lleva como adorno una aplicación de encaje semejante á los anteriores. El conjunto del vestido es elegante y de buen gusto. Por lo que hace á los sombreros que aparecen en nuestro grabado, ambos son propios para la actual estación de otoño, y se confeccionan con flores de lienzo y gasas. Las formas de paja pueden variar á elección de las interesadas, que siempre deben procurarse aquellas formas que sienten bien con la estatura de las personas, estilos de peinado que usen y traje que lleven, según sea éste de visita, de paseo ó de teatro.

Núm. 2. Representa nuestro grabado dos trajes para niñas de 14 á 15 años. Estos vestidos se confeccionan con telas propias para la estación, y el corte debe ser adecuado á las estaturas, pues en uno la falda se lleva con un pliegue inferior, y en el otro con dos. Los corpiños pueden confeccionarse á voluntad, pero sujetándose en sus generalidades á los modelos respectivos. Un corpiño lleva ancho cuellohombreras, y el otro se adorna con aplicaciones de cintas colocadal longitudinalmente.

Núm. 3. Trajes de duelo para señoras jóvenes. El primero de falda lisa y saco suelto, tableado, debe emplearse con toca de crespón. Las bandas de este crespón se usan muy largas, pues á veces tocan el suelo. En la mayor parte de las veces deben llevarse recogidas con la mano derecha. El segundo modelo es propio para un luto algo avanzado y consta de falda lisa y corpiño de ligeros pliegues y pasamanerías negras.

ESPERANZA.

Ilusión... infantil

Una mañana de invierno, de aquel invierno de 1890 en el que se heló el Sena, un rayo de sol suave y triste, de un sol frío, entró en la elegante alcoba de María, mi leal amiguita, acababa de cumplir nueve años; á esa edad las niñas, en Europa, son todavía candorosas....

El rayo de sol penetró por entre las cortinas semicorridas, saltó sobre la camita de la niña, se miró al espejo y jugueteó en el suelo... La niña seguía con los ojos grandes y abiertos el curso fugaz y caprichoso del rayito de sol...

Decidió encerrar, guardar, conservar la niña de pupilas rasgadas aquel rayito de sol, y, levantándose jubilosa, tomó un frasco de suave perfume que yo le había regalado, lo vació en cualquier parte, creo que en el suelo, y con graciosísimo afán se apresuró á embocar en el lindo frasco el rayo tentador. Luchó largo tiempo, y después de algunas burlitas del rayito, que se deslizaba á lo largo del brazo, del cuello y del seno de la niña y pasaba por sus labios besándolos alegremente, la criatura logró «encerrar» á su perseguido; tapó inmediata y cuidadosamente su lindo frasco.

—¡Ya está dentro! ¡Y es el rayo de sol más bonito que he visto!—exclamó María.

—¿Para qué lo quieres?—le dije.

—Para tenerlo en los días que el frío sea muy grande y esté muy obscura esta casa.

Guardó en su armario el frasco «que había llenado» de alegría y de luz, y como un reproche á mi sonrisa de burla, díjome:

—¡Ya verás... ya verás!

Y vinieron días sin sol. El primer día la niña nada hizo; el segundo, tampoco. Se supo abstener de tocar su tesoro. Pero. al tercero, fué día obscurísimo y mi amiguita se lanzó sobre su armario, sacó el frasco donde «guardaba» luminosas esperanzas.... y lo abrió....

Del frasco también se había ido la viva luz del sol....

María lloró la primera decepción de su vida.

Con los ojos llenos de lágrimas me dijo:

—¿Por qué se ha escapado el rayito de sol que yo quería tanto y con el que iba hoy á estar tan contenta?

—Por eso. Porque ibas á estar muy contenta. Porque ésa era tu dicha, y la dicha es tan fugaz como un rayito de sol; y como la luz, cuando queremos coger y retener la dicha, se nos escapa de entre las manos.

—Pero yo lo había cogido y encerrado...

No quise dejar mayor germen de escepticismo en aquel corazón lleno de credulidad .... pero sentí mi alma casi amargada, viendo en aquel minúsculo episodio del frasco y la niña otra prueba, entre mil que he observado, de que «la ilusión» es la que concibe, aviva, engendra, sustenta y hace crecer la felicidad.

FRANCISCO HERMIDA.



1.—Traje de paseo y sombrero de laestación.

MADRIGAL.

Ibas á suspirar, dulce embeleso,
y yo que muero si tu encanto admiro,
cerré tus labios con mi ardiente beso
y se adurmió en tu pecho ese suspiro.
Tu seno como un lirio se agitaba
á la brisa de amor que difundía
cálido el beso en que mi ser te daba;
y al sentir que mi vida se exhalaba,
—Quién el suspiro tuyo
pudiera ser—me dije conmovido, -
y allá en tu corazón, como en un nido,
adormirse de un ósculo al arrullo,
al perpetuo rumor de su latido!

H. RODRÍGUEZ.

LA CAJA DE ORO

Siempre la había visto sobre su mesa al alcance de su mano bonita, que á veces se entretenía en acariciar la tapa suavemente; pero no me era posible averiguar lo que encerraba aquella caja de filigrana de oro con esmaltes finísimos, porque apenas intentaba apoderarme del juguete, su dueña lo escondía precipitada y nerviosamente en los bolsillos de la bata ó en lugares todavía más recónditos, dentro del seno, haciéndola así inaccesible.

Y cuando más lo ocultaba su dueña, mayor era mi afán por enterarme de lo que la caja contenía. ¡Misterio irritante y tentador! ¿Qué guardaba el artístico chirimbolo? ¿Bombones? ¿Polvos de arroz? ¿Esencias? Si encerraba alguna de estas cosas tan inofensivas, ¿á qué venía la ocultación? ¿Encubría un retrato, una flor seca, pelo? Imposible: tales prendas, ó se llevan mucho más cerca ó se custodian mucho más lejos; ó descansan sobre el corazón ó se archivan en un secreter bien cerrado, bien seguro.... No eran despojos de amorosa historia los que dormían en la cajita de oro, esmaltada de azules quimeras, fantásticas rosas y volutas de verde opacanto.

Califiquen como gusten mi conducta los incapaces de seguir la pista á una historia, tal vez á una novela. Llámenme enhorabuena indiscreto, antojadizo, y por contera, entrometido y fisgón impertinente. Lo cierto es que la cajita me volvía tarumba, y, agotados los medios legales, puse en juego los ilícitos y heroicos.... Mostréme perdidamente enamorado de la dueña, cuando sólo lo estaba de la cajita de oro; cortejé en apariencia á una mujer, cuando sólo cortejaba á un secreto; hice como si persiguiese la dicha.... cuando sólo perseguía la satisfacción de la curiosidad. Y la suerte, que acaso me negaría la victoria, si la victoria realmente me importase, me la concedió.... por lo mismo que al concedérmela me echaba encima un remordimiento.

No obstante, después de mi triunfo, la que ya me entregaba cuanto entregaba la voluntad rendida, defendía aún, con invencible obstinación, el misterio de la cajita de oro. Un día tras otro, con zalameras coqueterías ó repentinas y melancólicas reservas, discutiendo ó bromeando, apurando los ardides de la ternura ó las amenazas del desamor, suplicante ó enojado, la dueña de la cajita persistió en negarse á que yo me enterase de su contenido, como si dentro del lindo objeto existiese la prueba de algún crimen.

Repugnábame emplear la fuerza y proceder como procedería un patán, y, además, exaltado ya mi amor propio (á falta de otra exaltación más dulce y profunda), quise deber al cariño y sólo al cariño de la hermosa la clave del enigma. Insistí, porfié, me sobrepujé á mí mismo; desplegué todos los recursos, y como el artista que cultiva por medio de las reglas la inspiración, llegué á tal grado de maestría en la comedia del sentimiento, que logré arrebatar al auditorio. Un día que algunas fingidas lágrimas acreditaron mis celos, mi persuasión de que la cajita encerraba la imagen de algún rival, de alguien que aún me disputaba el alma de aquella mujer, la vi demudarse, temblar, palidecer, echarme al cuello los brazos, y exclamar por fin, con sinceridad que me avergonzó:

—¡Qué no haría yo por ti! Lo has querido que sea. Ahora mismo verás lo que hay en la caja.

Apretó un resorte, la tapa de la caja se alzó y divisé en el fondo unas cuantas bolitas tamañas como grisantes, blanquecinas, secas. Miré sin comprender, y ella, reprimiendo un gemido, dijo solemnemente:

—Esas píldoras me las vendió un curandero que realizaba curas casi milagrosas en la gente de mi aldea. Se las pagué muy caras, y me aseguró que al tomarme una al sentirme enferma, tengo asegurada la vida. Sólo que me advirtió que si las apartaba de mí ó las enseñaba á alguien, perdían su virtud. Será superstición, lo que quieras, lo cierto es que he seguido la prescripción del curandero, y no sólo se me quitaron achaques que padecía, pues soy muy débil, sino que he gozado salud envidiable. Te empeñaste en averiguar.... lo conseguiste. Para mí vales tú más que la salud y que la vida. Ya no tengo panacea, ya mi remedio ha perdido su eficacia: sírveme de remedio tú; quiéreme mucho, y viviré.

Quedéme frío. Logrado mi empeño, no encontraba dentro de la cajita sino el desencanto de una superchería y el cargo de conciencia del daño causado á la persona que al fin me amaba. Mi curiosidad, como todas las curiosidades, desde la falta del Paraíso hasta la no menos funesta de la conciencia contemporánea, llevaba en sí misma su castigo y su maldición. Daría entonces algo bueno por no haber puesto en la cajita los ojos. Y tan arrepentido, que me creí enamorado, cayendo de rodillas á los pies de la mujer que sollozaba: tartamudeé.

—No tengas miedo. .. Todo eso es una farsa, un indigno embuste .... El curandero mintió.... Vivirás, vivirás mil años.... Y aunque hubiesen perdido su virtud las píldoras, ¿qué? Nos vamos á la aldea y compramos otras.... Todo mi capital le doy al curandero por ellas.

Me estrechó, y sonriendo en medio de su angustia, balbuceó á mi oído:

—El curandero ha muerto.

Desde entonces, la dueña de la cajita—que ya no la ocultaba, ni la miraba siquiera, dejándola cubrirse de polvo en un rincón de la estantería, forrada de felpa azul—empezó á decaer, á consumirse, presentando todos los síntomas de una enfermedad de languidez refractaria á los remedios. Cualquiera que no me tenga por un monstruo, supondrá que me instalé á su cabecera y la cuidé con caridad y abnegación. Caridad y abnegación, digo, porque otra cosa no había en mí para aquella criatura de quien había sido involuntario verdugo. Ella se moría, quizás de pasión de ánimo, quizás de aprensión, pero por mi culpa; y yo no podía ofrecerla, en desquite de la vida que le había robado, lo que todo lo compensa, el don de mí mismo, incondicional, absoluto. Intenté engañarla santamente para hacerla dichosa, y ella, con tardía lucidez, adivinó mi indiferencia y mi disimulado tedio, y cada vez se inclinó más hacia el sepulcro.

Y al fin cayó en él, sin que ni los recursos de la ciencia ni mis cuidados consiguiesen salvarla. De cuantas memorias quiso legarme su afecto, sólo recogí la caja de oro. Aún contenía las píldoras, y cierto día se me ocurrió que las analizase un químico amigo mío, pues aún no se daba por satisfecha mi maldita curiosidad. Al preguntar el resultado del análisis, el químico se echó á reír:

—Ya podrá usted figurarse—dijo—que las píldoras eran de migas de pan. El curandero (¡si sería listo!) mandó que no las viese.... nadie, para que á nadie se le ocurriese analizarlas. ¡El maldito análisis lo seca todo!

Emilia Pardo Bazán.



2.—Trajes para niñas de 13 á 15 años.



3.—Trajes de duelo.

DE HEINE.

Graciosa pescadorcilla,
tu barca de audaces remos
atraca á esa mansa orilla,
y mano á mano hablaremos
sin temor y sin mancilla.

En mi pecho reclinar
bien puedes tú la cabeza,
¿no fías sin vacilar
en la bonanza ó fiereza
del alborotado mar?

Mi corazón, dulce bien,
es un mar inmenso y hondo,
tiene su eterno vaivén,
sus escollos, y también
blancas perlas en el fondo.

Teodoro Llorente.

La Aldea de las Rosas

Era una aldea como la mayoría de las aldeas que adornan el territorio normando. Una carretera blanca que pasa á traves de los monótonos prados y desemboca de repente en una doble valla de saúcos, detrás de los cuales hay una serie de huertecitos llenos de frondosos manzanos, en donde se alineaban en repetición rectilínea las mismas casas de madera con el techo de bálago.... Así formada la aldea, que se agrupa alrededor de una reducida iglesia de pobre aspecto, al nivel de la balsa comunal, el cochero la nombró, sonriendo misteriosamente, la aldea de las rosas.

Aunque desde lo alto de la diligencia habíamos visto la semejanza de los trepadores rosales que cubrían las paredes de las casas y que daban á la aldea un aspecto uniforme, la denominación nos extrañó mucho, y la sonrisa del cochero que la acentuaba....

Tres kilómetros faltaban para llegar á la aldea, y nos decidimos á recorrerlos á pie, á fin de desentumecer las piernas.

Nos detuvimos en la posada de los relevos.... El cochero dijo: «¡Hasta más ver, señores!» hizo chasquear el látigo, dirigió un saludo á la criada del mesón que estaba plantada en la puerta, y desapareció la diligencia entre una nube de blanco polvo de la carretera.

...En la sala grande del parador, desnuda, fresca y silenciosa, estábamos solos... La criada arrastraba los pies de una manera perezosa y pasaba y repasaba maquinalmente el paño por encima de las mesitas de madera. Nosotros preguntamos distraídamente:—¿Así, pues, es ésta la aldea de las rosas?—Pero sí, señores....» Y se ruborizó suavemente y se sonrió, exactamente como lo había hecho el cochero.—¿Puede usted decirnos el porqué de este título? Pareció quedar sorprendida y contestó, creyendo era burla: -¿Por qué? ¡Vaya! probablemente lo sabrán ustedes. Se encogió de hombros y añadió:—He ahí justamente al señor rector que se lo dirá.

El párroco entró en la sala fresca y desnuda.... Su bondadosa y jovial fisonomía se puso sonriente al oír estas palabras, de las cuales adivinó el sentido.... Saludó; saludamos....—¿El sacristán ha dejado la llave, Francisca?—Sí, señor rector.... Después de un instante de vacilación, cordial y francamente se dirigió á nosotros:—¿Estos señores serán forasteros y les interesa el apodo de nuestra aldea?—Singularmente, señor rector, es la sonrisa especial del cochero que nos ha traído, y de esta linda muchacha ....que parecen hacer de ello un misterio.

—¡Oh!—dijo el buen sacerdote, sentándose familiarmente, arreglando los pliegues de la sotana y abanicándose con el pañuelo....—Si eso les interesa, se lo puedo muy bien explicar....

—Con mucho gusto nos apresuramos á contestar.—Evidentemente—comenzó—no es solamente en nuestra aldea que las casas estén cubiertas de rosales, pues la moda es muy corriente en país normando.... Pero lo que puedo asegurar es que no hay otra en donde sea seguida con una regularidad tan perfecta, tan conmovedora y sobre todo....por el mismo motivo ....—¿Un motivo?—Sí, aquí es regla, señores, y vean el porqué: la aldea cuenta con cincuenta y tres hogares. Cincuenta y dos casas están habitadas, una sóla hay vacía .... desde.... ¡Oh!.... desde hace más de veinte años, que yo sepa, y es la única que no tiene rosal en la fachada....—¿Es una leyenda, pues?—Sí, señores una leyenda.... ¿Y ustedes no creerán tal vez en las leyendas? -dijo maliciosamente

Se volvió, dirigiéndose á la criada, que había vuelto á entrar en la sala desnuda y silenciosa, con un jarro de sidra fresca y vasos.—Las leyendas, por otra parte—dijo—no son realmente hermosas más que para los que creen en ellas.... ¿verdad, Francisca?—Seguramente, señor rector.—Y Francisca cree en ella como todas las novias y todos los novios de la aldea....» La dorada sidra espumeaba en los vasos. El rector, según costumbre, levantó el vaso y dijo: «¡A su salud, señores!» Lo vació, lo dejó encima de la mesa, al lado del breviario y continuó:

«Había una vez un mal muchacho, perezoso para el trabajo y aficionado á recorrer las tabernas del contorno. Causaba la desesperación de su familia, pero no habían logrado corregirle, pues todos los castigos resultaban inútiles.—Hijo mío—le dijo un día el bueno de su padre,—ignoro lo que te reserva el porvenir, y tampoco deseo saberlo.... ¡tengo tantos y tantos temores!.... Soy viejo y pronto dejaré de existir. Te dejaré doce mojadas de tierras que me dejaron mis padres, y la casa, que es nuestra desde hace cuatro generaciones. He hecho lo que habían hecho. Haz lo mismo.» El anciano hablaba de este modo en el dintel de la puerta. Era en primavera y, al hablar, su mano acariciaba las ramas del rosal que adornaba la fachada. Y con otro tono de voz, sin reproche y sin amargura, añadió: «Mira hijo mío....este rosal tiene tanto apego al terruño como los viejos; es así algo como su imagen.... y, desde el corazón de la tierra, cada primavera y en cada capullo está el corazón de uno de nuestros abuelos que cada año vuelve á florecer. ¡Pues bien! el día en que por falta de cuidados dejaras morir el rosal, nuestra raza se extinguirá... te verás desterrado del suelo de tus antepasados y serás menos que nada....¡Adiós!» Y el buen hombre murió algún tiempo después, en la época en que las rosas están ya ajadas. El mal muchacho continuó, sin hacer caso de los consejos paternales, llevando la mala vida de antes. La gente se apartaba de su lado, las muchachas le rechazaban. El rosal, falto de cuidados, se puso mustio y se convirtió en madera seca. Y el mal muchacho, de quien se apartaba la gente de la aldea y á quien habían rechazado las muchachas casaderas, murió sin descendencia, solo y arruinado—menos que nada.»—El buen rector, de fisonomía jovial, tosió y continuó, acariciando su vaso vacío: «Desde aquella fecha, señores, de cincuenta y tres hogares, no hay más que cincuenta y dos habitados en la aldea; pero para estos cincuenta y dos es una lección permanente la casa vacía. He aquí por qué la aldea está orgullosa de su leyenda. Por otra parte, en las ramas tutelares suspenden las niñas los corazones y allí van á recogerlos los muchachos

No hay un solo aldeano que no cuide de su rosal como de su propia existencia. Los cuidan con mimo, y sus cuidados son recompensados. En fin, puede haber aldeas con



4.—Trajes de visita y paseo.

rosales tan numerosos, no lo niego; pero, seguramente, no hay otra en que el culto á nuestra leyenda haya dado tan buenos resultados.

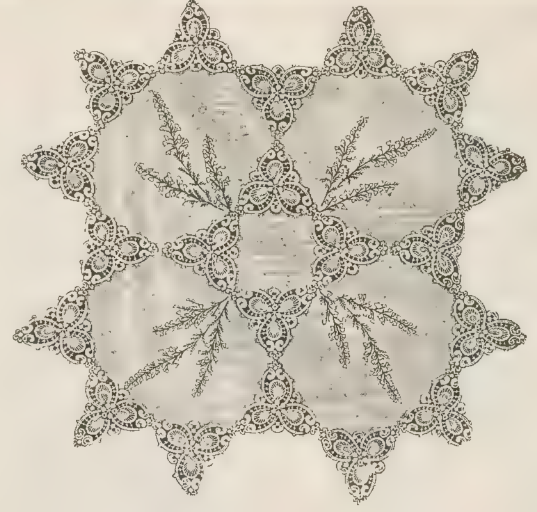
—¿Qué resultados?

El rector se inclinó hacia nosotros, y como aún quedaba sidra dorada en el fondo del jarro, la vertió en los vasos y continuó en voz baja:

—Lo bonito de las leyendas es que se prestan á toda clase de interpretaciones... para los que creen en ellas. Mis feligreses la han tomado al revés.—¿Al revés?—preguntamos. Sí; aparentan creer que el mal muchacho no murió por la muerte del rosal, sino que el rosal murió por su muerte sin descendencia, solo y arruinado—menos que nada, como dijo su padre. Y para que los rosales vivan á toda costa, no hay, buenos señores, escuchen esta maravilla, ¡pues en esto solamente hay maravilla!.... y es que desde hace diez años, que yo sepa ....no hay aquí ni una solterona que haya quedado para vestir imágenes, como decimos nosotros, ni un solterón.... ¿comprenden ustedes? en la aldea de las rosas, aldea única, convengan en ello ahora que comprenden la sonrisa del cochero que les ha traído y de Francisca su prometida....

—¡Eh!—dijo uno de nosotros, —es preciso enviar la receta á M. Piot.

Pero sea que el buen rector ignorase lo que la imaginación del ilustre senador tiene de pueril y agradable á la vez, sea que creyera haber explicado claramente la originalidad de su aldea, semejante, sin embargo, á todas las aldeas del territorio normando, se levantó y se despidió de nosotros con agradable afabilidad.



Detrás de las cortinillas de indiana se dibujó su silueta sobre el fondo de la balsa comunal. Y en la sala grande, fresca y silenciosa, permanecimos nosotros, callados, como bañados en una atmósfera de paz y de quietud.

Nos faltaban recorrer tres kilómetros á pie para llegar á la ciudad. Partimos, pero partimos con pesar de abandonar una aldea tan bonita, aldea apegada á la conservación de una raza por una insignificante historia, á la cual los campesinos aparentaban dar crédito sin creer en ella: la aldea en que las leyendas florecen naturalmente, aun en el dintel de las viejas casas de madera, como las rosas.

ALBERTO DOISSIÈRE.

TÚ Y YO.

Yo vivo entre sombras,
y tú entre esplendores;
yo tengo dolores,
tú tienes placer.

A ti te acarician
ensueños de gloria,
á mí la memoria
me ofusca el pesar.

Yo vivo gimiendo,
tú vives contenta,
yo soy la tormenta,
la calma eres tú.

Tú eres el ritmo
de verso armonioso,
yo soy el sollozo
de intenso dolor.

Yo soy hoja seca,
tú lirio entreabierto,
yo soy el desierto,
el oasi eres tú.

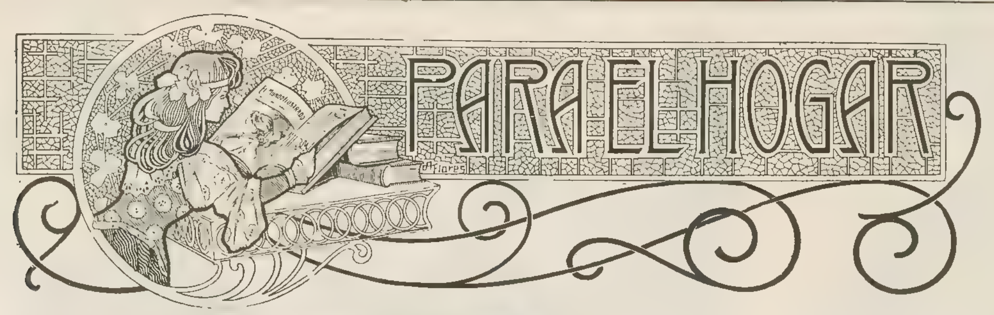
A mí ya me cansa,
me pesa la vida,
y á ti te convida
la tuya á gozar.

Olegario V. Andrade.

Tienen las mujeres
En todos los casos,
valor y denuedo;
y nos vuelven locos
y hacen del más listo
juguete ligero.

Rompen corazones,
maltratan y hieren
sin pizca de miedo:
y al mirar las lágrimas
de los tristes ojos,
nunca sienten duelo.

5.—Bordado de punto y colección de trajes para niños.





LOS PERFUMES

SU EMPLEO EN LOS PUEBLOS ANTIGUOS.—AROMAS NATURALES.—LA MÚSICA DE LOS PERFUMES.

Ignoro, amigo lector, si eres ó no aficionado á los perfumes; pero de mí sé decirte que la costumbre de usar de ellos dentro de los debidos límites, no me parece defecto ni contrariedad en la vida, y antes la reputo de cualidad envidiable y positivo beneficio.

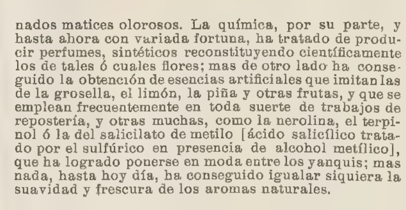
Declaro, pues, sin ambages, que gusto de recrear mis ojos con las bellezas del color y la línea; que enamoran mi oído las creaciones de la música y los vagos murmurios del mar y de la selva; que paladeo con delicia manjares delicados y exquisitos vinos; que me apetece el tacto suavísimo del terciopelo y la seda, y que me hechiza de igual modo un perfume discreto, piadoso amigo y generoso halago de mi olfato.

El uso ordinario de substancias aromáticas resulta ser casi tan antiguo como el hombre. En los pueblos primitivos las vemos empleadas en las ceremonias del culto, especialmente quemándolas ante los altares, de donde deriva sin duda alguna la palabra perfume; los egipcios eran extraordinariamente aficionados á toda suerte de preparados olorosos y contaban entre sus sacerdotes con hábiles confeccionadores de tales compuestos; los hebreos cultivaron á su vez esta industria, que importaron de Egipto; de los cartagineses y fenicios sabemos que traficaban también en perfumería; y, por fin, entre los griegos y los romanos llegó á ser cosa corriente el empleo de grasas y aceites aromáticos para ungirse el cuerpo, y el uso de toda clase de menjurges olorosos.

En cambio, en la Europa de la Edad Media fué, en general, escaso el uso de perfumes; pero éste fué creciendo luego paulatinamente, hasta alcanzar gran boga en el siglo XVIII, especialmente en Francia, donde gozaron de grande estima las pieles de España para la fabricación de guantes, bolsas y otros objetos, y donde se dictaron numerosas ordenanzas relacionadas con la industria de cueros perfumados. Desde entonces ha habido en esto, como en todo, sus correspondientes modas, no sólo en la elección de los perfumes, sino en su mayor ó menor consumo: pero, en conjunto, éste se ha ido generalizando de día en día y mantiene una importantísima industria en Francia, en Inglaterra, que se distingue por la finura de sus productos, en Alemania, en Rusia, y hasta en España, donde la producción, en estos últimos años, ha aumentado considerablemente.

Las substancias aromáticas propiamente dichas proceden, en su mayor parte, del reino vegetal, por más que algunas, como el almizcle, se deriven de la secreción de un animal, y por más que en la industria de la perfumería se utilicen á veces substancias, por cierto nada limpias, de ratones ú otros animales, para obtener determinados matices olorosos. La química, por su parte, y hasta ahora con variada fortuna, ha tratado de producir perfumes, sintéticos reconstituyendo científicamente los de tales ó cuales flores; mas de otro lado ha conseguido la obtención de esencias artificiales que imitan las de la grosella, el limón, la piña y otras frutas, y que se emplean frecuentemente en toda suerte de trabajos de repostería, y otras muchas, como la nerolina, el terpinol ó la del salicilato de metilo [ácido salicílico tratado por el sulfúrico en presencia de alcohol metílico], que ha logrado ponerse en moda entre los yanquis; mas nada, hasta hoy día, ha conseguido igualar siquiera la suavidad y frescura de los aromas naturales.





6.—Modelos de bordados y pinturas.

***

Estos han sido objeto de distintas clasificaciones, agrupándolos en diez y ocho clases, denominadas, respectivamente, rosada, jazmínea, violácea, almizclada, balsámica, ambarada, herbácea, etc., según el prototipo de cada una, al que se han referido los demás tipos secundarios; pero la clasificación más notable en la materia es la que hizo Delpino en 1873.

Delpino, fijándose en la atracción ó en la repulsión que el olor de las diversas flores inspira al hombre ó á la mayoría de los insectos, dividió aquellos olores en dos grandes tipos: «simpáticos,» y los «idiopáticos», ó «antipáticos;» subdividió los primeros en 17 clases de perfumes, llamadas «suaves,» como la vainilla, y en cuatro clases denominadas «frutales,» como la magnolia, y subdividió luego los olores idiopáticos en «fétidos,» como el del ajo, y «nauseabundos,» como el de ciertas flores que despiden olor mefítico.

No ha faltado tampoco quien en terreno parecido haya llegado á idear una «música de los perfumes» con su correspondiente «llave de sol»—que empieza por «fa» [hortensia] y sigue «mi» (verbena), «re» (limón), «do» [piña], etc.;—y su «llave de fa,» donde el «re» es la vara de José, el «do» la rosa, el «si» la canela, el «la» el tolú, y así sucesivamente. Supone el autor que, con sujeción á sus «solfas,» pueden obtenerse verdaderos «acordes olorosos,» que lo mismo suenen bien en el tímpano, arreglados al piano, que «den» agradablemente en la pituitaria traducidos al arte de la perfumería; y, si la cosa cuaja y el género progresa, será de olor el día que se nos regale con una transcripción aromática del «Septimino» de Beethoven ó el «Parsifal» de Wágner.

En esfera acaso más modesta, pero desde luego más positiva, se ha observado que, á la manera como muchas flores abren más ó menos sus cálices según la hora del día, el aroma que exhalan se hace también más ó menos penetrante, según la posición del sol; y la influencia del color de la luz es, además, en este punto tan marcada, que ciertas flores, colocadas bajo campanas de vidrios de colores, aumentan ó disminuyen en gran modo su potencia odorífica. En términos generales, según los experimentos de Flammarión, parece que la luz roja es la que en mayor grado la acrecienta.

Aunque la naturaleza química del principio aromático de las distintas flores es muy diversa entre sí, la naturaleza física de sus esencias respectivas se parece bastante. En general, éstas son siempre solubles en alcohol y se obtienen, ó exprimiendo las flores por medio de una prensa, ó por «destilación,» ó por «maceración ó por «absorción.»

Empleando el primer procedimiento, el líquido obtenido contiene una parte de agua y residuos que es preciso depurar, valiéndose de un filtro y dejando luego en reposo la mezcla, á fin de que el aceite esencial, según sea más ó menos denso que el agua, se deposite en el fondo del recipiente ó quede en la superficie, con lo cual se facilita el separarlo puro, bien por decantación, bien por medio de aparatos apropiados al caso. La destilación consiste en calentar con agua dentro de un alambique las substancias aromáticas cuya esencia se quiere recoger y se recoge, en efecto, con el vapor del agua, que luego se liquida.

Cuando se trata de esencias que no resisten altas temperaturas, debe recurrirse á la «maceración,» valiéndose de grasa de riñones de buey con grasa de cerdo clarificadas, ó bien de aceite de olivas, lo cual se pone al bañomaría, en el que se van echando las flores cuya esencia se busca, hasta obtener la saturación del líquido; y, esto conseguido, por medio de ciertos aparatos se separa la esencia de la grasa. Por último, cuando es preciso operar en frío, se sigue un procedimiento análogo valiéndose de aceite, parafina ó vaselina; y tratando la grasa así perfumada por el alcohol, se obtienen luego espíritus aromáticos muy concentrados. De todas suertes, el agua y los demás residuos que resultan empleando estos distintos sistemas, tienen también generalmente un valor en el comercio, ya que conservan siempre un aroma mayor ó menor.

El rendimiento de esencia pura de las plantas olorosas es en extremo escaso: un kilogramo de hojas de rosa, por ejemplo, únicamente da cuatro gramos de esencia pura; y así se explica que un kilogramo de esta esencia llegue á valer dos mil francos; pero hay que tener en cuenta los muchísimos litros de «perfume» que se preparan con pocos gramos de «esencia».

7.— Vestidos de calle y reunión:

Hasta aquí paréceme haber hablado ya bastante de la materia en su aspecto económico, y creo que ahora vale la pena de decir algo de su aspecto higiénico. ¿Qué nos dice la ciencia en este punto?

Todo perfume es un excitante del sistema nervioso, que provoca luego, naturalmente, una depresión correlativa; su acción tiene cierto parecido con el alcohol, en cuanto acarrea en ocasiones náuseas, vahidos y otras perturbaciones nerviosas que pueden llegar á ser graves, sobre todo á fuerza de repetirse la causa: el aroma de la violeta, el del lirio silvestre, el del alhelí y el del clavel, son altamente perniciosos y constituyen verdaderas causas de neurostenia; pero, en cambio, la mayoría de los perfumes son verdaderos antisépticos y en momentos dados pueden ejercer de eficaces tónicos para el organismo.

De aquí, pues, deduciremos lógicamente que el uso moderado de los perfumes no puede dañarnos en circunstancias normales, mas deberemos huir de ellos siempre que su naturaleza harto excitante ó un estado anormal de nuestro organismo así no los aconseje. Los atacados de mareo en el mar, por ejemplo, notan el inusitado fenómeno de sentir verdadera repugnancia hacia determinados aromas que momentos antes encontradan agradables, lo cual no deja de ser altamente significativo.

Perfumémonos, pues, entre el jabón, el cosmético, el agua de tocador y los distintos preparados olorosos que usamos á diario, y procuremos, no sólo «afinar,» sino mantenernos además en un discreto «pianíssimo.»

El grave peligro que hay que evitar á toda costa es que el olfato propio, embotado por el uso, caiga en el exceso, que es daño material y daño estético. Se llama perfume á lo que acaricia delicadamente el olfato, y olor al que lo hiere bruscamente: un perfume es siempre bien recibido; mas un olor, cuando no ofende, cansa.

D. RODRÍGUEZ.



Historia que parece novela

I

Cuarenta años ha era Rosa Alvarez la muchacha más linda y más honrada del barrio de Maravillas.

Había quedado huérfana de padre y madre en temprana edad, dándole excelente educación moral y cristiana una tía suya, que acababa de bajar también al sepulcro cuando comienza esta narración.

Estaba, pues, sola en el mundo la pobre doncella, sin más recursos que su trabajo, sin más defensa que su propia virtud.

Esta era, empero, suficiente para tener á raya á los ociosos y á los libertinos, que no tardaron en perseguirla, viéndola de todo punto desamparada.

Rosa habitaba una guardilla en un gran edificio de la calle de Fuencarral, cuyo primer piso servía de vivienda á un personaje político importante, siendo ayuda de cámara suyo un muchacho de cortos años, pero de arrogante figura, llamado Leonardo Sánchez.

Los dos vecinos se encontraban frecuentemente en el portal y en la escalera, cambiando primero un saludo, después algunas palabras; más tarde conversación detenida, en la que el mancebo acabó por declararle sus sentimientos, no mal acogidos por la humilde planchadora—porque éste era el oficio de la huérfana, aprendido de su tía, que debía á él sus únicos medios de subsistencia, y lo enseñó cuidadosamente á la querida sobrina.

Conservó, pues, Rosa la parroquia de la difunta, y la aumentó algo, merced á la perfección con que desempeñaba el trabajo, siendo igualmente hábil para las camisas masculinas que para los cuellos, mangas y demás adornos femeninos.

Un día con otro ganaba Rosa hasta dos pesetas, siendo lo suficiente para todas sus necesidades, y hasta para ahorrar un par de duros al mes.

Leonardo era también listo y formal, habiendo conseguido el afecto de su amo, exministro de Fomento, y aspirante á un gran destino en la Isla de Cuba, donde se prometía hacer un buen capital en poco tiempo.

No tardó en ver realizados sus deseos, y entonces exigió de su ayuda de cámara que le acompañase á la Habana, puesto que carecía de familia y estaba satisfecho de la actividad y diligencia del sirviente.

—Allí te proporcionaré un destinillo; tú eres trabajador y juicioso, y en pocos años, en pocos meses, habrás hecho algunos ahorros que te permitirán, al regresar á España, hacer una vida cómoda é independiente.

Leonardo participó á Rosa las proposiciones de su amo, manifestándose dispuesto á aceptarlas.

Rosa lloró mucho; pero su entendimiento y su conciencia la inducían á no oponerse á los planes del que le había jurado amor eterno.

—Un par de años se pasan pronto—decía aquél para consolarla:—estoy tan seguro de tu constancia, de tu fidelidad, como tú puedes estarlo de las mías.

El señor me aprecia mucho y cumplirá cuanto me ha prometido; y al cabo de ese tiempo volveré de América con un capitalito que nos permitirá establecer un comercio cualquiera y vivir con cierto desahogo.

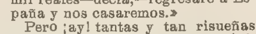
II

Rosa no se atrevió á resistir á los deseos, á la voluntad de su novio; viéndole ausentarse llena de amargura, aunque con plena confianza en sus promesas y juramentos.

Consolábanla las epístolas de Leonardo, quien desde el principio la escribía todos los correos.

Pronto supo que D. Luis de Mendoza, el amo de aquél, había cumplido fielmente lo ofrecido: el ayuda de cámara, sin dejar de serlo, desempeñaba las funciones de ordenanza en la oficina de su señor, disfrutando un sueldo regular, cuya mayor parte depositaba en Caja de Ahorros: al cabo de pocos meses, éstos representaban la suma de quinientas pesetas.

«En cuanto tenga siquiera veinte mil reales—decía,—regresaré á España y nos casaremos.»



Pero ¡ay! tantas y tan risueñas esperanzas se desvanecieron trágicamente: la horrible fiebre amarilla, que tantas víctimas hace en aquellas regiones, dejó sin vida en breve plazo á D. Luis de Mendoza; y faltándole su protección, no tardó en ser despojado de su modesto empleo el infeliz Leonardo.

Encontróse éste en un país extraño, sin relaciones, sin más recursos que sus quinientas pesetas, cuya mayor parte emplearía en los gastos del regreso á Madrid.

La situación sería entonces la misma de antes: tornaría á buscar acomodo; á vivir con un salario mezquino, que no le permitiría llevar á cabo sus deseos.

Después de reflexionar mucho, tomó una resolución difinitiva: la de permanecer algún tiempo en América; tratar de hacer fortuna, allí donde esto parece tan fácil.



Sus tentativas fueron infructuosas: sin amigos, sin protectores, no consiguió nada, gastando en pocos meses sus miserables economías.

Vióse obligado á ponerse á servir de nuevo, no renunciando por eso á la esperanza de obtener ventajosa colocación en alguna oficina ó en un ingenio.

Mientras tanto Rosa continuaba planchando, sin desconfiar un momento de ver realizado el sueño acariciado por los dos.

Las cartas de Leonardo venían á menudo á destruir sus ilusiones y á hacerla derramar abundantes lágrimas: de nada le servían su asiduidad ni su honradez; de nada los buenos servicios que prestaba á sus amos: éstos, por esta causa quizá, no querían privarse de ellos, y le entretenían con promesas nunca cumplidas.

Así trascurrían los meses y los años, siendo el único consuelo de los amantes su recíproca constancia.

III

La correspondencia entre Rosa y Leonardo no se interrumpía: unas veces era frecuente, otras se retrasaba.

Ya el mozo, que se iba haciendo viejo, escribía lleno de esperanzas, que se convertían poco después en ilusiones; ya hablaba de sueños venturosos, pronto desvanecidos; ya un largo silencio llenaba de inquietud á su amada, creyéndole producido por algún suceso infausto, por la muerte quizás.

Pero al cabo de cierto tiempo llegaba una misiva explicando aquel silencio, atribuyéndolo á ocupaciones perentorias, á imperiosos deberes.

Rosa tenía tanta fe en el cariño del ausente, que sus temores no se convertían en dudas jamás.

Entretanto continuaba su existencia agitada y trabajosa; felizmente su salud no se resentía de aquella labor constante; había adquirido fama de hábil, y su parroquia aumentaba diariamente; á veces, para cumplir sus compromisos, tenía que velar hasta las altas horas de la noche; á veces carecía de descanso aun los domingos.

Pero poco á poco, lentamente, iba juntando en una hucha lo que le sobraba de sus gastos indispensables.

Porque no se permitía cosa alguna superflua; cubiertas sus modestas necesidades, el resto lo destinaba al porvenir.

En ocasiones se lo había escrito á Leonardo:

8.—Trajes de casa y para niños.

«No te apures—le decía en sus cartas:—si tú no consigues ahí nada; si pierdes toda probabilidad de lograr lo que deseas, vente acá; tengo algún dinerillo y con él podremos hacer los gastos de la boda y buscar tú alguna colocación.»

Pero á Leonardo se le había despertado la ambición.

—¡Tornar á la patria—pensaba tan pobre, tan miserable como cuando la abandoné! No se reirían todos poco de mí!

Y el amor propio era más poderoso que el amor á Rosa, y le inducía á proseguir sus estériles esfuerzos para mejorar de fortuna y de condición.



IV

Así trancurrieron algunos años: durante dos ó tres, la triste planchadora no tuvo siquiera el consuelo de ver los garrapatos del que amaba cada vez con mayor ternura.

En varias ocasiones había desechado proposiciones de matrimonio, más ó menos ventajosas: un zapatero bastante acomodado había pretendido su mano; el dueño de un café muy concurrido quiso también tomarla por esposa, apreciando sus dotes de laboriosidad y recato; pero ¡faltar ella á su compromiso! ¡Casarse como no fuera con Leonardo! Ni un solo momento le ocurrió semejante pensamiento; sería mujer del emigrado ó moriría soltera.

En balde sus amigas, enteradas de lo que ocurría, después de censurar su proceder, la aconsejaban aceptase las proposiciones de sus dos adoradores; la joven, aunque había cesado de serlo, rechazaba tales consejos, indignándose al oírlos.

V

Ha poco más de dos meses, la parroquia del barrio de Maravillas ofrecía un aspecto inusitado: en todos los altares había luces y flores; el mayor estaba magníficamente iluminado; se iba á celebrar una boda de rumbo, y según decían el sacristán y los monaguillos á cuantos les preguntaban, el casamiento era entre un hombre muy rico y «una señora» muy conocida y estimada.



Poco á poco la iglesia se fué llenando de curiosos y desocupados, atraídos por la pompa desplegada para solemnizar la ceremonia.

—¿Quienes serán los cónyuges? -preguntábanse unos á otros.

Los comentarios eran infinitos; las suposiciones eran diferentes y opuestas.

Aseguraban unos que se trataba de un marqués opulentísimo, que daba su mano á una señorita ilustre; otros suponían ser el novio un banquero muy conocido en el distrito por su caudal y su lujo; en fin, no faltaba quien pretendiese que el futuro era un industrial famoso por su lujo y boato.

Pero cuando á las nueve, poco más ó menos, se abrieron las puertas y apareció la nupcial pareja, todos quedaron atónitos, asombrados.

Los contrayentes eran dos ancianos: ella con el abundante cabello enteramente blanco, aunque conservando el semblante restos de peregrina hermosura; él enteramente desprovisto de pelo, y llevando en el rostro las huellas de largos trabajos y penalidades.

Los futuros esposos vestían trajes populares; pero ostentaban valiosas alhajas: ella, pendientes de perlas y brillantes; él, gruesa cadena de reloj y magníficos botones de perlas en la camisa.

Los padrinos pertenecían á la misma clase que los novios: parecían gente rica, aunque humilde.

Pronto circularon entre los presentes los nombres de los esposos: ella se llamaba Rosa Alvarez; él Leonardo Sánchez; la una era planchadora «retirada»; el otro hacía apenas un mes que había regresado de América con un capital de consideración, debido á haberle tocado el premio grande en la lotería.

He ahí la verdad: Leonardo, á pesar de su laboriosidad, de su honradez, no había conseguido realizar sus modestas aspiraciones, cuando una tarde le ocurrió tomar un billete entero para el próximo sorteo, creyendo volverse loco al saber pocos días después que podía cobrar cincuenta mil duros.

No pensó entonces sino en tornar á la patria; en cumplir religiosamente sus promesas, sus juramentos.

Animado de tan nobles propósitos, hizo un viaje rápido y feliz; llegó á Madrid, fué en seguida á casa de Rosa, y le pareció que la encontraba tan joven y tan hechicera como antes.

En el contrato matrimonial constaba que la novia tenía sesenta años, y el que iba á ser «compañero de su vida», cuatro más.

Imagínese si la ceremonia nupcial llamaría la atención de los que la presenciaban, y si después se harían comentarios sobre «la juventud» de ambos consortes.

Lo que sabían poquísimos era que debían admirar caso tan extraordinario de consecuencia y de formalidad, digno de servir de ejemplo á la generación presente, que no se distingue por semejantes dotes y circunstancias.

Ramon de Navarrete



9.—Abrigo con esclavina y espalderos de trajes de paseo.

Mi cariño es como un mar:
Es muy hondo y es inmenso,
A veces tiene borrascas
Y á veces está sereno.

Cada lágrima que viertes
Es cual gota de rocío,
Que va á refrescar las flores
Del jardín de mi cariño.

México, D. E., mayo 8.

La primera médica Cirujana de la Escuela de México, Doctora Matilde P. Montoya, ha escrito y firmado lo siguiente, que bien merece ser leído:

«En esta epoca y en este país, en donde tanto abundan los niños escrofulosos y débiles, difícilmente habrá un médico que no recete todos los días la Emulsión de Scott, que por el aceite de bacalao y los hipofosfitos que contiene, se considera como uno de los más preciosos remedios de la terapéutica infantil.

EL TESTAMENTO

Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua", Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr. Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro.	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro en una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo: á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



1.—Trajes para paseos campestres

Los sombreros en los teatros

Tema de muchos artículos y de muchas conversaciones ha sido, y lo seguirá siendo, el empleo de los sombreros en el teatro ó espectáculos de determinada naturaleza Quiero terciar en el asunto, no para emitir mi opinión, que por cierto nada vale, sino para sintetizar en breves frases el pro y el contra de tan debatida cuestión. Ante todo, manifestaré á mis lectoras que voy á referirme únicamente al público mexicano, pues por lo que hace al europeo, y a los cronistas están convencidos de que es un poco ingobernable y voluntarioso.

Hace algún tiempo, dos años poco más á menos, la prensa de la Capital, y en su seguimiento la de toda la República, tomaron con verdadero calor la cruzada contra el empleo de los sombreros femeninos en los teatros y á fe que el asuntejo se prestó á mucho: sobre él se escribieron artículos jocosos, editoriales de carácter «tendencioso», crónicas literarias de ningún valer, y aún recuerdo haber leído un artículo indigesto y cansadísimo que quería darle al asunto un sesgo filosófico. Todo esto quedó convertido en palabras, palabras y más palabras. No se obtuvo resultado práctico, y en vista de ello, los periodistas nos dejaron descansar un poco con sus bromas ligeras y algunas de mal gusto.

Yo, que me intereso por todo lo que á las mujeres concierne, diré á mis lectoras que en ningún país del mundo se ha logrado obligar á las damas á la privación de los sombreros en los teatros. Es claro que en representaciones de determinado género, tales como óperas, veladas de invitación, etc., ninguna señora se atrevería á presentarse sin la cabeza descubierta; pero en las zarzuelas, circos, comedias, etc., vespertinas, únicamente vespertinas, hay que fijarse bien, las mujeres podemos ataviarnos como mejor nos plazca, sin temor del ridículo ni mucho menos de la cursilería. Por regla general, en las representaciones nocturnas, es de mal gusto presentarnos luciendo un sombrero «last fashion»; pero cuando esta prenda no es de exageradas dimensiones, resulta bien vista y aun elegante.

Hay que hablar con toda franqueza: el ataque rudísimo que en épocas pasadas se nos vino encima y que probablemente se reanudará, parte del sexo masculino, poco galante por cierto en esta ocasión, que antepone á los principios más rudimentarios de la cortesía, los principios, un poco reprochables por cierto, de la poltronería y la comodidad. Si los caballeros tratan de presenciar los espectáculos teatrales hasta en sus detalles más mínimos, y quieren para ello estar con todas las comodidades apetecibles, busquen la manera de lograrlo, sin tratar de que nosotras, que como uno de los principales goces tenemos el de la elegancia, aun cuando ésta sea un poco vanidosilla, nos sacrifiquemos por complacerlos, cuando todas las consideraciones y amabilidades deben estar de su parte. Próximamente me referiré á artículos que sobre el particular ha publicado la prensa europea y la norteamericana, en los cuales toda la razón está de nuestra parte.

María Luisa.



2.—Vestidos de visita y paseo.



LA HERMANA DE LA CARIDAD

La hermanita llegó una tarde á la hora del crepúsculo. Ella apareció en el umbral de la puerta, llevando por todo bagaje una estrecha y negra caja de madera. Oyóse una melodiosa voz:

—Soy la enfermera enviada por nuestra superiora.

Y entró deslizándose suavemente por la sombra de la antecámara. La lámpara, traída al punto, iluminó un rostro juvenil, de tez pura, grandes ojos claros y fresca boca de blanca dentadura. Fué ésta para la triste casa como una aparición del auxilio divino, como una linda luz que, apagada durante mucho tiempo, se encendiera súbitamente con su vigor perdido,y como el renacimiento de una cosa olvidada, de una sonrisa.

-Conducidme cerca de mi enfermo.

Ella entró en el triste aposento de Felipe y con dulce sonrisa se acercó á la silla de extensión donde él estaba envuelto en cobertores, é inclinándose gentilmente, apoyó con suavidad su pequeña mano en la del joven.

—Os devolveremos la salud, dijo ella.

Oh! qué mirada la que dirigió la madre á aquella que traía consigo la esperanza! Y esa noche, en el comedor, que no reunía en torno de los insípidos manjares sino caras angustiadas y profundo silencio lleno de inquietud, los rostros todos estaban serenos, los vasos sonaban con más claridad, la intimidad se extendió con una dulce confianza, y la comida, por vez primera desde hacía mucho tiempo, fué casi alegre. De tal modo que al llegar á los postres, dijo el padre:

—Beberemos una botella de champaña, Hermana, para festejar vuestra llegada.

—Con mucho gusto.

Ella aceptó sin gazmoñería. Las reglas de su orden eran bastante tolerantes, y en su naturaleza misma no había un átomo de rigidez ni de unción monástica. Aquella cofia de tosco género y aquella tela azul de su vestido cubrían un ser en la primavera de la vida.

***

Hacía dos meses que á Felipe, á los veintidós años de edad, y á consecuencia de una pulmonía, se le había declarado la tisis. El se hallaba arriba en su cuarto, con rostro enflaquecido y brillantes ojos, sufriendo bajo las cortinas de su lecho. La sombra de este cuarto abrumaba á todos los habitantes de la casa, donde los ojos ansiosos no tenían para alumbrarse más que el pálido resplandor de una lamparilla nocturna.

La Hermanita llegada á la hora del crepúsculo, al punto transformó el ambiente. Parecía traer consigo una ráfaga de aire puro, un rayo de luz y un vago perfume de primavera.

Ella iba y venía, preparaba las pociones, arreglándolo todo con gracia encantadora. Felipe contemplaba á la Hermanita azul con arrobamiento.

—¿Cómo os llamáis?

—La Hermana Lucila.

Al pronunciar ella su nombre, pareció iluminarse el aposento.

—No os apartéis de mí, Hermana Lucila, me siento mejor cuando estáis al lado mío.

Ella se sentó cerca del enfermo, colando sobre las enflaquecidas manos y la ardorosa frente de éste, las delicadas suyas, mirándolo al mismo tiempo con apacible sonrisa.

Una sensación desconocida se apoderó del joven bajo el poder de este encanto. No era una fantástica visión, sino una figura real y efectiva la que acudía á aliviar su sufrimiento y á comunicarle vida al contacto de sus manos.

Ellos permanecieron silenciosos. Nadie vino á turbar la calma de este idilio. Pero una tarde Felipe dijo en voz baja:



—Tenéis bonitas manos y bellos ojos, Hermana Lucila.

Las manos temblaron y se evadieron, y bajo los párpados, súbitamente abatidos, la mirada pareció también querer escapar.

Señor Felipe, si repetís cosas semejantes, me veré en la forzosa necesidad de partir.

El se puso muy pálido y cerró los ojos.

Ella desde entonces evitaba, en todo lo que podía, el roce de sus vestidos y el contacto de sus manos, que eran de aquellas que comunican ternura doquiera que se posan.

Al día siguiente él la llamó:

Hermana Lucila!

Ella se aproximó.

—¿Está usted enojada?

—Psit!.... Tranquilícese y tome su alimento.

Mas, al acercar la taza, ella acercó también la mano que la sostenía y Felipe imprimió sobre ésta un beso.

***

La Hermana Lucila volvió á colocar bajo su brazo su cajita de madera negra. Ella se disponía á marchar al punto de la casa donde acababa de ser ofendida.... Pero la madre la esperaba en la puerta y con mirada suplicante le atajaba el paso:

—Nosotros no podemos prescindir de vos aquí.... y vuestra partida lo mataría.

Pobre madre! no se le ocurría estar celosa de la extranjera que le había usurpado el puesto cerca de su hijo. Ella apartaba sus miradas de aquella peligrosa intimidad. Bastábale la esperanza de que él pudiera vivir y ser feliz.

—Por favor, no partáis.

La Hermana Lucila dejó su caja de madera negra y, con aspecto imponente y rostro austero, volvió al cuarto del paciente. Pero en esta vez la sonrisa había desaparecido de sus labios.

La primavera se anunciaba en las campánulas de las lilas. Los médicos permitieron á Felipe que saliese á la terraza. Instalado en su silla de extensión y rodeado de cojines, él ponía á la luz sus enflaquecidas manos, como si quisiera atraerla y envolverse en ella.....

El cielo ostentaba una profunda limpidez. Había solamente apagadas líneas de pequeñas nubecillas blancas que danzaban muy elevadas en el espacio, acaso la blanca vestidura de los ángeles tendida sobre invisibles cuerdas.

Felipe y la Hermana Lucila permanecían allí el uno cerca del otro, envueltos en la tibieza de la atmósfera y en el aliento que despedían los jardines de abril. Por encima del muro de la terraza, una acacia extendía sus ramas, que, al agitarlas el viento, cubrían el suelo con los rojos pétalos de sus flores.

Y fué en un mediodía y en una hora de apacible luz que el joven se atrevió á declarársele:

—Hermana Lucila......

La cofia se inclinó con un batir de alas.

—Yo os amo.

Las alas de la cofia se agitaron bruscamente, así como las de un pájaro herido.



3.—Trajes de calle y casa.

***

Las alas blancas se habían fugado sin que nada pudiese retenerlas; y rápidas volaron hacia la calle, donde la hora vespertina se acercaba, yendo á posarse sobre las losas de una iglesia.

Aquella ofensiva declaración no había inquietado el corazón de la Hermana Lucila; pero sí profanado el recinto donde la religiosa se resguardaba de las tentaciones humanas.

Iba en busca de un sacerdote para confesarse y purificarse del ultraje.... Pero el confesionario estaba vacío, desierta la iglesia, y la noche cercana.

La pobre Hermanita se encontraba aislada, sin guía, sin adoyo en el trastorno de su conciencia. Ella no podía volver al convento con esa mancha.....

¡María Santísima, iluminadme! ¡Jesús, dirigid mis pasos, ya que me encuentro sola en tu presencia!

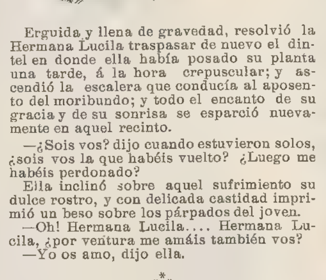
Durante largo tiempo la Hermanita permaneció allí, prosternada en espera de la protección divina que descendería sobre ella.

Las alas blancas cruzaban de nuevo la calle. ¿A dónde se dirigían en la obscuridad de la noche? Impulsadas por brisa misteriosa, ellas tornaban á la casa de donde poco antes habían volado. Cerca de la puerta cesaron de agitarse, manteniéndose inmóviles en la sombra.

La Hermana Lucila contemplaba la fachada; vislumbrábanse luces tras las ventanas, no la claridad de tranquilas lámparas, sino resplandores inquietos y agitados. Soplo siniestro invadía esta morada. Abrióse la puerta dando paso á un hombre, en el que la Hermana Lucila reconoció al médico.

—¿Sigue peor el enfermo? preguntó ella, adelantándose hacia él.

—Ah! ¿sois vos, Hermana? El pobre muchacho está perdido; una violenta emoción ha roto sin duda sus delicadas fibras.... Acaso su existencia no se plolongará más de quince días.... No nos resta más que dulcificar su fin.





Erguida y llena de gravedad, resolvió la Hermana Lucila traspasar de nuevo el dintel en donde ella había posado su planta una tarde, á la hora crepuscular; y ascendió la escalera que conducía al aposento del moribundo; y todo el encanto de su gracia y de su sonrisa se esparció nuevamente en aquel recinto.

—¿Sois vos? dijo cuando estuvieron solos, ¿sois vos la que habéis vuelto? ¿Luego me habéis perdonado?

Ella inclinó sobre aquel sufrimiento su dulce rostro, y con delicada castidad imprimió un beso sobre los párpados del joven.

—Oh! Hermana Lucila.... Hermana Lucila, ¿por ventura me amáis también vos?

—Yo os amo, dijo ella.

***

La piadosa mentira produjo un efecto maravilloso en el enfermo.

Por la ventana abierta entraba el esplendor de la primavera. Mas no era esa luz la que lo fascinaba, sino la que emanaba aquella criatura encantadora.

La Hermana Lucila no rechazó ya las palabras ardientes; ella las acogió, no por corresponder á su amor, pero sí para dulcificar su sufrimiento.

—Dadme vuestras manos, Hermana Lucila, otorgadme vuestras miradas, ellas me devuelven la vida.

Y puso al servicio del agonizante, no solamente toda la gracia y toda la delicadeza de que ella disponía, sino tal vez hasta su salvación eterna.

Pues ella era la prometida de Cristo y no debía dar oído á las protestas amorosas de ningún hombre. Mas no era amor, sino compasión, el móvil de sus acciones, y donde hay compasión hay siempre algo de Cristo.

¿Su piedad debía detenerse en la asistencia del enfermo? ¿Y prodigándole más ternura á fin de dulcificar sus últimos momentos, traicionaría ella sus juramentos y la sublime misión á la cual se había consagrado?

¿No demostraría esto, por el contrario, una excelsa piedad, una muy alta caridad, y más nobles y generosos sacrificios? ¿Y si pecaba contra las reglas monásticas escandalizando la moral humana, dejaría ella, por esto, de ser la atenta servidora y la fiel prometida de su divino amigo?

Y el encantamiento continuó. La mentira de la Hermana Lucila mantuvo fascinado al pobre joven hasta en su supremo instante, en que con apagada voz murmuró agonizando:

- Dadme un beso, Hermana Lucila.

Ella, inclinándose sobre él, así lo hizo.

Y fué con aquel delicioso beso estampado sobre su boca, que el desgraciado joven exhaló su último aliento.

Y solamente entonces, aquella angelical criatura acudió á buscar la absolución de su culpa.

JUAN MADELINE.

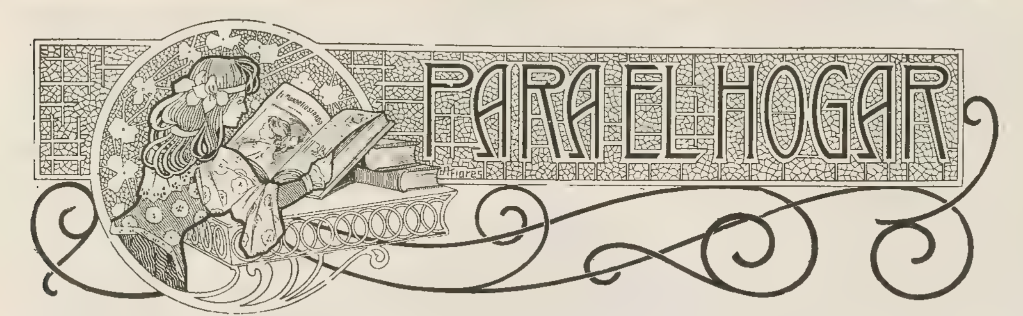








4.—Vestidos de paseo y reunión



Explicación de nuestros grabados.

Núm. 1.—Representa nuestro grabado una bonita colección de trajes de paseo campestre y un vestidito infantil. Los trajes para señoritas á que se refieren estos figurines, se confeccionan con telas de colores claros y uniformes. Dos de estos trajes llevan cuelloshombreras con aplicaciones de encaje, y el tercero—el del centro—imita en su corpiño un torero, aunque sin serlo, bien definido. Las faldas son lisas, y sólo en su longitud llevan aplicaciones de pasamanería. El vestidito infantil luce un abrigo de anchas solapas y cuello doblado, y de doble fila de botones.

ESPERANZA.

Lo que sobra.

Yo no sé cómo se llama,
Ni me importa nada, un tal
Que fué á la estación central
A expedir un telegrama.
Sólo sé que el tal, con suma
Presteza y estilo gráfico,
Puso el parte telegráfico
Así, al correr de la pluma:
«Don Cayetano Solar,
Farmacéutico.—Algodor,
Te avisamos, gran dolor,
Padre acaba de expirar.
Ven á Madrid al momento
Arreglar disposiciones;
Heredamos seis millones;
Martes abre testamento.»
Y firmando la receta,
Saca el precio del bolsillo
De un telegrama sencillo,
es decir, una peseta.
—Aquí hay palabras de más,
Dice uno de los que cobran;
O hay que quitar las que sobran,
O hay que pagar algo más.
Y el hijo, desconsolado
Leyendo en acento quedo,
Y contando con el dedo
Las palabras que ha estampado,
Dice por fin:—Sí, señor,
Sobran dos; da el telegrama:
Y tras una pausa exclama:
—Quítele usted, «gran dolor.»

EUSEBIO BLASCO.

5.—Modelo de bordados para aplicaciones.

CABEZA Y CORAZÓN.

Un Angel y el Demonio, á Eva un día
contemplan con amor.
«Y ¿qué opináis, decid, de esa obra mía?»
les preguntó el Señor.

Mirando de Eva la gentil cabeza,
dijo el Demonio así:
—La mujer, á pesar de su belleza,
es inferior á mí.

«¡Sentir sin comprender! ¡Perpetua ilusa
que goza en delirar!
Que tiene ,sin razón, la ciencia infusa
del arte de engañar!

«Uniendo á la inconstancia la hermosura,»
el Demonio añadió;
«Creed, Señor, vuestra mejor hechura
vale menos que yo.»

«La mujer», siguió el Angel, «de tal modo
desafía el dolor,
que, aunque débil su fe, se arriesga á todo
por servir al amor.

«De la santa piedad hija querida,
ni siente ni hace el mal,
y próvida, trasmite con la vida
la sed de lo ideal.

«La mujer es tan buena (enardecido
el Angel concluyó),
que, aunque soy en el cielo un elegido,
ella es mejor que yo.»

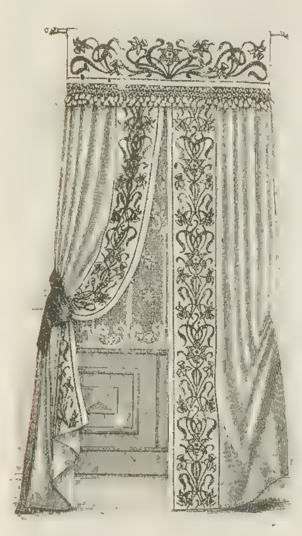
Tú, dotada de espíritu sublime
y de gran corazón,
Blanca, entre el Angel y el Demonio, dime:
¿quién tiene más razón?

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

El Poema de las Lágrimas.

I

Una blanca beldad fascinadora
de rubia trenza y seno floreciente,
de ojos azules como tersa fuente,
y risa más alegre que la aurora.



Por ameno jardín, que el sól colora,
camina placentera y diligente,
cuando su limpia falda trasparente
prende un rosal con rama punzadora.

Dichoso acariciando á la hermosura,
se estremece el rosal, como una llama,
al romper la beldad su ligadura.

Pétalos rojos llueven de la rama....
Es que el rosal, perdida su ventura,
llanto de sangre por la infiel derrama.

II

Esplendores magníficos, brillantes
curvas de plata y majestad divina
muestra su cuerpo escultural de ondina,
al salir de los olas murmurantes.



Las tembladoras gotas rutilantes
con que ciñera el agua cristalina
su inmaculada frente alabastrina,
fingen regia corona de diamantes.

A la luz cegadora que desprende
su desnudez triunfante y deliciosa,
en gentílico amor todo se enciende.

Da en su cabello el sol besos de oro,
y el mar, abandonado por la hermosa,
vierte á sus blancos pies amargo lloro.

III

La beldad, sonrosada como el día,
esparcido el raudal de su cabello
por la mórbida espalda y níveo cuello,
llega al arroyo de la verde umbría.



Un vaso llena en la corriente fría;
y al rozarlo después su labio bello,
tiembla el vaso, feliz; lanza un destello,
y campo y sol refleja en su alegría.

Cuando su viva sed siente aplacada,
la hermosura retira, indiferente,
el cristal, de su boca de granada.

Tórnase triste el vaso, antes rïente,
y por su faz, de nieblas empañada,
se desliza una lágrima luciente.

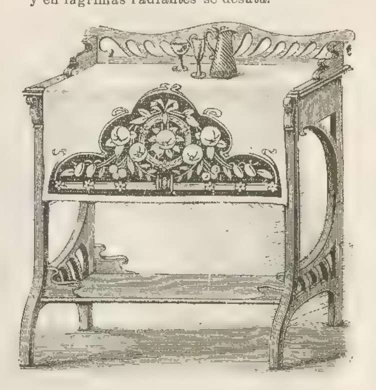
IV

Suspiran los ardientes ruiseñores,
llena la luna el mar, valles y lomas,
y, en álamo frondoso, dos palomas
cambian roncos arrullos gemidores.

La bella viste encajes, raso y flores;
y, cual rocío en las fragantes pomas,
en su pecho gentil lleno de aromas
lanza un collar de perlas sus fulgores.

Un dichoso amador, en tierno lazo,
á la beldad fascinadora oprime,
besándola en su labio de escarlata.

Y, á la presión del venturoso abrazo,
roto el collar de perlas, dulce gime
y en lágrimas radiantes se desata.



V

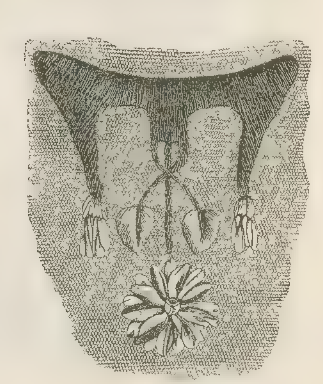
Vierte el mustio rosal llanto encendido;
el vaso rueda lágrima luciente;
llora el collar de perlas refulgente,
y llora el mar, y estalla su rugido.

Llora también el amador rendido:
que la beldad de inmaculada frente
es estatua de mármol esplendente....
y en el mármol jamás vibró un latido.

Todo tiene una lágrima ó lamento,
todo.... menos la bella seductora,
causa de tanto mal y hondo tormento,

que, arrogante, impasible y triunfadora,
Responde á los dolores dando al viento
su risa, más alegre que la aurora.

MANUEL REINA.



6.—Blusa de calle, traje de jockey, cortina de alcoba y mueblecito "art nouveau."



7.—Modelo de tejido.

ALGO DE COCINA

POTAJE Á LA CAMARINI

Se limpian y rehogan hígados de gallina, que, siendo de un tamaño regular, puede calcularse uno por cada persona. Se lava con esmero buena cantidad de apio, zanahorias, una col tierna, nabos y puerros; después de bien escurrido, se pica todo muy menudito y se pone en una cacerola con bastante manteca, sal y pimienta, dejándolo cocer á fuego moderado; cuando esté bien cocido, se añaden los hígados, también picaditos, teniendo cuidado de que no se endurezcan.

Se pondrán á cocer aparte macarrones de un grueso regular y se rallará queso parmesano. Un poco antes de la hora de comer se escurren bien los macarrones, y en una sopera que resista la lumbre y untada de manteca, se colocará una capa de macarrones, otra del puré que se ha hecho con las legumbres é hígados de aves (sin pasar por tamiz este puré), y en seguida una capa del queso rallado, y además, algunos trocitos de manteca; se repite esta misma operación hasta que se concluya la cantidad preparada, pero cuidando de terminar con la capa de queso, y entonces se pondrá la sopera á fuego lento, dejando que cueza algún tiempo y sirviéndolo muy caliente.

POLLOS CON ALCACHOFAS

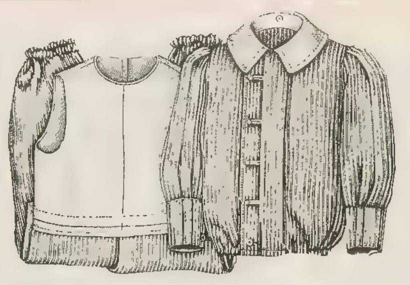
Se trincha el pollo en crudo, se sazona con sal y pimienta y se rehoga con manteca en una cacerola que se tendrá á fuego vivo, para que el ave adquiera un bonito color; pero teniendo cuidado de que no se queme la manteca. Cuando esté bien dorado, se escogen tres alcachofas



para cada pollo, no utilizando más que los cogollos; las hojas pueden servir para algún otro plato del almuerzo de familia; después de bien limpias y lavadas en agua salada hirviendo y acidulada con jugo de limón ó un chorrito de vinagre, se cuecen; en seguida se las quita el agua, escurriéndolas bien, y se juntan al ave para dorarlas ligeramente; en cuanto empiezan á tomar color, se echa sobre todo un vaso de vino blanco, cuanto más bueno, mejor, y se deja cocer unos minutos, echando en seguida un poco de jugo de carne, un poquito de perejil picado y jugo de limón. Se coloca todo en una fuente y se sirve muy caliente.

FILETES Á LA MAGNY

Se escogen buenos filetes de carne, se limpian con esmero y se parten en trozos regulares; después de golpearlos ligeramente y espolvorearlos con sal y pimienta, se les pone en una sartén con manteca y se les deja cocer á fuego vivo, volviéndolos de cuando en cuando; una vez que estén bien fritos, se les quita la grasa, que se reemplaza por un poco de vino de Madera, con el que darán un hervor muy vivo para que el vino se consuma en seguida; y al quedarse en seco los filetes, se echa en la sartén un poco de pimentón y otro poco de buen caldo; en esta salsa se les tiene unos minutos



á la lumbre, pero sin dejarlos que lleguen á cocer.

Para servirlos los colocaréis en una fuente redonda, formando corona, alternando con hígados de ganso rehogados en manteca; el centro de la fuente se rellena con trufas, y se echa la salsa muy caliente sobre los filetes.

PASTA DE HÍGADOS DE PATO

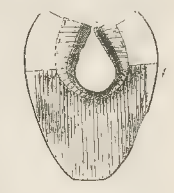
En una cacerola de barro que resista bien el fuego, se ponen finas lonchas de tocino, torrándola completamente; se prepara un relleno bien trufado con tiras de tocino en el interior, de manera que resulte en medio un hueco bastante grande. Los hígados de pato (muy frescos por supuesto) se cuecen en vino de Madera, con trufas cortadas en redondelitos; hígados y trufas se ponen en la cacerola y se cubren con una capa de relleno en forma de cobertera, terminando con una gran loncha de tocino, y se deja cocer lentamente en el horno durante una hora. Si se dispone de hígados de ganso, la pasta, ó «foie gras», resultará mucho más refinada.

UN BUEN POSTRE

Se baten en una cacerola seis yemas de huevo con 150 gramos de azúcar en polvo; se añaden 150 gramos de manteca de vaca disuelta y templada, doscientos cincuenta gramos de harina y un litro de leche también templada. Con esta



pasta líquida se mezclan las seis claras de los seis huevos, batidas á nieve muy dura; se tendrá á la lumbre una sartén pequeña, untada muy ligeramente de manteca con un pincel; se echa una cucharada de la pasta en la sartén, extendiéndola en el fondo para que forme una capa delgada, y en cuanto este panecillo esté cocido de un lado, con la hoja de un cuchillo, y de un solo golpe, se voltea para que se cueza del otro; se saca en seguida y se coloca en un frutero ó plato de postres, y se cubre con una ligera capa de mermelada; se continúa de la misma manera haciendo panecillos hasta reunir 20 ó 25; se van colocando unos sobre otros, siempre recubiertos de mermelada, procurando terminar con panecillo para que el todo resulte en forma de cúpula; este último no se cubre de mermelada, sino que se salpica, como todo, de azúcar fina y se sirve caliente.



8.—Prendas de ropa para niños.

EL TESTAMENTO

Del Ilmo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua", Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro en una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



La moda en el Invierno

El verano se ausenta. Parte con él su cortejo de aires huracanados, polvaredas y nubes grises que tristemente encapotan el cielo. El firmamento de nuestra patria y, especialmente, el de nuestro Valle de México, lucirá el azul mate, el verdadero «azul celeste» que nosotros siempre hemos visto con indiferencia, pero que los extranjeros contemplan con admiración. Son tan pocos los países del mundo cuyas bóvedas celestes ostentan un azul tan puro y tan uniforme como el nuestro, que con razón se deleitan los extranjeros contemplándolo.

Con el verano que parte, parten también algunas modas. He dicho mal: no parten precisamente las modas, sino algunos detalles de éstas, los detalles que particularizan las estaciones del año. No vendrán ya los trajes de colores grises, los sombreros de encaje y seda y los abrigos ligeros de sutil blonda; llegarán los vestidos oscuros, muy oscuros, casi negros; los sombreros de fieltro y lana y las ricas capotas de paño irlandés con sus anchos cuelloshombreras, sus grandes botonaduras de concha nácar y sus dimensiones algo exageradas, muy exageradas, pudiéramos decir, puesto que las ricas capotas cubran el cuerpo todo de las damas.

La moda invernal es muy elegante: en Europa, suspira la aristocracia por la llegada del invierno, para tener oportunidad de lucir toda la inventiva, toda la gracia, todo el «chic» de los artistas del vestuario. En Europa hay razón de que eso sea, pues los fríos son crudísimos y la estación de invierno se prolonga demasiado. En México no sucede otro tanto, pero sin embargo, nuestras damas elegantes hacen un derroche de lujo y de buen tono, en la confección de trajes, abrigos y sombreros.

La piel de nutria, tan rica y tan estimada, no tiene lugar de ser en nuestro país. Comprendo que éste es un factor negativo para el mayor lucimiento de las damas, pues en Europa y en los Estados Unidos, la piel de nutria constituye, en la estación de invierno, un elemento precioso para la confección de abrigos, adornos de trajes y aplicaciones de sombreros. En los últimos figurines del Viejo Mundo, comienza ya á iniciarse el cambio lento de la moda, pues los grabados marcan ya los preparativos de una reforma en el vestuario. Como para nosotras es muy anticipada esta moda, trato solamente por ahora de seleccionar los trajes, formar con ellos una variada colección y ofrecer ésta, con toda galantería, á mis simpáticas lectoras. Ya veréis dentro de pocos días, en estas páginas, la bonita colección de trajes que he formado, y espero que con ella quedaréis complacidas y la adoptaréis como modelo para vuestras confecciones. Sólo debo advertiros que los modelos á que me refiero dan á conocer una nueva tela, reciente creación de los talleres franceses y alemanes, rica en dibujos y de «estilo japonés», según la han bautizado sus inventores. Esta tela, de gran consistencia, es de alta lana y muy «abrigadora». Constituye una verdadera novedad.

María Luisa.



1.—Trajes de paseo.

La estatua del maestro

Que haya quien se marche de un pueblo porque le levantan una estatua, es caso extraordinario.

Que el objeto de la distinción sea un maestro de escuela, es más extraordinario todavía.

El lance ocurrió de la manera siguiente: Llegó al lugar de Cumbres del Fresno, perteneciente en lo antiguo á una encomienda de Santiago, un maestro de escuela de no muchas letras, aunque sí de bastantes años; no hay que decir si pobre, diciendo el oficio; duro de genio y amigo de disputar. En suma, un pedantón que no cayó en gracia á la gente.

La primera arremetida la tuvo con el alcalde, y de ahí ya se sabe lo que vendría.

La segunda la tuvo con los discípulos, y con harta razón por su parte, pues averiguado el caso, quedó tan claro como el sol que Periquillo el «Zorzal», que era la pellica del diablo, hizo fiesta inaugural metiendo dos castañas restallonas, sin morder ni rajar, en el brasero del maestro, á punto que teniéndolo entre los pies, por hacer demasiado frío, enseñaba la tabla de multiplicar á los mayores.

Las dos bombas estallaron juntas, rociando de candela y ceniza un más que mediano espacio, y con el súbito sobresalto y turbación, el digno profesor dió un brinco tal, que rasgó el techo con el gorro.

Abierta información, y hallado el culpable, «incontinenti» le fué aplicado el castigo con unas buenas disciplinas de cinco ramales que el maestro sabía esgrimir con verdadera suficiencia.

Acaso con esta severa reprensión hubiese podido conquistar el general aprecio, pues en el lugar era unánime la opinión de que la letra con sangre entra; y por lo que toca á Periquillo, no habría quien dejase de recetarle sus tres ó cuatro palizas diarias para su completa regeneración moral.

Hijo de viuda pobre, crecía como un espino majoleto, libre y empecatado, esperando el día en que lo echasen á guardar cabras ó cerdos.

—Madre, pa eso, lo mismo da que aprenda como que no. Me parece que voy á enseñar la tabla de multiplicar á los guarretes.

Y con arreglo á esta filosofía pueril, Periquillo asistía á la escuela porque no podía pasar por otro punto, pero haciendo lo posible por no aprender cosa alguna.

¡Y en algo se había de entretener!

Una tarde, ya bien entrado el invierno, el maestro se quedó con las ganas de dar lección—si alguna tuviera, -pues abierto el «templo de Minerva,» preparado el brasero, á salvo ya de toda acción explosiva merced á cierta discreta alambrera, y apercibidos papel, plumas y algodones con lo demás necesario, pasó el tiempo sin que la turba infantil apareciese. Aquélla fué una «rabona» colectiva, que hoy se le diría huelga pacífica de escolares. La organizaron Periquillo el «Zorzal», Tomasillo el de la «Coja» y «Celipe», el hijo del barbero. Delante de la escuela hay una plaza que parece prado, con unos olmos muy copudos, sitio asaz aparente para el juego de la rayuela, del trompo, y en general, para toda clase de juegos, según las estaciones.

Allí se fueron congregando en espera del maestro.

—Amos de «rabona?»-dijo Celipe, que era bizco y pecoso, y más malo que la quina.

—¿Y ánde nos metemos?

—En el castañar. Echamos la tarde de rebusco. Yo sé un sitio que si no «andara» por allí el guarda del molino, nos ponemos la barriga así—dijo Periquillo, experto rebuscador de todo linaje de frutos naturales y civiles.

—¡Ea! al avío! Hoy no hay escuela.

—Que se quede el «Calvo» con las disciplinas.

—¿Veis este palitroque? ¿Veis aquel medio cántaro que asoma por la ventana de la escuela? -exclamó «Celipe».—Güeno, pues esto es la escopeta y aquél el maestro... ¡pum! castañazo.

Y con esa hipótesis balística desahogó sus rencores.

—¿Y si nos pega?—se atrevió á decir uno de los chicos.

—¡Ay qué gracia tiene el gurripato! ¡Si nos pega! ¡Si nos pega, no arrascamos!

Y confortados los párvulos con la fanfarria de los mayores, echaron juntos hacia el extenso castañar. El viento mansurrón y frío parecía gemir entre las ramas peladas de los castaños; el suelo estaba cubierto por una gruesa capa de hojas secas, que hacían un son de cosas tristes al ser removidas por el pataleo de los chicos. El cielo lívido cobijaba el paisaje invernal con su tono gris de abrumadora monotonía....

Allí jugaron; se revolcaron como animalillos sueltos; buscaron la castaña olvidada entre las hojas, enterrada á la vera de los zarzales; se punzaron las carnes con los erizos secos; se desgarraron los calzones con las púas de los troncos.

En esto empezó á nevar. Los copos caían con airosa ondulación y se deshacían sin ruido sobre las hojas y las ramas.

—¡Esto es nieve!

-Amonos á la plaza pa hacer la bola.

—¡Ea, á la bola! Ahora sí que jugamos.

Y ágiles como pájaros en bandada, salieron del castañar y tomaron la vuelta del pueblo.

La tarde se iba obscureciendo con la nevada; los copos llenaban el aire, y la alfombra blanca tendida sobre el campo crecía, cada vez más blanda, cada vez más espesa.... Los olmos de la plaza se iban ensabanando con aquella nieve tan pura, tomando aspecto de grandes fantasmas, de gigantes esqueletos de razas perdidas....

—¡Aquí, recontra! -gritó Periquillo—¡Venga tela; me jago tiestos, y vais á ver una cosa del otro mundo!

Parecía inspirado; alguna súbita concepción de artista le punzaba en los sesos, le brillaba en los ojos.

—¡Nieve!—pidió en tono de mando.

Y no se lo dijo á sordos. En pocos minutos le amontonaron cuanta quería. Periquillo comenzó á modelar la estatua hermética, el gran busto asentado sobre una mole blanca que apelmazaban entre todos.

Poco á poco fué saliendo de entre sus manos amoratadas, á las que un ciego instinto guiaba entre la nieve, la ancha cara, con su abultado frontal y su enérgica mandíbula.—¡Je, je!—gritaban los entusiasmados compañeros del escultor. De un hábil manotazo de filo quedó abierta la boca, y con tres bellotas la proveyeron de dentadura. En el hueco de los ojos asentó Periquillo dos elegantes hongos agujereados en guisa de gafas, y con una simple coronilla de hojas secas compuso la melena lacia y amarillenta que flotaba al viento.... Con dos palos que sirvieron de armazón, moldeó luego los robustos brazos; en la una mano, que parecía un puñón, aferraron improvisadas disciplinas, para cuyos ramales, cinco exactamente, cedieron gratuitamente sus tirantes de orillo algunos de aquellos señores. De la otra salía un índice colosal en actitud de reprender severamente ó de enseñar profundas verdades.

—Falta el gorro; ¡á ver, buscar!

Y á poco que buscaron hallaron un cesto de mimbres roto, que vino pintiparado. Con el trozo de un atabarre abandonado formaron la bufanda, y con un erizo seco, abierto del todo, puso Periquillo el clásico bigote, ancho, corto, punzante, tostado por las colillas bien y lealmente apuradas.

El holgorio de la gente menuda no tuvo límites. La pobre estatua tuvo que sufrir mil apóstrofes é impertinencias, sin deshacer un punto aquel gesto de ridícula majestad, de severidad acre y risible que el escultor había acertado á darle.

Los que venían del campo se paraban bajo los olmos á ver aquelo.—Mira, ¡condenao! propio al maestro.

—Este es el maestro, que sa llenao de jarina.

—Anda, y cómo gasta fantesía el



2.—Vestidos de casa y paseo.



maestro Ciruela! Asín tenía de estar pa que se le baje el argullo....

Después fué un jubileo; todo el vecindario quiso ver la caricatura, y el propio maestro, llevado por la natural curiosidad de ver qué hacía la gente, fué.... y se vió, y se reconoció, con una amargura afrentosa, con todo el dolor del ultraje.

No lo pudo resistir, y como no había esperanza de paga, se marchó del pueblo escupiendo rencores.

Al cerrarse la escuela, Periquillo se fué á guardar cabras y cerdos, único fin para que fué creado.

En un mismo día perdió aquella gente un maestro y un escultor.

Por lo que toca á éste, ¡quién sabe! Acaso fuera una gloria perdida....

JOSÉ NOGALES.



LOS JUGUETES

¿Los juguetes, tendrán alma?
¡Qué ironía!
A esa pregunta, con calma
se responderá algún día....

Mirad bien esa pastora
desde aquí,
¡esa, sin duda, me adora,
muriéndose está por mí!

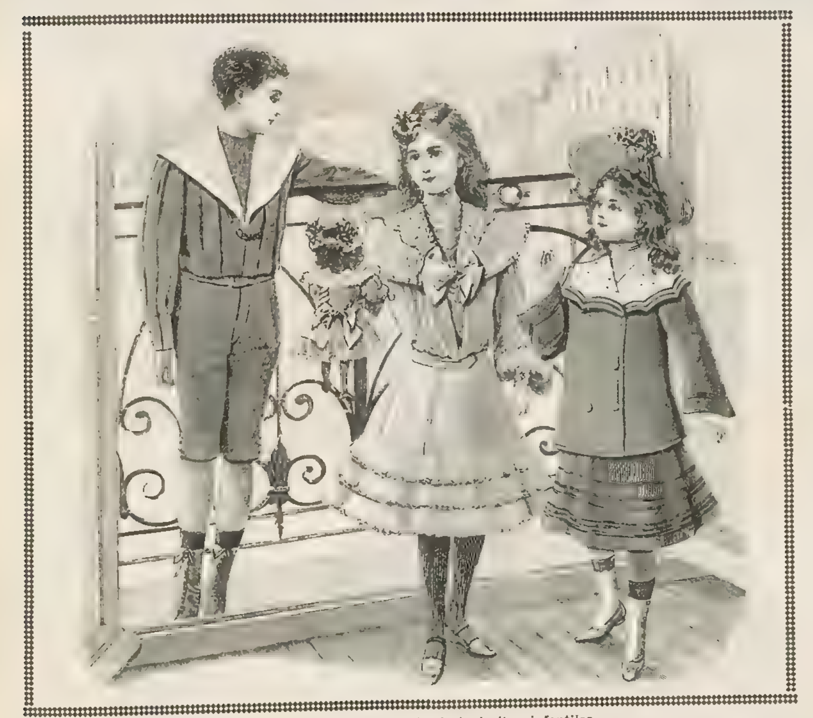
¡Ved aquel viejo! En verdad
que muy bien
aparece, por su edad,
mayor que Matusalén.

¿Y aquel gallardo tenor
de opereta?
¡Ni más dulce, ni mejor,
otro existe en el planeta!

Sobre mi mesa plantado
vive un can,
debe estar desesperado,
¡sin un hueso, sin un pan!

¡Qué lindo aquel mosquetero!
¡Qué arrogante!
¡Con la mano en el acero
y la faz amenazante!

Un juguete me enajena
mucho á mí:
¡es aquella Magdalena
que está despeinada allí!



3.—Trajes de visita y colección de trajecitos infantiles.

¡Un acróbata en mi casa!
No lo aprecio,
porque la vida se pasa
oscilando en el trapecio....

Aquella es una jauría:
siempre allí
persiguiendo noche y día
á invisible jabalí....

Aquel otro es don Quijote:
gallardea
de su Rocinante al trote
y en busca de Dulcinea.

Ofelia y Hámlet—los dos—
allí están;
¡parecen decirse adiós
mirándose con afán!

Hay otro en que estoy fijando
mis miradas:
¡Lady Macbeth procurando
lavar sus manos manchadas!

¡Ved aquel espadachín!:
no está mal,
porque á su contrario, al fin,
le abrió en el pecho un ojal.

Hay otro que está adornando
un rincón:
es un loco, apuñaleando
de una ingrata el corazón!

A veces yo me figuro
que respiran,
y que merced á un conjuro,
se me acercan y me miran....

Pero al que yo más respeto,
es á aquél:
representa un esqueleto
perseguido por Luzbel!

De noche, si me desvelo
—¡cosa rara!—
le arrojo encima un.... pañuelo:
¡tanto horror me da su cara!

¿Los juguetes tendrán alma?
¡Qué ironía!
A esa pregunta, con calma
se responderá algún día.

BONIFACIO BYRNE.





El Amor asesinado

No se podrá decir que la infeliz Eva omitió ningún medio lícito de zafarse de aquel tunantuelo de Amor que la perseguía sin dejarla punto de reposo.

Empezó poniendo tierra en medio, viajando, para poner el hechizo que sujeta al alma á los lugares donde por primera vez se nos aparece el Amor. Precaución inútil, tiempo perdido, pues el pícaro rapaz se subió á la zaga del coche, se agazapó bajo los cojines del tren, y a más adelante se deslizó en el saquillo de mano, y, por último, en los bolsillos de la viajera.

En cada punto donde Eva se detenía, sacaba el Amor su cabecita maliciosa y la decía con sonrisa picaresca y confidencial:

—No me separo de ti. Vamos juntos.

Entonces Eva, que no se dormía, mandó construir una altísima torre bien resguardada con cubos, bastiones, fosos y contrafosos, defendida por fuertes guardias, y cerrada, día y noche, con rastrillos y macizas puertas de roble, chapeadas y claveteadas de hierro. Pero al abrir la ventana una noche que se asomó agobiada de tedio, á mirar el campo y á gozar la apacible y melancólica luz de la luna, el rapaz se coló en la estación; y aun cuando le expulsó de ella, colocó rejas dobles con agudos pinchos y se encarceló voluntariamente, sólo consiguió Eva que el Amor entrase por las hendiduras de la pared, por los canalones del tejado ó por el agujero de la llave.

Furiosa, hizo tomar las grietas y calafatear los intersticios, creyéndose á salvo de atrevimientos y demasías; mas no contaba con lo ducho que es en tretas y picardigüelas el Amor.

El muy maldito se disolvió en los átomos del aire, y, envuelto en ellos, se le metió en la boca y en los pulmones, de modo que se pasó el día respirándole, exaltada, loca, con una fiebre muy semejante á la que causa la atmósfera saturada de oxígeno.

Ya fuera de tino y desesperada de no poder tener á raya al malvado Amor, Eva comenzó á pensar seriamente en la manera de librarse de él definitivamente, á toda costa, sin parar en medios ni tropezar en escrúpulos.

Entre el Amor y Eva la lucha era á muerte, y no importaba el cómo se vencía, sino sólo obtener la victoria.

Eva se conocía bien, no porque fuese muy reflexiva, sino porque poseía un instinto sagaz y certero; y conociéndose, sabía que era capaz de engatuzar con maulas y zalamerías al mismo diablo, que no al Amor, de suyo inflamable y fácil de seducir.

Propúsose, pues, engañar al Amor, y desembarazarse de él sobre seguro y traicioneramente, asesinándole.

Preparó sus redes y anzuelos, y poniendo en ellos cebos de flores y de miel dulcísima, atrajo al Amor haciéndole graciosos guiños y dirigiéndole sonrisas de embriagadora ternura y palabras entre graves y mimosas, de notas más melodiosas que las del agua cuando se destrenza sobre guijas ó cae suspirando en morisca fuente.

Y el Amor acudió volando, alegre, gallardo, feliz, aturdido y confiado como un niño, impetuoso y engreído como mancebo, plácido y sereno como varón granado y vigoroso.

Eva lo cogió en su regazo; acaricióle con felina dulzura; sirvióle golosinas; lo arrulló para que se durmiese tranquilo, y así que le vió calmarse recostando en su pecho la cabeza, se preparó á estrangularle apretándole la garganta con rabia.

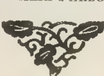
Un sentimiento de pena y lástima la contuvo breves instantes, sin embargo. ¡Estaba tan lindo, tan divinamente hermoso el condenado Amor aquel! Sobre sus mejillas de nácar, palidecidas por la felicidad, caía una lluvia de rizos de oro, finos como las mismas hebras de luz, y de su boca purpúrea, risueña aún, de entre la doble sarta de piñones mondados de sus dientes, salía un soplo aromático, igual, puro. Sus azules pupilas entreabiertas y húmedas, conservaban la languidez dichosa de sus últimos instantes; y plegadas sobre su cuerpo de helénicas proporciones, sus alas color de rosa parecían pétalos arrancados. Eva notó ganas de llorar.. ... No había remedio: tenía que asesinarle si quería vivir digna, respetada, libre..... Y cerrando los ojos para no ver al muchacho, apretó las manos enérgicamente, largo, largo tiempo, horrorizada del estertor que oía, del quejido sordo y lúgubre exhalado por el Amor agonizante.

Al fin Eva soltó á su víctima y la contempló... El Amor estaba muerto, tan muerto como mi abuela: ni respiraba ni se rebullía.

Y al punto mismo que se cercioraba de esto, la asesina percibió un dolor terrible, extraño, inexplicable; algo como una ola de sangre que ascendía á su cerebro, y como un arco de hierro que comprimía gradualmente su pecho, asfixiándola. Comprendía lo que sucedía....

El Amor, á quien creía tener en brazos, estaba más adentro, en su mismo corazón, y Eva, al asesinarle, se había suicidado.

EMILIA PARDO BAZÁN.





4.—Vestidos de la estación



La más virtuosa

Cuando el noble león tomó posesión de sus dominios, pensó cuerdamente que le convendría casarse, y llamando al águila viajera, le dijo:

—Veloz mensajera: tú que traspasas los montes y los ríos; tú que incansable te ciernes en las alturas y desciendes rápida por los valles llevada por el viento de tus potentes alas, recorre todas las regiones de mis estados, las que se extienden al levante y que el sol alumbra con la púrpura de las alboradas, las que en el brumoso poniente bañan sus playas en el verde océano, las que se envuelven en las melancólicas nieblas del helado Norte y las que el sol radiante del mediodía alumbra con su rayo abrasador, y avisa á mis súbditos que el rey ofrece su mano á la joven que posea la más bella de las virtudes.

Y el águila hendió los aires esparciendo la buena nueva.

Y vinieron la cigüeña, desde las remotas llanuras del oriente; la golondrina, desde los países abrasados por el sol de los trópicos; la alondra, desde las regiones que se envuelven en el manto de las nieblas invernales, y dejaron los bosques y los valles la corneja, la urraca, la paloma......

Y una vez en presencia del noble león, empezaron á exponer sus respectivas virtudes.

—Yo—dijo la cigüeña—no puedo menos de declarar que la virtud dominante en mí es la bondad. Ese sentimiento delicado que es la base de los afectos más puros y capaz por sí solo de remediar todos los males de la humanidad, lo poseo en alto grado y gobierna todas las acciones de mi vida. Es ésa, pues, la virtud que me vanaglorio de poseer.

—El desinterés es mi mejor cualidad—continuó la alondra;—creo que es la virtud de más precio, y si ella fuese la norma de las gentes, como lo es mía, el mundo sería feliz.

—No lo creo yo así—interrumpió la golondrina;—yo opino que la gran virtud es la sinceridad [virtud que yo poseo, por cierto], y si ella fuese cultivada por la humanidad, todos vivirían contentos de sí mismos y satisfechos de sus semejantes.

—Sobre todas esas virtudes hay una muy principal que ustedes han olvidado—dijo la corneja;—hablo de la inteligencia. Si ustedes poseyeran esa virtud en un grado tan alto como yo la poseo, se encontrarían dotadas de todas las otras virtudes, y juzgarían con altura todas las cosas; es, á mi parecer, la mejor virtud, la virtud de las virtudes.

Y siguiendo este tono, el resto de la asamblea continuó hablando de sus respectivas virtudes y encomiando su trascendencia.

—¿Y tú qué dices?—preguntóle el león á la paloma, que hasta entonces no había hablado.

La blanca paloma bajó los ojos y permaneció callada.

—¡Bien!—dijo el león—la cigüeña habló de su bondad; la golondrina de su sinceridad; la alondra, de su desinterés, y siguiendo el mismo rumbo, los demás han alabado sus respectivas virtudes, abundando en luengos elogios para consigo mismos. Unicamente la paloma, llevada por su discreción, ha dejado de hacer su apología, y esto, lejos de ser un mal para ella, habla mucho en su favor. No habló de sus virtudes, porque, poseyéndolas todas, creyó inútil elogiarlas, llevada por el instinto general de las gentes, que olvidan sus propias virtudes para alabarse de las que les faltan. Elijo, pues, por esposa á la paloma, porque su mayor virtud es la discreción, virtud que reasume todas las otras.

Y dirigiéndose á la paloma, le dijo:

—¿No es verdad, paloma mía, que piensas del mismo modo?

Pero la paloma no contestó, porque era muda.

JULIO F. ROEL.



5.—Dos elegantes abrigos de otoño.

La falsa delicadeza

—¡Sucio! ¿no ves que me estás manchando y me pones perdida?—dijo al rosal la calle enarenada de un jardín.

—¿No te pisan las gentes y no te quejas?—respondió el rosal.—Singular delicadeza la tuya. Sufres con calma que te manchen con la suela del calzado, y te ofende que caigan sobre ti hojas de rosa delicadas y aromáticas.

JOSÉ F. BREMÓN.



6.—Modelo de bordado al punto.

PANTEON DE ALDEA

I

La poética perspectiva de una apacible tarde otoñal, me sacó un día de mi gabinete solitario en busca de auras vivificadoras que refrescaran mi somnoliento cerebro.

Jugueteaban en la campiña las sutiles mariposas y no se escuchaba más rumor que el monótono zumbar de uno que otro inofensivo abejorro, perdido entre la exuberante verdura y silvestres jardines del dilatado, fértil y hermoso valle.

Cual si me empujara invisible mano, caminaba, caminaba sin saber á dónde.

La lectura de una novela de Edgard Poe, de que había disfrutado momentos antes, me mantenía suspenso, anonadado, vagando de acá para allá, al través de un mundo lóbrego de raquíticos espectros y de siniestras visiones....

La hipnotización fatídica producida por aquella lectura fantástica, había sido completa. Sentía avidez de sensaciones extrañas, de contemplaciones lúgubres, de espectáculos quiméricos; sed devoradora de perfumes indefinibles, de paisajes sombríos; de coloquios íntimos con seres de más allá de las tumbas.

A la verdad, mi espíritu desfallecía delirando.

De pronto, una losa marmórea vino á recordarme que vivía aún.

El suave y helado contacto de la lápida de un sepulcro, era la que me había vuelto al perfecto conocimiento de la vida real.

II

De hinojos, echado sobre una tumba derruída, besaba maquinalmente con mis labios el polvo sagrado de un Camposanto.

¿Quién me había llevado allí? ¿Qué objeto me guiaba? ¿Soñaba acaso? Lo ignoraba. Lo cierto era que nadie había allí más que yo, y que estaba sitiado por cuatro altas y gruesas murallas.

El silencio más profundo reinaba en aquel bendito asilo de la paz eterna, y nada había que no fuera la más elocuente confirmación de la bíblica sentencia: «Polvo eres y en polvo te convertirás».

¡Qué ideas, á cual más amarga, cruzaban, á la manera de errantes mariposas en derredor de una luz, por mi mente, agitada entonces como rugiente marea!

Sitio predilecto de la meditación, aquel humilde panteón de aldea traía á mi recuerdo muchos y muy tristes pensamientos: la memoria querida de un padre inolvidable fallecido cuando su hijo único no había dejado aún la prisión de la cuna; de una esposa que perdió para siempre á su esposo; de una hermana que vió morir en el apogeo de su juventud al hermano de su alma, y, por último, la desaparición de una cándida virgen, ofrenda con que la tierra quiso conquistarse los favores y simpatías del cielo.

Sentía aún en los labios el perfume de la láctea esencia maternal, cuando tuve el dolor inmenso, incomparable, de perder al que la existencia me diera.

Muchos años han pasado; otros tantos habrán de transcurrir, tal vez, sin que su recuerdo querido (religiosamente dado á conocer, como una tierna plegaria, por la voz balbuceante de una madre amorosa é inconsolable) se extinga del corazón.

La memoria de aquellos que nos dieron el ser debe borrarse únicamente con la muerte de los buenos hijos.

Si son los padres á quienes todo debemos, para ellos sean también todos nuestros desvelos.

¡Felices los hijos que saben servir y honrar á los autores de sus días!

. . . .

El sepulcro, con sus oscuras fauces abiertas, muéstranos cuán deleznable es la vida: llama fugaz que el más ligero soplo desvanece, chispa lúcida de un cerebro loco, que

vive lo que las rosas del lírico francés: «¡el espacio de una mañana!»

III

De improviso, la silueta de una mujer se desliza rápida por el sinuoso matorral que cubre un apretado cúmulo de mortuorios lechos. Es la de una joven al parecer bellísima, virginal, como el cáliz diminuto de la campánula, escultural y fantástica como esas creaciones del Dante; apenas cubiertas sus impalpables formas con una túnica transparente de tenues y flotantes pliegues.

¿Qué vos misteriosa pudo animar las yertas cenizas de esa hada misteriosa de ultratumba, arrebatada tal vez al afecto sin límites de rendidos amantes?

¿O será la musa del trovador pastoril que, en los albores de la callada noche, alza la fría losa de su sepulcro para referirnos sus cuitas? Quizá la hija ingrata, una sombra vaga, tal vez nada, vana ilusión, risueña quimera, fugaz mentira....? No sé qué desconocido é indefinible deleite me inspiraba la escena misteriosa del panteón.

Las frases de amor de una conquista perdida; los suspiros, los ayes de vehemente angustia de una madre idolatrada; todos esos rumores ininteligibles de vocablos y de interjecciones acudían en confuso tropel á mi mente, á mostrarme, con la meridiana claridad de la evidencia, la fragilidad del edificio humano, condenado á desplomarse con ensordecedor estrépito al menor impulso adverso del destino, ciego é inexorable.

Las cruces enmohecidas ó despedazadas, los ataúdes roídos por la acción del tiempo, los huesos de los hombres, niños y mujeres que dejaron de serlo; en una palabra, la materia, en lucha abierta con la materia, hace del Camposanto el coliseo más interesante y lleno de nubulosidades morales.

¿Quién no se abisma, quién no se siente sobrecogido de espanto, ante ese negro caos de lobreguez infinita, refugio eterno de las víctimas de la muerte?

Y no obstante, vemos á nuestros más caros amigos descender al fango para calumniarnos; miramos alzarse la maldad en su solio de reputaciones vulneradas; oscurecer el talento, mancillar la virtud, prostituir la honradez, divinizar el vicio. En todas partes el hombre perecedero, dando libre desahogo á sus instintos animales, creyéndose inmortal y árbitro absoluto de los destinos sociales.

¡Cuánta idea fecunda anulada, cuánta inocencia perdida, qué de males, minando los cimientos de la vieja monarquía social!

Aceptadas como verdades dignas de fe las más repugnantes pasiones, nadie piensa hoy que algún día habrá de bajar á la tierra que huella con tanta soberbia, y confundir sus restos con la infecta muchedumbre de los gusanos.

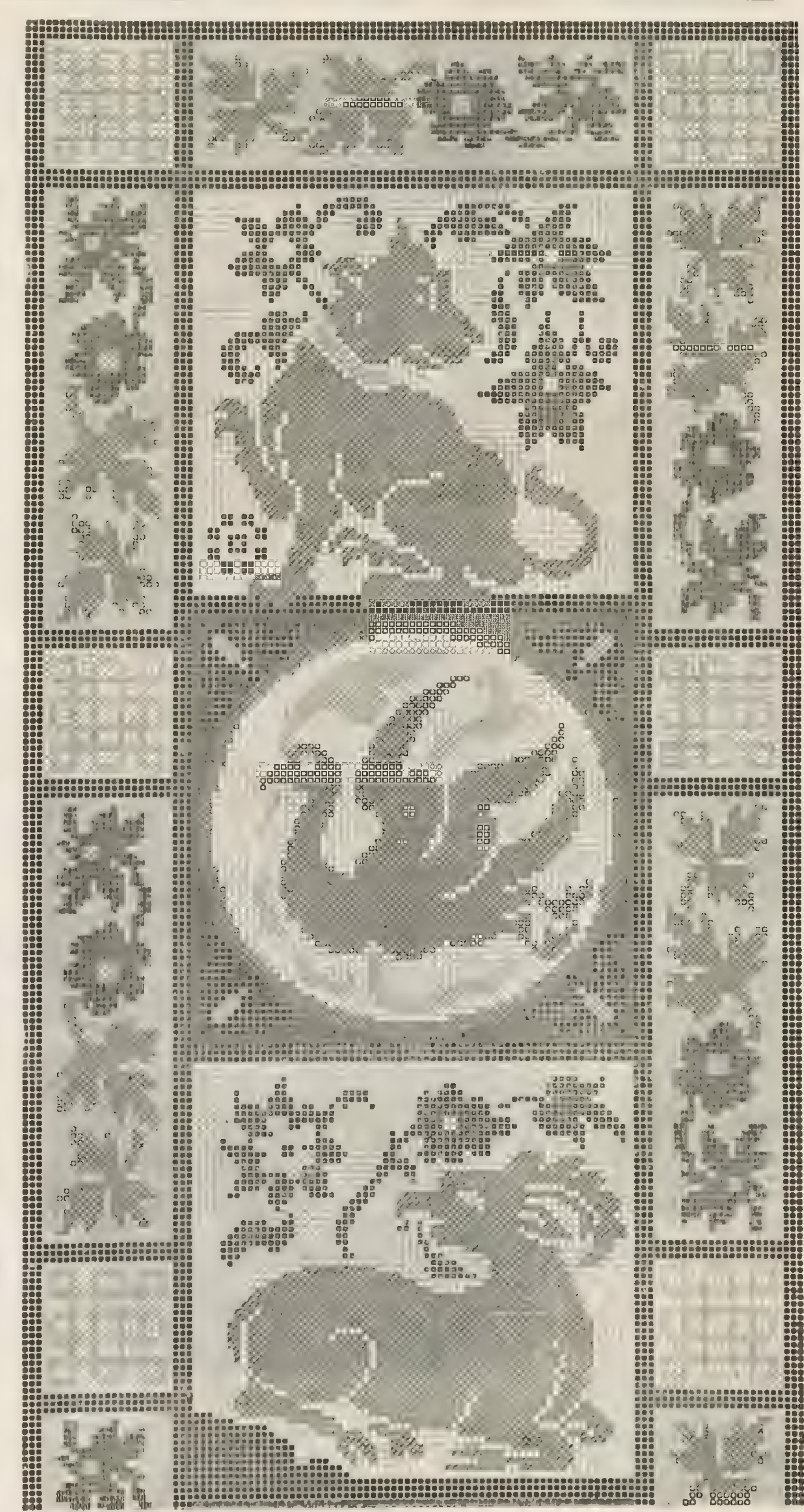
El asombroso incremento que día á día toma la corrupción, las lepras sociales, nos asustan y nos hacen temblar por el porvenir de la humanidad.

Nadie piensa en un «más allá».

Hombres, mujeres, jóvenes y ancianos, ricos y pobres, nadando en la impudicia y teniendo los ojos fijos en los bienes materiales, sin parar mientes en que, como el peregrino que levanta su ligera tienda, todo lo que nos rodea nos abandona: riquezas, techo paternal, amigos, la esposa, el protector compasivo ó la madre solícita que con sus saludables consejos, besos y caricias nos hiciera hombres, indicándonos como patria el mundo, como timbre de orgullo el honor, y como haber cuantioso é inagotable, el trabajo.

En la ciudad y en la aldea, en el pueblo más habitado como en el villorrio incipiente, el cementerio—ó «la ciudad de las tumbas», como lo ha denominado alguien—ocupa un lugar solitario: viva imagen del respeto universal.

La virtud, libertadora horoica del espíritu, representada por la silueta fugitiva del panteón de aldea, huye despavorida, siendo difícil encontrarla ni aun en el seno de esos



7.—Otro modelo de bordado.

hogares, dignos émulos de los de la Edad de Oro, en los que en otro tiempo no se acaparaban tesoros ruines y se pensaba más cuerdamente en lo que somos, despojados del aliento vital que nos anima.

Los ignorantes—á lo menos—de las épocas bárbaras que pasaron, discurrían con criterio más espiritualista; pensaban en la muerte, y temblaban ante la idea de ser sorprendidos por ella, rindiendo culto impuro al escándalo, á la avaricia ó al crimen!

J. SANTIAGO ESPINOSA [CHILENO].

SE MORIA......

En la tarde silente
Se moría la hermosa
Y su voz dolorosa
En la tarde expiró......
Como Belkiss muriente,
Con su voz cadenciosa,
Ella, en rima harmoniosa,
Su agonía cantó:

«La tristeza me mata
Cual veneno sutil.
Ya no soy la gentil
Que adoró el amador.
Por mi faz de marfil
Tristes perlas desata
El recuerdo: la grata
Embriaguez de mi amor.

¡Oh mi amado! la muerte
Me acaricia, bien mío....
Ya siento el roce frío
De la sierpe.... Amor! ven!
Baña helado rocío
Mi floral cuerpo inerte....
Ven; con tu brazo fuerte
La caricia detén!

Oh amado! cuán lejana
La hora, dulce hora
En que con luz de aurora
Amor me iluminó.
Oía en la mañana
Mucha fibra sonora
Y en el lecho de Flora
Mi alma virgen vibró.

En la selva florida
Decía Primavera
La cadencia primera
Del amor de su Abril.
Campo de lirios era
Mi albo seno; mi vida,
Dulce fuente impelida
Por tu aliento sutil.

Como níveos corderos,
Revestidos de flores,
Bebieron tus amores
Agua de rosa y miel.
Y ya sin sed ni ardores,
Al perderse ligeros,
Sus balidos postreros
Me decían: es él!....

Y, enferma de tristeza,
En mi lenta agonía
Cual pebete encendía
Para ti el corazón. ..
Y vida, alma y belleza
Mi fiebre te ofrecía....
¡Tal fué la ofrenda mía
Oh! mi rey Salomón!»

* * *

Y en la tarde silente
Se moría la hermosa



8.—Sombrero de la estación.

Y su voz dolorosa
En la tarde expiró....
Y cual Belkiss muriente,
Con su voz cadenciosa,
Ella, en rima harmoniosa,
Su agonía cantó.

J. T. Arreaza Calatrava.

Fábulas en prosa

El cuerpo y la sombra

El cuerpo estaba muy disgustado de la compañía de la sombra. Caminaba hacia el sol, y la sombra le seguía; volvía la espalda al sol cuando andaba, y la sombra iba delante. Se paraba, y la sombra también se detenía. Un día no pudo más y dijo á la sombra con tono descortés:

—Retírate de una vez. Quiero estar solo.

—No puedo dejarte; tengo obligación de ir contigo donde vayas.

—Me retiraré de ti.

—No lo conseguirás; soy tu compañera de cadena en este mundo.

—Saldré al sol cuando éste caiga sobre mí verticalmente desde el cenit.

—Y estaré bajo tus plantas.

—Pasearé siempre en el crepúsculo.

—Y te seguiré disimuladamente en la penumbra.

—Cerraré de noche mis puertas y ventanas y no encenderé luz en mi alcoba.

—Entonces serás mío por completo y te estrecharé tan íntimamente, que no habrá un solo punto de tus formas libres de mi abrazo.

—Me mataré.

—Y me acostaré al lado de tu cadáver; y si te entierran, te envolveré en el sepulcro; y cuando exhumen tus restos, me dividiré en tantas partes como ellos; y rodaré con tu cráneo y haré guardia á tus últimos despojos mientras existan sobre la tierra.

—¿Y mi alma?

—Esa te abandonará para irse al mundo de la luz: tú eres esclavo de la sombra.

CAUSAS Y EFECTOS.

Cuando dormida
te contemplaba,
y tu albo seno
se levantaba,
fiel testimonio
de vida cierta,
decía yo triste:
¿Si estará muerta?....
Fúnebre lecho
alzóse un día.
Allí arrojada
te vi, alma mía!

Besé tus labios,
conchas de hielo....
y exclamé ufano....
—¡Duerme!.... Yo velo.

J. S. de Castro.

OJOS NEGROS

Ojos negros como el broche
De una noche singular,
Ojos de color de noche;
Ojos donde hay un derroche
De lumbre crepuscular.

Ojos de mirar ardientes
Cuya pupila enamora;
Ojos tan resplandecientes
Cual las luces refulgentes
De primaveral aurora.

Color de ébano, luz clara;
Red de pestañas oscuras
Como mi amor las soñara,
Ojos de luz que eclipsara
A la luz de las alturas.

Ojos que brillan airados
En fondo color de Zalia,
Por los que están enojados
Los ojos enamorados
De las vírgenes de Italia.

Ojos cuya lumbre ciega,
Cuya luz que en amor baña
Y al más altivo doblega,
Envidia la mujer griega
Y las mujeres de España.

Miradme, ojos hechiceros,
Y dadme así la fortuna,
Negros ojos altaneros,
Ojos que sois dos luceros
En una noche de luna!

MEANY Y MEANY.

ESCARLATA

Ayer, cuando el crepúsculo moría,
y el cielo, lentamente
de luminosos astros se cubría,
los recuerdos cantaron en mi mente,
y queriendo soñar, de mi ventana,
trémulo casi, descorrí el postigo,
y evoqué mi ventura tan lejana,
que no me alegra, porque está contigo!
Un rayo del crepúsculo, indiscreto,
llegó hasta mí, como si así quisiera
revelar á mi espíritu el secreto
de un muerto amor....
y tan hermoso era,
que atónito quedóse y deslumbrado
mi corazón, que al evocarte á solas,
se halló súbitamente iluminado,
como si en él se hubiese deshojado
un ramo de encendidas amapolas!

JUAN DUZÁN.

EL TESTAMENTO
Del Ilmo. Sr. Arzobispo Feehan.
Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua", Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro en una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela ''Santa María'' de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



1.—Colección de trajes de visita, paseo y casa.

CELIA

I

Celia era una preciosa muchacha, rubia como el oro, que trabajaba para vivir, consagrada á la elaboración de flores artificiales.

Huérfana de padre y madre, cuantos la veían se enamoraban de ella.

Dos hombres la amaban, al parecer, con delirio: un poeta, llamado Fabio, y un oficial del ejército, llamado Esteban. Aunque rivales, los dos estaban unidos por una amistad fraternal.

Uno y otro vivían en la misma casa que Celia; el poeta en el cuarto de encima, y en el de abajo el oficial. La habitación de Celia estaba en el piso tercero, la de Fabio en el cuarto y la de Esteban en el segundo.

El principal estaba ocupado por un banquero entrado en años, llamado Isaac Góldsmith, un judío muy feo, panzudo y nada simpático, que también estaba enamorado de Celia, á la que nunca había dirigido la palabra.

La muchacha se reía de su fealdad, de su vientre y de sus gafas de oro.

II

Celia se levantaba diariamente á las seis y media de la mañana, y á las siete salía á entregar sus flores á sus aristocráticas parroquianas. A las nueve regresaba á su domicilio, donde trabajaba hasta la hora de comer.

Había conocido á Fabio y á Esteban al subir ó bajar la escalera, y allí se entretenía á veces hablando con ellos. Al fin el poeta y el oficial le declararon su amor, y Celia les escuchó á los dos con igual complacencia. Los tres llegaron á ser muy buenos amigos.

Pero no se podía averiguar si prefería á Fabio ó á Esteban. Y hasta es posible que no lo supiera ella misma.

Los dos la esperaban á su regreso, bajando de su casa el poeta y subiendo algunos escalones el oficial.

Charlaban un rato con ella, y una vez terminada la estrevista, cada cual se dirigía á su respectivo domicilio.

Fabio decía para sí:

—Me parece que está más amable conmigo que con Esteban. Sin embargo, no debo fiarme de él.

Y Esteban, por su parte, pensaba:

—Creo que me prefiere á Fabio. No obstante, debo estar muy sobre aviso.

En realidad, Celia se había mantenido en el fiel de la balanza con respecto á sus dos adoradores, si bien se mostraba algo más complaciente con el poeta que con el oficial.

III

A veces, cuando el militar había cobrado su paga, cuando el poeta había recibido el importe de sus versos y cuando la florista había tenido un buen ingreso, comían juntos los tres, siempre en casa de Celia.

A pesar de las respetuosas súplicas de Fabio y de Esteban, jamás consintió Celia en comer solamente con uno de ellos.

Un día le dijeron los dos galanes:

—¿Quiere usted, Celia, que comamos mañana juntos?

La florista guardó silencio durante un rato, y después dijo:

—Acabemos de una vez. Ustedes dos me aman, y deseo decidirme por el uno ó por el otro, á fin de otorgar mi blanca mano al preferido. Mañana comeré con uno de ustedes en el domicilio del elegido.

Los dos palidecieron, y Celia prosiguió en estos términos:

—No tengo motivo alguno que me induzca á preferir á Fabio ó á Esteban, pues los dos me son igualmente simpáticos. A ustedes toca decidir. Que cada cual haga valer sus derechos y pinte su pasión del mejor modo que pueda. Según la elocuencia de que ustedes hayan hecho gala en la carta que han de dirigirme á la hora de comer, subiré á casa de Fabio ó bajaré á casa de Esteban. Hasta ese momento no podré concederles la entrevista que de mí solicitan. Mañana tempranito me enviarán ustedes sus cartas. Las leeré y resolveré lo que mejor me parezca.

Acto continuo se retiró Celia á su habitación, dejando estupefactos al poeta y al militar.

IV

Fabio y Esteban se dirigieron á sus respectivos cuartos y se pasaron toda la noche escribiendo.

Emborronaron infinidad de pliegos de papel, sobre todo Fabio, el cual hizo un consumo extraordinario de dicho artículo.

Al día siguiente, en el momento en que Celia salía de su habitación, encontró junto á su puerta al poeta, el cual le entregó su carta sin decir una palabra y se alejó precipitadamente.

El documento consistía en una interminable tirada de versos, de la que renunciamos á dar una idea á nuestros lectores.



2.—Trajes de reunión.

V

A los pocos momentos encontró la florista en la escalera á Esteban, el cual, á su vez, le entregó la consabida carta, que, escrita en prosa, formaba notable contraste con la poética misiva de Fabio. Pero Esteban había agregado á su carta un precioso ramo de flores.

Celia cogió el ramo y la carta, y lo mismo que el poeta, retiróse el militar sin proferir una sola palabra.

VI

En el momento en que la florista iba á salir á la calle, la portera entregó á Celia una tercera carta.

No es posible describir la ansiedad horrible con que pasaron el día Fabio y Esteban.

A las seis de la tarde salieron de sus respectivas habitaciones y, por primera vez en su vida, se cruzó entre ellos una mirada de odio.

Al poco tiempo se presentó Celia, elegantísimamente vestida. Los dos enamorados se dirigieron hacia ella.

—¿Qué ha resuelto usted?—la preguntaron los dos á la vez con acento tembloroso.

—Sus versos, amigo Fabio—contestó Celia—son bellísimos, por más que yo no entienda el lenguaje que usted emplea. Sus rosas, amigo

3.—Vestidos de casa y visita.

Esteban, son una preciosidad; pero su estilo no me ha gustado ni me han convencido sus razonamientos. Por consiguiente, no puedo elegir entre ustedes.

—¿Pues á dónde va usted, vestida de ese modo?

—A casa de una persona que también me ha escrito esta mañana, proponiéndome si quiero ser su esposa.

Celia enseñó á sus dos adoradores la carta en cuestión y les hizo leer la firma del banquero Isaac Góldsmith.

Fabio y Esteban inclinaron la cabeza sin decir una palabra, y Celia bajó lentamente la escalera sin volver siquiera la cabeza.

LUIS GRAMONT.



FELINA

Del diván donde reposa
Mi gatita pendenciera,
En actitud belicosa
Se lanza, uraña y ligera,
Tras la frágil mariposa:
La acecha, se acerca luego,
Para inspirarla confianza,
Paso á paso, con sosiego;
Al fin sobre ella se lanza
Y se hace que no la alcanza,
Por que no se acabe el juego.

O si acaso, por cautela,
Le da con mucho cuidado
Un golpe que no le duela,
Y el insectillo, asustado,
Bate sus alas y vuela....

¡Mariposa, ten prudencia:
Ve que hay gatitas muy malas;
Lo digo por experiencia,
Y habrá alguna, sin conciencia,
Que te destroce las alas....!

FÉLIX CALLEJAS.





4.—Traje de casa y paseo.

La Pluma, la Mano y la Cabeza

No recuerdo en qué lugar,
ni á qué fin ni en qué ocasión,
se hallaron en un rincón,
reunidas al azar,
una pluma muy usada,
por el sarro ennegrecida,
una mano desprendida
y una cabeza cortada.

Comprarlas quiso un inglés
y á verlas se aproximó,
y pensativo quedó
oyendo hablar á las tres.
En su cartera apuntando
fué sus frases una á una;
cartera que, el tiempo andando,
á mí llegó por fortuna,
sin saber cómo ni cuándo.

LA PLUMA

—Olvidada duermo aquí;
pero aunque en el polvo estoy,
no me quita lo que soy
la gloria de lo que fuí.
Yo la historia enriquecí,
los misterios aclaré,
las luces multipliqué,
y de la nada en lo obscuro
brotaron á mi conjuro
amor, entusiasmo y fe.

LA MANO

—Mucho te enorgulleciste
y yo tu poder no acato,
que sólo de mi mandato
dócil instrumento fuiste
y de mí marchaste en pos.
¿Quién vale más de las dos?
¿Cuál debe ser más sagrada?
¿La pluma por mí guiada,
ó yo movida por Dios.

LA CABEZA

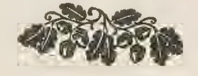
—Callad, vuestro orgullo vano
yo desharé como espuma:
¿Qué fuera sin mí la pluma?
¿Qué, sin mí, fuera la mano,
sin el soplo soberano
del genio que alienta en mí?
¿A qué vinierais aquí?
¿Disfrutarais, ni aun de lejos,
de mis glorias los reflejos
ni la ventura que os dí?

EL INGLÉS

—Dice la cabeza bien,
y sus razones son graves,
que plumas tienen las aves
y el cerdo manos también;
pero cabeza en que ardiente
brille del ingenio el sol,
¿quién la tiene? ¿Mucha gente?
Los ingleses solamente,
y acaso algún español.

Lector, quienquiera que seas,
de cuantas cabezas veas,
pocas hallarás vacías;
pero diez tienen ideas,
y noventa, tonterías.

EDUARDO DEL PALACIO.



La Vida del Ocio

Qué dichoso destino
el del mortal que de seguir no cura
el mundano camino,
y que labrar procura
un templo solitario á su ventura!

Que mira indiferente
cuanto le cerca en el esquivo suelo,
que ni honda pena siente
por el extraño duelo,
ni en el ajeno bien halla consuelo.

¿Qué aguardo yo del mundo,
viviendo loco entre su ruido vago,
si á mi anhelo profundo
ha de ofrecer en pago
glorias fugaces ó mentido halago?

¡Oh blanda, ociosa vida!
¡Oh presagio del goce de otra esfe
El alma combatida ra!
torna por vez postrera
á tu lado de calma placentera.

No vana ciencia quiero,
si dó se oculta el bien al cabo igno-
¿qué más saber espero ro;
si sé que la que adoro
de amores para mí guarda un teso-
ro?

Uno luche y padezca
en pos corriendo del laurel ansiado;
ora el otro encanezca
con el peso abrumado
lisonjero, más grave, del Estado.

Aquel lea y maldiga
el libro que su duda no resuelve,
ó el curso al astro siga
que al horizonte vuelve,
ó quiera el velo alzar que á Dios
envuelve.

Consúmanse estudiando
y en vigilia tenaz les halle el día;
y yo en el sueño blando
pase la noche fría
reclinado en tu seno, Laura mía.

Despiérteme tu beso
cuando al cenit el sol haya subido,
y, de ocio en el exceso,
de tu cintura asido
vaya á sentarme en el cojín mullido.

Allí apure, delante
de la alta estufa, entre abrigada ro-
el licor excitante pa,
que en la chinesca copa
el Asia ofrece á la gastada Europa.

Y dé al aura liviana,
por que á las horas á volar coad-
la planta americana yuve,
que en amorosa nube
á figurar las esperanzas sube.

Así trascurra el día,
y otro venga con él siempre conten-
téngase su alegría, to:
no entera, el que, sediento,
en el festín se arroja turbulento.

Yo libre de pesares,
el ocio adoro en plácido retiro,
sin ambición ni azares,
y aire puro respiro
sin exhalar ponzoña en mi suspiro.

Y cuando el mundo rueda
en negro torbellino de rencores,
mi vida ociosa y leda
huya, Laura, entre flores,
ocupada tan sólo en tus amores.

EUGENIO SELLÉS.



5.—Variada colección de trajes de paseo.

La reforma del traje femenino

Pocas cosas hay que cambien con más frecuencia que las modas de los trajes femeninos, y, sin embargo, en virtud de un fenómeno bastante inexplicable, cada creación nueva de esta moda se impone inmediatamente á nuestros ojos. Hoy día, casi no se puede creer que haya habido un tiempo en que el miriñaque y otros accesorios por el estilo parecían indispensables; ó, para no remontarnos tan lejos, que la chocarrera invención de los tontillos haya sido aceptada, hace veinte años, por la generalidad de las elegantes. Con casi todos los detalles del traje femenino pasa lo mismo: son efímeros, y, mientras duran, uno los creería eternos. Hay algo de lo ridículo, de lo imposible, en la moda de ayer y en la de mañana; hay una especie de necesidad en la moda de hoy.

No se debe perder de vista esta doble observación cuando se quieran presagiar los cambios que el porvenir ha de imponer al traje de las mujeres. Prepárense ustedes para aguantar protestas, y también burlas, si se les ocurre insinuar que una pieza dada de la vestimenta actual ha de llegar á abolirse un día, ó á transformarse radicalmente. Un escritor amigo pasó por esto, no ha mucho. Dedicó á estas modestas profecías un capítulo entero de un libro que apareció el año pasado. Al final de ese capítulo, el autor llegaba á la hipótesis de un vestido más holgado, más sencillo, más uniforme.... Pueden imaginarse ustedes si recibiría el hombre cartas en las que se le hacía saber que no entendía jota de la cuestión, que estaba divagando.

Abora bien: no ha transcurrido aún un año desde entonces, y ya se nos dice que la reforma del traje femenino está en vías de realizarse en casi todos los países del Norte... ¿Se sonríen ustedes? ¿No creen que las modas holandesas lleguen á imponerse en París? ¡Tengan cuidado! Ha caído en mis manos un largo artículo reciente, de una de las personas más calificadas para hablar seriamente de cintas y de moños, de Mme. de Broutelles: no se trata absolutamente de copiar costumbres de La Haya ó de Dresde; se nos anuncia, se nos demuestra un «traje reforma» nacional, bien francés, un traje reforma refinado, traído á París. Croquis, patrones, comentarios, nada falta.... La sobria [illegible]timenta del porvenir aparece all[illegible] lado, frente á frente, de los famosos trajes modernos de Mlles. Toutáin, Lender, Adiny.... Y esta intrusión

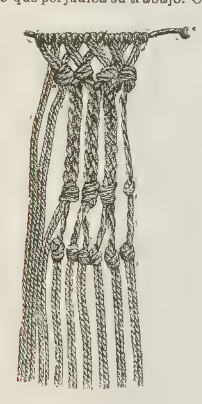
evoca el contraste que hicieron en la corte de Luis XVI, entre los señores vestidos de oro, de terciopelos y de encajes, la levita flotante, el calzón negro y el sombrero sencillo de Franklin.

***

Mi proyecto no es describir aquí en detalle lo que se llama el traje reforma. Envío al lector, sobre este particular, á las publicaciones especiales de la moda. Lo que interesa á la historia de las costumbres es poner en claro las causas de esta tentativa y prever sus probabilidades de triunfo.



La causa primera hay que buscarla en el cuidado que los médicos se toman, de unos años á esta parte, por la higiene femenina. «Nuestros corsés —dice Mme. de Broutelles— comprimen el estómago, el hígado, el corazón, los pulmones; nuestras faldas barren el polvo y levantan los microbios.... El corsé traba los movimientos. La mujer que usa corsé, sufre un malestar vago que perjudica su trabajo. Con



el corsé ajustado no puede levantar los brazos. Obligada como está á recogerse el vestido para preservarlo del polvo ó del barro, se siente molesta en cuanto tiene que llevar el paquete más insignificante, y se fatiga en seguida cuando anda á pie. En fin, la complicación de nuestro traje nos obliga á emplear en nuestra «toilette» demasiado tiempo».

Eso es lo que confiesan las interesadas. Se ve que es el corsé la pieza más desacreditada, más amenazada, del traje actual: también esa pieza es su armazón central, esencial. Los reformistas de Holanda, de Alemania y de Francia, están de acuerdo en su supresión. Aun en el caso de que se aplazara la revolución del traje femenino, no se puede asegurar que el corsé sobreviva, por lo menos en su forma actual. Será menester que se humanice, que se suavice, que se resigne á no ser más que un simple corpiño, ó, como le llama púdicamente el periódico de modas donde lo veo dibujado, un «sostén del cuello». Los puntos de apoyo de este sostén estarían en los hombros, y nunca en la cintura. El primer artículo de la Constitución reformista es la liberación del talle femenino.

Para evitar la opresión de los cordones alrededor de la cintura, la reformista adoptará la combinación que liga el calzón á la camisa y que hace descansar sobre los hombros el peso de esta pieza de ropa blanca. Encima de la combinación se colocará el corpiño. A partir de este punto, dos escuelas solicitan á la neófita. O prenderá directamente de los botones del corpiño el viso ó el pantalón que, en el estilo moderno, es la única prenda interior, y este sistema tiene el inconveniente de subir el talle á la manera de los vestidos Imperio; ó, imitando á sus rivales del sexo fuerte, disimulará debajo de la camisa de vista un lindo par de tirantes, encargados de sostener el viso ó el pantalón, y después la pollera. En uno y otro caso, no hay cordón que oprima la cintura; todo el traje se apoya sobre los hombros, dejando libres los movimientos del torso y de los brazos.

En resumen, el primer sistema (holandés-alemán) da al traje de la mujer un aspecto de ropa interior. El segundo sistema (francés) da por resultado un traje «de sastre» un poco suelto.

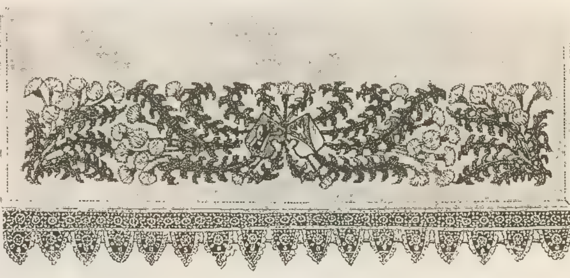
La comodidad de cualquiera de estos dos sistemas es indiscutible. Sobre su elegancia es sobre lo que podrán hacerse objeciones. Y éste es el punto que hay que dilucidar.

***

No nos paguemos de bellas palabras, y pidamos á las portadoras de corsés una respuesta franca: «¿Para quién se visten ustedes?»... Si responden que es para ellas mismas ó para las otras mujeres, téngase por cierto que no son sinceras ó que se analizan mal. La prueba es que, en las situaciones, en los centros donde no tiene la preocupación de ser notada, ni honestamente siquiera, por el otro sexo, la mujer pierde inmediatamente el gusto para arreglarse.... De modo que, detrás de las objeciones estéticas que suscita el «traje reforma», hay este temor supremo: vestidas así, nuestros novios, nuestros maridos nos sacrificarían inmediatamente á las mujeres que se arreglan por el estilo antiguo»....

Pues.... sinceramente, este temor me parece quimérico. La preferencia, secreta ó declarada, de los hombres está por los trajes de dibujo muy sencillo; precisamente, por la forma «tailleur» ó por la forma «princesa». El gusto de los atavíos complicados no es de ninguna manera innato en ellos; no lo adquieren sino á la larga, á fuerza de asistir á la exposición permanente del lujo femenino que ofrece la sociedad parisiense. Además, para muchos de ellos, esta educación suntuaria no es más que un ejercicio de vanidad.

No hay uno en diez hombres que, si se pone á mirar atentamente los trajes de las mujeres, reciba de ellos más impresión que la de una mancha confusa. Hagan la prueba, señoras: pidan á sus íntimos que las describan el traje que ustedes llevaban la última vez que se vieron... En cambio, los recuerdos más definidos que conservan nuestros ojos inexpertos y descuidados, son precisamente tal cual aparición de un dibujo neto, de un color unido: en el estribo de un vagón, en la cubierta de un vapor, la silueta de una viajera; ó, en una visita matinal, de sorpresa, la libre gracia de un cuerpo femenino, sencillamente vestido, en traje de casa.





He ahí por qué pienso que las jóvenes reformistas no tendrían nada que temer de sus rivales, bien entendido que á condición de que no renunciaran á agradar. Por favor, no vayan á imaginarse ustedes el traje reforma vestido únicamente por desheredadas de la belleza y de la elegancia. Yo me niego, por mi parte, á juzgarlo, y, sobre todo, á condenarlo, mientras no lo haya visto adaptado á la gracia erudita de nuestras princesas de la moda. En estas condiciones, el traje reforma costará evidentemente muy caro, casi tan caro como las complicadas vestimentas de hoy día. Pero ofrecerá la ventaja de poder ser imitado con poco gasto, sin que se peque en lo ridículo de los encajes falsos, de las pieles falsas, en todo el fraude deplorable y conmovedor del lujo económico.

Uno de los grandes beneficios «morales» de la uniformidad en la vestimenta masculina, es que el traje de cincuenta francos no se siente mal al lado del traje de cincuenta luises. El de cincuenta francos piensa con sinceridad: «Soy igual á este compañero....»

¡Cuántas magulladuras se evitarán á los pobres corazones femeninos el día en que la obsesión de los trajes inaccesibles no sea ya un martirio para las mujeres!....

MARCEL PREVOST.





6.— Corbatas, bordados, vestidos de casa y delantales.

Explicación de nuestros grabados.

En la primera plana del presente número publicamos una variada y vistosa colección de trajes de paseo, casa y visita. Nuestras lectoras podrán darse cuenta, en vista de los grabados á que nos referimos, de las evoluciones que lentamente va sufriendo la moda y que en la época actual se han singularizado, en vista de la llegada de una nueva estación.

Comenzando por el orden de colocación en que se hallan los grabados, podrá verse que el primero, cuya blusa es de estilo torero, consta de una falda enteramente lisa y que sólo lleva en su parte inferior, aunque el grabado no lo represente, una ligera aplicación de pasamanería. La blusa es muy elegante y de buen gusto. Recamada en las solapas y llevando en éstas hermosas aplicaciones también de pasamanería, ostenta un bonito canesú de gasa. Las mangas han sufrido ya algunas transformaciones, pues en su parte final llevan colgaduras de seda y encaje.

El segundo vestido, de paseo, se confecciona con tela á cuadros y en la blusa se coloca una espiguilla á manera de corbata, lo cual es una originalidad, pues los modelos anteriores no presentaban esta innovación. El tercer traje, también de paseo, se confecciona con tela de lana de color claro, y la blusa, lo mismo que la falda, se tablea en toda su extensión con menudos pliegues. En el centro de la blusa y al rededor de los hombros, está el adorno principal de este vestido, que consiste en una gran aplicación de la misma tela, ribeteada con cintilla maravillosa de color oscuro.

Finalmente, los dos últimos trajes de nuestro grabado, propios para casa y visita, son toreros y de estilo moderno. Ambos se confeccionan con ricas telas de seda, y, en relación con la calidad de estas telas, deben ser los adornos de encaje inglés finísimo.

ESPERANZA.





EN LA NOCHE

Al fin los fatigados párpados se bajaron con lentitud, velando las pupilas tristes, infinitamente tristes, de la pobre desvelada, y entonces ella soñó que deslizándose con pena, llegaba á las puertas del templo del Destino y penetraba hasta el pie de un altar, y que cuando tendiendo hacia la divinidad implacable sus manos temblorosas, había pedido algo con que llenar el inmenso vacío que la ilusión, la esperanza y la nostalgia de los pasados días, habían dejado en su alma, la voz severa de Aquél había le contestado: «De recuerdos»; y despertó con un nombre querido en sus labios, pálidos y secos como pétalos de flor que se marchita.

DOLORES.



CUENTO DE ALBUM

Voy á contarte, Isabel,
en pocos versos no más,
un cuento, si no es infiel
mi memoria:

Tú sabrás
que hubo un bravo genovés,
marino y sabio profundo,
que dijo:--Le falta al Mundo
todo un continente.

Pues
Llegó al Trono de una dama
que ostentaba una Corona,
á quien hoy la Historia abona
por su gloria y por su fama.

Y aquella Reina hechicera
un gran hecho realizó
por que América surgiera
del genio que la soñó.

Fuése el bravo genovés,
marino y sabio profundo,
y al tornar, rindió á sus pies
nada menos que otro mundo....

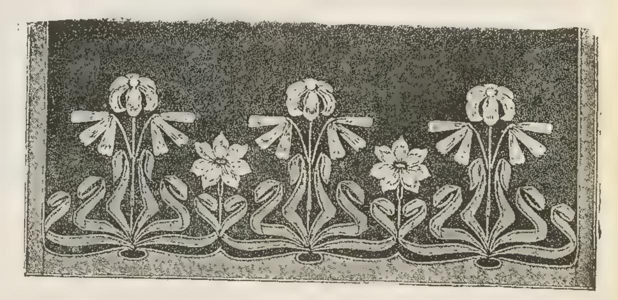
Aquí termina mi cuento,
pero sucede, Isabel,
que, sin ser ése mi intento,
sobra á mi cuento papel.

Como la pluma al vagar
fantasear al numen deja,
me ocurre una moraleja;
aquí la voy á estampar:

Tú, en el mar de la ilusión,
con el amor por bajel,
has conquistado, Isabel,
otro mundo,.... un corazón!

RAFAEL ESTEVES BUROZ.





7.—Trajes de paseo, vestidos para niños y modelos de bordados.

EL STRADIVARIUS

I

Mr. Lebonnard, primer violín en los conciertos del Conservatorio, se dirigía cierta mañana á casa de su hija Ana, casada con Mr. Deroy, modesto empleado de Hacienda, en busca de noticias de su nietecita Paulina.

La niña, preciosa criatura de seis años, estaba enferma hacía dos meses, devorada por la anemia.

Cuando Mr. Lebonnard hubo llegado al quinto piso de la casa del bulevar Aragó, donde vivía su hija, se detuvo para tomar aliento antes de llamar, y se quedó dolorosamente impresionado al oír la voz del médico:

—Ya sabe usted, señor, lo que le tengo dicho. Esa niña se marchita en el clima de París, y necesita mucho aire y mucho sol. Lo mejor sería llevarla al Mediodía, á Niza.... Con que pasara dos meses á las orillas del mar, estaba completamente curada. Es preciso que á toda costa hagan ustedes un sacrificio. De lo contrario, no respondo de la niña.

Salió el médico, y acto continuo entró Mr. Lebonnard.

—¡Conque, según parece, eso anda mal!—dijo el abuelo de Paulina. ¡Vaya con tu médico! Habla de ir á Niza, como si se tratara de ir á un pueblo de las inmediaciones de París! ¡Todos son lo mismo! Francamente, los médicos no deberían asistir más que á príncipes rusos y á tenores italianos. Voy á ver á Paulina y vuelvo en seguida. Tengo que decirte una cosa muy curiosa.

II

Mr. Lebonnard estaba en la sala sentado junto á Mad. Deroy, y hablaba con animación:

—Figúrate, hija mía, que días atrás recibí la visita de un inglés que deseaba comprarme.... ¿qué dirías?.... ¡nada menos que mi violín, mi Stradivarius!.. Me ofrecía por él diez mil francos! Le despedí diciéndole: «Aunque llenara usted esta habitación de guineas y de medias coronas con la efigie de Su Majestad la Reina Victoria, no le daría mi violín, esa joya fabricada en 1702, en Cremona, por el propio Antonio Stradivarius.

—Ya veo la escena—dijo Ana, sonriéndose melancólicamente. —¡Aviado estaba el inglés con un fanático como tú! Aunque te ofrecieran las minas de Golconda, no te desprenderías de tu violín.

—¡Pues es claro! Pero son las tres y tengo que irme al ensayo. Recuerdos á tu marido y cuida mucho á Paulina. El domingo vendré á almorzar con vosotros y traeré una langosta. ¡Vaya, adiós, hija mía!....

Y uniendo la acción á la palabra, Mr. Lebonnard, todavía muy ágil, á pesar de sus sesenta y cinco años, bajó á toda prisa la escalera, temeroso de faltar al cumplimiento de su deber.

III

Madame Deroy pensaba que con los tres mil francos de sueldo de su marido y las pocas economías que había en la casa, no era posible enviar á Paulina a Niza.

Había que renunciar á semejante propósito.

Y la pobre madre se echó á llorar, en la creencia de que su adorada hija moriría quizás por falta de un rayo de sol.

De pronto se estremeció.

La historia del Stradivarius oprimía su pensamiento. Aquellos diez mil francos ofrecidos por el inglés á Mr. Lebonnard, eran una tabla de salvación. Significaban el viaje de Paulina á Niza. ¡Diez mil francos! Indudablemente, el inglés debía estar loco; pero aquella demencia bienhechora podía salvar la vida de su hija.

Sí, pero.... ¿se prestaría Mr. Lebonnard á vender su violín? En su pasión de artista y dominado por su fanatismo, no habría medio de inducirle á que se desprendiera de aquel objeto maravilloso y extraordinario que constituía todas las ilusiones del anciano.

Y la desventurada madre, persuadida de que era preciso renunciar á aquella esperanza, entrevista por un instante, dió rienda suelta á su llanto.

IV

Paulina no mejoraba; Mad. Deroy y su marido estaban desolados.

Llegó el domingo y Mr. Lebonnard se presentó á la hora de almorzar.

Estaba, al parecer, muy contento, y antes de sentarse á la mesa dijo á sus hijos:

—Vais á tratarme de gorrón. Os había prometido una langosta y no la traigo. Pero, en cambio, os daré una noticia que va á colmaros de alegría. Figuraos que se me ha ocurrido la idea de que vendiendo el Stradivarius, podría permitirme el lujo de pagar el viaje de Paulina á Niza. Por consiguiente, con el violín bajo el brazo, corrí en busca del inglés, á quien encontré en el hotel Bristol. Y el asunto marchó á pedir de boca. Como el milord se mostraba sorprendido por el brusco cambio operado en mí, saqué de uno de los bolsillos de mi gabán el retrato de Paulina y se lo enseñé. «Caballero—le dije,—si le vendo á usted el violín, es porque con el dinero que va usted á darme pienso salvar la vida de mi nieta, cuyo estado de salud exige un viaje al Mediodía.» ¿Y sabéis lo que me contestó el demonio del inglés? Pues bién, me miró cara á cara y me contestó: «Señor Lebonnard, no soy tan mala persona como pudiera usted suponer. Hagamos el trato que voy á proponerle. Le regalo á usted cinco mil francos, con una condición. Tiene usted sesenta y cinco años, y yo treinta y cuatro. Lógicamente se morirá usted antes que yo. Si, como espero, me precede usted en el otro mundo, heredo el Stradivarius, que me legará usted en su testamento. En el caso contrario, mis exigencias quedan destruídas por sí mismas; se queda usted con los cinco mil francos, con la obligación de tocar en mis funerales el «Ave María» de nuestro divino Gounod. ¿Le conviene á usted el trato?»

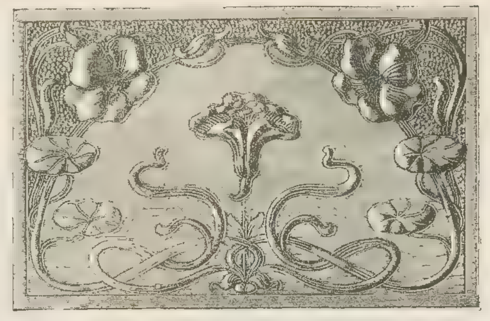
¡Vaya una pregunta! Como podéis figuraros, inmediatamente quedó arreglado el asunto.

Madame Deroy estaba loca de alegría.

—Y—añadió Mr. Lebonnard con maliciosa sonrisa—tengo la convicción de que he hecho un excelente negocio y de que tocaré el «Ave María» de Gounod, en el entierro del inglés. Y ahora, hijos míos, á la mesa, porque tengo un hambre canina.

Después de almorzar haréis el equipaje. Esta misma tarde me llevo á Paulina á Niza, y dentro de dos ó tres meses os la devolveré completamente curada. ¡A la mesa, hijos míos, á la mesa!

AUGUSTO FAURE.



8.—Modelo de pintura y tejido.

Un solo agravio puede destruir una larga amistad, á semejanza de una cadena que para romperse le basta con que se le quiebre un eslabón.

EL TESTAMENTO

Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua", Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro
Otra póliza de seguro	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro en una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.

DE LAS DAMAS

Reflexiones al azar sobre el matrimonio

Hubo un tiempo, que yo mismo recuerdo, en que, tanto los hombres como las mujeres, usaban anillos de compromiso. En mi opinión, esta costumbre era linda. El anillo de compromiso deberían usarlo el marido y la mujer, no sólo como recordativo constante de la fe jurada, sino también como un talismán; debería ser una joya querida, dada al marido por la mujer, así como á la mujer por el marido, é imprimiendo en ella en uno y otro caso un beso ardiente de amor.

El anillo de compromiso es una joya tan preciosa para las mujeres amantes, que he sabido de algunas que se enloquecieron al perderlo. ¿Cómo no ha de ser también inapreciable para el hombre que ama á su mujer?

Siempre que dos personas que hacen vida común no son de la misma opinión ó del mismo gusto, tiene que haber concesiones por parte del uno ó del otro, ó de lo contrario ocurrirá un conflicto. En el lenguaje conyugal, «concesión» equivale á «deber». Hay que hacer concesiones hasta en la conversación diaria, y deben evitarse siempre, y con el mayor cuidado, las discusiones largas. Las discusiones son, por lo general, inútiles; nunca llevan el convencimiento, y pueden hacer correr á uno un grave riesgo: el de que pierda el dominio de sí mismo. Con el deseo vehemente de probar que tiene razón, el hombre deja escapar palabras que después lamenta haber pronunciado, traiciona pensamientos que siempre ha querido reservar, y cuando la discusión termina, esas palabras quedan y el daño está hecho.

En cuanto una discusión toma un giro demasiado vivo, uno de los dos debe tener bastante dominio de sí para dejar de echar más leña al fuego; debe quedarse callado, aun á riesgo de hacer suponer al otro que sus argumentos son incontestables. Naturalmente, este silencio tiene que ser cortés, discreto, no el silencio odioso de los matrimonios mal avenidos, que es un silencio de disgusto y aborrecimiento. Pero si el marido y la mujer son de genio vivo y no pueden evitar las discusiones acaloradas, entonces deben ponerles término inmediatamente; aun más: deben separarse é ir, él á fumar un cigarro en la biblioteca ó en el jardín, ella á tocar el piano ó á seguir una novela, hasta que ambos hayan olvidado toda la cuestión.

Un error en que incurren muchos casados, es evitar toda conversación sobre asuntos de dinero. Pero ni la pareja más enamorada puede vivir sólo de amor y del aire que respira; no es dado á todas ellas,





1.—Trajes de paseo y sombreros de la estación.

sino á muy pocas, por cierto, el gastar sin llevar cuenta. El marido y la mujer son dos amigos, dos socios que deben reunirse constantemente en «petit comité», para tratar de todos los asuntos de interés pecuniario y equilibrar su presupuesto de gastos é ingresos. Una vez á la semana, por lo menos, deben dedicar una hora á esto, mano á mano, como dos grandes amigos. De ese modo, con la confianza mutua, cada cual alentará al otro á pensar en el porvenir, y poco á poco llegarán á encontrarse en posesión del núcleo de una pequeña fortuna, que irá inspirándoles un interés cada vez mayor, y que un buen día resultará ser, para sorpresa de ambos, bastante abultada y productora de un interés que acrecienta considerablemente la renta de que disponen.

Una mujer casada no debería consentir nunca en recibir tanto á la semana para los gastos domésticos, tanto al mes para sus vestidos, y ser tratada, por decirlo así, como un dependiente de su marido. Ella es la que debería resolver, teniendo en cuenta la situación económica, si puede permitirse comprarse dos sombreros ó uno solo. Ni la indicación de esto, ni mucho menos la orden, deberían partir del marido, sino de ella.

Me gusta el sistema francés, en el que el hombre consulta á la mujer sobre todas las cuestiones importantes de carácter económico, como la inversión de los ahorros, etc. Pero esto es porque, desde el día de su casamiento, el marido francés se pone á instruir á la mujer en los detalles de su profesión ó negocio, y en las especulaciones mejores y más seguras de la época; y siempre é inmediatamente la nombra su ministro de hacienda [en la masa del pueblo, á lo menos]; y, no vacilo absolutamente en asegurarlo, por eso la fortuna de Francia es estable y sólida. En efecto, gracias á la influencia de la mujer, las familias francesas han invertido su dinero en los títulos más seguros

del gobierno. En tanto que pueden trabajar, se contentan con un interés muy pequeño, con tal de tener la seguridad completa de que, cuando llegue el momento del descanso, ese capital estará allí para sostenerlas, si no en la opulencia, á lo menos en la comodidad y en entera independencia.

Cuando marido y mujer no tuvieran nada mejor que hacer, deberían entretenerse en idear toda clase de planes para el porvenir, proyectando viajes á países remotos, haciendo castillos en el aire, suponiendo que compran casas de campo, consultándose el uno al otro para resolver cómo deben amueblarlas y cómo van á disponer el terreno adyacente. Estos planes son como barricadas.... engañan el porvenir; además, entretienen y nada cuestan. Y ¿quién sabe? Quizá, entre tantos, haya uno predilecto que se pueda realizar positivamente. ¿Qué sucede entonces? Los planes son hermanos de las caricias; unos y otras marchan de la mano; son los placeres gratuitos de la dulce intimidad.

Los recién casados deberían evitar ser demasiado extremosos, no sólo en público, sino también en privado, sobre todo durante los primeros años. Deberían tener siempre presente que entran en el estado matrimonial con cierto capital de amor, y que no deben derrochar ese capital, sino vivir de su interés únicamente.

Hay parejas jóvenes que sienten muy á menudo la necesidad de manifestar su amor con exageradas pruebas de ternura, tales como la de propinarse mutuamente nombres de pájaros ó de cuadrúpedos domésticos regalones, de cubrirse de besos y de darse palmaditas en la cara. La exagerada frecuencia de estos actos produce una reacción, y á menudo, una leve sensación de enervamiento que no debería resultar nunca de las caricias. Además, como esas manifestaciones exteriores tienen que ir disminuyendo en número y fuerza, hay peligro de que lleguen á convertirse entonces en un signo ó prueba de decaimiento del cariño.

En público, tales demostraciones son ridículas y vulgares; ponen en una situación molesta á los que las presencian, y éstos sonríen y se burlan, y hasta dicen: «Pronto se les pasará».

MAX O'RELL.

Al contemplar tu cariño
tan helado y tan sin vida,
pienso que flor trasplantada
tiene las hojas marchitas.



CARTA DE UNA PARISIENSE

Faldas cortas y visos. —Enaguas.—"Tisenses".—Modo de componer el crespón inglés

Permitidme que os hable de la falda corta, porque es problema siempre importante para una señora que va á encargar una falda á su modista, un traje debería decir, porque la falda de vestir se hace larga y eso no ofrece la menor duda.

Así, pues, la primera pregunta que dirige la modista es ésta:

—¿Quiere la falda corta?

¿Qué responderá? es un caso dudoso, porque si la falda larga es más linda, en cambio la corta es mucho más cómoda para llevar.

Sin embargo, no hay que ocultarlo: la falda corta ha dejado de ser una excepción; se ve sin asombro que mucho se usa en los trajes de hilo que se llevan este verano.

Entendemos como corta la falda que toque dos ó tres centímetros por tierra; era, por lo demás, la longitud corriente hace unos quince años para todos los trajes y los de más vestir.

Parece que se vuelve á ella suavemente. De todos modos, una señora algo gruesa, una mamá que ya no es muy joven, no se singularizará adoptando esta longitud de falda, porque se ve mucho más corta aún, por ejemplo, la falda que no pasa del tobillo y que es muy cómoda para los largos paseos á pie y para la vida activa al aire libre.

Pero ¿sabéis lo que es el refinamiento del refinamiento y que se usa mucho actualmente?

Es tener dos faldas para cada traje: una muy larga, que se arrastra, á la cual un corte algo complicado ó una sobria ornamentación da cierto refinamiento; otra, francamente corta, lisa, cuyo único objeto debe ser dejar la mayor libertad de movimientos.

La misma chaqueta ó el mismo bolero sirven indiferentemente á las dos faldas. Y la ventaja resultante de esta combinación, es real en las numerosas circunstancias en que se debe limitar el equipaje á lo necesario sin viajar, no obstante, como turista desprendida de todo cuidado de apariencia: al pasar por tal ciudad, hay la obligación de una visita, ó en tal hora el recreo de algunas horas en el casino: la falda corta es entonces reemplazada en el acto por la falda larga, que se pone generalmente sin emplear tiempo en cambiar de blusa; y el cambio os viste en un abrir y cerrar de ojos, de un modo conveniente.

Las señoras diestras saben arreglarse bien y sacar partido de todo. Conviene enseñar á las niñas desde el principio á poner todo en obra para estar siempre á la altura de las circunstancias.

Es la verdadera escuela que se debe seguir y que las madres juiciosas saben inculcar á sus hijas, desde su más tierna edad.

Os haré notar que con las faldas cortas hay que ir muy bien calzada, con tacones semialtos, empeines proporcionados á la longitud efectiva del pie, y con puntas redondeadas.

Un pie con tacón plano que perfila su larga punta debajo de una falda corta, en excursión ó viaje, carece de gracia y es hasta ridículo visto en silueta.

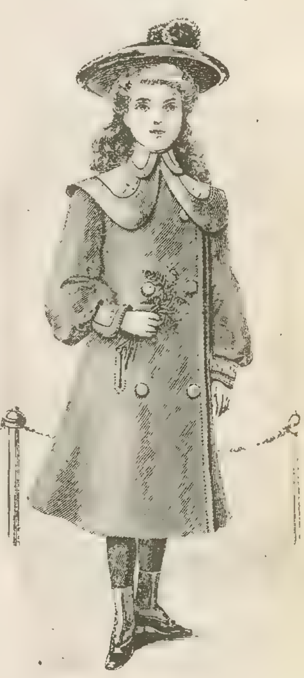
Fijaos también en la importancia de las enaguas, no con la falda completamente corta bajo la cual con frecuencia se lleva un calzón de raso negro, sino con la falda semicorta, que no se aleja del suelo, sino dos ó tres centímetros, cuando más.

No es fácil, en verdad, combinar una enagua cuyas ventajas prácticas no excluyen cierta nota de elegancia; aparte del tafetán, de una solidez siempre problemática, por caro que sea, y de todos modos nunca muy duradero, no hay para la estación estival sino las telas de hilo, los cefiros, los cuales es necesario lavar ó al menos planchar frecuentemente; todas estas operaciones son costosas tan pronto como se sale fuera de casa, y muchas señoras educadas en ideas de limpieza, nunca quisieran ponerse una enagua arrugada sin hacerla planchar.

Así, pues, he aquí lo que se ha ideado este año para los viajes de campo. Son unas graciosas enaguas que se pueden hacer sin gran gasto con los «tussors» nuevos, muy de moda.

Se encuentran en tonos claros y





2—Trajes de paseo, peinado, sombrero y abrigo infantil.



suaves: rosa, azul, verde pálido; hasta hay encarnadas cuyo brillo, muy atenuado, se armoniza con todos los matices claros y oscuros de los trajes.

En cuanto al «tussor» crudo, no aconsejaría yo su empleo en esta circunstancia, pues ese color aplicado á los visos hasta con encajes y guipures, no tiene ninguna elegancia; sería entonces caer en la vulgaridad de la enagua económica de «tussor» que hace años se ve en todas las tiendas de novedades.

La ventaja de estos «tussors» sobre el tafetán, es la de ser muy fuertes y poder lavarse en caso necesario «como un pañuelo de bolsillo».

Sobre los tejidos ligeros, chaconás, cefiros, percal, etc., tienen la superioridad de ser mucho más resistentes, de no arrugarse y de proporcionar más abullonado, sin amontonarse en pliegues falsos con el uso.

Una manera de ejecución muy sencilla y que da buen resultado es la siguiente: el cuerpo de la enagua cortado con una costura delante y otra detrás, como una falda ordinaria, sobre unos dos metros y medio de «vuelta», y terminado por un volantito barredera, dobladillado, pasado en el borde y en falso.

Un primer volante sesgado, enjaretado con tres hileras de voladitos de unos doce centímetros de ancho y en cuyo borde se coloca un volante semejante, pero éste más ampliamente enjaretado arriba, calado con uno ó varios entredoses de guipur ó de encaje, mucho más fuertes y prácticos que un encaje puesto en el bordo del volante, que se engancha y se desgarra.

Contar para el primer volante unos cuatro metros y medio de vuelta, y seis y medio al menos para el último. Poner en proporción la longitud general con la altura del tobillo; observar que para dar una perspectiva de redondeado exacto, la línea de una enagua debe subir siempre ligeramente por detrás sin caer á los lados; y para asegurarse de ello, probar siempre, en último lugar, la enagua con una falda larga, que se levanta con la mano para figurar el efecto de la marcha.

¡Cuántas veces, en efecto, una enagua que nos satisfacía en la prueba por su vuelo, nos parece en la calle, desigual, con movimientos pesados que nos golpean los talones!

No me cansaré de recomendar á mis queridas lectoras, que no dudo son señoras de gusto, tengan mucho cuidado con la ropa interior.

Esos ligeros detalles que pueden pasar inadvertidos á los ojos del común de los mortales, denotan, sin embargo, á la mujer bien nacida y educada.

La enagua, sea cual fuere la tela, debe ser limpia y tan elegante como sea posible.

Si no tenéis una criada que pueda componer un desgarrón, una guarnición descosida, no dejéis nunca semejante desorden; haced vosotras mismas la compostura.

Otra cosa hay que evitar y es ponerse una enagua ó viso oscuro con un traje de tela clara. Hacerlo contrario será lo mejor; nada más lindo y elegante que divisar bajo un simple traje «tailleur» de paño negro por ejemplo, un frufrú de foulard rosa ó azul celeste, todo guarnecido de encajes.

Se obtienen efectos encantadores con volantes de muselina blanca, adornados con encajes prendidos á un viso de tafetán claro por un entredós estrecho por el cual se pasa una cinta.

El mismo entredós se ve en el cuerpo del viso, de modo que para hacerlo lavar, no hay más que sacar la cinta del entredós.

Esto es muy práctico y muy empleado por las señoras razonables. En invierno, el viso más cómodo de llevar es de raso negro, guarnecido en los bajos por un ancho volante de tul cruzado por cintas de color. Se encuentran aquí estos volantes ya preparados en las tiendas.

Como es de suponer, estos visos negros no sientan bien sino con trajes oscuros y de poco vestir. El pekín blanco y negro con volante de muselina de seda guarnecido de aplicaciones de Chantilly negro, se lleva mucho con todos los trajes.

He visto últimamente en la exposición de un ajuar de novia, una variedad encantadora de lo que llamamos «liseuses».

Son casaquillas muy cortas que se usan en el lecho, para no tener frío en los brazos mientras se tienen fuera de la cobija para sostener el libro que se lee.

Se cortan en redondo por delante, y como longitud, no exceden de las caderas.

Algunas estaban hechas de organdi blanco ó «plumetis», forrado de raso flexible de color, guarnecidas alrededor por un ancho encaje.

El mismo encaje se ve en el borde del ancho cuello, muy doblado para no estorbar, y en la parte inferior de las mangas, que son muy anchas de hombros para poder ponérselas fácilmente y no molestar los movimientos.

Un abullonado de cinta acompañaba los delanteros.

Para el tiempo frío, las había muy lindas, de raso flexible acolchado por dentro, y hasta más ordinarias, también de buen aspecto, de lanilla de los Pirineos, con rayas azules ó rosadas sobre fondo blanco.

Además, había en ese ajuar un lindo peinador de mucha originalidad.

Era todo de tela de hilo, color natural, lo que la hace poco susceptible; se pliega, sin embargo, por los detalles de su ornamentación, á todas las exigencias de la elegancia más minuciosa.

Era de una sola pieza de arriba abajo. Unos pliegues alternados desiguales, separados por entredoses de bordado inglés, lo cortan de distancia en distancia.

Los pliegues se detienen á veinticinco centímetros del suelo por delante y unos sesenta por detrás, para simular un volante, ondulante y gracioso, á consecuencia de la amplitud que sueltan.

Detrás un inmenso pliegue Wateau acompaña la cola semilarga.

Sobre los hombros un gran cuello esclavina, de forma cuadrada, cuyas puntas colgantes acompañan al brazo, bordado alrededor por un festón de cordoncillo grueso azul pastel.

Como mangas ó más bien como semimangas, un cuadrado de telas surcado de pliegues y orlado por un festón azul.

En el centro, se quita un redondel para dejar pasar el brazo, y esta manga original está montada como para que una punta de la tela caiga justamente encima del brazo, es decir, contrariando la punta del cuello.

***

Ya que os estoy hablando de cosas prácticas para la «toilette», he aquí un sencillo medio de componer y arreglar como nuevo el crespón inglés.

En la estación húmeda, los grandes velos de luto se ajan muy pronto, lo mismo que todas las guarniciones de este tejido.

Se coloca el crespón entre dos franelas, puesto el conjunto sobre el tupido cobertor de planchar, y por encima se pasa un lienzo mojado.

Bastará planchar este último con una plancha muy caliente hasta que esté bien seco. El crespón saldrá como nuevo con esta sencilla operación.

Otra receta útil, si volvéis á casa un día de lluvia con los bajos del traje mojados: en vez de ponerlo cerca del fuego, sobre todo si es de seda, colgadlo y enjugad el agua con un trapo muy seco, y colocando debajo una almohadilla de lienzo, estirad suavemente la tela.

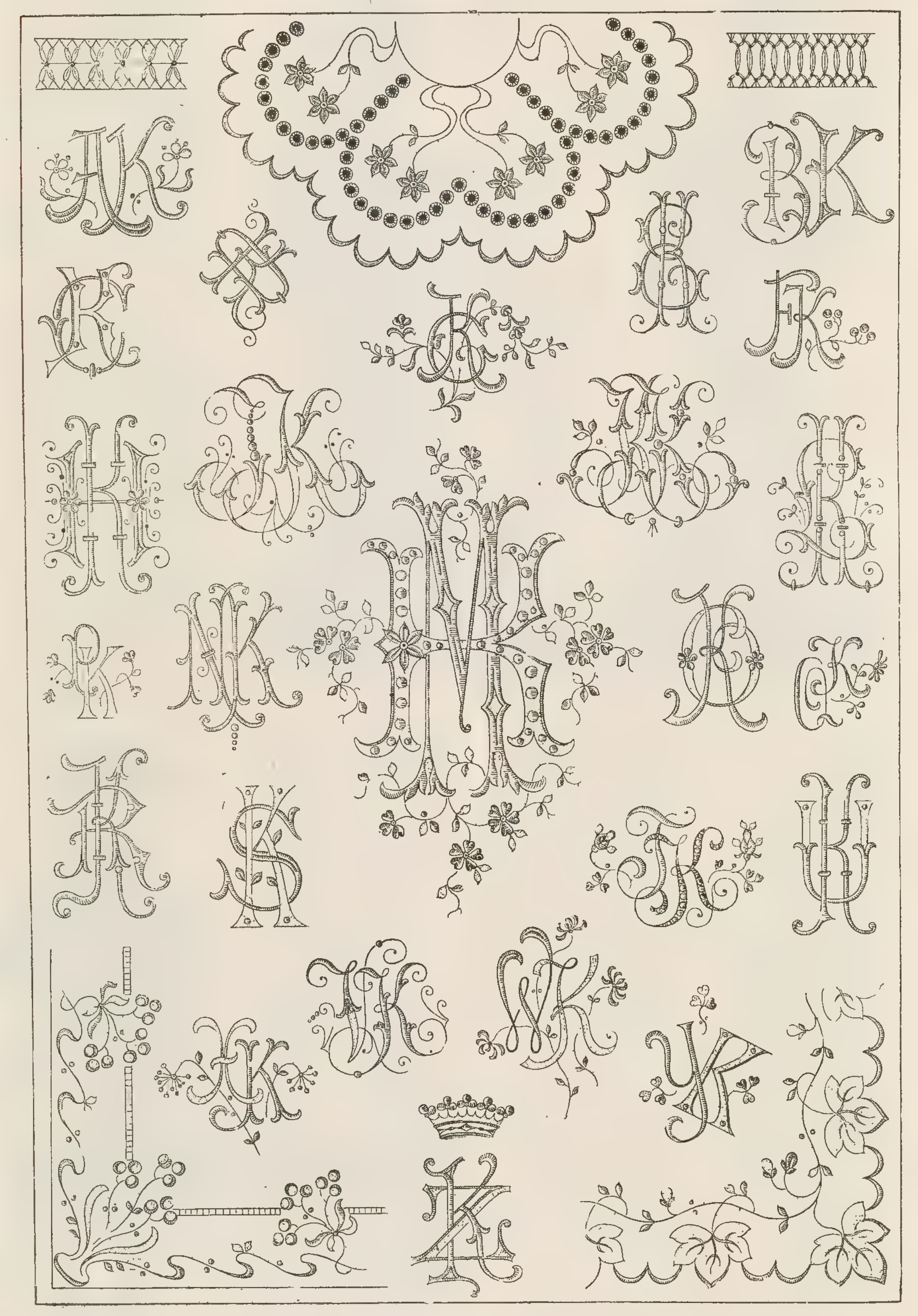
La operación sale «á merveille».

BARONESA LIVET.

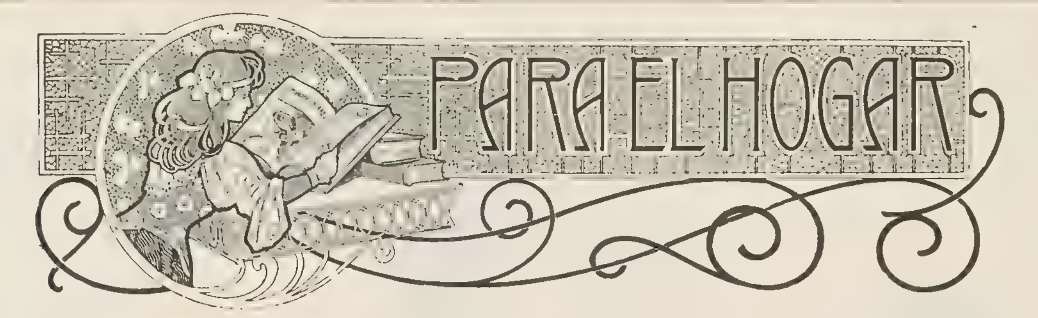
Dios, con rodear de espinas
las rosas de los rosales,
nos enseñó que lo bueno
se logra á fuerza de sangre.



3.—Vestidos para calle y abrigo para niña.



4.—Monogramas para mantelería.



5.—Traje de paseo, capota y saco de abrigo.

EN NUESTRA CASA

EL CUARTO DEL ENFERMO

Mucho deseo, amigas mías, que los consejos que voy á daros no les utilicéis por el momento; mas desgraciadamente, en una época ó en otra, rara es la familia que no tiene que cuidar algún enfermo; cuando menos lo esperamos, nos acechan y nos hieren los males; entonces las esposas é hijas cariñosas mitigan los sufrimientos del enfermo con sus atenciones y cuidados, sobre todo con una esmerada limpieza, por ser uno de los mejores remedios; bien puede decirse que en nuestras femeninas manos está el reposo, el valor y hasta la vida del que sufre y tanto nos interesa; pero el cariño y la buena voluntad no bastan, ni el saber cuidar enfermos es cosa que de repente se improvisa: requiere mucha reflexión y es preciso aprender.

Las diversas enfermedades exigen distintos cuidados, pero hay algunos que siempre son idénticos; el primero y más importante es el arreglo del cuarto del enfermo, pues la alegría, la ventilación y la limpieza influyen considerablemente en su curación, por lo que no debéis dudar en llevar al enfermo á la mejor habitación y más tranquila de la casa, á no ser que estuviera tan grave que hubiera peligro en transladarle.

Antes quitaréis la alfombra y todas las colgaduras, tan difíciles de limpiar, y de ningún modo debe removerse el polvo microbiano en el cuarto del enfermo; si el mal ha sido tan repentino que no ha dado tiempo de tomar esta precaución, no permitáis nunca que se barra la alfombra, pero cuidaréis de que se pase un paño humedecido con agua y vinagre. Los cepillos mecánicos pueden emplearse alguna vez, pero las menos posibles.

El aspecto de una habitación de enfermo debe ser muy alegre, sobre todo en caso de enfermedad crónica. Si es posible, las paredes deben estar pintadas de color claro y adornadas con algunos cuadros bonitos; estos detalles influyen poderosamente en el ánimo del enfermo, y le sostienen en un estado satisfactorio que ayuda mucho al médi-

co, á las medicinas y á la naturaleza.

Suprimid toda la tapicería; en los cristales poned bonitos visillos, y una alfombrita á los pies de la cama y alguna otra, también pequeña, es lo único que puede tolerarse; en cambio multiplicad las mesitas, cubriéndolas con hule blanco, ó en su defecto, una servilleta ó mantelillo muy limpio, que renovaréis todos los días.

Estas mesitas os serán muy útiles para dejar las medicinas, las tazas de tisanas, los remedios urgentes y á veces ciertos instrumentos de cirugía.



Es indispensable conocer las reglas de la antisepsia á fin de ayudar al médico, y no obligarle á que esté inspeccionando constantemente; importa mucho también tener con los enfermos prontitud y decisión en los movimientos; su estado nervioso es generalmente irritable y los que van y vienen á su alrededor suelen exasperarles, por lo que se debe tener á mano cuanto pueda necesitarse: la medicina que tiene que tomar, la cuchara de plata en un recipiente de agua fresca y clara, el mantelillo para secarle la boca, la taza ó vaso con los bordes muy limpios, el termómetro para tomar la temperatura del enfermo y que antes de ponérsele, se sacude con un fuerte golpe, á fin de que se ponga á los 35º, y de este modo saber exactamente la temperatura del enfermo; el pañuelo ligeramente rociado con agua de Colonia, para refrescar las sienes ó los labios. Si hay necesidad de hielo, se conserva en una copa recubierta con franela gruesa, ó mejor aún, entre serrín. Siempre á mano y muy bien arreglado, el infiernillo para calentar la tisana recomendada y cuando haga falta.

Colgad en la pared un termómetro para fijar la temperatura del cuarto, que será de 16º

La habitación del enfermo debe airearse á menudo, á no ser que el médico lo prohiba en absoluto; cuando las ventanas pueden abrirse por la parte de arriba, no hay ningún peligro, pero esto, aunque tan necesario, suele ser muy raro; generalmente las ventanas se abren en toda su altura, por lo que hay que rodear la cama del enfermo de un biombo elevado, para preservarle del aire demasiado directo, y consultar antes la temperatura exterior; la humedad, sobre todo, es perjudicial á los enfermos, por lo que hay que cuidar mucho de que los paños y la ropa con que se le muda, esté bien seca, y lo mejor es calentarla siempre antes de mudarle; es tan necesaria la limpieza, que á no ser en ciertas enfermedades agudas, que ya lo prohibe el médico, la cama del enfermo debe mudarse todos los días; con un poco de precaución y destreza, la sábana de encima puede variarse sin molestar al enfermo; se enrolla y una persona á cada lado de la cama la va subiendo, empezando por los pies; después de colocada, se tira poco á poco de la sucia, sin molestar nada al enfermo; en cuanto á la ropa que tiene puesta, hay que oír al médico, en caso de enfermedad grave, aunque la limpieza siempre es buena; por lo tanto, mudadle lo más frecuentemente que se pueda, y si la enfermedad lo permite, todos los días.





Tratad de que el enfermo no se entregue á la tristeza y desanimación, tan frecuentes cuando hay sufrimientos físicos; presentadle el agua para su limpieza, fresca y perfumada; su ropa, muy blanca; cuidadle el cabello, peinándolo con esmero, y si no pudierais emplear el peine, cepilladle ligeramente.

Tened cierta coquetería para vuestras queridas enfermas, si cuidáis á una madre, una hermana ó una niña; no las suprimáis las cintas ni los encajes, á fin de adornarlas lo mejor posible y quitar á la enfermedad su carácter triste y un poco repugnante, que desaparece bajo esos esmerados y minuciosos cuidados.

También os aconsejo que tengáis dobles colchones y mantas, para cambiarlos y ponerlos al aire alternativamente; esta precaución es indispensable para los niños y los viejos, y en caso de ciertas enfermedades graves, para todas las edades, porque de lo contrario, suelen presentarse delirios inconscientes.

Vuestra obligación ó la de la enfermera, si tenéis necesidad de ella, es cuidar de todo. La enfermera ha de tener los cabellos muy arreglados, las manos perfectamente limpias y el delantal sin una sola mancha.

Cuando se da algo á beber al enfermo, se desliza entre su ropa una servilleta ó pañuelo grande; así se preservan las ropas y sábanas, además de evitar al paciente la contrariedad y la fatiga de mudarle entre el día ó, peor aún, á media noche.

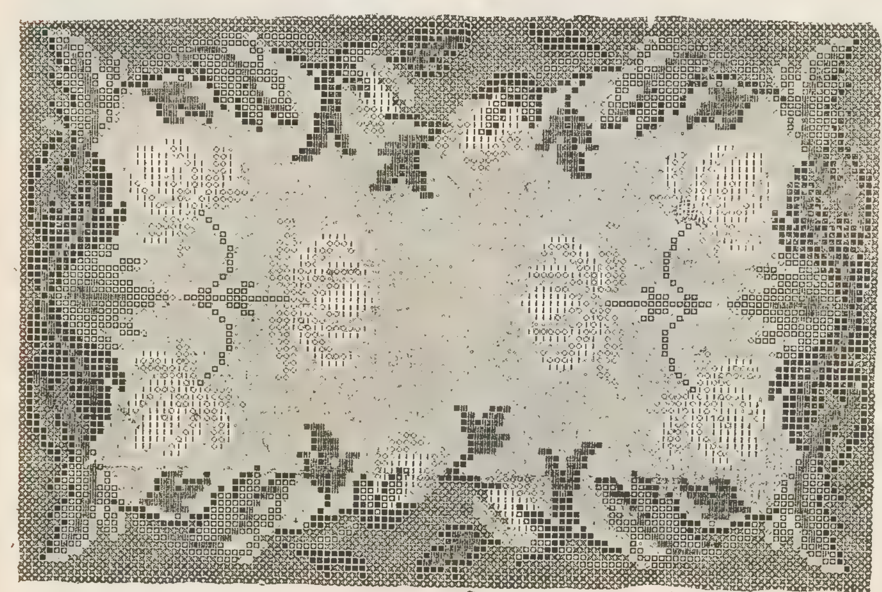
Con las medicinas debe tenerse especial cuidado; se colocarán en



orden, y se las pondrá un rótulo con letra muy clara, para evitar todo error y confusión.

Deben retirarse á la farmacia portátil todas las medicinas que no se usan á diario y las que tienen base venenosa, para no acumular pociones y evitar toda duda y peligro

Os repito que hay que tener muy en cuenta la impaciencia del enfermo y obrar siempre con exactitud y rapidez; los hay tan difíciles, que no hay medio de ha-



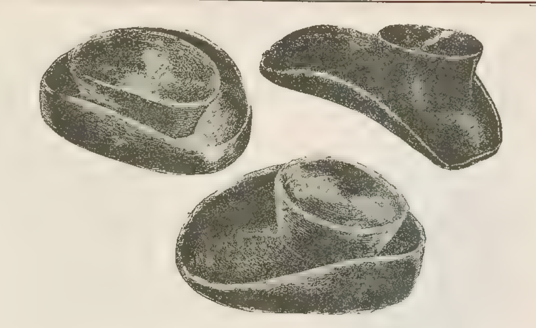


6.—Capotas, corbatas y modelos de tejidos.

cerles tomar las medicinas, y en estos casos se necesita mucha paciencia de parte de la enfermera y además un tino especial, ó lo que llamamos vulgarmente «mucha maña».

Los progresos de la farmacopea hacen más cómoda la absorción de las medicinas; pero así y todo, aun hay algunas muy amargas y desagradables; procurad no mojar con ellas los labios del enfermo y apretarle las narices con vuestros dedos, preparando antes algo para que se enjuague la boca sin soltarle las narices, y de este modo ni el olfato ni el paladar percibirán el mal olor y el mal gusto de la medicina.

Estas precauciones son indispensables con los niños, que generalmente no se dejan convencer con razones; también es muy bueno para quitar el mal sabor de la medicina, mascar un poco de pan y tragarlo.



Completad el mobiliario del cuarto con una «chaise-longue» ó un sillón muy cómodo para la enfermera; una cama de las que se doblan es siempre muy útil, bien para trasladar á ella al enfermo mientras se le hace la suya, ó bien para que descanse algunos ratos la persona que le cuida. Adornad la habitación con algunas plantas verdes ó flores sin perfumes; pero así y todo, retiradlas de noche.



No olvidéis un reloj, porque es de absoluta necesidad para administrar los remedios, y ya veréis cómo todas estas inteligentes precauciones facilitan vuestra tarea y endulzan los sufrimientos físicos y morales de vuestros queridos enfermos.

Historia Romántica

Hace pocos días llegaba á Bardello, pequeña aldea próxima á Varece, un pobre diablo, harapiento, que llevaba en el pecho un cartelón, en el cual se leía: «Haced caridad á un pobre sordomudo, herido en 1896». Una aldeana, llamada Josefina Barassi, que permanecía en la aldea mientras las demás se iban á las labores del campo, se le acercó, y recordando que en la batalla de Abba-Carima había muerto un hermano suyo en 1º de marzo de 1896, le «preguntó» inocentemente si había sido herido en la misma batalla.

El sordomudo hizo un signo afirmativo y en un pedazo de papel escribió que había combatido en Abba-Carima al lado de José Barassi, de Bardello, y que éste, herido mortalmente, le había encargado llevar á su madre la última despedida.

Fueron á buscar inmediatamente á la madre de Barassi, y el sordomudo confirmó su relato á la pobre anciana y á los que la acompañaban, escribiendo siempre con el lápiz en pedazos de papel, y añadió detalles precisos respecto á la desastrosa jornada de Abba-Carima.

Según decía, ó mejor, según escribía, él y su compañero Barassi pudieron escapar, al terminar la batalla, á una furiosa carga de las hordas abisinias, ocultándose bajo un montón de cadáveres, y Barassi murió al poco rato, diciéndole: «Si regresas alguna vez á Italia, acuérdate de decirle á mi madre que hubiera muerto más dichoso si hubiera podido abrazarla por última vez....» En cuanto á él, pudo alejarse protegido por la obscuridad de la noche, abandonando á un amigo que ya no necesitaba ningún auxilio.

Pero las terribles peripecias que había pasado le habían hecho volver sordo y mudo.

Al comprender este extraño relato, los buenos aldeanos no pudieron contener las lágrimas; únicamente el sordomudo conservaba una sonrisa inexplicable, que asombraba á los presentes.

Pero el estupor de éstos aumentó considerablemente cuando el sordomudo se puso á referir cosas de la aldea, citando nombres de personas y circunstancias particulares que el soldado Barassi podía conocer, pero que era extraño explicara un forastero. Paulatinamente una duda angustiosa invadía á los presentes. Este desgraciado, ¿no sería el mismo Barassi, en vez de su compañero?

Sin embargo, ni la madre, ni las hermanas ni los parientes lo habían conocido.... Siete años de ausencia habían borrado de su memoria la imagen del ausente -de todos menos de la de aquella que había sido su novia antes de marchar con el regimiento. Hacía cinco años que estaba casada y ahora era mujer casera y tenía hijos Cuando llegó hasta ella la noticia de la extraña arribada del sordomudo á la aldea, corrió á verle, y por poco cae desvanecida.—¡Es el, el «Beppino», es Barassi!....—Exclamó desesperada.

Entonces el joven se turbó, le saltaron las lágrimas de los ojos, y no pudiendo resistir más, exclamó:

—Sí, yo soy José Barassi, á quien habéis creído muerto, y he acudido á esta estratagema para evitar la emoción que mi regreso habría producido á mi pobre madre.

Podemos figurarnos las exclamaciones de asombro, las lágrimas de cariño que acogieron estas palabras. La anciana madre, á quien no había abandonado el recuerdo de su hijo, parecía loca de alegría.

Reanudando Barassi su relato, explicó que había errado mucho tiempo por los arenales abisinios, conservando aún un fusil y bayoneta, nutriéndose de raíces y durmiendo debajo de los árboles. Poco á poco sus ropas se fueron deshilachando, hasta que quedó completamente desnudo. En esta situación, encontró un día una negra que se compadeció de su infortunio, le cuidó, le dió una capa y, después de innumerables dificultades, le guió hasta el mar. ¿Cuánto tiempo duró esta aventura? No puede decirlo, pero sin duda permaneció en Abisinia durante más de tres años.

Logró por fin embarcarse en un buque inglés, en donde sirvió de ayuda de cocina y navegó mucho tiempo por lejanos mares.

Por último llegó á Grecia, se embarcó en un buque que se daba á la vela hacia Italia y llegó á Gaeta. Desde allí, á pie y mendigando, había podido regresar á su aldea.

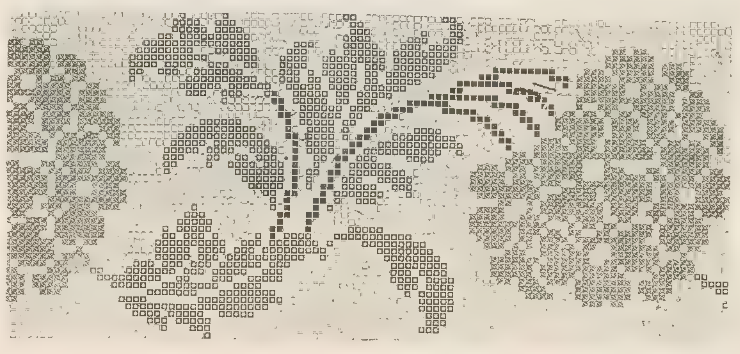
La población de Bardello le festejó mucho, y de todas las aldeas próximas acudieron visitantes deseosos de contemplar las facciones del sobreviviente de la batalla de Abba-Carima y de estrecharle la mano...

LUIS PEDROSSO.

FUEGO Y NIEVE

Amor eterno, sin calma,
juramos con ansia loca:
tú jurabas con la boca;
yo juraba con el alma;
por eso siempre indecisa
rechazabas mis antojos,
con lágrimas en los ojos
y en los labios la sonrisa.
Y yo, que en mis desvaríos
y en mis amantes excesos
sentía helados tus besos
y quemadores los míos,
decía buscando luego
consuelo á mis penas leve:
«Esa mujer es de nieve.
La nieve se funde al fuego.»
Nuestra condición mudando
fueron los días corriendo:
la nieve se iba fundiendo
ó el fuego se iba apagando;
y si al unirse buscaban
olvido á mutuos agravios,
ya sentía yo en mis labios
otros labios que quemaban.
Hoy la ilusión y el hastío
en ti y en mí se han trocado;
tú lloras como he llorado,
yo como reíste río;
y cuando los besos pasan
á ser por el labio impresos,
creo que hielan mis besos
ó que tus besos abrasan,
y en vano te martirizas
por unir en los amores
de tu nieve los vapores,
de mi fuego las cenizas.

IGNACIO MENDIZÁBAL.



7.—Formas para sombreros, y modelos de tejido y de bordado.

EL APRENDIZAJE

I

—¡Qué¡feliz soy, Carlos!

Asomada á una ventana, la marquesa de R.... recostó su rubia cabeza sobre el hombro de su marido.

—¿De veras, Genoveva?

—¡Ya lo creo! Me encanta todo cuanto procede de ti.

—Exageras, hija mía, exageras.

—¿Por qué te muestras tan escéptico cuando hablas de nuestra ventura conyugal?

—Porque la mujer es un ser muy complicado, sumamente difícil de comprender.

—Déjate de tonterías y dame un beso.

—Te juro que también me considero en extremo dichoso.

Y era la pura verdad. Hacía tres años que Genoveva y Carlos habían contraído matrimonio, sin que ni una sola nube hubiese eclipsado su felicidad ni obscurecido su vida alegre y sosegada.

II

Un día que madame R.... asistió con una de sus primas á una venta benéfica, á la que había acudido todo París, notó la presencia de una mujer morena, hermosa y elegante que detrás de un mostrador vendía objetos de diversas clases á sus muchos amigos y admiradores.

—¡Qué mujer tan bonita!—exclamó la marquesa de R....—¿Quién es?

—Luisa Verneuil, la nueva estrella de la Comedia Francesa.

Precisamente al lado de Genoveva hablaba de la actriz un grupo de caballeros.

—Es una mujer encantadora—exclamó uno de ellos—y de una conducta irreprochable.

—Será ahora—dijo otro.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—¿No saben ustedes que ha tenido en su vida un drama por demás interesante?

—¡No lo creo!

—Sí, señor, una pasión por un hombre que también estaba loco por ella.

—¡Es singular!

—Hace cuatro años que se verificó la ruptura.

—¿Y quién era ese mortal afortunado?

—El marqués de R....

Genoveva se puso pálida; pero serenándose luego rápidamente, á pesar del golpe que acababa de recibir, salió del salón en unión de su compañera.

Sin embargo, al llegar á la puerta, se volvió y miró atentamente á Luisa Verneuil.

III

¡Conque Carlos había amado á otra mujer antes que á ella! ¡Qué derrumbamiento de ilusiones! ¡Qué abismo entre ellos desde aquel momento!

Genoveva no dijo una palabra á su marido, deseosa de estudiar á aquel hombre que le había hecho creer que su corazón no había palpitado más que por ella.

Después de haber derramado ocultamente algunas lágrimas, Genoveva se enjugó los ojos.

¡Qué importa!—exclamó.—Eso pertenece al pasado, y ahora no me ama más que á mí.

Pero en el fondo de su alma subsistía una curiosidad, subsistía el deseo de conocer á aquella mujer y de averiguar el secreto de la pasión que había profesado á su marido.

Y un día, armándose de valor, se dirigió á casa de la actriz.

IV

—Anuncie usted á madame... Perrín -dijo Genoveva al ayuda de cámara—y dígale que vengo con objeto de tomar lecciones.

La marquesa de R.... fué introducida en una sala, en la que esperó breve rato.

Al fin se presentó la actriz.

Madame Perrín le explicó el objeto de su visita y le dijo que deseaba aprender el arte del teatro, ese arte tan hermoso y tan útil.



8.—Trajecito infantil.

—¿Util para usted, señora?

—La vida tiene dramas imprevistos, contra los cuales hay que prevenirse.

Luisa Verneuil miró con sorpresa á la recién llegada.

¿Ha sufrido usted mucho?—le preguntó.

—Al contrario, soy la mujer más feliz del mundo.

—Estoy á las órdenes de usted, señora.

V

La profesora no tenía más que alabanzas para su discípula. Madame Perrín acudía diariamente á casa de la actriz, con objeto de ganar su confianza para averiguar el secreto de su vida íntima.

Al fin se estableció una profunda simpatía entre aquellas dos mujeres.

Genoveva, no obstante, no podía alejar de su corazón la idea de que su marido había amado á aquella mujer antes que á ella.

Un día, después de la acostumbrada lección, al notar la acentuada tristeza de la actriz, le suplicó que le confiara la causa de sus sinsabores.

—¿Para qué? ¡mis penas no pueden interesar á nadie!

—Sin embargo....

—Sí; usted es quizás la única mujer que podría comprenderme.... ¿Pero á qué hablarle del luto que llevo en el alma?

—¿Qué luto es ése?

—Un luto muy doloroso por la muerte de un ser que existe, de una ternura que era el encanto de mi vida. Amaba á un hombre generoso, pero débil; bueno, pero sumamente exaltado; celoso, y tal vez demasiado cándido y sensible.

-¡Como yo! -pensaba Genoveva.

Ese hombre no supo comprenderme y me hizo sufrir de un modo extraordinario.

—¿Y qué ha sido de él?

—Se casó y dicen que es feliz. Lo creo, porque era un hombre leal y porque yo le enseñé á conocer y apreciar debidamente el corazón de la mujer. Estoy segura de que ante su nueva compañera no será víctima de los arrebatos y de las debilidades que antes le dominaban. Hizo conmigo su aprendizaje.

Luisa Verneuil estaba en lo cierto.

—Pues en ese caso pensaba Genoveva,—he labrado mi felicidad á costa de la dicha de esa mujer.

En el momento de separarse para siempre de la actriz, Genoveva se acercó á ella, la cogió de la mano y le dijo con voz agitada por la emoción:

—¡Tengo que pedirle á usted mil perdones!

—¿Perdonarla yo á usted? ¿A santo de qué?

—El hombre de quien usted me hablaba hace un instante, ha sabido hacer dichosa á su compañera, sin duda porque al hacerla sufrir á usted, comprendió lo que hay de bueno y de santo en el corazón de la mujer. He venido deseosa de conocerla á usted, queriendo odiarla, y ahora comprendo que le debo á usted gran parte de mi felicidad. Soy la marquesa de R....

Y Luisa Verneuil contestó á Genoveva sin inmutarse y con la más asombrosa frialdad:

—¡Ya lo sabía!

H. DE FORGE

EL TESTAMENTO

Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

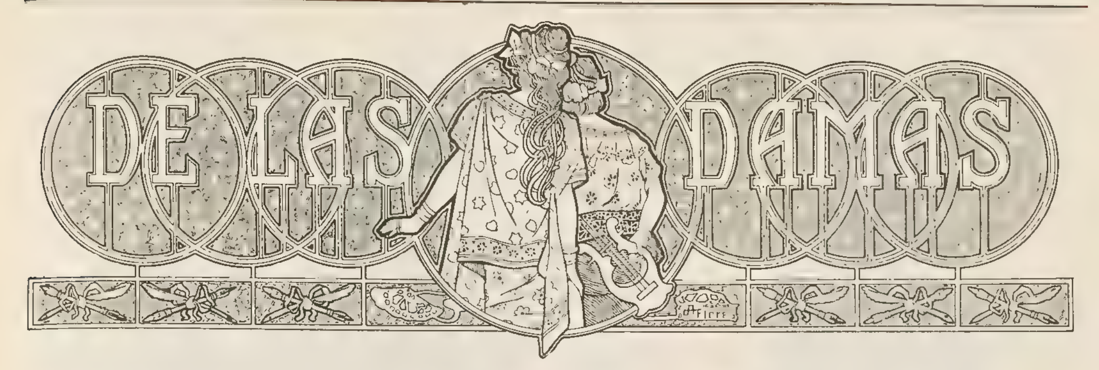
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua", Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua,'' Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro en una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela ''Santa María'' de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



El martirio de sor Bibiana

Dos años hacía que sor Bibiana alimentaba secretamente aspiraciones quiméricas é indefinidas, cuando se supo en el convento que algunas hermanas dejarían la vida contemplativa por la activa, y saldrían á practicar la virtud en un hospitalillo, cuidando enfermos y asistiendo moribundos.

Fundado tal establecimiento por sacerdotes, sin más recursos que la caridad pública, el obispo, asociándose á la buena obra, les ofrecía el personal de enfermeras, reclutado en los monasterios.

Sor Bibiana se brindó gozosa. Al fin encontraba un camino que recorrer: la deseada senda de espinas que á su corazón parecía de flores.

No obstante, al año de asistir enfermos en el hospital, empezó á extinguirse el entusiasmo de sor Bibiana.

No era que las vigilias y las fatigas rindiesen su cuerpo; era que lo invariable, constantemente obscuro de la labor, abrumaba su espíritu.

Volvían á acosarla las mismas ansias que en el convento; volvía á soñar con algo que tampoco en el hospital encontraba. La senda de espinas no subía enroscándose hacia la cima de enhiesto monte, se desarrollaba uniforme, sin interrupción, por una planicie árida.

Lo que hacía ella, sor Bibiana, igual podría hacerlo una sirvienta, una lega de esas que, como máquinas, funcionan sin sentir verdadero impulso de heroico sacrificio.

Mudar apósitos, doblar ropa blanca, acercar á los labios del enfermo la taza de caldo ó el vaso de limonada refrescante, parecíanle ya á sor Bibiana, adquirido el hábito, quehaceres caseros que se cumplen por rutina, con el alma á cien leguas y el pensamiento adormecido.

La repetición del acto embotaba la fina percepción y gastaba el celo de sor Bibiana; sólo el sentimiento del deber la sostenía, y á cada orden de la superiora, obedecida estrictamente, pero sin ilusión, una voz, la voz tentadora de antes, le murmuraba allá dentro:

—Hay más, Bibiana.... Hay algo más.

Ocurrió que por aquel tiempo vino á ingresar en el hospital un enfermito, del cual las hermanas, aunque tan hechas á ver dolores y males, se compadecieron profundamente.

Era un niño de cinco años, con todo el brazo devorado por una horrible quemadura, atribuída á negligencias, intencionadas quizás, de la indiferente madrastra, que no había venido á verle ni una vez, abandonándole como pajarillo que el temporal lanzó del nido al pie del árbol.

Rubio y lindo, demacrado por tanto sufrir, el niño atrajo á las hermanas en rededor de la cama donde gemía: eran mujeres, bajo el sayal latía su seno, que pudo haber sido de madre, y las traspasaba de lástima tanta inocencia desamparada y torturada cruelmente.

Degenerada la llaga en mortal úlcera, amenazando la gangrena, era preciso cortarle el brazo entero á la criatura.

Tenían las hermanas húmedos los ojos y descolorida la faz cuando el médico dispuso que se trajese lo necesario para proceder inmediatamente á la operación, y la superiora, enternecida, con voz de abuela á la cabecera de un nietecillo, preguntó si no había medio de salvar al enfermo sin aquella carnicería espantosa.

1.—Elegantes vestidos de visita.

—Hay un medio....—contestó el doctor,—pero..... ¡Si este niño tuviera madre! Porque una madre únicamente... Ya ve usted, era preciso cortarle á una persona sana y fuerte un trozo de carne, para in-

jertarla sobre la úlcera y dar vida á esos tejidos muertos. El medio es atroz.... Ni pensarlo.

La superiora calló; pero sus ojos, mortificados, marchitos, vagaron por el grupo de las hermanas, entre las cuales muchas eran robustas y jóvenes.

Aquellos ojos graves y elocuentes parecían decir:

—¿No hay alguien que ofrezca su carne por amor de Jesucristo?

El silencio de la superiora fué contagioso: las hermanas, trémulas, sobrecogidas, no respiraban siquiera.

De pronto, una de ellas se destacó del círculo y, haciendo ademán de recogerse las mangas, exclamó con voz vibrante:

—¡Yo, señor Doctor; yo, su servidora!

¡Sor Bibiana, que si de algo temblaba, era de gozo!

¡Por fin! Aquello era lo soñado, el dolor súbito, intenso, sublime; el valor sin medida, la voluntad condensada en un rayo; aquello era el martirio, y allí, sostenida en el aire por brazos de ángeles, invisible para todos, para ella clara y resplandeciente, esa corona que descendía de los cielos entreabiertos.

Rodearon á sor Bibiana sus compañeras santamente afrentadas y envidiosas; la superiora la abrazó murmurando bendiciones; y el médico, inclinándose respetuosamente, descubrióle el brazo blanco, mórbido, virginal, de una gran pureza de líneas, y buscó el sitio en que había de coger la firme carne.

Y cuando hecha la ligadura, al primer corte del acero, al brotar la sangre, se fijó en el rostro de la hermana, que acababa de rehusar el cloroformo, notó en la paciente una expresión de extática felicidad, y escuchó que sus labios puros murmuraban al oído del operador, con la efusión del reconocimiento y la suavidad de una caricia:

—¡Gracias! ¡Gracias!

. . . .



2.—Trajes de calle y camisas de lino y encaje.

El hecho se divulgó, y la gente dió en llamar á sor Bibiana «La Monja Mártir».

Sor Bibiana llegó á saberlo, y sobresaltada, cayó llorando á los pies de su director de conciencia, diciéndole humildemente:

—Lo que usted me anunció, padre, se ha realizado.... Las acciones extraordinarias engendran vanagloria.... Pésame de haber creído que el martirio consistía en un dolor breve y momentáneo sacrificio.... Ahora comprendo que el martirio consiste en dejarnos crucificar á todas horas, sin que lo sepa nadie, sin que nosotros mismos lo pensemos..... ¡Perdón, padre, perdón! Quiero hacer penitencia de aquel pedazo de carne.

EMILIA PARDO BAZÁN.

ROBERTO

I

El potentado americano Roberto Réynolds paseábase por la avenida de los Campos Elíseos, sin hacer caso del mágico espectáculo que le rodeaba.

Con paso de autómata, uniformemente igual, avanzaba impasible como un soldado que hace el ejercicio, insensible al movimiento de los transeúntes y á la hermosura de las mujeres que por su lado pasaban.

El americano estaba dominado por una idea fija, que consistía en determinar el sitio y la fecha en que debía suicidarse.

Estaba resuelto á abandonar el mundo, y no había realizado ya su propósito, porque deseaba estudiar metódicamente los medios de matarse, y adoptar las disposiciones necesarias para la distribución de su inmensa fortuna.

No tenía Roberto Réynolds ningún pariente cercano, y todos sus conocidos le eran indiferentes. Los

criados le habían explotado lo bastante para que tuviese que acordarse de ellos, y en materia de fundaciones benéficas, por las que no se interesaba en lo más mínimo, sólo se le había ocurrido legar algunos miles de francos para la organización de un Hospicio para perros enfermos, en recuerdo de su fidelísimo Fox, único ser á quien había realmente querido.

Pero ¿por qué quería matarse aquel hombre lleno de salud y de vida, inmensamente rico, soltero y completamente libre, que ni siquiera había sido jamás víctima de una contrariedad amorosa?

Porque estaba convencido de que no existe en la tierra ningún goce verdadero ni nada que pueda proporcionar al alma una satisfacción completa.

Ni en los viajes, ni en el amor ni en la amistad había podido encontrar la dicha á que aspiraba.

Quería, por tanto, averiguar si hay en realidad otra, colmada de placeres más positivos y menos efímeros que los de este mundo.

II

De pronto detúvose el americano para presenciar una escena que desde luego excitó su curiosidad.

En la misma acera hallábanse una anciana, un perro y un pilluelo que, por lo visto, andaba en busca de aventuras.

El perro se lanzó violentamente sobre el muchacho, el cual de un puntapié arrojó al animal bajo las



ruedas de un carruaje que iba á todo correr por la avenida.

La pobre bestia salió del lance con una pata rota.

—¡Fox! ¡Fox!—gritó la anciana con acento desgarrador.

Roberto Réynolds se indignó ante aquel acto brutal contra el perro, que llevaba el mismo nombre que su llorado compañero.

—Señora— dijo el americano dirigiéndose á la vieja,—me gustan mucho los perros, sobre todo cuando responden al nombre de Fox. Voy á acompañarla á usted para defender á ese pobre animalito contra ese bribón.

Roberto y la dueña del perro, que llevaba en brazos al herido, echaron á andar.

La anciana vivía en una calle inmediata, y por tanto, no fué largo el trayecto.

Al llegar á la casa, el americano subió cinco pisos para examinar la herida y hacer la primera cura, toda vez que, según él mismo aseguró, era muy entendido en materia de cirugía canina.

La habitación de Mad. Benoit estaba pobremente amueblada.

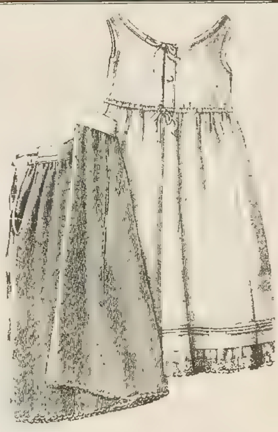
Junto á una ventana, desde la que se descubría un hermoso panorama, hallábase sentada en una silla de paja una joven, consagrada á restaurar encajes viejos.

La muchacha, al enterarse de lo ocurrido, dió las gracias al americano, el cual no se fijó en la belleza de la mujer que le dirigía la palabra.

Roberto Réynolds no se ocupaba más que en curar á Fox, al que le aplicó dos planchas de madera que sostuviesen el hueso fracturado.

Después se retiró con la misma impasibilidad con que había llegado, prometiendo volver al día siguiente para saber cómo estaba el herido.

El americano regresó á su casa pensando mucho en Fox y algo menos en sus proyectos de suicidio.



III

Hacía cuatro semanas que habían ocurrido los sucesos anteriormente relatados. El perro no estaba completamente curado, y su veterinario no se había decidido aún á quitarle el aparato que le había puesto.

Roberto tenía en gran estima al perro, y diariamente iba á visitarlo. Habíase jurado á sí mismo apla-

3.—Traje de reunión y paseo y blusa de seda y pasamanería.

zar sus siniestros intentos hasta el día en que Fox tuviese su pata sana, y estaba resuelto á consignar una pequeña renta, no á favor de Mad. Benoit ni de su hija, sino para que se mejorase la pitanza del animal.

Sus visitas hubieran sido muy breves sin la charla interminable de Mad. Benoit.

La hija, en cambio, hablaba poco, con una voz harmoniosa y siempre con muy buen sentido.

El americano no escuchaba á la madre, pero empezaba á oír con agrado á la hija.

Y hasta la miraba, lo cual le permitió notar que era una criatura encantadora, dotada de una belleza verdaderamente singular.

Aquel examen, repetido con exceso, tuvo consecuencias imprevistas, dado el carácter habitualmente insensible de Roberto Réynolds.



Siempre sincero consigo mismo, reconocía al fin que hacía tiempo que Fox estaba curado, y que si volvía á casa de Mad. Benoit, era porque se complacía extraordinariamente en conversar con la hermosa Clara.

Esto le indujo á hacer una serie de atinadas reflexiones.

—Aunque no dependo de nadie—dijo para sí,—no quiero ponerme en ridículo casándome con esa muchacha. Soy viejo y ella es joven, y probablemente seríamos desgraciados. No hay más remedio que reanudar mi proyecto, que á estas horas debería haber realizado ya. Dejaré un importante legado á Clara Benoit y otro al pobre Fox.

Y salió de su casa con el propósito de hacer á Mad. Benoit la última visita y anunciarle que iba á emprender un largo viaje.

IV

Aquel día encontró á Clara sola.

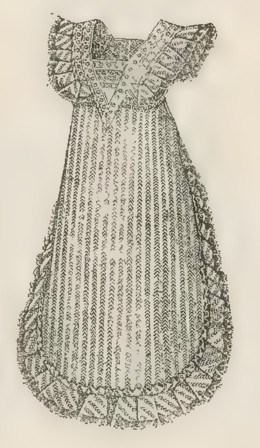
Esto contrarió un tanto al americano, en cuyas palabras se notaba cierta emoción, que contrastaba notablemente con su acostumbrada sequedad.

Entablada la conversación, que pronto llegó á adquirir un carácter de extraordinaria franqueza, averiguó Roberto Réynolds que Clara amaba con toda su alma, pero sin esperanza alguna, á un joven llamado Luis Lenoir, contramaestre en una fábrica situada en una provincia lejana. Era un buen obrero, cargado de familia, á la que tenía que mantener con el sudor de su rostro. Sus abuelos estaban enfermos, su padre había perdido la vista, y su madre se hallaba imposibilitada para el trabajo.

¿Podría acaso imponerse la nueva carga de atender á la subsistencia de Mad. Benoit y de su hija?

Roberto experimentó algo así como una violenta sacudida en el corazón, que le impedía respirar con libertad; pero no tardó en reponerse y en dominar la emoción que embargaba su espíritu.

El americano se retiró á los pocos momentos, después de haber hecho á Clara varias preguntas acerca del sitio donde su amado trabajaba, anunciando que iba á ausentarse por algunos días para regresar muy pronto á París.



4.—Elegantes esclavinas de seda y encaje; traje para niñas y capota abrigo para recién nacidos.

V

Y, en efecto, regresó al cabo de una semana.

El mismo día de su llegada corrió á casa de Mad. Benoit, á la que dijo á quemarropa:

—Señora, vengo á pedirle á usted la mano de Clara para Luis Lenoir, que acaba de ser nombrado director de una fábrica de San Germán.

Y dirigiéndose á Clara, añadió:

—Su futuro esposo disfruta de un gran sueldo, y ante sus ojos se abre un brillantísimo porvenir.

Clara lanzó un grito, y en su rostro se reveló un aire de duda y de interrogación.

—¡Es muy sencillo! exclamó el potentado.—Acabo de comprar la fábrica de San Germán, á cuyo frente he puesto á Luis Lenoir.

VI

Roberto Réynolds ha modificado por completo su carácter. Ahora se sonríe con frecuencia, admira el espectáculo de la naturaleza, le gustan las flores, contempla á las mujeres que pasan por su lado, y no piensa en suicidarse.

Ha encontrado el fuego que calienta é ilumina el espíritu, el goce verdadero y supremo: ser bueno, amar y practicar el bien.

L. FORGET.



La Madre y la Niña

—Yo no quiero morirme,
dice la niña
tendiendo hacia su madre
dos manecitas
calenturientas,
cual dos blancos jazmines
que el viento seca.
Un silencio de muerte
la madre guarda,
¡ay! si hablara, vertiera
mares de lágrimas!
Besa á su hija
y aun la fingen sus labios
una sonrisa.
Del cuello de la madre
la hija se cuelga
y, pegada á su oído,
pálida y trémula,
con sordo acento
dícela horrorizada:
—Oye un secreto:
¿Sabes por qué á morirme
le temo tanto?
Porque luego me llevan
toda de blanco
al cementerio....
¡y de verme allí sola
va á darme miedo!
—¡Hija de mis entrañas,
grita la madre,
Dios querrá que me vivas....
y aunque te mate.
descuida, hermosa,
que tú en el cementerio
no estarás sola!

PEDRO A. DE ALARCÓN.



El bordado y los encajes en las exposiciones

El título de este artículo, hace unos cuantos años hubiera hecho aparecer una irónica sonrisa en los labios de los señores artistas.

¡Cómo! ¿la aguja al lado de nuestros buriles y pinceles? Felizmente ha pasado el tiempo del exclusivismo, y el Salón de los Artistas franceses y el Salón Nacional de Bellas Artes, en París, abren espontáneamente sus puertas á los productos tanto tiempo desdeñados; lo que prueba una vez más que, en habiendo mérito, á todo se llega con la paciencia.

El ensayo, aunque oportuno, todavía es tímido, ó como si dijéramos temeroso; así que, la vasta galería reservada por los artistas franceses «á las Artes decorativas», está muy lejos de llenarse.

La misma luz que ilumina los antiguos cueros repujados, hace brillar las alhajas modernistas en las vitrinas y acaricia con uno de sus reflejos las sedas pálidas que se incrustan lo mismo en la batista que en el terciopelo.

Ante estos maravillosos trabajos á la aguja, no podemos menos de estudiarlos, admirarlos y lamentar que no sean más numerosos.

El bordado y el encaje deben tomar en el presente siglo un nuevo y difinitivo impulso, porque no sólo forman parte integrante de la «toilette» femenina, sino también del mobiliario y otros mil objetos.

En el salón de los Artistas franceses llaman la atención dos espléndidos proyectos, cuyos dibujos son de una finura y una riqueza extraordinarias; se trata de un camino de mesa presentado por Mme. Valentine Duchène; es un gran cuadro de tela con hábiles recortes que figuran una guirnalda de hortensias rodeada de bordado. La artista ha sabido sacar gran partido de esta sencilla flor, obteniendo un hermoso efecto decorativo.

El cuello, debido al lápiz de mademoiselle Cécile Courant, representa dos ramas de madreselva deliciosamente enlazadas; los ligeros tallos y las airosas hojas se unen á las flores con exquisita gracia.

Un poco más lejos se admira también la obra compuesta por madame Pauline Gobert y ejecutada por madame Fourrier; se trata de un cuello en tafetán crema adornado de fuchsias. Las flores están dispuestas en grupos formando círculo; cada pétalo está bordado con malva clara al pasado unido, y rodeado de una hebra de seda malva más oscura; los tallos alternan con verdes claros y oscuros.

Este cuello es rico, elegante y distinguido.

Un «sachet» de raso verde pálido, adornado con tres motivos de flores malva; dos de estos motivos se extienden en los dos ángulos altos, y el otro en medio; todo el bordado es al pasado unido, las flores con sedas malva, y las hojas con sedas verdes; unas graciosas líneas crema y marrón dan á esta obra mucha originalidad.

Mme. Maurice Testard ha sido premiada este año en el Salón de los Artistas franceses por el conjunto de sus dos vitrinas, en las que se veían terciopelos grabados y pintados, encajes con incrustaciones, y varios bordados, entre los que figura la composición de que os hablo.



5.—Trajes reforma para casa y para reunión.

Desde el punto de vista de artes decorativas, el Salón Nacional de Bellas Artes se sobrepone á su vecino, siendo de las mejores obras un motivo para bajo de «store» de M. F. Courteix; es una fina guirnalda delicadamente aplicada sobre el tul, un trabajo de badas.

A su lado hay un cuello con bordado de aplicación, hecho por Mlles. Blanche y Henriette Morisset. Las aplicaciones son de tafetán sobre tela cruda, formando cinta en lo alto y flores abajo; el tafetán es amarillo oro, rodeado de punto de Bolonia; los tallos y hojas, verdes muy pálidos, todos bordados al pasado unido. Mas las perlas de las Exposiciones son indudablemente las obras de Jacques y Madeleine Bille; en todas descuella la idea ingeniosa personal y la ejecución perfecta.

Entre las que más llaman la atención está un tapetillo bordado de violetas; las hojas verdes, con las venas brillantes y oscuras, están bordadas á punto de cadeneta; las flores, al pasado unido, con seda malva.

Los dos cuellos que exponen dichas artistas merecen también mención especial por su trabajo delicado y artístico.

Conque animaros, queridas lectoras, é ir pensando en preparar bellísimos dibujos y magníficos bordados para estas Exposiciones, que si hoy se celebran en París, no han de tardar mucho en celebrarlas en otras partes.

El cuarto del niño

Sería muy conveniente que las madres jóvenes, las consagradas por completo al cuidado de sus hijos y que hacen de la maternidad un sacerdocio, tuviesen en sus casas una habitación destinada exclusivamente al niño.

Es muy agradable poderse instalar cómodamente en una pieza provista de todos los objetos necesa-



rios á la «toilette» de nuestros chiquitines.

De todos los miembros de la familia, el niño es el que necesita más sitio; sus cuidados incesantes, para los que no se puede prescindir de bastante espacio, hacen que sea una necesidad el destinarles un cuarto. Todas las funciones de su cuerpecito se repiten varias veces al día, por lo que los objetos destinados á su uso personal hay que tenerlos siempre á la mano.

En las casas modestas y poco elegantes no es raro ver en todas las piezas ropitas puestas á secar, vestiditos por aquí, zapatitos por allá, todo lo cual da un aspecto desordenado á la habitación; felices, pues, las madres que pueden reunir en un cuarto claro y ventilado el mobiliario frágil y delicado, pero indispensable al recién nacido.

A falta de un cuarto especial, se puede arreglar un sitio cualquiera donde tener en orden todos los accesorios que veis aquí.

Primeramente, si vuestros medios lo permiten y podéis arreglar el cuarto á vuestro gusto, escoged para las paredes azulejos ó estucado, y para menos lujo, papel barnizado, que pueda sufrir el contacto de la húmeda esponja.



En el suelo, un «linoleum» susceptible de poderse lavar todos los días con jabón.

Después agruparéis con arte, según las necesidades y la manera que tengáis de usarlos, todos esos monísimos mueblecitos, cuya descripción sigue aquí:

1º Una silla de madera blanca pintada al esmalte, guarnecida de almohadones.

El del asiento es redondo y se sujeta á la silla por unas cintas.

Los del respaldo, que son tres, también se sujetan con cintas, lo que permite levantarlos, mullirlos y sacarlos al aire de cuando en cuando.

La tela de estos almohadones es de algodón crudo, con aplicaciones de bordado.

2º Funda para tapar y ocultar el baño. Invención tan ingeniosa como práctica.

Esta funda tiene la misma forma que el baño. Una cinta puesta de un lado al otro, permite levantar la funda cuando se quiere destapar el baño.

La costura de alrededor va tapada por un rizadito; la tela es de algodón con flores.

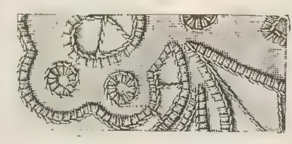
3º Encantadora cestita, muy á propósito para la ropa limpia. Esta cestita tiene su cubierta de tela guateada; cuando se pone en ella la ropita y se cubre con ella, como es de abrigo, la conserva templada.

El adorno se compone de muselina y cintas colocadas sobre fondo de raso. El interior es igualmente de raso guateado. Lazos en las cuatro esquinas. El asa enrollada de cinta, con un lazo en medio; rizado de encaje por todo el borde de la cesta.

4º Si es agradable tener á mano la ropa limpia para mudar al «bebé», no lo es menos tener alguna cosa donde desaparezca la sucia, según vamos despojando de su envoltura á la criaturita.

Este saco, redondo en las dos extremidades, está armado sobre dos círculos de alambre. Un encajito adorna la base y otro la cima, y le cierra un retazo de tela formando bolsa, con un cordón pasado por la jareta. La tela es de algodón crudo y se bordan unas amapolas.

5º Pequeña manoplia es el complemento de la mesa de «toilette»; se la cuelga á la izquierda del lavabo, de manera que se puedan coger todos los objetos sin necesidad de levantarse. Es de tela impermeable, forrada de tela lavable, porque



en las bolsitas se dejan todas las esponjas de la «toilette» del niño.

6º Mesa de tocador, destinada á los cepillos, peines, alfileres, etc.

Esta mesa de mimbres está completamente cubierta de volantes de encaje y de cintas. El interior está forrado de rasete: tiene la forma de bandeja, para poderla levantar cuando se quiera sacudirla y cepillarla.

Todo alrededor bolsitas, donde se colocan todos los utensilios que hacen falta.

La bandeja de abajo está igualmente forrada de rasete. Un doble volante, sostenido por escarapelas de cinta cometa, adorna el alto, y un volante sencillo oculta los pies del mueblecito.

7º Estuche «sachet» en tela de seda y bordadas las caras exteriores. En el interior bolsitas para guardar las medias y los zapatitos. Se cierra por lazos de cinta.

8º Cunita de hierro, barnizada de blanco y guarnecida de muselina con entredoses. Volante cayendo sobre el borde superior de la cuna.

Colgadura de muselina y entredós, sujeta al hierro por un gran lazo.

9º «Etagère» portátil; se pone en un rincón del cuarto y sirve de refugio á todos los juguetes del niño.

Este mueblecito es sumamente útil; sin él, reinará siempre el desorden en el cuarto del «bebé»; los animales de goma, las pelotas y muñecas tiradas por el suelo, dan á la pieza más limpia un aspecto de suciedad y desorden.

Es de madera blanca forrada de cretona. Una cortina separa la tabla superior del medio.

Otra cortina parte de la tabla del medio hasta la de abajo, cubriéndola por completo. Estas cortinas son de cretona cruda, guarnecidas por una tira de cretona floreada. En estas dos cajas (ó casas) se aloja el polichinela del «bebé», su carro, su perro y todos los pobres lisiados, que harían muy triste figura sobre el «étagère», y que, sin embargo, aún divierten muchísimo al niño.

Las plantas en las habitaciones

¿Cuántas veces, queridas lectoras, al notar que hace mucho calor en vuestra habitación, habéis puesto al balcón las plantas que la adornan, creyendo que es bueno refrescarlas lo mismo en el mes de enero que en el de junio? Falta de reflexión, sin duda alguna.

Cuando dais una recepción, las plantas completan el adorno general del salón y participan durante ella de una temperatura muy elevada. En cuanto vuestros invitados se marchan, sentís la necesidad de renovar el aire; abrís los balcones, y la atmósfera, demasiado caliente, cambia bruscamente por el aire glacial que entra y del cual participan vuestras plantas.

Es posible que alguna de vosotras se abstenga de abrir los balcones por haber reflexionado que esta aireación intempestiva puede dañar las plantas. Pero esta larga «soirée» os ha fatigado y sentís la necesidad de reposar; al retiraros dejáis, naturalmente, apagar el fuego; si el salón no está caldeado por caloríferos, como fuera hace frío, el termómetro desciende algunos grados; esto realmente no tiene importancia.

Lo que la tiene, y mucha, es que al retiraros habéis olvidado prevenir á vuestra doncella que antes de empezar la limpieza del salón, ponga las plantas en otra habitación. Lo primero que hace á la mañana siguiente es abrir los balcones y colocar en uno la magnífica palmera que acabáis de comprar, administrándola así un baño de aire de varios grados bajo cero, pues fuera los marca el termómetro. Creed que ella piensa que con esto hace mucho bien á vuestra palmera, y está muy dispuesta á repetirlo todas las mañanas.

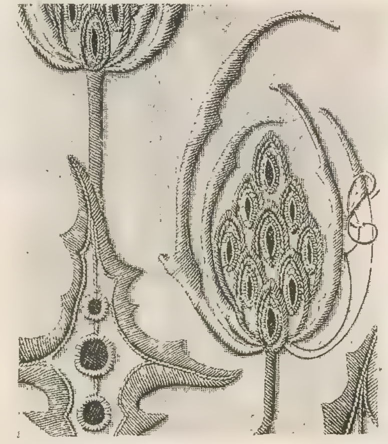
La limpieza requiere algún tiempo; además, viene la cocinera á ser de la partida para charlar en grande de la recepción de la señora, de



los invitados, de los refrescos, etc., etc. El tiempo pasa, los balcones siguen abiertos y las plantas recibiendo el aire frío.

Por la tarde, la señora advierte con muchísimo disgusto el estado lastimoso de su preciosa palmera.

Estoy persuadida de que este mal rato lo habéis pasado muchas de vosotras, queridas lectoras; así que, no me cansaré de recomendaros que cuidéis mucho vuestras plantas; son pequeños seres muy delicados, que no cogen constipados ni bronquitis





6.—Minuciosos detalles de tejidos y bordados para aplicaciones.

por estos cambios de temperatura, pero que mueren de sus resultas.

No es solamente por la mañana, durante la limpieza, cuando se exponen las plantas á las consecuencias de temperaturas más frías. Cuantas veces por la tarde se siente el calor, nada más natural que abrir el balcón, cerca del cual están las plantas, y entonces reciben ráfagas de aire frío, que no les son nada favorables.

Es evidente que las plantas cultivadas en las habitaciones necesiten aire puro y que les conviene aun en el rigor del invierno la aireación de la pieza, que por diferentes causas no es posible dejar de ventilarla, abriéndola cuando se hace la limpieza. Pero hay que hacerlo con precaución para no perjudicar á las plantas.

Cuando el termómetro ha descendido hasta bajo cero, de ningún modo deben tenerse las plantas en la habitación abierta; se las lleva á la inmediata mientras se airea la primera, y no se vuelven á su sitio hasta que estén cerrados los balcones y la temperatura haya vuelto á subir á un grado conveniente.

Todas estas mudanzas dan bastante trabajo y requieren un tiempo del que no siempre se puede disponer. En este caso es fácil remediarlo poniendo durante la aireación de la pieza un biombo delante de las plantas, que las evita el contacto directo del aire frío; así y todo, los balcones deben permanecer abiertos el menos tiempo posible. Es preciso que no haya corrientes de aire frío; esto perjudica aún más á las plantas que el solo contacto del aire.

Si se trata de plantas más duras que exigen menos calor, como la aralia, dracena, aspidiestra, fórmium, etc., se las puede exponer á la aireación directa, sobre todo si la pieza está al Mediodía y la temperatura exterior no baje de 3 á 4 grados sobre cero. Pero mejor es que el termómetro marque de 8 á 10 grados en las mismas condiciones, para airear directamente las plantas más delicadas y que necesitan más calor: cocotero, begonia real, caucho, anthúrium, así como las plantas de flores tempranas, que son todas muy frágiles.

Al terminar el período estacionario de las plantas, es cuando debe aireárselas, á fin de no tenerlas en una atmósfera caliente y concentrada, que activaría demasiado su desarrollo, con detrimento de su futura salud.

Los brotes desenvueltos prematuramente en una atmósfera poco ventilada, se vuelven cloróticos, faltos de consistencia, y se ven muy pronto atacados por los insectos y por los hongos, si no se pudren antes por el exceso de la humedad. De modo que no debéis olvidar que el aire, así como la luz, favorece la elaboración de la savia y fortalece las raíces; pero cuando el tiempo está brumoso, no debéis exponer demasiado las plantas á la acción malsana de la humedad.

En verano es mucho más fácil airear las plantas; la temperatura exterior no se opone á ello. Sin embargo, también deben tomarse las precauciones necesarias para que no las coja una corriente de aire, y las de follaje delicado no pueden ponerse en contacto directo con los rayos solares durante su aireación.

Por fin, he terminado mis recomendaciones, queridas lectoras; diréis que son muy numerosas, pero es bien fácil ponerlas en práctica, y las que antes no tomabais estas precauciones, estoy persuadida de que las tomaréis de ahora en adelante.

Yo os aseguro que seréis muy recompensadas al contemplar vuestras hermosas plantas, que se desarrollarán y conservarán así admirablemente.

LEONOR.

El cariño de mi madre
dejé por probar el tuyo.
¡Torpe del hombre, que toma
lo incierto por lo seguro!....

Tu vida, de infamias llena,
fué del infierno antesala.
Y, vieja, quieres ser buena..
¡porque no puedes ser mala!.

A Dios le pedía un hijo
Y El me dió gozo tan grande.
Y hora, entre zozobras vivo,
por si me lo arrebatase!....

Ilusiones engañosas
y mentidas esperanzas....
El hombre que os acaricia
va en pos de vanos fantasmas.



7.—Vestidos de casa y calle estilo "renacimiento", y saco abrigo para señoras de edad.

Leyenda escocesa

En otro tiempo, cuando los alegres trovadores iban de castillo en castillo, lejos, muy lejos, en unas islas cubiertas de peñascos vivía un señor cuyo nombre era Mac Dónald. Tenía gran número de servidores, sus arqueros eran temibles y los terrazgueros que cultivaban sus tierras hacíanles producir cosechas abundantes.

De entre ellos había uno conocido por Jan Du Mac Gillaspick. Largo parecerá, sin duda, el nombre, pero nada es, comparado con el de su granja, llamada Carnemore-Na-Tubberbrandon.

....

Un día, mientras Jan bajaba hacia el mar disponiéndose á meterse en su barca, se llegó á él un hombre de luengos cabellos y noble fisonomía.

—¿Serías tú, por ventura, Jan?—le preguntó el extranjero.

—Efectivamente, magnífico señor, soy Jan, colono de esta isla.

—Y yo—su interlocutor dijo—soy San Brandón, patrón de los desdichados. Sé que tu puerta se halla abierta de continuo para los desgraciados; así, en recompensa de tu caridad, voy á concederte un favor.

Y sacando de su bolsillo una hermosa tabaquera de encina, ofreciéndola á Jan, añadió:

—Tómala; pero recuerda siempre estas palabras: Por mucho tiempo que transcurra, mientras la tapa se conserve generosamente abierta para todo el mundo, la caja estará siempre llena; pero se vaciará muy de prisa si la cierras á un extranjero.

Dichas estas palabras, desapareció el Santo.

Jan, lleno de alegría, corrió á la playa para ofrecer tabaco á todos los marineros y pescadores que encontrase. La maravillosa tabaquera no menguó en lo más mínimo. Al propio tiempo vino la felicidad al dueño de ella; á partir de aquel día, tuvo Gillaspick tan buenas cosechas, que en dondequiera le miraban como el más rico colono de las Hébridas.

Entre tanto, murió el viejo señor, y, según costumbre de aquel tiempo, su hijo recorrió el señorío para conocer sus terrazgueros. Preparóse Jan lo mejor que pudo para recibir á su nuevo amo. Presentóse con todos los de su casa á Mac Dónald, se inclinó tres veces y, temblando, le ofreció la preciosa tabaquera completamente abierta. Al obrar así, andaba equivocado, pues en Francia, donde se educara el nuevo señor, al ofrecer tabaco á los superiores, es costumbre presentar la tabaquera cerrada; hacerlo de otro modo, se considera como injuria.

—¿Qué significa semejante insulto?—exclamó el caballero, rojo de ira.—¡Mísero villano! ¿Te burlas de mí? En el pecado llevarás la penitencia. ¡Arqueros: atad á ese hombre de pies y manos, y sujetadle así á la puerta de su casa!

Ejecutóse la orden en seguida, á pesar de los lamentos del pobre colono, el cual juzgaba la penitencia harto dura para ofensa tan leve. Por otra parte, ¿cómo hubiera podido ofrecer la tabaquera cerrada, habiéndole recomendado el santo que la presentara siempre abierta?

Bien habría querido, en descargo suyo, contar la historia; sin embargo, impidióselo el temor, y las pocas palabras que balbuceara sólo consiguieron exasperar á Mac Dónald.

En cuanto estuvo sólo llorando su cuita, el desventurado vió llegar á San Brandón.

—¡Qué desdicha la mía!.... ¡Vos, que sois tan poderoso, socorredme!—exclamó Jan en tono desesperado.

—Nada temas, Jan—le decía el bienaventurado sonriendo.—Tú no eres responsable de la falta de que se te acusa.

Y hablando así, con la punta de los dedos el celeste personaje tocó las cuerdas, dejándolas rotas. Al quedar libre, Jan frotó vigorosamente sus piernas doloridas y dió gracias á su libertador, quien pronunció estas últimas palabras:

—Oye, Jan: tu señor se encuentra ahora en la granja vecina; ve á encontrarle, cuéntale la historia de la tabaquera y haz lo que él te diga.

Aun cuando altivo, Mac Dónald era justo. Así que oyó el extraño relato del colono, comprendió el yerro que había padecido con respecto al pobre hombre. Hizo más aún. «Quiero—dijo á éste—reparar mi falta por completo; dame, pues, la tabaquera, y, en cambio de este precioso talismán, te hago propietario del dominio que cultivas».

Jan Du Mac Gillaspick fué manumitido, y desde entonces él y sus descendientes vivieron libres en la tierra que todavía se llama en gaélico Carnemore-Na-Tubberbrandon.

JAIME D'ALÉS.



8. Sombrero y gorritas para niños.



EL TESTAMENTO

Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

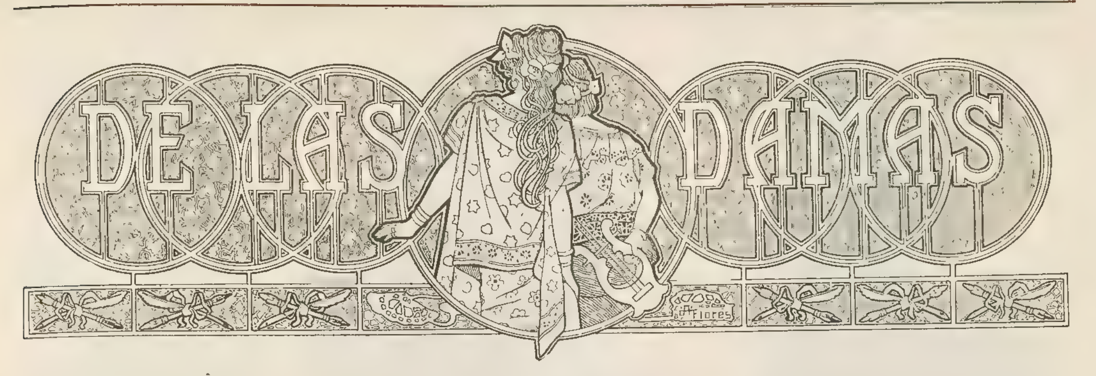
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua", Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro en una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela ''Santa María'' de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



El equipaje de una elegante

Trajes de niños y niñas

Actualmente en París, todo el mundo se prepara á salir, unos para los balnearios, otros á orillas del mar, ó para viajar por Suiza, Noruega, etc.

El asunto del equipaje es siempre muy importante para la mujer cuidadosa de sus trajes y de las chucherías que lleva consigo.

Algunas personas se aficionan á sus baúles, los cuidan, los siguen con ojos enternecidos mientras los peones de las estaciones los zarandean á cual más, y ellas no se instalan tranquilamente en su compartimiento sino cuando han ido á asegurarse por sí mismas de que los queridos bultos están cuidadosamente alineados en el vagón de equipajes.

Es, por lo demás, una precaución muy útil, digna de recomendarse á todas las personas que ponen el pie en un ferrocarril.

¡Cuántas veces los empleados dejan un baúl en el andén de la estación, ó lo colocan en una línea que no es la verdadera!

¿Y conocéis algo más desagradable que llegar fatigada al término de vuestro viaje, deseosa de reparar el desorden que producen siempre algunas horas pasadas en ferrocarril, y oír al hombre encargado de los equipajes deciros con ese aire estúpido y burlón, patrimonio de todas esas gentes, en todos los países del mundo:

—Señora, es imposible encontrar el equipaje de usted. Se ha extraviado y no lo tendrá hasta mañana.

Eso me ha sucedido varias veces: hablo, pues, con conocimiento de causa; estad alerta con vuestros equipajes cuando lleguéis al andén. No es exageración.

El cariño al aquipaje está extendido entre las mujeres de tal modo, que ahora es uno de los regalos que más se ofrecen para las bodas.

Voy á daros otro consejo: no escojáis vosotras mismas el baúl que queráis ofrecer, porque los baúles son objetos muy personales. Os aseguro que son algo como personas. Tienen su carácter, su edad, su fisonomía y su historia.



Ante todo, ¿no está escrita su historia en sus flancos en innumerables y multicolores rótulos que los dueños de hoteles, ávidos de «reclame,» y los empleados de ferrocarril les pegan en todas partes?

Señalan sus campañas y sus hojas de servicio.

Su fisonomía, los viajes—forman la juventud, pero deforman los baúles viejos—se la dan.

Por último, su carácter es algo de particular, una disposición, un don natural é innato que sólo conocen sus propietarios.

Los hay gruñones, susceptibles, insoportables, que, con un cofre enorme y un aire de querer tragar todo, no digieren casi nada. Los hay dóciles, maleables, elásticos podría decirse, que se prestan á todo, hasta á las invasiones más exageradas, premeditadas por inconscientes personas que no dudan de nada y no conocen, en las relaciones inmutables del continente con el contenido, límites á sus caprichos más desordenados.

Lo mismo que la naturaleza, tienen horror al vacío. Con desprecio de su salud y de su vida misma, ciertos baúles de buena composición hacen prodigios para satisfacerlos.

No se sabe todo lo que puede contener el baúl, modesto en apariencia, de una mujer elegante, por ejemplo, que va de veraneo.

Sólo tiene una vaga é hipotética percepción el mozo de cordel que con gemidos de angustia lo toma de la cubierta del coche, el empleado que lo pesa con sonrisa irónica y una ojeada burlona, declarando en alta é ininteligible voz su peso formidable, y el marido que, con la nariz algo larga, va á pagar, con un suspiro, el exorbitante exceso de equipaje.

Lo preveía, pero no tanto. No se prevé nunca el exceso á que llega una mujer elegante.

Lo preveía, porque alrededor de ese baúl—ó de esos baúles, mejor dicho—ha asistido á escenas tragicómicas.

Ha visto, hasta el último minuto, á la mucama enloquecida, galopar de una pieza á otra, excitada por las interrogaciones desesperadas, las interjecciones apremiantes y urgentes y las reprimendas de su señora.

Lo preveía, porque, al sentarse sobre la tapa, él mismo ha debido concentrar todas sus fuerzas para cerrarla, dispuesto á abrirlo otra vez inmediatamente para que se pueda meter aún algún objeto de primera ó de última necesidad.

Por último, todo está preparado, como se dice en lenguaje marítimo. La composición difiere naturalmente, según se trate de una excursión de algunos días, ó de una de esas largas ausencias que mis queridas lectoras conocen bien.

Combinaciones múltiples de arquitectura, han conseguido disponer sobre las divisiones paralelas



1.—Traje de paseo y abrigo infantil.



los innumerables trajes de mañana, de tarde, de noche, que forman el guardarropa de una elegante y linda señora joven que hace un corto viaje. La ropa blanca fina encuentra su puesto y no hablemos de ella. Tampoco de los sombreros que se han colocado en la caja destinada para ellos, de las botinas dispuestas confortablemente en el baúl del calzado, y de las sombrillas que han ocupado su lugar en su estuche.

La valija de mimbre es siempre muy cómoda y muy buscada por su ligereza.

Pero la última novedad en este género, es la «americana», que se abre á un lado como un armario, en que los trajes están colgados cómodamente cada uno de su gancho, y que frustran absolutamente, por su estructura, los cálculos maliciosos de los empleados, que no llegarán, según su deseo secreto, á ponerlos boca abajo, á zarandearlos en todos sentidos para producir una confusión premeditada en el arreglo.

Pero poner lo necesario en un baúl, es un juego de niños y nada interesante. Lo divertido y difícil comienza en lo superfluo.

¿Qué es para una mujer lo superfluo? Voy á intentar hacéroslo comprender, por más que vosotras, que sois mujeres también, queridas lectoras, lo habéis ya adivinado.

Lo que ella quiere llevar consigo, si se aleja por algún tiempo, es su preciosa atmósfera que vive á su alrededor y la hace vivir, que hace en cierto modo parte de sí misma, chucherías familiares é indispensables, libros favoritos ó reservados, cojines, esos cojines que han tomado poco á poco la forma de su cuerpo y le son amigos, grabados preferidos, etc.

Para que la pieza que la cobije algunos días tenga un aire de habitación, unas sedas, unas telas, tiras de encajes sacadas del baúl, vestirán la chimenea, las mesas.

Se encontrará el espejo en que ella acostumbra contemplarse, que es algún tanto su consejero y confidente.

Las grandes fotografías le traerán el recuerdo de alguien á quien no olvida, ni aun en viaje, y á quien ama bien; otras fotografías evocarán el recuerdo de queridos ausentes, en los cuales piensa con frecuencia.

La guarnición de «toilette» saldrá por sí sola, si se la olvidara, de su «necessaire», y también el «té inglés, práctico y ligero, de su cesta. Las sábanas, son algo tan íntimo, que las del hotel no tocarán una epidermis susceptible.

Por eso, con frecuencia, algunas pilas de sábanas llenarán el fondo del baúl.

El saco de piel de gama guarnecerá la «couchete del sleeping-car».

Y ahí está la lámpara de alcohol, dispuesta para todas las necesidades, si no se ha reemplazado por muchos aparatos eléctricos, calentadoras, tenacillas de rizar, etc., que son la última palabra del «confort»

La electricidad también está en la lamparita portátil que se ha encendido en el vagón para leer en el camino, con la cabeza apoyada sobre ese cojín neumático cubierto de raso «líberty», en que el marido ha empleado hace poco su último aliento para hincharlo.

Sacos diversos, destinados á múltiples usos, cobijas ligeras, mantas, velos y capelinas para el «auto», la higiene, la elegancia, llenan hasta el borde ese lindo baúl que veis timbrado con iniciales, en ese andén de estación, y que no pesa otra parte más de 154 kilos.

***

De vez en cuando creo que no hago mal en ocuparme de nuestras hijitas, porque para ellas también la moda es caprichosa y cambiante.

Espero, pues, que las mamás jóvenes me agradecerán que las ponga al corriente de lo que se hace para las niñas.

A pesar de la fantasía del momento actual que, de pies á cabeza, viste de encarnado á nuestras niñas, creo que los tejidos de colores claros son todavía los que, para la primera edad, deben de preferencia servirnos para confeccionar la blusa americana, siempre muy en boga.

Flotante y recta, montada en un «empiècement», en cuya parte inferior se encuentra sea un volante, sea un encaje, se hace de batista, de percal, de piqué, de lanilla ligera, de popelina, de jaconá ó de nansú, según las necesidades ó las preferencias.

Muy sencilla en su forma, puede convertirse en una «toilette» que vista mucho, ó ser el traje de mañana por excelencia, según los bordados, los encajes ó las guarniciones con que se juzgue á propósito enriquecerla.

Para los juegos en la «nursery», ó fuera, en el jardín, será tanto más apropiada cuanto menos complicada, y dejará toda la libertad á los movimientos de los niños.

Para la salida, en que los niños están obligados á usar un traje elegante, indicaré la blusa americana de raso «líberty», calada de bordado inglés ó de entredoses de encaje ó de guipur de Irlanda, puesta sobre un transparente del mismo color y guarnecida de abullonados de cometa.

Si el tiempo es bueno y cálido, esa misma blusa de muselina blanca, bordada y forrada de tafetán rosa ó celeste, es verdaderamente encantadora.

Desde los tres ó cuatro años hasta los siete ú ocho, se reemplaza la blusa americana con un traje que tiene un corpiño muy parecido á blusa, cerrado en la espalda, y una falda cuya forma tiene alguna semejanza con las nuestras.

Sin embargo, esa falda se adapta invariablemente al corpiño, que, plegado ó fruncido, está guarnecido generalmente por una gran «collerette» adornada de encajes ó bordados.

El cinturón también es el principal ornamento de este traje, sea que no requiera sino una sencilla banda pespunteada de la misma tela que el traje, ó una «écharpe» de seda blanda cuyo lazo cae en tiras.

Desde los doce ó trece años, el traje de las niñas se inspira generalmente en el nuestro, con la condición expresa de suprimir todo lo que podría acentuar las proporciones, más bien sin gracia, de esa edad ingrata.

Para todo servicio, el «mohair» gris azulado ó «beige» es la tela preferida para nuestras hijitas, lo mismo que los tejidos escoceses á cuadritos, la serga azul marino, la «bure», el «cheviot» y el terciopelo inglés para los trajes de vestir de invierno.

El velo plegado sol, se usa mu-



2.—Elejantes trages de reunión.

cho, lo mismo que para las personas mayores.

Las capelinas á lo vieja, de terciopelo con abullonados de cometa y grupo de flores, las tocas contorneadas de forma extraña, con «ruches» y «pompons» de muselina de seda, son los tocados de las muy niñas.

Desde los tres años, el sombrero Directorio, el «canotier», son los sombreros que se deben preferir.

Este verano se ven grandes capelinas de paja ligera guarnecidas de «muguet», de cerezas, de margaritas, de abullonados y de lazos de cinta y de terciopelo, y estas capelinas son ciertamente los tocados que sientan mejor á las niñas. Se van á hacer de fieltro y de terciopelo para este invierno.

En cuanto al calzado, el botín con cordones ó el zapato de cuero amarillo, pertenecen á casi todas las «toilettes», sobre todo en verano.

De siete ú ocho años abajo, el zapatito con bridas, de vaca, charolado, parece muy indicado con el calcetín de seda negra.

Para los niños de hasta siete á ocho años, el pantalón corto de serga azul marino, con la camiseta de franela blanca, guarnecida de cuello y puños de hilo blanco, es el traje más práctico.

Acompañados de botines rojizos y calcetines del mismo color, este traje se completa con el gran sombrero marino.

BARONESA LIVET.







Sor Marcela.

Al salir de la iglesia, antes de regresar á casa, almorzar y cambiarse de traje para emprender el camino de Lisboa, donde pasarían la primer quincena de luna de miel, los novios se dirigieron, en coche, al Asilo-Escuela de párvulos. Querían despedirse de Sor Marcela, hermana de la novia....... y de la Caridad.

Cuando Sor Marcela entró en el locutorio y se abrazó á su hermana, el contraste fué vivo y curioso. Contra el burel y el algodón de ropaje y delantal, el raso blanco de la nupcial toilette; contra la toca almidonada y tiesa, el delicado tul del velo y los nítidos azahares de la corona. Las figuras contrastaban no menos que los trajes. Clara, la novia, una mujerona basta, ya algo ajamonada á los veintiséis, de protuberantes curvas y cutis encendido; Marcela, la Sor, una criaturita delgada y menuda, un delicioso semblante infantil, que alumbraban ojos negros de ricas pestañas y dientes cristalinos en una boca inocente y fresca, como vaso lleno de agua pura.

Exclamaciones de asombro y alegría salían de los labios de Sor Marcela, que alababa y admiraba todo: el vestido de boda, las joyas, la corona de azahar, el devocionario de marfil, los zapatos de seda....

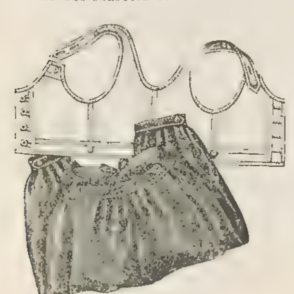
—¡Jesús mío, Dios! ¡Si pareces una imagen! ¡Ay, qué cosas tan hermosas traes encima! ¡Y tu esposo.... qué guapo está! ¡La Virgen vaya con vosotros!

Trataba el novio de sonreír, de chancearse con la monjita, pero una emoción profunda y mal disimulada le quitó el aplomo: sufría cruelmente. Enamorado de Marcela desde que la conoció, desde que puso los pies en casa de los señores de Ramos, creíase curado de la pasión.

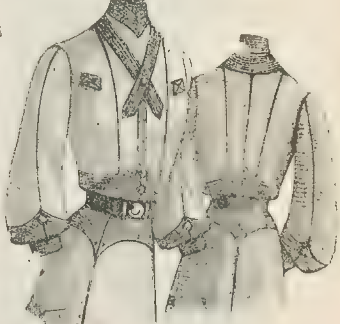
Habían corrido tres años ó más desde entonces; el ingreso de Marcela en el noviciado de las Hermanas, equivalía á la muerte: Clara se presentaba insinuante, coqueta, «buen partido,» y Antonio se dejaba arrastrar á cortejarla, á pedirla, á casarse. Y ahora, volviendo á ver á Marcela, encontrándola tan niña, tan cándida, tan ideal, el corazón le advertía: «No la has olvidado, la quieres. Mentiste al tomar otra esposa. Esta era la destinada para ti.»

Mientras las dos hermanas charlaban, sentadas en el duro sofá del locutorio, el recién casado evocaba recuerdos. El nunca le había dicho claro á Marcela, allá en el siglo, que se moría por ella, que la adoraba.

Un respeto, un recogimiento extraño, la veneración que infunde la inocencia, le contenían. Soñaba mucho, la traía flores, la embromaba dulcemente...... y esperaba la ocasión, la hora, el entreabrirse del capullo.... Más vigilante y re-








3.—Trajes de casa y paseo.

suelto que él, Cristo se había adelantado. ¡La niña era monja....!

No se podía escalar el Noviciado, ni romper rejas ni saltar tapias.

La prosa de la vida, dominante hasta entre la poesía del misticismo y del amor, se interponía; Antonio se resignaba ó creía resignarse; si se tratase de un cariño humano, de una boda para Marcela, se hubiese sublevado, furioso; pero ¡monja! Ante eso, ¿qué hacer? Con secreta satisfacción pensaba: «Ya no se casará.» Y, estúpidamente, por rutina, se había casado él, sujeto quizás á la casa de los señores de Ramos por lo que en ella quedaba de la atmósfera y del perfume de Marcela...... Sólo ahora, llegado el momento, cumplida la suerte, Antonio se daba cuenta de su verdadero estado moral. No quería á su mujer ni podría quererla nunca, y su corazón se quedaba allí, entre las paredes del locutorio, al lado de la monjita encantadora, su único, su verdadero anhelo en la tierra.

Cabizbajo, lleno de tristeza y de abatimiento invencible, el novio permanecía allí, inmóvil, sin tomar parte en la plática de las dos hermanas.

Marcela, que en la vida monástica había adquirido ya la costumbre de la curiosidad pueril, se deshacía en preguntas: ¿A dónde iban los recién casados? ¿Dónde se detendrían primero? ¿Llevaban mucho equipaje? ¿Tenían propósito de visitar el santuario del «Bom Jesus,» una cosa tan bonita?

Por fin, Clara, en un girar de pupilas, observó la actitud de su esposo. Era inequívoca. Aquellos ojos ardientemente clavados en Sor Marcela, aquella fisonomía entristecida y ansiosa, aquella palidez, no engañaban. Clara, asociando





ideas, con su suspicacia de mujer, de celosa instintiva, recordó....... Hay detalles que, insignificantes en apariencia, de repente, por su enlace con otras circunstancias mínimas, adquieren terrible realce.....

Este trabajo mental, de concordancia y conexión, se verificaba en el cerebro de la novia, que veía lúcidamente lo pasado y lo actual. Y mientras en su alma se producía el desgarramiento de la ilusión, sus labios profirieron atropelladamente, sarcásticamente, estas palabras:

—Adiós, Marcela...... Tenemos prisa, ¿verdad, Antonio? Hoy nos hace mal tercio cualquiera........ Adiós....

Y como la Sor, cariñosamente, formulase una pregunta, la desposada respondió con risa amarga y dura:

¿Volver por aquí? ¡Hija, muy tarde!........ Nosotros somos del mundo y tú eres de Dios....

EMILIA PARDO BAZÁN.

Página de Album

Al calor de la mirada
de tus ojos soñadores,
en el alma enamorada
brotan flores, muchas flores!

Bastará, pues, que la oscura
magia de tus ojos bellos
vierta sobre la blancura
de este libro, sus destellos,

Para que al punto la rosa,
y el jacinto y el laurel
surjan, como una olorosa
trinidad sobre un vergel.

Porque este libro que arriba
como un beso á tu alba mano,
tiene una alma sensitiva
cual un corazón humano:

Alma que es la conjunción
de todas las que han impreso
en él una vibración,
al dejar en él un beso
cual si fuese una canción.

EMILIO FRUGONI.

Aunque las piedras den gritos,
Y el sol deje de correr
Y el agua del mar se acabe,
Yo te tengo que querer.



4.—Elegantes vestidos de reunión y espectáculo.



AMOR QUE MATA

I

A las cinco de la mañana, el trasatlántico inglés que hace la travesía entre Glasgow y Nueva York, comenzó á estremecerse bajo la trepidación de sus calderas; el monómetro marcó una presión de cuatro atmósferas; el vapor empezó á silbar por las válvulas; estaba la marea tendida; el día permitía reconocer ya los pasos de la Clyde entre las palizas y los montecillos de arena que marca el canal, cuyos faros iban poco á poco cediendo su luz al alba naciente. Era el momento de partir.

Todos los pasajeros estábamos sobre cubierta.

El «Celtic» lanzó vigorosos silbidos, largó sus amarras, separóse de los demás buques, púsose la hélice en movimiento y empujó al barco por el canal. Pronto se ofreció á nuestra vista un nuevo paisaje, siendo reemplazadas las últimas fábricas de la costa por lindas casas de recreo que coronan las alturas de Glasgow, y poco á poco se desvanecieron los últimos rumores de la ciudad.

Una hora después, el «Celtic» pasó cerca de las rocas de Dúmbarton, y pasadas otras dos horas, se hallaba en el golfo de Clyde.

A la nueve de la mañana dobló el cabo de Canty, resalió del canal del Norte y navegó en pleno océano.



II

Debo confesar que no es muy agradable—aun en los confortables camarotes de primera—una travesía tan larga no disfrutando de más paisaje que el inmenso océano, siempre igual, y el azulado cielo del Atlántico.

En aquella larga travesía adquirí un buen amigo, un niño de ocho á nueve años, rubio como el oro y más alegre que un pajarillo en libertad. Era un francesito de Dunquerque que, acompañado de su madre, iba á Nueva York á reunirse con su padre, rico comerciante, establecido á la sazón en la ciudad de Hudson.

La mayor parte de la travesía la pasamos mi amiguito Carlos y yo sentados en la popa del buque, charlando sobre infinidad de cosas que me preguntaba, y en particular sobre náutica y geografía, que eran sus pasiones favoritas.

Pero nuestra alegría vino pronto á turbarse, cuando ya casi tocábamos al final del viaje, con un triste suceso que nunca podré desechar de mi mente.

Hacía dos días que mi amiguito no parecía por cubierta; pregunté y me dijeron que Carlitos estaba en cama, preso de grave dolencia.

Adquirir esta nueva y presentarme en el camarote del francesito, fué todo uno.

III

¡Pobre madre! Estaba sentada junto al lecho donde el niño enfermo yacía expirante, sin expresión en sus lindísimos ojos, los labios secos y sin color, que marcaban huellas de una vida que se extinguía por momentos. Sus salientes pómulos más parecían de cera que de carne.

La respiración salía entrecortada y con mil fatigas de sus labios, en forma de ronquido que desgarraba el oído de la angustiada madre.

—Hijo mío, no; te morirías y no podrías ver América, ni abrazar á tu padre, que nos espera.

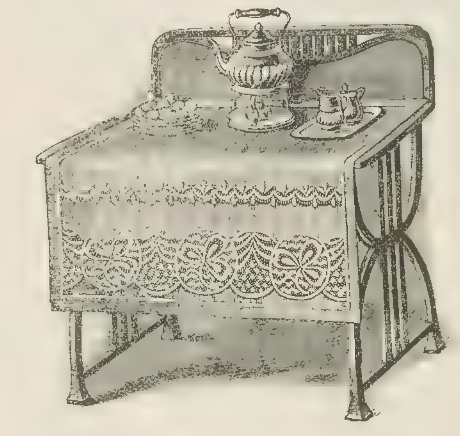
—Una poca, nada más....

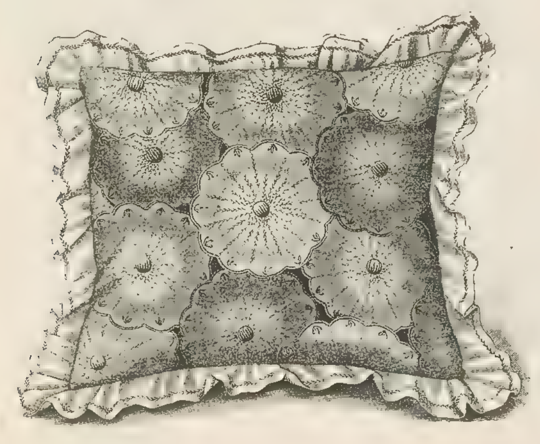
—No puedo dártela, el médico me lo ha prohibido.

—¡Que me muero, por Dios!

—¡Virgen Santísima!

—Que me ahogo!





5.—Bordados para corte y cojines.

Esta en vano trataba de ocultar un torrente de lágrimas que de su lindo corazón arrancaba el fantasma de un triste desenlace.

El médico de á bordo había dicho en tono bajo que no sabía.... y estas palabras constituían para aquella desgraciada madre todo un poema de dolor.

IV

Carlitos pedía agua, y el médico había ordenado que no se le diera... Pero ¿qué madre no pospone su amor maternal á la ciencia, dando un poco de agua para calmar las ansias del ser que es vida de su vida?

—¡Agua!—decía Carlitos.

—Voy á escape—añadió con angustiado acento aquella madre; y alcanzando un vaso lleno del precioso líquido, se lo dió diciendo: —Carlitos... hijo mío, bebe un poco nada más, lo bastante para que apegues el ardor que te devora. Trae el vaso, que vas á morir.

Era ya tarde.

Sus labios, secos por la ardiente fiebre, quedaron materialmente ligados al vidrio refrescante y de un sorbo bebió hasta el fondo.

Al poco rato, un sudor frío inundó su pálida frente.

Después, nada.... sus ojos se cerraron y el niño se tornó en cadáver.



Proverbios del Ama de Casa

Casa mal dirigida, casa perdida.

Abundante cocina, pobreza vecina.

Las joyas son lo último que se compra y lo primero que se vende.

Mucho le falta al ama de casa que no sabe calcular y no conoce el valor de las cosas.

Habituad á los niños á economizar; eso se aprende lo mismo que el derrochar.

Géneros y efectos malos, nunca son baratos.

Vestido bien remendado, honra á la mujer que lo trae.

Es mejor remendar un día que hilar un año.

Ernestina Wirth.



—¡Muerto! dijo el médico entrando en el camarote que ocupaba el niño.

—No concibo cómo pudo haber sido, porque podía salvarse.

—Le maté yo, doctor—gritó la madre con desgarrador acento.

—¿Usted? ¿Qué ha hecho con ese niño?

—Cumplir con mi deber.

—La ciencia era antes—replicó el médico.

—La ciencia—añadió tristemente la madre de mi amigo—ordena á la mujer solamente.... ¡y yo, por mi desgracia, era madre!

....

....

Vivamente conmovido por las anteriores escenas, subí á cubierta y me entregué á una profunda meditación.

De pronto llegó á mis ojos una viva claridad: era el sol, que aparecía por el Oriente.

Y á poco percibí la voz del vigía que gritaba alegremente: ¡tierra!



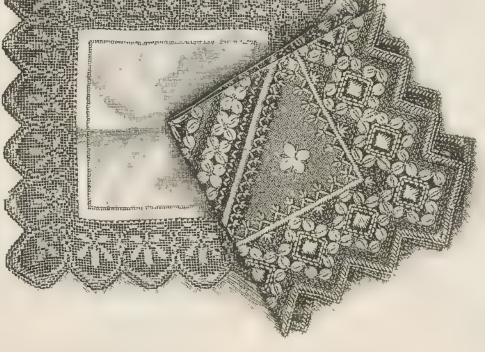
En efecto, en el lejano horizonte del mar, se divisaba un punto negro: era la tierra americana.

R. Guisasola.

No se lo digas á nadie:
Del cariño que te tengo,
Ya siente envidia mi madre.

—

Mis besos pongo en la tumba
Donde tu cuerpo descansa;
¡La frialdad de aquella piedra
La voy sintiendo en el alma!



LOCO POR TI

Mi pobre razón flaquea,
y el que yo loco me crea
no es, Amalia, un disparate;
yo tengo fija una idea:
¡estoy loco de remate!

Yo para amarte nací,
y si pienso, he de pensar
en el alma que te dí.
¡En tratándose de mí,
no sé lo que es olvidar!

Si mi cariño me obliga
á ese estado deplorable,
que tu amor no me maldiga:
un loco es irresponsable
de cuanto haga y cuanto diga.

Si el pensamiento te dí
y por ti la razón pierdo,
bendigo el vivir así,
pues pienso que estoy muy cuerdo
estando loco por ti.

Para calmar mis accesos,
no prevengas duros lazos:
¡en cualquier ataque de ésos,
que me amarren con tus brazos,
que me duerman con tus besos!

¡Que no aumenten mis enojos
con rejas ni con cerrojos;
que mi locura se enfría
con el fuego de tus ojos,
LOQUERA del alma mía!

José Jackson Veyán.

LUCIERNAGA

Entre tantas gayas flores
que cultivan los poetas,
existen muchas variantes
originales y bellas,
ricas todas en perfumes,
muy hermosas, muy esbeltas,
por las formas y colores
que les dió naturaleza.

Hay campanillas y nardos,
rosas blancas y azucenas,
jazmines y margaritas,
heliotropos y violetas.

Rojos lirios y miosotis,
clavellinas y diamelas,
magnolias y tulipanes,
narcisos y madreselvas.

Cada cual un dón pregona
y hasta su símbolo encierra
gracia, actitud, hermosura,
constancia, amor ó modestia.

Fija la una el cariño,
otra la amistad sincera,
y aun la tristeza del alma
una flor la representa.

De aquí que el bardo inspirado,
al cantar su carmen, siega
y con ellas forma un ramo
y á una dama se lo ofrenda.

Ya en el jardín de mi numen
sólo existe una flor bella,
rica en color y en perfumes
y de atractivos no exenta.

Ella tiene el dón supremo,
si lóbrega noche impera,
de producir en las sombras
natural fosforescencia.

¿A qué más poder se aspira?
¿quién iguala su belleza?....
ninguna entre tantas flores
puede hacerla competencia.

Simboliza, en mi sentir,
religión de santa alteza,
es la flor que yo cultivo,
es la amistad: la luciérnaga:

Rafael Esteves Buroz.

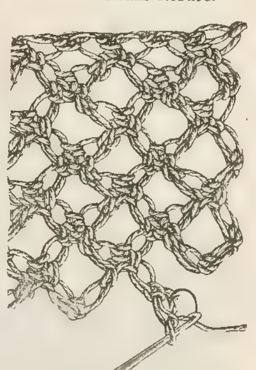
EN LA PLAYA

Sus postreros resplandores
refleja el sol en el mar
y dulces cantos de amores
entonan los pescadores
que regresan á su hogar.

Baña el líquido elemento
la playa y riscos cercanos,
y de la brisa el aliento
ofrece á los cortesanos
salud, placer y contento.

Mas cuando, en vez de armonía,
llena el espacio el rumor
de la tormenta bravía,
¡qué sola está y qué vacía
la choza del pescador!

Andrés Rodajo.



LA DUDA

Vino: dos alas sombrías
vibraron sobre mi frente,
sentí una mano inclemente
oprimir las sienes mías.

Sentí dos abejas frías
clavarse en mi boca ardiente;
sentí el mirar persistente
de dos órbitas vacías.

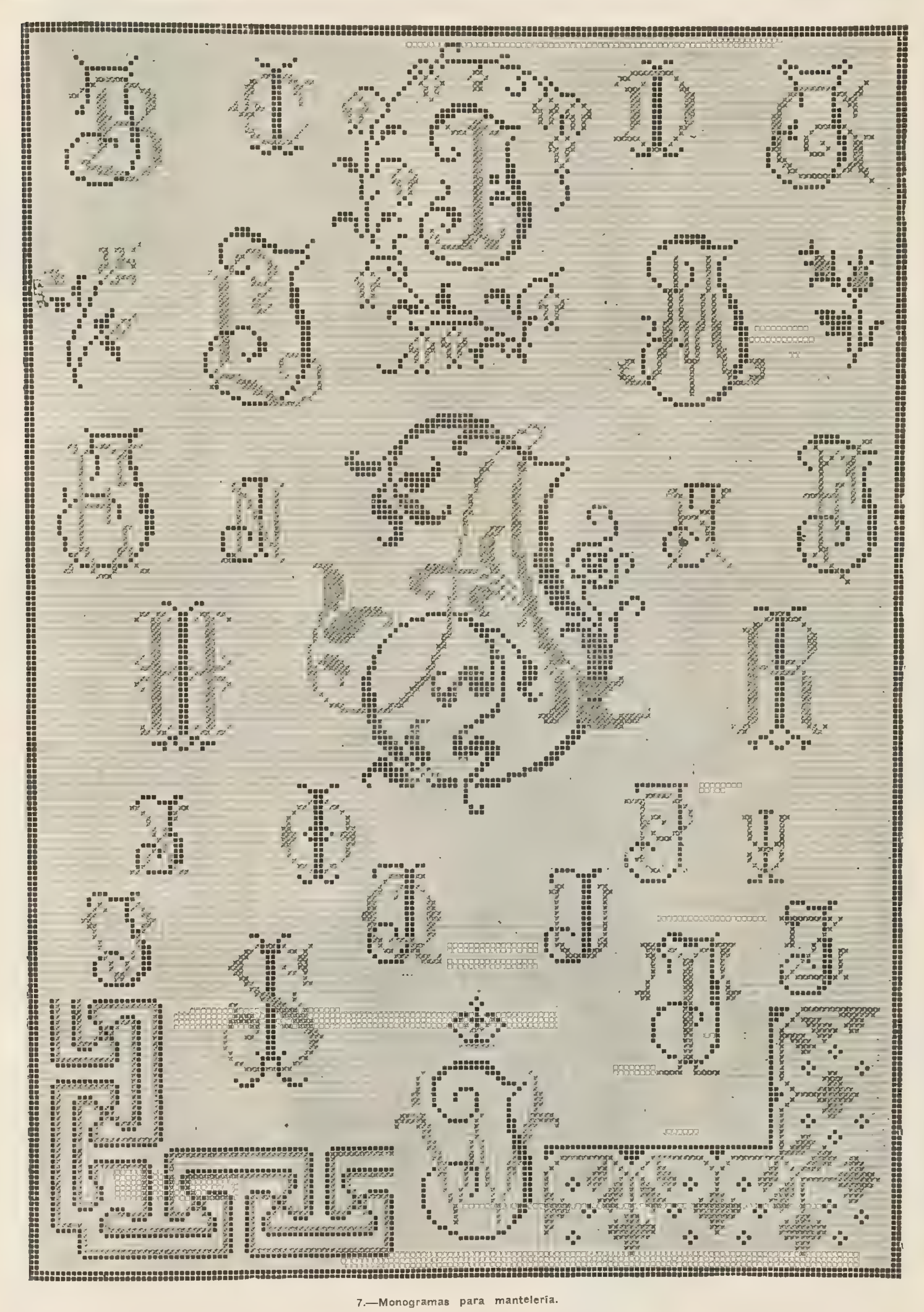
Llegó esa mirada ansiosa
á mi corazón deshecho;
huyó de mí presurosa,
para no volver, la calma,
y allá en el fondo del pecho
sentí morirse mi alma.

Delmira Agustini





6.—Sobrecuello de encaje y modelo de bordados y tejidos.



7.—Monogramas para mantelería.

Algo de cocina

La «tortilla soufflée», que es un antiguo plato azucarado de la cocina francesa, se ha generalizado tanto en España y otros países porque es muy á propósito para el almuerzo y comida de familia y porque su preparación, sencilla y rápida, nos permite improvisar un postre excelente cuando nos sorprende algún convidado á la hora crítica de sentarnos á la mesa.

La «tortilla soufflée» ha de servirse en el mismo plato ó fuente en que se hace; puede dársela gran variedad y llamarla de vainilla, de naranja, de limón, etc., según lo que se emplea para darla algún sabor especial; también resulta muy apetitosa preparada con los purés de frutas, de almendras, de nueces ó de avellanas; en licores podéis emplear el ron, el marrasquino, el kirsch, etc. ect. Dada esta idea general, vamos á entrar de lleno en el trabajo, que consta de las operaciones siguientes:

1ª Clarificar los huevos y batir las yemas con el azúcar.
2ª Batir las claras aparte.
3ª Mezclar las yemas y las claras.
4ª Preparar la fuente y verter en ella esta mezcla.
5ª Colocar y adornar la tortilla.
6ª Hacerla cocer y servirla inmediatamente.

Para una «tortilla soufflée» destinada á cinco ó seis personas, emplearéis las siguientes proporciones:

Azúcar en polvo....	150 gram.
Huevos.............	6

Sal fina, muy poquita, la que se puede coger en dos dedos.

Para darla sabor, se añade á esto lo que á cada cual guste más, pudiendo elegir entre un poquito de vainilla en polvo, un decilitro de puré de frutas (albaricoques, fresas ó melocotón), 30 gramos de almendras, nueces ó avellanas, la raspadura de una cáscara de limón ó naranja en el azúcar, y dos cucharadas de licor (ron, marrasquino, etc., etc.)

MODO DE CLARIFICAR LOS HUEVOS Y BATIR LAS YEMAS CON EL AZÚCAR.

Empezaréis por separar las yemas de las claras; esta operación, que parece tan sencilla, tiene su importancia, pues no haciéndola muy cuidadosamente, bien podría suceder que se incorporase á los demás un huevo rancio ó con mal olor, en cuyo caso la tortilla se estropea á veces hasta el punto de no poderla comer, por lo que hay que mirar y oler los huevos uno por uno.

Después de clarificados los seis huevos, se ponen las claras en un recipiente y las yemas en otro. Se pesan 125 gramos de azúcar en polvo, y añadiendo el poquito de sal fina y la pequeña cantidad de vainilla en polvo, se reúnen las tres cosas en una torterita.

Ahora, con una cuchara de madera mezcláis las yemas y el azúcar, de manera que formen una masa blanda, lo que conseguiréis trabajándola suavemente con la cuchara durante cuetro ó cinco minutos, hasta que la veáis espumosa y un poco blanquecina.

Hecho esto, se baten las claras á nieve muy dura; para ello podéis serviros de una ensaladera ó una cacerola cuyo interior de porcelana no esté saltado por ninguna parte; en este caso es preferible una fuente honda; cualquiera que sea el recipiente, ha de estar extremadamente limpio, porque de lo contrario, las claras no se pondrán á nieve dura; una vez colocadas en el más conveniente, que será el más hondo, las batís con un batidor de alambre, empezando muy lentamente, hasta que vayan uniéndose y formando un cuerpo ligero blanco y espumoso; entonces batís más de prisa, y seguís aumentando progresivamente la ligereza según van poniéndose más duras y espumosas.

MODO DE MEZCLAR LAS CLARAS Y LAS YEMAS.

Cuando estén las claras lo bastante duras para soportar encima el batidor sin que se hunda dentro, es el momento en que podéis mezclarlas con las yemas. Para esta operación empezaréis por tomar la tercera parte de las claras y las pondréis en la cacerola donde están las yemas con el azúcar, y al incorporarlas, no dejéis de mover el conjunto con la cuchara; hay que proceder muy rápidamente, pero con delicadeza, para no aplastar las claras, que revolveréis constantemente con la cuchara. Al mezclar esta parte de las claras con las yemas, éstas se aligeran bastante, y entonces se incorpora el resto de las claras batidas á nieve; pero no me cansaré de repetiros que rápida y delicadamente, pues lo esencial es que esta mezcla se conserva dura y ligera.

MODO DE DISPONER LA FUENTE Y VERTER EN ELLA EL PREPARADO.

Para la «tortilla soufflée» es preciso una fuente ovalada de porcelana que resista el fuego, ó de metal, bien sea níquel, aluminio, plata, etc. Como ha de servirse en esta misma fuente después que se haya cuajado, no tengo que advertiros que ha de estar presentable para comparecer en la mesa. El fondo de esta fuente se unta ligeramente con manteca de vaca, y después se vierte en medio todo el preparado, sirviéndose de la cuchara, que tendréis en la mano derecha para raspar ó «rebañar» las paredes interiores de la cacerola, que inclinaréis por encima de la fuente, sosteniéndola con la mano izquierda.

MODO DE DAR FORMA Á LA TORTILLA.—Cuando hayáis vertido todo el preparado en el centro de la fuente, su forma natural será la de un monte ovalado; alisad bien toda la superficie hasta que resulte muy tersa y formad una cúpula alargada como de 10 ó 12 centímetros, y con la hoja un poco ancha de un cuchillo haced una abertura en el centro á lo largo de la cúpula.

DUQUESA LAURA.

La Hija de la Ventera.

A orilla del Rin caminan
tres mozos de bravo humor,
y á una venta se encaminan
que otra vez les albergó.

—Ventera: vino y cerveza
de lo bueno traiga acá.
Mas nos miran con tristeza:
¿su linda hijita dó está?

—Mi cerveza hierve clara,
buen vino hallaréis aquí;
á mi hijita, ¡ay prenda cara!
sobre el féretro tendí.

De la pieza en que reposa
traspasaron el umbral,
y allí vieron á la hermosa
sobre el lecho funeral.

Y el uno con mano osada
de su rostro el velo alzó;
fijó en ella su mirada,
y entristecido exclamó:

—Si vivieras todavía,
bella niña de alba tez,
juro que desde este día
te amara con honda fe.

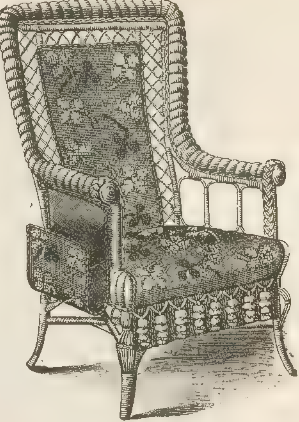
El segundo cogió el manto
y la yerta faz veló;
y vertiendo amargo llanto,
de ella la vista apartó.

—¿Y he de verte, ¡ay desdichado!
en el fúnebre ataúd,
yo que tan constante he amado
tu belleza y tu virtud?

Y el otro, con pasión loca,
nuevamente el velo alzó,
y en su mustia y fría boca
frenético la besó.

—Antes te amaba, hoy te quiero
con igual ó mayor fe,
y á pesar del hado fiero,
viva ó muerta te amaré.

LUDWIG UHLAND.



8.—Silla de bambú con bordados.

Luce, carita morena,
Que al lucir en tu ventana,
De sus diamelas y rosas
Será la mejor tu cara.

EL TESTAMENTO
Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua", Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro en una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



Trajes de reunión y paseo.

La Luna de Miel

I

Una mañana de septiembre dirigíame yo hacia Castello, preciosa aldea corsa desde la cual se divisa un magnífico panorama.

La caza había sido mala y mi estómago estaba vacío después de seis horas de paseo. No había disparado más que un tiro contra un desdichado pájaro, que me había yo metido en un bolsillo.

Al acercarme á la aldea, pasé por delante de un estanque, en el que lavaban seis ó siete muchachas, cantando alegres canciones del país.

Me detuve para preguntar á las lavanderas si sabían dónde vivía en Castello el señor Passalaqua, para quien tenía una carta de recomendación.

—¿Sí lo sé?—dijo una de ellas levantándose.—¡Ya lo creo! ¡Como que le lavo la ropa! Antonio Passalaqua se casó hace ya días con Asunción, y el matrimonio está ahora en plena luna de miel. Son muy felices, porque él es un guapo mozo cargado de dinero. Yo misma voy á acompañarle á usted.

Emprendimos la marcha, y al poco rato la lavandera se detuvo ante una casa de buen aspecto y me dijo:

—¡Ya hemos llegado!

II

La muchacha empujó la puerta, que estaba entornada, y entró la primera gritando:

—¡Antonio! ¡Asunción! ¡Hay aquí un caballero que desea verles á ustedes!

Pasé á un sala inmediata, dejé mi escopeta en un rincón, y puse instintivamente el pájaro en un velador, y á los pocos instantes me hallaba ante el señor Passalaqua.

Era éste un hombre de unos treinta y cinco años, alto, grueso, fornido y bien plantado; pero de aspecto vulgar, acusador de escasa inteligencia.

La conversación comenzaba á decaer, cuando se presentó Asunción Passalaqua, que era la antítesis de su marido.

Delgada, esbelta, hermosa y elegante, se captaba desde luego las simpatías de quien por primera vez la contemplaba.

Después del saludo de ordenanza, me dijo:

—¿Es usted quien ha matado ese mirlo?

—No es un mirlo—contestó su marido,—es un tordo.

—¡Te digo que es un mirlo!

—¡Y yo te repito que es un tordo! ¡Si seré yo entendido en la materia!

—¡Pues, á pesar de tu sabiduría—exclamó la mujer en tono agrio y displicente,—no podrás impedir que ese pájaro sea un mirlo!

—¡Qué testaruda eres, vive Cristo! ¡Te he dicho que es un tordo, y no tolero que me contradigas!

—¡Qué triste es, Dios mío, haberse casado con un hombre tan estúpido como tú!

La discusión se enconó de un modo lamentable y temí que el matrimonio llegara, al fin, á las manos. ¡Vaya una luna de miel!

Para ver si le ponía en paz, dije que lo mismo daba que el pájaro fuese un mirlo ó un tordo, y que me moría de sed.

III

Calmáronse los esposos, y Passalaqua sacó de un armario varias botellas de vino de diferentes clases.

Al colocarlas en la mesa, me dijo al oído:

—¡Puede usted estar seguro de que ese pájaro es un tordo!

—¡Le digo á usted que es un mirlo!—exclamó la mujer.

Reanudóse la disputa, y los dos esposos, mirándose con indignación, repetían:

—¡Es un tordo!
—¡Es un mirlo!
—¡Un tordo!
—¡Un mirlo!

Yo estaba aterrado. ¿Qué había ocurrido, Dios mío, para que aquellos recién casados promoviesen por una cuestión tan insignificante una escena horriblemente desagradable? Aunque viva yo cien años, no me olvidaré jamás de aquella disputa inconcebible.

Trataba de convencer á aquellos desgraciados de lo absurdo de su pendencia, cuando Passalaqua, en el paroxismo de su furor, gritó:

—¡Si no te callas, te cojo y te tiro al río!

—¡Si eres hombre, hazlo!—contestó la mujer, cruzándose de brazos como desafiando á su marido.

La paciencia es una virtud muy rara en el continente; en Córcega es del todo desconocida.

Antonio, ciego de ira, se quitó el chaquetón que llevaba, y con sus brazos se echó á su mujer á cuestas, dirigiéndose presuroso hacia el jardín.

Temiendo un trágico desenlace, corrí tras ellos.

IV

El río estaba inmediato á la finca y lamía las paredes del huerto de Passalaqua.

Cuando alcancé á la siniestra pareja, oí la voz de Asunción, que repetía en tono amenazador:

—¡Es un mirlo! ¡Te digo que es un mirlo!

Al imbécil de su marido no le faltaba más que esta nueva provocación.

En el momento en que yo llegué, antes de que hubiese tenido tiempo de oponerme á un movimiento ya previsto, por más que lo considerara como irrealizable por lo monstruosamente absurdo, el marido lanzó al agua á su mujer, con una fuerza impulsiva únicamente comparable á la de un maravilloso atleta.

La desdichada desapareció de nuestra vista.

No pude contener un grito de indignación. Iba á precipitarme en auxilio de aquella víctima de su propia obstinación y de la estúpida testarudez de un bárbaro, cuando vi que Asunción, que sin duda era una excelente nadadora, se presentaba en la superficie del río. A los pocos instantes, la infeliz ganó la orilla.

Todo su cuerpo estaba cubierto de relucientes yerbas verdes, que le daban un aspecto verdaderamente fantástico.

Asunción sacudió la cabeza y se sonrió con un aire satánico indescriptible.

Con la ropa pegada al cuerpo, parecía una estatua griega.

Echó á andar lentamente, con la cabeza hacia atrás y la mirada fija en el firmamento.

V

Antonio Passalaqua, digno en su indignidad, la esperaba á la puerta del huerto.

—¡Antonio! ¡Antonio!—gritó con voz aguda Asunción.—Creo que tienes razón. ¡Indudablemente el pájaro ese es un tordo, porque....... has demostrado tu carácter, porque eres todo un hombre y... porque... te amo!



Trajes de visita y de casa y sombrero de invierno.

Asunción Passalaqua, que daba una prueba de su amor á su marido en el preciso momento en que éste se hacía indigno de semejante demostración de afecto, pasó por mi lado, inundada de agua, y sin volver la cabeza, sin mover casi los labios, como si estuviera casi soñando, me dijo á media voz:

—¡Qué carácter! ¡Qué energía! ¡Qué fuerza! ¡Desde hoy adoro más que nunca á mi marido! ¡Pero conste que el pájaro no es un tordo, sino un mirlo!

J. TURQUAN.

La Moneda Falsa

En la terraza del Casino de Monte Carlo se hablaba de aventuras



Modelos de sombreros para señora y señoritas.

de juego, cuando de pronto tomó la palabra el barón de Chenaux y dijo:

—Entre las muchas víctimas del juego, recuerdo á un individuo cuya interesante historia es digna de ser referida. El jugador de que hablo se suicidó, no por haber perdido, sino, al contrario, porque le perseguía la fatalidad de una suerte loca é inverosímil.

El caso que voy á contar ocurrió el año de 1875.

El príncipe Boriskoff era el último descendiente de una ilustre familia rusa. Entre todas las distracciones que su inmensa fortuna le ofrecía, la del juego era la preferida por el príncipe.

No hay recuerdo de un jugador tan desenfrenado.

La rareza de sus martingalas era legendaria. Hubo noches en que se levantó de la mesa con una ganancia de muchos miles de francos; pe-

ro sus pérdidas enormes no eran menos célebres y comentadas.

Al cabo de algunos años, el príncipe se quedó completamente arruinado.

Una tarde se presentó en un gran Casino de los Pirineos con los últimos diez mil francos de su fortuna.

A los pocos minutos no tenía ni un solo céntimo.

Impasible y silencioso, abandonó su asiento y se dirigió hacia la puerta, resuelto á suicidarse en el acto.

Maquinalmente se registró los bolsillos del chaleco y en uno de ellos encontró un luis. Después de un natural momento de alegría, recordó que el luis era falso. Un comerciante se lo había dado al devolverle un cambio, y el príncipe se lo había metido en el bolsillo con objeto de arrojarlo á una cloaca para retirarlo de la circulación.

De todos aquellos millones perdidos en las principales bancas del mundo, de todos aquellos castillos, bosques y territorios que constituían la colosal fortuna del príncipe Boriskoff, sólo quedaba aquella miserable moneda falsa.

Una idea asaltó de repente la imaginación de aquel desdichado.

¿Por qué no había de probar fortuna con aquel luis?

Al principio, su sólida honradez, el sentimiento de probidad que le habían legado sus antepasados, su altivez aristocrática, se sublevaron contra el mezquino intento.

¿Cómo era posible que el príncipe Boriskoff se presentara á realizar una de esas infamias que sólo ponen en práctica los bribones de la peor estofa?

Pero no le abandonaba la maldita idea, que seguía insinuándose con la sutileza de los deseos vergonzosos. ¿Quién podría conocer, en medio de la general confusión, la ilegalidad de aquella moneda? ¿Quién podría sospechar un engaño por parte de un jugador que había perdido muchos millones y que acababa de perder diez mil francos? Además, la moneda tenía muy buen aspecto y estaba muy bien imitada. El sonido era lo único que revelaba su falsedad.

Sobre estos repugnantes razonamientos que ofuscaban los escrúpulos de la conciencia, dominaba la voilenta tentación de hacer la última tentativa. El príncipe no pudo más y cedió.

Pálido el rostro y con las manos temblorosas, se acercó á una mesa de bacará y jugó el luis.

Su corazón latía con extraordinaria violencia. El jugador no disponía de otra moneda para poder alegar su error en caso de que se descubriera la falsedad. Su intento criminal sería notorio y la muerte no habría de librarle de la infamia.

Estuvo á punto de echar á correr, pero una fuerza irresistible le detuvo.

Ganó y no se atrevió á retirar el luis.

La suerte le favoreció diez veces seguidas sin haber recogido la moneda.

El prícipe ganaba más de diez mil francos.

Confundido entre un montón de oro y de billetes, el luis falso no hubiera podido sorprender á nadie.

Enardecida su pasión y no pensando más que en jugar, el príncipe se puso á tallar y siguió ganando de un modo extraordinario.

Durante dos horas no le abandonó la suerte ni un instante, y á la mañana siguiente salió del Casino con quinientos mil francos en la cartera.

Entre el aturdimiento que provoca la ganancia continúa, que constituye todo lo contrario de la lucidez resultado de la sucesión en la pérdida, el príncipe, al regresar á su hotel, sintió remordimientos por haber adquirido aquel dinero con una moneda falsa. Aquellos quinientos mil francos procedían de un engaño ignominioso é indigno de él.

Su angustia duró algunos momentos; pero la desvaneció sin tardanza el egoísmo de haber obtenido el medio de satisfacer su pasión.

El príncipe siguió jugando y ganando siempre. El recuerdo del luis falso se le imponía como una idea fija. ¿Qué misterio encerraba aquella moneda falsa y sin valor para que de ella surgiera aquel río de oro, aquel Pactolo incesante? ¿Qué tenebrosa divinidad dirigía aquella sorprendente maquinación de azar?

Y sus remordimientos se acentuaban más y más. Al príncipe le quemaba las manos el oro de sus fabulosas ganancias.

El terror se asociaba á la vergüenza de que el aristócrata se hallaba poseído.

Boriskoff abandonó los Pirineos y recorrió Italia y Egipto, siempre jugando y siempre perseguido por su escandalosa suerte.

Todos los sistemas y todos los procedimientos que anteriormente le habían arruinado, le daban ahora maravillosos resultados proporcionándole incalculables beneficios.

Sus martingalas triunfaban constentemente en todas partes.

En los círculos de jugadores no se hablaba más que de aquel fenómeno, de aquella suerte loca, y en su superstición tradicional, todos se preguntaban la causa de tan extraordinario acierto, tratando de averiguar qué fetiche, qué talismán misterioso, qué amuleto especial ó qué táctica secreta podía poseer aquel hombre.

Al cabo de algunos meses, el príncipe había recuperado con creces la inmensa fortuna que había dilapidado.

Pero sus remordimientos y su terror iban en aumento.

El luis falso le perseguía sin cesar. Boriskoff se consideraba como un miserable, como un villano digno del mayor desprecio, y deploraba con toda su alma el deber todo aquel dinero á un robo, á un robo inicial, satánicamente multiplicado. Se tenía por un malhechor, por un infame que ilegítimamente se había apoderado de la fortuna de infinidad de personas honradas que habían jugado contra él.

No le dominaba más que la idea de verse privado de la emoción del juego en condiciones normales, seguro como estaba de su ganancia irremediable.

De día en día le fué pareciendo más odioso el tapete verde, hasta el punto de que llegara á serle indiferente el juego.

¿De qué iba á servirle la vida, si el azar no había de intervenir para nada en sus costumbres y en su manera de ser?

La crisis llego á adquirir grandes proporciones.

Poco tiempo después, el príncipe hizo testamento, en el cual daba cuenta de su singular aventura y legaba todos sus millones á los pobres.

A la mañana siguiente, se le encontró muerto.

¡Hacía pocos días que había cumplido veintiséis años!

RAÚL ETTERT.

Los amores para el hombre
Son las flores de la vida:
En los niños son jazmines,
Azucenas en las niñas,
Violetas en las esposas,
Y en las madres siemprevivas.

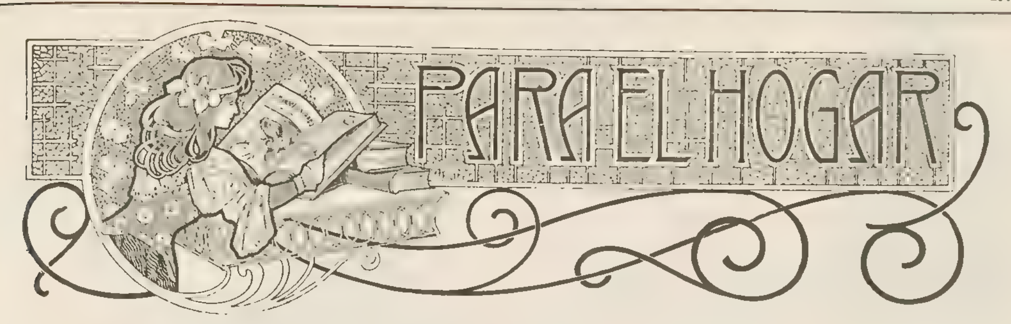
Cuando á mis manos llegó
Tu carta, dueño querido,
Todo el pesar que tenía
Se convirtió en regocijo.







Trajes de calle y delantales.



PERLISTA

El gran escritor no estaba aquella tarde de humor de literaturas. Hay días así en que la vocación se sube á la garganta, produciendo un cosquilleo de náuseas y de antipatía. Los místicos llaman «sequedad» á estos sucesos de desaliento. Y los temen, porque devastan el alma.

¿Quiere usted que salgamos, que vayamos por ahí, á casa de algún librero de viejo, á los almacenes de objetos del Japón?

Conociendo su afición á la bibliografía, su pasión por el arte del remoto Oriente, creí que le proponía una distracción grata. Pero era indudable que tenía los nervios lo mismo que cuerdas finas de guitarra, pues bufó y se alarmó como si lo indujese á un crimen.

—¿Libreros de viejo? ¿Tragar polvo cuatro horas para descubrir finalmente un libro nuestro, con expresiva dedicatoria á alguien, que lo ha vendido ó lo ha prestado por toda la eternidad? ¿Japonerías? ¡Buscarlas! Son muñecos de cartón y juguetes de zinc fabricados en París mismo, recuerdo grosero de las preciosidades que antaño le metían á uno por los ojos casi de balde. Eso subleva el estómago. ¡Puf!

—Pues demos un paseíto sin objeto, sólo por escapar de estas cuatro paredes. Nos convidan el tiempo hermoso y la ciudad animada y hasta embalsamada por la primavera. Los árboles de los «squares» están en flor y huelen á gloria. Y á falta de árboles, trascienden los buñuelos de las freidurías, la ropa de las mujeres, el cuero flamante de los arneses de los caballos, los respiraderos de las cocinas.... Sí; la manteca de los guisos tiene en París un vaho delicioso. ¡A mí me da alegría el olor de París!

El maestro, pasando del enojo infantil á una especie de tristeza envidiosa, me fijó, me escrutó con lenta mirada penetrante.

—Tengo ese olor—murmuró hablando consigo mismo—metido en los poros del cuerpo; si me retuercen, sale á chorros. ¡Qué no daría yo por encontrar regocijador y tónico el olor de París, como allá en 1860! En fin.... porque á uno se le acabe la cuerda, no se van á parar los demás relojes. ¡A la calle! Celina.... mi sombrero, mi abrigo, mi bastón, mi portamonedas....

El ómnibus nos soltó en el bulevar, á tales horas—las

Colección de trajes infantiles de casa y paseo.



cinco de la tarde—atestado de gentío. La inmersión en las olas de la multitud reanimó al maestro. Con visos de animación me propuso llevarme «algo que me interesaría quizás». La restricción era en él habitual. Su espíritu cansado evitaba afirmar con energía cosa alguna.

Internándose por calles menos frecuentadas, no lejos de la plaza de la Concordia, nos detuvimos en el portal de una casa grande, semiantigua, época de Luis Felipe. El portero suspendió la lectura del «Gaulóis» para informarnos.

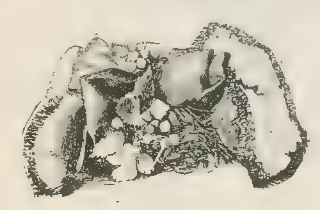
—¿Mademoiselle Merry? Perfectamente.... En el patio, escalera del fondo, á la derecha. Quinto piso.

—¿No le molestará á usted la subida?—indiqué al maestro.



—¡Como no hay remedio! murmuró encogiéndose de hombros. Si ha de conocer usted á la ensartadora de perlas.... Ya un día le hablé á usted de ella. Creo que merece los ciento veintiocho escalones....

Arriba. De piso en piso, la encerada escalera, al principio obscura, se llenaba de claridad. En el cuarto respiramos. En el quinto, al repique de la campanilla, salió una vieja sirvienta, de rizada y almidonada papalina, semejante á las que se ven en los retratos flamencos, y nos hizo entrar, con exclamaciones cordiales de bienvenida, en un saloncito de mobiliario usadísimo, anticuado y limpio como el oro. A los dos minutos, presentóse la señorita Merry. Era otra anciana, de papalina también, pero papalina de encaje negro con cintas malva; de rostro que aún conservaba las medio desvanecidas líneas de una hermosura delicada é ideal; de ojos azules, descoloridos como violetas marchitas; de fatigados párpados, como tienen las personas que han llorado mucho; de manos pálidas, prolongadas, divinamente cuidadas, manos de aristocrática y de monja claustral.



Después de los primeros saludos y cumplimientos, el maestro dijo, señalando hacia mí:

—Es extranjera.... Yo rogaría á usted que la informase de algunos detalles referentes á su oficio... á su arte, me atrevería á decir.

—¡Arte!—pronunció la señorita, sacudiendo la cabeza.—Oficio y muy oficio. Me dedico, señora, á enhebrar perlas; es decir, á colocarlas de manera que luzcan todo lo posible, y que vayan exactamente aparejadas según su magnitud y su oriente. Ya ve usted qué cosa tan sencilla. Pasen ustedes á mi taller, y así formarán idea de cómo trabajo. Justamente tengo entre manos la gargantilla de un rajá, un tesoro de la India. Por aquí...



Abrió una puertecilla disimulada y nos encontramos en un taller, cuarto clarísimo, vacío, sin alfombra, sin cortinajes, casi sin muebles, excepto un taburete bajo y una mesita negra con ranuras paralelas, de diversos anchos. En el suelo una pirámide de cribas de agujeritos menudos; en el fondo una caja de caudales, de hierro y acero, destinada á encerrar las perlas de noche.

—Antonieta, sillas para este señor y esta señora—ordenó la perlista.—No extrañen ustedes ver la habitación tan desnuda... Si una perla salta de la ranura ó se me escapa á mí de entre los dedos, tengo que encontrarla; no voy á disculparme



con que no parece.... Las junturas del piso están tomadas con cera. Perlas hubo aquí tasadas en cientos de miles de francos.... Si no morimos asesinadas y robadas, yo y mi pobre Irmna, milagro será. Jamás duermo tranquila; me levanto á rondar; el menor ruido me eriza el cabello. ¿Ven ustedes? Estas cribas son para cribar las perlas cuando se quiere hacer con ellas eso que llaman un collar de perro.... para lo cual se necesita que tengan una igualdad extraordinaria, absoluta; si no, no es bonita la joya. Pero cuando las perlas alcanzan este tamaño..... ¡entonces á simple vista las combino!

Señaló á las ranuras de la mesa. En la penúltima se alineaba una hilera de estupendas perlas, enormes, redondas, de dulce reflejo, lácteo y opalino.

—Son las del rajá—advirtió la señorita.—De primera magnitud. Y digo de primera, porque si hay otra ranura, todavía más ancha, esa... sólo se llenó una vez, cuando Oxen, el millonario norteamericano, compró secretamente una sarta antigua, dicen que de la virgen de Loreto. Eran colosales... pero disparejas. Me vi apurada para casarlas, y al fin no quedaron bien: mi conciencia me lo repetía.

—¿Y cómo se le ha ocurrido á usted ejercer esta profesión?—interrogué curiosamente.

—¡Ah!... Es la historia de mi vida—murmuró la anciana, cuya piel plegada y amarilla, del amarillo de la vitela antigua, se coloreó un poco.—El maestro lo sabe, y puesto que usted es su amiga, no tengo reparo en contársela.... Ante todo, algo que á usted la sorprenderá: soy «única» en mi profesión en París... Quiero decir que á nadie sino á mí le llevan á hilar sartas de perlas; que los joyeros á mí acuden, y á pesar de ser bien escaso el número de collares magníficos en Europa, como todos vienen á parar aquí, ando siempre agobiada de labor... Es cosa singular: parece facilísimo hilar perlas, y facilísimo sería, en efecto, si se redujese á ponerlas una tras otras... Pero cabalmente es indudable—lo aseguro por experiencia—que sólo hay una combinación dada y que cada hilo requiere la suya.

Si ensarto cincuenta perlas, puedo equivocarme de cuarenta y nueve modos, y acertar sólo de uno. Así es que, á veces, ensayo los cincuenta, hasta descubrir el modo. Se cuenta que tengo un secreto para hilar... Ya saben ustedes mi secreto. Y además, este oficio no sirve sino para quien sienta una chifladura por las perlas, como yo la sentí desde niña. No poseo ninguna, ni tamaña como un grano de trigo... y manejo las mejores del mundo. Aquí los collares de la desgraciada Emperatriz; aquí, los de las princesas; aquí, los de las reinas, de las actrices, de las impuras, de las archimillonarias, de las odaliscas turcas, de las imágenes católicas... Ya, ya voy á «eso»; á cómo se reveló mi vocación de perlista. ¡Bien sencillo! En dos palabras. Yo tuve una hermana y un novio. Mi hermana, hermana sólo por parte de madre, heredó de un tío suyo una gran fortuna. Entonces mi novio rompió conmigo y se dedicó á pretenderla; mi hermana le hizo caso... y se concertó la boda. Poseíamos un collarcito de familia, unas sar-



tas; mi madre me había regalado la mitad á mí, á mi hermana la otra. Estaban mal hiladas. Hilé bien las mías, y pedí á la novia las suyas, que hilé también. Al hacerlo, sobre cada perla hilé una lagrimilla.... porque al fin es duro presenciar cómo se casa con otra el hombre á quien queremos. La novia, al ver el collar, creyó que no era el mismo, sino otro mejor, donde yo había puesto perlas de las mías. Esto me indicó que debía haberlo hecho... y cogí las mías y se las regalé. Al otro día, no pudiendo resistir más, me escapé sola, me vine á París, sin recursos, y se me ocurrió ofrecer mis servicios á un joyero, que los aceptó. Ahí tiene usted la historia....

—¿Y ha conservado usted siempre la afición á hilar perlas?

—Siempre, sí... pero á veces, por momentos, me entra una fatiga, un tedio; los ojos se me nublan, no veo el agujero, ni el hilo, ni el oriente, ni la forma.... Luego se pasa, ¡y á enfilar con entusiasmo!

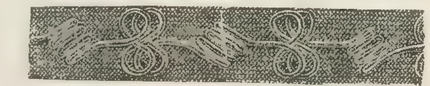
—Como nosotros, esa infeliz—díjome al salir el maestro, conmovido. —¡Buena lección nos ha dado! Lección para escritores. De las combinaciones que pueden hacerse con cincuenta palabras, cuarenta y nueve no valen, sólo es artística una...

EMILIA PARDO BAZÁN.



La mujer es superior al hombre en todos esos instintos misteriosos de ternura y sentimiento.

Nunca me digas adiós,
Que es una palabra triste:
Corazones que se aman,
Nunca deben despedirse.



Modelos para bordados, cuellos y corbatas.

LO IMPREVISTO

—Ah! cuán motóna es la vida!—declaró Gervoise estirando los brazos.—No acaban de llegar nunca el deseado premio gordo de la lotería, ni la herencia de América, ni la buena fortuna en amor, ni la noticia que asombra como el rayo.

Con lo irritado de su mirada, no parecía sino que maldijese al cielo inexorablemente azul, al sol, que abrasaba, y á los inmóviles follajes del jardín, mientras Acol, muy apacible, lleno de elegante soltura, con las manos blancas y finas, preparaba el ponche con champaña en una ensaladera rústica de porcelana con flores.

—¡Pero si lo imprevisto existe! ¡Si en la vida no hay otra cosa! Mira, Fromont, cuán sencillo es. Azúcar, limón, canela. Las fresas y las frambuesas no son de lo más ortodoxo que digamos; tanto peor, puesto que, á serlo, aromatizan. Gaseosas, dos botellas de champaña (uno tras otro soltaron entonces los tapones), hielo, y.... ayúdenme ustedes á sentir.

Los tres contemplaban fijamente la mezcla de color de oro pálido, la deliciosa alquimia, la maravillosa bebida helada, en la cual burbujas á millares se precipitaban á través de la espuma. Estaban impacientes. La lengua se les pegaba al paladar, el calor les rendía; no tenían más que una idea: beber fresco, y echaban miradas de niño goloso al líquido compuesto de hielo y frutas. Hasta el mismo Gervoise llegó á olvidar sus quejas.

—¿Por qué no llega algo nuevo? suspiró Gervoise.—Mi vida está regulada por una especie de pentagrama como el papel de música. Jamás he tenido aventuras ni me he encontrado en circunstancias fortuitas. Esta monotonía de lo diario me desconsuela, me desespera.



Trajes para niñas de 5 á 10 años.

¿Lo imprevisto quieres?—contestó Fromont.—Búscalo desde ahora. Pero tú huyes de él. ¿Cómo es posible que éntre en tu vida mecánica? Te has impuesto una disciplina de autómata. Es preciso que sepas vivir.

—Sí—añadía Acol,—nosotros tememos lo desconocido. Nuestra casta, nuestro estado de fortuna, nuestro estado de familia, las conveniencias, los hábitos, los prejuicios, todo nos mantiene, de la mañana hasta la noche, en un círculo estrecho de ideas y de actos, de sentimientos y de sensaciones, del cual no nos sabemos evadir. ¿Por ventura saldríamos á la calle sin sombrero? ¿Comeríamos tres horas antes ó después de lo acostumbrado? ¿Iríamos por curiosidad ó con intención caritativa á instalarnos en un zaquizamí de un barrio de trabajadores? Por temor de caer en el ridículo ó de que se nos tachase de incorrección, no sabríamos arriesgarnos á romper con nada de lo que nos es habitual.

Fromont volvió á tomar la palabra en estos términos:

—Hay personas á las cuales un instinto particular pone sobre la pista de la aventura, y éstos son la presa desesperada ó arrebatada de los dramas más agitados, de las desventuras más extravagantes. Estos hacen fortuna y se arruinan súbitamente; hoy sabemos que se casan y mañana tenemos noticia de que han huído al fin del mundo; pasan por todas las metamorfosis, caen en todas las zanjas, saltan en todos los trampolines. Son las víctimas y los triunfadores de lo impensado.

Gervoise zampóse un bocado de fresas y frambuesas y sólo se detuvo ante un pedazo de limón que fué á atravesársele. Tras de lo cual respiró.

—¡Bah!—murmuraba entonces.—Si hay que darse tanta pena para procurarse algunas emociones....

En verdad, Gervoise estaba resuelto á no darse ninguna. Hallándose bien colocado en una grande administración, se encarnaba en él la regularidad llevada hasta la manía. Calzar zapatos nuevos le hacía desgraciado. Era preciso que el pantalón formase determinados pliegues. Iba por tal acera y no por otra. Exigía platos guisados en cierto número de minutos, contados reloj en mano. ¡Y él, él era quien pretendía que la existencia está falta de variedad!

—No—dijo Acol,—no es necesario ir muy lejos para encontrarse cara á cara con el suceso que trabuca para siempre el destino de un hombre. ¿No has resbalado nunca en una corteza de naranja? Por más que entonces ibas tieso y con aire vencedor, ¡crac! te ves patas arriba. Te levantas hecho una lástima, y los circunstantes se ríen á tu costa. Ya traiga dicha ó desdicha, lo imprevisto no puede ser cosa larga. En cuanto á mí, en vez de llamarle, le consagraría cierta desconfianza supersticiosa. ¿Has pensado en lo que una mirada, un amor súbito, pueden hacer que se pierda del presente y del porvenir? Lo imprevisto es el telegrama mortal, la enfermad y sus terrores; rara vez trae buena cara ni sonrisa de buen augurio. Lo dicho, yo le temo.

Acol había sido desgraciado casándose joven y sin reflexión. Aquella boda concluyó trágicamente, en un duelo, en la muerte de un hombre y en la reclusión de una mujer, la cual se volvió loca. Por más que hubiese transcurrido mucho tiempo desde entonces y todo se hubiera olvidado ya, quedaba de ello una sombra de melancolía en el flaco y altivo rostro de Acol.

Fromont continuó así:

—Lo mismo que el premio gordo de la lotería, lo imprevisto se ofrece á ciertas personas sóla una vez, y entonces es como un genio bienhechor que cuanto toca lo transforma y embellece. ¿Conocéis á Ménal y á su linda esposa? Seres dichosos, si los hay, aquéllos.

Sacudió la ceniza del cigarrillo y evocó en su mente el recuerdo de la jóven pareja. Ménal, médico de una población agrícola, era colega suyo; los dos habían sido camaradas de colegio, y Ménal, pobre en aquellos tiempos, era ya rico; Ménal, con no ser gallardo ni hermoso, era amado de una mujer encantadora, en tanto que él, el pobre Fromont, luchaba trabajosamente en París para hacerse una clientela. Este no sentía envidia alguna: sin embargo, consideraba que el azar había hecho bien las cosas.... para otro.

—¿Y qué?—preguntó Gervoise.

—¿Sabes cómo, de la noche á la mañana, encontró mujer, posición y fortuna?—continuó Fromont—.

—No—respondió Acol.—Lo que sí sé es que los esposos llevan un buen tren, aun cuando vivan sencillamente. Tienen caballos y automóviles y su propiedad es muy hermosa.

—Pues nada—siguió diciendo Fromont,—que Ménal, una vez, viajando, equivocó el tren. Al notario, encontróse en una ciudad de poca importancia y allí se detuvo. No había medio práctico para volverse hasta cuatro horas más tarde. Ya está, pues, divagando por el clásico paseo, y luego por las calles medio desiertas; procura ver cómo matará el tiempo. Ve la iglesia con su portada. El café del Comercio, donde hay muchas moscas en la cerveza........ Periódicos ilustrados de en mes atrás.... Se pasea por el espacio desierto del juego del mallo, pasa frente al cuartel de la gendarmería.... se dirige otra vez á la estación. Aún faltan tres horas. Entra en una peluquería para que le corten el pelo; ha ganado media hora. Busca cambalacheros, pero allí no los hay. Y el fastidio y el deseo del tren, que no llega, y la consideración de un día perdido, le hacen aquella población odiosa.... Silencio abrumador.... aceras sucias....perros llenos de lodo, tomando el sol.... escasos viandantes, labradoras feas, ciudadanos engreídos, todos ellos con aire torpe.... ¡vaya una atmósfera de estupidez y esplín!... Aquello era insoportable.

¡Y faltaban aún dos horas! Ménal volvía por tercera vez á la estación, cuando, atraído por la verdura de un hermoso y fresco jardín, entró maquinalmente en una callejuela. Vió una verja, tras de la cual había césped y grupos de plantas; las calles enarenadas aparecían limpias; á través de los árboles levantábase una casa de ladrillo rojo, con galería exterior y escalinata, y adornaban las ventanas cortinillas de seda obscura; todo aquello respiraba una calma dichosa. En una luciente plancha de cobre leyó Ménal un nombre que, aun cuando le era desconocido, causóle un pequeño sufrimiento, pues á aquel nombre precedía la palabra «Doctor». No podía menos de confesarse que el colega no estaba mal instalado. Ménal leyó después: «Consulta de una á cuatro». De pronto se oyó un piano á intervalos, cesó luego la música, y surgiendo de entre las flores, una aparición radiante, una luz dorada, una joven, subió á la galería.

Cogido en flagrante delito de espionaje, Ménal ruborizóse. ¿Le tomaría acaso por un mendigo ó un soplón? La joven había mirado algo sorprendida á aquel forastero ....Este no vaciló ya, y con ademán espontáneo é irresistible, tiró del cordón de la campañilla, sin darse cuenta de la extravagancia de aquel acto hasta que la aparición hubo salido de la galería y llegó una criada.

—¿El doctor?....

Si éste no se ballaba en casa, aún podía Ménal escaparse del lance.

—Allí esta el doctor—contestó la sirvienta.

¿Qué hacer? ¿Qué decir? Pretextaría una consulta? Pero he ahí que se le presenta sonriendo un caballero de rostro franco é inteligente mirada. Un hombre excelente con seguridad. Ménal no tuvo valor para mentir: explicóle su visita, lo del tren equivocado.... Le habló como de colega á colega, concluyendo por revelarle lo que poco antes no osara, esto es, el súbito é imperioso atractivo de la joven.

El buen doctor, que sería un hombre original, encontró naturalísima la cosa. Hubo preguntas, conversación y refrescos.

—¡Teresa! ¡Teresa! gritó el médico.

Y presentó al forastero su única hija. El médico era viudo. Al pronto, Ménal no sabía qué hacerse.... después fué tomando alientos. Conversaron á más y mejor.... y los tres gustáronse uno á otro. Ménal fué invitado á volver á la casa. No dejó de hacerlo. Por fin, casóse.

Fromonte vació su vaso.

—Sí—dijo pensativo Acol,—eso es lo imprevisto.

—Y de lo mejor en su clase—convino Gervoise;—pero sólo una vez entre cien mil, llega en semejante forma.

Pablo y Victor Margueritte.

LOS DOS EN UN ABANICO

EL

Cuando perfumado el viento,
Carmen, tu abanico mueva,
no olvides que el pensamiento
de tu fiel amante lleva
con su corazón y aliento.

ELLA

Como una alegre canción
tu aliento y tu corazón,
Aureo, en mi abanico siento.
¿Cómo olvidarte un momento,
si ellos mi esperanza son?

El Cantor de Guadarrama.

Texcoco, México, Agosto 16.

Siendo universalmente reconocidos los benéficos efectos del aceite de hígado de bacalao y los hipofosfitos—escribe el Dr. Rodrigo López Parra, de la Facultad de México, á los Sres. Scott & Bowne, ha cabido la satisfacción de poder presentar á la humanidad doliente esos valiosos agentes en feliz combinación, que ha salvado la vida á gran número de enfermos. Su grato sabor y excelentes propiedades reparadoras de las fuerzas, hacen de la Emulsión de Scott la medicina predilecta para toda esa serie de enfermedades en que el organismo debilitado necesita una reparación rápida y segura.

EL TESTAMENTO

Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua", Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean.	.$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro en una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



1.—Trajes de casa y visita.

La Contemplación del Cielo

(PARA LAS DAMAS)

El sol acaba de hundir en el océano su disco de púrpura. El inmenso mar se adorna con los tonos ardientes del astro, reflejados por el cielo, y semeja un espejo de turquesa y esmeralda. Las olas arrollan oro y plata, y vienen á romperse ruidosamente sobre la playa, ya asombrada por la desaparición de la celeste antorcha.

Se siente pesar por la ausencia del astro del día, que con tanta generosidad derramaba sus gozosos resplandores en tantos corazones henchidos de dicha y de alegría.... Se sueña contemplando el grandioso espectáculo, y el ensueño hace olvidar que los minutos vuelan rápidamente. Pero poco á poco aumenta la obscuridad y el crepúsculo cede á la noche.

La mirada más indiferente que asistiese á la puesta del sol que baja tras las ondas del distante horizonte del mar, no podría resistir en aquella hora al espectáculo imponente de la naturaleza.

Ya la claridad del creciente lunar, que parece una barquilla luminosa suspendida en los cielos, es bastante viva para soltar en el mar lentejuelas de plata, movibles y escintilantes. Lentamente, baja también el astro de la noche hacia el horizonte occidental. Un mundo resplandeciente, que domina el cielo del ocaso, atrae nuestras miradas: es la estrella del Pastor, es

Venus, de brillantes fulgores. Poco á poco, una á una, aparecen lucientes estrellas; la blanca Vega de la Lira, el ardiente Arcturus, las siete estrellas de la Osa Mayor, y toda una población sideral que radia como innúmeros ojos abiertos sobre el infinito. Es una nueva vida que se revela á nuestro pensamiento y que lo invita á viajar por aquellas misteriosas profundidades.

Oh! Noche matizada de fuegos innúmeros! Has escrito en las constelaciones, con letras resplandecientes, las palabras del grande enigma del Universo! Tu contemplación nos admira y nos arroba. Con cuánta rapidez desvaneces los pesares que nos deja la ausencia del sol amigo!.... Qué bellezas y cuán ricas reservas á las almas! Espíritu alguno podría ser indiferente á tu espectáculo y sordo á tu lenguaje.

Hacia cualquier punto del cielo que dirijamos la mirada, despliegan sus maravillas los resplandores de la noche.... Los ojos celestes parece que también nos miran y nos interrogan. Y, en efecto, han interrogado á todos los espíritus pensadores desde que existe la humanidad.

Homero ha visto esas estrellas y las ha cantado; han brillado sobre la lenta sucesión de las civilizaciones hoy desaparecidas, desde el Egipto de la época de las Pirámides, desde la Grecia de los tiempos de la guerra de Troya, desde Roma y Cartago, desde Constantino y Carlomagno hasta nuestro vigésimo siglo. Duermen las generaciones bajo el polvo de los antiguos templos; brillan todavía las estrellas como símbolos de la Eternidad.

El silencio de los grandes cielos estrellados nos sobrecoge, la inmensidad nos anonada. Pero nuestro curioso pensamiento, arrebatado por el ensueño, vuela ávido hacia las más remotas regiones de lo visible. Va posándose sobre una y otra estrella, como una mariposa sobre las flores. Busca la que mejor responda á sus aspiraciones, y se establece, entre ellas y nosotros, una especie de comunicación que la naturaleza entera parece proteger con la religiosidad de sus silencios. Desaparece el sentimiento de la soledad, sentimos que, aunque átomos minúsculos, formamos parte de este inmenso Universo, y el mudo lenguaje de la noche estrellada es más elocuente que todos los discursos. Cada estrella se hace una amiga, una discreta confidente, á veces una preciosa consejera, porque todos los pensamientos que nos sugiere son puros y elevados.

¿Hay un poema más bello que el libro escrito con letras de fuego en el fondo de los cielos? No, ni más ideal. Sin embargo, el sentimiento poético que la belleza de los cielos despierta en nuestras almas, no debe impedirnos estudiar la realidad. Esta no es menos maravillosa que el misterio que aparenta.

¡Cuántos seres humanos, hombres y mujeres, de los que levantan sus ojos al cielo, no desean, con real sinceridad, hacer más íntimo conocimiento con esos puntos fulgurantes, con esos astros inaccesibles!

*

Preguntad, indagad, informaos en las tertulias femeninas: vosotras las que leéis estas páginas, que ya amáis el cielo, que ya lo comprendéis, que ya deseáis daros cuenta de nuestra existencia en este mundo, que deseáis saber lo que es la Tierra y lo que será el Cielo, veréis que el número de los que desean conocer la verdad, es mayor de lo que se piensa.

La astronomía es la ciencia por excelencia. Es la más bella y la más antigua de todas, puesto que alcanza hasta los días más retirados de la antigüedad. Su misión no se reduce solamente á hacernos conocer esos astros innumerables que alumbran las noches, sino que, gracias á ella, sabemos en dónde estamos y lo que somos. Sin su auxilio viviríamos como animales, como plantas, ignorando las condiciones mismas de nuestra existencia terrestre; estaríamos todavía sepultados en el cándido error de reducir todo el universo á nuestro diminuto glóbulo, haciendo de nuestra humanidad el objeto de la creación, y no tendríamos idea de la inmensa realidad.



2.—Elegante toilette para recepciones.

Hoy, gracias á la labor intelectual de tantos siglos, gracias al genio inmortal de los sabios que han consagrado su vida á la investigación de la verdad, los Copérnicos, los Galileos, los Kepleros, los Newton, ha caído el velo de la ignorancia, dejando ver, al pensador deslumbrado, las maravillas de lo creado en su espléndida verdad.

Estudiar astronomía no es como generalmente se ha creído, entregarse á una tortura cerebral que suprimiría toda belleza, todo encanto, toda grandiosidad al espectáculo de la naturaleza. Números, nada más que números, no sería nada seductor ni para los espíritus más ávidos de instruirse. Tranqui-

ficense, pues, mis lectoras: no voy á proponerles que descifren jeroglíficos de álgebra ni de geometría; lejos de mí semejante idea. Por otra parte, los números son una armazón, métodos: en la naturaleza no existen.

Deseo solamente que se abran los ojos, para mostrar el sitio en donde se está, á fin de que se conozca el camino de la verdad, y por él, la dicha. Cuando se está en él, ningún esfuerzo es necesario para permanecer y se experimenta la íntima complacencia de saber que se está en lo cierto y que es infinitamente más agradable ser instruído que ser ignorante. La realidad está muy por encima de todo lo que se puede imaginar, aun en los sueños más fantásticos. Las decoraciones más feéricas de los mejores teatros, el brillante oropel de las revistas militares, las suntuosidades más extraordinarias de que se enorgullece la estirpe humana, todo lo que admiramos, todo cuanto envidiamos sobre la Tierra, es nada ante las inauditas maravillas aglomeradas en el infinito. Hay en él más de lo que se piensa; las miradas asombradas no saben qué admirar.



Si las levantáis hacia las tinieblas de la noche, en verdad que no os arrepentiréis de los rápidos instantes pasados en la contemplación del cielo.

Los diamantes, las turquesas, los rubíes, las esmeraldas, todas las piedras preciosas que aman las mujeres, las encontramos más puras, más bellas, más espléndidas, suspendidas en el fondo de los cielos. Vemos venir hacia nosotros, en los campos del telescopio, ejércitos de soles majestuosos y potentes cuya ferocidad no tememos. Y los cometas vagabundos de ricas cabelleras, y las estrellas errantes y las nebulosas estelíferas.... No hay novela comparable á la historia de la naturaleza.

Subir hacia lo infinito es purificar el alma de todas las bajezas del mundo, es aspirar á ser mejor y más inteligente.

*

En primer lugar, «¿qué es el cielo?» Esta bóveda nos anonada; jamás osaremos emprender su estudio.

Comenzaré por deciros que el cielo no es una bóveda; es una inmensidad sin límites, inimaginable, insondable, que nos rodea por todas partes y en el seno de la cual flota nuestro globo; «el cielo es todo lo que existe», y aun lo que no vemos; es la Tierra sobre la cual vivimos y que nos lleva consigo en su rápido vuelo; es la luna que la acompaña y derrama su luz sobre nuestras noches silenciosas; son las estrellas, soles del infinito; en una palabra, es toda la creación.

Sí, nuestra Tierra es un astro del cielo: el cielo es su dominio, y nuestro sol, que brilla sobre nosotros y fecunda las estaciones, es una estrella, tanto como los bellos puntos brillantes que cintilan á lo lejos, muy arriba, y embellecen con su fulgor la paz de la noche. Todos estamos en el cielo, puesto que la Tierra, en su viaje por el espacio, nos transporta al seno del infinito.

En el cielo no hay ni alto ni bajo. Tales palabras no existen en el lenguaje celeste, porque no tienen sino una relativa significación en la superficie terrestre. En realidad, para los habitantes de la Tierra lo bajo es el interior, el centro del globo; y lo alto es lo que está sobre nuestras cabezas, á nuestro rededor. El cielo es todo lo que nos rodea, el infinito.....

La Tierra es como sus semejantes: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno, uno de los planetas de la gran familia solar....

El sol, su padre, la protege, dirige todos sus actos. Ella le obedece ciegamente. Todos bogan en perfecta armonía por el océano de los cielos.

—Pero, me diréis, sobre qué reposa la Tierra en su navegación aérea?

Sobre nada. La Tierra gira en torno del sol; globillo relativamente ligero, aislado por todas partes en el espacio, tal como una burbuja de jabón aventada por un niño.

Por encima, por debajo, por todas partes, millones de globos semejantes á ella, agrupados por familias, forman otros sistemas de mundos que evolucionan en torno de numerosas y lejanas estrellas, poblando el infinito soles más ó menos análogos al que nos alumbra y en general más voluminosos que él, aunque sea millones de veces mayor que nuestro planeta.

En la antigüedad, antes de que se conociese el aislamiento de nuestro globo en el espacio y los movimientos que lo desalojan sin cesar, se representaba á la Tierra como la mitad inferior inmóvil del Universo. El cielo se consideraba como la parte superior. Los antiguos habían dado á nuestro mundo soportes fantásticos que se prolongaban hasta los infiernos. No podían admitir el aislamiento de la Tierra, porque tenían una idea falsa de la pesantez. Pero hoy sabemos de una manera incontestada que la Tierra no reposa absolutamente sobre nada. Los innumerables viajes realizados alrededor de ella en todas direcciones, son la mejor prueba de esta afirmación. Como lo acabamos de decir, en el universo no hay alto ni bajo. Lo que llamamos bajo, es el centro de la Tierra. Esta gira, además, sobre sí misma, en veinte y cuatro horas. La noche no es sino un fenómeno parcial, debido precisamente al movimiento de rotación del planeta, movimiento que no puede existir sino á condición de que nuestro globo esté absolutamente aislado en el espacio.

Como el sol no puede alumbrar sino un lado de nuestro globo, esto es, un hemisferio, resulta que la noche no es otra cosa sino el estado de la parte no alumbrada. Como la Tierra gira sobre sí misma, todas las partes expuestas sucesivamente al sol tienen día, en tanto que las que quedan opuestas al sol, en el cono de sombra que la misma Tierra por su interposición produce, se hallan en la noche. Pero, sea mediodía ó medianoche, las estrellas ocupan siempre sus puestos en el cielo, aunque, ofuscados por la ardiente luz del astro del día, dejamos de verlas. Cuando nos encontramos sumergidos en la noche, el sol continúa derramando su luz sobre los países que están vueltos hacia él.

La sucesión de nuestros días y nuestras noches es un fenómeno que pertenece exclusivamente á la Tierra y del cual no participa el resto del universo. Igual cosa acontece con cada globo iluminado por un sol y que tenga un movimiento de rotación.



Sostenida en el espacio por fuerzas que más adelante explicaremos, nuestra Tierra boga en pleno cielo en torno del sol.

Imaginaos un magnífico aerostato que ligera y rápidamente hienda el espacio. Rodeadlo de ocho globillos de diferentes magnitudes; representaos ese grupo cerniéndose en los aires, y tendréis en miniatura nuestro sistemo de mundos.

En esto no debe verse sino una imagen, una comparación. Los globos están sostenidos por la atmósfera, en la cual flotan en equilibrio. La Tierra no está sostenida por nada material. Lo que la mantiene en el vacío etéreo es una fuerza inmaterial, es la gravitación. El sol la atrae, y si ella misma no girase, caería sobre él; pero como al dar vueltas sobre sí misma con una velocidad de 107.000 kilómetros por



3.—Vestidos de casa y calle y trajes de niños.

hora, produce una fuerza centrífuga —tal como una piedra en una honda —precisamente igual y de signo contrario á su tendencia hacia el astro central, ésta la mantiene á la misma distancia media del sol.

Este grupo solar y planetario no existe sólo en el vacío inmenso que nos rodea indefinidamente. Como lo hemos dicho ya, todas las estrellas que admiramos en el fondo de los cielos, hacia las cuales dirigimos nuestras miradas y nuestros pensamientos durante las horas apacibles de la noche, son otros tantos soles que brillan con su luz propia, jefes de familias más ó menos numerosas que se renuevan á todas las distancias por el infinito. A pesar de todas estas inmensas distancias entre los soles-estrellas, el espacio es tan vasto y el número de aquéllas es tan grande, que por un efecto de perspectiva, debido precisamente al alejamiento, las apariencias nos hacen creer que las estrellas se tocan. Aun en ciertas visiones telescópicas y en ciertas fotografías parecen realmente tocarse.

El universo es infinito. El espacio no tiene límites. Si llevados por nuestro amor al cielo, nos ocurriese y tuviésemos los medios de emprender un viaje hasta donde él terminase, nos sorprendería que, al llegar á los confines de la Vía Láctea, viéramos renovarse ante nuestros ojos deslumbrados el espectáculo grandioso y fenomenal de un universo nuevo; y si pasásemos ese nuevo archipiélago de mundos y nos lanzásemos en persecución de la barrera de los cielos, encontraríamos siempre, eternamente, ante nosotros, universos sucediéndose á universos. Millones de soles ruedan en el inmenso espacio. Por dondequiera, á los lados, la creación se renueva en variedades infinitas.

Según todas las probabilidades, la vida universal existe allá como aquí y ha sembrado el germen de la inteligencia por todos esos mundos lejanos que adivinamos en las cercanías de los soles innumerables que surcan el éter, puesto que todo prueba sobre la Tierra que la vida es el objeto de la naturaleza. Focos ardientes, fuentes inagotables de calor y de vida, esos varios soles, múltiples, colorados, vierten sus rayos sobre las tierras que les pertenecen y las fecundan.

Nuestro globo no es una excepción en el universo. Es un astro del cielo, nutrido, calentado, iluminado, vivificado por el sol, que no es sino una estrella.

¿Quién nos dice que los habitantes de esos mundos desconocidos no piensan en nosotros y que el espacio no esté atravesado por vuelos de pensamientos, como lo está por los efluvios de la gravitación universal y de la luz? ¿No existirá entre las humanidades celestes, de que la Tierra no es sino una alquería, una inmensa solidaridad, apenas presentida por nuestros sentidos imperfectos?

Levantemos nuestras meditaciones hacia el infinito! No dejemos escapar la oportunidad de emplear las mejores de nuestras horas, las del silencio y la paz de nuestras noches, permitiéndole al espíritu que contemple, que admire, que balbuta las palabras escritas en el gran libro de los cielos! Dejemos al alma, libre en su vuelo, que vaya rápida y feliz hacia esas regiones maravillosas que le reservan inenarrables venturas, y rindamos homenaje á la más bella de las ciencias, á la Astronomía, que derrama sobre nosotros la luz de la verdad.

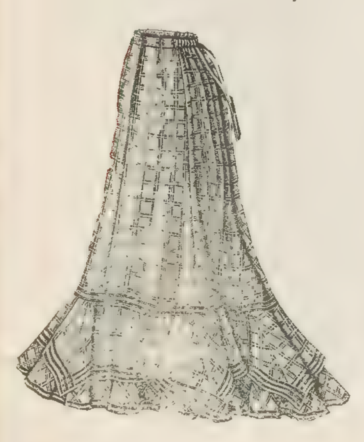
Para los espíritus poéticos, la contemplación del cielo transporta el pensamiento á regiones superiores, á las que no llegaría ninguna meditación. ¿Quién no recuerda los bellos versos de Víctor Hugo en sus «Orientales»? El inmortal poeta era astrónomo. Más de una vez tuve el honor de entretenerme á su lado sobre los problemas del cielo estrellado. Y yo me decía que los astrónomos, á veces, pueden ser poetas.

Es difícil, en efecto, librarse de un sentimiento de profunda emoción ante los abismos del espacio infinito, ante el espectáculo de la innumerable multitud de mundos suspendidos sobre nosotros. Sentimos, en esa contemplación solitaria del cielo, que en el universo hay otra cosa que la materia tangible y visible: fuerzas, leyes, destinos. Nuestros cerebros de hormigas se reconocen sin duda minúsculos, pero sentimos que hay algo más grande que la Tierra: el cielo; más absoluto que lo visible, lo invisible; algo superior á los intereses más ó menos vulgares de la vida: el sentimiento de lo bello, de lo verdadero y del bien. En esto también la Astronomía sobrepasa muchas ciencias y se hace directriz soberana, faro de la moderna filosofía.

Noche misteriosa, noche sublime, infinita noche! Tú haces desaparecer de nuestros ojos el velo que la luz del día corre sobre nuestras cabezas, devuelves al cielo su transparencia y nos muestras la realidad prodigiosa, el estuche cintilante de los diamantes celestes, las innúmeras estrellas sucediéndose sin fin en el incomensurable espacio! Sin ti no sabríamos nada. Sin ti, nuestros ojos no habrían adivinado jamás la población sideral, nuestro espíritu no se habría dado cuenta de la armonía de los cielos y seríamos aún los ciegos y sordos parásitos de un mundo aislado del resto del universo. Oh noche sagrada! Si te ciernes, superior al día, desde la altura de la Verdad, por sobre toda ilusión, también viertes, desde lo alto de tus urnas invisibles, la paz silenciosa y tranquila, la calma penetrante, en nuestras almas, fatigadas á veces de las agitaciones de la vida, y nos haces olvidar las luchas, las intrigas, las mentiras, las perfidias, las miserias de las horas de afán, de actividad y de bullicio. El reposo y los ensueños son tu imperio. Te amamos por esa paz, por esa calma, por esa tranquilidad. Te amamos porque eres verdad. Te amamos porque nos pones en comunicación con otros mundos, porque nos haces presentir la vida universal y eterna, porque nos das la esperanza, porque nos proclamas ciudadanos del cielo.

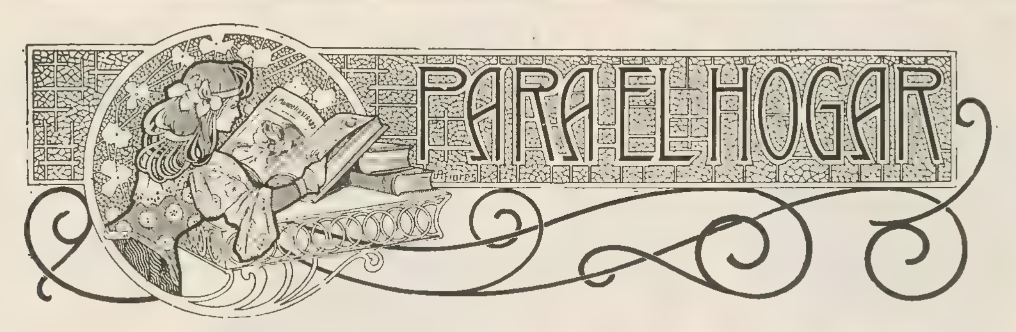
CAMILLE FLAMMARION.







4.—Vestidos de calle y cojín de seda.



Explicación de nuestros grabados.

Núm. 1. Representa nuestro grabado tres elegantes trajes: dos de casa y uno de visita, confeccionados de acuerdo con los últimos patrones y usando telas de lana, de colores medios tonos, que son los que hoy más se estilan. Los dos trajes de casa, aunque distintos en su hechura, tienen marcados puntos de semejanza. Ambos son de estilo sastre. En uno de ellos la falda es enteramente lisa, y en el otro lleva por únicas aplicaciones cuatro franjas delanteras de cinta maravillosa, que se prolongan en la parte posterior hasta llegar á la terminación de la enagua. Los corpiños, si algo tienen de notable, es sólo su sencillez y elegancia. Se adornan con pasamanerías de cinta. Uno de los corpiños lleva cuellohombreras, y el otro, á guisa de este adminículo, una angosta aplicación de paño obscuro, que termina sobre los hombros y nace del cuello.

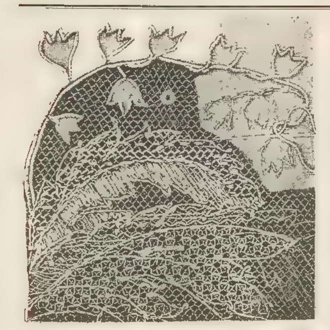
El traje de visita de falda plegada y corpiño sastre, se lleva, como lo representa nuestro grabado, con un hermoso saco abrigo de invierno, rico en sus atavíos, de fino punto de Inglaterra, y elegante en su corte. Consta este abrigo de una graciosa esclavina, enteramente lisa, y sólo rematada en su parte inferior por fleco de rejilla de seda. Las mangas, de estilo japonés, se rematan en los puños por aplicaciones de encaje inglés, igual al que se emplea en el delantero del saco abrigo. Como pueden ver nuestras lectoras, esta elegante prenda es muy sencilla en su confección y, sin embargo, resulta de magnífico aspecto y aun con la apariencia de riquísimo abrigo.

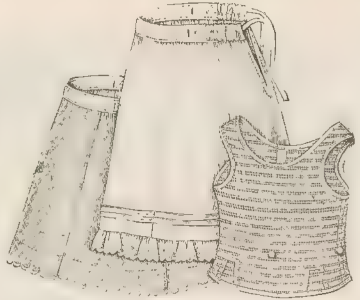
E-PERANZA.

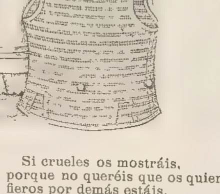


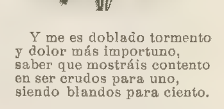


5.—Trajes de visita y paseo.









DE LA VIDA

¡MORIR!

Niña de labios rojos
como cerezas,
que á gozar de la vida
feliz empiezas;
que, inocente, sonríes,
de los amores
al sentir los efluvios
engañadores:
al mirarte al espejo,
tan bella al verte....
¡Piensa que tras la vida
viene la muerte!

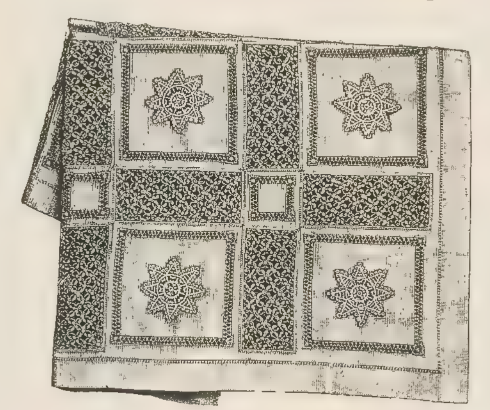
Joven que te desvelas
tu obscura historia
por llenar de destellos
de humana gloria;
que sientes un coloso
allá en tu pecho,
diciendo que la fuerza
es el derecho:
has de saber que, joven,
hermoso y fuerte....
¡en tu exceso de vida
llevas la muerte!

Poderoso monarca
desvanecido,
que á subyugar aspiras
lo conocido;
que si tu medro exige
la cruda guerra,
de lágrimas y sangre
cubres la tierra,
aunque tu cetro humille
al orbe inerte....
¡en tu trono sentada
está la muerte!

Sabio que con el brillo
de vana ciencia
quieres matar al astro
de la evidencia;
que con falsas teorías
buscas la palma
de tu siglo, negando
que exista el alma:
cuando tu orgullo necio
crea y despierte....
¡será que en la materia
vive la muerte!

Pues en la ruda lucha
de aqueste suelo
que por algo refleja
la luz del cielo,
imperios, hermosura,
fuerza, experiencia,
todo expira en la nada
de la existencia;
no hay más que una esperanza
que no es mentida....
¡El beso de la muerte
que da la vida!

FLORENCIO VILASECA.



A UNOS OJOS

Más dulces habéis de ser,
si me volvéis á mirar,
porque es malicia, á mi ver,
siendo fuente de placer,
causarme tanto pesar.

De seso me tiene ajeno
el que en suerte tan cruel,
sea ese mirar sereno
sólo para mí veneno,
siendo para todos miel.

Si crueles os mostráis,
porque no queréis que os quiera,
fieros por demás estáis,
pues si amándoos me matáis,
si no os amara, muriera.

Si amando os puedo ofender,
venganza os podéis tomar,
porque es fuerza os haga ver
que no os dejo de querer
ó me acabáis de matar.

Si es la venganza medida
por mi amor, á tal rigor
el alma siento rendida,
porque es muy poco una vida
para vengar tanto amor.

Porque con él igualdad
guardar ninguno otro puede;
es tanta su intensidad,
que pienso ¡ay de mí! que excede
á vuestra misma crueldad.

¡Son, por Dios, crudos azares
que me den vuestros desdenes
ciento á ciento los pesares,
pudiendo darme á millares,
sin los pesares, los bienes!

Y me es doblado tormento
y dolor más importuno,
saber que mostráis contento
en ser crudos para uno,
siendo blandos para ciento.

Y es injusto por demás
que tengáis, ojos serenos,
á los que, de amor ajenos,
os aman menos, en más,
y á mí, que amo más, en menos.

Y es, á la par que mortal,
vuestro lánguido desdén,
¡tan dulce, tan celestial....!
que siempre reviste el mal
con las lisonjas del bien.

¡Oh, si vuestra luz querida,
para alivio de mi suerte
fuese mi bella homicida!
¡Quién no cambiara su vida
por tan dulcísima muerte!

Y solo, de angustias lleno,
me es más que todo cruel
el que ese mirar sereno
sea para mí veneno,
siendo para todos miel.

R. DE CAMPOAMOR.

TOMY MUSE

Ven, mi musa... mi rubia adorada...
De blondos cabellos;
La que tiene los ojos azules
De color de cielo!....

Virgencita que endulza mis penas,
Mis horas de duelo,
Entonando tus cantos divinos
Amantes y tiernos!....

Ven y endulza esta noche, mi musa,
Es noche de invierno,
Siento el alma aterida de frío,
Azótala el cierzo!....

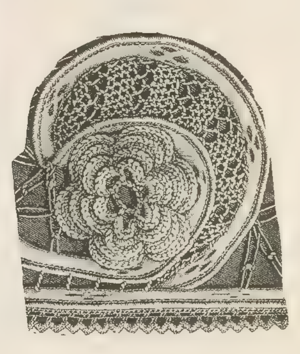
Ven y entona tu canto, mi rubia....
Tu canto risueño,
Que yo sienta vagar en sus notas
Rumores de besos!....

Ven, mi musa..... mi rubia adorada
De blondos cabellos,
No más tardes, ¡oh virgen querida!
Te aguardo.... te espero...

JUAN F. GONZÁLEZ G.







6.—Modelos de bordados y tejidos.



A ti, linda mora,
graciosa sultana,
la de ojos de fuego
de negro color;
á ti, mi africana
de talle hechicero,
á ti se dirige
mi canto de amor.

Reina de Granada,
ciudad de las flores
que riegan las aguas
del Darro y Genil,
escucha los cantos
de un triste cautivo,
permite contemple
tu talle gentil.

Deja, mora, el lecho,
sal á la enramada,
escucha los cantos
de tu trovador;
sal, Zaida divina,
graciosa sultana,
oirás la harmonía
de un canto de amor.

Mas ya que mis cantos
no ablandan tu pecho,
adiós, Zaida amada,
adiós, mi ilusión;
mañana al mostrarse
la naciente aurora,
verás que tu esclavo
ha muerto de amor.

EMILIO VALVERDE.

7.—Abrigos de invierno y trajes de [illegible]a.

SE ACABAN LAS LEVITAS

La antigua prenda de etiqueta está, como la forma poética, llamada á desaparecer.

Nada menos que en Ostende, el lugar de reunión de los elegantes en verano, se ha demostrado plenamente que el uso de la levita va restringiéndose mucho.

Hace poco, cuando se verificaron las carreras internacionales, acudieron infinidad de «sportsmen» franceses é ingleses á presenciar la carrera del gran premio de 50,000 bolívares, y el rey Leopoldo organizó un almuerzo, al cual invitó á un caballero inglés, célebre por lo buen jinete que es, al cónsul de una gran potencia, al menor de los Vánderbilt y á otros «sportsmen» conocidos. En la invitación se decía: «De levita,» y he aquí el apuro de los invitados.

La etiqueta en la corte de Bélgica es la más severa de Europa, y Mr. B...., uno de los invitados, no tenía la prenda exigida en la invitación. Fuése á escape á ver al dueño del hotel, que la usaba, y des-

pués de alabar de mil modos lo perfecto de su traje, consiguió que le alquilase la levita.

El fondista se la cedió con mil amores, pero añadió:

—Le advierto al señor que esta es la segunda levita que presto hoy. Hace un momento he prestado otra al señor Vánderbilt.

Al entrar en el comedor el señor B...., observó que á otros tres invitados les sentaba bastante mal la levita, y con mucha discreción comenzó á hacer indagaciones, de las que resultó que el caballero inglés llevaba puesta la levita de su pedicuro, y que el cónsul se la había pedido prestada al burgomaestre de Ostende, que es bastante gordo.

Conocimientos Utiles

UN BAÑO DE VAPOR BARATO

Hay muchos casos en que son necesarias las fumigaciones de vapor caliente, aplicadas localmente. La ciática, el reumatismo crónico y el traumatismo de las articulaciones, son afecciones que, si no curadas, al menos pueden ser calmadas conservando la parte afectada con una temperatura húmeda y elevada.

Por desgracia para los que viven fuera de las grandes ciudades, sólo en éstas hay establecimientos en los que pueden llevarse á cabo dichas fumigaciones.

Sin embargo, hay un medio sumamente sencillo, rápido y barato, para llegar al mismo resultado: un poco de cal viva, otro poco de agua y una vasija, es todo lo que se necesita.

Se ponen en la vasija algunos pedazos de cal del tamaño del puño, y se echa encima agua, muy poco á poco. La cal se calienta al instante, y de ella empiezan á desprenderse vapores en abundancia. Entonces se coloca la parte afectada sobre la vasija, y el todo se cubre con una manta ú otra cubierta gruesa.

Cuando la temperatura sea demasiado elevada, puede levantarse una punta de la cubierta; si, por el contrario, tarda mucho en elevarse, debe echarse un poco más de agua sobre la cal.

El primer baño de vapor administrado en esta forma, alivia considerablemente la ciática, que desaparecerá del todo repitiendo la operación cada día un cuarto de hora.

El mismo método da resultados igualmente satisfactorios cuando se trata de reumatismos crónicos, sea en una ó en varias articulaciones.

La economía, la rapidez, la sencillez y la eficacia, hacen recomendable en alto grado este medio de obtener un baño de vapor caliente.

Alimentos que son peligrosos cuando se combinan

Hay muchas sustancias alimenticias que son saludables y nutritivas cuando se comen solas, pero que resultan perjudiciales para la salud, y aun para la vida, si se toman en combinación.

Todos los que han viajado por los países tropicales de América, saben que allí nadie bebe vino ni licores fuertes después de comer plátanos, pues de hacerlo así, sobrevienen estreñimientos y cólicos violentos. El peligro es, sobre todo, inevitable si la bebida es aguardiente.

El vinagre en las ensaladas retarda la digestión. Por muy poca cantidad que se ponga, la digestión dura de cuatro á treinta minutos más que de ordinario; y si la proporción es muy grande, puede la digestión cesar durante largo rato. El vinagre con sal parece ser singularmente dañino; en Inglaterra murió hace poco una jovencita de quince años, por haber bebido una pequeña dosis de vinagre y sal.

Jamás deben comerse cerezas con leche. Esta mezcla mató al Presidente de los Estados Unidos Franklin Pierce.

El té ocasiona siempre un ligero retraso en la digestión, pero sus efectos son más perjudiciales cuando se toma al mismo tiempo que la carne. El mejor té de la China contiene un ocho por ciento de tanino, y esta sustancia convierte la carne en algo muy semejante al cuero, haciéndola, por consiguiente, muy poco á propósito para la nutrición.

Un célebre médico inglés aconseja tomar el té muy claro, y nunca durante la comida, sino después; es el único modo de no echarse á perder el estómago. Un poco de bicarbonato de sosa añadido al té, en proporción de uno por cincuenta, es también muy conveniente.

Es muy común creer que el queso es una sustancia que se digiere por sí misma; pero, por eso mismo, nadie debiera comerlo sin tener antes la completa seguridad de poseer un estómago muy resistente.

Lo peor de todo es comer, juntamente con el queso, cebolla cruda ó carne. La carne es ya suficientemente nutritiva para que necesite esta mezcla.

ENSUEÑOS

Eco sin voz que conduce
el huracán que se aleja,
ola que vaga refleja
á la estrella que reluce;
recuerdo que me seduce
con ensueños de alegría;
amorosa melodía
vibrando de tierno llanto:
¿qué dices á mi quebranto,
qué me quieres, quién te envía?

Tiende su ala el pensamiento
buscando una sombra amiga,
y se rinde de fatiga
en los mares del tormento;
de pronto florido asiento
ve que en la orilla aparece,
y cuando ya desfallece
y más se acerca y le alcanza,
ve que su hermosa esperanza
es nube que desparece.

Rayo de sol que se adhiere
á una gota pasajera,
que un punto luce hechicera
y al tocar la sombra muere.
Dulce memoria que hiere
con los recuerdos de un cielo,
murmurios de un arroyuelo
que en inaccesible hondura
brinda al sediento frescura
con imposible consuelo.

En inquietud, como el mar,
y sin dejar de sufrir,
ni es mi descanso dormir,
ni me consuela llorar.
En vano quiero ocultar
lo que el pecho infeliz siente;
tras cada sueño aparente,
tras cada mentida calma,
hay mas sombras en el alma,
más arrugas en la frente.

Si vienen tras este empeño
en que tan doliente gimo
la esperanza de un arrimo,
de un halago en un ensueño,
si de mí no siendo dueño,
sonreír grato me veís,
os ruego que recordéis
que estoy de dolor rendido....
Pasad.... dejadme dormido....
Pasad.... no me despertéis....!

JUAN B. ARRIAZA.

LA EXPIACION

BALADA

Llorando está el pescador
A los pies de la que adora;
Ven, la dice, á ser señora
De mi barco y de mi amor;

Yo endulzaré tu pesar;
Bendeciré tu abandono;
Mi barquilla será un trono,
Y tú, la reina del mar;

Y besará nuestro Edén
La luz que en el mar riela,
Y el viento dirá á la vela
Nuestra dicha y nuestro bien.

Sígueme.... Y la niña impía
Al pescador acompaña,
Y no escucha en su cabaña
De su padre la agonía;

Y van en la barca huyendo
Del céfiro al soplo blando,
Y siguen ellos gozando
Y sigue el padre muriendo!....

De repente, el huracán
Riza el piélago bravío;
Ruge el trueno en el vacío
Con incomparable afán;

Allá. ..en la roca gigante
Se eleva triste un anciano,
Tiene tendida la mano
Sobre el golfo palpitante,

Y de la borrasca al son
Que el eco de Dios remeda,
Ronca y formidable rueda
La paterna maldición;

Y los dos amantes gimen
A aquella voz que estremece;
Y hasta la barca parece
Que se espanta de su crimen,

Y al fin con grito fatal,
Del mar al empuje fuerte,
Ruedan sábanas de muerte
sobre el lecho criminal.

....
....

Hijos, arrojad en pos
Cuanto á la virtud no cuadre,
Pues cuando maldice un padre,
Está maldiciendo Dios!

B. LÓPEZ GARCÍA.

EL TESTAMENTO

Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua", Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

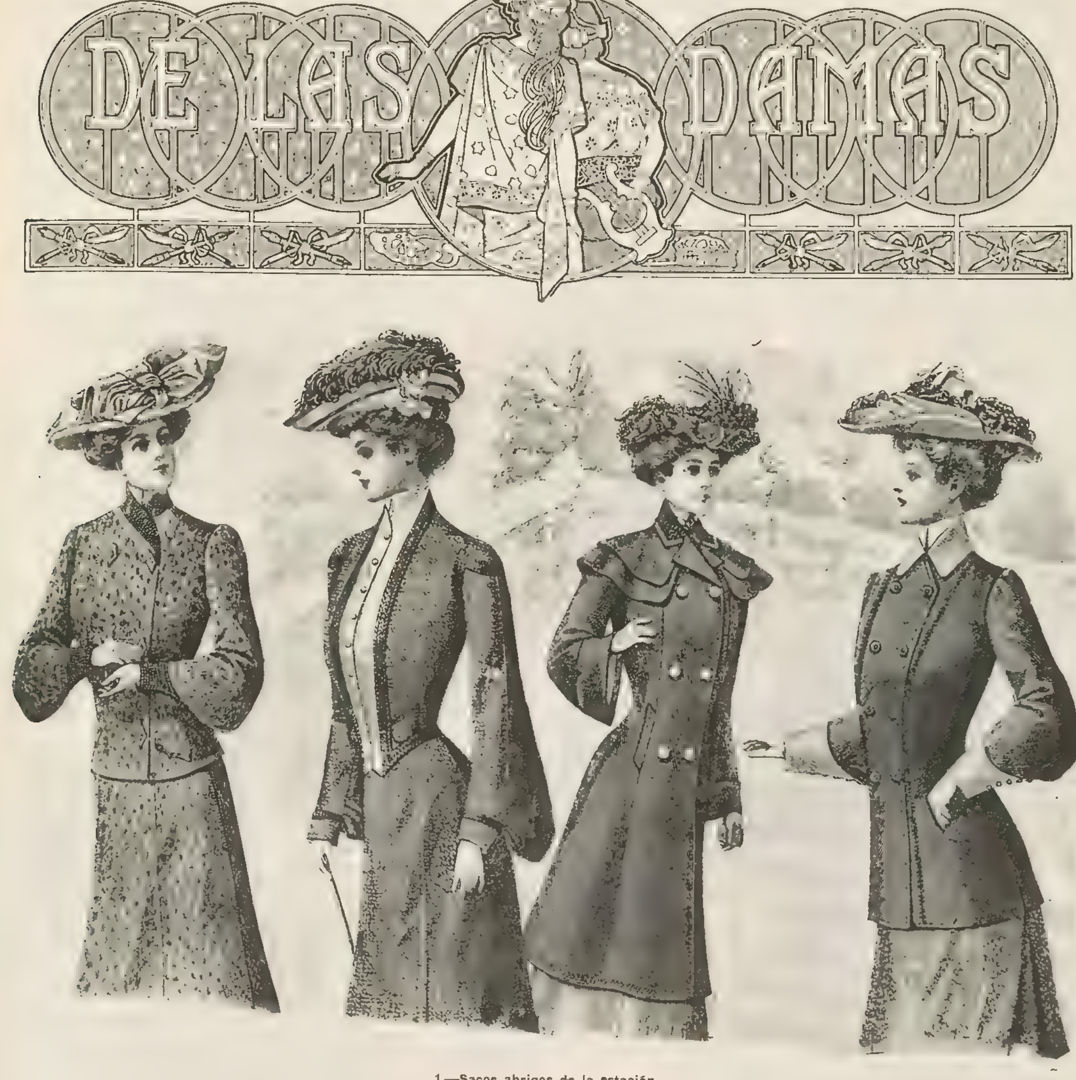
Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro en una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.

DE LAS DAMAS



1.—Sacos abrigos de la estación.

Lo que Valen los Diamantes

La Condesa de Z.... lucía en el baile una portentosa diadema de brillantes, que provocaba la codicia de los hombres y la envidia de las mujeres. Era una fortuna en compendio.

Mi amigo Faustino, periodista y bohemio en una pieza, exclamó ante un grupo de amigos al contemplar aquella riqueza:

—Denme esa diadema y se acabaron mis constantes preocupaciones.

—¿Qué quiere usted significar con esto? preguntóle con sorna un joven belga, corresponsal de un gran periódico extranjero.

—Sencillamente que ya no existirían para mí privaciones ni acreedores, esas dos grandes calamidades que me persiguen desde la cuna.

—¡Cuán engañado está usted! —repuso el extranjero. El diamante vale, si hay quien lo aprecie; pero si nadie lo solicita, maldito lo que importa. Esto pasa con los hombres y con las cosas.

—Denme los diamantes y aseguro á usted que no me faltarán compradores. A nadie se le ocurre pensar que, á mayor ó menor precio, puedan quedar sin colocación los diamantes.

—Crea usted que se dan casos, y si no les molesto, voy á referir á ustedes lo que sucedió á un pobre hermano mío, no hace muchos años; lo he recordado precisamente al ver á Faustino tan entusiasmado ante aquella espléndida diadema.

—Cuente usted, cuente, exclamamos á coro.

—Pues bien: mi hermano pasó una larga temporada en el Cabo, entre los buscadores de diamantes. Nacido como yo en una pobre aldea de Flandes, acostumbrado á trabajar desde niño, dejó un día nuestro hogar, llevado de la ambición y de su espíritu aventurero, yéndose en compañía de algunos jóvenes holandeses á explotar un criadero próximo á Kimberley. El negocio les fué á las mil maravillas, y en pocos años fueron dueños de un caudal de brillantes, suficiente para coronar á media docena de princesas. A los seis años de trabajo, cedieron el criadero, en buenas condiciones, á unos bóeros y emprendieron el regreso á Europa, llevando consigo los codiciados y diminutos cristales. Eran cuatro, y en unas pequeñas talegas cosidas á los hábitos, encerraron el espléndido fruto de su labor, que en el mercado de Amsterdam tenía que ser justipreciado con largueza.

Embarcáronse en un vapor holandés y, con júbilo infinito, semejante al del desterrado que vuelve triunfador á la patria, emprendieron el regreso por el canal de Suez. El tiempo, que fué bonancible durante los primeros días, se trocó en temporal deshecho, y el vapor corrió á merced del huracán por espacio de cuarenta y ocho horas.

Al cesar la fuerza impetuosa del ciclón, descubrióse en el vapor, desarbolado y maltrecho, una gran vía de agua que amenazaba hundirlo en el fondo del mar. La máquina había dejado de funcionar, y las bombas no podían achicar el líquido que anegaba las bodegas. El peligro se hizo inminente, y en aquellos aciagos instantes, los tripulantes y los viajeros se lanzaron á las canoas, procurando llevar consigo algunos víveres.

En una de las canoas se salvaron mi hermano y sus tres compañeros con las cuatro talegas que formaban parte integrante de su indumentaria.

Después de mil peripecias y largos sufrimientos, llegaron á un islote del mar Indico, escasamente poblado de habitantes. Al verles acercarse, los salvajes huyeron apresuradamente, sin hacer caso de los signos y voces tranquilizadores con que intentaron retenerles.

Durante la travesía se agotaron las provisiones, y para colmo de desdichas, el agua salada que entró en la canoa se mezcló con el agua dulce de los barriles de á bordo, inutilizando la indispensable bebida. Devorábales la sed, y su primer impulso fué buscar una fuente próxima á la orilla. En aquella isla, de origen madrepórico, árida y yerma en su parte baja, las pequeñas corrientes arrastraban la sal de que estaba saturado el terreno, lo cual hacía de todo punto el agua impotable.

Sentados los cuatro compañeros en las peladas rocas, requemados por la sed, sentían tristemente la opresión de la riqueza estéril que llevaban encima.

En aquel momento, el caudal de diamantes nada valía, porque no

había allí nadie que los demandase.

Mi hermano, que sufría una dolorosa neuralgia, sinceramente exclamaba:

—Daría todos mis diamantes por unas obleas de antipirina.

—Y yo, por un vaso de agua, añadía el otro con las fauces abrasadas por una sed homicida.

Por fin, vieron acercarse á una muchacha con dos vasijas llenas de agua, y cuando se levantaron dispuestos á arrebatárselas, apareció un grupo de hombres, armados de flechas, que rodearon de improviso á los náufragos, privándoles la acometida.

Acostumbrados á tratar con los europeos, quienes acudían allí para adquirir con baratijas sus productos, los indígenas se decidieron á aproximarse á los nuestros, viéndoles indefensos, desvanecido el temor de los primeros instantes.

Los naturales ofrecieron á los náufragos una abundante partida de coral y perlas. Poco caso hicieron éstos entonces de aquellos preciosos productos del mar, y con signos dieron á entender que lo que anhelaban á toda costa, era agua para calmar la sed irresistible que les atormentaba. Los salvajes, codiciosos, expresaron con sus ademanes que era el agua allí cosa preciada, ya que debían ir á una isla próxima para tenerla, y claramente manifestaron que querían algo en cambio.

Mi hermano, vencido por la sed, tomó la heroica resolución de abrir su talega y ofrecerles unos cuantos diamantes. Los indígenas contemplaron con indiferencia aquellos cristales en bruto y no se dieron por satisfechos. Uno de ellos indicó perfectamente, mostrando los abalorios que lucía alrededor de su cuello, que no tenían aquellos cristales valor alguno, porque eran pequeños y, además, porque no estaban agujereados. Otro señaló, como cosa de valor, los botones de latón que conservaba todavía el chaleco de uno de los náufragos. Cualquiera adivina que, apenas notada la preferencia del salvaje, fueron arrancados los botones, que tomaron con gran contentamiento los indios, dando, en cambio, el agua apetecida, que en aquellos instantes fué para los náufragos más sabrosa que el néctar de los Dioses.

Véase, pues, cómo el coral y las perlas, en la ocasión referida, por la falta absoluta de demanda, no tuvieron valor alguno, de igual modo que los diamantes ni siquiera pudieron trocarse por un vaso de agua, por no haber quien los quisiese. Entonces hubieran valido mucho más, porque eran solicitados, los vulgares y pobres abalorios.

El deseo ó la necesidad empuja la demanda de las cosas, y esto las hace permutables. El valor de las cosas es hijo de la demanda, y está en razón directa del deseo de poseerlas, y en razón inversa de la cantidad de las cosas que se nos ofrecen. Suprimid el deseo de poseer diamantes, como pasó allí, y los diamantes carecen de valor, porque no pueden cambiarse por objeto ó servicio alguno. Aumentad la sed y disminuid el agua, y en seguida veréis cómo un vaso de agua puede valer más que los diamantes de mayor tamaño.

Permitidme una comparación: todas las cosas tienen color, pero sin la luz, el color no aparece; asimismo, todas tienen valor, pero sin la demanda, es un valor muerto.



2.—Trajes de calle; elegante bata de hogar y blusa para reunión.



3.—Elegantes vestidos de reunión y concierto.

Por fin, señores, terminó diciendo el belga, dispensen ustedes la lata económica, en gracia de ser un hecho real y de haberme dado ocasión para demostrar al amigo Faustino que pudiera darse muy bien el caso de que con tan deslumbrante diadema, no rematase esas privaciones de que nos habla, en su coquetería de bohemio, y en que no creo mucho.

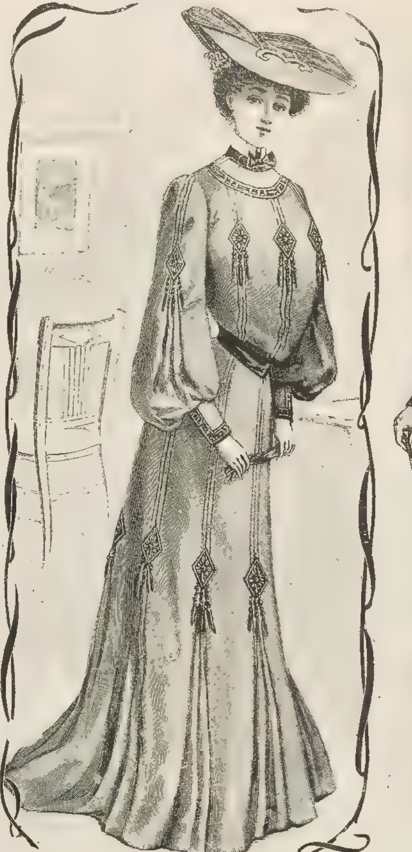
Allá va ahora el reverso de la medalla: mi hermano y sus compañeros, en un buque de vela llegaron á Madagascar, y una vez allí, prosiguieron el viaje en un vapor de las Mensajerías, pagando el pasaje de los cuatro con un solo diamante que cautivó á una inglesa que estaba dando la vuelta al mundo en compañía de su esposo, como

quien da la vuelta á una colmena, pues estaban en plena luna de miel.

Faustino calló, y como era muy enamoradizo, se limitó á añadir por todo comentario:

—Después de lo que usted ha contado, me atraen mucho más los ojos de la Condesa que su constelación de brillantes.

DAVÍD DE MONJOY.





TUS MANOS

Perdóname si las canto;
no sientas celos por ellas,
alma mía; ¡son tan bellas,
y las quiero tanto, tanto!....

Cuando yo te conocí,
antes que mirar tus ojos,
antes que tus labios rojos,
tus manos, tus manos vi.

¡Tan breves!.... las modeló
amor con ámbar y miel;
y el jugo de su clavel,
Flora, para ungirlas dió.

Y, al contemplar que la calma
con su belleza perdía,
absorto me repetía:
«¿También ellas tienen alma?»

¡Alma! Pigmalión las vea,
ó implorará de tu mano
aquel fuego soberano
que faltó á su Galatea!

¡Viéralas él, y querría
robármelas para sí!
Dime, ¿qué fuera de mí
sin tus manos, vida mía?

Ellas con grata presión
su amor, blandas, me insinuaron;
ellas, tímidas, temblaron
con mi primera emoción.

Si las tomo por sorpresa,
se turban, ruborizadas;
y están, á veces, heladas
cuando mi labio las besa.

Cuando en ardiente efusión
en las mías las estrecho,
ó las pongo sobre el pecho,
donde late el corazón,

Ya se duermen en mi palma,
que á ambas juntas da cabida;
ó despiertan y encendida
me comunican su alma.

Como las teclas de un clave
las pulso, y en cada nota
que bajo mis dedos brota,
devuelve amor eco suave.

Y si nuestra paz se altera
por mi ardor ó por mi arrojo,
sabe amenazar su enojo
con gracia tan hechicera,

que por ver su movimiento
de tanto hechizo colmado,
mil veces las he enojado,
feliz en su descontento.

Escala por do subí
á tus labios, ellas son
cómplices de mi pasión:
¿Cómo no quererlas? ¡Di!

Sin ellas, tal vez sufriera
tu desdén, tu odio tal vez....
¡Déjame que, sin doblez,
mucho más que á ti las quiera!

Además, dos ellas son
y me quieren por igual;
tú eres una, y paga mal
sólo un alma mi pasión.

Si obtuvieron las primicias
de mi amor, si me aman más,
mi bien, ¿les perdonarás
que te roben mis caricias?

Perdóname si las canto;
no sientas celos por ellas,
alma mía; ¡son tan bellas
y las quiero tanto, tanto!

E. BORRERO ECHEVARRÍA.



4.—Trajes de paseo y vestido para niños.



JUANITA

I

En un valle de palmeras,
allá cerca de la Costa,
vive la dulce Juanita,
vive Juanita la hermosa.

Tiene los ojos azules
y la boquita muy roja,
la tez color de azucena
y la cabellera blonda.

....
....

II

....
....

Mira qué azul está el cielo,
mira qué azul está el mar,
y qué azules son tus ojos,
oh Juanita angelical!

Adiós, alma de mi alma!....
El vapor ya va á zarpar.
Me iré pensando en tus ojos
al ver el cielo y el mar.

....
....

III

Cuando regresó del puerto
á su valle de la Costa,
Juanita fué sorprendida
por la Pálida traidora,
que le dió besos de hielo
en su boquita de rosa,
mientras cantaban las aves
y sollozaban las olas.

....

IV

Vuelvo á mi patria querida,
¡ya vuelvo á mi patria hermosa!
Mas las aves están tristes,
tristes sollozan las olas.

Me encamino al camposanto,
....
....

y en la sepultura angosta
de mi Juanita, han nacido
muchas violetas y rosas,
que, triste, beso pensando
en aquella linda boca
y en los ojos tan azules
de mi niña encantadora.

V

....
....

En un bosque de palmeras,
allá cerca de la Costa,
duerme mi dulce Juanita,
duerme Juanita la hermosa.

JUAN A. SOLÓRZANO.

EN UN ALBUM

Puso un ángel su candor
en tu donaire criollo
para que fueses pimpollo
de algún gentil picaflor;
y es tu aroma el de la flor
que mis nostalgias destierra,
porque en tu gracia se encierra
y tu frescura resume
todo el divino perfume
que da el clavel de mi tierra.

H. F. RODRÍGUEZ.





Explicación de nuestros grabados.

Número 2.—Representa nuestro grabado dos trajes de paseo, un abrigo de estación y un traje de baile, prendas que se hallan sujetas en su corte á las últimas exigencias de la moda.

Los trajes de paseo, confeccionados con tela de lana, llevan la enagua plegada ligeramente y adornada con aplicaciones de cintas. Estas aplicaciones son longitudinales en una falda y transversales en otra, según lo representan los figurines.

El hermoso abrigo que se halla á continuación de los trajes anteriores, es de confección sencilla, lo cual no obsta para que la prenda resulte muy vistosa. El abrigo es de piel ó pelerina, luce pequeña esclavina y manga abultada, rematada con pequeños puños formados de cinta maravillosa. El cuello del abrigo fórmase también con cinta semejante á la de los puños, y en la parte delantera del abrigo, á lo largo de éste, aplícase también cinta maravillosa, á guisa de ribete, para formar un atavío sencillo y de buen gusto.

Finalmente, el traje de baile, estilo romano, consta de enagua larga, plegada longitudinalmente, de corpiño escotado en parábola y terminado por anchas hombreras en su parte posterior, y por ángulos de madroño en su inferior, semejantes á los que llevan los vestidos de arlequín. Entre el madroño y el cuellohombreras, cíñese el talle por ancho cinturón de seda. Las mangas son muy originales y vistosas: confeccionadas con gasa, pliéganse longitudinalmente y hácense rematar por picos ribeteados, digámoslo así, con pequeñas borlitas de seda. El traje, en su conjunto, es muy vistoso.

Esperanza.

5.—Vestidos de estación para calle.

AMOR DE ULTRATUMBA

Rafael, reputadísimo médico, sin haber cumplido aún los veintiocho años, conservaba en su rostro las líneas del tipo árabe, y en su corazón el avasallador impulso de las pasiones musulmanas.

Rafael amaba con pasión á Margarita, la morena de más gracia que pisaba los cármenes de Andalucía, prestando, con la luz de sus ojos y el carmín de su semblante, esplendideces al cielo, diafanidad al espacio.

Margarita era una joven de dieciocho años, hermosa sobre toda ponderación, y en cuya naturaleza se mezclaban y confundían, prestándole mayor encanto, reminiscencias viriles de la raza goda, filigranas del pensamiento é indolencias del suelo americano.

Rafael amaba á Margarita y ésta adoraba á Rafael.

La vida de uno y otro era un constante idilio.

Ni la más ligera nube empañaba el horizonte espléndido de su felicidad.

Consentidos sus amores por los padres de Margarita, habíase fijado ya la fecha para el enlace.

Y en tanto que el plazo se cumplía y olas de dicha inundaban la existencia de los dos amantes, la naturaleza entera formaba para ellos embriagador concierto de armonías.

El hombre propone y Dios dispone.

Todas las cosas de esta vida hállanse expuestas á contingencias impensadas.

Los océanos de luz y la insondable masa de las sombras, no están separados entre sí más que por la breve transición de un crepúsculo.

De la complacencia á la desesperación, suele no mediar más que un rápido acontecimiento.

De la vida á la muerte, no media, á veces, ni el estertor de la agonía.

Margarita, alegre, gentil y enamorada, cayó un día, como herida por una bala, en los brazos de su madre, á los ojos de Rafael.

Ni una descarga eléctrica la hubiera privado de la vida con más rapidez.

Todos los recursos de la ciencia, toda la solicitud de la pasión, todo el cariño maternal, fueron inútiles.

La densidad de las sombras había sustituído en un instante á los océanos de luz.

La desesperación de Rafael fué espantosa.

Aquella mente volcánica y aquel corazón de fuego, libraron batalla horrible ante los restos de la flor marchita.

Pero la resistencia humana tiene sus límites.

Y al llegar á ellos, ó los nervios estallan, ó el abatimiento se produce.

¿Que pasó por la mente y por el corazón de Rafael?

Nadie lo supo ni á sospecharlo llegó nunca.

Lo único que en él pudo observarse, fué que sus arrebatos cedieron plaza á la resignación, siquiera ésta fuese una resignación sombría.

Pasaron los años.

Ni la sonrisa franca volvió á dibujarse en los labios de Rafael, ni nuevos amores volvieron á conocérsele en la vida.

El único amor que luego tuvo, fué el de la ciencia.

Pero si ni amores ni sonrisas tuvo, notáronse en él, de vez en cuando, así como resplandores de luz en su morena frente, algo como efluvios de dicha escapados del fondo de su alma, y contenidos por la fuerza de una voluntad inquebrantable.

Y aquel algo, por unos y por otros observado, para todos fué un misterio.

Misterio que ni insidiosas inquisitivas investigaciones hábiles, pudieron descubrir jamás.

Vivía Rafael con una tía suya que para él había sido y era una segunda madre.

Pero doña Luisa no podía sustraerse á la curiosidad propia de todas las mujeres, en ella justificada por el amor que profesaba á su sobrino.

Y había observado también las luminosas intermitencias de Rafael, sin poderse dar cuenta de ellas.

Las exploraciones en el alma de su sobrino, no le dieron resultado alguno. Rafael se había acorazado por dentro, ya que no podía acorazarse por fuera.

Dado que sus nervios no eran de mármol, ni sus facciones de estuco.

Los años iban transcurriendo lentamente, sin que nada alterase la marcha ordinaria de la vida en la mansión de Rafael.

Los cabellos de éste blanqueaban, su rostro iba surcándose de arrugas, su cuerpo empezaba á encorvarse.

Pero ni por un solo instante desapareció de su rostro el tinte sombrío, la palidez mate que lo cubría.

Relegábase á menudo en su despacho, cerrando éste herméticamente, y si exigencias de su profesión le llamaban de pronto, tardaba siempre diez minutos, por lo menos, en abrir.

—¿Por qué tardas tanto en contestar cuando se te llama?—le preguntó una vez su tía.

-Porque, abstraído en el estudio, apenas oigo—le contestó Rafael, contrariado.

Contrariedad que no pasó inadvertida para aquélla.

Cierta mañana, Rafael, contra su costumbre y necesidades profesionales, no había salido de sus habitaciones á las nueve.

La criada dió aviso de ello á doña Luisa, quien por sus achaques y edad avanzada, se había vuelto poco madrugadora.

—Algo debe de pasarle—dijo, y apoyada en su bastón, se encaminó al despacho de su sobrino.

Llamó suavemente á la puerta con los nudillos, diciendo al mismo tiempo:

—¡Rafael!

Nadie contestó.

Llamó con más fuerza, é igual mutismo.

Sobresaltóse la buena anciana, y dió con el bastón en la puerta.

Rafael estaba dentro, porque se veía puesta por el interior la llave en la cerradura.

Fué necesario dar aviso á la autoridad.

Compareció el juzgado.

Doña Luisa temblaba como la hoja en el árbol.

Procedieron á descerrajar la puerta.

Los primeros que penetraron en la estancia, dieron un paso atrás, quedándose inmóviles y con el rostro desencajado.

El doctor Rafael yacía sin vida, sentado en un sillón y apoyados los brazos y la cabeza en la mesa de su despacho.

Ante sí, y como cogiendo el último fulgor de su mirada, que parecía escaparse de sus entreabiertos ojos, veíase el busto, no marmóreo, sino de carne y hueso, de una mujer morena, joven y hermosísima; conservado intacto á través de los años, por ignorados recursos de la ciencia.

Era la encantadora cabeza de Margarita, religiosamente guardada por Rafael.

Era el amor de ultratumba del apasionado doctor.

PEDRO NUÑO.



6.—Vestidos de calle y casa.

SENTIDA

Dormida sin amores
tienes el alma,
como duerme sin vientos
la mar en calma;
mas ten en cuenta
que la calma es presagio
de la tormenta.

Tienes negro el cabello,
negros tus ojos,
la mejilla trigueña,
los labios rojos.

La voz en ellos brota
clara y risueña,
como el agua que cae
de peña en peña;
y tus huellas imitan,
finas y leves,
las huellas de las aves
sobre las nieves.

Mejor que estos encantos
de tu persona,
es la flor delicada
que los corona.

Y esa flor en tu pecho
vierte su esencia;
es la flor de las flores,
es tu inocencia.

FEDERICO BALART.

Noche de Vigilia.

El mar está negro,
parece de tinta;
la sombra en el cielo
su manto extendió;
ni un astro en lo negro
del ámbito brilla:
la luna entre nubes
su faz escondió.

El mar está en calma.
No baten las olas
la ruda epidermis
del agrio peñón.
El mar se ha dormido,
y arrullan las ondas
el sueño tranquilo
del viejo león.

La playa está sola,
silente y obscura;
el lobo marino
bebiendo licor
durmióse, y ya sueña
que pesca la luna,
que es rico, que deja
de ser pescador.

Un golpe ondeante
de brisa desciende
del bosque vecino,
bañado en calor,
y haciendo cabriolas,
perfuma el ambiente
de olores de tierra
y alientos de flor.

¡Qué noche tan larga!
¡Qué lejos el día!
¡Que surja del caos
el nuevo arrebol!
¡Que asome, Dios mío,
radiante y divina
la gloria del alba,
la cauda del sol!

RAFAEL SILVA.

¿Ves la rosa en el rosal?
Cercan de espinas punzantes
Su hermosura sin rival,
Centinelas vigilantes
Que custodian su ideal.
Cuando el bruñido cristal
De tu espejo, en luz triunfal
Cante tus formas divinas,
Acuérdate del rosal
Y no olvides las espinas.

P. FORTOULT HURTADO.

CANTARES

Yo creo que Dios te dió
pelo negro y tez morena,
para que los hombres sepan
que tienes el alma negra.

No encuentro paz en la tierra
ni esperanza en el cielo,
ni cariño en la mujer
causa de mi amante anhelo.

No extrañes que me alegrara
cuando supe que te casas:
queriendo á quien no te quiere,
morirás como me matas.

¡Llevas carmín en los labios,
negro azabache en el pelo,
y en el pecho un corazón
lleno de envidia y veneno.

Porque te quiero, hay quien dice
que soy muy afortunado,
sin ver que ofrezco cariño
y desdén recibo en pago.



7.—Trajes de calle, abrigo de pelerina y vestido de baile.

Los dos Angeles

El Angel del sueño y el Angel de la muerte, en un día y á la hora del crepúsculo vespertino, paseábanse juntos y en amigable compañía, hasta que, ya rendidos después de larga jornada, sentáronse en la cima de un collado, prosiguiendo su conversación animada al par que grave, pues influían muy distintamente en los destinos de la humanidad. No lejos del punto del collado se hallaban las moradas de los hombres. Reinaba profundo silencio; únicamente en una lejana aldea sonó el ruido monótono de la campana; era el toque de ánimas.

A muy poco rato, levantóse el Angel del sueño y comenzó su misión esparciendo las invisibles semillitas del sueño. Pronto éstas, conducidas por el suave céfiro á las habitaciones del rendido labriego, empezaron la dulce misión en honor á los moradores de todo aquel contorno, á cuyos aposentos llegó la influencia del primero de estosgenios.

Las clases todas de la humanidad gozaban de la misma manera; desde el anciano hasta el pequeñuelo que se mece en la cuna. El Angel del sueño dió por terminada su tarea, y sentándose nuevamente en frente de su grave compañero, dijo:

—Cuando despierte la aurora, me alabarán los hombres como á su amigo bienhechor. ¡Oh, qué placer iguala al de hacer bien secretamente y sin ser visto! ¡Cuán felices somos nosotros, mensajeros del buen genio! ¡Cuán bella es nuestra vocación!

Callaba el Angel de la muerte, cuyos melancólicos ojos derramaban lágrimas de ternura, y seguidamente con no menos elocuencia:

—¡Ay! —le dijo —¡que no pueda yo, como tú, celebrar la alegre gratitud de los hombres! A mí me llama la tierra enemigo suyo y perturbador de sus goces.

—¡Oh hermano mío!— replicó el Angel del sueño, —¿tan pronto has olvidado que cuando despierte el bueno, reconocerá en ti á su amigo y bienhechor y te bendecirá agradecido? ¿No somos nosotros hermanos y mensajeros del mismo Padre?

Con nuevas y copiosas lágrimas, el Angel de la muerte se acercó al Angel del sueño, y ambos se estrecharon llenos de júbilo.

Recetas útiles

CREMA DE FRAMBUESAS

Frambuesas mondadas de sus pedúnculos.	2 kgs.
Alcohol de 85 grados	2 litros.
Azúcar.............	2 kgs. 250 gr.
Agua...............	3 litros.

Disuélvase el azúcar con el agua, échese hirviendo sobre las frambuesas, las cuales han de estar bien machacadas, cúbrase el conjunto, déjese enfriar, añádase el alcohol y espérese la clarificación natural del licor, ó bien, fíltrese.

Otro medio

Frambuesas mondadas, alcohol, azúcar y agua; la misma cantidad que en el anterior.

Procúrese que las frambuesas permanezcan enteras y pónganse en el alcohol.

Al cabo de un mes pásese por un tamíz de crin ó por una tela clara, con ligera presión, y añádase el azúcar disuelto en el agua.

Este licor es uno de los más agradables; se clarifica por sí mismo en pocos días.

CREMA DE FRESAS

Para hacer este licor en un instante, tómese:

Fresas recién cogidas y mondadas	2 kgs.
Alcohol.............	2 litros.
Azúcar blanco.......	2 kgs. 50 gr.
Agua................	3 litros.

Machúquense las fresas, pónganse sobre un tamiz y échense encima el azúcar y el agua bien hirviendo y meneándolo poco á poco; cúbrase, y después de frío, fíltrese exprimiéndolo sobre un tamiz, añádase el alcohol, tápese y al cabo de algunos días fíltrese.

Otro medio

Para hacer este mismo licor al frío:

Pónganse á infusionar las fresas en el alcohol por espacio de quince días ó un mes, fíltrese exprimiéndolo sobre un tamiz, añádase el azúcar, disuelto en la cantidad de agua indicada, y déjese clarificar.

El primero de estos dos medios produce un licor más rico en aroma, y el segundo una diafanidad más pronta.

Para las cremas de moras y de cerezas, síganse los mismos procedimientos que acabamos de anunciar para las fresas.

CREMA DE AZAHAR

Flores de azahar mondadas......	125 gramos.
Aguardiente ó alcohol de 58 grados......	2 litros.
Azúcar..............	750 gramos.
Agua para disolver el azúcar......	medio litro.

Déjese macerar en el aguardiente por espacio de dos, tres ó más horas, decántese, añádase el azúcar disuelto, mézclese y fíltrese.

Este licor es de los más agradables cuando no se le deja contraer el amargo por una infusión desmedida. También se puede confeccionar, y con mayor éxito, obrando por los medios siguientes:

Otro medio

Pónganse el azúcar y el agua en ebullición, échense las flores de azahar mondadas, cúbrase el vaso, quítese inmediatamente del fuego y, después de cinco ó diez minutos de infusión, pásese por un tamiz ó por una tela fina, añádase el alcohol, tápese y déjese clarificar ó filtrar, cuando esté frío.

Este procedimiento es aplicable á todas las flores aromáticas.

CREMA DE AZAHAR

No menos interesante que los anteriores, y que además puede aplicarse á un gran número de flores es, el siguiente:

Cuando se tengan algunos naranjos floridos y se desee utilizar sus flores para hacer licor, el medio que se ha de emplear es tan sencillo como fácil, teniendo el mejor éxito las más veces.

Móndense las flores á medida que se esparcen por la tierra, extiéndanse en una vasija, alternando con capas sucesivas de azúcar en polvo; así que la vasija esté llena, póngase en la cueva ó en lugar húmedo por espacio de ocho ó diez días; al cabo de este tiempo sáquense las flores para lavarlas con tantos litros de aguardiente como 375 gramos (12 onzas) de azúcar, empleado con el fin de extraerles el poco azúcar que puedan retener; disuélvase en este mismo aguardiente, siempre en frío, el azúcar aromatizado, y después de una disolución completa, póngase el licor en botellas, o fíltrese si hay necesidad.

Este licor tiene un rico aroma y sin amargor; lo preferimos al mismo licor hecho por destilación.

Asimismo se obtiene, por este mismo procedimiento, la esencia ó aroma de las rosas, de la jeringuilla, de geránio de olor, de la flor de lis y de todas las flores en general.

Pero cuando se tengan flores en cantidad suficiente y se quiera obtener su esencia ó perfume para hacer licores particulares ó de fantasía, se deberá recurrir á los procedimientos que anteriormente hemos indicado para confeccionar las cremas de fresa, es decir, que después de haber mondado las flores, es preciso echarlas encima el azúcar disuelto en agua ó hirviendo, añadir en seguida el alcohol en las proporciones antes indicadas, taparlo herméticamente y dejarlo enfriar.

Por una modificación de los diversos procedimientos que acabamos de indicar, se puede, además, no solamente procurar á los diversos licores un aroma muy suave, sino una clarificación más pronta y más completa.

Móndense las flores y pónganse entre dos hojas de papel á secar á la sombra; colóquense luego en un vaso herméticamente cerrado, en un aposento bien seco, hasta el momento en que se quiera usar.

Es cosa indispensable, sean las flores que se quieran, el echarlas el azúcar y el agua en estado de ebullición y añadir luego el alcohol, como anteriormente se ha dicho. La dosis de flores necesaria para cada litro de licor, es de 25 á 30 gramos, según sea mayor ó menor su principio aromático.

Se consigue lo mismo poniendo las flores á macerar en alcohol; pero, como ya hemos observado, este medio tiene el inconveniente, á causa de la grande propiedad disolvente del alcohol, de producir el amargo, por poco que se prolongue la maceración.

Debe averiguarse, por los diferentes procedimientos que acabamos de describir, cuándo es fácil procurarse perfumes de jazmín, de reseda, de lirio, de violeta y de otras flores de nuestros jardines, y crear, con ayuda del alcohol, una infinita variedad de licores, todos notables por el olor que les es peculiar.

En todas las estaciones se podrán fabricar licores con ayuda de los medios de extraer y de conservar el perfume de las flores que acabamos de indicar.

Los licores se llaman sencillos cuando provienen del perfume de una sola flor, y compuestos cuando son el resultado de varios perfumes reunidos.

De todos los procedimientos, merece la preferencia el que empleamos para el licor siguiente, en cuanto formarán parte de su composición las flores de todas las estaciones:

CREMA DE MIL FLORES

Tómense, á medida que vayan floreciendo, violetas, rosas, claveles, alelíes, heliotropos, flores de reseda, de melocotón, de almendro, etc.

Cójanse las flores en el momento en que se abran, móndense, superpónganse alternativamente por ligeras capas de azúcar en polvo, en una vasija cualquiera; tápese convenientemente y enciérrese en un lugar seco.

Es conveniente, en cuanto sea posible, que la vasija se rellene completamente, á fin de evitar á la mezcla el contacto con el aire, y también para que el azúcar no se separe de las flores cuando la vasija se cambie de lugar, sobre todo si no se tiene cuidado de no moverla mucho.

Cuando se quiera hacer el licor con los perfumes conservados de este modo, se procederá como hemos indicado para la crema de azahar, observando si el licor está muy cargado de perfumes. Hay que añadir el alcohol, el azúcar y el agua en las cantidades necesarias para proporcionar al licor el sabor y la suavidad que se desee.

AGUA Ó CREMA DE ANGÉLICA

Tallos tiernos de angélica............	200 gramos.
Semillas de angélica	50 gramos.
Alcohol de 58 grados	6 litros.
Azúcar..............	2 kgs. 625 gr.
Agua para disolver el azúcar.........	1 litro.

Háganse macerar los tallos y las semillas de angélica en el alcohol, por espacio de 24 horas, cuélese, añádase el azúcar disuelto en el agua, frío ó caliente, déjese clarificar el licor y fíltrese.

EL TESTAMENTO
Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua", Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos uías que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro en una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza



1.—Elegantes vestidos de desposorio, baile y reunión.

CRONICA

Guerra al polvo.--Nuevos modelos de Sombreros.

Nada es más indispensable para la higiene en general, que la limpieza de la casa.

El polvo es el enemigo íntimo de todas las señoras hacendosas. Y sin embargo, creo que, en general, no se preocupan lo bastante.

No saben probablemente que él es la causa de muchas enfermedades graves, con inclusión de la tuberculosis.

Puede decirse que es lo que comunica al aire sus caracteres mórbidos. El polvo sirve de vehículo á los microbios y los introduce en el organismo por las vías respiratorias.

Provoca, por las partículas minerales que arrastra, irritaciones locales y hasta erosiones en la mucosa respiratoria, y produce también una puerta de entrada por la cual los gérmenes patógenos penetran en nosotros.

La irritación sola es muy fácil de observar en las personas que tienen la laringe muy sensible.

Basta una salida en un día de viento, para que se vuelva á casa con un dolor de garganta pronunciado, seguido á veces de bronquitis.

Basta también, en una biblioteca, remover libros para que con frecuencia se contraiga fiebre y un malestar general.

El polvo es el enemigo más grande del hombre.

No se sabe nunca lo que trasporta consigo: minerales que desgarran nuestros tejidos internos, antiguos restos infestados, microbios, hongos peligrosos, etc.

Y todo esto no solamente nos persigue en las calles, en las plazas, sino que fuerza la puerta de nuestra morada é introduce en nuestros pulmones los organismos más temibles.

No me tachéis de exagerada. No

soy yo quien habla, sino los sabios que han escrito muchos artículos sobre este tema, que interesa á toda la humanidad.

Hace unos veinte años se prestaba mucho menos atención á este maldito polvo; hasta se sonreían cuando alguna voz autorizada se levantaba para recomendar el cuidado.

Recuerdo haber leído en una revista esta frase que comenzaba un artículo muy interesante sobre este asunto: «No sacudáis el polvo: enjugad.»

Conviene evitar el barrido como antes, haciendo volar el polvo: se debe secarlo con un trapo húmedo.

En efecto, ¿por qué barrer y sacudir el polvo?

Es un trabajo no sólo superfluo, sino peligroso. Se levanta polvo que se va al aire y vuelve á caer lentamente. Entonces hay que empezar otra vez sin cesar.

Además, por poco que haya sobre un mueble, en un pliegue de cortina, un antiguo germen de difteria, de escarlatina, de tuberculosis que dormía tranquilamente, sin hacer daño á nadie, al sacudir lo hacéis salir de su escondrijo, cae en el aire y se introduce en las vías respiratorias. Según parece, nada es tan fácil como eso.

Pero entonces, diréis, ¿es preciso vivir en medio de muebles y chucherías llenas de polvo? Porque siempre se vive en medio del polvo: las ventanas abiertas, al mismo tiempo que nos traen el aire, introducen el polvo.

La cuestión es, pues, purificar el aire infecto en lo posible.

El aire deja caer como un sedimento todo lo que transporta consigo sobre todo lo que le rodea. El aire de una habitación cerrada no contiene ya polvo al cabo de cuarenta y ocho horas. Todo se ha depositado sobre las paredes, los pisos, los muebles, etc.

Allí, se puede recogerlo. Así, pues, en la práctica actual, á escobazos, á plumerazos, se deshace lo que el reposo había producido, se vuelve á poner el polvo en circulación y nuestros pulmones se apoderan de él.

Eso es, pues, absurdo. Es preciso cautivar los microbios y lo demás, mientras están al alcance de nuestra mano.

Hay que pasar el trapo suavemente, barrer despacio con trapos húmedos, de modo que todos esos sedimentos de composición compleja queden en el tejido bien aprisionados.

La operación es más larga en apariencia; pero como es más eficaz, conviene exigirla de los sirvientes.





Por lo demás, se me ha hablado recientemente de un nuevo instrumento que es una especie de escoba que en vez de empujar y levantar el polvo, lo absorbe por completo.

Según parece, es muy útil para limpiar las alfombras y evita así el inconveniente que constituye el tema de esta crónica.

Aparte de este instrumento, barrer los pisos, pasar un trapo húmedo á las estatuítas, los muebles, las paredes, es la seguridad contra las enfermedades y es la limpieza asegurada de la habitacion.

Barrer, sacudir, es sencillamente el arte de remover el polvo é introducirlo en la habitación.

El «desiderátum» de los médicos es poder llegar á filtrar el aire como se filtra el agua.

Se conseguirá quizás un día, pues la ciencia no ha dicho su última palabra.

Una sociedad inglesa se ocupa de ello muy seriamente en este momento; pero quizás sólo llegarán dentro de muchos años á un resultado práctico.

Mientras tanto, ocupémonos de hacer guerra, á todo trance, al polvo, y creo que los sencillos medios que acabo de indicaros, serán eficaces.

—

Se ve mucho actualmente en las playas de moda, un singular sombrerito que me parece se adoptará hasta en invierno.

Es de paja, pero se hará de fieltro, según parece. Es un sombrero muy original, plano, como lo sería un plato al revés sobre la cabeza.

Este sombrero, sencillamente adornado con estrellas de terciopelo negro y lazos de cinta de terciopelo, puestos debajo de la copa, anudados con dos tiras muy largas, cae sobre el cabello, y muy bajo sobre la nuca, y se llama ahora «sombrero anamita.»

Otro gran éxito es el sombrero «panamá.» Se lleva mucho en Inglaterra, y todas las señoritas están muy bien así cubiertas; se baja por delante, se levanta por detrás y debe estar muy poco guarnecido: un «foulard», una ancha cinta arrollada alrededor de la copa, á un lado, por delante, basta para que siente bien. Hasta se puede poner una larga pluma cuchillo en la travesera del lazo.

Con el gusto cada vez más pronunciado que adoptamos para la vida al aire libre, para los «sports» de todo género, las mujeres apreciamos los objetos de «toilette» cómodos y prácticos, y ciertamente el «panamá» puede ser calificado como tal.

Se lleva siempre toda clase de cinturones, y con las blusas, este accesorio es indispensable.

El cinturón de cuero blanco está algo destronado por el cinturón de piqué blanco con broche de acero ó dorado: se limpia fácilmente y se



2.—Elegantes trajes de paseo y peinadores de hogar.

sostiene firme si está forrado con una tela gruesa.

Los cinturones de cuero pirograbado, que muchas señoras hacen ellas mismas, en armonía con el dibujo que forman para el uso á que se destine este cinturón, están en moda y son muy artísticos.

BARONNE LIVET.

Explicación de nuestros grabados.

Número 1. Representa nuestro grabado cuatro elegantes trajes: dos de ellos, estilo princesa, propios para reuniones; otro, para desposadas, y el cuarto, para baile. En ocasiones anteriores hemos dicho que el estilo "princesa" ó "reforma" se usa mucho en las ciudades europeas y que su moda no se ha extendido de igual manera en nuestro país. Sin embargo, como numerosas damas elegantes de nuestra sociedad cuentan en su vestuario con trajes "princesa", creemos que quedarán complacidas con los figurines de nuestro grabado, que se ajustan en todo á los más rigurosos principios de la elegancia y buen tono. El traje de desposada, también de estilo "reforma ó "princes a", se confecciona con fina piel de seda, adornándose con punto de Alençon y llevando, á guisa de aplicaciones, los simbólicos ramos



de azahar. El cuello es un hermoso "reflector" de encaje; las mangas, cortas, complétanse con encaje; el velo, cuyas dimensiones no deben ser exageradas, se prende graciosamente y sin ajustarlo con prendedores en el traje; se deja suelto de manera que caiga con su mayor vuelo. Finalmente, el traje de baile, para señoras, confecciónase también según los patrones "reforma", que en este caso no carecen de originalidad, pues como fácilmente puede verse, el traje consta de tres cuerpos, á manera de sobrefaldas de diversas dimensiones. Por adornos lleva únicamente pliegues y cuello-hombreras—escotado—de encaje de Inglaterra. El conjunto del traje es encantador.

ESPERANZA.

MIS PASEOS

Cual el sol traspasa
los últimos cerros
y envuelve los campos
en abrazo estrecho,
al darles sus rayos
el adiós postrero,
sin más compañía
que mis pensamientos,
tomo el caminico
que me lleva recto
donde están mis ansias,
donde están mis sueños
....

A orillas del río,
cercada de almendros,
está una casica
y en ella mi cielo;
la gentil pastora
de cabellos negros,
la de labios rojos,
la del alto seno.

Y aunque son baldíos
todos mis anhelos,
pues jamás de verla
la ventura tengo,
yo todos los días
repito el paseo
cuando el sol traspasa
los últimos cerros,
por si consiguiera,
de cerca ó de lejos,
ver á la pastora
de cabellos negros,
la de labios rojos,
la del alto seno.

J. ASENSIO ALFDO.



3.—Trajes de lana para la estación y saco abrigo de invierno.

Ofélidas

De engañarme no trates:
de nuevo intentas á tus pies rendirme...
Sé que vendrás á herirme,
pero vuelve otra vez, aunque me mates!

No quieras pronto saber
lo que es tu hermoso ignorar,
encanto de mi existir;
si en el mundo, todo ser,
cuando empieza á investigar,
es cuando empieza á sufrir.

Con mis regalos tu beldad destella,
y sin pensarlo infiérome una herida:
yo soy la piedra de afilar, querida,
que hace al hierro cortar sin cortar ella.

Como en el amor, existe
humo y luz en todo fuego:
¡qué asfixiante es tu humareda
y qué abrasador mi incendio!

Este consejo mío no descuides,
consolador y sabio á todas vistas:
«tu destino es amar mientras existas;
si no puedes amar, muere, no olvides.»

Serás otra más, no temo;
nada me asusta tratarte:
que pierde el sepulturero
el horror á los cadáveres.



No te cansas nunca, ¡oh muerte!
y sin plazo ni medida,
siempre vieja y siempre fuerte,
vencerás sobre la vida

Tu cariño ligero,
cual hoja de rosal, pronto se arruina,
y el mío es duradero
como la hoja perenne de la encina.

Quiéreme, y verás de fijo
que el ardor con que te adoro
dará brillo á ese tesoro,
porque, como Tirso dijo,
«sin luz no reluce el oro.»

Clavel que te columpias satisfecho,
flor, tú no has vivido,
porque no has conocido
la gloria de morir sobre su pecho.

Porque fueras dichosa, luz de mi alma,
te ofreciera con júbilo, en seguida,
lo que no llego á conseguir: la calma,
bien mayor que el que tengo ya: la vida

MANUEL S. PICHARDO.



Princesita del Hogar

Yo soy una princesita
de un encantado reino;
mi séquito es de flores,
mi corona es de besos.

Son mis leyes mis mimos,
papá y mamá mis siervos,
un regazo mi trono,
mi muñeca mi cetro.

Y son mis regias joyas
estos dos ojos negros,
negros como la noche
y hermosos como el cielo.

Bien cuidada estoy siempre,
pues á mi lado tengo
un pajecito alado
muy dulce y muy risueño.

¡Es mi ángel! Me custodia
de día, cuando juego,
y con sus alas cúbreme
de noche, cuando duermo.

Me cuenta cosas bellas
de nuestra patria, el cielo;
cuando yo canto, canta,
y reza cuando rezo.

Al jardín va conmigo;
él conduce mi cesto
y á ponerlo me ayuda
de lindas flores lleno.

Me corona de rosas
y me colma de besos:
con él estoy contenta,
con él no tengo miedo.

Es paje misterioso
que tan sólo yo veo
con los ojos de mi alma
y con mi pensamiento.

Mas no soy egoísta,
y digo mi secreto
del hermoso ángel rubio
que de custodio tengo.

¿No lo veis? Aquí cerca
me acompaña risueño,
y me dice os envíe
con los dedos.... un beso!

ROMÁN MAYORGA RIBAS.



EL SUSPIRO

En un ser entristecido,
un suspiro es la expresión
de un algo que se ha perdido;

Es una revelación
de un sufrimiento causado
por alguna decepción.

Es un gemido escapado
de un corazón dolorido;
grito de dolor, ahogado,
que sale de un pecho herido.



AVES SIN NIDO

Yo quise alzar un canto
para los pobres niños
que cruzan por la tierra
sedientos de cariños,
sin nombre, sin amparo,
sin padres, sin hogar!

Yo quise hacer un libro
para las flores mustias
que nacen entre duelos
y viven entre angustias
sin que una voz amiga
consuele su pesar!

Yo quise en mis endechas



llorar con los que lloran,
sufrir con los que sufren,
rezar con los que imploran,
y, como buen hermano,
sintiendo su dolor,

Gemir con los que gimen,
ansiar con los que anhelan
y hacer, para las aves
que por el mundo vuelan,
un nido con mis versos,
un trono con mi amor!

Si al terminar mi libro
—como el dolor, doliente,—
ponéis piadoso beso
en la marchita frente
del huerfanillo triste
que por el mundo va,
mi gozo será el gozo
de un pecho agradecido,
porque las pobres aves
que conocí sin nido,
en vuestras nobles almas
su nido tienen ya!....

M. R. BLANCO BELMONTE.



4.—Trajes de concierto, visita y teatro y paletó para jóvenes de 16 años.



PIC

¡Desgraciado! Al verlo era cosa de preguntarse si la Naturaleza no había abusado de su fantasía y no se había permitido una fumada de mal gusto al hacerle don de la vida. El día en que ella había ejecutado esa obra de que voy á tener el honor de hablaros, estaba sin duda en uno de sus instantes de buen humor, pero no de caridad, pues hubiera dejado dormir en la nada á ese fragmento de materia, en vez de animarlo con su soplo y transformarlo en una desgraciada nulidad viviente.

No contentándose su padre con haber contribuído á su entrada en el mundo, y pareciéndole tal vez pequeña la responsabilidad asumida, volvió á dar pruebas de su total ausencia de sentido común, al propinar á su vástago infeliz el nombre aún más infeliz de «Pic».

Como los nombres tienen, según mi opinión, influencia considerable sobre nuestro carácter, debería dejársenos la facultad de elegirlos á nuestro antojo. ¿Qué cosa buena puede hacer, os lo pregunto, una doña Sinforosa ó un don Cunegundo? ¿Quién no se vuelve imbécil al oír continuamente esas sílabas antiarmónicas? Hasta los doce años debería llamársenos, según los gustos: «el chico, el muchacho, el niño», y á esa edad se nos preguntaría: «¿Cómo quieres que te llamemos?»

***

El joven Pic siguió la ley común, y su personita era de por sí bastante desgraciada para que se le agregara todavía ese nombre falto de gracia.

Cuando la nodriza y el padre se inclinaron sobre su cuna, pensaron ambos: «¡Dios mío, y qué feo es!» y lo era.

***

La fealdad no se atenuó con el tiempo, como es común, sino que creció y se perfeccionó. Era una hermosa fealdad, una fealdad completa, una obra maestra de fealdad, una fealdad absolutamente espléndida en su género.

Pero no era eso todo.

Pic era horriblemente desgraciado; conocía su ignominia física y sufría tanto más cuanto menos se le compadecía. La vista de ese desheredado no inspiraba piedad, sino irresistible alegría.

La gente estallaba en carcajadas cuando él pasaba; no era «el hombre que ríe», sino «el hombre que hace reír». Su boca, cortada á guisa de largo y delgado tajo de navaja, tenía en su comisura un eterno pliegue doloroso, mientras infundía júbilo á su prójimo implacable.

Sin embargo, el amor á la existencia está de tal modo arraigado en nuestra alma, que hasta los martirizados por ella se le aferran desesperadamente y esperan, contra toda probabilidad, un aplacamiento que nunca les brinda. Como tantos otros, se figuraba que sobre las espinas de su camino, algún día crecería alguna flor.

Su ideal era un poco de tierno afecto, alguna palabra acariciadora, pronunciada por labios femeninos. ¡Sí, Dios mío! Esas son las ironías de la vida. Ese joven de quien todos se apartaban con sarcástico horror, esa pobre planta que el viento abrasador de las burlas crueles había secado, deseaba refrescar su existencia en las gotas de rocío del amor.



5.—Trajecitos infantiles.

Una noche, al atravesar la plaza de la Concordia, de vuelta al hogar paterno, se vió sorprendido por una espesa niebla. En la plaza los escasos transeúntes tenían mucho trabajo para seguir el rumbo en esa atmósfera opaca, y Pic, desorientado, buscaba el puente de la Concordia y acababa de pasar por su lado sin notarlo. En ese momento, una forma envuelta en brumas lo rozó en la obscuridad.

—No se ve nada, dijo al mismo tiempo una voz femenina, creo que me he perdido.

—Lo mismo me sucede, dijo Pic; no puedo dar con el puente, voy á dar la vuelta de la plaza.

Caminaron al lado uno de otro, y la joven dijo de repente:

—¿Es usted soltero?

—A mí nadie me ama, suspiró Pic.

—A mí tampoco.

Y quedaron un rato sin hablar. Ese silencio equivalía á una mutua interrogación que no se atrevían á expresar. Sin embargo, se habían adivinado.

—Qué triste cosa es ser feo! dijo Pic.

—¡Ay! ¿Y á quién se lo cuenta usted? exclamó ella con convicción.

Pic presintió un alma buena que lo comprendería y se mostró confiado, contra su costumbre.

—Todos se burlan de mí. No soy feliz por cierto. Si no fuera por mi padre...

No prosiguió, pero con un gesto indeciso indicó el río escondido por allí cerca entre la bruma.

¡Y eso que tiene usted la felicidad de tener parientes! Para mí es peor Yo soy sola...

Se habían detenido y permanecían frente el uno del otro, sin verse; pero su compasión recíproca penetraba en sus almas desconsoladas, como un bálsamo suave y desconocido.

—Tal vez si usted quisiera, dijo Pic, podría no estar más sola. A veces sucede que sin ser lindos, algunos se comprenden y luego con el tiempo viene la amistad. Siendo dos, se soporta más facilmente la vida... Mi padre no se opondría seguramente...

Ella se detuvo estupefacta. Nunca hubiera creído que pudiese dirigírsele un pedido de casamiento.

Pero tuvo inmediatamente una lastimosa sonrisa en la obscuridad.

—¡Oh! dijo balbuceando, soy demasiado fea y usted nunca pensaría en pedirme.

—¡Ay pobre amiga, si usted me viera, dijo Pic.

Se iban acercando á la Rue Royale y la luz de un foco eléctrico atravesó de repente las tinieblas. Sus corazones latieron y cada uno temió que la fealdad desconcertara el matrimonio incipiente.

—Debe de ser menos fea que yo, pensaba Pic.

—No puede ser tan horrible como yo, se decía ella.

Sin embargo, tuvieron el valor de mirarse, se contemplaron un instante y después se sonrieron con olímpica gravedad.

Ocho días después, fué bendecida la union de los dos novios más feos que existían sobre la tierra, pero nunca hubo esposos más felices, en compensación de lo mucho que la naturaleza los había hecho sufrir.

L. García de Larnage.



LAS DOS POSADAS

Regresaba yo de Nimes, una tarde de julio. Hacía un calor aplastante. Hasta donde alcanzaba la vista, el blanco camino abrasado se extendía lleno de polvo por entre huertos de olivos y encinas chaparras, bajo un ancho sol de plata mate que bañaba de luz todo el cielo.

Ni una mancha de sombra, ni un soplo de viento. Nada más que la vibración del aire cálido y el estridente cantar de las cigarras, música loca, ensordecedora, de compás precipitado, que parecía la sonoridad misma de la inmensa vibración luminosa....... Dos horas llevaba caminando en pleno desierto, cuando de pronto destacóse ante mí, entre el polvo del camino, un grupo de casas blancas. Era el llamado relevo de San Vicente. Cinco ó seis «masias», largos edificios con techumbre roja, un abrevadero sin agua, entre un ramillete de higueras raquíticas, y, al final de todo, dos grandes posadas frente por frente, á uno y otro lado de la carretera.

La proximidad de esas posadas tenía algo de chocante. A un lado, un gran edificio nuevo, lleno de vida y animación, con todas las puertas de par en par, la diligencia parada delante, desenganchando los caballos que echaban humo, los viajeros pie á tierra, bebiendo á toda prisa al amparo de la estrecha sombra de las paredes; el patio atestado de mulas y carretas; carreteros tumbados bajo los cobertizos, esperando «la fresca». Dentro, gritos, juramentos, puñetazos en las mesas, choque de vasos, estrépito de billares, tapones de limonada que saltaban; y, dominando todo ese tumulto, una voz alegre, estruendosa, que cantaba hasta hacer temblar los vidrios:

«Levántase á la aurora
La bella Margotón;
Con cántaro de plata
Por agua se marchó....»

La posada de enfrente, por el contrario, estaba en silencio y como abandonada. Hierba en el zaguán, postigos rotos, en la puerta una rama de acebo seca colgando como un penacho viejo, los escalones del umbral apuntalados con piedras del camino.... Todo ello tan pobre y lastimero, que, verdaderamente, era obra de caridad pararse allí á echar un trago.

Al entrar, encontré una larga sala desierta y tétrica, más tétrica y desierta aún por la deslumbradora claridad de tres grandes ventanas sin cortinas. Algunas mesas cojas donde había vasos tirados y deslucidos por el polvo, una rota mesa de billar que tenía sus cuatro troneras como artesas, un diván amarillo, un mostrador viejo, dormían allí entre un calor malsano y pesado. Pues, ¡y moscas! ¿Moscas? En mi vida he visto tantas: en el techo, pegadas á los vidrios, en los vasos, por enjambres.... Al abrir la puerta, hubo un zumbar, un batir de alas, como si entrase en una colmena.

En el fondo de la sala, en el marco de una ventana, había una mujer de pie ante los vidrios, ocupadísima en mirar afuera. La llamé dos veces:

—¡Eh, patrona!

Volvió la cabeza con lentitud y me permitió ver una pobre cara de campesina, rugosa, terrosa, agrietada, con una papalina larga de encaje rojizo, como las gastan entre nosotros las ancianas. Sin embargo, no era vieja; pero las lágrimas lo habían marchitado todo.

—¿Qué se le ofrece á usted?—me preguntó enjugándose los ojos.

—Sentarme un momento y beber cualquier cosa....

Mirábame muy absorta, sin moverse de su sitio, como si no comprendiera.

—¿No es una posada esto?

La mujer suspiró, contestando:

—Sí, señor.... es una posada, si usted no lo toma á mal..... Pero ¿por qué no va usted ahí enfrente, como los demás? Es mucho más alegre....

—Demasiado alegre para mí.... Prefiero permanecer en el establecimiento de usted.

Y sin aguardar su respuesta, me instalé delante de una mesa.

Cuando estuvo bien segura de que hablaba con formalidad, la mesonera se puso á ir y venir con aire muy ocupado, abriendo cajones, removiendo botellas, enjugando vasos, quitando las moscas.... Comprendíase que era todo un acontecimiento el tener un viajero á quien servir. A veces se paraba la infeliz, echándose las manos á la cabeza como si desesperase de poder cumplir.

Luego pasaba á la pieza del fondo; oíala yo mover grandes llaves, dar vueltas á las cerraduras, registrar en el arca del pan, soplar, limpiar con los zorros, lavar los platos. De vez en cuando, un hondo suspiro, un sollozo ahogado....

Después de un cuarto de hora de ese trajín, me puso delante un plato con uvas pasas, un pan viejo de Beaucaire, más duro que la piedra, y una botella de ese vinillo ínfimo que se llama aguapié.

—Está usted servido—dijo la extraña criatura; y volvió á tomar á escape su sitio detrás de la ventana.

***

Mientras bebía, pretendí hacerla hablar.

—Aquí no viene mucha concurrencia, ¿no es así, buena mujer?

—¡Oh! No, señor; nunca entra un alma.... Cuando éramos solos en la comarca, era diferente: teníamos el relevo de caballos, comidas de caza durante el tiempo de las aves marinas, carros todo el año... Pero desde que han venido á establecerse los vecinos, lo hemos perdido todo... A la gente le gusta más ir enfrente. Nuestra casa la encuentran demasiado triste..... El hecho es que el establecimiento no es muy agradable. Yo no soy guapa, tengo tercianas, mis dos hijas han muerto... Ahí enfrente es muy distinto: siempre hay risa. Una arlesiana es quien sostiene la posada, una mujer guapetona, con encajes y cadena de oro de tres vueltas al cuello. El mayoral, que es amante suyo, le trae la diligencia. Además, cuenta con un montón de pindongas por camareras.... ¡Así tiene de parroquianos! Tiene por suya toda la juventud de Bezonces, de Redessán, de Jonquières. Los ordinarios dan un rodeo por parar en su casa.... Y yo me estoy aquí todo el santo día consumiéndome sin nadie.

Decía todo esto con voz distraída, con indiferencia, con la frente siempre apoyada en los vidrios. Era claro que algo la preocupaba en la otra posada.

De pronto, hubo un gran movimiento al otro lado de la carretera. La diligencia se zangoloteaba entre el polvo. Oíanse latigazos, toques del cuerno del zagal, y las mozas de la posada asomadas en la puerta, gritando:

—«¡Adinsias, adinsias!» (Adiós, adiós).

Y por encima de todo sobresalía el vozarrón de antes, cantando á más y mejor:

«Con cántaro de plata
Por agua se marchó;
Tres caballeros llegan,
Con lanza y con trotón....»

Al oír aquella voz, la posadera tembló con todo su cuerpo; y dirigiéndose hacia mí, me dijo en voz baja:

—¿Oye usted? Es mi marido.... ¿No es verdad que canta bien?

La miré atónito.

—¿Cómo? ¡Su marido de usted!.., ¿De modo que también él va ahí enfrente?

Entonces ella, con aire lastimero, mas con una gran dulzura, me contestó:

—¿Qué quiere usted, señor? Los hombres son así, no les gusta ver llorar; y yo lloro de continuo desde la muerte de las niñas..... Luego, ¡es tan triste esta gran barraca donde nunca hay nadie!... Cuando se aburre demasiado, mi pobre José marcha enfrente á beber; y como tiene buena voz, la arlesiana le hace cantar. ¡Silencio!... Ahora vuelve á empezar.

Y temblorosa, con las manos extendidas y derramando unos lagrimones que la hacían parecer aún más fea, estaba allí como en éxtasis, delante de la ventana, oyendo cómo su José cantaba para la arlesiana:

«La saluda el primero:
¡Buenos días, mi amor!»

ALFONSO DAUDET.



6.—Trajecitos infantiles para paseo.

CANTARES

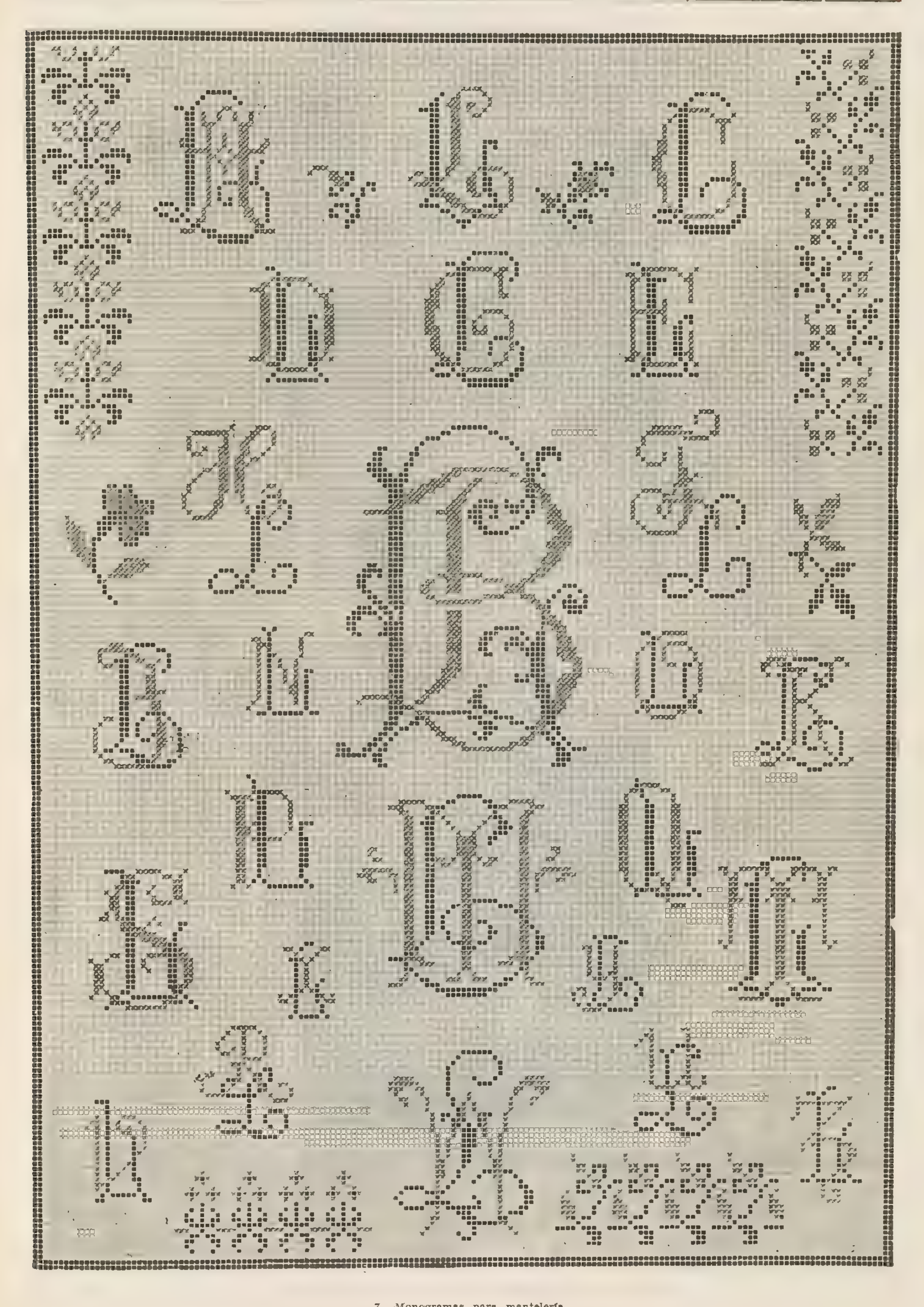
Me dicen que eres perversa,
ingrata, inhumana y cruel,
que vives dentro del lodo,
y aun así, yo te querré.

He sufrido el desengaño
de que al gozar tu cariño,
viera que es pequeño el tuyo
comparado con el mío.

Con toda el alma suplico
para el día en que me muera,
que pisen sólo mi tumba
los que de verdad me quieran.

Llevo en el alma grabada
la imagen que yo venero,
por ser la que más adoro
y la que en mis sueños beso.

ESTEBAN FONCUEVA.



7.—Monogramas para mantelería.

Recetas útiles

AGUA DE CORTEZA DE NUEZ

Cójanse nueces verdes, con su corteza, en cantidad de 100 á 150, según su magnitud, machaquense bien y añádase:

Alcohol de 85 grados...10 litros.
Clavo ....15 flores.
Canela..... ....15 gramos.
Macías.................. 2 ,,

Después de un mes de maceración, trasiéguese y añádase:

Azúcar........4 kgs., 250 gr.
Agua para disolver el azúcar.1 ½ litros.

Déjese reposar y fíltrese. Este licor es tónico y un poco astringente, y adquiere muy buena calidad con el tiempo.

Su calidad se aumenta á voluntad, añadiendo alcohol ó aguardiente, azúcar y agua, y también se pueden variar los aromas como se quiera.

AGUA O RATAFIA DE FRUTAS CON HUESO

Tómese cierta cantidad de albérchigos, albericoques, ciruelas ú otras frutas; machaquense de manera que se forme una pasta con la pulpa y los huesos; añádase por cada litro de pasta un litro de aguardiente; déjese macerar por espacio de un mes, trasiéguese, exprímase el orujo, añádase el azúcar en la proporción de 375 gramos (ó 12 onzas) por cada litro de líquido obtenido, déjese clarificar ó fíltrese.

AGUA DE HUESOS DE ALBERICOQUES

Huesos de albaricoque..125 gramos.
Aguardiente .... 1 litro.
Azúcar ....625 gramos.
Agua para disolver el azúcar .... ½ litro.

Machaquense los huesos de albericoque todo lo posible, y póngase á macerar la pasta en el aguardiente por espacio de uno ó dos meses; trasiéguese, añádase el azúcar disuelto en el agua, y déjese clarificar ó fíltrese.

Pueden prepararse de la misma manera:

Las aguas de huesos de melocotón.

Las aguas de huesos de ciruelas.

Las aguas de huesos de cerezas y otras.

Hemos observado por experiencia que, empleando sólo las cáscaras de los huesos, reducidas á polvo fino, y dejándolas largo tiempo en maceración en el aguardiente, se obtiene en seguida, con ayuda del azúcar, un licor que aventaja en finura al que se fabrica con la pepita, y aun con la fruta entera, puesta en maceración, y podemos añadir que cada uno de estos licores, hechos así, adquieren una finura y un aroma particular á cada uno de ellos. El licor sacado del hueso de cereza negra, tiene la propiedad particular de adquirir con el tiempo el sabor del marrasquino.

LICOR DE NARANJA

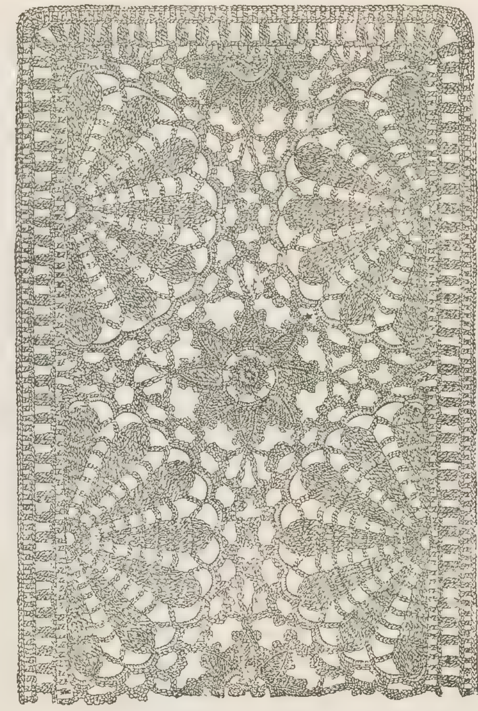
Naranjas escogidas...... .8
Alcohol de 85 grados . ...4 litros.
Azúcar........2 kilogramos, 250 gr.
Agua.....,....3 litros.

Ningún aroma, ó á lo más una cantidad mínima del que se prefiera, pues la naranja es ya bastante aromática por sí misma.

Piquense las naranjas con un alfiler grueso, y pónganse á macerar en alcohol de 85 grados; después de un mes ó más, añádase el azúcar disuelto en el agua; déjese combinar el conjunto el tiempo que se quiera, y fíltrese si hay necesidad.

LICOR DE CORTEZA DE NARANJAS DULCES

Tómense cortezas de naranjas frescas y finas, en la cantidad que se quiera; sepárese la parte amarilla solamente y póngase á macerar en alcohol de 85 grados, en la proporción de 125 gramos por cada 2 litros de este último; trasiéguese al cabo de ocho días ó un mes, añádase un kilogramo y medio de azúcar disuelto en 2 litros de agua, y fíltrese.



8.—Modelo de tejido al gancho-crochet.

También puede hacerse, en términos del arte, un oleosácaro, frotando ó raspando toda la parte amarilla exterior de las naranjas con pedazos de azúcar. Pronto se forma una pasta muy amarilla, que se adhiere al azúcar y que se desprende con ayuda de un cuchillo; de este modo se continúa la operación, añadiendo azúcar pulverizado al que forma pasta. El aceite esencial contenido en la corteza se hace soluble, por la presencia del azúcar en el agua y el alcohol reunidos; y por lo tanto, para hacer el licor, basta emplear las proporciones indicadas de las tres cosas, clarificando después como se ha dicho repetidas veces.

Aunque es muy bueno este procedimiento, porque produce un licor que tiene todo el aroma de la naranja sin amargor ninguno, sin embargo, es preferible el primer medio, por cuanto su ejecución es menos minuciosa, y porque, además, el licor obtenido por el segundo, pierde con el tiempo algo de su transparencia.

Jamás seré rencoroso,
aunque me rasguen el alma;
siempre mi pecho concede
perdón á los que le dañan.

EL TESTAMENTO
Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

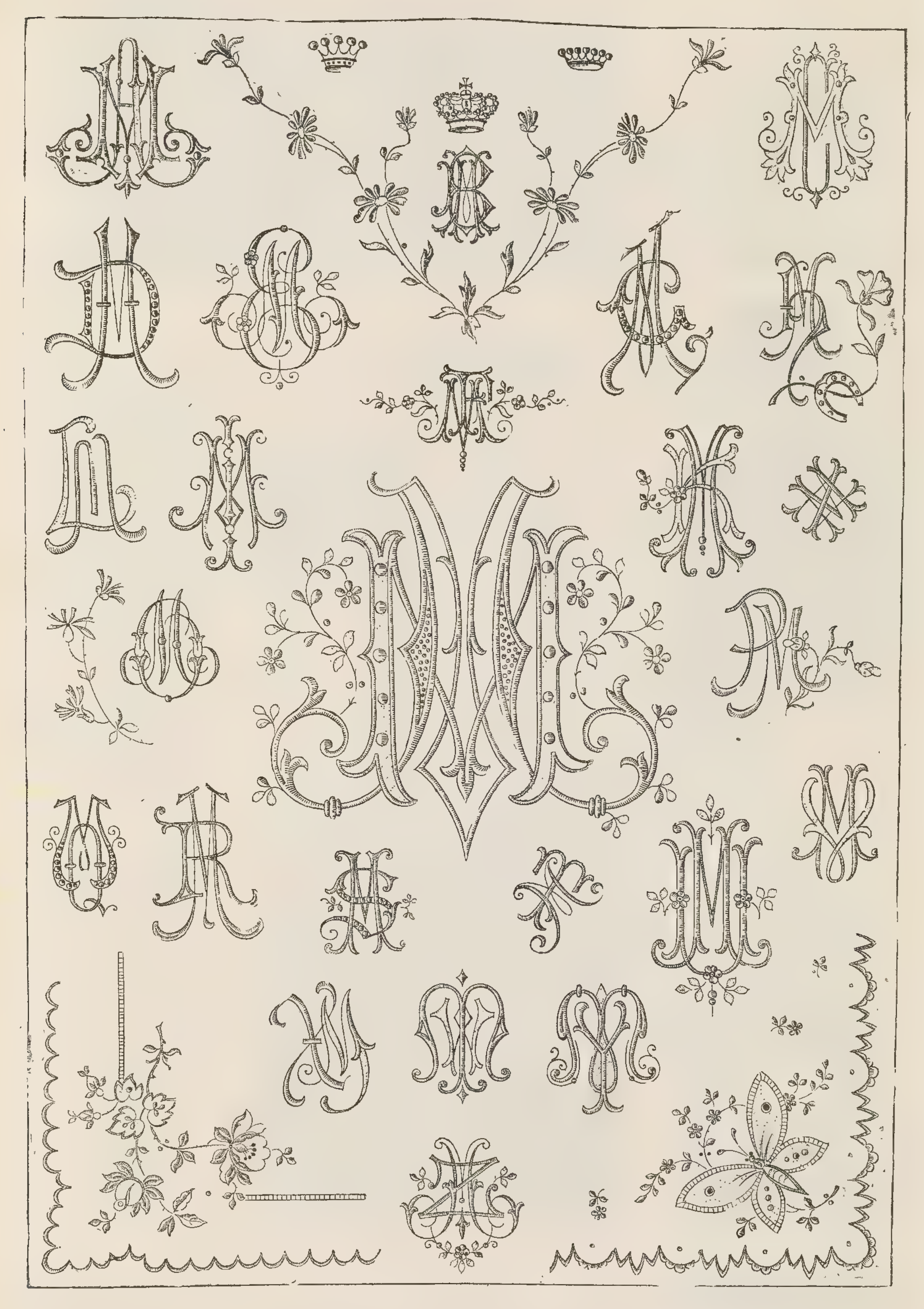
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua", Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro en una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



7.—Monogramas para mantelería

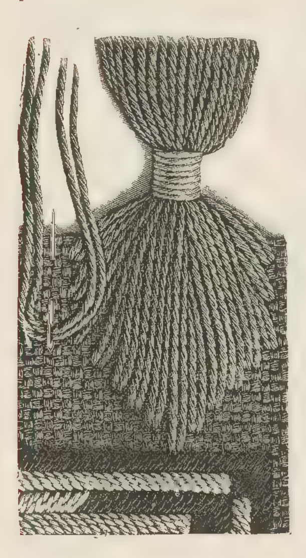
GILDA!

No ha mucho que la ví; se sonreía,
triunfadora y radiante de belleza,
cuando le dije yo que el sol prendía
en su griega y artística cabeza....

Flor de gracia, de encanto y galanura,
impregnada de tenue y grato aroma,
su cuerpo semejaba una escultura,
y su cuello era un cuello de paloma.

Blanca, de una blancura irresistible
que hasta la nieve le causara enojos,
brillaban con su luz inextinguible
dos astros, en el cielo de sus ojos.

Una noche en que triste ó delirante,
me abismaba en el mar de mis ensueños,
la vi pasar, como visión errante,
por el divino alcázar de los sueños....



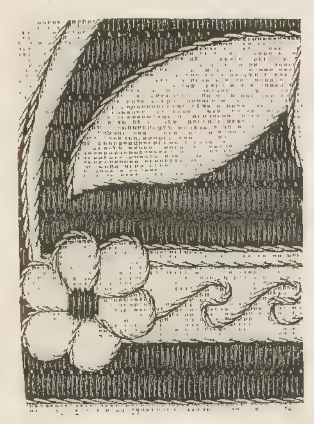
Las fúlgidas estrellas...... sorprendidas
al verla, se inclinaban reverentes,
como ante las imágenes queridas
los misteriosos pálidos creyentes.

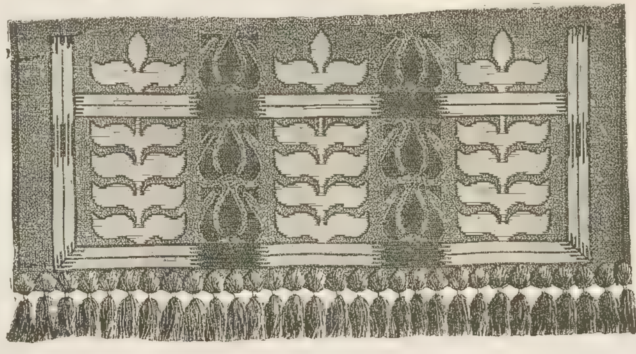
Las aves entonaban dulces cantos,
al mirarla cruzar mórbida y leda,
la aurora le prestaba sus encantos,
sus murmullos la idílica arboleda....

....
....

Murió como una flor entristecida
que dobla su corola al vendaval,
y fué su dulce vida
pura esencia cuajada en el cristal.

En el fastoso ataúd
reposaba entre las flores,
dormida como el laúd
de los viejos trovadores.





8.—Nuevos modelos de tejidos y bordados

Vestida de blanco estaba,
la mano de reina inerte,
y en su faz se dibujaba
la palidez de la muerte.

¡Trece abriles! ¡Oh delirio!
El beso de la enlutada
heló su frente de lirio
envidia de la alborada.

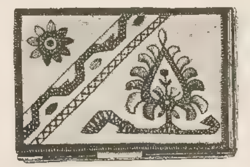
en la dulce primavera
de la mañana radiosa,
cayó triste en la pradera
como un pétalo de rosa.

Sintió nostalgias del cielo
la preciosa niña-ángel,
y protegida en su vuelo
por el ala de un arcángel,

subió á la región lejana
que negruzca sombra envuelve,
donde la materia humana
en átomos se disuelve....

De un ciprés verde y añoso
la niña duerme á la sombra:
sobre su lecho, amoroso
extiende el musgo su alfombra;

en la cruz el aire mece
campánulas de colores,
y una plegaria parece
que murmura entre las flores..
Por la tumba en rondas suaves
húmeda y recién movida,
pasan cantando las aves
una endecha no aprendida.



La niña de ojos azules
y dorada cabellera,
envuelta en ligeros tules
duerme la noche postrera:

¡la niña de ojos azules
y dorada cabellera....!

José M. Carbonel.



Se ofendió porque la dije:
tú no tienes corazón,
porque si no, pagarías
la inmensidad de mi amor.

EL TESTAMENTO
Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua", Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro en una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



Carta de una Parisiense

El té de las cinco en casa de una señora de posicion sencilla. Los sombreros. El peinado.

Se usa tanto servir un té en el día señalado para recepción, que todas las señoras, hasta las que no disfrutan de gran renta y que se ven obligadas á cuidar mucho el gasto, consideran imprescindible ofrecer algunos refrescos á sus visitas.

Falta saber cómo arreglarse para que este ligero lujo no sea ni demasiado costoso ni molesto en exceso.

He aquí á este respecto algunos consejos que mi experiencia me permite daros:

Admitamos que no tengáis sino una doméstica para todo servicio. Es preciso entonces arreglar las cosas de antemano.

La víspera del día en que recibáis, se desocupará el salón; la víspera también, cuidaréis de tener un plato bastante fuerte, que os permita reservar los restos para el almuerzo. Rodeando este fiambre de huevos y legumbres calientes, el marido no puede quejarse, y dais así á vuestra sirvienta mayor tiempo para preparar pasteles en caso necesario.

Tan pronto como ha servido el almuerzo y ella misma ha almorzado, la sirvienta lava la poca vajilla del almuerzo, mientras la señora en persona ayuda al trabajo poniendo el comedor en orden; se viste la sirvienta para estar dispuesta de antemano con el fin de abrir la puerta, aun antes de que la señora haya concluído de arreglarse.

Podéis, pues, excusaros por hacer esperar algunos instantes á la primera visita que llegue; pero la casa debe estar preparada é irreprochable, lo mismo que la sirvienta. Es, pues, prudente estar bajo las armas desde temprano.

El traje de la sirvienta tiene su importancia. Sienta muy bien á una joven esbelta el delantal blanco con pechera y hombrera; pero para una mujer gruesa y de cierta edad, conviene el sencillo delantal de percal fino, muy blanco, recientemente planchado, con voladitos, sin guipur ni festón.

La falda negra será lo mejor, con la blusa en armonía, y algo blanco y muy limpio en el cuello; nada de joyas falsas extraordinarias ni corbata de color.

Ese día, como apenas debe salir de la antesala, no debéis darle mucho trabajo de cocina. No encarguéis para la comida sino platos hechos á última hora y, sobre todo, que no despidan mal olor en la habitación.

El puchero, por ejemplo, es una de las cosas que huelen peor. El pollo asado se escogería mejor.

Avisad de antemano á la sirvienta que encienda las lámparas cuando llegue la noche.

Cerca del marco de la puerta que da al comedor, si queréis, como para poder moveros fácilmente si no tenéis á nadie para ayudaros, colocáis la mesa de té; á menos que os sea más cómodo organizar el té sobre la misma mesa del comedor, á cuyo alrededor se agruparán las amigas.

¿Qué debe ofrecerse en cuestión de golosinas que no sea ó costoso ó mísero? Cosas muy sencillas, pero muy frescas y en gran cantidad.

Un «pluncake», por ejemplo, hecho la víspera, galletitas, pastelitos secos, que se conservan varios días.

Con una gran torta cortada en rebanadas, un plato de esas masitas secas, podéis disponer también «tartines» de pan de centeno, con manteca, que prepararéis de antemano; les gustan á muchas personas, son poco costosos y podéis servirlos en abundancia, porque, si quedan, servirán para el almuerzo del día siguiente, sea por la mañana, con el chocolate, sea á medio día, con jamón ahumado.

No se necesita que el té sea de 6 francos libra, si lo hacéis con cuidado y, sobre todo, si os cuidáis de darlo muy caliente, y para que esté así mucho tiempo, es indispensable tener siempre agua verdaderamente hirviendo al alcance y aseguraros de ella en persona, porque, á menos de ser chino, el sirviente más refinado no entiende nada; no se bebe té realmente caliente sino en las casas donde la señora lo vigila ella misma.

Si no empleáis la tetera de que usáis diariamente, tened cuidado de que no quede té viejo ni se note ningún olor de humedad. La mayoría de las teteras vistosas que adornan las mesas de té, tienen desgraciadamente ese gusto. Podéis agregar en la mesa toda clase de golosinas imprevistas, si llega la ocasión: dulce de casa, mandarinas, dátiles,



1.—Trajes de paseo, última moda.

higos recibidos de los países donde maduran.

Hay ahora afición á tomar una porción de cosas que impiden comer; por eso la última golosina en moda, y que se encuentra en todas las mesas de té, son almendras tostadas, que se toman durante la conversación.

Todo esto es pretexto para servilletitas, platitos y todas esas monadas fútiles y encantadoras que causan placer á las señoritas.... y á las señoras de edad.

No olvidéis prepararos un lindo «losy», es decir, una bolsita acolchada con que se cubre la tetera para mantener caliente el té.

De este modo el té no necesita ser racalentado con la adición de agua hirviendo, cuando se echa en la taza.

La provisión de flores para adornar el salón, es también bastante difícil, porque, en invierno sobre todo, son raras y costosas.

Pero no hay necesidad de esparcirlas en profusión, y además, se pueden también dejar las más caras.

Entre nosotros, las violetas son bastante baratas: con uno ó dos ramos de esas flores olorosas que se suelten, dos ó tres claveles y una rosa, tenéis con qué llenar un jarroncito, sobre la mesa, y esta sencilla nota de flores frescas es suficiente.

El tocado de la señora que recibe puede ser tan sencillo como se quiera, con tal que no sea el que le sirve para hacer visitas.

Adornaos lo mejor posible, pero siempre sencillamente. Si tenéis una posición sencilla, ¿á qué arrojar pólvora á los ojos?

Todas vuestras amigas saben á qué atenerse más ó menos respecto á vuestra fortuna, y no engañaréis á nadie poniéndoos un traje demasiado elegante.

Vestid traje claro si queréis, pero que esté en armonía con lo que os



2.—Trajes, abrigos y capotas de invierno.

rodea, sin demasiadas fruslerías. exageradas en una posición en que antes de ser elegante, debéis ser práctica. Por lo demás, lo uno no excluye lo otro.

Sin ruborizaros, podéis confesar que no tenéis sino una sola sirvienta, declarar que habéis hecho los dulces con vuestras manos, si, conservando la desenvoltura usual, se aceptan francamente esas naturales consecuencias de una posición de fortuna de que no hay por qué excusarse.

Y aun cuando vengan millonarias á vuestra casa, en esas circunstancias, veréis que ni ellas ni vosotras conoceréis diferencia, siendo vuestra educación la misma que la suya, si con sencillez y amabilidad les dais á comprender vuestro género de vida tal como es, sin excusas de que ellas estarían cohibidas, sin supercherías mezquinas... y completamente inútiles.

***

¿Queréis un resumen de algo muy importante en materia de sombreros para la próxima primavera?

Os daré ideas que podréis ensayar en fieltro ó en terciopelo. Pero la forma, en todo caso, puede quedar la misma.

A primera vista, los sombreros no difieren mucho de los del año pasado. Pero si después de guardado en la caja un sombrero de la primavera última, os proponéis usarlo tal como está y sin más sobre la cabeza, preparaos á un desengaño, porque habrá pasado de moda.

Y por muy poca cosa: Un detalle de forma, de guarnición, que el año pasado indicaba solamente una tendencia naciente, se ha afirmado después amplificándose.

O bien, es al contrario: el éxito lo ha vulgarizado y hecho insoportable.

El mismo peinado, los cabellos, son los que insensiblemente han sufrido alguna transformación: el rodete algo más bajo ó más alto, ¿qué se yo?

Así, pues, por muy adornado que esté el sombrero y se haya usado poco, es indispensable ponerlo en la corriente del día, y esto podéis hacerlo vosotras mismas.

Pero no sé si en vuestro país hay la manía, como en el nuestro, de hacerse sombreros por sí mismas.

Nunca se ha visto tantas señoras hacerse sus sombreros. Hasta se han organizado lecciones de hechuras de sombreros, que dan lugar á reuniones encantadoras de señoras jóvenes y señoritas que aprenden de una modista á confeccionar esas capotas y capelinas que se compran tan caras en las casas de fama.

Os decía, pues, que los sombreros de este año no tienen nada de nuevo, según parece: la forma ó más bien la silueta de las formas parece casi la misma, con algo plano que no tenían las antiguas.

Las capelinas son muy elegantes con su ala muy ancha, que avanza, apoyándose detrás sobre el rodete. Su guarnición está hecha con un sencillo arrollado de esa gasa bordada y, sobre todo, de guirnaldas de rosas puestas con regularidad unas al lado de otras, ampliamente abiertas y tan planas que sus pétalos no parecen formar relieves.

He aquí un primoroso sombrero: La capelina toda de crin negra finamente trenzada; una guirnalda formada de ramitos de botones de rosas musgosas, se mezcla alrededor del abullonado de raso azul turquí. Nada más juvenil y fresco que ese sombrero.

Para los sombreros corrientes, grandes tocas planas adornadas sencillamente con «choux de cintas y plumas costosas, ó lo que se ha puesto en moda por Réjame, con una paloma blanca recostada en el borde del sombrero.

La forma más nueva es el sombrerito género tricornio, pero sin tener más que dos cuernos de tamaño irregular.

Estos sombreros se harán el próximo año de fieltro y de terciopelo trenzado.

Las plumas rizadas, las «aigrettes» guarnecen siempre los sombreros de vestir.

Los pensamientos de terciopelo, los miosotis, las rosas té, son las flores de moda. Es muy nuevo también prender en el corpiño ó en la chaqueta un ramo de flores semejantes á las que se llevan en el sombrero.

***

Una nueva moda de peinado parece ser universalmente adoptada: es un doble cilindro de cabellos bastante estrecho, que se pone muy adelante de la frente, á la que forma marco por completo, dejando escapar una corta franja de cabellos ligeros, que cae recta, hasta las cejas.

Es un lindo marco del rostro, que toma una expresión de juventud muy graciosa.

Los cabellos por detrás se reúnen en un rodete bajo, formando un abultado «touffe» muy musgoso.

Sobre todo, con cabellos rubios y ligeros, esta disposición es encantadora y sienta admirablemente bien con la forma toca de los sombreros.



lores, de que los años habían respetado el rostro de las amigas de ella. En medio de la primavera de sus ficciones, Elisa no sabía que las telas de tonos leves y las cintas con que se encantaba su coquetería—pues quería vestirse siempre como en los tiempos en que se veía en los espejos,—disonaban con la decadencia de su pobre cuerpo envejecido.

***

Un día que, sentada como de costumbre junto á la ventana, se había adormecido con los ruidos de la calle, la despertó de pronto un susurro de palabras. Reconoció la voz de Juan, y otra que le respondía, con acento irónico: la voz de la señora Dulac, esa voz que le causaba siempre un malestar extraño. Se levantó del sillón, y, con las manos extendidas, echó á andar y se deslizó con pasos silenciosos sobre las alfombras hasta el salón de donde salían las voces.

—¡Qué hermosa eres!—decía Juan.—Tú eres para mí la belleza del deseo y del deleite.... Heme aquí á tus pies; no vivo desde que te espero.

Vibró una risita incrédula.

—¿Acaso no dices estas mismas cosas á tu pobre mujer? ¿No cree ella también, con su máscara horrible y sus cabellos blancos, que ella es para ti el ideal de la belleza? ¡Ay amigo mío! ¡qué ridículo es todo esto!

En ese mismo momento una sombra delgada se dibujaba sobre la cortina transparente de la puerta del salón, y se oyó un grito:

—¡Juan! ¡mi Juan!

La casa de cristal se venía abajo, el corazón se rompía.... Elisa dió su último paso y fué á desplomarse á los pies de su marido.

CAMILLE LEMONNIER.



La Muerte del Delfín

El delfinito está enfermo, el pequeño delfín se muere. En todas las iglesias del reino el Sacramento permanece expuesto noche y día, y grandes cirios arden para la curación del real enfermo. Las calles de la antigua residencia yacen tristes y silenciosas, las campanas no suenan ya, los coches caminan lentamente, y en los alrededores del palacio los vecinos curiosos atisban por entre las rejas hacia el interior de los patios donde los suizos conversan con aire triste.

Todo el castillo está conmovido; chambelanes y mayordomos suben y bajan á la carrera los escalones de mármol. Las galerías rebosan de pajes y cortesanos vestidos de seda, que van de corrillo en corrillo indagando en baja voz las últimas noticias. En los vastos corredores, las damas de honor, desconsoladas, se hacen graves reverencias, enjugándose los ojos con lindos pañuelos bordados.

En el Naranjal se efectúan numerosas consultas de médicos togados. A través de los vidrios se les distingue cómo agigantan sus anchas mangas negras, cómo inclinan doctoralmente sus descomunales pelucas. El ayo y el caballero del delfinito se pasean por delante de la puerta, aguardando las decisiones de la facultad. Los marmitones pasan á su lado sin saludarlos. El caballerizo reniega como un pagano, el ayo recita versos de Horacio. Y á la vez, por el lado de las caballerizas, se oye un largo y quejumbroso relincho. El alazán del delfinito, el alazán olvidado de los palafreneros, que llama tristemente al pie de su pesebre vacío. ¿Y el rey? ¿Qué es de su majestad el rey? El rey, completamente solo, se ha encerrado en un cuarto, al extremo del castillo. ¡Las majestades no gustan de que las vean llorar! Respecto á la reina, la cosa es distinta: sentada á la cabecera del delfinito, con el hermoso rostro bañado de lágrimas, solloza á gritos en presencia de todos, como lo haría una verdulera.

En su camita de encajes, más blanco que los almohadones en que se halla extendido, el delfinito reposa con los ojos cerrados. Parece que duerme; pero no; el delfinito no duerme. Se vuelve hacia su madre, y al verla llorar, le dice: «Señora reina, ¿por qué llora su majestad? ¿También cree como los demás que voy á morirme?» La reina quiere responder, los sollozos ahogan sus palabras.

«No llore, pues, señora reina. Olvida su majestad que yo soy el delfín, y que los delfines no pueden morir de este modo»...... La reina solloza con más fuerza, y el delfinito empieza á tener miedo. «¡Hola—dice,—no quiero que la muerte venga á llevarme, y yo sabré impedir que llegue hasta aquí.... Que ahora mismo vengan cuarenta de los más fornidos lasquenetes para montar la guardia alrededor de nuestra cama...... Que cien cañones de grueso calibre velen noche y día, con la mecha encendida, al pie de nuestras ventanas. Y desgraciada de la muerte si tiene el atrevimiento de acercarse á nosotros!»......

Por complacer al real enfermo, la reina hace una seña. Al instante se oye ruido de gruesos cañones arrastrados en el patio, y cuarenta de los más fornidos lasquenetes, con la partesana en el puño, vienen á colocarse alrededor del cuarto. Son veteranos de bigotes grises. El delfinito, al verlos, empieza á palmotear. Conoce á uno, y le llama: «¡Lorráin! ¡Lorráin!» El veterano avanza un paso hacia la camita. «Te quiero mucho, mi viejo Lorráin.... Enseña un pedazo de tu enorme sable.... Si la muerte quiere llevarme, habrá que matarla.... ¿no es así?»—Lorráin responde:

—Sí, monseñor... —y dos gruesas lágrimas corren por sus curtidas mejillas.

En este momento el capellán se acerca al delfinito y le habla mucho en voz baja, enseñándole un crucifijo. El delfinito le escucha con aire de asombro, y súbitamente le interrumpe:

—No comprendo bien lo que usted me dice, señor abad; pero, en fin, ¿mi amiguito Beppo no podría morirse en mi lugar, pagándole mucho dinero?

El capellán sigue hablándole en voz baja, y el delfinito tiene un aire más asombrado.

Cuando el capellán ha concluído, el delfinito prosigue, dando un hondo suspiro:

—Todo lo que usted acaba de decirme es muy triste,



3.—Trajes de casa y abrigo para niñas de 14 á 16 años.



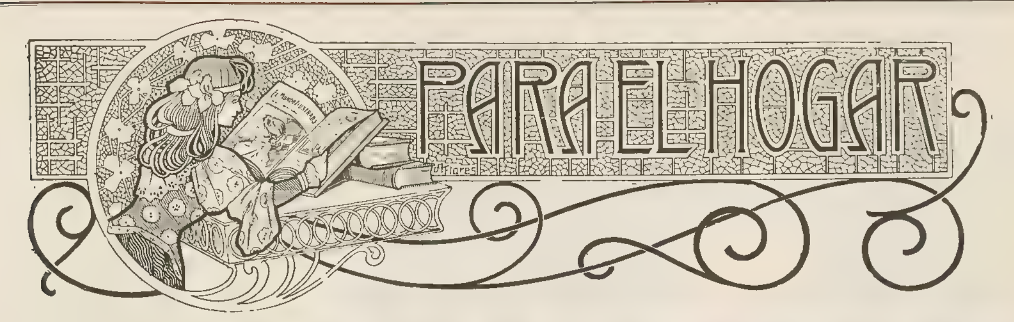
4.—Trajes de recepción, casa y paseo.

señor abad; pero una cosa me consuela: arriba, en el paraíso de las estrellas, voy á ser todavía el delfín. Sé que Dios es mi primo, y me tratará según mi jerarquía.—Después agrega volviéndose á su madre:—Que me traigan mis vestidos más hermosos, mi jubón de armiño blanco y mis escarpines de terciopelo. Quiero adornarme como rey para los ángeles y entrar en el paraíso con vestido de delfín.

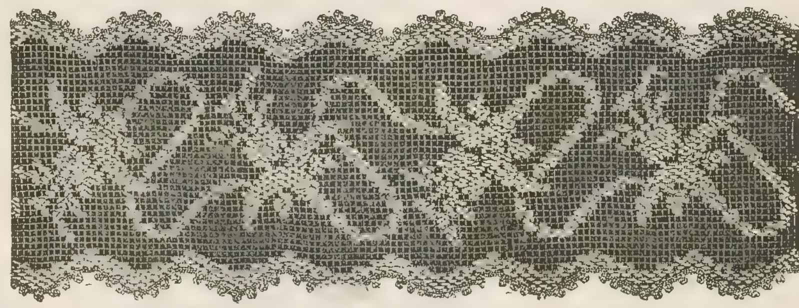
Por tercera vez el capellán se inclina hacia el delfinito y le habla mucho en voz baja.... A lo mejor del discurso, el niño real le interrumpe con rabia:

—¿Pues entonces no es nada ser delfín?

Y sin querer oír más, el delfinito se vuelve hacia la pared y llora amargamente.—ALFONSO DAUDET.



NAUFRAGOS



Eran condíscipulos. Vivían á media cuadra uno de otro; y como casi siempre se encontraban en el camino al ir y volver de la escuela, hacían el trayecto juntos, conversando de todo un poco; haciéndose preguntas y respuestas recíprocas sobre sus lecciones y deberes escolares; contándose extrañas aventuras de muchachos traviesos, ó discutiendo sobre quién podría más en caso de una lucha entre un toro y un león, un tigre y dos lobos, una serpiente y una ballena. A veces hacían cálculos sobre cuántos caballos más ó menos tendrían la misma fuerza y resistencia que un tren de carga....

Concluyeron por hacerse grandes amigos, con esa fuerza de sinceridad sólida y encantadora con que se es amigo á los doce años. ¡Ah! la amistad de la infancia siempre es verdadera!

Roberto, muchacho rollizo, blanco, de cabeza rubia y redondita, de ojoz azules y mirada dulce y tranquila, era reflexivo, más bien parecía taciturno.

Tenía una pena, una pena inmensa, inconsolable: era huérfano, mejor dicho, era expósito.

El lo sospechaba porque algunas veces cuando había intentado descorrer el espeso velo que le ocultaba su origen, preguntándole á la señora que lo criaba quién era su madre y dónde estaba—porque él también debía tener madre como los demás niños,—la señora le había contestado con evasivas ó rehuído directamente sus preguntas.

Esto lo preocupaba muchísimo... ¡Oh! qué fatalidad tan grande no tener madre!.... sospechar que vive, que está en alguna parte y no saber dónde....

Roberto se criaba aislado, taciturno, pensando siempre en el secreto de su origen incógnito. Era dócil y obediente, pero su tutora no le tenía gran cariño. Nunca le dió un beso ni le hizo jamás una caricia.

Juan era el otro, su condiscípulo y vecinó, compañero de excursión diaria hasta la escuela y amigo inseparable, completamente opuesto. Juan era negro, pero no de esos negros de cara grosera y expresión tosca; Juan era un negrito de pelo ensortijado, carita redonda, medio ñatito y de ojos vivarachos que miraban rápidamente, manifestando un espíritu sin pereza, diligente y humilde á la vez.

Roberto tenía una pesadilla y Juan otra.

Roberto se creía el ser más desdichado del Universo porque era bastardo.—Llevaba el anatema de la desdicha en su apellido anónimo, obscuro, ilegítimo, de procedencia dudosa: «Roberto de Santa Ana.»

Juan pensaba siempre con tristeza en el color de su cara, estigma de su raza, siempre despreciada, siempre tachada por el hombre blanco. Se miraba negro y se convencía de que el color de su piel le descontaba la mitad de los derechos al goce amplio del ambiente social en que se desenvuelve la humanidad civilizada.

Eran muy niños aún y, sin embargo, á veces caminaban en silencio, con las cabecitas gachas, desde sus casas á la escuela, pensando cada uno en lo que era su espectro, su eterna pesadilla.

—Soy anónimo—pensaba Roberto,—Juan es mucho más feliz que yo y lo será siempre. El tiene madre, que le quiere, le besa y acaricia, y yo....¡ah! quién tuviera madre! quién la tuviera para adorarla!

—Soy negro—pensaba Juan;—Roberto es muy feliz....¡ah, quién fuera blanco como él; rubio como él, para poder ser un hombre notable!....

Un día Roberto notó que su amiguito Juan había llorado y caminaba más triste y pensativo que de costumbre

—¿Qué tienes, por qué lloras?

—Mi padre me ha pegado.

—¿Por qué?

—Porque rompí una taza.

—¡Ah!...... ¿cómo se llama tu papá?

—Roque.

—¿Y tu mamá?

—Carmela.

—¿Los quieres mucho?

—A mamá sí; pero á papá no tanto; es muy grosero y por cualquiera cosita me reta y me pega.... Mamá me defiende siempre.... Ella es muy buena!

Roberto se sintió más que nunca en las tinieblas de su orfandad maldita. Envidiaba á Juan.... ¡Ah, él no podía decir que su mamá le defendía!....Debía ser muy dulce tener una madre que le defendiera...

Los dos niños ocultaban instintivamente su pena en lo más profundo de su alma. Ninguno de los dos había confiado hasta entonces el secreto de su pesadilla constante. Ninguno de los dos sabía que el otro sufría en silencio.

—¡Ah! dijo Juan, yo quisiera ser como tú; á ti no te pegan nunca en tu casa.

—¿Por eso no más?

—Por eso y por otra cosa.

—¿Por qué? preguntó Roberto con curiosidad.

Juan bajó un momento la vista; luego, clavando en su amiguito una mirada desbordante de amargura, exclamó.

—Yo soy negro!

—Sí, pero tienes madre, y yo....

—También es negra mi mamá, interrumpió Juan; los negros no valemos nada; tú algún día serás «el señor Santana», y yo, en cambio, nunca seré más que el hijo de la negra Carmela....

Hubo una pausa, como si aquellos dos chiquitines miraran el porvenir, midiendo y pensando serenamente de antemano el capital heredado para vivir en el mundo.

—¡Yo quisiera ser blanco! exclamó Juan.

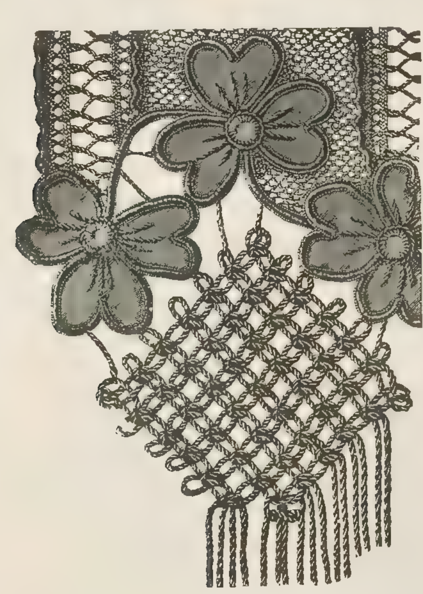
—Ah, yo quisiera tener madre! dijo Roberto.

Fué la revelación espontánea, incondicional é ingenua del secreto; fué la dulce comunión de dos pesares infantiles, ocultados cuidadosamente por esa previsión del hombre contra el hombre; fué la ruptura súbita del estuche donde cada uno guardaba sus penas y ocultaba sus inquietudes; estuche que se rompía de golpe por la fuerza expansiva de sentimientos tiernos, en la delicada y sincera amistad de la infancia.

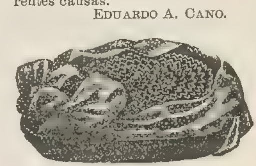
Se miraron un momento y se abrazaron por esa fuerza secreta que impulsa á los que sufren, á los que lloran, á sostenerse mutuamente en la superficie del mar donde naufragan juntos.

El niño expósito y el niño negro comprendieron que naufragaban juntos en el mismo mar por diferentes causas.

EDUARDO A. CANO.



5.—Modelo de tegidos y bordados para aplicaciones.



Mi Madona

A IRMA.

I

¡Idolo de mi hogar, encanto mío!
Desde que al cielo á reposar te fuiste,
estoy sintiendo el angustioso frío
que el ave enferma, fatigada y triste,
debe sentir en medio del vacío.

¡Es hoy mi vida una cadena rota,
porque le falta el eslabón más bello!
Ya tu pequeña mano no alborota
en horas de ventura mi cabello,
ni como un lirio, ante mis ojos flota.

Ya no más, escondida en los rincones,
me esperarás al paso, alborozada,
como un duende de aviesas intenciones;
y ya no más de tu precoz mirada
veré surgir la gracia á borbotones.

¡Cómo el dolor me oprime y me sofoca,
al pensar que los besos de tu boca
más nunca he de sentir embelesado!
El recuerdo punzante es una roca,
y á esa roca me encuentro encadenado.

Lo que unas iniciales en la arena,
duró en el mundo tu inocente vida,
pura como el olor de la azucena....
No hay bálsamo eficaz para la herida,
abierta por la muerte de mi «nena!»

Con fraternal, solícito cuidado,
conservo un rizo de tu rubio pelo,
y en un cofre, tu anillo y tu calzado....
¡y con mi llanto y tu sudor bañado,
en ese cofre sepulté un pañuelo!

Guardo como un tesoro tus aretes,
y tu preciosa caja de juguetes
que beso, al despertar, cada mañana;
los cromos que te di, tus brazaletes,
y tu frágil «bebé» de porcelana.

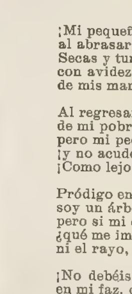
¡Nunca, jamás, me olvidaré de aquellas
noches de incertidumbre!....Mi retina
iba, mi bien, de tus facciones bellas
á la imponente hilera de botellas
hidrópicas de inútil medicina.

II

Ya la más bella flor de mi guirnalda
no me pide de noche que la arrope,
y amargo lloro mi mejilla escalda....
¡descendió la amazona de mi espalda,
y ya en mi cuarto se acabó el galope!

La blonda y vivaracha señorita
ya no se desespera, ya no grita,
ni es un diablillo por doquier que pasa.
¡La flor primaveral cayó marchita,
y enmudeció el tirano de la casa!





Cuando el cielo sus lágrimas arroja
sobre la vasta inmensidad, opresos
hallo mis nervios por mortal congoja,
pensando entonces que la lluvia moja
su albo traje, su féretro y sus huesos.

III

¡Mi pequeña madona! ¿Qué sentías
al abrasar tu piel la calentura?
Secas y tumefactas tus encías,
con avidez buscaban la frescura
de mis manos, marmóreas por lo frías.

Al regresar de mi labor, abierta
de mi pobre mansión hallo la puerta;
pero mi pequeñuela se me esconde....
¡y no acude á mi voz, porque está muerta!
¡Como lejos está, no me responde!

Pródigo en hojas y fecundo en ramas,
soy un árbol en medio del camino;
pero si mi corteza no embalsamas,
¿qué me importa el furor del torbellino,
ni el rayo, ni el torrente ni las llamas?

¡No debéis extrañarlo! ¡En adelante,
en mi faz, como trémulo diamante,
ha de haber una lágrima furtiva,
y entre los niños buscaré el semblante
de mi blonda muñeca fugitiva!

B. BYRNE.

DIALOGO

EL POETA.

En aquella noche
hubo más estrellas
en el firmamento:
y aunque rebramaba,
parecía alegre cántico de fiesta
el zumbar del viento.
De la blanca luna
eran los destellos acariciadores;
y se entrelazaban
como si formasen
de invisible escala, tramos tembladores.
¿Fué obsesión?.... ¿Locura?....
¿Fantasía extraña que engendró el cariño?
No.... Fué que la gloria se vistió de gala
para que en su seno descansara un niño.

LA MADRE.

¿Para qué esa fiesta,
cuando se han deshecho tan benditos lazos?
¡Dios y el cielo mismo no se complacían
viendo reír al niño
preso entre mis brazos!

EL NIÑO DESDE EL CIELO.

No te aflijas, madre,
porque no me veas;
no pierdas la calma.
¡Si estaremos juntos ya toda la vida!
¡Si he de vivir siempre dentro de tu alma!

ALVARO DE LARRODER







6.—Vestido de hogar, peinador y trajes de visita y recepción.

Amaba la existencia; la amaba con pasión tranquila, pero firme.

Sus mayores penas no habían traspasado los límites de ligeras desazones. Su tristeza era, para ella, una tristeza en cierto modo agradable, un dolorcillo de buen tono, un rasgo que delineaba la superioridad de su carácter.

Pero, aun en medio del bullicio de las calles, continuaba abrumándola el fastidio.

Los escaparates de las tiendas la distraían algo. He ahí una afición que no se extinguía en ella. Cada vez que tornaba á su casa, traíase alguna novedad.

Pasaba largas horas en los bazares, en los establecimientos más de moda, y allí, delante de los primorosos objetos que crea de continuo la industria, su imaginación se explayaba, traladaba con la fantasía á su hogar lo que más le agradaba: trabábanse en su pensamiento verdaderas batallas de selección; apoderábanse de su voluntad simpatías y desdenes, y concluía por desocupar su portamonedas en manos del comerciante.

Ella llamaba á esto «hacer su nido».

Su nido era su hogar.

Esta era su pasión definitiva, su única pasión.

No ofreciéndole ningún aliciente el mundo, deseaba vivir como la perla: encerrada en su concha. Y anhelaba que su «concha» fuera cada día más linda, más refractaria al hastío, que de vez en cuando enervaba sus energías. Se proponía que su casa fuese un estuche. ¿No había de guardarla á ella? ¿Y no era ella una joya?

Pero, ¡extraño caso! aquel día, mientras contemplaba los escaparates de las tiendas, bostezaba.

No dejó de advertirlo y se alarmó muchísimo. ¿Se había acabado en ella la facultad de amar? ¿Estaría gravemente enferma? ¿Se le habría muerto algo, dentro, sin saberlo?

Tomó un coche y partió á la carrera hacia su casa.

Apenas había recorrido varias calles, cuando se oyó un grito desgarrador, un grito de niño, y se detuvo el carruaje.

Aglomeróse en torno la gente. ¿Qué ocurría? Una niña, una pobre niña de cuatro años, había sido atropellada por el coche. Apeóse presurosamente la señora, y acudió á prestarla auxilio.

No había sufrido lesión la tierna criaturita. Todo ello se reducía á un susto.

Pero la niña lloraba sin consuelo.

La señora la levantó del suelo, la acarició, besó y abrazó y la subió á su coche.

La chiquilla era monísima; y al verse agasajada por aquella tan lujosa y tan buena señora, sonrió al fin dulcemente.

Y respondiendo á las preguntas de la dama, refirió que era huérfana del todo, sin padre ni madre.

Había vivido hasta aquel día con una tía suya, una viejecita que, en la noche anterior, había muerto.

Y la niña, despedida de la buhardilla en que habitaba, se había lanzado al mundo por esas calles á pedir limosna y á ver si encontraba alguna mujer que quisiera ser su madre.

—¡Yo lo seré!—exclamó la señora, enternecidísima.

Y ahora no bostezaba. ¡Lloraba!

Aquella tarde, cuando volvió su marido de la casa de Banca, ella, la esposa, eternamente aburrida, solitaria en su hogar dorado, pues el cielo no la había concedido hijos, dijo á su esposo:

—Ya no tenía qué traer á nuestro nido, y he traído esto.

Y echó entre los brazos del bolsista á la niña huérfana y desamparada, recogida de en medio del arroyo.

Y el marido, sin poder respirar de emoción, replicó:

—Así estará completo nuestro nido.

JOSÉ DE SILES.



Pinceladas

I

Quiero imitar á la abeja
que saca miel de la flor,
para lo cual, niña, deja
que yo goce con tu amor.

II

¿Que pretendo yo engañarte
al repetirte que te amo?
No lo creas, porque entonces
Soy el primer engañado.

III

Con afán he de estudiar
por ver si logro aprender
lo que debo de ignorar
y lo que debo saber.

ANGEL MACÍAS.

Unos leen su destino
en las estrellas del cielo,
y á mí me bastan tus ojos
para saber lo que quiero.

7.—Trajes de baile, "salida" de teatro y sombrero de invierno.

Convaleciente

¿Sería ilusión? ¿Sería vaporosa imagen creada por mi febril estado? No lo sé, pero lo cierto es que no vivo en mí, sino en su ser, y sólo siento la felicidad cuando en la belleza de su rostro me recreo. Al contrario, el hastío y el dolor apodéranse de mí al no encontrar el original (si existe) que me infundió el inmenso amor que corroe mi débil existencia, pero procuraré contarte todo lo que me sucedió en aquel extraordinario caso.

Estaba enfermo. Acostumbrado á aquella artificial atmósfera de la alcoba, érame imposible soportar los aromas de las sierras, demasiado fuertes para mí. No podía respirarlos sin sentirme vacilante y con la cabeza desvanecida.

Mi débil cuerpo sentía mucho bien cuando llegaban hasta mí los aires puros de la pródiga naturaleza.

Una mañana en que el sol obsequiaba á las plantas con todo su esplendor, vi un delicioso rayo de luz que penetró en la estancia, inundándola de una envidiada aureola de felicidad.

Por la ventana penetraban la alegría y los perfumes en que natura se ahogaba. Reclinado sobre ella, contemplé los árboles y el jardincillo que ante la puerta de entrada había. Hubiera querido bajar al bosque para dar un paseo por entre aquellos mares de desbordante salud; pero no tuve más remedio que dejarlo para más adelante, ante el temor de no poder resistirlo.

Bien entrada la primavera y con todo mi ser lleno de ese vigor, de esa energía que ostentan en esta estación los campos y montañas, pero con la razón un poco desequilibrada á causa de la fiebre producida por esa misma pujanza, bajé á pasear por la selva.

El día estaba hermoso. Lucía el sol en medio de aquel salvaje crecimiento de hojas, como si fuera una gasa de oro tendida sobre los verdes prados; sus rayos quedaban pendientes de los árboles y la naturaleza presentábase libremente sin embozo ni careta alguna, tal cual era, mostrando sus alegrías y asperezas, sus flores y sus espinas.

En el jardincillo crecían los rosales á capricho. Algunos esparcían sus ramas por el suelo, alfombrándolo de verde musgo; las rosas parecían en ellos como bellos diamantes que lucieran sus irisados colores ante los rayos del sol. Otros, enamorados de las alturas, dirigían sus trepadoras ramas hacia arriba, y con el entrecruzamiento de sus tallos formaban vistosos arcos, salpicados de sonrisas alegres y retozonas.

Entre ellos mismos había rivalidades. Utilizaban sus ramajes como prensoras armas de combate. Los vencedores eran siempre los que ascendían; abajo quedaban los anémicos, los faltos de robustez y vida, que sin energía para continuar luchando, dábanse por vencidos á los pies de los otros.

Presuroso y aspirando los fuertes perfumes que las rosas desprendían, pasé por debajo de los arcos. Reconocidos á los mimos que en otros tiempos les prodigara, inclinábanse á mi paso y sus hojas desprendidas alfombraban el suelo que había de pisar.

Entre aquellas dulces caricias llegué á la selva. Los arroyuelos estremecíanse de regocijo y murmuraban á mis oídos los ruidos de los ardientes besos del sol.

No sé si soñaba, ó estaba despierto ó padecía un ataque de fiebre; lo cierto es que aquel delicioso momento no hubiese querido terminara nunca.

Fatigado por el cansancio, dejéme caer en el suelo cubierto de musgo.

Creí distinguir á lo lejos la silueta de encantadora joven que amorosa acercábase hacia mí. Llegó á donde yo estaba, y dirigiéndome una de sus más cariñosas sonrisas, sentóse á mi lado. Pronto su flexible talle vióse acariciado por febril mano; sus cabellos caían en desorden sobre sus espaldas; ¡qué melena tan hermosa! me infundía el deseo de comérmela á besos, pero me resistía ante el temor de deshacer sus bucles, sus rizos, al contacto de mis labios.

Ante mi pueril temor, lanzó una sonora carcajada. ¡Qué risa más inocente la suya! parecía los gorjeos y trinos en que se arrullan los pajarillos, entre los verdes ramajes de los árboles.

Era su hermosura una hermosura retozona que salía por todo su ser, por lo agraciado de su rostro, por las finas y delicadas líneas de sus formas, en donde anidaban el placer y la alegría, y por no sé qué que emanaba de toda ella.

Fué tal la atracción y el poder de su belleza, que no pude menos de estrecharla entre mis manos y extasiarme en aquel mar de felicidad que la casualidad me deparaba.

Al mirar á mi alrededor, me hallé completamente solo al abandonarme la ilusión.

En mi corazón quedó grabada la impresión de aquel prodigio de belleza. No la he podido olvidar y desde entonces hase apoderado de mi alma una melancólica nostálgica tristeza, que de seguro vivirá en mí hasta la muerte.

Todo lo que te he contado, pasó como un sueño rápido, fugaz, pero de los que dejan huella de su paso.

Yo creo que la naturaleza tiene no poca culpa en mi mal, en mi desgracia.

La voy buscando y no la encuentro: al fin de mis desengaños resultará que ha sido una ilusión hija de mi febril estado, en medio de aquellos mares de dicha y felicidad por las impresiones, en mi imaginación, de sus abigarrados colorines.

J. P. DEL H. MONTEAGUDO.



8.—Espaldar de capota-abrigo.

EL TESTAMENTO

Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

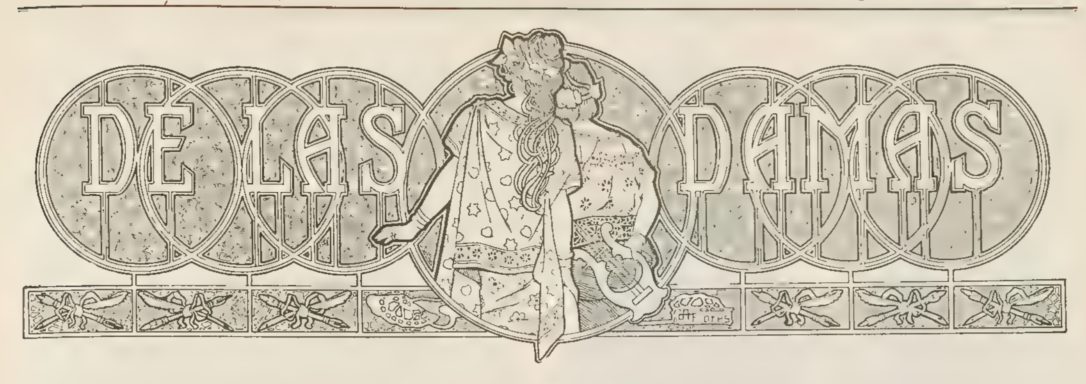
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua", Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro en una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela ''Santa María'' de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza



Explicación de nuestros grabados.

Número 1. Representa nuestro grabado tres figuras de sombrero, trajes y abrigo de invierno. El primero confeccionado con terciopelos y plumas, está de acuerdo con los últimos figurines de esta clase de prendas. Las dos alas laterales ondean graciosamente con pequeños remangues hacia arriba, y en el centro se levanta, á guisa de penacho, una gran pluma, que indudablemente constituye el mejor adorno de este sombrero. Bajo el ala izquierda hay un gracioso moño de terciopelo que, sin cubrir parte del tocado, ayuda poderosamente al hermoso aspecto de la prenda.

El traje de invierno está confeccionado con paño de alta lana. La falda es lisa y como único adorno lleva pequeñas aplicaciones de cinta maravillosa, iniciadas en la parte superior y que terminan á corta distancia, como lo muestra el grabado. El corpiño lleva un ancho cuellohombreras que se prolonga hasta la cintura y que imitando las solapas de una chaqueta torera, constituye el adorno principal de este corpiño. En las mangas hay en su terminación unos puños confeccionados con la misma tela que las solapas de la blusa. Este traje es muy elegante y constituye, sin duda alguna, una novedad para nuestras lectoras.

Por último, el abrigo de paño que representa nuestro tercer grabado, es una rica prenda de invierno, con doble cuellohombreras de la misma tela, y un pequeño cuello de terciopelo. Los forros interiores de este abrigo, son de seda y lleva además vueltas de piel, tanto en estos forros como en los puños. Para completar un adorno vistoso y original, se colocan dos grandes botones de pasamanería en la parte superior del cuello, y de esos botones se hacen colgar cadenillas de cuentas, terminadas con punzones metálicos.

ESPERANZA.

1.—Sombrero y abrigo de invierno y traje de la estación.

HOJA SUELTA

María, hermosa criatura, cuyo cuerpo delicado y blanco parecía hecho con pétalos de rosa, se moría....

Su novio el poeta de los versos tristes la miraba fijamente, clavándole sus ojos azules y melancólicos.

Después, unos instantes de doloroso silencio, interrumpido algunas veces por sollozos del poeta, María se incorporó en el lecho, dejando entrever su alasbastrino cuello entre un mar de gasas y terciopelos, causando en el ánimo una impresión tierna, sentimental.... algo así como el estado psicológico que produce la contemplación de una blanca azucena en el campo casi obscuro.. y díjole al poeta:

Amado mío: alguien me llama; siento que me besan unos labios yertos y escucho una voz muy apagada que me invita á emprender un viaje largo, muy largo, sin retorno; adiós! Amado de mi corazón, no llores..!

Y dejando caer su cabecita rubia sobre la almohada, miró por última vez al triste poeta, con los ojos inundados en lágrimas.

Su alma voló á la patria prometida de las almas, y el eco ardiente y sonoro de un beso en los espacios, flotó hasta extinguirse para siempre.

Una horrible maldición brotó de los labios de aquel hombre, que quedaba solo en este mísero valle de lágrimas, para ser perennemente un mártir, ante el recuerdo de aquella hermosa mujer, que habíase marchado á las insondables regiones de la vida eterna; y bajando la vista, quedó sorprendido ante un cuadro magnífico que se le presentaba: las flores que habíale traído á su novia para obsequiarla como de costumbre, habían escondido sus moribundos pétalos y yacían mustias, en señal de duelo, por la desaparición de aquel ángel, que los cuidaba con sus manecitas de marfil.

Aquel hombre, con la faz desencajada, contempló por espacio de algunos instantes ese maravilloso y sagrado cuadro; y, tembloroso, cogió la pluma para describirlo en versos tristes, de esos que él sabía hacer, pero no pudo: su alma de poeta gigante voló al cielo, junto con la de María.

M. S. ALIER



La Casa de Cristal

—¿Eres tú, mi Juan?

Ahogando sus pasos en la alfombra, acababa de entrar él en la pieza, donde, junto á la ventana entreabierta, estaba ella adormecida. Pero el oído de Elisa percibía sutilmente los más pequeños rumores.

—Tu Juan en persona.

Y entonces avanzó hacia las delicadas manos pálidas que ella extendía delante de su cuerpo, como si hubiera palpado ya en las ondas agitadas del aire la presencia de él. Sus manos tocaron las ropas, subieron hasta el rostro que se inclinaba sobre el sillón, y sus labios murmuraron:

—Sí; eres tú, efectivamente...... Siento siempre la misma dicha al verte con estas manos adonde han bajado mis pobres ojos... Ven más cerca.... ¡Qué perfumado estás! Toda tu persona trasciende el perfume de esta hermosa mañana....

—¡Amiga! ¡buena amiga!—exclamó él.

Y besó los tristes párpados velados en medio de la blancura ajada del rostro, y ella no le dejaba levantarse: le retenía con las dos manos la cabeza contra sus mejillas; apoyaba en sus ojos muertos el beso de fidelidad.

—Así, así, ¡oh, siempre!..... Me parece que van á volver á abrirse al calor de tu boca. Te veo otra vez, mi Juan, tal como te he perdido.

El hizo un imperceptible movimiento de fastidio.

—Vamos, Elisa.

—Es cierto; yo también soy demasiado exigente. Ríñeme. Me quedaría así horas enteras, sin sentirlo, con la felicidad de tenerte cerca de mí... Considera un poco: yo ya no veo, yo ya no vivo más que para ti..... Siéntate ahí, mi Juan...... ¡Hace tanto tiempo que te fuiste!... ¡Me parece que tienes tantas cosas que contarme!....

El atrajo un taburete y se sentó, con las pequeñas manos entrelazadas como anillos en sus dedos.

—Los árboles de los bulevares están todos cubiertos de hojas—dijo.—He visto á tus amigas Juana y Emiliana.... Se conservan siempre hermosas, hermosas como tú, mi Elisa...

Una sonrisa iluminó la profunda noche de la ciega.

—Repíteme eso, amigo mío.... ¡Me hace tanto bien pensar que los demás no han cambiado!..... ¡que todo está á mi alrededor como cuando yo lo veía, cuando yo no era aún una pequeña sombra de manos siempre á tientas!.... ¿Y no te has encontrado también con esa señora que me demuestra tanto interés, y con la cual yo soy tan injusta?

—¿La señora Dulac? ¡Oh! ésa no se parece á ti en nada. Está completamente encanecida; es una de las mujeres más feas que he visto en mi vida.

—Su voz, su voz es lo que me hace daño.... Esa mujer tiene una voz por la que no se le puede conocer el alma. Sin embargo, su voz es musical; tiene notas líquidas como el canto de la curruca.... á veces me parece que viene aquí por algo que no comprendo. Perdóname, mi querido Juan, que dé alas á mi imaginación. Todos mis sentidos tienen ojos desde que no tengo vista.... Creo ver á esa señora, la veo de una belleza negra, maléfica... Y entonces, no sé por qué, me parece que tú mientes un poco.

—¡Loquilla! Tú sola eres hermosa.

—¡Oh, tengo tanto miedo!... Mira: ¿no habrá aquí, en mis mejillas, alguna arruga? ¿No me habrá salido, de ayer á hoy, alguna cana? ¡Quisiera que el tiempo se detuviese sobre la imagen que te recordara todavía un poco á la bella Elisa, á quien adorabas tú tan amorosamente!

Y se alzaban otra vez sus pálidas manos, finas y brillantes orquídeas agitadas por una vida misteriosa; sus dedos parecían estar tejiendo siempre sedas impalpables, con los hilos del aire. La ciega atrajo el rostro de Juan junto al suyo á la claridad de las ventanas, lo miró con sus pupilas muertas como si lo viera realmente, como si hubiera querido leer en los ojos de él sus pensamientos.

—No, no, Elisa. Ni un pliegue, ni una cana..... Tus mejillas son siempre rosadas; el estío de los trigales dora tu querida frente sin arrugas.

—Tú también, tú eres hermoso, mi Juan; tú has permanecido eternamente joven y hermoso en la muerte de mis ojos... Nunca he dejado de verte tal como te amé en otro tiempo.... Sin embargo, á veces me parece que algo hubiera cambiado en ti: tu voz ya no es la misma cuando me dices que sigo siendo tan hermosa como siempre.

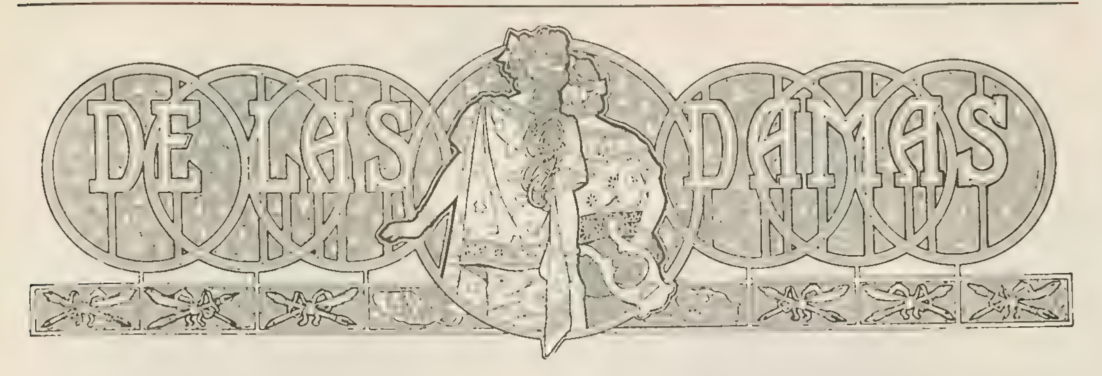
***

Diez años hacía que Elisa había perdido la vista. Después de haber declinado lentamente, la luz se había ido al fin del todo: el fino esmalte de sus ojos se veló. Ella creía vivir detrás de un tabique obscuro, ligada únicamente al mundo por la afección cariñosa de su marido, de ese Juan que era para ella la claridad animada y tangible que sus manos palpaban delicadamente. Como una rosa deshojada, pétalo por pétalo, su rostro amable se ajó, se arrugó en torno de la horrible llaga de las órbitas. La savia vital se retiró también del oro ensortijado de sus cabellos, que entonces estaban ya completamente blancos. Aquello no era más que la pobre apariencia humillada y el leve fantasma de la graciosa Elisa.

Pero un milagro de amor la hizo creer que no había perdido su juventud. Hacía diez años que Juan la engañaba piadosamente con la mentira de su belleza eternizada á través del ultraje de la ceguera. De modo que la ilusión fué para ella la delicada casa de cristal, el frágil palacio encantado en que seguía viviendo como en sueños. Su vida se inmovilizó en el tiempo que había precedido al desvanecimiento de la luz. Esta no dejó de iluminar en el fondo de su pensamiento las supremas imágenes que habían acariciado la agonía de su mirada. Y, mago hasta el límite extremo del mundo quimérico, cuya nube de oro dejaba flotar sobre la espesa noche de las pupilas de su esposa, Juan, por una conmovedora supercheria, la convenció también de que nada había cambiado alrededor de ella, de que las flores de la alfombra conservaban siempre sus vivos co-



2.—Vestidos de casa, de visita y de concierto.



1.—Elegantes trajes de reunión.



2.—Vistosos trajes de baile, teatro y visita.

Una Lágrima por el Muerto

Un disgustillo ligero que tuvo en casa y una ofensa grave de la mujer en quien había puesto su alma, soliviantaron de tal modo á Jaime, que de la noche á la mañana, sin esperar á consejos de nadie, porque tampoco los solicitó, ni reflexionar el caso con la frialdad que recomienda la experiencia, desapareció del hogar paterno, en el que era el ser más considerado, y dirigióse á Madrid sin dinero ni ilusiones, como el cadáver yerto se deja llevar en el ataúd á la última morada. En la voluntad del joven no quedaban determinaciones; en su mente, debilitada por el insomnio, todo eran ideas tristes y planes siniestros.... en su corazón morían, por falta de calor, afecciones y ternuras con la suavidad progresiva con que se borran las últimas tintas de la tarde al morir el día.

Clavado en el asiento del coche, con los ojos cerrados, las piernas encogidas y las manos entrelazadas, iba en el tren ensimismado gozando con el traqueteo del vagón, recordando sucesos penosos recientes y ajeno á cuanto ocurría á su alrededor, donde una preciosa joven de diez y ocho abriles y un apuesto joven de veintitrés, hija ella de un señor sexagenario que dormitaba en el asiento de enfrente, hablaban tierna y dulcemente, entre sonrisas insinuantes y miradas ardorosas.

La casualidad había colocado en el mismo departamento, frente por frente, al amor desventurado y al dichoso, á la desgracia y á la felicidad, al corazón que llora en la desesperación y al que goza en la gloria.



3.—Abrigo de la estación y traje de baile.

Una sacudida brusca del tren, despabiló á Jaime y al padre de la niña:

—Qué, ¿hemos chocado?—preguntó éste alarmado.

—¡Ojalá!— dijo entre dientes Jaime, asomándose á la ventanilla.

—¡Qué animal!—dijo el novio á la muchacha, respondiendo á la exclamación de Jaime, que permaneció un rato asomado sin preocuparse de nadie.

—Ese infeliz debe de estar loco—añadió ella.—Pues ¡digo! no sería poco triste morir ahora que somos tan dichosos, y cuando llevamos camino de serlo mucho más, ¿verdad, Luis?....

—No pienses en eso, bien mío. La Providencia vela por los enamorados. Nada temas. No ha de cometer la crueldad de robarnos con la vida un bien legítimo, una dicha que merecemos, una ventura que nos pertenece. Piensa sólo en que te adoro y que me adoras; felicidad tanta sólo está reservada á quienes como nosotros, se aman locamente. Yo de mí sé decirte que vivo por ti....

Otra sacudida brusca que dió la máquina, indicó que se ponía en movimiento el tren.

Volvió Jaime fastidiado y mohino á ocupar su sitio, á encogerse, á cerrar los ojos y á enfadarse en aquellas lúgubres cavilaciones.... Pero apenas hizo esto, notó muy cerca arrullos tiernos, cariñosas palabras que le recordaban horas de inefable encanto, embelesos que había sentido y ensueños que disipó el desengaño.... Calló y escuchó atentamente. El infernal ruido del tren en marcha, apagaba los murmullos, cortaba las palabras y ahogaba los suspiros con que los amantes envolvían muchas de sus frases.

El viento fresco que se colaba por la ventanilla le iba enfriando; aquel fuego de los enamorados le quemaba las entrañas.

Se apoderó de él una especie de fiebre tan intensa, que en un rato de locura, estuvo á punto de dirigirse al novio y decirle:

—¡No sea usted necio! Usted vale más que esa mujer. Sepa usted conservar su dignidad. Está perdiendo el tiempo en cosas inútiles y malsanas. Las mujeres son nuestra perdición. No se enamore usted, porque está perdido para siempre... No las crea usted, porque son falsas. ¡Malditas todas!....

Pero limitóse á abrir los ojos y mirarles con curiosidad primero, con lástima después, y, finalmente, con envidia.

Entonces empezó á meditar la manera de trabar conversación con ellos. Sentía misteriosa simpatía por ambos; todo espíritu noble, aun en la desgracia, se interesa por la felicidad de los demás.

Jaime creía que en aquella ventura llevaba parte....

En vano buscó ocasión. Los novios no se preocupaban más que de ellos mismos. En voz baja cuchicheaban, y por la risueña expresión de sus animados rostros, se colegía que estaban en uno de esos períodos arreba-

tados de amor que elevan el alma á regiones ideales. Si la gloria existe en el mundo, es en uno de esos momentos.

Pensó Jaime, contemplando escena tan opuesta á la que él representaba, en la dicha que le había arrebatado vil y alevosamente la mujer á quien quiso con locura; recordó plácidos transportes de amor íntimo con su adorada; promesas y juramentos tan repetidos como falaces; traiciones y celos que habían oscurecido su felicidad y envenenado su sangre; ilusiones y desengaños amargos; burlas que dejaba impunes, ansias que no lograba y tormentos que no merecía.... Tan feliz como sus compañeros de viaje debía ser él, y amando más que ellos, mucho más, se veía sumido en la tristeza, olvidado en la soledad y en brazos de la desesperación......

Una ola de sangre le subió á la cabeza. Se precipitó sobre la portezuela, convulso y furioso, abrióla con violencia, y gritando:

—¡Yo la mato! ¡La mato!—desapareció, dejando á los circunstantes estupefactos.

Poco después el Juzgado levantaba el cadáver de Jaime.

El sumario atribuía á «desgracia» su muerte. Pero si bien esto era cierto, la autora real había sido una mujer infame; los cómplices, aquellos enamorados del coche; el arma... la casualidad.

En el camino de la vida hay que temer á esos tres factores: al amor, al contraste y á la fatalidad.

¡Una lágrima por el muerto!

F. Roig Bataller.

LA BLANCA NIEVE

Ya descienden los copos
desde la altura,
como mariposillas
que el viento mueve,
y al tocarlos, me digo
con amargura:
¿por qué será tan fría
la blanca nieve?

¿Cómo, si es hermosa,
la muerte encierra,
y nos hiela en el alma
las ilusiones?
¡También con sus desdenes,
sobre la tierra,
hay hermosas que matan
los corazones!

Por la sábana inmensa
de la llanura
revuelan de perdices
bandos enteros,
y encuentran en la nieve
su sepultura
cuando bajan del monte
los ventisqueros.

Como la muerte es negra,
no les da espanto
la espléndida blancura
falsa y aleve,
y se mueren de frío
bajo aquel manto
que en los sembrados surcos
tendió la nieve.

En vano del arroyo
la linfa pura
busca el ave sedienta
al nuevo día.
¡El arroyo no baja
desde la altura,
porque lo heló en el monte
la nieve fría!



El mudo pajarillo
que á helarse empieza,
por la desnuda rama
ni á andar se atreve:
siendo el símbolo hermoso
de la pureza,
«¿por qué será tan fría
la blanca nieve?«

Aunque el sol baña triste
el horizonte,
en las dormidas chozas
nadie se mueve.
¡No pueden los pastores
subir al monte!
¡Les cerró la salida
la blanca nieve!

Por eso no seducen
sus resplandores
y causa su blancura
melancolía,
y por eso las aves
y los pastores
temen del crudo invierno
la nieve fría.

Una madre harapienta,
triste y llorosa,
con un niño en los brazos
camina errante....
¡La sorprende la noche
fría y medrosa,
y oprime contra el pecho
al hijo amante!

¡Los copos se desatan
con furia loca
sobre el ángel dormido,
que no se mueve,
y la madre, besando
la fría boca,
con sus besos deshace
la blanca nieve!

Cuando logra entre nubes
romper el día,
al calor de la madre
aún vive el niño....
¡Toda una eterna noche
de nieve fría,
no amortiguó la hoguera
de su cariño!

Y al ver caer los copos
desde la altura
como rizadas plumas
que el viento mueve,
suspiraba la madre
con amargura:
«¿por qué será tan fría
la blanca nieve?»

J. Jacksón Veyán,



LA MEJOR DIETA

Es general la creencia de que la dieta es el mejor remedio para curar ciertas enfermedades; pero el hambre es la voz de la naturaleza que nos avisa que el estómago necesita alimento; y como este toque de atención debe ser atendido, muchas personas, ó casi todas, comen mucho y muy á menudo; mas no cabe duda de que la dieta absoluta es un remedio heroico. Cuando un estómago está enfermo, no hay cosa mejor que dejarle sin alimento; pero existe un medio de no quedarse sin comer: el de ingerir frutas solamente, porque el jugo de éstas obra como desinfectante y mata los gérmenes que el estómago contiene.

Por lo general, con seguir solamente dos días el tratamiento de la dieta de fruta, se consigue exterminar todos los gérmenes dañinos que contiene el estómago.

También puede comerse un poco de pan esterilizado, que no impide que la dieta haga sus efectos.

CANTARES

Es tan gracioso tu cuerpo
y tan bonita tu cara,
que sé que te tiene envidia
hasta el ángel de tu Guarda.

Como eres tan bondadosa,
yo te comparo á las nubes
que toman agua de mar
y van lloviendo agua dulce.

Me aconsejan que suspire
para que tenga descanso;
pero el suspiro es muy corto
y el mal que tengo muy largo.

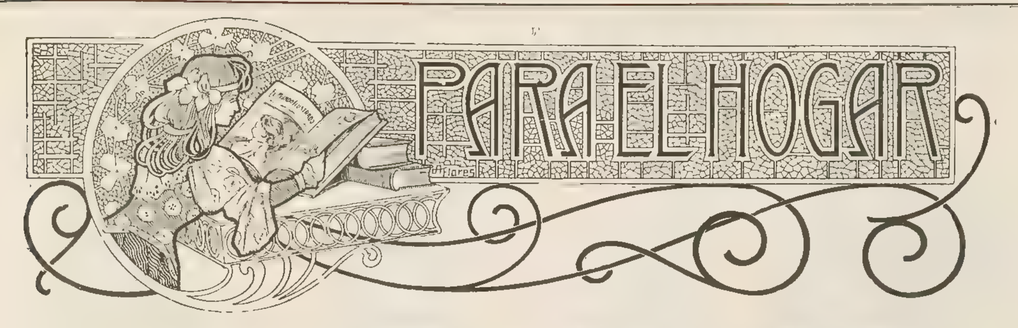
Melchor de Palau.







4.—Vestidos para calle y trajecitos infantiles.



LA MAQUINA

La habitación estaba convertida en un taller dirigido por la actividad femenil de una cabeza bien organizada.

Media docena de sillones de yute bastante usados, dos maniquíes de mimbre, una mesita de labores en el centro, y cerca de la ventana una máquina de coser que parecía demandar el movimiento continuo de unas manos hábiles y de un pie diestro y chiquito. Por las ventanas entraba mucho sol, un sol de abril, cuyos purísimos rayos alegraban las almas despertando las flores, saludadas por los primeros gorjeos de los pájaros, que de ese modo comienzan á entonar un himno grandioso y dulce á la Naturaleza, como imprescindible prólogo á sus primeros amores.

Madre é hija, una anciana de semblante de nácar y de pelo de nieve, y una muchacha de cabecita rubia, de negros ojos y de facciones puras y delicadísimas, hablaban animadamente cerca de la ventana del sotabanco, que parecía dorada á fuego por los rayos del astro del día. Era aquél un coloquio de ángeles; la antigüedad respetable y respetada del pasado hablando con el incipiente porvenir. El sol que nace y el sol que muere del gran Echegaray.

—Estoy contentísima, mamá, decía Julia; estoy tan satisfecha, que apenas quepo en el pellejo....... ¿Sabes lo que ha pasado? Hoy he visto á Ernesto, y siguiendo tus instrucciones, le hablé con formalidad, seria, muy seria....¡Mira! No estoy segura de si he llorado; lo que sé es que he sentido en los ojos primero mucho fuego y después mucha frialdad....¡Vamos....que.... lágrimas se llama esa figura!

—¡Qué tontuna! murmuró la anciana haciendo un puchero entre risas.

—Yo comencé así mi discurso: mire usted—le dije,—es probable que hoy sea la última vez que nos veamos....No se asombre, soy sincera y no finjo, verá usted....Dicen los médicos que la constante costura de la máquina perjudica mi salud, que me debilita mucho, que me martiriza demasiado, que si no estoy enferma, puedo enfermar, y que ¡Dios sabe lo que será de mí! Me quedan, pues, tres caminos que elegir: uno, casarme con un hombre que me quiera y á quien yo ame; otro, marcharme con mi pobre madre á la Mancha, á casa de mis tíos; el último, morir al lado de mi máquina entre cintas, sedas, encajes, flores y terciopelos...La muerte sería, á no dudar, dulce, alegre, elegantísima; pero es que yo no me quiero morir tan joven. Veo en medio de mis amarguras una perspectiva tan alegre, tan dulce, tan consoladora!.... Son tres los caminos, ¡tres! ¿Cuál sigo, Ernesto?

—¿Cuál?—me contestó. El primero.

—¿Y el hombre?

—¿Quién puede serlo más que yo, constituyendo usted la felicidad de toda mi vida, el ideal más santo y la aspiración más grande?

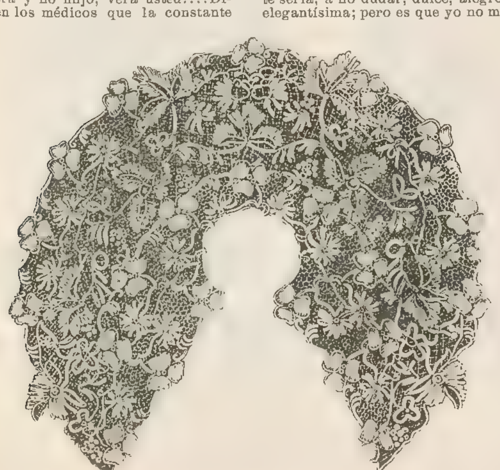
—Yo sentí, mamá, que me ponía colorada. Experimenté una vergüenza tan grande y una alegría tan dulce, que sólo pude preguntarle, haciendo por sonreír:

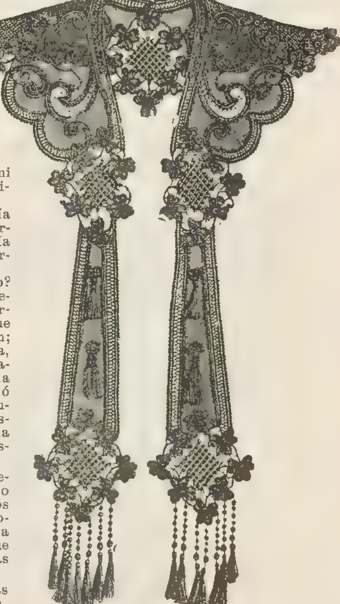
—Y el camino, ¿será muy largo?

—Dentro de media hora lo sabremos—me contestó.—Yo iré á decírselo á su madre, que quiero que muy pronto sea la mía. Ahora bien; después de la concesión formulada, no recabo más que otra con verdadero empeño: destruir, Julia, la máquina de su martirio; acabar, ó anular por lo menos, ese instrumento de trabajo que á poco agosta la vida apenas indicada de la mujer de mis sueños. ¿Acepta usted?

—Dije que no con la cabeza; pero no estoy segura de si afirmé lo contrario con los ojos, que son los Judas que ponen de relieve la hipocresía; lo que sé, madre, es que va á venir y que desearía mucho que tuviéramos que defender de sus iras la máquina.

En el rostro, bañado en lágrimas y abierto de par en par á la dicha, besó la hija á la madre, poniendo término al más elocuente discurso





5.—Trajes de casa, cuello de encaje y esclavina con volantes.



Inclináronse tres cabezas para que tres bocas besaran la parte superior de la máquina, y el murmullo que produjo el contacto de los labios con el hierro, semejó un coro de ángeles, la música sublime del cielo que celebraba el triunfo de la honradez por la virtud del trabajo.

R. MESA DE LA PEÑA.

que puede sentir un alma y expresar la boca de un ángel.

II

—Con este destornillador, señora—decía Ernesto horas después,—voy á atornillar mi dicha, si usted me permite que con él anule esa máquina para siempre. Dentro de un mes la llamaré á usted madre con permiso de la mía, y á Julia esposa con autorización de usted; pero permítame que destruya ese mueble, símbolo de la honradez y del trabajo, que ha estado á punto de herir mortalmente al ideal de mi vida.

—Julia es la dueña de ese mueble— dijo sonriendo la venerable anciana.

—¡Rómpale usted, Ernesto! ¡rómpale usted!— gritó Julia entre sonrisas francas y lágrimas rebeldes.

—Ahora mismo.

El joven apartó lanas, sedas, encajes y terciopelos, y acometió al primer tornillo.

—Pero bendigamos antes, señor —objetó la venerable anciana,—esa máquina inolvidable que ha conservado á mi hija honrada y pura para usted.





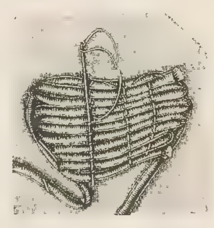
Anacreónticas

Si el cielo está sin luces,
El campo está sin flores,
Los pájaros no cantan,
Los arroyos no corren,
No saltan los corderos,
No bailan los pastores,
Los troncos no dan frutos,
Los ecos no responden...
Es que enfermó mi Filis
Y está suspenso el orbe.

—

¿Quién es aquel que baja
Por aquella colina,
La botella en la mano,
En el rostro la risa,
De pámpanos y hiedra
La cabeza ceñida,
Cercado de zagales,
Rodeado de ninfas
Que al són de los panderos
Dan voces de alegría,
Celebran sus hazañas,
Aplauden su venida?
Sin duda será Baco,
El padre de las viñas.
Pues no, que es el poeta
Autor de esta letrilla.

Unos pasan, amigo,
Estas noches de enero
Junto al balcón de Cloris,
Con lluvia, nieve y hielo;
Otros la pica al hombro,
Sobre murallas puestos,
Hambrientos y desnudos,
Pero de gloria llenos;
Otros al campo raso,
Las distancias midiendo
Que hay de Venus á Marte,
Que hay de Mercurio á Venus;
Otros en el recinto
Del lúgubre aposento,
De Newton ó Descartes
Los libros revolviendo;
Otros contando ansiosos
Sus mal habidos pesos,
Atando y desatando



Los antiguos talegos.
Pero acá lo pasamos
Junto al rincón del fuego,
Asando unas castañas,
Ardiendo un tronco entero,
Hablando de las viñas,
Contando alegres cuentos,
Bebiendo grandes copas,
Comiendo buenos quesos;
Y á fe que de este modo
No nos importa un bledo
Cuanto enloquece á muchos,
Que serían muy cuerdos
Si hicieran en la corte
Lo que en la aldea hacemos.

—

Por no sé qué capricho,
Filis juró olvidarme;
Pasados pocos días,
Hizo otra vez las paces;
Pero fué tan gustoso
Aquel feliz instante,



Que la digo mil veces:
«Filis, vuelve á olvidarme,
Con tal que á pocos días
Vuelvas á hacer las paces».

Epigramas

Una vez Jove intentó
Una conquista imposible,
El oro la hizo factible:
Mil Joves conozco yo.

Sólo murió de constante
La que está bajo esta losa;
Acércate, caminante,
Pues no murió tal amante
De enfermedad contagiosa.

—

El que está aquí sepultado,
Porque no logró casarse
Murió, de pena acabado;
Otros mueren de acordarse
De que ya los han casado.

—

Una vieja ha fallecido
De amor, y aquí se enterró;
Considere el advertido,
Si enamorada murió,
Qué tal habría vivido.

Este difunto era esposo
Y los celos le mataron;
De ejemplar tan horroroso
Los demás escarmentaron,
Pues ya ninguno es celoso.

JOSÉ CADALSO.



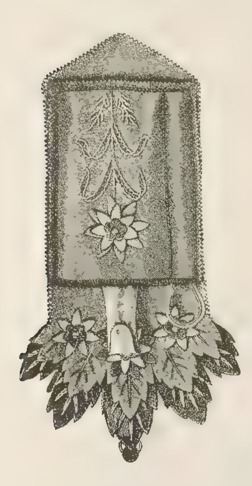
6.—Vestiditos infantiles.

GRANDES Y PEQUEÑOS

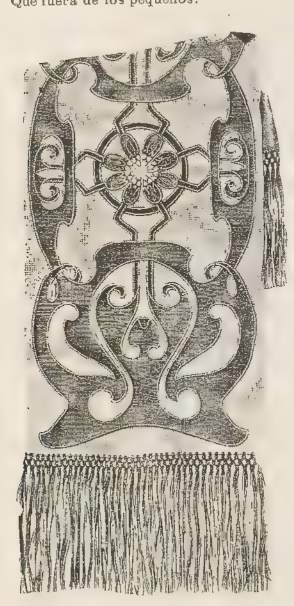
(Fábula india)

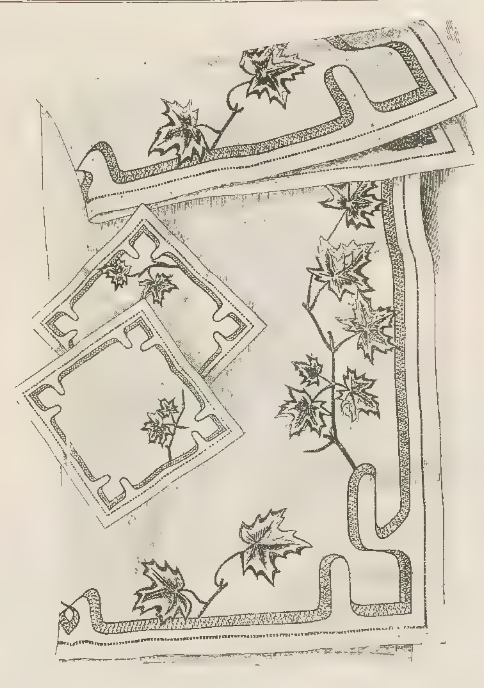
I

Llueve tanto, llueve tanto,
Que en mar se transforma el suelo,
Y empujados por el agua,
Caen los robles corpulentos,
Y sobre las olas turbias,
Como fatídico cuervo,
Flota el ángel de la muerte
Siempre triste y siempre negro.



Ante las revueltas olas
Un elefante va huyendo,
Buscando en las a tas cumbres
Su salvación y aposento.
Al ver pasar al coloso,
Subida en un magnoliero,
—¡Socorro!—gritó una ardilla—
¡Sálvame! yo te lo ruego.—
Siempre generoso y noble,
El gigante paquidermo
Tendió su trompa á la ardilla,
Dióle en sus lomos asiento,
Y marchando sobre el agua
Y arribando al monte enhiesto,
Compasivo y desdeñoso
Dijo:—¡Pobre animalejo!
Sin los grandes de mi raza,
Qué fuera de los pequeños?





II

Cuando la tarde lluviosa
Fué declinando y muriendo,
Los náufragos, en el monte,
Un hambre horrible sintieron.
—¡Pereceremos de hambre!—
Mugió el coloso soberbio.
—No temas—habló la ardilla,—
Cerca he visto el cocotero,
Que con sus frutos sabrosos
Nos brinda dulce alimento.
—No es posible—el elefante
Rugió de cólera ciego; -
El cocotero resiste
Mis más gallardos esfuerzos,
Cede, pero no se troncha....
Hay que morir, ¡moriremos!
—Aguarda—clamó la ardilla
Saltando al árbol esbelto,
—¡Aguarda!—y royendo un tallo,
Cortó un coco suculento,
Y tan diestra como astuta,
Lanzó más cocos al suelo.

III

Cuando el forzudo elefante
Despachó el sabroso almuerzo,
Alegre movió la trompa
Sintiéndose satisfecho
Y mugió con eco ronco:
—¡Gracias, pobre animalejo!—
Humilde la astuta ardilla,
Miró al noble paquidermo
Y murmuró por respuesta:
—De tu gratitud no hablemos;
Mas.... di, ¿qué hicierais los grandes
Sin nosotros los pequeños?



7.—Modelos de colgaduras, mantelería y corbata.

Recetas útiles

CURAZAO O LICOR DE NARANJAS AGRIAS

Sepárense con cuidado las pieles ó la parte superior de varias naranjas agrias, de manera que se optengan 125 gramos. Pásense por espacio de 5, ó 10 minutos lo más, por agua hirviendo; déjense escurrir y pónganse á macerar durante seis ú ocho horas en 2 iitros de alcohol, con



Canela hecha pedacitos..2 gramos.
Azafrán...................1 gramo.
Decántese y añádase:
Azúcar.........1 kilogramo 500 gr.
Agua para disolver el azúcar.2 litros.
Mézclese y fíltrese:
Para que el curazao, hecho así,



tenga la facultad de colorearse de rosa, cuando se le mezcla con el agua, se le tiñe ligeramente con una infusión de palo de la India y luego se clarifica.

LICOR DE LIMON

Limones, según su tamaño.........8 ó 10.
Alcohol de 58 grados. ....4 litros.
Azúcar.................. ....2 kgs.
Agua para disolver el azúcar......1 litro.

Sepárese toda la parte amarilla de la corteza de un limón, póngase á macerar con el alcohol 24 ó más horas, según que la corteza esté más ó menos cargada de parenquina (la parte blanca), decántese, añádase el azúcar disuelto, mézclese y déjese clarificar, ó fíltrese.



8.—Sombrero de la estación.

FRUTAS CONSERVADAS

CIRUELAS

Tómese una cantidad cualquiera de ciruelas, cogidas antes de su madurez, córteselas la extremidad de la cola, píquense hasta el hueso por tres ó cuatro partes, y luego pónganse en agua fría.

Aparte, prepárese agua para el blanqueo de las frutas; con este objeto, háganse hervir por espacio de una hora, en una vasija de cobre sin estañar, quince ó veinte litros de agua, medio puñado de sal común y todas las ciruelas que se hayan desechado por muy maduras ó demasiado pequeñas, las cuales deben picarse anticipadamente; esta operación reporta la utilidad de extraer una gran parte de la acidez de que están provistas algunas frutas, y además tiene la gran propiedad de que, disuelta dicha acidez en el agua, reverdece á las ciruelas.

Así preparada el agua para el blanqueo, sáquense con la espumadera todos los residuos de las frutas que han servido para prepararlo, luego caliéntese esta agua casi hasta la ebullición, échense las ciruelas puestas anteriormente en agua fría, con cuidado de que ninguna se superponga sobre otra, y así que se eleven hasta la superficie del agua, váyanse sacando con la espumadera y pónganse en agua muy fría ó helada, la cual ha de renovarse varias veces, para que las frutas se enfríen más pronto.

Estando ya las frutas blanqueadas, reverdecidas y enfriadas del modo que acaba de decirse, sáquense del agua con cuidado, con auxilio de una espumadera, para ponerlas á degotar en un tamiz; pónganse en vasijas de vidrio, de tierra ó de madera y cúbranse con aguardiente ó alcohol de 58 grados.

Después de seis semanas de maceración, azucárense á razón de 225 á 250 gramos de azúcar por litro de aguardiente empleado, ó según la cantidad de conserva que se quiera obtener.

OBSERVACIÓN. Aunque el modo de preparación que acabamos de describir, es el generalmente empleado por los licoristas al por menor que desean ofrecer al público ciruelas bien preparadas, hay otro que es más conveniente, aunque más caro.

Consiste en pasar las ciruelas una ó varias veces por el azúcar, á fin de que éste, impregnándose en ellas, las haga más delicadas y más finas.

Para disponer las ciruelas en azúcar, deposítense con mucho cuidado en el lebrillo, así que estén blanqueadas ó reverdecidas como se ha dicho anteriormente. Echese encima un jarabe de azúcar hirviendo de modo que marque 12 grados en el pesajarabes, y cúbrase; al cabo de veinte y cuatro horas, decántese el mismo jarabe en una vasija colocada al fuego, hágasele coser hasta 16 grados y échese de nuevo sobre frutas ,y por fin, pasadas veinte y cuatro horas, vuélvase á recocer por última vez el jarabe aun de 4 grados, es decir, que llegue á los 20, y échese sobre las frutas. Después de frío, pónganse las ciruelas en tarros, cúbranse con aguardiente de 55 á 58 grados, conteniendo 200 gramos de azúcar por litro, y tápense herméticamente.

ALBARICOQUES

Escójanse albaricoques, de un color amarillo claro, bien sanos y cogidos un poco antes de la completa madurez; enjúguense ó cepíllense para sacarles el polvo y la pelusilla, píquense hasta el hueso por varias partes y blanquéense echandolos en agua tibia, al fondo de la cual se precipitarán en seguida, para sobrenadar luego; sáquense uno á uno por medio de la espumadera y sumérjanse en agua mezclada con alumbre ó alcalizada, esto según el color que se desee obtener, á saber: agua muy fría conteniendo 10 gramos de alumbre por cada 20 litros de agua, si se desea que los albaricoques conserven el color blanco que les comunica el agua caliente; y en una primera agua, igualmente muy fría, conteniendo 5 gramos de bicarbonato de potasa por cada 20 litros, si se quiere comunicar á los albaricoques un hermoso color amarillo. Colóquense después de haberse enfriado, con el objeto de fijar su coloración, en una segunda agua, que contenga 10 gramos de alumbre por cada 20 litros.

Después de haber verificado esto por uno ú otro procedimiento, y ya se destine la fruta para la venta, ó ya se conserve para prepararse de un modo más azucarado, póngase á degotar en un tamiz, colóquese en una vasija cualquiera, cúbrase con alcohol de 55 á 58 grados, y al cabo de seis semanas de maceración, añádanse de 150 á 200 gramos de azúcar y dos gotas de esencia de noyó, disuelto en muy poca cantidad de alcohol y en proporción, á cada litro que del mismo se haya empleado para cubrir la fruta.

Mas cuando los albaricoques estén destinados al consumo doméstico ó sea para obtenerlos de primera calidad, es preciso pasarlos por azúcar; para esto hágase lo mismo que hemos dicho para las ciruelas, es decir, que se han de pasar tres veces por el mismo jarabe, alcanzando 12 grados de ebullición la primera vez, 16 grados la segunda y 20 la tercera; déjese un intervalo de 24 horas de una á otra operación. Una vez azucarados los albaricoques de este modo, póngase á macerar en aguardiente, por espacio de seis semanas, y entonces solamente se azucararán como se ha dicho ya para las ciruelas. Haciendo la operación de este modo, el jugo adquiere mayor perfume, y la carne más color y fortaleza.

MELOCOTONES

Escójanse los melocotones de la clase que más gusten, enjúguense ligeramente para quitarles el polvo, agujeréense por una parte solamente, hasta el hueso, y continúense las operaciones subsiguientes, conforme acabamos de indicar para los albaricoques.

MEMBRILLO

Despójense los membrillos de su piel, córtense en cuatro trozos para quitarles el corazón, pónganse en agua con vinagre ó alumbre, del modo que dejamos dicho para las peras; pásense en seguida tres veces ó más por azúcar, como se ha dicho para las ciruelas, y termínese la operación del mismo modo.

EL TESTAMENTO

Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua", Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua," Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro en una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela "Santa María" de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.



5 --Trajes de invierno, abrigos para damas y niñas y pe erina de medio vuelo



El Nido Humano

La señora de la casa bosteza.

Sentada indolentemente en aérea y muelle mecedora, mueve con negligente mano el abanico.

Un soplo suave hace estremecer los ricillos de su frente.

La piel satinada de su rostro, ligeramente sudorosa, recibe con fruición aquella caricia delicada.

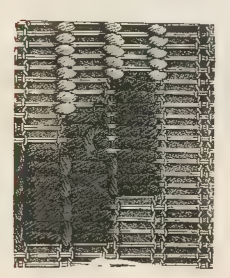
Pero hay momentos en que el abanico se cierra con estrépito, en que el cuerpo de la hermosa mujer se agita entre las flexibles rejillas de bejuco de la mecedora; y entonces adoptan sus ojos negros, entornados, una expresión de fastidio, y sus labios rosáseos, entreabiertos, un mohin de aburrimiento.

Y en la cara de la deidad se dibuja una vez y otra la fea mueca del bostezo.

Pasea la vista por la habitación.

Es un aposento donde apenas cabe ya un mueble, una silla, un cuadro.

En las elegantes rinconeras, de dos y tres gradas, los juguetillos y las chucherías, las figurillas de porcelana, blancas, rojas, azules; los cestitos de oro, rebosando de flores; los cachivaches de cristal, obra del capricho, transparentes como la luz y finos como el aire, forman un museo microscópico, encanto de la mirada.



En las paredes, tablas, lienzos y cobres, reproducen paisajes, grupos, personas, marinas y escenas diversas, cantando, con sus gamas de matices, un himno á la alegría.

Pende del techo brillante araña de vidrios tornasolados.



Rodean la habitación asientos aterciopelados y mullidos, en que se ha previsto, con la variedad de las formas, todas las exigencias de la comodidad. Sin embargo, la bella moradora bosteza.

También, hay allí, en un rincón, instalada en una lujosa estantería, al alcance de la mano, abundante colección de libros.

Son, en su mayor parte, obras de recreo.

Son páginas que la fantasía trazó para solaz de los corazones entusiastas, para alivio de los pechos lacerados.

Prosa y verso, novelas y poemas, hablan de amor, esa pasión única de la mujer, y ese paraíso, y aun á veces infierno, del hombre.

Pero la dueña de la casa ha leído ya todos aquellos libros.

Y otros nuevos ¿para qué?

Ninguno ha de enseñarle un placer no gozado, ni un desengaño no sufrido.

Y continúa su boca arqueándose con la negligente distensión del bostezo.

***

Su marido, que la adora con una adoración que, en el transcurso de diez años, no se ha entibiado ni un solo momento; adoración que, si se ha transformado con el tiempo, que todo lo muda, ha sido como se transforma la planta en flor y la flor en fruto; adoración, primero delirante, después tierna, últimamente celestial; su marido pasa casi entero el día en sus negocios y en la Bolsa.

La dueña de la casa no tiene hijos.

Está sola y bosteza.

Es rica, hermosa á idolatrada.

Pero se aburre. Su vida ha sido un bostezo prolongado. ¿Es dichosa? ¿Es desgraciada? Es lo uno y lo otro. Sólo bostezan los felices; pero sólo se bosteza cuando lo que se posee no satisface.

Aquella señora podría llamarse «la gran bostezante».

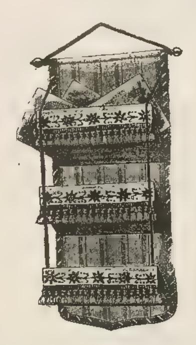
Su nombre es indiferente. Puede ser Eloísa, Beatriz, Laura, Margarita, Manón, Dulcinea.

Lo importante es su persona.

Bajo la clasificación de su carácter podrían inscribirse muchas mujeres, quizás las más femeninas.

¿Qué hacer?

Dejar lo que desagrada.



La señora de la casa se viste y sale á la calle.

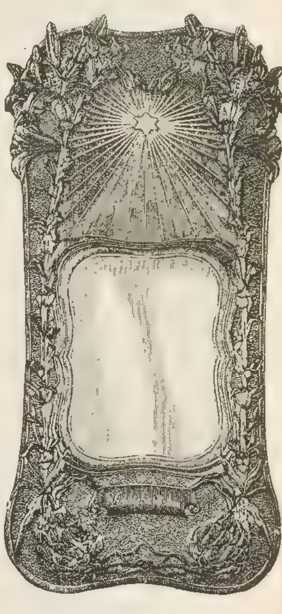
Su gallardía y su elegancia han arrancado por todas partes exclamaciones de admiración, requiebros almibarados, fugaces declaraciones amorosas.

Pero ¡está tan acostumbrada á este falaz incienso, á esos pérfidos halagos!

Ya conoce ella á qué sabe la hiel de las lágrimas que se esconde detrás de la miel de unas palabras que prometen paraísos soñados.

No hace caso de nada.

Los primeros piropos, no obstante, la causan vaga turbación. Su



corazón late más de prisa. Un colorcillo de rosa matiza súbitamente sus mejillas. Sus ojos se inclinan hacia el suelo más. Dominadas estas impresiones, á las que siempre ha respondido inconscientemente su naturaleza, las frases galantes que escucha la producen disgusto. No ignora el egoísmo del hombre: ha observado que se arrodilla ante la mujer, á quien hace después su víctima. Y ella no puede soportar tiranías.

En su casa es reina y dichosa.

¿Para qué buscar fuera esclavitud y vileza?

La señora, aun en la calle, bosteza. Su descontento, sin embargo, no llega hasta el tedio de la vida.

Jamás pasó por su preciosa cabeza la monstruosa idea del suicidio.

Ni siquiera pensaba que la muerte pudiera destruir un día su hermosísimo cuerpo.



6.—"Portier" bordado y modelos de pintura y tejidos.

El género flojo y flexible es siempre el más admitido para el peinado. A pesar del perjuicio efectivo que causa la ondulación á los cabellos, todas las señoras quieren usarlo.

Las peinetas de todas clases, adornadas con perlas, brillantes, sirven para detener los «bandeaux.» Para estar bien de moda, conviene no aparentar estar peinada.

Se recogen los cabellos por detrás; se los levanta y están sujetos sencillamente por las peinetas: eso es todo.

Pues bien: á pesar de esa sencillez, que parece desprovista de todo artificio, se ha llegado á hacer postizos tan perfectos, que las señoras que tienen pocos cabellos parecen tener muchos.

No hay que mirar al precio, porque los cabellos deben ser finos y flexibles como cabellos «vivos,» y esto cuesta bastante caro.

BARONESA LIVET.



Noche de Animas.

I

Allá.... por oriente
ligeras avanzan,
gigantes, las sombras
de noche callada;
de noche que trae
recuerdos al alma
de seres que fueron,
de dichas pasadas,
evocadas al son misterioso
de tristes campanas.

II

Sin luz en los cielos,
ni aroma en las auras,
sin flores el valle,
brumosa la playa......
cubierta de nieve
la agreste montaña......
¡Con cuánto misterio,
qué lóbrega avanza,
de los muertos la noche fatídica
la noche de lágrimas!....

III

En tétricos sones
pidiendo al creyente
sentidas plegarias......
¡orad por los muertos!....
parece que claman,
trayendo á la mente
ledas remembranzas
de los seres amados que impía
venciera la parca.

IV

Como arista leve
que el turbión arrastra,
locas ilusiones,
dulces esperanzas
quedaron deshechas.
Doblan las campanas,
y á impulsos van rápidas
del cruel desengaño,
mostrándose amarga
la verdad de la vida..las hondas
miserias humanas!

V

¿Qué fué de la hermosa
que dichas soñaba,
cuando, entre los giros
de la brisa plácida,
hasta el casto lecho
las notas llegaban
de tiernas canciones,
de músicas gratas
que en concierto armonioso
y sublime
de amores le hablaban?

VI

¿Qué fué del gallardo
doncel que entonaba
al pie de la reja
bellísimas cántigas,
cuando en los balcones
del Oriente, el alba
radiante y espléndida
su faz asomaba,
y en el valle extendía el rocío
su chal de escarlata?





..3.—Colección de trajes de baile y reunión y sombreros de invierno.



VII

De nuestros mayores,
¿qué fué.... ¿Dónde se hallan
el padre amoroso,
la madre adorada?......
¿Qué fué de los seres
queridos que faltan
de nuestros hogares?....
Su ausencia llorada
durará eternamente....lo dicen
las tristes campanas!....

VIII

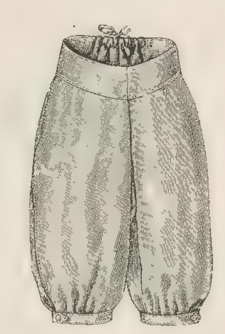
¡Volvió el polvo al polvo!...
¡La nada á la nada!......
A ser esto vienen
la torpe arrogancia,
la gloria mentida,
la soberbia humanas,
al fin encontrando,
de nuestra jornada,
la justicia de un Dios inmutable
que á todos alcanza!....

I. H. y HERNÁNDEZ.



MIS HIJAS

¿Que cómo son? Para mí,
que estoy mirándome en ellas,
son hermosas como estrellas,
valen más que un Potosí;
porque ellas son mi embeleso;
porque saben con exceso
mi acendrado amor pagar
cuando me dan á gustar
toda la gloria de un beso.



De la inocencia al calor
duermen en paz todavía
y atesoran más poesía
que el pájaro y que la flor.
Almas llenas de candor
por quienes yo me desvelo,
para ellas ferviente anhelo
todo cuanto bien se encierra,
no solamente en la tierra,
sino también en el cielo.

Sus penas me hacen sufrir,
su alegría es mi placer,
y como las vi nacer,
no quiero verlas morir.
Pensar que pueda ocurrir,
me causa intensa aflicción.
¡Hijas de mi corazón,
cuyas gracias me cautivan!....
¡Que siempre, Señor, me vivan,
porque mi vida ellas son!

T. TOLOSA HERNÁNDEZ.

A una Niña

Quisiera, bella niña,
Que en tu alma pura
No entraran los pesares
Con su amargura.
Que fuera tu camino
Senda de flores,
Y que arrullen tu sueños
Los ruiseñores.

Quisiera que tu vida
Feliz corriera
Como manso arroyuelo
Por la pradera.
Que ni una nube vele
tus lindos ojos,
Ni una queja exhalen
Tus labios rojos.

Si fuera un Dios potente,
Yo te daría,
No sólo lo que digo,
Más todavía;
Porque habría de darte
Todo el poder
Que el Dios más poderoso
Pueda tener.

Mas como nada tengo,
Sólo te envío
Estos pobres cantares
—¡Lo único mío!—
Y en ellos te aconsejo
Ser siempre pura,
Que en ello se substenta
Toda ventura.

V. MENÉNDEZ

La Niña Muerta

I

¡Qué preciosa está la niña
en su cunita durmiendo!
¡con sus bracitos desnudos
parece un ángel del cielo!
En sus labios inocentes,
que dibujan placenteros
una sonrisa divina,
imprime su madre un beso,
beso que es todo un poema
de ternura y sentimiento,
beso que del amor puro
es un sublime compendio....!
¡Bendito sea mil veces
—exclama la madre—el cielo
que me ha dejado mis hijos
para tener un consuelo
que mitigue mis tristezas
de que está lleno mi pecho!
¡Oh! ¡Si te viera tu padre,
ángel mío, así durmiendo,
solamente por besarte
descendería del cielo......!

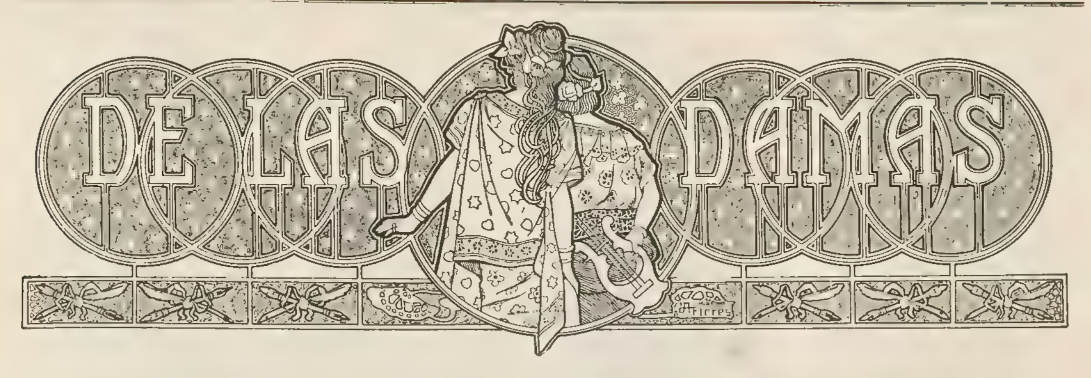
II

Ya no sonríe la niña,
¡la pobrecita se ha muerto!
La han colocado en la caja
y de flores la han cubierto,
que para su cara hermosa
son el adorno más bello
las flores que van mezcladas
con lágrimas y con besos
de una madre cariñosa,
toda amor y sentimiento.....
Ya no sonríe la niña,
está allá.... en el cementerio,
bajo una tumba cubierta
de nardos y pensamientos
que expresan cuán hermosa era
y el indeleble recuerdo
que ha dejado por el mundo
su paso breve y risueño...
Ya no sonríe la niña;
pero mira desde el cielo
á su madre que llorando
está desde que ella ha muerto,
y desde allí cariñosa
la envía un amante beso
lleno de dulce ternura
¡para que lo imprima luego
en la carita de rosa
de su hermanito pequeño!

SANTIAGO A. NARRO.



4—Elegantes abrigos de la estacion y trajecitos infantiles.



Carta de una Parisiense

Flores y jarrones

La mujer que no ama las flores, no es verdadera mujer, y el salón desprovisto de flores parecería sin encanto y sin vida.

Así, pues, ocupémonos de las flores de salón, porque este culto necesita ser sostenido entre nosotras.

Llenar de flores la habitación, colocar en jarrones, en canastillas, los haces olorosos que ha ido á buscar una por sí misma, por la mañana, ó que la vendedora de flores ha enviado, ó lo que es aún más agradable, que se recogen en su propio jardín, es una de las ocupaciones más delicadas á que puede dedicarse una mujer.

Hay todo un arte en disponer las flores en ramos como para obtener, del conjunto de sus matices, de la combinación de sus perfumes, una variedad infinita de sensaciones, como las que excitan en nosotras la música y la poesía.

Los japoneses han complicado este arte de la composición de los ramos, hasta minuciosidades impracticables para personas tan presurosas de vivir como nosotras.

Hay en el Japón una gran diversidad de tipos y hasta de escuelas, en este arte de arreglar grupos de flores.

Todos esos estilos y escuelas tienen, sin embargo, algunos principios comunes.

Consienten en dar á las composiciones cierta impresión y expresión adaptarse á la naturaleza particular de la vegetación, de las plantas usadas, conocer la estación en que conviene emplear tal ó cual flor, saber lo que convendrá hacer de lo botones de flor, de las flores abiertas, de las flores ajadas, etc.

Se debe, ante todo, en una combinación floral, sea cual fuere, prestar gran atención á la dirección que deberá imprimirse á los tallos y á las ramas.

Desde el punto de vista técnico, la superficie del agua de donde se levantan las flores es como el verdadero suelo en que han crecido.

No es indispensable mantener los tallos verticales; pero si están inclinados, es preciso que lo sean fuerte y netamente: se deben evitar las curvas y ángulos poco marcados.

Para ser conservadas, las flores, antes de ser arregladas en los jarrones, deben ponerse en un sitio fresco y en agua: de este modo los tallos se empapan de agua y quedan en un buen estado hasta el momento en que se reúnen en ramo.

Cuando transcurre cierto tiempo entre la recolección y la colocación en agua—ó bien cuando se trata de flores que han viajado—es preciso tener cuidado de cortar la extremidad de los tallos, cerca de un centímetro.

Los vasos conductores del agua, están compuestos de una substancia muy permeable, cuando el tallo está en la planta ó en el agua, pero que pierde su porosidad al ser cortada la flor y quedar cierto tiempo sin ser puesta en el agua, porque la evaporación la deseca, principalmente cerca del corte.



1.—Trajes de baile, de gasa y seda.

Una rama cuyo extremo se deseca así, sumergida en el agua, queda tan ajada como si se dejara al aire libre, pues la desecación, y por consiguiente, la contracción de los vasos por el corte, son un obstáculo á la aspiración del agua.

Y si las flores han viajado en invierno, después de haber cortado el extremo de sus tallos, es preciso sumergirlos antes en el agua algo tibia.

Por eso la lila blanca que vive en invernáculos en invierno, ó más bien en los sótanos, si está algo ajada, vuelve á adquirir su vida y á erguirse, si se sumerge la rama por la cabeza en un jarrón lleno de agua caliente.

***

Otro consejo: no recoger nunca las flores en pleno calor se ajan

mucho más pronto; y no ponerlas nunca en un jarrón cuya agua fuera muy fría.

Lo mismo que para regar las plantas de salón, el agua que se emplea debe tener la temperatura de la pieza donde se ponen.

Cuando las flores están reunidas en ramo en los jarrones, se observa con frecuencia que se ajan, mientras que una de esas flores puesta aparte, en un jarrón ó en un vaso, queda en buen estado.

Lo que pasa es fácilmente comprensible: estando las flores puestas en un jarrón, no hay sino una corta cantidad de agua para todas ellas, esa agua se agota rápidamente en parte y el resto se corrompe no menos rápidamente.

Además, las materias fermentadas obstruyen los vasos é impiden la ascensión del agua.

Para colocar las flores cortadas en buenas condiciones de conservación, se debe todos los días, ó al menos cada dos días, sacarlas del jarrón, renovar el agua y refrescar el extremo de los tallos cortándolos.

Huelga decir, que, mientras tanto, el jarrón se llena de agua á medida que se evapora.

Es lo que hacen las vendedoras de flores, que cada noche las sacan de los jarrones, las ponen en grandes baldes llenos de agua, y al día siguiente cortan el extremo de los tallos antes de arreglarlas en los jarrones cuya agua se ha renovado, y á esto se deben atribuir los resultados que obtienen en el aumento de la duración de las flores cortadas.

Con el objeto de aumentar la facilidad de penetración del agua, muchas de ellas sacan tiras de corteza sobre la parte de la rama que está en el agua, especialmente para las rosas de tallo muy largo.

Se aconseja también introducir un trozo de carbón de leña en el fondo de los jarrones que contienen las flores, para conservar más tiempo la frescura.

Las plantas verdes, en plena tierra, en vasijas, no deben ser regadas; se debe sumergir el jarrón y tenerlo en el agua hasta que no se eleve ya ninguna burbuja en la superficie del agua en que está sumergido.

Los cultivadores de viñas conservan igualmente las uvas cortadas en cuartos obscuros, el tallo sumergido en botellas de agua en que se ha introducido un pedazo de carbón de leña.







Para arreglar flores en jarrones, no hay reglas propiamente dichas; sólo el gusto innato en todas las mujeres necesita ser desarrollado.

Sin embargo, sé que existen en París escuelas de este género, y hasta en cada exposición floral se organizan concursos de jarrones, con distribución de medallas para las que han creado los más lindos ramos.

***

He aquí en dos palabras la manera más elemental para adornar jarrones.

Ante todo, escoged jarrones en forma de tulipán, es decir, estrechos abajo y que se ensanchen en forma de cáliz.

Después, colocad ante todo vuestro follaje y meted las flores al azar, teniendo cuidado de no acercarlas demasiado unas á otras, á fin de que no se rompan las hojas.

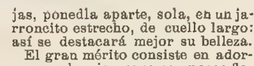
Es preciso, para que un ramo sea lindo, que sea muy vaporoso y no tenga el aspecto de haber sido preparado.

Cuando vuestro jarrón os parezca suficientemente adornado, para darle aún más ligereza, reunid todas las flores en vuestras manos, por arriba, sacadlas del jarrón, pero no por completo, y dejadlas caer de nuevo, con naturalidad.

Si poseéis una bella flor, con su tallo largo, sus botones y sus hojas, ponedla aparte, sola, en un jarroncito estrecho, de cuello largo: así se destacará mejor su belleza.

El gran mérito consiste en adornar muchos jarrones con pocas flores. Se necesita mucho follaje para conseguir este resultado.

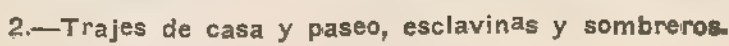
En invierno, en el campo, como donde no hay flores, se pone follaje en todas partes; á esas hermosas











2.—Trajes de casa y paseo, esclavinas y sombreros.

hojas herrumbradas por el cierzo, se pueden agregar semillas de muérdago, de acebo, etc.

Con gusto, una señora puede embellecer su hogar con muy poca cosa.

BARONESA LIVET.





CANTARES

(DE HEINE)

Te quise, mi pecho aún te ama,
Y aun cuando el mundo se hundiera,
Viva de mi amor la llama,
De sus escombros saliera.

Mi canto está emponzoñado,
Por fuerza. ¿No lo ha de estar,
Si en el cáliz de mi vida
Veneno arrojas no más?

Mi canto está emponzoñado,
Por fuerza. ¿No lo ha de estar,
Si en mi corazón se anidan
Víboras, y tú además?

Si fuera golondrina,
Volara á donde estás,
Para colgar mi nido
Do tus ventanas dan.



¿Por qué tan mustias cuelgan en la mata
Las rosas, di? ¿Por qué
No vierte la violeta esencia grata,
La flor que tanto amé?

Dime, mi bien, ¿por qué la alondra trina
Con notas de dolor?
Por qué la fresca hierba no germina
Ni exhala grato olor?

¿Por qué ilumina el sol con rayo enfermo
Del campo la ancha faz?
¿Por qué aparece como vasto yermo
La tierra tan feraz?



¿Por qué he de estar tan triste
y tan callado
Yo mismo, niña, di?
¿Por qué me abandonaste,
dueño amado,
Y me dejaste así?

Lágrimas vertí en mi sueño:
Que habías muerto soñé;
Me desperté, pero el llanto
Aún no cesó de correr.

Lágrimas vertí en mi sueño:
Que me dejabas soñé;
Me desperté, y aún lloraba
Mucho más que la otra vez.

Lágrimas vertí en mi sueño:
Que me querías soñé;
Me desperté, y todavía
Corre mi llanto cruel.

Zafiros son tus ojos,
Más bellos no los hay,
Y el hombre á quien auguren
Amor, feliz será.

Tu pecho es un diamante
Que arroja claridad,
Y el hombre por quien arda
De amor, feliz será.

Rubíes son tus labios,
Más rojos no los hay,
Y el hombre á quien suspiren
De amor, feliz será

A solas con ese hombre
Yo me quisiera hallar:
¡Qué pronto fin daría
A su felicidad!

Viajamos los dos en posta
Solos una noche entera,
Y en mi seno aquella noche
Reposaste placentera.

Y al salir el sol radiante,
¡Cuál nos admiramos luego,
Viendo entre los dos sentado
A un rapaz alado y ciego!

Me dije, desesperado,
Aguantarlo no podré;
Y con todo, lo he aguantado....
¡Con qué angustia, no os diré!

Soñaba profundamente,
Y su rostro contemplaba,
Y mi sueño lentamente
Vida y expresión le daba.

Asomó á sus labios rojos
Encantadora sonrisa,
Y de sus azules ojos
El llanto corría aprisa.



3.—Trajes de reunión, sombrero de invierno y vestidos infantiles.

INVERNAL

No sé por qué el invierno trae á mi alma una sensación dolorosa de tristeza y hastío. Ese cielo eternamente gris y eternamente monótono, ese ambiente penetrante y frío como el hielo de las tumbas, parece que vinieron á cubrir mi corazón con una mortaja y á arrebatar traidoramente mis ilusiones y el vigor poderoso de la vida, sostenido hora tras hora por el impulso secreto del que quiere endulzar la lucha por la existencia. Los recuerdos tristes acuden en tropel á mi mente, y desordenados y confusos, brillan y desaparecen para perderse en las tinieblas de mi alma. Allí, en mi última contemplación, y como un calidoscopio, veo pasar á la sociedad con su pompa y sus miserias, sus placeres y sus lágrimas.

Contemplo esa sociedad elegante y culta, que arrastra lujosa librea y cubre su cuerpo con tupidas pieles, siempre feliz y siempre sonriente, aunque muchas veces la punzadora de la conciencia ó el fantasma de la desgracia hayan querido oponer una valla insalvable á las legítimas ó ilegítimas ambiciones humanas.

Salid de vuestra casa y la veréis pordoquiera, en los regios alcázares con escalinatas de mármol, en los templos, en los paseos, en los teatros, en los clubs. Allí, la alegría tiene su imperio, y si no, un cambio de luz natural por la luz artificial; el oro, que todo lo puede, les presenta á la Naturaleza muerta, con nuevos atractivos de vida, con nuevos encantos que alimentan su fantasía soñadora.

Pero dentro de esa entidad social á donde no ha llegado la voluptuosa sensación que da la fortuna.... donde todo es tétrico y frío, donde no se siente la risa franca y retozona del que no tiene qué pensar en el mañana, para ésos.... el invierno es un sudario que cubre temporalmente sus cuerpos exhaustos y fatigados por el trabajo y por el hambre.

La lucha por la existencia se le hace al pobre más difícil y costosa. Parece que la Naturaleza llora con ellos las miserias del mundo; parece que quisiera confundir las lágrimas del cielo con las de los desgraciados que tan trabajosamente suben la cuesta de la vida.

¿Queréis conocerlos? ¿queréis aliviar su existencia? ¿queréis demostrarles que el oro no envilece las conciencias y no apaga los generosos sentimientos del corazón? Id y buscadles presurosos, que los hallaréis por todas partes; llevad venerosamente vuestro óbolo, que la recompensa va siempre acompañada con la nobleza de la acción.

AURELIO MURILLO.



SERENATA

Graciosa niña, deja tu lecho,
Ven al balcón;
Que emocionado llega á cantarte
Mi corazón.

Si es que tú duermes,
¿Duermes acaso
Pensando en mí,
Cuando en tu sueño
Por otros mundos
Vagas feliz?

Tal vez ingrato tu pensamiento
Lejos esté,
Mientras el mío volando cerca
Besa tu sien.

Graciosa niña,
Deja tu lecho,
Despierta ya:
Porque tus ojos
Le dan á mi alma
Consuelo y paz.

Cuando mis noches
Tienen por cielo
Negro capuz,
Las sombras huyen si compasiva
Me miras tú.

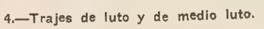
DANIEL UREÑA.



Para lograr que te olvide
no sé lo que hará tu madre;
pues la muerte, con ser muerte,
no tiene poder bastante.







4.—Trajes de luto y de medio luto.



5.—Colección de vestidos para visita y reunión.

LA URRACA

Tenía ella nueve años, y él más de doce.

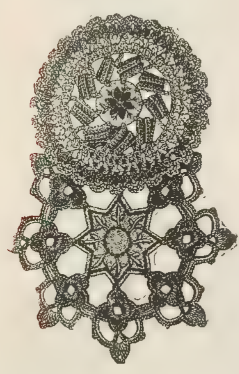
¿Cómo se habían visto? Por las tardes se abría la verja del jardín, situada en un extremo del pueblo, y la niña salía á ver cómo regresaban del campo los rebaños. Fué cuestión de un momento.

—¿Cómo te llamas?

—Juan. ¿Y tú?

—Aurora.

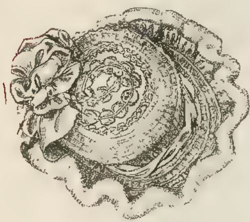
Y en seguida pusiéronse á jugar como si se conocieran de toda la vida. Ella le azotaba con la comba, le pegaba con el pañuelo, le hacía traer del taller trocitos de madera para hacer palacios. Todo su afán era hacer palacios.



El la dejaba hacer y la miraba embobado. Era muy hermosa aquella niña, con su cara de arcángel circundada de bucles castaños, sus ojos serenos y grandes y su tocado de hadas que la envolvía en encajes y perfumes.

—Ven—le dijo una tarde.

Y le entró en el jardín por la puerta reservada al guarda. ¡Qué jardín tan hermoso! ¡Qué alamedas tan frescas y sombrías! ¡Qué filas de rosales, de clemátidas y de dondiegos! Y después, á lo lejos, el «hotel», como decía Aurora: un palacio soberbio, con balcones, balaustradas y escaleras de mármol. Era hermoso.



En cuanto Juan se salía del taller, ya se sabía: se limpiaba la blusa, se alisaba el cabello, ceñía á su garganta un pañolito blanco de su madre, y derecho al jardín.

¡Qué dichoso estaba! Los macizos de flores deslumbraban con vívidos matices; los pájaros volaban disputándose los últimos reflejos del sol.

Y allí estaba la niña.

—¡Cuánto has tardado!—le decía, amorosa y tierna.

Pero él tenía que trabajar; su madre era una desdichada y pobrísima viuda, y había que ganar un jornal para mantenerla.

El maestro habíale dicho á Juan que llegaría á ser un artista: ya sabía tallar en madera, y muchas veces llegaba con flores ó con pájaros esculpidos por él, que la niña guardaba asombrada y gozosa.

Una vez se les hizo ya de noche cogiendo frambuesas y persiguiendo mariposas, y el aya salió del hotel á buscar á la niña.

Era una inglesa, avellanada y seca, cuyo retrato se apareció desde entonces al niño siempre que procuró tallar ó dibujar una cabeza de urraca.



Aquella vez no anduvo listo y la inglesa le vió. La niña asustóse también y se miró aterrorizada, como lady Macbeth, las manos cubiertas lastimosamente de agua y de barro. La inglesa fué derecha al carpinterillo.

—¿Qué haces aquí?

Y al ver que no le contestaba, le señaló abierta una puerta de las estufas, gritándole con voz nasal:



—¡Fuera de aquí, granuja!

¡Granuja él! ¡Qué vergüenza!

Se miró, y por primera vez se dió exacta cuenta de su pobreza.

Sí. Era un intruso, un vago, un pordiosero; su blusa, su gorra, todo su ajuar era un harapo que desentonaba en aquel cuadro de faustos y de grandeza.

¿Que hacía él, el hijo de la mendiga, junto á aquellas verjas doradas, aquellas estatuas y aquellos ramilletes de flores?

No; no eran para él para quien se enarenaban aquellos magníficos paseos y se encendían aquellas artísticas farolas.

Bajó la cabeza y salió, mientras la niña se encaminaba al palacio, oyendo silenciosa y turbada la reprensión de «miss», dictada en voz agria, desentonada y chillona.

Ya no volvió á salir Aurora. Algunas tardes llegaba cautelosamente el aprendiz hasta la verja, pero nada escuchaba.

Una tarde, por fin, la cara sonrosada de la niña apareció por entre las barras de hierro y las enredaderas. Se puso de pronto muy encarnada, separó de él la vista y desapareció.

—¡Se avergüenza de mí!—pensó el muchacho.

Y se marchó al taller. Entró decidido, resuelto, y preguntó por el maestro.

—¿Qué te ocurre, Juanillo?—le dijo.

—Me ocurre—le contestó el chiquillo entre suspiros y sollozos,—me ocurre que quiero ser hombre y trabajar y hacerme rico y poderoso como los forasteros del jardín grande. Que quiero trabajar de día y de noche, y aprender sin descanso para conseguir una fortuna.

El maestro le miró sorprendido y pareció dibujar en sus labios una sonrisa; pero después quedóse serio, y acariciando la rubia cabeza del aprendiz, le contestó:

—Mira, chiquillo; yo sé lo que te pasa, y de seguro, sin equivocarme. Tu corazón es mucho más viejo que tu cabeza, y hay que decirte la verdad. Esas quimeras que te forjas son muy perjudiciales. Trabajando no llegarás á ser rico; serás siempre un esclavo. No tienes capital, no tienes padrino, el mundo te obligará á ser pobre ó á envilecerte. Y es más: no debes trabajar para ser rico. Esa sería una mira demasiado pequeña.



Miró entonces el aprendiz al ebanista con los ojos muy abiertos.

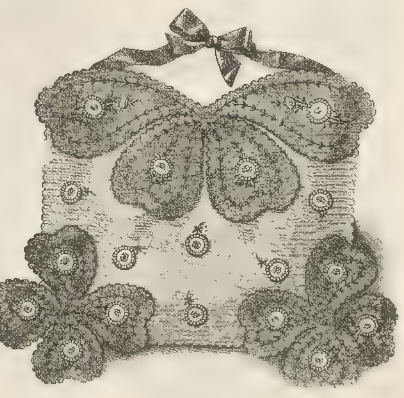
—¿Crees tú que no sé—contestó éste—que estás enamorado de la chiquilla del marqués? Pues lo sé, porque el aya ha venido á decirme que le estás estorbando y que ha tenido que echarte de allí para que no distrajeras á la niña. Y ahora quieres de pronto ser rico para volver con un hermoso traje y arrojar á la cara de la vieja el oro á puñados. ¿No es eso? Vamos, contesta.

El niño púsose rojo como una cereza y calló.

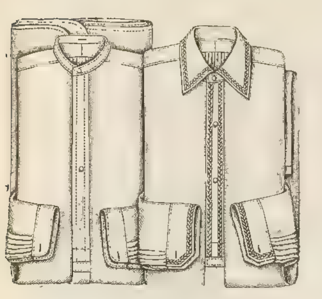


—Pues déjate de ilusiones tontas—prosiguió el obrero.—Entre los ricos y nosotros hay un abismo muy grande, que no se llena así como así. Somos de otra raza y tenemos muchas cuentas que ajustar. No hay





6.—Modelos de bordados y tejidos y espalderos de trajes para invierno.

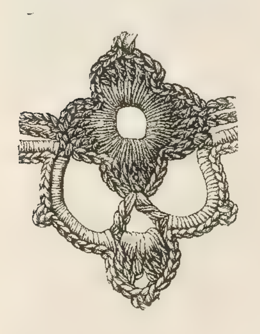


un millón ganado honradamente, y la mayor parte de esas hijas de ricachones llevan en las venas la sangre de muchas criaturas despojadas. Tú no puedes encanallarte ni sabrías; renuncia, pues, á la ambición. Y, sobre todo, trabaja, no para subir, sino para nivelar. Así es como trabaja la Naturaleza.

Y cogiendo al muchacho de la mano, le condujo á la huerta.

—Mira—le dijo.—Aquí todo parece inerte é inmóvil. ¿No es cierto? Pues en cada planta, en cada gota de agua, en cada grano de arena, late la vida, y esa vida no es sino una lucha eterna por el equilibrio, por el nivel.

Uniendo luego entre sí dos surcos separados, el agua del más alto precipitóse al punto de la abertura. Arrojó una piedra en la pequeña balsa que él formó, y aparecieron grandes círculos que fueron ensanchándose. Levantó luego la mano y mostró al niño sorprendido el humo de la fábrica que se disipaba en el ancho azul.



—¿Lo ves?—dijo al niño silencioso y suspenso.—Transforma por el calor esas aguas, enciérralas convertidas en vapor en tubos de hierro y tendrás la locomotora. Porque la vida no es más que un equilibrio de fuerzas, y el mundo un equilibrio de átomos y la luz un equilibrio de vibraciones, y esas flores, esas plantas, esos seres que ahora contemplas, no son sino productos de corrientes, de energías que se precipitan, lo mismo que el agua de las regueras, á buscar un nivel, que, una vez conseguido, produce la armonía universal.

—Ahora vete—le dijo—y trabaja. Pero no pienses más en imitar á aquellos que, queriendo burlar las leyes de la vida y perpetuar la desigualdad, no hacen más que preparar, sin saberlo, las grandes transformaciones de la historia.

El niño retiróse turbado. Jamás había oído hablar así á su maestro. Pero de todo aquello una sola cosa quedósele grabada en la memoria: la marquesita jamás sería suya.

Llegó al fin el verano y se dijo en el pueblo que los «señores» se marchaban.

¿Por qué sobrecogió á Juanillo aquella noticia? Para él la niña no existía. Pero esta vez perdía la última esperanza, porque Aurora se marchaba para siempre: se había vendido el jardín y el hotel.

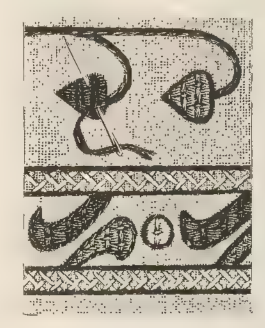
A la tarde siguiente, dos carruajes se alejaban del pueblo. En uno de ellos iba Aurora, que volvió la cabeza al ver á Juanillo estacionado en la carretera. En el otro iba el aya con tres criados.

Al pasar arrojó el carpintero por la ventanilla un objeto dentro del coche; una colosal cabeza de urraca con anteojos y cofia que había tallado la noche anterior, y en cuya frente había escrito esta sola palabra: EQUILIBRIO.

Era su venganza.

Después, cuando á la vaga luz del crepúsculo vió desaparecer á lo lejos los carruajes, el niño rasgó su blusa, quebró sus herramientas y, antes de decidirse á dejar para siempre el edén de su infancia, para probar fortuna, lloró toda la noche sobre aquel césped que la marquesita no volvería á pisar.

ANTONIO ZOZAYA.



Secretos de Cocina

La carne pierde toda su substancia si se cuece demasiado. Según el gran químico Liebig, 78º centígrados es la mejor temperatura para hervirla.

La carne debe ponerse en la cacerola cuando el agua esté hirviendo; se deja así durante tres ó cuatro minutos y luego se retira un poco del fuego, de modo que se encuentre á una temperatura 25º más baja que la que antes tenía.

Por este método se forma una especie de costra que impide que los jugos de la carne se pierdan en el agua.

La misma ley debe seguirse para asar. El calor, muy grande al principio, debe ir decreciendo poco á poco. Téngase presente que la carne asada sobre la hornilla es siempre más gustosa y más tierna que la que se asa al horno.

Por otra parte, el asado es el procedimiento más caro para guisar,



por la sencilla razón de que la carne pierde cuando se asa más de un 30 por 100 de su peso, mientras que cuando se cuece, apenas pierde un 20 por 100.

Muchas cocineras creen que las anguilas saben mejor cuando se echan vivas en la cazuela: esto no es sino un método bárbaro, y las personas que lo defienden diciendo que no hay manera de matar una anguila, demuestran una crasa ignorancia.

Ciertas contracciones musculares tienen lugar después de haber dado muerte al animal, pero desde el momento en que se le separa la cabeza del tronco, no experimenta sufrimiento alguno.

Igualmente cruel es la costumbre de echar langostas ó cangrejos vivos en el agua hirviendo. Estos crustáceos se matan con facilidad, y ninguna cocinera debe ignorar el modo de hacerlo. Un espetón afilado, metido á través de la cabeza y cuerpo de un cangrejo, le mata instantáneamente.

Si se trata de una langosta, se clava un cuchillo en la tercera articulación de la cola y el animal muere al momento.

Una de las cosas más raras en materia culinaria, es encontrar un bistec bien hecho. Todo consiste en la creencia de que la carne debe freírse, siendo así que el verdadero bistec se hace á la parrilla. La manteca ó el aceite empleados para freír, endurecen la carne y la hacen indigesta.

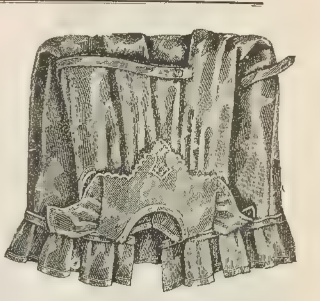
Cuando no se tiene á mano una parrilla, puede emplearse una sartén, pero calentándola casi al rojo antes de poner la carne en ella, y sin usar grasa ni aceite de ninguna clase.

LA FELICIDAD

Sentada está una doncella
en el picacho de un monte;
su faz sonrosada y bella



semeja una blanca estrella
desde el lejano horizonte.
Alas cual de mariposa
bate en el espacio azul,
y con dejadez airosa,
como un hada vaporosa,
envuelta está en fino tul.
Por la difícil pendiente
camina sin pesadumbre
joven robusto y valiente,
contemplando sonriente
á la ninfa de la cumbre.
Esfuérzase por llegar
al picacho en que sentada
ella parece esperar,
mas cuando la cree alcanzada,
se lanza rauda á volar.
El, incansable, prosigue
el empinado camino,
mas cuando cree que consigue
asirla por el tul fino,
la ninfa volando sigue.
Hasta que así, contemplando
siempre á la bella delante,
el rendido caminante
rueda por fin, resbalando
al abismo en un instante.



Ingrata y fría beldad
que yo no alcanzo tampoco,
tú eres la felicidad
que desde mi tierna edad
voy buscando como un loco.
Siempre corriendo anhelante
tras esa belleza esquiva,
siempre viéndola radiante,
pero siempre fugitiva



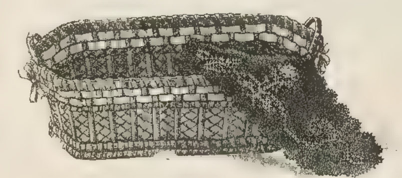
y cada vez más distante.
Cansado ya de correr
cual errante peregrino,
estoy próximo á caer....
¡Felicidad....! ¡Desatino....!
¡Tienes nombre de mujer!

L. J. GARCÍA.



CANTARCILLO

La espina de los dolores
me conoce tanto y tanto,
que cuando tiene que herirme,
me hace ya muy poco daño.





7.—Colección de tejidos y bordados.

Sor Tristeza

I

Bajo la paz religiosa
de este crepúsculo de oro,
se abrirá como una rosa
mi pasión en un ¡te adoro!

Haré que la rima, unciosa,
con lento rimo de coro,
parezca una mariposa
en el soneto incoloro.

¡Oh tú que eres toda casta!
Me encantan las palideces
de tu inefable belleza;

y te adoro tanto, que hasta
una virgen me pareces:
la Virgen Santa Tristeza!

II

Tu voz se oye en los pensiles
si suspira el arpa eólica,
y hallo en tus regios perfiles
una gracia melancólica.

Tienes los rasgos gentiles
de una madona católica,
y esparcen tus quince abriles
una fragancia bucólica.

¡Te amo! te dice en secreto
mi romántico soneto,
porque llenas mi ideal,

¡oh tristeza pensativa,
arrancada de la ojiva
de una vieja catedral!

III

Hora santa. Dios oficia;
y con el tenue violeta
de su mágica paleta
á los cielos acaricia.

¡Oh mi pálida novicia!
Mira con ansia secreta
en tus ojos el poeta
una lejana caricia.

Todo calla, el amor vela;
y á la tarde que huye, miro
como á un pájaro que vuela...

Es instante de pasión,
y en el ala de un suspiro
puedes darme el corazón.

IV

¡Qué gentil Santa Tristeza!
En el soneto incoloro
radiará, cual chispa de oro,
tu romántica belleza.

Inclinaste la cabeza,
como las santas del coro;
y oí trémulo un ¡te adoro!
de tus labios de frambuesa

Sentí en mi alma extraños vuelos,
invasión de cosas bellas,
y se rasgaron los cielos
y abrieron sus áureos broches
todas, todas las estrellas,
diciéndonos: ¡buenas noches!

V

Mientras la noche caía,
á tu cara los sonrojos
le daban toques tan rojos
que creí que amanecía!

Mi amorosa letanía
escuchaste sin sonrojos,
y sentí, al verme en tus ojos,
que eras toda, toda mía!

Después, tímida, partiste;
y temiendo la asechanza,
¡no me olvides! me dijiste.
Y en mi alma, loco ó cuerdo,
miré el sol de la esperanza
y la luna del recuerdo.

VI

Cambió la decoración:
vino el rencor importuno,
y su eclipse tuvo el uno
y la otra su conjunción.
Voluble tu corazón,
de firmeza el mío ayuno,
entre los dos, de consuno,
matamos á la ilusión.
El orgullo impulsó al austro
que mató nuestros amores;
yo me fuí al sueño, tú al claustro,
y hoy que aún amo tu belleza,
en tus aras estas flores
deshojo, Santa Tristeza!

EDUARDO J. CORREA.



8.—Traje de baile y faldas de corte moderno.

EL TESTAMENTO

Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

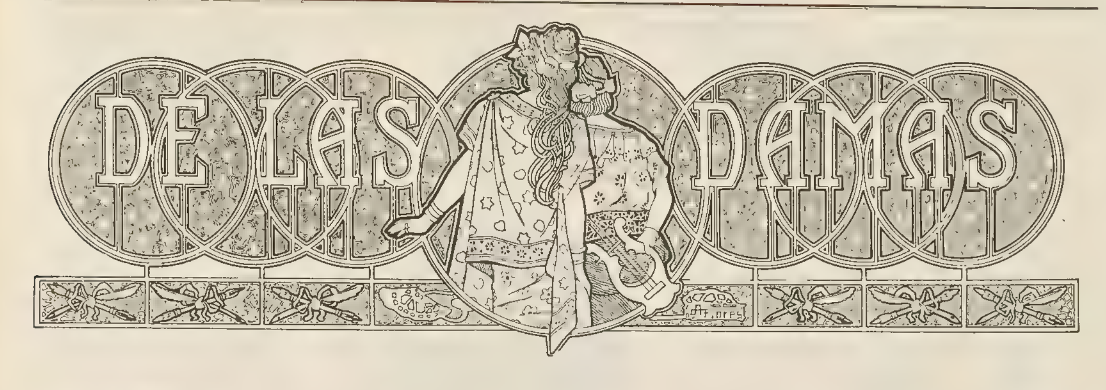
La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua", Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace pocos días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua,'' Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro en una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela ''Santa María'' de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última póliza.





Las Estrellas

(Narración de un Pastor Provenzal)

Cuando yo guardaba rebaños en el Luberón, permanecía semanas enteras sin ver alma viviente, solo en los montes con mi perro Labri y mis ovejas. De vez en cuando pasaba por allí el ermitaño de Mont-de-l'Ure en busca de hierbas medicinales, ó bien topaba con la negra cara de algún carbonero de Piamonte. Pero eran gentes cándidas, silenciosas por la costumbre de la soledad, sin gusto por hablar, y sin saber cosa ninguna de las que se cuchicheaban en los pueblos y ciudades. Por eso, cuando cada quince días oía yo por el camino que sube, las campanillas de la mula de nuestro cortijo, trayéndome las provisiones de la quincena, y cuando veía aparecer poco á poco sobre la ladera la vivaracha cara del mozo de labor ó la roja cofia de la vieja tía Norade, de veras que me sentía muy contento. Hacíame contar las noticias de nuestros paisanos de allá abajo, los bautizos ó las bodas; pero lo que sobre todo me interesaba saber es qué era de la hija de mis amos, nuestra señorita Estefanía, la más guapa muchacha en diez leguas á la redonda. Sin aparentar tomarme demasiado interés, me informaba acerca de si iba mucho á las fiestas, á las veladas, si acudían siempre á ella nuevos galanes; y á los que me preguntasen qué me podían importar esas cosas á mí, pobre pastor del monte, les contestaría que tenía yo veinte años y aquella Estefanía era lo más hermoso que en mi vida he visto.

Pues bien; en un domingo: que esperaba los víveres de la quincena, su cedió que no llegaron hasta muy tarde. Por la mañana decía para mí: «Eso depende de la misa mayor». Luego, hacia mediodía, ocurrió una gran tormenta y pensé que la mula no habría podido ponerse en marcha por el mal estado de los caminos. Al fin, á las tres de la tarde, con el cielo despejado y la montaña reluciente de agua y sol, oí entre el gotear de las hojas y el desbordamiento de los hinchados arroyos, las campanillas de la mula, tan alegres y rápidas como un gran campaneo en día de Pascua. Mas no la conducían el mozo de labor ni la vieja Norade. Era.... ¿adivináis quién?.... ¡nuestra señorita!, hijos míos; nuestra señorita en persona, sentada entre las banastas de mimbre, hecha una rosa con el aire de las montañas y la frescura de la tempestad.

El muchacho estaba enfermo, y la tía Norade de vacaciones en casa de sus hijos. La hermosa Estefanía me hizo saber todo esto al bajarse de la mula, y también que llegaba tarde porque se había perdido en el camino. Pero al verla tan dominguera, con su cinta de flores, su brillante basquiña y sus puntillas, más bien tenía aspecto de haberse retrasado en algún baile que de haber buscado el camino por entre los chaparros. ¡Oh, qué preciosa criatura! Mis ojos no podían hartarse de mirarla. Verdad es que nunca la había visto tan de cerca. Algunas veces, por el invierno, cuando los rebaños habían bajado á la llanura y volvía yo de noche á la granja para cenar, atravesaba ella por la sala á escape, casi sin hablar á los criados, siempre peripuesta y un poco altiva.... Y á la sazón, teníala allí ante mí, nada más que para mí solo; ¿no era cosa de perder la cabeza?

Cuando hubo sacado del cesto las provisiones, Estefanía se puso á mirar curiosamente en torno suyo. Alzándose un poco la hermosa falda de los domingos, que hubiera podido ensuciarse, entró en la cabaña y quiso ver el rincón donde yo me acostaba, el pesebre de paja con la pelleja de carnero, mi gran capa colgada en la pared, mi cayado, mi fusil de chispa. Todo aquello la divertía.

—¿Conque es aquí donde vives, mi pobre pastor? ¡Cómo debes de aburrirte de estar siempre solo! ¿Qué haces? ¿En qué piensas?...

Ganas me dieron de contestarla: «En usted, ama», y no hubiese men-



1.—Traje de invierno y sombrero de la estación.

tido; pero era tan grande mi turbación, que no pude chistar una sola palabra. Creo que ella lo comprendió, y que la pícara tenía gusto en aumentar mi apuro con sus preguntas.

—Pastor, ¿y sube á verte algunas veces tu novia?.... A buen seguro que será la cabra de oro, ó aquella hada Estérelle que no corre sino por los picos de los montes....

Y ella misma tenía el aspecto de la hada Estérelle al hablarme, con la linda sonrisa de su cabeza echada atrás y su prisa por irse, lo que convertía en una aparición su visita.

- Adiós, pastor.

--Salud, ama.

Y salió disparada, llevándose vacías las cestas.

Cuando desapareció por el sendero en cuesta, parecíame que al rodar los guijarros bajo los cascos de la mula, iban cayéndome uno por uno en el corazón. Los oí mucho, muchísimo tiempo, y hasta terminar el día permanecí como adormecido

2.—Vestidos de casa y paseo y elegante abrigo de pieles.

sin ánimos para moverme, por temor de hacer que se disipara mi ensueño. Al anochecer, cuando comenzaba á ponerse azul el fondo de los valles y las ovejas se apretaban unas contra otras balando para entrar en el aprisco, oí que me llamaban por la ladera, y vi

aparecer á nuestra señorita, no ya risueña cual poco antes, sino temblando de frío y de miedo, toda mojada.

Parece que al pie de la cuesta había topado con el barranco de Sorgue, crecido con la lluvia de tempestad, y queriendo vadearlo á viva fuerza, estuvo en un tris que no se ahogó. Lo terrible era que á esas horas de la noche no había que pensar en volverse al cortijo, pues nuestra señorita no hubiera sabido dar por sí sola con el atajo, y yo no podía abandonar el rebaño. La idea de pasar la noche en el monte la atormentaba mucho, sobre todo á causa de la inquietud de los suyos. Yo la tranquilizaba lo mejor que podía.

-Ama, en julio son cortas las noches..... No es más que un mal rato.

Y á escape encendí una gran hoguera para que se secaran sus pies y su basquiña, toda empapada en agua del Sorgue. En seguida puse delante de ella leche y requesones; pero la pobrecita no pensaba en calentarse ni en comer; y de ver las gruesas lágrimas que salían de sus ojos, ganas me daban también á mi de llorar.

Sin embargo, había cerrado del todo la noche. Ya no quedaba en las cuestas de los montes más que un polvillo de sol, un vapor de luz por la parte de Poniente. Quise que nuestra señorita entrase á descansar en la cabaña. Habiendo extendido sobre paja fresca una hermosa piel enteramente nueva, la di las buenas noches é iba á sentarme fuera, delante de la puerta.... Pongo á Dios por testigo de que, á pesar del fuego del amor que me abrasaba la sangre, no me vino ningún mal pensamiento; sólo sentí un gran orgullo de pensar que en un rincón de a choza, cerca del curioso rebaño, que la contemplaba en su sueño, dormía confiada á mi custodia la hija de mis amos, como una oveja más preciosa y más blanca que todas las demás. Nunca me habían parecido tan profundo el cielo, tan refulgentes las estrellas. De pronto abrióse el postigo de la choza y apareció la hermosa Estefanía. No podía dormirse.

El ganado hacía crujir la paja al removerse, ó balaba entre sueños. Prefería acercarse al fuego. Al ver eso, la eché sobre los hombros mi capa de piel de chivo, avivé la llama y permanecimos sentados uno junto al otro, sin hablar. Si habéis pasado alguna vez la noche al sereno, sabréis que á las horas en que dormimos se despierta entre la soledad y el silencio un mundo misterioso.

Cantan entonces más claro las fuentes, y enciéndense lucecillas en las charcas. Todos los espíritus de las montañas van y vienen con libertad; hay en el aire voces, ruidos imperceptibles, como si se oyese avanzar las ramas y crecer la hierba. Por el día es la vida de los seres; por la noche, es la vida de las cosas. Cuando no se tiene costumbre de ello, ¡da un medio todo eso! .... Así es que nuestra señorita estaba temblando, y se estrechaba contra mí al más pequeño rumor. Una vez, un grito largo y melancólico, procedente de la charca que más abajo relucía, subió hacia nosotros ondulando. En el mismo instante, una hermosa estrella fugaz deslizóse sobre nuestras cabezas en



la misma direccion, cual si aquella queja que acabábamos de escuchar llevara consigo una luz.

—¿Qué es eso?—me preguntó en voz baja Estefanía.

—Un alma que entra en el paraíso, ama.

E hice la señal de la cruz.

También ella se santiguó y quedóse muy absorta un momento, con la cabeza levantada. Después me dijo:

—¿Pero es verdad, pastor, que vosotros sois hechiceros?

—De ningún modo, señorita. Pero aquí vivimos más cerca de las estrellas, y sabemos lo que pasa allí mejor que las gentes de la llanura.

Continuaba ella mirando arriba, con la cabeza apoyada en la mano, envuelta en la piel de carnero como una divina pastora.

—¡Cuántas hay! ¡Qué cosa más bonita! Jamás he visto tantas.... ¿Y sabes tú sus nombres, pastor?

—Vaya que sí, mi ama.... ¡Mire usted! precisamente encimita de nosotros, ahí está el CAMINO DE SANTIAGO (la Vía láctea). Va derechito desde Francia á España. Santiago de Galicia fué quien lo trazó para indicarle la ruta al bravo Carlo-Magno cuando hacía la guerra á los moros. Más lejos tiene usted el CARRO DE LAS ÁNIMAS (la Osa mayor), con sus cuatro resplandecientes cubos de los ejes. Las tres estrellas que van delante son las TRES BESTIAS, y aquella chiquitita que va junto á la última es el CARRETERO. ¿No ve usted todo alrededor esa lluvia de estrellas que caen? Pues son las ánimas que Dios bendito no quiere tener consigo.... Un poco más abajo, vea el RASTRILLO ó los TRES REYES (Orión). Eso es lo que nos sirve de reloj á nosotros. Sin más que mirarlos, sé que ahora son las doce dadas. Un poco más abajo, siempre hacia el Mediodía, brilla JUAN DE MILÁN, la antorcha de los astros (Sirio). He aquí lo que los pastores cuentan acerca de esa estrella: Parece ser que una noche JUAN DE MILÁN, con los TRES REYES y la POLLERA (la Pléyada), fueron invitados á la boda de una estrella amiga suya. Dícese que la POLLERA, más presurosa, partió la primera y tomó el camino alto. Mírela usted, allá arribita en el fondo del cielo. Los TRES REYES atajaron por más abajo y la alcanzaron. Pero ese perezoso de JUAN DE MILÁN, que se había dormido hasta muy tarde, se quedó á la cola de todos, y enfurecido, les tiró el palo para detenerlos. Por eso los TRES REYES también se llaman el BASTÓN DE JUAN DE MILÁN.... Pero el más hermoso de todos los luceros, mi ama, es el nuestro, la ESTRELLA DEL PASTOR, que nos alumbra al alba cuando sacamos el rebaño, y por la tarde también cuando lo recogemos. También la llamamos la hermosa MAGUELONA, que corre tras PEDRO DE PROVENZA (Saturno), y se casa con él cada siete años.

—¿Cómo es eso pastor? ¿Conque también hay bodas de estrellas?

¡Y tanto que sí, mi ama!

Y como tratara yo de explicarla lo que eran esas bodas, sentí una cosa fresca y fina pesar lentamente sobre mi hombro. Era su cabeza, abrumada por el sueño, que se apoyaba contra mí con un lindo roce de cintas, encajes y cabellos ondulados. Permaneció sin moverse hasta el momento en que palidecieron los astros del cielo, disipados por la aurora que asomaba. La miré dormir, un poco transtornado en el fondo de mi ser, pero santamente protegido por aquella clara noche, que nunca me inspiró sino buenos pensamientos.

En torno nuesto, las estrellas continuaban su silencioso curso, dóciles como un gran rebaño, y por momentos figurábame que una de esas estrellas, la más fina la más brillante, extraviándose en su camino, había venido á apoyarse en mi hombro para dormir....—ALFONSO DAUDET.

3.—Elegantes trajes de reunión y baile.



A la Noche

I

Cómo brillan, cómo brillan,
Oh blanda noche, á lo lejos,
tus fugitivos celajes,
tus bendecidos luceros.
Cuántas veces solitario
en angustioso desvelo,
al evocar de mi vida
los recónditos recuerdos,
mis lágrimas y sollozos
has recogido en tu seno!
Tú sólo, noche, comprendes
la amargura de mi pecho,
que herido de los pesares,
herido de afán eterno,
ni busca dicha en el mundo,
ni espera á su mal remedio.
Oh noche, noche serena,
de mi antiguo amor reflejo,
cubra tu umbroso sudario
mi corazón sin consuelo,
deja que prorrumpa en lloro
y que contemple en silencio
tus fugitivos celajes,
tus bendecidos luceros.

II

¿Qué son para mí los cantos
y los gentiles torneos
que ofrece el mundo á la gloria
con halagos lisonjeros?
Y, las humanas venturas,
¿qué son para mí que llevo
la soledad en el alma,
el desencanto en el pecho,
y la amargura en los labios,
y en la mente los recuerdos?
Por eso cuando se oculta
pálido el sol en el cielo,
y el ave vuela á su nido,
y su canto el marinero
sobre las aguas entona
á los compases del remo,
como el amante á su amada,
oh blanda noche, te espero;
y me consuelo mirando,
mirando lejos, muy lejos,
tus fugitivos celajes,
tus bendecidos luceros.

III

¿De qué nos vale que alumbre
el sol radiante y sereno,
y entre el follaje del bosque
den las aves sus gorjeos;
que la flor vierta su aroma,
que fulguren los insectos,
y la beldad con los ojos
nos mire de amores llenos,
si de ese sol á la lumbre,
de las aves al concierto,
al susurro de los bosques
y del amor á los celos,
la mentira y la falacia
han levantado su imperio,
y el espíritu del hombre,
de la verdad corre huyendo,
tropezando á cada paso
de su nada en el misterio?
Por eso la luz rehuyo,
oh blanda noche, y, por eso,
pues todo es vano en la tierra,
pues todo pasa, á lo menos
señalan, ay! el camino
de la eternidad abierto,
tus fugitivos celajes,
tus bendecidos luceros.

IV

Ay! si es mentira la gloria
que da al corazón aliento,
si es mentira la esperanza
y mentiras son los sueños:
¿Por qué en el alma, Dios mío
como en un edén secreto,
hay inmortales memorias;
hay inmortales deseos?
¿Por qué á tu nombre renacen
en los corazones buenos,
las ilusiones marchitas,
las venturas ¡ay! que fueron;
y en el fondo la conciencia,
á tu resplandor eterno,
señala que en otra vida
hay un castigo y un premio?
Oh noche, noche serena,
si en la tierra nada espero,
tampoco anida en mi alma
de la duda el ángel negro,
y en el altar de tus sombras
y solo en tu augusto templo,
con infinita esperanza
al Dios de mis padres ruego.
Mas cuando muda mi lira
yazga en profundo silencio,
y en el sauce de mi tumba
suspire quejas el viento,
pues no habrá quien por mí llore
ni me consagre un recuerdo,
brillen sobre mi sepulcro
con mis olvidados versos,
tus fugitivos celajes,
tus bendecidos luceros.

FELIPE TEJERA.



4.—Colección de trajes infantiles y vestidos de paseo.



Sor Matilde

La penumbra envuelve el templo inundándolo de borrosos tintes; una bandada de gorriones aletea sobre los azules ventanales de la media naranja; las campanas tocan el «Angelus».....

Arrodillada en el coro, con la frente inclinada, una monja, casi una niña, hace pasar bajo sus dedos largos, delgados y de sonrosadas uñas, el nacarado rosario. Es de una belleza mística: ojos negros, hundidos, apasionados, penetrantes y acariciadores; labios grana; tez pálida, transparente; en su rostro se adivina una vida de martirio, un pesar profundo, mudo, una resignación heroica.

El templo está casi vacío. En el fondo, frente al altar mayor, una lamparilla de aceite parpadea rápidamente, permitiendo ver á intervalos la macilenta faz de un crucificado; el reloj colocado junto á la puerta de la sacristía deja escapar seis compasados golpes, cuyos ecos se pierden en la tranquila inmensidad del santuario; luego, todo queda en silencio; Sor Matilde continúa de rodillas; apoyada la mano en la diestra, medita; de pronto un recuerdo surgiendo de lo íntimo de su ser, hace que asomen á sus ojos dos lágrimas que después de temblar en las pestañas, ruedan por el marfilino rostro y se pierden entre los amplios pliegues del sayal.

***

Sor Matilde tuvo un amor infeliz y no han sido suficientes dos años de noviciado y uno de profesa, para que se cicatrice la honda herida que en su corazón abriera el desengaño.

Cuando se ha tocado «reposo» y toda la comunidad duerme, ella, sola, envuelta en las tinieblas de su estrecha celda, piensa en su pasado, ese pasado que fué gloria y martirio y que no se aparta un instante de su mente; quiere borrar de su imaginación el recuerdo del ingrato; presa de sincero arrepentimiento, cae á los pies del Cristo, pidiendo perdón y olvido, y allí, prosternada sobre el helado pavimento, muchas veces se queda dormida, con los ojos lacrimosos y los pies descalzos.



5.—Trajes de campo y de "skating."

En sus veintitrés años se compendia una vida de dolor; la orfandad primero, la pobreza luego, y más tarde el desamor, el engaño. Abrumada por la desgracia, puso entre el mundo y ella las rejas del claustro, sin pensar ¡infeliz! que para el corazón no hay mordaza, ni muerte para el recuerdo.

Al principio del noviciado, esperanzada en su gran fuerza de voluntad, sólo ansiaba profesar cuánto antes; así pensaba,—siendo ya perpetuas las ligaduras que la sujetasen á la clausura, su espíritu podría entregarse libremente al cumplimiento de sus votos. Mas no fué así; una vez que vistió los hábitos de profesa, cuando supuso no encontrar en su alma ni siquiera vestigios de las pasadas luchas ni de los antiguos pensamientos, halló que éstos renacían con mayor intensidad, siendo imposible ahogarlos.

Entonces sucumbió. Nada pudieron las disciplinas ni las vigilias; las oraciones ni los cilicios, nada. La imagen del que en el mundo le robó su cariño, se grabó en el cerebro de la Sor con clarísimos detalles, y en las horas solitarias, su mente febricitante devoraba los recuerdos y analizaba las frases de otro tiempo, como un enfermo que aspira el aroma que ignoradas flores dejaron en los bordes de un búcaro roto......

Cuando el buen capellán que, desde hacía muchos años, servía de padre espiritual á las novicias, oyó á la desdichada la relación de sus penas, cuando penetró en el fondo de esa conciencia purísima, quedó absorto contemplando las exquisiteces del alma de Sor Matilde, y pidiéndole ésta un consejo y un remedio para su mal, el hábil anciano, que en otras ocasiones encontrara siempre una respuesta oportuna, una palabra de consuelo, no tuvo que decir, y verdaderamente conmovido, sólo repuso:

—¡Orad, hija mía!

***

Por eso cuando todo calla y el sol está próximo á ocultarse, Sor Matilde se encamina al coro, y arrodillada sobre el tosco reclinatorio, llora su culpa imaginaria; mas, al elevar los ojos al cielo, el recuerdo que sin cesar la persigue, hace cambiar su plegaria, y entonces, deseando implorar por su tranquilidad, ruega por la dicha de «él».

La lamparilla colocada frente al Cristo va á apagarse, sus últimos fulgores iluminan con relampagueos incesantes el divino rostro, y después de lúgubre chisporroteo, la luz se extingue.

En el templo no hay nadie, está obscuro. Aquí y allá comienzan á brillar pálidos destellos de cirios. Los gorriones revolotean por los azules ventanales de la media naranja y las campanas tocan el «Angelus»......

C. R. HÜBNER.

Lima, 1903.

CLAUDINA

Había entrado la primavera. Claudina, enferma durante el invierno, estaba ya convaleciente. Un claro sol entraba por la ventana, en el jardín piaban los pájaros y bajo el follaje alto de los cedros arrullaban las tórtolas. Florecían las enredaderas y un hálito de vida nueva, una alegre y poderosa eflorescencia parecía animar las cosas é inundaba el alma de Claudina de anhelos inefables, de alegrías de chiquilla revoltosa, que la convalecencia y su naturaleza romántica avivaban en deseos pueriles, hasta el punto de llorar cuando no se la daba gusto en lo menor. Basilio, el médico, se manifestaba satisfecho, y restregándose las manos con aire de hombre que triunfa, exclamaba viendo fuera y señalando las altas cumbres nevadas de los cerros:

—Don Alfredo, cuando eso desaparezca, podrá usted llevar á Claudina allá; eso le hará bien y acabará por reponerla. El aire puro de las montañas le hará gran provecho.

Luego, tornando á Claudina, contemplábala con paternal solícitud y añadía, cruzando las puntas de su chalón á cuadros:

—No hay que desabrigarse; una imprudencia podría comprometer el éxito de la curación y está usted muy débil, hija mía....



Por fin se deshicieron los hielos; el gran bloque nevado del sur empezó á derretirse á los rayos del sol, como lámina de plata que se funde, y ya más alto el astro, vino á inundar por las mañanas, de pleno, el dormitorio de Claudina. Era la estación propicia; los caminos estaban oreados del todo, y ya picaba el sol con fuerza. Claudina quería partir á la mayor brevedad posible; se irritaba, me exigía la diera gusto y se deshacía en lágrimas. Después me abrazaba, y ya sosegada, con las mejillas levemente sonrosadas, envolvíase en el chalón y tomaba aires de víctima... Yo no pude resistirme. Además, Basilio me había señalado esa época para la partida. Así, pues, di orden de alistar los equipajes y enganchar la berlina grande con los dos caballos más suaves; que la tapizaran de nuevo y agregasen dos muelles más para amortiguar las sacudidas. El 14 de octubre, víspera de su santo, todo estaba listo. La había prometido que partiríamos el 15, y sólo así pude dominar su impaciencia. El 15 por la mañana, Rosellón vino á despertarme, exclamando:

—Señor, todo está listo.

Fuera se oía el ruido de los cascabeles al sacudir los caballos las bridas. Pablo hacía chasquear la fusta, probando una guía nueva, y toda la casa parecía regocijada con la partida de Claudina, á quien tanto amaban. «Dic», mi perro, me

6.—Vestidos de paseo y reunión y sombreros de invierno.





jugaba con Beatriz, la muchacha, en el cuarto de los baúles.

Ante Juanito, Alfredo cesó de llorar. Después, idiotizado, me contempló como si fuera la primera vez que me veía; luego me tomó las manos y añadió:

—Carlos, tú sabes lo que son estos trances; tú has perdido como yo á tu mujer, y comprenderás mi dolor. Tú sabes lo que es la desaparición de ese ser querido.... (volvía á llorar). Pero no la has visto como yo, ahogada en su sangre, pálida, convulsa como una paloma á la cual se le ha clavado una flecha en el corazón.... ¡La postema la ahogó! bañó su chal, inundó sus vestidos, ¡me tiñó las manos en su sangre! Me trastornó el cerebro. Estábamos en mitad del camino, y mientras Rosellón, desenganchando uno de los caballos, voló al pueblo y trajo un médico, todo había concluído. Claudina había muerto en mis brazos: amoratada, verdosa casi, axfixiada por la sangre; asida á mí para no marcharse. Con los ojos desmesuradamente abiertos, sólo pudo proferir el nombre de Juanito en una suprema arcada.... Después se desplomó en el asiento, entre un río de sangre......

Yo había conocido á Claudina, y al verla tan pálida, anhelando vivir, pero respirando con cierta dolorosa dificultad, quise impedir á ambos la partida; pero el médico dijo «que no había cuidado», y los doctores tienen sus caprichos. Ya ves—añadió Carlos—lo que vale la ciencia. Contra el destino no hay cosa que se oponga. En algunos la muerte anida en ese pérfido tumor; ríen, parecen estar bien.... y después su propia sangre les ahoga.

JORGE MIOTA.



miraba con ojos inteligentes, y sacudiendo la cola, parecía decirme: «qué bien lo vamos á pasar allá, ¿verdad?» Le di una rosca; me calcé las botas y salí á dar mis últimas órdenes para la partida. Claudina ya estaba en pie y me esperaba completamente vestida con su traje de viaje, puesto el velo y chicotillo en mano.

—Lo llevo—me dijo—para castigar á este canalla, que se ha bebido la leche....

«Dic» movió la cola.

Listos, entramos entonces en la berlina; Claudina dió un abrazo á Rita y partimos, después de recomendar, por última vez, no olvidar decir al doctor fuese allá tan pronto como volviese. ¡Ah amigo!—se interrumpió Alfredo,—¡si yo lo hubiese previsto! Pero qué quiere usted, el espíritu humano no lleva su previsión hasta ese extremo... Es cierto que Claudina estaba delicada, pero podía soportar el camino. Además, eran unas cuantas horas las que deberíamos caminar en carruaje; después el ferrocarril se encargaría de conducirnos hasta mi propiedad. Allí......

Alfredo no pudo continuar; le ahogaron las lágrimas. El recuerdo doloroso de la reciente pérdida de Claudina, lo había sumido en un estado continuo de crisis lacrimosa. Partía el corazón ver cómo aquel muchachón tan fuerte, de veintiséis años, que siempre había tenido un pecho de roca contra la adversidad, se abatía hasta tal punto que los ojos se le habían enrojecido como dos ascuas y amenazaba perder la vista.

Yo guardaba silencio; Rita, con los brazos cruzados sobre el pecho, lloraba también y el doctor movía la cabeza impacientado, exclamando:

—Querido, se volverá usted ciego.... Haga el favor.... domínese, no se restregue así los ojos.... Hágalo por Juanito.

Juanito ignoraba lo acontecido y



7.—Vestidos "reforma" y "renacimiento" para reunión y calle.



8.—Traje de visita, con tela á cuadros.

El Amor

Gentil princesita
Que vas á la escuela
Con tus libros debajo del brazo
Y la faz risueña:
¿Quisieras decirme
Si á ese niño cieguito que lleva
Un arco en las manos
Y un carcaj á la espalda, con fle-(chas,
Has hallado al seguir tu camino,
Camino al Colegio?
—Sí, señor, sí le he visto: es un chi-(co
Con bombones, con aro y muñecos.

***

Bella adolescente,
Gallarda doncella
Que, bajo cortinas,
En el lecho de sándalo sueñas
Con extrañas visiones, que encien-(den
Tus mejillas tersas:
¿Quisieras decirme
Si en la calle, en el teatro ó en la (iglesia,
O en tus sueños azules y rosas
O en tu pensamiento
Has hallado al Amor?-Ah! al Amor?
Sí le he visto: es un lindo mancebo.

***

Señora, señora
Que no bien la campiña clarea,
Ya estás levantada
Recorriendo la casa risueña,
Guiando á las criadas,
En las diarias labores caseras:
Mientras duermen tu esposo y tus (hijos
Y el té se calienta!
¿Quisieras decirme
Si el Amor, ese estraño sujeto
Se encuentra en tus lares?
—¿No le veis que le estoy dando el (pecho?

***

Viejita, viejita,
Abuela, abuela
Que sentada estás
En tu añejo sillón de vaqueta,
Releyendo unas vidas de santos,
La antiparra puesta,
Mientras tanto en la mesa de pino
La tisana humea,
Y tres chicos retozan en torno
Al sillón de vaqueta:
¿Quisieras decirme,
Abuelita, abuela,
Si Amor ha pasado
De tu vista cerca?
Ya sabrás.... el Amor es un niño
Con alas, muy bello,
Con venda en los ojos
Y que....—¡Tonto! El Amor son mis (nietos!

CLEMENTE PALMA.

CANTARES

DE HEINE

Un joven ama á una niña
Que á su vez á otro eligió;
Pero éste amaba á otra niña
Y con ella se casó.

La otra niña, de despecho,
La mano al primero da
Que en el camino se encuentra;
El joven perdido está.

Esta es una antigua historia
Siempre nueva, en conclusión;
Y al que le pasa, por cierto,
Se le parte el corazón.

—

En mis sueños me apareces
Todas las noches, mi bien,
Y vertiendo amargo llanto,
Postrado quedo á tus pies.

Mirándome con tristeza,
Sacudes la blanca sien,
Y de tus azules ojos
Las perlas veo caer.

Me hablas con voz misteriosa,
De coronas de ciprés.
Despierto, y no hallo la rama,
Y la palabra olvidé.

EL TESTAMENTO

Del Il.mo. Sr. Arzobispo Feehan.

Los bienes fueron valuados en $125,000

La mayor parte de lo testado consistía en dos pólizas de $25,000 cada una, tomadas en "La Mutua", Compañía de Seguros sobre la vida, de Nueva York.

Hace poco días que se practicó la apertura del testamento del Ilustrísimo Sr Arzobispo D. Patricio A. Feehan en la ciudad de Chicago, Illinois. La fortuna del distinguido prelado ascendió á cerca de $125,000 oro americano; y según el inventario que se ha publicado, los bienes que dejó fueron como sigue:

Dos pólizas de "La Mutua,'' Compañía de Seguros sobre la Vida, de Nueva York, por $25,000 oro cada una, ó sean. .	$ 50,000 oro.
Dividendos acumulados sobre una de las pólizas	9,329 oro.
Otra póliza de seguro. . .	14,000 oro.
Acciones en efectivo y en Bancos.	37,000 oro.

Entre las disposiciones del señor Arzobispo, en su testamento, se hicieron éstas:

A su hermana, señorita Kate Feehan, que estuvo siempre con él hasta su muerte, $40,000 oro en bonos y $25,000 oro en una de las pólizas de seguro; á la señora Ana A. Feehan, viuda del señor doctor Eduardo L. Feehan, hermano del señor Arzobispo, $25,000 oro de otra de las pólizas, y $5,000 oro en efectivo; á la Academia de San Patricio de Chicago, de la que es preceptora su hermana, Madre María Catalina, $10,000 oro de la última póliza; á la escuela ''Santa María'' de enseñanza práctica para varones, de Feehanville, Illinois, que era la institución por la que más se interesaba el señor Arzobispo, se entregaron los $4,000 restantes de la última [illegible]

